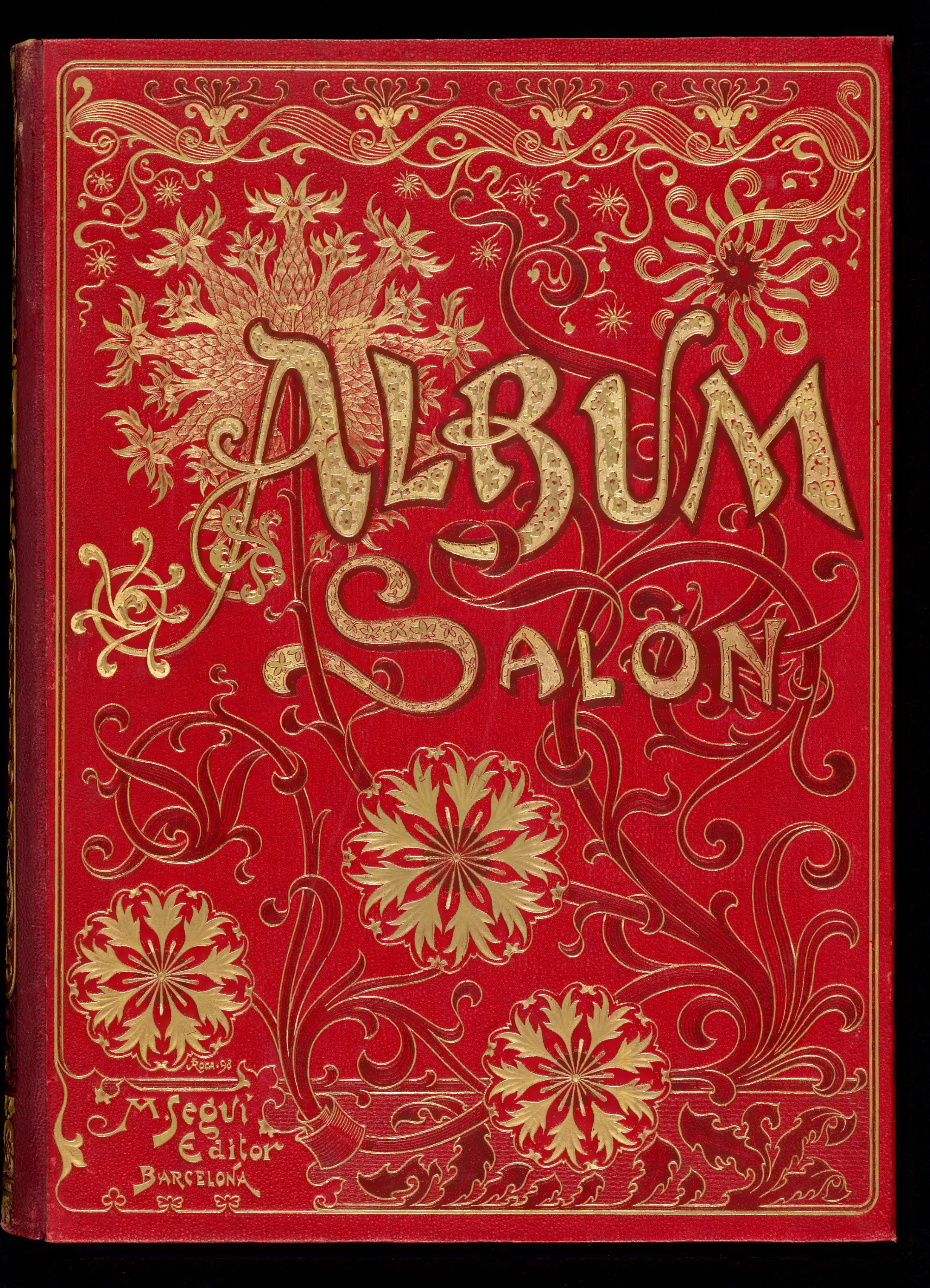

ALBUM
SALÓN
M. Seguí
Editor
BARCELONA




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* • *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* • **Precio: 4 reales**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTICULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

| Año I | Barcelona, 21 de Noviembre de 1897 | Núm. 1 |
| --- | --- | --- |

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA ✶ V. SUÁREZ CASAÑ



## NUESTROS PROPÓSITOS

Si el arte es la imitación de la naturaleza y el artista se forma con la observación y el estudio de la misma, claro está que cada pueblo ha de tener sus fuentes distintas de inspiración y sus diversos modelos de belleza. No sentirá lo mismo el color, por ejemplo, el que pinte bajo el cielo esplendoroso de Andalucía que aquel que traslade al lienzo el nebuloso ambiente de los fríos países del Norte. Y aunque la belleza está en todas partes y es muchas veces subjetiva, ¿qué duda cabe que la naturaleza ha sido más pródiga en unos países que en otros?

España es una tierra privilegiada para el arte.

La fecundidad de su suelo, lo benigno de su clima, la alegría de su ambiente y la belleza de sus paisajes despertaron siempre la envidia de los extranjeros que á porfía quisieron conquistarla en guerras sin cuento durante los primeros siglos de su existencia que fueron casi constantemente para nosotros siglos de reconquista.

No menos que la naturaleza influyeron en nuestros sentimientos artísticos nuestra historia heroica y casi legendaria, nuestro contacto con la civilización árabe, nuestras guerrás, nuestras conquistas y nuestros descubrimientos en ignotas tierras.

Cuajada está España de monumentos romanos, de catedrales góticas y de orientales palacios.

Y si famosa es por su suelo, por su historia y por sus monumentos, no lo es menos por el carácter de sus habitantes y por la variedad de sus costumbres.

Fijándonos solamente en la mujer, principal elemento artístico, ¿qué país cuenta con la diversidad de tipos tan castizos y propios como nosotros?

Digan los mismos extranjeros si hay mujeres comparables á la saladísima andaluza, á la varonil aragonesa, á la matrona catalana, á la dulcísima gallega, á la hermosa valenciana y á la patriótica, ingeniosa y fina madrileña, tan distintas en sus trajes, en sus costumbres, en su lenguaje y hasta en su fisonomía.

¿Quién no se siente inspirado y artista viendo bailar el zortzico, la clásica sardana, las alegres seguidillas y el arrebatador fandango?

¿Quién no siente hervir la sangre con entusiasmo patriótico oyendo los varoniles acentos de la jota aragonesa? ¿Quién no se conmueve escuchando los dulcísimos y melancólicos acordes de los aires andaluces?

¡Qué mucho, pues, que en España hayan brillado siempre poetas insignes y pintores famosos!

Y sin embargo, modestos ó negligentes, los españoles no hemos sabido apreciar estos tesoros ni menos ensalzarlos á los ojos del mundo.

Ricos en arte y poesía hemos ido á mendigar á nuestros vecinos poesía y arte.

Más conocidos son en España los nombres de todos los que han brillado allende los Pirineos que los propios nombres de nuestros grandes ingenios, muchos de los cuales han muerto casi ignorados ó han consolidado su reputación fuera de su patria ingrata.

Abrid una de nuestras principales ilustraciones y hallaréis casi exclusivamente reproducciones de cuadros extranjeros, traducciones de escritos de otras lenguas, grabados publicados en otros países.

Esta preferencia por todo lo que no es español tiene su origen en muchas causas que no es posible dilucidar aquí; pero de ningún modo en la carencia de méritos propios.

Grande es el daño que de esto se reporta á una nación.

Mata el estímulo, engendra el menosprecio por todo lo nacional, arrastra á la juventud á imitar sin discernimiento ajenas inspiraciones que no tienen razón de ser en nuestra patria y engendran un arte híbrido, amanerado, convencional y funesto.

No es este lugar oportuno ni disponemos de espacio suficiente para

# ALBUM SALON

# Album Salón

Primera Ilustración Española en colores.

Tomo 1º

Años 1897

Barcelona

Centro Editorial Artístico de Miguel Seguí

Rambla de Cataluña 1?



1897

AF fecit

S. M. DOÑA MARIA CRISTINA DE HAPSBURGO-LORENA



REINA REGENTE DE ESPAÑA



# EL CUARTO...

GRAN batahola aquel día, en el siempre pacífico y silencioso Palacio episcopal de Arcayla. Entradas y salidas de presbíteros y canónigos, con la tejuela bajo el brazo y los manteos flotantes, y de señorones y caciques de la ciudad y de veinte leguas á la redonda, muy soplados, de levita cerrada, guantes prietos, acabaditos de estrenar, y bastones de puño dorado y reluciente contera; zambra en las amplias cocinas, bullir de pinches y marmitones, limpiando legumbres, batiendo claras y picando jamón; llegada de mandaderas de convento con recados de las monjitas y fuentes de natilla muy bordadas y festoneadas; bureo y trajín magno en el comedor, para disponer y adornar la luenga mesa de cuarenta cubiertos, disimulando que el servicio no era parejo, y que el señor Obispo, no contando con dar banquetes de tanto rumbo, había tenido que pedir prestado un suplemento de mantelería, de cristalería, de servicio de plata y de bajilla de loza... El caso se consideraba mortificante para el amor propio del mayordomo «de Palacio», y dos ó tres veces, sus labios apretados dejaron escapar frases agridulces, más agrias que dulces (si toda la verdad ha de decirse), contra «el exceso de la caridad» porque «en todo cabe exceso», y el no «hacerse cargo» de que las dignidades y altos puestos tienen sus exigencias, y docena y media de tenedores perniquebrados no es nada para la casa de un Prelado, expuesto á que de repente le caiga encima el chaparrón de un convite tan solemne como aquél... Friolera! ¡El propio ministro del ramo, Gracia y Justicia, en persona, que al pasar por Arcayla quería entregar en propia mano, al más joven de los Obispos españoles y uno de los más venerables ya por sus merecimientos y ejemplar virtud, el pectoral de amatistas, regalo de una altísima persona!

Mal como se pudo, remediáronse las deficiencias y discordancias del servicio, y hasta quedó la mesa que daba gozo, con sus ocho compoteras de variados dulces monjiles, sus tres canastillas llenas de magníficas flores naturales, sus cuatro *platós* de escogidas frutas, sus cinco ramilletes de piñonata, caramelo y almendra, sus dos piñas, regalo de un indiano, sus servilletas dobladas y repulsadas figurando una serie de blancas mitras, sus seis candelabros de plata con bujías de color, y su profusión de copas para los diversos vinos que habían de servirse. Acudieron á «ver la mesa» algunas señoras de lo principal de Arcayla, y se extasiaron, llenas de orgullo y cayéndoseles la baba, por el lucimiento de su Obispo ante los peces gordos de Madrid; que al cabo, á Arcayla refluía el honor dispensado al Obispo, y ahora verían los envidiosos y los malos é incrédulos como se estima en elevadas esferas al que lo merece, y cómo no hacían ellos nada de más en desvivirse por su Pastor.

Las tres acababan de sonar pausadamente en el gran reloj de la torre de la Catedral arcaylense, y el Obispo de ocupar una de las presidencias de la mesa, frente al Ministro que aceptaba sonriendo é inclinándose la otra, cuando el portero de Palacio vió cruzar el zaguán y dirigirse resueltamente hacia la escalera á una señora desconocida, de aspecto en tal sitio asaz extraño. Para ojos inexpertos, ignorantes de ciertos artificios del tocador, la dama... ó lo que fuese, representaba á lo sumo cuarenta años: para los inteligentes, sabe Dios si podrían añadirse á la cuenta cuatro lustros bien corridos. Cinchado por un corsé magistral, el talle de la señora se gallardeaba señalando ciertas curvas osadas, mórbidas aún; el traje era de corte exagerado y provocativo; y el sombrero, redondo, enorme, recargado de plumaje y broches de brillantes falsos, sombreaba la cara lunar, barnizada de afeites, en que los labios de bermellón se destacaban como herida reciente, mientras el pelo, teñido de un rubio de cobre, fulguraba recordando la aureola de fuego de Satanás. Indignado y escandalizado, el portero se acercó en actitud hostil á la intrusa, y al llegarse á ella, recibió una bocanada de esencias y perfumes que por poco le tumba de espaldas, apestándole más que si fuese vaho de infernal azufre.

—Eh! señora! eh! No se pasa! — gruñó el portero; pero la dama, que sin duda esperaba recibimiento semejante, se lanzó impávida por la escalera de piedra, empujó la mampara de damasco, y se coló de rondón en la antesala, donde un familiar platicaba con dos ó tres rezagadas devotas, con media docena de señores formales y tal cual desperdigado, del séquito del Ministro. En pos de la intrusa, subía el portero, desalado, sin aliento ni para reiterar el «no se pasa». Familiar, damas y caballeros, volviéronse sorprendidos, mientras la señora, arrogante, se plantaba desafiándolos, retando al universo si era preciso.

—Señora — advirtió el familiar, acudiendo en auxilio del portero — no puede usted ver á Su Ilustrísima; tenga la bondad de retirarse.

—¿Que no puedo verle? — repitió la perfumada, despidiendo á cada contorneo del talle la misma inequívoca peste almizclada y oriental. — ¿Que no puedo? ¡Eso lo vamos á ver ahora! ¡No poder ver yo al Obispo de Arcayla! ¡Pues está bueno!

—Imposible, señora; lo siento mucho... — exclamó el familiar algo preocupado, y bajando cautamente la voz, porque notaba la extrañeza y recelo indefinible del grupo reunido en la antesala. — Su Ilustrísima, en este instante, está comiendo... Mañana, á otra hora... veremos si es posible que conceda á usted una audiencia.

—¡Audiencia á mí! Atrás, so simple... Audiencia... ¿audiencia á su madre?

La frase cayó como una bomba en el grupo de la antesala. ¡Madre! Si la intrusa acierta á soltar otra cosa, realmente atroz, no sería mayor el escándalo. ¡Madre! ¡*Aquello*, la madre del Obispo de Arcayla! Salía cierto lo que decían en voz baja los impíos de la prensa y los rebeldes del Cabildo; lo que llamaban calumnia infame los amigos y admiradores del Prelado: que éste era un hijo expúreo, recogido por su padre á fin de que no se degradase al contacto de la mujer galante y venal que lo había llevado en sus entrañas! ¡Aquella historia de oprobio se confirmaba con la presencia de la pájara, de la empedernida y vieja pecadora! ¡Y qué oportunidad la suya, aparecerse en tal momento! El familiar se interpuso, aterrado, temblando, tan fuera de sentido que ni acertaba á formar palabra.

—La señora madre de Su Ilustrísima... ha... ha... ha fallecido hace muchos años —tartamudeó, cruzando las manos con angustia, implorando misericordia.

—¡Fallecer! ¡Pronto me ha enterrado usted, curita! exclamó riendo cínicamente la del perfume. Y, como una culebra, deslizóse de entre el grupo que la rodeaba, y guiada por su instinto maléfico, se lanzó al largo pasillo, y, no sin tropezar con un mozo que llevaba una fuente de frito, hizo irrupción en el comedor. El familiar la seguía desesperado, sin conseguir darle alcance.

Cuando vió surgir, á manera de espectro del pasado, á la mujer que tan amenazado le tenía con «armar la gorda» si no le enviaban dinero y más dinero, el Obispo de Arcayla palideció y se demudó como el sentenciado cuando ve el patíbulo. No amor, no ternura, sino vergüenza y espanto le causaba, por terrible anomalía, la presencia de aquel ser que cuando inspira amor lo inspira tan inmenso; la presencia de la que le había concebido en el pecado, abandonado en la niñez, olvidado en la juventud, y abochornado y torturado en la edad viril. Cabalmente la ignominia y degradación de la madre impulsaron al hijo á abrazar el sacerdocio, renunciando para siempre al amor, al hogar, á toda perspectiva de felicidad mundana. ¡Y ahora se le presentaba, le echaba al rostro la afrenta, allí, en presencia de todos, delante de los que venían á honrarle, en ocasión de estar recibiendo públicamente un testimonio de respeto, de homenaje halagüeño y merecido!

Era hombre el Obispo, era de carne su corazón, y se retorcieron en él las víboras de una tentación horrible... Desmentir, negar, expulsar á aquella mujer, sin perder minuto, como á una pobre loca! Pero casi en el mismo instante, los brillantes del rico pectoral que estrenaba, enviaron un rayo claro á sus pupilas... ¡La cruz resplandeció! y, descolorido, sereno, grave, cerrando los ojos, pisoteándose las pasiones, el Obispo se levantó, fué al encuentro de la intrusa, tendió la frente al beso de los impuros labios maternales... y volviéndose hacia los convidados, dijo en voz algo velada, pero honda y tranquila:

—Mi madre ha querido honrar hoy mi mesa... Siéntese donde le corresponde: la presidencia, frente al señor Ministro!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Años después decía el Obispo, cargado de edad y de méritos, envuelta su humildad en la cardenalicia púrpura, como el cielo se envuelve en las magnificencias del ocaso:

—Así como hay «hijos de lágrimas», puede haber madres y padres «de penitencia». Yo pedí tanto por mi madre, que tuve el consuelo de verla morir en un convento de Arcayla, á donde se retiró voluntariamente.

EMILIA PARDO BAZAN

ILUSTRACIONES DE SIMONT GUILLEN

# LA ÚLTIMA AZAFATA

En los días en que más preocupado se hallaba Madrid por el inicuo crimen de Santa Agueda, alzábase en una de sus iglesias modesto túmulo, sobre el que descollaba una hermosa corona de flores naturales. El oficio de difuntos era sencillísimo, y en torno de la representación de la muerte sólo se veían algunos caballeros ancianos y algunas señoras que con los encajes de la mantilla negra cubrían venerables canas.

El curioso que hubiera querido indagar por quién se levantaba aquel túmulo y por quién se rezaban aquellas oraciones, hubiera sabido que eran por el alma de una dama de grandes virtudes, que hacía un año había exhalado el último suspiro; por la condesa de Sornondegui, dama particular de S. M. la Reina. La augusta Soberana había dado orden de que se colocase la corona, cuyos colores destacaban sobre el paño mortuorio, y aquél era el homenaje que recibía por sus dilatados servicios *la última azafata*.

Porque doña Cristina de Sornondegui, condesa de Sornondegui, puede ser considerada como la última representante de aquellas fieles servidoras de la Reina de España, que llevaron la denominación de azafata y que tuvieron su papel en el acreditado é interesante reinado de Doña Isabel II.

Eran, por regla general, esposas de militares de alta graduación ó de importantes funcionarios, que habían quedado viudas, sin más recurso que una modesta pensión, y que en Palacio encontraban casa, medio de educar á sus hijos, si los tenían, un sueldo que unir á su paga de viuda, y los medios de vestir con decoro; pues la generosidad de la Reina Isabel repartía entre ellas los trajes y sombreros que apenas había usado y que eran siempre riquísimos.

Dos veces al año, al comenzar el invierno y á principios de verano, se hacían en Palacio estos repartos que dejaban sitio en el guardarropa de la reina para la nueva gala, y que permitían á las azafatas y á sus hijas, vestir con elegancia después de reformar los vestidos y suprimir de ellos lo que era demasiado lujoso.

Estas señoras eran una especie de damas de compañía de la Reina, que entraban en funciones por la mañana, asistiendo á todos los detalles del tocador de la Soberana y que no se separaban de ella hasta que por la tarde entraba en funciones la Dama Grande de España que estaba de servicio, y que volvían á su puesto cuando desaparecía la etiqueta y se entraba en la intimidad.

No hay que decir la influencia que ejercerían en señora tan expansiva y bondadosa como Doña Isabel II, y la crónica íntima de aquel reinado absurdo en anécdotas en que desempeñan un principal papel las azafatas; y alguna hubo, si hemos de creer lo que se cuenta, que abusó de la regia confianza, poniendo la estampilla con que firmaba la Reina, en documentos que dieron lugar á ruidosos escándalos.

No fué, en verdad, de las que usaron de la intriga, la respetable condesa de Sornondegui: entró á desempeñar su cargo á la muerte de su esposo el general Vasallo, y no ha tenido servidora más leal la dinastía, ni ha pisado las cámaras de Palacio señora más prudente ni más enemiga de la murmuración, ni que mejor se ciñese al cumplimiento de su deber, sin salir jamás de su esfera. A esto debió su prestigio y el consuelo para ella grandísimo de ser la única compañera de su Reina en los días tristes del destierro que siguieron al triunfo de la Revolución de septiembre de 1868.

ROMAN RIBERA



¡A LA SALUD DE USTEDES!



LOS ULTIMOS AUXILIOS

La instalación de la Soberana destronada y de su familia en París, los viajes de la Reina á Ginebra y á Roma, las largas negociaciones de la abdicación de Isabel II en favor de su hijo Don Alfonso XII, fueron sucesos que tuvieron por principal testigo á Cristina Sornondegui que hubiera podido dar acerca de ellos interesante noticia, si su proverbial discreción no se lo hubiera vedado.

Intrigas cortesanas que aun se dejaban sentir en el destierro con más fuerza que en el poder, la obligaron á venir á Madrid antes de la restauración, y aquí vivía modestísimamente, cuando Don Alfonso, restablecido en el trono la volvió á llamar á Palacio, dándola allí casa, lo mismo que á su hermana doña Amparo, antigua camarista, casada con el coronel Adrián, y á su hermana de madre, la marquesa de los Remedios, aya que había sido de la infanta y que estuvo al servicio de Doña Paz, hasta que esta dulce y angelical princesa contrajo matrimonio con el príncipe Don Fernando de Baviera.

La actual Reina Regente cobró desde que vino á España mucho cariño á la respetable anciana, que su esposo la presentó como una fiel servidora, y la tuvo constantemente á su lado, siendo durante mucho tiempo su única dama particular, y la que más la acompañó en los tristes y amargos días que siguieron á su prematura viudez.

La abnegación, el sacrificio de la propia voluntad en aras de la voluntad ajena, la fidelidad y la discreción, pocas la han conocido en el grado que esta respetable señora, que, á pesar de su edad avanzada, no conocía la fatiga y estaba siempre en su puesto.

Yo he recordado muchas veces al verla, el interesante estudio de Lord Macaulay, acerca de Fanny Burney, la célebre escritora inglesa que estuvo durante cinco años al servicio de la Reina Carlota, esposa de Jorge III.

No sufrió la venerable dama los tormentos de que fué víctima la autora de *Evelina* y de *Celia*, y que tan minuciosamente describe el insigne escritor al tratar de la vida íntima de la servidora de la Reina inglesa; y es que en esos cargos no hay que buscar satisfacciones de la vanidad, como los buscó el padre de Fanny Burney al obligar á su hija á aceptar el cargo palatino, sin provechos y recompensas, sino que hay que tener abnegación y sentir el cariño y el respeto por la elevada persona á quien se sirve. Sin esto, la tarea es muy ingrata, y expone á sufrir la tormenta que durante cinco años experimentó la que era, al ir á la Corte, la novelista más popular de Inglaterra, y que tuvo que renunciar á sus trabajos literarios, para estar desde las siete de la mañana hasta las once de la noche de servicio, para poner por la mañana el corsé, los ahuecadores, el vestido y la pañoleta á la Reina; para rizarla dos veces por semana y empolvársele todas las tardes; para arreglarle la cómoda y armario; para permanecer durante la tertulia de pie detrás de su sillón; para darla los guantes, el abanico y el pañuelo; y sobre todo para soportar á su jefa Mme. Schwellenhery, que la Reina había llevado de Alemania, y que era, según dice textualmente Lord Macaulay, «una vieja insoportable, aduladora y servil, verdadera chinche palatina, más ignorante que una moza de retrete, orgullosa y encopetada como un cabildo de canonesas tudescas, grosera y gruñona, y tan incapaz de soportar la soledad como de conducirse decorosamente en compañía.

La corte de Doña Isabel II fué muy diferente de la de Jorge III, y en ella abundaron más los tipos simpáticos y venerables, como los de la noble condesa que murió hace un año en el palacio de sus reyes y que ha dejado en todos los que la conocieron tan gratos recuerdos, haciendo sumamente simpático el tipo tan admirablemente representado por ella de *la última azafata*.

KASABAL

MONTEVIDEO




TEATRO SOLIS

ENRIQUE SERRA



PSIQUIS Y EL AMOR

# EL MATRIMONIO Y EL CALZADO

Dice un antiguo adagio, que los extremos se tocan, y que de lo vulgar á lo sublime hay un solo paso.

No extrañarán, pues, mis lectores que yo encuentre una grande analogía entre el hecho de comprarse un par de botas y el de tomar una mujer en matrimonio.

Figúrense ustedes á un individuo que pasa por una zapatería y ve en el escaparate unos magníficos zapatos de última novedad, de excelentes hechuras y material riquísimo.

El hombre tiene dinero para permitirse el lujo de comprarlos, y, sin más reflexión, entra en el establecimiento, se los prueba de prisa y corriendo, y sale triunfante con el par debajo del brazo, envuelto en satinado papel.

Pero resulta que á la primera postura nota que le son algo estrechos y que ve las estrellas en mitad del medio día.

Primera decepción.

¡Pero son tan bonitos!

Sufre y calla, mas llega un momento en que ya le es imposible resistirlos y tiene que desecharlos ó sufrir un tormento peor que el del potro.

Lo mismo, exactamente lo mismo sucede en esos matrimonios en que el hombre sólo ha buscado la belleza de la mujer y se ha dejado deslumbrar por apariencias engañosas.

El calzado y la mujer deben ser á medida.

Muchas veces veréis un matrimonio joven, rico, que se ha unido enamorado el uno del otro... y, sin embargo, no son dichosos.

¿Por qué?

¡Ellos sabrán donde les aprieta el zapato!

Muchas veces el calzado hace daño, no precisamente por culpa suya, sino por culpa de los pies que lo calzan, que son deformes ó están llenos de callos.

Igualmente en el matrimonio no es siempre culpa de un cónyuge la desgracia del otro, sino culpa del mismo que tiene callos y durezas en el corazón y en el alma.

Lo natural es ir á casa de un callista, tratándose del calzado: tratándose del matrimonio, poner enmienda á las asperezas de nuestro carácter y corregir nuestra conducta moral.

Pero es más cómodo y más conforme con nuestro egoísmo y nuestro amor propio, maldecir del zapatero ó del cura que bendijo nuestra unión.

Hay que cuidar de los zapatos y hay que cuidar de la mujer.

Si el que estrena unas botas se mete con ellas por el lodo y camina sin mirar donde pone los pies, y no las limpia, y las tira á un rincón, y pisa torcido... en cuatro días las botas dan asco, y se estropean y se rompen.

No hay que maldecir entonces de las botas, ni del zapatero, sino de la falta de cuidado que se ha tenido con ellas.

Lo mismo el que tiene una mujer buena, por buena que sea, no ha de exponerla al lodo ni á los abrojos del mundo, ni desatender á sus necesidades, ni descuidar su limpieza.

Unas botas de suela fina y de piel de guante, son excelentes para pisar las mullidas alfombras de los palacios; pero si se las pone un campesino, no tiene botas para cuatro días y se clavará las espinas de los zarzales y las piedras del camino.

En el matrimonio hay un refrán que dice «cada oveja con su pareja», y es una sentencia sabia que indica la conveniencia de elegir iguales las educaciones, la clase y la instrucción.

Los hombres que caminan descalzos tienen los pies encallecidos y deformes.

Los que permanecen solteros tienen encallecido el corazón y deforme el alma.

Cuanto más tiempo se va descalzo, más imposible es luego ponerse zapatos.

Cuanto más tiempo se permanece soltero, más difícil es hallar luego la felicidad en el matrimonio.

El que va descalzo se expone á tropezar y herirse.

El que no se casa, tambien tropieza y se hiere.

Entre que hagan daño los zapatos ó herirse los pies, vale más lo primero.

Hay hombres que tienen mujeres hermosas y se pirran por una fea.

Esto se explica por la misma razón de que hay quien lleva unas botas magníficas y está deseando llegar á casa para calzarse unas inmundas y viejas zapatillas.

Antes de desechar un calzado hay que probar todos lo medios de aprovecharlo. En último caso se le mete en la horma.

También hay horma para las mujeres.

Los zapatos están en el escaparate esperando al comprador.

Las mujeres también esperan al marido en el escaparate del mundo.

El hombre es siempre el que escoge.

Si escoge mal no se queje.

¡Cuántas veces tendrán motivo los zapatos para quejarse del pié brutal que se sirve de ellos!

¡Cuántas veces la mujer podría quejarse del marido!

Hay pies imposibles y maridos más imposibles aun.

Entre dos males necesarios: ir calzado ó ir descalzo, obtemos por ir calzados; pero aprendamos á elegir zapatos.

Vicente SUAREZ CASAÑ



UN DISCIPULO DE BACO

# SONETOS

I

ANTÍTESIS

Nunca la acción sin idëal, movida
por ciegas fuerzas, al azar y á obscuras,
de sus uniones híbridas é impuras
concebirá, por el dolor ungida.

Nunca tampoco la abstracción, nacida
entre la nieve de áridas alturas,
podrá llevar en sus entrañas duras
el germen palpitante de la vida.

Una es estéril para el bien humano,
como lo son las vírgenes austeras
que un voto aparta del amor profano;
la otra, entregada á sus pasiones fieras,
estéril es, en su impudor liviano,
con la esterilidad de las rameras.

II

PESIMISMO

En la cruel desilusión que á modo
de niebla gris tu corazón invade,
ves el mundo, y su vista te persuade
de la infinita vanidad de todo.

Dios, para ti, es un déspota beodo
que á la injusticia la irrisión añade,
y sin que al grito del mortal se apiade,
goza amasando en lágrimas el lodo.

Delante del misterio que te asombra,
con tu siniestra negación reemplazas
cuanto en la vida con amor se nombra;
y es que en tu orgullo, cuando el bien rechazas,
tomas por noche universal la sombra
que en torno tuyo con tu cuerpo trazas.

EMILIO FERRARI

# LOS TEATROS DE MADRID

Catorce teatros funcionarán en Madrid cuando se publiquen estos renglones. Cualquiera pensaría ante esta abundancia de diversiones públicas, que vivimos en el mejor de los mundos posibles. Nada, por desgracia, menos cierto. Pocas veces ha sido tan angustiosa como lo es al presente la situación de España; los duelos y quebrantos se suceden sin interrupción y el porvenir se muestra de día en día más obscuro. Esto no obstante, el ansia de placeres aumenta en asombrosa progresión. ¿Cuál es la causa de tan extraño contraste? ¿Busca la gente olvido á sus pesares en el aturdimiento de las fiestas? ¿Hemos llegado acaso á ese período de atonía en que la sensibilidad se embota?... No lo sé: lo cierto es que el pueblo de Madrid se divierte en grande. Buena prueba de ello es que la capital de España, en proporción á la población de París, cuenta con triple número de teatros que la capital de Francia.

Y lo más asombroso de todo es que las empresas teatrales, á pesar de tener gastos enormes y pagar á los artistas sueldos *fabulosos*, no sólo viven, sino que algunas realizan exorbitantes ganancias. Ahí está, por ejemplo, el circo de Price, cuya capacidad es casi tan grande como la de la plaza de toros, y sin embargo se ve lleno todas las noches de bote en bote, y eso que las localidades, gracias á la sabia institución de los revendedores, cuestan á doble precio del que marcan los carteles.

El género que actualmente se explota en este teatro es la zarzuela grande, el antiguo repertorio, en su mayor parte melodramático, que tanto hizo gozar á nuestros padres, y que hoy, por un raro caso de atavismo social, forma las delicias de todo Madrid. *Los Madgiares* y *El Juramento* triunfan en el *actual momento histórico* como triunfaban hace treinta años, y *Marina*, obra en la que se ha revelado un excelente tenor, el señor Casañas, es aplaudida con delirante entusiasmo.

Entre otras, hay una razón para que la antigua zarzuela cuente con numeroso y apasionado público. Al oirla, los contemporáneos del apogeo de este género, siéntense trasladados á los lejanos tiempos de su juventud. ¿Quién sabe cuán dulces recuerdos evocará en la memoria de los señores respetables que escuchan, en el circo de Price, con la boca abierta, á Berges y á la Fabra, la música de Oudrid ó de Arrieta? Los que todavía no hemos llegado á la vejez, no podemos menos de pensar que estos cantos son los que arrullaron nuestra infancia.

Noches pasadas asistí á la representación de *Los Madgiares*. En la sala abundaban las respetables calvas; lo que queda de la generacion pasada estaba allí. A cada situación melodramática, a cada frase altisonante, oía yo detrás y delante de mí, exclamaciones como las siguientes: «Estas sí que son obras...» «Ya no se escribe de este modo», y otras por el estilo. El numeroso público escuchaba con verdadero interés, se emocionaba, aplaudía, gozaba en una palabra. ¿Era la emoción estética la que cautivaba á los espectadores? No. El sentimiento que dominaba en la sala era semejante al que experimentamos, cuando tras larga ausencia, volvemos á ver los lugares que contemplamos en tiempos felices. ¿Qué importa que esos lugares sean ó no hermosos, si fueron testigos de nuestros placeres juveniles?

***

En los demás teatros, á excepción del Español, Princesa, Novedades y Martín, impera el género chico y aun el menos que chico. La Comedia, en donde durante más de veinte años Emilio Mario ha luchado con fortuna en pro de los fueros del arte escénico, se ha abierto al cartaginés incautamente. Quiero decir, que ha caído en poder de una compañía de zarzuela, á cuyo frente figura don José Riquelme. El contraste que entre su presente y su pasado ofrece el lindo teatro de la calle del Príncipe es tan grande, que el público no ha podido menos que decir «¡ah! con extrañeza» y algunas noches ruidosamente. De poco han servido hasta ahora los afeites con que el edificio se ha remozado, de poco también los bombos de los periódicos y los reclamos de la empresa. Los espectadores no se han dejado convencer, no se acostumbran á ver en aquel tablado, donde todavía puede decirse que resuena la voz de Mario, de María Guerrero, de Vico, de Thuiller, de Carmen Cobeña, intérpretes de las obras de Echegaray, Galdós, Dicenta, Blasco..., no se acostumbra, digo, á los donaires, gorgoritos y zapatetas de los actores más ó menos *geniales* que allí ejecutan obrillas escritas para Romea ó para Eslava.

Este género, á decir verdad, cada vez es más absurdo y disparatado. Para un sainete escrito con sentido común y con verdadero ingenio como los de Javier de Burgos, Ricardo de la Vega, Miguel Echegaray, Fernández Shaw y algún otro, hay un fárrago espantoso de quisicosas, cuya fuerza estriba en la ligereza de ropa de las tiples y en las piruetas y contorsiones de los actores. No hay que buscar en las tales obrejas, ni argumento, ni tipos, ni situaciones cómicas. Las figuras que en ellas salen y entran sin saber por qué ni para qué, son siempre el chulo soez, la hembra descocada, el maestro de escuela hambriento y el sietemesino tonto. El gran recurso, la quinta rienda á que se agarran los autores, casi siempre en comandita, de estas obras, es lo que ellos llaman *chiste*. No nace éste del diálogo, antes el diálogo se hilvana para él; no depende de la situación de los personajes, de su carácter, del contraste que entre ellos pueda existir, de ninguno, en fin, de los naturales resortes de la belleza cómica, sino exclusivamente del doble sentido de algunas palabras, ó mejor dicho, de la significación obscena de ciertos vocablos. Cuanto más absurdos y disparatados son los coloquios, cuanto más retorcida está la frase y más bajos y más repugnantes son las ideas que ella evoca, más «chispeante» y chistoso es el diálogo.

No es la culpa de esta degradación del teatro ni de los autores, ni de las empresas. Unos y otras medran porque gran parte del público gusta de la mercancía que ellos les ofrecen. Y no se crea que entre los espectadores de los teatros chicos domina el elemento popular. La gente modesta que vive del trabajo mecánico no suele ir á los teatros por horas; prefiere el drama y mejor el melodrama. Busca en la representación dramática lo que no suele encontrar en la vida: el premio para el bueno y el castigo para el malo. El género chico no le place. De todos modos, contra éste, lo mismo que contra el mal gusto que lo sostiene, no hay protesta posible: vive porque debe vivir, porque se corresponde exactamente con el grado de cultura de una parte del público. Cuenta, además, con un auxiliar poderoso: la música. Por regla general, ésta vale incomparablemente más que la letra. Revistas y sainetes que *en seco*, esto es, sin música, serían estrepitosamente silbadas, *pasan*, son aplaudidas y se representan centenares de noches, merced, exclusivamente, al talento de los maestros compositores. Una parte del público acepta el coscorrón por el bollo, esto es, soporta la letra con tal de oir unos cuantos *números* inspirados y verdaderamente populares. Sin Chapí, Caballero, Chueca, Jiménez... ¡cuántas obrillas del género chico morirían la noche misma de su estreno ...

***

Por fortuna para el arte, pertenecientes también al género chico, existen en Madrid dos teatros, el de Lara y el Cómico, recientemente inaugurado, en los cuales, sino reina siempre el gusto castizo, se guarda constantemente respeto á la decencia y al decoro. En uno y otro local hay buenas compañías que trabajan con esmero, y en cuanto á los autores que tanto en Lara como en el Cómico llevan la voz cantante, basta con citar los nombres de Vital Aza, Ramos Carrión, Miguel Echegaray, Luceño y Burgos.

Hasta ahora los dos teatros se defienden con el antiguo repertorio. La única novedad que en el de Lara hemos visto, es la refundición en dos actos de la comedia de Vital Aza, titulada *El señor Cura*. Esta costumbre de *acortar* las comedias, prueba con harta elocuencia la necesidad que de *achicarse* tiene el arte.

—¿Y qué hacer sino empequeñecerse? — dicen, y si no lo dicen lo piensan, los más distinguidos autores. Tienen razón: el teatro grande, el

DON JOSÉ COLLASO Y GIL,
Alcalde de Barcelona, en su despacho.

*Fot. de A. S (Xatart) hecha expreso para ALBUM SALON*

verdadero, va desapareciendo de España, como la media luna de la culta Europa, lenta, pero continuamente. El autor, y esto es una verdad de Pero Grullo, necesita teatro y público. ¿Dónde encontrarlos? De la Princesa no hay que hablar: cuando se pasa su cancela parece que se ha pasado el Pirineo. Allí no se representan más que obras extranjeras. Para los autores españoles queda sólo el antiguo corral de la Pacheca. ¿Puede el clásico coliseo responder á la actividad dramática, siquiera ésta sea escasa, de los escritores españoles? ¿Ofrece á éstos el estímulo de una recompensa pecuniaria en armonía con el esfuerzo intelectual que supone la composición de una comedia?

Para contestar á estas preguntas hay que tener en cuenta, primero, que las representaciones del teatro clásico privan á los autores de una quinta parte de noches *hábiles* para sus obras; y segundo, que el Español no tiene público más que dos noches á la semana: las de los lunes, consagradas al teatro antiguo, y las de los viernes, dedicadas á estrenos. Consecuencia de todo esto: la obra aplaudida que alcanza veinte representaciones (caso rarísimo) tiene que interrumpirse por fuerza tres veces (los lunes) y sólo cuenta con espectadores de *pago* la noche del estreno y la del viernes siguiente á aquél. ¿Vale la pena tan poco resultado de que un autor gaste largas vigilias y penosos afanes, tenga que padecer el calvario que siempre supone un estreno, se exponga á sufrir burlas hasta de los imbéciles, para encontrarse, si vence, por toda recompensa con los derechos de dos representaciones?

Siendo esto así, ¿qué mucho que escritores que podrían dar gloria á nuestra escena, en vez de producir obras de importancia, busquen en el género pequeño triunfos y utilidades que no es posible encontrar en los teatros de primer orden?



SALON DE CONFERENCIAS EN EL AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

*Fot de A. S (Xatart) hecha exprofeso para ALBUM SALON*

Tal es, á grandes rasgos, el cuadro nada halagüeño que ofrece la campaña teatral que acaba de inaugurarse, campaña que, sin grande exageración, podría resumirse en la siguiente frase: catorce teatros y ningún teatro.

ZEDA

# CRONICAS LIGERAS

En el momento *histérico*, como diría Gedeón, en que comienzo á emborronar estas cuartillas, nada notable ocurre en la condal ciudad de Barcelona, digno de que mi pluma de cronista se apresure á ponerlo en conocimiento de los apreciables lectores de ALBUM SALÓN.

Vivimos aquí en el mejor de los países imaginables.

En Sevilla, Málaga, Valencia y no sé donde más, los ríos se han salido de madre y de toda la familia, inundando campos y ciudades, y poniendo á sus habitantes como ropa de Pascua.

Pero esto son notas tristes cuyo relato nos conduciría á melancólicas reflexiones, y no es cosa de aumentar nuestros quebrantos con descripciones patéticas.

Aunque ajeno á nuestros propósitos el campo de la política, tampoco en él encontramos motivo de burlas ni chirigotas, pues el nuevo alcalde señor Collaso y Gil, y el gobernador señor Larroca, se han empeñado en hacerlo tan bien, que sólo alabanzas les prodiga todo el mundo.

De teatros podemos hablar muy poco, porque no nos han dado ninguna verdadera novedad, concretándose en los últimos días á propinarnos el clásico *Tenorio* en casi todos ellos.

No obstante, se anuncian varios estrenos, entre otros el importantísimo de una ópera nueva en España, que tendrá lugar en el Gran Liceo.

De los conciertos Nicolau en el Lírico, nada decimos tampoco, porque resultaría trasnochado y porque plumas más peritas han hecho ya, con mayor autoridad, su elogio.

En el Principal está haciendo una brillante campaña la notable compañía que dirige don Antonio Tutau, en la cual figuran actores de tan reconocido talento y sólida reputación como Carlota de Mena, Adela Clemente y Monner, y los ya indiscutibles Soler, Capdevila y Goula, acompañados de otros no menos queridos del público.

El joven actor señor Salvat, que ya tenía dadas repetidas pruebas de su talento, se ha revelado como un artista de gran porvenir en las representaciones del *Tenorio*, conquistando entusiastas y merecidos aplausos.

Esta compañía ha logrado revivir los buenos tiempos del decano de nuestros coliseos, y, los viernes se reunen allí, con motivo de las funciones patrocinadas por el Círculo Ecuestre, lo más selecto de la sociedad barcelonesa.

El ejemplo del Principal servirá indudablemente de estímulo y emulación al clásico Romea, que cuenta también con una escogida compañía, y con esto ganará la cultura, que necesita de buenos espectáculos, y el teatro catalán que con tan notables intérpretes cuenta y no escasea de autores eminentes.

En el Eldorado anuncian *Agua, azucarillos y aguardiente*, de Ramos Carrión y del maestro Jiménez, que, por si no se ha estrenado aún cuando lean mis lectores estas líneas, tengo el gusto de anticiparles que es muy linda y que en Madrid, donde la ví hace poco, se aplaudió muchísimo. Tiene el inconveniente, para Barcelona, de ser muy madrileña, y tal vez no pueda saborear el público todas sus bellezas.

En Novedades se defiende como bueno el distinguido actor Miguel Cepillo que en algunas obras, *Un inglés y un vizcaíno*, por ejemplo, está inimitable y parece que por él no han pasado años.

¡Bravo, don Miguel! Es usted un valiente veterano, digno representante de tiempos más gloriosos para el teatro.

La compañía *realista* de la Granvía se ha reforzado últimamente con el concurso del popular hipnotizador Mr. Onofroff.

La empresa se esfuerza por dar variedad al espectáculo, que muchas noches resulta á cinco céntimos la pieza.

Sirvan estas rápidas noticias de preámbulo para crónicas posteriores en las cuales pensamos dedicar atención preferente á los espectáculos públicos.

Ya tenemos los barceloneses luz eléctrica hasta en la despensa

Lo que habrá muchos que no tendrán despensa.

Ahora vamos á tener tranvías y ferrocarriles con tracción por el mismo sistema del fluido misterioso.

Tranvías eléctricos, coches automóviles, bicicletas... dentro de poco no se van á emplear caballos más que para las corridas de toros, eso sino se implanta la moda de picar pedaleando.

Indudablemente progresamos.

Y... y no va más, como dijo el otro.

La semana próxima procuraré ser más ameno, si las circunstancias me lo permiten y me soplan las musas.

PABLO DE SEGOVIA

# ¡DEMASIADO TARDE!

(NOVELA ORIGINAL)

POR

## SALVADOR CARRERA

DANIEL, el protagonista de la primera novelita que tengo el gusto de dedicar á las amables lectoras de esta ilustrada publicación, había nacido en Madrid, donde residía, en un piso cuarto del barrio de Pozas, y en compañía de su hermana Dolores, linda y hacendosa muchacha que, en la época á que se refiere el relato, acababa de cumplir veinte años.

Su compañero y mentor la aventajaba en siete.

Se querían entrañablemente; vivían el uno para el otro, como suele decirse.

¡Qué mucho, si apenas conocieron al autor de sus días, y vestían aún luto por la pérdida reciente de su cariñosa madre

Al abandonar ésta un mundo en que cada hora de placer costóla ciento de dolor, el lazo fraternal que les unía se convirtió en nudo indisoluble.

Acatando gustosos el último deseo de la moribunda, juraron ambos que no se separarían jamás y que compartirían los goces y amarguras de su existencia, empezada bajo tan tristes auspicios.

* * *

Cuando salió de aquella casa, en donde nunca se conociera la abundancia, el cuerpo yerto del mísero empleado en correos que, á costa de su salud, la sostenía; entró, con todo su cortejo de pesares, el fantasma aterrador de la pobreza.

Daniel y Dolores eran muy niños; la desconsolada viuda, quitándose de la boca el pan ganado á fuerza de incesante trabajo, que, gracias á la habilidad de sus manos, no la faltaba,... pudo atender á la subsistencia de sus hijos y cuidar al propio tiempo de su educación; pero, la fatalidad, empeñada en perseguirles, la quitó este postrer recurso, enviándola una parálisis, mil veces más horrible que la muerte.

¡Cuál no sería el desconsuelo de la desdichada señora, al verse postrada en su lecho ó clavada en una silla, cuando tanta necesidad tenían de ella los retoños, todavía tiernos, de su malogrado amor!

Malvendiendo las pocas alhajas que aportó al matrimonio ó la regalara su esposo, logró tirar por espacio de algunos meses; agotadas éstas, hubo de recurrir á los prenderos, quienes, abusando de su angustiosa situación, la saquearon á mansalva... quedándose en breve, sin joyas, muebles, ropas... ni dinero, aterida de frío en el invierno y sitiada por el hambre en las cuatro estaciones del año.

¡La desesperación hace milagros!

A pesar de haber cumplido únicamente los dieciseis, Daniel, que... mostrando desde la infancia decidida afición al divino arte de Apeles, cultivaba la pintura con tanta voluntad como escasez de medios, acarició la ilusión de reemplazar á la imposibilitada, en la difícil tarea de sostener, con sus débiles hombros, el techo del hogar, que por momentos se les venía encima.

El éxito coronó, en parte, tan loable empeño; el pequeño artista tropezó casualmente con un comerciante... de portal, hombre ducho en la materia; quien, por los ensayos que le presentó el muchacho, adivinó el partido no flojo que de él podía sacar, ofreciéndole acto continuo su protección... en provecho propio.

Ebrio de gozo y con un ardor incomprensible á su edad, se dedicó Daniel al trabajo, mezquinamente remunerado, de pintar tablitas, porcelanas, conchas y panderetas, conforme el mercader de cuadros se les iba encargando, cada vez más contento de su adquisición.

¡No había de estarlo, si el futuro artista le surtía de todas esas baratijas... á peseta la pieza!

De sobra advertía éste que su protector le explotaba indignamente; pero, temeroso de perderlo todo, no osaba exigir mayor precio... trabajando día y noche para llegar á un jornal que otros, con menos mérito, ganaban en un cuarto de hora.

¡Daniel era feliz! su madre y su hermana disfrutaban por él de un bienestar relativo; no ambicionaba mejor galardón.

Presto, aquel infatigable peón del arte, en la humilde esfera donde giraba, tuvo sus admiradores; vendiéndose, como pan bendito, las modestas manifestaciones de su aprisionado talento.

El lo ignoraba. Buen cuidado ponía el explotador en ocultarle sus triunfos; decíale, por el contrario, que le costaba mucho dar salida al género... con el santo fin de que no se envalentonara y exigiera cambio de tarifa.

* * *

Cuatro años transcurrieron de este modo. Digo mal; al llegar las Navidades, en concepto de aguinaldo, el generoso mercader, con la sonrisa en los labios, anunciaba á su protegido, que en el siguiente le abonaría un realito más por tabla, porcelana, concha ó pandereta.

Merced á esas sucesivas concesiones, al cumplir los veinte, Daniel, que se retorcía ya las guías del bigote, valía el doble, pues en doble precio ¡el de dos pesetas! se cotizaban sus obras.

No se limitaron á esto las bondades del espléndido protector de los artistas, sino que le concedió permiso para que pintara marinas y paisajes de treinta centímetros por dieciocho, al tipo de quince reales; sumamente razonable, si tenía el joven en cuenta que él, con marco y todo, los vendía á treinta y dos.

Para no pecar de difuso, prescindiré de otros detalles, sobre el particular, conocidos al dedillo por algunas de nuestras celebridades pictóricas; limitándome á consignar que, á la muerte de su madre, en medio del dolor que le agobiaba, tuvo Daniel el inmenso consuelo de poder comprarla un nicho en el cementerio y costear decorosos funerales en sufragio de su alma.

* * *

Los dos hermanos, conforme he manifestado, se amaban entrañablemente. Nada turbaba la plácida armonía de su modesta morada; salvo los instantes en que el recuerdo de los seres perdidos nublaba su rostro, brillaba en él constantemente el sol de la felicidad



De la noche á la mañana, Dolores creyó observar que Daniel andaba triste y preocupado.

Al pronto, no le concedió importancia, pero, aquella tristeza y preocupación, acentuándose en gran manera, la hicieron comprender que sus observaciones eran ciertas.

—¿Qué tiene? — se decía, acongojada; —¡malo será, cuando no me lo confía

Incapaz de dominar su inquietud se decidió á interrogarle

Negó el joven, procurando persuadirla de que no abrigaba motivo alguno de disgusto

Como no mentía ni en broma, la huérfana reconoció que efectivamente sus temores carecían de base

¡Poco duró esa ilusión! la melancolía siempre creciente de su hermano, su visible mal humor, estaban en abierta contradicción con sus palabras.

Convencida de que la engañaba, hizo nuevas tentativas para saber la verdad; ¡sólo consiguió que aquel la tachara de visionaria y molesta!



Pero, Dolores, acostumbrada á leer en los ojos de Daniel lo que pasaba en su corazón, vió claramente, al través de la sonrisa con que se esforzaba en alegrar su semblante, las indelebles huellas de un recóndito pesar.

No hay frases con que expresar el sentimiento de la pobre huérfana.

Bastaba que su hermano sufriera, para que ella no tuviese punto de reposo.

* * *

En una hermosa tarde de Mayo, á la hora en que el sol, próximo al ocaso, bañaba con sus pálidos resplandores el taller del pintor, hallábase sentado éste frente al caballete, con la paleta en una mano y el pincel en la otra.

Caída la cabeza, revelando en su actitud hondo pesar ó material desaliento, contemplaba extasiado, con los ojos humedecidos por el llanto, un delicioso busto de mujer, pintado sobre el lienzo, de regular tamaño, que el caballete sostenía.

La imagen que de tal suerte subyugaba á Daniel, era merecedora en verdad de aquel tácito homenaje, pues más que á criatura humana, correspondía por su rara belleza y celestial dulzura, á una virgen de Murillo.

Comparando el ser real con el pintado, observábase en ellos identidad de sentimientos, cual si estuviesen en secreta inteligencia: diríase que entre el retrato y el artista existía misteriosa atracción; que se comprendían mutuamente; que se hablaban en silencio.

Sabe Dios cuanto tiempo se prolongara la abstracción del pintor, á no sacarle de ella Dolores, quien,

penetrando á la sazón en el taller, acercóse de puntillas á su hermano, tocóle en el hombro y le preguntó... con triste acento:

—¿Qué es esto? ¡lloras!

Levantóse Daniel sobresaltado, como si despertara de un mal sueño, y... correspondiendo á la cariñosa demostración de la joven, respondióla sin vacilar

—¡Llorar yo! no por cierto, ¿á santo de qué?

—En vano lo niegas; ¡todavía hay lágrimas en tus pupilas!

—¡Aprensiones tuyas! Te has empeñado en mortificarte y mortificarme.

—No me falta motivo! ¡Eres un ingrato! Si me hacías antes partícipe de tus alegrías ¿por qué te opones ahora á que comparta tus penas?



—¡Dale! ¿No te digo que nada tengo?

—¿A ver: mírame á la cara.

—¡Dolores!

—¿No te atreves? ¡claro! Temes que observe tu turbación.

—Te ruego que me dejes en paz.

—Perdona si te contrarío; pero es forzoso que me escuches.

—¡Qué pesadez!

—Dos meses han transcurrido desde que observé en ti ese cambio inexplicable. Al principio, se manifestó tu malestar por una extraña melancolía y algún suspiro que otro, tan intempestivo como elocuente; después, se tradujo en gemidos angustiosos y frecuentes pesadillas, que interrumpían de noche tu reposo; y al cabo... ¿Quieres que te recuerde el día en que derramaste la primera lágrima?

—¡No me atormentes más!

—El día en que tu trémula mano comenzó á bosquejar en ese maldito lienzo...

—¡Dolores!

—Esa pintura ha turbado tu tranquilidad y quebrantado tu salud. ¡En mal hora se te ocurrió la idea de!... Dime, Daniel: ¿el rostro que aquí trazaron tus pinceles, pertenece á un ser real ó es invención tuya?... ¿Callas? ¿No merezco ya la confianza de mi hermano?... ¡Habla, por caridad! ¿Existe esa mujer?... ¿la amas?

El interpelado estremecióse, á pesar suyo, y... suspirando con visible angustia, respondió:

—No me lo preguntes!

—Existe, sí; ¡y ella causa tu martirio! ¡Qué mala debe ser, cuando así te hace sufrir!

—Modera tus palabras, Dolores; ¡ni de ti sufriré que la agravies!

—¡Ah! ¡Te has vendido! ¡Ves como tengo razón! Esa mujer labra tu desventura... y la mía. Lo presentí, Daniel. Por esto, su vista me subleva, y... sin conocerla, la odio. Más de una vez he estado tentada de hacerla trizas bajo mis pies.

—¡Ay de ti!—exclamó Daniel, interponiéndose rápidamente entre su hermana y el lienzo, para protegerle contra aquel justificado rencor; si á tanto te atrevieras,... no sé dónde me conduciría la desesperación. ¡Maldeciría, acaso, los lazos que nos unen!

—Según eso, ¡la quieres más que á mí!—murmuró la doncella, transida de dolor.

—Respeta mi secreto; no encones la herida que tu pobre hermano lleva en el alma.

—¡Cruel! pues ¿en quién hallarás consuelo?

—¡Ni en ti ni en nadie!

—¡Resignación se necesita para verte padecer... solo!

—Oye, Dolores; si en algo aprecias mi entrañable afecto, no vuelvas á interrogarme sobre el particular. En esa tela que miras con tanto enojo, se encierran mis ilusiones todas, un presente de amargura y un porvenir... más triste todavía. Sea sagrada para ti; trátala como á mí propio; no la mires con prevención; en ella se refleja mi alma; ¡es el unico rayo de verdadera inspiración que me ha concedido el genio!

—¡Pides poco menos que un imposible!

—Te lo exijo,... ¡te lo ruego!

Bajó Dolores la cabeza, en señal de asentimiento, y... disimulando la emoción que la embargaba, abandonó paso á paso el estudio del pintor, mientras éste reanudaba infructuosamente su trabajo, á los oscilantes reflejos de la luz crepuscular.



Cuatro días después, y breves momentos antes de que la parroquia próxima pregonara las doce, un violento campanillazo en la puerta del humilde cuarto donde habitaban los dos hermanos, sobresaltó á Dolores que se hallaba entregada á su labor.

Daniel estaba en su dormitorio, vistiéndose para apersonarse con el mercader de cuadros, quien le había citado con gran prisa.

Salió aquélla á abrir; quedándose sorprendida ante los que llamaban.

Eran estos, un caballero anciano y un joven militar.

Los dorados cordones que en el hombro y brazo izquierdo ostentaba el segundo, revelaban la categoría del primero.

Dolores adivinó, desde luego, en los desconocidos, á un general y su ayudante.

—¿Don Daniel Herrera?—preguntó el de más edad, leyendo el nombre en una tarjeta que tenía en la mano; —¿vive aquí?

—Sí, señor; sírvanse pasar adelante.

Precedidos de la doncella, penetraron ambos en el estudio del artista.

—Con su permiso voy á avisarle; ustedes dispensarán si tienen que aguardar un poco. Se está vistiendo para salir.

—No le hace,—contestó con rudo acento el anciano, hombre cuyo rostro cejijunto infundía cierto respeto, y que, pese á su carácter bondadoso, hablaba siempre, por costumbre, en són de mando; —esperaremos á que se vista.

—Háganme el obsequio de tomar asiento.

—Dispense... otra pregunta. ¿Es usted su esposa?

—No, señor; su hermana.

—¡Ah! ¡por muchos años! Pues, avísele usted y vuelva con él. Tengo el encargo de ver á los dos.

*(Se continuará.)*




En cumplimiento de un grato deber de cortesía, de acuerdo con los sentimientos de nuestra propia voluntad, saludamos respetuosamente á la prensa española y americana y á la de Europa entera, á la que pedimos su valioso apoyo y ofrecemos nuestro humilde concurso.

Hacemos á la vez público el testimonio de nuestra gratitud á los artistas y literatos españoles que, con noble entusiasmo y emulación digna de todo elogio, han puesto sus talentos al servicio del ALBUM SALON.

Saludamos también al público, de cuya ilustración y benevolencia esperamos desinteresado apoyo, ya que no por nuestros méritos, por nuestro noble esfuerzo para dotar á España de una Ilustración digna de la cultura de nuestro pueblo.

En otro lugar de este mismo número, hallarán nuestros lectores el programa de NUESTROS PROPOSITOS y las condiciones materiales de la publicación.

Tenemos el gusto de anticipar á nuestros lectores el

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: Un hermoso cuadro de Cecilio Plá, alegórico al mes de Noviembre

PÁGINAS EN COLOR: *SS. AA. RR., las infantas María de las Mercedes y María Teresa;* fotografías de Valentín Gómez, de Madrid, artísticamente iluminadas.

*Húsares de Pavía*, cuadro de J. Cusachs.

*En la feria de Murcia*, cuadro de Joaquín Agrasot.

*En el Parque*, cuadro de María de la Visitación Ubach.

*Coro de la Catedral de Burgos*, acuarela de F. Brunet y Fita.

PÁGINAS EN NEGRO: *El segundo beso*, artículo de Luis de Val, ilustrado por Cuchy.

*Grupo escultórico*, por Campeny, reproducido directamente

*El desnudo en el arte español*, artículo de José Ramón Mélida.

*El gobernador de Barcelona y su familia*, fotografía de Xatart, hecha exprofeso para ALBUM SALÓN.

*Crónicas ligeras*, por Pablo de Segovia.

*Taller en Roma del célebre pintor español, Enrique Serra*, reproducción directa.

*¡Demasiado tarde!* (continuación de la novela), por Salvador Carrera.

MOSAICO

MÚSICA: *Nuestra Señora de París*, por el maestro Giró.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

En esta sección, daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, haciendo un sucinto juicio crítico de los que se nos manden dos ejemplares.

ahondar cuestión tan importante y transcendental, pero basta con lo apuntado al correr de la pluma para convencer á los que piensan y sienten y estudian con seriedad el movimiento contemporáneo.

Dicho lo que antecede, casi huelga exponer qué propósitos son los nuestros al echar los cimientos de una nueva publicación literaria y artística.

ALBUM SALÓN será una manifestación artística genuinamente española, una crónica gráfica del movimiento pictórico contemporáneo y un mentor del gusto y del sentimiento estético.

Sin remontarse á las nebulosas regiones del arte puro, ni á las clásicas arideces de un arte docente, no decenderá tampoco, con halagador servilismo, al pedestre cultivo del gusto chavacano.

Existe en España un núcleo fecundo de artistas de universal nombradía y de indiscutible talento, que vive sólo para los inteligentes y los apasionados de la pintura, sin medios de alcanzar una popularidad que tiene muy merecida y que gozan en otros países inteligencias mediocres, gracias á la abundancia de publicaciones del género de la que hoy ofrecemos al público.

Es verdaderamente vergonzoso que en la patria de Velázquez y de Goya, de Fortuny y de Rosales, no exista un periódico verdaderamente español, consagrado á popularizar y extender por el mundo entero los prodigios de nuestra paleta.

Empresa, es esta, de grande empeño y de no escasas dificultades; pero nos sobran alientos para llevarla á cabo. Para obtener una buena cosecha sólo se necesita un labrador experto, buen grano para la siembra y terreno abonado para ella. El terreno es el público culto, el grano la pléyade de artistas que florecen en nuestra patria, y el labrador nosotros, que á falta de otras dotes, poseemos amor al trabajo, constancia y fe.

La lista de colaboradores que estampamos más arriba, dice, en favor de nuestros propósitos y del porvenir del ALBUM SALÓN, más que cuantos elogios quisiéramos añadir nosotros. Nombres hay que por sí solos basta cada uno de ellos para dar honra y brillo á una nación, cuanto más á un periódico.

No hemos echado en olvido á los distinguidos literatos americanos que cultivan la hermosa lengua de Cervantes y que tanto en prosa como en verso honran la patria de sus mayores.

Con especial cuidado consagraremos nuestras páginas al estudio de las costumbres de aquellos países hermanos, de sus tipos, de su historia y tradiciones; á las bellezas de aquellos países exuberantes y poéticos, ligados siempre á España por lazos indestructibles de amor y simpatía.

Réstanos sólo saludar humildemente y con respetuoso cariño á la prensa española y americana y á la de Europa entera, de la cual aguardamos cordial y protectora acogida, sino por nuestros méritos propios por la intención noble, levantada y patriótica de nuestra empresa.

Para completar el programa de nuestros propósitos, ponemos á continuación las

# CONDICIONES MATERIALES DE ALBUM SALON

Aparecerá todos los domingos, con gran puntualidad, bajo la misma forma y tamaño del presente número.

Cada número contendrá cuatro páginas artísticas, reproduciendo **EN COLOR** cuadros de nuestros principales pintores, con gran variedad de asuntos y firmas, y *dando cabida á todos los géneros y á todas las escuelas* sin preferencia por ninguna.

Ocho páginas más tiradas esmeradamente **EN NEGRO,** consagradas á notas de actualidad, retratos, vistas, artículos ilustrados, y cuanto constituye hoy la información gráfica de este género de periódicos.

En estas ocho páginas insertaremos *artículos de nuestros literatos más reputados, poesías de nuestros mejores poetas* y *novelas ilustradas*, procurando alternar lo ameno con lo instructivo, lo serio con lo festivo y señalando lugar preferente á los acontecimientos importantes de actualidad, etc., etc.

Daremos además, como

## REGALO A LAS SEÑORAS

una preciosa lámina suelta representando

## UN HERMOSO FIGURÍN EN COLORES

de última novedad, y

## CUATRO PÁGINAS DE MÚSICA

de nuestros principales compositores. Estos regalos se repartirán alternativamente, dando unas semanas música y otras figurines.

Las páginas musicales se compondrán de *piezas selectas para piano y para canto y piano,* ya escritas expresamente para nuestra ilustración, ya cedidas por maestros y compositores, escogidas de las mejores óperas y zarzuelas, alternando con bailables diversos, romanzas, etc., etc.

Estas piezas irán *artísticamente ilustradas* y formarán al final de cada año **UN RIQUÍSIMO Y ELEGANTE ALBUM DE MÚSICA,** de inapreciable valor.

Todo esto estará resguardado por unas *magníficas cubiertas*, distintas en cada número, con la reproducción al frente de un precioso cuadro **EN COLORES** hecho exprofeso por uno de nuestros pintores más reputados.

Las páginas restantes de estas cubiertas estarán dedicadas á escritos amenos, pasatiempos, caricaturas y anuncios.

El precio de cada número será

# CUATRO REALES EN TODA ESPAÑA



## PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

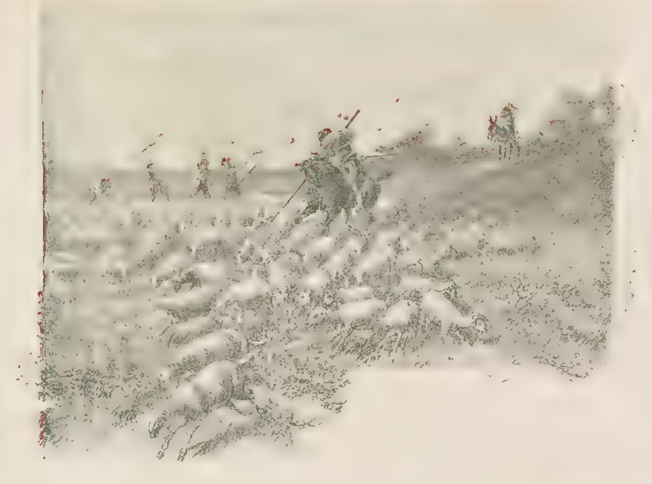
**Barcelona.** — En este Establecimiento editorial, Rambla de Cataluña, 151, y en las principales librerías y centros de suscripciones.

**Extranjero y Ultramar.** — En las Agencias editoriales debidamente autorizadas por nuestra Casa.

**En Provincias.** — En casa de los Señores Corresponsales, ó remitiendo en libranza del Giro mutuo ó sellos de franqueo el importe de diez cuadernos, con sobre al

## CENTRO EDITORIAL ARTÍSTICO
DE
## MIGUEL SEGUÍ

**151, Rambla de Cataluña, 151**



# EDICION FIN DE SIGLO

La más moderna ❖ La más lujosa ❖ La más económica

EL INGENIOSO HIDALGO

## on uijote

## DE LA MANCHA

POR

Miguel de Cervantes Saavedra

## CONDICIONES DE SUSCRIPCION

Esta obra formará dos tomos de regulares dimensiones, profusamente ilustrados con bellísimos dibujos debidos al notable artista D. Jaime Pahissa, conteniendo una hermosa colección de cromos, debida al pincel de D. Arturo Seriñá, y de cuya reproducción artística, está encargada la acreditada litografía del Sr. Labielle...

Semanalmente y sin interrupción se reparte un cuaderno, cuyo coste es el de

## UN REAL

ya conste de dieciséis páginas, ya de ocho y un magnífico cromo.





Tirada especial de **CIEN** ejemplares numerados, en papel de hilo superior.

EDICION DEDICADA A LOS CERVANTISTAS

Se reciben encargos para los pocos ejemplares que quedan al precio de 75 pesetas.

* * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * *

## PUNTOS DE SUSCRIPCION

Barcelona. — *Centro editorial artístico* de Miguel Seguí, Rambla de Cataluña, 151, y en las principales librerías y Centros de suscripción.

Provincias, Extranjero y Ultramar. — En las agencias editoriales debidamente autorizadas por nuestra Casa.

# HISTORIA DEL GENERAL PRIM

## por FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale UN REAL, á pesar de contener 16 páginas de texto, ó bien 8 y un magnífico cromo.

Tip. «La Ilustración» á c. F Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ∞ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ∞ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTÍCULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO I | BARCELONA, 28 DE NOVIEMBRE DE 1897 | NÚM. 2

**Director-Propietario:** MIGUEL SEGUÍ

**Redactores:**
SALVADOR CARRERA * V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs.—Rafael M. Liern.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miguel y Badía.—Magín Morera Galicia.—Eduardo Montesinos.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González. Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves. Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín. Antonio Sánchez Pérez.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Francisco Tomás Estruch.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—José Arija.—Luis Alvarez.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cusachs.—José Cuchy.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Félix Mestres.—Nicolás Mejía.—Francisco Miralles.—Méndez Bringa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Marcelino de Unceta.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Claudio Martínez Imbert.—Joaquín Malats.—Enrique Morera.—Luis Millet.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

NOTA.— Como observará el público los anteriores nombres, están colocados por riguroso orden alfabético.

LA OPORTUNIDAD, por XAUDARÓ.



LUNES.— Bellísima Fanny, cada vez que la veo á usted, me vuelvo loco... yo quisiera...



MARTES.— Encantadora Fanny, su *tenue* de bicicleta me fascina... si yo me atreviera...



MIÉRCOLES.— Fanny, ¿va V. mañana al Concierto? Porque yo quisiera hablarla y no me atrevo.

# FLORES PRIMAVERALES

Celebrado, en 29 de Noviembre de 1879, el fausto desposorio del malogrado Alfonso XII con la simpática y virtuosa archiduquesa de Austria, María Cristina de Apsburgo-Lorena, no tardó el cielo en bendecir su tálamo nupcial, concediéndole, á los diez meses escasos, una hermosa niña que fué bautizada en la real capilla con los nombres de *María de las Mercedes*, Isabel, Teresa, Cristina, Alfonsina y Jacinta.

Dos años después, acrecentóse la felicidad del augusto cónyuge, con la venida al mundo de una segunda hija: la infanta María *Teresa*, Isabel, Eugenia, Patrocinio y Diega, no menos angelical que su predecesora.

Aquel doble tesoro, superior á los valiosísimos que había heredado, y á cuantos pueden acaparar los potentados de la tierra, puesto que no está en la mano del hombre conseguirlo, prestó nuevos títulos á la consideración y respeto debidos al joven Soberano, en quien el calor de la familia, avivó la llama del amor que le inspiraba su pueblo.

Mas, si los altos dones de la Providencia llenaban el corazón del padre, haciéndole sentir desconocidas dulzuras, debemos suponer que no satisfacían por completo las aspiraciones del Jefe del Estado.

El sucesor de cien reyes, deseaba, al igual que todos los españoles monárquicos, un vástago varón, en quien se perpetuara, por directa rama, la secular dinastía borbónica.

Afortunadamente, la amante esposa dió nueva muestra de su fecundidad, reanimando las esperanzas del previsor monarca; esperanzas cuya realización no pudo éste conocer, por haber satisfecho el común tributo á la tierra, en edad temprana; ¡antes de que abriera los ojos á la luz el ser tan deseado!

El feliz natalicio de Alfonso XIII, alejó de las sienes de la primogenita, la corona que hasta entonces le correspondía; verdad es que ni ella ni su hermana necesitaban, para realzar su grandeza, otra diadema que la del candor y la hermosura con que la pródiga mano del Creador engalanó su frente.

S. A. R. MARIA DE LAS MERCEDES

En las gradas del trono, bajo el regio dosel, brillan hoy, como en el firmamento las estrellas, esas dos espirituales princesas; tiernos capullos que adheridos todavía al majestuoso rosal, abrirán en breve su delicado cáliz... para esparcir en torno suyo el aroma de sus virtudes.

Cuentan respectivamente en la actualidad diecisiete y quince primaveras, y constituyen el encanto de su amorosa madre, que ha sabido cultivar su inteligencia con arreglo á la elevada posición en que las colocó la suerte, é infiltrar en su alma los nobles sentimientos que tanto la enaltecen; dotándolas de una esmeradísima educación, é inculcando en su pura conciencia las máximas de la caridad, cuya práctica es el más preciado blasón de los poderosos.

En justa compensación de tales beneficios, la princesa de Asturias y la infanta Teresa, que á sus encantos naturales y dotes adquiridas, adunan la resplandeciente aureola de una modestia poco común, endulzan con inefable cariño y arrobadores ósculos, en el seno del hogar, las contrariedades y amarguras que, al igual de todos los favorecidos con el supremo mando, experimenta á menudo la esclarecida viuda que rige los destinos de la nación española.

¡Quiera el Todopoderoso conservar la preciosa existencia de esos dos ángeles terrenales, llamados á ser, andando el tiempo, los consejeros íntimos del egregio niño que, por gracia divina, mereció el raro y tal vez único privilegio registrado en la historia, de inaugurar su glorioso reinado dentro del materno claustro!

Salvador CARRERA

*Fotografías de Valentín Gómez — Madrid*



S. A. R. MARIA TERESA

# EL SEGUNDO BESO

I

Casarse con un sabio! ¿Se podía desear más? Cierto que el respetabilísimo don Lucas no estaba muy bien conservado ni era guapo, ni buen mozo tan sólo, ni tenía una conversación muy amena que digamos... ¡Siempre á vueltas con la estética, la filosofía, la psicología y hasta las ciencias exactas! A ver si me encuentran ustedes otros asuntos más propios para fastidiar á una chiquilla locuela, cuyos labios parecen un capullo entreabierto y que aun ríe con los ojos brillantes y dando palmaditas como los niños... ¡Imposible! No casan aquellas profundidades con estas cosas de pajarillo inquieto ó ángel travieso... No, estas cosas no casan; pero casan los padres cuando son listos, y de aquí que don Lucas de Telramondo, enciclopedia viviente y autor dramático, apartado (por voluntad propia), del público, y por pedir este otro género más de acuerdo con la realidad, se casase con la encantadora Josefina...



No costó mucho á los padres convencer á la niña... Esta, admiraba inconscientemente á don Lucas, más por sus dramas, que había visto muchas veces, que por sus trabajos científicos y sus conferencias ateneístas; y sabido es que cuando una mujer empieza á admirar á un hombre, empieza á amarle ó, cuando menos, está en peligro de ello. ¡Los dramas de don Lucas!.. No eran en verso, no... El sabio era poeta, pero no versificaba... Sus dramas carecían, según Josefina, del aliciente de la rima. A la chica le gustaba la música y hasta la *practicaba* á su modo; era, pues, natural que le gustasen el sonsonete rítmico de las décimas y el tun-turuntún de los endecasílabos, que dejan afónicos á los pobrecitos actores... Pero don Lucas no tenía el defecto de hacer hablar en verso á personajes que comen en el *Inglés*, fuman emboquillados y peroran en el Congreso, no se sabe si en romance ó en redondillas, aunque es probable que en romance... por ser propio del lugar... No, no versificaba; su poesía era más honda: la poesía humana...

Quedamos, pues, en que Josefina admiraba á don Lucas, á pesar de que éste no escribía versos, y quedamos en que se casaron; él, por tener (así lo decía de buena fe), una mujercita joven y fuerte que le cuidara en la vejez, como cuidan los nietos al abuelito... ¡Pobre señor! A fuer de sabio y de experimentado en cosas de la vida, acababa de cometer la mayor de las torpezas... Y es que, los hombres de talento, son, por lo general, los que hacen las mayores tonterías... Ella, por su parte, creyó al casarse, que iba á ser tan popular como su esposo... ¡Ser la esposa de don Lucas de Telramondo, el sabio, el dramaturgo insigne, él..! Vaya, que no cabía felicidad mayor... Ir al teatro y que todos la mirasen como diciéndole: « Don Lucas vale más que el autor de eso que *echan*... Sus obras son mejores... ¡Lástima que ya no escriba! » Ir á los paseos y que todos la saludasen... todos, porque don Lucas conocía á Madrid entero al igual que éste á él. ¡Qué felicidad! Ella, una niña casi, convertida en la poseedora, en la dueña de todos los sentimientos del señor de Telramondo, de aquellos sentimientos tan grandes, tan avasalladores y tan sugestivos, que él hacía sentir y expresar á los galanes de sus obras... El no era tan joven; pero el corazón no envejece, según frase hecha que los padres de Josefina empleaban á trochemoche, puede suponerse con qué fin, y puesto que don Lucas sabía escribirlas, también se las diría á ella... Resumiendo: que Josefina se casó deslumbrada por la aureola de gloria que rodeaba al talentudo Telramondo; impelida por sus padres que veían en el respetable caballero un no menos respetable partido y, al mismo tiempo, asediada por esta curiosidad: « ¿Cómo hablará de amores y de cosas tiernas un sabio á su mujercita?.. »

¡Terrible decepción la de la joven!.. En la misma noche de bodas, Josefina convencióse de que un sabio, y sabio machucho por añadidura, no era el esposo más conveniente para un ángel como ella, de imaginación viva, que aun soñaba dichas y emociones, locuras y más locuras... ¡Cómo habla de amores un sabio!.. ¡Infeliz!.. Ni tan sólo la dijo como el apuesto galán de uno de sus dramas: « ¡Yo te amo y te amaré hasta la muerte, bien de mi vida!.. » Se concretó á hacerle una caricia, á posar sus labios en los de ella una sola vez... y á darle una infinidad de consejos, muy saludables ciertamente, pero muy inoportunos. Nada, que ella había soñado el galán joven de la gentil apostura y las enamoradas frases... y despertaba en brazos del barba.

II

A mal tiempo buena cara... Josefina procuró consolar su decepción con el egoísmo, que es indudablemente uno de los sentimientos que más consuela... Dióse á una vida de comodidades y de placeres íntimos; hizo de la admiración *que los demás* profesaban á su esposo, un adorno personal para ella y fué engordando hasta la rechonchez.

Don Lucas de Telramondo, no había sufrido decepción alguna *todavía*, sin duda porque no estaba aún en el caso de que ella le cuidase como los nietos cuidan al abuelito... Por aquel entonces, andaba el buen señor muy preocupado en asuntos que para todos eran un secreto, hasta para Josefina... Estaba muy nervioso; pasábase las horas metido en su gabinete de trabajo; se acostaba al amanecer ó más tarde; no podía dormir y su apetito era escaso... ¿Por qué todo ello? ¡Ah! El insaciable afán de lauros, el diablejo de la vanidad, que es hermano del ángel de la gloria, pues gloria y vanidad van pareciéndose mucho, habíale sugerido la idea de escribir una nueva obra que fuese digno fin de su paso triunfal por todos los escenarios de España... Pero había que andarse con tiento, porque los chicos de la prensa metidos á críticos de dramática y por ende á algo así como dictadores de la fama, mostrábanse por entonces, aunque parezca extraño, muy parcos en la alabanza. Los tales chicos podían no entenderle, era lo probable que no le entendiesen si se metía en estudios psicológicos ó simbolismos algo atrevidos; y esto precisamente deseaba don Lucas: hacer una obra que se apartase del género que cultivó antes, una obra que respondiera al afán de algo nuevo que sentía el público inteligente... De aquí que fuese preciso andarse con cuidado... Gustar á los inteligentes del público y á los *impresionistas*, no es empeño de fácil éxito favorable.



Por fin, tuvo desarrollado el plan de su obra nuestro respetable autor, y parecióle excelente... Reía á solas, vociferaba, paseábase en su gabinete, ya con lentitud, ya con agitación y accionando... Los criados solían encontrar por la mañana los muebles en desorden: era que don Lucas había hecho de tramoyista y arreglado la noche anterior la escena para el primer acto.

Todo marchaba á maravilla. Telramondo se mostraba satisfecho de su obra; hasta hacía grandes pausas al acabar de *leerse* los principales parlamentos. Aquellas pausas equivalía á los aplausos venideros. «¿Se acordaría de saludar en escena con aquel aplomo de aguerrido dramaturgo? Una noche le sorprendió Josefina haciendo reverencias ante el espejo de un armario... En el suelo había colocados un quinqué y una palmatoria encendidos... Eran la batería... Ante su esposa, Telramondo aparentó arreglarse las solapas del batín. —«Lucas acabará mal... pensó ella. Y se retiró sin decirle nada... Desde la noche de bodas, ignoraba la joven lo que era recibir una caricia... Al pronto le disgustó aquella conducta; después... el egoísmo la consoló como siempre.

III

El drama estaba terminado; mas ¿qué le sucedía al insigne don Lucas que tan cariacontecido veíasele á todas horas? Un terrible escollo había paralizado su drama en el punto culminante de él, en la última escena del segundo acto. ¡Y qué escollo, cielo santo! El más enorme para Telramondo, el que más difícilmente podría allanar. Júzguese: era necesario que la dama cantase, al son de una guitarra, un cantar, en cuyos cuatro versos se condensase su historia desgarradora, el origen de su perdición y hasta la disculpa de ésta... ¡Un cantar! ¡Friolera! El escollo resultaba de los insuperables... Hacer cuatro versos que expresasen todo lo que él quería que expresaran y que al mismo tiempo fuesen un cantar con su sabor propio y su ternura popular y sencilla, no era trabajo fácil para un sabio. El, no ignoraba cómo debía ser un cantar; pero aunque se propuso hacerlo, la tarea resultó inútil.

Dióse el buen señor de Telramondo á leer cantares, á buscarlos como coleccionista de ellos; pero nada, ninguno servía para el caso. Tentado estuvo de encargárselo á cierto amigo poeta; pero no quiso dar pie, según él ( y puede que no anduviera equivocado), á que el tal amigo se creyese con derecho á salir á escena á compartir con él los aplausos.

Así las cosas, hallábase una mañana don Lucas en su gabinete de trabajo, sintiendo la tortura de su impotencia para la rima, cuando allá, en el fondo de la casa, en las dependencias de la servidumbre, oyó una voz fresca y retozona que entonaba el siguiente y popular cantar:

«Tengo un *pare* que me riñe
y una *mare* que me mata
y un hermanito que dice:
si quieres comer, trabaja.»

Cesó la voz... El insigne Telramondo, en pie, pálido, con la boca de par en par y temblando de emoción, pugnó por dar salida á un grito, á una exclamación á algo que le ahogaba... Sólo pudo articular:

—¡Eso!.. ¡Dios mío!.. ¡eso!.. El *pare* que me mata... la... la... ¡Eso!.. ¡Qué dicha, cielos, qué dicha!.. ¡Clara!.. ¡Ramona!.. ¡Clara!.. ¡Clara!..

Llamó á sus dos sirvientas á grito pelón, y abriendo la puerta de la estancia:

—¡¡Claraaa!!.

Ni se acordó de que tenía timbres eléctricos al alcance de la mano para llamar á los criados.

Se presentó Clara, la doncella de Josefina, y con faz de susto creyendo que su amo estaba *ido*, como se iba sospechando en la casa, dijo con timidez:

—Mande usted, señor.

—A ver, á ver —balbuceó Telramondo, tratando de sonreir; —di, di eso... pronto... dilo.

—Señor... ¿el qué?

—Lo del *pare*... lo de la *mare*... Anda, di, tonta... Yo te permito que lo digas.

—Pero si no sé de qué me habla el señor... Mi padre está en el pueblo... y mi madre...

—Te hablo del cantar... de eso que cantabas.

—Yo no cantaba, señor.

—¿No? ¿Pues quién?

—La señora.

Segunda y profundísima emoción de don Lucas... «¡La señora! Pero, ¿la señora tenía aquella voz tan fresca y tan retozona? ¿La señora sabía cantares tan hermosos?

—¡Que venga la señora! pero en seguida, ¿eh?

«¡Qué felicidad!.. Drama acabado, dos días después á la empresa, luego al copista, de ensayo, al público, á los aplausos, á los vítores, ¡á la gloria!

—¿Qué hay? ¿qué te sucede, hombre?

Josefina le miraba desde la puerta con el respeto temeroso con que se mira á un enajenado... ¡Cuando ella decía que su pobre marido no estaba firme de la cabeza!

—Acércate, mujer, acércate... Parece que tengas miedo... ¡Claro!.. como yo soy tan seriote y tan seco, crees que siempre estoy de mal talante ó que *crío mal genio*... Nada de eso, Josefinita, nada de eso... Ven... siéntate aquí, junto á la mesa. No se te habrá olvidado, ¿eh?.. Siéntate.

—¿Olvidado? — dijo la joven, retrocediendo.

—Siéntate.

La sentó junto á la mesa, ocupó él su sillón al lado opuesto y quedaron frente á frente.

—Conque ¿cantabas?

—Sí... yo... cantaba...

—¡Qué monería!

—Lucas, tú no estás bien.

Y Josefina trató de levantarse.

—Ya lo creo que estoy bien monina.

—No te vayas... ¡por Dios, no te vayas!.. Conque cantando, y cantando una... Era flamenco... A ver, canta, Josefinita de mi vida.

—¡Monina, Josefinita, mi vida!.. ¡Jesús qué cariño! Lo dicho: loco, loco de remate.

—A ver, canta —insistió Telramondo.

—Pero, ¿qué capricho te ha dado?

—¿Es que no te acuerdas?

—No te sobresaltes... Cantaba...

—Di, di... por lo menos la letra.

Hubo que ceder... No era prudente contrariarle... Luego... el médico diría...

—«Tengo un *pare*...»

—Que me pega... Bien, bien.

—No, «un *pare* que me riñe...

—Y una *mare* que me mata.»

—Justo... «Y un hermanito que dice:—si quieres comer, trabaja.»

—¡Qué hermoso!.. ¡Sublime!

Y lo escribió en una cuartilla.

—Josefinita... mona, rica... ¡eres un ángel!.. ¡Yo no sabía el tesoro de que era dueño y señor!..

Y se reía como un muchacho, acariciando entre las suyas una mano de su esposa.

—¡Vales mucho!.. ¡muchísimo! ¡Deja que premie de algún modo tus grandes méritos!

Y ¡oh asombro! Telramondo posó sus labios en la frente de Josefina... ¡El segundo beso!.. ¿Qué era aquello? La joven creyó por un instante en la resurrección del ser soñado en el ser poseído... ¡Un beso! el segundo, el último, pues desde entonces, don Lucas no la volvió á besar, aunque ella cantó muy fuerte y con frecuencia.

Durante algún tiempo, Josefina no cesó de preguntarse: «Pero, señor, ¿por qué me besaría aquella mañana mi esposo?»... El estreno del drama, para ella desconocido hasta entonces, resolvió sus dudas.

¡Gratitud de artista!

Luis de VAL

Ilustraciones de José CUCHY

J. CUSACHS



HÚSARES DE PAVÍA



JOAQUIN AGRASOT



EN LA FERIA DE MURCIA




EN EL PARQUE




FINAL DEL CUADRO TRÁGICO, ORIGINAL DE F. TOMÁS ESTRUCH, «EROSTRAT»

# EL DESNUDO EN EL ARTE ESPAÑOL

No busquéis en la pintura ni en la escultura españolas esas figuras de mujer, tan frecuentes en las obras de italianos, franceses y flamencos, en que el sentimiento estético del desnudo se revela como un triunfo del arte sobre la naturaleza. Hallaréis el desnudo varonil, y esto en el género religioso, rara vez en otro. El hecho que señalamos se observa de un modo absoluto en nuestro arte antiguo, constituyendo uno de sus caracteres distintivos, y se mantiene con pequeñas atenuaciones en nuestro arte contemporáneo. Diríase, y acaso no falte quien lo afirme, que nuestro temperamento estético no encuentra inspiración en la forma desnuda, sino que por instinto propende á los tipos vestidos y recatados; pero si esto fuera cierto envolvería una confesión de inferioridad estética respecto de España, pues cuando el arte ha alcanzado su mayor grado de belleza, en sus dos grandes épocas, la antigüedad griega y el Renacimiento italiano, sus puntos de partida, sus temas capitales de estudio, sus obras maestras han sido desnudos: ahí están de Fidias los mármoles del Partenón, el Cefiso y el Teseo, desnudos, la Démeter y la Cora, con tan tenues gasas como si estuvieran desnudas; ahí están de Miguel Angel los frescos de la *Sistina*, donde no hay más figuras vestidas que las accesorias de los Profetas, la estatua del David y las que decoran los sepulcros de los Médicis.

Claro es que la excelencia de una figura no estriba en estar desnuda, sino en que el desnudo, por el estudio anatómico que requiere, por la pureza de sus líneas, por la morbidez del modelado, ofrece dificultades muchísimo mayores que la de la forma vestida. Rara vez los artistas ejecutan una obra con el solo fin de someter sus propias facultades á la difícil prueba de vencer los mayores obstáculos; supeditados á las exigencias de la sociedad en que viven y al gusto de los Mecenas, aceptan los asuntos que les imponen. Esto ha pasado siempre, y por consiguiente la falta de desnudos en el arte español no proviene de una causa estética, sino de una causa histórica.

Esta parece revelarse desde luego en el espíritu timorato de la sociedad española de los siglos XV, XVI y XVII, que hacía confundir (como todavía lo confunden muchas personas) el desnudo con el incentivo del pecado; y la prueba la tenemos en la pena de excomunión que el Santo Oficio imponía al autor de todo «cuadro lascivo», más una multa de quinientos ducados y un año de destierro.

Sólo en el género religioso fué lícito por tradicional costumbre mantenida y admitida de buen grado por la piedad, el empleo de figuras desnudas para representar al Niño Jesús, á Cristo ó á algún santo mártir ó penitente, nunca alguna santa. El niño desnudo, emblema constante de la inocencia, es una nota tierna que el arte español supo sentir y expresar sin menoscabo de la belleza de la forma. No así el Cristo, sublime prototipo del sufrimiento físico en aras de la pureza moral, cuya figura, de belleza más espiritual que humana, es de un género de desnudo completamente antitético del tipo clásico perpetuado por el Renacimiento. Tan difícil desnudo, sin duda el más difícil de todos, desde el punto de vista de la expresión, lo que la Edad media pretendió encontrar en la exageración anatómica y en la fealdad cadavérica, ningun arte lo ha sentido con más intensidad que el arte español. Los Cristos de Morales, demacrados, exangües, dijérase que imágenes de la carne macerada y vencida por las privaciones del ascetismo, son verdaderamente la expresión más acabada de su ideal estético. En cambio los Cristos representados por el arte italiano y por su influencia son Cristos paganos, clásicos, atléticos: no hieren el sentimiento religioso de un modo vivo, como los de Morales, que de-

bió el sobrenombre de *divino* á esa misma intensidad de expresión de sus figuras; pero en cambio, como figuras grandiosas, como desnudos de soberana belleza, los Cristos de Ticiano y de Rubens, y en España misma el de Velázquez, tienen un valor artístico muy superior. La misma diferencia se advierte al repasar las demás obras del arte español, tanto en pintura como en escultura, salvo excepciones que revelan una influencia italiana; en este caso está el Greco cuya originalidad prestó al desnudo una distinción y una delicadeza admirables, y Ribera el *spagnoletto* (por no citar más que pintores) español que se formó como pintor en Italia. Por lo tanto, puede decirse que el desnudo es un tema extraño á nuestro arte. Hasta el desnudo de las imágenes del Salvador en la cruz debió parecer en algún tiempo poco recatado, puesto que este mal entendido pudor, de complicidad con el mal gusto, inventó las ridículas y harto cumplidas *enaguas* ó *toneletes* que todavía visten hasta las rodillas ó hasta media espinilla algunos Cristos de talla.

En un país que se ha distinguido hasta tal extremo por su horror al desnudo ¿dónde encontrarlos de mujer? ¿No se comprende como pasó sin correctivo de la Inquisición ni sin escándalo de las gentes el cuadro existente en la catedral de Sevilla y debido á Luis de Vargas, otro pintor español formado en Italia, que se llama cuadro de *la gamba* justamente por la pierna que destaca en primer término, de una mujer desnuda. Pero todavía se comprende menos que el ejemplo de este artista sevillano, cuyo talento artístico logró sin duda sobreponerse á las preocupaciones de su piedad religiosa, que fué extremada, no tuviese fuerza bastante para evitar que el bueno de Pacheco aconsejara á los pintores, poco más tarde, en su preceptiva, que no recurriesen á modelos femeninos más que para el rostro y las manos, y que para lo demás se valieran de yesos, de dibujos ó de grabados de maestros extranjeros.

Por fortuna no se mantuvo fiel á tan peregrina máxima su yerno Velázquez, que forma excepción en esto como en todo. Nuestro grande artista se distinguió desde luego por su afición al desnudo, como lo prueba primeramente el cuadro de *Los borrachos*, después *Las fraguas de Vulcano* y el *Marte;* que revela la saludable impresión producida en el espíritu del artista por los desnudos del arte italiano. Las obras de Velázquez, que señalamos, son desnudos de hombre y casi los únicos que fuera del género religioso pueden registrarse en España; pero aun hay que añadir algo más excepcional, y del mismo artista: una mujer desnuda, la *Venus echada*, lienzo poco conocido de los españoles, porque lo posee en Inglaterra lord Rokeby. Velázquez, acaso por encargo del rey Felipe IV, que á pesar de las disposiciones del Santo Oficio, tenía en su alcoba, según afirma Michel, cuadros que representan las escenas más libres como el *Jardín del Amor*, de Rubens, al lado de la *Sacra Familia;* acaso porque le indujera á pintarlo el mismo Rubens que hizo del desnudo femenil un culto estético, y debió por lo mismo extrañarse grandemente del excesivo recato de los españoles: representó en efecto á la diosa del amor; pero no de frente, mostrando ufana sus bellezas, como sin empacho la representaron *Botticelli, Giorgione* y el Ticiano; Velázquez quizá por satisfacer más bien los escrúpulos de sus compatriotas que los suyos propios, como se ha dicho, puso su figura tendida de costado, ofreciendo á la vista de los espectadores las espaldas, y el rostro reflejado en un espejo que sostiene Cupido.

Tan nuevo es en Velázquez este asunto, tan extraño que hubiera en la España de los Felipes quien pintase un desnudo de mujer, que cuando ese lienzo se presentó en la exposición de obras de nuestro artista celebrada en la Royal Academy de Londres en 1890, no faltó quien negase su autenticidad; pero es lo cierto, que aparte de que el asunto aparece registrado bajo el título de *Venus del espejo* en los inventarios del Real palacio, «la libertad y la franqueza personalísima de la factura, dice Michel, bastarían por sí solas para justificar la atribución á Velázquez», y prescindiendo de éste y concretándose al modelo, el mismo Michel, á quien por ser extranjero tienen que llamarle la atención las diferencias de raza, encuentra un tipo «francamente español», que reconoce, mejor que en el rostro (y cuidado que es español), vagamente reproducido en el espejo, en «la finura del talle y la curva fuertemente acusada de las caderas», curva en que creemos ver la huella horrorosa de la nefanda cotilla con que se aprisionaban el cuerpo las mujeres de entonces, y cree ver el citado crítico la razón de que el autor pusiera á su modelo en esa postura, pues en ella resaltaban «la elegancia de las formas y la frescura de aquel cuerpo esbelto y flexible».

Fuera esta la razón de la postura, ó lo fuera el respeto á los citados escrúpulos de los contemporáneos, si es que no lo fueron ambas consideraciones, y por encima de todas ó con exclusión de aquéllas, el deseo, muy natural en el autor, de hacer una Venus que no se pareciere absolutamente en nada á las del Ticiano, lo cierto es que hizo un estudio de mujer desnuda, tema no tratado del natural hasta entonces por ningún artista en España; y lo hizo con un carácter realista que distingue á esa figura y la diferencia completamente de las Venus de tipo clásico á que se mantuvo fiel la Italia del Renacimiento.

Después de dicho estudio de desnudo femenil, no sabemos que pueda señalarse otro en el arte español hasta la *maja desnuda*, precioso lienzo de Goya que posee la Academia de San Fernando, y en el cual la licencia (que ya no lo era tanto, dadas las corrientes volterianas que azotaban á nuestro país y al propio autor de *Los Caprichos)* ni siquiera pudo tener una justificación mitológica, pues no se trata de la diosa del amor, sino acaso de una de sus alegres devotas, á la que retrató asimismo el autor vestida y en igual postura, esto es, echada en una cama y vuelta de frente al espectador. Tampoco tiene esta figura, como puede suponerse, parentesco alguno con las Venus italianas, como no sea en la postura: es una mujer, una muchacha, menuda y graciosa, de elegantísimo talle y cuyas carnes ofrecen una frescura de color que encanta. Seguramente que Goya no la pintó, como ha supuesto algún malicioso, con un fin sensual, sino con el fin puramente artístico, técnico, de hacer un estudio de desnudo de tan excelente modelo.

Este estudio es en la historia de nuestro arte otro caso aislado, como el de Velázquez.

Nuestros artistas contemporáneos diríase que tienen los mismos escrúpulos ó desconfianzas que sus antecesores para presentar al público figuras desnudas. Dirán ellos, y tendrán razón, que nuestro público, falto de educación artística para apreciar la pureza de la forma, no siente el desnudo, sólo ve en las Venus y los Apolos *figuras en cueros*, es decir, cosas sucias y vergonzosas, de las que deben apartarse los ojos, como por respetos de buena crianza se apartan del interior de una alcoba ó de otro lugar privado. Esta falta de sentido estético, hijo no de la incapacidad, sino de la ignorancia, es la verdadera piedra de toque y la verdadera causa que hace siglos inspiró la citada prohibición del Santo Oficio y hoy inspira los sentimientos que dejamos apuntados.

Nuestras Exposiciones de Bellas Artes contrastan notablemente, en este punto, con las del extranjero, especialmente con las de París, donde es tal la abundancia de desnudos, sobre todo de mujer, por lo mismo que el tipo es más bello, que todos los años se publica un volumen, de grabados y texto, con el título de *Le nu au Salon*. En cambio, en nuestras Exposiciones, como en la última, si hay media docena de desnudos parece demasiado y hasta suelen colocarse en sitios poco visibles para que el público no se llame á engaño. ¡Mentira parece que en nuestras Escuelas de Bellas Artes se dibuje y se pinte del modelo desnudo!

A nuestro modo de ver, la cuestión es de más trascendencia de lo que parece. El haber hecho la rutina que el desnudo sea un tema extraño al arte español, es quizá una de las causas de que en general nuestros artistas contemporáneos dibujen poco, sin firmeza ni vigor. Mediten en la necesidad del remedio las personas á quienes corresponda imprimir una marcha provechosa al arte nacional, y piensen lo que éste puede ganar si el desnudo llega á ser uno de sus temas predilectos. En cuanto al público, aunque en esto y en otras cosas sigue apegado á rancias preocupaciones, si no se le combaten éstas nunca las perderá, y de lo que más necesitado se halla es precisamente de cultura artística, que le permita ver en una Venus un tipo de belleza y no otra cosa.

José Ramón MELIDA



F. BRUNET Y FITA




CORO DE LA CATEDRAL DE BURGOS

# CRONICAS LIGERAS

Como si no fuera bastante ancha la fosa que han abierto en España las dos funestas guerras de Cuba y Filipinas; como si no pesaran sobre nosotros bastantes desdichas y no hubiera bastante luto y miseria en los hogares, la Providencia ha querido hacernos pasar por nueva y espantosa prueba, abriendo de par en par las cataratas del cielo, é inundando de una manera desoladora nuestras fértiles y hermosas campiñas.

Conmueven y horrorizan los detalles que trae la prensa.

En Valencia han sido arrasados todos los huertos, han desaparecido los molinos, han quedado destruídos todos los pantanos y riegos.

Han ocurrido escenas desgarradoras.

En Villamarchante la corriente arrancó un olivo en el que se habían refugiado una madre con su hijo, y desde otro, contemplaba el padre desolado, la muerte de aquellos dos seres queridos, sin poderles prestar auxilio.

En el Grao derribaron las aguas las paredes del cementerio y arrastraron los cadáveres al mar.

Los ríos, desbordados, arrancaron de cuajo puentes colosales que parecían indestructibles, inundaron pueblos enteros, y convirtieron los campos y los caminos en lagos inmensos.

Pánico, desolación y muerte por todas partes; miseria y ruina: esto han dejado las aguas al pasar.

Pero ¡ah! que cual sigue la luz á las tinieblas, no tardó en brillar radiante y celestial la más bella de las virtudes cristianas á que nuestra patria rinde fervoroso culto.

¡La Caridad!

Llovieron en seguida los donativos, y sería interminable citar los nombres de todos los que corrieron con su óbolo á enjugar lágrimas y á mitigar miserias.

No fue de los últimos en llegar nuestra Augusta Soberana, ni debemos pasar en silencio el generoso donativo de la colonia extranjera de Valencia, en particular la francesa, que entregó al director de *El Mercantil*, 5,395 pesetas, casi en los primeros momentos.

El cardenal Sancha envió 3,000 pesetas, el cabildo entregó 500, el Ayuntamiento abrió una suscripción y organizó socorros y de todas partes llegaron limosnas.

Pero así y todo, triste, muy triste es la situación en que quedan los pueblos inundados y necesitarán mucho tiempo para reponerse de tan terrible catástrofe.

¡Quiera Dios que en Cuba y Filipinas brille pronto el iris de paz!

¡Quiera Dios poner acierto y buena voluntad en nuestros gobernantes y dar pronto á España la tranquilidad y próspera fortuna que tan merecida tiene.

España es fértil y rica, sus hijos sobrios y fuertes para el trabajo, y sólo necesita una era de paz y de cordura para reponerse de todos sus quebrantos, y vivir, ni envidiosa ni envidiada, gozando de su cielo azul, de su exuberante suelo y de su ambiente perfumado.

***

En Barcelona han caído algunos chubascos y nada más.

Fuera de que las calles del ensanche se cubren de un metro de lodo cuando llueve, y están llenas de zanjas y vaches, por lo demás vivimos en el mejor de los mundos.

Aquí, como sucede en casi todas las grandes capitales, se conocen poco las calamidades ni la miseria.

Los teatros están llenos, los cafés más llenos, y la gente parece que va por las calles contenta y satisfecha.

La procesión la llevan muchos por dentro.

¡Cualquiera dirá que hay miseria, ni guerras, ni cambios altos ni bajos después de haber asistido, por ejemplo, á la inauguración del Liceo y haber visto tanta gente alegre, tantas damas distinguidas, cuajadas de brillantes como escaparate de joyero, tanta cara bonita y tanto entusiasmo!

***

En la Exposición de Industrias Modernas abierta en Madrid, están llamando poderosamente la atención los productos catalanes que, según frases de la prensa madrileña, constituyen el nervio de aquel certamen.

En todas las clases de los diversos grupos ó secciones de la clasificación hecha en el concurso, la que presenta más brillantes pruebas de sus adelantos es Cataluña, origen de la actual Exposición.

En lo relativo á los tejidos de algodón, lino, cáñamo, lana y seda, es donde con mayor claridad y esplendor se ven los progresos verdaderamente notables y característicos de esta región.

Estas instalaciones son el punto de cita del bello sexo, que extasiado contempla tanto lujo y riqueza, tanta variedad de telas, destinadas todas, á engalanar y realzar sus atractivos y su belleza.

La instalación de bronces artísticos de Masriera y Campíns llama poderosamente la atención, especialmente, por los nuevos ejemplares de preciosas verjas decorativas, en las que entra el hierro forjado y el bronce cincelado y fundido.

Los juguetes están en grande abundancia: desde los más sencillos y económicos hasta los mas caros, complicados é ingeniosos.

Esta es una nota tierna y conmovedora para mí que me recuerda el intenso amor á la familia que sienten los catalanes.

Aquí la noche de Reyes es una espléndida fiesta



DON RAMON LARROCA,
GOBERNADOR DE BARCELONA, Y SU FAMILIA

*Fot. de A. S. (Xatart), hecha exprofeso para Album Salón.*



MTRO. MANUEL GIRÓ, AUTOR DE « NUESTRA SEÑORA DE PARÍS ».

infantil que trae á la memoria los cuentos de hadas y las mil y una noches.

Tiendas, bazares, confiterías, puestos ambulantes... todo está lleno de juguetes.

Los establecimientos permanecen abiertos hasta las primeras horas de la madrugada, iluminados *á giorno* y llenos de bote en bote de padres cariñosos que se gastan un dineral en comprar chucherías á sus hijos.

Pobre, muy pobre ha de ser el niño que se quede sin su juguete.

En un solo establecimiento, en *El Siglo,* se vende aquella noche por valor de muchos miles de duros.

Es verdaderamente fabuloso.

Llega luego Carnaval y las madres disfrazan á sus pequeñuelos con trajes riquísimos y caprichosos, que constituyen la nota más tierna, más vistosa y rica de aquellos días.

Da gozo de ver á tanto ángel de Dios vestidos de personajes históricos, de tipos provincianos, de hombres célebres, de protagonistas de obras dramáticas, de óperas ó de zarzuelas en boga. Todos ellos con una gravedad que encanta, y un inocente orgullo que enamora.

En el decano de nuestros coliseos se da un baile para ellos y hay premios á los mejor vestidos y dulces para todos.

Desde el año pasado se organiza una cabalgata infantil que es otra nota tierna y conmovedora que vale la pena de venir de muy lejos para verla.

El Domingo de Ramos no hay niño sin palma guarnecida con dulces, y en llegando la Pascua á nadie falta la clásica *mona.*

No he visto un país en que tanto se ame á los niños y en que toda una capital no se preocupe en otra cosa, en días determinados, que en obsequiarlos.

¿Cómo no han de ser los catalanes trabajadores y laboriosos y progresar en la industria y en las artes, si todo esto arranca del amor á la familia, del calor y la honradez del hogar?

Perdonen si me he apartado del primitivo tema de mi crónica y reciban mi saludo hasta la semana próxima.

PABLO DE SEGOVIA



TALLER DEL PINTOR ESPAÑOL, ENRIQUE SERRA, EN ROMA

# ¡DEMASIADO TARDE!

*(Continuación).*

Retiróse Dolores, el edecán sentóse junto al velador en que figuraba un número de *El Imparcial*, con ánimo de matar el rato leyendo, y su superior jerárquico, desabrochándose la levita, se puso á recorrer la habitación, de cuyas paredes colgaban multitud de cuadros, firmados por Daniel.

El buen señor profesaba gran afición á la pintura, pasando entre sus relaciones por persona inteligente.

—¡Hola! ¡hola! ¡no ha perdido el tiempo!—decía para sí, mientras recorría aquel pequeño museo:—ha trabajado mucho... y bien. ¡Vale, el amigo Herrera! Con un poquito de protección, conquistará pronto un puesto envidiable. ¡Hay aquí verdaderas joyas! Corrección de líneas, verdad en el colorido, frescura, espontaneidad... todas las cualidades necesarias para... ¡Cómo demonios no ha hecho fortuna!... ¡Lástima que en este país no se recompense el mérito!... Celebro que mi pobre amigo me haya deparado esta ocasión de conocerle.

Así diciendo, pasó revista, por encima, á aquellas preciosidades... que no se vendían, porque sólo se cotizan á buen precio las firmas reputadas; medio eficacísimo de estimular... en sentido negativo, al principiante.

Terminado el examen, reparó en el caballete.

—¿Qué pintará ahora? —añadió, yendo directamente hacia el;—veamos su última creación.

Apenas fijóse en el lienzo que causaba la desesperación de Dolores, retrocedió, cual no hiciera nunca en presencia del enemigo, y... restregándose los ojos, repuso:

—¡Demontre!... ¡Sueño ó estoy despierto!

Acercóse de nuevo á la pintura que de tal modo le impresionara, y... soltando un redondo taco, llamó á su ayudante.

—¡Víctor!

—¿Que le pasa á usted, papá?—contestó el militar, dejando el periódico.

—Ven; corre.

El hijo del general se colocó acto continuo al lado de su padre, quien, mostrándole el lienzo, le dijo con reconcentrada voz:

—¡Mira!

No fué menor el efecto que la obra de Daniel produjo en el joven, á juzgar por el trastorno de sus facciones. Reproduciendo fielmente la idea que al punto germinó en su cerebro, murmuraron sus labios:

—¡Laura!

—Laura, sí! —repitió el anciano, cuya agitación iba en aumento.

—¡No puede ser!



—Lo mismo pensé yo; ¡no puede ser!... y, sin embargo...

Una semejanza tan perfecta...

—No cabe achacarla á la casualidad. ¡Es ella, Víctor!

—¡Mucho lo temo!... Pero no me explico...

—Si durante nuestra ausencia... la infame...

—Imposible; mi hermana no hubiera rebajado su dignidad hasta ese extremo.

—¡Ay, hijo mío; qué poco conoces el mundo!... ¡y sobre todo á las mujeres! No hay una en quien fiar.

—Aleje de usted esa sospecha indigna.

—Una muchacha sin madre, por guardada que esté... Un descuido de su tía; cualquier circunstancia imprevista...

—Eso no reza con Laura.

—¡Por Dios vivo que he de descubrir la verdad, antes de salir de aquí! Quiero saber, no dudar. ¡Silencio, ya vienen!

* * *

En efecto; el ruido de pasos en la habitación contigua, anunciaba la llegada de Dolores y Daniel.

Este saludó á los militares, cuyos impasibles rostros disimulaban perfectamente el estado de su ánimo; ofreciéndoles silla y diciendo, en lenguaje respetuoso:

—Dispensen ustedes, si han tenido que molestarse.

—Al contrario, amigo; su retraso vino de perilla, pues me procuró el placer de admirar los frutos de su talento.

—¡Bien escaso por cierto!

—La modestia no conduce á nada. Son obras maestras, créalo usted.

—Favor que me dispensa.

—Justicia á secas. Si me parecieran malos, se lo manifestaría sin tapujos... ó me callaría. No adulo nunca, ni me agrada gastar palabras en balde; y... en prueba de ello, vamos al grano. Vengo de Cuba, donde he pasado una larga temporada, peleando contra aquellas hordas semi-salvajes, que, desconociendo sus propios intereses, reniegan de la madre patria. Allí he dejado á un compañero de armas, á quien profesaba grande afecto y que era por las señas pariente de ustedes; primo, si no me engaño. El coronel Herrera.

—Primo... de nuestro padre.

—Un valiente, amigo; un valiente, en toda la extensión de la palabra. ¿Supongo que estarán enterados de su muerte?

—Sí, señor.

—¡Lo que es el destino del hombre! Juntos embarcamos en Barcelona... con el entusiasmo del soldado español, cuando va á defender su gloriosa bandera. ¡Voto á bríos! ¡cuán distinta fué nuestra suerte! El infeliz se quedó para *in eternum* en el ignorado rincón de un cementerio; yo he vuelto con un entorchado. Pero, esto no hace al caso. Momentos antes de morir, en un miserable hospital de sangre, me llamó para entregarme sus ahorros durante la campaña, y un talón del Banco en que, al partir, había depositado su pequeña fortuna; encargándome que los trasmitiera á ustedes, en propia mano.

—¡Pobre tío! —balbuceó Dolores, enjugándose las lágrimas que bañaban sus mejillas.

—¿No tenía otros parientes? —preguntó Daniel.

—Así parece. Aquí va lo uno y lo otro; no es un tesoro; pero, ayuda á vivir.

—Gracias mil, general, por la molestia que se ha tomado, viniendo en persona á...

—Encargó que fuera en propia mano. Conste, pues, que he cumplido escrupulosamente su postrera voluntad. Las ropas y demás efectos, pertenecientes al difunto, pueden reclamarlos, si gustan, en el Ministerio de la Guerra.

—No hallo frases con que agradecer...

—¡Voto á sanes! —repuso levantándose el anciano;—¡cómo si valiera la pena! Además que... ya me lo agradecerá él, desde el cielo.

—No obstante, general, permítame que le ofrezca mis humildes servicios y esta choza, de la que ha tomado posesión.

—Choque usted, amigo; prometo volver por aquí. Y



usted, niña, no llore; ¡qué demonios! ¡más temprano ó más tarde, todos llevaremos el mismo camino!

El ayudante, despidióse á su turno; procurando consolar á la doncella, de quien, durante la conversación no había apartado la vista, subyugado por su extraordinaria belleza.

* * *

Llegaban ya á la puerta del estudio padre é hijo, cuando aquél, girando sobre los talones, se encaró con Daniel.

—¿Se le olvida algo?—preguntó éste.

—¡Por vida del chápiro! ¡Sería la vez primera que salgo del taller de un pintor con las manos vacías! Poseo una hermosa colección de cuadros, ya los verá usted, y la enriqueceré hoy, si me vende uno de los suyos.

—Perdone que no me haya anticipado á ofrecérselo. Todos están á su disposición.

—Entendámonos, amigo; quiero comprarlo, nó que me lo regalen.

—Contrariando por completo mi deseo. Le suplico que lo acepte en memoria de...

—¡Qué memoria ni qué ocho cuartos! El mérito ha de ser recompensado. Lo pago, ó no hay nada de lo dicho... Es inútil que insista.

—Si usted se empeña...

—Así escogeré con más libertad.

Daniel cedió, por no incurrir en su desagrado, limitándose á responder:

—Elija usted... el menos malo.

—Lo que haré, probablemente, será llevarme el mejor.

El anciano, después de examinar la colección completa, cual si le fuera desconocida, paróse frente al caballete, diciendo, con perfecta naturalidad.

—¡Este!

No es posible explicar la estupefacción de Daniel ni la ansiedad de su hermana. Ambos se estremecieron involuntariamente; detalle que no pasó desapercibido para el general, quien añadió, en tono placentero:

—¿Qué tal? ¿he estado feliz en la elección? Eso le probará que conozco el paño. Con que; yo he concluído ya; ahora le toca á usted. Fije precio.

El pintor permaneció callado, estudiando sin duda una excusa satisfactoria.

—No se quede corto,—repuso el anciano,—pida usted lo que tuviera pensado; tráteme como á un comprador cualquiera. Soy suficientemente rico, para darme ese gustazo.

—¡Mucho siento, tener que rechazar sus generosas ofertas,— murmuró al fin, el joven artista.

—¡Cómo!

—Precisamente, ha ido usted á elegir... el único de que no puedo desprenderme.

—¡Diantre! ¡que casualidad! ¿No te parece, hijo mío, que es una casualidad... bien rara?

—¡Maravillosa!—respondió el ayudante, preocupado no poco, con la turbación de Dolores.

—Vamos, ya comprendo,—añadió su padre;—¿lo ha pintado usted de encargo?

—Sí, señor; — balbuceó Daniel,—no atreviéndose á sostener en voz alta su mentira.

—Debí comprenderlo,... tratándose de un retrato. Y apuesto, doble contra sencillo, á que el original le interesará bastante.

—No lo niego;—confesó el pintor, sonrojándose, á pesar suyo.

—Y yo lo respeto; ¡todos hemos sido jóvenes! ¡Feliz usted que se halla todavía en la edad de las ilusiones!

—¿No hay otro que le agrade?

—Lo he pensado mejor,—prosiguió el general, dirigiendo á Víctor una mirada de inteligencia;—desde antes de mi partida para América, tengo el propósito de retratar á mi hija. Encárguese usted de ese trabajo.

—Si me considera digno de tal distinción...

—De esta manera, mato dos pájaros de una pedrada. Aumento mi colección con su valiosa firma y realizo mi proyecto.

—Haré lo posible por corresponder dignamente á su confianza.

—Me consta que le sobra habilidad para ello!

—Sírvase indicarme cuando he de empezar.

—Mañana mismo, si sus ocupaciones se lo permiten, aun que sea a costa de un pequeño sacrificio

—A la hora que señale me pondré á sus órdenes.

—¡Evítase la incomodidad! Nosotros vendremos aquí.

—Lo decía, para que no se molestase esa señorita.

—Así se paseará. Nada, nada; espérenos á las once en punto. ¡Y á ver como se luce usted! Porque... es guapa también, aunque me esté mal alabarla.

El anciano se había encaminado de nuevo á la puerta, acompañándole Daniel.

Aprovechando su adecán aquel momento propicio, acercóse á la doncella, añadiendo por su cuenta:

—Mi hermana es efectivamente hermosa; pero, usted más, mucho más.

Dolores no contestó, coloreándose de repente su blanca tez.

Envalentonado el impresionable mozo por aquel rubor que juzgaba de buen aguero, despidióse de ella con un suspiro, murmurando á su oído estas atrevidas palabras:

—¡Dichoso el mortal que logre conquistar el tesoro de su amor!

* * *

Con la puntualidad propia de un buen militar, el general se apersonó en el domicilio del pintor á las once de la mañana siguiente.

Acompañábanle sus dos hijos.

Dolores salió á recibirles, introduciéndoles en el estudio de su hermano; quien lo tenía dispuesto todo para la primera sesión.

El pintado lienzo que dió pie en el día anterior á la escena que vamos á describir, no figuraba ya en el caballete; había sido reemplazado por otro en blanco.

Daniel corrió al encuentro de los recién llegados, para cumplimentarles debidamente.

Apenas él y la aristocrática señorita se contemplaron de cerca, estremeciéronse ambos, cual si les hubiera tocado una corriente eléctrica, dando un paso atrás y exclamando á un tiempo

—¡Dios mío!

—¡Ella!

El anciano no pudo entender estas exclamaciones, ahogadas al nacer; empero, en el semblante de los dos jóvenes leyó... lo que estaba á la vista.

No así, Víctor; pues, atendiendo únicamente á la mujer que embargaba sus sentidos, olvidaba el objeto verdadero de su visita.

Por un esfuerzo supremo de la voluntad, Daniel consiguió serenarse; la hija del general, doblegóse sobre su tallo, cual la flor delicada al azotarla el huracán, y dejóse caer en una silla que, afortunadamente, tenía al lado.

—¡Laura!—gritó su padre, corriendo á auxiliarla; mientras Dolores, viéndola vacilar, se dirigía hacia la pobre niña con los brazos abiertos, para sostenerla.

—¿Se ha puesto usted mala?

—¿Qué te pasa?

—No es nada, papá;... un vahído ligero.

—¡El calor, tal vez!—murmuró éste, con amarga ironía.

—La habrá fatigado la escalera,—agregó la hermana del pintor.—¡Vivimos tan alto!

—¡Animo!

—Voy por el azahar.

No se moleste usted; ya estoy bien.

En prueba de ello, la linda señorita se levantó, enjugándose el sudor frío que bañaba su frente.

—¡Lo celebro! ¡Hija, me has dado un susto! Pero, ¿te sientes fuerte?

—Sí, papá; tranquilízate.

—Podemos dejarlo para otro día,—atrevióse á indicar Daniel, que en aquel instante no se hallaba en disposición de pintar.

—¡Vaya una gana! — replicó el general;—¡cuando Laura asegura que!...

*(Se continuará).* SALVADOR CARRERA




Hacemos público testimonio de nuestro profundo agradecimiento á la prensa en general, por la cariñosa acogida que ha dispensado á nuestro primer número y por los gratísimos elogios que nos tributa. En otro número, rendiremos homenaje á su opinión valiosísima.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el notable

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

dedicado al cuerpo de Artillería con motivo de la festividad de Santa Bárbara, su patrona.

CUBIERTA: Cuadro de J. Cusachs.

PÁGINAS EN COLOR. *Santa Bárbara*, reproducción del cuadro de C. L. Ribera, que existe en el Museo de Artillería.

*La patrona de los artilleros:* artículo por Salvador Carrera

*De viejo cuño:* cuadro de J. Cusachs.

*Nuestros veteranos:* artículo por Eduardo de Oliver-Copons, comandante de artillería.

*Un coronel de artillería en día de gala:* cuadro de Marcelino de Unceta.

*A los héroes del 2 de Mayo:* Efeméride gloriosa de la artillería española, fantasía de Arturo Seriñá.

PÁGINAS EN NEGRO: *Artillería montada:* dibujo á pluma de J. Passos.

*La artillería española:* artículo por... ****

*Pieza de sitio:* dibujo á pluma de J. Passos.

*Alcázar de Segovia:* fotografía reproducida directamente.

*Fábrica de cartuchos en Toledo:* grabado directo.

*Fábrica de pólvora sin humo en Granada:* grabado directo.

*El Emmo. Sr. Cardenal Cascajares:* fotografía directa y texto alusivo.

*Dos artilleros ilustres:* artículo por Gabriel Fernández Duro.

*Batería:* dibujo de J. Passos

*Cantina:* dibujo á pluma por J. Cusachs.

*Artillería acampada:* reproducción directa.

*Cuentos del vivac* (Andrómina), por Federico Urrecha.

*Artillería aparcada:* fotografía directa.

MOSAICO.

REGALO: Un precioso figurín iluminado.

El Círculo de Bellas Artes de Madrid ha publicado el Reglamento que ha de regir en la próxima Exposición bienal, acordada para el mes de Abril, en el Palacio de cristal del Parque.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCION POR AUTORES Ó EDITORES.

*De colada:* (La Gramática en lejía), por Francisco Antich é Izaguirre.—Palma, imprenta y librería de las Hijas de J. Colomar, 1897.—Una peseta.

LUZ FERNÁNDEZ (novela), con licencia debida, por el mismo autor Francisco Antich é Izaguirre.—Palma, 1897.—1'50 pesetas.

En esta sección, daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, haciendo un sucinto juicio crítico de los que se nos manden dos ejemplares.

LA OPORTUNIDAD, por Xaudaró.



Jueves. — ¡Qué concierto! V., con su presencia, adorable Fanny, eclipsa la harmonía... pero, ¿va V. mañana al Casino?



Viernes.—Divina Fanny, ¿cómo le va á V. el juego?
—Admirablemente, amigo mío, acabo de ganar un millón de pesetas...



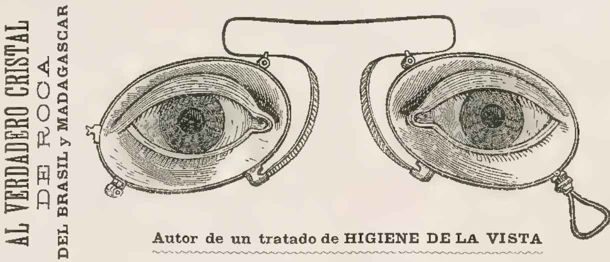
Sábado.—¡Oh, Fanny de mi vida! ¡La ofrezco mi mano y mi corazón!
—(¡Ahora que no lo necesito!




# CRESPIN ESPUY, ÓPTICO DE PARIS,

SUCESOR DE ESPUY HERMANOS

AL VERDADERO CRISTAL DE ROCA DEL BRASIL y MADAGASCAR



ESTABLECIMIENTO DE ÓPTICA FRANCÉS Escudillers, 70, BARCELONA

**Autor de un tratado de HIGIENE DE LA VISTA**

Se componen toda clase de objetos de óptica, anteojos, lentes y gemelos de todas clases, de campaña y marina. — Construcción, reparación y colocación de toda clase de campanillas eléctricas para hoteles, casas particulares, casas de Banca, administraciones, torres y casas de campo á un 40 por 100 más barato que las demás casas de esta clase.

# HISTORIA DEL GENERAL PRIM

POR

## FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale UN REAL, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnífico cromo.

# LA EMPERATRIZ

Corsés y Fajas

**TRES LLITS, núm. 10**

**ESCUDILLERS, BLANCHS, 2**

**BARCELONA**



Faja ventrera para sujetar, sostener y disminuir el vientre, elogiada y recomendada por ilustres Doctores en Medicina de esta Capital.



Para tener salud

Pídase el catálogo

KNEIPP

que regala la Casa

SANTIVERI

*Calle del Call, 20 y 22, Barcelona*

GRANDES ALMACENES DE

# EL SIGLO

LOS MAS GRANDES E IMPORTANTES DE ESPAÑA

**Rambla de Estudios, 5 y 7, y Xuclá, 10 y 12**

Dirección por correo: CONDE, PUERTO Y C.ª **BARCELONA** Apartado, núm. 101 TELÉFONO, NÚM. 181

**Dirección telegráfica, «SIGLO-BARCELONA»**

Inmensos y variados surtidos en todos los artículos que se expenden en estos Almacenes, y componen las

SECCIONES

de Abanicos, Alfombras, Batería de Cocina, Bisutería, Camisería, Cepillería, Confecciones, Corbatería, Corsés, Cortinajes, Efectos de Escritorio, Efectos de Viaje, Ferretería, Fumistería, Géneros de punto, Guantería, Joyería, Juguetes, Lampistería, Lanería, Lencería, Loza y Cristal, Lutos, Marroquinería, Mercería, Metal Blanco, Muebles, Objetos Fúnebres, Objetos Japoneses, Objetos de Porcelana, Optica, Pañolería, Papelería, Paraguas y Bastones, Pasamanería, Peletería, Perfumería, Platería, Quincallería, Relojería, Ropa Blanca, Sastrería, Sedería, Sombrerería, Sombreros para Señora, Zapatería, etc., etc.

PRECIO FIJO VENTAS AL CONTADO ENTRADA LIBRE

NOTA. — La Casa publica dos Catálogos generales, uno para la temporada de verano y otra para la de invierno, además de varios Catálogos especiales para cada sección, los que se remiten gratis y francos de porte al que lo solicite.

# DEPILATORIO EN POLVO DEL DR. THOMSON

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.



Antes de usarlo.



Después de usarlo.

**Aplicación sencilla, resultados positivos.**

**Precio: 3 pesetas caja.**

Unico Depósito: Perfumería LAFONT

CALL, 30 * BARCELONA

# WERTHEIM

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS

AL CONTADO y á PLAZOS

AVIÑÓ, 9 * BARCELONA

BICICLETAS GARANTIDAS

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ∞ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ∞ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTICULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

## Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO I | BARCELONA, 5 DE DICIEMBRE DE 1897 | NÚM. 3

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:
SALVADOR CARRERA * V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

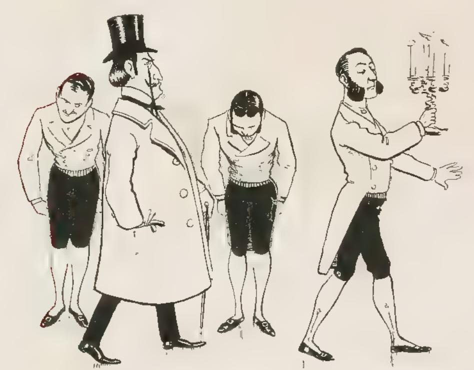
**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*. Rafael Altamira.—Vital Aza. —Víctor Balaguer.—Federico Balart. Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez. -Luis Bonafoux.—Ramon de Campoamor.—Mariano de Cavia Martín L. Coria. Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar. José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw. Emilio Ferrari. Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar. Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*. —Jorge Isaachs.—Rafael M. Liern.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida F. Miquel y Badía.—Magín Morera Galicia. -Eduardo Montesinos.—Garpar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols. Armando Palacio Valdés. —Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. Emilia Pardo Bazán. -José María de Pereda. — Benito Pérez Galdós. — Felipe Pérez y González. — Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión. – Angel Rodríguez Chaves. — Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint - Aubín -Antonio Sánchez Pérez.— Eugenio Sellés.— Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada. — Francisco Tomás Estruch.—Federico Urrecha. Luis de Val —Juan Valera. -Ricardo de la Vega. José Villegas *(Zeda)*.— Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot. -Fernando Alberti.—José Arija Luis Alvarez Dionisio Baixeras. Mateo Balasch. Pablo Béjar.— Mariano Benlliure.—Juan Brull. F. Brunet y Fita.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra. -José Cusachs.—José Cuchy.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda. Manuel Domínguez. -Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos. —Luis García San Pedro.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy. -Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo.—José M. Marqués. -Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila. -Francisco Masriera.—Moreno Carbonero.—Morelli. Tomás Muñoz Lucena. Félix Mestres.—Nicolás Mejía.—Francisco Miralles. -Méndez Bringa. —José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá. Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny. Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera. — Alejandro Riquer. -Santiago Rusiñol. —Alejandro Saint Aubín. Arturo Seriñá.—Enrique Serra —Joaquín Sorolla. José M. Tamburini. José Triadó. —Ramón Tusquets.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Marcelino de Unceta.—María de la Visitación Ubach Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Tomás Bretón. Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero. Gerónimo Giménez. Salvador Giner.—Manuel Giró. Juan Goula.—Enrique Granados.—Claudio Martínez Imbert.—Joaquín Malats. -Enrique Morera.—Luis Millet.—Antonio Nicolau. -Felipe Pedrell. -Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

NOTA. — Como observará el público los anteriores nombres, están colocados por riguroso orden alfabético

LA DIGNIDAD, por XAUDARÓ.



(Á LAS 11 DE LA NOCHE). — ¡Paso al Excmo. Sr. Conde de X...!



(Á LA 1 DE LA MADRUGADA). — Pero chica, ¿por quién me has tomado? ¿crees tú que voy á poner los pies en un fonducho de segundo orden?

# LA PATRONA DE LOS ARTILLEROS

Como resplandece el lucero de la noche entre las innumerables estrellas que esmaltan el firmamento, brillaba Bárbara entre las más ilustres doncellas de Nicomedia.

Por raro privilegio, la había concedido el cielo una belleza prodigiosa, compendio de todas las bellezas; pues poseía, en igual grado y perfección, la del alma, la de la inteligencia y la corpórea.

En cambio de tan preciados dones, la quitó el que ella tenía en mayor aprecio; ¡niña aun, perdió á su cariñosa madre!

Desde entonces, el tierno capullo, separado prematuramente del tronco protector, fué arrastrado por los impetuosos remolinos de la adversidad.

Dióscoro, su padre, hombre de carácter agrio y arrebatado, era uno de los principales secuaces de la idolatría, y, por lo tanto, enemigo acérrimo de la naciente religión católica.

Idólatra también de su hija; temiendo que la depravación general intentara profanar aquella hermosura próxima á revelarse... juzgó prudente alejarla del trato humano, y encerróla, al efecto, en una torre aislada, donde, aparte de sus guardianes, penetraban únicamente los rayos luminosos; y desde la cual sólo se oía el fragor del trueno, el mugido del viento y el canto de las aves.

La candorosa niña pasó aprisionada, en pena de haber nacido hermosa, los mejores años de su florida primavera.

Pero, si el ofuscado opresor pudo, por este medio, evitar las miradas ajenas y limitar las de la mísera cautiva, no consiguió ejercer idéntico dominio sobre su activo pensamiento; por el contrario, aguzado por la soledad y el silencio, lanzóse éste, sin respeto á muros ni rejas, al etéreo espacio; desdeñando lo que quedaba abajo, para consagrarse enteramente á lo de arriba.

A fuerza de contemplar la celeste bóveda, adquirió la convicción de que existía un Ser creador; negándose á admitir que un edificio tan colosal, un palacio tan inmenso y magnífico, fuera obra de la casualidad.

Admirando la marcha regular de los astros, la uniforme continuidad de las estaciones, el orden admirable que enlazaba todas las partes de aquel portentoso conjunto, sintió el vivísimo deseo de conocer al autor de tamaña maravilla; rindiendo intuitivo culto á la suprema inteligencia que, después de formarla, la sostenía y gobernaba.

Adivinaba una verdad sublime, en pugna con las mentiras que la habían enseñado; y torturaba constantemente su privilegiada razón, por el afán de descubrirla.

Recompensando el Señor las virtuosas disposiciones de Bárbara, burló la vigilancia de Dióscoro; pues quiso, con su infinito poder, que llegara hasta el vedado retiro un piadoso y sabio anciano, encargado de instruirla en las santas doctrinas de Jesucristo.

—¡Esta es la religión que yo presentía! – exclamó radiante de placer, la angelical doncella, al escuchar las evangélicas frases del providencial mentor:—¡éste, el Dios que yo buscaba! ¡el único que llena las aspiraciones de mi alma y satisface las exigencias de mi entendimiento!

A partir de aquel instante, instruyóse ocultamente y con fervoroso anhelo, en los misterios de la verdadera religión; no tardando en recibir la sagrada gracia del bautismo.

Un día, fué á verla Dióscoro, noticiándola henchido de satisfacción, que había resuelto casarla con un joven dotado de cuantas perfecciones pueda apetecer la doncella más descontentadiza.

La casta virgen no se atrevió á contestarle que su elección estaba ya hecha, y que pertenecía al esposo divino; pero, rechazó la boda proyectada, manifestando que su dicha estribaba en no separarse nunca de su padre.

En la creencia éste de que, teniéndola al lado, vencería fácilmente la resistencia de su hija, la sacó de la torre y llevóla consigo; pues atribuía su negativa, á la ignorancia en que vivía de las costumbres sociales.

¡En mal hora lo hizo!

La morada de Dióscoro era, para la pobre niña, mil veces peor que la cárcel de donde salía.

Allí se adoraban las falsas divinidades... que menospreciaba y escarnecía; allí imperaban los ídolos... con repulsiva esplendidez.

La valerosa cristiana, niégase á quemar incienso en sus altares, los rechaza indignada, los derriba con sus propias manos... y los destroza y pisotea.

En vano, el padre procura atajar su locura, y trata, llevado del cariño que la profesa, de calmar su delirante arrebato; la hija cierra los oídos á toda reflexión, y si contesta, cuando la afea su inicua conducta, recordándola el respeto que debe á las divinidades de su patria, es para decirle á gritos, elevando los ojos al cielo: — ¡No hay más Dios que el de los cristianos! ¡sólo á él debe rendirse homenaje!

En el seno de la reducida familia entablóse una lucha desesperada, incesante: el uno, pugnando por restituir á las tinieblas de la idolatría la fugitiva mariposa que iba en busca de la divina luz; la otra, por arrancar de los ojos del fanático pagano el tupido velo que le impedía ver las grandezas del cristianismo.

La desesperación y el coraje de Dióscoro no tuvieron límites, al convencerse de que buenas razones y malos tratos serían estériles para lograr que su hija modificara sus arraigadas ideas y abjurara de su torpe apostasía; y de tal manera dejóse arrastrar por la violencia del carácter, que, no contento con aplicarla, por sí propio, severísimas penas, denuncióla al gobernador de la provincia, acusándola de impiedad contra los dioses.

¡Desde aquel momento la virgen se convirtió en mártir!

Los más atroces suplicios, las torturas más espantosas, no consiguieron vencer la resistencia de la débil criatura, ni amortiguar su inquebrantable fe: Bárbara los sufrió con resignación heroica, sonriendo en vez de llorar; abriéndose sus labios... nó para gemir, sino para pronunciar, con inefable delicia, el dulcísimo nombre de su excelso amante.

Para que nada faltase á su martirio, y conquistara mejor el sitio preferente que la tenía reservado en la gloria, permitió el augusto dueño de tan purísimo amor, que experimentara en su postrer instante el mayor de los dolores imaginables: ¡que fuese el mismo autor de su corta existencia, quien, cruel y desnaturalizado, descargara sobre la infeliz el golpe mortal... ejerciendo con su hija, á impulsos del ciego fanatismo, el oficio vil y repugnante de verdugo!

Semejante crimen, cuyo solo relato aterroriza, no podía quedar impune: el castigo siguió á la falta, como sigue al rayo desprendido de las nubes, el pavoroso estampido del trueno.

¡Y en verdad, que no cabe comparación más exacta!

Al descender Dióscoro del monte, donde acababa de consumar su horrible hazaña, nada, ni una bruma pasajera, empañaba el terso azul del firmamento.

Pues bien, para patentizar el Dios de la justicia su cólera contra el inicuo homicida, realizó uno de sus milagros

De aquel cielo sereno y apacible, surgió de repente un rayo destructor, un formidable trueno ensordeció el espacio, y el padre criminal cayó aniquilado por el celeste fuego, al pie de la colina en que humeaba aún la sangre de la inocente víctima.

La historia y la tradición corroboran á la par ese portento, que dió origen á la canonización de la virginal doncella de Nicomedia, á quien veneran los cristianos é invocan con el más religioso fervor, siempre que sobre su cabeza se desencadena rugiente tempestad; considerándola abogada contra las tormentas y los incendios.

Desde el fondo del alma la elevan en particular sus plegarias, el bravo marino que vive en constante lucha con el líquido elemento, y el infatigable labrador que con el sudor de su rostro, saca del seno de la tierra el pan necesario á su subsistencia y á la de sus semejantes, cada vez que un trastorno atmosférico amenaza esterilizar el denuedo del uno y el trabajo del otro.

La iglesia católica, apostólica, romana, conmemora la heroica muerte de Santa Bárbara en el día cuatro de Diciembre, celebrando la misa en su honor.

El Real Cuerpo de Artillería, que en tan alto grado contribuye al prestigio del denodado ejército español, adoptó, con entusiasmo, el patronato de esta benéfica santidad, rindiéndola ferviente culto.

En todos los cuarteles del Arma, tiene preferente lugar la sagrada efigie de la hermosa virgen, á quien rinden pleito homenaje, desde el Director general hasta el último soldado; celebrándose cada año, en su loor, magníficas funciones religiosas y espléndidos festejos.

En los momentos de prueba; cuando, en aras del deber, ofrece el artillero su desnudo pecho á las balas enemigas... al consagrar un dulcísimo recuerdo á su familia, invoca, lleno de fe, la protección de su excelsa patrona, para que le permita vencer con lauro ó morir con gloria.

Salvador CARRERA

SANTA BARBARA



Reproducción del cuadro de C. L. Ribera, que existe en la Dirección General del Arma de Artillería.



ARTILLERÍA MONTADA

# LA ARTILLERIA ESPAÑOLA

El arma de artillería española puede figurar muy dignamente al lado de las primeras de Europa.

Hay en sus filas verdaderas glorias científicas; posee verdadero plantel de oficiales; da con sus fábricas y talleres evidentes pruebas de perseverancia y estudio; perfecciona constantemente el material, y mantiene, en fin, el nombre de la institución. Otro país daría el realce que se merece á tales sacrificios, y, el nombre de nuestros inventores sería verdaderamente popular. Aquí la desidia nacional envuelve con el manto de la indiferencia cuanto se levanta fuera del campo de la política.

Sólo de oídas conocen los más de los españoles los nombres de Barrios, Plasencia, Hontoria, Ordóñez y Sotomayor; y de oídas también saben que dicho Cuerpo tiene á su cargo importantes establecimientos industriales.

No es nuestro intento dar aquí una noticia, ni siquiera sucinta, de los preclaros hechos de nuestra arma de artillería ni de sus grandes hombres. Nos faltaría espacio para tanto y, además, no encuadraría bien en el sencillo homenaje, que conmemorando á Santa Bárbara, dedicamos á sus valientes patrocinados.

Como noticias curiosas diremos que data en nuestra patria de mediados del siglo XIV, y es harto conocida la memorable fecha del sitio de Algeciras por el onceno Alfonso; fecha que ha servido de punto de partida á los que se han ocupado en esta parte de nuestra historia militar.

Se fija el año 1359 como el primero en que se empleó en Cataluña, y el 1378, entre los navarros.

Por espacio de dos siglos puede decirse que no existió tipo determinado para la construcción de piezas de artillería. Carlos I de España fué quien dictó la primera Ordenanza encaminada á remediar esta falta.

La artillería es el arma que abre el combate rompiendo el fuego en cuanto se ha colocado en posiciones escogidas de antemano. La elección de éstas la hace el comandante general. La agrupación de las piezas ó baterías en núcleos mayores ó menores y la situación de cada uno, dependen de la naturaleza del combate, del terreno en que se libra, y de las posiciones que ocupa el enemigo. Rompe el fuego, por lo general, á los 2,500 metros de distancia á que empieza la primera zona eficaz de tiro, pues aunque una granada puede llegar á cuatro ó cinco kilómetros, sus efectos son muy inseguros, dado que, aumentando los ángulos de caída, se facilita mucho la penetración del proyectil en los terrenos blandos, sin estallar. A la distancia dicha se hace fuego lenta y acompasadamente, á razón de dos ó tres disparos por minuto en cada batería. A menor distancia se aviva el fuego, y en los momentos decisivos ó contra grandes masas se disparan de 10 á 12 proyectiles por minuto. Pero debe evitarse todo lo posible el tiro rápido, no sólo para economizar municiones, sino principalmente para conservar el orden que requiere el buen servicio de las piezas y el consiguiente aprovechamiento de los disparos. Por lo común, el fuego se hace por piezas; sólo cuando conviene arrojar sobre un punto dado lluvia de proyectiles, se apela entonces á la descarga general.



PIEZA DE SITIO

El fuego se llama *de frente* cuando se dirige perpendicularmente á la línea del enemigo; *oblicuo*, si la alcanza en esta dirección; *de enfilada*, si la coge por un flanco; *de revés*, cuando bate por retaguardia á las fuerzas enemigas. Si la artillería está empeñada en combate con artillería, todas las baterías hacen fuego sobre cada batería opuesta, empezando por la que más daña á las propias fuerzas, y todas las piezas de una batería sobre cada una de la contraria que se bata, hasta hacerla callar. El proyectil que generalmente se emplea para desmontar las piezas, es la granada ordinaria; mas si están muy ocultas las piezas enemigas y no es posible hacer la observación del tiro, se prefiere la granada de metralla contra sirvientes y ganado. Si la caballería carga contra las posiciones de las artillería, ésta tiene que resistir á pie firme disparando granada de metralla, y cuando el enemigo se acerca, metralla con fuego rapidísimo; si la caballería llega y asalta, sirvientes y tropas de sostén se parapetan tras los carros y continúan resistiendo.

La artillería de montaña puede utilizarse en toda clase de terrenos, pero, especialmente, sirve, como su nombre indica, en parajes montañosos y escarpados y también allí donde los bosques y las zanjas, acequias y otros obstáculos, ó la falta de caminos practicables hacen imposibles ó dificultad mucho los movimientos de la artillería montada.

Como su material es ligero y va á lomo de robustos mulos, puede llegar y tomar posición en parajes casi inaccesibles. Pocas veces hace fuego de frente, pues suele dirigirlo contra fuerzas escondidas ó apostadas en riscos ó en bosques, á las que conviene más batir de enfilada ú oblicuamente.

La artillería reglamentaria en nuestro ejército la constituyen: como artillería lisa, los cañones de hierro zunchados, sistema Barrios, de 28 centímetros largo y corto, para el servicio de costa; cañones de bronce antiguos, de 15 centímetros á 20; obuses de hierro, de 16 á 27; obuses de bronce de 10 á 21, y morteros cónicos de 16 á 32, todos para el servicio de plaza, sitio ó costa. Forman la artillería rayada de avancarga cañones de hierro de 16 centímetros para plaza y costa, y de bronce de 16 centímetros para plaza, sitio y costa, de 12 para plaza y sitio, de 12 para plaza, de 8 para plaza, y de 7 para baterías de montaña en Canarias y Filipinas. La artillería de retrocarga la constituyen cañones de Armstrong de 12 pulgadas y de 10, cañones Krupp de 28 y 26 centímetros, y de hierro zunchados de 24 para costa: cañón de hierro zunchado de 15 para plaza y costa; Krupp de 15 para tren de sitio, cañones bronce de 14 centímetros para plaza y sitio, y de 10 centímetros para baterías de posición; cañones Krupp de 9 centímetros y cañones de bronce comprimido de 9 para baterías de posición; de bronce comprimido, de Krupp, de 8, y cañones de acero, sistema Plasencia, de 8, para baterías de montaña y obuses de bronce, de 21 para sitio.

Entre los héroes más esclarecidos de la artillería española, descuellan los intrépidos mártires de la independencia, Daoiz y Velarde, que, según la frase vulgar, *murieron al pie del cañón*, en el sangriento ataque del Parque de Madrid, el día memorable del 2 de Mayo.

Hoy que España sostiene dos guerras en las cuales está empeñado el honor nacional, y el prestigio de nuestros valerosos soldados, es oportuno el recuerdo de los que murieron por la patria y cuanto resulte en mayor gloria del ejército.

* * * *

ALCAZAR DE SEGOVIA



Este soberbio edificio, es uno de los muchos monumentos que reflejan nuestro pasado esplendor, y una joya de inestimable precio, para la legendaria nobleza segoviana. Fué en diferentes épocas, albergue de monarcas, y coronóse entre sus macizos muros á la reina más grande de la cristiandad.

Fundado en 1075 por Alfonso VI, y enriquecido constantemente con nuevas construcciones por sus ilustres descendientes, está instalada en él, desde hace siglo y medio, la Academia general de Artillería; de suerte que, además de sus glorias históricas, cuenta con la de haber sido la cuna de todas las eminencias que á tanta altura han colocado ese Real Cuerpo.

DE VIEJO CUÑO, por J. CUSACHS.

# NUESTROS VETERANOS

Un pasado glorioso es acicate para un porvenir brillante.

NACIERON á la vida militar... ¡allá!... bajo los espléndidos y regios artesonados del Alcázar de Segovia; entre los muros de aquellos gallardos torreones que parece fueron ungidos para siempre con el óleo de la fortaleza y de la virtud, al ser testigos de la proclamación de la mujer valerosa y esforzada que se conoce en la historia con el nombre inmortal de Isabel I.

Arrullados por el suave murmullo del *Clamores* y el *Eresma;* inspirados por la grandeza del soberbio monumento; fortalecidos por la vigorosa savia que, desde el principio de su existencia, germinó en el Cuerpo de artillería, nutrieron su espíritu con ideas elevadas de lealtad, abnegación y patriotismo, y se entregaron ardorosamente al estudio, para adornarse con todas las galas del saber, con todas las preseas de la abstrusa y complicada ciencia artillera.

Terminada su carrera, fuéronse robusteciendo los ideales á que desde el principio rindieron culto, acrecióse la suma de sus conocimientos, con la labor constante, á la par que se acrisolaban sus méritos y virtudes militares, empujándoles suavemente, sin bruscos retrocesos, ni desordenados avances, por la *escala* misteriosa de la antigüedad sin defectos.

Al llegar á los más elevados puestos del Cuerpo, después de una vida de repetidas abnegaciones é inmaculados servicios, constituían la imagen más acabada del militar leal y caballeresco; del guerrero ilustrado, en el cual todos debían buscar prudentes consejos y nobles enseñanzas.

Eran la copia perfeccionada de aquellos ilustres Capitanes que en los turbulentos días de la Edad Media hicieron se pasease triunfante el morado pendón de Castilla y que ante él doblasen la cerviz las naciones más poderosas, asombrándolas con su arrojo y patriotismo; pero, desprovistas estas cualidades de su nativa rudeza, abrillantadas por el estudio y la cultura.

Entre los infinitos nombres, de fama imperecedera, que esplendentes brillan en la historia de la artillería, aparecen los de aquellos respetables generales que, semejantes á los patriarcas de la ley antigua, guiaban á sus subordinados por el áspero y estrecho sendero de esta religión llamada milicia.

Los Fernández de Córdova, Hernández, Vivanco, Barbaza, Navarro Pangrau, Mantilla de los Ríos, Venene, Elorza, De Pedro, Urbina Lallave, Reyna... y tantos otros, son la condensación del espíritu tradicional del Cuerpo á través de los siglos, en los que dejaron marcado el trazo vigoroso de su prestigiosa existencia. Al terminarla, veían aproximarse la muerte sin temor ni desasosiego, con esa tranquilidad del que ha llenado á conciencia todos sus deberes y ha cumplido la misión noble y penosa que el militar leal tiene que llenar, y únicamente solicitaban que sus restos fríos fueran envueltos con el uni-




LITOGRAF.ª M. PUJADAS BARCELONA

CORONEL DE ARTILLERIA EN DIA DE GALA



FABRICA DE CARTUCHOS EN TOLEDO

forme que durante su vida habían procurado enaltecer, y es como el hábito de la estrecha religión á que se habían afiliado, á la cual querían demostrar cariño más allá del sepulcro.

De la actual generación artillera pocos han conocido ya al genuino subinspector de artillería. Era, á un tiempo, el jefe, con sus inevitables severidades y durezas, y el amigo con todas las afabilidades de la caballerosidad y de la cortesanía. Figura venerable que esfumando su borroso contorno en el fondo obscuro y nebuloso del pasado, pronto resultará legendaria para los jóvenes *que van empujando.*

Grande es la juventud con sus viriles energías, sus generosas aspiraciones y su acometividad, preñada de risueñas esperanzas; pero, más grande aun es la ancianidad, respetable con su saber y su experiencia que ha producido ya fructíferas realidades.

Bello es el presente con sus adelantos, pero no reneguemos del pasado con sus tradiciones, pues una institución militar no puede existir sana y floreciente si no la informa algún idealismo, si no siente ciertas poéticas fantasías.

El experto pincel de Cusachs ha sabido dar relieve y colorido á esa representación prestigiosa de nuestros veteranos, que hemos visto desaparecer con hondísima pesadumbre; pues, cuando se rompen los lazos entre el pasado y el presente, prodúcese un brusco estremecimiento de dolor.

De la bien sentida y dibujada figura, parece desprenderse como un aroma de majestad, prestigio y virtud. Impone y atrae al mismo tiempo; infunde respeto y simpatía.

Las viriles líneas, la gallardía y la esbeltez de la juventud han desaparecido; encórbase el cuerpo, un día arrogante y fiero, doblegado, más que por los años, por las vigilias del estudio, las rudas penalidades de la guerra y las constantes inmolaciones en el ara santa del deber militar.

Busca en el bastón, signo de su autoridad, el apoyo que sus entorpecidos pies no quieren prestarle. No ciñe con elegancia el uniforme, sino que éste cae, por el contrario, formando amplios y desiguales pliegues.

Sus venerables canas acusan la huella del tiempo, y su rostro enjuto y curtido tiene ese color bronceado que el sol y el polvo imprimen en quienes muchos días sufrieron sus caricias en los campamentos.

En su frente, sombreada por el *clásico tricornio,* lleno de bordados y rizadas plumas, adivínase la fijeza y tenacidad de un pensamiento no agotado ni entenebrecido, que vive con toda lucidez y conserva sus primitivas energías.

Cubren su pecho, bandas y cruces ganadas por el propio esfuerzo, y cada una señala un hecho glorioso, una herida recibida y un servicio ó un heroísmo realizado.

La faja anudada con descuido, el bronco bigote y el poco atildamiento en el traje, pruebas son de que el que lo lleva no hace mucho caso de tales exterioridades, ni pierde el tiempo en afeminadas pequeñeces.

No es el joven general de los salones, pagado de sus personales prendas, que encumbró el favor y debe al lustre del apellido ó á las tortuosidades de la intriga sus adelantos: es el que desde las aulas segovianas fué ganando, á fuerza de méritos, su elevado puesto, y que al llegar á él pone de relieve que es digno de poseerle.

Aunque pocos, aun quedan algunos de estos veteranos que los achaques ó la edad apartaron del servicio activo.

Habladles de la patria, del rey ó de artillería, amores de su existencia militar, ideales á que levantó en su corazón perpetuo altar, que ni derriban los desengaños ni obscurecen las sombras amontonadas en el ocaso de la vida, y entonces veréis cómo colorea sus marchitas mejillas interno fuego que del pecho sube, y cómo sus ojos fijos siempre y escudriñadores, por esa severidad que da la costumbre del mando, se mueven con vivas llamaradas bajo las arqueadas cejas y el arrugado entrecejo. Su palabra torpe y perezosa adquiere la fluidez y el ardor



FABRICA DE POLVORA SIN HUMO EN GRANADA

de los primeros años, y todo su cuerpo se agita, como protestando de aquellas ligaduras que la frágil y caduca materia ponen al espíritu que nunca envejece ni muere.

Así como el descendiente de ilustre casa parece obligado á no manchar sus blasones ni desmerecer de sus antepasados, así los artilleros debemos inspirarnos en los preclaros varones de limpia historia, que formaron parte de nuestro viejo hogar, y dejar á los que nos sucedan ejemplos que imitar, sin que se rompa ni interrumpa la misteriosa cadena de la tradición artillera.

Si alguna vez, abrumados por ver las contrariedades que nos cercan, los prestigios que se derrocan y sobre todo las desdichas que afligen á la patria, sentimos que nos azota una ráfaga de desaliento, volvamos la vista á los veteranos generales que nos precedieron, traigámoslos á la memoria, y nos parecerá que saliendo de sus olvidados sepulcros, se agita su sombra en derredor nuestro, y nos recrimina por esta especie de cobardía y falta de fe en los destinos de la española patria que no puede sucumbir jamás.

Seguramente nos sentiremos confortados; nuevos bríos y esperanzas descenderán al abatido corazón; nuevas ilusiones á la mente; y nos lanzaremos con denodado arrojo á todos los sacrificios que se deriven del cumplimiento del deber.

Por este recuerdo y por tales ejemplos, los artilleros saben luchar y trabajar, lo mismo allá en Cuba y Filipinas, derramando su sangre y envenenando su organismo con los gérmenes de traidora enfermedad, que aquí, prestando otros servicios igualmente necesarios, con menores penalidades; pero careciendo en cambio de los aplausos de las multitudes que tanto caldean y enardecen para no desmayar en cualquier empresa.

Díganlo las fábricas de Toledo, Trubia, Oviedo y Granada, donde nuestros oficiales estudian y trabajan para construir y mejorar nuestro material de guerra, labor tan útil como combatir, pues un ejército, por numeroso que sea, sin cañones y fusiles, viene á quedar reducido á un montón informe de hombres decididos que sabrán sucumbir heroicamente, pero estarán muy lejos de vencer.

Ya que estamos causando la admiración de todas las naciones por nuestra indomable energía, probemos también que nos bastamos á nosotros mismos y podemos, sin necesidad de acudir al extranjero, fabricar pólvoras, cañones y fusiles que envíen la muerte á nuestros cobardes enemigos. La razón está de nuestra parte, y la razón y la justicia al fin se abrirán paso, pero bueno será *ayudarlas por si acaso con la fuerza*.

Homenaje sea rendido á los ilustres veteranos de nuestra artillería que alientos nos infunden y cuyo recuerdo es poderoso estímulo para el bien. Himnos de alabanza á sus preclaros hechos, que son la simiente de los laureles que cosecharemos en lo sucesivo.

Y ya que tanto les debemos, llegue á su fría huesa el suave murmullo de la oración, que es la forma de la gratitud de los que peregrinamos en el mundo, para los que en el otro nos esperan.

EDUARDO DE OLIVER-COPONS
Comandante de Artillería

---

Desde las primeras horas de la mañana del día 16 de Diciembre de 1895, presentaban animadísimo aspecto los alrededores del palacio de Oriente de Madrid, y hacia él se dirigían multitud de coches y abigarrada muchedumbre, deseosa de presenciar la llegada de los invitados á la fiesta palatina, que había de revestir caracteres de verdadera solemnidad.

Tratábase de la imposición de la birreta cardenalicia al ilustre arzobispo de Valladolid, excelentísimo señor don Antonio María Cascajares y Azara, que en su juventud había pertenecido al honroso cuerpo de Artillería con el grado de teniente.

Con este motivo surgió de la manera más espontánea, entre sus antiguos compañeros de armas, la idea de rendir un respetuoso homenaje de cariño y consideración al que, con sus virtudes y sabiduría, tan alto puesto había conquistado en la milicia de Cristo, después de haber pertenecido á la milicia de los hombres.

Abrióse una suscripción voluntaria para regalarle un precioso anillo episcopal y la suscripción fué llenada con creces en poco tiempo, contribuyendo con entusiasmo desde el capitán general de ejército don José López Domínguez, hasta el último teniente de la escala.

El anillo estaba formado por un hermoso granate *cabujón* rodeado de catorce gruesos brillantes *roca antigua*, con otros muchos pequeños repartidos por el aro. Dos cruces de brillantes figuraban sujetar, por ambos costados, el cerco donde iban aquéllos, montados al aire, y en la parte interior había un relicario, cubierto con una laminita de oro que llevaba grabadas las iniciales del señor Cascajares. Encerrábase la alhaja en estuche de terciopelo blanco y *marroquín* rojo, que en su interior tenía cuatro planchas de oro con diversas inscripciones.

Colocada en la tapa ostentaba la siguiente dedicatoria: *Al Eminentísimo Sr. Cardenal D. Antonio Cascajares y Azara, el Cuerpo de Artillería.*



EMMO. SR. CARDENAL CASCAJARES.

En la frente había un escudo admirablemente cincelado con los cuarteles de los ilustres apellidos Cascajares y Azara —de la primera nobleza aragonesa, que cuenta en sus ascendientes dignidades de la Iglesia y ministros de la Corona— la cruz de Calatrava y la episcopal debajo del *Capelo* cardenalicio.

En los costados iban las fechas *12 de Junio de 1856*, que es cuando salió á teniente de artillería don Antonio Cascajares, y *29 de Noviembre de 1895*, día de su proclamación como príncipe de la Iglesia por Su Santidad León XIII.

El acto de la imposición de la birreta por S. M. la Reina fué tan solemne y brillante como conmovedor.

La profusión de uniformes militares y las muchas elegantes damas, entre otras las duquesas de Noblejas y de Osuna, marquesas de Comillas, Javalquinto, condesa de Niebla, señoras de Norzagaray, Coello, etc., que en las tribunas, y en la parte reservada al público, se apiñaban para no perder ningún detalle del suceso, daban un colorido especial á la fiesta, uniéndolo al esplendor que de ordinario revisten las celebradas en el regio Alcázar, la animación, la vida y brillantez, impresa por la presencia del ejército, en términos de ocurrirle á un popular periódico esta acertada observación: «El aspecto de la capilla era el de una función de Santa Bárbara.»

S. M. había pensado que la ceremonia se verificase el día de Santa Bárbara, fecha tan grata para todos los artilleros; pero no pudo cumplirse el noble y delicado deseo de la Soberana, por el aplazamiento que, á consecuencia de la enfermedad del Papa, tuvo el Consistorio.

Es tan grandiosa y tan simpática la figura del cardenal Cascajares y sienten por él tanta veneración y cariño los artilleros, que hemos creído oportuno, en un número consagrado á tan noble Cuerpo dedicar un recuerdo, siquiera humilde y modesto, al ilustre Prelado, honra y prez de la Artillería española y firmísima columna del Catolicismo.

* * * *

ARTURO SERIÑA



A LOS HEROES DEL DOS DE MAYO (EFEMÉRIDE GLORIOSA DE LA ARTILLERÍA ESPAÑOLA).

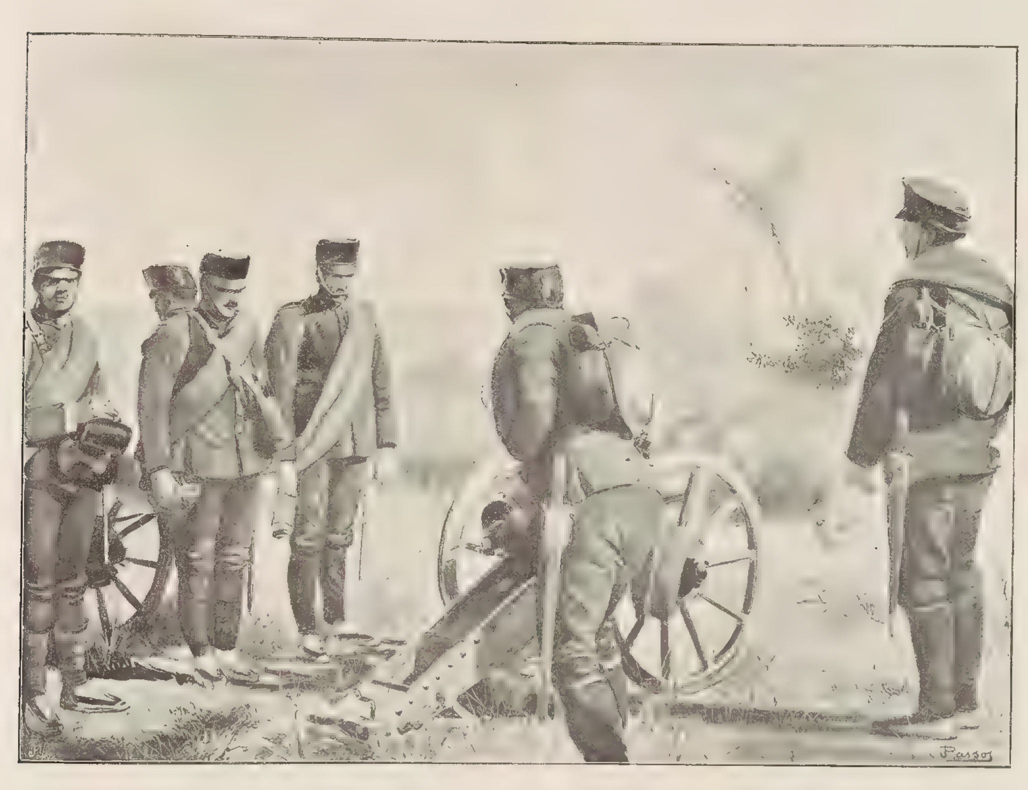
# CUENTOS DEL VIVAC

## ANDROMINA

Los reclutas voluntarios que casi exclusivamente nutrimos la segunda batería del cuarto montado durante los tres primeros meses de la guerra, no hemos olvidado todavía, ni es fácil que olvidemos, á aquel buenísimo capitán Matarredona que, con tantos otros, se quedó allá sin que la ingrata historia haya guardado debidamente el último memorable hecho de su vida.

Era Matarredona catalán, y ni el roce del servicio ni la cultura adquirida en la Academia, que era mucha, pudieron borrar en él el dejo de la tierra. — Tiene un acento que apesta — solía decir con frecuencia el coronel, — según seguras referencias de las ordenanzas del cuarto de guardia. Y era verdad que no había modo de que el capitán pronunciase las vocales abiertas y claras, como manda la exacta pronunciación castellana. Los reclutas nos reimos al principio y *sotto voce* de aquel defecto, pero muy luego nos hicimos á oir gritar en la instrucción á Matarredona: — *¡Baterie, variasión isquierde!* sin que nadie se fijara en ello.

Tal vez el cariño que todos le *cojimos* — como decía el sargento Mérida — contribuyó no poco á que se popularizase entre nosotros, primero, y después en todo el regimiento, el apodo de *Andrómina* con que le confirmó el propio sargento Mérida, que era un prodigio de inventiva para este menester. Y ciertamente estaba justificado, porque para *Andrómina* no había excusa ni pretexto posibles. Todo cuanto se alegase para encubrir una falta era para él eso, una *andrómina*.



ARTILLERIA DE MONTAÑA, POR J. PASSOS

—*A mí no se ma viene con andróminas,* — decía, invariablemente y tomado de acento catalán, cada vez que uno de nosotros pretendía justificar una falta.

Un cuarto de hora después se *saparaba*, como él decía, de su primitiva decisión, y perdonaba fácilmente, pero en el primer momento no había *andrómina* que pudiese con él. Tenía con este tira y afloja, la batería como los chorros del oro, y no había un hombre, una pieza ó un mulo, que no fuesen modelo de aseo, dignos de ser presentados como ejemplo al resto del cuarto regimiento montado.

Ocurrió el hecho que cortó en flor el acento catalán de *andrómina* á poco de empezada la memorable acción de Lagastera, de que os he hablado otras veces. Ya sabéis que aquel día hizo casi todo el gasto el segundo cuerpo de ejército, y que á haber sido mejor utilizado, no hubiesen quedado en Lagastera, ni nuestro bondadoso *Andrómina,* ni muchos otros que, como él, pagaron con sangre los desaciertos ó poca fortuna del cuartel general.

Empezó el fuego de los otros mucho antes de amanecer, contra la lumbre de los vivacs que hubo que recoger á toda prisa, aun corriendo el riesgo de helarnos. Caía una lluvia menuda y pulverizada que embebía los capotes, y cuando amaneció del todo estábamos calados y deseando empezar cuanto antes para movernos. Lo hicimos al fin á las nueve de la mañana. El cuarto regimiento montado ocupó en perfecto orden todo el frente Norte de Lagastera, y esperó.

No esperó mucho. A las diez vimos un poco confusas y como dilu-

das en la lluvia las masas negras de la infantería, trabadas ya en el llano; y detrás, inmóviles, la caballería, jinetes, todos los hombres para cubrir las grupas de las monturas con el cuello de los capotes. Nadie se explicaba en la segunda batería, que con la facilidad del terreno no maniobrase en flanqueo aquella caballería inmóvil, ni que todo el cuarto montado mirase de frente el paso de Lagastera que ocupaban los otros á menos de dos kilómetros. Esta fué la primera equivocación de las varias de aquel día.

* * *

Todo el cuarto regimiento montado respiró de alegría cuando vimos llegar á rienda suelta á un oficial del Estado mayor y hablar breves momentos con el coronel. Al fin, se había comprendido en el cuartel general, que la artillería podía decidir de la suerte de aquel trance.

Pero sólo en parte. Pasó el coronel por delante de la segunda batería y llamó á *Andrómina,* al que señaló con el sable la loma de Gangüela, á un kilómetro de nosotros y como á quinientos pasos de la disputada garganta de Lagastera. Volvióse *Andrómina* hacia nosotros, afianzó los lentes, puso en alto el sable, y gritó con voz segura:

—¡Flanco derecha! ¡á galope!

Es imposible que en una simple maniobra se ejecute una evolución con mayor precisión. Salvamos el kilómetro de distancia en menos de cinco minutos; saltaban las piezas y los armones sobre el suelo pedregoso como si hubiesen sido elásticos, pero no se cayeron ni un hombre, ni un tiro, y en el tiempo dicho tomamos posición en batería sobre la loma con tan admirable igualdad, que estoy seguro de que en todo el segundo cuerpo de ejército, que de lejos nos miraba, debió oirse esta exclamación:

—¡Bien por la artillería!

Al llegar á la loma, el gran *Andrómina* se reveló de pronto. Enfilamos al paso de Lagastera y los primeros proyectiles, levantaron allá lejos una nube de piedras, tan bien dirigidos fueron, que el bueno de Matarredona perdió los estribos, se olvidó del castellano y dió las voces de mando en catalán puro. Estaba soberbio en verdad aquel hombre que no tenía facha de guerrero.

Todo fué bien hasta las once de la mañana. A aquella hora vió el cuartel general lo que no podíamos ver nosotros. Un batallón se nos venía encima por la vuelta de la loma, cogiendo nuestro flanco derecho, á paso de carga y resuelto á apoderarse del repecho. Lo supimos cuando llegó un ayudante que gritó desde lejos:

—¡A retaguardia esa batería!

Se mordió los labios de coraje *Andrómina,* pero hicimos la conversión sobre el flanco izquierdo con el mismo orden que á la subida, y tomamos á galope el mismo camino, hasta llegar al ribazo de Gangüela. Allí se atascó una pieza, la servida por nosotros, sin que poder humano lograra sacarla del regato que venía crecido con la lluvia. Mandó *Andrómina* seguir al resto de la batería y sé llegó á nosotros echando por aquella boca cada taco bilingüe que metía miedo, pero la pieza no se convencía y seguía atascada.

No se pudo evitar lo inevitable. Los primeros fuegos del batallón dieron en el regato con el sargento Mérida y tres servidores, y allí fué de ver la ira del gran Matarredona, empeñado en no dejar la pieza al enemigo.

—*¡Anden, ma caso en Judas!* — gritaba azorándonos á todos. *¡Qué sa van á venir ensima, ma caso en Judas!*

No fué posible, á pesar de que él lo creía fácil. Desmontó para probarnos que podía hacerse, y en aquel punto recibió un balazo que le atravesó el hombro y le tumbó en el agua del regato. Cortamos los tiros, recogimos á aquel heroico terco, y sostenido entre cuatro, corrimos hacia el regimiento. Volvió de su desmayo á mitad de camino.

—*¿Qué haséis, ma caso en Judas?* —preguntó:

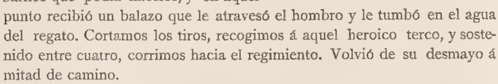
—Déjese usted de eso, mi capitán,—dije.

Dió una pernada vigorosa y le soltamos, sentándole en el lodo. Le miré entonces de frente y vi que se moría á chorros, á pesar de lo cual, buscó con la vista, ya turbia, la pieza que quedaba en el regato. Quisimos cargar de nuevo con él, pero resistió. Ya perdida la noción exacta de las cosas, todavía insistió con energía en que si hubiésemos enganchado el tiro á la pieza sola, la pieza hubiera salido. Entonces, para consolarle en aquel último trance, contesté que aun así no habríamos hecho nada porque la rueda derecha estaba rota, á lo cual replicó incorporándose en el postrer esfuerzo, pero con la tranquilidad misma con que lo decía en el cuartel:

—*¡A mí no se ma viene con andróminas!*

Dobló la cabeza, recogimos sus lentes que habían caído en el barro, y con amarguísima tristeza llevamos hasta el cuarto montado el cuerpo de aquel hombre, cuyo recuerdo no se ha borrado en la memoria de los reclutas voluntarios de la segunda batería.

FEDERICO URRECHA



UN QUINTO, POR J. CUSACHS



REGIMIENTO MONTADO ACAMPADO



ARTILLERIA DE MONTAÑA APARCADA

# DOS ARTILLEROS ILUSTRES

NADA más justo que en el número que el ALBUM SALÓN consagra al cuerpo de Artillería, dediquemos unas líneas en elogio de dos de sus preclaros hijos, que con aplauso del ejército, ocupan hoy los primeros puestos en el Ministerio de la Guerra.

Don Miguel Correa y García nació el 11 de Agosto de 1831, siendo su padre el distinguido brigadier de artillería don Rafael, descendiente de la noble familia de los Correas, de Galicia, quien litigó el marquesado de Mos, que hoy posee el marqués de la Vega de Armijo.

Ingresó como cadete en el colegio de Segovia en Noviembre de 1841, ganando dos años en el concurso de entrada y se distinguió grandemente por su talento y aplicación obteniendo los galones de brigadier, la charretera de subteniente alumno de la nueva Escuela de aplicación el año 1847 y el empleo de teniente del cuerpo en la promoción de 1848, en la que obtuvo el número uno entre una pléyade de jóvenes de tanto mérito como don Enrique Uriarte, don Joaquín Bennaser, don Francisco Serra, don Sabas Marín y otros no menos brillantes, que en su mayor parte alcanzaron el generalato.

Su reputación de aventajado y estudioso le llevaron á la Academia de Artillería, donde desempeñó el cargo de ayudante de profesor, no sin haber probado antes su valor en los sucesos que tuvieron lugar en Madrid en Julio de 1856.

Siendo capitán fué uno de los elegidos para formar el cuerpo de Estado Mayor de Artillería de la armada, y como todos pasaron con el empleo inmediato y en el nuevo cuerpo no existía el de comandante, obtuvo Correa el ascenso á teniente coronel, correspondiéndole el empleo de coronel del referido Estado Mayor el año 1863, cuando sólo contaba dieciséis años como oficial.

En el citado cuerpo desempeñó, entre otros destinos, el de oficial primero del ministerio de Marina, y por los extraordinarios servicios que prestó durante los sucesos políticos de 1867, manteniendo el orden y evitando que se llevase á efecto la insurrección proyectada en el personal obrero de la maestranza de Cádiz, fué recompensado con la cruz roja de segunda clase del Mérito naval.

En Noviembre de 1868 volvió al cuerpo de Artillería con el empleo de comandante, y en él alcanzó el de teniente coronel en 1869 y el de coronel en 1874. Con este empleo sirvió los cargos de comandante de artillería de la plaza de San Sebastián, el de director de la fábrica de pólvora de Granada, á la que dió gran impulso, y el de primer jefe del 3.^er^ regimiento á pie y del 2.° de montaña. Pasó después á Ceuta comisionado para estudiar el artillado de la plaza, mereciendo que por el celo, ilustración é inteligencia con que lo llevó á cabo, se le dieran las gracias de real orden, y por último, fué director y fundador de la Escuela central de tiro, cuyo mando desempeñaba brillantemente cuando el gobierno de S. M. quiso premiar sus conocidos méritos ascendiéndole á brigadier el 14 de Enero de 1884 y destinándole de jefe del gabinete particular del ministro de la Guerra y más tarde jefe de la sección de campaña y subsecretario del ministerio.

Ascendido á general de división en Agosto de 1889, se le encomendó el gobierno militar de la plaza de Ceuta, que ejerció con gran tino, energía y prudencia en un período harto difícil, pues coincidió con los sucesos de Melilla, siendo muy de estimar que la actitud belicosa de los rifeños no pudiese contagiar á los moros del campo de la principal de nuestras posesiones africanas.

Promovido á teniente general en 16 de Mayo de 1895, fué capitán general de las islas Baleares y últimamente de Aragón, cuyo mando, que desempeñaba con gran complacencia suya y satisfacción de sus subordinados, dejó para ocupar el sillón ministerial.

***

Don Manuel de la Cerda y Gómez de Pedroso, discípulo del anterior, nació el 1.° de Agosto de 1838, debiendo su origen á la ilustre casa de los condes de Parsent, de Valencia.

Ingresó de cadete en el Alcázar de Segovia en Agosto de 1853, y terminados con aprovechamiento sus estudios, fué promovido á subteniente alumno en Diciembre de 1855 y á teniente de artillería en Julio de 1857.

Entusiasta de la artillería montada, sirvió la mayor parte de su tiempo en estos regimientos, concurriendo con el 3.° á la formación del ejército expedicionario de Africa, cuya campaña hizo desde el principio, asistiendo á cuantos combates jugó la artillería, y batiendo con el 4.° á los sublevados en Madrid el 22 de Junio de 1866. También con este regimiento se encontró en 1868 en la batalla del puente de Alcolea, á las órdenes del excelentísimo señor marqués de Novaliches.

Por méritos de guerra fué recompensado con la cruz de San Fernando y con los empleos personales de comandante y teniente coronel.

Pasó más tarde á las islas Filipinas como ayudante del capitán general, de donde regresó en 1873, y habiendo obtenido algún tiempo después su pase al arma de Infantería, mandó como teniente coronel el batallón depósito de Valencia, y á su ascenso á coronel en 1883, el regimiento de Alava, cuyo cargo desempeñó hasta el 28 de Febrero de 1888, que fué promovido á brigadier.

Como general de brigada tuvo mando en los distritos de Andalucía y Cataluña, ejerció la dirección de la Academia general militar, cargo que sirvió con singular acierto, y posteriormente se le confirió la secretaría del Consejo supremo de Guerra y Marina.

Ascendido á general de división en 30 de Diciembre de 1895, desempeñó el mando de la división del quinto cuerpo de ejército en Zaragoza y el cargo de vocal del Consejo Supremo, de donde ha pasado á la subsecretaría del Ministerio de la Guerra, dejando en todas partes grato recuerdo por su elevado y recto criterio y afable carácter.

Tal es, á grandes rasgos, la historia de los dignísimos artilleros que rigen los destinos del ejército y de cuya vasta ilustración, talento claro y rectitud de principios, mucho espera éste, á pesar de lo arduo de la empresa en las difíciles circunstancias porque atraviesa el país.

GABRIEL FERNANDEZ DURO



CANTINA, POR CUSACHS




El popularísimo autor de *La Almoneda del Diablo*, *La Casa de Fieras* y tantas otras obras siempre aplaudidas y festejadas, el genial y festivo escritor don Rafael María Liern ha pasado á mejor vida.

La triste nueva ha llenado de luto á cuantos teníamos la honra de llamarnos sus amigos y al público en general, pues á más de sus dotes de escritor distinguidísimo, era un perfecto caballero y un honradísimo padre de familia.

Como director de escena era una verdadera notabilidad, y en su escuela han aprendido la mayor parte de nuestros actores modernos, particularmente en el llamado *trabajo chico*.

Ha sido director de todos los teatros de Madrid y ha muerto siéndolo del Español.

Como colaborador que era de ALBUM SALÓN, tenemos en cartera varios artículos y poesías suyos inéditos, que daremos á conocer á nuestros lectores en breve.

Descanse en paz el insigne autor.

Anticipamos, según nuestra costumbre, el

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Dedicado á la Infantería española, con motivo de la festividad de su patrona, la Purísima Concepción de María.

CUBIERTA: Cuadro de Marcelino de Unceta.

*El dó de pecho:* caricaturas por Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *S. M. el Rey Don Alfonso XIII*, fotografía de A. Debas, de Madrid, iluminada y con ornamentaciones de A. Seriñá Texto alusivo, por Salvador Carrera.

*La fiesta en el hogar:* cuadro de J. Cusachs.

*En su lugar descanso:* cuadro de Enrique Estevan.

*Acción empeñada:* cuadro de Víctor Morelli.

PÁGINAS EN NEGRO: *El cuadro*, artículo de Juan Lapoulide, con ilustraciones de P. Béjar.

*Infantería contra caballería.* artículo de Francisco Martín Arrue.

*Antiguo voluntario de Puerto Rico:* dibujo, por Cuchy.

*Una misa en campaña:* por J. Cusachs.

*Invocación:* poesía.

*A la memoria del ilustre general D. Juan Prim:* elegía, por Salvador Carrera, con ilustración de A. Seriñá

*Maestro Agustín Salvans.* fotograbado directo.

*La nona:* cuento, por V. Suárez Casañ.

*La infantería española en América:* artículo de Francisco Barado, con ilustración de Cabrinety.

MÚSICA: *Minueto*, por el Mtro. Agustín Salvans.

Como son muchas las personas que nos escriben dándonos la enhorabuena por nuestra publicación, con frases y elogios que la modestia nos impide repetir, les rogamos nos dispensen de contestarles particularmente, y les damos, desde aquí, las más expresivas gracias, y hacemos público testimonio de nuestra gratitud.

Hemos recibido un hermosísimo cuadro que nos remite desde Roma, el reputado pintor Ramón Tusquets, y varios estudios de nuestro paisano Enrique Serra.

A la brillante lista de colaboradores artísticos, que honra nuestra publicación, podemos añadir, desde hoy, á los notables pintores señores Barrau y Garnelo

Como este número y el siguiente están consagrados, por completo, el uno á la Artillería y á la Infantería el otro, hemos retirado la novela *¡Demasiado tarde!*, que continuaremos en el número 5.º

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

En esta sección, daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, haciendo un sucinto juicio crítico de los que se nos manden dos ejemplares.

LA DIGNIDAD, por XAUDARÓ.



(Á LAS 5 DE LA MAÑANA). — Vaya, me voy porque ese Conde lleva trazas de no despejarse en ocho días.



(Á LAS 9 DE LA MISMA). — ¡Apartaros, que traemos al Conde!

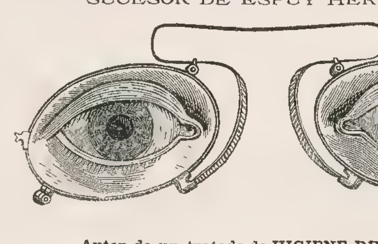
*(Del natural)*




# CRESPIN ESPUY, ÓPTICO DE PARIS,

SUCESOR DE ESPUY HERMANOS

AL VERDADERO CRISTAL DE ROCA DEL BRASIL y MADAGASCAR



ESTABLECIMIENTO DE ÓPTICA FRANCÉS Escudillers, 70, BARCELONA

**Autor de un tratado de HIGIENE DE LA VISTA**

Se componen toda clase de objetos de óptica, anteojos, lentes y gemelos de todas clases, de campaña y marina. — Construcción, reparación y colocación de toda clase de campanillas eléctricas para hoteles, casas particulares, casas de Banca, administraciones, torres y casas de campo á un 40 por 100 más barato que las demás casas de esta clase.

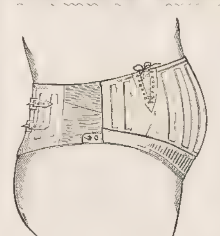
# HISTORIA DEL GENERAL PRIM

POR

## FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale UN REAL, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnifico cromo.

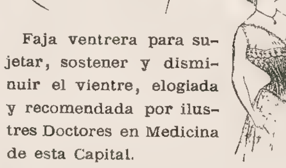
# LA EMPERATRIZ



Corsés y Fajas

**TRES LLITS, núm. 10**

ESCUDILLERS, BLANCHS, 2 BARCELONA



Faja ventrera para sujetar, sostener y disminuir el vientre, elogiada y recomendada por ilustres Doctores en Medicina de esta Capital.



Para tener salud

Pídase el catálogo

KNEIPP

que regala la Casa

SANTIVERI

*Calle del Call, 20 y 22, Barcelona*

GRANDES ALMACENES DE

# EL SIGLO

LOS MAS GRANDES E IMPORTANTES DE ESPAÑA

**Rambla de Estudios, 5 y 7, y Xuclá, 10 y 12**

Dirección por correo: CONDE, PUERTO Y C.ª **BARCELONA** Apartado, núm. 101 TELÉFONO, NUM. 181

Dirección telegráfica, «SIGLO-BARCELONA»

Inmensos y variados surtidos en todos los artículos que se expenden en estos Almacenes, y componen las

SECCIONES

de Abanicos, Alfombras, Batería de Cocina, Bisutería, Camisería, Cepillería, Confecciones, Corbatería, Corsés, Cortinajes, Efectos de Escritorio, Efectos de Viaje, Ferretería, Fumistería, Géneros de punto, Guantería, Joyería, Juguetes, Lampistería, Lanería, Lencería, Loza y Cristal, Lutos, Marroquinería, Mercería, Metal Blanco, Muebles, Objetos Fúnebres, Objetos Japoneses, Objetos de Porcelana, Optica, Pañolería, Papelería, Paraguas y Bastones, Pasamanería, Peletería, Perfumería, Platería, Quincallería, Relojería, Ropa Blanca, Sastrería, Sedería, Sombrerería, Sombreros para Señora, Zapatería, etc., etc.

PRECIO FIJO VENTAS AL CONTADO ENTRADA LIBRE

NOTA. — La Casa publica dos Catálogos generales, uno para la temporada de verano y otra para la de invierno, además de varios Catálogos especiales para cada sección, los que se remiten gratis y francos de porte al que lo solicite.

# DEPILATORIO EN POLVO DEL DR. THOMSON

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.

**Aplicación sencilla, resultados positivos.**

**Precio: 3 pesetas caja.**

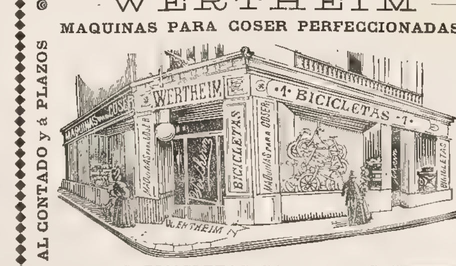
Antes de usarlo. Unico Depósito: Perfumería LAFONT Después de usarlo.

CALL, 30 * BARCELONA

# WERTHEIM

**MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS**

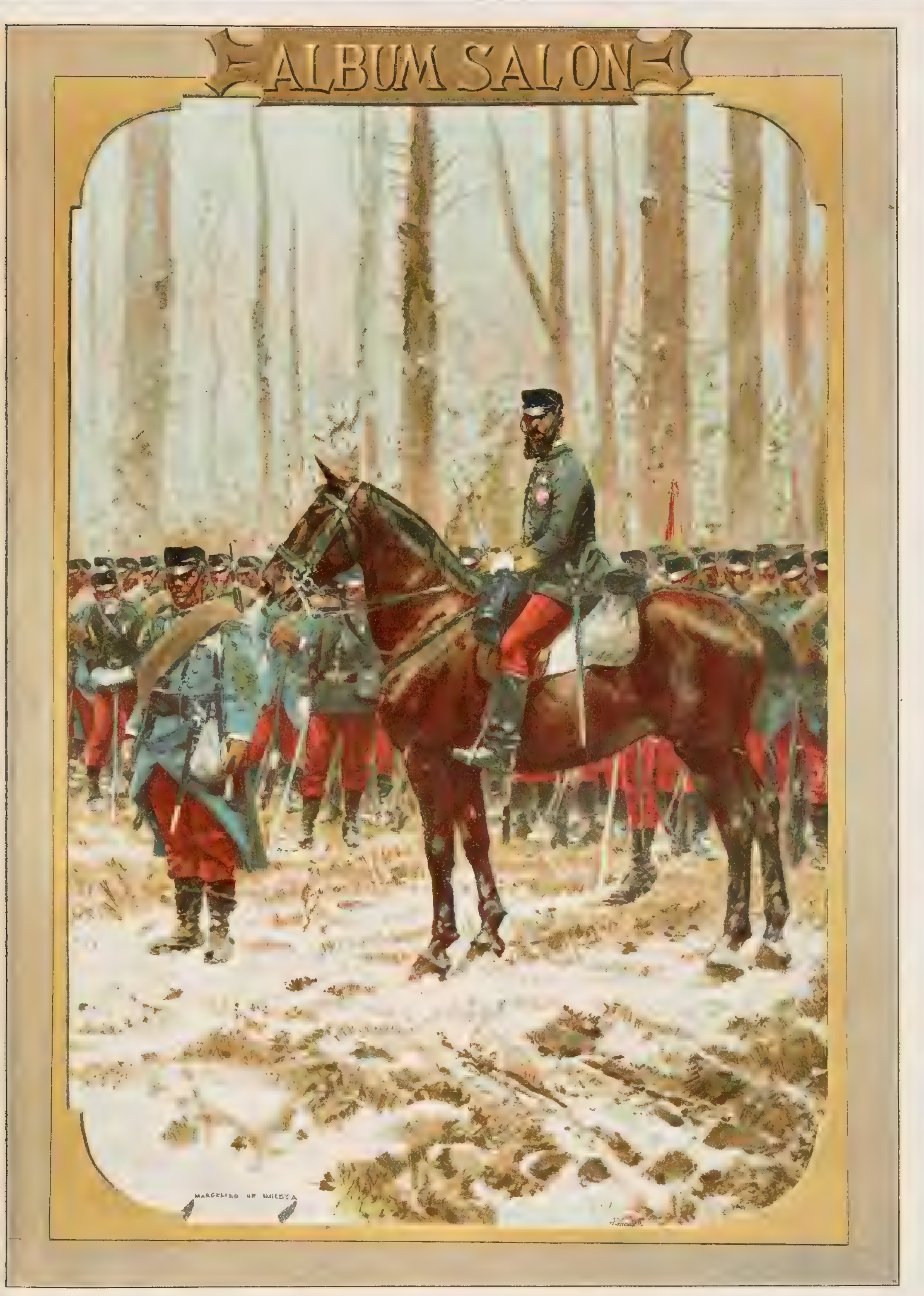
AL CONTADO y á PLAZOS




AVIÑÓ, 9 * BARCELONA

**BICICLETAS GARANTIDAS**

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ❖ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ❖ **Precio: 4 reales**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTÍCULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

## Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO I | BARCELONA, 12 DE DICIEMBRE DE 1897 | NÚM. 4

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:
SALVADOR CARRERA ✶ V. SUÁREZ CASAÑ

COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs.—Rafael M. Liern.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miguel y Badía.—Magín Morera Galicia.—Eduardo Montesinos.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdos.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Francisco Tomás Estruch.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—José Arija.—Luis Alvarez.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cusachs.—José Cuchy.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Félix Mestres.—Nicolás Mejía.—Francisco Miralles.—Méndez Bringa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Marcelino de Unceta.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Claudio Martínez Imbert.—Joaquín Malats.—Enrique Morera.—Luis Millet.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

NOTA.—Como observará el público los anteriores nombres, están colocados por riguroso orden alfabético.

EL *DO* DE PECHO, por XAUDARÓ.





# S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

HAY nombres destinados á hacerse célebres en la historia de los pueblos, y uno de ellos es el que encabeza estas líneas.

Desde el yerno de Pelayo que ciñó corona en Asturias, á raíz de la Reconquista, hasta el monarca Pacificador, que, sin cumplir los seis lustros, rindió el último suspiro en el Pardo, cuando tanto podían esperar los españoles de sus relevantes cualidades,... Alfonso se han llamado la mayor parte de los príncipes reinantes en la península ibérica, antes y después de su unificación.

Prescindiendo de sus actos privados, pues no por ser reyes dejaban de ser hombres, estando por lo tanto sujetos á las pasiones y debilidades de los demás, todos ellos contribuyeron con su valor ó su saber, á consolidar los cimientos de esta gran nación, cuyo dominio no tuvo límites conocidos, y que, á pesar de los múltiples embates de la caprichosa fortuna, figura todavía, por su ilustración y riqueza, al lado de las principales nacionalidades del globo.

Para que España recobre en el universal concierto el lugar preferente que ocupó un día, le falta sólo una cabeza y un brazo; un varón de entendimiento claro y de espíritu fuerte, que, segando á cercén las ambiciones ilegítimas, distinguiendo á conciencia entre el adulador servil y el consejero leal, sepa abrir ancho cauce á las fuentes de su progreso, garantirla el cumplimiento exacto de las leyes, darla la paz y tranquilidad de que desgraciadamente no disfruta... y llevarla con entereza, en caso conveniente, á una guerra honrosa.

Porque comprende esa necesidad, eleva sus miradas hacia el nuevo Alfonso, con la esperanza de ver reproducidos en el hijo los alientos nobles del padre, que atajó en mal hora traidora muerte: por eso, considera preciosa su existencia, y aguarda con ansiedad el momento en que empuñe de hecho el glorioso cetro de San Fernando.

¡Aun ha de transcurrir algún tiempo para que ese grato deseo se realice!

Once años y medio cuenta en la actualidad el que vino al mundo con real diadema en la frente; ¡once años! y es casi un hombre, cuando otros apenas son niños.

¡Triste vida la de los destinados á reinar!

Los sacrificios constantes que les impone tan espinoso cargo, comienzan en la infancia, para ellos monótona y encarcelada, mientras para la generalidad discurre libre y placentera. No bien aciertan á raciocinar, se les obliga á aprender; cifrando toda su ilusión en los juguetes, tienen precisamente que consagrarse á los libros.

Pasan en un soplo de la niñez á la juventud... y en otro soplo, más tarde, de la juventud á la vejez; exigiéndoseles en todas las épocas, un juicio anticipado á la edad.

En Alfonso XIII se comprueba la primera parte de esta premisa.

Merced á la vastísima educación que ha recibido y recibe, está dando muestras de extraordinaria precocidad y de excepcional inteligencia, que aprovechan con brillante resultado los encargados de instruirle é ilustrarle, cual corresponde á su elevada estirpe y al puesto culminante en que le colocó la suerte.

En tanto que entendidos preceptores desarrollan las fuerzas físicas é intelectuales del aventajado discípulo, la cariñosa madre que en él adora, infiltra en su tierno corazón las máximas santas de la virtud, en ella personificada, inspirándole sentimientos delicados y generosos, propios de la verdadera majestad; particularmente, el de un amor sin límites al país donde ha nacido, y cuyos destinos, Dios mediante, regirá por sí mismo dentro de un plazo relativamente corto.

El joven monarca tiene dos dignos ejemplos que imitar: el de su malogrado antecesor, á quien adornaban todas las condiciones precisas para llegar á ser un gran rey, y el de la egregia dama que, con tanta bondad como prudencia, gobierna la nación, mereciendo por tales conceptos el entusiasta cariño de sus partidarios y el respeto de sus enemigos, en el palenque político; ejemplos de cuya eficacia cabe esperar resultados muy beneficiosos para la pobre España, víctima hace tiempo de ambiciones internas y de extranjeras codicias.

El porvenir de ésta se cifra en el augusto adolescente, que, para honrar, cual merece, al Cuerpo de que es jefe nato, rindiendo á la par un testimonio general de compañerismo á nuestro ejército, universalmente enaltecido, prescinde de los entorchados y fajas que por derecho propio le corresponden, y se complace en vestir el humilde traje de cadete.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Plegue al cielo, en sus elevados juicios, conservar esa existencia, de inestimable valor; pues en ella estriba la tranquilidad presente... y acaso la felicidad futura de la Patria, venerada por todos los españoles, sin distinción de ideas ni partidos.

Tienda la Providencia su manto protector sobre el ilustre nieto de la que, en fecha no remota, fué para nuestros padres el símbolo de la libertad; guíele con segura mano por la noble senda que ha emprendido; concédale, en fin, un reinado próspero y glorioso; merced al cual, en las tierras y mares de ambos continentes, donde ondea la nacional bandera, resuene un día este solo grito: ¡VIVA ALFONSO XIII!

SALVADOR CARRERA

# EL CUADRO

¡Qué disparate hizo el general en jefe al disponer aquel movimiento envolvente que debía efectuar nuestra división sobre la derecha del enemigo! Muy fácil le pareció, sin duda, en el plano, sin otro conocimiento de un terreno que era tan favorable para la defensa como peligroso para el ataque. Y á mi batallón le tocó *bailar con la más fea*, según decía el capitán Navaloces, mientras desfilábamos, á la cabeza de los otros tres de la brigada, por un mal camino de travesía, en tortuosa y larga columna de á cuatro en fondo y á trechos de á dos, trepando á media ladera para ganar la divisoria y dominar las cumbres, si así puede llamarse á la serie de achatados cabezos que coronaban aquellas desnudas y pedregosas colinas accesibles á las tres armas.

Verdad es que llevábamos un buen flanqueo de caballería, sostenido por medio batallón de cazadores, pero así y todo, la operación resultaba arriesgadísima. Como que si el enemigo no padecía de ceguera, estábamos expuestos á que se presentara sobre nuestro flanco izquierdo, y resultase que al ir por lana volviésemos sin un vellón de la nuestra.

Y eso sucedió. El general confiaba en que el ataque preparado de frente contra los grandes atrincheramientos de *los otros*, los contendría allí, en sus posiciones, esperándonos tranquilamente, y dejándose envolver por la segunda división, con la mayor inocencia. Tenía además aviso de que si bien la infantería contraria era numerosa, no pasaba igual con la caballería, por no haberse incorporado aún los regimientos que en el interior de su país hallábanse todavía á medio movilizar.

Este fué otro grande error. El gobierno de la nación enemiga, al tropezar con dificultades para la remonta de esos regimientos, y ante la urgencia de enviarlos á campaña, había tomado una resolución radical; la de reunir la gente ya montada de cada uno, en dos escuadrones, y acoplándolos á los de otro regimiento, organizar así una división; que la noche antes llegó precisamente á las líneas de su ejército. Con ella nos tuvimos que ver.

Porque á cosa de las diez de la mañana, cuando el sol picaba ya de firme, y con el polvo de aquellas descampadas lomas acrecía el cansancio de la gente, recibió noticia el general de la división de que por la izquierda presentábanse algunas masas que, á no dudar, eran del enemigo.

No relataré las disposiciones que tomó; la forma en que desplegamos las dos brigadas; el combate que nuestros jinetes flanqueadores sostuvieron mientras les fué posible, ni las peripecias terribles de tan sangriento é inútil cuanto glorioso hecho de armas; quiero llegar al instante aquél en que considerando insuficientes los medios que la táctica moderna da para resistir el ataque de la caballería, acudió nuestro teniente coronel á formar el cuadro antiguo, el de batallón que aprendimos los no muy jóvenes en la *Táctica* del inolvidable marqués del Duero.

No muy nutrido el batallón, por las vicisitudes de la campaña: mermado por las bajas sufridas en las tres horas que llevábamos ya de fuego, y por la falta de algunas secciones que no se habían podido incorporar desde la línea de fuego, y que se batían, retirándose en grupos como les era posible, formáronse las cuatro caras del cuadro con la misma rapidez y orden que en el campo de instrucción. Dentro quedó la impedimenta, y también los heridos.

A buena distancia veíamos cómo, por los otros dos batallones encargados de proteger la retirada, adoptábase igual formación, quedando en escalones, también con arreglo á la táctica de Concha. Así teníamos que cruzar el terreno ligeramente ondulado que nos separaba de las posiciones en que el general creía poder establecerse con la necesaria solidez para sostener aquel ataque imprevisto.

No cargaron al principio contra nosotros los escuadrones enemigos; es más, dijérase que se los había tragado la tierra. Pero su artillería, en particular las baterías á caballo, nos enviaban algunos proyectiles desde lejos. Más ruido que nueces. En esa disposición comenzamos la retirada, á pecho descubierto (ó mejor dicho á espaldas ídem, pues quedábase atrás la caballería contraria) y á paso ordinario. Y llegó un momento en qué figurándose el teniente coronel que se iban á limitar á batirnos con fuego de cañón, en espera de que llegase su infantería, estuvo para mandar romper el cuadro y que volviésemos al orden normal de combate; esto es, para que se enteren los profanos, á desplegar en guerrilla algunas secciones con otras en sostén y reserva, quedando una ó dos compañías como reserva general. Mas en aquel mismo instante, por una amplia depresión del terreno frente á la cual teníamos que pasar, vimos surgir una nube de polvo, y en seguida asomar entre él, primero una línea de cascos que brillaban al ser heridos por el sol y luego la masa obscura de jinetes y caballos. Era tal la disposición de aquel terreno que habían podido llegar hasta nosotros sin ser vistos; para cargar después á fondo con vertiginosa rapidez.

Dar frente á todos lados y hacer alto y rodilla en tierra, mandó nuestro jefe: obedecimos como máquinas; erizáronse de bayonetas las cuatro caras del cuadro, y durante un minuto que nos pareció un siglo, no se oyó otro rumor que el patear de los corceles, cada vez más próximos, sobre el endurecido suelo.

No sufrí en mi vida tensión de ánimo igual. Teníamos orden de no hacer fuego sino á la voz del teniente coronel, y se veía á los soldados con el arma preparada, yéndoseles el dedo, por sí solo instintivamente, á apretar el disparador. Y la masa aquella crecía y crecía de tamaño, y entre el polvo relampagueaban los bruñidos cascos y el acero de los sables y el metal de los botones y fornituras. Y casi, casi, nos pareció sentir el violento jadear de hombres y de corceles.

*¡Segunda cara! Apunten.* ¡FUE.....GO! dijo el teniente coronel con voz vibrante, pero con cierta lentitud; y una cinta de fuego corrió por las bocas de los fusiles, quebrantando el aire la crepitación singular de las modernas armas; ligero vapor cubrió el frente (ya no hay nubes de humo); sonaron varios tiros sueltos, y vimos, (todo fué á un tiempo) encabritarse los caballos; caer hombres á tierra; volver otros las grupas, y cual campo de mieses por la hoz segadas, disminuir de altura el escuadrón y esparcirse casi en abanico hacia los flancos. La primera y tercera cara oblicuaron entonces, é hicieron unas descargas contra los fugitivos. Algunos caballos de éstos corrían locos en distintas direcciones, sin sus jinetes. Uno llegó hasta las puntas de nuestras bayonetas para caer muerto allí; otros fueron cazados al cruzar ante las demás caras.



Ibamos ya á proseguir la retirada, sin romper el cuadro, cuando una segunda carga, dada esta vez por lanceros de rojo uniforme, nos obligó á detenernos. Nuestra gente, gozosa por su primer triunfo, los esperó con calma, y fueron también rechazados; pero en el momento mismo en que emprendía el cuadro la marcha de nuevo, vimos brillar fogonazos en la cresta de una colina que hacia el flanco derecho se levantaba, y silbar sobre nuestras cabezas los proyectiles de artillería. A poco, una granada cayó en el centro del cuadro, salpicándonos con la tierra que levantó al sepultarse. Sin poder dominar una

impresión instintiva de pánico, esperamos su estallido, pero por fortuna no reventó. En cambio, sí lo hizo otra, á cierta distancia del batallón, y dos de sus cascos nos hirieron á otros tantos hombres.

Después, sí, cayeron más granadas, y aún, lo que fué peor, algunos *shrapnells* (granada-metralla) estallaron á corta altura, y más soldados fueron heridos ó muertos, lo que comenzó á producir desorden en las filas.

Aquella formación compacta y en terreno tan descubierto ofrecía blanco excelente para las baterías á caballo del enemigo, que de una galopada habían llegado á establecerse en posiciones flanqueantes, desde las que *nos freían*. Los escuadrones, en cambio, parecían haber desaparecido tras de las ondulaciones del suelo, y sólo veíamos algunas parejas de jinetes destacarse sobre el fondo gris terroso de las colinas.

Los demás escalones de nuestra brigada retirábanse también, sin procurar sostener al nuestro, que era el más avanzado, y la marcha hacíase cada vez más difícil, sobre todo al llegar á las tierras de labor blandas y húmedas en que nos metíamos hasta la rodilla.

Habíanos sido forzoso dejar los muertos en el camino; excepto á dos oficiales; los heridos que podían andar seguíannos por su pie; pero otros ocupaban las camillas, restando hombres útiles para el combate. Y la situación agravóse cuando de entre unas arboledas más avanzadas que la posición de la artillería enemiga, comenzamos á recibir fuego de fusil.

Era imposible que fuese de su infantería, que muy atrás quedó de seguro. ¿De quién era, pues? De un regimiento de dragones, que avanzando oculto y protegido por las baterías, estableciόse allí, y pie á tierra, nos abrasaba bien cubierto.

Comprendió entonces el teniente coronel que así no podíamos continuar; el cuadro era un nido de proyectiles; y mandó adoptar otra formación más propia de las circunstancias: dos compañías desplegáronse en tiradores para contestar á la fusilería de los jinetes enemigos, y el resto del batallón con la impedimenta siguió la marcha.

Pero pocos minutos después, la aparición de los lanceros y húsares, que á toda rienda venían sobre nosotros, hízonos formar nuevamente el



cuadro. Una sección que no consiguió replegarse desde las guerrillas y se dispuso á esperarlos, *agrupándose* como el reglamento ordena, fué deshecha y acuchillada.

Cayeron, no obstante, otra vez en montón jinetes y caballos á las descargas de nuestros fusiles; alguno avanzó como poseído de un vértigo hasta clavarse en las bayonetas; y las cargas se repitieron no sé cuantas veces. Entre una y otra, las piezas de las baterías á caballo y los dragones, desde la arboleda diezmaban nuestras filas. No veíamos ya á los otros tres batallones de la brigada.

Tanto y tanto esfuerzo, tuvo al fin su recompensa. En una de las cargas y antes de que nuestra fusilería diezmase á los rojos lanceros enemigos, vimos caer entre éstos una granada, á la que siguieron otras; rudo cañoneo comenzó entonces desde las posiciones á donde nos dirigíamos; las baterías á caballo *que nos achicharraban*, apagaron el suyo; huyeron también los dragones, y la masa de jinetes cesó de agobiarnos. Era la artillería de todo el 2.º cuerpo, enviado por el general en jefe á contener el ataque de flanco, que inútilmente habíamos pretendido resistir nosotros. Bajo aquella protección, pudimos seguir en busca de las restantes fuerzas de la brigada, y en el lindero de un bosque, en excelente posición situado, allí dimos con ellas; atrincherándonos también.

Entonces acabó la violentísima tensión de nuestros espíritus; entonces, tendidos en tierra los hombres, y esperando aún los nuevos riesgos de la no interrumpida batalla, desfiló ante mi vista todo lo ocurrido en tan sangriento y memorable día; y entre el fragor del combate que continuó hasta muy entrada la noche, y en que al fin y al cabo rechazamos al enemigo, no cesé de ver ni por un instante aquel pequeño cuadro de batallón, deslizándose trabajosa, pero gallardemente, sobre la ondulada llanura, y rechazando cargas y más cargas de lanceros rojos, húsares blancos y cazadores amarillos, entre el fuego de las baterías á caballo y de los dragones azules.

Apareciéndoseme así en todo su esplendor la justicia con que el arma de infantería ha recibido en todos los ejércitos el glorioso nombre de REINA DE LAS BATALLAS.

JUAN LAPOULIDE

ILUSTRACIONES DE P. BÉJAR

J. CUSACHS



LA FIESTA EN EL HOGAR




EN SU LUGAR DESCANSO

# INFANTERIA CONTRA CABALLERIA

Con qué atención! ¡qué embelesados escuchábamos mis hermanitos y yo los relatos que, de las aventuras de su vida de campaña, de los combates en que había estado, y de los riesgos en que se había visto, nos hacía el anciano coronel retirado, Rodríguez Pérez, íntimo amigo de nuestro padre, de quien había sido capitán! Era muy aficionado á chicos, nuestras travesuras le deleitaban; así era, que cuando mi madre pretendía librarle de nuestra pesadez ó infantil curiosidad se oponía siempre diciendo:

—Déjelos usted Luisa, que no me molestan; todo lo contrario.

Se conservaba célibe, porque tenía la opinión de que el militar debía serlo, como el sacerdote, si había de cumplir con su deber. Me hubiera faltado el valor para arrostrar la muerte en los combates, si en el momento de entrar en fuego, hubiese podido conturbar mi espíritu la idea de que podían quedar huérfanos mis hijos y viuda mi mujer; por eso no me he casado. Y lo lamento únicamente por no tener hijos, porque los niños son mi encanto. Y á nosotros nos quería como si fuésemos hijos suyos. El padrazo más padrazo no hubiera aguantado con tanta paciencia nuestras impertinencias como él.

¡Ande usted, don Pedro; cuéntenos usted una batalla, pero que sea bonita!

—Diga usted, ¿cuándo tiraban muchos tiros, tenía usted miedo?

—¿Verdad usted, que una vez se atracó de tronchos de berzas porque no había otra cosa que comer? Porque Juanito no lo quiere creer, y dice que ni que fuera usted cerdo.

—Antoñito dice que tenía usted un sable muy largo ¡¡muy largo!! y con mucha punta, y que en una pelea pinchó usted con él á siete carlistas de una vez. Eso es *trola,* ¿verdad?

¿Tenían los carlistas mucho bigote?

Con seráfica calma, sonriendo bondadosamente, y con la seriedad de quien contesta á preguntas muy razonables, nos contestaba, evacuando nuestras consultas y resolviendo nuestras dudas.

En una ocasión, mi hermanito menor, que era muy aficionado á montar en caballos de cartón, para aprender, como él decía, á montar en los de carne, hubo de decir á don Pedro:

ANTIGUO VOLUNTARIO DE PUERTO RICO

—Cuándo los de caballería se metiesen con ustedes, echarían ustedes á correr...

Y el buen don Pedro, que había sido de infantería, indignado de que se supusiera, ni aun por unos mocosos como nosotros, que la infantería era incapaz de resistir una carga de caballería, replicó con vehemencia.

—No lo creas, Pepito. Y para que te convenzas te contaré lo que sucedió en la acción de...—Y aquí citó una de las ocurridas en la guerra civil de los siete años.

Nos mandaba don Diego de León, la primer lanza del ejército. El combate era muy reñido, la victoria estaba muy dudosa, y habían llegado esos momentos críticos en que cualquier incidente decide el éxito, cuando de repente, de detrás de unas lomas que los habían ocultado hasta entonces á nuestra vista, salieron tres escuadrones carlistas, que, gallardamente pasando del paso al trote y de éste al galope, iniciaron una carga sobre nuestro flanco derecho que resultaba envuelto por ellos. Cuando por su flanco y retaguardia, con nuestras guerrillas y columnas de infantería, que á duras penas se sostenían en sus posiciones, viniera á chocar aquella vertiginosa tromba de hombres y caballos, nuestra derrota era segura.

¡Ah!—exclamó furioso el general León, apretando nerviosamente los puños con el mayor coraje; —¡si yo tuviera aquí un escuadrón tan sólo!

Pero no tenía disponible más fuerza que la compañía de cazadores del regimiento de Zaragoza, cuerpo de infantería que, en aquella guerra, se había ganado una gran reputación de bravura.

Hubo de oir su capitán la exclamación de don Diego de León, y le dijo con noble altivez:

—No hace falta, mi general. Estamos aquí nosotros.

—Pues bien, señor capitán, haga usted con su compañía lo que buenamente pueda.

—Rechazar al enemigo;— replicó el pundonoroso capitán de cazadores. Y como no había tiempo que perder, hizo que su compañía desplegándose en dos filas, se tendiese en tierra en una suave hondonada que había en el llano por donde avanzaba la caballería carlista, ocultando, de este modo, á sus soldados de la vista del enemigo.

—¡Preparen, armas! ¡Al que se mueva; al que dispare un tiro antes de mi voz de mando, lo rajo! ¡Y ni una palabra! ¡ni un grito!

Aquellos aguerridos y valientes soldados de infantería obedecieron las órdenes de su capitán.

La caballería enemiga estaba muy cerca; retemblaba el suelo á su aproximación; en los cazadores se notaban ya algunos movimientos de intranquilidad, de desasosiego: les contenía solamente la serena actitud de su capitán, único que se mantenía en pie, erguido el cuerpo con arrogancia, apoyada en tierra la punta de la espada, alta la cabeza, y con la vista fija en el enemigo que, avanzando por momentos el aire de carga, iba acortando rápidamente la distancia que mediaba entre él y la oculta infantería. Cuando estuvo la caballería á muy pocos pasos de los cazadores, el capitán, con voz estentórea, mandó:

—¡Arriba! ¡Primera fila, apunten! ¡Fuego! ¡Carguen! ¡Segunda fila! ¡Fuego!—Los soldados, como movidos por un resorte, se pusieron en pie, y dos nutridas descargas á boca de jarro diezmaron jinetes y caballos que, sorprendidos unos y otros por la inesperada aparición de aquellos hombres que surgían del suelo como por escotillón, asustados los caballos por las detonaciones estruendosas de las descargas y por el resplandor de los fogonazos, se encabritaron, relinchando, y atemorizados los jinetes por las bajas sufridas, no tuvieron ánimo ni serenidad para dominar á sus corceles, y resultó una confusión espantosa. La sección que iba en cabeza vaciló, paralizando la carga. La inmediata vino á chocar con ella, aumentando el desorden. Algunos carlistas que, más animosos que sus compañeros lanzaron sus caballos sobre los cazadores, hiriendo á algunos de ellos con sus lanzas, pagaron con la vida su ardimiento.

Entonces el capitán, herido por un bote de lanza, gritó: ¡A la bayoneta!

Y los bravos cazadores arremetieron furiosamente á sus adversarios, pero no lograron alcanzar con sus bayonetas más que á los que habían sido derribados en tierra por efecto de las descargas de fusilería, porque el escuadrón carlista que venía en cabeza volvió grupas, y, en su fuga, arrolló á los que venían detrás, que, poseídos de un pánico espantoso, huyeron también en el mayor desorden.

El general León, sin darse cuenta de que aquella huída de los escuadrones enemigos, hacía suya la victoria, y acordándose tan sólo de que él precedía del arma de caballería, increpaba duramente á los fugitivos.

—¡Cobardes! ¡Canallas! ¡Malograr así una carga tan bonita!

Un viva á la Reina que daban los cazadores le trajo á la realidad. Y cuando, metiendo espuelas á su caballo, fué á felicitar á los vencedores, halló al capitán tendido en un ribazo y rodeado por un grupo de soldados, por cuyos atezados rostros corrían lágrimas de dolor. Estaba mortalmente herido; de una profunda herida que tenía en el pecho salía á borbotones la sangre, que en vano procuraban atajar con sus propias camisas, que habían sacado de los morrales, su asistente y su sargento primero.

Apeóse del caballo el general León, se arrodilló junto al herido, y estrechando una de sus manos, le dijo conmovido: ¿Qué hay señor comandante? Animo, que no será nada.

El capitán, haciendo esfuerzos por sonreir, en frases entrecortadas por las bruscas aspiraciones de una penosa respiración, con voz tan apagada y débil, que era imposible recordar al oirle la estentórea con que momentos antes mandara hacer fuego á sus soldados, contestó:

¡Hay mi general... que mientras... la infantería... tenga disciplina... y quien la mande... nunca! ¡nunca! se verá arrollada por la caballería.

Y el esfuerzo que hizo para dar energía á su última frase, concluyó con su vida.

Cuando nuestro veterano amigo terminó su relato, todos sus infantiles oyentes llorábamos á lágrima viva. A él también se le saltaron algunas.

-¿Y no resucitó después? — preguntó mi hermanito Antonio sollozando, pues no se avenía á que tan bravo capitán se muriese.

-Sí, hijo mío. En la gloria, donde Dios acoge á todos los valientes que mueren cumpliendo con su deber.

Y al decir esto, con el dorso de la mano derecha se enjugó las lágrimas que había en sus ojos.

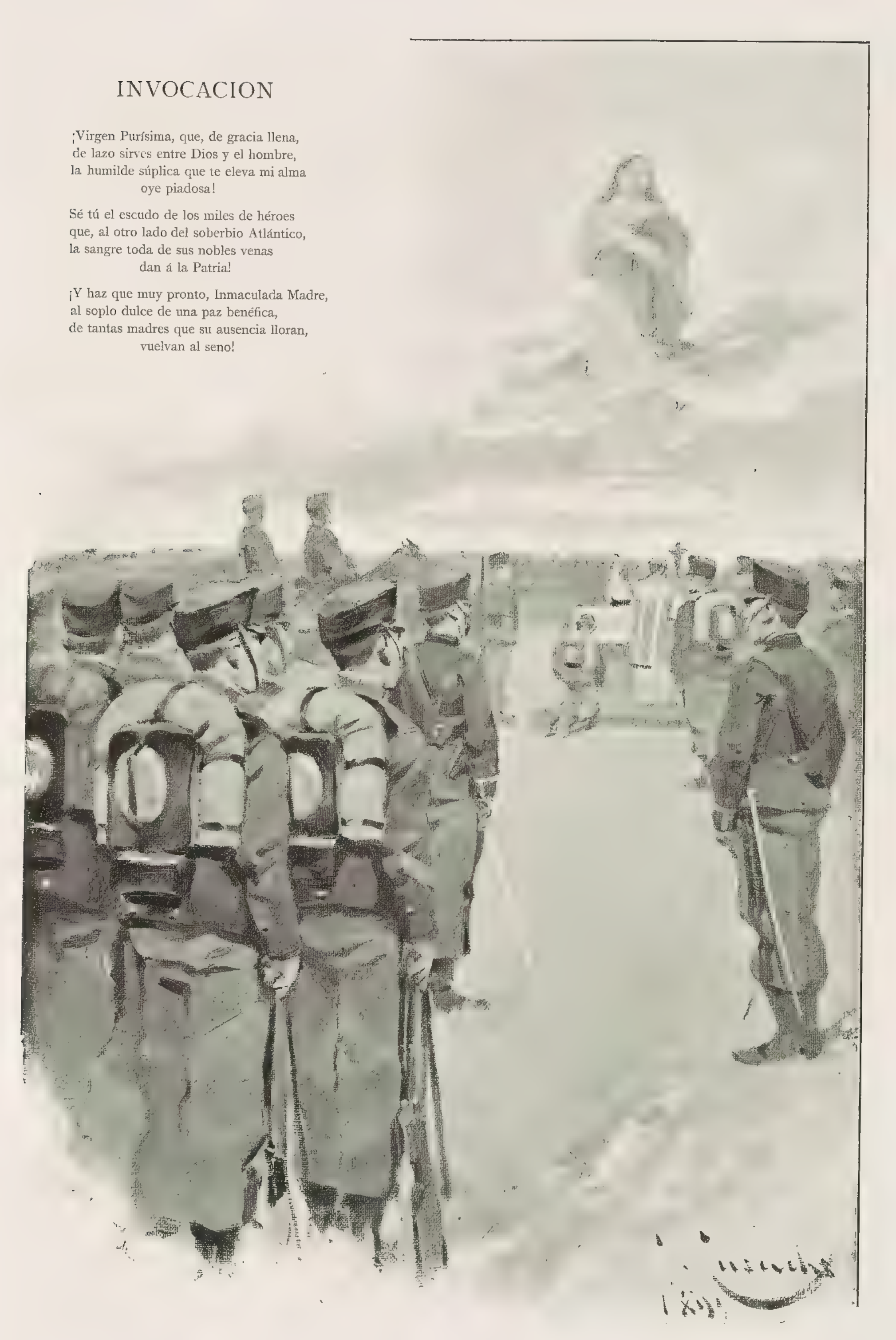
Francisco MARTIN ARRUE

# INVOCACION

¡Virgen Purísima, que, de gracia llena,
de lazo sirves entre Dios y el hombre,
la humilde súplica que te eleva mi alma
oye piadosa!

Sé tú el escudo de los miles de héroes
que, al otro lado del soberbio Atlántico,
la sangre toda de sus nobles venas
dan á la Patria!

¡Y haz que muy pronto, Inmaculada Madre,
al soplo dulce de una paz benéfica,
de tantas madres que su ausencia lloran,
vuelvan al seno!



UNA MISA EN CAMPAÑA, POR J. CUSACHS

VICTOR MORELLI

ACCION EMPEÑADA



## A LA MEMORIA
# DEL ILUSTRE GENERAL DON JUAN PRIM

Cuánto llanto has vertido, Patria mía,
desde el infausto día
en que, con criminal cínico alarde,
troncharon su entereza y bizarría
la oculta envidia y la traición cobarde!

¡Cuántas veces, envuelta en los girones
de tu pasada gloria,
temiendo de los vivos las pasiones,
bajaste de la muerte á las regiones,
para invocar de cerca su memoria!

¡Con qué placer, ya en ellas, destrozaras
de su tumba los mármoles mezquinos,
y..., á ser posible, de tu amor en aras,
le dieras nueva vida.. y le llamaras
á regir nuevamente tus destinos!

Llora ¡infeliz! su ruina fué la tuya;
los días y los años, paso á paso
transcurrirán sin que tu afán concluya..,
sin que encuentres, acaso,
en otro cuerpo un alma cual la suya.

¡Y cómo no llorar si tus entrañas
hondo pesar tortura todavía!..
¡si olvidar no han podido las Españas,
del héroe esclarecido las hazañas,
del mártir la agonía!

Llora su fin, y tus desdichas llora;
á tus duelos constantes y prolijos
sólo faltaba ¡oh, Patria! que, en mal hora,
hundiera en el no sér garra traidora
al mejor, al más fuerte de tus hijos.

Al que en su erguida sien llevaba impreso
de Marte y de Belona el doble beso;
que la Victoria coronó en la cuna,
y, pródiga, cedióte la Fortuna
para afianzar tu paz y tu progreso.

Al que, con noble aliento, mozo apenas,
de la opresión abyecta en que vivías
quebrantar se propuso las cadenas,
y darte, con la sangre de sus venas,
libertades que aún no conocías.

¡Cómo cabe pensar que nunca olvides
al que, triunfante en temerarias lides,
supo probar al africano astuto
que, á tu voz, aun florece y rinde fruto
el tronco carcomido de los Cides!

¡Imposible! ¡No hay mar, no hay horizontes,
no hay tiempo que al recuerdo pongan vallas
del caudillo, invencible en las batallas,
ante quien prosternábanse los montes
y caían deshechas las murallas!

Cuando al peligro se arrojaba ciego,
ardiendo en sacro fuego,
¿qué talismán guardaba su existencia?
¿cuál genio protector encendió luego
la luz de su preclara inteligencia?

Aquella llama que brotó en su mente,
destello del poder Omnipotente,
para llevar hasta el confín del mundo
su fama de político eminente
y pensador profundo.

Aquella inspiración súbita, fiera,
que, en Méjico, á la faz de las naciones,
plegando tu bandera,
hizo sentir al águila extranjera
la indomable altivez de tus leones.

Aquel fecundo natural talento,
por ajenos y propios respetado,
en el revuelto mar del Parlamento,
y al dirigir, contra marea y viento,
la nave del Estado.

Dios; sólo Dios, para endulzar tus males,
á un mísero mortal, soldado rudo,
podía dispensar mercedes tales:
¡Dios, solamente, depararte pudo
tan sabio protector, tan firme escudo!

Mas... ¡ay, mi Patria amada!
¡De la lucha incesante, encarnizada,
que sostiene Satán con el Eterno,...
en hora triste, para ti menguada,
triunfante una vez más quedó el infierno!..

¡Y la Parca, que nunca, frente á frente,
logró atajar del héroe la bravura, ..
halló, al cabo, propicia coyuntura
de herirle mortalmente,
por la espalda, á traición y en noche obscura!

¡Jamás limpias de sangre estén las manos
que hasta él llegaron, con fiereza impía!
¡malditos para siempre los villanos
que fraguaron tamaña alevosía,
de españoles indigna y de cristianos!

¡Patria infeliz! Para mayor cinismo,
sobre el sepulcro mismo,
á cuyo lado tu dolor exhalas,...
cual el cuervo al pasar sobre el abismo,
impune la maldad bate sus alas.

Y cuando, en tu aflicción, veces no pocas,
de la víctima ilustre el nombre invocas,...
los verdugos sonríen con malicia,
y, entre los pliegues de sus negras tocas,
se esconde avergonzada la Justicia.

¡Patria á quién tanto amó! ruega, en tus preces,
por el hijo querido
de que, aun hoy, con razón te enorgulleces:
á vivir él, de fijo hubieras sido..
lo que ya fuiste: ¡lo que ser mereces!

¡Honrarle es tu deber!.. Mientras la Historia,
en su libro inmortal, para ensalzarle,
de Prim escribe la grandeza y gloria,...
¡llora su aciago fin!.. *¡Sepa llorarle,*
*quien no tuvo el consuelo de vengarle!*

SALVADOR CARRERA

# LA NONA

Al tornar en sí de su letargo el conde Raimundo de Villaparda, reconoció á su médico que le contemplaba con aire triste.

—¡Salvado por esta vez! — murmuró sonriendo é incorporándose en el lecho.

—¡Pobre amigo! —suspiró el doctor. — Y viendo que el enfermo le miraba con sorpresa.

—¡Valor! —continuó; —es mi deber decir la verdad.

—¿Eh?

—Presentáis todos los síntomas de la *nona*.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que después del letargo de que acabáis de despertar, el enfermo goza tres horas de lucidez... luego de las cuales, muere repentinamente.

—Pero...

—¡Valor, repito! La vida no está al fin y al cabo exenta de penalidades... Conque, adiós, amigo mío, adiós; y aprovechad el tiempo.

Diez minutos después, el conde, en pie, procedía tranquilamente á su *toilette*.

El doctor habíase retirado discretamente para dejarle en libertad de atender á sus disposiciones supremas.

Cuando hubo terminado el arreglo de su persona, con exquisita escrupulosidad, Raimundo abrió una caja de tabacos, encendió un cigarro y se puso á fantasear cómodamente arrellanado en un ancho sillón.

Por mucho valor que tuviera para mirar á la muerte cara á cara, el conde encontraba su situación extremadamente aflictiva.

El día anterior á los primeros síntomas de una grave dolencia, había tomado resueltamente todas sus decisiones; había hecho venir un sacerdote y un notario, quemado su correspondencia y puesto todas sus cosas en regla. Después, habíase quedado aletargado, pensando no despertar más de aquel sueño profundo.

Pero su situación parecía ahora la de un condenado á muerte que después de haber entrevisto el indulto, se encontrase de pronto frente á frente del patíbulo.

Contemplando melancólicamente las caprichosas espirales de humo que envolvían su rostro, remontándose perezosamente hasta el cielo raso de la habitación, Raimundo, pasó revista á su pasado.

Los días de su infancia, su primer amor, y, últimamente, los días dichosos de su luna de miel.

¡Cuán feliz había sido!

Habíase casado enamorado locamente de su mujer, y su dicha hubiera sido completa, á no impedírselo la pasión de los celos, que nunca pudo dominar. ¡Y pensar que aquella unión tan deseada y que tan venturoso le hacía acabó por una separación ruidosa!

¿Y todo por qué? Por un error de parte suya, y por una terca intransigencia de parte de ella.

Separados amigablemente, habían continuado amándose. Sus relaciones se limitaban á saludarse fríamente cuando se encontraban en la calle; pero el interés, con que, á espaldas el uno del otro, procuraban informarse mutuamente de su respectivo estado, delataba la falsedad de aquella indiferencia.

La idea de morir sin ver á su amada esposa le mortificaba sobre manera.

La estudiada obstinación, la inflexible energía, la mentida frialdad observada hasta entonces, le parecía ridícula é inútil, cuando muy pronto iba á llegar fatalmente la eterna separación.

¿Por qué no intentar una reconciliación postrera?

Raimundo fué á sentarse á su escritorio y trazó sobre un papel algunas líneas, con mano nerviosa. Luego, sonó un timbre y se presentó un criado, á quien entregó la carta.

Hecho esto miró su reloj. Le restaban dos horas de vida. La condesa tenía tiempo de venir.

¿Vendría?.. ¿La conmovería aquel escrito de supremo adiós, ó, inexorable en su dignidad de mujer ofendida, rehusaría perdonarle delante mismo de la muerte?

La angustia de esta incertidumbre agravaba la tortura moral de Raimundo que, á despecho de su sangre fría, contaba uno á uno, los minutos que le separaban de la agonía.

Transcurrió una hora.

Se puso á escribir una larga carta á su madre, en la cual evocaba lejanos tiempos, cuyo recuerdo le enternecía.

De pronto, Raimundo se estremeció. El timbre eléctrico había vibrado. Después de algunos segundos de espectativa ansiosa, se abrió la puerta y anunció el criado:

—La señora condesa.



Mtro. Agustín Salvans, autor del «Minueto» que acompaña á este número.

El conde se había levantado palidísimo.

—¡Herminia! —gritó.

Pero su esposa se había detenido á la puerta, con marcado gesto de indignación.

—Esto es un engaño, caballero,—dijo fríamente.

—¿Un engaño? ¿Qué quieres decir?

—Me escribes que estabas moribundo, y te encuentro en perfecto estado, despachando tu correspondencia. ¡Adiós!

—El conde la detuvo dulcemente por un brazo y, mostrándole la carta que estaba escribiendo á su madre:

—Lee, te lo ruego;—la dijo.

Apenas hubo pasado la vista por el pliego, se arrojó sollozando al cuello de su esposo.

—¡Era cierto! ¡Vida mía!

Por algunos instantes permanecieron así unidos en abrazo estrecho y doloroso.

Un abrazo como aquellos apasionados que en tiempos más felices se prodigaban llenos de amor y ventura.

Luego, sentóse el conde y la tomó en sus brazos cubriéndola de besos, y hablaron del pasado, de su cariño inmenso, de sus ilusiones perdidas, de sus ya muertas esperanzas, del día de su boda...

Recordaron sus paseos matutinos por el campo; su viaje de novios; los detalles más nimios de su vida; las tiernas caricias de sus expansiones conyugales; el primer beso de amor...

Parecía que querían olvidar el drama terrible que se acercaba, haciendo revivir en el recuerdo las dichas que pasaron para no volver jamás.

El sonido del timbre eléctrico, que anunciaba la llegada de alguien, les sacó de aquella especie de embriaguez.

—El señor doctor,—anunció el doméstico.

Ambos cambiaron una mirada de angustia suprema.

—¡Cómo! ¿En pie? — exclamó el médico, con gesto de estupor. — Y yo que venía para...

—Veníais para...

—Mejor es así... Veo que me he equivocado... Yo venía para extender el certificado de vuestra muerte.

—Gracias por la atención;—respondió, sonriendo, el conde.

—¿Entonces, está salvado? —preguntó con ansiedad Herminia.

—Completamente... ¡Es extraño! *El Eco de la Clínica*, hacía en sus últimos números un acabado estudio de la *nona*, y todos los síntomas... En fin, repito que me alegro y...

Se alegraba, en efecto; pero allá en el fondo, sentía así como vergüenza ó despecho por ver fallada su profecía.

—Herminia, —murmuró Raimundo al oído de su esposa;— ¿si le invitáramos á nuestra mesa esta noche?..

Vicente SUAREZ CASAÑ



# LA INFANTERÍA ESPAÑOLA EN AMÉRICA

La acción constante y destructora de los años que así influye sobre las obras de los hombres, como sobre los hombres mismos, que así destruye dominaciones, como aniquila instituciones y poderes, no ha logrado privar á nuestra patria de un elemento á que en todos tiempos debió su independencia y en casi todo un siglo su preponderancia y su grandeza. Este elemento es el soldado, ó para hablar más propiamente, el infante español.

Todas sus virtudes y todas sus proezas descritas por la historia, ensalzados por la poesía, nos parecerían extra-humanas, si hoy no volviera á ofrecernos ejemplos si cabe más admirables y sublimes. Cuantos hechos realizó en Flandes y en Italia, en Africa y en América, se nos antojarían fabulosos, si el infante de hoy, digno sucesor del soldado de los viejos tercios, no acreditara, en alto grado, iguales ó si cabe mayores virtudes que las de sus antepasados. Es el mismo hombre con otros arreos, pero con el mismo corazón; es digno descendiente de los que con Pizarro, con Hernán Cortés, con Almagro y con Alvarado, fueron á conquistar imperios dilatados, sin otra confianza que la que inspira el propio esfuerzo. Y todo lo que se diga de lo que efectuó en Europa, asistido de cerca por sus reyes, resulta pálido al lado de lo que ejecutó, y ha cumplido en América. Tipos como los de aquellos soldados que lejos, muy lejos de la patria, dejando el desierto ó el mar á sus espaldas, sin recurso, sin probabilidades de éxito, se arrojaban á tales empresas; individualidades como las de aquellos hidalguillos castellanos que sin otra garantía que su tizona se atrevían con monarcas poderosos, y derribaban con ella el pedestal de las viejas divinidades; hombres del temple de Pizarro, á los que el peligro parecía dar alientos, y que, en los momentos supremos, trazaban con su espada la famosa línea que debía separar á los que dudaban del porvenir y á los que, por conseguirle, estimaban en poco la vida; almas del temple de las de Quesada, Valdivia y Sarmiento, esas, esas no las ofrece la historia de pueblo alguno. Ni tienen éstos, cuadros de tan magnífica grandeza, tan palpitantes de interés, tan dramáticos como los de aquellas conquistas, ni, lo repetimos, figuras tan originales y tan bizarras. Allegadizos y heterogéneos eran los elementos, no siempre bien fabricadas las armas, escasa la instrucción y no muy sólida la disciplina, pero el temple de alma y el extraordinario vigor físico lo suplían todo. Con poco más de seiscientos infantes conquistó Hernán Cortés la Nueva España, con ciento sesenta, Jiménez de Quesada ganó la Nueva Granada; y con ciento sesenta y ocho hízose dueño Pizarro del imperio peruano. «Y lo que hicieron los conquistadores de América, dice un escritor colombiano, fué tan estupendo, tan fabuloso, que jamás poema alguno podrá cantarlo; que jamás descripción alguna por fiel, extensa y poderosa que sea podrá igualar la realidad. Es necesario haber nacido ó vivido largo tiempo en América, y conocer los Andes, los desiertos, las selvas, los ríos, las ciénagas, las costas y los climas de ese mundo en que todo es colosal, para comprender y apreciar, por los formidables obstáculos de hoy, lo que entonces hicieron aquellos hombres, prodigiosamente audaz, heroico y temerario...» Pero ¡cuán cierto es que la temeridad es la característica de nuestra raza! Epica, sobrehumana se nos representa la empresa de la conquista, pero á todas luces admirable y digna de estudio la sangrienta y empeñada lucha de la separación. Combatió en aquella España contra pueblos relativamente incultos, y en su mayoría salvajes, los sojuzgó gracias á la audacia y al valor de sus caudillos, á la fiereza y el vigor de sus soldados, á la novedad de los recursos; y sólo así se comprende que con reducidas huestes llegáramos á dominar desde el golfo mexicano á la tierra del fuego, sobre gentes de distinto carácter y sometidos los conquistadores á la influencia de diversos climas. Y á las dificultades de estos climas y del terreno, como á las del carácter de cada pueblo, uniéronse, no sólo las de la comunicación de la metrópoli, sino las luchas personales entre los dominadores. Pero cuando llegó la hora triste de la rebeldía, cuando á las ideas de independencia que germinaban en los pueblos americanos, se unió le abatimiento de la patria, entonces dieron nuevamente nuestros soldados bizarras pruebas de su temple de alma. Una lucha de doce años, en la que porfiadamente se disputó el terreno palmo á palmo, acreditó su perseverancia.

Las marchas realizadas á través de los nevados Andes, allá donde anidan los condores y donde apenas se halla rastro de la existencia humana, las batallas campales de que fueron teatro aquellos hermosos campos, los sitios en que, como en el Callao, se repitieron los heroísmos de

Zaragoza y de Gerona, son digno epílogo á nuestra dominación, y revelaron á la faz del mundo que si no siempre el valor triunfa de la fortuna, nunca podrá la fortuna eclipsar á la gloria. Y cuenta que el soldado español ya sólo constituía el nervio de nuestros ejércitos de América; y que por singularísima coincidencia el día infausto de Ayacucho, mientras el ejército enemigo se hallaba nutrido de europeos, el nuestro se componía en su mayor parte de americanos. Con soldados españoles, algo más se hubiera retardado la irremisible y fatal separación.

Pero ni aquellos hermosos hechos, ni aquellos sublimes sacrificios amenguarán los del soldado de nuestros días. Todavía éste nos parece más grande y más heroico, si se le compara con los veteranos de los mejores tiempos. Mozo arrancado del hogar antes de sazón por la ley durísima de las circunstancias, con escasa instrucción militar, más bien teórica que práctica, obligado á combatir en clima mortífero con enemigo sagaz y traidor, su grandeza de espíritu se revela á cada momento en palabras y conceptos que debieran esculpirse en el bronce. Aquellas frases que el conquistador Vargas Machuca pone en boca de un soldado que al acudir á otro, aspeado y enfermo, como él, le dice para darle alientos: *¿Estáis bien ahora? Pues quedaos con Dios y él os de esfuerzo y vida que yo me voy á morir,* — son todo un poema de heroísmo y abnegación que hoy se repite con mucha frecuencia. Se muere antes con la preocupación de salvar el fusil, que la de perder el cuerpo, y en determinados casos menos que la muerte se teme la profanación del cadáver. Ahí está el héroe de Coscorro para hacerlo bueno. Se lucha y se combate más con las enfermedades que con un enemigo, sobrado alevoso para pelear cara á cara y cuerpo á cuerpo. Y cuanto se dijera de los sufrimientos de nuestros soldados sería poco al lado de la realidad. «El vómito y la tifoidea que arrasan y siegan las vidas más lozanas; la disentería y el paludismo que agotan y desesperan; los infartos que reducen la energía más fibrosa; las llagas, úlceras y erupciones que mortifican, laceran y martirizan, acompañan al soldado como la sombra al cuerpo. Caminando por ciénagas y tembladeras, aquí desgarradas las carnes por la zarza, allá heridos los pies por las púas, acullá luchando con el torrente impetuoso; unas veces soportando el aguacero y siempre bajo la acción del sol que quema; en la mayor parte del año, sufriendo el frío húmedo de la madrugada que llega á los huesos, sin que sean parte á impedirlo, ni el rayadillo del traje, ni la manta liviana que el Estado próbidamente le facilita, respirando en los poblados la fetidez de la ignorancia y del abandono más incipientes... Y como si todo ello no fuera bastante todavía, cuando al llegar á la villa corre presuroso en busca de alojamiento donde restaurar sus fuerzas, gastadas en penosas marchas y en cruentas operaciones, halla una huéspeda fiera de alma y aviesa de intención, que le injuria y molesta porque ha trocado en lecho, no el aposento del bohío, ni siquiera el cobertizo del mismo, sino el áspero y fangoso suelo de la calle, donde á su sabor y sin miedo á que se le encojan las sábanas, ha medido y marcado con su cuerpo el espacio destinado á su reposo... ¡Doloroso *vía-crucis* el del soldado español en América!» Estas líneas escritas allá en tierra cubana por un infante tan ilustrado como bizarro, dan la medida de la abnegación y de los sacrificios de nuestros soldados. Mirando á estos de hoy, parece que escribió allá en el siglo XVII Vargas Machuca su *Milicia Indiana.* Y poniendo en parangón éstos con aquellos infantes, sin vacilación puede decirse: *Los de hoy son superiores,* —añadiendo luego: *aunque iguales en el premio.* ¡Para qué mayores apologías!

* * *

Diciembre, mes de hermosos aniversarios para la infantería, es el sexto en que celebra la fiesta de su excelsa Patrona. Poco más de trescientos años hace que un puñado de españoles perdidos en los hielos de Holanda, la proclamaron por tal; y gracias á un accidente que atribuyeron a favor del Altísimo, consiguieron romper el cerco de sus enemigos y volver triunfantes á sus cuarteles llevando entre sus gloriosos estandartes la imagen de María Inmaculada. En los momentos de mayor peligro, acudió el contrario á intimar la rendición, pero el maestro de campo Bobadilla contestó con estas lacónicas frases: *Los españoles, prefieren la muerte á la deshonra,* — contestación muy digna de un glorioso pasado y de la gente que mandaba. Su perseverancia y su fe les dieron la victoria.

¡Quiera Dios que se desgarre el manto de tinieblas que hoy nos envuelve y que, con otro aniversario, celebre nuestra infantería una paz digna de sus merecimientos y de sus honradas tradiciones!

FRANCISCO BARADO

ILUSTRACIÓN DE CABRINETY

## CONCEPCION

Niña: tú eres sevillana
y del barrio de Triana,
de la estirpe del modelo
que Murillo subió al cielo
de la Pintura cristiana.

Dios, como á Ruth y á Raquel
te ha dado un aire sencillo;
tu corazón es de miel;
tu rostro. . es el rostro aquel
de la *Virgen* de Murillo.

¿Y te llamas Concepción?..
—¡Que Dios te depare un bravo
de los que en Cuba ahora son
terror de la insurrección,
con sus galones de cabo!

F. TOMAS Y ESTRUCH




Al entrar en máquina las últimas páginas de este número, nos hemos enterado con hondo sentimiento, de la sensible desgracia que pesa sobre la distinguida familia del Marqués de Alella.

Su hijo menor, Jorge, ha pasado á mejor vida, sumiéndola en la mayor aflicción.

El ALBUM SALÓN se asocia sinceramente á las muestras de simpatía que con tan triste motivo le tributan sus numerosos amigos y, en particular, la aristocracia barcelonesa.

---

El eminente literato don Leopoldo Alas *(Clarín)* nos escribe participándonos que en breve nos remitirá desde Oviedo uno de sus primeros trabajos para ALBUM SALÓN.

También anticipamos á nuestros lectores que muy pronto se encargará de una sección especial, en las columnas de nuestro periódico, el genial y originalísimo escritor don Eusebio Blasco.

Nos felicitamos y felicitamos á nuestros lectores, que sin duda acogerán con entusiasmo la noticia.

### SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: Cuadro de Félix Mestres.

PÁGINAS EN COLOR: *El panorama de la Princesa,* cuento por Emilia Pardo Bazán, con ilustraciones de A. Seriña

*Un elegante del tiempo del Directorio:* cuadro de J. Brull.

*En el camerino:* cuadro de Manuel Cusí.

*Claustros de San Pedro de Tarrasa:* acuarela de F. Brunet y Fita.

PÁGINAS EN NEGRO: *La literatura del reposo,* artículo, por Rafael Altamira.

*Un velorio en América:* artículo de costumbres americanas, por F. Tomás Estruch, con ilustraciones de P. Bejar.

*El Clavel.* cuento, por Rafael M. Liern †.

*En la carrera del Corpus:* cuadro de Félix Mestres.

*Las hojas secas* artículo, por Vicente Suárez Casañ.

*Sarah Bernhartd en Gismonda:* escultura de Torcuato Tasso.

*En boca cerrada,...* artículo, por A. Sánchez Pérez.

*¡Demasiado tarde!* (continuación de la novela), por Salvador Carrera.

MOSAICO.

REGALO: Un precioso figurín iluminado.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

*Nerviosas* (3.ª serie, 2.ª de la de los *Mil sonetos),* con la licencia debida, por Francisco Antich é Izaguirre. — Precio: 1 peseta. — Tipografía católica de Sanjuán hermanos, Palma, 1897.

*El Rossinyol* (cançó popular), quinta de la colección *Cançons catalanes,* harmonizadas por Enrique Morera. — Tipografía *L'Avenç,* Ronda de la Universidad, 4, Barcelona. — Precio: 2 reales.

*El Arte, los artistas y la Exposición de Bellas Artes de 1897,* por don Luis M. Cabello y Lapiedra, arquitecto premiado en exposiciones de Bellas Artes. — Madrid, imprenta de M. G. Hernández, Libertad, 16, duplicado, bajos. — Precio: 2 pesetas.

En esta sección, daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, haciendo un sucinto juicio crítico de los que se nos manden dos ejemplares.



EL *DO* DE PECHO, por XAUDARÓ.



# EDICION FIN DE SIGLO

La más moderna ❖ La más lujosa ❖ La más económica

EL INGENIOSO HIDALGO

## ON UIJOTE

## DE LA MANCHA

POR

Miguel de Cervantes Saavedra

## CONDICIONES DE SUSCRIPCION

Esta obra formará dos tomos de regulares dimensiones, profusamente ilustrados con bellísimos dibujos debidos al notable artista D. Jaime Pahissa, conteniendo una hermosa colección de cromos, debida al pincel de D. Arturo Seriñá, y de cuya reproducción artística, está encargada la acreditada litografía del Sr. Labielle...

Semanalmente y sin interrupción se reparte un cuaderno, cuyo coste es el de



UN REAL

ya conste de dieciséis páginas, ya de ocho y un magnífico cromo.



Tirada especial de **CIEN** ejemplares numerados, en papel de hilo superior.

EDICION DEDICADA A LOS CERVANTISTAS

Se reciben encargos para los pocos ejemplares que quedan al precio de 75 pesetas.

## PUNTOS DE SUSCRIPCION

Barcelona. — *Centro editorial artístico* de **Miguel Seguí**, Rambla de Cataluña, 151, y en las principales librerías y Centros de suscripción.

Provincias, Extranjero y Ultramar. — En las agencias editoriales debidamente autorizadas por nuestra Casa.

# HISTORIA DEL GENERAL PRIM

**por FRANCISCO JOSÉ ORELLANA**

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale UN REAL, á pesar de contener 16 páginas de texto, ó bien 8 y un magnífico cromo.

Tip «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona

# ALBUM SALON



*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ∞ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ∞ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTÍCULOS LITERARIOS ✶ POESÍAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO I | BARCELONA, 19 DE DICIEMBRE DE 1897 | NÚM. 5

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA ✶ V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—General Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Mariano de Cavia.—Martín L. Cora.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs.—Rafael M. Liern.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miguel y Badía.—Magín Morera Galicia.—Eduardo Montesinos.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Francisco Tomás Estruch.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—José Arija.—Luis Alvarez.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cusachs.—José Cuchy.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Félix Mestres.—Nicolás Mejía.—Francisco Miralles.—Méndez Bringa.—José Parada y Santín.—Jose Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Marcelino de Unceta.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Claudio Martínez Imbert.—Joaquín Malats.—Enrique Morera.—Luis Millet.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

NOTA.— Como observará el público los anteriores nombres, están colocados por riguroso orden alfabético

COMO PIDEN ELLAS, por XAUDARÓ.



—Sr. Duque, la Sra. Duquesa se encuentra indispuesta...



—¿Qué tienes, alma mía? ¿Otra vez de mal humor?



—¡Dios mío, qué carácter! ¿Qué deseas? ¿qué quieres?

# EL PANORAMA DE LA PRINCESA

El palacio del rey de Magna estaba triste, muy triste, desde que un padecimiento extraño, incomprensible para los médicos, obligaba á la princesa Rosamor á no salir de sus habitaciones. Un silencio glacial se extendía, como neblina gris, por las vastas galerías de arrogantes arcadas y los salones revestidos de tapices, con altos techos de grandiosas pinturas; y el paso apresurado y solícito de los servidores, el andar respetuoso y contenido de los cortesanos, el golpe mate del cuento de las alabardas sobre las alfombras, las conversaciones en voz baja, susurrantes apenas, producían impresión peculiar de antecámara de enfermo grave. ¡Tenía el rey una cara tan severa, un gesto tan desalentado é indiferente para los áulicos, hasta para los que antaño eran sus amigos y favoritos! ¿A qué luchar? ¡La princesa se moría de languidez... Nadie acertaba á salvarla, y la ciencia declaraba agotados sus recursos!...

Una mañana llegó á la puerta del palacio cierto viejo de luenga barba y raída hopalanda color avellana seca, precedido de un borriquillo cuyos lomos agoviaba una caja enorme de madera ennegrecida. Intentaron los guardias desviar con aspereza al viejo y á su borriquillo, pero titubearon al oirle decir que en aquella caja tosca venían la salud y la vida de la princesa Rosamor. Y mientras se consultaban, irresolutos, dominados á pesar suyo por el aplomo y seguridad con que hablaba el viejo, un gallardo caballero desconocido, mozo y de buen parecer, cuya toca de plumas rizaba el viento, cuya melena obscura caía densa y sedosa sobre un cuello moreno y erguido, se acercó á los guardias, y con la superioridad que prestan el rico traje y la bizarra apostura, les ordenó que dejasen pasar al anciano, sino querían ser responsables ante el rey de la muerte de su hija; y los guardias, aterrados, se hicieron atrás, el anciano pasó, y el jumentillo hirió con sus cascos las sonoras losas de mármol del gran patio donde esperaban en fila las carrozas de los poderosos. En pos del viejo y el borriquillo, entró el mozo también.

Avisado el rey de que abajo esperaba un hombre que aseguraba traer en un cajón la salud de la princesa, mandó que subiese al punto; porque los desesperados, de un clavo ardiendo se agarran, y no se sabe nunca de qué lado lloverá la Providencia. Hubo entre los cortesanos cuchicheos y alguna sonrisa reprimida pronto, al ver subir á dos porteros abrumados bajo el peso de la enorme caja de madera, y detrás de ellos al viejo de la hopalanda avellana, y al lindo hidalgo de suntuoso traje, á quien nadie conocía; pero la curiosidad, más aguda que el sarcasmo, les devoraba el alma con sus dientecillos de ratón; y no tuvieron reposo hasta que el primer ministro, algo alarmado por la novedad también, les enteró de que la famosa caja del viejo sólo contenía un panorama, y que con enseñarle las vistas á la princesa, aquel singular curandero respondía de su curación. En cuanto al mozo, era el ayudante encargado de colocarse detrás de una cortina sin ser visto, y hacer desfilar los cuadros por medio de un mecanismo original. Inútil me parece añadir que al saber en qué consistía el remedio, los cortesanos, sin perder el compás de la veneración monárquica, se burlaron suavemente y soltaron muy donosas pullas.

Entre tanto, instalábase el panorama en la cámara de la princesa, la cual, desde el mismo sillón donde yacía recostada sobre pilas de almohadones, podía recrearse en aquellas vistas que, según el viejo continuaba afirmando terminantemente, habían de sanarla. Oculto é invisible, el galán hizo girar un manubrio, y empezaron á aparecer, sobre el fondo del inmenso paño extendido que



cubría todo un lado de la cámara, y al través de un amplio cristal, cuadros interesantísimos. Con una verdad y un relieve sorprendentes, desfilaron ante los ojos de la princesa las ciudades más magníficas, los monumentos más grandiosos y los paisajes más admirables de todo el mundo. En voz cascada, pero con suma elocuencia, explicaba el viejo los esplendores, verbigracia, de Roma, el Coliseo, las Termas, el Vaticano, el Foro; y tan pronto mostraba á la princesa una naumaquia, con sus luchas de monstruos marinos y sus combates navales entre galeras incrustadas de marfil, como la hacía descender á las sombrías Catacumbas y presenciar el entierro de un mártir, depuesto en paz con su ampolla llena de sangre al lado. Desde los famosos pensiles de Semíramis y las colosales construcciones de Nabucodonosor, hasta los risueños valles de la Arcadia, donde en el fondo de un sagrado bosque centenario danzan las blancas ninfas en corro alrededor de un busto de Pan que enrama frondosa mata de hiedra; desde las nevadas cumbres de los Alpes hasta las voluptuosas ensenadas del golfo partenópeo, cuyas aguas penetran vueltas líquido záfiro bajo las bóvedas celestes de la Gruta de azur, no hubo aspecto sublime de la historia, asombro de la naturaleza ni obra estupenda de la actividad humana que no se presentase ante los ojos de la princesa Rosamor, aquellos ojos grandes y soñadores, cercados de una mancha de livor sombrío, que delataba los estragos de la enfermedad. Pero los ojos no se reanimaban; las mejillas no perdían su palidez de transparente cera; los labios seguían contraídos, olvidados de la sonrisas; las encías marchitas y blanquecinas hacían parecer amarilla la dentadura, y las manos, afiladas, continuaban ardiendo de fiebre ó congeladas por hielo mortal. Y el rey, furioso al ver defraudada una última esperanza más viva cuanto más quimérica, juró en alta voz que ahorcaría de muy alto al impostor del viejo, y ordenó que subiese el verdugo, provisto de ensebada soga, á la torre más erguida del palacio, para colgar de una almena, á vista de todos, al que le había engañado. Pero el viejo, tranquilo y hasta desdeñoso, pidió al rey un plazo cortísimo: faltábale por enseñar á la princesa una vista, una sola de su panorama, y si después de contemplarla no se sentía mejor, que le ahorcasen en horabuena, por torpe é ignorante. Condescendió el rey, no queriendo espantar aún la vana esperanza postrera, y se salió de la cámara, por no asistir al desengaño. Al cuarto de hora, no pudiendo contener la impaciencia, entró, y notó con transporte una singular variación en el aspecto de la enferma; sus ojos relucían; un ligero sonrosado teñía sus mejillas flacas; sus labios palpitaban enrojecidos, y su talle se enderezaba airoso como un junco. Parecía aquello un milagro, y el rey, en su enajenación, se arrancó del cuello una cadena de oro y la alargó al viejo;—que rehusó el presente. La única recompensa que pedía era que le dejasen continuar la cura de la princesa, sin condiciones ni obstáculos, ofreciendo terminarla en un mes. Y, loco de gozo, el rey se avino á todo, hasta á respetar el misterio de aquella vista prodigiosa que había empezado á devolver á su hija la salud.





No obstante, transcurrida una semana y confirmada la mejoría de la enferma, mejoría tan acentuada que ya la princesa había dejado su sillón, y, esbelta como un lirio, se paseaba por el aposento y las galerías próximas, ansiosa de respirar el aire, animada y sonriente, — anheló el rey saber qué octava maravilla del orbe, qué portentoso cuadro era aquel cuya contemplación había resucitado á Rosamor moribunda. Y como la princesa, cubierta de rubor, se arrojase á sus pies suplicándole que no indagase su secreto, el rey, más lleno cada vez de curiosidad, mandó que sin dilación se le hiciese contemplar la milagrosa última vista del panorama. ¡Oh, sorpresa inaudita! Lo que se apareció sobre el fondo del inmenso paño negro, al través del claro cristal, no fué ni más ni menos que el rostro de un hombre joven y guapo, eso sí, que nada tenía de portentoso. El rostro sonreía con dulzura y pasión á la princesa, y ella pagaba la ronrisa con otra no menos tierna y estática... El rey reconoció al supuesto ayudante del viejo, aquel mozo simpático y gallardo, y comprendió que, en vez de enseñar las vistas de su panorama, se enseñaba á sí propio, y sólo con este remedio, había sanado el enfermo corazón y el espíritu contristado y abatido de la niña; y si alguna duda le quedase acerca de este punto, se la quitaría la misma Rosamor, al decirle confusa, temblorosa y en voz baja, como quien pide anticipadamente perdón:

—Padre, todos los monumentos y todas las bellezas del mundo no equivalen á la vista de un rostro amado...

Emilia PARDO BAZAN

Ilustraciones de A. SERIÑÁ

# LA LITERATURA DEL REPOSO

Uno de los caracteres que como más acentuado suele asignarse á la literatura contemporánea es el desasosiego, la inquietud espiritual que revela, y que trae, como consecuencia natural, vivísima, febril aspiración al reposo, á la serenidad, á la calma sedante y reparadora

El mismo fenómeno se observa en la música contemporánea. Un crítico joven, H. Bourgerel, ha dicho recientemente en el *Mercure de France* (Junio, 1897. Artículo titulado *La dixième symphonie*): «Or, ce qui rende l'œuvre de Beethoven si poignante, c'est que la sérénité en est toujours troublée par le regret de cette sérénité même.»

Las graves crisis de conciencia que hoy agitan al mundo, el movimiento cada vez más acelerado de la vida, la invasión en todas partes de la llamada «fiebre americana», que tan extraños fenómenos nerviosos produce, excitan en la creciente minoría intelectual el deseo de paz, de sosiego, de retiro.

Como Carlyle, pero con sentido algo diferente, los escritores actuales apetecen y glorifican el silencio: no el de sus almas, pero sí el del mundo que les rodea. Esta aspiración, sin embargo, es cosa ya vieja en la literatura. Desde los tiempos más remotos, todo espíritu superior contemplativo,

conturbado por la lucha social, ha buscado el reposo, la paz del alma. Pero no es menos cierto que el movimiento moderno ofrece caracteres propios de novedad evidente. Averiguar en qué se parecen y en qué se diferencian la aspiración de hoy y la de otros tiempos, sería estudio verdaderamente interesante; y comparar los caminos por donde han buscado las almas inquietas su quietud, ahora y antes, tarea de grande importancia y aun de valor práctico para la ordenación de nuestra vida. Extraña con esto que no haya tentado semejante estudio á los críticos que se dedican á desentrañar la psicología de la literatura, examinando, ora los caracteres y tipos en ella expuestos (la mujer, el niño, los delincuentes, etc.), ora los sentimientos y las ideas expresados (el amor, la piedad, las creencias religiosas...). Tales estudios, limitados en su mayor parte á las obras literarias modernas (aunque no faltan los que se refieren á los medioevales y á las del mundo clásico (1)), llegarán sin duda á convertirse algún día en rama importante de la literatura comparada y vivificarán el conocimiento muerto, que suele ahora tenerse, de los autores antiguos, enlazando su psicología con la de los actuales y presentándolos como *hombres* de espíritu siempre vivo, y no como *modelos* de retórica más ó menos académica, ó como ejemplares de arqueología intelectual. El día que eso se realice por lo que toca al tema que ahora nos ocupa, se verá que, salvo el del amor, no hay tal vez otro que más haya ocupado á los literatos de todas las épocas. El hecho tiene una explicación muy sencilla.

Los intelectuales son, por naturaleza y por obra de la especialidad de su trabajo, hombres de condición particularmente excitable, para quienes todo rozamiento conviértese en rudo choque, cualquier alfilerazo en terrible herida. El desgaste nervioso que esto les ocasiona produceles cierto temor á las causas de que procede, y origina en ellos un principio de retraimiento. Por otra parte, la superioridad que en sí mismos reconocen respecto de la masa cuyos cuidados y apetitos repugnan por groseros y vulgares, ó por conturbadores del reposo que exige la producción artística — apártanlos igualmente, creando en ellos un cierto misantropismo, más ó menos acentuado; pero como ese apartamiento es imposible en todo rigor la mayor parte de las veces; como la misma sociedad de que huyen por un lado les atrae por otro, ya con necesidades ineludibles, ya con problemas de extraordinario interés intelectual, esa doble corriente, ese continuo choque, ese disgusto de lo real, ese gasto constante y excesivo de fuerzas, les hacen desear más y más el reposo, la paz del alma, y á ella tienden, ora buscándola por diversos caminos, ora tan sólo apeteciéndola como cosa inasequible.

Si se estudian los poetas del reposo, desde los más antiguos, habrá de notarse que el movimiento general en ellos pura reacción que se observa en los más elementales procesos fisiológicos — es la huida. Puesto que el mundo da la intranquilidad, buscan la tranquilidad fuera del mundo, en el retiro. Y el poeta despréndese de los afanes de la vida ciudadana y corre al campo, pidiendo á la naturaleza dulce sosiego que apague el hervor de su alma, punto de refugio que lo aisle de la causa de toda agitación.

La forma más elemental de este movimiento la da Horacio. El poeta latino rechaza el lujo, la gloria militar, los afanes de la vanidad ciudadana, la ganancia tentadora del comercio, no por ellos mismos, sino por los cuidados que producen, por la paz que quitan, por lo deleznable de su condición. Aconseja repetidamente á sus amigos que abandonen todas esas engañosas ventajas, y los invita á la tranquilidad de su campo, de su *retiro tusculano*.

Cuanto más va creciendo
La riqueza, el cuidado de juntalla
Tanto más va sabiendo,
Y la sed insaciable de aumentalla
Por eso huyo medroso,
Mecenas, el ser rico y poderoso
. . .
No entiende el poderoso
Señor que manda el Africa marina,
Que estado más dichoso
Que el suyo me da el agua cristalina
De mi limpio arroyuelo,
Mi fértil monte y campo pequeñuelo (2)

No por esto renuncia Horacio á todos los bienes del mundo. Prefiere á las «riquezas afanosas», su pacífica granja en la Sabina.

Cur valle permutem Sabina
Divitias operosiores,

pero cuida bien de evitar la pobreza dura.

Importuna tamen pauperis abest...

confiando siempre en que si le hiciera falta mayor riqueza, Mecenas se la otorgaría. Toda su virtud consiste en contentarse con poco, con la áurea medianía

Auream quisquis mediocritatem
Diligit. . .

que aparta cuidados y hace vivir, como dice el poeta español con sobrada buena fe,

ni envidioso ni envidiado

La egoísta tranquilidad del latino, trae á la memoria, irresistiblemente, la conocida fábula del ratón campesino y el ciudadano.

(1) Dante y Shakespeare, v. gr., han sido estudiados ampliamente en este respecto.

(2) Oda XVI, lib. III. Traducción de Fr. Luis de Leon.

La paz que él busca no es la que anhelan las almas grandes, atormentadas por los altos cuidados del espíritu, sino la paz regalona del indiferente á todo lo que no sea su individual bienestar, la paz de esos solterones que renuncian á la familia no por insensibles al amor, sino por huir de las molestias que producen los hijos, deseando estar á «las maduras» solamente en la lucha de la vida.

En los intérpretes cristianos de Horacio la superioridad ideal es evidente á primera vista. Todavía reflejan algunos el sibarítico sensualismo del latino, su calculada abstención del mundo, su repugnancia á la acción por miedo de los resquemores que produce; todos ellos siguen obedeciendo, en el fondo, á las mismas causas que movían á Horacio para despreciar ventajas mayores, y buscan por iguales procedimientos la soñada tranquilidad; pero diferéncianse no pocos de él en dar mayor entrada á los intereses espirituales, en remontarse más alto en las regiones del ideal limpio de sibaritismo.

Fray Luis de León, el más grande de todos ellos y quizá el más *íntimo* de todos los poetas castellanos, huye también las vanidades peligrosas de este mundo, la riqueza de los «que de un falso leño se confían»; pero no cambia esto por el retiro lleno de placeres de Horacio. La paz que él busca es más pura:

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre quiero...
. . . . .
Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas, sin testigo
Libre de amor, de celo,
De odio, de esperanzas, de recelo.

Rioja, algo más tocado del egoísmo latino, todavía se liberta de él en parte cuando termina diciendo en su obra *A la tranquilidad:*

Que ya en segura paz y en descuidado
*Ocio alegre*, desprecio
El diverso sentir de vulgo necio,
Sin esperanza alguna
De más blanda fortuna;
Y aguardo sosegado el día postrero...

Otro cantor de la «quietud del ánimo», don Nicolás Fernández de Moratín, sube aún más alto; y glosando repetido axioma de la sabiduría popular, niega que en las riquezas de este mundo se halle

Descanso, el bien más grande de esta vida,
Que no basta á comprarle el gran tesoro

y sólo lo encuentra en «la conciencia pura».

Esta es seguridad, y este apacible
Descanso verdadero, poco hallado.
Esta vida feliz, y esta es gustosa
Fortuna abundantísima y dichosa,
Mejor que la de aquel siglo dorado.
En nuestra mano está, y es asequible
Arribar de la dicha á lo posible.

Pero ninguno de los poetas citados, como tampoco los demás que pudieran citarse hasta nuestros días, han visto en toda su plenitud el tema del reposo. Si se hace recuento de los motivos que en el mundo les intranquilizan, se verá que están reducidos á muy pocos, y éstos pertenecen exclusivamente á las pasiones y apetitos inmorales: la codicia, la envidia, la vanidad... ó simplemente á los riesgos que trae consigo toda actividad de cierto empuje y nervio y de motivos venales.

Ninguno habla de ese desasosiego y descontento del espíritu que forma el substratum más rico y puro de los escritores románticos, y que, dándose en quienes no codician los bienes materiales, procede de más altas é internas preocupaciones, de más graves problemas del alma consigo misma (1).

El propio Moratín, que parece acercarse á esa concepción moderna de la inquietud, no sale de la afirmación elemental de los moralistas de que la paz del alma es la tranquilidad de la conciencia, entendiendo por tal la limpieza de pecado, la perfección relativa del justo. Pero la cuestión es más honda que todo esto en la psicología moderna. Trátase en ella, no de la intranquilidad que produce el pecado, sino de la que originan otros motivos más ajenos á la conducta moral: el choque con el mundo y sus imperfecciones, la preocupación de los grandes problemas insolubles, el engaño perpetuo de todo placer y de toda alegría, la desconfianza de sí propio, el íntimo descontento que de su obra tienen los hombres superiores no endiosados, ya porque comparan lo enorme del esfuerzo á la pequeñez de lo producido, ya porque consideran cuán inferior es la pobreza de lo que dicen, á la riqueza de lo que piensan y sienten, á esa «poesía interna» de que habla Vischer y que es siempre la más hermosa, quizá porque conserva la vaguedad ideal, la complejidad vivificante de lo que no pasa por el molde discreto de la palabra que divide, acota, plasma y cristaliza.

(1) En esto, son superiores los prosistas á los poetas, tanto más, cuanto mayor es la intimidad de sus escritos y menor el afán retórico y de exhibición. Así pueden estudiarse las más puras manifestaciones del desasosiego intelectual en los *Diarios* y *Memorias* de los filósofos y artistas que no buscan con esto notoriedades ni escribieron pensando en el público. Tal puede verse en el *Diario* del pintor Delacroix, v. gr., cuya aspiración al reposo, á la *soledad*, no procede de egoísmo, ni de fatiga, sino del afán por huir de lo vulgar y por hallarse *frente á frente de sí propio*, de *encontrar* su alma, sin interposiciones ajenas que perturben la intimidad. (V. el final del día 3 Septiembre 1822, la nota del 4 Enero 1824 y la del 25 Enero.)

En este sentido, bien puede decirse que el tema de la inquietud espiritual y de la aspiración al reposo no ha logrado (hasta nuestros días) todo el desarrollo de que es susceptible. El desasosiego romántico, por anormal é infundado que parezca á veces, revela ya que la literatura ha penetrado hasta lo más hondo del problema, y la fórmula de éste hállase anunciada (como tantas otras cosas que mucho después de él han ido cuajándose en variados frutos), por el autor del *Fausto* en aquella aspiración de su héroe á un «momento de reposo», á un instante en la vida que le deje satisfecho y cuya perduración desee sin reservas ni dudas. Fausto supo hallar ese «momento hermoso, que rápido transcurre»; pero los hombres de hoy todavía lo buscan sin hallarlo.

La inferioridad de la literatura anterior á este siglo en punto á la comprensión del tema, repítese en cuanto á los medios empleados para lograr el reposo. Todos los escritores lo creen hallar en el retiro, en el apartamiento del mundo, en la soledad. La naturaleza los llama y parece ofrecerles en su seno amoroso la quietud que la ciudad les quita. Fray Luis de León pide la descansada vida al huerto

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado...

al

Techo pajizo á donde
Jamás hizo morada el enemigo
Cuidado, ni se esconde
Envidia en rostro amigo,
Ni voz perjura ni mortal testigo.

Cree el poeta que le puede ser comunicada la serenidad de las cosas naturales.

Sierra que vas al cielo
Altísima, y que gozas del sosiego
Que no conoce el suelo.

Más lejos va el Marqués de Santillana, imitador también de Horacio, suponiendo el reposo en la vida de los rústicos, con aquella ilusión que ha corrido todas las literaturas, de Oriente á Occidente, que brilla candorosa en el célebre cuento de la camisa del labriego feliz y que, al través de la teoría naturalista de Rousseau, vino á resolverse en aquellos «apartamientos en humilde choza» con que soñaban los enamorados del período sentimental.

Benditos aquellos que con el azada
Substentan sus vidas y quedan contentos...
. . . . . . . . . . . .
Benditos aquellos que siguen las fieras
Con las gruesas redes y canes ardidos...

¡Ilusión eterna de los espíritus desengañados, ó inquietos, que poniendo con falso miraje la causa de su desasosiego en el mundo exterior, en lo de afuera, en *los otros*, creen lograr su salud cambiando de vida, dejando lo que les preocupa, cerrando los ojos al problema que se les impone, huyendo del trato social, ora reduciéndolo á sus más sencillas relaciones, ora suprimiéndolo en la soledad absoluta, en el apartamiento de los hombres!

Rioja es el único que parece haber visto la inutilidad de ese procedimiento. En su obra *A la tranquilidad*, dice:

No huyas; que aunque huyas al abismo
no huirás de ti mismo,
y todos los pesares
que en la tierra tuviste
también te han de seguir por altos mares.

Los escritores modernos empiezan á comprender esto mismo de un modo más amplio y completo (1).

Todavía sueñan muchos con hallar el sosiego en la naturaleza, buscando el reposo sedante del campo para contraponerlo á la febril excitación de su alma; ó bien, huyendo de la *Corte* apetecen el *cortijo*, que suponen asiento de toda paz, con igual ilusión que los rousseaunianos; pero ya despunta en ellos la sospecha de que sea inútil buscar la serenidad en remedios exteriores, por ser ella cualidad interior, variable según los espíritus, irreductible en cada uno y de imposible adquisición, tal vez, como no sea en cortos momentos, que aumentan, cuando gozados, la sed de fijarlos eternamente.

Esta desconsoladora conclusión á que se inclina la literatura moderna, resolviendo de un modo pesimista el problema psicológico tantos siglos há planteado, ¿quién sabe si llevará á más alto concepto de él, á más desinteresada y humana apreciación de la paz del individuo en relación con los intereses superiores de la humanidad? ¿Quién sabe si los poetas de mañana no hallarán que el reposo — simple aspiración del espíritu en momentos de fatiga, medicina temporal que restituye las fuerzas para nueva lucha — es, si se mira como estado perpetuo, normal, apetito de egoístas y gusto sólo logrado por los indiferentes, para quienes nada importa en el mundo sino es su propia vida; ó por los ciegos de alma, reducidos á los más elementales cuidados de la existencia vegetativa? ¿Quién sabe, en fin, si dirán que para los espíritus nobles, que se interesan por todo, se conduelen de todas las miserias, sienten como suyos todos los dolores, tienen conciencia de la misión altruista del individuo y se levantan á las más puras esferas del ideal, el reposo, el sosiego, la calma son vanas quimeras, hijas de un desfallecimiento momentáneo, y que la inquietud, la intranquilidad, la fiebre son los signos de la acción, que fecunda la vida y la lleva adelante, entre quejas y desilusiones?

RAFAEL ALTAMIRA

(1) En los románticos se ve bien el error que consiste en buscar la soledad, *huyendo del mundo*, para buscar el reposo; porque en ellos es evidente que la intranquilidad de espíritu está originada por causas completamente internas: en la inquietud que les dan las pasiones — vivísimas en muchos de ellos — en las exageraciones de su sentimentalismo, en el desequilibrio característico de todas sus facultades. Recuérdese á Byron, y confróntese el género de su inquietud con el de Delacroix, v. gr.

JUAN BRULL



UN ELEGANTE DEL TIEMPO DEL DIRECTORIO

PROPIEDAD DE J. CLOSA.



EN EL CAMERINO

# UN VELORIO EN AMERICA

Tierras adentro de una República del Plata me encontraba hace años, en los primeros de mi adolescencia; vivía temporalmente, por causas ajenas á mi voluntad, en una *estancia* ó hacienda, que alternaba con las labores propias del país toda suerte de negocios productivos. La casa, cercada, como la mayoría de las de su clase, por una empalizada de arboles secos y desramados, sobresalía en la soledad de los campos extensísimos, de leves ondulaciones, cubiertos de *pastos*, sin marco de montañas, entoldados por un cielo limpio de nubes. La tempestad, que obscurecía á veces ese cielo con las más obscuras tintas, era en rigor la única mutación interesante de aquel vasto escenario que pronto empezó á fatigar mi espíritu.

En tal país, aunque hermosísimo, y con tales años, no era raro que buscase yo toda ocasión de romper la monotonía de mi existencia, siquiera hubiese de prolongarse poco con tal carácter. Una luctuosa casualidad vino... á regocijarme —¿por qué no decirlo?— una tarde de primavera.



Trajeron una carta para mi amigo Juan, bastante mayor en años que yo, y el mayor también de los hijos del *estanciero* que me daba hospitalidad; decíasele que la tierna y adorable niña de otro *estanciero* amigo, distante quince leguas del lugar en que nos encontrábamos, acababa de fallecer. No se fundó en esto mi alegría,— bien puede comprenderse, —pero sí en la esperanza de asistir á un *velorio*, mucho más cuando Juan me dijo, *confidencialmente*, que quería aprovechar aquella coyuntura... para reconciliarse con su novia Aurora.

Aurora, era la madrina de aquel ángel malogrado en la tierra, y, según costumbre del país, á aquélla correspondían los deberes de vestir y adornar el cadáver, consolar á la *comadre* afligida y obsequiar, sin carestía, á los invitados á la *fiesta*. Estos, á su vez, debían prodigar á los padrinos, especialmente á la madrina, toda suerte de distinciones y agasajos.

Juan, pensó en uno oportunísimo, sobre todo muy de su conveniencia.

Y me encargó que, para el caso, le facilitase alguna de mis rimas inéditas, que él cantaría al son de su guitarra (instrumento para el que poseía especiales dotes), vendiéndose al auditorio como otro *payador* á lo Santos Vega (1).

Complací á mi amigo como adolescente.

Dile versos, ya que no poesía.

Pero, ambos, á cual más contento, partimos al anochecer camino de la *estancia* consabida, cabalgando en potros tan ligeros como mansos.

***

A hora avanzada de la noche llegamos al término de nuestra ruta.

De lejos vimos pasar y repasar los iluminados marcos de las puertas á las parejas ágiles y alegres de un baile improvisado; más tarde, apenas distantes un kilómetro de la *estancia*, oimos el sonido de los instrumentos músicos, las consabidas palmadas y voces de ciertos juegos, y las carcajadas que les acompañaban en su obligada solución ó fracaso.

¿Quién hubiera dicho que, cercana de aquella habitación, en otra contigua, había un despojo de la muerte?

Así era, en efecto.

Juan, enamorado y astuto, lo primero que hizo al echar pie á tierra, fué lanzarse al aposento donde yacía el tierno infante; estaba éste en un cuarto profusamente regado con *Agua de Florida*, sobre una mesa vestida de blanco, atestada de flores y bordeada de luces. La niña, parecía dormida en una onda de brillante espuma; todo era blanco dentro del féretro: desde el rostro del impúber hasta el trajecito blanco, agobiado de encajes, que le amortajaba; desde la crucecilla y la cadena suspendidas á su cuello, hasta las pequeñas rosas que, formando nimbo, habían acumulado alrededor de su cabeza. A su lado, encontramos casualmente la llorosa madrina que parecía ocupada en retocar alguna imperfección del traje de la ahijada; pero, apenas se apercibió de la presencia de Juan, dejó el cadáver y desapareció con rapidez por una puerta que conducía á la habitación de la madre, á la que fué á prestar sus auxilios y consuelos.

Juan, sintió mucho aquel desaire; quedó un momento pensativo; pero luego, consecuente con su *plan de batalla*, se acercó al ángel dormido, le besó en el rostro, y depositó entre sus manecillas una rosa encarnada que adrede había llevado de su casa.

En seguida fué á engrosar el número de los reunidos en la sala del *velorio*.

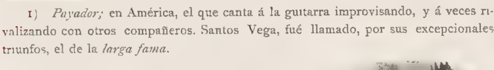
El padrino, en ausencia de Aurora, era objeto de las mejores atenciones y deferencias por parte de los contertulios; mas él á todos superaba en rebosante alegría, mostrándose á la vez espléndido y cortés en grado sumo. Algunas veces, sus actos y palabras arrancaban voces de entusiasmo á los presentes.

El baile, los juegos más divertidos de sociedad, los cuentos dichos en abundancia y con arte, los chistes producidos con ingenio, los dulces y los *mates* apurados con placer, los licores saboreados con delicia, hacían avanzar las horas con lamentada rapidez.

Sin duda Juan, hábil como siempre en la realización de sus proyectos, estaba de acuerdo con alguno de los allí reunidos (acaso con el que le notició la muerte de la niña), pues habiéndose recitado algunos *versos* y cantando otros á la usanza del país y *á lo flamenco*, se invitó á Juan para que diera á conocer sus dotes de *payador* novel, aunque ya con suerte revelados, según se dijo por vía de estímulo, en anteriores tertulias.

El aludido no se hizo de rogar.

Tomó la guitarra de manos del último cantor, sentóse en un taburete, afianzó y templó el instrumento con énfasis *criollo*, rasgueó las cuerdas y acompañó los melancólicos sonidos de ellas emanadas con un acento más melancólico todavía. Cantó esta rima:



1) *Payador;* en América, el que canta á la guitarra improvisando, y á veces rivalizando con otros compañeros. Santos Vega, fué llamado, por sus excepcionales triunfos, el de la *larga fama*.



Aunque ya otra esperanza no me queda
que víctima morir de tu desvío,
no imagines, bien mío,
que maldecirte pueda;
antes bien, bendiciendo mi Calvario
y cantando este amor que me consume,
cual la mirra del místico incensario
me desharé en perfume

Un aplauso indicó á Juan que su obra empezaba con fortuna. Tomó alientos; siguió pulsando lastimeramente la guitarra; garabateó un buen rato en sus cuerdas; golpeó la caja; echó varias miradas entre investigadoras y lánguidas á los oyentes, y, sobre todo, al cuarto donde estaba el cadáver, prosiguiendo al fin con esta glosa:

Mi labio, es un jilguero en tu mejilla
que canta á besos su pasión eterna
cuando á los rayos de la luna brilla
envuelta en llanto tu pupila tierna.
Mi labio, es un jilguero en tu mejilla,
y sólo el Dios del firmamento sabe
lo que gozo... al sentir tu pelusilla
más dulce y blanda que el plumón del ave
Que canto á besos mi pasión eterna
quiero que sepa el mundo, dulce hechizo;
yo siempre he sido y soy cual la lucerna
lo que tengo en el pecho exteriorizo.
Cuando á los rayos de la luna brilla
tu pupila de lágrimas bañada,
se abre mi corazón cual la semilla
en el surco fecundo colocada
Envuelta en llanto tu pupila tierna
una perla parece humedecida
por el hado fatal que nos gobierna
en el mar de las penas de la vid..

No bien moría en el espacio la última palabra de esta glosa, vino á nosotros, del cuarto en que estaba la niña muerta, un agudo sollozo, y, a seguida, otro bruscamente interrumpido.

Acudimos todos á averiguar la causa.

Aurora se había desmayado; sobre su pecho, profundamente conmovido por los cantos del intencionado *payador*, había colocado la rosa de color encendido.

Juan no tardó en ser su esposo.

F. TOMAS Y ESTRUCH

ILUSTRACIONES DE P. BÉJAR



# EL CLAVEL

CUENTO

A PESAR de haber dicho Mariano de Cavia,—autoridad irrecusable que lo de *fingir en sueños es cursi* y está *gastado*, como yo he *soñado verdaderamente*, voy á contar á usted *mi sueño*, esperando que por tratarse de una señorita, perdonará por esta vez el castizo é ingenioso escritor, honra de nuestras letras actuales.

Tiene usted razón. Mariano es sumamente galante y desde ahora puede usted contar con su benevolencia. ¿Qué ha soñado usted?

—Pues señor, era domingo; muy tempranito, casi al amanecer, me hallaba yo no sé cómo ni por quién llevada, en el huerto del convento donde profesó hace dos años mi prima Carlota. ¡Ya ve usted que disparate! ¡Entrar yo en un huerto vedado á todo el mundo!

¡Dulces cuenticos de los sueños! Siga usted.

Hirió mis ojos un hermosísimo clavel blanco, que brotaba orgulloso y esbelto de una clavellina, nacida espontáneamente al pie de un triste pero gallardo ciprés. Pedí permiso para arrancarle, me fué concedido, y desde la mata, pasó la flor á engalanar mi pecho.

Loca de alegría volví á mi casa, y acompañado de una cartita amorosa, envié el clavel á mi Alejandro. Este lo cuidó con gran esmero y lo lució por la noche en la comida de la embajada de Italia, llevándolo en la solapa del frac. La hermosura de mi flor llamó la atención de todos, por cuya circunstancia, Alejandro, la cuidaba y atendía como si fuese mi propia persona. Pero Eduardo había abusado un poco y torpemente del *champagne frappé*... y llegó *á la cuarta de Apolo*, inundado de ruidosa alegría. En un palco, cercano al suyo, había una de esas desfachatadas mujeres que tanto daño hacen á la sociedad, llamándose con orgullo, y para mengua del habla castellana, *cocottes* ú *horizontales*, y yo no sé por qué medios, consiguió que mi clavel pasara á su dominio. El clavel, en su pecho, parecía como avergonzado. Terminada la función, *ella*, *él* y varios amigos de esos que viven del oro ajeno, adulando rastreramente al poseedor, resolvieron acabar la noche en un gabinete de Fornos. Menudearon los platos caros y los vinos selectos, mezclándolos con precocidades del peor gusto, y poco antes del amanecer, ¿dónde dirá usted que estaba el clavel mío?

¿Qué sé yo?

Deshojado y en el fondo de una taza de café, en cuyo fondo había una especie de fango formado por el residuo del llote y la ceniza de un habano que saboreaba aquella infernal serpiente. Yo lloraba con amargura al ver el inmundo paradero de aquel clavel emblema de mi purísimo amor, cuando afortunadamente dejé de soñar, y con los sentidos despiertos, pude apreciar que todo aquello no era sino una calenturienta creación de mi fantasía. ¿Qué gusto, eh? Todo era mentira. Todo. Y nada más. Pues ya he acabado.

Ahí acaba el cuento.

Sí, señor.

Pues diga usted la moraleja. *La mujer y la flor son parecidas por todo extremo.* Si usted no hubiera entregado el clavel á Alejandro, la pobre flor, libre de mundanales evoluciones, no hubiera ido á morir deshojada en el fondo de una taza de café.

Es verdad.

Alejandro, escribe á usted muchas veces para que vaya usted á *verla sola*... á las Calatravas.

—Sola con mi doncella.

Alejandro sabe que esa muchacha es sobornable. Ir con ella, supone *ir sola* un día ú otro.

¿Y qué?

Piense usted en el clavel. *Las flores y las mujeres se parecen mucho.* Hay que evitar á todo trance el *primer paso*. No vaya usted á ver á ese joven.

¿Por qué?

El inmortal Moreto lo dijo en *El desdén con el desdén.*

«Quien no resiste á empezar
no resiste en proseguir.
. . . . . . . . . . .

† RAFAEL M.ª LIERN

F. BRUNET Y FITA



INTERIOR DE SAN PEDRO DE TARRASA



CONCHITA BORDALBA

Aunque el ser una tiple eminente cuya fama llena hoy el mundo artístico basta para justificar la publicación de su retrato en las páginas de Album Salón, no podemos menos que rendir un tributo á la mujer, á la vez que á la diva. Que es bellísima, elegante y atractiva, huelga que lo digamos nosotros, pues eso á la vista salta, y se lo saben de memoria cuantos han tenido la dicha de verla y admirarla.

No es este uno de sus menores atractivos en las tablas, ni es condición despreciable en una artista, para conquistarse las simpatías y los aplausos del público.

Conchita Bordalba, nació en Barcelona, y desmintiendo el refrán que dice, que nadie es profeta en su patria, ha conquistado aquí grandes y merecidas ovaciones y entusiastas aplausos.

Sus primeros estudios los hizo en nuestro Conservatorio, pasando después á París y á Milán, donde se perfeccionó, estudiando dos años con los maestros Strakosch y Blasco.

Debutó en Génova con el *Don Carlo*, el año 1888, y cantó después, siempre obteniendo grandes éxitos, en Roma, Florencia, Venecia, Nápoles, San Petersburgo, Moscow y Buenos Aires, en compañía de celebridades, como Gayarre, Tamagno y Masini, y últimamente, en dos temporadas consecutivas, en la famosa Scala de Milán, que la bautizó como artista de *primo cartello*.

El año pasado fué recibida con verdadero entusiasmo por el inteligente público del Teatro Real de Madrid, en donde estaba escriturada sólo para seis representaciones y cantó diez y ocho; entre ellas *Hugonotes*, *Lohengrin*, *Trovador* y *Norma*.

En la última primavera se la aplaudió en nuestro Gran Liceo, con *Lohengrin* y *Trovador*, y el día de su beneficio, el publico la tributó una verdadera demostración de entusiasmo y simpatía, como muy pocas veces se ha visto en dicho coliseo.

No merecen menos elogios sus bellos sentimientos de caridad, pues siempre se la halla dispuesta á contribuir con su cooperación á todo fin benéfico. Aquí ha tomado parte en los beneficios del Asilo Naval y en favor de los inundados de Valencia; y el año pasado, cantó en el de los heridos de Cuba, en Madrid.

Reciba nuestra distinguida paisana, con este humilde aplauso, un tributo de leal admiración.

# LAS HOJAS SECAS

Vivía á extramuros de la ciudad, en un pisito con vistas al campo. Los álamos del camino azotaban con sus verdes ramas los vidrios de su ventana, y el sol penetraba todas las mañanas, muy tempranito, á despertarla para el trabajo.

Era un entresuelo muy bajo, que permitía examinar desde la calle, todos sus rincones; y tan limpio y aseado que daba gozo.

En la alcoba, su camita blanca como el ampo de la nieve, medio oculta por cortinas de percal muy planchadas; en la sala, una cómoda barnizada, llena de su ropita cuidadosamente distribuída en sus cajones; sobre la cómoda, una imagen de la Virgen de la Soledad; seis sillas de enea, una mesita de pino y algunas estampas pegadas en la pared.

En el alfeizar de la ventana, nunca faltaban macetas de flores, que ella cuidaba con solícito afán.

Siempre que me paraba á contemplar aquel nidito, sentía una sensación de inefable bienestar.

El aire del campo que entraba por la ventana; la luz, que á través de las flores pasaba sonriendo, como complacida en alumbrar aquella celdita; el canto de las aves que albergaban en los álamos, y el murmullo de las hojas de estos copudos árboles que se agitaban dulcemente al soplo de la brisa, daban tal poesía y encanto á todo aquello, que muchas veces me sentí conmovido, y una lágrima de ternura asomó á mis ojos.

Cuando yo la conocí, vivía sola.

Su tía, anciana virtuosa, que la servió de madre, había muerto, y ella, que no congeniaba con sus compañeras y gustaba vivir independiente y dueña de sus acciones, tomó aquella casita y allí vivía retirada del mundo, pensando sólo en sus flores y en sus quehaceres.

Cosía en blanco para una tienda en donde la apreciaban mucho, y salía únicamente para ir á devolver la labor ó á buscar trabajo. El resto del día lo pasaba detrás de la ventana, cose que cose; cantando como un ruiseñor, ó pensando en esos mil deseos vagos de la adolescencia, fantasmas informes, que llenan de ilusiones el cerebro y de esperanzas el corazón.

Yo la conocí una mañana saliendo de misa muy tempranito.

Su rostro, lleno de bondad y dulzura, sus grandes ojos pardos, su cuerpo esbelto y su aire modesto y recatado, me impresionaron vivamente.

La seguí desde lejos, sin ser notado, y la vi entrar en su casa.

Todas las mañanas, antes de ir á clase, pasaba por debajo de su ventana y la veía, siempre afanosa, inclinada sobre su labor.

Ella, al fin, se fijó en mis paseos, pero no los alentó con sus miradas.

Cuando me veía venir, parecía ruborizarse; inclinaba la cabecita, y cosía con ardor.

Llegué á acostumbrarme tanto á aquellas visitas, que no faltaba ningún día.

Jamás la había hecho una seña ni me había atrevido á iniciarla mi amor de ningún modo.

Me causaban respeto su virtud y su soledad, y al mismo tiempo temía turbar con mis pretensiones la paz de aquella alma pura.

Creo que llegó á habituarse á mis visitas matinales, porque, después de algún tiempo, cuando me veía, brillaba en sus ojos un relámpago de alegría, y el rubor de sus mejillas era más intenso y menos disimulado.

Yo comprendí que la gustaban las flores, por el afán con que cuidaba sus tiestos, y todas las mañanas, la arrojaba un ramo al pasar.

Nuestras relaciones no pasaron de aquí.

Vinieron las vacaciones y tuve que marchar á mi pueblo.

¡Cuánto sentí abandonar á mi nueva amiguita!

La última vez que la vi, antes de tomar el tren, se me agolparon las lágrimas á los ojos y tuve que pasar, casi corriendo, para que no notara mi emoción.

Cuatro meses estuve en mi pueblo acordándome siempre de ella y haciendo el propósito de declararla mi amor en cuanto volviera.

Volví al fin.

Era el mes de Octubre, y las hojas secas comenzaban á desprenderse de los árboles, formando movediza alfombra sobre campos y caminos.

Sin saber por qué, me hacía daño aquella agonía de la Naturaleza.

Pensaba en ella y en sus flores, y se me oprimía el corazón.

Mi primera visita fué para verla.

¡Ay!

En su ventana no habían flores; los álamos que azotaban sus cristales estaban secos; el sol penetraba triste y plomizo en su habitación, y ella... ¡ella había desaparecido!

Bajo mis pies se quejaban, holladas por mis plantas, las hojas de los árboles, y, al ser arrastradas por el viento, parecían decirme con su lamento extraño:

—¡No la verás más!.. ¡Era una flor de primavera, y, como nosotras, ha muerto á la entrada del invierno!..

¡Y así era!

Una vecina, á quien pregunté, me lo contó todo.

—Comenzó á ponerse triste,—me dijo,—sin saber por qué. Se pasaba los días asomada, á la ventana como esperando á alguien. Ya no cantaba, y lloraba mucho. Cuando llegó el mes de Septiembre, comenzó á toser y á esputar sangre... Vino el médico y dijo que se moría... A la entrada del Otoño, á la caída de la hoja, espiró como un pajarito. Murió besando unos ramos de flores que tenía siempre al alcance de su mano... ¡Pobrecilla, era una santa ..

Mientras la vecina hablaba, lloraba yo como un niño.

Quise ver su habitación... y me la enseñaron.

Estaba vacía, y por la ventana habían penetrado, arrojadas por el viento, millares de hojas secas que parecían llorar la ausencia de mi amiga

Me arrodillé en el suelo, besé el sitio donde había muerto... y salí de allí herido de muerte.

Desde entonces, las hojas secas me la recuerdan siempre, y, cuando veo el escobón de los guardapaseos que las barren sin delicadeza, me parece que barren pedazos de mi corazón.

Las hojas secas, son para mí sagradas, y las rindo un culto fervoroso.

Vicente SUAREZ CASAÑ

TORCUATO TASSO



SARAH BERNHARDT, EN LA TRAGEDIA «GISMONDA»

# ¡DEMASIADO TARDE!

*(Continuación).*

—Sin embargo..

—Basta de digresiones; prepare usted los pinceles y ¡al avío!

¡Quién osara contradecirle! Quieras ó no, tuvo el artista que emprender su tarea.

Ayudada por Dolores, quitóse Laura el sombrero, pues no era cosa de retratarse con él; reparando al espejo, los desperfectos del peinado.

En tanto, colocaba el pintor en lugar conveniente la butaca destinada á la joven.

—Ven cerca de mí, papá; —dijo tímidamente ésta, ocupando el sitial.

—No; prefiero ponerme detrás del señor... para ir viendo el efecto.

Daniel, visiblemente emocionado, indicó al original la posición que debía tomar; arreglando con exquisito gusto y delicadeza los pliegues de su vestido.

Terminada esa indispensable operación, sentóse en el taburete de trabajo, y, aparentando una resolución de que en realidad carecía, cogió la paleta y los pinceles.

La huérfana se colocó de pie á su derecha, para infundirle valor, si acaso desfallecía.

Porque, en la hija del general había reconocido á la mujer que causaba la desesperación de su hermano.

Por cierto que, á pesar de odiarla instintivamente en pintura, cobróla viva simpatía, al examinar sus ideales facciones, traslado fiel de un alma pura y cándida; confesando, con íntimo gozo, que, en una criatura tan angelical, no cabía sombra alguna de pecado.

Situóse Víctor al lado de Laura, punto el más á propósito para recrearse de lleno y á su sabor en la esplendida hermosura de la que le llevaba á mal traer.

El anciano ocupaba con marcial continente la izquierda del pintor, dominando la situación... y acariciando su larga y canosa perilla, de la que tiraba sin piedad, para contener sus agitados nervios.

En esta situación los cuatro personajes, Daniel apuntó el tiento sobre la tela, disponiéndose á comenzar el retrato.

Durante algunos minutos, estuvo en muda contemplación del modelo llamado á reproducir; embelesándose en las puras líneas y pálidas tintas de aquel semblante... fotografiado en su cerebro y esculpido en su corazón.

Laura fué bajando los ojos insensiblemente, no pudiendo resistir la dolorida mirada del joven que, á su vez, iba inclinando la frente, confuso y desalentado.

La voz ruda del general les sacó de su abstracción.

—¿Qué es esto? ¿No pinta usted?

Dolores tocó en el hombro á su hermano, quien, sacando fuerzas de flaqueza, acercó al lienzo el pincel que con dificultad sostenía su diestra.

Veces distintas, intentó comenzar el perfil de la seductora niña. ¡Imposible! Su brazo convulso negábase á obedecer; el pincel temblaba en su mano, como la hoja en el árbol.

—¡Mal anda ese pulso, amigo!—exclamó el angustiado padre, con enronquecido acento, que, á modo de trueno lejano, presagiaba próxima tempestad.

Alentado por la huérfana, volvió Daniel á la obra, trazando una línea tan incorrecta y temblorosa, que el anciano pegó un respingo y soltó una carcajada impropia de su elevada categoría.

—¡Ja! ¡ja! lo dicho; hemos escogido mala ocasión. ¡No está usted para firmar!

Presa de mortal zozobra, Laura, reclinó la cabeza sobre el respaldo del sillón, llevándose el pañuelo á la cara, mientras Dolores, atemorizada y suplicante, decía al oído de Daniel:

—¡Pinta, por Dios y todos los santos!

—¡Si no puedo! — exclamó el pintor,—¡si no puedo!

El general que, desde su llegada había cuidado de observar en que parte del taller se hallaba el sospechoso lienzo, origen de su inquietud, se posesionó de él, y... levantándolo en alto, de suerte que todos lo vieran, gritó trémulo de coraje:

—¡Basta de farsa! ¿Le sería á usted más fácil, señor mío, servirse de este modelo?



Aquel inesperado arranque, produjo en los distintos personajes del cuadro el natural efecto, reflejándose en el rostro de cada cual, la emoción que instantáneamente experimentara.

Confusión en el de Daniel, asombro en el de la inocente Laura, espanto en el de Dolores é indignación en el de Víctor.

Simultáneamente y á impulso de dicha emoción, brotaron de los respectivos labios las siguientes frases:

—Suplico á usted que suspenda su juicio hasta escucharme.

—¿Qué significa esto? No acierto á comprender...

—¡Señor! ¡por caridad, conténgase usted!

—¿Lo quieres más claro? papá.

La exaltación del ofendido padre crecía por grados.

Abalanzándose á su hija, con descompuesto ademán, arrastróla de la mano hasta el caballete en donde había dejado el lienzo acusador, diciéndola en tono á la par irónico y severo:

—Ven,... mira; ¡eres tú! ¡Tú, Laura!..

—Sí, ¡ella es!—agregó el capitán, no menos enojado.

—¿Cómo se halla tu retrato en poder de ese hombre?

—¿Habrás sido capaz de olvidar lo que debes á tu decoro?

Laura no contestó; los encontrados sentimientos que combatían en su alma paralizaban su lengua. Pero, á falta de palabras, los expresó con los ojos, envolviendo al pintor en una mirada henchida de dolorosos reproches y venturosas promesas.

Tomando el silencio de la acongojada doncella por tácita confesión, el anciano desató contra la infeliz los rayos de su cólera.

—¡Infame! ¡has mancillado mis canas!

Agobiada por el peso de tamaña acusación, cayó Laura de rodillas, murmurando:

—¡Ah, no; no, padre mío!

—Esa prueba te condena. ¡Qué hiciste desdichada!

Alzó Daniel la abatida frente y, obedeciendo á una súbita resolución, se interpuso entre el padre y la hija, diciendo con respetuosa seguridad:

—No la atormente usted, general, ni la interrogue acerca del particular; aunque quisiera, no podría contestarle.

—¿Cómo?

—Si existe culpa... el responsable soy yo.

—¡Por Cristo que el lance tiene gracia!

—Me había jurado no revelar jamás el secreto que guardo en el pecho; pero, ante una sospecha tan horrible, vengo obligado á hablar. Sírvase prestarme atención.

Durante este corto preámbulo, Laura, con auxilio de Dolores, se levantó del suelo, sentándose de nuevo, pues su postración no la permitía permanecer en pie.

—Aquí donde usted me ve,—manifestó Daniel, —cumplí veinte y seis años, sin conocer el amor. Pesares y privaciones... que no vienen á cuento, me tenían acobardado; consagrándome por completo al sostén de mi pequeña familia. ¡Me atrevo á asegurar, que durante ese tiempo, no miré más que á mi madre y á mi hermana, siéndome indiferentes las demás mujeres! Un día, hará próximamente seis meses, quiso mi mala ventura que viese en la calle á esta señorita. No iba sola; la acompañaba una señora de edad avanzada. Su extraordinaria belleza me impresionó de tal suerte, que cometí la imprudencia de seguirla. ¡Harto lo he lamentado luego! Entró ella en una casa de suntuoso aspecto, yo me instalé en el portal de enfrente, aguardando á que saliera; dándome á comprender su tardanza, que habitaba allí. La casualidad hizo que, cuando me disponía á retirarme, se asomara á un balcón del primer piso. La convicción de que era aquel su domicilio, me contrarió en gran manera, pues, á no dudar, la hermosa desconocida pertenecía á una clase muy superior á la mía.

—¡No se equivocaba usted!

—Atormentado por ese triste pensamiento, me marché, con el propósito de no volver.

—¡Hubiera obrado muy cuerdamente!

—Pero.. al corazón no se le manda. Él es quién impera en nuestra voluntad; él quién encaminó al día siguiente mis pasos hacia la calle de que pretendía huir. Como en el anterior, esta señorita se asomó al balcón...



no por mí, general; estoy seguro de que ni sospechaba siquiera la simpatía de que era objeto.

Si en aquel momento, el padre ó el hermano de la aludida hubiesen advertido el súbito rubor de su sem-

blante, desmintieran rotundamente la apreciación del pintor.

Las mujeres poseen el dón de ver sin mirar, y.. bajo este concepto, cabe en lo posible que la joven se fijara, sin demostrarlo, en el callejero galán.

—Excuso manifestar á usted,—añadió Daniel,— que mi imprudencia se repitió diariamente. Me estacionaba en sitio oportuno, y no me movía, hasta recrearme de lejos en el ángel de mis primeros amores! ¡Porque yo amaba á su hija, general; la amaba con toda mi alma!

Al oir aquella franca declaración, tosió éste para disimular su disgusto, y Víctor lanzó al pintor una desdeñosa mirada que le hubiera herido cruelmente, si no le aplicara Laura el anticipado bálsamo de otra que, con elocuencia castellana, pregonaba un amor igual al suyo.

—¡No me tache de presuntuoso ni osado. Nunca me hice la ilusión de alcanzar tan gran tesoro. Si alguna vez acariciaba esa consoladora esperanza, decíame á mí mismo: «calla, loco; calla. ¿Quién eres tú, pobre artista, sin nombre ni fortuna, para aspirar á la mano de esa hermosa niña, que vive en la opulencia y lleva quizá un nombre ilustre? ¿No conoces que no eres digno de ella? ¿qué no la mereces?»

—¡Pero... seguía paseándola la calle, por si acaso!

—Tan convencido estaba de mi inferioridad, que ni siquiera indagué su nombre. ¡Me bastaba saber que no había nacido para mí!

—Debía usted huir de ella, en vez de vigilar sus balcones, exponiéndola á las hablillas del vulgo.

—¡No pude, señor; no pude! Cuanto más la veía, más se acrecentaba mi deseo de verla. No aspiraba á otro premio; ¡juzgue usted de si me contentaba con poco! Pero ¡ay! un día no la vi, ni al otro .. ni en los sucesivos. Sin duda, observó mi persistente persecución y... en justo castigo, no volvió á asomarse.

—¡Así obran las mujeres que se estiman en algo!

A serle dable, Laura hubiera respondido: «no fué por castigarle, sino porque me hallaba veraneando en nuestra quinta de Pozuelo. ¡Bastante echaba de menos aquel ratito de balcón!»

—Entonces,—prosiguió Daniel, con un entusiasmo rayano en delirio, — no resignándome á perderla para siempre, concebí la idea halagadora de apropiarme su hermosura, alzarla un altar en mi misma morada, rendirla en secreto el tributo de mi amor, noble, puro, desinteresado, muerto para el mundo y eternamente vivo en mi corazón. Quise verla de día, de noche, á todas horas, sin enojosos testigos ni inaccesibles distancias; que descendiera hasta mí, ya que no podía elevarme hasta ella.



El sentimiento del pintor, al formular esta espontánea confesión, se comunicó á sus oyentes, que apenas respiraban.

La agitación del palpitante seno, revelaba en las dos jóvenes su angustiosa ansiedad.

Víctor, en cuya alma empezaba á germinar un fuego parecido, deponía gradualmente su enojo, admirando en silencio la grandeza de aquella pasión.

El general... la admiraba también; pero, el maldito orgullo, anteponiéndose á su buen sentido y probada bondad, le impelía á condenarla.

—He aquí, señor;—repuso el artista, trocando en humildad su entusiasmo, —la historia de ese cuadro que usted calificó de retrato... y que es únicamente el fruto de mi calenturienta imaginación. Guiada la mano por desesperado vértigo, tracé inconscientemente en ese lienzo el busto ideal de mi hermosa desconocida; con los colores de mi paleta, y sin necesidad de modelo, animé sus delicadas facciones. La obligué á mirarme dulcemente, como yo apetecía; hice que se sonriera, conforme yo anhelaba;... y caí de hinojos á sus pies, venerándola en efigie, cual veneran en el ara santa los cristianos á la inmaculada virgen. Le he manifestado la verdad, y la garantizo bajo palabra de honor. Recrimine mi loco desvarío, si lo juzga digno de censura; pero, absuelva á su inocente hija del tremendo fallo con que iba á anonadarla.

—Bien, — murmuró el general, después de una prolongada meditación.— El daño ha sido por fortuna menor de lo que yo temía. Abrigo el convencimiento de que el tiempo enfriará esa fantástica quimera. A su edad, las enfermedades del amor se curan fácilmente.

—¡O matan al enfermo; que para el caso es lo mismo! — arguyó Daniel, con aterradora frialdad.

El tono acre del anciano y sus intencionadas frases, no dejaban lugar á duda.

Equivalían á una negativa anticipada, para que el pintor no se decidiera á aventurar una petición formal. ¿Quién se atrevía á contradecirle?

¡No sería, de fijo, la pobre Laura, cuya voluntad nadie se tomaba la molestia de consultar!

Tras otra pausa, igualmente penosa, el padre de la interesada, revistiéndose de entereza, dijo al desahuciado amante:

—Este asunto ha terminado; réstame tan sólo insistir en mi pretensión, con mayor motivo que antes. ¿Cuánto vale ese cuadro?

—He tenido el honor de indicarle que no está en venta.

*(Se continuará.)*




Al aparecer este número, tenemos que hacer copartícipes á nuestros lectores de la amargura que experimentamos por la muerte del gran artista DON BENITO MERCADER. Fué autor del famoso *Entierro de San Francisco*, laureado con el premio de honor en el *Salón* de París, y adquirido para el Museo del Prado. El pintor y catedrático que acabamos de perder, trajo al arte español, toda la hermosa verdad de la naturaleza y del sentimiento, por la sinceridad más honrada, sin tributo á farandulerías que tanto han perjudicado la historia de nuestra moderna pintura. Descanse en paz el hombre de mérito, y reciba su atribulada familia la expresión de nuestro dolor y respeto.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: *Cuadro alegórico de Nochebuena*, por Cecilio Plá.

*Nochebuena*: caricaturas de Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *En el portal de Belén*, por Arturo Seriñá.

*La Natividad del Señor;* poesía.

*La plaza Mayor de Madrid, en Nochebuena, á principios de siglo;* cuadro de Ange. Lizcano.

*Mercado de pavos en Barcelona.* cuadro de Félix Mestres.

*La Nochebuena del soldado:* cuadro de Enrique Estévan.

PÁGINAS EN NEGRO: *¡Nochebuena!* por Vicente Suárez Casañ, ilustraciones de Pahissa.

*¡Noche triste!* por Salvador Carrera; ilustración de Diéguez.

*Sensiblerías de la muerte:* cuento de Nochebuena, por Luis de Val.

*¡En capilla!* dibujo de A. Segura.

*¡De juerga!* pandero, pintado por J. Garnelo Alda, con texto alusivo.

*El milagro:* artículo por Eusebio Blasco.

*De pura raza:* reproducción directa de un cuadro del inolvidable Llovera.

*¡Demasiado tarde!* (continuación de la novela), por Salvador Carrera.

MOSAICO.

REGALO: *La Berceuse:* composición para canto y piano, por Fermín M. Alvarez, con ilustraciones de Arturo Seriñá.

LIBROS PRESENTADOS A ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

PROSA Y VERSOS, por Fernando Franco Fernández, con un prólogo de don Rafael Serrano Alcázar, un intermedio de don Sinesio Delgado y un epílogo de don Salvador Rueda. — Albacete, imprenta de Luciano Ruiz. — Precio, 1 peseta.

MUJERES. VIDAS PARALELAS, por Concepción Jimeno de Flaquer. — Un elegante tomo de cerca de trescientas páginas; se vende al precio de 2'50 ptas en Europa y 1'50 en América. — Tipografía de Alfredo Alonso. — Madrid

COMO PIDEN ELLAS, por XAUDARÓ.



— ¡Déjame... no quiero verte!...



— ¡Pero, amor mío, no seas así!



— ¡ Pues bien ! ¿sabes lo que tengo? Casi nada; anoche se presentó la Condesa de *** en su palco, luciendo una *rivière*, mejor que la mía. ¡Qué vergüenza para mí ...

# EDICION FIN DE SIGLO

La más moderna ❖ La más lujosa ❖ La más económica

EL INGENIOSO HIDALGO




DE LA MANCHA

POR

Miguel de Cervantes Saavedra



* * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * *

## CONDICIONES DE SUSCRIPCION

Esta obra formará dos tomos de regulares dimensiones, profusamente ilustrados con bellísimos dibujos, debidos al notable artista **D. Jaime Pahissa**, conteniendo una hermosa colección de cromos, debida al pincel de **D. Arturo Seriñá**; y de cuya reproducción artística, está encargada la acreditada litografía del **Sr. Labielle.**

Semanalmente y sin interrupción se reparte un cuaderno, cuyo coste es el de

# UN REAL

ya conste de dieciséis páginas, ya de ocho y **un magnífico cromo.**



Tirada especial de **CIEN** ejemplares numerados, en papel de hilo superior.

EDICION DEDICADA A LOS CERVANTISTAS

Se reciben encargos para los pocos ejemplares que quedan al precio de 75 pesetas.

* * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * * *

## PUNTOS DE SUSCRIPCION

BARCELONA. — *Centro editorial artístico* de **Miguel Seguí**, Rambla de Cataluña, 151, y en las principales librerías y Centros de suscripción.

PROVINCIAS, EXTRANJERO Y ULTRAMAR. — En las agencias editoriales debidamente autorizadas por nuestra Casa.



Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia 311, Barcelona

# ALBUM SALON



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ◆ Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona ◆ **Precio: 4 reales**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTICULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO I | BARCELONA, 26 DE DICIEMBRE DE 1897 | NÚM. 6

**Director-Propietario:** MIGUEL SEGUÍ

**Redactores:**

SALVADOR CARRERA ✶ V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez. Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor. Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria. Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw. Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs. Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce. F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés. Manuel del Palacio.—Melchor de Palau. Emilia Pardo Bazán. José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión. Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera. Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot. Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras. Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs. Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre. Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas. Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués Ricardo Martí. Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—José Parada y Santín.—José Passos. Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez Román Ribera. Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño. Arturo Seriñá.—Enrique Serra. Joaquín Sorolla. José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero. Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula. Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert. Luis Millet.—Enrique Morera. Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

NOCHEBUENA, por XAUDARÓ.



—Con buen humor y cinco duros, voy á pasar la noche.



—Oye, pollito, déjame diez pesetas para la rifa de pavos... haber si sacamos algo.



—¡Oiga usted, *señoritingo!* ¿Con qué derecho está usted soliviantando á esa señora?... Ahora mismo le voy á estropear á V. la fisonomía.

# LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

Desde que, ignorado y pobre,
cumpliendo la profecía,
nació el hijo de María
en un portal de Belén;
con inefable delicia,
adora el orbe cristiano
al excelso Soberano
que es fuente de todo bien.

El tiempo, en su fuga rápida,
se llevó cuanto ha existido;
razas y pueblos han sido
arrastrados sin cesar;
solo El vive eternamente,
del mortal para consuelo,
teniendo un trono en el cielo
y en cada pecho un altar.

Por esto, un año tras otro,
al sonar la hora gloriosa
de su fausta y generosa
terrenal aparición,
himnos de gozo le elevan
así el pobre como el rico,
el más grande y el más chico,
pues por El hermanos son.

Modestamente el obrero,
con largueza el potentado,
todos, conforme á su estado,
santifican por igual,...
dando al placer incentivo,
ó corta tregua á la pena,
aquella *noche*... tan *buena*
que no ha tenido rival.

Puesto que somos partícipes
también del grato jolgorio,...
sin juzgarlo meritorio,
porque el deber no es virtud,
santificarla queremos,
como solventes deudores,
mostrándoos, caros lectores,
nuestro aprecio y gratitud.

De tal Pascua la grandeza
disfrutad este año... y ciento;
si Dios escucha el acento
nacido del corazón,
concederá tanta dicha
á vuestra casa y persona
cuanta para sí ambiciona
esta humilde Redacción.



EL PORTAL DE BELÉN, POR ARTURO SERIÑÁ — *Lit. Labielle*



# ·NOCHEBUENA·

HABÍA pasado un día agitadísimo.

Ni siquiera recordaba que al siguiente era Navidad.

Llegué á mi casa y me arrojé en el lecho presa de hondo pesar.

A poco quedé dormido, y soñé.

A mis oídos llegaron cánticos lejanos de alegría; [illegible] rias; músicas celestiales de órganos tocados por ángeles sin duda; besó mi frente una brisa perfumada que infundió en todo mi sér un bienestar inefable y me sentí transportado al espacio como en brazos de un genio invisible.

Abrí los ojos y vi á mis pies montes y valles cubiertos de inmensa sábana de nieve que, á los rayos pálidos de la luna, centelleaba con vistosos cambiantes de plata y azul. A lo lejos se levantaban, gallardas y arrogantes, las agujas de una iglesia, dibujando sobre el fondo obscuro del firmamento las filigranas de su gótica silueta. Por sus ojivales

ventanas salían raudales de luz que rompían las tinieblas del espacio, y me pareció que los monstruos de las gárgolas, las cariátides de los chapiteles y los ángeles de las cornisas se agitaban y movían como poseídos de vida sobrenatural.

El ronco estruendo del torrente, precipitándose por las quiebras de las peñas, y las sinuosidades de su curso; el prolongado y monótono lamento de los bosques que agitaban las ramas de sus corpulentos árboles, combatidos por el viento; el grito lejano de algún ave; el relincho de un caballo ó el ladrido de un perro, hacían más pavoroso el silencio de la noche y la soledad del campo.

A este grandioso concierto de la naturaleza se unía la voz del órgano que, allá en el templo, lanzaba acordes celestiales, y la voz de los fieles que entonaban cantos de aleluya.

Sentí mi alma transportada; un estremecimiento de sublime entusiasmo y santo misticismo embargó mis sentidos, y creí ver, allá en el cielo, rasgadas las nubes y á los ángeles de fiesta.

Seguí adelante y llegué á una aldea.

En la plaza estaba congregado el vecindario entero, que al son de panderos y zambombas se entregaba á una danza desenfrenada y fantástica.

Más allá, en un apero, unos pobres pastores bailaban también y reían.

Seguí marchando, y á mis ojos se presentó la inmensa mole de una capital populosa.

La misma locura, los mismos cantos, igual alegría.

Entré en los hogares humildes, subí á los palacios, recorrí las calles, entré en los templos, y en todas partes vi fiestas y regocijo.

Aquí sopa de almendra y besugo; allí banquete espléndido y copas rebosando de espumoso champañ; más allá pelotones de menestrales metiendo infernal ruido con panderos y sonajas, y en los templos, luces, incienso, cantos y rezos.

Llegué á una inmensa llanura, y al notar que estaba llena de tiendas de campaña, y de pabellones de fusiles, pensé:

—Aquello es un campamento. Los hombres que habrá allí, lejos de sus hogares y expuestos á perder la vida en el primer encuentro, no estarán alegres.

La muerte se cierne sobre su cabeza. Habrá muchos que tendrán madres, esposas idolatradas, hijos queridos y haciendas abandonadas.

Allí reinará la tristeza y la desolacion.

Pasé muy cerca y oí también cantos de júbilo y estruendo de guitarras, y vi bailar la sardana y el zortzico al rededor de las hogueras.

—¡Qué noche será esta,—me pregunté lleno de admiración,—qué noche será esta que así hace enloquecer á la humanidad de alegría!

Entonces oí á lo lejos un coro inmenso de voces que cantaba en todas las lenguas:

*¡Esta noche es Nochebuena!...*

...¡Ah!..

¡Sí, era Nochebuena!

Era el aniversario de aquella noche en que el Hijo de Dios bajó al mundo á redimirnos.

¡Fecha santa, fecha gloriosa, fecha imperecedera que el Orbe Católico venera con fiestas y regocijos!

Y me pareció oir un himno inmenso que entonaban el cielo y la tierra, y que una luz vivísima alumbraba mi conciencia, y un bálsamo milagroso cicatrizaba mi corazón.

Miré hacia abajo con lástima y con pena, y lloré por los que no comprenden los sacrosantos misterios de nuestra Santa religión.

No medité, no discurrí.

Vi y sentí.

Era la fe la que me llevaba en sus brazos.

Me hallé poseído de místico recogimiento y de un éxtasis inefable, y caí de rodillas.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Cuando desperté de mi sueño, pasaban por mi calle los rezagados que volvían de la misa del gallo.

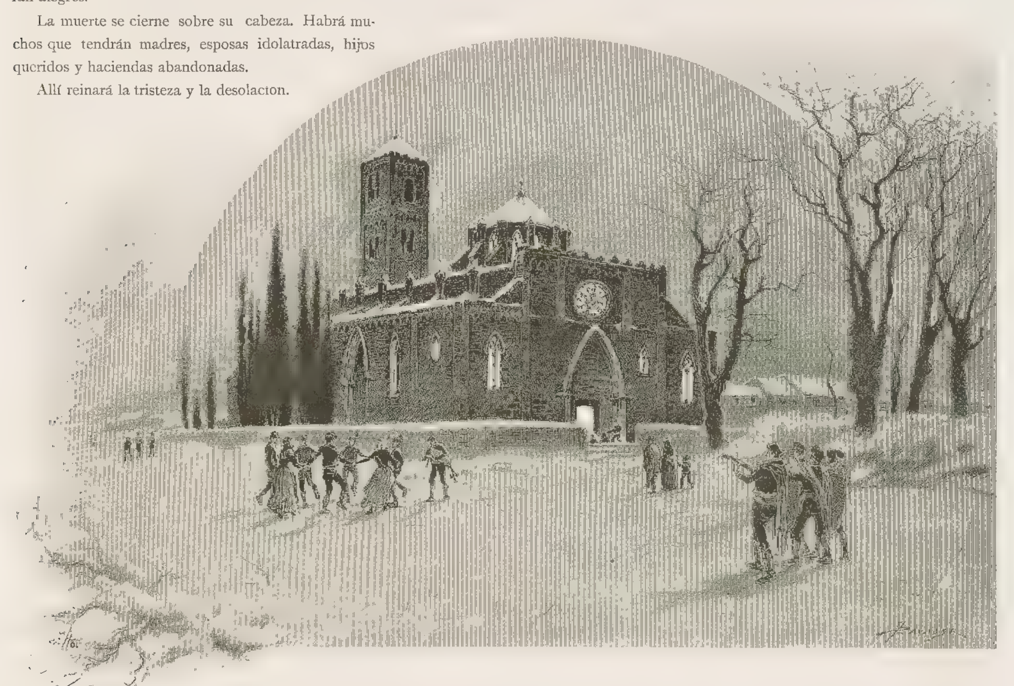
Encendí una luz, me levanté, y fuí á postrarme ante una imagen de Cristo Crucificado.

Crucé las manos, cerré los ojos y recé.

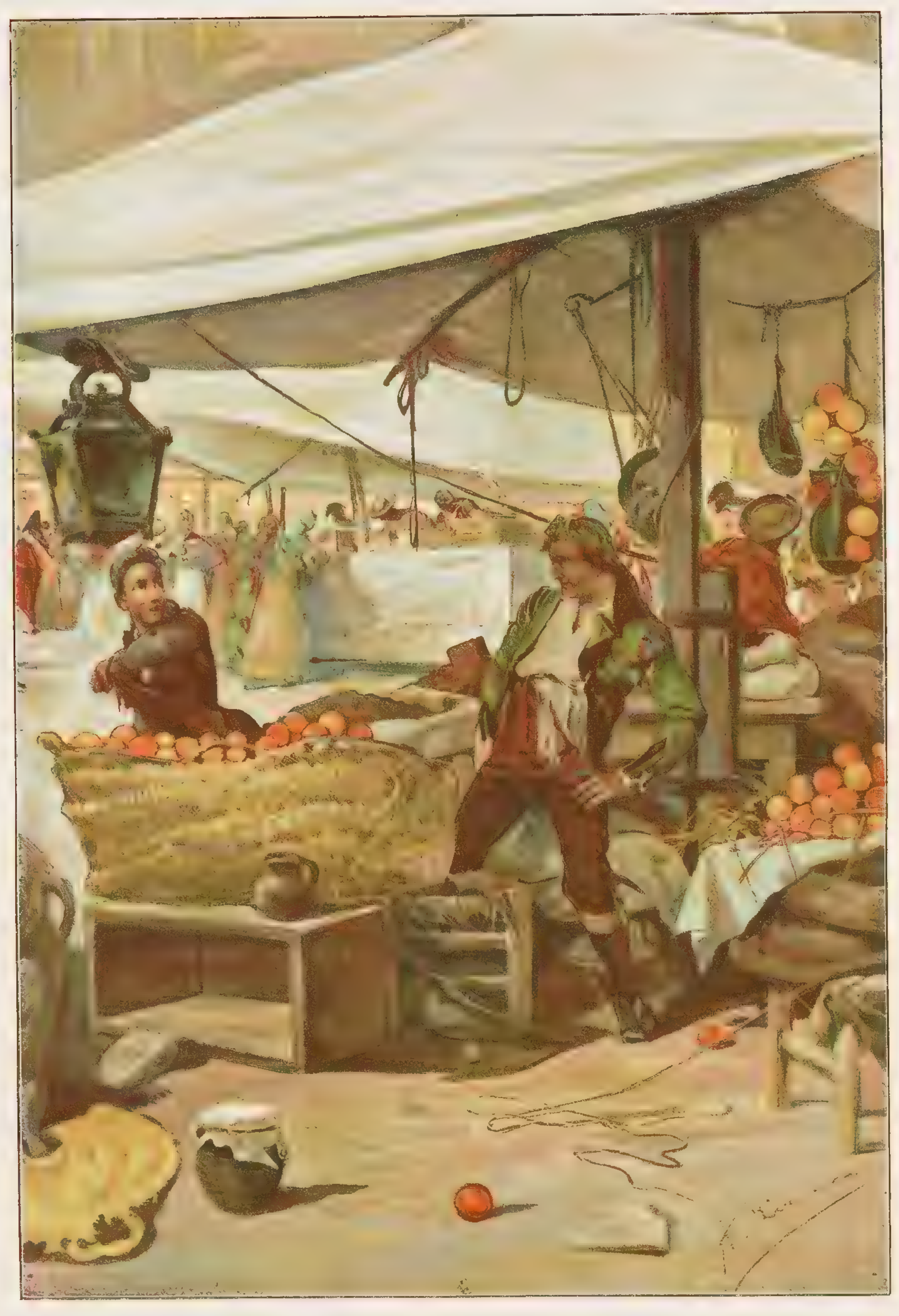
¡Fué aquella mi mejor Nochebuena!

VICENTE SUAREZ CASAÑ

ILUSTRACIONES DE PAHISSA



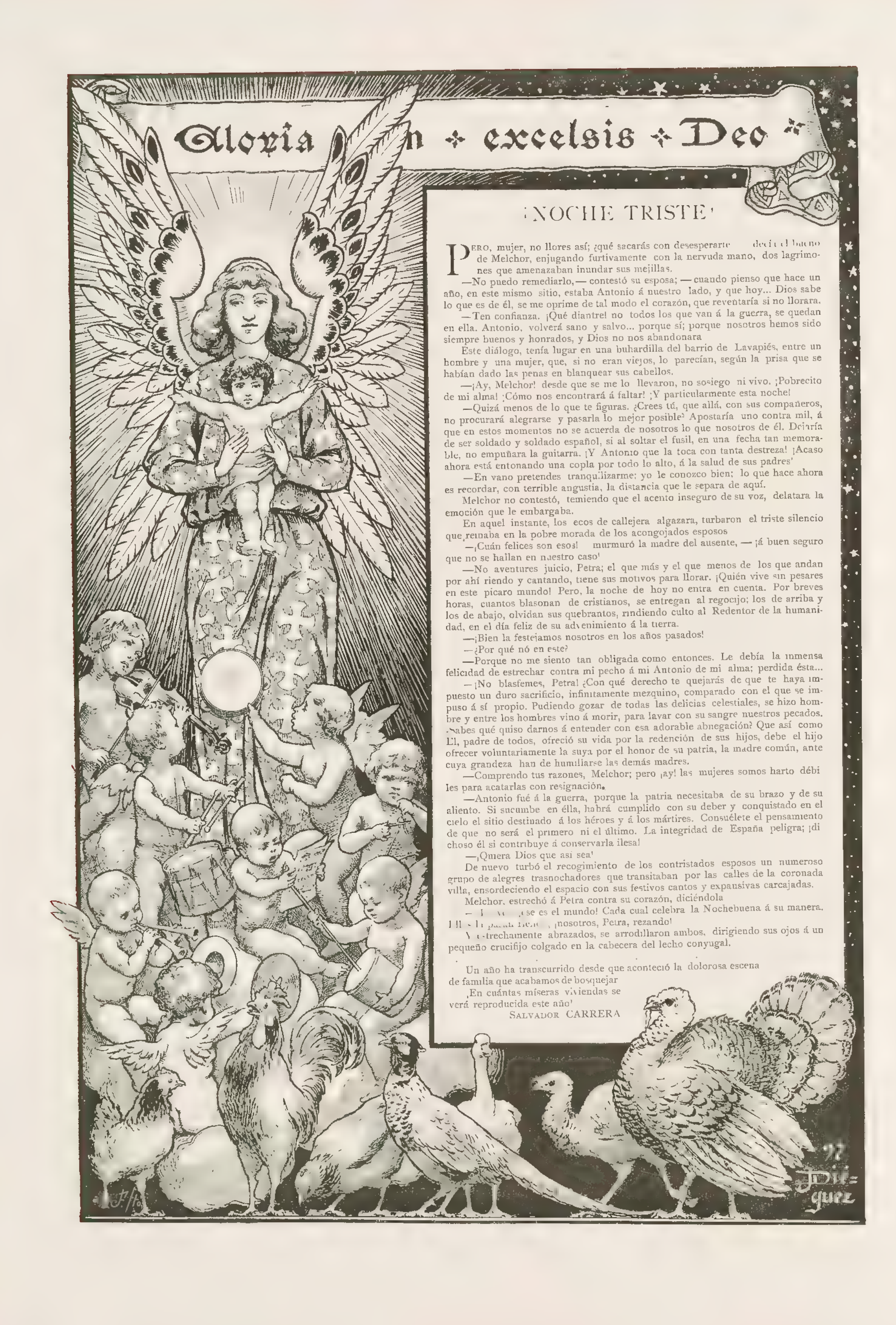
ANGEL LIZCANO



PLAZA MAYOR DE MADRID EN NOCHEBUENA, A PRINCIPIOS DE SIGLO



MERCADO DE PAVOS EN BARCELONA




# ¡NOCHE TRISTE!

PERO, mujer, no llores así; ¿qué sacarás con desesperarte — decía el bueno de Melchor, enjugando furtivamente con la nervuda mano, dos lagrimones que amenazaban inundar sus mejillas.

—No puedo remediarlo,— contestó su esposa; — cuando pienso que hace un año, en este mismo sitio, estaba Antonio á nuestro lado, y que hoy... Dios sabe lo que es de él, se me oprime de tal modo el corazón, que reventaría si no llorara.

—Ten confianza. ¡Qué diantre! no todos los que van á la guerra, se quedan en ella. Antonio, volverá sano y salvo... porque sí; porque nosotros hemos sido siempre buenos y honrados, y Dios no nos abandonara

Este diálogo, tenía lugar en una buhardilla del barrio de Lavapiés, entre un hombre y una mujer, que, si no eran viejos, lo parecían, según la prisa que se habían dado las penas en blanquear sus cabellos.

—¡Ay, Melchor! desde que se me lo llevaron, no sosiego ni vivo. ¡Pobrecito de mi alma! ¡Cómo nos encontrará á faltar! ¡Y particularmente esta noche!

—Quizá menos de lo que te figuras. ¿Crees tú, que allá, con sus compañeros, no procurará alegrarse y pasarla lo mejor posible? Apostaría uno contra mil, á que en estos momentos no se acuerda de nosotros lo que nosotros de él. Dejaría de ser soldado y soldado español, si al soltar el fusil, en una fecha tan memorable, no empuñara la guitarra. ¡Y Antonio que la toca con tanta destreza! ¡Acaso ahora está entonando una copla por todo lo alto, á la salud de sus padres!

—En vano pretendes tranquilizarme; yo le conozco bien; lo que hace ahora es recordar, con terrible angustia, la distancia que le separa de aquí.

Melchor no contestó, temiendo que el acento inseguro de su voz, delatara la emoción que le embargaba.

En aquel instante, los ecos de callejera algazara, turbaron el triste silencio que reinaba en la pobre morada de los acongojados esposos

—¡Cuán felices son esos! — murmuró la madre del ausente, — ¡á buen seguro que no se hallan en nuestro caso!

—No aventures juicio, Petra; el que más y el que menos de los que andan por ahí riendo y cantando, tiene sus motivos para llorar. ¡Quién vive sin pesares en este picaro mundo! Pero, la noche de hoy no entra en cuenta. Por breves horas, cuantos blasonan de cristianos, se entregan al regocijo; los de arriba y los de abajo, olvidan sus quebrantos, rindiendo culto al Redentor de la humanidad, en el día feliz de su advenimiento á la tierra.

—¡Bien la festejamos nosotros en los años pasados!

—¿Por qué nó en este?

—Porque no me siento tan obligada como entonces. Le debía la inmensa felicidad de estrechar contra mi pecho á mi Antonio de mi alma; perdida ésta...

—¡No blasfemes, Petra! ¿Con qué derecho te quejarás de que te haya impuesto un duro sacrificio, infinitamente mezquino, comparado con el que se impuso á sí propio. Pudiendo gozar de todas las delicias celestiales, se hizo hombre y entre los hombres vino á morir, para lavar con su sangre nuestros pecados. ¿Sabes qué quiso darnos á entender con esa adorable abnegación? Que así como Él, padre de todos, ofreció su vida por la redención de sus hijos, debe el hijo ofrecer voluntariamente la suya por el honor de su patria, la madre común, ante cuya grandeza han de humillarse las demás madres.

—Comprendo tus razones, Melchor; pero ¡ay! las mujeres somos harto débiles para acatarlas con resignación.

—Antonio fué á la guerra, porque la patria necesitaba de su brazo y de su aliento. Si sucumbe en élla, habrá cumplido con su deber y conquistado en el cielo el sitio destinado á los héroes y á los mártires. Consuélete el pensamiento de que no será el primero ni el último. La integridad de España peligra; ¡dichoso él si contribuye á conservarla ilesa!

—¡Quiera Dios que así sea!

De nuevo turbó el recogimiento de los contristados esposos un numeroso grupo de alegres trasnochadores que transitaban por las calles de la coronada villa, ensordeciendo el espacio con sus festivos cantos y expansivas carcajadas.

Melchor, estrechó á Petra contra su corazón, diciéndola

—[illegible] ese es el mundo! Cada cual celebra la Nochebuena á su manera. [illegible] ¡nosotros, Petra, rezando!

Y [illegible]trechamente abrazados, se arrodillaron ambos, dirigiendo sus ojos á un pequeño crucifijo colgado en la cabecera del lecho conyugal.

. . . . .

Un año ha transcurrido desde que aconteció la dolorosa escena de familia que acabamos de bosquejar

¡En cuántas míseras viviendas se verá reproducida este año!

SALVADOR CARRERA

# SENSIBLERÍAS DE LA MUERTE

Pues señor... dicen que un año le dió á la *Muerte* el capricho de lanzarse á la calle en Nochebuena, dejando en reposo, allá en su ignota y tétrica mansión, la horripilante guadaña con que siega, según creencia general, la vida de los humanos.

Sus deseos no podían ser más beneficiosos para los míseros mortales: reducíanse á gozar, sin meterse con ser viviente, de los animados cuadros que le pudieran ofrecer las calles de la villa y corte.

—¿Es Nochebuena? — habíase dicho la Parca. — Pues que lo sea por completo... Esta noche no se muere nadie... A nadie acariciaré... No siempre he de ser *fiera* como me llaman esos cursis, sin alcanzar el beneficio que les hago... ¡Cuán descontentadiza es la humanidad!

Y cortando en tal punto sus reflexiones, se envolvió bien envuelta en su manto, se embozó hasta las cuencas de los ojos, pues hacía un frío que helaba *hasta los huesos*, y se internó por las calles de la villa, ansiosa de espectáculos para ella desconocidos.

Su majestad la *Muerte*, ya conocía las irritantes desigualdades é injusticias, para ella irrisorias, que imperan entre los seres; pero nunca como entonces las pudo apreciar en todo su lastimero alcance... En una esquina, presentaba con elocuente mutismo su huesosa diestra, una mujer desarrapada y débil; á sus pies, medio oculta entre la pared y las zurcidas faldas de la pobre, había una niña, una desheredada para la cual el destino, sólo tenía sinsabores sin cuento... Cansada, sin duda, la mendiga, de implorar sin resultado beneficioso, despertó á la rapaza de un puntapie, y díjola furiosa: «Pide tú. . A mí no me hacen caso.

La gente caminaba con prisa... ¡Cada cual tenía sus motivos! El uno, porque el besugo y la sopa de almendras le aguardaban en el hogar, bien caldeado por la ardiente chimenea... Precisaba acudir pronto con la provisión de turrones... ¡No faltaría más sino que se impacientaran!.. El otro, por que sus padres esperábanle ateridos de frío en el desmantelado cuchichil, donde tiritando pensarían sin duda en la falta de pan... Precisaba llegar pronto con la provisión de consuelos, ya que no con la cena... ¡No faltaría más sino que carecieran de lo último que puede darles! No lleva pan, pero sí su cariño y sus lágrimas, para quererles y llorar con ellos... Por todas partes, rumor alegre de voces... El golfo que saliendo de la taberna recibe en la cara los pinchazos del frío... «¿Y es Nochebuena? ¡Anda la órdiga! pues si está nevando»... El vendedor de baratijas de nacimiento: «¡Reyes á perro grande! ¡santos á perro chico!» Y mil y mil voces diversas que se confunden con graznidos de aves, lloros de rapazuelos descontentos, risotadas de los felices; y allá, en la esquina, donde acaba el tumulto, donde la ola de gente encuentra más ancho cauce y se desparrama y su rumor disminuye, la plañidera y quejumbrosa vocecilla de la rapacita mendicante, que pide al *noble caballero*... que nada le da «¡una limosnita por el amor de Dios... y para que su madre no la muela á patadas!»

La *Muerte*, á impulsos de sus ideas de igualdad, acostumbrada á nivelarnos á todos con su poder, sintió impulsos de entrar en funciones; aquello no estaba bien ni medio bien... Oyó sollozos, quejidos... Era la niña, la pobrezuela rapaza, que acababa de caer al suelo víctima del brutal golpear de la mendiga... Echada sobre las baldosas de la acera, ya no tenía voz para quejarse; sólo abría inmensamente sus grandes ojazos de muñeca, mirando con espanto á su verdugo.

La *Muerte* se enterneció; tendióse junto á la niña, la rodeó con sus brazos, acercó su horripilante cabeza á la del angelito, posó sus frías y descarnadas mandíbulas sobre la boquita de él, y la besó con amor, murmurando muy quedo:

—«¡Pobre rapaza! ¡Para vivir de este modo, más te vale dormir en mis brazos!»

Y la niña, al sentir en su sér el frío del beso, se quedó dormida para siempre con los ojos muy abiertos, la mirada fija en las sombras del espacio y los labios plegados por una dulce sonrisa que parecía expresar:

—¡Gracias, Dios mío!

Luis de Val



EN CAPILLA, POR A. SEGURA

ENRIQUE ESTEVAN



LA NOCHEBUENA DEL SOLDADO



DE JUERGA, por José Garnelo Alda.

# EL MILAGRO

Cerró la puerta el general, mientras Ruperto esperaba, de pie, temblando, su sentencia.

Y en seguida, el honrado veterano cogió á su criado con ambas manos por los brazos, y dándole empujones contra la biblioteca, exclamó:

—¡Pícaro! ¡Infame! ¡Ladrón! ¡Aquí has de morir como un perro!

—¡Por Dios, mi general!

—¡Vas á morir! Y Dios quiera que no me muera yo de este disgusto, porque á setenta años, golpes como este son mortales...

¡Cómo se entiende! Un soldado que ha pasado su vida junto á mí, á quien yo quería como á un hijo... ¡Toma, pillo, ladrón! Y le dió tal cantidad de puñadas y de sopapos, que le puso hecho una lástima.

Ruperto no se defendió.

Esperó á que el anciano se sentara, llorando en un sillón, y dijo:

—Bueno, mi general, estoy perdido para toda mi vida; pero no ha sido culpa mía...

—¡Ah! ¿Con qué no? Venimos á Francia desde Barcelona á tomar las aguas de Cauterets; se me ocurre, á la vuelta, visitar á la Virgen de Lourdes. Nos detenemos aquí, en Lourdes, quince días por haber yo recaído, te dejo entrar y salir, y hasta echarte una especie de novia, una franchuta...

—¡Esa es la que me ha perdido!

—¡Cállese usted, bribón! Y ayer mismo viene el comisario de policía á decirme que has substraído un brazalete de oro del templo donde se venera la santa imagen! Tú, mi criado de hace treinta años, tú... mira, voy á matarte, te mato!

Y metió la mano en el cajón de la mesa y sacó un revólver.

Ruperto cayó de rodillas.

—¡Perdón, mi general, perdón!

Volvió el revólver á su sitio. Hubo un momento de silencio.

El general dijo:

—Te he defendido como un león. He pedido á la autoridad veinticuatro horas para arrancarte el objeto robado, y evitar, poniendo en juego mil influencias que *mi criado* vaya á la cárcel. ¡Di la verdad! Se sabe que ayer, á las cuatro de la tarde, no hubo más personas en la iglesia que tu... *novia*, y tú. En esas dos horas desapareció el brazalete. ¡Una ofrenda! ¡Una cosa dos veces sagrada! ¿Eres tú quien lo cogió? ¡La verdad! Lo has negado á la autoridad, al cura, á todo el mundo... ¿Tienes esa joya en tu poder? ¡Por Dios uno y trino, responde!

Ruperto metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó el brazalete y respondió derramando lágrimas.

—Aquí está.

—¡Ya no hay duda! ¡Tú fuiste... tú!

Y el general, en vez de desatarse en improperios como antes, se cogió la cabeza con las manos y rompió á llorar, lo mismo que su criado. ¡Qué momentos aquellos!

—Mi general... mi general, esa mujer me ha sorbido el seso... En quince días, ¡parece mentira! se ha apoderado de mi voluntad. Es una cualquiera, ya lo sé, una aventurera que habla español, y que, según dicen, recorre estos pueblos del Pirineo en verano. ¡Sabe Dios quien será! Yo me la encontré en un café, liamos conversación, nos hemos visto todos los días, le he dado lo que tenía, he hecho cuanto ha querido... como que estoy enamorado, perdido de ella!

—¡Qué animal! ¡Qué bestia! gritaba el general.

—Sí, señor; así es. Ayer me dijo que no quería nada conmigo si no le daba más dinero... Me sentí morir... no puedo vivir sin verla, no puedo!

—¡Qué bruto!

—Sí, señor; así es. Pues por la tarde me llevó á la iglesia, estuvimos viendo las alhajas, me puso entre la vida y la muerte... Dame ese brazalete que cuelga de ahí ó no me ves más. Me resistí como hombre hon-

rado. Tú no eres más que un hablador, me dijo, mucho de echarlas de español y de hombre de corazón, y luego eres incapaz de hacer nada por una mujer. ¿Dónde está esa pasión y ese corazón tan grande, *bocou?* Pues... mi general, alargué la mano, y cogí!

El general hablaba solo.

Sí, eso es; así son todas estas... así me hizo á mí aquella gran bribona hace cuarenta años, cuando fuí agregado militar en la embajada de París... me comió mi fortuna, me llenó de deudas; sino me trasladan á Madrid me caso con ella. ¿Qué es lo que tienen estas mujeres? ¿Qué mujeres son estas?

—Pues ahí verá usted, mi general.

Sorprendido en su soliloquio, el anciano se exasperó.

—¡No tengo que ver nada! No sé más sino que el comisario de policía está ahí, ¿lo oyes? ahí, en el comedor, esperando. Y el señor cura que te ha denunciado, también. Que por respeto á mis canas y al nombre que llevo, no estás ya preso, como lo está tu compañera...

—¡Está presa!

—¿Pues qué te habías creído, imbécil? Y tú lo estarás en seguida... ya es mucho haber ganado veinticuatro horas... porque aunque devolvamos este brazalete, la ley es la ley, y tienes que pagar lo que has hecho... ¡Dios mío, Dios mío, qué vergüenza!

—Es verdad, señor, es verdad... estoy perdido: sólo un milagro pudiera salvarme.

Y con acento de duda y de desesperación, Ruperto añadió:

¡Parece mentira que estemos en un pueblo tan milagroso!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El general, al oir estas palabras, se quedó mirándole fijamente, con los ojos muy abiertos...

Después, gesticulando como el que piensa y habla por dentro, estuvo dos minutos como trabajando sobre lo que pensaba.

¡Sí! — exclamó.

—¿Cómo dice usted, mi general?

—¡¡Sí!!

Ruperto no comprendía una palabra.

—Tú no sabes francés...

—Me entiendo con la gente.

—Siéntate ahí.

—Sí, señor.

—No hables más que cuando yo te pregunte.

—Bien, mi general.

—Voy á ver si te salvo; pero antes...

Y el general fué á arrodillarse delante de una imagen de la Virgen que había colgada en la pared y estuvo rezando lo menos diez minutos.

—La Virgen nos perdonará, dijo, — y la Iglesia nos ayudará siquiera por el bien que le haremos.

Abrió la puerta, hizo una señal, y se presentaron el cura y el comisario de policía, graves y solemnes.

El general, en aquel dominio de la lengua francesa, que le valió tantas afecciones en sus tiempos de diplomático, hizo un discurso que oyeron los dos franceses con atención creciente.

Señores, (dijo), ¡cuántas veces habrá ocurrido que las cosas sobrenaturales y que no están al alcance de los pobres mortales hayan producido errores judiciales, y ruinas y catástrofes! ¡El siglo es incrédulo, es librepensador, es ateo!

El señor cura asintió y comenzó á admirar aquella elocuencia inesperada.

—Nosotros, los soldados, solemos pecar de eso. Yo no, que siempre he creído aún lo que á los demás les pareció dudoso... ¿Quién duda de que en esta parte de Francia los milagros son *hechos*, pese á quien pese? ¿Por qué vienen aquí nubes de peregrinos? ¡Por qué salen á milagro por día!

El comisario, un poco aburrido, dijo:

—Señor general, hemos venido aquí persiguiendo un delito.

—¡No hay tal delito! Este soldado, no es ni puede ser en alguna manera delincuente. ¡Ruperto, ponte la mano en el corazón!

Ruperto obedeció.

—¿Ruperto, tú fuiste ayer á la Iglesia con tu novia á pedir protección, á rogar que se te concediera lo que no tienes para casarte con la mujer que has elegido, no es eso?

—Sí, señor.

—La Iglesia estaba desierta, señores; no había en ella más personas que Ruperto y su adorada prenda, y la Virgen les dijo: Tomad una de mis alhajas, vendedla y casaos. Tal es el caso. Ahora, señores, he aquí la alhaja. ¿Hay qué devolverla? Aquí está. ¿Se reconoce el milagro? ¡Hable el señor cura!

El comisario, disimulando la risa á duras penas, dijo:

Por mi parte, si el señor cura consiente... allá él.

Y el cura, rebosando satisfacción, exclamó:

—Basta la palabra de un veterano y la de un soldado. No ha de negar la Iglesia milagros verificados ante testigos. Cúmplase la alta voluntad, siempre que se me permita dar á la prensa suceso tan magno...

—En la de aquí y en la de mi país y en todas debe publicarse, —dijo el general,—y el señor cura me hará el favor de bendecir la unión de estos amantes infelices.

—¡Sin duda alguna!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y el comisario le dijo no sé qué palabra en francés al general, riendo hacia adentro.

Y el señor cura salió corriendo á publicar el magno acontecimiento.

Y Ruperto, llorando á lágrima viva, quiso besar los pies de su amo...

Y el general, frotándose las manos, le dijo:

—¡Bueno, bueno, ya estamos arreglados, pero ahora, por lo que me has hecho sufrir, te casas con ella, y así las pagarás todas juntas, bruto!

EUSEBIO BLASCO



ORFEÓ CATALÁ, DIRIGIDO POR EL EMINENTE MAESTRO LUIS MILLET. *Fot. de J. E. Puig*

# ¡DEMASIADO TARDE!

*(Conclusión).*

—Usted comprenderá que no debo aceptarlo en calidad de regalo.

—Perdone usted; tampoco entra en mis cálculos regalárselo.

—¡Caballero!

—No quiero desprenderme de él; se lo manifesté... y lo repito.

—Ni yo consentiré que continúe un día más en su poder.



—¿Con que derecho lo impedirá?

—Esa pintura no puede figurar sino en mi casa. Es el retrato de...

—Se equivoca usted, general; ¡es... mi inspiración! ¡el único rayo de luz que al genio plugo concederme, desde que cogí los pinceles! ¡la reputación de un artista!

—¿Desconoce mi paterna autoridad?

—¡Como usted la mía! Respeto el dominio que ejerce sobre esa señorita: siendo su hija, manda en ella, porque así lo han dispuesto las leyes divinas y humanas. Pero, la que yo he creado, la que nació al calor de mi fantasía... y se desarrolló por mi trabajo... y vive por mi talento, me pertenece legítimamente, en razón y justicia. Si le pidiera la suya ¿me la concedería usted?

El padre de Laura, que no contaba con aquella salida, dirigió al pintor una despreciativa mirada, profiriendo un «nó» desdeñoso y categórico.

—Entonces ¿por qué le extraña que yo me niegue también? —exclamó Daniel, abrazado al cuadro cuya posesión se disputaba; —llevésela en buen hora... ¡ésta... se queda aquí! ¡conmigo! ¡á mi lado siempre!

Pálido de coraje, se lanzó el general sobre el pintor, con ánimo de arrebatarle su presa; imprudencia que evitó Víctor, interponiéndose entre ambos.

¡Afortunadamente, vino la reflexión en pos del arrebato!

Dominando la impetuosidad de su carácter, el viejo militar adoptó la sabia resolución de marcharse; lo que efectuó llevando del brazo á su hija, que iba sin alma, por habérsela entregado, en justa correspondencia, á su afligido adorador.

Desde la puerta y acompañando á la amenaza un enérgico voto, indisculpable en cualquier otra ocasión, dijo á Daniel:

—¡Oirá usted hablar de mí!

Dejó caer éste la abatida frente sobre el marco del lienzo que conservaba todavía entre los brazos, mientras Dolores, presa de mortal angustia, murmuraba al oído de Víctor:

—¡Cálmele por favor!

—Pierda cuidado, señorita, —respondióla el ayudante, devorando con la vista sus peregrinos encantos; — lo haré así, aunque sólo sea... por amor á usted.

⁂

El hermano de Laura debió cumplir su promesa, puesto que en un año no oyó Daniel hablar del general.

Tampoco había visto á su adorada.

Durante ese tiempo, se abstuvo de pisar la calle en donde aquélla habitaba; era sobrado altivo para mendigar el favor del orgulloso padre, y suficientemente honrado para seguir turbando la tranquilidad de la inocente hija.

Víctor, por el contrario, visitaba diariamente, mañana y tarde, á pie ó á caballo, la en que residía el pintor.

Fácil es de comprender el motivo, como lo comprendía Dolores; quién, á pesar de gustarle el mancebo, no se lo daba á entender; evitando en lo posible su encuentro, cuando salía á la compra; recatándole el rostro, siempre que podía hacerlo sin descortesía.

Si alguna vez, el enamorado ayudante intentó detenerla, supo ella indicarle, con buenos modos, que no tenía gana de conversaciones ni galanteos.

El estudio del artista, participaba de la constante melancolía de su dueño.

En la época á que nos referimos, no existía en él un solo cuadro de importancia.

Los que cautivaron al general, en su primera visita, se habían vendido, poco á poco, pero nó renovado; equivalente á decir que Daniel no pintaba.

Al perder las ilusiones, flaqueó su aliento; aun que buscó consuelo en el trabajo no respondían á su voz la mente ni la mano.

La una no concebía, la otra no ejecutaba; ¡como si el colosal esfuerzo, empleado en su predilecta obra, hubiera agotado su genio creador, en el preciso momento de brillar con mayor intensidad! Y, sin embargo, el artista sentía más que nunca la comezón de conquistarse un nombre; anhelaba la gloria, para sobreponerse á todas las fortunas y á todas las categorías generales; en justa revancha á la humillación sufrida, deseaba ganar un entorchado artístico.

Ancho palenque, para intentarlo, le ofrecía en aquel año la Exposición.

Pese á su desaliento, se propuso Daniel concurrir á ella, por primera vez, en alas del estímulo.

Después de innumerables y estériles tentativas, cuando ya iba á reconocer su impotencia, asaltóle una idea que, sin vacilar, puso en práctica.

La de enviar al nacional concurso el busto de su amada; nó como material mente figuraba en el lienzo, sino idealizado por el sentimiento divino.

Presto, las mundanas telas que cubrían la parte visible del cuerpo, se trocaron en rosadas gasas; aparecieron sobre las medias tintas del fondo, transparentes nubes; y rodeó á la gentil cabeza una aureola celestial.

La imagen se conservaba incólume; pero el cuadro era totalmente distinto.

Laura había pasado en un instante de la tierra al cielo.

La mujer quedó convertida en ángel.

⁂

Merced á esa ingeniosa metamorfosis, vió Daniel realizadas sus aspiraciones de gloria.

La hermosa creación en que se revelaba un genio, alcanzó el éxito más lisonjero; tanto, que el Jurado la adjudicó una primera medalla, y corrió de boca en boca por Madrid, el nombre ya célebre del joven pintor, hasta entonces desconocido.

Al recibir éste la fausta noticia, pensó al punto en la candorosa niña á quien debía el lauro conquistado.

¡Con qué placer lo depondría á los pies de la legítima merecedora!

Pero, á aquel recuerdo dulcísimo se unió el del orgulloso padre, cuyo desdén lloraba todavía.

Por él, más que por la propia satisfacción, se vanagloriaba de su triunfo.

Aquella medalla constituía su rehabilitación, su venganza.

Ya podía mirarle cara á cara; contestar á la soberbia con soberbia igual.

De tal manera le halagó este pensamiento, que en todo el día no cesó de repetir: «¡cuando el general lo sepa!»

⁂

Desde la malhadada hora en que Laura pisó el estudio de Daniel, desapareció la infantil alegría que engalanaba su semblante.

El purpúreo matiz de sus mejillas fué palideciendo lentamente, y nublóse el fulgor de sus grandes pupilas.

Su salud se quebrantaba de un modo visible.

Alarmado el padre, consultó al médico de la familia, quien, por diagnosticar algo, achacó la tristeza y languidez de Laura, á una anemia, la enfermedad de moda, que ataca con predilección á las señoritas de familias acomodadas.

¡Cuán pocas anémicas se cuentan entre las artesanas obligadas á ganar el cuotidiano substento moviendo un telar, ó entre las mozas consagradas desde que apunta el alba al penoso cultivo de los campos!

¡No eran píldoras ni jarabes lo que necesitaba la pobre doncella!

Padecía mal de amor, adquirido por contagio; contra el cual, el único medicamento eficaz es un sacerdote.

La pasión del pintor había penetrado en su alma virgen, causando en ella el natural estrago.

El padre y el hermano estaban ciegos;... ó no querían ver lo que pasaba en aquel tierno corazoncito.

Como se comprende, la enamorada joven no se lo decía espontáneamente, ni se lo hubiera dicho aunque se lo preguntaran.

El rubor por un lado, el justificado temor de una repulsa por otro, cerraban con doble llave, sus descoloridos labios.

Así discurrieron días y días; recetando el facultativo, y empeorando Laura.

Paseos, teatros, reuniones familiares.... todo fué inútil; nada conseguía disipar el sello de mortal tristeza impreso en su faz lívida y ojerosa.

Perdido el apetito, las fuerzas se iban debilitando por grados, y las esculturales formas perdían su morbidez, á causa del enflaquecimiento.



Una calentura, continua, lenta, aniquilaba á traición aquella existencia, seis meses antes robusta y exuberante.

Laura se moría por consunción, como el lirio falto de agua.

La alarma cundió en la casa del general, quien llamó en consulta á las celebridades médicas de la Corte.

El fallo de la ciencia desconsoló al anciano.

La enferma estaba mal, muy mal, porque la anemia degeneraba en tisis, á pasos agigantados.

Requería cuidados incesantes, y sobre todo un clima más templado; algunas semanas de viaje por Andalucía, detendrían acaso el curso de la terrible dolencia.

* * *

En el tiempo preciso para los preparativos, verificóse la partida, trasladándose el general, con sus hijos y hermana, á las plácidas orillas del Guadalquivir.

Contra la creencia de los facultativos, al mes de estancia en Sevilla, la joven, en vez de mejorar, hallábase en un estado tal de postración, que sus allegados vivían en constante alarma; temiendo se les quedara en uno de los síncopes que con frecuencia la asaltaban.

Y cómo había de mejorar la pobre, si empleaban para conseguirlo el peor de los remedios! ¡si cada legua que la separaba de Madrid era una hora menos de vida para su corazón amante.

En cuanto adquirió el amargo convencimiento de que el viaje en que cifraba sus esperanzas daba un resultado negativo, resolvió el general regresar á la coronada villa, dispuesto á remover cielo y tierra, hasta encontrar un médico que curara á su prenda querida.

¡El iluso no comprendía... ó no quería comprender que dependía exclusivamente de él la salvación de Laura!

No veía en su ceguedad, que Dios le condenaba á la mayor pena con que puede castigar al orgullo de un padre: á presenciar la muerte lenta de su hija!

* * *

Vino la primavera, engalanada con las primeras flores.

Sea que la benignidad del tiempo reanimara algo la quebrantada naturaleza de la enferma, sea que produjera en ella análogo efecto la idea de encontrarse otra vez cerca de su adorado, la no comprendida enfermedad de Laura pareció ceder un tanto, ó por lo menos conceder una pequeña tregua; con no poco regocijo del bravo militar, en cuya alma alentó de nuevo la casi perdida esperanza.

Acababa de abrirse la Exposición de Bellas Artes, y todo el Madrid inteligente ó aficionado, se hacía lenguas, pregonando su brillante éxito.

El general, de cuya propia boca oímos que sentía verdadera pasión por la pintura, cometió, cierta mañana, la torpeza de manifestar delante de su hija, que salía, con ánimo de visitarla.

¡Pícara inadvertencia la suya!

¡Hablar de cuadros á una niña enamorada ciegamente de un pintor!

Sucedió... lo lógico; que ella se empeñó en acompañarle y que él no tuvo excusa á mano para negarse á tal deseo.

Colgada del brazo del anciano, pues su aparente mejoría no implicaba aumento de fuerzas, fué recorriendo Laura las concurridas salas, en donde los dignos émulos de Velázquez y Fortuny, habían expuesto los frutos de su talento; contestando fríamente á las entusiastas exclamaciones de su acompañante que se extasiaba ante ellos, porque en todos hallaba sobresalientes méritos.

A la joven, por el contrario; ninguno parecía gustarle, según la indiferencia con que los veía.

Verdad es que sólo miraba la firma... disimulando difícilmente su contrariedad, al no tropezar nunca con la que buscaba.

Pero la decoración cambió por completo, cuando los dos se pararon á contemplar un cuadro de reducidas proporciones, colocado al nivel de su cabeza.

El padre, fijó en él una mirada atónita, palideció densamente y..., contra su costumbre, calló.

La hija, leyó el nombre del autor y... cubrióse su semblante de súbito carmín.

El primero, quiso pasar adelante, pugnando por llevarse á su compañera.

Esta, resistióse á seguirle, cual si sus pies hubiesen echado raíces en el pavimento.

Delatando, á pesar suyo la violenta emoción que experimentaba, recorrió la joven, con la vista, el lienzo firmado por Daniel, é instantáneamente se llenaron de lágrimas sus pupilas.

En aquel ángel, rodeado de celestial aureola, envuelto en rosadas gasas, flotando entre transparentes nubes, se había reconocido la infeliz; el cuadro reproducía su hermosa imagen, con la fidelidad del espejo más terso y claro; era la expresión muda, elocuente, gráfica, del amor sin esperanza.

Laura lo contempló extasiada, á través de su llanto; acercóse codiciosa á él, hasta juntar el rostro real con el pintado; llevóse luego ambas manos al corazón, y exhalando un doloroso gemido, se desplomó exánime en los paternales brazos.

* * *

Cuando, Daniel, al siguiente día, después del habitual paseo por el Retiro, entró en su casa. Dolores le entregó una tarjeta del general, respaldada con esta angustiosa súplica: «¡Mi hija se muere! ¡si todavía la ama usted, venga á salvarla!»

¡Si la amo todavía! -exclamó el pintor, admirándose de que lo pusieran en duda.

Y voló, en alas de una halagüeña ilusión, al encuentro de la enamorada niña que yacía agonizante, rodeada de su familia.

Prorrumpiendo en entrecortados sollozos, estrechó con frenesí entre las suyas, convulsas y ardorosas, la yerta mano de la moribunda.

El calor de aquel fuego retuvo, por un momento, dentro del helado cuerpo, al alma que de él huía.

Laura entreabrió sus velados ojos, elevólos al cielo, como citando al desdichado amante para una época más dichosa, y los cerró otra vez... para siempre; mientras el anciano caía de hinojos junto al mortuorio lecho, balbuceando con indefinible angustia: «¡Triste de mí! ¡le llamé demasiado tarde!»

* * *

Un año después, el general, en cuyo semblante se adivertían las huellas de hondos pesares, se presentó en el domicilio de Daniel, solicitando para Víctor, que también se moría de amor, la mano de Dolores.

Esta se la negó resueltamente, con la misma altivez que él había empleado para negar al pintor la de su hija.

-¡No desoiga, por caridad, mis ruegos! ¿Quiere usted que me quede sin los dos?

—Es inútil su porfía. En tanto que mi hermano viva, me tendrá constantemente á su lado consolando la amargura que usted labró; y... para el caso desgraciado de que faltara, ha tiempo elegí al esposo á quien pienso consagrar el resto de mi existencia.

. . . . . . . . .

. . . . . . . . .



A raíz de esta justísima repulsa, el general y su hijo partieron de Madrid, para unirse al ejército que luchaba contra los insurrectos tagalos, en Filipinas; nada más he sabido de ellos, ni en realidad me importa.

¡Pero sé, y lo deploro de todo corazón,... que Daniel no ha vuelto á pintar!

SALVADOR CARRERA

---

# LA FIESTA NACIONAL

**De acuerdo con nuestro programa, cuya base fundamental consiste en hacer una ilustración genuinamente española que retrate nuestras costumbres, nuestra vida y nuestros tipos, pensamos inaugurar el año nuevo con un número muy español.**

**¿Y qué más español que las corridas de toros?**

**Carácter distintivo de nuestra raza serán siempre tales fiestas: recuerdo del valor y entereza que nunca sabrá abandonarnos y algo así que trae á la memoria los palenques cerrados de nuestros caballeros y el lujoso festival de las damas españolas.**

**Por eso, á pesar de salir á destiempo, no hemos vacilado en abrir el año segundo de ALBUM SALÓN, con un número consagrado á nuestra típica y legendaria FIESTA NACIONAL.**

**A la confección de dicho número, han contribuído con su talento distinguidos artistas, cuyo solo nombre es garantía de la perfección y belleza de sus obras.**

**Para que nuestros lectores se hagan cargo anticipadamente de que no exageramos, le ofrecemos á continuación el**

SUMARIO

CUBIERTA: Un precioso cuadro del reputado pintor Cecilio Plá, que representa el cruce de las calles de Alcalá y Sevilla, en Madrid, en día de corrida.

*¡De chipén!* caricaturas alusivas al toreo, por Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *En un palco*, cuadro de Félix Mestres.

*Recargando:* Cuadro del famoso pintor de asuntos taurinos, Marcelino de Unceta.

*Una bronca:* Cuadro bellísimo de Enrique Estevan.

*Pepe Hillo y su cuadrilla, entrando en la antigua capilla de la plaza de toros de Madrid*, por Angel Lizcano

PÁGINAS EN COLOR Y EN NEGRO: *Salida de la cuadrilla*, *Suerte de vara*, *Suerte de capa*, *Banderillas*, *Brindis*, *Suerte de matar*, *Cachete*, *Arrastre*. *Caballeros en plaza*, *El Cid alanceando un toro en la plaza de Madrid* dibujos de José Passos.

*Una chula*, por el malogrado Llovera.

TEXTO: *Esbozo histórico de las corridas de toros*, por J. Sánchez de Neiva.

*Siempre nuevo*, por Angel Caamaño.

*Caballero en plaza*, por ...

*La fiesta de toros en Madrid*, célebres quintillas de don Nicolás Fernández de Moratín.

MOSAICO.

REGALO: Un precioso paso doble, titulado *¡A los toros!* compuesto exprofeso por el maestro Agustín L. Salvans, con ilustraciones de J. Passos.

El *Orfeó Català*, asociación musical barcelonesa tan aplaudida y festejada, conquistó, como sabrán nuestros lectores, en el *concurso internacional de orfeones* efectuado recientemente en *Niza*, tres primeros premios, y para su director el Sr. Millet, un diploma de honor.

Por esto hemos creído complacer al público, publicando los retratos en grupo de los individuos que lo componen, á quienes enviamos nuestro cordial parabién.

NOCHEBUENA, por XAUDARÓ



¡..........!



—¿Qué ha sido?
Casi nada, joven, que por poco le abren á usted la cabeza.
—¡Claro! si me dió con una llave.
—Eso ya se lo contará usted al juez.



El primero que me diga que esto es Nochebuena,.. ¡lo *repudio!*

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.

# ALBUM SALON



*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ∞ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ∞ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTÍCULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II | BARCELONA, 2 DE ENERO DE 1898 | NÚM. 7

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores

SALVADOR CARRERA * V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer. Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

¡CHIPEN! por XAUDARÓ



Y *pongasté* ahí que yo soy *mú* guapo, y que además soy el único que sabe recibir ¡chipén!



—Fíjese usted en la manera de vestir... y *aluego* véngase á la plaza que va usted á ver *canela*



—*Prefectamente*, le voy á brindar a *ust.* el tercero, que lo voy á recibir ¡chipén!




EN UN PALCO



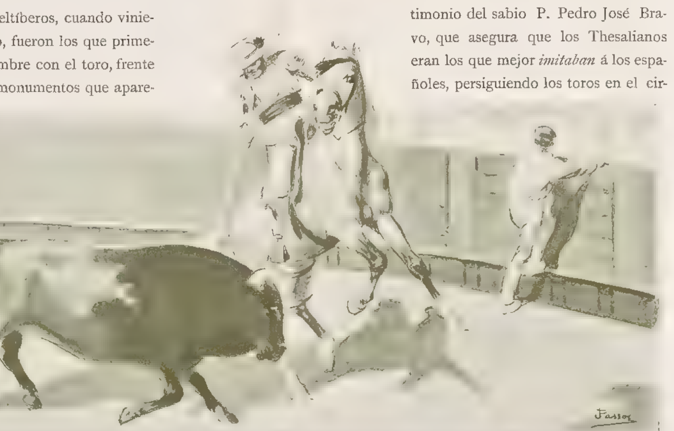
# ESBOZO HISTORICO DE LAS CORRIDAS DE TOROS

Casi todos los escritores que han intentado hablar acerca de la antigüedad de las corridas de toros en España, han empezado diciendo, poco más ó menos: «La antigüedad de tales fiestas se pierde en la noche de los tiempos», ó «La historia guarda un profundo silencio sobre los pormenores de las luchas de los hombres con los toros», etc., sin pararse en más, ni procurarse más datos de investigación, como si el asunto no tuviese importancia, tratándose del espectáculo que ha resistido como ninguno, las veleidades de las épocas que han ido sucediéndose en el mundo desde antes de Jesucristo.

Opinando de distinto modo, porque considero útil para la historia, tanto ó más que para el aficionado á la gran fiesta, allegar datos y noticias que contribuyan á esclarecer punto tan necesario, voy á dar, á manera de resumen, y omitiendo largos comentarios que se cuidará de hacer el que tal historia escriba, una sucinta relación mejor que esbozo ó croquis de aquélla, para la cual servirán hechos y deducciones, que prueban eficacísimamente que en España nació la lidia de los toros, España fué la que la llevó á otras regiones, en España se desarrolló, y en España vive y vivirá por largo tiempo.

Según afirman los historiadores Mariana, Concino, Miñana y otros, en esta nación se han criado siempre toros bravos ó salvajes, atribuyendo esta circunstancia á la feracidad del suelo. Concedido esto, que es una verdad completa y averiguada, fácilmente se comprende que sus moradores, para su seguridad, para diversión, y aun para lucrarse del producto de las reses, se dedicaran á la caza de las mismas, empleando, además de las armas que entonces se conocían, los medios de artificio y maña, que su ingenio les sugiriera para vencerlos y sortearlos. Aquellos antiguos y belicosos pobladores de España, desde los Carpetanos hasta casi toda la parte que hoy comprende el Aragón, llamados Celtíberos, cuando vinieron á vivir en las orillas del Ebro, entonces Ibero, fueron los que primeramente establecieron y ejecutaron la lucha del hombre con el toro, frente á frente; y esto lo prueban multitud de señales y monumentos que aparecen diseminados en distintas partes de nuestro territorio, entre ellos una lápida circular de ochenta centímetros de diámetro, que hace unos cuantos años, fué descubierta cerca del pueblo de Peñalva, á pocos kilómetros del río Duero, en la que aparece un bajo relieve representando un hombre, que viste el *sago ó sayo* español, armado de rodela y chuzo, con un toro en frente en actitud de acometer, y escrito al pie, con caracteres empleados *antes de adoptarse los romanos*, una inscripción que dice... NIOJARNARI, que tal vez sea el nombre del lidiador que representa: pruébalo también, el gran número de monedas celtibéricas que existen en los museos arqueológicos, en muchas de las que se observa al toro en igual actitud; y forma el complemento de esta prueba, el hecho de que al venir Julio César á España y librar batalla con Pompeyo, celebró su victoria, levantando, entre los límites de las provincias de Toledo y Avila, el monumento de piedra conocido con el nombre de los *Toros de Guisando*.

Sin duda, entusiasmado el general romano con el asombroso espectáculo que vió en España, al volver á Roma hizo llevar allá toros bravos de nuestro país y tal vez hombres experimentados en la lidia, porque, según dice Plinio, en el libro 8.° capítulo 45 de sus obras, César es *el primero* que implantó en la gran ciudad las fiestas de toros. ¿Las hizo ejecutar por primera vez, cuando al volver de España, se proclamó Dictador? Es posible; porque en la medalla con que conmemoró este hecho, se ve en el reverso la figura de un feroz toro. Pero dice Plinio que las importó de la Thesalia, cuyos habitantes eran muy diestros en el arte del toreo; y esa afirmación queda destruída con el testimonio del sabio P. Pedro José Bravo, que asegura que los Thesalianos eran los que mejor *imitaban* á los españoles, persiguiendo los toros en el cir-





co, hiriéndolos, lazándolos y venciéndolos. Luego, si lidiaban á semejanza ó imitando, el modelo es el primitivo, que no la copia.

Probado una vez que España precedió á Roma y á Grecia en la lidia de toros bravos, fácil es convencer del mismo modo á los que suponen que la importaron aquí los árabes. Basta cotejar fechas y calcular que la conquista romana fué muy anterior: y que, á pesar de que Juan León (el Nubiense), dice que en Africa, los de allí naturales lidiaban toros, se refiere á su época, posterior también en varios siglos á la dominación romana, que dejó en nuestra nación construídos circos, que aun existen, para considerar como testimonio indeleble, que no fueron los africanos quienes trajeron á España tales costumbres.

Olvidadas en la antigua Thesalia, y suprimidas en los dominios romanos por los emperadores Arcadio y Honorio, sólo en España, donde habían nacido, continuaron celebrándose, ya en los círculos construídos, ya en las plazas de los pueblos, cerradas con palos y preparadas al efecto, tomando parte en ellas moros y cristianos, juntos ó separados, según las pacíficas ó guerreras situaciones de ambos bandos lo permitían. La fecha más antigua de que hay noticia de haberse verificado fiesta de toros *solemnemente* es, según el P. Luis Ariz, la que en Avila se celebró el año de 1090, aunque el historiador Carramolino, al hablar de élla, dijo que era tan antigua la afición de los avulenses á esa fiesta, que la historia recuerda otras anteriores. Por entonces se realizó en Madrid la hazaña del famoso Cid Rodrigo de Vivar, en el natalicio de Alimenón de Toledo, que pintó Moratín en hermosas quintillas, y también fueron solemnizadas con corridas de toros, las bodas de Sancho Estrada, en la misma época, reinando Alfonso VI, teniéndose certeza de que en toda Castilla, Aragón, Navarra y Andalucía, las lidias de reses bravas se sucedían con frecuencia, haciendo en ellas alardes de valor los caballeros y gente principal, así como los pecheros y plebeyos. Cepeda y Moratín, aseguran que en 1332, no sabemos con qué motivo, hubo corridas de toros en Roma, y en ellas murieron 19 caballeros y muchos hijos del pueblo; y prohibidas de nuevo en toda Italia, no volvieron allí hasta más de un siglo después, los españoles las llevaron cuando las guerras de Flandes y los Países Bajos. Antes, en 1385, se celebraron en Pamplona y en Tudela de Navarra, corridas que pudiéramos llamar de Corte porque el Rey asistió á ellas, con la duquesa de Lancáster, é hizo venir toreros (homes de lidia) de Aragón: y sabido es, que la Reina Isabel la Católica, en 1493, se disgustó al verlas, tal era el tropel y confusión con que los hombres y toros se buscaban, acometían y libraban.

De tal manera llamó la atención este, que pudiéramos calificar de abuso perjudicial, que el Papa Pío V, por Bula de 20 de Noviembre de 1567, reiterando prohibiciones anteriores, impuso la pena de excomunión mayor á cuantos permitiesen, autorizasen, consintiesen ó concurriesen á ver semejante espectáculo: pero, haciendo los españoles, de tal prohibición muy poco caso, las funciones de toros continuaron, verificándose algunas aun en los patios de los conventos, y motivando la protesta indirecta de los maestros de teología de Salamanca, al enseñar en sus cátedras, que los clérigos, siquiera fuesen de orden mayor, podían lícitamente concurrir á tales fiestas.

Juan de Medina, sabio economista, y el P. Martínez de Prado, con otros escritores de la época, defendieron también las corridas de toros, y la corte romana, viendo tal insistencia y tan tenaz empeño, anuló la Bula *no observada*, por otras que dieron los Papas Gregorio XIII y Clemente VIII. Creció, como es consiguiente, la afición á la fiesta nacional, levantáronse en distintos puntos del Reino plazas permanentes, y con tan constante ejercicio, se arraigó de tal modo en todas las clases, que las humildes servían, á pie, cerca del caballo, á los ricos y señores, más que por recompensa, por amor á la lidia, que era juego principal entre la nobleza, la cual tomó ejemplo de su Rey Don Carlos V, cuando alanceó un toro en la plaza de Valladolid, al nacer su hijo don Felipe.

Ya de aquí adelante fué mejorando mucho la lidia de los toros; ya no era la lucha bárbara que en algunos pueblos sostenía el abigarrado pue-

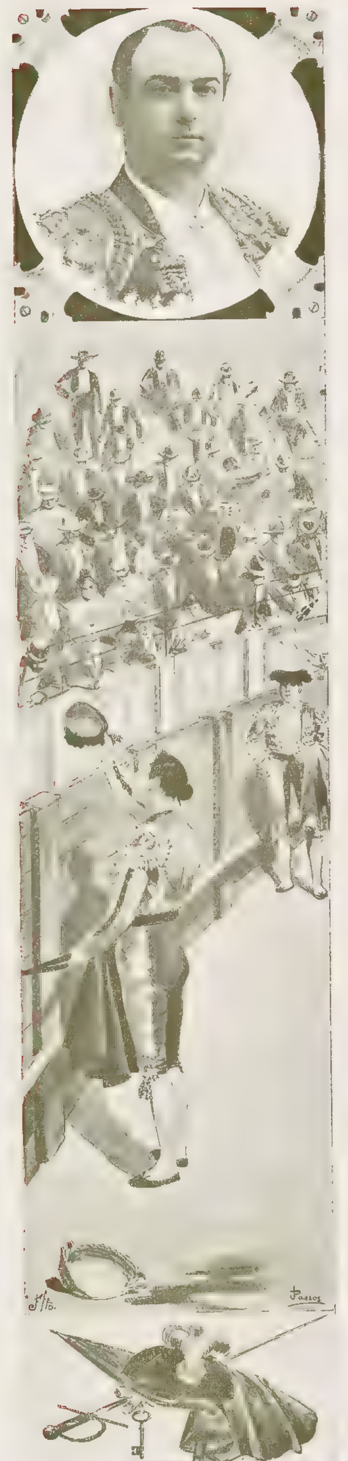





RECARGANDO



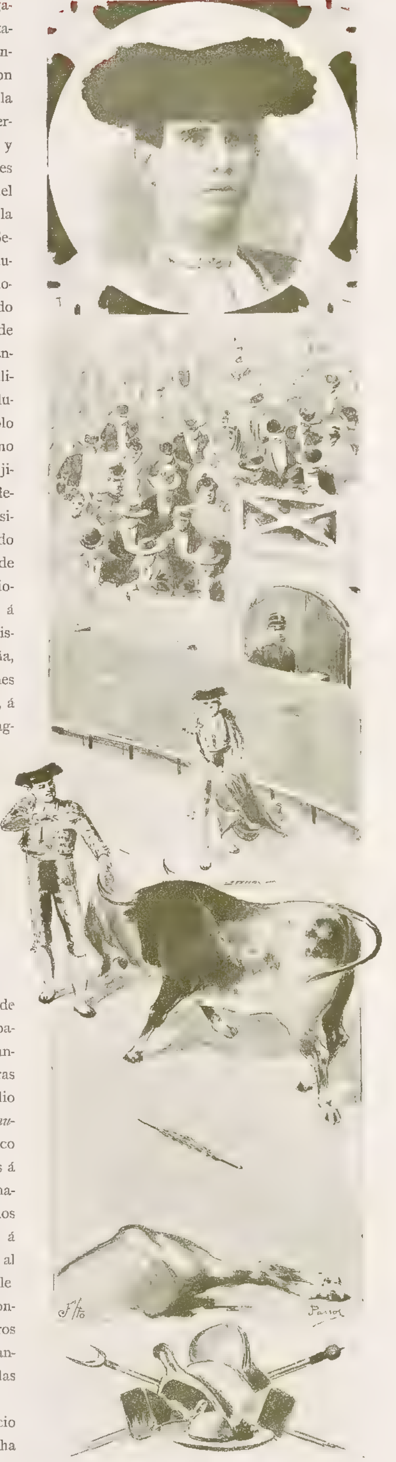

UNA BRONCA



blo, con picas, palos, lanzas, chuzos, azagayas y venablos; que los caballeros, á imitación de la leyenda del Cid, armados de punta en blanco, montando brioso bruto y con ponderoso lanzón, se iban ó esperaban á la indómita fiera, clavábansele y dábanla muerte, recibiendo luego los plácemes, vítores y aclamaciones de las damas, de los magnates y de la muchedumbre, para quienes aquel espectáculo era el colmo del valor, de la grandiosidad y de la expansión del alma. Sería interminable la lista de los príncipes, duques, marqueses y condes, que con otros nobles y fidalgos se dedicaron á tan elevado entonces, y admirado siempre, ejercicio de valentía y destreza: los caballeros maestrantes edificaron plazas donde lucir sus habilidades en la jineta y alanceando reses; y plumas muy bien cortadas escribieron no sólo «Reglas para torear á pie y á caballo» sino Tratados completos de «Ejercicios de la jineta», en que se comprendían indispensablemente, «Artes de torear» con rara minuciosidad, y algunos hasta con detalles del modo de cazar y acosar toros en América, á donde llevaron tal diversión los españoles. Posesionada la grandeza del espectáculo, dióse á éste una importancia extraordinaria, y lo mismo en Castilla, que en Aragón, Cataluña, Navarra y Andalucía, en todas las ocasiones en que era necesario agasajar á la Corte, á príncipes extranjeros, ó á distinguidos magnates, era de rigor la celebración de «Corridas Reales» en que se desplegaba un lujo y una magnificencia, que, al leer hoy sus descripciones, asombran y dejan atónitos á cuantos las contemplan en su imaginación.

Esa gran época caballeresca fué desapareciendo poco á poco, al entrar á reinar Felipe V, que no gustaba de tales ejercicios: á los grandes de su Corte, substituyeron en los cosos gentes del estado llano, tanto á pie como á caballo, y en los años de 1720 al 1730, la lidia tomó otro carácter, apareciendo como notabilidad el célebre Francisco Romero, que daba muerte á las fieras con espada, frente á frente, y sin más auxilio que el artefacto que hoy conocemos por *muleta* en la mano izquierda. Entonces, ó poco después, empezaron á ponerse banderillas á pares, en substitución de los dardos y venablos; y bravos y forzudos jinetes, llamados varilargueros, hoy picadores, empezaron á usar la garrocha como vara de detener al toro en su impetuosa acometida: quedó relegada al olvido la lanza ó lanzón; y el rejoncillo, destinado únicamente á los caballeros en plaza para que, como es de costumbre antigua y sigue siéndola, rompan algunos en las Funciones Reales á la antigua usanza.

Puede decirse que desde el segundo tercio del último siglo, el toreo es *un arte* que ha





ido adelantando con las lecciones de la observación y de la experiencia; por que, si bien, como ya va dicho, en siglos anteriores había preceptos que observar y jinetes á quienes admirar, eran muy distintas las suertes, y el espectáculo, por lo común, menos regularizado.

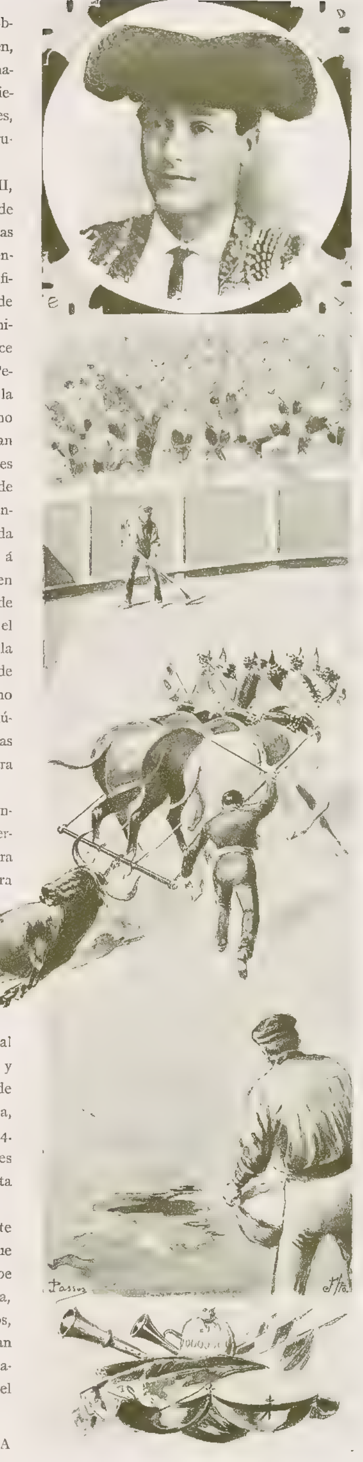
A pesar de esto, el Rey Don Carlos III, cuando vino á España, en Real Pragmática de 9 de Noviembre de 1785, prohibió las corridas de toros, pero «como si no», que dice la gente baja, dejaron de celebrarse pública ú oficialmente, más en los pueblos, en quintas de recreo, y en edificios cuya capacidad lo permitía, siguieron y continuaron, pues, como dice el renombrado literato don Santos López Pelegrín, la prohibición exasperó de tal modo la afición, que casi era epidémica, y el mismo Rey, antes de tres años, ordenó que con gran magnificencia se verificasen Corridas Reales de toros, para solemnizar el casamiento de Carlos IV y María Luisa. No dejaron desde entonces de celebrarlas los españoles en toda España: sin embargo, el favorito Godoy, á nombre del Rey Don Carlos IV, expidió en Aranjuez una Real cédula á 10 de Febrero de 1805 prohibiéndolas en absoluto en todo el Reino, y aunque el intruso Rey José alzó la prohibición, lo cierto es, que con motivo de la guerra de la Independencia, menguó mucho la afición española, que asistía en corto número á las corridas, á pesar de que algunas las costeó de su peculio el Rey francés, para atraerse simpatías que no pudo alcanzar.

Concluyó felizmente la guerra con los franceses, y á España volvió el Deseado Rey Fernando VII, que en 1814 mandó suspender otra vez esa fiesta tan querida. Clamaron contra determinación tan poco meditada, todas las clases sociales, y al año siguiente (1815), resucitaron esas funciones de gratísimo solaz para los habitantes de la Península Ibérica.

Luego, al mismo tiempo que en Portugal se verificaban con igual entusiasmo, se creó y fundó en Sevilla por Real orden de 28 de Mayo de 1830 una escuela de tauromaquia, que fué extinguida en 15 de Marzo de 1834. Duró poco, pero de ella salieron excelentes discípulos, que han enaltecido el arte hasta un punto inconcebible.

Tal como está hoy (exceptuando la suerte de picar que ha perdido mucho), parece que no es posible adelante más: pero, ¿quién sabe de lo que son capaces los hijos de España, que por propensión esforzada de sus ánimos, ó por su innato afán de combatir, ponen tan en uso su audacia y atrevimiento, que ha pasado en ellos la temeridad á disciplina y el peligro á placentera diversión?

J. SANCHEZ DE NEIRA



ANGEL LIZCANO




PEPE HILLO Y SU CUADRILLA, ENTRANDO EN LA CAPILLA DE LA ANTIGUA PLAZA DE MADRID

# CABALLEROS EN PLAZA

Las corridas, llamadas hoy vulgarmente de caballeros en plaza, son una triste parodia, una especie de burda mascarada de las corridas de la antigüedad.

El *honor* y la *dama* constituía el caballeresco lema de aquellos próceres de la Edad Media, que en el campo del combate buscaban tierras con que engrandecer su propiedad, y en los ojos de la hermosa castellana, fuego para encender sus deseos y templo á donde consagrar el culto de su amor.

El arte taurómaco con reglas fijas, ha venido á substituir la antigua arrogancia que prestaban la temeridad y el denodado valor.

En las corridas, llamadas reales, para obsequiar á monarcas ó personajes extranjeros, y en las fiestas con motivo del casamiento del rey ó del nacimiento de un príncipe, se acostumbra á lidiar toros con caballeros en plaza.



Los caballeros, es de ley que vayan á los medios de la plaza á hostigar al toro con el rejón en la mano.

La fiera arranca como un rayo, y el caballero debe sesgar el caballo lo suficiente para sacarle ileso clavando la aguda flecha, cuyo chasquido al quebrarse, se confunde con las palmas, premio del valor.

El precioso grabado que ilustra esta página, original del distinguido dibujante don José Passos, da idea exacta de lo que son hoy los caballeros en plaza, del traje que usan en la brega y del riesgo y lucimiento de la suerte de rejonear.

Suerte que, como hemos dicho antes, recuerdan nuestros palenques y torneos, y pinta el arrojo temerario de nuestro pueblo.

En otro lugar de este número damos *La fiesta de toros en Madrid*, preciosas quintillas del célebre don Nicolás Fernández de Moratín en las que se describe una famosa corrida de aquellos tiempos heroicos.

Es una leyenda interesante, que encuadra perfectamente aquí, y que no creemos que sea muy conocida al público.



DE LA TIERRA DE MARIA SANTÍSIMA, por J. LLOBERA.

# SIEMPRE NUEVO

Lo es y lo será eternamente el grandioso prólogo de la fiesta más genuinamente española, el encantador espectáculo que ofrece la abigarrada muchedumbre los días de corrida, encaminándose al circo taurino, donde realizan poco después gallardas proezas un puñado de hombres que desprecian la vida, ó por lo menos la arriesgan gustosos á cambio del aplauso de la multitud ó de la mirada de unos ojos enloquecedores.

No, no busquéis nada que siquiera se asemeje en grandiosidad á esos preliminares de la más española de las fiestas.

No os molestéis en hallar parecido á ese cuadro, cien veces esbozado, y nunca perfectamente concluído...

Visitad el teatro en noche de gran acontecimiento, y encontraréis, sí, la belleza hermanada con el lujo, la elegancia unida á la distinción... Pero todo ello rígido, fuertemente cohibido, duramente correcto.

Acudid al Hipódromo en los días señalados al *sport* hípico, y observaréis casi los mismos tonos que en el teatro, con la única diferencia del incentivo que el juego (no siempre noble), proporciona.

Seguid curioseando cerca de los infinitos espectáculos, más ó menos cultos, inventados para recreo del espíritu... En todos ellos encontraréis, indudablemente, algo que os distraiga, algo que os haga olvidar miserias de la vida... Pero, sed francos: no ocultéis la verdad en vuestras observaciones, y habréis de confesar necesariamente, que el prólogo del taurino festejo, es superior á aquellos, en detalle y en conjunto.

. . . . . . . . . . . . . . .

Madrid... Calle de Alcalá... Día de corrida...

Nobles y plebeyos, ricos y pobres, entusiastas é indiferentes, democráticamente confundidos, marchan en dirección al coso.

Arriba, luz esplendorosa, aromas penetrantes... Abajo, gritos del alma traducidos en geniales galanterías dedicadas á la gentileza de la mujer española... Tintineo de campanillas... Chasquidos de tralla...

Por todas partes balumba inmensa de carruajes de mil modelos, desde el elegante y costoso tren al mísero *simón*, rodando todos vertiginosamente como si las bestias que los arrastran se enorgullecieran de contribuir á tal entusiasmo...

Cuerpos gentiles y jacarandosos... Caras terriblemente tentadoras, con ojos asesinos, cuyos dardos se escapan á través de los encajes de la clásica mantilla...

¡Ah! ¡No lo dudéis! ¡No hay nada semejante!

Es algo así como una obra eminentemente genial y grandiosa, á la que contribuyera Goya con los colores más vívidos de su paleta, Barbieri con las combinaciones más armónicas de su inspiración, y Zorrilla con los conceptos más hermosos de su rica imaginación oriental...

ANGEL CAAMAÑO



# LA FIESTA DE TOROS EN MADRID

Madrid, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso
Por ser el natal dichoso
De Alimenón de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar,
Por si la puede ablandar
El corazón de diamante

Pasó, vencida á sus ruegos,
Desde Aravaca á Madrid;
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y prescas,
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas:
Las más apuestas doncellas
Que España entonces tenía

Aja, de Jetafe vino,
Y Zahara la de Alcorcón,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabón.

Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llevó á asombrar á Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
Dos, cada cual más hermosa;
Y Fátima la preciosa,
Hija de Alí el alcadí.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende á ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afiligranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafiles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros más principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama
Por sus peces, de Viveros,

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel día;
Y en la fiesta que gozó,
La popular alegría
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril,
Y á Tarfe tiró por tierra,
Y luego á Benalguacil;
Después con Hamete cierra,
El temerón de Conil.

Traía un ancho listón
Con uno y otro matiz
Hecho un lazo por airón,
Sobre la enhiesta cerviz
Clavado con un arpón.

Todo galán pretendía
Ofrecerle vencedor
A la dama que servía;
Por eso perdió Almanzor
El potro que más quería.

El alcaide muy zambrero
De Guadalajara huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.

Todos miran á Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar;
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparía,
Va á ponérsele delante·
La fiera le acometía,
Y sin que el rejón la plante
Le mató una yegua pía.

Otra monta acelerado·
Le embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de á pie que encontrara;
El circo desocupado;
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve á salir
La plebe grita indignada,
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega
Y está en medio el toro fijo;
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega
Hincó la rodilla y dijo

«Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear á un toro
Un caballero cristiano

Mucho le pesa á Aliatar;
Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar,
Porque en tan solemne fiesta
Nada se debe negar.

Suspenso el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero;

Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube.
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes
De una cristiana primores,
En el yelmo los plumajes,
Por los visos y celajes
Verjel de diversas flores.

En la cuja gruesa lanza,
Con recamado pendón,
Y una cifra á ver se alcanza
Que es de desesperación,
O á lo menos de venganza.

En el arzón de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla,
Y el mote dice á la orilla
*Nunca mi espada venciera*

Era el caballo galán,
El bruto más generoso,
De más gallardo ademán;
Cabos negros, y brioso,
Muy tostado, y alazán

Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices dilatadas,
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
Que da Betis con tal fruto
Pudo fingir el deseo
Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor:
Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor.
¡Alah te salve! decían,
¡Dete el Profeta favor!

Causaba lástima y grima
Su tierna edad floreciente:
Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar,
Vertiendo pomos de olor,
De jazmines y azahar.

Más cuando en medio se para,
Y de más cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara,
Y así la dice, y suspira

Señora, sueños no son;
Así los cielos vencidos
De mi ruego y aflicción,
Acerquen á mis oídos
Las campanas de Leon,

Como ese doncel, que ufano
Tanto asombro viene á dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.

Sin descubrirle quien es,
La Zaida desde una almena
Le habló una noche cortés
Por donde se abrió después
El cubo de la Almudena:

Y supo que fugitivo
De la corte de Fernando,
El cristiano, apenas vivo,
Está á Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca
Con frecuentes correrías,
Y todo en torno la cerca,
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca

Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones,
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pie,
Y sus doncellas detrás
El alcaide que lo ve,
Enfurecido además,
Muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero;
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate crüel:
Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado;
Y al rededor le ha observado
Sin moverse de un lugar

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda,
De tal suerte le embistió;
Detrás de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada;
Segunda vez acomete,
De espuma y sudor bañada,
Y segunda vez le mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heroico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido;
El suelo huele y le moja
En ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
La diestra oreja mosquea,
Vase retirando atrás,
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu más.

El que en esta ocasión viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuanto la cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo,

Ni llama así fulminante,
Cruza en negra obscuridad,
Con relámpagos delante,
Al estrépito tonante
De sonora tempestad,

Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza;
Mas rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecía
Que honda mina reventó,
O el monte y valle se hundía.

A caballo como estaba
Rodrigo el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó,
Y á los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos,
Le alarga á Zaida, diciendo.
«Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto dón admitiendo,

Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertid
Que á mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.»

Ella, el rostro placentero,
Dijo, y turbada: «señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.»

Y besando el rico dón,
Para agradar al doncel
Le prende con afición
Al lado del corazón,
Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se ve;
Y trémulo y amarillo,
Sobre un tremecén rosillo
Lozaneándose fué.

Y en ronca voz, «castellano,
Le dice, con más decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra,
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.

Así, dijo el de Vivar,
Respondo, y la lanza en ristre
Pone, y espera á Aliatar;
Mas sin que nadie administre
Orden tocaron á armar.

Ya fiero bando con gritos
Su muerte ó prisión pedía,
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompetería.

Entre la Moncloa y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó,
Se acercó, oyó el alboroto,
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir
Por la puerta á su señor
Y Zaida á le despedir,
Iban la fuerza á embestir:
Tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó, disimulando;
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

Y es fama, que á la bajada
Juró por la cruz el Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane á Madrid.

NICOLÁS FERNANDEZ
DE MORATIN




SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: *La castañera*, cuadro de Luis Graner.

PÁGINAS EN COLOR: *S. A. R. la infanta Isabel*, fotografía iluminada de A. Debas, de Madrid; texto alusivo, por Salvador Carrera.
*Regalo de R[illegible]*, cuadro de Sans Castaño.
*El consejo de la modelo:* cuadro premiado, por A. Gil.
*Los reyes magos:* cuadro de J. Cusachs, con texto alusivo.

PÁGINAS EN NEGRO: *Ciencia y vida*, por Zeda, ilustraciones de J. Cuchy.
*El último aguinaldo:* por Ruíz López.
*La adoración de los reyes:* dibujo por Pahisa.
*Las lagunas pontinas:* cuadro de Enrique Serra, reproducción directa.
*Debilidad:* por Rafael M. Liern. †
*El salto del paje* (Tradición), por García del Real, ilustraciones de Pellicer Monseny.
*En boca cerrada:...* por A. Sánchez Pérez.

MOSAICO.

REGALO: Un precioso figurín en colores.

Llamamos la atención de nuestros lectores acerca del prospecto que acompaña á este número, en el cual hallarán el juicio que la prensa de España ha tenido á bien emitir respecto á nuestra publicación.

Estamos altamente agradecidos á nuestros colegas, y les mandamos la expresión de nuestro profundo agradecimiento, reiterándoles nuestros respetos y ofreciendoles nuestra adhesion

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

ALMANAQUE DE BARCELONA CÓMICA PARA 1898.—Hemos recibido el bonito almanaque que publica este popular semanario, y que se vende al precio de *una* peseta en los sitios de costumbre. Lo recomendamos á nuestros lectores y damos las gracias al colega por su envío.

DR. P. MANAUT. -*Condiciones higiénicas que han de reunir las* ESCUELAS *destinadas á la primera enseñanza.* — Memoria premiada por la Academia de Higiene de Cataluña, en el concurso celebrado por la misma, en el año 1894.—Barcelona, tipografía «La Académica», 1896.

En esta sección, daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, haciendo un sucinto juicio crítico de los que se nos manden dos ejemplares.



Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Pujadas.

¡CHIPEN! por XAUDARÓ



—¡Vaya por *osté* y sus *crompatiotas!* ¡olé!



—¡María *Zantizma!*...



—*Osté* perdone, señor de torero. Mi parece que mí haber puesto aquí una equivocación. ¿*Osté* haber dicho recibir chipén ó recibir chichón?

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia 311, Barcelona




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ∞ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ∞ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTICULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II | BARCELONA, 9 DE ENERO DE 1898 | NÚM. 8

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA * V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira. -Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco. -Vicente Blasco Ibáñez. —Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor. Rafael del Castillo. — Mariano de Cavia. Martín L. Coria. -Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray. Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*. -Carlos Fernández Shaw. -Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.— Pedro Gay.— José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*. -Jorge Isaachs. -Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida. -F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce. -F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. — Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda. -Benito Pérez Galdós.— Felipe Pérez y González. — Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión.— Angel Rodríguez Chaves. —Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín. -Antonio Sánchez Pérez. -P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.— Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha. -Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.— Luis Alvarez. -T. Andreu.— José Arija.—Dionisio Baixeras.— Mateo Balasch.— Laureano Barrau. -Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull. -F. Brunet y Fita.—Cabrinety. -Ramón Casas. -Lino Casimiro Iborra. -José Cuchy. -José Cusachs. -Manuel Cusí. -Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez. -Juan Espina Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant. Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas. Agustín Lhardy. -Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo.—José M. Marqués. Ricardo Martí. -Tomás Martín. -Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía. -Méndez Bringa.—Félix Mestres. -Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—José Parada y Santín.—José Passos. -Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera. -Alejandro Riquer. -Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.— Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell. -Ricardo Urgell. -María de la Visitación Ubach. Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió. Fermín M. Alvarez. -Tomás Bretón.—Ruperto Chapí. Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero. -Gerónimo Giménez.—Salvador Giner. -Manuel Giró.—Juan Goula. Enrique Granados. -Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert. -Luis Millet.—Enrique Morera. Antonio Nicolau. -Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

¿AGUA? por XAUDARÓ.



Se acabó... el anís...



... ni una gota...



... pues señor... ¡Qué triste... es esto!



Tan triste... que se me cae la baba...



Estoy por suicidarme... la ventana... está alta.. piso tercero..

# S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL

En el regio alcázar de Madrid, donde nació; fraternalmente unida con la cariñosa madre del más joven de los actuales monarcas; indentificada con ella en ideas y sentimientos, tiene su residencia una dama ilustre, de todos respetada y por muchos bendecida.

Hija de reyes, ostentó el título de princesa de Asturias, que corresponde á los herederos de la Corona, hasta que vino al mundo el duodécimo Alfonso, y recobrólo cuando éste empezó á reinar, para transmitirlo después á la candorosa niña que lo honra en la época presente.

Casada en la primavera de su vida y pocos meses antes de aquel Septiembre tan aciago para la dinastía borbónica; tuvo que pasar la luna de miel en territorio extranjero, bajo un cielo menos despejado y sonriente que el de su patria; cielo que volvió á ver con los ojos preñados de lágrimas, pues, durante su destierro, el pérfido destino había cerrado para siempre los de su esposo.

Aparte de los vínculos que enlazan á la Reina y á la Infanta, su mutuo cariño se acrecentó luego con la común desgracia, y se quieren... porque allá, en el fondo del corazón, conservan ambas la misma herida; porque las dos vistieron en edad temprana las tristes tocas de la viudez; si bien á la primera quedóla el consuelo de la maternidad, desconocido para la segunda.

Tan acendrado afecto, tan delicada armonía existe entre las augustas cuñadas, que la opinión general, siguiendo ese laudable ejemplo, al rendir homenaje á la una, no se olvida de la otra; estimando por igual las revelantes dotes de que están adornadas.

Cuantos obtienen la alta distinción de ser recibidos por Su Majestad, creerían faltar á un deber sagrado, si salieran de Palacio sin cumplimentar á Su Alteza.

Y á fe que son bien merecidos todos los agasajos que á ésta se tributan, y aun pálidos, comparándolos con la bondad de su alma y con su privilegiada inteligencia.

Dotada de varonil entereza, la entusiasman las empresas atrevidas, las lides del progreso, y las manifestaciones del saber; hallándose dispuesta á prestar su poderoso concurso, siempre que éste contribuya al engrandecimiento del país.

Dando continuas muestras de exquisita sensibilidad, acude solícita á donde su mediación resulte beneficiosa, así en las calamidades públicas como en los infortunios privados; ya se trate de recompensar el mérito, ya de ejercer la caridad, abre su pródiga mano, sirviendo de estímulo á los que pueden y deben imitar su generoso proceder.



Encarnado en ella el sentimiento de lo bello y noble, rinde á las artes ferviente culto; su gabinete particular es un museo de inapreciable valor.

El músico, el pintor, el poeta, tienen una buena amiga y una constante protectora en la egregia dama; la cual de fijo, aprecia más, su compañía, que la de muchos magnates á quienes sólo recomiendan las riquezas y los blasones.

Para la Infanta Isabel, el talento constituye la mayor grandeza.

Al que estas líneas escribe, cúpole la satisfacción de apreciar por sí mismo, repetidas veces, el singular ingenio y la suma afabilidad de la ilustrada princesa que, lejos de imponerse con aparatosas formas ó altaneros alardes, ha sabido, sin menoscabo de su preclaro origen, conquistar universales simpatías y popularizar la fama de su valimiento personal, muy superior al adquirido por méritos de la cuna.

Todavía resuenan en mis oídos las halagüeñas frases con que en varias ocasiones, después de visitar nuestra Exposición Universal, me pintó, con expresivo y sincero entusiasmo, la admiración que sentía por Cataluña; elogiando la cultura peculiar de sus hijos, maravillándose de sus transcendentales iniciativas y gozándose en sus sorprendentes triunfos.

Aquellos actos de justicia á que, por lamentables apreciaciones, no nos tienen acostumbrados, enardecieron de tal suerte mi orgullo provinciano, avasallaron de tal modo mi voluntad, que acabé siempre por besar con profundo agradecimiento, la delicada mano de la magnánima señora, cuando al descender hasta la mía, honraba tan noblemente la hermosa tierra en que he nacido.

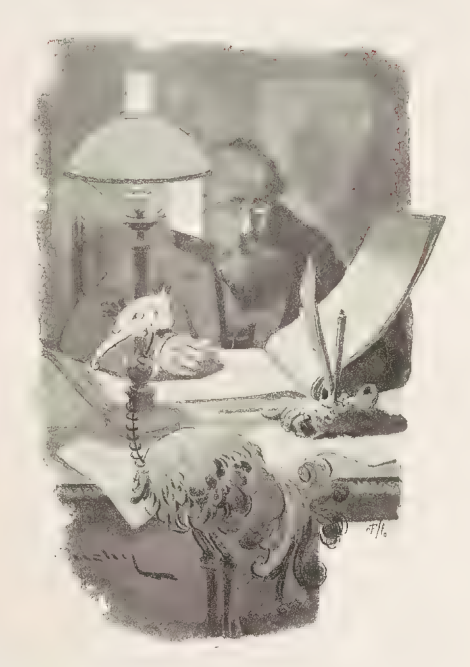
Desde entonces, el respeto que por su proximidad al trono me inspiraba, raya en veneración.

Poco soy y nada significo; pero, dentro de la humilde esfera en que se agita mi insuficiencia, pregono en voz alta é íntimamente convencido, que la Infanta Isabel es uno de los más ricos florones que han adornado la Corona de España.

Salvador CARRERA

Fotografía de F. Debas

# CIENCIA Y VIDA



No ha existido ni existe hombre tan sabio como el doctor López: cuanto encierra la ciencia en sus más recónditos archivos le era tan familiar como al avaro su tesoro. ¿Qué suceso próximo ó remoto, transcendental ó insignificante se escapaba á su penetración histórica? Dijérase que había vivido en la edad de piedra: tan bien conocía hasta los más insignificantes pormenores de la existencia troglodita; lo mismo recitaba él los nombres de los reyes de las dinastías egipcias que los niños de nuestras escuelas los de los monarcas visigodos; leía de corrido la escritura cuneiforme y la jeroglífica, la sanscrita y la hebrea; hablaba y escribía en griego como Homero y Tucídides, en latín como Virgilio ó Cicerón, en toscano como Dante, en alemán como Goethe, en inglés como Byron, en francés como Fenelon, en castellano como Cervantes. Su filosofía era el resumen sintético, y además purgado de todo error, de cuanto han adivinado los más grandes pensadores desde Platón hasta Kant y desde Hegel hasta Herbert Spencer. La Place, Leverrier y el P. Sechi eran, comparados con él, medianos astrónomos. Sabía cuanto se puede saber, y algo más, de los tres reinos de la Naturaleza. Hizo en Química no sé cuántos descubrimientos, y realizó en Mecánica verdaderas maravillas. En su cerebro se encerraban más conocimientos que en la más copiosa biblioteca. No sólo « se había asomado á todas las ciencias », sino que en todas ellas había penetrado ni más ni menos que Pedro por su casa. Si á algún hombre pudiera dársele con verdad el nombre de « rey de la creación », era á aquel doctor, joven aun, de rostro pálido, de ojos tristes y apagados, frente calva y cuerpo enfermizo.

Inútil es decir que en su alma, ocupada toda por la ciencia, jamás hicieron su nido las ilusiones. Trataba siempre de averiguar lo que era la *cosa en sí* y despreciaba las apariencias; detestaba el arte, *que era,* según él, *una engañosa cobertura.* Ni le entusiasmaba la virtud ni le indignaba el crimen: crímenes y virtudes eran para él simples productos « como el vitriolo y el azúcar ». Ni el héroe merecía premio, ni el delincuente castigo. Nada de amor, nada de repulsión: conformidad pasiva ante todo lo que existe. Lo que es, debe ser: la lógica es la ley del Universo. Los espíritus superficiales se sorprenden del fenómeno porque ignoran sus causas; son como los salvajes á quienes aterrorizan los eclipses porque ignoran las leyes á que están sometidos los cuerpos celestes. En cambio, los hombres superiores de nada se sorprenden, todo lo perdonan, porque todo lo comprenden y todo se lo explican.

El doctor López nunca había sido joven: su alma era como esas flores prensadas entre las hojas de los libros. En la edad en que otros niños juegan á la peonza ó al marro, López aprovechaba las horas de recreo resolviendo problemas de matemáticas. Pasó los días de su adolescencia en los anfiteatros de Medicina, en los laboratorios, en las bibliotecas y en las archivos. Antes de cumplir los diecisiete años había publicado obras magistrales, y aun estaba su rostro virgen de la navaja del barbero, y había ya derrotado en ruidosa polémica teológica á dos obispos y no sé cuántos doctores.



Desconocía en absoluto los goces del amor. El sentido de esta palabra era una incógnita que nunca había tratado de resolver. Casto como un anacoreta, indiferente á la belleza femenil, hubiérase creído que no era hijo de mujer, sino una especie de *homunculus* fabricado por arte mágico en la retorta de un alquimista.

Tocaba ya en las fronteras de la edad madura cuando un día...

***

Fué en lo más frondoso y escondido de un valle formado por dos altísimas montañas. Recorríalo el sabio á fin de comprobar no sé qué datos geológicos. Apenas le interesaba el hermoso paisaje que ante sus ojos se extendía. La contemplación desinteresada de lo bello es una de las formas del amor, y nada que al amor se semejase había en el corazón de López. ¿Qué le importaba la nieve virginal de las cumbres ni el verde esmeralda de los valles, ni los alegres caseríos diseminados por las laderas, ni los giros caprichosos de agua que espumosa y con ruido bajaba hasta lo más hondo del valle saltando de peña en peña? Lo que le tenía absorto y como en éxtasis eran unos cuantos pedruscos que sin duda debían de revelarle hondos secretos geológicos.

De repente, al levantar la vista vió surgir en la desembocadura de una cañada una mujer deslumbrante de hermosura y de sana belleza. Tendría la hermosa como veinte años y eran negros y rasgados sus ojos, obscuros y abundantes sus cabellos, encendida como fresa madura la boca y morena y aterciopelada la epidermis de sus mejillas. Sus bien contorneadas caderas, su alto y duro pecho y el nacimiento de su pierna, hacían pensar en la mujer de seno fecundo, destinada por Dios á ser manantial de innumerables existencias sanas y fuertes.

El sabio al verla dejó caer las piedras que un momento antes ocupaban toda su atención. Un estremecimiento para él desconocido circuló como una corriente eléctrica por todas las fibras de su ser. Ella, por su parte, le miraba con desdeñosa curiosidad. La diferencia entre ambos no podía ser mayor: ella era la juventud, la salud, la personificación de la alegría de vivir; él, la imagen de la decadencia física; ella parecía el comienzo de una raza; él, el vástago raquítico de una generación agotada.

La joven, después de mirar breves instantes al sabio, le volvió la espalda y emprendió su camino al través del valle.

—¡Detente! —gritó el hombre.

—¿Qué quieres? —dijo la hermosa.

El doctor López vaciló un momento; circulaba por sus venas extraño fuego, nueva vida invadía todo su ser y le pareció que una primavera espléndida había brotado en torno suyo.

—Oyeme —dijo con voz temblorosa.—Hace un momento estaba ciego: te he visto y se ha hecho la luz en mi alma. Tú que eres la causa de lo que pasa en mí, díme, ¿díme qué es este deslumbramiento, este fuego que me quema, esta sed de mirarte?...

La joven lanzó una alegre carcajada que los montes lejanos repitieron.

—No te burles. Díme, ¿es acaso amor esto que siento?

—¡Amor!... No; tú no puedes sentir amor; tus ojos están apagados, tu frente se inclina hacia la tierra. ¿Cómo sostendrías en tus débiles brazos á la mujer amada para salvar los precipicios de estos montes? ¿Cómo la defenderías? ¡Si tú conocieras al amado de mi corazón! Pregunta por los caseríos de estos valles: alto como los pinos de las cumbres, recio como los robles de esas laderas. De fuego son sus ojos y de mieles sus labios. ¿Quién le aventaja en la carrera? ¿Quién derriba á los toros bravos con más brío? A su lado, aunque la tempestad remueva esos peñascos y el vendaval doble como cañas esas encinas y ahulle el lobo entre esos matorrales, yo duermo tranquila.

—Escucha. Hay una fuerza mil veces más poderosa que la fuerza de los brazos: la fuerza de la inteligencia. Me crees débil: te engañas. Con sólo quererlo yo, verías volar esas peñas hechas pedazos; con el agua que corre tranquilamente por ese cauce puedo hacer maravillas que te colmarían de asombro. Cuanto existe me obedece. Con mi mano que tú crees tan débil sujeto yo los rayos del cielo...

—¡Vete!

—En mi alma hay tesoros de ternura que tú desconoces. Te descubriré mundos de ideas y mundos de sentimientos. Yo te explicaré en virtud de que misterio te deleita el aroma de las flores.

—Me basta con disfrutar de su perfume.

—Te haré leer en el cielo azul como en un libro de clara escritura.

—Me basta con que las estrellas brillen en mis noches de amor.

—Te mostraré cuantos tesoros encierra la tierra y el mar.

—Y qué me importan á mí tus tesoros. ¿Por ventura has logrado tú con todo eso impedir que los cabellos huyan de tu frente, que tus ojos pierdan su brillo, que tu cuerpo se consuma. Mírate en el agua de ese arroyo... ¡Tu ciencia, tu sabiduría! Guárdatelos y déjame en mi ignorancia. Quiero gozar de mi juventud; quiero vivir. Vete; tu mundo no es este.

—¡Te amo! —gritó el sabio extendiendo sus brazos hacia la joven.

—Miróle ella con supremo desprecio y después lanzó un grito. Saltando de peña en peña fuerte y ágil apareció un hombre.

—¡Es él! — gritó, y corrió á su encuentro. La enamorada pareja se alejó



lentamente mirando de cuando en cuando con lástima burlona al pobre sabio, que después de un largo rato de penosa meditación lanzó un suspiro y recogió los pedruscos caídos en la orilla del arroyo cuyas aguas parecían estremecerse de gozo por haber tenido entre sus cristales la imagen de la hermosa.

ZEDA

Ilustraciones de J. CUCHY

# DEBILIDAD

Román delira por la literatura dramática.

No está abonado á ningún teatro, pero concurre á todos.

Antes faltaría el sol, que dejase él de asistir á *un estreno*.

Corazón ardiente y opasionado, tiene aún el buen gusto de entusiasmarse con las brillantes frases de Echegaray y conmoverse al escuchar las esculturales de Sellés.

De pronto, este devoto del *arte clásico*, dejó de ir no solamente al teatro Español, sino á todos los demás de la Corte.

Su ausencia de los templos literarios, que empezó á prolongarse más de lo regular, me *intrigó* fuertemente é hizo brotar en mi corazón el deseo de celebrar con Román una INTERVIEW.

Almorcé con él en su casa el otro día: estábamos solos en el comedor. La ocasión no podía ser más propicia. ¿Por qué no vas á los teatros? le dije.

—Te lo voy á decir. La culpa de mi ausencia la tienen los sombreros; desde que impera esa moda, está uno condenado á no ver ni una representación.

—¿No basta con oirlas?

—No; apreciar el gesto del artista, entra por mucho en el efecto que el ánimo recibe. No es lo mismo oir á Gayarre desde una butaca del Real, que oirle por medio del fonógrafo. Pues verás. Yo, que no soy rico, distribuía mis gastos de manera, que asistiendo sin faltar á ninguno de los puntos donde *va todo Madrid*, aun ahorraba alguna cosilla. Dejé mi fila sexta del Real, porque á la quinta se abonaron unas señoras que llevaban á la cabeza entre las tres más de diecisiete plumas y docena y media de pajarracos. El sombrero más sobrecargado era el de la madre. Llevaba la jamona sobre su cabeza un *Ripert*, materialmente, un coche del tranvía, un carro de mudanza de los de Federico Delvieur. Yo no *veía* ni siquiera una ópera; cambié de fila una vez y dos y veinte. ¡Todo inútil! Siempre en la anterior encontré *reductos inexpugnables* de sombreros monstruos. Y dejé de ir al Real, como por idéntica causa me ausenté de Apolo, de la Comedia, de la Zarzuela, en fin, de todos los teatros. Las salas de todos ellos han dejado de serlo, y se han convertido en escaparates de *sombrerería femenina*. ¿Por qué, decía yo, cuando al levantar el telón se descubren todos los hombres, no se descubren asimismo las señoras, echando sobre sus rodillas el peso de sus cabezas?

—Hombre, por algo las señoras son bello sexo.

—Sí, para fastidiar al sexo feo en todos los teatros. Por fin tuve una gran inspiración. ¿Cómo evitar, dije para mí, que entre mis ojos y el espectáculo se interpongan esos montes de verdura inanimada y de pájaros disecados? Ya lo sé. Abonándome en primera fila. Fuí desolado á todos los teatros. ¡Viaje inútil! Todas las primeras filas estaban abonadas por aburridos, como yo, que me habían ganado la mano. Sólo en la Comedia encontré una noche una butaca libre y la *aboné*. Pero, ¡ay de mí! supe que se había quedado libre porque asistía al puesto que ocupa el sexteto, una familia de señoras con sombrero. Perdí el dinero del abono y no parecí más por aquel teatro.

Desde entonces me dediqué á ir á los toros exclusivamente, y á *la barrera*, para no tener sombreros delante, y por ser el único punto donde suele verse alguna mantilla que otra. No me verás más en los teatros; yo te lo juro.

Se acabó el almuerzo y me retiré.

Han pasado seis meses. Y ¡asombro de los asombros! Recibo una carta de Román, cuya síntesis es esta:

«Me caso; he encontrado mi media naranja; es mi novia una de las abonadas á la quinta fila del Real. La hija mayor del *sombrero grande;* etcetera, etc.»

¿Y qué dicen ustedes que es lo primero que le ha regalado? ¡Un sombrero *monumental* con dieciocho plumas y catorce pájaros!

Rafael M.ª LIERN †

F. SANS CASTAÑO



REGALO DE REYES

A. GIL



EL CONSEJO DE LA MODELO

# EL ULTIMO AGUINALDO

Nadie hubiera reconocido en aquella anciana decrépita — continuó diciendo el sacerdote — á la mujer alegre, coloradota y robusta de otro tiempo. A mí me costó no poco trabajo recordarla. En dos años había cambiado asombrosamente. El círculo morado de sus ojos, que coronaban pobladas cejas blancas, hacían efecto singular en aquella cara chupada y pálida. La vejez había entrado en aquel cuerpo á paso de carga arrollándolo todo; todo menos los ojos que brillaban de manera intensa, como si la vida se hubiera reconcentrado en aquellas concavidades. El cuerpo había perdido esbeltez y agilidad; y andaba encorvada arrastrando los pies rebeldes á sostenerla... ¡Apenaba ver aquella ruina humana!

Cuando entró en mi despacho, la invité á que se sentase á descansar y la pregunté por la salud.

—Ya usted ve, señor, ya usted ve: muriéndome y alegrándome de que la muerte esté tan cerca. Sin duda Dios me ha escuchado.

Y rompió á llorar como chiquilla castigada con dureza.

La contemplé con lástima, sin atreverme á preguntarle la causa de aflicción tan grande. Me daba miedo sondear aquel corazón que rebosaba amargura y procuré consolarla con palabras, con esas palabras de *consuelo* que la vanidad humana ha creído que sirven para algo.

—Gracias, señor, gracias — me dijo. — Agradezco la buena intención, pero nada es bastante á consolarme desde que se le llevaron.

Entonces me acordé de que la mujer tenía un hijo, muchachote fornido y rebosando salud.

Iba á preguntarle por él, cuando continuó:

—Hicimos cuanto estuvo de nuestra parte para que no se lo llevaran; fuí llorando á todo el mundo, pidiendo compasión, diciendo que era mi único sosten, que no tenía á nadie en el mundo más que á él y que si me le quitaban, yo, mujer y anciana, no podría valerme. ¡Pero di con pechos de piedra! Mis lágrimas de nada sirvieron: necesitaban hombres para llevarles á esa maldita guerra y mi Jacinto era un hombre fuerte, que daba envidia y... ¡tuvo que irse, abandonando á su madre, porque lo mandaba no sé quién!

—Pero, ¿siendo usted viuda?

—Ese es el caso, señor, y ahí está la gran injusticia. Nosotros íbamos de buena fe, con el corazón en la mano... Dijimos que trabajando en la finquita todo el año, sacábamos lo bastante para vivir con mucha economía. Eso fué suficiente para que aquellos señores dijeran que, quedándome para vivir, tenía que marchar mi Jacinto... ¡Sólo se libraban los hijos de viudas pobres! Según aquello, yo era rica. ¡Rica —repitió riendo nerviosamente — y me quitaban el corazón y no tenía un puñado de duros para evitarlo!... ¡Cuántos afanes desde entonces! ¡Cuántas lágrimas!... Primero se lo llevaron á Madrid. Desde allí me escribía diciéndome que estaba contento; pero... yo no lo creía. Algunas letras borrosas me indicaban que allí había llorado mi hijo... Sobre aquellas lágrimas caían las mías y las cartas quedaban que no se podían leer. Lo que escribía la mano, lo borraba el corazón.

Vino un día el cartero, que esperaba yo siempre en las afueras del pueblo llena de angustia, y me dijo dándome una carta:

—Esta viene de Cádiz.

Me faltó aire para respirar: creí que iba á morirme.

La carta era de mi hijo. Había ascendido á cabo y se lo llevaban más lejos todavía: ¡a Cuba!

Aquel día no pude llorar. Algo me apretaba aquí en la garganta de modo brutal. Creí volverme loca. ¡Ya no volvería á verle!

Me pasaba las noches rezando a la Virgen de los Dolores; pero la Virgen no me oyó nunca! ¡No he vuelto á tener más cartas!

La anciana lloraba desconsoladamente... Yo no sabía qué decir para alentar un poco á aquel espíritu rudamente triturado por el sufrimiento. Quise probarle que las cartas se habían perdido, que su hijo estaba bueno y contento, con la esperanza de ver pronto á su madre.

Ella entonces, sacando un periódico arrugado y señalándome un extenso parte de Cuba:

—Lea usted — me dijo, mientras sonreía amargamente.

El parte daba cuenta de un glorioso hecho de armas. Gracias al brillante comportamiento del sargento Jacinto Torres, que herido desde al principio de la acción se mantuvo firme en su puesto durante diecisiete horas, aquel poblado no fue reducido á cenizas. Aquella resistencia inconcebible fué causa de que los refuerzos llegasen á tiempo.

Tenemos que lamentar la muerte de cinco soldados y la del héroe Jacinto Torres.

Como ha muerto en el poblado que defendió con tanta bravura, su entierro ha sido una imponente manifestación de duelo.

Descanse en paz el que ha sabido morir tan gloriosamente.

Esto, sobre poco más ó menos, decía el periódico:

Confieso, señores, que me sentí tan conmovido, que tuve que llamar en mi auxilio todas mis fuerzas para no llorar.

La pobre madre, estaba muy lejos de ser una espartana; lloraba desconsoladamente.

Contra dolores tan justos, no hay palabras. La debilidad humana hace muchas veces, que el recuerdo de Dios sea muy poco para calmar las grandes tempestades del espíritu. Dejé, pues, que pasara aquella violenta crisis, procurando al mismo tiempo dominarme.

—Oiga usted, señor cura,—dijo procurando contener el llanto.—Todos los años le daba á mi Jacinto un duro de aguinaldo; porque él, nunca tenía dinero. ¡Me daba cuanto ganaba! Este año, aunque todo se lo ha llevado la trampa, he reunido también el duro. Tenía esperanzas de que viniera y se lo gastara divirtiéndose mientras se acordaba de mí... ¡Me lo han matado en esa infame guerra! Dígale usted unas misas; rece usted por su alma... Este será el último aguinaldo.

Y viendo el sacerdote que las señoras lloraban, y que á nosotros nos faltaba muy poco para hacer otro tanto, cambiando de tono

—No hay que apurarse,—dijo.—También este año tendrá el héroe su aguinaldo. La madre fué á reunirse pronto con él y mañana aplicaré por los dos.

Todos los presentes fuimos á la Iglesia al otro día, y aseguro que no he visto en mi vida celebración del Santo Sacrificio más sencilla y más solemne.

Rafael Ruiz Lopez



LA ADORACION DE LOS REYES, por Pahissa.

# EL SECRETO DE NICOME

Si, como dicen algunos periódicos, ha muerto *Nicomedes Mijué*, me quedo y nos quedamos *per sæcula sæculorum* todos los amigos de Nicomedes, sin saber lo que era aquel chico.

Lo llamé mi amigo; pero ¿lo fué efectivamente? No lo sé.

Muchas veces me parecía que lo era y entrañable y sincero; en otras ocasiones se me mostraba huraño y hostil, con evidente propósito de mortificarme.

Y esto que acontecía conmigo sucedía con todos.

Vamos, que Nicomedes era un muchacho de los más extravagantes que he conocido en mi vida.

¡Y cuenta que los he conocido de más extravagancias!...

Su nombre era, como llevo dicho, *Nicomedes*. Pero ¿quién pronuncia con frecuencia y familiarmente nombre tan largo? Quisieron en su casa abreviar el nombre llamándole *Nico*, á lo que él se opuso resueltamente, por creer que con esa abreviación no quedaba perfectamente determinado el nombre verdadero.

«*Nico*, decía él, puede ser una especie de apócope de *Nico* demus, cuyo tránsito conmemora la Iglesia católica en el día 3 de agosto; *Nico* podrá conservar también una abreviación de *Nico* lás; y santos Nicolases hay varios.

*Nicolás*, peregrino, (2 de junio); *Nicolás*, mártir (13 de octubre); *Nicolás*, mártir, (30 de octubre); *Nicolás I*, papa y confesor, (13 de noviembre); *Nicolás* Albergato, (10 de mayo); *Nicolás* de Bari, arzobispo, (9 de mayo y 6 de diciembre); porque en ese día conmemora su nacimiento, y otro su exaltación al episcopado); *Nicolás*, Factor, confesor, (23 de enero, 5 de marzo y 23 de diciembre; un día el nacimiento, otro el tránsito á mejor vida, y otro la canonización); *Nicolás* de Longobardo, (3 de febrero); *Nicolás* de Tolentino, confesor, (10 de septiembre).»

«*Nico*, prosiguió diciendo Mijué, puede ser una variante de *Nico* n; nombre del cual hay otra de santo *Nico* n, mártir, (23 de marzo) y *Nico* n, monje, (26 de noviembre). *Nico* puede ser asimismo una representación abreviada de *Nico* n, trato homónimo del cual hay otra de santos y por añadidura mártires.

*Nicome* sólo puede ser abreviación de *Nicomedes*, que es un santo; un presbítero cuya exaltación á la santidad se solemniza en 15 de septiembre *mis días*.»

Y no hubo apelación; *Nicomes* tuvimos que nombrarle todos; menos los que en son de broma se permitieron nombrarle *Nicenas*. Lo cual no carecía de peligros, pues si la broma lo pillaba de mal humor, la emprendía Mijué á sopapos y á patadas con el bromista.

Esto lo contaban personas de su familia y camaradas y condiscípulos que habían tratado á Mijué desde niño.

Yo lo conocí, hombrecito ya, en el *Ateneo Científico y Literario de Madrid*, donde me lo presentó no recuerdo ya qué distinguido orador de la *cacharrería*.

*Nicomes* me pareció simpático, afable, comunicativo. Charlamos durante hora y media, y al separarnos ya nos tuteábamos y nos despedíamos, pegándonos, sin compasión alguna, sendos manotazos, á manera de espaldarazos.

Aquello no fué visto ni oído,

Habíamos penetrado uno y otro en aquel recinto sin conocernos; salíamos de él convertidos en amigos íntimos.

A los dos días lo encontré en el vestíbulo de un teatro y no me saludó; presumí que no me habría visto; me acerqué á él, le dí las buenas noches y apenas contestó, y aun eso muy fríamente, á mi saludo.

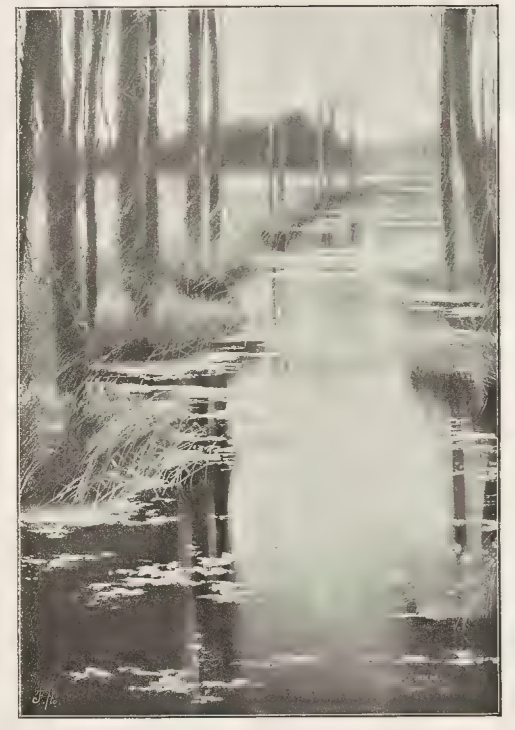
En la siguiente noche, topé con mi extravagante amigo al cruzar la calle de Sevilla y todo fué uno: verme y darme estrechísimos y fuertes abrazos, y empeñarse en que cenáramos juntos en *El Inglés*.

Y no hubo remedio; me vi precisado á cenar contra mi costumbre y contra mi costumbre también tuve que retirarme á casa á muy altas horas de la noche.

Y cuidado si estuvo expansivo el buen *Nicomedes*. Me refirió, su vida y no digo sus milagros, porque milagro no había hecho ninguno; me habló de sus amores con una muchacha muy linda y muy buena aunque de escasa fortuna, y con la cual, por eso mismo, pensaba él casarse; me confió sus sueños de poeta, sus aspiraciones de artista; había escrito un drama... pero un drama de los que vienen á *romper moldes* y á señalar nuevos derroteros al arte, y á descubrir amplísimos horizontes á la obra teatral; vamos, un drama como no se había visto otro.

Y al despedirse de mí aquella noche, me suplicó encarecidamente que nadie se enterase de las confidencias de que me había hecho depositario y de cuyos pormenores no estaba enterada ni su familia.

Estuve dos ó tres veces si le digo, si no le digo, lo que me había sorprendido su conducta de la noche anterior; pero por último, nada le dije,



LAGUNAS PONTINAS, por Enrique Serra.

presumiendo que podría haber sido una distracción pasajera; cualquier cosa.

No volví á ver á *Nicomes* en muchos días.

La primera vez que nos vimos después fué en la *Academia Española*. Era tarde de recepción. *Nicomes* pasó á mi lado, muy tieso, muy seriote, con una ligerísima inclinación de cabeza y un adiós entre protector y desdeñoso que no le habría oído el cuello de la camisa.

Ni el sitio, ni el momento me parecieron á propósito para explicaciones; pero confieso que estuve disgustado toda la tarde.

Comprendí que aquello era una puerilidad; pero no podía resignarme á tales y tan incomprensibles mudanzas.

No transcurrieron muchos días sin que recibiese una mañana la visita de mi amigo *Nicomes;* iba á leerme su drama, su obra *¿Conoclástica?* como él la nombraba.

La ocasión me pareció de perlas. Antes de comenzar la lectura, le rogué, con afectuosa firmeza, que me explicase lo que había de extraño en su comportamiento.

—Hombre, replicó él, ¿acaso estás tú siempre del mismo humor? ¿Hay, por ventura, en el mundo alguien que lo esté? No lo creo; si lo hay, no le conozco. La mayor prueba de confianza y de cariño que puede dar una persona á otra, es tratarle como se trata á sí misma. Días hay, muchos días, en que yo no puedo hablarme, ni verme, ni oirme; en ese día no quiero hablar, ni ver, ni oir á un verdadero amigo. ¿Para qué voy á darle mal rato? Y se lo daría si le hablase. Porque... el por qué es mi secreto; ya te lo revelaré uno de estos días.

Escuché el drama del cual sólo recuerdo ya que me pareció todo él un puro desastre.

Después he esperado pacientemente que Mijué me revelase su secreto.

Ahora leo en la prensa que ha fallecido el pobre. Dios lo haya perdonado, pero deploro que se haya llevado su secreto á la tumba.

Pero, ¿no es verdad que sin tener secretos, ni cosa que lo valga, hay muchos ciudadanos que en su trato variable se parecen á Nicomedes.

A. SANCHEZ PEREZ



# LOS REYES MAGOS

¡Cuántos recuerdos despierta en nuestra mente esa leyenda fantástica y misteriosa de los reyes magos, que tantas veces nos contara nuestra madre, al calor de su regazo, en las largas é interminables noches del invierno!

Nuestra débil inteligencia de niño, apasionada por todo lo misterioso y extraordinario, veía con los colores de la realidad á aquellos tres reyes, Melchor, Gaspar y Baltasar, caminando por montes y valles cubiertos de nieve, montados en gigantescos camellos, y seguidos de inmensa servidumbre cargada de cajas de cedro llenas de dulces y juguetes.

Aquellos tres personajes de luengas barbas, rico ropaje talar de vistosos colores, con corona de oro en la cabeza y cetro del mismo precioso metal en la mano, venían y vienen todos los años, de allá del Oriente, á festejar á los niños en conmemoración de los presentes que llevaron al Salvador del mundo, cuando yacía humildemente en el portal de Belén.

Entre los reyes viene uno negro, que es el que mayor respeto y hasta temor infunde á los infantes, á pesar de que ninguno puede tener queja de su comportamiento.

En fantástica procesión, que sér humano no ha llegado á ver nunca, recorren las calles de villas y de ciudades, de aldeas y villorrios, y van dejando, *á los niños que no lloran*, caballos y tambores, muñecas grandes y chicas, sables, cascos y golosinas.

Pero todo esto con una condición.

Hay que poner al balcón, ó á la ventana, ó junto al rescoldo de la chimenea, pues estos señores también entran por allí, un zapatito con paja para alimentar á los camellos que vienen cansados y hambrientos de tan largo viaje.

No importa que el niño viva en una guardilla, por alta que sea; los criados de los reyes llevan escalas muy largas que llegan á todas partes.

Los niños, esa noche, deben acostarse pronto y dormir tranquilos, porque si están despiertos, los reyes no vienen.

A los niños malos les ponen carbones, sin dejar por esto de llevarse la paja.

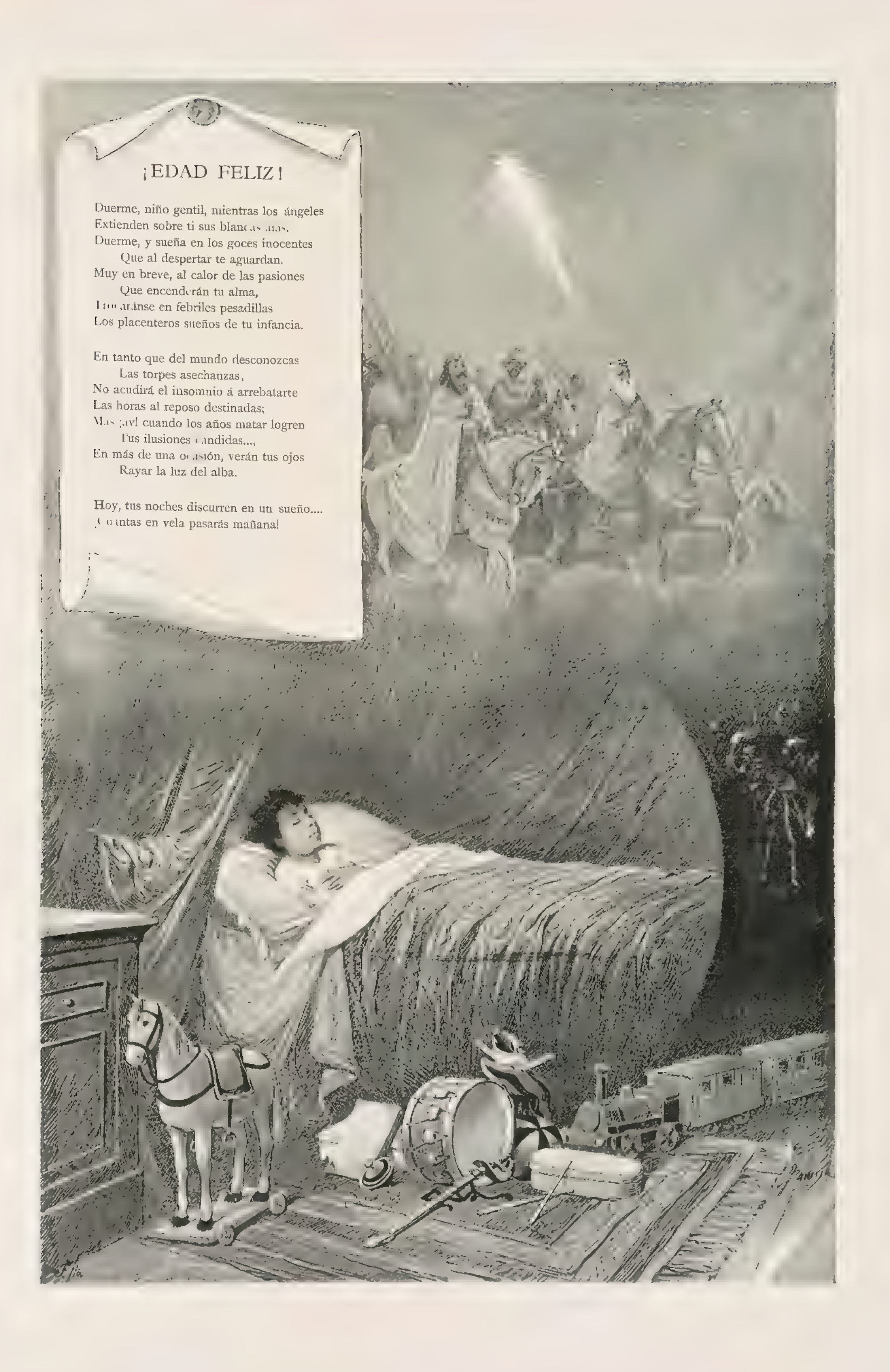
¡Cuán bellos ensueños!

¡Qué santas mentiras!

¡Qué engaños más buenos!

¡Cuán dichosos son los niños á quienes aun no ha habido ninguna mano infame que arranque la venda de sus inocentes creencias!

Los hombres sabemos más; ya nos han enseñado á reirnos de todo... pero reimos llorando.


¡EDAD FELIZ!
Duerme, niño gentil, mientras los ángeles
Extienden sobre ti sus blancas alas.
Duerme, y sueña en los goces inocentes
Que al despertar te aguardan.
Muy en breve, al calor de las pasiones
Que encenderán tu alma,
Tornaránse en febriles pesadillas
Los placenteros sueños de tu infancia.
En tanto que del mundo desconozcas
Las torpes asechanzas,
No acudirá el insomnio á arrebatarte
Las horas al reposo destinadas;
Mas ¡ay! cuando los años matar logren
Tus ilusiones cándidas...,
En más de una ocasión, verán tus ojos
Rayar la luz del alba.
Hoy, tus noches discurren en un sueño....
¡Cuántas en vela pasarás mañana!




# El Salto del Paje

LEYENDA DE ASTURIAS

I

No lejos de la renombrada estación de baños de Caldas, á una legua de Oviedo, y en la orilla izquierda del río Nalón, allí donde corre más profundo y reposado, confundiéndose su murmurio con el de la brisa, entre los árboles que le sombrean, los campesinos de la comarca enseñan al forastero una peña musgosa, fuertemente arraigada, y cuyo aspecto nada ofrece de particular sino las manchas rojo obscuras, casi negras que salpican el musgo.

Revela siglos de existencia aquella capa con que la naturaleza ha revestido á la roca.

El sitio es tan sombrío y la decoración de tan salvaje belleza, que desde luego impresiona al viajero, aun antes de conocer la terrible historia y la interesantísima leyenda que á tal lugar se refiere.

La primera vez que pasé por allí acompañábame un anciano de la próxima aldea de San Juan de Caces, y al observar que se detenía santiguándose, preguntéle el motivo:

— Esa peña es la del *Salto del paje*, — me respondió con tristeza, y una expresión no exenta de terror.

Y la mirada del sencillo aldeano después de fijarse un momento en el río y en su sombría ribera, cruzó por entre las altas copas de los árboles, y fué á detenerse en las torres del restaurado castillo de Priorio, que, á la distancia de un tiro de ballesta, álzase allá sobre un ribazo que domina el camino de Oviedo.

Volví á preguntarle si la historia del castillo tiene relación con la leyenda del paje, y me contestó:

— Es la misma. El paje quería á la hija de don Rodrigo y don Rodrigo era castellano de Priorio; un señor muy severo y muy orgulloso; pero podía perdonársele el orgullo porque todo lo cifraba en su hija... ¡Ah! ¡qué desgracia tremenda trajeron aquellos amores, caballero! ¿Ve usted esas manchas obscuras de la peña?

— Sí que sorprenden...

— Son de sangre...



II

Comprenderá el lector cuanto empeño pondría yo inmediatamente en averiguar todo lo que se refiere á la dramática historia que viene transmitiéndose de generación en generación entre los honrados habitantes de aquél país, y con la escrupulosa fidelidad de las más verídicas tradiciones.

No puede precisarse el año en que ocurrió, pero sí el siglo, que fué el XIV.

La ofrezco al público guardando la misma fidelidad en el fondo de la acción como en todos los detalles de importancia.

Retrocedamos, pues, á aquel siglo caballeresco, y en una hermosa tarde de Mayo penetremos por los frondosos robledales de la ribera del Nalón hasta acercarnos al castillo.

Así resguardados por la arboleda podemos presenciar como empieza el drama lo mismo que los testigos que lo transmitieron á nuestros antecesores.

Atraen en seguida nuestra atención los dos amantes, que se creen solos; ella, Irene, la hija de don Rodrigo, asomada á una gótica ventana del torreón de Oriente; hermosa como la encarnación del sueño de un poeta, y él, Pablo, el gallardo paje del Infante Don Alfonso.

El enamorado mancebo está oculto, detrás de un seto de las inmediaciones, y aunque apenas apunta el bozo en su rostro moreno, es fama que ha dado ya pruebas muy cumplidas de su valor, y que pronto calzará la espuela de oro del caballero.

La ansiedad con que ella le mira y el cuidado que él pone en ocultarse demuestran evidentemente los obstáculos que hallan á su pasión, y viene á confirmar nuestra sospecha el aspecto de un tercer personaje que surge de pronto detrás de la figura de Irene.

Ha aparecido tan silencioso que ella no advierte su presencia.

Es un caballero adusto como la imagen de la adversidad, y parece encontrarse en la edad de un otoño vigorosísimo, por más que las escarchas de prematuro invierno principian á blanquear sus cabellos.

Está su cuerpo completamente armado, á excepción de la cabeza, que lleva descubierta; pero, en lugar de la incómoda armadura, ciñe su pecho una excelente cota de malla.

Lo atlético de su porte nos le revela como uno de aquellos formidables guerreros que tanto contribuyeron á la epopeya de la Reconquista.

— ¿Qué es lo que tanto distrae tu atención, Irene? — la dijo después de un rato de inmovilidad y de silencio.

— ¡Ah! ¿estabas tú ahí, padre mío? — exclamó la doncella, volviendo rápidamente la cabeza, no menos sorprendida que temerosa. Pero en seguida se repuso, disimulando su impresión por tranquilizarle, y aun fijó en su padre sus ojos celestes con aire de reconvención infantil.

— Es que sin duda te desagrada mi presencia aquí?

— ¿Cómo puedes pensar eso? ¿Hay un solo momento en que yo deje de ser tu hija cariñosa?

— ¡Así fueras tan obediente como cariñosa!

— No me asustes, padre mío...

— Sólo te advierto, Irene, que no te olvides de mis prevenciones. ¡Ay, de quien te impulse á la desobediencia!..

— ¡Padre! Me has preguntado qué es lo que distrae mi atención, y, sin darme tiempo á la respuesta, puesto que lo primero es mostrar lo agradable de mi sorpresa por encontrarte aquí á estas horas, contra tu costumbre, vuelves á hablarme para reprender... y creo que no me rezco la reprensión.

Hablando así, las azucenas del rostro de Irene, convertíanse en rosas purpurinas: el rubor desmentía á su sinceridad y á su propia inocencia.

Bien reparó don Rodrigo en esa hermosa contradicción, viéndose su amor propio de padre también contrariado, á la vez que halagado. Sentía celos de quien se atreviera á robarle los pensamientos de su hija, y al mismo tiempo, experimentaba el orgullo de haber dado la existencia á criatura tan peregrina.

Contúvose, y en tono pausado, sin cesar un momento de mirarla, como para estudiar el efecto de cada una de sus palabras, la dijo:

— La verdad, Irene, no puede ocultarse fácilmente bajo el espejo de la inocencia. Tú nunca te atreverías á revelarme lo que sientes ahora; tú nunca me dirás la verdad que, á pesar tuyo, veo asomar á tus turbados ojos. Late inquieto tu corazón, y ya no te desvelas como antes por demostrarme la ternura filial, que es mi único consuelo desde que perdimos á tu madre...

— ¡Oh! siempre te quiero con igual veneración.

— Sí, pero sin embargo, ¡amas locamente á quien no es digno de tu nombre, á quien no debes amar, á quien no quiero que ames!...

La severidad y la energía con que ésto fué dicho por el señor de Priorio aterraron á su hija de manera que durante un rato no se atrevió á contestarle. Pálida y temblorosa dirigió sus ojos al Cielo, y al fin como reanimada ante la serenidad del inmenso azul, balbuceó lo que sigue:

— Yo ni te engaño ni te ofendo, padre mío... Yo no creo indigno de... ¡oh! no te enojes y permíteme amarle, que si has podido descubrirlo, si sabes cuánto sufro por este amor, sabrás igualmente cuánto escondo mi sufrimiento por sonreír siempre á tu cariño...

— ¡Y me lo confiesas, desgraciada!.. ¿No comprendes que esa confesión es quizás la sentencia de muerte de tu amante?...



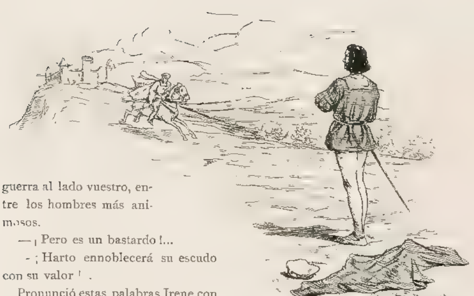
— ¡No! ¡no! ¡no!

— Temerario es tu atrevimiento, Irene, como la audacia de ese bastardo.

— ¡Padre!

— No me des ese nombre, que hasta ahora me enorgullecía... no me lo des, á no hallarte dispuesta á obedecerme sin vacilar. Te mando que desistas de esa pasión insensata. La descendiente de una raza ilustre y sin mancha, tú, mi heredera, tú, tan noble como la misma Reina, no puedes bajar los ojos hasta un aventurero, sin cuarteles ni divisa, sin un escudo honroso; un mancebo que vive sólo de la munificencia que usa el Rey con los criados de su casa...

— No es un criado, padre mío; es el compañero y el amigo del Infante Don Alonso; y aunque, á causa de su mocedad, todavía no le han armado caballero, sabes que el mismo Rey elogia el valor que demostró Pablo repetidas veces, cuando se empeñó en acompañarle á la



guerra al lado vuestro, entre los hombres más animosos.

— ¡ Pero es un bastardo !...

— ¡ Harto ennoblecerá su escudo con su valor ! .

Pronunció estas palabras Irene con tal calor y firmeza que habría sorprendido á su interlocutor, si entonces no le preocupase algo que pasaba fuera; la aparición repentina de una figura por la próxima ribera del río. Como una sombra la vió desaparecer instantáneamente en la espesura de los árboles, produciendo un ruido que tenía todas las apariencias de una señal.

Don Rodrigo miró de hito en hito á su hija, y ella bajó los ojos pálida y azorada, no sin volver la vista un instante á pesar suyo hacia la misteriosa espesura.

— Defiéndele, que es posible que él te haya oído, y quizás acuda á mostrarte su agradecimiento... ¡ Vive Dios que muy pronto voy á saberlo !..

Y sin atender á las súplicas, ni hacer caso de las lágrimas de la joven, salió de la estancia con ademán amenazador.

El eco de sus pasos llegaba á poco desde la sala de armas del castillo á helar la sangre en las venas de Irene.

III

En seguida aparecieron simultáneamente, ella, desolada, sacando medio cuerpo fuera de la ventana y agitando febrilmente un pañuelo, y sobre la ribera del río la figura que acababa de esconderse, ocasionando la amenazadora determinación del castellano.

Era Pablo.

Nada más bizarro que su cabeza, de perfil aguileño, realzada por una gorra de terciopelo azul, en que ondea una pluma de garza sujeta por un broche de oro. Su negra cabellera, suelta en rizos sobre sus hombros, sería envidiada por una hija del Oriente.

Dan airoso relive á las proporciones admirables de su alta estatura, las prendas de su vestido de paje del Infante, y por privilegio concedido á su temprano valor ciñe la larga espada del caballero.

Sus negros y rasgados ojos relampaguean de amor al adelantarse hacia la torre, sin reparar en que, al propio tiempo que los de su amada le regalan con mayor ternura que nunca, á la vez le suplica que huya inmediatamente por los graves peligros que allí le aguardan.

— ¡ Irene ! — exclama con ardor, — ¿ cómo quieres que huya de lo que me arrebata y me fascina ? ¿ Por qué llamarme tus ojos con tan irresistible imperio para obligarme ahora á una fuga cobarde ?

— Porque quiero salvarte, Pablo; porque mi padre te ha visto; ha descubierto nuestra pasión y acaba de dejarme lleno de ira...

¡ Por la Virgen de Covadonga, Pablo mío, huye... huye por nuestro amor !

Y la joven alzaba las manos al cielo, volviendo á fijar sus ojos, arrasados de lágrimas, en los ardientes ojos del paje.

— ¿ Cómo he de huir, por miedo á la muerte, cuando es toda mi vida la que se refleja en ese puro espejo de tu alma !... Si aquí me sorprende la muerte no la temo... ¡ Moriré dichoso contemplando esas lágrimas que viertes por mí ...

— Vete, Pablo... no invoques una felicidad que se ha convertido en amarguísima desventura... Si huyes en seguida quizás nuestra separación no sea para siempre...

— Si esa esperanza pudiese llevármela...

Yo quiero que huyas porque te adoro. ¿ No sabes que á dónde quiera que vayas te ha de acompañar mi pensamiento?... Quiero que huyas porque mi padre te aborrece...

—Adiós, pues, Irene mía... ya ves que te obedezco...

IV

Tardía resultó, por desgracia, la resolución del enamorado mancebo.

El castellano de Priorio, al galope de su caballo, le sorprendió en su fuga, todavía á la vista de su amada.

Era Pablo demasiado valiente para que no afrontase su crítica situación con ánimo sereno

Paróse de repente, y despojándose de su gorra con el mayor respeto, se cruzó de brazos aguardando. Toda su ansiedad estaba reconcentrada en Irene, que acababa de desaparecer de la ventana exhalando gemidos ahogados.

El señor de Priorio descabalgó á dos pasos de él, y prorrumpió en estos términos·

— Atrévete á decirme á mi tus pretensiones insensatas, aventurero procaz. Dime, cara á cara, á donde osan llegar tus pensamientos; que ¡ por Santiago ! te juro que no habrás de contármelo dos veces.

— Reportaos, caballero — contestó Pablo, viendo que desenvainaba su espada — reportaos, puesto que yo no os ofendo. Ved que mi atrevimiento no es tan audaz cuando á vuestros insultos respondo sin la cólera que merecen. Si hubieseis tardado en preguntarme el alcance de mis pensamientes yo me habría apresurado á participároslos ; yo hubiese ido á suplicaros que no ha-



llarais indigno de vuestros blasones el término de mis esperanzas, el noble afán de mi pecho, el amor de vuestra hija.

— Calla, osado, que bastante es lo que acabo de escucharte para apurar mi paciencia. ¿Cómo no has medido la distancia que hay de tu miserable procedencia á la altura que pretendes? Pablo Ramírez, el hijo no reconocido por su padre, el fruto infame de una bastardía

A este insulto palideció de furor el paje, y á pesar de un esfuerzo supremo que hizo para reprimirse, exclamó·

Callad ó ¡ por el cielo ! que sin reparo á vuestras canas y al sagrado puesto que ocupáis para mi corazón, os arranco la vida !...

— ¡ Prueba intentarlo, villano !

Y don Rodrigo cerró con furia terrible contra el joven, quien sin escudo y sin armadura, milagrosamente pudo evitar los primeros golpes con la hoja de su espada, y gracias á su temple toledano.

— ¡ Atrás ! — gritó el mancebo con voz estentórea, sin ceder una pulgada de terreno. — ¡ Yo no quiero ofenderos ! ¡ yo no puedo heriros !... porque mataría á Irene... Vos infamáis la memoria de mi madre, y yo no quiero echaros en cara la desigualdad de este combate· me habéis acometido estando yo desarmado, y, si me dais la muerte, nada tendrán que envidiaros los asesinos, á vos, el noble y orgulloso señor de Priorio.

Don Rodrigo lanzó un rugido de rabia, y redobló sus embestidas, y sus terribles golpes.

La sangre de Pablo corría ya por algunas heridas y seguía limitando su acción á la defensiva.

V

De repente abrióse con estrépito la puerta principal del castillo, dando paso á la servidumbre del castellano, que conducía sobre una litera á su hija Irene.

Al observar cual la palidez de su semblante se confundía con la blancura de su cendal; viendo la inmovilidad de su cuerpo, sin reparar en las silenciosas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, ninguno hubiera dicho sino que aquellos hombres conducían un cadáver.

Enfurecido el de Priorio por aparición tan inesperada, mandó á los conductores que se retirasen ; lo cual efectuaron en seguida, depositando la litera á pocos pasos de los combatientes, no sin visibles muestras de compasión hacia su joven y desolada señora.

Apenas hubieron desaparecido, apostrafó don Rodrigo á su hija en términos tan duros que hicieron relampaguear de indignación la mirada de Pablo.

Irene respondió irguiéndose majestuosa y descendiendo en el acto de la litera con la resolución de una mártir.

— Padre mío, — clamó con vibrante voz, — vengo á evitar que tu enojo contra mi sea causa de que viertas la sangre de un inocente. Mía es la culpa de amarle ¡ toda mía ! Imponme á mí sola el castigo que te plazca... pero ¡ Virgen Santa ! ¿ qué has hecho ?

Y cayó desvanecida sobre el suelo.

Era que sus ojos acaban de descubrir la sangre de las heridas de Pablo.

El generoso joven voló á socorrerla, pero apenas sus brazos ciñeron aquél cuerpo adorado, vióse en la precisión de defenderse nuevamente.

— ¡ Aparta, sacrílego — vociferó don Rodrigo, alzando su espada á dos manos — que tu bastarda sangre no la !...

No pudo decir más. Ciego ya de furor el paje por tal injuria, y exaltado ante el sufrimiento y la exclamación de su amada, más que irritado por el dolor de sus heridas, lanzó uno de esos gritos supremos que denuncian lo irremediable, y fulminó su espada al pecho del castellano de Priorio.

El acero, como el rayo, le atravesó de parte á parte, á pesar de la cota que le defendía, y don Rodrigo cayó produciendo un ruido análogo al de un árbol tronchado por su base.

VI

Al siniestro rumor acudieron las gentes del castillo, y á las voces de asombro y de duelo sucediéronse las de la venganza.

Varios hombres de armas corrieron á arrojarse sobre Pablo que, embargado por el horror de su acción, permanecía mirando de hito en hito el sangriento cadáver, cual si esperase que reviviera.

Pronto, sin embargo, volvió en su acuerdo ante las imprecaciones de aquellos hombres, y colocado entre el cadáver del padre y el cuerpo inanimado de la hija, dispúsose á vender cara su vida.

No era difícil de prever el fin del nuevo combate, por más que el heroico esfuerzo y la destreza de Pablo lograsen al principio contener el ímpetu y la ferocidad de sus adversarios.

Dos de ellos habían mordido ya el polvo, pero alguna nueva herida debilitaba el vigor del mancebo, cuando Irene volvió en sí.



Al pronto, atraída por el siniestro rumor de las armas no vió ella más que la situación comprometida, el peligro inminente de su amado, y con un gesto le libró de sus agresores, que se apartaron.

Pero en este momento descubrió el cadáver de su padre, y entonces ocurrió un caso extraordinario, de los que rara vez suceden. Aquélla joven tan débil y anonadada hasta aquel momento, mostró de repente una energía y resolución comparables á las de un ánimo viril.

No lloró más: ó se habían agotado sus lágrimas ó afluyeron todas á su corazón. Arrodillóse ante su padre, besó su frente helada con augusta veneración, y después de balbucear una breve y fervorosa plegaria, se levantó, y en medio de un silencio sepulcral, dijo á los suyos:

— Apoderaos del matador.

— ¡ Irene ! manda también que me den la muerte sin tardanza, ahora mismo ; bien la merezco, aunque la fatalidad me ha impulsado... ¡ Castiga mi crimen, pero perdóname tú... no me maldigas !...

Un sollozo cortó las últimas palabras del héroe, y le sus ojos brotaron ardientes lágrimas.

Rompió entonces igualmente su dique el sentimiento que inundaba el seno de la huérfana, y á la par de las de él corrieron las lágrimas suyas.

— Me amas todavía ! — prorrumpió Pablo con exaltación, prescindiendo en aquellos instantes del cuadro de muerte con que tropezaban sus ojos.

— ¡ Imposible ! ¡ Imposible !... ¡ Aparta, Pablo... al matar á mi padre, has muerto tú también para mí !... ¡ Adiós para siempre ! — clamó Irene, volviendo el rostro y cubriéndoselo con las manos.

Un vértigo se apoderó del desdichado amante, murmuró un ¡ adiós ! que parecía salir de un sepulcro, y lanzóse frenético al río cercano, sin que nadie se atreviese á contenerle.

* * *

Poco después la corriente del río arrastraba el cadáver de Pablo, y las doncellas de Irene tenían que sujetar á su joven señora, que trataba de arrojarse en pos de él.

La obligaron á vivir, pero su vida inspiró más compasión que la muerte.

La castellana de Priorio se había vuelto loca

En recuerdo de ésta trágica historia se santiguan los campesinos al pasar por aquel sitio tan sombríamente hermoso, y enseñan conmovidos al viajero la musgosa peña desde la cual el paje se lanzó al río.

Como sus pies iban manchados con la sangre de don Rodrigo, dejaron sobre la roca la huella indeleble de que hablamos.

En el país creen que no se borrará nunca.

LUCIANO GARCIA DEL REAL



SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: Cuadro de Juan Brull.

*Baile de máscaras*, caricaturas, de Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR. Excmo. Sr. Conde de Caspe, Capitán General de Cataluña.

*Salida del baile*, cuadro de Román Ribera.

*Chispas* (Romance), por Francisco Gras y Elías.

*Mignon*, cuadro de J. M. Tamburini.

*Catedral de Avila*, acuarela de F. Brunet y Fita

PÁGINAS EN NEGRO: *Días de campo* (Monólogo), por Rafael Altamira; ilustración de J. Passos.

*Asunto gastado*, por Luis de Val; ilustración de A. Seriñá.

*Curiosidades musicales. El cuarteto de cuerda*, por el Conde de Morphy.

*La fiesta de San Antón*, con ilustraciones de José Passos.

*Maestro Martínez Imbert*, fotograbado directo.

*El patriotismo en la mujer*, poesía por Salvador Carrera, ilustraciones de José Passos.

*Dos infelices*, por Pablo de Segovia.

MOSAICO.

REGALO. *Scherzo*. por el Mtro. Martínez Imbert, con ilustración de José Cuchy.

Al compaginar el número 6, por efecto de los muchos grabados que tenemos dispuestos, padecimos una lamentable equivocación; la de dar, como original del escultor señor Tasso, la *Sarah Bernhardt en la Gismonda*, debida á don Rafael Atché.

Advertido el error, lo enmendamos gustosos, para satisfacción de los dos reputados artistas.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

AMÉRICA EN FIN DE SIGLO. — Nuestra distinguida colaboradora, Sra. Baronesa de Wilson, ha tenido la galantería de remitirnos un ejemplar de esta obra, la última que ha producido su castiza pluma, editada con verdadero lujo en los talleres de la Casa Henrich y Compañía, en comandita.

La fecunda escritora é infatigable excursionista, ha hecho gala una vez más de su talento observador, condensando en un libro ameno y lleno de interés, multitud de datos y noticias importantes, recogidas en su tercer viaje á los países ultramarinos, donde tantas simpatías había conquistado en las anteriores, y que puede decirse conoce como el suyo propio.

Domina en la citada obra, aparte de su bondad literaria, un criterio imparcial y recto, sobre todo al tratarse de ciertos asuntos palpitantes y espinosos en los actuales momentos; siendo esto, una de las cualidades que en mayor grado la avaloran, y merced á la cual, obtendrá la misma favorable acogida aquí que allá.

La recomendamos muy de veras á nuestros lectores, y en particular, á los coleccionadores de buenos libros, deseando á su ilustre é ilustrada autora, que el resultado material corra parejas con la valía del trabajo.

EL ESGAÑA-POBRES. — Estudio de una pasión, por Narciso Oller. - Premiado en los Juegos Florales de Barcelona, de 1884. Versión castellana, de Rafael Altamira. —Ilustraciones de Joaquín Mir.

Volumen undécimo de la *Colección Elzevir Ilustrada*, que publica la casa editorial de Barcelona, Juan Gili. Precio. 2 pesetas

El lujo y la belleza de esta biblioteca, lo esmerado de la edición y lo rico de la parte material, son harto conocidos del público para que nosotros hagamos su elogio.

En cuanto á la obra, basta con anunciar los nombres del autor y del traductor, para garantir la calidad de su labor literaria.

NERVIOSAS (3.ª serie, II de la de los MIL SONETOS). — Con ese título, ha publicado en Palma de Mallorca, don Francisco Antich é Izaguirre, un tomito de 108 páginas, conteniendo exclusivamente cincuenta sonetos; del cual nos ha remitido dos ejemplares.

Ardua y penosa tarea se impuso el autor de esta obra; pues si, tratándose de tal composición, escribir una buena es por lo común difícil; espanta la dificultad que encierra hacerlas por millares.

Comprendemos que haya quien se dedique á coleccionar sonetos, pero revela una gran dosis de abnegación el sólo propósito de crearlos originales... tan al por mayor.

No debemos extrañar, pues, que entre los publicados en esta segunda serie, figuren algunos poco recomendables, y que en general resulten pobres de pensamiento, algo rebuscados, y un tanto deficientes en la forma.

Sin embargo, los que valen, aun siendo en pequeño número, revelan excelentes disposiciones en su autor; de las que sacará, sin duda, mejor fruto, cuando las emplee en trabajos literarios de menor empeño.

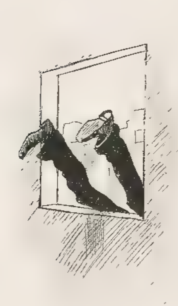
Mucho celebraremos poder juzgarle más favorablemente en otras de las varias obras que tiene en prensa.

*Corridas de toros*. — Instantáneas de la casa LOKNER. — Fototipia de Hauser y Menet, Madrid.



Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Labielle

¿AGUA? por Xaudaró.



¡Está dicho!....



— Por fortuna.. no se ha hecho nada... está aturdido... ¡Tome V. agua!



— ¿Agua? ¿Pues de qué piso es necesario caerse para que le den á uno un vaso de vino?

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.

# ALBUM SALON



*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ⋄ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ⋄ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTÍCULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Álbum Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II | BARCELONA, 16 DE ENERO DE 1898 | NÚM. 9

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA * V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal *(Ka abal)*.—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

¡BAILE DE MASCARAS! por XAUDARÓ.



—¡Adiós, Pepito Listo! ¡vas á ser mi pareja de baile! ¿verdad?... No me mires porque no me conocerás!
—¿Que no? ¡Tú eres Encarnación!



—¡No seas pesado, hombre, no soy Encarnación!
¿Irás mañana al baile de artistas?
—¡No tengo disfraz! ¿Me compras uno?

—¡Uno y mil! ¡los que quieras
—Me basta con que me des treinta duros, ¡pero ha de ser ahora mismo!
—¿No quieres cenar? ¡Pero quítate la careta!




*Fot. de A. y E. F. dits Napoleón*

# EXCMO. SR. CONDE DE CASPE, CAPITAN GENERAL DE CATALUÑA

En abono de este bravo militar, que ostenta uno de los apellidos más ilustres del Principado en cuya capital vió la luz primera, basta decir que no sólo ha honrado su noble origen, sino que lo ha enaltecido con méritos personales, dignos del mayor respeto y consideración; conquistando legítimamente, con la punta de su espada, las condecoraciones y el alto mando de que se halla revestido en la actualidad.

Desde que ingresó como alumno en la Escuela Especial de Estado Mayor, dando muestras de una superior inteligencia, don Eulogio Despujol, ha luchado constantemente contra los enemigos de la legalidad; distinguiéndose por su arrojo, mientras fué subalterno, y por su pericia, cuando de él dependió el éxito de una acción.

En Africa primero, luego en Cuba, después en Santo Domingo, y por último en la Península, durante las pasadas guerras civiles, de triste recuerdo, combatió sin descanso años y años; ganando uno por uno todos los grados de su carrera, hasta el segundo entorchado que hoy adorna la bocamanga de su uniforme.

En su hoja de servicios hay una página de que pocos pueden vanagloriarse: no ha sabido nunca lo que eran conspiraciones, ni se ha sublevado jamás.

Aparte del aprecio con que distinguen los catalanes á un paisano de tal valía, su capitán general ha logrado atraerse las simpatías de todos, por la afabilidad de su carácter, su natural benevolencia y su recto espíritu de justicia.

El ALBUM SALÓN se honra consagrándole esta página, como humilde tributo á sus merecimientos.

* * *

# DIAS DE CAMPO

( MONOLOGO )

. . . . . . . . . . . . . . .

Cuando me vi sola con él, en nuestro reservado de primera, no pude menos de lanzar un suspiro de satisfacción. Digo que íbamos solos, y no es completamente cierto: venía también su madre, que había asistido á la boda; pero esta compañía no significaba gran cosa, porque á la media hora de camino se durmió la buena señora con la mayor tranquilidad del mundo, como si yo no estuviera allí. ¡Dios se lo pague! La verdad es que su presencia me embarazaba un poco: cuando nos miraba alternativamente á su hijo y á mí, con aquellos ojillos dulces é insistentes que caracterizan su cara, yo concluía por ponerme roja como una cereza.

Pues la buena señora oyó el suspiro.—«¿Qué tienes?» preguntó. No la contesté, naturalmente. ¿Cómo decirle que era un suspiro de satisfacción, con el cual se iba la última duda que la aparente formalidad de su señor hijo no había conseguido arrancar de mí hasta que me vi casada de veras? El me quería mucho, ó á lo menos así lo decía; pero ¡le costó tanto casarse! ¡Cinco años de noviazgo! En fin, ya estaba hecho.

Al principio, charlamos de cosas indiferentes, aunque yo bien veía la emoción que le embargaba en el ligero temblor de sus labios y el movimiento incesante de sus pies: ¡dos cosas que he notado tantas veces!.. En cuanto mamá se durmió, Ricardo se vino á mi lado. Yo estaba muy tranquila, es decir, mucho no; pero sin nada de esos temores que consideran las gentes como característicos del día de novios. Llevábamos ya cinco años de vernos todos los días, de estar juntos, de charlar por los codos y en intimidad perfecta. ¿Por qué había de asustarme de verle á mi lado? Se estrechó contra mí y yo no supe impedirlo. En justicia, debo decir que fué muy prudente. Después de mucho vacilar, sólo me dió un beso, muy largo, muy largo y muy callado, para que no se despertase mamá. Debí de ponerme muy colorada, pero tampoco tuve miedo... ¡Ay, Dios mío! si he de ser franca, diré que no era este el primero, que antes me había ya robado otros... ¿Estuvo mal hecho? Mamá decía que sí; pero mamá no estaba enamorada de Ricardo...

Dejemos esto. Mi intención es recordar otra cosa que no olvidaré nunca: nuestro primer día de matrimonio en el campo.

A las cinco y media de la madrugada llegamos á nuestro destino, un puertecito precioso de Levante, cerca del cual tiene Ricardo una quinta de recreo. Mi marido —¡ya podía llamarlo así!—se había empeñado en que pasáramos en ella los primeros días de matrimonio. A mí también me halagaba la idea, sobre todo por huir de la gente que, ¡válgame Dios!, es tan fastidiosa... No sé qué les hubiera hecho á mis primas cuando vinieron á despedirme. ¡Estaban tan cargantes con sus sonrisitas, sus medias palabras!... La mamá también me dijo no sé qué cosas raras que no entendí bien, pero que me impresionaron mal.

Vuelvo á mi asunto. Atravesamos las calles del pueblo, aun iluminadas por las luces de gas, en un mal cochecillo que se balanceaba horriblemente. En casa de Ricardo descansamos un poco y nos desayunamos. El se empeñó en que durmiese yo unas horas, retrasando la salida á la huerta; pero no quise ¡Qué diría su madre! Era demasiada confianza, tan pronto. Además, lo que la buena señora necesitaba era que la dejásemos tranquila. ¡A ella sí que le hacía falta dormir!... ¡Y qué feos me parecieron los muebles de aquella casa!

En fin, á las ocho, emprendimos el viaje. Iba con nosotros tan sólo una criada vieja, que había visto nacer á Ricardo. El la hizo montar afuera, con el cochero, y nosotros dos quedamos en el interior.—«Con tal que Ricardo no haga tonterías y me ponga colorada», pensé.

En Octubre todavía hace calor en aquellas tierras: al menos yo lo sentí mucho durante el camino, quizá por el ardor que da una noche de insomnio en el tren. Ricardo, sentado junto á mí, me llamaba la atención hacia todos los accidentes notables del terreno, y de vez en cuando, me cogía una mano y me la apretaba mucho, mucho; pero, hay que hacerle justicia, no pasó de ahí, sin duda para que yo no me sofocara ó para que no se enterase el cochero...

Llegamos á la casa antes de las diez. No hice más que quitarme el sombrero y nos fuimos á recorrer el campo, muy armada yo de sombrilla, por supuesto. Como la casa está edificada sobre una altura y cerca del mar, corría por allí un vientecillo Levante muy agradable. Los caseros, tan viejos como la criada, nos hicieron los honores del jardín, que es pequeño pero muy bonito, con su cenador cubierto de jazmín y hiedra, sus macisos de claveles y heliotropos, y una calle de rosales. Al final hay un emparrado magnífico. Los racimos maduros, dorados los unos, negros los otros, colgaban de lo alto, y parecían decir «comedme». ¡Si yo hubiera estado sola!... Pero me dió verguenza pedir nada delante de extraños, y á Ricardo ni aun se le ocurrió ofrecerme un grano de uva. Indudablemente, el matrimonio hace decrecer la galantería de los hombres. Luego fuimos á ver el olivar y la pinada, pero sin acompañantes. Ricardo envió á la casera por pan tierno, á la aldea, que dista un kilómetro, y al casero le dijo no sé qué, de seguro un pretexto para que se alejase.

Echamos campo á travieso. En unos lados había pares de mulas arando la tierra, en otros, grupos de hombres cavando el rastrojo. Cuando pasábamos cerca, nos saludaban, y yo les conocía la gana de pararnos y de charlar con el señorito, para de paso, ver bien á «la señorita». ¡Ya sé yo como las gastan los labradores! Pero Ricardo parecía tener menos afición que yo á la compañía, y no se detuvo ni una vez.

— Ya nos veremos, tío fulano. Y seguía adelante, dándome un empujoncito en la espalda.

El olivar es muy grande y está bien cuidado. Empieza en una hondonada y va subiendo, subiendo por un cerro de pendiente suave, en la cima del cual hay pinos, muchos y muy espesos.

No sé por qué, me dió la corazonada de no subir tan alto.

—¿Y vamos á ir allá arriba? -pregunté á Ricardo parándome de pronto.

—¿Por qué no?—dijo melosamente mirándome y sonriéndose como él sabe que á mí me gusta. Es un sitio admirable, muy fresco. Se goza desde él de una vista preciosísima. Verás todo el mar, hasta el cabo de San Antonio, las Baleares,... en fin, muchas cosas.

Estoy segura de que mentía. No podrán verse desde allí tantas leguas; pero así y todo flaqueé un momento y estuve á punto de ceder. Pero la corazonada apretó más fuerte y me rehice. ¿Quieren ustedes que diga toda la verdad? Pues tenía miedo... De mi marido. Sí, señores, de mi marido. De seguro me echarán ustedes en cara ahora que esto era una inconsecuencia. Cuando íbamos en el tren, no tuve miedo de Ricardo, y aun me parecía muy natural no tenerlo, por tales y cuales razones que expresé en su lugar oportuno. Bueno, verdad es; pero distingamos. En el tren no íbamos enteramente solos, ni había pinos, ni soledades... ni labradores que miran desde lejos y todo lo ven... Y en fin, ¿qué quieren ustedes que yo le haga, si entonces me parecían las cosas de otro modo y me venían á la



memoria aquellas advertencias misteriosas de mi madre que antes dije? Además, ustedes no se hacen cargo de que los nervios no están lo mismo antes de emprender el viaje que después de una noche pasada en vela casi toda... Pero si continuo dando explicaciones no voy á contar lo que sucedió luego.

Cuando Ricardo se convenció de que no valían coplas—sé tener energía cuando llega el caso, y nada más enérgico que el miedo propuso que volviésemos atrás.

Eso sí. Para endulzarle la derrota, me cogí de su brazo, y hasta me dejé caer un poco. El me lo agradeció con una mirada tan tierna, tan tierna, que me dió ganas de reir. No sé por qué han de parecerme ridículos los hombres cuando se enternecen; pero así es, y no puedo remediarlo.

Llegamos á la casa. Benita, la criada vieja de mi marido, nos esperaba impaciente delante del jardín.

—Han dado las doce, señorito, ¿echo el arroz?—preguntó.

—Sin duda—dijo Ricardo. ¿Está puesta la mesa?

—Muy poco falta.

Renqueando algo, la pobre anciana,—simpático ejemplar de aquellas criadas fieles, apegadas á los amos, que ya se van perdiendo como cosa antigua y fuera de moda,—volvióse á su cocina, que está en el piso alto, junto al comedor.

Ricardo y yo subimos también. Ahora que me veía bajo techado, lejos de aquellos pinos tan espesos, tan misteriosos, había recobrado la confianza y el buen humor. Comencé á bromear con mi marido, le empujé sobre la baranda de la escalera y hasta me permití pegarle en un hombro. El se reía con aquel aire bonachón que Dios le ha dado y que transfigura completamente su cara de ordinario tan seria y grave. Conforme hablábamos iba yo animándome, animándome, cada vez más tranquila, más alegre, capaz de mayores atrevimientos. Cuando quise reponerme, noté que ya no era posible. Se había apoderado de mí una de esas explosiones de contento, de travesura, de «chiquillería», como yo les digo, que me cogen á veces y me convierten en una criatura sin juicio; pero con tan buen humor que nadie podía estar serio á mi lado. Así que se me pasan esos arrebatos, me da rabia haber cedido á ellos; pero cuando vienen de veras, no hay medio de huirles el bulto. ¡Cosas de los nervios! Y aquel día, no me faltaban razones: la noche casi en vela, los dos viajes, el casorio, mi marido, el campo... (Ya creo que he dicho esto otra vez). Lo cierto es que entré en el comedor riendo y brincando como una loca. Todo me hacía gracia, en todo hallaba motivo de burla y de júbilo.

El comedor es grande, con ventanas á Norte y Sur, pero tan destartalado, ¡Dios mío! En los buenos tiempos de la familia, cuando vivían el padre de Ricardo, sus tíos, tías, hermanas, etc., etc., aquella quinta era un paraíso, y una grillera también, probablemente. Reuníase allí toda la parentela, desde Mayo á Octubre; y como la casa es muy capaz, todos se acomodaban. No faltaba nada de cuanto era menester. Cada cual había ido enviando, poco á poco, los muebles más antiguos ó menos presentables de su respectiva casa de la ciudad; y el mobiliario era completísimo, aun que heterogéneo, desparejado y lleno de defectos. En el campo todo sirve y todo se disimula.

Pero aquellos tiempos pasaron; la parentela disminuyó, envejeció, fué dispersándose. Murieron unos, imposibilitáronse otros, algunos mudaron de residencia. Quedó en la capital únicamente, en disposición de moverse y hacer viajes, la madre de Ricardo, viuda, anciana, llena de pesares. Durante los años de estudios de mi marido, en Madrid, pasábanse muchos veranos sin ir al campo. Descuidóse la casa, regaláronse y se rompieron muebles, se trasladó vajilla y colchones á la ciudad....

¡Bien se conocía la decadencia! El comedor que, como dije, es grande, no conservaba más que un armario de dos cuerpos, el segundo acristalado, que servía de aparador, una mesa de caoba, antigua, y media docena de sillas no todas iguales. Notábase que Benita había procurado barrer y quitar el polvo, pero aun quedaba, no poco; y en el techo, altísimo, adornaba las vigas más de un festón de tela de araña.

Ricardo no veía nada de esto. Para él, aquella casa, nido de recuerdos infantiles, era la suma perfección. Además, entonces, le faltaba tiempo para mirarme á mí; y yo, no hallaba en todas aquellas vejeces y descuidos más que asunto para broma... Recorrimos las habitaciones, que olían á humedad. A mí siempre me ha molestado ese olor; pues bien, entonces me parecía hasta agradable, como sello augusto de la casa solariega... de mi marido. La variedad de muebles era constante. En la sala había una consola estilo Imperio, muy bonita, con los dorados ennegrecidos por el tiempo, y un piano de menos edad, sin duda. Lo abrí, me senté en el taburete y toqué lo que se me vino á la memoria. ¿Qué sé yo? Polkas, valses, trozos de sonatas, temas de Wagner... ¡Cuando me da la locura!

Toda aquella zambra se acabó en cuanto Benita nos llamó á la mesa. Fuimos allá. ¡Dios bendito! Ricardo se quedó helado al ver la disposición de la mesa. Platos había, hasta seis, y dos copas, aunque desiguales, para agua; para el vino solo había una, ¡cómo la señora no bebía! y los cubiertos tenían cuchillos con mango de madera. En el centro, la gran cazuela llena de arroz con pollo humeaba; pero ¡ay! no había cucharón para servirse. Yo también me quedé parada ante aquel pobrísimo atavío; pero en seguida, viendo á Ricardo que permanecía callado, con gesto de disgusto y de sorpresa, me dió risa y estallé en carcajadas; hallando también en aquel lance motivo para broma.

Benita respiró un poco al oir mi risa y comenzó á dar explicaciones:

—Perdonen los señoritos... Ha sido un olvido mío. Ya me dijo la señora: «Llévate cubiertos y vasos y platos»... Aquí ya no queda nada... Como el señorito apenas venía y la señora menos... Antes era otra cosa... La señorita disimulará, ¿no es eso?

—¡Vaya que disimulaba la señorita! Lo que ella tenía era un hambre atroz y una alegría atroz también de verse allí sola con su marido, haciendo su primera comida de casada, inaugurando la nueva vida, llena, á su parecer, de misterios y sorpresas.

Acometimos el arroz con gran furia, y en mi vida he comido con más gusto y ansia. El vino lo bebíamos en la única copa disponible; y ¿qué he decir? sentía yo una extraña delicia en poner mis labios en el mismo punto en que Ricardo los ponía; deteniéndome un momento antes de beber, como saboreando aquella sensación.

Con el vinillo aquel, tan espeso y obscuro, ¡claro es! aumentó mi alegría. Así que, cuando concluído de comer el arroz, salieron á plaza huevos con tomate, que á mí no me gustan, los acogí con nueva carcajada.

Ricardo volvió á disgustarse.

—¿Por qué has hecho esto?... No le gustan á la señorita... Haberme avisado

—No lo sabía, no lo sabía;—contestaba Benita en el colmo del apuro.

Traté de calmarlos, de distraerlos.

—Comeré cualquier otra cosa, una chuleta.

Benita me miró con aire desolado, abriendo mucho los ojos.

—¿No hay chuletas? exclamó mi marido. Pero ¿qué manera de preparar la comida tienes? ¿Cómo no has previsto esas cosas?

La pobre vieja, aturdida, no sabía qué contestar; pero mi buen humor lo venció todo.

—¡Gruñón, mala persona, fastidioso! Deja á Benita. ¿Qué culpa tiene ella? Eso usted, señor marido; á usted como hombre galante tocaba pensar en las necesidades, en los caprichos, en los gustos de su mujercita.

Y le dí una palmada fuerte, todo lo fuerte que pude, en un brazo. En seguida me levanté.

—No tengo más ganas,—dije Se acabó la comida.

—Eso no puede ser,—contestó Ricardo. No has comido apenas.

—Te parecerá á tí. Estoy hinchada de arroz y no tengo más apetito.

Y decía verdad. De lo que yo tenía ganas en aquel momento era de correr, de saltar con Ricardo, de cogerle, de darle pellizcos... y de que me cogiera él y me apretase un poco, así como lo había hecho en el tren.

Poniéndole las manos sobre los hombros y mirándole muy fijamente, le dije, aparentando seriedad:

¿Quieres tú complacerme?

—Pues no, que no.

—Entonces vámonos al jardín, bajo de la parra. Me apetece comer uva.

Se echó él á reir. Me cogió del talle, y, con grande estupefacción de Benita, salimos del comedor corriendo como dos chiquillos.

En un santiamén estuvimos en el emparrado. Me senté en el suelo, sobre la yerba, remangando el vestido para que no se manchase, pero cuidando de que no se me viese mucho la enagua

Ricardo cortó con su navajita un racimo; y empezamos á desgranarlo, él por un lado, yo por otro. Le ofrecí uno de los granos arrancados por mí y cuando se lo puse en la boca me besó los dedos. Un escalofrío me sacudió el cuerpo todo. Sin repetir la prueba, seguí comiendo, comiendo... ¿Qué sé yo cuánta uva comería?... Luego comencé á sentir sueño. El sol, que caía aplomo y calentaba bastante; el chirrido de las cigarras, el zumboneo de las moscas y moscardones. . ¡todo me daba una modorra!

Ricardo había dejado de coger granos y me miraba mucho, acercándose á mí suavemente, ¡con unos ojos!... Cuando estuvo juntito á mí, tocándose las cabezas, alargó un brazo. Sentí que me tomaba la cara, que acercaba la suya. .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

De lo demás ya no me acuerdo. Sólo sé que, á pesar de la falta de copas para el vino, de cubiertos de plata, de chuletas, de muebles cómodos, y á pesar de nuestro primer proyecto de volver á la ciudad aquella noche, pasamos en el campo quince días

La mamá nos envió muchas cosas, cuando supo que nos quedábamos; pero á todo hicimos poco honor. La mesa llena de faltas del primer día, me había parecido mejor que las del Palacio Real, y desde que fué asemejándose á la mesa de casa, tan ordenadita, tan metódica (¡digo, si es metódica mi madre para la mesa!) ya no me gustaba tanto, ni á Ricardo creo que tampoco. Optamos por comer bajo del emparrado y ¡ahí es nada el consumo de uva que hicimos los dos!

Desde entonces, la vid es mi planta favorita.

RAFAEL ALTAMIRA



ROMAN RIBERA



SALIDA DEL BAILE

# LAS CHISPAS

ROMANCE

I

Eran dos mozas de empuje,
guaponas, blancas y finas,
con dos ojasos azules
que hablaban, que enloquecían.
Frescas, como gayas rosas;
coloradas, como guindas;
sanas, como las manzanas,
y como los oros, limpias.
En el andar, muy ligeras;
en el hablar, muy esquivas;
en el bailar, muy saltonas,
y muy devotas en misa.
Con zuños y triquiñuelas
y palabras evasivas
contestaban á las frases
de los que bien las querían.
Con su madre, setentona,
que perdió marido y vista,
una choza humilde y blanca
al pie del Canal habitan.
Choza con parral y pozo
y muy frescas hortalizas,
según la sabia opinión
de los Padres Carmelitas
La una se llamó Andrea,
y la otra, Rosalía;
pero el pueblo las llamaba,
ignoro el por qué, las Chispas.
Un señor de buen pelaje
que vestía chupa fina,
tricornio, medias de seda
y zapatos con hebillas;
persona grave y sesuda,
muy consultada y leída,
muy dado á las matemáticas
y muy docto en Teología;
emprendedor como pocos,
terco, de mirada altiva,
respetado en Zaragoza
y temido en Cinco Villas;
todas las tardes sus pasos
á Torrero dirigía
y á descansar del paseo
entraba en casa las Chispas.
Bajo el parral conversaba
con la madre y sus dos hijas
tomando pausadamente
el *agasajo* de Indias.

II

Una tarde el buen señor
entró en casa Juan Encinas,
el herrero más zumbón
que en Santa Engracia vivía.
Era una tarde de invierno,
rondaban las pulmonías,
el sol se ocultaba el rostro
y el viento al pasar gemía.
El hidalgo colocó
junto á la fragua su silla,
murmurando: ¡Está la tarde
destemplada como fría!.
Después se habló del canal,
de los Padres Jesuitas,
de Aranda y Floridablanca,
del culto á la Pilarica.
Sacó un hierro de la fragua
el maestro Juan Encinas,
y dándole un martillazo
exclamó con voz ladina:
—Mi respetable señor,
retire un poco la silla,
que queman más que las otras
esas condenadas chispas.
El varón, siguió el consejo,
y con amable sonrisa
ensalzó á su bella esposa,
á su importante herrería,
y estuvo cual nunca amable,
galante con la familia.
Y al dar el toque de *queda*
se levantó de la silla,
y encendido el farolillo
salió á la desierta vía,
y embozado hasta los ojos,
luchando con la neblina
llegó á su casa, cenó,
rezó las Aves Marías,
se acostó, alargó el brazo
y apagó la lamparilla.

III

Pasó un mes. Una velada
cuando el barrio recorrían
los cofrades del Rosario,
cantando las letanías:
llamó el hidalgo á la tienda
del maestro Juan Encinas,
y á la luz de un candilejo
le leyó larga misiva,
en la cual le suplicaba
un regidor de Velilla,
que hiciera hacer dos grilletes;
mas sin decir la medida.
—Se harán, contestó el herrero,
pero sí desearía
saber la medida justa
de los grilletes.
—No implica.
Los ajustas á tus pies.
—Es que holgaren sentiría.
¡Qué diablo! hierro al fuego;
ya darás con la medida.
¿Y estarán listos?
—Mañana
Pues hasta mañana, Encinas
Cumplió el herrero el encargo,
volvió á la tienda el usía,
y mirando los grilletes
exclamó: ¡Son cosa rica . .
¿Tienen llave?
— Sí, señor.
— Pues veamos la medida.
—Resulta exacta.
— Muy bien.
Y el buen Juan, con alegría
se puso los dos grilletes
delante de su familia.
Tomó el hidalgo la llave,
cierra los grilletes, silba,
entran un par de corchetes,
y cogiendo á Juan Encinas
por el cuello, se lo llevan
derecho á la Aljafería
y de allí pasó á galeras
do perdió el humor y vida.
Y el prohombre, cada tarde
á Torrero se encamina,
toma el chocolate, bebe
y conversa con las Chispas.

Francisco GRAS Y ELÍAS




MIGNON

# ASUNTO GASTADO

Mientras Gonzalo concluía de escribir una carta á su pobre madre, que allá en el pintoresco pueblecito natal esperaba el regreso de su hijo, victorioso de su lucha por la gloria, en el terreno del arte, Enrique acababa de leer un artículo inserto en el periódico que escogiera para entretenerse.

Los dos terminaron á la vez su ocupación, y á un mismo tiempo exclamaron:

Gonzalo satisfecho y sonriendo con dulzura:

« ¡Ya está!» Enrique, tirando el periódico con enojo sobre el cercano velador. «¡Jesús, qué malo es eso!»

Miráronse un instante con fijeza, y Enrique, continuó:

—Me refiero al artículo de X... que publica esa hoja literaria.

—¿Y opinas que es malo?

—Opino que no me gusta.

—Bien dicho... y mal juicio el tuyo.

—Encuentro precipitada la acción... No hay palabras bonitas ni párrafos *redondos,* ni...

—Ni debe haberlos... X, es un colorista—realista... á su modo; mejor dicho, original. En su concepto, que es el mío, la descripción ha de ser breve, gráfica, apuntando solamente los trazos de más color, los que con más precisión dan exacta idea de lo que se describe... Todo adorno retórico estorba, huelga, casi es perjudicial, pues distrae la atención del que lee. Hay que producir, describiendo, el mismo efecto que nos produciría lo descrito al contemplarlo. La naturaleza, el cuadro, la fotografía... todo lo vemos por entero al primer golpe de vista; debemos, por lo tanto, procurar que nuestras palabras abarqueñ tanto, y con tanta rapidez, á ser posible, como la vista, condensando en el verbo, acción, movimiento, vida; dando con el adjetivo color, y con cada frase, en fin, un rasgo del original ó una oleada de su ambiente, para que el lector vea analizado ó analice á su vez, lo que el artista pinta con la palabra. El que lee, ejerce de curioso que penetra en el estudio de un pintor (estudio que en nuestro caso es el libro) y ve como cada mancha que sobre el lienzo extiende el pincel, es un trozo de lo real, trozos que se unen, se completan, y forman el cuadro que, al fin, contempla con admiración. El escritor, pues, debe hacer lo mismo, teniendo la pluma por pincel, por paleta el idioma y por colores sus palabras, que unidas unas á otras formen la línea, la luz, el color, la armonía, todo, y lo hagan *ver* á la inteligencia, tan pronto á ser posible, como podrían verlo los ojos en lo real. La mirada no ve detallado, al pronto, el conjunto; la inteligencia ha de *ver* forzosamente todos los detalles, en lo reproducido por medio de la palabra. Ventajas de la pluma sobre el pincel y de la inteligencia sobre los sentidos.

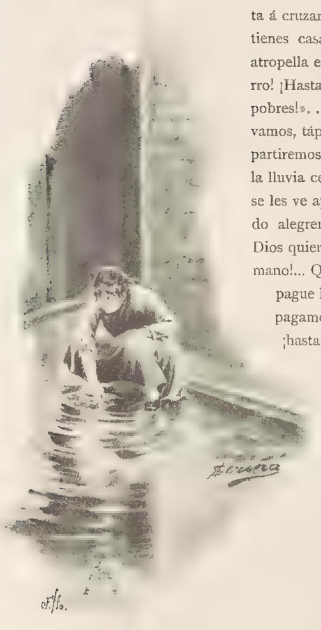
Enrique quiso atacar aún á X...

—¿Y el asunto del trabajo? No tiene la menor novedad, es un asunto viejo, cursi, tratado por todos los románticos llorones...

—Es cierto que se han escrito muchos artículos tratando ese mismo asunto; mas no importa. Cuando un hecho transcendental ó heroico que encierra algo doloroso, noble ó tierno, se repite incesantemente en la vida real ¿por qué no se ha de poder repetir en la vida del arte? Si el espectáculo de lo noble y de lo bello, despierta emulaciones y sentimientos generosos, describamos nosotros eso mismo, una y cien veces, para lograr idénticos resultados.

—Pero con eso nada gana el arte.

—Al arte le basta la *manera* del artífice, la *factura,* como diría un pintor. El arte no está en el asunto; éste es independiente de aquél; y revelador tan sólo de la potencia imaginativa. El artista se revela lo mismo en un cuadro *imaginado* que en una copia de lo visto ó lo *vivido;* casi estoy por decirte que en la copia de lo real se revela más, pues en lo *imaginado,* se corre el riesgo de caer en el convencionalismo. En el trabajo de X tienes una prueba. El asunto es vulgar por lo manoseado, según tú: «una muchachita de seis años, paliducha, flaca, enfermiza, con el rostro sucio, los cabellos enmarañados por delante, y en trenza por detrás, está en pie, arrimada á solitaria esquina y bajo la luz de un farol. Tiene la barbita pegada al pecho, los bracitos colgando á lo largo del cuerpo... El agua cae á raudales levantando burbujas al dar contra el suelo; parece que el agua que sobre él se desliza en torrentes, está



hirviendo... Un obrero, único transeunte que acierta á cruzar por allí, la ve: «—¿Qué haces ahí? ¿No tienes casa?; ¡Pobre!... Aparta... ¡Contra! casi nos atropella ese coche... ¡Cómo nos ha puesto de barro! ¡Hasta los coches de los ricos, escupen á los pobres!». . . . . . . . . . . . . . . . . . . Bueno... vamos, tápate con mi bufanda... En la taberna nos partiremos la cena». Y dos horas después cuando la lluvia cesó ya, y la luna brilla en el firmamento, se les ve aparecer juntos en la misma esquina, riendo alegremente: ¡Ea! ya no llueve... Hasta que Dios quiera... Oye: ¿me das un beso?... ¡Besarme la mano!... Quita tonta, eso á los ricos... ¿Qué me lo pague Dios?... ¡A los ricos también! Nosotros nos pagamos así... ¡Toma otro beso!» Y repitiendo ¡hasta que Dios quiera!» el obrero se aleja con las manos en los bolsillos del pantalón, y la niña, se queda jugando en cuclillas con el agua terrosa de un gran charco que el frío guadarrama riza en pliegues luminosos semejantes á líneas de plata, á través de los cuales se ve, allá en el fondo, la esquina, el farol, la niña, todo movible, todo del reves.

Gonzalo terminó su defensa de X, diciendo con firmeza:

—¡Asunto gastado! Lo que en la vida real *no se gasta*, lo que en ella es eterno, eterno debe ser en el arte... A éste le basta... *el arte* con que cada artista haga vivir lo real.

Luis de VAL

# ADIOS A LA POESIA

¡Esplendente Poesía,
virgen de ojos de cielo,
que de luz tiene el alma
y la sangre de fuego!
Ya en ardientes caricias
y febriles excesos,
ó ya en castos coloquios
y fantásticos sueños,
yo reí con tus risas,
yo temblé con tus besos,
hallé amor en tus ojos
y calor en tu pecho.
Yo escuché tus arrullos
y busqué tus secretos,
ya en el cielo apacible,
ya en el mar turbulento;
ya en la vieja muralla
donde vagan á trechos
de la loma los rayos,
como formas de espectros;
ya en las recias columnas
de los clásicos templos
ó en las ruinas musgosas
respetadas del tiempo;
ya en los bosques profundos
donde el nido escondieron
entre ramas y aromas
pajarillos parleros;
ya en las verdes llanuras
ó en los montes soberbios,
ya en los santos amores
ó en los locos deseos;
ya del hombre en las rudas
tempestades sin freno,
¡ya en amar lo imposible
ó en soñar sin objeto!
Yo viví dulce vida
de delirios y ensueños,
y hasta hallaba esperanzas
en la paz de los muertos.
Yo aplacaba las ansias
con cantares serenos
y espantaba las penas
con llorarlas en verso...
Y hoy, que viene la vida,
con brutales apremios,
á imponerme las leyes
de sus tristes decretos;
hoy, que luchas urgentes
solicitan mi esfuerzo
y las horas que pasan
se me llevan el tiempo,
¡con qué sorda tristeza,
con qué gran desconsuelo,
con qué angustia y qué frío
de tus brazos me alejo,
esplendente Poesía,
virgen de ojos de cielo
que de luz tiene el alma
y la sangre de fuego!

Ricardo J. CATARINEU

# CURIOSIDADES MUSICALES

## EL CUARTETO DE CUERDA

Son muchos los profesores y aficionados á la música instrumental de cámara que al empezar á oir un cuarteto de instrumentos de arco, compuesto de dos violines, viola y violoncello, experimentan una sensación poco agradable al oído, algo que parece resultado de pobreza harmónica, aunque toquen á cuatro partes y éstas estén bien escritas. Al cabo de un rato, la sensación desaparece y el que oye se acostumbra á aquella sonoridad; pero existe el fenómeno singular de que cuando por la adición del contrabajo el cuarteto se convierte en quinteto, el equilibrio harmónico se restablece, no se percibe aquella sensación de pobreza harmónica y la sonoridad del conjunto satisface completamente. Como tantos otros, había yo hecho esta observación y la había comunicado con otras personas que habían recibido la misma impresión, sin que ninguno de nosotros pudiera explicar ni comprender la causa de este hecho singular.

Hoy creo poder explicarlo diciendo, que si llamáramos cuarteto vocal perfecto á el conjunto de dos sopranos, un contralto y un bajo no estaríamos en lo cierto; puesto que reproduciéndose la voz humana en el hombre á la octava baja de la de la mujer, faltando el tenor, no hay verdadero cuarteto. Tal sucede en el de instrumentos de arco, donde tenemos dos sopranos *con el mismo timbre y diapasón*, violín primero y segundo, un contralto, la viola, cuyas cuerdas do, sol, re, la, están á la octava superior de las del violoncelo ó bajo, faltando por consiguiente el tenor ó sea un instrumento acordado sol, re, la, mi, á la octava inferior del violín. Por esta razón cuando se añade el contrabajo, el violoncelo, á pesar de su acorde, se convierte en tenor, restableciendo el equilibrio harmónico. Este instrumento tenor del cuarteto ha existido, y por razones que no es fácil explicar hoy, ha desaparecido y caído por completo en desuso antes de Haydn, es decir, antes de la existencia de la música conocida con el nombre de cuarteto de cámara para instrumentos de cuerda y arco, y ni aquel ilustre compositor, ni Mozart, ni ninguno de los que vinieron después, cayeron tal vez en la cuenta de esta falsa disposición. ¿Cómo se llamaba este instrumento tenor? No me atrevo á precisarlo; pero me inclino á creer que era la *viola di gamba* y se tocaba sobre la rodilla. De que existió, no cabe duda, examinando los cuadros de Brenghel (de velours) del Museo de Madrid, que representan la colección de pinturas, objetos de arte é instrumentos de música del archiduque Alberto. Allí se ve claramente pintado uno más grande que la viola y más chico que el violoncelo, y al verlo se me ocurrió por primera vez la idea de que si el bajo instrumental estaba acordado á la octava inferior del contralto ó viola, natural era suponer que el tenor guardase la misma disposición respecto al soprano ó violín primero; pero como la pintura no bastaba para confirmar tal suposición, pasaron muchos años hasta que en el Museo germánico de Nuremberg tuve la suerte de tener en mi mano el instrumento en cuestión, cuyas cuerdas, como había supuesto, estaban acordadas á la octava baja de las del violín

Se explica fácilmente que Haydn diera preferencia al segundo violín sobre la viola en sus obras. En su tiempo, sólo los artistas que tocaban el primer instrumento tenían el mecanismo necesario para ejecutar pasajes difíciles y para subir á los más agudos sonidos de la escala musical, como lo prueba la poca importancia que el gran compositor dió á las partes de viola y violoncelo en sus cuartetos, y en cuanto á la primera, sabido es el papel subalterno que ha tenido en la orquesta hasta hace muy pocos años. De manera que caído en desuso el tenor instrumental y no disponiendo de hábiles violistas, y tal vez teniendo en cuenta el timbre velado y poco brillante de la viola, se constituyó el cuarteto instrumental tal como hoy lo conocemos. Hay que observar, sin embargo, que en las obras de Bach y de Haendel, la música escrita para viola tiene la misma importancia y dificultades que la de violín, lo cual prueba que existían artistas capaces de ejecutarla. ¿Existe musical instrumental á cuatro partes anterior á Haydn, en que la *viola di gamba* ejecute la parte de tenor? Lo ignoro; porque no he tenido ocasión de verla, ni aun de buscarla.

Ahora bien, partiendo del principio de que la adopción de este instrumento daría un cuarteto más semejante al que dan las voces humanas, ¿sería conveniente su empleo en la música sinfónica y en la de cámara? En el primer caso, creo que puede contestarse afirmativamente; porque hoy se dividen los violines en tantas partes que no puede mantenerse rigorosamente la división de primeros y segundos, y en el nutrido grupo de instrumentos de arco de una orquesta moderna, el tenor ó *viola di gamba* daría un nuevo elemento para la soronidad homogénea. En cuanto al cuarteto de cámara, sería preciso escribir obras *ad hoc*, ó adaptar las antiguas que más se prestaran á la nueva disposición. La experiencia demostraría si, á pesar de su timbre, la viola, en manos de hábil artista, podía suplir con ventaja al segundo violín; pero, ¿quién tiene autoridad para imponer cambio tan importante? Sucede en esto algo semejante á lo ocurrido con la notación musical, cuestión de que hahablaré otro día en este mismo sitio. Muchos sistemas se han ideado para hacerla más sencilla; pero es preciso renunciar á leer todo lo escrito por el actual sistema, y no pudiendo reimprimirse tal cantidad de música, si se aprende la notación usual, para nada sirven los sistemas nuevos.

Creo, sin embargo, que debe hacerse el ensayo del cuarteto ó quinteto de arco reformado, con ó sin la supresión del violín segundo, pero con la adición del tenor.

G. MORPHY

F. BRUNET Y FITA



CATEDRAL DE AVILA

# LA FIESTA DE SAN ANTON

Es á no dudar, una de las más típicas, ó por mejor decir, la única en su clase. Data de época inmemorial y cabe creer que no se perderá nunca.

Para dar una idea de su origen, tenemos que remontarnos á la vida del Santo á quien está consagrada; lo cual procuraremos hacer en pocas líneas, pues no disponemos de mayor espacio.

Contaba apenas veinte años, cuando, tocado de la divina gracia, se retiró á un lugar apartado y desierto, con el firme propósito de pasar allí su vida en constante oración, á salvo de las seducciones del mundo.

Enfurecido el maligno espíritu al ver que se le escapaba aquella alma que para sí quería, apeló á todo el infernal poder para arrojar al mancebo de su retiro, y procuró atemorizarle por medio de visiones espantosas y horribles fantasmas; llenando su agreste covacha de bestias repugnantes y feroces que amenazaban despedazarle.

Resistió éste con valor y paciencia tan duras pruebas; consiguiendo, como premio de su inalterable virtud, que las fieras de Satanás se amansasen ante él y, lejos de mortificarle, fueran en lo sucesivo humildes compañeras de su soledad.

De este milagro que el cielo realizó en su favor, nació, pensando cuerdamente, el patronato que casi todas las naciones le han concedido sobre los animales.

Más tarde, se trasladó á un edificio abandonado en la cumbre de un monte cerca de Hercúlea, donde no tardaron en encontrarle sus admiradores, decididos á establecerse junto á él.

Entonces, pudo más en el santo varón el celo de las almas que el amor al retiro, y dedicóse á la enseñanza y dirección de los discípulos que Dios le enviaba; quienes se apresuraron á edificar celdas junto á la suya, con ahinco tal, que en breve se pobló de monasterios el país antes desierto, y se contaron por millares los prosélitos del patriarca cenobítico, cuya fama era ya universal.

San Antonio Abad, enaltecido en los textos religiosos con los dictados de azote de herejes, terror de demonios, ornamento de la Iglesia y asombro de su siglo, murió á los 105 años de edad, en el día 19 de Enero del 336, noveno del imperio de Constancio, habiendo pasado 85 en constante y rigurosa penitencia.

La festividad, que se celebra en los aniversarios de su gloriosa muerte, tiene por objeto, impetrar su protección para los seres irracionales, inofensivos y útiles al hombre, representados por aquellos que sin disputa le rinden mayor utilidad. A este efecto, el poseedor de un caballo, de un mulo ó de un mísero borriquillo, ya lo emplee en su regalo, ya en su industria ó trabajo agrícola, lo adorna al llegar tal día,—él ó sus criados, que para el caso es lo mismo—con arneses de gala, con vistosos plumajes, moñas y cintas, según los medios y gusto de cada cual, y después de pasearlo por la ciudad, pueblo ó lugarejo, solo ó en unión de sus compañeros de glorias y fatigas, lo lleva frente á la Iglesia, donde el párroco le echa su bendición.



Esta costumbre es general en toda España, aun cuando varíe algo en los detalles.

En Madrid, son las calles de Hortaleza y Fuencarral, porque en una de ellas radica la capilla del Santo, las designadas para el paseo de los que han de ser bendecidos; viéndose durante algunas horas atestadas materialmente de briosos corceles, caballerías de rango inferior y hasta pacíficos jumentos que dan vueltas y vueltas en incorrecta formación y luciendo sus transitorios trofeos, por aquellas animadas vías, de las cuales se posesionan, merced á un derecho inveterado que nadie trata de disputarles.

En Cataluña, y especialmente en Barcelona, la gente del oficio, es decir, la que trafica con los citados cuadrúpedos, formando agrupaciones ó *collas* montadas, vistiendo traje negro de chaquetilla y sombrero de copa, recorre las calles con bandera y música, rodeada de un enjambre de chiquillos, quienes de fijo disfrutan más que los inconscientes héroes de la fiesta, conocida por el nombre peculiar de *Tres toms*.

Terminada la ceremonia, los jinetes que acabamos de mencionar, dejan sus cabalgaduras en la cuadra, devorando un doble pienso, y se marchan á comer alegremente en la fonda que cada grupo eligió de antemano; coronando dignamente la tradicional solemnidad con bailes en los entoldados característicos del país, levantados exprofeso, ó en el salón de un casino, ó en la platea de un teatro.

Total: un entusiasta homenaje á la memoria del Presidente nato de todas las «Sociedades protectoras de los animales» y un día de expansión y regocijo para muchas familias, condenadas á trabajar sin descanso los demás del año.

. . . . . . . . . . . . . . .

El ánimo se siente confortado y gozoso al considerar cómo, al calor de una creencia que el materialismo lamentable del siglo no ha conseguido desvirtuar, después de tantos siglos, viven incólumes en nuestro país las tradiciones aprendidas en la niñez, y cómo, practicando esos actos religioso-populares, la generación actual, rinde sagrado culto á las muertas generaciones.

¡Ojalá puedan decir lo mismo las que han de sucedernos en la triste peregrinación á que el hombre nace obligado, y cuyas amarguras sólo en la religión hallan eficaz consuelo!

***



# EL PATRIOTISMO EN LA MUJER

Primer premio en el CERTÁMEN DE LA ILUSTRACIÓN FEMENINA, celebrado en Barcelona.

Fué la mujer para el amor creada;
un suspiro, un sonrís, una mirada,
ó una lágrima suya... en torno esparcen
el purísimo aroma del consuelo,
que Dios puso en su cáliz
para dar á la tierra algo del cielo.
Es cándida azucena
que adora al sol, porque de amor la llena;
mariposa que, apenas vestir puede
primaverales galas,
espera ansiosa que de amor el fuego
abrase un día sus purpúreas alas.
Nacida para amar, guarda afanosa
su delicada espléndida hermosura
y el virginal tesoro,
para darlos por palma
al amor que divisa en sueños de oro,
cuando sienta su voz dentro del alma.
Y ese amor que la eleva y enaltece,
de tal manera fructifica, crece,
y en su sensible corazón concilia
lo humano y lo divino, que... allí viven,
en dulce intimidad, en santa homilia,
la religión, la patria y la familia.

Cuando, llena la mente de ilusiones,
pude, merced al juvenil aliento,
devolverla en raudales de poesía
la inspiración que de ella recibía,...
para cantar á la mujer, busquéla
en el hogar tranquilo y retirado,
junto al esposo amado,
ó de sus hijos en el tierno nido.
Entre el rudo fragor de una batalla;
cuidando al desvalido
en mísero hospital; tras de una reja
que la aprisiona en cárcel tenebrosa...
como al cadáver la pesada losa;
en las gradas del templo;
á la mujer busqué que ofrecer supo
de religiosa fe el más digno ejemplo.
Hoy, en que el tiempo despiadado empieza
á esmaltar con sus nieves mi cabeza,
y anda mi musa perezosa y fría,...
pretendo todavía,
rendir á la mujer que admiré tanto,
el último tributo,
¡quizá mi postrer canto!
su abnegación buscando y su heroísmo
en el sagrado altar del patriotismo.

Sin esfuerzo ninguno, he de encontrarla:
á donde quiera que mirar intente,
del insondable ayer entre las brumas
ó en los claros espejos del presente;
besando las espumas
de las hirvientes aguas de los mares,
bañándose en la luz de las estrellas,
vestida con las tintas de la aurora,
veo flotar el hada protectora
que, por ley en los cielos promulgada,
cuando la patria gime,
de su flaqueza á la mujer redime,
para que á ser alcance, de esta suerte,
más que el hombre animosa, como él fuerte.

Cuanto el poeta imaginar pudiera
quimérico ó sublime,
ante la realidad, pálido fuera;
ni he de forjar fantásticas creaciones
para ensalzar el patrio sentimiento
de la mujer y enaltecer su gloria,
mientras pulsen las cuerdas de mi lira
la tradición, la historia.

Vedla, en la antigua Armórica, entregándose
gozosa al sacrificio, y cómo ofrece,
candorosa y sencilla,
el casto seno á la fatal cuchilla
que ha de verter su sangre generosa.
Ved cuán radiante su mirada brilla
al saciar con su carne, de la hoguera
la sed devoradora,... porque espera
que su ofrenda piadosa
atraiga de los dioses tutelares
lá augusta protección sobre sus lares.

Allá, en la Grecia, gime un pueblo entero;
geológico trastorno cuyo origen
le impide ver, el velo pavoroso
de ruin superstición, en su recinto
abrió profundo foso
que aumenta sin cesar, que nada cierra,
que ensancha más y más sus negras fauces,...
cual si atraer quisiera llano y sierra
á las duras entrañas de la tierra.
Los sabios, á una voz, preciso juzgan,
para aplacar de los adversos hados

la furia, así patente,
que se arrojen en él veinte doncellas,
las mejores por ricas y por bellas;
y veinte al precipicio se arrojaron,
llorando de placer, de gozo henchidas. ..
¡y otras veinte lloraron
de pena, por no ser las preferidas!

El infame Pausánias, en castigo
de estar vendido al Persa, su enemigo,
por ley inquebrantable, morir debe
emparadado en vida;
¡y es la mujer que la existencia dióle
y al calor de su pecho amamantóle,
quien, con cívico alarde y propia mano,
del muro ejecutor á donde sólo
llegar podrá la trepadora yedra,
pone resuelta la primera piedra!

Ved cual, Judith, la bíblica matrona,
en aras de Israel, inmola ufana,
la paz de su retiro, de sus padres
el nombre ilustre y las honradas tocas
de su viudez temprana.
Cercada por las huestes de Holofernes,
hambrienta y presa de mortal desmayo,
Bethulia va á rendirse
al asomar del sol el primer rayo.
La denodada Hebrea cuya sangre
bulle en las venas, como hirviente lava,
de tamaño baldón librarla intenta:
del general asirio en busca corre,
á sus miradas lúbricas presenta
toda la esplendidez de una hermosura
que el mayor goce terrenal augura;
le atrae, le embriaga, le fascina,
echa á su cuello tentadores lazos,
niega, vacila, ofrece, hacia él se inclina,
cae por fin entre sus férreos brazos;...
y antes que luzca el alba, mientras duerme
desfallecido, inerme,
á un mundo de delicias transportado,...
con varonil fiereza,
de su impúdico amante de una noche
cercena la cabeza;
dejando de una vez, libre la villa,
y el afrentado cuerpo sin mancilla.

Admirad de las Madres Espartanas
las sobrias frases, los preceptos sabios;
fúlgidas chispas de un volcán que busca,
no cabiendo en el pecho donde mora,
salida por los labios.
Una, recibe la noticia impía
de haber perdido en bárbaro combate
al que engendrado había,
¡única luz de su vejez sombría!;
y... de la nueva fiera
ocultando en el pecho el dardo agudo,
sin verter una lágrima siquiera,
impasible responde: «¡mortal era!»
Otra, despide al hijo á quien adora
como la tierra al sol: «toma este escudo;



vuelve con él... ó encima de él», le dice;
significar queriendo de este modo,
si á descifrar su laconismo acierto,
«ó vencedor ó muerto».
Y hubo tal, que, al gritarla, en son doliente,
un emisario de la guerra: «¡oh, madre!
no volverá á tus brazos el ausente»,
contesta, con furor mal reprimido:
«no te lo preguntaba;... ¿hemos vencido?»
¿Cabe mayor proeza en una madre?.
¡Dónde encontrar podrán las ansias mías
inspirados acentos ni armonías,
para cantar la majestad suprema
de ese lenguaje rudo,
rocío abrasador, hielo que quema,
en que es una elegía cada frase
y en que cada oración es un poema!

Recordad el valor de las Suliotas,
su indómito tesón, cuando... privadas
de sus bravos constantes defensores,
antes que sucumbir á los rigores
del duro cautiverio
á que están por la suerte condenadas
y pasto dar al vencedor cinismo,
¡en montón y á sus hijos abrazadas,
se arrojan al abismo!

Aprended de Sagunto en la hecatombe,
cómo, en un solo día y al conjuro
del patrio amor más acendrado y puro,
primero que rendirse al yugo odioso
ó fementido halago,
de los triunfantes hijos de Cartago,...
¡en medio de las llamas y entre ruinas
saben morir las hembras Saguntinas!

Y consagrad, en fin, una mirada,
un lugar preferente, á la memoria
de aquellas que en las cumbres del Pirenne,
de Jaca en los confines,...
empuñan los aceros,
blasonan de esforzados paladines,
combaten cual intrépidos guerreros,
destrozan, hieren, matan,
al árabe arrebatan
el preciado laurel de la victoria,
¡y postran, con su arrojo y su fortuna,
á los pies de la Cruz, la Media Luna!

¡Salve, mujer! De tus heroicos hechos,
en todo tiempo, el hombre fué testigo;
hombre soy, y... por serlo, te bendigo.
De ti, á luchar como á vencer, aprende;
tú inspiras sus hazañas,
cuando su patria la cerviz humilla
ó en llanto de dolor tus ojos bañas·
¡no ha de tener del héroe la semilla,
la que á los héroes lleva en sus entrañas!
Ya seas... Juana d' Arc, y en los albores
de una existencia delicada y tierna,
mecida por las brisas y las flores,
te lances de la guerra á los horrores,
para salvar con milagroso esfuerzo
y espíritu gigante,
de tus reyes el trono vacilante;...
ya, primera Isabel, de tus preséas,
de tus joyas más ricas te despojes,
y pródiga al Estrecho las arrojes;
por si acaso, al través de ignotos mares,
hallar pueden incógnitas orillas
donde encender de Cristo los altares
y clavar el pendón de ambas Castillas;...
ya, María, en las rocas que el Cantábrico,
para aferrarlas más, bate con saña,
demuestres á la altiva Gran Bretaña,
con tu arrogancia y brío,
que allí acaba su imperio y poderío,
porque comienza allí el poder de España;...
ya, Agustina, en las márgenes del Ebro,
aventando al espacio las pavesas
de tu rencor profundo,
detengas á las águilas francesas
en su triunfante vuelo por el mundo;...
brilla en tu enhiesta, sonrosada frente,
la gloria reflejada
del excelso Señor Omnipotente,
emporio de dulzura y fortaleza,
que... ¡con sólo querer, encerrar pudo,
en un tan débil sér, tanta grandeza!

¡Salve mujer!... y á tu cantor perdona,
viendo su confusión y su amargura;
pretendía ceñirte una corona,
y subir no ha logrado hasta tu altura.
El te admira, tus méritos pregona
y tu indulgencia merecer procura:
si es humilde su voz para cantarte...
¡mientras alma le quede;... sabrá amarte!

Salvador CARRERA



# EL BOTIJO



IGNORO si el botijo es una conquista de los tiempos modernos; pero declaro, con franqueza, que me tiene completamente sin cuidado la fecha de su origen, y que me importa un comino todo lo que á su historia se refiere. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

España tiene, como todos los países, ciertos rasgos peculiares que vienen á formar su verdadero carácter y que constituyen su fisonomía particular.

La holgazanería es cualidad inherente á todo buen español: la afición á los toros es condición *sine qua non* de nuestro carácter, y no podrá prescindir de ella quien en algo estime el honor nacional.

La guitarra, el bolero, la mantilla, el brasero, el botijo y otra porción de *cachivaches*, son nuestros y muy nuestros; estando así reconocido por las potencias, hasta tal punto, que los extranjeros no conciben un español diligente, antitaurino y que no *posea* la guitarra más ó menos diestramente, así como nosotros no concebimos tampoco un italiano que no toque el acordeón ó el organillo, por lo menos, un francés que no baile el cancán, un alemán que no beba cerveza, ni un inglés que no sea excéntrico y á quien no le guste darse de puñetazos con sus semejantes, que es la mayor y la más culta de las excentricidades.

Pero como el consorcio de las ideas es un hecho, como la humanidad progresa, y como ya *no hay fronteras*, la guitarra se ha convertido en piano, el bolero en walz ó polka, la mantilla en sombrero, quedando solamente el botijo como símbolo de nuestro carácter y monumento de nuestras glorias nacionales, conservando el agua fresca juntamente con las tradiciones españolas.

El botijo tiene una figura noble, digna y altamente española. Por su abultada panza parece un antiguo consejero ó un moderno magistrado, y por su base el ajustado pantalón de un *petimetre*, teniendo siempre el oído abierto á caza de secretos que nos transmite por el pitorro, envueltos en un chorro de agua, y pareciendo su asa el ojo de la Providencia, que vigila todas nuestras acciones.

El botijo suele ser muchas veces el *galeoto* del amor. ¡Con cuánta gracia y donaire descansa en la cadera de la criada que va á la fuente á llenarlo de agua, mientras su corazoncito se llena de amor por un bizarro soldado que desliza en su oído palabritas más dulces que la miel. Pero el botijo, sin perder un ápice de su gravedad, va haciendo acopio de las promesas de aquel Marte de menor cuantía, para recordárselas en momento oportuno, jurando vengarse si no las cumple, y llorando á lágrima viva cuando se rompe la virtud de la muchacha, que, como todas las del día, y merced al progreso de las costumbres, es más frágil que el botijo que supo apagar algunas veces el fuego de su pasión.

El botijo es nieto de la tinaja, hijo del cántaro y consorte de la botija, de la cual vive divorciado sin haber tenido sucesión; contando entre sus parientes á la bota, el frasco y la botella; pero con ésta no se trata, porque dicha señora «tiene más orgullo que don Rodrigo en la horca». Con la que se trata íntimamente es con la cazuela, pues algunas veces el botijo, constristado por las flaquezas humanas y apenado por los desengaños y falsedades del mundo, llora sin consuelo, y la cazuela es la encargada de recoger sus lágrimas.

El botijo es altamente democrático:

desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca,

ó, lo que es lo mismo, igual en el palacio que en la humilde cabaña, se encuentra un botijo, más ó menos modesto, pero botijo al fin; y lo mismo el magnate ó potentado, que el escritor (que por ciertas observaciones se ha llegado á averiguar es el sér más pobre y desventurado de la tierra), apagan en él su sed, aunque cada uno á su manera, según sus clases y condiciones, pues ni aquéllas han desaparecido todavía, ni éstas desaparecerán jamás.

Por otra parte, en la manera de beber se conoce también la clase, temperamento, usos y aficiones de la persona. Así, los nerviosos beben á intervalos, y los linfáticos despacito; los pintores, poetas y demás individuos de la gran familia de los artistas, beben *á chorro*, mientras que los pollos del día, diputados de la mayoría, y, en general, todo el que chupa algo, *mama* como en los primeros años de su existencia.

Aunque el botijo se ha traducido al francés, no ha podido aclimatarse en Francia, pues no se le encuentra más que en España, y tiene su trono en el balcón ó en la ventana, que es también otro atributo de nuestra nacionalidad. Y si alguno intentara arrebatárnoslo, no dudaría todo buen español en lanzarse á la pelea y morir, si fuera preciso, en defensa del archivo de nuestras historias y tradiciones: del clásico botijo.

F. OLTRA DALMAU




SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: cuadro de J. M. Tamburini.

*En el Océano de la vida*, caricaturas por Xaudaró

PÁGINAS EN COLOR: *Mme. Darclée*, del Gran Teatro del Liceo, fotografía de Napoleón, con alegorías de A. Seriñá

*Una calle*, cuadro de Urgell.

*Del tiempo de Goya*, cuadro de Ramón Tusquets.

*En la feria de Sevilla*, por Obiols Delgado.

*En boca cerrada...*, artículo por A. Sánchez Pérez.

*Amores criollos*, artículo de costumbres americanas, por P. Sañudo-Autrán, con ilustraciones de J. Cuchy.

*¡Santa!*, por Pablo de Segovia, ilustraciones de Passos

*Notas de Arte. El Quijote* en dibujos, por José Ramón Mélida.

*Trabajos en el Tiber*, cuadro de Enrique Serra.

*El sablazo*, artículo por Rafael Chinchón.

*El velón*, por F. Gras y Elías, ilustraciones de J. Cuchy.

MOSAICO.

REGALO. Un precioso figurín iluminado.



Impreso por F. Giró — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Pujadas.

¡BAILE DE MASCARAS! por Xaudaró.



—No, eso no, luego me la quitaré, pero ahora en el baile no, porque soy muy conocida y no me conviene.

—Entonces ya sé quien eres; ¡Matilde!

—Ja... ja... ja; ¡tampoco!



—Mira, toma los treinta duros y destápate la cara... ¡tú eres Asunción!




—Muchas gracias, caballero... ahora estamos en paz con la cuenta de la ropa de verano. ¿Le hace falta un gabán ó macferlán?

¡El sastre!

# JUAN FRANQUESA

ALMACÉN DE MUEBLES

## VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

SAN PABLO, 28 *Esquina Arco de San Agustín* BARCELONA



# FÁBRICA DE PIANOS

DE

**COROMINAS Y RIERA**

Pianos verticales, oblicuos y cruzados reconocidos como superiores y que compiten ventajosamente con los extranjeros. ❖ Cambios, alquileres, reparaciones y afinaciones. ❖ Fundas para piano, zócalos, metrónomos, cubre teclados, etc.

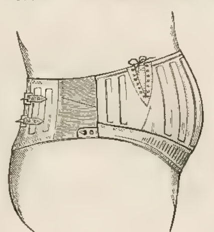
CATALOGOS GRATIS — **PRINCESA, 45. — BARCELONA**

# LA EMPERATRIZ

Corsés y Fajas

**TRES LLITS, núm. 10**

ESCUDILLERS BLANCHS, 2, BARCELONA



**Faja ventrera para sujetar, sostener y disminuir el vientre, elogiada y recomendada por ilustres Doctores en Medicina de esta Capital.**

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, número 315, principal.

## Apuntes para un prólogo sobre EXTRACCIONES DENTARIAS

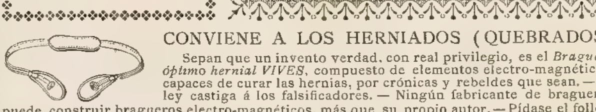
(En publicación)

por el Dr. BRUGUERA MARTÍ

**Médico especialista.**

PELAYO, 22

BARCELONA



CONVIENE A LOS HERNIADOS (QUEBRADOS)

Sepan que un invento verdad, con real privilegio, es el *Braguero óptimo hernial VIVES*, compuesto de elementos electro-magnéticos, capaces de curar las hernias, por crónicas y rebeldes que sean. — La ley castiga á los falsificadores. — Ningún fabricante de bragueros puede construir bragueros electro-magnéticos, más que su propio autor. — Pídase el folleto explicativo, *Unión, 7, entresuelo, Barcelona* — VIVES, ORTOPEDISTA.




« Tintura vegetal » para el cabello y la barba.

**LA MARAVILLA de J. Martra.**

Impide la caída del cabello, cura la caspa, es tónica como la mejor brillantina. Como autor y práctico que soy en el cabello puedo asegurar que LA MARAVILLA es el único específico para conservar la cabeza sana y limpia. (No tiene nitrato de plata).

AGUAS PARA LAS SEÑORAS

LA FLOR DE LIS deja el cutis fino mate. ❖ LA MEJICANA deja el cutis fino con lustre. Su aplicación es sencilla; basta aplicarla con una esponjita ó franela muy suave ❖ Se venden estas aguas en todas las perfumerías. ❖ Encargos en Barcelona, Bailén, 117, 1.°

GRAN FARMACIA HOMEOPÁTICA ESPECIAL

## GRAU-ALA

8, CALLE DE LA UNION, 8 — BARCELONA

Esta casa montada á la altura de las más acreditadas del extranjero, se halla surtida de cuanto tenga relación con la **Homeopatía**.

**Gran surtido de botiquines desde 8 á 500 ptas.**

*Obras de Homeopatía.* — *Se remiten catálogos.*

CHASSAIGNE FRÈRES

# PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA

PIANOS DE COLA Y VERTICALES

A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO

ESTILO NORTE AMERICANO

SE REMITEN CATÁLOGOS

## Depilatorio en polvo del Dr. Thomson



Antes de usado

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.

*Aplicación sencilla.* ❖ *Resultados positivos*

**Precio: 3 PESETAS CAJA**

*Unico deposito: Perfumeria LAFONT*

**Call, 30 — BARCELONA**

Después de usado.

# WERTHEIM

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS

VENTA A PLAZOS y al CONTADO

**BICICLETAS GARANTIDAS**

TALLERES DE REPARACIONES

Niquelaje especial y esmaltes á fuego.

AVIÑÓ, 9 ❖ BARCELONA

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ∞ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ∞ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ⁎ ACTUALIDADES ⁎ ARTICULOS LITERARIOS ⁎ POESIAS ⁎ MODAS ⁎ REVISTAS DE SALONES ⁎ MUSICA ⁎ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO II || BARCELONA, 23 DE ENERO DE 1898 || NÚM. 10

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA ⁎ V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira. -Vital Aza.—Víctor Balaguer. -Federico Balart. -Francisco Barado.—Eusebio Blasco. Vicente Blasco Ibáñez. —Luis Bonafoux. Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo. - Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari. - Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente. -Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núnez de Arce. -F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés. Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. — Emilia Pardo Bazán. -José María de Pereda. Benito Pérez Galdós.— Felipe Pérez y González. - Jacinto Octavio Picón. - Miguel Ramos Carrión. Angel Rodríguez Chaves. —Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety. -Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant. Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro. -José Garnelo.—Luis Graner. -Angel Huertas. Agustín Lhardy.—Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo.—José M. Marqués. Ricardo Martí.—Tomás Martín. Arcadio Más y Fontdevila. Francisco Masriera.—Nicolás Mejía. -Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles. -José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli. -Tomás Muñoz Lucena.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo. -Manuel Ramírez.—Román Ribera. — Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá. Enrique Serra. Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini. —José Triadó. -Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí. Federico Chueca.—Espí. —Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez. Salvador Giner. -Manuel Giró. —Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera. - Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde. Amadeo Vives.

¡EN EL OCEANO DE LA VIDA!, por XAUDARÓ.



Buque á la vista.



Choque.



Mme. ARICLÉE DARCLÉE

# AMORES CRIOLLOS

NARRACIÓN POPULAR ARGENTINA

Ah, sí, Manuel; ten por seguro que esa *china* (1) me quiere y que será mía, pese á quien pese; á su familia, al *patrón*, al mismísimo Juan.

—Mucho dices.

—A todo me animo; todo por ella; millares de plata que tuviera en mis arcas, millares de reses que poseyera en una *estancia* (2), miles de vida que acumulara en mi alma; todo puesto en juego para esa mujer que tan enloquecido me tiene; todo absolutamente para ella.

—¡Sebastián...!

—Créeme, *ché* (3); camino por todas partes con un solo objeto; trabajo para una sola cosa en el mundo; soy payador; para cantarla, tengo ambición y ganas de que me aplaudan y de que no haya nadie que pueda en la República *contender* conmigo, únicamente por Zelmira, Manuel.

—Se me figura que la empresa es algo más difícil de lo que tú te imaginas.

—Ya lo veremos. De todos modos, ni retrocedo, ni me desanimo en la lucha. No he sido en mi vida *flojo* y no he de serlo en esta ocasión.

—Adelante.

—Y tanto. Ni las montañas esas de nieves que estorban todo paso y lo arrollan todo, allá en las fronteras de Chile; ni aunque se me pusieran por delante los Andes.

Así hablaban en Buenos Aires, en una antigua *pulpería* (4) de la Boca del riachuelo, dos *gauchos payadores* de los más populares entonces.

El gaucho es el hombre del campo; el payador, es el poeta popular espontáneo, que no para mientes en contar las sílabas de los versos, porque no se le alcanza ni se lo han enseñado; pero que posee una facilidad realmente pasmosa para improvisar á su modo y una brillante imaginación que ya envidiarían vates muy inspirados.

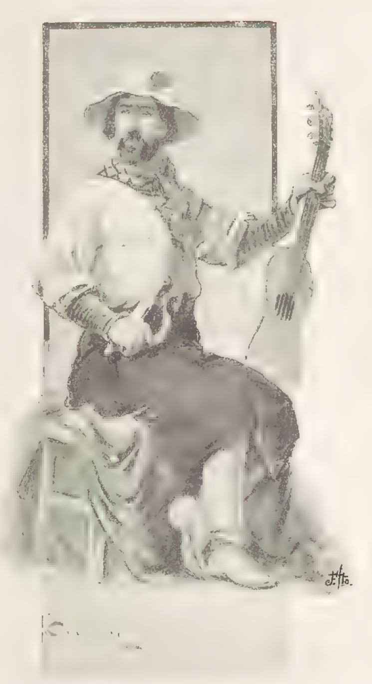
El payador, aguijoneado por su contrario, contesta en el acto con una agudeza, devuelve la flecha con otra punzante, rechaza el ditirambo con otra *caída*, sin darle vueltas al pensamiento, con rapidez vertiginosa, y así suele hacerlo por un buen espacio de tiempo, por una y otra hora, sin descansar y sin fatigarse; siempre frescas aquellas meridionales cabezas caldeadas por el sol radiante de América.

Es realmente notable esa especie de trovador que se encuentra en América, ese poeta inculto que tiene á su modo romanticismos especiales, notas patrióticas y amorosas, imaginación, inventiva y una facilidad pasmosa para rimar, siquiera sea incorrectamente.

Santos Alvarez se disputaba la supremacía de los payadores en el Río de la Plata, y no era otro que el que hemos visto hablar con Manuel de unos amores difíciles. Manuel, su interlocutor, era García, notable también en el género, y amigo de veras de Santos.

Zelmira, por la presión que en ella ejercieran su familia y hasta su amo, se había visto obligada á admitir los amores de un tal Juan Fernández, *gaucho* de no muy buenos antecedentes, del que se contaba una historia horrible al ir á pelear en las fronteras contra los indios; pero que se había ganado completamente la voluntad y la confianza de un rico *estanciero* de la provincia de Corrientes y la de una familia que en calidad de mayordomos-sirvientes, mezcla de una cosa y de otra, se hallaba al frente de aquel magnífico establecimiento de campo y tenía una hija hermosísima, genuinamente americana, de color cobrizo, de negros y chispeantes ojos, de pies menudos, de cintura pequeña, de cuerpo flexible, de andar gracioso, de dientes blancos como la leche, de encantadora sonrisa.





Era Zelmira una *china* que valía mucho, capaz de trastornar la razón al hombre más frío del mundo y de poner como una pila de Volta al que sintiera bullir con ardor la sangre en las venas, como le pasaba á Santos.

Fernández era un hombre totalmente distinto al célebre payador, y por consiguiente ni nunca habría querido como se lo merecía á Zelmira, ni ésta á él, sin que por esto venga á decir yo que Juan no amaba á la *china*, pero su amor era salvaje, de pasiones rastreras, de apetitos carnales, de ansia de malos ó violentos deseos.

En aquella alma no cabían grandes sentimientos; aquel corazón no latía al impulso de nada que fuese noble, digno ó desinteresado. Salvarle de aquel hombre funesto, á Zelmira, era lo mismo que redimirla de un cautiverio. Se hallaba aprisionada entre las cadenas de su voluntad indomable, y quien las pudiera romper, le devolvía, al hacerlo, la libertad; y esto se propuso el célebre payador argentino.

No era su contrincante lo que pudiera preocuparle para conseguir este fin, porque el enamorado mozo era muy resuelto y muy *guapo*, sino la barrera inexpugnable de la familia, el cerco que le habían puesto sus padres, en la *estancia* á la *china*. Ejercían una vigilancia extraordinaria sobre ella que no permitía que nadie pudiera hablarla y apenas verla, como no fuera de lejos. Allí no había más que Fernández; aquel hombre funesto era el único que gozaba del privilegio negado á todos; de la dicha de relacionarse con ella; de la dicha, sí, porque era una gloria Zelmira, destello del cielo purísimo y hermoso de la Argentina, que parece tan azul, tan alegre, tan claro como el de España; y que tanto nos lo recuerda cuando estamos allá. Pero una casualidad feliz vino á favorecer los deseos del apasionado *gaucho*, cantador de *milongos* (5).

En el pueblo más próximo á la *estancia* en donde vivía Zelmira, se concertó una *payada* por el mismo dueño de aquella rica finca, y para celebrar, unido á otros festejos, el paso del ferrocarril por aquellas tierras y el viaje del Presidente de la República que inauguraba en persona el nuevo ramal, del que tan grandes beneficios se prometían todos en la comarca.

La fiesta de los trovadores populares se celebró, asistiendo buen golpe de gente á ella, y entre ésta, Zelmira, su familia y el maldito de Juan Fernández, el novio impuesto, el asesino del oficial Gutiérrez del Campo, en la frontera, el verdugo feroz, sanguinario, implacable del pobre indio.

El triunfo de Santos Alvarez fué completo.

La presencia de la mujer que adoraba le enardeció de tal manera, de tal modo supo prestarle alientos titánicos, inspiraciones poderosas, facilidad extraordinaria, que venció con ventaja y en toda la línea á su poderoso rival en aquella contienda y le aseguró la victoria en el corazón de Zelmira, que ya era suyo, completamente suyo y por siempre.

Fué tan visible la emoción que experimentara la *china*, fué tan grande el sacudimiento que sufrió al ver á Santos rodeado de gloria y tenido después de tan famoso palenque como el primer payador indiscutible,

(1) Indígena entre la gente del pueblo.
(2) Establecimiento de campo.
(3) Expresión valenciana, de intimidad, transportada á la República Argentina.
(4) Especie de taberna y bodegón.
(5) Cantos populares, cuya letra improvisan los payadores.

sanciondo de toda la República Argentina y hasta de la Oriental del Uruguay, que el mismo Juan, el novio impuesto, hubo de notarlo, alarmarse y jurar la muerte de Santos Alvarez, quien, como ya hemos dicho, al ganar en la justa á Juan de Dios Zuberburri, el primer payador del Río de la Plata, había ganado el puesto que él ocupaba, y con éste su aureola inmensa y la manera de hacerse en breve con una posición que ofrecer á su amada, con una verdadera y cuantiosa fortuna; unir los bienes de la tierra con las felicidades del cielo significadas para el trovador popular en las dichas del amor de Zelmira.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Es preciso haber estado en la hermosa y cada vez más importante tierra americana en que naciera Belgrano, para poder apreciar lo que son esas noches de luna, en el campo, bajo la espléndida y clara techumbre de millares de estrellas que tachonan el firmamento en aquellas regiones.

El tibio ambiente, el rasgueo á lo lejos de alguna guitarra en alguna *estancia;* el suave flotar de las hojas á impulso de cualquier ráfaga de brisa que acaricia las plantas; el aleteo del algún ave; los pasos de algún caminante; el trotar del ligero caballo de pura raza del país, que al apuntar el alba estará descansando ya en un potrero; el panorama encantador de noche en los países americanos; el interesante cuadro de la naturaleza en aquellas feraces tierras, que el hombre cultiva desentrañando sus riquezas y arrancándole á sus capas, con las primicias de sus frutos, las savias de sus primeras germinaciones.

Por un sendero que conducía á Corrientes y á la *estancia* en donde se hallaba Zelmira, iba un hombre que llevaba retratada en su cara la maldad de su alma, y en él pudiera notarse á la luz de aquella clarísima luna que algo muy depravado maquinaba en su torpe cerebro.

Esperaba que por allí pasase el famoso payador del Río de la Plata, y experimentaba en el entretanto el salvaje placer de acariciar el arma de fuego con que iba á asesinarle á su gusto, en la sombra, arteramente, acechándole como el cazador á una pieza.

Santos no había conseguido que le diesen en matrimonio á su adorada Zelmira, y ella, dispuesta á enlazarse con él, no titubeó un momento en prestarse á emprender la fuga que le indicara y que pudieron realizar felizmente.

Pronto escuchó el infame bandido de las fronteras, el asesino ruin y cobarde del bravo coronel Sánchez Pérez, cuyo crimen logró que hubiera quedado oculto, el galopar ligero de un caballo en el que vió montados, al aproximarse, en aquella noche, á su rival y á Zelmira, sobre los que hizo fuego á corta distancia una vez que pasaron.

Cuantos tiros tenía su revólver, disparó uno tras otro, y con gran rapidez, sobre la enamorada pareja, cayendo en tierra el caballo y la hermosa *china.* Zelmira lanzó un grito al caer y dejó de existir para siempre.

Santos la sostuvo en sus brazos; divisó un hombre que iba corriendo, y dejando por un momento el cuerpo inerte de su amada, se fué tras él logrando alcanzarle.

Aun llevaba en sus manos el arma homicida. Santos vió que era Juan, y le previno que con su faca se defendiera, porque no asesinaba, como él lo había hecho.

La lucha fué horrible, pero Juan al fin rodó en breve por tierra rugiendo, con la existencia que se le iba, su postrer ahullido de fiera.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El cura de un pueblo cercano á Corrientes, que debía casar á una joven, se preparó en vez de esto á acompañar su cadáver al Cementerio.

Había sido asesinada villanamente la noche antes.

Era la víctima de Juan.

Para aquella tarde estaba anunciado, desde hacía tiempo, que los payadores Santos y González, el célebre mulato González, iban á *contender.* Un gentío inmenso acudió al lugar designado. Santos no pudo negarse (porque estaba todo dispuesto), á pesar de la pena horrorosa que le agobiaba.

Empezó la *payada.* El mulato llevaba la ventaja en la lucha. El decaimiento de Santos era muy grande.

Aquél, creyendo que iba á ganar la partida del todo, recordándole á su contrincante su amada para destrozarle el pecho, desconcertarlo por completo con el terrible golpe del recuerdo de aquella mujer que el día anterior gozaba de toda la plenitud de la vida, y vencerlo de esta manera en toda la línea, le preguntó por Zelmira. ¡Pero cuán grande fué su error!... Santos le contestó inmediatamente con los ojos arrasados en lágrimas, con frases de una ternura indefinible, con pensamientos y conceptos de una inspiración admirable que hacía prorrumpir en atronadores aplausos y vítores al numeroso público que se encontraba allí reunido.

Con qué poesía tan natural, con qué facilidad tan pasmosa el payador relataba su pena, sus amores, su angustia, el vacío que sintiera en el mundo, el afán de unirse á Zelmira, si ya no en ésta en la otra vida, el deseo ferviente, anhelante, y á medida que lo expresaba, cambió su aspecto, se dilataron sus órbitas, se inyectaron sus ojos de sangre, y como herido por un rayo, cayó abrazado á su guitarra para no levantarse más, presa de una terrible congestión, y después de haber dicho:

*Me reclama y yo la quiero*
*y no he de hacerme esperar;*
*allá voy, con mi guitarra,*
*para poderla cantar*
*dentro de su propia tumba;*
*¡que me lleven por piedad!*

P. SAÑUDO AUTRAN

Ilustraciones de Cuchy.





UNA CALLE




DEL TIEMPO DE GOYA



# ¡SANTA!...

La condesa estaba atenta á su labor y el conde, sentado á sus pies, leía en alta voz en un libro.

—¿No me atiendes?—preguntó el conde interrumpiendo la lectura y fijando sus ojos en el hermoso rostro de su esposa.

Ella dejó caer sobre la falda el rico bordado y rodeó con sus brazos el cuello de su esposo.

—¿Que no te escucho?...—murmuró casi al oído del conde.

Su voz era dulce, armoniosa; en sus ojos se leía todo un poema de amor.

—¡Qué hermosas eres! exclamó el conde, reclinando su cabeza sobre el seno de su esposa.

¡Cuánto te amo!—respondió ella, con la más bella sonrisa de la mujer feliz.

Formaban, verdaderamente, un grupo hermoso.

Jóvenes, enamorados, ricos... ¿qué podían envidiar en el mundo?

Cuando el viejo criado Lorenzo se presentó con la bandeja de plata, la condesa tomó con aire de disgusto la tarjeta que en ella le presentaba, contrariada porque había venido á interrumpir su idilio amoroso.

—¿Un importuno?—preguntó el conde malhumorado.

—« Ana Pérez » leyó ella. ¿Quién será?... ¡Ah, desmemoriada!... Es la dama de compañía que tú tanto me has recomendado. Hazla pasar, Lorenzo.

El conde se levantó con ademán de despecho, exclamando:

—¡Podía haber venido á otra hora!

—¡Vaya, vaya, Arturo! Sé bueno. Recibamos á esa pobre señora.

Se levantó el portier de la entrada y una mujer vestida de luto avanzó con visible timidez.

El conde se volvió de espaldas rápidamente.

—¿Es usted la señora Ana Pérez? —interrogó la condesa, mirando con curiosidad á la recién llegada.

—Sí...—respondió la interrogada con voz apenas inteligible.

—Es usted muy hermosa, señora, y muy joven. ¿Cuántos años tiene usted?

Veinticuatro.

—¡Y ya viuda!

—Sí, señora... viuda.

La voz de Ana se hacía cada vez más obscura y temblorosa.

¿Su esposo de usted era, según me han dicho, viajante de una casa de comercio?

—Sí, señora.

—¿Y hace mucho que ha muerto?

—Dos años.

—¡Dos años! ¡pobrecilla! Debe usted haber sufrido mucho.

¡Oh!

—Perdone usted si he renovado su dolor cruento. ¿Tiene usted familia?

Ana Pérez enrojeció súbitamente y miró al conde que estaba pálido como un muerto.

¿Tiene usted familia? preguntó de nuevo la condesa, sin reparar en la turbación de Ana.

Sí, señora; un... niño.

—¡Un niño! ¿Cómo se llama?

Arturo...—murmuró entre dientes la enlutada.

La condesa miró cariñosamente á su marido, diciendo:

—¡Qué casualidad! Tu nombre, Arturo. Tráigalo usted. Yo quiero mucho á los niños. Vivirá con nosotros, ¿es verdad, esposo mío?

El conde hizo un signo afirmativo con la cabeza y trató de sonreir.

Ana llevóse el pañuelo á los labios, como para ahogar un grito.

La condesa, feliz con la idea de poder tener un niño sobre sus rodillas, su sueño dorado, continuó:

—Sí; lo traerá usted y vivirá con nosotros, como si fuera nuestro hijo... Le compraremos juguetes... ¡Pobrecito!... Yo le querré mucho. Ahora—añadió levantándose—pasemos á mi gabinete y hablaremos de nuestras cosas.

Ana respiró con más libertad.

Media hora después abandonaba la estancia de la condesa, pálida, convulsa, con los ojos humedecidos por el llanto, y el corazón palpitante.

En la escalera encontró al conde que salía á su encuentro.

Dejó caer un guante y, al ir á recogerlo, le dijo con voz temblorosa:

—¡Vas á hacerme morir, Arturo! Yo no podré vivir con esa mujer, no podré, no...

—Silencio—murmuró él con acento enérgico y mirada terrible.—¡Piensa en nuestro hijo!

—¡Pero esto es una infamia! ¡Es una cosa que me repugna!

El conde miró en torno suyo para cerciorarse de que estaban solos y cogiéndola brutalmente por un brazo:

—Oye... El niño ha de venir á esta casa y mi mujer le ha de amar sin que sospeche nada... ¿Me has entendido?... ¡Lo mando!... ¡Lo quiero!... ¡Mi hijo vivirá conmigo!

—Así será; pero yo moriré de dolor y de vergüenza.

Y Ana bajó precipitadamente la escalera, oprimiéndose el corazón con ambas manos.

***

La condesa amaba al pobre niño con verdadera ternura y la encantaban sus juegos y sus travesuras.

Ana, cada día más pálida y más demacrada, sufría horriblemente.

Arturo la había sorprendido llorando varias veces, y la había dicho con cruel cinismo:

—Me vas á comprometer con tus escrúpulos y sensiblerías. Es preciso que mi mujer no sospeche nada.

Ana respondía siempre:

—Me muero... y eres tú quien me mata.

Por fin cayó enferma en el lecho.

No podía más.

Una noche, cuando la condesa se disponía á ir á su palco del Real, entró una camarera á decirle que Ana deseaba hablarla.

—¿Se encuentra peor?

—Hoy ha exputado más sangre que otros días.

—Corro á su lado. ¿Y su hijo?

—Duerme en la cuna.

Cuando la condesa estuvo á solas con la pobre moribunda, ésta la dijo, como presa de un delirio:

—¡Fué él quien lo quiso!... Yo me oponía... pero me amenazó con separarme de mi hijo... Yo hubiera muerto de desesperación, y cedí... Siento horribles remordimientos... Usted es una santa, y tendrá piedad de mí.

La condesa sintió que el frío de la muerte invadía su alma. Se inclinó sobre la agonizante y trató de leer en aquellos empañados ojos su terrible sospecha.

¿Qué dices? preguntó con temblorosa voz, sin obtener respuesta. —¿Qué quieres darme á entender?—insistió, apoyando su mano sobre la helada frente de Ana.

—¡Piedad!...—suspiró ésta, entornando los ojos.

—¡Piedad! ¿Para quién? ¿Para ti?

—No, yo no la merezco... ¡Piedad para mi pobre hijo... para mi Arturo!...

—¡Arturo!...—La condesa se irguió violentamente, como si acabara de descorrerse á su vista el velo de aquel misterio, y en sus ojos brilló un relámpago de ira.

—¿Por qué le pusiste ese nombre?—siguió interrogando—¿por qué?

—¡Perdón!

—¡Ah! el padre de ese niño es mi esposo, ¿no es cierto?... Responde,.., confiésalo.

—Sí...

La condesa lanzó un grito horrible que resonó lúgubremente en la estancia.

—¡Ah, miserable! — gritó, oprimiendo con fuerza el brazo de Ana ¡miserable!...

Luego apartándose de ella:

—¿Dónde está mi esposo? Quiero verle y quiero confundiros á los dos.

La infeliz moribunda inclinó la cabeza desfallecida, y de sus labios salió á borbotones un reguero de sangre que manchó las blancas sábanas del lecho.

La condesa se detuvo, se acercó á ella de nuevo y quedó contemplándola un momento.

Pensó en lo mucho que había penado aquella mujer, y una lágrima de piedad rodó por sus mejillas.

—Yo te perdono — murmuró estrechándole la cabeza con ambas manos.—Yo te perdono, infeliz criatura.

Ana abrió los ojos, y con expresión de infinito agradecimiento contempló á su rival, sin poder articular una palabra.

Luego levantó la mano y señaló la cuna de Arturito.

—Será mi hijo—dijo la condesa; comprendiendo lo que le quería decir.

La moribunda hizo un último esfuerzo, cogió el vestido de la condesa y llevándolo á sus labios murmuró, besándolo:

—¡Santa!... ¡Santa!...

Cuando el conde entró en busca de su esposa, vestido de frac, para acompañarla al teatro, ésta cerraba piadosamente los ojos de la difunta.

¡Mamita!... ¡Mamita!...—gritaba el niño desde su cuna.

La condesa le tomó en brazos y lo estrechó contra su pecho, mirando con fría altivez á su esposo.

—Juana la interrogó éste, que acababa de comprender lo que había pasado—Juana, ¿tu corazón?...

—Juana le miró de alto á abajo.

Estaba palidísima.

—Mi corazón—dijo con voz clara y firme—pertenece desde hoy únicamente á este pobre ángel.

Pablo de SEGOVIA

Ilustraciones de J. Passos.

# A LA PLUMA

Notas de excaso valer
hoy la lira me concede;
¿quién, ¡oh, pluma, cantar puede
tu majestad y poder?
Editora del saber
y cincel del pensamiento,
reproduces del talento
los destellos inmortales,
dejando estelas sin cuento
en renglones desiguales.

Es tan vasta tu grandeza
y es tan noble tu destino,
que eres cetro peregrino
de la más alta realeza.
Con nerviosa ligereza
estampas, como un troquel,
la creación pura y fiel
que el pensamiento derrite;
como cable que transmite
las ideas al papel.

Si te impulsa la razón
y defiendes causa honrada,
abre tu punta acerada
hondo surco en la opinión.
Tu oportuna intervención
entre enemigas naciones,
hace callar los cañones
y desarma recios brazos;
¡que encierras en tus renglones
de fraternidad los lazos!

Cuando el cerebro caldea
ansia de bienes soñados,
son tus signos apretados
traductores de la idea.
Cuanto el pensamiento crea
das esculpido al instante;
y á tu mérito constante
deben su fama sin fin
Calderón, Quintana, Dante,
Garcilaso y Moratín.

Sobre el papel arrastrando,
cuando vas de tinta henchida,
eres una diosa herida
que va su sangre regando
Abierta vena, manchando
el papel brillante y terso,
grabas, para admiración
del atónito universo,
la luz de la inspiración
sobre las letras de un verso.

¡Oh, pluma, rajante espada
que mata y hunde el error,
no te tuerzas al favor
de una conciencia manchada!
¡No sacies, torpe y menguada,
de la envidia el apetito;
pues lo que dejes escrito,
infamando un nombre honrado,
ha de ser padrón maldito
á noble pecho colgado!

Sé, pluma, la fiel balanza
del peso de la justicia;
muéstrate siempre propicia
á castigar con templanza.
Pero si á torpe venganza
te requiere el delincuente,
para hacer de un inocente
víctima de arteros planes. .
¡no escribas, pluma! ¡detente,
y rompe tus gavilanes!

V. SERRANO CLAVERO

M. OBIOLS DELGADO



EN LA FERIA DE SEVILLA

# EN BOCA CERRADA...

HABLA *para que yo te conozca»* *dicen* que *ha dicho* un sabio.

Confieso que ignoro cuándo, que ignoro dónde, y que, por ignorar, hasta ignoro quien lo dijo... como que no sé, si, en efecto, lo ha dicho alguien; pero háyase dicho ó no, es la verdad que no hay manera de conocer á las personas cuando no hablan.

Ya sé, ya sé que los padres y los maestros recomiendan á los muchachos el silencio, del cual aseguran que es oro (¿qué ha de ser oro?); pero así y todo, y pese á los que sostienen que la palabra ha sido concedida al hombre para que disfrace su pensamiento, me parece que están más en lo firme los que piensan que *hablando se entiende la gente.*

«En boca cerrada no entran moscas» «Palabra y piedra suelta, no tienen vuelta» «La mejor palabra es la que está por decir» «Al buen callar llaman Sancho» «Por la boca muere el pez» y muchas otras afirmaciones de la llamada sabiduría popular, prueban como dos y dos son veinticuatro, que el hombre debía ser animal silencioso, ó valerse, cuando más de alguna interjección de esas enérgicas para exteriorizar con el gesto y con la voz el estado de su ánimo en momentos determinados.

De ese parecer era mi amigo Blas, no el que sirve para que se ponga punto redondo á cuanto él dice, sino otro Blas que hablaba por los codos y al cual, por eso mismo, en media hora de conversación conocía perfectamente el menos avispado de sus interlocutores.

Porque, desengáñense ustedes en el caso de que estén engañados—aunque sea siempre exacto (que muchas veces no lo es) que el hombre, cuando habla, se propone desfigurar lo que piensa y velar lo que siente, casi nunca, nunca por mejor decir, realiza su propósito por mucho tiempo. Es muy difícil, es casi imposible, y casi estoy por creer que imposible del todo, sostener esa ficción cuando se habla mucho.

El hombre que más dueño se crea de su palabra y que más domine su lengua, acaba por ser esclavo de ésta y se deja arrastrar, cuando menos lo teme, por la corriente impetuosa de su palabra desbordada.

Existe entre la esencia del pensamiento y su representación externa, entre la idea y la palabra que la expresa, relación tan íntima, que no hay modo de mantenerla artificialmente en contradicción, sino por muy pocos momentos.

El que habla mucho, aunque se proponga mentir, dice muchas verdades.

Y era justamente la debilidad del ya mencionado Blas, mi amigo, de quien decían cuantos lo trataban que no tenía *trastienda*, ¿qué había de tener trastienda? Ni tienda siquiera.

Hablaba, hablaba, hablaba
sin descansar ni escupir

como el alférez *don Facundo Valentín Pérez* y *Pérez*, de que habla un personaje de Bretón; y no le quedaba nada dentro; después de haberle sacudido media hora, sabía uno cuanto había que saber acerca de lo que Blas era, y valía y pensaba, y podía repetirse la común frase vulgar, aquí no hay más cera que la que arde.

Blas, que se conocía, lo cual es muchísimo menos difícil de lo que por esos mundos se cree, y que deploraba, sin poder remediarlo, ser tan hablador, admiraba sinceramente, con admiración casi idolátrica, á los hombres callados.

Los que hablaban poco le parecían héroes; y los que no hablaban nunca eran semidioses.

Tratábamos por aquel entonces (porque de esto hará ya veinte años largos), á un excelentísimo señor don *Pedro Advíncula de Tecallo*, que era la admiración de Blas.

Y cómo no había de serlo si no conocíamos á una sola persona que hubiese oído el metal de la voz de don *Pedro Advíncula.*

¡Lo que ese hombre vale! decía Blas; las cosas que ese don Pedro tiene reservadas en su cerebro. Basta verlo para convencerse de que es un ser casi sobrenatural.

Erguido siempre y siempre frunciendo el ceño; constantemente callado. Ve, oye, observa y calla. Asombra pensar en el caudal de conocimientos que ese hombre guardará en la alacena de su cerebro. Será un tesoro aquello. Claro, adquiere cuanto puede y no gasta nada, ha tenido que acabar por ser rico. Cuando ese hombre hable, si alguna vez le hacen romper su silencio, va á decir cosas admirables, nos ofrecerá prodigiosos descubrimientos.

Y don *Pedro Advíncula de Tecallo*, habló al fin, contra lo que todos esperaban, habló y no dijo *mú* como el buey de la fábula, pero dijo muy poco más que eso; enhiló en tono reposado y con voz campanuda, media docena de majaderías.

Para Blas fué aquello un desencanto. No quería dar crédito á sus ojos, ni á sus oídos.

Pero ¿es éste don Pedro? decía con verdadera indignación. Este hombre me ha estafado la admiración y el respeto que me inspiraba antes de oirlo.

Desde entonces Blas, que no dejó en toda su vida de ser hablador sempiterno é impenitente, se convenció de que siendo censurables los dos extremos, es preferible cien veces el de hablar mucho al de no hablar nada.

Malo es y molesto y fastidioso, tropezar con un charlatán que á nadie deja meter baza, y cuenta lo suyo y lo ajeno y lo que importa y lo que no importa; pero ¡qué diablo! á ése luego le conoce todo el mundo y hay mil medios de evitar sus agresiones.

Pero á estos hombres que se les acosa y no dicen: esta boca es mía; ¿quién los conoce? Pueden estar pasando en silencio gran parte de su vida y resultar después verdaderos alcornoques.

Y creo que tenía razón Blas.

Malo es hablar mucho; pero es peor no hablar nada. En boca cerrada no entran moscas, es cierto; pero de boca cerrada tampoco pueden salir sonidos sublimes, cuya misión es unir unas almas con otras.

A. SANCHEZ PEREZ

# NOTAS DE ARTE

## EL QUIJOTE EN DIBUJOS

¡Cuántas veces se ha ilustrado el *Quijote!* Pero aquí no vamos á tratar de unas nuevas *ilustraciones*, sino de la reproducción ó interpretación en dibujos de los pensamientos con que supo entretejer Cervantes su novela incomparable, lo que vale tanto como traducirla á una lengua universal: el Arte.

Idea tan original y tan vasta, pues más parece para realizada por una generación de artistas que por uno solo, se le ha ocurrido y la ha llevado á la práctica don José Jiménez Aranda, maestro eminente entre nuestros pintores contemporáneos, el autor de *Poniéndose como ropa de Pascua, Una desgracia loca,* y otros cuadros igualmente celebrados y famosos.

A este artista le distingue la condición de gran dibujante, mérito no frecuente en nuestros pintores, según dijimos al hablar de *El desnudo en el arte español;* sin que le vayan en zaga el agudo ingenio con que sabe componer y las finezas de color, del que posee el mágico secreto de expresar, con tan útil delicadeza como con la línea, el sentimiento del natural.

Ha hecho muchos dibujos; obras que hay que llamar así porque están pintadas á claro-obscuro.

¿Cómo nació en él la idea de dibujar el *Quijote?* Tan antigua como la afición á este libro es en el artista la de la pintura, pues pasajes del *Quijote* fueron los asuntos de sus primeros cuadros. No podemos puntualizar si en Sevilla (su tierra), de vuelta de Roma ó en París, donde ha residido varios años, comenzó los dibujos; pero es lo cierto que los comenzó desde luego con la idea preconcebida de dar vida gráfica á la historia del *Ingenioso Hidalgo,* siguiendo puntualmente el orden de capítulos, el encadenamiento de los hechos, y que en París, durante las largas veladas del invierno, hizo la mayor parte de ellos. Hacía este trabajo para sí, como estudio, por vía de recreo intelectual, sin fines ulteriores para endulzar la nostalgia de la patria con el más hermoso de sus recuerdos. Cuando vino á establecerse en Madrid, hace siete años, siguió este trabajo que luego ha continuado y continúa en Sevilla.

FELIX MESTRES



EN LA CARRERA DEL CORPUS

Mas, durante su corta estancia en Madrid, con motivo de la última Exposición de Bellas Artes, sorprendió á sus amigos, cuando después de enseñarles los dibujos, que llegaban á la elevada cifra de *quinientos,* les dijo, con la mayor tranquilidad del mundo, que todo aquello no era más que una serie de *bocetos,* hechos de memoria, y que iba á empezar la obra definitiva, haciendo de nuevo los dibujos, con modelos, es decir, del natural, como si se tratase de cuadros. El temple artístico que semejante empeño revela, es de lo que no se usa hoy. Pasaron los tiempos en que un Miguel Angel ó un Rafael, llenaban vastos muros y bóvedas de capillas y estancias del Vaticano con grandiosas composiciones y múltiples alegorías tomadas de los Libros santos y de la Historia, ó en que un Alberto Dureso ilustraba profusamente pasajes de libros morales, dando muestra de una fecundidad inagotable. Don José Jiménez Aranda se pone con la obra que está ejecutando al igual de los grandes maestros.

La tenacidad de nuestro artista ha producido las primeras muestras de su propósito. *Veintitrés* dibujos, que son los que constituyen el primer capítulo de ese *Quijote* gráfico, han sido enviados á Madrid, donde los hemos visto contadas personas.

Tanto estos dibujos definitivos como los que el autor llama *bocetos,* están trazados á pluma y luego pintados á la aguada (á la *gouache,* que dicen los franceses), con blanco y tinta de China. La ejecución es muy cuidadosa; detalles capitales, como cabezas y manos, están bastante concluídos y les avaloran toques magistrales de gran efecto. En suma, los dibujos en cuestión están tratados como cuadros.

Dichos veintitrés dibujos desarrollan el pensamiento del primer capítulo del *Quijote,* presentándonos, por lo tanto, el pueblo y la casa del hidalgo, y á éste tranquilo en ella con el ama y la sobrina, y el mozo de mulas, el caballo y los perros de caza; mostrándonos cómo la afición de los libros de caballerías trueca tan pacífico vecino del lugar en un loco, que intenta la descabellada idea de hacerse caballero andante.

Tres dibujos distintos desarrollan aquel conocidísimo párrafo con que da comienzo la novela. 1.° *En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme,* (cada dibujo lleva por epígrafe un trozo de texto) es la vista del pueblo, cuyo humilde caserío se apiña en torno de la iglesia; en primer término las eras; ni un árbol; cielo nubarroso, que traza el título de la obra. 2.° *no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo...* es la imagen del bueno de Quijada, pero muy distinto de como le tenía metido en el magín, pues de ordinario os le figuráis consumido por su locura, y aquí se os muestra en sus días de juicio cabal, cuando era un sujeto tranquilo, de ojos soñadores, sentado en un sillón de baqueta. 3.° *de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor.* Acaso la figura del galgo que duerme tendido en el suelo del corralillo, sea la mejor de esta alegoría del carácter de Quijada; por la puerta de la cuadra asoma el deslucido caballo, y en un rincón se enmohecen las armas.

Siguen los dibujos y el texto: 4.° *Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados...* Esta composición despierta mayor interés, á pesar de que de sus tres personajes no se ven más que las manos; apoyadas en la mesa cubierta por el mantel, las de Quijada y la sobrina; las del ama, nudosas y curtidas (no hay duda que son las suyas) volcando en una fuente (donde comen todos juntos, á estilo clásico del lugar) el contenido de la olla, cuyo vaho oculta cuerpos y rostros. En una escudilla aguarda el salpicón. En el suelo, maltrecho, yace el carnero, del que habían de salir los «duelos y quebrantos» que se consumían los sábados, y el «palomino de añadidura» con que se regalaba la mesa los domingos.

El dibujante no ha ocultado los personajes sino con el fin de presentárnoslo con mayor solemnidad, separadamente, y por el siguiente orden- 5.° *Tenía en su casa un ama que pasaba de cuarenta,* la cual trastea en una despensa, entre orzas de miel, tinajas de aceite, etc., y vuelve el rostro curtidillo y avejentado hacia el espectador. 6.° ...y *una sobrina que no llegaba á los veinte,* lugareña vergonzosa, con los ojos bajos, faldamentas abultadas y algo cortas. 7.° ...y *un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera,* figura de gañán, admirable por su expresión y carácter, acabado estudio del natural.

En seguida vienen las diversiones con que mata su tiempo el hidalgo. Aparece en la lámina 8.ª *Gran madrugador y amigo de la caza,* caminando á la del alba, campo á traviesa, con sus arreos y sus lebreles. La 9.ª *...y así llevó á su casa todos cuantos pudo haber de ellos,* nos le muestra esperando á que le abran el artístico portón de su morada, al que llega seguido de sus perros y de un rapaz descalzo que trae sobre la cabeza los libros de caballería que no pudo tomar bajo el brazo el mismo Quijada, cuya capa denota el bulto de semejante contrabando de su sosiego.

Precioso y acabado cuadro es la 10. *Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar.* Allí se ponen de manifiesto los primeros efectos de tan empecatadas lecturas. Desarróllase la acción en un aposento de la casa del cura, mientras maese Nicolás hace á éste la barba. Quijada sentado, pero inquieto, porfía con gesto de no ceder; el cura, sentado en frente, procura conllevarle, según se desprende de su ademán; y el barbero, que parece dirigirse á mudar el agua de la vacía, mira con cara de risa al peregrino disputador. No es aquella, sin duda, la primera controversia; llueve sobre mojado.

Más elocuente aún es la lámina 11. *...se le pasaban las noches leyendo de claro en claro...* El maniático ha dejado el lecho y sin vestirse se ha puesto de codos en su bufete, donde á la luz de un velón de Lucena devora con febril exaltación un infolio; y así le encuentran los primeros reflejos del alba que se descubren por la ventana del fondo. Tras de tal lectura sobreviene el acceso, el arrebato, que pinta con suma viveza la lámina 12: *Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía...* Aquí la descompuesta cara de Quijada es ya la de un loco.

De las imaginaciones pasa á los hechos: 13.° *Y lo primero que hizo fué limpiar unas armas...* lo que ejecuta en el patio de su casa, con la mayor gravedad del mundo. Sobreviene la primera dificultad, verdadero conflicto de que da cuenta el artista en las cinco láminas siguientes: 14 ... *pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de encaje;* corre Quijada á su aposento para buscar el remedio, (15) ... *porque de cartones hizo un modo de media celada;* vuelve al patio y toma la espada (16) ... *para probar si era fuerte...* (17) *y en un punto deshizo lo que había hecho en una semana;* pero la rehace y triunfa su intento, (18) ... *la diputó y tuvo por celada finísima de encaje.*

19. *¡Fué luego á ver á su rocín,* es un precioso dibujo del interior de la cuadra.

Pero acaso la más peregrina y original de todas estas composiciones es la 20 ... *y en este pensamiento duró otros ocho días.* Nuestro hidalgo se ha encerrado en un aposento, olvidándose de las horas de comer, ni de qué tiene casa, ni ama, ni sobrina; sin duda para que estas no le importunen atrancó la puerta con una silla, echó llave y cerrojo, y seguido de su galgo que aburridísimo bosteza sin saber qué pensar de aquella encerrona, se pasea de largo á largo, con el dedo índice apoyado en la frente de donde quiere sacar su nuevo nombre: DON QUIJOTE.

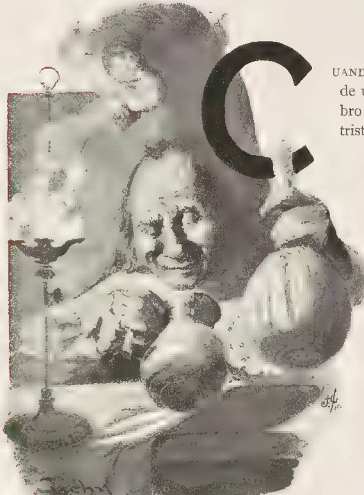
No le falta ya más que «una dama de quien enamorarse» y á esto se refieren las tres láminas restantes: 21 ... *si yo por males de mis pecados ó por mi buena suerte...* Imagen á un tiempo de lo real y lo ilusorio, sobre la figura del hidalgo se ve como entre nubes la escena del rendimiento del gigante Caraculiambro ante la «dulce señora». Y el entusiasmo que tales imaginaciones despiertan en aquél, es el motivo de la lámina 22. *¡Oh como se holgó nuestro buen caballero, cuando hubo hecho este discurso...* La lámina 23 ... *de quien él un tiempo anduvo enamorado...* nos hace retroceder á los buenos días de Quijada, pues nos le muestra conquistador, embozado en su capa y apostado en una esquina, acechando á la «moza labradora» á quien él, con el tiempo y por artes de su locura, había de convertir en la hermosa Dulcinea del Toboso.

Tales son los dibujos. El artista continúa su obra y continúa también los *bocetos* que suben al número de seiscientos y no llegan al final de la primera parte de la novela.

De esperar es, que tal suma de trabajos no quede en el olvido. Ese *Quijote* gráfico debe publicarse... y se publicará para que el público pueda admirarlo y poseerlo con tan exquisito cuidado como el libro de Cervantes.

JOSÉ RAMÓN MELIDA

# EL VELON



CUANDO dentro de la cueva de un ropavejero descubro el clásico velón, solo, triste, apagado, sin sangre en el cuerpo, léase aceite, revuelto, confundido entre guitarras sin cuerdas, panderetas sin cascabeles, castañuelas rotas, mohosas espadas, capas apolilladas, mantillas descoloridas, calañeses sin borlas, sombreros de trespicos y de medio queso llenos de polvo, cornucopias sin azogue, confidentes sin almohadilla, y panzudas cómodas sin cerraduras; y arrojados á un rincón, como hermosos y olvidados deshechos de la bella y típica poesía nacional, el alma se acongoja, y me parece encontrarme delante de un astro que perdió para siempre su luz, y de la ruina y desolación de España.

Ese típico candelero de cuatro, cinco ó siete pábilos para las luces de aceite, como le define el diccionario, tiene una brillante historia. Cuando nuestro incomparable sol que se mira en el caudaloso Ebro; que trueca en plata la deliciosa costa de Levante; que baña de suave resplandor el Miguelete y las góticas torres de las catedrales de Burgos y Toledo, que ilumina los bailes en la ribera del Manzanares; que besa los cármenes de Granada; que inunda de luz los patios cordobeses; que acaricia la Giralda; que constituye la alegría de Cádiz; que se retrata en los ojos de nuestras codiciadas mujeres; declinaba en el ocaso para iluminar otras bellas regiones españolas, el velón aparecía en escena, disipaba las sombras y constituía la alegría y el encanto del hogar.



Las campanas daban el poético toque del Ave-María; caballeros y menestrales cerraban los portones de sus casas; las doncellas se retiraban de la fuente para pelar la pava tras de la misteriosa reja, los alcaldes de casa y corte, seguidos de un regimiento de alguaciles y corchetes, salían en busca de fulleros y rateros, acudiendo con con más ó menos presteza en donde tenía lugar descomunal fullona; la ronda de pan y huevo daba principio á su caritativa misión; la ciudad parecía un sepulcro; y el velón brillaba en todo su esplendor en las boticas, en las barberías, en los bailes de candil; iluminaba la cena del pobre y del rico, el santo rosario pasado en familia, los co-

loquios amorosos, la cámara nupcial, la cuna del recién nacido, la salita de labor, los juegos de danzas, el gabinete del sabio, la sala del juego, el camarín de la buscona, el cuerpo de guardias, la virgen tutelar de las familias; y en noche de llanto y duelo se le veía colocado sobre la repisa, entre blandones de amarilla cera, velando el último sueño de amortajado cadáver encerrado en su ataud.

El velón presenció los horrores de la Edad Media, inundó de luz el Renacimiento, alumbró las exageraciones del arte churrigueresco, alumbró nuestros primeros bailes de máscaras, el paso del santo entierro, tomó parte en las fiestas de las coronaciones de nuestros reyes, vió á nuestros bravos marinos llorar en tristes veladas la desastrosa hecatombe de Trafalgar y fué testigo de mil gloriosas escenas durante la Guerra de la Independencia y en la época constitucional.

Me diréis, con sobrada razón: el velón presenció los horrores del Santo oficio, la matanza de los moriscos, la expulsión de los judíos y las liviandades de los reyes y de otros que no lo eran; pero en cambio, á la luz de sus pábilos, escribieron sus inmortales dramas y comedias de capa y espada, los grandes vates del siglo de oro; compuso sus versos Santa Teresa de Jesús; redactó sus cartas María Coronel, la venerable de Agreda; inundó de ilustración el mundo el sapientísimo Feijóo; redactó incomparables páginas de gran enseñanza Jovellanos; encaminó á la elocuencia Capmany; Moratín regeneró el teatro; y compuso sus esculturales odas Quintana, el gran poeta de la patria y de la libertad.

Si la luna aun continúa siendo el sol de los enamorados, el velón fué el confidente de mil escenas de amor en aquellos *obscuros* tiempos que ya han pasado á la historia, con sus errores y sus encantos, con sus defectos y sus bellezas. A la luz del velón leía á hurtadillas la muchacha enamorada los billetes de su novio; bailaba con el preferido de su corazón en la ancha y despejada sala, en las noches de sarao; conversaba con el queriente, velando la capilla del barrio en la fiesta de San Antonio de Padua, que tan bellas devotas ha tenido siempre en España, en la de la Magdalena que cura de mal de amores, en la del Carmen y en la de Santo Domingo de Guzmán; y alumbraba á la desvelada niña, que al oir el primer toque de misa del alba saltaba presurosa de la cama para acudir al templo donde la esperaba el impaciente galán.

En el siglo XIX acabó su misión el velón sobre la tierra. Primero el quinqué, después el gas y el petróleo, y por último la electricidad le arrojaron de su trono de gloria y le envolvieron con la mortaja del olvido. Aquel astro que brilló por espacio de tantos siglos, perdió su luz y sirve de chacota y burla al mismo tiempo. Mas ¡ay! yo adoro la libertad, amo el progreso, bendigo la civilización; pero prefiero recorrer las calles de Madrid y de Toledo á la luz de un velón, que no verlas iluminadas por la electricidad, pues ella es solamente la prolongación del día, y roba á la noche sus sombras, sus misterios, sus encantos y su poesía, y el día en que ésta muera estará de más el sentimiento y el corazón.



FRANCISCO GRAS Y ELIAS

# EL SABLAZO

I

He buscado, en vano, en la última edición del Diccionario de la lengua castellana, por la Real Academia Española, la acepción que hoy da el vulgo á la palabra *sablazo*, y aunque ya en 1884 se ejercitaban mis nunca bien amados compatriotas en la vilipendiosa cuanto útil práctica del *sablaceo*, es lo cierto que, el no haber ingerido en nuestro léxico la docta asamblea, en su obra de la citada fecha, tan repetido vocablo, prueba con plena probanza, que, en aquel entonces, no se había vulgarizado el uso del *sablazo*, tal y como hoy es entendido, hasta el grado de merecer que lo definieran los conspicuos encargados de limpiar, fijar y dar esplendor á la hispana lengua.

Más me afirmo en esta creencia, cuando recuerdo que, un año antes de la data á que me refiero, cuando los inmortales componían el Diccionario, hoy vigente, apadrinó el eximio académico señor Cánovas del Castillo, la frase familiar: *quedarse con uno* — sin duda para dar á entender que ya él se había *quedado con todos* — y otras de igual jaez, que se complacía en recoger del vocabulario de las clases populares — porque si bien no las frecuentaba, le eran conocidas; y porque no hay que olvidar que al par de insigne estadista, era un malagueño zumbón, de imaginación regocijada que se desbordaba en frases donairosas, de sal ática y pimienta de nativo andaluz — pareciéndome extraño que en aquella hornada, no incluyera una voz de tanta resonancia y hoy tan en boga. No cabe, pues, dudar, que el nunca bastantemente llorado don Antonio, ó no llegó á sufrir entonces embates de los modernos campeones de la esgrima más temible de estos desventurados tiempos, ó no se había propagado en aquella fecha — y esto es lo más probable — con las proporciones asoladoras que en la actualidad ofrece, el ejercicio del *sablazo*, ó mejor dicho, del *sablaceo*.

Que el *sablazo*, tal como hoy *se da* en nuestra amada patria, *se ha dado* en las pasadas centurias; que su práctica es de todas las edades; que se ha señoreado en todas latitudes; que sus orígenes, lejos de perderse entre las tinieblas que envuelven el origen del humano linaje, hállase hasta en los tiempos prehistóricos; que es consubstancial con el hombre y, por tanto, eminentemente humano... es evidente de toda evidencia. Lo que hay es que, siendo un mal y un bien fortuitos — *bien* para el que lo da, con fruto, *mal* para el que lo recibe inerme y sin defensa alguna; — constituyendo institución que es al hombre lo que la sombra al cuerpo, no puede substraerse á las leyes biológicas á que están sujetas cuanto vive, ni evitar las transformaciones de que todo es tributario en la existencia. No es, por tanto, el *sablazo*, en esencia, lo que nace ó muere ó se transforma; es la forma y sólo la forma la que cambia; es el modo de expresión y exteriorización en medios y tiempos determinados, lo que varía. El sablazo es, resumiendo, anterior á los tiempos históricos; se manifiesta, metamorfoseándose, pero siempre con doble naturaleza, bifronte, con dos caras, como Jano, representando el bien y el mal, según que *se da en hueso* — ó sea sin éxito — ó en faltriquera ahita; y es finito, como el hombre — si bien respetables varones de profunda sabiduría en la tal esgrima, opinan al unísono, que traspasará con el espíritu de aquél, los umbrales de la eternidad.

En apoyo de las precedentes aseveraciones, no he menester hacer alardes de erudición, exhumando textos é ilustrando este articulejo con abundante copia de indigestas notas y apéndices. La verdad de cuanto afirmo, está en la conciencia de todos. Tan sólo habré de aducir un dato, en extremo elocuente, que demuestra la añejez del *sablazo*, entre nosotros. Un antiguo refrán castellano — que personas letradas aseguran haber sido traducido del sanscrito — dice que:

> el amigo que no presta y el cuchillo que no corta,
> que se pierda poco importa:

refrán compuesto sin duda alguna en colaboración, por *sablistas* ó *sablacistas* de antaño, despechados.

II

El *sablazo*, en nuestros días, es, después de todo, más que un arma de que se valen los astrosos pordioseros vergonzantes de levita para allegar menguados recursos con los cuales mantener su agónica vida, un escudo ó baluarte en que se amparan los burgueses de caudal anónimo, de ignorado origen; los petulantes *indianos* que visitaron el nuevo continente haciendo estación en calidad de covachuelistas afortunados en alguna aduana de mucho tráfico; los capitalistas ó rentistas de alma endurecida y huero corazón que, satisfechos de lo necesario y hartos de lo superfluo, no sienten la virtud de la caridad y denostan á todo el que postula, motejándolo de holgazán, vicioso y perdulario.

La idea del préstamo generoso, sin usurarias ganancias; el concepto de anticipo liberal y cristiano para remediar una aflicción ó una penuria, que fueron concepto é idea de todos los tiempos, han sido degeneradas y envilecidas, por el egoísta, ateo y desnaturalizado. Afeando la acción del que pide — porque ha menester — denominándola con un vocablo que designe rebajamiento moral, se atrinchera el pudiente y se defiende de la exacción, al paso que se mella y se invalida el arma, al menesteroso de auxilio.

Para el ruin, para el tacaño, para el hombre sin entrañas, toda petición

es *sablazo*, todo pedigüeño, un *sablista*. Ese es su escudo, ese su baluarte, esa su arma defensiva.

Confunden, mediante la denominación genérica de *sablista*, al hombre honrado que ha menester ser socorrido, fortalecido ó alentado, con el bribón bohemio, mal trabajador, sin vergüenza, que, falto de pudor, comensal en la hampa, *vive sobre el país*, come, se embriaga y trasnocha en las sentinas del vicio, merced á la colecta hecha entre los que fueron un día sus compadres y camaradas en devaneos y licenciosas zambras, y hoy lo utilizan, á las veces, como heraldo y voceador de sus larguezas con las cortesanas, y de sus triunfos en aventuras y lides truhanescas, á las veces como servidor y colaborador de orgiásticas empresas; ó gracias al producto de una ratería ó de una estafa, ó en virtud del ejercicio de servicios denigrantes y depresivos para la dignidad humana.

Estriba su interés y ponen todo su conato en medir con el mismo rasero, al funcionario que tras larga cesantía, decretada por un ministro venal y sin conciencia, consumió el exiguo ahorro, y pide reposición ó labor honrada, para dar con su fruto, pan á su familia, y al inepto paseante en corte que se dice postergado porque el nuevo imperante partido le retiró la prevenda que le otorgara un cacique, á cambio de una felonía; al industrial laborioso é inteligente, al labrador incansable y experto que arruinaron los tributos ó desgraciados negocios y á los *crupiers* que huelgan, porque no se *burla* ó á los parásitos sin oficio ni profesión conocida, vagos de real orden, pícaros hoy... y mañana pobladores del presidio.

*Sablazo* es, para el adinerado que consume en afeites un caudal y gasta pingüe renta en vanidades y ostentaciones irritantes, la petición de un duro hecha por un padre de familia, para alimentar un día á sus famélicos hijos; las cincuenta pesetas para evitar un desahucio; las ciento para emprender un viaje de justificada y perentoria necesidad; las dos para comprar una medicina; las mil para salvar á un hombre honrado ó para establecer modesto, lícito y provechoso negocio... y las quinientas con destino á un tahur, las veinticinco para asistir á un baile de máscaras ó las quince para ser consumidas en una tasca ó en una casa de lenocinio... Todos son *sablazos* y todos *sablacistas*.....

En estos malhadados tiempos, el desdichado que por adversidades de la vida llega á carecer de todo recurso; que vendió el último mueble y empeñó la última prenda; que agotó el crédito — arbitrado, más que por virtud de garantía sólida, por el acento elocuente y persuasivo empleado en la demanda, acento que hizo sugestivo y catequista, la necesidad — truécase en *sablista*, si á la amistad acudió en busca de auxilio. Si halla éste, es bien menguado y hállalo una sola vez; con el ruin anticipo, perdió el afecto amistoso, la estimación y la consideración personal, y si la Providencia no lo salva de la miseria... muere en ella, pero con vilipendio, con el infamante *inri* de: *sablista*.....

III

Parada donde se agrupan los auténticos *sablistas*, los *de pura sangre*, aunque de baja estofa; foro donde actúan, campo en que maniobran, *puesto* predilecto para acechar el *paso* de la *pieza* que se proponen *cobrar*... no hay que mentarlo; mis lectores habrán ya pronunciado *inmente*: ¡la calle de Sevilla!

La faz cadavérica, el cuerpo encorvado, el cabello bravío; las manos, ocultas á veces en los desgarrones de una indumentaria cuyas medidas no fueron tomadas para vestir á su usufructuante, á veces llevadas á la boca para desentumecerlas con vaho de hambriento; golpeando el suelo con los mal calzados pies, ateridos por el intenso frío de Madrid en noche invernal, atisba á los transeuntes con fosforescente mirada, ojea en las puertas de los cafés y de los casinos, buscando, ávido y anhelante, una persona conocida á quien acometer y contarle *el cuento del día*. La voz plañidera, la mirada en éxtasis de famélico, relata breve y atropelladamente las más despeluznantes y espantables y conmovedoras cuitas; pide, suplica, gimotea y rebaja, batiéndose en retirada, la tasa en que valoró el derecho de tránsito, hasta que logra apretar con los congestionados dedos, algunas monedas de cobre, con las cuales desaparece rápido y alborozado, para beber en la taberna inmediata una ó dos copas de *lo tinto* — ¡hace tanto frío! ¡lleva tantas horas sin comer! ¡siente tan intensas fatigas en el estómago!.. ¡hay que reponer las decaídas fuerzas! — Y si lo recaudado no cubre el presupuesto — más castigado que pilluelo travieso por atrabiliario dómine — vuelta á la parada, vuelta al foro, vuelta al campo y al *puesto*, para seguir actuando, atisbando y acechando.....

Y en tanto acierta á pasar otra víctima de este verdadero *sablacista*, voy á llevar al editor estas cuartillas — ó lo que es lo mismo, según el criterio reinante: á *darle un sablazo*.

Rafael CHICHÓN

# EL PRÓXIMO NÚMERO

DÉCIMO PRIMERO DE ESTA PUBLICACIÓN

Conforme manifestamos en nuestro programa de aparición, y repetimos al inaugurar las tareas del presente año, la base fundamental del ALBUM SALON consiste en proporcionar á los pintores españoles, un medio, hasta ahora no realizado en el país, de reproducir fielmente sus obras, de suerte que el estilo ó factura peculiar del artista, aparezca en las múltiples reproducciones, con los mismos detalles trazados por su mano en el original.

Nuestras esperanzas de conseguirlo, no salieron frustradas: así lo ha demostrado el público, dispensándonos una favorabilísima acogida; y los propios interesados, con entusiastas plácemes y espontáneas ofertas que han de contribuir eficazmente al mejor éxito de la publicación, empezada bajo tan buenos auspicios.

Para corresponder dignamente á la deferencia de éstos, y seguros de que lo verán con agrado nuestros suscriptores, tenemos el proyecto de publicar algunos números especiales, dedicados á los que de mayor prestigio y respetabilidad gozan en el palenque artístico, y cuya parte ilustrada llevará exclusivamente su firma.

Sin que el orden implique preferencia, pues por igual apreciamos y agradecemos el concurso de todos, el número próximo verá la luz en honor del notable artista, Don Tomás Moragas, conteniendo el siguiente

SUMARIO


Cubierta en color.

*El amor y el sport*, caricaturas en negro, por Xaudaró.

Páginas en color: *Tipo alicantino.— Tipo gitano.*

*Un lance de honor* (doble página).

*Apuntes rápidos*

Páginas en negro: *Tomás Moragas, su retrato y taller*, con un artículo biográfico, de Salvador Carrera.

*Tribunal árabe* (cuadro).

*Los españoles en América*, artículo, por la Baronesa de Wilson.

*Una calle de Tánger* (cuadro).

*Almocadero árabe* (cuadro

*¡Dos infelices!* artículo, por Pablo de Segovia.

*La nobleza romana felicitando el ano nuevo á los cardenales* (cuadro).

*Los siete domingos de San José*, artículo, por Mascarilla.

*Armas y letras* (cuadro

*¡Chinitas!* artículo, por Rafael Chichón.

*La pescadería de Roma en Cuaresma* (cuadro).

Mosaico

Regalo: *¡Pobre niña!* Canción, del Maestro Granados, con letra de Fernán Caballero é ilustraciones de Passos.




Impreso por F. Giró — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Labielle



¡EN EL OCEANO DE LA VIDA!, por XAUDARÓ.



Zozobra.




¡Sálvase el que pueda!

# ALBUM SALON




CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí • Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona • **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTÍCULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO II | BARCELONA, 30 DE ENERO DE 1898 | NÚM. 11

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores.

SALVADOR CARRERA * V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza —Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*. Francisco T Estruch.— Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—José Gutiérrez Abascal *(Ka abal)*.—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—MarianoBenlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—Ramón Casas —Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomas Munoz Lucena —José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí. Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives

EL AMOR Y EL SPORT, por XAUDARÓ.

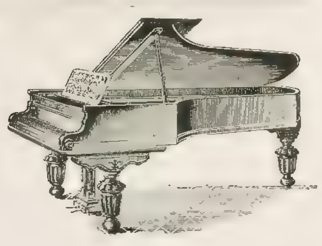


A caballo para enamorarlas.



En bicicleta para conseguirlas.





# PINTORES ESPAÑOLES

## TOMAS MORAGAS

Siendo uno de los preferentes propósitos del Album Salón, rendir justo homenaje á los artistas españoles contemporáneos que por su talento han conseguido figurar en primera línea, hemos creído oportuno inaugurar esta sección, que despertará seguramente gran interés en el público, con la respetable entidad del pintor insigne cuyo nombre encabeza estas líneas.

Mucho nos ha costado vencer su natural modestia y conseguir que nos facilitara los originales que en este número reproducimos, pues no quería en modo alguno que se le antepusiera á sus dignísimos compañeros; habiendo tenido que invocar para convencerle, el triste privilegio de las canas, único á su entender indiscutible.

Tomás Moragas—suprimimos el Don, por considerarlo reñido con el genio—nació en Gerona, á mediados del año 1839; pero á los pocos meses de ver la luz, su familia le trajo consigo á Barcelona, en donde se crió, educó y reside actualmente.

Apenas se halló en edad de raciocinar, sintió decidida afición por los pinceles, demostrándolo la asiduidad y gusto con que asistía á la Academia de Bellas Artes, instalada como hoy en la Lonja, y sus rápidos progresos en los estudios preliminares.



TIPO GITANO



TIPO ALICANTINO

Aun cuando sus aspiraciones iban más lejos... respetando la voluntad paterna, hizo durante cuatro años el aprendizaje de grabador-cincelador en el taller de don José Pomar y Lladó, reputado á la sazón como el mejor de los escultores barceloneses; quien, viendo la vocación del muchacho y sus felices disposiciones, le concedió dos horas diarias de libertad para que asistiese á la clase de pintura.

Presto se halló el joven Tomás en estado de descansar á su maestro; tanto, que éste no tardó en confiarle los dibujos de cuantos objetos delicados le encargaban, entre los cuales merecen citarse, la escribanía que se regaló al ministro de Hacienda Salaverria, después de la guerra de Africa, las espadas de honor para O'donnell y Prim con motivo de la misma, y el álbum que la Diputación entregó á la Reina Doña Isabel, cuando la augusta dama visitó el Monasterio de Montserrat.

Por aquella época, la Corporación que de mencionar acabamos, sacó á concurso una pensión para el estudio del arte ornamental en Toledo. Moragas tomó parte activa en tan honrosa lucha, alentado por risueñas esperanzas y venciendo a sus contrincantes en los primeros ejercicios, exclusivamente de dibujo. Esos se retiraron á excepción de uno, el joven Ramón Tenas, al que se adjudicó en definitiva la prevenda, tras una empeñada deliberación; mejor dicho tres, pues otras tantas sesiones necesitó el Jurado para emitir su fallo, fun-

dándolo en la superioridad de conocimientos arquitectónicos acreditados por el vencedor en los segundos ejercicios.

No desalentó á Moragas su honrosa derrota; antes bien, impulsado por una vocación cada vez más firme y sin otros medios que los propios, trasladóse á Roma, en unión del escultor catalán Jerónimo Sunyol, hoy académico de San Fernando. Su amigo Fortuny le recibió con los brazos abiertos, proporcionándole taller junto al suyo, en el ex palacio *Papa Julio* de la *Via Flaminea*, donde al poco tiempo se instalaron también Tapiró, Agrassot y Simonetti, discípulo predilecto éste del insigne autor de *La Vicaría*.

No cabe duda de que fué muy provechosa á nuestro biografiado la intimidad de tales compañeros; pues contribuyó no poco á que se desarrollase y perfeccionara, con asombrosa rapidez, su natural talento.

Casóse Fortuny, trasladando su estudio á la *Villa Riganti;* Moragas no quiso alejarse de él, y aprovechó la feliz coyuntura de hallarse vacante en otro pabellón de la misma, la *terraza* que había habitado el célebre arqueólogo *Campana*, en la cual sentó sus reales, teniendo por vecina á la reputadísima escultora Marchelo (Duquesa Colonna).

Convirtiendo su nueva morada en



un santuario del arte, trabajó con el afán propio del que anhela labrarse pronto una sólida reputación; á cuyo objeto, inscribióse como socio en la «Academia Giggi», que era el punto de reunión de los más afamados artistas.

Fuera de esto, no se permitía otro pasatiempo que el de acudir cada jueves á las veladas del opulento suizo Walter Fol, protector nato de los pintores, y poseedor de una muy notable galería de cuadros, comprados casi todos á sus tertulios: entre quienes, además de los anteriormente aludidos, figuraban Rosales, Zamacois, Luis Alvarez, Palmaroli, Herrer y Villegas.

Catorce años pasó Moragas en la ciudad de los Papas, consagrado á una labor incesante; pues con dificultad podía atender á los encargos que se le hacían y á los continuos pedidos del negociante Capobianchi y de las casas Goupil de París y Agneu de Londres.

El género en que más se distinguió fué la acuarela, que le arrebataban materialmente de las manos; llegando á cobrar por alguna de ellas la respetable cantidad de 10,000 francos.

Creemos inútil consignar que el deseo de ver á su familia y la necesidad de reposo, le traían con frecuencia á Barcelona.

En uno de sus viajes, tomó estado.



TOMAS MORAGAS, Y SU TALLER.

Había venido solo, y en la buena compañía de su esposa regresó á Roma, donde permaneció hasta dos años después del triste fallecimiento de su amigo del alma, el inmortal reusense; desgracia que le afectó tanto más, cuanto que hubo de presenciarla muy de cerca.

Establecido por fin en esta capital, acabó de cimentar su justa fama de pintor distinguidísimo, y consiguió muy pronto que sus lienzos fuesen buscados con avidez y remunerados con relativa largueza; constituyendo en materia de retratos una verdadera especialidad, no sólo por la exactitud del parecido, sino también por la belleza de la composición.

Cuando el señor Navarro Rodrigo, ministro de Fomento, creó las siete *Escuelas de Artes y Oficios* que el Estado sostiene todavía, Moragas fué nombrado profesor interino de la de Villanueva y Geltrú, y corrió á su cargo la instalación de la *Clase de adorno y figura, y colorido aplicado á la ornamentación,* que desempeñó durante cinco años; organizando, mediante la superior aquiescencia, en el propio local, otra de *dibujo y acuarela,* para señoritas, que estuvo sumamente concurrida y sigue siéndolo en la época actual.

Visto el brillante resultado que el hábil profesor obtenía de sus discípulos, pues según una frase acertadísima, y cual requieren las instituciones de aquella naturaleza, enseñaba *para hacer artífices y no artistas,* la Junta del Museo y Biblioteca-Balaguer, suplicóle que diera, en el recinto del mismo, conferencias dominicales sobre *La historia del arte y El arte aplicado á la industria.*

Moragas se prestó á ello gustoso, cumpliendo á maravilla su cometido

TOMAS MORAGAS



UN TRIBUNAL ARABE

por espacio de un año; pero, á medida que su edad avanzaba, sentía necesidad de un reposo imposible de obtener mientras desempeñara el referido cargo, porque, no habiendo levantado su domicilio, implicaba ése un continuo ir y venir de la capital á la villa y de la villa á la capital; por cuya razón, renunció á él, limitándose á los goces tranquilos del hogar... y á sus pinceles, que aun maneja con seguro pulso y envidiable entusiasmo.

¡Mucho ha trabajado! verdad es que ha sido con gloria y provecho.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Entre los infinitos cuadros y acuarelas que llevan su firma, citaremos únicamente, en gracia á la brevedad, los de mayor importancia:

*Un tribunal árabe,* que figura en la galería Morgan de Nueva York; *Vía Apia,* adquirido por el Marqués de Goyenache, residente en Méjico; *Acueducto Claudio (Campiña Romana),* que posee en Berlín el Barón de Parpart; *Pórtico del Emperador Octavio,* y *Buenos consejos,* pertenecientes al antes citado Walter Fol; *La nobleza romana felicitando el nuevo año á los cardenales,* que está en la galería Agneu de Londres; *Café árabe,* vendido en la exposición de Munich; *Los viernes de cuaresma en Roma,* que figura en el Museo de Berna; *Abrevadero árabe,* vendido en Madrid; *Els guardians de la casa,* propiedad de la Diputación provincial; *El convaleciente,* comprado por el editor Bula de París; *Miseria y Caridad,* adquirido por el Estado, quien lo instaló en el Museo Nacional; *Velázquez retratando al Papa Inocencio X,* que el comprador se llevó á Inglaterra; *Miguel Angel velando á su criado Urbino,* que obra en poder de don Emilio Vidal y Rivas; *Varios lienzos místicos,* pintados para el oratorio del mismo; y *La Aurora,* techo decorativo, en el salón del Palacio Marcet.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

A falta de una biografía extensa y detallada, para la cual no disponemos de suficiente espacio, bastarán estas mal hilvanadas líneas para dar una idea aproximada de lo que ha significado y significa Tomás Moragas en el fecundo campo del arte español.

Réstanos manifestarle públicamente nuestra gratitud, por la galantería y desinterés con que se ha servido facilitarnos los originales ó copias de sus obras, reproducidas en este número, que será indudablemente uno de los más estimados por los suscriptores del ALBUM SALÓN.

SALVADOR CARRERA

TOMAS MO




UN LANCE

ORAGAS



DE HONOR

# LOS ESPAÑOLES EN AMÉRICA

I

De ellos voy á ocuparme, de su incansable laboriosidad, de sus prodigiosas energías y de su activísima labor en favor y gloria del progreso industrial y comercial que en las zonas americanas, hermosas, ricas, hospitalarias y repletas de lisonjeras promesas, ha tomado carta de naturaleza y como en casa propia se desarrolla, con manifestaciones de importancia transcendental.

Con patriótico orgullo y satisfacción verdadera, con la imparcialidad en mí característica y de larga fecha conocida, he juzgado cuánto puede y cuánto vale la numerosa colonia española en América, donde en general, y pese á los que lo contrario propalan, es querida y considerada en razón de sus méritos, de sus esfuerzos generosos y de la utilísima cooperación que prestan en favor de civilizadores adelantos.

La colonia española sensata, pacífica y entregada al trabajo, ensalza, enaltece y encarna todas las hidalguías de nuestra raza.

Viajando por el Ecuador, llamaron mi atención las importantes fincas agrícolas, los nuevos ingenios creados por los españoles, á costa de grandes sacrificios materiales y morales, á pesar de las recias marejadas políticas, frecuentes entonces y que entorpecían la marcha de la industria y paralizaban los esfuerzos de la voluntad.

Sabido es que en la República Argentina raya la instrucción pública á grande altura y marcha á la par de los centros más adelantados de Europa, rivalizando los españoles en ese empuje regenerador, con los más insignes educacionistas del país.

La religión de la enseñanza, es la religión del progreso para los grandes pueblos; y á ella ríndese en América pleito homenaje, culto altísimo.

Desde las orillas del Plata hasta el Perú y Bolivia, de Chile al Ecuador y de allí á los Estados de la gran república Centro Americana; en las extensas regiones neogranadinas; en la liberalísima Venezuela; en los populosos centros mejicanos; en toda la hermosísima extensión del mundo colombino donde impera la lengua de Cervantes, encontraremos luminosas huellas de los españoles, como sacerdotes del magisterio y heraldos del saber humano; como preclaros hijos de la patria lejana y jamás olvidada, ó con el espíritu empapado en la alteza de principios humanitarios, consagrando sus honrosas fortunas á filantrópicas instituciones.

TOMAS MORAGAS



UNA CALLE EN TANGER

TOMAS MORAGAS



ARMAS Y LETRAS

Navegaba yo por el río Magdalena, cuando al llegar á la heroica Mompos, me sorprendí al encontrarme en una fiesta, como quien dice en familia, celebrada por un pueblo entero en loor y á la memoria de un español, excelso bienhechor un día, de aquella ciudad.

Obrero de la ciencia y del trabajo; ejemplo de virtudes y de venerandas aspiraciones, había señalado á la juventud las sendas del saber, de la dignidad y de la justicia, desarrollando los sentimientos más puros y los más elevados deseos del hombre.

Declaro sinceramente que la impresión del solemne recuerdo, fué para mí tan profunda como perdurable, y lo manifesté con alegría, con entusiasmo, con lágrimas de gozo, que acusaban mayor elocuencia que las palabras.

En aquel día del hermoso aniversario, durante la misa cantada, lloré con dulcísima intraducible emoción, grabándose en el alma el nombre de Muñoz Pinillos y de Mompos.

II

Entre los propósitos de más aliento puestos en ejecución y que traducen el mayor grado de perseverancia y de incontestable voluntad española, debe contarse la creación, el desarrollo de una propiedad rural que se extiende en pintoresco territorio del Estado de Méjico, á cuarenta leguas de la capital y en un espacio de cinco leguas cuadradas. La situación es por extremo favorable, en campos fertilísimos, sombreados por lozanas y gigantescas arboledas que se destacan aislándose de las selvas tupidas y fecundadas por mansos riachuelos, que serpentean besando los productores sembrados y se deslizan murmuradores, sirviendo de clarísimo espejo á las lomas risueñas y á los utilísimos plantíos de zacatón que en la hacienda «La Providencia» constituyen uno de los más importantes productos y al cual dedica especial atención el dueño de aquélla, don Juan de la Fuente Parres.

TOMAS MORAGAS



ABREVADERO ARABE

Dotado de animosa energía, de espíritu de empresa y de noble ambición, ha expuesto cuantioso capital, ha tomado atrevidas iniciativas y ha hecho en breve plazo, todo aquello que hubiera necesitado, sin las facultades características que posee, años y años, para obtener el resultado satisfactorio. A poco andar del tiempo, la hacienda y sus dependencias, tendrán todas las condiciones de una granja y colonia modelo, engalanada no sólo por la pródiga naturaleza, sino con los elementos del progreso moderno aplicado á la labranza, á los cortes de madera, á la cría de ganado lanar, mular, caballar y cabrío.

Las vías de comunicación son fáciles: obsérvase que nada se ha escatimado para abrirlas en todas direcciones, y de acuerdo con las distancias y necesidades de la finca.

La tierra, es prodigiosa por su abundancia y promete riqueza sólida por lo inmejorable y seguro de las cosechas que el clima garantiza, dando frescura al paisaje, lozanía perpetua y primavera perspectiva.

Allí, como blancos nidos de palomas, descuellan los caseríos y sobresalen coronados por guirnaldas de follaje, por colinas de verdor incomparable, bajo un cielo purísimo y azul, y sobre alfombra de menudo césped, ó de ricas sementeras. Las instalaciones han sido dirigidas por habilísimo plan, y nada falta para el recreo del espíritu, ni para el alimento moral. La Iglesia, de estilo ojival, se levanta en uno de los frentes del parque y de jardines que están formándose, y que, así como el santuario católico, adelantan rápidamente para terminarse en plazo corto.

La escuela es amplia, y en ella han de encontrar los alumnos, cuanto la inteligencia y el espíritu moderno ha inventado, para el perfeccionamiento de la enseñanza y para el desarrollo intelectual.

Los límites señalados para este artículo son poco extensos, y no permiten detallar las diversas construcciones, tales como lavaderos, galerías, graneros, depósito de agua, corredores para el desgrano del maíz, almacenes, caballerizas, cocheras, cuartel de rurales y la soberbia casa que ha de ocupar el propietario de la hacienda y su familia.

III

Ocasión se presentará para más acabado cuadro descriptivo, concretándome por hoy á presentar uno de los ejemplos más gráficos de honrosa iniciativa que asume el español en América y esto en todos los ramos; en todas las esferas; en modesto campo ó en anchurosa vía: en pro de una idea grandiosa y que al hacerla práctica, sea cimiento de prosperidades para el país, considerado como segunda patria, ó para incrustar y desenvolver principios de unión y de liberal fraternidad.

Sean estos párrafos para los ilustrados lectores de Album Salón, un saludo y una despedida, á la vez que una promesa: la de no olvidarlos al encontrarme de nuevo en playas americanas.

Desde aquellas regiones, que serán en épocas futuras, rivales de Europa, iniciaré una sección especialísima, algo como Luces de Bengala; que tela no ha de faltar para escribir crónicas por más de un motivo interesantes.

Claro está que ha de tratarse de cuestiones político-sociales, de sucesos que relacionados con España y América, inspiren grato solaz con su lectura, ó hagan formar juicio exacto de muchas cosas por acá ignoradas, y sin embargo, que deben ser conocidas muy particularmente en España, señora durante siglos y siglos, de aquellas hoy naciones libres, civilizadas y resplandecientes, con todos los fulgores del progreso.

A los vuelos del pensamiento, ayudarán las armonías de la naturaleza, la exuberante poesía del conjunto, las sensaciones variadísimas por demás, y la fruición que produce en el espíritu el llenar una misión, noble, justa y grande, que brindando deleite, sea como un lazo de unión santa é inquebrantable, entre países, que por múltiples razones, deben ser hermanos.

Contribuir á esto es mi oferta, y con ella, pongo punto final.

Baronesa de WILSON





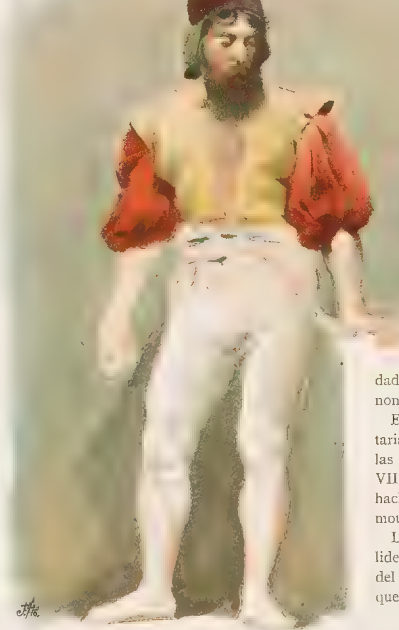


En el pequeño artículo biográfico que encabeza el número, hemos hecho mención de la «Academia Giggi», famoso centro donde se congregaban los artistas de algún valer en la Ciudad Eterna, y universalmente conocido de los demás por curiosas referencias.

No hay que decir si de aquella amistosa reunión de jóvenes, animados de un mismo deseo, el de trabajar y aprender, nacerían á cada paso pensamientos ingeniosos y razonadas proposiciones, conducentes á ese resultado.

En la época á que nos referimos, los muchos pintores inscritos en la «Academia Giggi», entusiastas á cual más y á cual más laboriosos, tuvieron el feliz acuerdo de destinar el sábado de cada semana al estudio del natural en un tiempo fijo y relativamente corto, con el objeto de adquirir la mayor rapidez posible de ejecución.

Escogíase para ello, un personaje generalmente histórico, vistiendo con el traje peculiar de éste al modelo que por sus condiciones físicas, más se le adaptaba, y del cual los presentes tomaban apuntes, en el espacio improrrogable de dos horas. No cabe negar que el medio era altamente práctico para el fin propuesto; pues, merced á lo que llamamos negra honrilla, se hacían verdaderas proezas.



Los tres bocetos rápidos que figuran en esta página, forman parte de los coleccionados por Moragas, procedentes de aquellas provechosas sesiones; y los reproducimos tal como se hallaban á la terminación del referido plazo.

Representa el primero al célebre pintor florentino Cimabue, el que prestó mayor impulso á la escuela italiana en los siglos XIII y XIV, y tan gran maestro, que de Giotto, el humilde pastor, consiguió hacer un artista de los más notables.

El segundo, refleja la personalidad de Torcuato Tasso, el poeta de imperecedero renombre, inspirado autor de *Jerusalén libertada*.

En el tercero y último se manifiestan la indumentaria y rasgos característicos del verdugo ejecutor de las justicias (perdónesenos el calificativo) de Carlos VIII de Inglaterra; quizá el mismo, bajo cuya segura hacha, cayeron las cabezas de Ana Bolena, Juana Seymour y Catalina Howard.

Los tres se recomiendan por la espontaneidad y solidez de la factura, así como por la verdad y delicadeza del color; observándose en ellos la influencia artística que en Moragas ejerció la amistad de Fortuny.

# DOS INFELICES

Se detuvo ante una tienda de ultramarinos y quedó extasiado, contemplando un hermoso racimo de salchichones que pendía del techo de la entrada, casi al alcance de la mano.

—¡Qué bueno debe ser eso! — pensó, lanzando un tremendo bostezo.

María, que se hallaba en el interior de la tienda, comprando algunas frioleras para preparar la cena, fijó en él su mirada y se sintió conmovida por el aspecto miserable de aquel desgraciado.

Iba harapiento, destrozado, casi descalzo: su rostro, demacrado y pálido, revelaba el hambre y la miseria, y una tos seca y pertinaz que le molestaba de continuo, indicaba el mal estado de su salud.

María, que era muy buena y caritativa, se acercó á él instintivamente y le contempló con mezcla de curiosidad y compasión.

El joven seguía murmurando:

—¡Qué bueno debe de ser eso!

TOMAS MORAGAS



LA NOBLEZA ROMANA FELICITANDO EL AÑO NUEVO A LOS CARDENALES

María tuvo un arranque de filantropía, y retrocediendo hasta el mostrador, pidió un buen trozo de salchichón y un panecillo.

Salió en seguida á la calle y llamó al joven.

—¿Te gustaría, — le dijo, — probar eso?

—¡Ya lo creo!

—Pues, toma.

—¡Eh!... No está bien hacer burla de la miseria.

—Si no hago burla, tonto: toma y come.

Tembleque, que así llamaban de apodo al mozo, abrió con asombro los ojos, no queriendo dar crédito á sus oídos.

—¡Toma, hombre, — repitió María, — ó lo tiro!

Alargó el joven la temblorosa mano, cogió el salchichón y el panecillo, y empezó, sin más ceremonia, á devorarlo con verdadero frenesí.

Después, viendo que María continuaba allí, gozando en su buena obra, dijo:

—¡Gracias!... Dios le premie la caridad. ¡Si supiera usted qué hambre tenía!...

—¿Hacía mucho que no comías?

—Desde ayer mañana.

Al decir esto, un fuerte golpe de tos le obligó á interrumpir el banquete.

—¿Estás enfermo? — siguió interrogándole María.

—Un poco. ¡Hace tanto frío y se duerme tan mal en los maderos del puerto!...

—¡Duermes en los maderos del puerto!

—¡Qué remedio!... ¡Brrr!... ¡Este frío!...

María quedó pensativa un momento.

—¡Vaya, — dijo Tembleque, disponiéndose á partir, — adiós, y que Dios se lo pague.

La joven le detuvo por la manga de la blusa.

TOMAS MORAGAS




CAFE ARABE

—Dime: ¿eres un muchacho honrado?

—¿A qué viene esa pregunta?... ¡Claro que sí!

—Sígueme. Con este frío no se deja abandonado en la calle á un perro. ¿Por qué has de ser tú menos que un perro? Ven á mi casa y te calentarás, y si todavía tienes hambre, cenaremos juntos. Donde hay para uno hay para dos.

Tembleque la miró asombrado, con aire estúpido, y bajando la cabeza, la siguió sin pronunciar una palabra.

Atravesaron algunas calles obscuras y sinuosas, y entraron en una escalerilla miserable; subieron cuatro ó cinco pisos, y se hallaron en un humilde cuartito que parecía un nido de golondrinas.

¡Uf! — exclamó María, con tono casi festivo, ya estamos en nuestra casa.

***

Era una habitación más larga que ancha, amueblada con cuatro sillas, una cómoda, una mesa y un hornillo de planchadora.

María hizo fuego en un momento, y puso á calentar la cena, restos del cocido del medio día.

Tembleque se acercó al hornillo y extendió las manos para calentarse, exclamando·

—¡Ah! ¡qué cosa tan buena es el fuego cuando se tiene frío!

Aquella noche, durmió el pobre miserable en un colchón que le echó en el suelo la planchadora.

—Mañana,—le dijo, – veremos de arreglarlo para que te admitan en el Hospital.

Pero pasó el día siguiente, y el otro, y muchos, y Tembleque no entró en el asilo benéfico, ni se cuidaron de tal cosa.

Aquellos dos infelices, tenían una historia muy parecida.

María, había quedado huérfana á los seis años y la recogió una lavandera, que, si no era muy caritativa, en cambio la hacía trabajar como á una esclava y la ponía negra á palizas. Murió la lavandera, y María, habiendo conservado una parte de su clientela, se dedicó al lavado y planchado, y pudo, trabajando noche y día, atender á lo estrictamente necesario para no morir de miseria.

En cuanto á Tembleque, recordaba que cuando pequeño, vendía cerillas y periódicos por las calles; pero menos afortunado que María, no había encontrado quien protegiera sus primeros años, ni quien le enseñara un oficio, siquiera á fuerza de golpes.

Le sorprendió aquel invierno sin trabajo y sin pan, y tuvo que quedarse sin comer muchos días y dormir á la intemperie muchas noches.

Ambos habían vivido solos, aislados, sin afecciones; y, en medio de su desgracia, alguna vez habían soñado que sería muy bueno vivir para alguien, ser dos en vez de uno. La piedad y el agradecimiento, respectivamente, por parte de María y Tembleque, se cambiaron bien pronto, como no podía menos de suceder, en afecto profundo.

***

Por espacio de algunos días, tuvo que hacer cama el pobre vagabundo, y María le cuidó con el mismo solícito afán y el mismo esmero que una madre cariñosa.

Tembleque, la tomó un día una mano y estampó en ella un beso tan cariñoso como honesto.

María se estremeció.

Ambos habían comprendido que se amaban, sin necesidad de decírselo.

Desde aquel día, fueron relativamente felices.

Ella trabajaba con afán para atender á la existencia de los dos, y él le comunicaba sus planes para cuando estuviese curado completamente.

Buscaría una colocación cualquiera, se casarían y vivirían dichosos...

El idilio de la pobre planchadora, duró poco.

Los fríos arreciaron, el trabajo disminuyó mucho, y no pocas veces faltó la cena y no menos faltaron los medicamentos necesarios á la grave dolencia de Tembleque.

Una mañana que nevaba copiosamente, expiró el pobre desheredado en los brazos de su protectora.

La infeliz María, hizo un esfuerzo supremo de energía y, empeñando y vendiendo los últimos trapos que la quedaban, pagó un entierro modesto al que había sido durante algún tiempo su primera ilusión, su alegría primera y su única esperanza.

Ella misma le acompañó al campo santo; vió como tiraban sobre las pintadas tablas del ataúd las últimas paletadas de tierra, y volvióse desolada y sin consuelo á su mísera vivienda.

¡Cuán sola y cuán vacía y triste la encontró!

Pero era preciso trabajar.

Los pobres no tienen tiempo ni siquiera para disfrutar el benefico consuelo del llanto.

Encendió el cock de la hornilla, y mientras se calentaban las planchas, dejó caer la cabeza sobre la almohada del lecho de Tembleque.

Aun se conocía en ella la huella que había dejado el cadáver.

María lloró largo rato.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Al día siguiente, cuando las vecinas alarmadas, viendo que no salía, forzaron la puerta del cuarto, temiendo alguna desgracia, la encontraron en la misma postura.

El tufo del carbón había acabado la obra comenzada por el dolor y la desesperación y, un día después, la desgraciada María, iba á juntarse con Tembleque en la fosa común.

Pablo de SEGOVIA

# LOS SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ

CARMEN, 25 AÑOS. — MARÍA, 20 AÑOS.

*Carmen.* ¿Con que es verdad que te casas?
*María.* La pura verdad; me caso y pronto.
*Carmen.* ¿Y cómo ha sido eso?
*María.* La cosa más sencilla del mundo... Se lo debo á San José.
*Carmen.* ¿Los siete domingos?
*María.* Los siete domingos; rezando los siete credos, dolores y gozos.
*Carmen.* No es poca suerte... Yo he rezado durante tres meses á San Expedito. El año pasado se portó conmigo bastante bien... Paco empezó á hacerme caso... Me buscaba en el teatro y en el paseo... pero después me volvió la espalda.
*María.* San Expedito es un gran santo... Rezándole con devoción suele conceder lo que se le pide.
*Carmen.* Pues no me ha atendido. He hecho los siete domingos de San José y he escrito á San Antonio.
*María (con incredulidad).* ¿Has escrito á San Antonio y no ha accedido á tu pretensión?... No puede ser.
*Carmen.* Le he escrito una carta, diciéndole: «Glorioso San Antonio, si me concedes lo que te pido, prometo dar doce panes á los pobres.»
*María.* Lo extraño... San Antonio concede siempre lo que se le pide. ¿Estás segura de que llegó la carta?
*Carmen.* Yo misma la deposité en el cepillo del colegio.
*María.* No te convendría.
*Carmen.* Vaya si me convenía. ¡Un hombre como Paco! Te digo que me convenía.
*María.* ¿Tú qué sabes? San Antonio conoce perfectamente lo que se hace. Y concede á cada uno lo que le conviene.
*Carmen.* ¿A ti por lo visto te conviene casarte?
*María.* Ya ves, cuando San José ha accedido á mis deseos...
*Carmen.* ¿Y estás enamorada?
*María.* Completamente enamorada.
*Carmen.* ¿Y él lo está de ti?
*María.* Tanto no me atrevo á asegurarte... Parece que lo está... Yo así lo creo por lo menos... De que acabe de estarlo yo me encargaré con la ayuda del Santo.
*Carmen.* ¿Tienes una gran fe en el glorioso patriarca?
*María.* Completa, absoluta... Si no hubiera accedido á mis deseos, sería, repito, que no me conviniera. Me ha complacido. Es que San Antonio quiere que sea feliz, y lo seré.
*Carmen.* Eres muy ambiciosa. Casarse es ya mucho; ¡pero ser feliz!...
*María.* Te digo que seré feliz.
*Carmen.* ¿Y si no te hace feliz tu marido?
*María.* Es que sí me hará. Por lo tanto, procuraré que lo sea él. Un hombre á quien se hace feliz está predispuesto á ser bueno.
*Carmen.* Sí; durante la luna de miel.
*María.* El secreto de la felicidad está en nosotras. Hacer feliz á quien se quiere, es ya serlo...
*Carmen.* ¿Y cómo se hace feliz á quien tiene mal carácter, á quien sólo se divierte fuera de casa, á quien engaña á su mujer...?
*María.* ¡Bah, bah!... ¿Tú crees que los que mandan son los hombres?
*Carmen.* Como que para ellos se hizo el mundo... La mujer es siempre la víctima.
*María.* Eres una inocente, á pesar de tener más años que yo. Ellos mandan en el mundo, pero nosotras mandamos en ellos.
*Carmen.* ¿Pero eres tú, la palomita sin hiel, la que se propone hacer eso?
*María.* Y la que lo llevará á cabo.
*Carmen.* ¿Y de qué modo?
*María.* Primero, con la ayuda de San Antonio, y después, con los consejos del Padre Fidel.
*Carmen.* ¿Tu confesor, aquel jesuíta que predica tan bien?
*María.* El mismo... ¿Mandar yo? ¿Qué desatino? obedecer siempre... Ser víctima si es preciso... pero llegar al fin.
*Carmen.* ¿Y el fin es?
*María.* La felicidad... Querer y ser querida. Embellecerle la casa á mi marido, hacerle agradable la vida, divertirle en sus ratos de preocupación, acompañarle cuando se aburra. ¿Le gusta el sport? Entenderé de caballos, de polo. ¿Quiere trabajar? Seré su secretaria, le escribiré las cartas.
*Carmen.* Y le cargará que te ocupes de eso.
*María.* Entonces no haré nada.
*Carmen.* De modo que te vas á sacrificar, vas á hacer lo que le plazca á él.
*María.* ¡Sacrificarme! A la larga será él quien haga lo que yo quiera.
*Carmen.* Eres una santita... pero de mucho cuidado.
*María.* Santa... eso quisiera .. Soy una mujer que ha reflexionado mucho y que está decidida á ser feliz, así como suena.
*Carmen.* Ya verás.
*María.* Veré á mi marido satisfecho. No le prohibiré nada; pero me las arreglaré de modo que él mismo renuncie á lo que yo quiera. Gozaremos de la vida, pero juntos... Procuraré serle útil á la vez que agradable, para que se aburra sin mí.
*Carmen.* Pretenciosa.
*María.* Lo que quieras. Seré elegante para él... procuraré que me encuentre guapa... le estudiaré siempre. Seré buena por egoísmo, si es que desgraciadamente dejara de serlo por convicción. Ser buena es lo más práctico. La virtud es el capital que produce mejor renta.
*Carmen.* ¿Renta?
*María.* Sí; renta de tranquilidad, de consideración... Mi trabajo empieza ahora... No pienso dormirme sobre mis laureles... Casarse con un hombre, no es nada. Conseguir que no se arrepienta, ya es algo... ¿Placeres?... tal vez, pero con medida. Los abandonaré antes de que aburran... como manda la religión que se levante uno de la mesa con apetito...
*Carmen.* ¿Pero es un sermón lo que me estás echando?
*María.* Es un sermón, pero sigue mis consejos. No te prodigues mucho



TOMÁS MORAGAS. — LA PESCADERÍA DE ROMA EN CUARESMA.

en el mundo si quieres casarte. En amor hay siempre un poco de curiosidad. A las que bailan todas las noches cotillones se las saben los hombres de memoria. Ten un buen director espiritual. Los confesores dan buenos consejos... Ellos hacen más bodas que los bailes.
*Carmen.* ¡Beata también!
*María.* No; creyente. Ellos son incrédulos, pero quieren que sus mujeres sean religiosas... Dicen que la religión sirve de coraza. Pero sobre eso yo me permito tener mis ideas. Se nace buena como se nace rubia. Y puesto que según los estados veo hay mil mujeres por cada hombre en el mundo, tienen donde escoger.
*Carmen.* Cuando yo haya encontrado un hombre que me guste y que quiera casarse conmigo, también hablaré sentenciosamente, como tú, desde lo alto de mi felicidad.
*María.* Para eso es preciso que me hagas caso... Ya sabes que te quiero... Cree lo que te digo. Y después...
*Carmen.* ¿Y después?
*María.* Después reza los siete domingos de San José, hazle una promesa á San Expedito y escríbele otra carta al glorioso San Antonio...

MASCARILLA

# CHINITAS

Pobres chinitas! ¡Cuánto os envidiarían, adoradas lectoras, si conocieran la epístola de San Pedro y San Pablo que tanto anheláis oir al pie de los altares y de la que, á veces, renegáis, ingratas!

Cuando os quejáis de la tiranía de vuestros maridos, vienen á mis mientes el recuerdo de las desventuradas hijas del Celeste Imperio; ellas si que pueden, con razón, lamentarse y hasta *poner el grito en el cielo*... imperial que las vió nacer. Seguid leyendo y aprended de memoria esta leccioncita que tanto aprovechará á vuestras almas y que os hará mirar con arrobamiento á los infelices maridos de estos reinos, por vosotras escarnecidos y vilipendiados.

Esas mujercitas chinas, cuyas rosadas caritas veis con tanto placer representadas en los abanicos á que sois tan afectas, porque son colaboradores sumisos y discretos de pérfidas coqueterías; que ostentáis en los ricos pañolones de colores vivísimos, enriquecidos por luengos y airosos flecos; que admiráis en los exóticos muebles de vuestros salones; esas mujercitas de grandes ojos resgados, de brevísimo pie prisionero en martirizadores cilicios... son las más desdichadas de las criaturas.

Confucio — que Dios confunda — no reconoció á las mujeres derecho alguno. Las impuso, sí, deber inexcusable y sempiterno: gemir perdurablemente bajo el yugo marital, yugo acerado, y de toda hora. Allá en los deliquios íntimos del aposento, podría gozar de caricias más bien nacidas del mandato de naturaleza, requeridas ó concedidas por *el amo*, que no de la ternura del amor santo del esposo. Nada de derechos civiles: allí el estado, es esencialmente masculino. Nada de consideración social; allí, la sociedad está constituída *por* y *para* el hombre.

Cuánta es la servidumbre y esclavitud de la mujer china, nos lo dice con lenguaje elocuente que anubla el ánimo, la existencia de multitud de asociaciones por ellas establecidas, para resistirse al matrimonio; especie de tenebroso *Katipunan*, extendido por el vasto imperio, organizado en forma de pequeñas logias de diez iniciadas. Estas, han de prestar juramento irrevocable de permanecer célibes y antes aceptar, resignadas, la muerte, que casarse.

Y cumplen sus votos con tal severidad, es en ellas tan vivo el odio á la institución, que se repiten con espantosa frecuencia el suicidio de las que no lograron substraerse al matrimonio y las de aquellas que, habiendo á él sucumbido, arrastradas por fuerza insuperable, no pudieron resistir las vejaciones y crueldades de sus esposos.

Las ordenanzas de la policía imperial recientemente estatuídas para contrarrestar los desesperados esfuerzos de las aterrorizadas vírgenes, son severísimas. La persecución de que son objeto las asociaciones secretas femeninas, activa é incesante. Los esbirros policiacos, *ventean*, cual finos pachones, esos admirables baluartes de la virginidad, — tanto más admirables, cuanto mayor contraste ofrece la debilidad característica del sexo y la virilidad y fortaleza de que dan tan repetidas y gallardas muestras — y cuando *cobran*, cual foragidos monteadores, las inermes presas, sométenlas á rigurosas y por demás aflictivas penas.

Probanzas de la malquerencia, mejor dicho, del horror que las mujeres chinas sienten hacia *sus* hombres, hay muchas é incontestables, por fehacientes.

La emigración de chinos á California y á los «campos de oro» australianos, es cada día más considerable. Pues bien: esta emigración se distingue de las de europeos, en la proporción de hombres y mujeres que la realizan. La última estadística que hemos consultado, nos dice que por Singapoore y Pinang, han emigrado en el transcurso de cuatro meses, 25,060 hombres y 3,580 mujeres y éstas, han abandonado los patrios lares, á viva fuerza: se resisten á seguir á *sus* hombres.

En muchas villas del litoral, los padres, al emigrar, prefieren dar muerte á sus hijas, que exponerlas, á que contraigan matrimonio fuera de su país.

La mujer china, ni es libre, ni puede poseer bienes; se la prohibe salir de la casa paterna ó marital y si sale, ha de ser con autorización que no siempre es concedida. Aun dentro del imperio, es rarísimo que se las conceda permiso para viajar.

Que la mujer en China está deprimida y vejada, pruébanlo, asimismo, ciertas fundamentales costumbres. La cantidad que ha de recibir el novio, al casarse, constituye la cláusula más importante; la mujer, en cambio, *nunca* recibe dote.

La única áncora de salvación á que pueden acogerse las pobrecitas chinas, es el divorcio, prescripto en su Código, nada menos que desde el año 253 antes de Jesucristo; ¡pero son tan limitadas las causas y de tal índole, las que pueden determinarlo! El adulterio y la esterilidad. Del que pueda cometer el marido, nada dice el Código; pero si en él incurre la mujer ¡ah! entonces, el esposo tiene derecho á matar, impunemente, á la esposa infiel. En cuanto á la esterilidad, rarísima en aquella raza, siempre se oculta, por considerarse la mayor desgracia que puede afligir á una familia.

De donde se deduce — y concluimos — que en China se forjó el molde auténtico de la *ley del embudo*.

¿Qué tal, lectoras de mi alma?

Rafael CHICHON

---




El distinguido maestro compositor, don Claudio Martínez Imbert, con cuya amistad y colaboración nos honramos, reunirá esta noche en su domicilio á los amigos íntimos para solemnizar con un concierto sus *bodas de plata*.

En las invitaciones circuladas al efecto, figuran los retratos fotograbados de los dos héroes de la fiesta, tal cual eran veinticinco años atrás, el programa de la misma, el menú del lunch con que se obsequiará á los asistentes, y, como nota final, un interesante grupo formado por los venturosos cónyuges, y los diez lozanos retoños con que la pródiga mano del Creador ha bendecido su plácida unión.

Merece mención especial un detalle muy curioso: el señor Martínez Imbert no ha necesitado de otros elementos que los propios para organizar el concierto, pues todas las piezas anunciadas están compuestas por él y las ejecutarán sus hijos.

No vacilamos en adelantar que será una velada deliciosa; ofreciendo dar cuenta de ella en el número próximo, ya que nos cabe la satisfacción de contarnos entre los favorecidos.

Con la sorpresa consiguiente, nos hemos enterado de que el firmante del artículo «El botijo», inserto en el número 9, padeció la lamentable equivocación de poner su nombre al pie del mismo, substituyendo al del verdadero autor, don Antonio Palomero, quien años atrás lo publicó en un semanario ilustrado que tenemos á la vista.

Nos apresuramos á enmendar el error en que incurrió el copiante del referido artículo, al dárnoslo como original, aconsejándole, procure no reincidir en tales equivocaciones, pues no siempre tropezará con personas indulgentes como las que en esta ocasión se abstienen de calificar cual merece su proceder, por considerarlo hijo tal vez de apremiantes necesidades.

Esto por lo que á nosotros se refiere; el señor Palomero hará uso de su derecho, como lo estime oportuno.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Cubierta: Cuadro de Cecilio Pla.
*Una gracia de Cupido*, caricaturas de Xaudaró.
Páginas en color: *Carteles anunciadores del Carnaval de Barcelona de 1898*, premiados en el Concurso abierto por la Comisión Organizadora de las fiestas.
*¡Cu! ¡Cu!* por A. Seriñá.
*Cinco minutos en el tocador*, cuadro de Román Ribera.
*Sin careta*, artículo de Luis de Val, ilustrado por Seriñá.
Páginas en negro: *El carnaval*, artículo de Francisco Gras y Elías.
*Varios carteles* que figuraron en el Concurso antes referido.
*La conversión de Fanny*, artículo de Fernando Serrat y Weyler.
*Actualidad*
*Un asalto á la familia X*, artículo cómico por Salvador Carrera. } con ilustraciones de Cuchy.
*Escenas de Carnaval*, íd., íd., por Arlequín, }
*Crónica de salones*.
Mosaico.
Regalo: *Torbellino*, walz-jota, original del maestro Alberto Cotó.



Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Pujadas.

EL AMOR Y EL SPORT, por XAUDARÓ.



Esgrima para pedirla



Y pugilato para soportarlas.

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giro, calle de Valencia 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* • *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* • **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTICULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II | BARCELONA, 16 DE FEBRERO DE 1898 | NÚM. 12

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:

SALVADOR CARRERA * V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor. Rafael del Castillo. — Mariano de Cavia.—Martín L. Coria. -Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar. José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari. —Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar. -Pedro Gay.— Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs. -Teodoro Llorente. —Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia. -Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce. F. Luis Obiols. -Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. — Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González. — Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión.— Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint - Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada. —Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti. —Luis Alvarez. T. Andreu.— José Arija.— Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.— Pablo Béjar. - Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety. —José Camins. – Ramón Casas. — Lino Casimiro Iborra. -José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda. -Manuel Domínguez.—Juan Espina. Enrique Estevan. - Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas. Agustín Lhardy. —Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo. -José M. Marqués.—Ricardo Martí. -Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa. —Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.— José Parada y Santín.—José Passos. Cecilio Plá.—Francisco Pradilla. -Pellicer Montseny. —Pinazo.—Manuel Ramírez. Román Ribera. — Alejandro Riquer. Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint - Aubín. Sans Castaño. Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla. -José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.— María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió. Alberto Cotó.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca. Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats. —Claudio Martínez Imbert. -Luis Millet.—Enrique Morera —Antonio Nicolau. —Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde. Amadeo Vives.

UNA GRACIA DE CUPIDO, por XAUDARÓ.



1

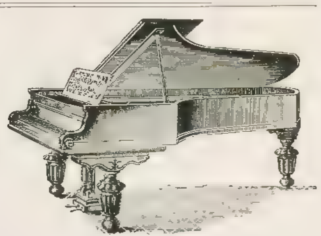


2



3








Luis Labarta.




CARTELES PREMIADOS EN EL CONCURSO ABIERTO POR LA COMISION PARTICULAR ORGANIZADORA DE LAS FIESTAS DEL PRESENTE CARNAVAL

(En otras páginas del número, figura alguno de los más notables entre los restantes presentados

*Fot. de A. Esplugas.*

# EL CARNAVAL




Estamos en pleno reinado del rey de la broma, grotesco hijo nacido del dios Baco y de doña Venus en una noche de alegre saturnal en los campos de Grecia, que fueron testigos de tantas fiestas consagradas al amor en todas sus manifestaciones.

Dicen sabios varones, que están en el secreto de muchas cosas, que la palabra *carnevale* deriva de las dos voces latinas *caro carnis*, como si dijéramos adiós carne, pues la austera cuaresma con sus rezos, ayunos, abstinencias y penitencias sigue sus pasos de cerca, le coge *in fraganti* en medio del camino y de la obscuridad de la noche, le echa en cara sus vicios y locuras, le hace morder el polvo, arrancándole primero su grotesco traje y risible corona de latón con cascabeles, y pone en sus manos el rosario, obligándole á entrar en el templo, á hincarse de rodillas delante de un confesonario y murmurar contrito y arrepentido *io pecatore*.

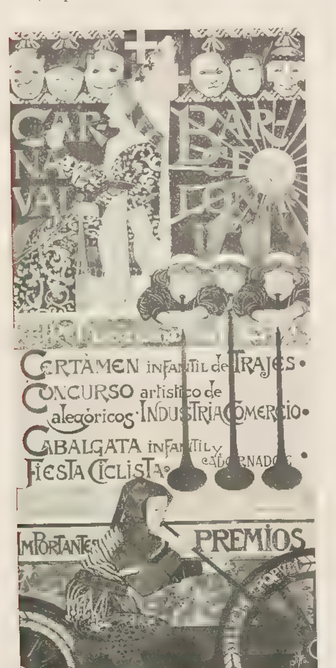
Los ciudadanos romanos, maestros en el arte de pelear y de amar, fueron, como los griegos, muy amigos de estas fiestas en que la virtud, el decoro y el pudor se quedaban en casa por la cuenta que les tenía. Bonito papel hubieran representado entre lúbricas bacantes, sacerdotisas de Baco, que como dijo Campoamor:

> Descalzo el pie, los hombros escotados,
> ni siquiera ocultaba, desceñida,
> bajo el cuello procaz, los más velados
> misteriosos santuarios de la vida,




y llevando antorchas en las manos y dando gritos, soltando carcajadas y tocando flautas y tambores, seguidas de graves varones disfrazados de sátiros, músicos y danzantes con el rostro embadurnado, coronados de hojas de pámpano, se entregaban á todos los transportes de la más loca, brutal y desenfrenada alegría, con gran regocijo del dios Pan, que estimaba en mucho esas muestras de cariño de sus lupercales admiradores.

En plena Edad Media, la más triste y menos poética de la historia, aunque los poetas amigos de los torneos, de los Juicios de Dios, de las Cruzadas, de los castillos feudales, de la Inquisición, de la picota, de los bandos y de toda clase de inicuos despotismos quieran demostrarnos lo contrario, el Carnaval fué más grosero, más brutal, más insípido que en la antigüedad. No acudían á sus fiestas las alegres bacantes, las graciosas ninfas, las provocativas sacerdotisas acompañadas de silenos, improvisando mil locuras en medio del gran templo de la naturaleza; éstas tenían lugar en los templos católicos, en la Nochebuena, y el dios Baco, Pan, Saturno, Vulcano, las señoras Venus y Ceres con sátiros de cara de mono é instintos de tales, se unían y se juntaban en el ara del altar con la Virgen María, el Niño Jesús, San José, los humildes pastores, los reyes magos, los soldados de Herodes y los sabios de la ley, uniendo lo divino á lo pagano, lo tierno á lo asqueroso, la pureza á la más loca voluptuosidad, con gran contento de un pueblo brutal, ebrio, que al son del órgano entonaba lúbricas canciones, comía, se embriagaba, bailaba sin freno hasta caerse á pedazos convirtiendo el templo en una grosera orgía, en un aquelarre, en caverna del pecado, en un grandioso burdel, á pesar de las amonestaciones de los Papas y de muchos Padres de la Iglesia, que veían en aquella fiesta de los Inocentes la ofensa más grande inferida al verdadero Dios.




Vino el Renacimiento y cambió la decoración. El hombre, al salir de la cárcel de la Edad Media, salió cantando, ha dicho Castelar. La música tiende las alas al cielo; las artes embellecen el mundo; la poesía está en el corazón y en los labios de todas las almas nobles y sensibles; á un prodigioso invento se sucede otro; todo ríe, todo canta, todo renace, todo tiende á retroceder á las antigüedades clásicas; y los trajes telares, severos, graves, religiosos, angostos y cerrados de la Edad Media son reemplazados por otros más bellos y elegantes; los hombres sueltan el cabello y con la garganta desnuda, el pecho abultado y las caderas oprimidas, galantean, rondan, festejan, bailan con hermosas damas y damiselas de donosísimos tocados, de caprichosa afectación en el busto, de raras exageraciones en las faldas y cargadas de joyas y pedrerías que aumentan los hechizos de sus rostros. Y así vestidas, sin enojosos velos, se las admira en los balcones y ventanas de las calles de Roma y de Venecia en los tres últimos días del Carnaval, tres días de amor, de júbilo, de expansión, suspendiéndose el despotismo político que pesaba sobre ellas, que causaba tantas lágrimas y llenaba de víctimas el castillo de San Angelo y las prisiones del majestuoso palacio de los Dux.

Los dramas de Víctor Hugo, los viajes del autor del Fausto, los cantos de Lord Byron y las novelas de Dumas, padre, os darán á conocer detalladamente lo que fué el Carnaval en Italia en pleno Renacimiento y en los albores del presente siglo XIX. Es un cuadro grandioso, lleno de luz, rico en colores, alegre, vivo, bullicioso y animado que no cabe dentro de los límites de este modesto artículo. Cada una de sus escenas merece un canto, cada uno de sus galanteos un libro, cada uno de sus suntuosos saraos un poema, cada una de sus cabalgatas una larga descripción. Sería encerrar un mundo dentro de un pequeño marco, y no hay quien realice un milagro de esta naturaleza. Cread el cuadro en vuestra imaginación, y aunque lo adornéis con todas las galas de la fantasía os resultará pobre y descolorido á la vez.




En España, ya se celebraba en la época de los árabes; cayó después en desuso, y Felipe IV le prestó su valioso apoyo, proporcionando un alegre, lujoso y bullicioso Carnaval al pueblo de Madrid para celebrar la elección del rey de Hungría, su cuñado, como rey de los romanos, si no mienten las historias de su época. Pasaron años y el Carnaval, con sus caprichosos y elegantes disfraces, invadió los salones de la aristocracia, y á los bailes graves, ceremoniosos de la corte de los Luises de Francia y de los bulliciosos, alegres, desenfrenados de la Revolución francesa, siguieron nuestros bellos y alegres saraos de máscara, noches de amor, noches de júbilo, noches de expansión que inspiraron á Pastor Díaz la más bella de sus obras literarias, cuadro hermoso y deslumbrador en donde se agita, palpita, danza y ama la galante y apasionada sociedad de nuestros abuelos, aquellos cumplidos caballeros que rendían culto á la danza en los salones de Villahermosa y combatían con la pluma y con la espada las huestes del fanatismo que procuraba inútilmente hacer astillas el árbol de la libertad.




Todos los pueblos celebran el Carnaval. Buenos Aires y Montevideo durante los tres días, improvisan batallas en medio de las calles, lanzándose huevos llenos de agua entre infernal gritería; los árabes se visten á la europea remedando nuestras costumbres; los bohemios inmolan gallos al son de las indispensables violas, y los ingleses graves, serios y circunspectos, se reunen en familia, improvisan bailes, comen de lo lindo y se emborrachan con la más cómica formalidad.

El Carnaval constituye una de las épocas más hermosas de mi bulliciosa juventud. Permitidme que consagre un recuerdo al de mi ciudad natal. En Reus principia el Carnaval el día de San Sebastián. Antiguamente el ayuntamiento asistía á completas por la noche, y al salir del templo aquellos graves y sesudos concejales con sus encopetadas señoras, daban principio al baile público en medio de la plaza, en tanto que los sacerdotes, acariciándose el mostacho, presidían la fiesta desde los balcones de la Casa Capitular. Hoy, las municipalidades de Cataluña han pasado á la historia, y poco ó casi nada resta de sus patriarcales usos y costumbres. El Carnaval de Reus es digno del de Roma y espléndido como el de Venecia, por sus carros alegóricos, sus empavesados barcos, sus suntuosas cabalgatas, sus estudiantinas, sus carros triunfales, sus bulliciosos saraos en todas las sociedades de recreo, y por el típico entierro del rey de la broma. Su cuadro más bello y animado son las danzas. Típica fiesta que tuvo su cuna en la importante y hermosa villa de Villanueva y Geltrú. El martes de Carnaval, á las nueve de la mañana, los socios de todos los centros de recreo, disfrazados con el traje que han elegido de antemano, y llevando del brazo su juguetona pareja, con el rostro enmascarado y ricamente ataviada, se dirigen á la plaza de la Revolución. Una vez en ella principia el desfile. Rompe la marcha la sociedad más antigua, presidida de su estandarte, que ostentan en alto tres apuestos mancebos montados en briosos caballos ricamente enjaezados; siguen detrás las elegantes parejas acompañadas de las músicas ó bandas militares, y así sucesivamente todas las demás sociedades, cerrando la marcha el carro-barco, que dispara cañonazos, los carros triunfales en los que se balancean tiernas niñas vestidas de blanco y el ayuntamiento carnestolendas tan característico como original. Al llegar á la plaza de la Constitución los músicos se colocan en el centro de ella y principia el sarao al aire libre. Los acordes del voluptuoso wals llenan los aires de inspiradas melodías, las parejas giran sin descanso, la barca hace salvas y los *marinos* obsequian con dulces y ramilletes de flores á las señoritas que contemplan la fiesta desde los balcones.

En nuestros días el Carnaval va de capa caída en toda España, y particularmente en Cataluña. ¿Qué resta en Barcelona de sus lujosos saraos de máscara en el Circo Barcelonés, en el gran teatro del Liceo, en su primera época, de las bulliciosas fiestas en el Borne, de la animada *rua* de las Ramblas, de las lujosas y artísticas cabalgatas del Gavilán; recorriendo al son de las músicas y á la luz de las antorchas las calles más céntricas de la capital? Bailes que se convierten en saturnales, con perdón sea dicho; estudiantinas harapientas; murgas que desgarran los oídos y piden limosna· carros anunciadores que pregonan sus artículos al son de bombo y platillos, y mujerzuelas repugnantes que por sus bromas y disfraces son un insulto á la moral.

¿Morirá el Carnaval? Lo pongo en duda, pues gracias á la iniciativa de una comisión de respetables vecinos, y prestándole su apoyo moral y material las autoridades y corporaciones, se trata este año de dar gran empuje á las fiestas carnavalescas que tan alto pusieron en otros días el nombre de la populosa capital del Principado. Rey de la broma, tu misión no ha terminado aún sobre la tierra; derrama, pues, la alegría á manos llenas en el corazón de todos y en particular en el de la expansiva y pródiga juventud; y cuando veamos brillar la luz del miércoles de ceniza en los altos ventanales de los salones de baile anunciándonos que hemos de arrojar la careta y consagrarnos á la oración, exclamemos con los coros que amenizaron los brillantes saraos de nuestros abuelos:

> Cerrad la ventana,
> que vuelvan mañana.
> ¡Benditas de Dios!

FRANCISCO GRAS Y ELIAS



# BAILES DE ANTAÑO

EL que dijo, con próspera fortuna, que los españoles tenemos de *músicos, poetas y locos, un poco*, olvidó una cuarta cualidad: la de *danzantes;* en la cual, si bien se han distinguido, por modo eminente, ilustres personalidades de todos los tiempos, quedan aún, anónimos en número de cientos de millares. Para todos me propongo apuntar en estas cuartillas, datos históricos de las danzas que vigorizaron ó extenuaron tantas piernas patrias, plebeyas y nobles, villanas y cortesanas, flacas, robustas, torcidas ó gallardas, femeninas y masculinas: las más de éstas, por referirme á bailes de abolengo muy añejo, apenas si servirán ya de viaducto á viles gusanos que en danza macabra festejan siniestro y nauseabundo festín

Figura en primer lugar, la *Danza*, baile *serio*, en el cual se movía el cuerpo al compás que marcaban los instrumentos músicos, formando con las mudanzas de puesto, vistosas figuras. Celebrábanlo los españoles, como bailes públicos, en cuadrillas de ocho hombres y ocho mujeres, lo menos; las cuales bailaban,—¡claro está!—al son que les tocaban: gaita, tamboril, guitarra ó los tres instrumentos al unísono. Aun se usa en muchos pueblos, singularmente en los de Valencia

La *Danza de las Espadas*, bailada á compás, usando los bailarines espadas y rodelas y simulando batallas, vulgarmente conocida por el nombre de *moros y cristianos*, commemorando la lucha con los sarracenos. Báilase hoy en Mogente, Alcoy y otros pueblos.

El *baile de la Gaita*, privativo de las provincias cantábricas, generalizado en la Edad Media y, por lo grave y decoroso, adoptado por la culta sociedad española; siendo por ello frecuente que también las señoras y respetables varones, tañeran la dulce *gaita*.

Las *Folías*, tenían algo de locura, por la viveza de los movimientos con que se ejecutaba y aun se ejecuta, más frecuentemente en la parte de Portugal. Posteriormente se bailó por una sola persona, al compás de castañuelas, en pueblos cántabros, originándose de él el famoso *Bolero*, aunque, según afirmación de circunspectos historiadores, no es punto histórico éste, bien deparado.

La *Zambra* es de origen árabe, practicado indistintamente por moros y cristianos, en las casas de los grandes y predilectos de la sociedad española, en la época de su poderío.

Era la *Zarabanda*, trasunto de las bacanales; acompañábase de indecentes gesticulaciones y de movimientos y actitudes deshonestas, á modo de parisiense *can-can*, tan impúdico, que el Consejo de Castilla hubo de prohibirlo á fines del siglo XVI Burlóse la prohibición y, según Pellicer, aun se ejecutaba en 1640, en los corrales de Madrid. Degeneró, en el siglo XVIII, en el *Vito*, el *Jaleo* y otros, que han llegado hasta nuestros días.

La *Danza prima* y sus subdivisiones del *¡Válgame de María!* y otros, es asturiano de pura raza, imitación del de los pueblos antiguos, con el cual demostraban alabanzas á las hazañas de sus héroes. Bailábanlo en corro, armados de garrotes y entonando himnos alusivos á la fiesta.

La *Villanesca*, ejecutóse primero por los aldeanos y gentes rústicas, llegando á invadir hasta los palacios, y toma su nombre de una composición poética que se cantaba y se conocía con dicho título. Algunos historiadores, encuentran en este baile el origen de los *Villancicos* que se bailan y cantan por Nochebuena, en honor del natalicio de Jesús, y no pocos ven en él, el preludio de nuestra zarzuela.

Hijo legítimo de la *Villanesca*, era el *Villano*, en cuyo ejercicio llevaba fuertemente el compás con los pies, el bailarín; y el *Zapateado* tiénenlo por hermano gemelo del *Villano*, los historiógrafos de los bailes españoles, siendo el favorito entre manolos y manolas madrileños y curros andaluces

Las *Habas verdes* ¿quién no ha oído hablar de tales *habas*? Aunque su origen no se pierde en la *noche de los tiempos*, es tan rancio su abolengo, la data de su auge tan remota, que fuera notoria descortesía suponer que alguno de nuestros lectores lo haya bailado *en sus tiempos.*

No fueron otra cosa, según escribe un grave autor, las *Habas verdes*, que las antiguas *Seguidillas* de Castilla la Vieja

Dieron al traste con ellas y otros famosos bailes, las no menos célebres y nombradas *Seguidillas*, las cuales, para gloria y regocijo de la edad presente, aun se bailotean en la Mancha y en Andalucía, singularmente en Sevilla, en cuya renombrada feria de Abril, constituye uno de los más genuinos y preciados atractivos, así para el feriante *indígena*, como para el displicente anglo-sajón que nos visita en dicha época, ni más ni menos que si visitara el *Kraal* africano.

Señoreáronse en las postrimerías del siglo XVIII, en los albores del de *las luces*, innúmeros bailes que no eran otra cosa que variantes de los ya sucintamente expuestos. Eran éstos, la *Cachucha*, la *Guaracha*, el *Serení*, el *Jaleo*, el *Zorongo*, el *Polo*, el *Vito*, las *Mollares*, las *Playeras*, el *¡Olé!*, el *Churrungué*, la *Carrasquiña*, la *Churrumbela*, la *Zamorana*, y otros mil.

El afán de ajustar las costumbres españolas á las francesas, para más agradar á los nuevos monarcas borbónicos y el deseo de lisonjear al tercero de los Carlos, estableciendo en Madrid la ópera italiana, introdujeron, lo mismo en la Corte que en las altas clases sociales y aun en la clase media, una honda revolución en el mundo de la Terpsícore nacional; y de aquí, la aparición del *Minué*, el *Rigodón*, la *Contradanza*, la *Gavota*, el *Wals*, el *Baile inglés*, la *Escocesa*, la *Alemanda*, la *Galop*, la *Trénis*, la *Polka*, y la *Redowa*, en muchos de los cuales sobresalieron damiselas enloquecedoras antaño y ogaño, ruinas venerandas de la española belleza y distinción femeninas

El baile, hermano gemelo de la música, es de todos los tiempos y de todos los pueblos.

En los propios sagrados textos hallamos noticias de que los más venerables varones bíblicos, bailaron, sin que por ello se empañara el brillo y lustre de su grandeza, ni aminorara su providencial influjo en los destinos de la humanidad.

Moisés y su hermana María, cantaron y bailaron solemnemente en acción de gracias, después del paso del Mar Rojo y siempre que ocurría algún feliz acontecimiento; los Levitas ejecutaban danzas al son de sistros y atabales, como aconteció al celebrar la victoria lograda por David sobre el gigante Goliat.

En la grandiosa catedral de Sevilla, han visto mis pecadores ojos danzar en danza litúrgica, á los *seises*, estando de manifiesto su Divina Majestad..

No se desdeñen, pues, aquellos circunspectos barones que ríen desdeñosamente al contemplar cómo se devanan y acaloran haciendo variadas y pintorescas zapatetas, rústicos y damiselas, petrimetres y mozas de cántaro, de practicar en sazón y con arte, airosa cabriola ó menudo y vertiginoso trenzado.

Y aquellos recalcitrantes que, en su menosprecio, cuando no odio al baile, recuerdan enfáticamente el consejo de Homero, de que el andar del hombre debe ser reposado y majestuoso, y en todo tiempo y lugar caminan con el reposo de procesión de Corpus; ya que no bailen, que aligeren el paso, si no quieren quedarse rezagados; en la inteligencia de que la gravedad en la andadura, no los ha de redimir de su calidad de *danzantes*.

RAFAEL CHICHÓN

Cu! ¡Cu! por A. SERIÑA



CINCO MINUTOS EN EL TOCADOR

# LA CONVERSION DE FANNY

I

*(Fanny, sentada en su gabinete tocador, lee la siguiente carta).*

Mi querido Paco: ¿Qué haces en ese maldito villorrio? ¿Por qué no vuelves á Madrid? Desde que te fuiste, mi vida es un continuo aburrimiento. En todas partes me encuentro mal, sobre todo en mi casa. Chico, lo confieso: la vida tan ponderada del hogar doméstico, me resulta inaguantable. Temo que tanto fastidio me convierta en misántropo. Tú, mejor que nadie, conoces mi historia. Me casé hace un año con Fanny. Un matrimonio de conveniencia. La unión de dos familias estaba concertada desde hacía mucho tiempo, y como no había más remedio que acceder á las súplicas de unos y otros, doblé la cerviz y me sacrifiqué. Fanny, educada en el extranjero, es la completa contraposición de mis ideas. A mí me gusta lo de la tierra, lo español. A ella, en cambio, le domina lo extraño, lo de fuera. Cuando la dirijo alguno de esos piropos, que no por ser vulgares dejan de llegar al alma con toda la poesía que encierran, y la llamo *lucerito, hechicera, pichoncita, monina* y todo ese vocabulario nuestro que trasciende á gloria, me contesta en varios idiomas, llamándome *rat, chat, bijou, cattivo, caro, bimbo* y otras lindezas por el estilo que en Francia, en Italia y en Inglaterra tendrán sabor, no lo dudo, pero á mí me parecen raras é insulsas. Algunas veces, hablando contigo sobre este particular, me has dicho que es una manía mía. No lo niego, pero me es imposible evitarlo.

La oposición de Fanny á hablar en su idioma patrio me ha obligado, ahito de tanto extranjerismo, á buscar, en sitios que jamás hubiera frecuentado, lo que no encuentro en mi casa: una mujer que hable como yo hablo, que sienta como yo siento, que la comprenda y que ella me comprenda á mí. ¿Es esto una manía? Creo que no.

Por eso voy á los teatros donde se habla en español; nunca al Real: ¿Para qué? Allí cantan en la escena en italiano, cuchichean en las butacas en francés, y en los palcos charlan en inglés, en alemán y en todos los idiomas conocidos, menos en el nuestro. Tampoco acudo á los bailes de máscaras del regio coliseo por temor á un empacho de lenguas. ¿Sabes á dónde he ido estas noches? ¡Pues á la Alhambra!... Allí se aspira el aire patrio. Rodeado de capuchones, chulas, majas y toreras, he oído deslizar en mis oídos esas frases, esos *golpes* de nuestro pueblo, que no tiene rival en el mundo. Allí he aprendido á conocer el ingenio de nuestra gente. Allí me ha vuelto loco un capuchón negro, adornado con cintas de colores nacionales. ¡Qué mujer! Es decir, supongo que será hermosa, suposición tan sólo, porque todavía no le he visto la cara; pero me ha asegurado que se dará á conocer el próximo sábado. Si es como yo la he soñado, peligra mi tranquilidad doméstica, porque esa habla como á mí me gusta que se hable: es una mezcla entre señorita y chulapa, con el gracejo de la antigua manola y el *trasteo* peculiar de toda mujer nacida y criada en nuestra tierra. En fin, aguardo impaciente que llegue el sábado y ya te contaré lo que ocurra. Entre tanto, recibe un abrazo de tu mejor amigo.—Enrique.»




*(Fanny deja de leer, toca un timbre y en seguida aparece Rosa).*

ROSA. ¿La señorita ha llamado?

FANNY. Sí. ¿Han traído los capuchones?

ROSA. Hace un momento.

FANNY. Pues tráelos.

ROSA. Pero, ¿vamos por fin al baile?

FANNY. Ya lo creo. Quiero encontrar allí á mi marido. Desde que me apoderé de la carta que dirigía á su amigo Paco, vengo acariciando la idea que esta noche pondré en práctica.

ROSA. Pero esa carta que hemos retenido, gracias al descuido del mayordomo del señorito, no llegará nunca á su destino.

FANNY. ¿Y eso qué importa? ¡Se extravían tantas cartas en correos!...

ROSA. Es verdad.

FANNY. Anda, no te entretengas.

ROSA. Voy, pero antes quisiera hacerle una observación á la señorita.

FANNY. Habla.

ROSA. Pues me parece que la señorita no debía ir al baile de la Alhambra.

FANNY. ¿Por qué?

ROSA. Porque la gente que concurre á ese baile casi toda es de medio pelo, y luego hablan de un modo...

FANNY. Pues precisamente eso es lo que le gusta á mi marido, y yo quiero hablar como esa gente. Por complacerle he pasado cuatro días aprendiendo todas esas palabras que me habéis enseñado entre tú y la Trini.

ROSA. ¿Pero va usted á hablar como habla la cocinera?...

FANNY. Algo parecido. Además, he estudiado todo el repertorio de zarzuelas del *género chico*, y en tres días he hecho grandes progresos.

ROSA. ¡Pobre señorita!

FANNY. No perdámos tiempo. Trae los capuchones.

ROSA. Volando.

FANNY. ¿Los han adornado con cintas de colores nacionales?

ROSA. Sí, señorita. Ahora mismo lo verá usted.

FANNY. Bueno.

*(Rosa desaparece un momento y vuelve con dos capuchones).*

ROSA. Aquí están.

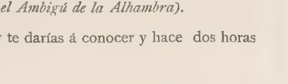
FANNY. Pues á vestirnos en seguida. Este para ti y este para mí.

*(Fanny y Rosa se ponen los capuchones, y poco rato después abandonan el gabinete, exclamando):*

LAS DOS. ¡Al baile! ¡Al baile!




II



*(Fanny, Rosa y Enrique, cenando en el Ambigú de la Alhambra).*

ENRIQUE. ¡Vamos, no seas terca! Me ofreciste que hoy te darías á conocer y hace dos horas que me estás mareando. ¡Quítate la careta!...

FANNY. *(Hablando en máscara).* No quiero.

ENRIQUE. Eres el mismo diablo. La otra noche quise saber donde vives, seguí tus pasos, y al fin me diste esquinazo.
FANNY. Y hoy me había propuesto no bailar contigo, pero eres tan *pelma*...
ENRIQUE. ¿No querías bailar conmigo?
FANNY. No, porque me han dicho que eres casado, y no me gusta enzarzar matrimonios.
ENRIQUE. Pues te han engañado. A Dios gracias, soy soltero.
FANNY. Entonces, ¿quién es esa joven rubia, guapa, elegante, que vive contigo?
ENRIQUE. Es... mi institutriz.
FANNY. ¿Tu institutriz?
ENRIQUE. Sí, pero pienso despedirla un día de estos, porque odio todo lo extranjero.
FANNY. ¡Mentira! *(Pellizcándole).*
ENRIQUE. ¡Que me haces daño, lucerito!...
FANNY. ¡Eres un *lioso!*
ENRIQUE. Bueno, seré lo que tú quieras, pero quítate la careta.
FANNY. No puede ser.
ENRIQUE. Te lo ruego por Dios, te lo pido por...
FANNY. ¡Ja, ja! Pareces un *méndigo*.
ENRIQUE. ¡Anda, dame ese gusto!...
FANNY. Imposible. Si te *complazgo*, luego te llamarían baboso.
ENRIQUE. ¿Por qué?
FANNY. Porque al verme te caería, de fijo, la baba.
ENRIQUE. No importa. Que me llamen como quieran. Anda!.. *(Acercándose)*
FANNY. ¡Quita, *panoli!*
ENRIQUE. Pero...
FANNY. ¡No te acerques, *currinche!...*
ENRIQUE. ¡Vaya un calendario! En poco rato me has llamado *pelma, lioso, méndigo, panoli, currinche...*
FANNY. ¿Te disgusta?
ENRIQUE. No, al contrario; lo sufro todo con resignación á trueque de ver tu rostro. *(Acercándose más).*
FANNY. Bien, pero *desapártate*.
ENRIQUE. ¡Máscara!... ¡Mascarita!... *(Suplicando),*
FANNY. Como te propases, te planto los cinco *dátiles* en el cutis.
ENRIQUE. ¡No eres capaz!... *(Rodeándole el talle).*
FANNY. ¡Que te la vas á ganar!...
ENRIQUE. Bueno. Una bofetada tuya no puede dejar huella.
*(Va á quitarle el antifaz).*
FANNY. ¿Qué no? ¡Pues ahí va!...

*(Suena una bofetada. Enrique, desconcertado, se escurre entre la gente. Fanny se coge del brazo de Rosa y ambas desaparecen del teatro).*

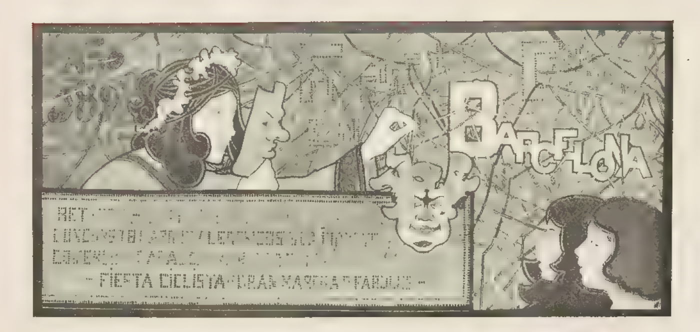
III

*(Gabinete dormitorio de Fanny. Esta y Rosa entran apresuradamente).*

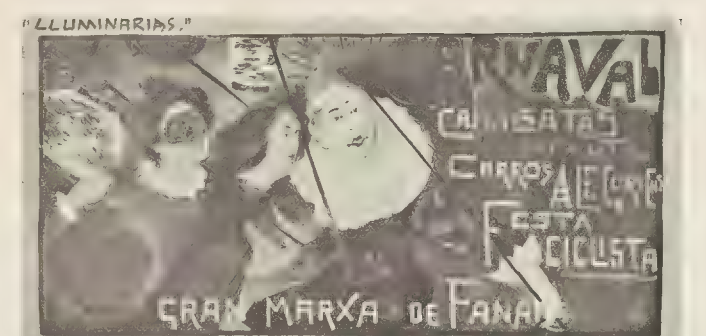
FANNY. ¡Pronto, Rosa! Ayúdame á desnudar.
ROSA. ¿Qué va usted á hacer?
FANNY. Voy á meterme en la cama antes que venga mi marido.
ROSA. ¡Buena bofetada le ha propinado usted!...
FANNY. Ahora se convencerá de que hablo y pego en español.
ROSA. ¡Ya lo creo!... Calle usted; oigo ruido en el pasillo.
FANNY. Será el... Corre, dile que entre á verme, que me he puesto mala.

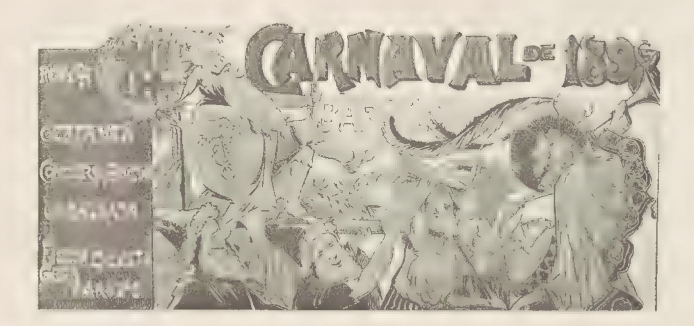
*(Fanny se mete en la cama. Rosa desaparece, volviendo á entrar en seguida, acompañada de Enrique).*

ENRIQUE. *(A Rosa).* ¿Pero es cosa grave? ¿Se ha llamado al médico?
ROSA. No, señor; no he querido hacer nada hasta que usted entrase.
ENRIQUE. *(Acercándose á la cama).* ¡Fanny! ¡Fanny!
FANNY. Acércate, pichón mío. ¿De dónde vienes á estas horas?
ENRIQUE. Del casino.
FANNY. ¡Mentira! *¡Lioso!*
ENRIQUE. ¿Eh?
ROSA. *(Aparte á Enrique).* No le haga usted caso. Tiene fiebre.
FANNY. Ya lo ves: tu lucerito, tu monina está enferma.
ENRIQUE. Pero bien, ¿qué te pasa?
FANNY. Me duele el *estógamo* y no puedo estar más que así, muy *estirá*. Yo creo que es *niervoso*, porque estoy muy *desazoná*.




"LLUMINARIAS."




ENRIQUE. *(Lleno de asombro y como el que ve visiones).* ¿Pero no has dormido?
FANNY. Muchísimo; y he soñado unas cosas!... Oye, soñaba que había ido al baile de la Alhambra... que tú estabas allí, y que una máscara con capuchón negro, adornado con cintas de los colores nacionales, te llamaba *pelma, lioso, méndigo, panoli, boceras...*
ENRIQUE. ¿A mí?
FANNY. Sí. Y como te propasabas, te había dado...
ENRIQUE. ¿Una bofetada?
FANNY. Precisamente. *(Incorporándose en la cama).* ¿Quieres otra?
ENRIQUE. ¡No, basta, basta!... (¡Era ella! ¡Vaya una conquista!)
FANNY. Perdona mi intemperancia, en gracia de mi buena intención.
ENRIQUE. Perdonada.
FANNY. Mañana escribiremos á tu amigo Paco, diciéndole que tu manía al fin me ha convertido, y que desde hoy, por darte gusto, no hablaré más que en español... *pero sabré distinguir.*
ENRIQUE. Muy bien, pero no le diremos que tu conversión me ha costado una bofetada!...

FERNANDO SERRAT Y WEYLER

# SIN CARETA

—¿Qué tal, tiíto? ¿Se ha divertido usted mucho en el baile?

—¡Psch!

—¿Verdad que no?

—Verdad que no.

—Yo tampoco.

—Pues sonreías mucho.

—¡La fuerza de la costumbre! La mujer debe sonreir siempre; cuando soltera, para agradar á todos; cuando casada... para lo mismo.

—¿Cómo?

—Tendrá usted que acostumbrarse á mi franqueza, tiíto. Yo, suelo decir la verdad... cuando no hay por qué mentir.

¡Locuela!

—Nada de eso... Práctica, conocedora de los hombres: esto soy .. Y porque les conozco, hago carnaval de mi existencia y los embromo... sin careta... Aunque, no crea usted que las demás mujeres hacen otra cosa... Son hipócritas y se lo callan; son hipócritas y lo niegan cuando los hombres les desnudan el alma con la palabra... Sí, señor, sí: hay que sonreir siempre, ¡siempre!... y para agradar á todos; cuando soltera, para atrapar marido... (¡Pobres de nosotras!) Cuando casadas... para agradar á todos, y que las lisonjas de los hombres halaguen y envanezcan á *nuestro hombre*... Si ustedes, ti...íto, fueran de otro modo, podría la mayor parte de las mujeres, yo la primera, quitarse la careta; pero mientras subsista la vanidad del macho divorciada de la dicha práctica del hogar, la mujer sólo podrá ser hembra con todas las embriagueces del perfume y todas las voluptuosidades de un sueño de ángeles con levadura de placeres... ¡Así nos conviene ser! Y luego se nos censura, y si caemos... doblemente... Pero, señor, ¿qué tendrá de extraño que se queme quien con fuego juega? Si no llamamos la atención, si no somos mujeres *de vista*, los hombres nos dejan por otra que lo sea, por otra que atraiga las miradas de todos... ¡Y luego nos llaman falsas! ¿Quién tiene la culpa de ello? ¡Ustedes, tiíto, ustedes! Ya lo dijo Sor Juana Inés de la Cruz:

*Queredlas cual las hacéis*
*ó hacedlas cual las buscáis.*



Ustedes nos obligan á ser falsas puesto que falsas nos prefieren. ¿Una mujer para el hogar? ¿Una mujer para que nos ame sin alardes en la juventud y nos cuide con amor en la vejez? ¡Qué risa! Eso no lo quiere el hombre; porque el hombre, poco práctico, en general, vive al día en lo tocante á sentimientos... Hoy locura de amor, mañana risa, al otro venganzas, luchas... y vuelta á empezar. ¡Qué desgracia la nuestra, tiíto, qué desgracia!

—Pero todas esas gazmoñerías, todos esos alardes de lujo y vanidad, todas esas sonrisas...?

—Son reclamos de cazador.

—¿En todas las mujeres?

—En muchas.

¿Y tú...?

Yo...

Aquí un movimiento de cabeza que expresa melancolía y disgusto; luego, un suspiro... Después silencio absoluto que dura largo rato. El tío permanece como pensativo; la sobrina le contempla con ansiedad disimulada por una sonrisa de raza eterna.

De pronto:

—Oye, sobrina: ¿cuántos años tienes?

—Treinta y uno.

—¡Has dicho la verdad!

Nuevo silencio; luego:

—Oye: ¿quieres casarte?

La sobrina no contesta; se ruboriza y le mira sonriendo á la vez que inclina la cabeza sobre el pecho, mirada y postura que la favorecen mucho.

¿Qué respondes, sobrina?

—Yo...

¿Quieres casarte?

¿Con quién?

—Conmigo.

—¡Ti...í...to.

—Responde. Yo no soy joven, pero tampoco sufro *achaques de la juventud*... Si he permanecido soltero hasta hoy, culpa es de vosotras, que nunca os quitáis la careta como tú acabas de quitártela ante mí... ¡Ea! ¿Quieres casarte conmigo?

-¡Hay... *don Antonio,* qué cosas tiene usted!

Pero...

¿Me querrá tal como soy?

—Más que siendo como me lo parecías antes.

-Entonces aquí está mi mano, tiít...

-Antonio... Dejo de ser tío para ser esposo. Con que, sírveme otra copa de champagne, y... ¡por nuestra dicha venidera!

—¡Y abajo la careta femenina!

-Eso: quiero que me ames ¡sin careta!

. . . . . . . . . . . . . . . . . .

Dos horas después, á solas en su gabinete, la sobrinita se hace la siguiente reflexión, sonriendo con sinceridad:

—¡Sin careta!... ¡Pobre tiíto!... Me conviene... es un buen partido: relativamente viejo y muy rico... Llanote como él solo... ¡Claro! por eso le gusto... ¡con la careta de la sinceridad!

Luis de Val



# UN ASALTO A LA FAMILIA X

(APUNTE DEL NATURAL)

Mohíno y preocupado andaba el bueno de don Críspulo, desde el día en que la parte contraria — dictado con que solía designar á su cara mitad,—le dijo, reventando de satisfacción, que iban á ser *asaltados* en la noche del Jueves Lardero.

Lo que la vanidosa señora consideraba un agasajo de sus amigos, era, á juicio del probo magistrado, cuya jubilación le producía á duras penas para soportar el peso de su finchada esposa y los caprichos de dos hijas incasables, una amenaza de muy mal género, una puñalada moral, con las agravantes de premeditación y alevosía.

Porque, sin necesidad de consultar el diccionario de la lengua, donde no figura la palabra *asalto* en la acepción moderna, comprendió que la bromita le costaría un ojo de la cara.

Fué preciso que su mujer se cuadrara y gimotearan las niñas, para tolerar la invasión de máscaras en su tercer piso de la calle de la Princesa; pero ellas lo querían y, pese á la entereza de que como juez diera repetidas muestras, tuvo la debilidad de ceder, por respeto á la paz doméstica; prometiéndose, con intención de cumplirlo, que, á los primeros disparos del ejército invasor, se metería en el último rincón de la casa, para que al menos quedara incólume la ex dignidad profesional.

Nunca se había reído en público, y no quería correr el riesgo de desmentir su característica gravedad.

Inútil es consignar que su gesto se iba agriando á medida que se aproximaba el momento crítico, con tanto mayor motivo, cuanto que, á juzgar por los preliminares, el presupuesto previo, aceptado por él, no cubriría la cuarta parte del dispendio efectivo.

En vano trató de prevenir el daño; no bien abría la boca, en son de protesta, atajábale la mamá con aquello de «bonito estaría que no correspondiéramos al favor que nos dispensan»; añadiendo á duo las niñas «por Dios, papá, no nos hagas pasar plaza de cursis cuando vienen á obsequiarnos».

Don Críspulo, que no sabía ver el favor y ambicionaba por todo obsequio que le dejasen tranquilo—pretensión muy justa en quien no se mete con nadie—apelaba al lenguaje elocuente de los números, según los cuales el déficit resultaría enorme; pero las mujeres no conocen más aritmética que su voluntad. Y eran además tres contra un solo hombre ¡tres que chillaban por nueve cuando el jefe de la familia levantaba su autoritaria voz!

Cansado éste de predicar en desierto, cerró la boca hasta el punto de morderse los labios y esperó con la resignación del justo el *asalto* de sus obsequiosos amigos.

Llegó al fin el Jueves Lardero, sin que el bondadoso magistrado pudiera impedirlo, porque en las cátedras de derecho no se aprende á detener la marcha del tiempo.

Al dar las diez de la noche el reloj del sereno, se presentó la vanguardia en el portal de la casa; reuniéndosele á los pocos momentos el grueso de la fuerza.

Contra todas las reglas estratégicas, los sitiadores anunciaron su llegada con una escandalera infernal; lanzándose escalones arriba en desordenada confusión, como si les acosara por detrás un toro de Veragua, ó á guisa de orates escapados de un manicomio.

No cabe imaginar un conjunto más heterogéneo que el de aquella bulliciosa comitiva. Figuraban en ella, por lo que toca al bello sexo, las notas culminantes del repertorio antiguo y moderno; mereciendo especial mención: la Africana, de Meyerbeer; la Margarita, de Gounod; la Carmen, de Bizet; la Adriana Angot, de Offenbach; la Bruja, de Chapí; la Viejecita, de Caballero; y la Menegilda, de Chueca; y más especial aún, cierta dama á quien circunstancias también especialísimas habían inducido á vestirse de luna... en creciente.

El sexo fuerte se hallaba espléndidamente representado por personajes de rompe y rasga, desde el famoso Cid Campeador hasta Maceo; teniendo por intermediarios á Serrallonga, Diego Corrientes, Tony Grice, Frascuelo y el Moro de las zapatillas.

Por lo que se ve, no cabía mayor variedad, sobre todo en las fisono... suyas, cubiertas las unas y reformadas las otras á gusto del consumidor, con arreglo á lo consignado en el programa.

Sólo en una cosa se asemejaban: en el prurito general de lucir sus respectivas tesituras y mostrar el temple de sus pulmones; aunque en este particular las mujeres se llevaban la palma, merced á la condición aflautada de su voz, condición que alguna de las donosas mascaritas lucía además en las piernas.

Para que nada faltara, contaban los asaltantes con sus correspondientes apéndices infantiles, en todos los tamaños conocidos, quienes, amenizaban la ascensión mayando á lo gato ó llorando á lo niño, obligados por los empujones y pateos de que eran víctimas inocentes.

No bien don Críspulo,—medio catequizado y próximo á transigir — oyó el batiburrillo reinante en la escalera, erizósele el mezquino resto de cabello y corrió á asegurar con doble llave la puerta, resuelto á no franquearla, en uso de su derecho individual; lo que ocasionó un altercado interior tan ruidoso casi como el de fuera, y un plantón de padre y muy señor mío para los que, imitando á los muchachos cuando cargados de laureles pugnan á grito pelado por entrar á la iglesia el Domingo de Ramos, clamaban desaforadamente por traspasar los umbrales de aquel presunto santuario del placer.

Al fin, la conveniencia social, defendida en todos los tonos por las de dentro, logró imponerse, y la fortaleza cedió, y la impaciente multitud asaltó en tropel, al son del himno de Riego, la pacífica morada del señor X, convirtiéndola por vía de introito en un campo de Agramante.

En honor de la verdad, debemos hacer excepción de un caballero que, menos impetuoso, quedóse en el primer descansillo... colándose sobre su traje ordinario, el socorrido de *pierrot*, y desfigurando su rostro bonachón con unas narices de á palmo, muy parecidas á las naturales.

Como el disfraz era de rigor, y no podía excusarse de asistir, por habérselo ordenado su cara cónyuge, el mencionado sujeto, que en lo tocante á calvicie superaba á don Críspulo, para no andar enmascarado por las calles del tránsito, á lo que se oponía su carácter formal... y la calva de referencia, había ideado el medio de envolver en un *Noticiero* el cuerpo del delito, y con él bajo el brazo y metida la nariz donde le cupiera, trasladarse disimuladamente al sitio de la ocurrencia; metamorfoseándose en el momento preciso.

Así se explica que convirtiese la escalera en tocador. Al penetrar después de esa breve operación en el domicilio del magistrado, la fiesta tomaba proporciones alarmantes, entraba en el período de plena locura.

Era de ver con que *sans façon*, — equivalente á poca vergüenza en nuestro idioma, aquella *turba multa*, por el mero hecho de llevar la cara cubierta, tomaba la casa cual país conquistado, amenazando no dejar en ella títere con cabeza; era de oir la algarabía en *crescendo* de tantas voces que, ávidas de dominarse mutuamente y en detrimento de los vecinos, recorrían todos los tonos de la escala musical, produciendo el conjunto inarmónico y desgarrador de cien murgas reunidas.

Durante la media hora que siguió á las expansiones propias del primer momento, los tafetanes y cartones se mantuvieron firmes en su sitio; el que más y el que menos, alardeaba de que su incógnito no sería descubierto, lo que dió lugar á muchos diálogos tan chispeantes é ingeniosos como este: — Sé quien eres. — A que no. — A que sí. — ¡Cuán equivocado estás! — Te llamas Julia. ¡Ja! ¡ja! — No te rías. — ¡Si te dijera una cosa!... — Venga. — Es un secreto. ¿Mío? — Tuyo. ¡Y muy gordo! — ¿Sí? — ¡Oh! etc., etc.; y no faltó una salamanquina que en el más legítimo acento catalán, murmurara al oído de su pareja. — ¡Ah, píjaro, píjaro! ya te conejo; te dises Grabiel.

De tal suerte, por reprimir la risa, se hincharon los mofletes del interpelado, que rompiósele una de las gomas del antifaz, dejando su rostro al descubierto y llenando de rubor el de la joven, al reconocer su engaño.

Para embromar se necesita mucha dosis de sal, precisamente lo que faltaba á la mayoría de los *sal...teadores* — esta calificación no es nuestra, sino del despechado don Críspulo; — por cuya deficiencia, de la que no tardaron en tocar los efectos, se tomó el buen acuerdo de desenmascararse.

En cuanto se vieron cara á cara, recobró cada cual su aspecto ordinario. Llevados por la afición, se entregaron los jóvenes á los placeres de la danza, mientras las personas mayores sacaban el mejor partido posible de la inacción forzosa de sus piernas, moviendo ojos y lenguas en todas direcciones, para criticar á los unos y reirse de los restantes; facultad que se irroga el que no baila, pues en algo ha de entretener el rato.

Nada particular ocurrió durante la primera parte. La ex magistrada iba de acá para allá, con la prosopopeya de un maestro de ceremonias, prodigando sonrisas y ternezas; sus hijas... no iban á ninguna parte, porque los pollos tenían el mal gusto de dedicarse á las muchachas bonitas;—¡cómo si ellas fuesen culpables de no serlo! — y no las sacaban sino de higos á brevas, por puro cumplimiento.

¡Pobrecillas! hasta sus novios en perspectiva, aquellos de quienes pensaban oir una declaración formal, defraudaron sus esperanzas, escurriendo el bulto disimuladamente: desencanto tanto más desconsolador para las cuitadas, cuanto que no se presentaba nadie á substituirles; pese á los eficaces medios de que se valían para... no conseguirlo.





el movimiento general de avance, lo mismo que la voz de alto detiene la marcha de un batallón.

¿Qué había sucedido? ¡Una friolera! En su afán de llegar el primero, un travieso muchacho corría disparado hacia donde le llamaba su glotón instinto, queriendo la fatalidad que topara por el camino con la *creciente luna*, antes aludida, y la propinara un testarazo mayúsculo en la protuberancia más visible, la cual se hallaba justamente al nivel de su cabeza.

El grito provenía del esposo de la agredida, quien vió en peligro por aquel encontrón, su futura paternidad.

La que allí se armó, no es para descrita; pues las hijas del jubilado, harto propensas á accidentes nerviosos, y excitadas como estaban por no haber sacado novio, rodaron una tras otra, retorciéndose convulsivamente como colas de lagartija.

A todo esto, ocurriósele á un guasón lanzar al palpable espacio la fatídica palabra «fuego», que, resonando cual la trompeta del Juicio final, difundió terrorífica alarma y puso á los *asaltantes* en precipitada dispersión. Tratábase de salvar el pellejo; de modo que eran excusados los cumplimientos.

Con idéntica algarabía que al subir, aunque muy distinta causa, bajaron atropelladamente los tres pisos de la casa de don Críspulo, y ninguno aflojó el paso hasta encontrarse en la suya.

Cinco minutos después, quedaban únicamente en el lugar del siniestro, el magistrado, su conjunta y la criada, entregados á la difícil tarea de calmar la efervescencia accidental de las niñas,... y allá, en el *solitario ambigú* la familia del *pierrot*, jefe inclusive, tomando abundantes fuerzas, en previsión de que sus servicios fueran necesarios. ¡Cualquier día se marchaba el viejo, sin indemnizarse filosóficamente de la mala noche pasada; máxime habiéndole confiado por lo bajo su hijo mayor que lo del incendio era pura broma!

¡Digo si se despacharían también á su gusto las tres hermanitas del embromador, entre las cuales se contaba la del «ya te conejo!» ¡ellas que jamás se habían visto en lances tan apetitosos!

Por supuesto; tuvieron que pasarse sin camareros y comer fiambre, porque esos, á las primeras de cambio, pusieron pies en polvorosa, — llevándose buena provisión de vituallas para el viaje, — y no se decidían las señoritas á traspasar el umbral de la cocina, por miedo de manchar los trajes que vestían de prestado.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Esto aconteció en viernes. Al siguiente lunes, don Críspulo se presentó á su parte contraria, tremolando en alto la cuenta del restaurant, que ascendía á una suma de grueso calibre.

—Pero, hombre de Dios, no te desesperes; todo se arreglará. ¡En las siete semanas de la entrante Cuaresma, mira tu si podremos economizar para pagarla!

Ante la triste perspectiva de una serie de ayunos con tanta franqueza anunciado, el señor X inclinó la cerviz, limitándose á responder:

—Lo tendré por bien empleado, con tal que te sirva de experiencia. Cree, mujer, á quien sabe más que tú: y... en materia de asaltos... dalos, si á mano viene, pero no te prestes nunca á recibirlos.

Huelga decir si estarían satisfechas de un *asalto*... tan distinto de como lo habían imaginado.

No desempeñaba más brillante papel el señor X. Pocos le vieron el pelo, no sólo por falta de él, sino porque, firme en su retraimiento, enclavóse en la otomana del recibidor, donde se le reunió al poco rato el *pierrot* á quien sorprendimos vistiéndose en la escalera y que se aburría también en grande. Juntos en aquel banco de la paciencia, los dos amigos se abrieron mutuamente el pecho, — mientras los demás reían y bailaban, — filosofando sobre la triste condición del marido que al casarse renuncia á los pantalones... en beneficio de su consorte.

¡Cuántas amargas reflexiones brotaron de sus labios, entre bostezo y bostezo!

De pronto, una explosión de entusiasmo popular, un hurra repleto de admiraciones, con acompañamiento de palmas, les sacó de la cavilosa abstracción en que yacían.

Acababan de abrirse las puertas del *bufet*; ofreciéndose á todas las miradas un espectáculo conmovedor, de interés palpitante, vital.

No se trataba de un simple *lunch*, servido por turno y tomado de pie, como soldados en torno de la marmita del rancho; de aquellos en que se puede perdonar el bollo por el coscorrón; nada de eso: el *espléndido* dueño del local *asaltado* hacía las cosas á lo príncipe, ofreciendo una cena en regla, con asiento propio cada comensal, y media docena de atildados camareros que si no eran parisienses merecían serlo.

¡Ya podía don Críspulo prevenirse con casco ó chichonera contra el cúmulo de felicitaciones y brindis que al descorcharse el champañ, se desplomarían sobre sus venerables canas!

Pero, estaba escrito — conforme diría un sectario de Mahoma, — que no se realizaran las ilusiones de aquella multitud bulliciosa... y hambrienta.

En el instante preciso en que se disponía á asaltar la mesa del babilónico festín, un grito desgarrador, al que siguieron una porción de escalonados chillidos, paralizó

SALVADOR CARRERA

# ESCENAS DE CARNAVAL

El Carnaval tendrá el honor de presentarse á ustedes muy en breve, ya que no vistosamente ataviado, alborotador, para aturdirles, y así no le echarán en cara los defectos de su indumentaria.

Los hombres de seso, los que peinan canas, ó se las tiñen, al llegar estos días, sonríen, pensando en antiguas picardigüelas, y más de un venerable padre de la patria y abuelo de media docena de criaturas de variados tamaños, suspira por aquel tiempo pretérito, el de sus mocedades, aquel que pasó para no volver, y dice para sí:

— Lo recuerdo como si fuera hoy, aunque ya hace de esto cincuenta y cinco años cabales; ¡con qué bríos cogí un manteo mugriento y un sombrero tricornio, con su cuchara de palo, y me fuí al Prado en busca de conocidos á quienes embromar! Por cierto que al verse molestado por mí el que más tarde fué mi papá político, me atizó dos patadas, primero una, con una gracia y un donaire... ¡Si siempre tuvo aquel señor cosas de suegro!... Ello es que yo gocé mucho aquella tarde.

Porque es el caso que nuestros señores abuelos se divertían más que nosotros y más inocentemente. Los jóvenes más calaveras, después de lucir sus disfraces por



calles y plazas, refrescaban en la alojería, cenaban en la posada alegremente, entre airosas cuchufletas y sendos tragos de Yepes, y después, contentos y rozagantes, trasnochaban hasta muy tarde, hasta las once, jugando á la peregila en alguna tertulia, ó cuando mucho, sudando el quilo al compás de *minuets* y pavanas en algún baile de candil de los que antaño se estilaban.

Hoy la juventud no se divierte tanto. Las máscaras callejeras van desapareciendo, y sólo se ven por ahí algunos mascarones destrozados é insulsos. Al moderno Carnaval puede decirse que lo ha cobijado Terpsícore en los salones de baile.

¡Los bailes de máscaras! El encanto de modistillas y estudiantes; el temor de los padres; el sitio de reunión de magos, gitanas, guerreros, chulos, manolas, chisperos, diablos, tunos, etc., etc. La más heterogénea colección de disfraces.

. . . . . . . . . . . . . . .

Allá, en un extremo del salón, dos fichas personificadas cuchichean.

—¿Lo ves? — dice una de ellas. — ¡El infame me engaña! ¡Con que tranquilidad baila con aquélla!

—¿Pues y el mío? ¿Dónde estará? Me habrá olvidado. ¡Ingrato! Después de bordarle unas zapatillas verdes...



—¡Qué desgraciadas somos! Nosotras que pensábamos casarnos con ellos...

—Ya ves, y ellos no quieren hacer dominó con nosotras.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

—Apoyad en la mía vuestra mano, bellísima dama; nada temáis. Mi brazo y mi espada están á vuestra disposición, — dice un mancebo que *se las da* de antiguo, á una joven hermosa, al parecer. — Yo soy nada menos que Enrique III de Francia, y *no rebajo nada de ahí.*

—Me proponéis, apuesto doncel, — contesta ella en el mismo tono, — una alianza inaceptable. Yo soy, ¡ay! como quien dice, Isabel de Inglaterra.

—¡Que te *cayes!* — exclama un señorito chulo, á quien le viene grande la levita y estrecho el sombrero de copa, ambas cosas alquiladas. — Tu eres Juana, y nunca has sido de Inglaterra. Te conozco...

—¡Insolente! — ruge Enrique III.

—¡A mí no me ponga *usté* motes! ¿estamos? — contesta el de la levita amplia.

Intervienen varios amigos.

—Vamos, no hay que enfadarse, — dice uno. — Esa joven, según las señas, es la propia Isabel, hija de Ana Bolena.

—Si su madre fué ó no bolera, nada digo; pero ella es Juana y muy Juana.

—¡Isabel, Isabel! ¿Qué has hecho de nuestra famosa escuadra *La Invencible?* — pregunta un joven que conoce la Historia.

—¿Y qué has hecho, di, de María Estuardo? — añade un erudito.

—¿Y por qué teniendo tan buenas proporciones, *has muerto soltera?* — agrega un vividor.

—¡Ea, caballeros! — refunfuña Enrique, aturdido. — Nadie se meta con esta mujer, ó *le mido las costillas.*

—¡Qué afán de medir! No tengas cuidado, el que más y el que menos huimos de los ingleses.

Isabel queda confundida con tantos cargos y le dan ganas de desmayarse.

Un camarero trae agua; álzase la reina el antifaz, y el rey Enrique se queda con la boca abierta.

¡Isabel de Inglaterra es una costurera que debe, en un comercio de la calle de Postas, quince pesetas y ochenta céntimos, por algunos metros de madapolán de la B y unos pañuelos con jaretón!

¡Y Enrique III de Francia es el propio hortera que se los despachó!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Durante el descanso los estómagos débiles se resienten.

Hay jóvenes que de buena gana tomarían algo, y ven, con lágrimas casi, que el que toma algo es el galán enamorado que les ha servido de pareja. Ese toma... la puerta y vase.

Algunas mamás duermen. Otras dan gusto á la lengua, criticando á diestro y siniestro.

—Aquel joven que va vestido de lechuguino, — dice una, — ¿quién dirá usted que es?

—Tiene aire de millonario, aunque cojea un poco.

—Sí, sí, millonario... Pues es de Vitigudino. Ya ve usted si lo sabré yo, que le tuve de huésped catorce meses.

—Con que de Vitigudino... ¡Quién lo había de decir!

—Yo tuve que echarle, porque á todo ponía peros. Que si los garbanzos eran balines.. ¡Y eran de á catorce, señora Gertrudis! Que si la carne era de lance, que si el chocolate no teñía... En fin, un hombre inaguantable. No obstante, no acababa nunca de verse bien nutrido, y él solo se comía la ración del boticario y del escribiente y la suya, la de todos mis huéspedes. Además, se pasaba el día tocando el acordeón y bailando solo. Ya ve usted, rompió todo el baldosín de la sala...

—¡Ave María!

—Sin pecado concebida...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

De salón afuera, en la calle, se ven escenas muy interesantes.

Allí abundan los desheredados de la fortuna que no consiguen bailar gratis, aquellos que teniendo invitación no les dejan entrar por no depositar prendas en el guardarropa.

Uno de éstos es el Pierrot que ustedes ven. El no lleva capa, porque para nada la necesita. Bien abrigado va por dentro; acaba de beberse una botella de vino y el mismo camino lleva la segunda.

—¿No me dejan entrar? — dice, — ni falta... Vaya, si yo bailo solo y sin música... ¡Cinco! Cinco tragos de Valdepeñas hacen bailar á todo un Pierrot... Cuidado que



yo he hecho *eses*... y *equis*... Vamos, que soy un alfabeto ambulante... Y esas letras no son de cambio... Esta vida hay que pasarla á tragos... ¡Si me viese la Tiburcia en este estado! ¿Y qué estado es este? Casado; soy de estado casado, aunque mal me esté el decirlo... ¿Y Tiburcia quién es? Me da el corazón que es una mujer casada, si mal no recuerdo. Bueno, ¿y por qué es casada la Tiburcia, vamos á ver?... Pues, eso si que no lo sé. Digo, sí; porque la Tiburcia es mi esposa, ya que yo soy el marido de la Tiburcia... Yo que dejé á la Tiburcia vestida para traerla al baile... ¡Anda, anda! Para hacer *eses* mejor voy yo solito... ¡Otro traspiés!... Eso no es *ese*... ¡es una *jota!* Y la bailo... Esto es una *i griega*, ó turca...

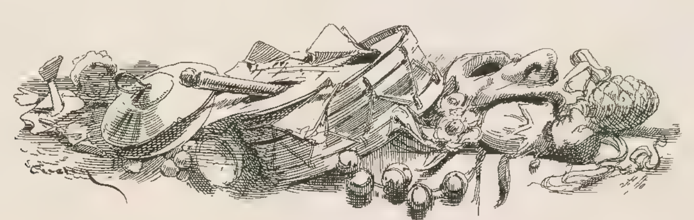
*La Tiburcia* (desde lejos): — *¡Arrastrao!* ¿Con que tú eres el que me quieres? ¡Infame! ¡Mal marido! ¡Darme semejante mico, á los tres meses de matrimoniar!

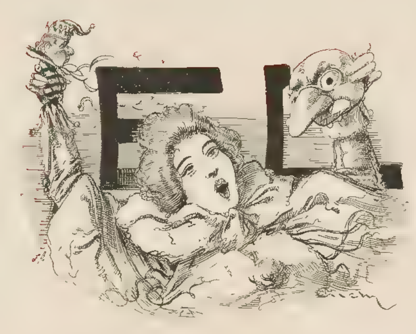
—Mira, déjame hacer letras con los pies. Sí, que te quiero.

—¿Con que me quieres, eh? ¿Hasta que punto?

—*Y griega... zeda...* Pichona mía... hasta el... Punto final.

ARLEQUIN





# ACTUALIDAD

El bullicioso precursor de la Cuaresma, era *in ello tempore* extraordinariamente festejado por nosotros.

Los barceloneses que si saben trabajar no se quedan rezagados cuando se trata de divertirse, acogían con palmas y vítores, á tambor batiente y cañonazo limpio, la llegada del privilegiado personaje que en tantos años de rodar por este valle de lágrimas no ha dejado un instante de reir.

Cuantos recordamos aquellos días de razonable locura, en que se derramaba el oro á manos llenas y manifestábase el general alborozo con alardes de travesura y derroches de ingenio, no podemos por menos que exclamar, parodiando á Jorge Manrique:

¿Qué fué de tanta belleza — y esplendor?

No es del caso filosofar sobre las causas que han influído en la decadencia progresiva de nuestras fiestas carnavalescas; nos limitamos á lamentarla, por los perjuicios que irroga á la industria y comercio de la localidad.

¡Es triste verlas morir lentamente, cuando tan fácil nos sería reaccionarlas, y devolverlas en breve su antigua lozanía y magnificencia!

Para conseguirlo, creóse el año pasado una Comisión, compuesta de entidades conocidas, idóneas y de buena voluntad, á cuya improvisada iniciativa, se debieron la *Cabalgata infantil* y la *Fiesta ciclista*, únicas notas dignas de una capital como la nuestra.

Aquello fué un ensayo, y el resultado tan satisfactorio, que la propia Comisión, tomando en serio su cometido, ha vuelto á la brecha este año, con más amplios propósitos y mayores alientos.

Que sus eficaces gestiones se han visto coronadas por lisonjero éxito, no cabe dudarlo, pues sólo contando con la cooperación y el apoyo de valiosos elementos, se logra organizar un programa de festejos variado, nutrido é importante cual el que tenemos á la vista, y publicó la prensa diaria.

Prueba también que sus trabajos no han sido estériles, la multitud de premios que en el mismo ofrece, ya en metálico ya en objetos, para estimular la concurrencia á los certámenes y cabalgatas anunciadas; fomentar entre las máscaras el deseo de sobresalir por su riqueza, buen gusto ó ingenio; halagar la legítima vanidad de las madres, y el infantil orgullo; expolear, en fin, á cuantos pueden y deben tomar parte activa en esta anhelada regeneración de nuestro Carnaval.

Los iniciadores, inauguraron sus tareas con una idea feliz; nos referimos á la de procurarse por concurso el cartel anunciador de las fiestas, idea acogida con entusiasmo por los artistas, según lo demostró la cantidad y calidad de los modelos presentados al honroso palenque.

Basta recorrer las páginas de este número, en que vienen reproducidos los que hemos logrado proporcionarnos, para formar un juicio exacto de la importancia del referido concurso; tan manifiesta, que el *Jurado calificador*, formado por artistas de nombradía, consideróse en el deber de crear un premio extraordinario, y otorgar además tres accésits y seis menciones honoríficas.

Sin pecar de optimistas, abrigamos la convicción de que el público barcelonés, responderá al llamamiento; con lo cual ganaremos todos, altos y chicos: desde el humilde tendero que vende narices de cartón á quince céntimos, hasta los grandes almacenes en donde pagan á peso de oro sus caprichos los mimados por la fortuna; así el joven como el viejo, pues mientras el uno apurará en tres días de expansión y algazara la copa de los placeres, echará el otro una cana al aire, si alguna le queda, recordando que hizo lo propio en aquellos tiempos de feliz memoria.

Por lo pronto, los bailes públicos se han visto en este año más animados y lucidos que en los anteriores; asistiendo á ellos el buen gusto... después de un retraimiento bastante largo, lo cual nos parece de excelente agüero.

Mucho celebraremos que nuestras esperanzas se realicen; en parte al menos ¡aunque en la ocasión presente, cuando tantas calamidades afligen al país, el entusiasmo público sólo puede ser relativo!

Cabe temer que la zozobra en que vivimos quite brillantez á los festejos; pero no hay que desmayar, se habrá sembrado para el porvenir.

Si la Comisión organizadora no obtiene hoy todo el fruto apetecido, lo recogerá mañana... ¡cuando la suerte adversa se canse de azotar á los españoles!

* * *




Tal como habíamos pronosticado en el número anterior resultó la fiesta familiar con que el distinguido maestro compositor don Claudio Martínez Imbert, quiso celebrar sus *bodas de plata*.

La concurrencia, compuesta de parientes y amigos íntimos del venturoso anfitrión, pasó una tarde y velada agradabilísimas, contribuyendo no poco á ello, la franqueza y amable cortesía con que éste, en unión de su esposa é hijos mayores, hizo los honores de la casa.

Después de un banquete espléndido cuya sobremesa se prolongó hasta el anochecer, verificóse el concierto anunciado, que fué una serie de triunfos para el artista y de satisfacciones para el padre; pues, al par que el mérito del autor, se aplaudió con entusiasmo á los ejecutantes, hijos queridos y aventajados discípulos del señor Martínez Imbert, quien, en aquellos momentos, era objeto de general y justificada envidia.

Le felicitamos cordialmente, lo propio que á su dignísima compañera, deseando que, con igual felicidad, puedan celebrar un día *sus bodas de oro*,... y que nos sea dable participar de ella, cual en la presente ocasión.

Es verdaderamente notable la colección de cuadros que el conocido negociante señor Robira ha expuesto en su ampliado local de la calle de Escudillers, tanto por el buen gusto que presidió á la instalación, cuanto por la autoridad indiscutible de los pintores que los firman.

Dicho señor ha demostrado una vez más su pericia en ese ramo del arte, merced á la cual se conquistó en pocos años el favor del público inteligente que hoy visita y aplaude la citada exposición, comprando á buen precio los hermosos lienzos que en ella figuran.

Mucho nos place que los afanes del señor Robira obtengan legítimo provecho; pues con ello salen también beneficiados los artistas.

En el baile de máscaras que dió «El Fomento Voluntario» de la barriada de Gracia, en la noche de la Candelaria, se otorgó el *primer premio* á una linda joven disfrazada de ALBUM SALÓN, con arreglo al figurín que oportunamente publicamos.

El traje, en que no faltaba el menor detalle, resultó bellísimo; llamando desde el primer momento la atención de la escogida y numerosa concurrencia.

Sabemos de algunas modistas que están confeccionando otros: de suerte que serán muchas las señoritas que nos honren vistiéndolo en el presente carnaval.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA: Cuadro de T. Andreu.

*¡Porqué las siguen!* Caricaturas de Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: Retratos de los principales artistas que han estrenado en el Gran Teatro del Liceo la ópera *Nerón*

*Boria avall* (Pena de azotes), Cuadro de Galofre-Oller.

*Decoraciones del acto 2.º de la ópera Nerón*, tomadas á la acuarela de los originales de Soler y Rovirosa, por Brunet y Fita.

PÁGINAS EN NEGRO: *Antonio Rubinstein*, su retrato y artículo alegórico por G. Morphi.

*Nerón*. Primera audición en España.

*Maestro Rodolfo Ferrari*, concertador en el Gran Teatro del Liceo, de la citada ópera (Retrato.)

*Alberto Bernis*, empresario del mismo (Retrato.)

*Notas musicales*, artículo de A. L. Salvans

*El vegetal en la historia y en la imaginación estética*, artículo de Francisco Tomás y Estruch, ilustrado por Passos.

*La madre de Juan Antonio*, artículo de A. Contreras, con ilustraciones de Alvarez Dumont.

*Crónica del pasado Carnaval.*

MOSAICO.

REGALO: *Epitalamio*. Romanza de barítono de la ópera *Nerón*, para piano y canto; ilustrada en color por Passos.

BIBLIOGRAFÍA FRANCESA — La entrega de Enero de LOS MAESTROS DEL CARTEL que publica la Casa Chaix, de París, contiene la encantadora composición de Chéret para la *Fiesta de Flores de Bañeras de Luchón;* el curioso cartel de Ibels para la *Librería Pierrefort;* el de Grün, *¿A dónde la llevan?* tan original; y en fin el cartel magistral del artista belga Privat-Livemout para el *Ajenjo Robette*.

Como se ve, cada número de esta notable publicación presenta mayor interés.



Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Labielle

UNA GRACIA DE CUPIDO, por XAUDARÓ.



4



5



6



# FRANCISCO FORTUNY

BARCELONA

**Fábrica de Jarabes Superfinos.**

**Especialidad en la Horchata triple de Almendras y Jarabes frutales, tónico refrescantes.**

**Fábrica de Licores Superfinos.**

**Elaboración especial de los licores CIDRÉLICA ANISETTE y CURAÇAO Superiores á sus similares.**




MARCA JARABES — DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COLMADOS — LICORES

---

# EL PRIMOR FEMENIL

Publicación consagrada á las bellas labores femeniles y especialmente al bordado, al encaje y á la educación estética de la mujer.

12 cuadernos anuales de abecedarios. — **DIRECTOR: DON ANTONIO RIUDOR** — 12 cuadernos anuales de labores varias.

CUATRO GRANDES PLIEGOS ANUALES EXTRAORDINARIOS PARA LAS EDICIONES DE LUJO É ILUMINADA

| PRECIOS PARA ESPAÑA, GIBRALTAR: | | PRECIOS PARA AMÉRICA Y RESTO DE EUROPA: | |
|---|---|---|---|
| Edición económica, un año | 7 pesetas. | Edición económica, un ano | 40 reales. |
| — de lujo, — — | 10 » | — de lujo, | 42 » |
| — iluminada, — — | 25 » | — iluminada, — — | 120 » |

*Administración: VIUDA DE PEDRO FONT, calle de Valencia, 307, Baarcelona. — Se mandan números de muestra gratis á quien los pide.*

---

EL INGENIOSO HIDALGO

# DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

POR

**Miguel de Cervantes Saavedra.**

Se reparte por cuadernos de 16 páginas, siendo su precio el de **un real.**

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO DE

**MIGUEL SEGUÍ**

**151 Rambla de Cataluña 151**

**BARCELONA**

---

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, número 315, principal.

---

## Apuntes para un prólogo sobre EXTRACCIONES DENTARIAS

(En publicación)

por el Dr. BRUGUERA MARTÍ

**Médico especialista**

PELAYO, 22

BARCELONA

---



CONVIENE A LOS HERNIADOS (QUEBRADOS)

Sepan que un invento verdad, con real privilegio, es el *Braguero óptimo hernial VIVES*, compuesto de elementos electro-magnéticos, capaces de curar las hernias, por crónicas y rebeldes que sean. — La ley castiga á los falsificadores. — Ningun fabricante de bragueros puede construir bragueros electro-magneticos, más que su propio autor. — Pídase el folleto explicativo: *Unión, 17, entresuelo, Barcelona.* — VIVES, ORTOPEDISTA.

---

## SANEAMIENTO DE EDIFICIOS

Depósito de **Water-closets, Urinarios, Lavabos,** aparatos de descarga automática para limpieza de cloacas, albañales, etc. **Sifones** y demás artículos para saneamiento. — **Instalaciones** cumpliendo todas las prescripciones higiénicas. Cierres para imbernal y bajada de aguas pluviales, nuevo sistema con Patente. — **FILTROS PARA AGUA,** varios sistemas.

**DAUNIS Y GRAU** — INGENIEROS SANITARIOS

Premiado en la Academia, de Higiene, 1895

19, Calle de Montesión, 19 — BARCELONA

---

## JABON DE BABA DE TORO

¡Prodigioso y valioso descubrimiento!

Destruye las manchas y barros. Hermosea y suaviza el cutis. Gran Vigorizador de los Organos. Probad.o y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. Representante en España,

D. EMILIO MARTÍNEZ

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 345 — BARCELONA

*De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.*

¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!!

---

CHASSAIGNE FRÈRES

# PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA

PIANOS DE COLA Y VERTICALES

A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO

ESTILO NORTE AMERICANO

SE REMITEN CATÁLOGOS

---

# WERTHEIM

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS

VENTA A PLAZOS y al CONTADO

**BICICLETAS GARANTIDAS**

TALLERES DE REPARACIONES

Niquelaje especial y esmaltes á fuego.

AVIÑÓ, 9 — BARCELONA

---

## Depilatorio en polvo del Dr. Thomson

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.



*Aplicacion sencilla.* — *Resultados positivos.*

**Precio: 3 PESETAS CAJA**

*Unico depósito: Perfumería LAFONT*

**Call, 30. — BARCELONA**

Antes de usar o



Después de usado

Tip «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ∞ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ∞ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTÍCULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

## Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

| | | |
|---|---|---|
| AÑO II | BARCELONA, 1.º DE MARZO DE 1898 | NÚM. 13 |

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactores:
SALVADOR CARRERA ✶ V. SUÁREZ CASAÑ

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco —Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Ka abal)*.—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga —Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués. Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli —Tomás Muñoz Lucena.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla —Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí. Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

¿POR QUE LAS SIGUEN? por Xaudaró.



Para casarse con ella y para tener tal suegra.



¡Para saber donde vive por curiosidad!



*Pá* ver si se dá un encontronazo con el *bolso*, en *cuanti* que haiga ocasión.

# NERON

Opera de A. Rubinstein

Epicharia.

Erina Borlineto.

Criseide.

Avelina Carrera.

Poppea.

Anita Barone.

Primera audicion en España.

Gran teatro del Liceo. Barcelona.

Neron.

Ettore Marchi.

Vindice.

Francisco Puiggener.

Fot. de Audouard.

# ANTONIO RUBINSTEIN

RECUERDOS PERSONALES

No pretendo escribir una biografía de Rubinstein; pues, además de que existen ya muchas y son conocidos los rasgos principales de su vida y de su personalidad artística, no dispongo de tiempo para semejante trabajo que implica un detenido estudio de sus obras; pero, la circunstancia de haber tratado á aquel célebre artista, me da ocasión para poder publicar algunos datos y detalles de mis relaciones personales con él; lo cual creo que será más nuevo é interesante para los lectores del Album Salón, que el copiar de un diccionario lo que sobre él se ha escrito.

Conocí á Antonio Rubinstein en París, durante el período de mi emigración hacia 1869. Decidido á buscar mi porvenir como compositor y profesor de música, y protegido por mi querido amigo y maestro Fr. A. Gevaert, entonces director de la Grande Opera, pude penetrar bien pronto en los círculos artísticos y conocer á los célebres compositores Gounod, Felicién David, Thomas, Massé, Massenet, Widor, Delibes, así como á Gustave Doré, Theophile Gautier, Charles Blanc, Dumas y tantos otros. Conocida es la costumbre francesa de reunirse á comer entre hombres solos los compañeros de colegio, los de un mismo pueblo ó provincia y los artistas ó compañeros ejerciendo la misma profesión. Tal era la comida llamada de los Sábados, no por ser cosa de los israelitas, sino porque tenía lugar el primer sábado de cada mes, única noche que tenía libre el director de la opera, presidente de los comensales. Podían asistir todos los artistas y literatos que quisieran, siendo presentados por un socio y pagando 20 francos. Se celebraba el banquete en el restaurant de Brebant y era tan interesante aquella reunión de celebridades, que, á pesar de mi precaria situación y escasos medios, no dejé de asistir ni pagar ningún mes, hasta la época de la guerra franco-prusiana, en que los comensales, muchos de ellos extranjeros, se desbandaron para no volver á reunirse jamas. Allí conocí á Rubinstein, que estaba en el apogeo de su reputación como pianista, y no hay que decir la admiración y el entusiasmo con que le aplaudíamos cuando después de comer se sentaba al piano y tocaba obras suyas, de Beethoven ó de Chopín. En una de estas fiestas artísticas, ocurrió un incidente que hubiera podido convertirse en grave disgusto sin la oportuna y discreta intervención de nuestro presidente. Empezaba ya la lucha entre los amigos y los adversarios de Wagner, y figuraba entre los primeros, como ardiente propagandista, Victor Wilder, que más tarde tradujo al francés los poemas dramáticos del gran compositor alemán.

Rubinstein fué siempre antiwagnerista, y como el asunto era frecuentemente objeto de discusión, llegó un momento en que la trabada entre ambos, tomó un tono personal y agresivo; y como Wilder era un flamenco excesivamente franco y bruscamente sarcástico, hubo de decir alguna frase que, zahiriendo duramente á su contrincante, hizo reir á la concurrencia.

Rubinstein se volvió hacia él, como león furioso, y con acento airado le contestó: «el hacer reir es privilegio de imbéciles, y haría V. mejor en no meterse á hablar de lo que no entiende». Todos temimos un conflicto y nos lanzamos á sujetar á ambos interlocutores para evitar que viniesen á las manos. Entonces Gevaert, levantándose, se dirigió á Wilder sobre quien tenía gran autoridad, y le dijo: «No se mueva V., se lo mando» y volviéndose á Rubistein, con dulce sonrisa de finísima ironía, le dijo: «Querido Rubistein, aquí todos somos camaradas y amigos, y al entrar dejamos en la antesala nuestros paraguas y nuestras coronas», con lo cual hizo reir á los mismos contendientes, terminando felizmente lo que hubiera podido dar lugar á un lance personal.

Volví á ver al gran pianista en Viena en 1872 ó 73, y allí tuve ocasión de conocerlo con más intimidad. Dimos juntos grandes paseos á pie por el Prater, hablando de cosas de arte, y me confesó que su gran preocupación y constante tormento era no poder dedicarse á la composición, viéndose obligado á dar conciertos para vivir; porque nunca había sabido ahorrar lo que ganaba. El fué quien me presentó á Wagner que vino á Viena, en aquel memorable concierto en que dirigió la sinfonía pastoral cuando precisamente descargaba una gran tormenta, y, aprovechando la coincidencia, concluído el concierto, nos echó un discurso, según acostumbraba, para decirnos: «Ya lo veis, cuando empuño la batuta, el mismo Dios viene á formar parte de mi orquesta»; frase que levantó otra tempestad de aplausos.

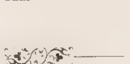
Cuando vino Rubinstein á Madrid, lo acompañé á Palacio la noche que tocó, y precisamente por la tarde había ocurrido crisis ministerial. Como es natural, el Rey tenía que salir frecuentemente de la sala del concierto para consultar á los personajes políticos que llegaban á Palacio, lo cual llegó á escamar y á inquietar al grande artista, creyendo que no gustaba el concierto, y que el Rey salía á fumar ó á distraerse. Al concluir, le entregó D. Alfonso una condecoración, tributándole los mayores elogios; pero al meternos en el coche para llevarle á la fonda de París, donde vivía, empezó á refunfuñar de muy mal humor, probablemente en ruso. Yo le dije para tranquilizarlo, que en efecto, había ocurrido una cosa extraordinaria que yo no podía aún decirle, pero que lo sabría á la mañana siguiente, que iría á verlo para saber si se le había pasado el mal humor. Cuando fuí, lo encontré rodeado de aquella corte de amigos y admiradores que tanto dinero le hacía gastar, y apenas me vió, se vino á abrazarme con infantil alegría, y con voz y carcajada propias de un gigante, exclamó:

«¡Famoso! ¡famoso! ¡Con que anoche, mientras yo tocaba, se derretía el ministerio español! Ya estoy seguro de pasar á la historia que dirá: «La noche en que tocó Rubinstein en Palacio, reventó el ministerio». Vino á comer á mi casa, encantando á todo el mundo con su bondad y dulzura de carácter que contrastaba con su aspecto rudo y enérgico. Yo, que lo conocía, había rogado á los pocos amigos que vinieron aquella noche que no se le hiciera la menor indicación de tocar porque había tenido concierto por la tarde y debía estar cansado. Se tocó música española, aires populares que podían interesarle y distraerle, y luego se habló de Arte, y á las once de la noche, cuando se levantó y todos creíamos que se marchaba, se dirigió al piano, lo abrió y se sentó diciendo, «aquí se puede tocar con el alma y no con los dedos.»

Tocó Haydn, Mozart... y no recuerdo qué otros autores, pero con tal dulzura, delicadeza y encanto, que debajo de aquellas manos poderosas parecía tener, no teclas de piano, sino un instrumento compuesto de harpas y flautas y tocado por los ángeles.

No estoy seguro de que las memorias de un viejo puedan interesar á mis lectores; y en esta duda, pongo fin á este articulejo, para no abusar por más tiempo de su benévola atención.

G. MORPHY



# NOTAS MUSICALES

UN ABRAZO FRANCO - RUSO

Todos los años, durante el invierno, se celebran en París muchísimos conciertos, porque los parisienses, generalmente hablando, son más *amateurs* que nosotros de la música sinfónica.

Entre las diversas corporaciones y sociedades constituídas al objeto, goza de mayor fama la Orquesta del Conservatorio, en cuya Sala de Conciertos verifica anualmente una serie de éstos, con gran masa coral y orquestal.

Voy á referirme á uno de tantos que me produjo agradabilísima impresión, por considerarlo en aquel entonces de actualidad internacional.

En el año 1881 y en la mencionada sala, el eminente maestro ruso Antonio Rubinstein, dedicó una sesión á los profesores del propio Conservatorio. No recuerdo á punto fijo las piezas todas que formaban el programa; pero sí que estaba compuesto en su totalidad de música del autor del Nerón, y que éste la dirigía, estrenándose, por cierto, el célebre *Bal costumé*, hoy tan en voga, y un precioso poema sinfónico sobre el *Don Quijote*.

Si se les hubiera convocado al efecto, para cualquier otro acontecimiento de importancia, creo, y pienso no equivocarme, que difícilmente se reuniera un número de artistas ilustres como el que concurrió á aquel hermoso festival.

En un palco procenio de la derecha se hallaban Ambrosio Thomas, Marmontel, el viejo, Camilo Sivori, Oskar Comettan, Emilio Durand y otros; en la platea vimos á Massenet, Saint-Saëns, Guiraud, Delibes, el malogrado pianista Teodoro Ritter, Queten, Puvis de Chavanes, los Rotschild; en fin, tantas personalidades y familias notables, que molestaría la atención de mis buenos lectores su largo relato. En suma, *tout París* estaba allí, según la frase hiperbólica de nuestros vecinos.

Felizmente, y contra mi costumbre, llegué tarde; y digo felizmente porque esta circunstancia me proporcionó una honrosa relación.

Había empezado, pocos momentos antes de llegar yo, la preciosa composición *Don Quijote*. Acatando la costumbre rigurosa de la buena sociedad parisiense, me resigné á no penetrar en el salón del concierto hasta la terminación del número, y quedéme en la antesala ó *foyer* — así le llaman — desde donde podía apreciar perfectamente el ajuste de la magnífica orquesta, dirigida por el célebre Rubinstein.

Purgué así el involuntario pecadillo de mi tardanza, verdad es que no fuí solo; hubo quien llegó más tarde, pues mientras aguardaba, conforme he manifestado, sentóse á mi lado un caballero, alto, arrogante, aunque aparentara una regular edad, de larga y canosa melena, espesa barba y ojos vivísimos: una de estas personas en quienes sin querer fija uno la atención, y que desde el primer momento se hacen simpáticas.

A pesar de la máxima tan sabida y fundada de que no debe juzgarse por las apariencias, aquel desconocido me causó inexplicable emoción, intuitivo respeto.

¿Quién será? preguntéme

Al sentarse junto á mí, dirigióme le palabra en estos términos:

—Veo que han empezado ya, caballero .

Sí, señor; — le contesté — y... no supe decir más, porque me subyugaba su serena y majestuosa frente, en torno de la cual adivinaban mis ojos la aureola del genio.

No tardé en convencerme de la certeza de mi atrevimiento.

En cuanto cesó la orquesta, reunióseme mi buen amigo M. Dupuy, y, lo primero que hizo fué presentarme al respetable personaje, objeto de mi curiosidad y admiración; cabiéndome la honra de estrechar la mano del ilustre autor del *Faust*

Efectivamente, el incógnito con quien me codeaba, era Carlos Gounod.

Concluyó el concierto, en medio de calurosas aclamaciones.

Rubinstein, rodeado del selecto auditorio, se dirigió al *foyer*, en donde se le tributó una ovación entusiasta; le tributamos, mejor dicho, pues con ser yo tan humilde al lado de los demás, me permití tomar parte activa en ella. ¿A quién no hubieran entusiasmado los frenéticos aplausos de toda la *crême* artística de París?

Gounod, que fué uno de los últimos en felicitar á su compañero, el autor del Nerón, estrechóle fuertemente contra su pecho, exclamando con acento conmovido: *este abrazo significa tal vez la futura amistad de dos pueblos y de dos escuelas hermanas.*

A. L. SALVANS

Fot. Esplugas.

RODOLFO FERRARI, Maestro Concertador de la ópera «NERÓN».



Fot. Audouard

ALBERTO BERNIS, Empresario del Gran Teatro del Liceo.

# Estreno del NERÓN en BARCELONA

27 DE ENERO DE 1898

La primera audición de esta partitura de Rubinstein era esperada con verdadero afán en Barcelona; el público indiferente, el que vé y oye, tenía la seguridad de que el Liceo estaría hecho una ascua de oro, como en las funciones de gala; el *dilettanti* deseaba apreciar, por sí propio, las hermosas creaciones que le prometía el nombre, universalmente afamado, de su autor.

En el Gran Coliseo, se hallaba congregado, pues, cuanto notable por su posición ó talento encierra nuestra culta capital.

Ya antes de empezar el espectáculo, advertíase en los que presumen de inteligentes, con justicia alguno de ellos, — cuya afición á la buena música raya á veces en fanatismo, — cierto desaliento, debido sin duda á no satisfacerles, en general, el cuadro de artistas contratado para cantar una ópera a que su imaginación prestaba vuelos extraordinarios.

Por efecto de esta prevención, que lejos de desvanecerse convirtióse en hostilidad lamentable, la obra navegó en un mar poco bonancible, ó si se quiere, agitado de tal suerte, que no fué posible formar opinión concreta acerca de su mérito intrínseco... cosa de suyo sumamente difícil en una sola audición: aunque, á decir verdad, no pasaron desapercibidas las muchas bellezas que contiene, particularmente en la parte instrumental.

La confusión evidente del libreto y su escaso interés dramático, contribuyeron no poco, — amén de ciertas desigualdades en el conjunto, propias de un estreno y agravadas por las manifestaciones ruidosas de los intransigentes, — á que al éxito de la ópera no fuera tan completo como era de esperar, dada la justa reputación de que venía precedida y el prestigio de que gozaba Antonio Rubistein en el mundo musical. Pero aun así, la obra no ha perdido, en nuestro humilde concepto, un solo quilate, siendo de creer que logrará imponerse, cuando se la oiga más detenidamente, en mejores condiciones. No debemos olvidar que una suerte análoga, aun menos lisonjera, corrieron el *Faust* y la *Carmen;* y han alcanzado luego gran celebridad. El tiempo ha sido siempre supremo juez.

Por lo que al *Nerón* se refiere, no debemos olvidar tampoco que el público barcelonés, cuya afición extraordinaria á la par que intuición filarmónica, disculpa sus exigencias, algunas veces extremadas, fué el primero en rechazar al célebre Tamberlick, en su decadencia, y el único, seguramente, que ha hecho derramar, sobre la escena, lágrimas de despecho á la eminente Adelina Patti.

Pasando á otro orden de ideas, dejaremos sentado que si en conjunto la ejecución resultó algo deficiente, hubo artistas que, en su papel, supieron cautivar al selecto auditorio y conquistarse entusiastas ovaciones. La señorita Carrera estuvo admirable, corroborando el juicio que de sus brillantes cualidades habíamos formado en otras ocasiones, y elevándose á la altura de las cantantes privilegiadas; la señora Borlineto se defendió bizarramente, gracias á su correcta escuela, logrando imponerse en algunos momentos felices, y el señor Puiggener se portó muy bien, especialmente en el tercer acto; mereciendo repetidas muestras de aprobación. El maestro Ferrari concertó la obra con verdadero *amore* é hizo meritorios esfuerzos para llevarla á buen puerto, con los heterogéneos elementos de que disponía.

Respecto á la parte decorativa, la aspiración general quedó más que satisfecha, y eso que todo podía esperarse de nuestro paisano el eximio pintor escenógrafo Sr. Soler y Rovirosa que, en las tres grandes decoraciones por él pintadas, — dos de las cuales reproducimos, — ha dado nuevas é indiscutibles pruebas de su talento artístico. Inútil es consignar que la exhibición de cada una de ellas fué saludada con ruidosos aplausos y llamadas á la escena; como lo es también que, encastillado el señor Soler y Rovirosa en su modestia, no se presentó ni una sola vez á recoger los laureles tan legítimamente conquistados.

A esa misma modestia que no vacilamos en calificar de *crónica*, aunque somos los primeros en respetarla, se debe que contra nuestros deseos é instancias, no ocupe su retrato en esta página el lugar preferente que en rigor le correspondía.

Quizá esta manifestación le moleste; pero estábamos en el deber de disculpar el vacío que en ella hallarán, de fijo, los lectores del ALBUM SALON.

* * *



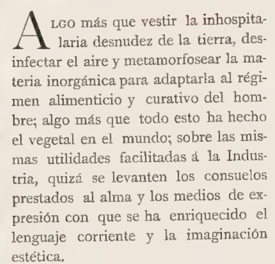
BORIA AVAL

GALOFRE OLLER




LITOGRAFIA M. PUJADAS BARCELONA

L (PENA DE AZOTES.)



# EL VEGETAL EN LA HISTORIA

## Y EN LA IMAGINACION ESTETICA

ALGO más que vestir la inhospitalaria desnudez de la tierra, desinfectar el aire y metamorfosear la materia inorgánica para adaptarla al régimen alimenticio y curativo del hombre; algo más que todo esto ha hecho el vegetal en el mundo; sobre las mismas utilidades facilitadas á la Industria, quizá se levanten los consuelos prestados al alma y los medios de expresión con que se ha enriquecido el lenguaje corriente y la imaginación estética.

Si la fibra textil es traje para el cuerpo; si el tronco y las ramas son nave ó casa, bastón ó herramienta; si el fruto es alimento; si el zumo, la semilla ó el perfume, son tinte, tónico ó regalo del olfato; si el follaje del árbol es refrigerante sombra; tampoco es menos evidente que el vegetal es satisfacción de necesidades psíquicas del hombre. Recurso y gala de las religiones, del amor, de las costumbres, de la palabra hablada y de la literatura escrita, del arte útil y del bello, de las más elevadas ideas de derecho, de justicia, de vida terrena y de ultra-tumba, doquier asoma su evocación verbal ó plástica.

Incesantemente habla la Historia de ese sospechado «animal que duerme;» por mi parte, sólo aspiro á tratar en rápidos é incoherentes párrafos, del aspecto recordatorio, simbólico ó poético, de sus intervenciones en la vida.

***

¿Empezaré por el *Lenguaje de las Flores?* El amor ha hecho con ellas un *léxico* universal, merced al cual ya no hay corazón que con otro no se entienda, si ambos son capaces de latir con espiritualismo.

Ved la flor: olorosa, rica de color y de pureza, es, en el altar, símbolo del amor divino, símbolo del amor humano en el seno de la mujer, promesa de virginidad en la frente, recuerdo místico en la tumba, regocijo popular en las guirnaldas de las calles, desencanto ó quizá memoria pasajera de juveniles tiempos, cuando seca y aplastada, como *momia vegetal,* aparece entre las hojas perfumadas de un libro.

Las flores y las plantas son excelentes compañeras de los tristes, y buenos médicos de los enfermos. Dígalo María Antonieta encarcelada; Alfonso Karr, con sus ficciones delicadas y conmovedoras; Dumas, con la famosa *Dama de las camelias;* Víctor Hugo, con la florecilla pajiza que tiembla al borde de la vidriera, surgiendo de la grieta de una piedra, cuando van á juzgar al *Reo de muerte;* díganlo, en fin, los esclavos de la alcoba, del asilo, del hospital y del manicomio, quienes sienten menos enervantes las cadenas del físico dolor ó del aburrimiento, si sus ojos encuentran el ramo, el parterre, el jardín ameno ó la arboleda rústica. Precisamente en estos momentos la duquesa de York, futura reina de Inglaterra, acaba de enviar á los hospitales de Londres, para consolar á los infelices pacientes, buena parte de las ochocientas coronas ó guirnaldas con que la nobleza británica honraba la muerte de la duquesa de Teck, madre de aquella princesa.

***

Del hombre, pasemos á Dios; de nuestros egoísmos y afectos, á las creencias y á las veneraciones sagradas.

La ciencia del bien y del mal, tiene, en la Biblia, un árbol: su fruto, comido en el Paraíso, es la perdición del hombre. Ese mismo fruto, intencionadamente arrojado *para la más hermosa,* causa la discordia entre los dioses del Olimpo. Tras el Diluvio que todo lo anega, una hoja ó ramo de olivo, indica á Noé el descenso de las aguas: místico símbolo de la esperanza, fundada en mejor vida, que un día pasará á la Catacumba.

El oráculo de Dodona, profetiza por medio de robles: por el susurro del viento en sus ramas ó por la retorción de las hojas. Desde los promontorios áticos hasta las cumbres de Germania, el bosque es sagrado. Templo es el árbol de los galos, y dios mismo su muérdago. Celtas y escandínavos hacen intervenir el vegetal en su culto ó en las epopeyas de sus semidioses. India y Egipto le hacen cuna de sus divinidades. Persas antiguos y mahometanos simbolizan respectivamente á Zoroastro por la palma, y prometen la resurrección de los justos en inmarcesibles jardines de inagotables frutos. Aún la zoolatría del continente negro y de la América precolombina, tributa á esta intervención de los más delicados de los reinos de la Naturaleza. Complemento de ceremonias religiosas, mito, código teísta ó fetiche, casi no ha existido raza ni pueblo que no hayan unido el árbol, la planta, la flor, el fruto, la semilla, á sus sanas creencias ó fanatismos.

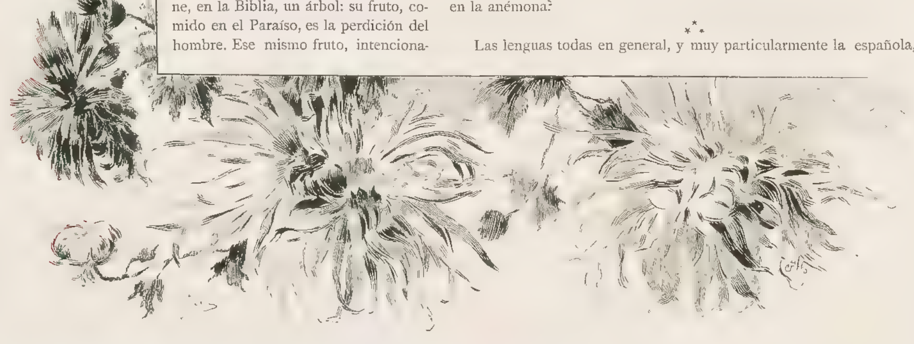
Recogiendo históricos testimonios y autorizadas tradiciones, podríamos reconstruir, con vegetales, la historia de Jesús. La vara que florece en manos del Carpintero de Nazareth, le destina á ser esposo de María y amparador del vástago de David. Nace este Vástago en un pesebre, y se recuesta sobre el mísero heno ó paja; crece, y aserra los árboles secos en el taller de su padre putativo; predica, y dice á sus discípulos: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos»; se dirige á las multitudes y les habla de los falsos profetas que se reconocen por sus frutos, y de los ambiciosos que, por mucho que se afanen, nunca vestirán como los lirios de los campos, «que no trabajan ni hilan». Compara el reino de los cielos al grano de la mostaza, cuya pequeña simiente se trueca en árbol habitado por bandadas de pájaros. Varias veces instruye con ejemplos de vides y de trigales hallados al paso. Entra en Jerusalén y maldice á la higuera por estéril; recíbenle entre glorificadoras ramas; traiciónale Judas, y es reducido á prisión á la sombra de los olivos; condénanle, y le escarnecen con el cetro-caña, martirizándole al par con la corona de espinas. Finalmente; agoniza sobre el divino leño, y, resurrecto y Señor de los espíritus y de su Iglesia, ésta representa la Eucaristía con uvas, pámpanos y espigas entrelazadas.

***

La fábula vegetal es quizá lo más encantador de la mitología griega: Minerva que, disputando á los dioses la protección de Atenas, crea, vencedora de Neptuno, el benéfico olivo; Apolo y Pan, que perpetúan el recuerdo de dos perseguidas ninfas, trocadas en laurel y caña, ciñéndose la corona é inventando la armoniosa flauta; Ceres, que aparece próvida y fecunda con sus espigas y consolada por la adormidera en el dolor que le causó el rapto de Proserpina; Baco, que halla parecido alivio con el frescor de la yedra, cuando las libaciones del fruto de la vid le truecan en gárrulo y movedizo; Hércules que, leal amigo de Teseo, baja á rescatarle al Orco ó Infierno, por cuyo motivo se ahuma el dorso de las hojas de álamo que rodean sus sienes... ¿Hay cosa más gallarda, para simbolizar el triunfo de la civilización griega y fenicia, verificado sobre los pueblos vecinos, que el de aquellos jardines de las Hespérides, cuyos frutos de oro roba el citado semi-dios, y cuyo dragón terrible cae á los golpes de su maza? ¿Pueden haber leyendas más delicadamente patéticas que las que significan el jacinto y el narciso, (nombres de jóvenes malogrados), ó aquella del hermoso Adonis, despedazado por orden de Marte, y cuyos ensangrentados miembros, reunidos por Afrodita, han sido representados en la anémona?

***

Las lenguas todas en general, y muy particularmente la española, re-



curren al vegetal para la mejor expresión. Hablamos de ideas ó de costumbres que echan *raíces;* de otras que *erradicar* es preciso; de *troncos,* de *entroncamientos,* de *vástagos* y de *ramas* de familias; de *ramos* del saber; de *hojas* de papel ó de puerta; de inútil *hojarasca* de la palabra; de edades *floridas* y de *florecientes* fortunas ó reinados; de ideas de *color de rosa;* de *frutos* del trabajo manual ó de la inteligencia; de *semillas* filosóficas ó políticas; de caras saludables de *manzana;* de honestidades que son *lirios* ó *azucenas;* de genios iracibles que son *cardos;* de caracteres dóciles y bondadosos que son *malvas.*

¿A qué hablar de las evocaciones de la Poesía? ¿Concebís ésta sin el vegetal que es espejo de sus descripciones y fuente de sus símiles? Ya no hay literatura sin planta, sin árbol, sin flor, sin fruto, sin vegetal que no auxilie la obra imaginativa del escritor ó del poeta; y ya no hay planta, ni árbol, ni flor, ni fruto, sin su literatura propia, exhumada de los libros vetustos, de los testimonios arqueológicos ó de las memorias privilegiadas. La tradición, como el helecho que la representa, no deja forma, matiz, perfume, particularidad botánica, que no fantasee, y con la cual no busquen analogía sabios y rústicos, hombres y mujeres, ancianos y niños.

***

¡Cuán fecunda es la Historia en el testimonio vegetal! Un árbol es patíbulo de la traición de Judas; otro árbol, el de Guernica, es emblema de las libertades vascas. ¡Aún vemos á San Luis ejercer justicia bajo el roble de Vincennes! Juana de Arco recibe la inspiración de rescatar á su patria de manos de los ingleses, soñando bajo las hayas de Domremy. Si en el *Génesis* la manzana arrancada y ofrecida es pecado, en la historia de las tiranías vencidas, es Guillermo Tell, despreciando el reto de Gessler y aceptando la bárbara prueba, y, en la historia de la Ciencia, es Newton, sintiendo el presentimiento de la gravedad de los cuerpos. Una *rosa blanca* y una *rosa encarnada,* enconan ferozmente los bandos de Lancáster y de York. Un rosal, en el *Paracleto* de Francia, es el emblema del infortunio de dos célebres amantes cristianos (Eloísa y Abelardo), mientras en Granada, éslo un ciprés del de toda una raza asesinada por el odio musulmán. La escarapela verde, inventada por Camilo Desmoulins, recuerda la hoja arrancada en el jardín del *Palais-Royal;* y, la malva y el crisantemo, son el símbolo de los grandes impulsores del Japón. La granada en nuestro escudo, indicará la Reconquista consumada y la unidad política llevada á término por Isabel y Fernando; serán, las lises, la casa de Anjou triunfante, y en Francia, los mismos Borbones sosteniendo á todo trance el catolicismo. Será, la violeta, Bonaparte y sus triunfos, y, el entusiasmo de nuestras pasadas *facciones,* se cifrará en la flor *margarita,* elevada á distintivo y condecoración por los partidarios de la dama de aquel nombre.

***

El arte industrial moderno centuplica el vegetal en las formas decorativas, transformando el vidrio, el barro, la porcelana, el metal y la fibra que hace el encaje, en flor, en fruto, en hongo, en hoja y en tronco rústico. En cuanto al arte ornamental histórico, sabido es que tiene su flora: lotos el egipcio; rosetones el asirio; acantos y laureles el romano y el griego; lirios historiados el románico; una naturalista fronda de hortalizas y de hojas emblemáticas el gótico; perejil el Renacimiento; palmas retorcidas, musgos rizados y flores de granado, el siglo XVIII; ovarios el chino; bambús y almendros floridos el japonés; rosas perladas el persa; y hojas meticulosamente picadas el árabe...

***

Al empleo que de la flor he citado al empezar, añadid el recuerdo del premio que apetecen nuestros poetas en los Juegos Florales y el de la *Rosa de oro* pontificia que tanto ansían las princesas católicas; el del sauce y del ciprés en nuestros cementerios; el de la palma en nuestros balcones y ventanas; el del azahar en nuestras bodas y el de la *rosa de Jericó* en los alumbramientos; el de las yerbas *mágicas* en nuestras rogativas y verbenas, y el de los árboles *dulces* y próvidos en nuestras Navidades.

***

La poesía de la planta tomará más incremento cada día; su simbolismo buscará nuevos rumbos. Para apreciar aquélla en cuanto vale, la antorcha de la Ciencia nos acompaña, reemplazando á la fantaseadora imaginación y á la crédula ignorancia. Si la fábula antigua fué riente y bella, la historia del vegetal será civilizadora y emotiva. Ese delicado reino de la Naturaleza, no puede temer la verdad; muy al contrario; por no conocerse toda, se ignora su mejor poesía.

FRANCISCO
TOMAS Y ESTRUCH







DECORACIONES DEL ACTO 2.º DE LA OPERA NERON, pintadas por SOLER y ROVIROSA. (Acuarelas de BRUNET y FITA.)




Fot. de A. Esplugas

CARNAVAL DE BARCELONA. — Varios de los niños premiados en el Baile infantil de trajes.

# CUATRO PALABRAS SOBRE EL PASADO CARNAVAL

Tras un reinado insubstancial y efímero, fué á reunirse en la fosa común con sus antecesores, dejando, como huella de su mundano tránsito, hastío en unos, cansancio en otros, exhaustos muchos bolsillos y una larga serie de catarros que han degenerado en dengue, según la moderna clasificación.

Por unos días, el que más y el que menos, hemos procurado olvidar los poderosos motivos que tenemos de disgusto, y hacernos la ilusión de que estábamos alegres, cuando á la inmensa mayoría se nos hubiera ahogado con un cabello.

La semana de Carnaval, ha sido un paréntesis en el período calamitoso que atraviesa la Nación; un compás de espera en el canto elegíaco que de algún tiempo acá venimos entonando á coro los españoles.

Las noticias que de la Corte y provincias nos transmitió la prensa, prueban irrecusablemente el temple de nuestra alma; pregonan que las baladronadas de ciertos amigos con antifaz podrán tal vez acabarnos la paciencia, pero no el buen humor ni los cuartos.

En Madrid, las fiestas han superado con mucho este año á las de los anteriores, así en animación como en lujo, sobresaliendo por su magnificencia la *Batalla de flores*, en que figuraron multitud de carrozas de mágico efecto, decoradas artísticamente y con inusitada esplendidez. Basta decir, para elogiarlas cual merecen, que su iniciativa y dirección se debió á artistas tan reputados como Muñoz Degrein, Moreno Carbonero, hermanos Garnelo, Mariano Benlliure, Juan Cardona, Simonet y Mariñas, á las respetables corporaciones «Centro Industrial», «La Peña» y «Veloz Club» y á nuestro simpático colega *Blanco y Negro*.

Conforme á las esperanzas que habíamos concebido y gracias á los esfuerzos de la Comisión organizadora no han faltado tampoco en esta ciudad brillantes notas, particulares y colectivas; rasgos de ingenio y alardes de riqueza. Los festejos se realizaron todos en la forma anunciada, excepción hecha de la *Batalla de flores* correspondiente al tercer día, la que hubo de suspenderse por el mal tiempo y fué suprimida con muy buen acuerdo, defraudando las ilusiones de algunos que consideraban hábil para celebrarla el miércoles de Ceniza.

Fuera de esta contrariedad, el programa se cumplió al pie de la letra, contándose por millares los aficionados á espectáculos gratuitos que no desperdiciaron un solo número; antes por el contrario, presenciaron en plena calle, desde la *Retreta anunciadora* hasta la *Gran marcha de faroles*, fin ó entierro de las diversiones carnavalescas.

En justicia y razón, la última se llevó la palma, mejorando la agradable impresión que en el público había dejado la *Fiesta ciclista*, digna de encomio por el buen gusto, *esprit* y prodigalidad de los no escasos concurrentes.

No menos favorecido vióse el *Concurso artístico de carros alegóricos de la industria y del comercio*, lo cual no es de extrañar, pues significa una forma de anuncio más eficaz que las empleadas ordinariamente.

El *Baile infantil de trajes*, dió, como cada año, un resultado soberbio. El afán de disfrazar á los niños ha ido creciendo á medida que se ha apagado el entusiasmo de las personas mayores, y hay mamá á quien de fijo preocupa ya la idea de cual traje vestirá su hijo en las Carnestolendas de 1899. En este particular se han visto verdaderas maravillas; cuantas lindezas y monadas puede inventar la fantasía y sufragar un bolsillo bien repleto.

Sentimos vivamente que las condiciones de nuestra publicación no nos permitan trasladar al papel la *vera effigiæ* é indumentaria de todos los grandes y chicos que estos días han llamado la atención y obtenido premio; pero no disponemos de espacio ni tiempo, sino para ofrecer un poquito de cada cosa, lo primero que hemos conseguido procurarnos. Sirva esta explicación de desagravio á los que, quizá con mejor derecho, debían honrar estas páginas y, contra nuestra voluntad, no aparecen en ellas.

. . . . . . . . . . . . . .

Entre las múltiples diversiones particulares con que la distinguida sociedad barcelonesa ha solemnizado el Carnaval,—cuyo detalle exigiría un tomo de buen tamaño,—merecen citarse dos que formarán época por su grandeza é incomparable atractivo. Nos referimos á la brillante *matinée* con que el barón de Maldá obsequió en su suntuoso palacio al extenso y linajudo círculo de sus amistades y relaciones; y al *asalto* con que se vió favorecida la espléndida morada del acaudalado cuanto inteligente editor D. Francisco Simón, por un ejército no menos numeroso y aristocrático.

No existen frases para ponderar cumplidamente la magnificencia de ambas solemnidades, ni la distinción exquisita, propia de los que viven en el gran mundo, con que los citados señores y respectivas familias hicieron los honores de su casa y mesa.

Todas las aristocracias se hallaban reunidas allí: lo mismo la de la sangre que las de la riqueza, el talento y la hermosura.

Por espacio de algunas horas, que corrieron con desconsoladora rapidez, la concurrencia creyóse transportada á los grandes salones del Olimpo; dudando en algunos momentos de si era verdad tanta belleza ó un inverosímil cuento de «Las mil y una noches.»

Las razones antedichas sujetan nuestra pluma, privándonos de insertar los nombres de las distinguidas personas que contribuyeron con su asistencia al esplendor de esas inolvidables fiestas.

. . . . . . . . . .

Se habían puesto los medios para que el Carnaval de Barcelona recobrase este año algo de su perdida importancia; sólo se ha logrado en pequeña parte, por razón del malestar general, cuyo término no es fácil de prever. ¡Quiera el cielo que éste no se prolongue y en el venidero, los desvelos de la Comisión organizadora obtengan un resultado más completo!

No pondremos fin á nuestra limitadísima crónica, sin dejar sentado que el pueblo barcelonés, ni en esa época bulliciosa y agitada desmintió su fama de morigerado y culto; pues no tenemos conocimiento de que las autoridades hayan intervenido en ningún lance desagradable.

Finalmente; por los informes de nuestros corresponsales, sabemos que en toda España han abundado los disfraces de Album Salón, luciéndolos elegantes señoritas y graciosas niñas. Eso prueba la estima en que se nos tiene; á la que, corresponderemos con mayor afán cada día, sin reparar en sacrificio de ninguna especie para seguir mereciéndola.

* * *



*Fot. de A. Esplugas.*

ESTUDIANTINA VALENCIANA, venida á Barcelona para postular en favor de los pueblos del llano, perjudicados por las recientes inundaciones.



*Fot. de A. Esplugas*

CARNAVAL DE BARCELONA. — Recuerdos de la Fiesta Ciclista.

# BORIA AVALL

Ese es el título del hermoso cuadro que, por galantería de su autor don Francisco Galofre Oller, reproducimos en la doble página de este número.

Al lado de dicho título, que explica perfectamente el pensamiento de la obra á los hijos de Cataluña ó á los que, sin serlo, comprenden el catalán, se lee el de *Pena de azotes*, para la debida inteligencia de los que no se hallan en este caso

Pero aun así, no estará de más que demos una sucinta explicación de lo que el citado cuadro representa, por referirse á una época bastante remota (siglo XVII) que gran parte del público desconoce.

La pena de azotes se aplicaba, según notas tomadas de los *Dietarios* del Municipio de esta ciudad, para castigar á los ladrones, foragidos y reos en general de todo delito degradante, sirviendo de preludio á otros más aflictivos y radicales. Al que se hacía merecedor de tal castigo, sin distinción de sexo, se le paseaba montado en un asno por las calles de la respectiva localidad, señaladas al efecto, descargando el verdugo, en cada esquina, sobre sus desnudas espaldas un golpe, con la penca, vara, correa ó disciplina de que iba provisto.

La antigua cárcel de Barcelona radicaba en la cuesta ó bajada que actualmente lleva ese nombre; y en tales casos, la triste comitiva, descendía por ella, cruzaba la plaza del Angel y se internaba en la calle de la Boria, siguiéndola en toda su extensión

De ahí tomó origen la frase infamante de *passar* á uno *Boria avall* que recordamos haber oído con frecuencia, en la niñez, sin comprenderla cumplidamente; lo que de fijo ocurriría también á muchos de nuestros lectores.

Galofre Oller, sacó de este histórico asunto, inmenso partido; pintando un cuadro notable, que por sí solo forma la reputación de un artista, y fué en su aparición objeto de calurosos y justísimos elogios

# EL... ANGEL DEL HOGAR

La interesante Isabel
y su esposo Sebastián,
hace seis meses que están
en plena luna de miel.
El Señor, aunarlos quiso,
aunque eran opuestos polos.
Se adoran y viven solos;
su casa es un paraíso

*No hay bruma en el horizonte*
*ni amaga el rumor del trueno*
*Vese el llano de flor lleno*
*y de tomillos el monte.*
*Brilla, como de Stambul*
*la cúpula que el sol baña;*
*claro el cielo, nada empaña*
*la limpidez de su azul.*

Sin un rumor ni una queja,
antes bien, saboreando
amor dulce, está almorzando
la enamorada pareja.
Tomando el sorbo postrero,
dice el esposo... ¿es aquí?
Han llamado. — No. — Sí, sí. —
Abre. ¿Quién es? — El cartero.

—

*La luz del sol no se empaña*
*que viva fulgura y brilla;*
*mas vese una nubecilla*
*por detrás de la montaña.*

Era carta de Teresa
una hermana de Isabel,
viuda de don Ezequiel,
muy jamona y muy aviesa
Porque Ezequiel no la quiso
nunca con amor del alma,
Teresa no ve con calma
la paz de aquel paraíso.
Vive con el matrimonio
á la fuerza, *comprimida,*
y vive, aunque esté atendida,
una vida del demonio.
Guerra es su constante afán.
A suspicacias sujeta,
torcidamente interpreta
los actos de Sebastián.
¿Besa á Isabel? Es alarde
de un cariño que otro oculta
¿No la besa? Pues la insulta
su desamor. ¿Llega tarde
porque exige su destino
que trasnoche? — Es un Adán.
¡El pícaro Sebastián
hace vida de Casino!
De estar en paz regalada
no hay esperanza ni modo,
pues se mete en todo, en todo
la bendecida cuñada;
que por nada gruñe y grita
y va, calumnias lanzando,
poco á poco, exacerbando
los celos de la hermanita;
de modo, que aquel eterno
bienestar, porque Dios quiso...
el perpetuo paraíso,
trocado se ve en infierno.

—

*Surge del monte neblina,*
*el sol deja de lucir.*
*Hace todo presumir*
*que la «tempesta e vicina.»*

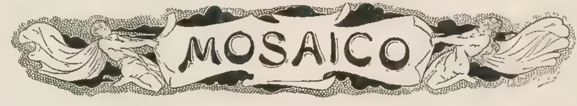
—

Un día, de sobremesa
del almuerzo, se movió
gran escándalo; surgió
por culpa de la Teresa.
Cuando Sebastián ligero
iba á largarle un varazo,
suena un gran campanillazo.
Abre. — ¿Quién es? — El cartero.
Y en veinte pedazos roto
dejó el vaso Sebastián.
. . . . . . . . . . .
*Lluvia, granizo, huracán,*
*rayos, truenos, terremoto.*

—

¿Por qué tempestad tan negra,
tan ruidosa y tan bravía? —
Porque la carta decía:
«¡Mañana llega... *tu suegra*!»

RAFAEL MARÍA LIERN †




Cábenos la satisfacción de anunciar á nuestros favorecedores, que el próximo número, tiene por objeto, honrar la memoria del malogrado pintor Don José Llovera, y que estará en su totalidad, ilustrado con cuadros y dibujos del mismo; conteniendo el siguiente

SUMARIO

CUBIERTA EN COLOR:
*Regla general*, caricaturas en negro, por Xaudaró.
PÁGINAS EN COLOR:
*¡Virtuoso!* / *La brisca* / *Baile en un patio.* / *En el balcón.* — Cuadros.
PÁGINAS EN NEGRO. *José Llovera, su retrato y taller*, con un artículo biográfico, y ligero estudio de sus obras más notables
*La comedia de Maravillas.* / *El baile flamenco.* / *El Prado de Madrid en el día del Juicio Final.* — Cuadros.
*Cosas de antaño*, artículo, de la Baronesa de Wilson.
*La botillería.* Cuadro
*El fraticida;* cuento histórico, por Luis Vega-Rey.
*Alegoría de Goya.* / *De pura raza.* / *Los dos modelos.* — Cuadros.
MOSAICO.
REGALO: *Minueto*, del maestro Francisco de P. Laporta, ilustrado en color por Passos



Impreso por F. Giró — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Lit. Pujadas.

¿POR QUE LAS SIGUEN? por XAUDARÓ.



Porque quiere saber á donde va su mujer... Está tan escamado!



Para preguntarle por la procedencia del lío.





Porque no le ha visto la cara, que si se la ve...

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ∞ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ∞ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTÍCULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II | BARCELONA, 16 DE MARZO DE 1898 | NÚM. 14

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

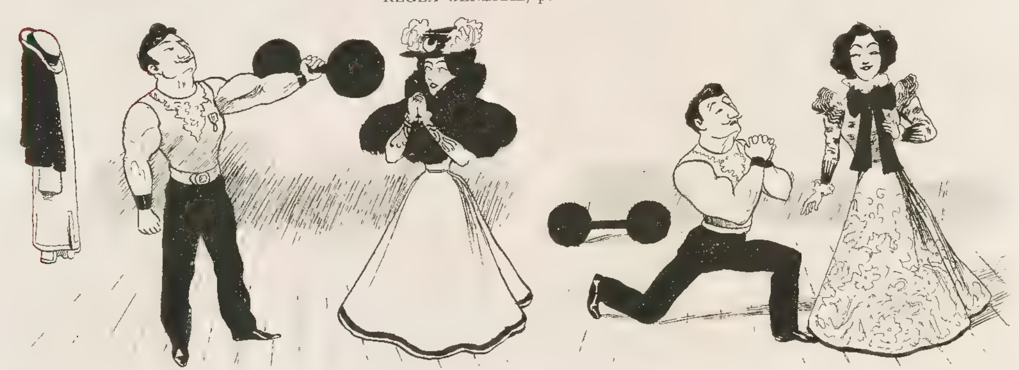
## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Ka abal)*.—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí. Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Felix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá. Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

REGLA GENERAL, por XAUDARÓ.



Toda mujer admira las cualidades del hombre.. Y por ellas le ama apasionadamente.. ¡le adora!

# PINTORES ESPAÑOLES

## JOSÉ LLOVERA

El éxito extraordinario que obtuvo el numero dedicado al eminente Moragas, es la mejor garantía de que nuestros suscriptores y el público en general verán gustosos el presente, con que el ALBUM SALÓN se cree en el deber de honrar la memoria del malogrado pintor cuyo nombre, tan popular en España como apreciado en el extranjero, encabeza estas líneas.

No nos ciega el provincialismo ni la amistad; mitigado parte del dolor que nos causó su inesperada pérdida, hablaremos de él y de sus obras, sin apasionamientos, conforme á nuestro leal saber y entender.

. . . . . . . . . . . . . . . . .

Allá por el año 1846 nació *José Llovera* en la ciudad de Reus, cuna de no pocos ilustres varones que alcanzaron legítima fama en todos los ramos de la inteligencia y actividad humanas.

Artista de nacimiento, dedicóse desde la niñez al dibujo, con marcada afición, teniendo por maestro á D. Antonio Verdaguer, quien no tardó en predecir que su discípulo alcanzaría provecho y gloria en el cultivo del arte pictórico.

Cursó éste en el Instituto reusense de PP. Escolapios, los primeros años del bachillerato, completándolo en Tarragona; pues el bondadoso autor de sus días, distinguido farmacéutico, temeroso de incurrir en el lamentable error de tantos padres que se forjan desmedidas ilusiones sobre las precoces aptitudes de sus tiernos hijos, y asustándole, con sobrada razón, el incierto porvenir que ofrece nuestro país á los jóvenes dedicados exclusivamente á las bellas artes, quiso, sin contrariar por esto la vocación y voluntad del niño, que estudiara Farmacia, para poderle transmitir un día su reputado establecimiento. Estaba convencido, y así lo pregonaba, que aun triunfando en su Pepe la afición á la pintura, nunca le estorbaría un título académico; antes bien, el estudio que implica conseguirlo, desarrollaría su entendimiento á la par que fortaleciera su espíritu.

En el Instituto de la antigua ciudad romana, distinguióse desde luego nuestro biografiado por las chispeantes caricaturas que trazaba en un periquete de sus catedráticos y compañeros de clase; lo propio que de todo aquello que le parecía vulnerable en la localidad; lo que no era poco, pues, como buen hijo de Reus, tendía siempre á satirizarla, con la audaz despreocupación y ligereza de los juveniles años.

Obtenido, en Enero del 64, el grado de Bachiller, pasó á Barcelona para ingresar en la Facultad, entrando en seguida de practicante en la Botica de Formiguera.

Ancho campo halló en la ciudad condal el joven pintor para desarrollar sus nativas inclinaciones; y supo, por cierto, utilizarlo. Mientras seguía con aprovechamiento su carrera, cultivaba la pintura, acudiendo á las clases de la Academia y recibiendo más tarde las lecciones particulares del eximio pintor Martí y Alsina; aun cuando, á decir verdad, su carácter independiente se avenía mal con las trabas académicas y las prescripciones metódicas de un maestro.

En los carnavales del 65 y 66, obtuvo ruidoso éxito el Album Humorístico de Petriquín, pseudónimo con que Llovera firmaba sus intencionadas caricaturas.

Las preocupaciones políticas y sociales de aquella época memorable, el Ictíneo Monturiol, las parodias de la Divina Comedia, *La Campana Eulalia*, *Lo Cop*, las características expansiones del Gavilán..., eran fecundo venero que explotaba su feliz ingenio, para producir magníficos dibujos, con reminiscencias de *Champ* y de *Gavarni*, entonces en plena boga; dibujos que el público le arrancaba materialmente de las manos. Como que la parodia privaba en el mundo literario y la caricatura en el artístico.

Colaboró en los periódicos *L'ase* y *Lo tros de Paper*, y en muchos almanaques festivos, junto con Roberto Robert, Pitarra y Conrado Roure y otros porta estandartes de la genialidad y el buen humor, en aquel tiempo de feliz memoria para los que tan deprisa nos hemos alejado de él.

En otro campo de acción, en el aula, Llovera se ganaba la estimación de sus profesores por la soltura con que dibujaba sobre el encerado los aparatos químicos, haciendo más agradable y comprensiva su explicación. Seguramente lo recordarán todavía el ex Rector de esta Universidad, D. Julián Cassaña, los Dres. Tremols y Codina Langlín y cuantos le inculcaron los conocimientos de Galeno y Esculapio.

Estudió Llovera en Madrid los dos últimos años de la Facultad, dedicando todo el tiempo que le dejaban libre las tareas universitarias, á la contemplación de las obras maestras que enriquecen nuestro nacional Museo de Pinturas, y muy especialmente las del insigne Goya, por las que sentía gran predilección. En una de esas aprovechadas visitas, trabó estrecha amistad con su compatriota, el inmortal Fortuny, quien, según sus palabras, le tenía el alma robada; y habiéndole mostrado, á ruego de éste, no sin rubor y emoción vivísima, los sencillos apuntes de su Album, el autor de *La Vicaría* y de *La Elección de modelo*, le alentó calurosamente á proseguir con fe en la senda emprendida.

Envalentonado con el leal consejo de persona tan idónea, menudeó las estancias en el templo del arte, ganoso de perfeccionar sus felices predisposiciones, y aprovechó la ocasión que se le presentaba de colaborar al



¿VIRTUOSE? — Acuarela de JOSÉ LLOVERA

lado de los notables Ortega y Perca, en el importante periódico satírico el *Gil Blas*, dirigido por Valera; cabiéndole la satisfacción de que sus trabajos fueran del agrado del público y elogiados por los inteligentes. Probó después sus fuerzas en la acuarela, con tan buena suerte, que pronto dominó el género, alcanzando extraordinario éxito, entre otras, *La Cacería de pollos en Jauja, Las sotas* y *El Prado en el día del Juicio final*, no sólo por la facilidad de la factura, sino también por la gracia é ingenio que revelaban en su autor; obras adquiridas inmediatamente por personajes muy visibles de la Corte, tales como la Duquesa de Medinaceli y el Conde de Chiquena.

A propósito de dichas acuarelas, dijo el autorizado don Emilio de Santos, al describir el chalet que esa ilustre dama se hizo construir en su fábrica de resinas «Angela María», lo siguiente: «Si queremos ver la mano de la Duquesa, contemplemos la cerámica de Deck, en el salón, y las acuarelas de Llovera, el catalán, en el escritorio general de los caballeros. Ni Martino ni Alarcón ni yo las conocíamos, y no sería justo si no aprovechara esta ocasión para alabarlas. La fantasía de Llovera se remonta á gran altura y su iniciativa es inagotable. No dudamos en asegurarlo: si Llovera, que, según tenemos entendido, está encerrado en una botica de Barcelona, quiere dar días de gloria á su patria y que dentro de poco no se eche de menos á su compatriota Fortuny, dé rienda suelta á sus impresiones y haga acuarelas realistas, como las que posee la Duquesa de Medinaceli. » (Véase, en apoyo de lo expuesto, el número del *Fomento de la Producción Nacional*, correspondiente al 25 de Septiembre de 1875.)

Terminada su carrera científica, el ya reputado pintor abandonó la coronada villa, y tras de algunas cortas residencias en su país natal, por el que sentía acendrada pasión, y varios viajes á París, á donde le llevara el deseo de conocer los museos, al par que perfeccionarse en el estudio del agua fuerte, fijó su residencia en Barcelona. De aquella época (años 71 y 72,) data verdaderamente el renombre artístico de Llovera; siendo en el período del 75 al 95 cuando produjo sus cuadros más notables, de los cuales nos ocupamos en artículo aparte.



JOSE LLOVERA EN SU TALLER.

Dotado de un carácter tímido y llano, gustaba poco de exhibirse, rehuyendo las exposiciones y certámenes con marcada insistencia. Complacíase en departir con personas ilustradas, sobre materias de arte, llevando su modestia hasta el extremo de atender cuantas observaciones le hacían, aun las menos competentes.

Poseía además una condición inapreciable y rara, con perdón sea dicho: la de respetar por igual á sus compañeros de profesión, sin que le mordiera el áspid de la envidia, al presenciar sus triunfos, ni sacara partido de sus errores. Nunca se dió el caso en él, y cuidado que en la fecha de referencia le tratábamos muy íntimamente, de señalar donde le oyeran los defectos que tal vez hallara en cuadro ajeno; tanto más meritorio cuanto que no siempre era pagado en la misma moneda.

Pero si en determinados círculos la personalidad artística de Llovera fué hasta cierto punto discutida, el público, en general, no le regateó el aplauso ni el favor, solicitando sus obras como pan bendito; pues no buscaba perfecciones, negadas á la mano del hombre, sino la belleza peculiar de cuanto producía la suya.

No se limitó á España su mercado; por el contrario, vendía á mejor precio y en mayor escala al otro lado de los Pirineos; acosándole los *amateurs* y editores con incesantes pedidos que servía últimamente desde su modesto taller de Reus, á donde se retiró en definitiva, atraído por el amor á la patria chica... y como si presintiera su próximo fin.

Víctima de breve y traidora enfermedad, relativamente joven y cuando más se esperaba de su talento, bajó al sepulcro en 7 de Noviembre de 1896, dejando sumida en el mayor desconsuelo á su familia, que siempre había recibido de él patentes pruebas de entrañable cariño, y apenando el corazón de los numerosos amigos que todavía deploran su prematura muerte.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Tal fué, en vida, José Llovera; quien, según la opinión textual de un muy respetable crítico, consignada á raíz del infausto suceso en el decano de los diarios barceloneses, «figuró en primera línea entre los artistas españoles contemporáneos, por la facilidad y elegancia de sus cuadros al óleo, de sus acuarelas y de sus dibujos, en los que muy pocos le aventajaban.»

SALVADOR CARRERA

# LIGERO JUICIO CRITICO

## DE LAS OBRAS DE LLOVERA

DESDE que en 1872 fijó su residencia en Barcelona, dedicóse exclusivamente á la pintura, debutando con las lindas acuarelas que tanto llamaron la atención en los aparadores de casa Manté, en la calle de Escudillers. Sus cuadritos ofrecían un encanto singular por la elegancia y distinción, aun cuando cierta endeblez en el dibujo acusara la falta de estudios serios en el autor; pues, como queda dicho, la poderosa imaginación de éste no podía sujetarse á los estrechos moldes académicos; de lo cual se resentían sus obras. Pero es justo consignar que, atendiendo á las indicaciones de leales consejeros y á la crítica razonada, puso desde entonces tenaz empeño en dar corrección á la forma, hasta el extremo de padecer verdadera obsesión por el natural. — Sus últimas creaciones probaron que lo había conseguido del todo: hay en ellas personajes tan diestra y sólidamente ejecutados que no desdeñarían firmarlos muchos de los que han sobresalido en el dibujo de figura; verdadera piedra de toque para graduar los quilates del mérito artístico; escollo en donde se estrellan pintores muy afamados en otras especialidades.



JOSE LLOVERA — LA COMEDIA MARAVILLAS

Lanzándose luego de lleno á la pintura de género, produjo cuadros al óleo, recomendables por su interesante asunto, la elegancia de la línea; la feliz agrupación de las figuras — en cuyo particular fué maestro indiscutible — y la difícil reproducción de aquellas fugaces actitudes que daban á sus lienzos una vida, un movimiento y una gracia encantadores. Entre sus cuadros de importancia, figuran los siguientes:

LA BOTILLERÍA. Avaloran su mérito, el sabor de época y la naturalidad de la composición.

LA VISITA AL TALLER: Estuvo expuesto en Madrid, alcanzando justos elogios de la prensa, que vió en esta obra un felicísimo conjunto, verdad en el colorido y asunto intencionado; pues Llovera, sin atribuir á sus cuadros fines sociales de trascendencia, procuraba que el pensamiento fuese pasto del espíritu, como la brillante forma en que lo exponía era deleite de los ojos. Representaba el estudio de un pintor — riquísimo en detalles — donde éste recibía la visita de una familia aristocrática, mientras estaba copiando un grupo de *soberbios* mendigos; sabiendo sacar del contraste hábiles efectos.

UN PALCO EN UNA PLAZA DE TOROS: Rebosa vida y movimiento, siendo tan conocido que excusamos su descripción.

EL BAILE DE CANDIL: Fué indudablemente uno de los que más nombradía le dieron, pues prescindiendo de ciertos efectos de luz inexplicables, halla el espectador en él una gracia infinita, tanto en la línea como en la agrupación.

Los dos bailarines, nota culminante, son un modelo de destreza en la factura, y producen la exacta impresión del movimiento.

LOS REGALOS DE BODA: Este cuadro, de costumbres modernas, representa á una aristocrática novia en el momento de enseñar á sus amigas las joyas, vestidos y demás presentes nupciales con que ha sido agasajada. Hay en él mucha seriedad y elegancia, descubriéndose en su sólida ejecución un estudio detenido de cada figura.

EL CARNAVAL DE MADRID: Escena de nuestros días, relacionada con el título. Lienzo de gran valía.

Las actitudes de las engalanadas damas que ocupan un lujoso *landau*, están tomadas de la vida real; así como la postulante estudiantina y la muchedumbre de mascarones y curiosos que las rodean.

A DONDE VA LO BUENO: Acuarela muy firme en el dibujo y brillante de color, espontáneamente adquirida en la exposición Bosch de Madrid por el malogrado Don Alfonso XII, sin intervenciones oficiosas de ningún género; y que la infanta Doña Paz tuvo la delicadeza de recordar á Llovera en un viaje de éste á Alemania.

EL BAUTIZO: Acuarela que muy pronto se hizo popular y en que figura una interesante agrupación de personajes de ambos sexos con casacón y mantilla, alrededor de la bautismal pila, teniendo por fondo el trascoro de una catedral.

VUELTA DEL BAUTIZO. Representa la escena que se produce al regresar la comitiva del templo, cuando el padrino, cariacontecido, por no saber en que forma llevar con mayor delicadeza y cuidado al tierno infante, preséntalo á la madre, que gozosa le espera. Aquél, lo mismo que la madrina, son preciosas figuras, diestra y elegantemente dibujadas; así como el séquito, rico en detalles de indiscutible realidad.

Además de los mentados, que fueron adquiridos por distinguidas familias de esta capital — Vidal y Ribas, Enrique Carbó, Arnús, etc., — otros muchos cuadros, cuya descripción no cabe en los estrechos límites de esta ligera crítica, dieron á Llovera renombre muy merecido en su patria, renombre que trascendió en breve á los principales centros artísticos de Europa; llegando á alcanzar lo que pocos logran: personalidad propia.

Decía Güell y Mercader en 1877. (*Ilustración Española y Americana*, número XXXVI, 30 Septiembre. — Los pintores catalanes en nuestros días)

«Es el pintor hoy de moda en Barcelona sin ser el mejor de los que allí residen; se le augura porvenir si continúa trabajando y no se deja arrastrar por el tentador afán de satisfacer los pedidos de los negociantes; escollo en que el malogrado Fortuny rozó más de una vez las poderosas alas de su genio.»

«Ecco il problema», diría Hamlet. Por una parte, la legítima vanidad del artista solicitado, y por otra, las obligaciones que voluntariamente le impusiera su bondadoso corazón y las necesidades de la vida, á consecuencia de las cuales solía exclamar con humorística melancolía. «Lo más difícil del arte es vivir de él» — hicieron que el afán á que aludía el señor Güell le impidiera estudiar y acabar bien los cuadros destinados al comercio, ya fuesen estudios de caballete, simples *bibelots* para decorar saloncitos ó *boudoirs*, ú originales cromolitográficos para las grandes casas de Berlín y Francfort; que si le rendían bastante provecho, no aumentaban ciertamente su fama.

Pero el *amateur* inteligente y de recta intención, sabrá distinguir entre estos trabajos comerciales y las obras de arte que pregonan su verdadero talento.

Sus obras gozaban de gran estima dentro y fuera de España, particularmente en Bélgica y Alemania; mercados á que con preferencia acudía.



JOSE LLOVERA — BAILE FLAMENCO

Los editores nacionales y extranjeros tomaron á gala reproducir en sus ilustraciones los trabajos de Llovera porque agradaban á sus suscriptores.

La *Real Academia belga de Acuarelistas* le nombró espontáneamente y por unanimidad, miembro honorario, en Febrero de 1881.

En el aguafuerte era muy hábil, y gallarda muestra dió de ello en los que publicó la *Viuda Cadart de París*, SORTIE DU BAL MASQUÉ, LA BUENAVENTURA, LA BOTILLERÍA, LA PLAZA DE TOROS y especialmente LE MODÈLE, en la que se lee el singular epígrafe:

«J'avais une fois un modèle
qui était plus artiste que moi.

Ilustró multitud de obras, entre otras *Los Sainetes de don Ramón de la Cruz*; á propósito de los cuales recordamos la observación ó extrañeza harto general de que Llovera, esencialmente catalán, pintase trajes y costumbres de majas y chulos, toreros y flamencas.

Aparte de que no fué éste sólo el género a que se dedicó, pues ha dejado muchas obras valiosas, en que se reflejan la vida moderna y figuran personajes de una clase social muy distinta, tomemos en cuenta lo que acerca de este punto indicó acertadamente Bassegoda. «El génesis artístico de Llovera se explica por su estancia en Madrid, durante la cual tanta admiración le causaron las obras de Goya, la lectura de los sainetes de don Ramón de la Cruz, y las novelas tan en boga de su amigo el eminente Pérez Galdós, en que revivía toda aquella pintoresca época de Carlos IV y principios del siglo actual.

JOSE LLOVERA

LA BRISCA

JOSE LLOVERA

BAILE EN UN PATIO

A eso se debe, sin duda, el que se dedicase con preferencia á un género que le permitía no perder de vista á los dos astros de primera magnitud, sus maestros Goya y Fortuny.

En donde Llovera alcanzó más aplauso fué en Alemania, al exponer sus cuadros en casa Schulte y otros *marchands*. El renombrado escritor Paul Lindau le presenta al público berlinés como al pintor español por excelencia, el Alfredo de Muset del color; (*Berliner Tageblatt*,—Enero, 92); Ludwig Pietsch, el primer crítico de Berlín, llamó en sus escritos, la atención del público sobre el talento notable de Llovera, y los periódicos berlineses elogiaron EL CARNAVAL EN MADRID, destruído por un desgraciado accidente.

No hay para qué hablar de la exposición que en Abril del año pasado organizó don Juan Bautista Parés en el salón de la calle de Petritxol que lleva su nombre, secundado por la familia del difunto pintor. La mayoría de los periódicos locales, al dar cuenta de aquel acontecimiento artístico, reconocieron que había obtenido un éxito franco y brillante. En ella figuraron la mayor parte de los cuadros que en este número reproducimos, á saber: DE PASEO; ¿VIRTUOSI? BAILE FLAMENCO, LA BRISCA, BAILE EN UN PATIO, EN EL BALCÓN, LOS DOS MODELOS, etcétera, etc.; y no hay tampoco porque repetir el juicio que de la prensa merecieron. Mencionaremos únicamente lo que, como remate del suyo particular, insertó sobre dicha exposición el erudito don R. Casellas:

Pero de los dibujos de Llovera y de todas sus obras en general se destaca en primera línea la *soberbia* ALEGORÍA DE GOYA producida en los postreros días del pintor. Es una apoteosis del gran satírico, representado con la paleta y el látigo en la mano, como pintando y fustigando á un tiempo á aquella sociedad decrépita y viciosa que, entre muecas y sollozos, alaridos y carcajadas, hormiguea jadeante á sus pies, como en una noche siniestra de aquelarre universal. Majas y duquesas, abates y señorones, petrimetres y chisperos, damiselas y rameras, corchetes y alguaciles, rufianes y busconas, hechizados y relapsos, ajusticiados y congregantes, duendes y brujas y condenados se hostigan y se empujan, se cosquillean y se persiguen, se besan y se apuñalan, se saludan y se roban, se acarician y se escupen, en un delirio de pesadilla monstruosa, engendrada por la visión de un mundo que se viene abajo.»

Con motivo de tal exhibición varios periódicos indicaron la conveniencia de que nuestra corporación municipal no dejara escapar esta ocasión de adquirir la citada ALEGORÍA DE GOYA para su museo; opinión en que coincidimos, seguros de que Barcelona entera aplaudiría esa determinación.

Llovera decidió últimamente presentarse ante el público parisién, organizando al efecto una exposición en casa George Petit, — rue Godot de Mauroi — en la que exhibió su precioso cuadro EL PASO DE LA PROCESIÓN, en unión de otros varios que entusiasmaron al numeroso y distinguido público que desfiló ante ellos. *Le Gaulois*, *Le Figaro*, *Le Journal* y otros periódicos hablaron de ella en tono encomiástico, y el mencionado cuadro se vendió por un crecido precio. La crítica francesa, retraída siempre que ha de juzgar por vez primera á un artista exento de recomendaciones, gustó de las obras, ofreciendo ocuparse de Llovera en una segunda exposición; la cual desgraciadamente no tuvo lugar por haber segado en flor, cruel enfermedad, la existencia de éste, cuando más prometía su fecundo ingenio y su reconocida inspiración.



JOSE LLOVERA. — EL PRADO DE MADRID EN EL DIA DEL JUICIO FINAL.

La culta ciudad de Reus, quiso perpetuar la memoria de su preclaro hijo, poniendo su nombre á una de las principales calles; y guarda, como recuerdo de Llovera, en el baptisterio de la iglesia parroquial el hermoso lienzo BAUTISMO DE JESÚS; en el ayuntamiento un magnífico retrato del general Prim; y en el «Círculo» un interesante cuadro de costumbres españolas.

***

# DRAMAS CONYUGALES

CREEDLO; en el fondo de esas obras literarias que ora distraen vuestra imaginación, ora os conmueven con sus dramáticos episodios, palpita algo arrancado por el artista á la realidad.

La tarea del novelista y del dramaturgo consiste en dar forma, en vestir con el rico ropaje de las galas imaginativas, verdaderas historias, y en disponer las situaciones para que resalten los efectos.

Nunca llegará la inventiva á imaginar dramas como los que la vida real nos ofrece.

Y está la prueba en la siguiente historia.

Encerradla en el marco del proscenio, y tendréis un drama á la moderna, con su tesis social.

Ampliadla con un estudio psicológico de caracteres y con episodios incidentales, y tendréis una novela interesante y conmovedora.

Ciertamente que si la obra resultara inverosímil culparíais al autor, cuando es la realidad misma la que se complace en ofrecernos incidencias increíbles; á menos que admitáis conmigo que hay algo providencial en esas casualidades novelescas.

Era una noche de invierno, en Madrid.

El viento del Guadarrama, que llevaba suspendidas partículas de nieve, azotaba el rostro de los transeuntes con latigazos de frío.

No por eso las calles se veían desiertas, no. El invierno es la estación de los ricos, de los afortunados que pasan las veladas en los salones, en los círculos y casinos, en los teatros y cafés.

A la puerta de estos establecimientos es frecuente ver algún pobre vergonzante, con tanto frío en el alma como en el cuerpo, que espera recoger algunas migajas de aquellos festines de la vida.

Ernesto acababa de salir del *Veloz Club*, cuando antes de llegar á la esquina de Fornos, una pobre mujer, oculto el rostro por una vieja toquilla, le pidió una limosna, con tal acento de cortedad y temor, que bien dejaba adivinar la falta de costumbre y la emoción de la vergüenza.

Sacó el joven, porque Ernesto era joven, una moneda del bolsillo, y la puso en manos de la mendiga.

Aquella mano que recibió la limosna, era blanca, fina, suave, casi aristocrática.

Ernesto fijóse entonces en aquella mujer, y vió que era joven y bella, á juzgar por los detalles que la toquilla dejaba al descubierto.

No sabemos qué indiscreción diría Ernesto á la pobre muchacha, que ésta rompió á llorar en amargos sollozos.

Era Ernesto un joven, como tantos otros de la buena sociedad, de carácter ligero y alegre; pero de fondo generoso y noble, capaz de todas las ternuras y de los más puros sentimientos.

Arrepentido en el acto de haber ofendido con una frase imprudente á

aquella infeliz, solicitó su perdón, preguntándola, al mismo tiempo, por qué se exponía á tales desatenciones, pidiendo limosna.

—He pedido trabajo y no lo encuentro,—contestó la niña. —Mi pobre madre se muere, y pido limosna para ella, no para mí.

Fueron dichas estas frases con tal acento, con tan severa dignidad, que Ernesto saludó respetuosamente á la mendiga.

Y sacando una tarjeta, se la entregó, diciendo:

—Vaya usted á mi casa; no pregunte por mí, si de mí desconfía, sino por mi madre, la marquesa de R..., que es una santa, y le dará trabajo y protección.

Y con esto se alejó, afectado por aquella desventura, y satisfecho del bien que acababa de realizar.

Al día siguiente, la marquesa, prevenida por su hijo, dió trabajo en su propia casa, como costurera á María, en la que por cierto encontró una joven de educación esmerada y de belleza ideal.

Tal vez la marquesa hubiera hecho mejor en socorrer de lejos á la muchacha, en vez de retenerla allí, cerca del joven que la veía á diario, y admiraba aquella belleza lánguida, aquella resignación sublime.

El lector adivinará que Ernesto se enamoró apasionadamente de María.

Y como él era joven también, de arrogante apostura, de trato afable y caballeresco, nada de extraño tiene que en silencio fuera correspondido.

¡Lucha espantosa para el corazón de María!

Dejar de ser honrada, imposible. Y soñar en ser la esposa del hijo de un marqués, más imposible aún.

El marqués era un hombre de carácter seco y adusto.

Allí, en su casa, en la intimidad de la familia, parecía separado de su esposa y de su hijo por un valladar infranqueable.

Un día sucedió lo que era forzoso que ocurriera. Ernesto declaró su pasión á María. La joven rechazó débilmente sus pretensiones, hablando de las diferencias sociales. Insistió Ernesto, y, por fin, María, obligada por las circunstancias, declaró la terrible verdad: era hija del acaso, no tenía padre, y no era posible que el hijo de un marqués fuera el esposo de una pobre mujer sin apellido.

Quiso la casualidad que el marqués sorprendiera esta conversación y pretendió arrojar de su casa á la costurera. Tomó enérgicamente su defensa Ernesto, y la escena entre el padre y el hijo iba subiendo de tono cuando se presentó la marquesa á calmar los ánimos.

En aquel momento fué anunciada la visita de la madre de María, que repuesta de su enfermedad, quería conocer y dar gracias á la noble familia, que tan generosa protección dispensaba á la joven.

Recibida en el acto, al entrar en el gabinete y ver al marqués, exclamó, sorprendida:

—¡Arturo!... ¡Eres tu!...

El marqués palideció:

—Señora,—se apresuró á interrumpir la marquesa;—mi esposo, el marqués de R..., no se llama Arturo.

La recién llegada irguió altivamente la cabeza, y dijo:

—Ese hombre es el padre de mi hija. Si es rico y es marqués, su abandono resulta más criminal, porque ha dado ocasión á que su hija mendigue una limosna.

La situación no podía ser más dramática. La mujer abandonada reclamaba sus derechos; María encontraba á su padre; Ernesto veía una hermana en la mujer á quien amaba con pasión; resultaba un miserable el marqués, y la marquesa... La marquesa, que descubría la infidelidad de su marido, nada podía decir, porque existía entre ellos un misterio terrible, el misterio que los distanciaba.

Aquí es preciso abrir un paréntesis.

La actual marquesa de R..., era hija de un modesto empleado, cajero de una casa de Banca. Un día resultó desfalcado. Iba á ir á presidio. El jefe de la casa se ofreció á salvarle si le entregaba la mano de su hija. Esta, por salvar á su padre, rompió las relaciones con el hombre á quien amaba, y fué la esposa del banquero, después marqués de R... Ya casada, averiguó que el desfalco fué una infamia del que ya era su esposo, para obligarla al casamiento. Y ella, que no le amaba, llegó á odiarle. La separación de afectos, desde aquel instante, fué absoluta en el matrimonio. La fatalidad puso una vez en el camino de la marquesa al hombre á quien amó... Y en sus brazos lloró su desventura, y fué débil un momento, y Ernesto vino al mundo.

El marqués, que á nada temía más que al escándalo, y que por otra parte se veía obligado por la ley á reconocer como suyo al hijo nacido en el hogar conyugal, no quiso dar publicidad á su deshonra.

Y transigió con las conveniencias sociales.

Entregóse á toda clase de aventuras, y una de sus víctimas fué la madre de María... Seducción y abandono. Una historia vulgar.

El se escudaba con la ley. Esta le impedía reconocer hijos habidos fuera del matrimonio.

Y he aquí la parte más tremenda y más injusta de tal historia.

La hija del marqués, aquella á quien por *ley de la Naturaleza* le correspondían los bienes y títulos de su padre, veíase desprovista de todo derecho, y llegó á tender su mano á quien la *ley humana* concedía aquellos bienes, cuando nada le pertenecía.

Tal es la tesis de este drama de familia.

No hay para qué relatar las escenas que se siguieron á la situación culminante que dejamos expuesta.

Lágrimas, recriminaciones mutuas, conferencias, ofrecimientos de transacción... De todo ello las notas más salientes eran la desesperación de Ernesto al creerse hermano de María, y la lucha horrible de la marquesa que había de sacrificar el corazón de su hijo ó descubrirle el secreto.

El marqués resolvió esta lucha, revelándoselo él mismo.

Ernesto conoció entonces toda la historia, y no hay para qué decir que encontró disculpas para su madre.

La situación se resolvió sin escándalo.

Ernesto y María contrajeron matrimonio, aquél como hijo del marqués, sin serlo, porque tal era su estado civil, y ésta como hija de padre desconocido.

Por esta vez la obra de la casualidad enmendó la injusticia.

Ahí tenéis el drama y la novela, y, sobre todo, elementos para demostrar que si la falta de la mujer trae perturbaciones á la familia, la falta del hombre, arrojando á la sociedad seres desprovistos de todo derecho, tiene una trascendencia fatal é incalculable.

Vicente MORENO DE LA TEJERA

JOSE LLOVERA



¡A FILIS! — Soneto.

JOSE LLOVERA



EN EL BALCON

## REMEMBRANZAS

Desde el cuarto en que vivo,
cuyas cuatro paredes,
testigos de las penas que me afligen,
han llegado de mí á compadecerse,
oigo todas las noches
una voz dulce y tenue
que hiriendo gratamente mis oídos
todo mi ser conmueve.
Es la voz de una madre cariñosa
que con vaivén pausado á su hijo mece,
mientras canta con mística dulzura
«duerme ya, vida mía, duerme, duerme.

—

Ese canto sencillo me recuerda
los que mecieron mi niñez sonriente;
manantiales inmensos de ternura,
castísimos placeres,
sueños rosados que, á los pocos años,
venturas mil prometen,
horas de dicha que, por ser muy gratas,
fueron también muy breves,
juramentos mentidos
de amarme con delirio siempre, siempre...
En torbellino gárrulo va todo
cruzando por mi mente,
mientras el canto maternal repite:
«duerme ya, vida mía, duerme, duerme

—

¡Ah! ¡Dichoso aquel tiempo en que mi madre
me arrullaba, en la cuna, de igual suerte!
Huyó con rapidez vertiginosa
cual seca flor que el vendaval impele,
y ya no tienen lágrimas mis ojos
con que llorar, en solitario albergue,
de este mundo falaz los desengaños,
de la mujer amada los desdenes

—

Por eso cuando suena en mis oídos
esa voz dulce y tenue
que, evocando recuerdos de la infancia,
todo mi ser conmueve,
exclamo enternecido: ¡Dios piadoso;
si ese angelito, á quien su madre mece,
se encuentra, como yo, predestinado
á sufrir y llorar eternamente,
líbrale del martirio que le aguarda,
haz que se duerma pronto .. y no despierte!

RAFAEL RUIZ LOPEZ

## COSAS

¿Quién hizo más daño á quién?
¿él que la dió un bofetón
ó ella que llorando dijo
«maldito sea tu amor»?

—

Cuando al romper el día,
dejo el trabajo y al balcón me acerco;
los vidrios, empañados por la niebla,
no me dejan mirar el firmamento.
Entonces, anhelante,
sobre el cristal escribo con un dedo
el dulce nombre de mi bien amado,
y á través de sus líneas... ¡veo el cielo!

—

Envidio al autor primero
que el primer libro escribió,
porque nadie le diría
que lo tradujo ó copió.

LUIS DE VAL

# COSAS DE ANTAÑO

Había salido mi padre mandando algunas tropas, en persecución de las partidas carlistas que por aquel entonces intentaron alterar la pacífica existencia de los pueblos de Castilla la Vieja, proponiéndose nada menos que adueñarse de la capital de la provincia. Como quien dice á las puertas, salieron á su encuentro los leales defensores de la reina niña Doña Isabel II.

Toda la gente joven y de bríos pertenecía á la guardia nacional, y ésta, deseosa de medir sus fuerzas con las huestes del Pretendiente, había acompañado á los batallones isabelinos, dejando escasamente guarnecida la ciudad; lo cual bastaba para que sus habitantes anduvieran cabizbajos y temerosos. Como que se hablaba de saqueos, de contribuciones forzosas y otras lindezas por el estilo, muy á la orden del día en los tiempos de guerra, las mujeres y niños se asilaban en los conventos, y no faltó quien en mi casa aconsejase á mi madre que debía trasladarse al monasterio de Portaceli, situado á corta distancia de nuestra morada. Mi madre rechazó la proposición con varonil entereza, pero aceptándola para mí, que á la sazón contaba cuatro años.

Mi madre estaba dotada de alma enérgica; de sentimientos elevados y patrióticos, tenía en la sangre las altiveces y el heroísmo de sus antepasados los Comuneros de Castilla y los Acuñas que en Zamora legaron inmortal histórico recuerdo, y jamás transigió con timideces y cobardías, impropias también de la mujer de un soldado, que en aquellos momentos derramaba su sangre en los combates.

En cuanto á mí no hubo ni que pensarlo, porque era preciso no exponerme á tristes eventualidades, y de acuerdo con la mujer de un médico de ejército, llamado Daviña, compañero y amigo de mi padre, se resolvió que el hijo de aquél y yo iríamos á pasar el día en Portaceli, y puesto en práctica, tomamos posesión del convento por el torno, precisamente cuando las madres se hallaban en la capilla, entregadas á sus oraciones. Hasta el templo nos condujo una hermana lega, haciéndonos arrodillar junto á una monja.

Otra hermana que á su lado estaba, se inclinó hacia élla, diciendo:

—Sor María, haga rezar á esos niños; la madre Abadesa ha dicho que el último rezo sea para pedir á Dios el triunfo de los nuestros.

—¡Ay pobrecitos de los de allá! — contestó sor María, alzando los ojos hasta fijarlos en una Virgen de talla que se destacaba al frente sobre un altar.

Con la sencillez de la infancia, que no sabe ocultar las impresiones, tomé la mano de Manolito y le dije al oído:

—Las monjas son carlistas.

—Sí que lo son, — repitió mi compañero.

Ambos quedamos suspensos, poco satisfechos del descubrimiento; y no parecerá extraño si se atiende á la situación política y al encono de los partidos, que era el tema de todas las conversaciones, y que, en el hogar doméstico, inculcaban simpatías ó antipatías en los más tiernos corazones.

He aquí explicado el por qué dos niños, uno de cuatro años y otro de siete, mirasen á las profesas con prevención.

Concluyeron las oraciones, y siguiendo á las monjas, llegamos al refectorio.

—Estas criaturas han de estar muertas de hambre, — dijo sor María, acariciándonos. — A la mesa, niños, á la mesa, — añadió señalando sitio á su lado.

—No, no; — contestó Manolito, más locuaz y despabilado que yo. — Preferimos jugar, ¿no es verdad?

Y diciendo esto, me tiraba del brazo.

—¿Y tú, monina, tampoco piensas en comer?

—Tampoco; jugar será mejor.

Y dejando sorprendidas á las monjas, echamos á correr hasta la huerta, sombreada por frondosos árboles frutales.

—¡Guindas! — grité, al ver las ramas cuajadas del dulcísimo fruto.

—¡Qué gordas y qué coloraditas!

Y al decir esto, trepó Manolito como un gato, agarrándose á las ramas bajas

—Extiende tu delantal y recoge.

Una lluvia de guindas cayó sobre mí, y á poco trecho, ya estábamos sentados sobre la hierba, al pie de un peral, saboreando nuestro manjar.

—Mejor es esto que comer con las monjas.

—Toma, — repuso Manolito, sacando un pedazo de pan de su bolsillo. — Con las guindas estará muy rico.

—¿Y si nos dejan aquí? — pregunté, no muy tranquila por la resolución de mi compañero.

—No; no tengas miedo. A la noche comeremos en casa; prefiero tener hambre: ¿y tú?

—Yo también. ¡Ay pobrecitos de los de allá! — añadí riendo y remedando á sor María, mientras que devoraba la fruta y el pan.

De repente Manolito se levantó, y dando una carrera, llegó hasta un corral que había al frente.

JOSE LLOVERA



ALEGORIA DE GOYA

—Ven, dijo, — ven y verás.

Corrí dejando caer las guindas que aun tenía en el delantal. Haciendo compañía á las gallinas, había en el corral unos quince ó veinte pollinos, medio asustados por el nutrido fuego de fusilería que cada vez sonaba más cercano.

Buscándonos andaban las monjas, azoradas también, no sólo por el estruendo, sino por el temor de que la batalla se resolviera desfavorablemente para los suyos, como sucedió; pues tras reñida lucha, prolongada hasta la caída de la tarde, la serena bizarría de las tropas isabelinas, y el intrépido y eficaz apoyo de los nacionales, hicieron completa la victoria.

Ya de noche nos sacaron del convento; y por mi parte, al llegar á mi casa, subí á escape las escaleras, atravesé las habitaciones, hasta dar con aquélla en que se encontraba mi padre, y saltando sobre sus rodillas le abracé, diciéndole al oído:

—Tengo mucha hambre, papá.

JOSE LLOVERA



CHULA

—Pues que, ¿no te han dado de comer las monjas?

—Sí, sí; pero no hemos querido más que guindas, — exclamó de improviso Manolito, añadiendo con gravedad infantil: — las monjas eran carlistas.

Mi padre se levantó del sillón de cuero en que estaba sentado, me pasó á los brazos de mi madre, acarició á Manolito sonriendo, y dijo á los oficiales que le rodeaban:

—Este será un verdadero liberal, por la altivez y fueros que manifiesta desde tan pequeño.

Pero faltaba lo mejor, el remate gráfico para nuestra odisea.

—En el corral de Portaceli, había quince ó veinte pollinos, — dijo de repente el padre de Manolito, distraído hasta entonces con la charla de su hijo.

—¿Quién lo dice?

—Este niño, — contestó Daviña.

Tales palabras fueron una revelación para mi padre.

—Serán para bagajes de los carlistas,— dijo: — las monjas los tienen reservados para eso.

Y dando una orden y ejecutándola inmediatamente, se procedió al secuestro de los animalejos, muy ajenos del papel importante que representaban en la referida lucha.

Y he aquí como dos niños tomaron parte activa en los sucesos memorables de aquel día.

. . . . . . . . . . . . . .

Tengo en la mente otro recuerdo ligado con el anterior, y exacta fotografía de la vida anormal y azarosa de aquellos tiempos. A pocas semanas del combate librado á las puertas de Valladolid, quedó de nuevo la antigua ciudad histórica desguarnecida de tropas, cuando de improviso oyéronse por sus calles y plazas el redoble de los tambores y las descargas de fusilería: eran los carlistas que se apoderaban de la capital castellana.

La primera medida de su autoridad fué la publicación de un bando imponiendo pena de la vida á todos los que, poseedores de armas y uniformes, no los entregasen en el término de veinticuatro horas.

He dicho que mi madre no pecaba de cobarde, y además tenía gran fuerza de voluntad para arrostrar de frente los peligros.

A la primera noticia de que los carlistas eran dueños de la población, concibió la idea de ocultar las armas y cuanto mi padre no había llevado consigo.

Un asistente fidelísimo y honrado ayudó á mi madre, y nadie sino él era sabedor del escondrijo.

Pasaron tres días, al cabo de los cuales se supo que las tropas de la reina adelantaban á marchas forzadas para obligar á los carlistas á que desalojaran la ciudad.

No hay para que pintar el júbilo de los vallisoletanos, que aumentó al saber pensaban los enemigos evacuar la capital antes de la llegada de los isabelinos.

En mi casa había inquietudes y temores. El asistente Perico, no parecía hacía más de veinticuatro horas, y puede juzgarse del espanto de mi madre al verlo entrar ataviado con el uniforme carlista.

En manos de Perico estaba su vida, puesto que podía delatar la existencia de armas y uniformes escondidos, después de haberse publicado el famoso bando.

—Señora, señora, por Dios, perdóneme usted, — exclamó; — yo no soy ni un pícaro, ni un traidor; por mi nada se sabrá, antes me maten. ¿De dónde dirá usted que vengo? Pues del cuartel, de comer el rancho de esos malditos.

—No entiendo por qué.

—Muy sencillo, señora: entre los soldados tengo un hermano mío, que al caer en quinta dejé allá en la aldea... y con él me voy; nada, no hay remedio; no podría disparar un tiro; quién sabe si aquella bala atravesaría el corazón de mi hermano.

Gruesas lágrimas corrían por el tostado rostro de Perico, de aquel soldado que tantas veces habíame llevado en brazos y á quien yo profesaba singular cariño.

Con sencillas palabras tranquilizó á mi madre; con el corazón en los labios calmó su zozobra, y al toque de marcha me besó llorando y abandonó mi casa.

La Baronesa de WILSON

# EL FRATRICIDA

Después de la derrota del Guadalete, los moros se extendieron por toda España y únicamente dejaron á los hijos del ibérico suelo las inaccesibles montañas

Alzó el noble Pelayo su bandera cristiana en Asturias, é hizo lo propio el señor de Albarzuza y de Bigorra, llamado Iñigo Arista, en las montañas de Aragón.

El triunfo fué grande, pero faltaba para completar la obra empezada en el Noroeste, el inquebrantable valor del conde don Ramón Berenguer—*Cap de estopa*,—el cual, en unión de sus dos hijos Berenguer Ramón y Ramón Berenguer, arrojó á los árabes del Principado de Cataluña.

Después de continuadas victorias, el anciano reconquistador entregó el alma á Dios, dejando la herencia de la corona condal á sus dos hijos; pero como Ramón Berenguer era menor de edad, mandó que Berenguer Ramón ejerciese el mando hasta que el otro se hallase en aptitud para compartir con él los cargos de padre y Jefe del Estado.

Mahalta, hija de Roberto Griscardo, rey de Normandia, y viuda de *Cap de estopa* en segundas nupcias, tuvo de él un hijo conocido en la historia por Berenguer II, y casó con Aymerico, el cual, viudo también, aportó á su segundo matrimonio una hija llamada Hermengarda.

Formó parte de la lucida tropa del difunto conde, el valeroso joven Ramón de Folch, vizconde de Cardona, y todos ellos seguían con firme propósito en las mismas máximas é inspiraciones que de aquel héroe recibieron; mas la ambición de Berenguer Ramón hizo palidecer en la paz conquistada las glorias de Cataluña.

***

Era un magnífico día de primavera. A las puertas del Palacio condal se veía una brillante cabalgata venatoria, que al aparecer los condes herederos, partió veloz á internarse en las revueltas sendas de la sierra.

Fué Ramón Berenguer más allá de donde debiera, y Folch, que seguía á una cierva acosada, la disparó una flecha que la dejó muerta. Mas ¡cuál fué su sorpresa cuando al ir á reconocer el animal en una pequeña esplanada cercada de arbustos y jaras, vió á Ramón Berenguer tendido sobre la hierba, atravesado el pecho por un puñal!

Vanos fueron los esfuerzos del noble caballero por volver á la vida al infortunado conde.

La consternación de cuantos otros acudieron al llamamiento, no es fácil de explicar.

Berenguer Ramón se deshizo en lamentos y suspiros; y tornada en tristeza la alegría, volvieron todos á Barcelona, no menos aterrados que el pueblo, el cual al enterarse de tan triste nueva, sintió el más acerbo dolor, llorando por mucho tiempo la pérdida del conde; porque la bondad y virtudes de su carácter, completamente opuesto al de Berenguer Ramón, tenían cautivados los corazones.

Pasaron los años, y aquel recuerdo fué palideciendo merced al influjo del tiempo, menos para Ramón de Folch que poseía aquel malhadado puñal, en cuyo pomo se veían primorosamente cinceladas las armas y corona de los condes de Barcelona.

¿Fué un suicidio? No, por que el cadáver de Ramón Berenguer conservaba la daga envainada pendiente de su cinturón.

La sospecha del buen vizconde de Cardona fué comunicada á Mahalta y á su esposo Aymerico, padre, como sabemos de Hermengarda, por la que Folch sentía una inmensa pasión; tan grande como la que por la misma sentía Berenguer II, hijo, según queda expresado, de Mahalta y *Cap de estopa*, y, por tanto, presunto heredero de la corona condal.

***

Cerca de Carcasona, en los confines del norte del Principado, habitaban en su formidable castillo Aymerico y Mahalta con Hermengarda.

El Infante Berenguer visitaba á su madre siempre que encontraba ocasión para escapar á la vigilancia de su tío Berenguer Ramón, como se recordará Conde soberano de Barcelona.

También Folch visitaba cotidianamente aquella fortaleza; y al hacerlo así, dos intentos le guiaban: el primero, conspirar juntamente con otros contra la vida y trono del ambicioso fratricida, y el segundo, contemplar la sin par belleza de la hija del dueño del castillo. Pero ésta, prendada del Infante, no sentía en su corazón por Folch, sino una amistad sincera.

Vanos fueron todos los esfuerzos del Vizconde por despertar una pasión igual á la suya en el alma de Hermengarda. Con el valor propio de aquellos heroicos almogávares de los tiempos de hierro, supo imponer silencio á sus celos, dejando al Infante libre la plaza del amor. A no contenerle la obligación de vengar la muerte de Ramón Berenguer, hubiérase apartado de su tierra para buscar en las batallas una muerte gloriosa.

JOSE LLOVERA




ARISTOCRATA

Después de continuados coloquios entre los nobles conjurados, partió Folch á tierra extraña con un misterioso objeto, pero antes de partir dijo á Hermengarda: —Os amo con todo el ardor de mi corazón guerrero; pero sé que vos no podéis amarme, porque vuestro amante es el que yo pondré en el trono condal para que con él compartáis la corona que le ha sido usurpada por su tío.

Dicho esto, cabalgó y muy pronto perdióse el eco de las pisadas de su corcel en la espesura de los encinares.

Aquel rasgo de romanticismo enterneció á la sorprendida joven, pero, como Folch había dicho, era imposible dar otro rumbo á sus amores.

***



LOS DOS MODELOS

Poco tiempo tardó Folch en conseguir su principal objeto. Después de avistarse en Madrid con el Emperador de Castilla Alfonso IV, que le prestó una lucida tropa de donceles y escuderos, se presentó ante Berenguer Ramón retándole á singular combate, como autor de fratricidio alevoso y traidor.

Admitido el reto, verificóse el duelo, á guisa de juicio de Dios, en el mismo Madrid y ante el Emperador, y Berenguer Ramón perdió la vida á manos del Vizconde, convicto y confeso de su crimen.

Con esto se coronó el Infante en Barcelona, y ya dispuestas sus bodas con Hermengarda, partió Folch á Jerusalén en la Cruzada dispuesta por el Concilio de Claramonte, con el fin de que se reconquistase el sepulcro de Jesucristo; pero antes de separarse de aquellos seres queridos, negándose á admitir los títulos y honores á que se había hecho acreedor por su heroico proceder, explicó á Berenguer III — antes Infante — su resolución en estos términos:

—He amado á Hermengarda; la amo aún... y voy á buscar en el estruendo de la lucha el olvido necesario á esta imposible pasión.

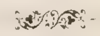
Dicho esto al oído de Berenguer, después de abrazarse entrambos, partió Folch al frente de sus lanzas en medio de atronadores vítores.

A los seis meses, el cadáver del infortunado Vizconde era depositado en el castillo de Carcasona. Su caballeresco esfuerzo le condujo á la victoria; su amor, á la muerte.

Tanto romanticismo ha conquistado á su memoria un lugar preferente en los anales de Cataluña.

¡Gloria á los héroes!

LUIS VEGA REY





## UMARIO del próximo número (SEMANA SANTA) correspondiente al día 1.° de Abril.

CUBIERTA EN COLOR, por Cecilio Plá.

*Caricaturas*, por Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *Excmo. é Ilmo. Obispo de Barcelona.*

*Domingo de Ramos.* / *Un monumento.* } Cuadros de Más y Fontdevila.

*Una mesa petitoria.* Cuadro de Seriñ..

PÁGINAS EN NEGRO: *Orlas alegóricas á la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor*, por Passos

*El arte y el cristianismo en España:* artículo de Francisco Miguel y Badía.

*Palestrina y Victoria:* artículo referente á música religiosa; de Felipe Pedrell.

*El Paso del Santo Entierro:* artículo de Francisco Gras y Elías

Contendrá además varios artículos inéditos, de distinguidos escritores sagrados, y poesías alusivas á la Semana que se conmemora

MOSAICO:

REGALO: *Pie Jesu—Impromtu.* Música original del eminente maestro Buenaventura Frígola, para tenor y orquesta. Reducción al piano de C. M. I. — Ilustración en color, de Passos.

NOTAS IMPORTANTES

Ha dejado de pertenecer á esta Redacción, D. Vicente Suárez Casañ.

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros suscriptores, que llevados por el deseo constante de dar á nuestra publicación toda la amenidad compatible con su primordial objeto, inauguraremos en breve una *Sección de Sport*, á cargo de personas idóneas y autorizadas en la materia, seguros de que los aficionados á las cultas é higiénicas diversiones comprendidas bajo ese nombre general, verán con gusto tal innovación

En el artículo biográfico del malogrado pintor Llovera, hemos incurrido en dos errores, que, sin embargo de su excasa importancia, nos apresuramos á subsanar

El primero (pág. 158, col 1.ª, lín. 2.ª) consiste en atribuir á Valera, la dirección del *Gil Blas*, cuando aquél dibujaba para dicho periódico; siendo así que el verdadero director era Luis Rivera.

El segundo es haber escrito con *Ch* el apellido nobiliario del actual Ministro de Fomento (pág. 158, col. 2.ª, lín. 10) que en realidad es Xiquena.

Aun que, para la generalidad hubieran pasado ambos desapercibidos, satisfacemos nuestros escrúpulos haciendo esas aclaraciones.

 Impreso por F. Giró — Papel de Sres. de Torras Hnos. — Lit. Labielle.

REGLA GENERAL, por Xaudaró.



Le concede su mano; pero á la primera ocasion




...¡Se rie de sus cualidades!

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ❖ *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ❖ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTICULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

## Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO II | BARCELONA, 1.° DE ABRIL DE 1898 | NÚM. 15

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza Víctor Balaguer. -Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez. -Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo. — Mariano de Cavia.—Martín L. Coria Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.— Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*. Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari. -Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.— Pedro Gay.— Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo. -José R. Mélida. F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce. -F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés. Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. Emilia Pardo Bazán. -José María de Pereda.—Benito Perez Galdós.—Felipe Pérez y González. — Jacinto Octavio Picón. Miguel Ramos Carrión. - Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint - Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés. -Enrique Sepúlveda. -Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega - Rey. — Francisco Villa Real. — José Villegas *(Zeda)*. -Baronesa de Wilson.

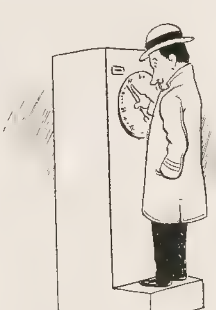
**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot. Fernando Alberti.—Luis Alvarez. T. Andreu.— José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure. -Juan Brull. -F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—José Camins. — Ramón Casas Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy. José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez. -Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant. -Baldomero Galofre.— Francisco Galofre Oller. —Manuel García Ramos. Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas. Agustín Lhardy.—Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo.—José M. Marqués. Ricardo Martí. -Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles. -José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa. — José Parada y Santín. -José Passos.—Cecilio Plá. —Francisco Pradilla. -Pellicer Montseny. -Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera. — Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint - Aubín.—Sans Castaño. -Arturo Seriñá.—Enrique Serra. -Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell. Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió. Alberto Cotó.—Fermín M. Alvarez. -Tomás Bretón. Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí. Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez. Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera. -Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde Amadeo Vives.

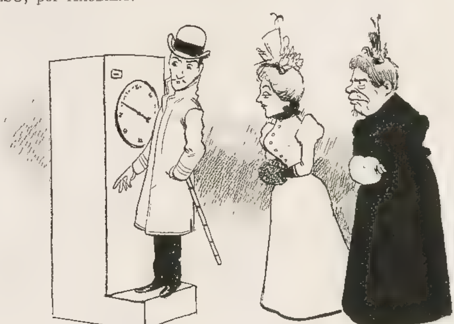
VARIACIONES DE PESO, por XAUDARÓ.



Cójase un joven soltero de 25 años.



Y pesa, si es poeta, 55 kgs.



Pero este mismo joven, se casa, y pesa 40 kgs.



# EXCMO. É ILLMO. SR. D. JAIME CATALÁ Y ALBOSA

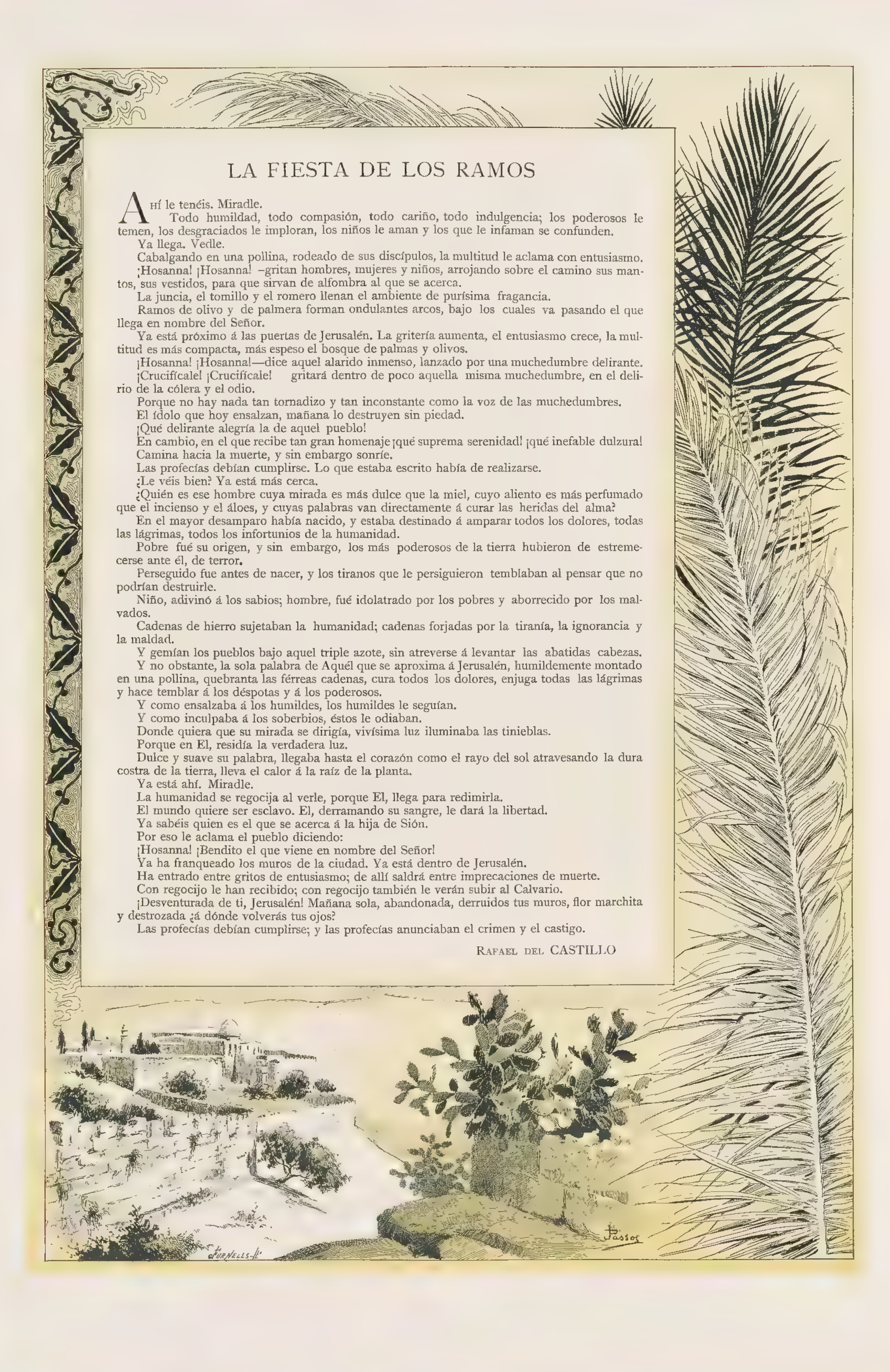
OBISPO DE BARCELONA.

No nos proponemos escribir una biografía que ponga, una vez más, de manifiesto la gigantesca figura del venerable Prelado cuyo nombre encabeza estas líneas; pues sólo para reflejar algo del colosal triunfo recientemente obtenido en las Misiones por él iniciadas y dirigidas, necesitaríamos un espacio mucho mayor del que podemos disponer. Reducido es éste; y por eso, esperando ocasión más favorable, debemos concretarnos, con harto sentimiento por nuestra parte, á convertir lo que debiera ser extensa biografía en simples apuntes cronológicos.

Arenys de Mar es su cuna, y en élla, en la hermosa villa citada, vió la primera luz, en Noviembre del año 1835. Desde sus primeros años, mostró vocación para la carrera eclesiástica. Su educación corrió á cargo de los P. P. Roda y Fita; y tales fueron sus progresos y tan notables sus talentos que, al dársele en el Seminario de Gerona, el orden de Subdiaconado en 1856, nombrósele Catedrático de aquella Universidad católica. No pasaron desapercibidos para el Prelado de aquella diócesis las excepcionales condiciones del joven Subdiácono, en vista de las cuales, dispensóle la gracia de poder cantar misa á los 23 años de edad; pasando casi inmediatamente á desempeñar el cargo importante de Secretario particular del Arzobispo de Tarragona, Dr. Costa y Borrás, á cuyo lado permaneció hasta su muerte.

Pero, como el talento, al igual que el fuego, no pueden permanecer ocultos, conocido aquél, á pesar de la modestia excesiva del joven Presbítero, destinósele, en 1867, como Director espiritual al Colegio de Ursubinos de Madrid, donde fué colmado de honores tan elevados como merecidos. Capellán de S. M. y Abreviador del Tribunal de la Rota, fué preconizado obispo de Cádiz en febrero de 1879. Invitado más tarde al Arzobispado de Sevilla y á la Mitra de esta diócesis, vacante á la sazón, renunció aquellos cargos; pero el Papa León XIII, indicóle la conveniencia de aceptar la última, cuya silla episcopal ocupó en 1883; en la que sigue, para bien de nuestra diócesis, aun cuando á ser menos su modestia y amor á su rebaño diocesano, pudiera haber pasado recientemente á la Arzobispal de Valencia.

* * *



# LA FIESTA DE LOS RAMOS

Ahí le tenéis. Miradle.

Todo humildad, todo compasión, todo cariño, todo indulgencia; los poderosos le temen, los desgraciados le imploran, los niños le aman y los que le infaman se confunden.

Ya llega. Vedle.

Cabalgando en una pollina, rodeado de sus discípulos, la multitud le aclama con entusiasmo.

¡Hosanna! ¡Hosanna! –gritan hombres, mujeres y niños, arrojando sobre el camino sus mantos, sus vestidos, para que sirvan de alfombra al que se acerca.

La juncia, el tomillo y el romero llenan el ambiente de purísima fragancia.

Ramos de olivo y de palmera forman ondulantes arcos, bajo los cuales va pasando el que llega en nombre del Señor.

Ya está próximo á las puertas de Jerusalén. La gritería aumenta, el entusiasmo crece, la multitud es más compacta, más espeso el bosque de palmas y olivos.

¡Hosanna! ¡Hosanna!—dice aquel alarido inmenso, lanzado por una muchedumbre delirante.

¡Crucifícale! ¡Crucifícale! gritará dentro de poco aquella misma muchedumbre, en el delirio de la cólera y el odio.

Porque no hay nada tan tornadizo y tan inconstante como la voz de las muchedumbres.

El ídolo que hoy ensalzan, mañana lo destruyen sin piedad.

¡Qué delirante alegría la de aquel pueblo!

En cambio, en el que recibe tan gran homenaje ¡qué suprema serenidad! ¡qué inefable dulzura!

Camina hacia la muerte, y sin embargo sonríe.

Las profecías debían cumplirse. Lo que estaba escrito había de realizarse.

¿Le véis bien? Ya está más cerca.

¿Quién es ese hombre cuya mirada es más dulce que la miel, cuyo aliento es más perfumado que el incienso y el áloes, y cuyas palabras van directamente á curar las heridas del alma?

En el mayor desamparo había nacido, y estaba destinado á amparar todos los dolores, todas las lágrimas, todos los infortunios de la humanidad.

Pobre fué su origen, y sin embargo, los más poderosos de la tierra hubieron de estremecerse ante él, de terror.

Perseguido fue antes de nacer, y los tiranos que le persiguieron temblaban al pensar que no podrían destruirle.

Niño, adivinó á los sabios; hombre, fué idolatrado por los pobres y aborrecido por los malvados.

Cadenas de hierro sujetaban la humanidad; cadenas forjadas por la tiranía, la ignorancia y la maldad.

Y gemían los pueblos bajo aquel triple azote, sin atreverse á levantar las abatidas cabezas.

Y no obstante, la sola palabra de Aquél que se aproxima á Jerusalén, humildemente montado en una pollina, quebranta las férreas cadenas, cura todos los dolores, enjuga todas las lágrimas y hace temblar á los déspotas y á los poderosos.

Y como ensalzaba á los humildes, los humildes le seguían.

Y como inculpaba á los soberbios, éstos le odiaban.

Donde quiera que su mirada se dirigía, vivísima luz iluminaba las tinieblas.

Porque en El, residía la verdadera luz.

Dulce y suave su palabra, llegaba hasta el corazón como el rayo del sol atravesando la dura costra de la tierra, lleva el calor á la raíz de la planta.

Ya está ahí. Miradle.

La humanidad se regocija al verle, porque El, llega para redimirla.

El mundo quiere ser esclavo. El, derramando su sangre, le dará la libertad.

Ya sabéis quien es el que se acerca á la hija de Sión.

Por eso le aclama el pueblo diciendo:

¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Ya ha franqueado los muros de la ciudad. Ya está dentro de Jerusalén.

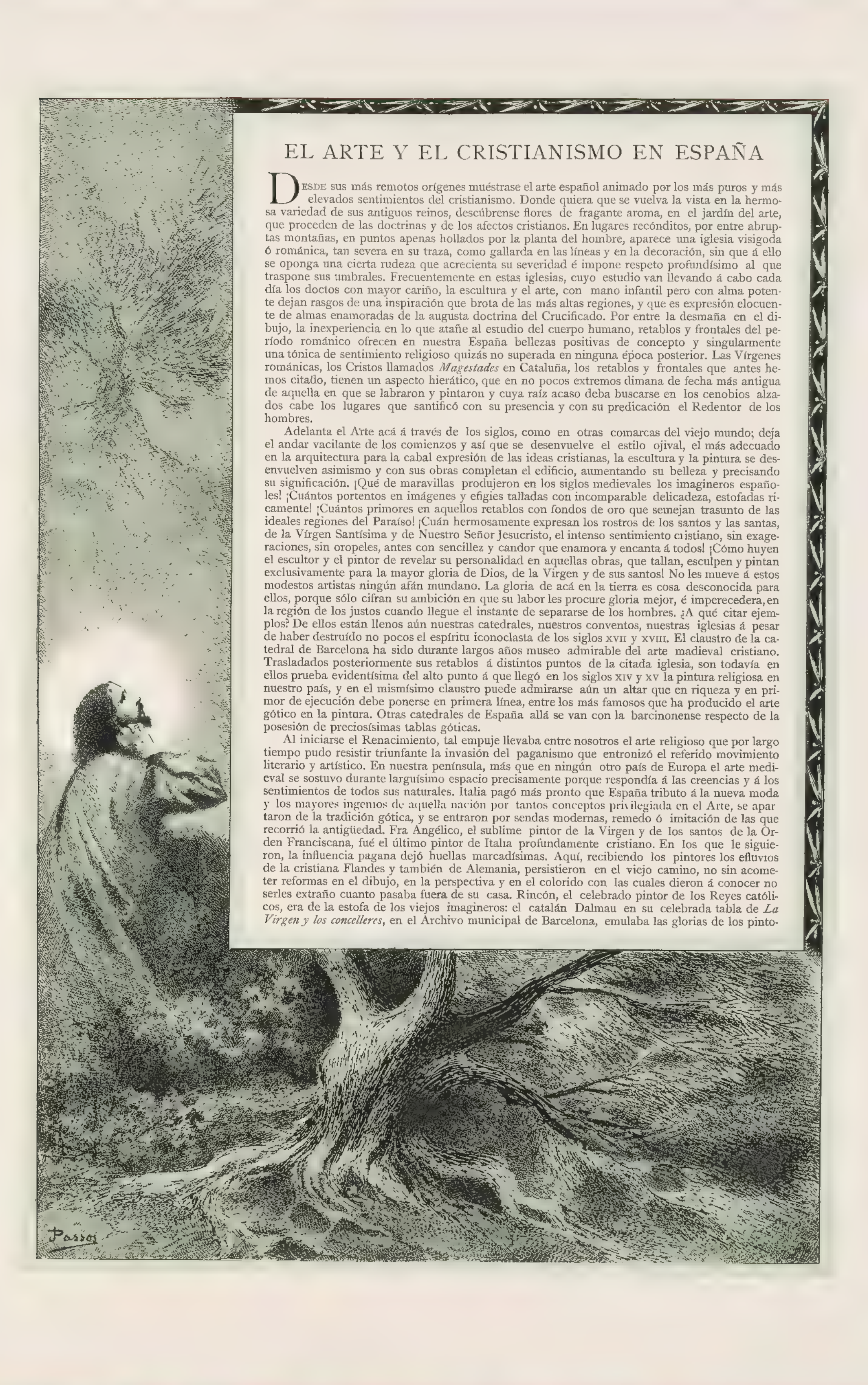
Ha entrado entre gritos de entusiasmo; de allí saldrá entre imprecaciones de muerte.

Con regocijo le han recibido; con regocijo también le verán subir al Calvario.

¡Desventurada de ti, Jerusalén! Mañana sola, abandonada, derruidos tus muros, flor marchita y destrozada ¿á dónde volverás tus ojos?

Las profecías debían cumplirse; y las profecías anunciaban el crimen y el castigo.

Rafael del CASTILLO




# EL ARTE Y EL CRISTIANISMO EN ESPAÑA

Desde sus más remotos orígenes muéstrase el arte español animado por los más puros y más elevados sentimientos del cristianismo. Donde quiera que se vuelva la vista en la hermosa variedad de sus antiguos reinos, descúbrense flores de fragante aroma, en el jardín del arte, que proceden de las doctrinas y de los afectos cristianos. En lugares recónditos, por entre abruptas montañas, en puntos apenas hollados por la planta del hombre, aparece una iglesia visigoda ó románica, tan severa en su traza, como gallarda en las líneas y en la decoración, sin que á ello se oponga una cierta rudeza que acrecienta su severidad é impone respeto profundísimo al que traspone sus umbrales. Frecuentemente en estas iglesias, cuyo estudio van llevando á cabo cada día los doctos con mayor cariño, la escultura y el arte, con mano infantil pero con alma potente dejan rasgos de una inspiración que brota de las más altas regiones, y que es expresión elocuente de almas enamoradas de la augusta doctrina del Crucificado. Por entre la desmaña en el dibujo, la inexperiencia en lo que atañe al estudio del cuerpo humano, retablos y frontales del período románico ofrecen en nuestra España bellezas positivas de concepto y singularmente una tónica de sentimiento religioso quizás no superada en ninguna época posterior. Las Vírgenes románicas, los Cristos llamados *Magestades* en Cataluña, los retablos y frontales que antes hemos citado, tienen un aspecto hierático, que en no pocos extremos dimana de fecha más antigua de aquella en que se labraron y pintaron y cuya raíz acaso deba buscarse en los cenobios alzados cabe los lugares que santificó con su presencia y con su predicación el Redentor de los hombres.

Adelanta el Arte acá á través de los siglos, como en otras comarcas del viejo mundo; deja el andar vacilante de los comienzos y así que se desenvuelve el estilo ojival, el más adecuado en la arquitectura para la cabal expresión de las ideas cristianas, la escultura y la pintura se desenvuelven asimismo y con sus obras completan el edificio, aumentando su belleza y precisando su significación. ¡Qué de maravillas produjeron en los siglos medievales los imagineros españoles! ¡Cuántos portentos en imágenes y efigies talladas con incomparable delicadeza, estofadas ricamente! ¡Cuántos primores en aquellos retablos con fondos de oro que semejan trasunto de las ideales regiones del Paraíso! ¡Cuán hermosamente expresan los rostros de los santos y las santas, de la Vírgen Santísima y de Nuestro Señor Jesucristo, el intenso sentimiento cristiano, sin exageraciones, sin oropeles, antes con sencillez y candor que enamora y encanta á todos! ¡Cómo huyen el escultor y el pintor de revelar su personalidad en aquellas obras, que tallan, esculpen y pintan exclusivamente para la mayor gloria de Dios, de la Virgen y de sus santos! No les mueve á estos modestos artistas ningún afán mundano. La gloria de acá en la tierra es cosa desconocida para ellos, porque sólo cifran su ambición en que su labor les procure gloria mejor, é imperecedera, en la región de los justos cuando llegue el instante de separarse de los hombres. ¿A qué citar ejemplos? De ellos están llenos aún nuestras catedrales, nuestros conventos, nuestras iglesias á pesar de haber destruído no pocos el espíritu iconoclasta de los siglos XVII y XVIII. El claustro de la catedral de Barcelona ha sido durante largos años museo admirable del arte madieval cristiano. Trasladados posteriormente sus retablos á distintos puntos de la citada iglesia, son todavía en ellos prueba evidentísima del alto punto á que llegó en los siglos XIV y XV la pintura religiosa en nuestro país, y en el mismísimo claustro puede admirarse aún un altar que en riqueza y en primor de ejecución debe ponerse en primera línea, entre los más famosos que ha producido el arte gótico en la pintura. Otras catedrales de España allá se van con la barcinonense respecto de la posesión de preciosísimas tablas góticas.

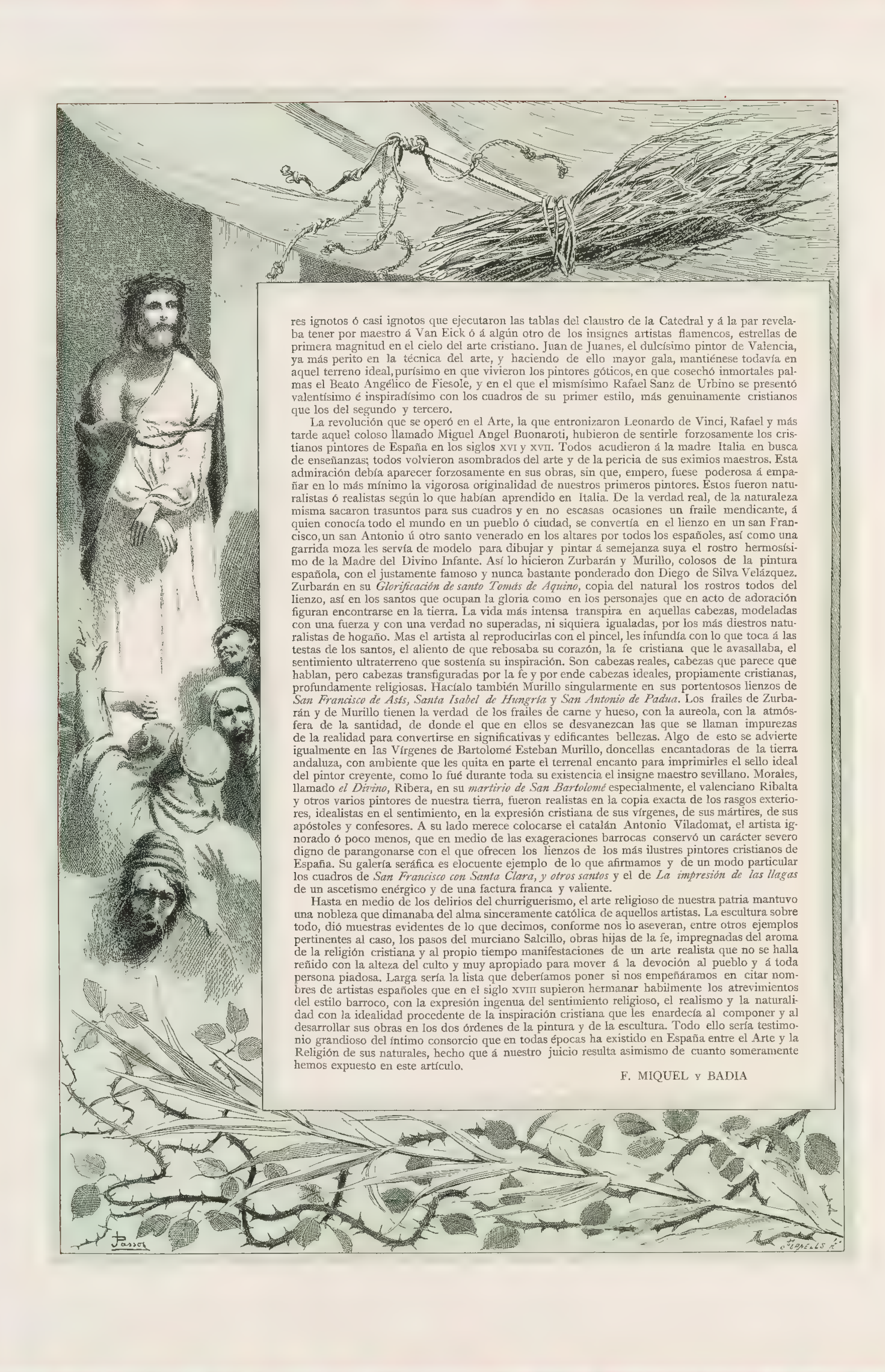
Al iniciarse el Renacimiento, tal empuje llevaba entre nosotros el arte religioso que por largo tiempo pudo resistir triunfante la invasión del paganismo que entronizó el referido movimiento literario y artístico. En nuestra península, más que en ningún otro país de Europa el arte medieval se sostuvo durante larguísimo espacio precisamente porque respondía á las creencias y á los sentimientos de todos sus naturales. Italia pagó más pronto que España tributo á la nueva moda y los mayores ingenios de aquella nación por tantos conceptos privilegiada en el Arte, se apartaron de la tradición gótica, y se entraron por sendas modernas, remedo ó imitación de las que recorrió la antigüedad. Fra Angélico, el sublime pintor de la Virgen y de los santos de la Orden Franciscana, fué el último pintor de Italia profundamente cristiano. En los que le siguieron, la influencia pagana dejó huellas marcadísimas. Aquí, recibiendo los pintores los efluvios de la cristiana Flandes y también de Alemania, persistieron en el viejo camino, no sin acometer reformas en el dibujo, en la perspectiva y en el colorido con las cuales dieron á conocer no serles extraño cuanto pasaba fuera de su casa. Rincón, el celebrado pintor de los Reyes católicos, era de la estofa de los viejos imagineros: el catalán Dalmau en su celebrada tabla de *La Virgen y los concelleres*, en el Archivo municipal de Barcelona, emulaba las glorias de los pinto-



DOMINGO DE RAMOS



UN MONUMENTO

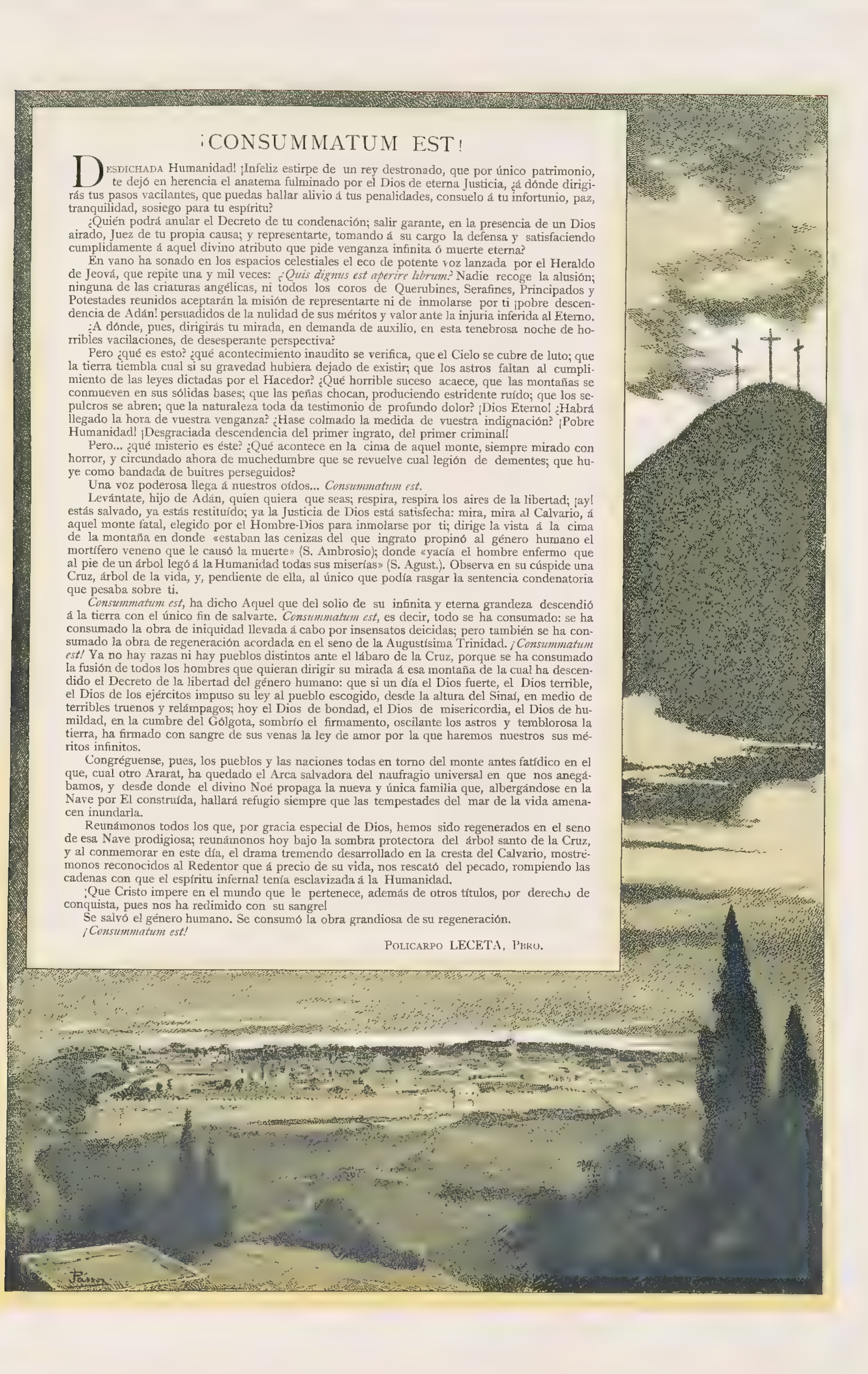



res ignotos ó casi ignotos que ejecutaron las tablas del claustro de la Catedral y á la par revelaba tener por maestro á Van Eick ó á algún otro de los insignes artistas flamencos, estrellas de primera magnitud en el cielo del arte cristiano. Juan de Juanes, el dulcísimo pintor de Valencia, ya más perito en la técnica del arte, y haciendo de ello mayor gala, mantiénese todavía en aquel terreno ideal, purísimo en que vivieron los pintores góticos, en que cosechó inmortales palmas el Beato Angélico de Fiesole, y en el que el mismísimo Rafael Sanz de Urbino se presentó valentísimo é inspiradísimo con los cuadros de su primer estilo, más genuinamente cristianos que los del segundo y tercero.

La revolución que se operó en el Arte, la que entronizaron Leonardo de Vinci, Rafael y más tarde aquel coloso llamado Miguel Angel Buonaroti, hubieron de sentirle forzosamente los cristianos pintores de España en los siglos XVI y XVII. Todos acudieron á la madre Italia en busca de enseñanzas; todos volvieron asombrados del arte y de la pericia de sus eximios maestros. Esta admiración debía aparecer forzosamente en sus obras, sin que, empero, fuese poderosa á empañar en lo más mínimo la vigorosa originalidad de nuestros primeros pintores. Estos fueron naturalistas ó realistas según lo que habían aprendido en Italia. De la verdad real, de la naturaleza misma sacaron trasuntos para sus cuadros y en no escasas ocasiones un fraile mendicante, á quien conocía todo el mundo en un pueblo ó ciudad, se convertía en el lienzo en un san Francisco, un san Antonio ú otro santo venerado en los altares por todos los españoles, así como una garrida moza les servía de modelo para dibujar y pintar á semejanza suya el rostro hermosísimo de la Madre del Divino Infante. Así lo hicieron Zurbarán y Murillo, colosos de la pintura española, con el justamente famoso y nunca bastante ponderado don Diego de Silva Velázquez. Zurbarán en su *Glorificación de santo Tomás de Aquino*, copia del natural los rostros todos del lienzo, así en los santos que ocupan la gloria como en los personajes que en acto de adoración figuran encontrarse en la tierra. La vida más intensa transpira en aquellas cabezas, modeladas con una fuerza y con una verdad no superadas, ni siquiera igualadas, por los más diestros naturalistas de hogaño. Mas el artista al reproducirlas con el pincel, les infundía con lo que toca á las testas de los santos, el aliento de que rebosaba su corazón, la fe cristiana que le avasallaba, el sentimiento ultraterreno que sostenía su inspiración. Son cabezas reales, cabezas que parece que hablan, pero cabezas transfiguradas por la fe y por ende cabezas ideales, propiamente cristianas, profundamente religiosas. Hacíalo también Murillo singularmente en sus portentosos lienzos de *San Francisco de Asís, Santa Isabel de Hungría* y *San Antonio de Padua*. Los frailes de Zurbarán y de Murillo tienen la verdad de los frailes de carne y hueso, con la aureola, con la atmósfera de la santidad, de donde el que en ellos se desvanezcan las que se llaman impurezas de la realidad para convertirse en significativas y edificantes bellezas. Algo de esto se advierte igualmente en las Vírgenes de Bartolomé Esteban Murillo, doncellas encantadoras de la tierra andaluza, con ambiente que les quita en parte el terrenal encanto para imprimirles el sello ideal del pintor creyente, como lo fué durante toda su existencia el insigne maestro sevillano. Morales, llamado *el Divino*, Ribera, en su *martirio de San Bartolomé* especialmente, el valenciano Ribalta y otros varios pintores de nuestra tierra, fueron realistas en la copia exacta de los rasgos exteriores, idealistas en el sentimiento, en la expresión cristiana de sus vírgenes, de sus mártires, de sus apóstoles y confesores. A su lado merece colocarse el catalán Antonio Viladomat, el artista ignorado ó poco menos, que en medio de las exageraciones barrocas conservó un carácter severo digno de parangonarse con el que ofrecen los lienzos de los más ilustres pintores cristianos de España. Su galería seráfica es elocuente ejemplo de lo que afirmamos y de un modo particular los cuadros de *San Francisco con Santa Clara, y otros santos* y el de *La impresión de las llagas* de un ascetismo enérgico y de una factura franca y valiente.

Hasta en medio de los delirios del churriguerismo, el arte religioso de nuestra patria mantuvo una nobleza que dimanaba del alma sinceramente católica de aquellos artistas. La escultura sobre todo, dió muestras evidentes de lo que decimos, conforme nos lo aseveran, entre otros ejemplos pertinentes al caso, los pasos del murciano Salcillo, obras hijas de la fe, impregnadas del aroma de la religión cristiana y al propio tiempo manifestaciones de un arte realista que no se halla reñido con la alteza del culto y muy apropiado para mover á la devoción al pueblo y á toda persona piadosa. Larga sería la lista que deberíamos poner si nos empeñáramos en citar nombres de artistas españoles que en el siglo XVIII supieron hermanar hábilmente los atrevimientos del estilo barroco, con la expresión ingenua del sentimiento religioso, el realismo y la naturalidad con la idealidad procedente de la inspiración cristiana que les enardecía al componer y al desarrollar sus obras en los dos órdenes de la pintura y de la escultura. Todo ello sería testimonio grandioso del íntimo consorcio que en todas épocas ha existido en España entre el Arte y la Religión de sus naturales, hecho que á nuestro juicio resulta asimismo de cuanto someramente hemos expuesto en este artículo.

F. MIQUEL y BADIA



# ¡CONSUMMATUM EST!

Desdichada Humanidad! ¡Infeliz estirpe de un rey destronado, que por único patrimonio, te dejó en herencia el anatema fulminado por el Dios de eterna Justicia, ¿á dónde dirigirás tus pasos vacilantes, que puedas hallar alivio á tus penalidades, consuelo á tu infortunio, paz, tranquilidad, sosiego para tu espíritu?

¿Quién podrá anular el Decreto de tu condenación; salir garante, en la presencia de un Dios airado, Juez de tu propia causa; y representarte, tomando á su cargo la defensa y satisfaciendo cumplidamente á aquel divino atributo que pide venganza infinita ó muerte eterna?

En vano ha sonado en los espacios celestiales el eco de potente voz lanzada por el Heraldo de Jeová, que repite una y mil veces: *¿Quis dignus est aperire librum?* Nadie recoge la alusión; ninguna de las criaturas angélicas, ni todos los coros de Querubines, Serafines, Principados y Potestades reunidos aceptarán la misión de representarte ni de inmolarse por ti ¡pobre descendencia de Adán! persuadidos de la nulidad de sus méritos y valor ante la injuria inferida al Eterno.

¿A dónde, pues, dirigirás tu mirada, en demanda de auxilio, en esta tenebrosa noche de horribles vacilaciones, de desesperante perspectiva?

Pero ¿qué es esto? ¿qué acontecimiento inaudito se verifica, que el Cielo se cubre de luto; que la tierra tiembla cual si su gravedad hubiera dejado de existir; que los astros faltan al cumplimiento de las leyes dictadas por el Hacedor? ¿Qué horrible suceso acaece, que las montañas se conmueven en sus sólidas bases; que las peñas chocan, produciendo estridente ruído; que los sepulcros se abren; que la naturaleza toda da testimonio de profundo dolor? ¡Dios Eterno! ¿Habrá llegado la hora de vuestra venganza? ¿Hase colmado la medida de vuestra indignación? ¡Pobre Humanidad! ¡Desgraciada descendencia del primer ingrato, del primer criminal!

Pero... ¿qué misterio es éste? ¿Qué acontece en la cima de aquel monte, siempre mirado con horror, y circundado ahora de muchedumbre que se revuelve cual legión de dementes; que huye como bandada de buitres perseguidos?

Una voz poderosa llega á nuestros oídos... *Consummatum est.*

Levántate, hijo de Adán, quien quiera que seas; respira, respira los aires de la libertad; ¡ay! estás salvado, ya estás restituído; ya la Justicia de Dios está satisfecha: mira, mira al Calvario, á aquel monte fatal, elegido por el Hombre-Dios para inmolarse por ti; dirige la vista á la cima de la montaña en donde «estaban las cenizas del que ingrato propinó al género humano el mortífero veneno que le causó la muerte» (S. Ambrosio); donde «yacía el hombre enfermo que al pie de un árbol legó á la Humanidad todas sus miserías» (S. Agust.). Observa en su cúspide una Cruz, árbol de la vida, y, pendiente de ella, al único que podía rasgar la sentencia condenatoria que pesaba sobre ti.

*Consummatum est*, ha dicho Aquel que del solio de su infinita y eterna grandeza descendió á la tierra con el único fin de salvarte. *Consummatum est*, es decir, todo se ha consumado: se ha consumado la obra de iniquidad llevada á cabo por insensatos deicidas; pero también se ha consumado la obra de regeneración acordada en el seno de la Augustísima Trinidad. *¡Consummatum est!* Ya no hay razas ni hay pueblos distintos ante el lábaro de la Cruz, porque se ha consumado la fusión de todos los hombres que quieran dirigir su mirada á esa montaña de la cual ha descendido el Decreto de la libertad del género humano: que si un día el Dios fuerte, el Dios terrible, el Dios de los ejércitos impuso su ley al pueblo escogido, desde la altura del Sinaí, en medio de terribles truenos y relámpagos; hoy el Dios de bondad, el Dios de misericordia, el Dios de humildad, en la cumbre del Gólgota, sombrío el firmamento, oscilante los astros y temblorosa la tierra, ha firmado con sangre de sus venas la ley de amor por la que haremos nuestros sus méritos infinitos.

Congréguense, pues, los pueblos y las naciones todas en torno del monte antes fatídico en el que, cual otro Ararat, ha quedado el Arca salvadora del naufragio universal en que nos anegábamos, y desde donde el divino Noé propaga la nueva y única familia que, albergándose en la Nave por El construída, hallará refugio siempre que las tempestades del mar de la vida amenacen inundarla.

Reunámonos todos los que, por gracia especial de Dios, hemos sido regenerados en el seno de esa Nave prodigiosa; reunámonos hoy bajo la sombra protectora del árbol santo de la Cruz, y al conmemorar en este día, el drama tremendo desarrollado en la cresta del Calvario, mostrémonos reconocidos al Redentor que á precio de su vida, nos rescató del pecado, rompiendo las cadenas con que el espíritu infernal tenía esclavizada á la Humanidad.

¡Que Cristo impere en el mundo que le pertenece, además de otros títulos, por derecho de conquista, pues nos ha redimido con su sangre!

Se salvó el género humano. Se consumó la obra grandiosa de su regeneración.

*¡Consummatum est!*

Policarpo LECETA, Pbro.

# EL PASO DEL SANTO ENTIERRO

ESTÁBAMOS en el plenilunio de Marzo. El día de san José habían vuelto las golondrinas; los almendros con guirnaldas de flores recibían á la primavera; las lilas llenaban de aromas los aires; las aves que pasaban volando entonaban el epitalamio de la naturaleza; mil efluvios impregnados de vida se respiraban en la atmósfera; el sol era más brillante; el cielo más azul; la mar más bella; la existencia más alegre; y la Iglesia celebraba su fiesta más hermosa y más solemne: la Semana Mayor.

La Semana consagrada al recogimiento, al rezo y á la meditación.

Los templos habían reemplazado los blancos ornamentos por las moradas vestiduras; las imágenes de los santos se ocultaban á las miradas de los devotos; habían sido apagados los cirios que brillaban delante de los altares, porque la muerte del hijo de Dios hecho hombre había quitado á los fieles la verdadera luz; no se incensaba el sagrado libro, porque los apóstoles sintieron desmayar su fe en aquellos tremendos días de luto y llanto; el oficiante no entonaba el *Dominus vobiscum*, porque el Señor no podía estar con la negra alma de Judas manchada por la traición; el Diácono ponía el incienso en el incensario sin bendecirle, y el pueblo doblada la rodilla adoraba el madero de la cruz entonando el coro los sentidos improperios: «Yo te dí un cetro real; y tú pusiste en mi cabeza una corona de espinas. Pueblo mío, ¿qué te he hecho yo, que te saqué de la tierra de Egipto y has puesto en un patíbulo á tu Salvador?»

En aquella piadosísima semana un deber del corazón me llamaba á una antigua ciudad española, apartada del bullicio del mundo. Una de esas ciudades típicas, monumentales, embellecida por la poesía y por los recuerdos; con calles empinadas; con plazuelas pedragosas; con grandes caserones solariegos de alto portón y saliente alero; con palacios que nadie habitaba; con altos monasterios; con muchas torres é iglesias, que son maravillas del arte, y con misteriosas esquinas que recuerdan dramas caballarescos, días de gloria y noches de sangre de aquella localidad y de su señorío. Población muerta, entregada al reposo, que recuerda sin pena su pasado, que no se preocupa por el porvenir, en la que se aburren los hombres de negocio, los que se consagran al comercio, los que todo lo reducen á cálculos y á guarismos y que, sin embargo, tan simpática resulta al poeta, al artista y al historiador.

Llegué á ella el Viernes Santo, por la tarde. Las puertas estaban cerradas, las calles desiertas y un silencio solemne, tétrico, propio del día, reinaba en la histórica ciudad. Respetuoso silencio, que sin embargo, parecía estar diciendo: hoy la cristiandad está de luto, la Iglesia llora, el pueblo reza, el alma medita, pues en esta hora, en un viernes del plenilunio de Marzo expiraba en un madero la más inocente de las víctimas, y el pueblo recordando tan sublime sacrificio, vistiendo trajes obscuros, ha abandonado sus moradas y ha corrido á la iglesia á unir sus lágrimas á las de María, sola y abandonada al pie del afrentoso patíbulo de la cruz

He dicho que un deber del corazón me llamaba á aquella ciudad, y á ese deber obedecía solamente mi viaje. En una de sus casas solariegas, una joven hija de aquella localidad, una amiga del alma que ansiaba llevarla al altar, una pobre coronémica, de color de acero, de respiración fatigosa, extremadadamente lánguida, que palpitaba su pecho por el más pequeño ejercicio, que pasaba de la alegría al dolor de un modo rápido, que había perdido los colores, el apetito, el movimiento y la salud, me había escrito: «que sería muy dichosa si podía presenciar á mi lado el piadoso paso del santo entierro del Señor»

Llegué á su casa, salió la pobre enferma á mi encuentro, y... apenas la reconocí. Tan demudada estaba. Se comprendía que dentro de aquel debil cuerpo se encontraba mal, muy mal aquella alma, bella, sencilla, creyente, religiosa, ungida de sentimiento y rica en devoción.

Vino la noche bella y templada como todas las de la primavera. Los vecinos colocaron dorados faroles y colgaduras negras en sus balcones, en la calle se escuchó un sordo vocerío y centenares de curiosos se colocaron á lo largo de las aceras. Mi bella amiga y yo nos sentamos en la reja. La procesión no se hizo esperar.

¡Qué acto tan bello, tan solemne, tan religioso fué aquél! Tan pronto como pasaron los soldados romanos que abrían la marcha, el público se descubrió respetuosamente y todos los labios enmudecieron. El que llevaban á enterrar era el hijo de Dios, y ante el entierro de Dios el alma está siempre de rodillas sobre el corazón.

Aquella débil niña, rebujada en obscuro manto, haciéndose todo ojos, estrechando mi diestra, contemplaba con cierta curiosidad infantil los pasos de Jesús en el huerto, en casa de Pilatos, el encuentro con la Verónica, con Simón, con la santa madre en la calle de Amargura, los númerosos estandartes de las cofradías llevados por los mayordomos, los improperios de la pasión y muerte llevados por niños, los penitentes con su larga túnica de sayal negro, ceñida al cuerpo por un cordón de esparto, cubierta la cabeza por la puntiaguda caperuza, los pies descalzos, sobre el hombro una cruz y arrastrando largas y pesadas cadenas; los penitentes blancos, jóvenes mujeres con el cabello suelto sobre la espalda, con los pies desnudos y con una vela en la mano, pidiendo la absolución de ciertas faltas que hacían asomar las lágrimas á sus ojos; la congregación de la sangre con hachas encendidas; la imagen del Señor Crucificado, la música de capilla, sacerdotes y canónigos y el Santo Sepulcro, preciosa urna llevada bajo palio de terciopelo negro, seguida de la Virgen de la Soledad, cerrando la marcha las autoridades con un sinnúmero de mujeres con mantilla y un farolillo en la mano y un piquete con las armas á la funerala, con las cajas enlutadas y ejecutando la banda una marcha fúnebre, tétrica, acompasada, grandiosa, que oída entre las sombras de la noche producía un efecto magistral.

Al pasar el Santo Sepulcro, la pobre enferma, juntó sus manos, su acerado rostro pareció animarse, sus pupilas se dilataron, sus entumecidos miembros adquirieron cierta agilidad, sus secos labios se entreabrieron y con voz débil, apagada, pero ferviente y apasionada articuló: ¡Dios mío, que en este día moriste en el arbol de la cruz entre dos ladrones; Señor de mi alma y de mi casa que hoy te llevan á enterrar; Cristo amado, que te desvelas por el bien de la humanidad, acoge mi rezo, acoge mi llanto, acoge mis súplicas y devuélveme la salud ó llévame contigo al paraíso.

Y dobló la cabeza sobre los hierros de la reja. Al terminar la procesión fijé los ojos en ella y me estremecí. La cogí sus manos y habían perdido el calor y el movimiento; llamé á la familia, acudieron todos y... rodeamos sólo un cadáver. La infeliz, había muerto de un ataque de asistolia producido por su enfermedad y fervorosa exaltación.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS.



UNA MESA PETITORIA, POR A. SERIÑÁ.



# DESPUÉS DE LA CRUCIFIXIÓN

Al feroz entusiasmo del populacho, había sucedido la fatiga; á la venganza satisfecha, el decaimiento; á la criminal villanía profetizada, el espanto, el terror.

La resignación, la humildad, las últimas palabras de Jesús zumbaban en los oídos de toda aquella plebe sanguinaria y la reflexión movía sus conciencias y el aguijón del remordimiento las roía de un modo despiadado. Aquella muchedumbre asquerosa, fanática, poco antes, por ver en la Cruz al Hijo de Dios, clavado, escarnecido y tratado como al peor de los criminales, aparecía anonadada, reflexiva, silenciosa, avergonzada de su obra.

La fiebre de la venganza les había cegado hasta el punto de no ver en el que era blanco de su odio, al Mesías; la sugestión de los mercaderes les arrastró á la comisión del más horrendo de los crímenes, sin escuchar las palabras de los que en Jesús creían.

Pilatos, el mismo Pretor romano, mostróse rehacio en sentenciar al Nazareno; porque Este era inocente. ¡Y sin embargo, le crucificaron, ensañándose en su Divino Cuerpo, como bestias feroces!...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Jerusalén yacía envuelta en siniestra obscuridad.

Sus habitantes descendían aterrados y silenciosos de la cumbre, al pie del Calvario, y con paso rápido apresurábanse á ganar sus casas, como el criminal que huye de la fatal desgracia que le persigue.

Un centurión, abriéndose paso por entre los que regresaban del monte, pálido el rostro y ardiente la mirada, avanza rápido hacia el palacio del Pretor, quien espera ansioso noticias exactas del horrendo drama.

—Afectado vienes, centurión, — dijo Pilatos, cuando el soldado estuvo en su presencia,—y, cualquiera diría que doscientas legiones se encuentran á la vista de Jerusalén, para vengar la muerte de Ese Justo, víctima de las furias del pueblo feroz y sanguinario.

—Las legiones vengadoras que dices ¡oh, Pretor! —repuso el soldado, —no consiguieran demudar mi rostro, ni sobrecoger mi ánimo. Tú me conoces... Pero la muerte del Nazareno... me ha causado tal impresión, que tiemblan mis carnes, y el pesar y el abatimiento han hecho de mí su presa.

—Habla, centurión; habla y detállame cuanto pasó durante tu ausencia, sin omitir nada... Mas, cálmate antes.

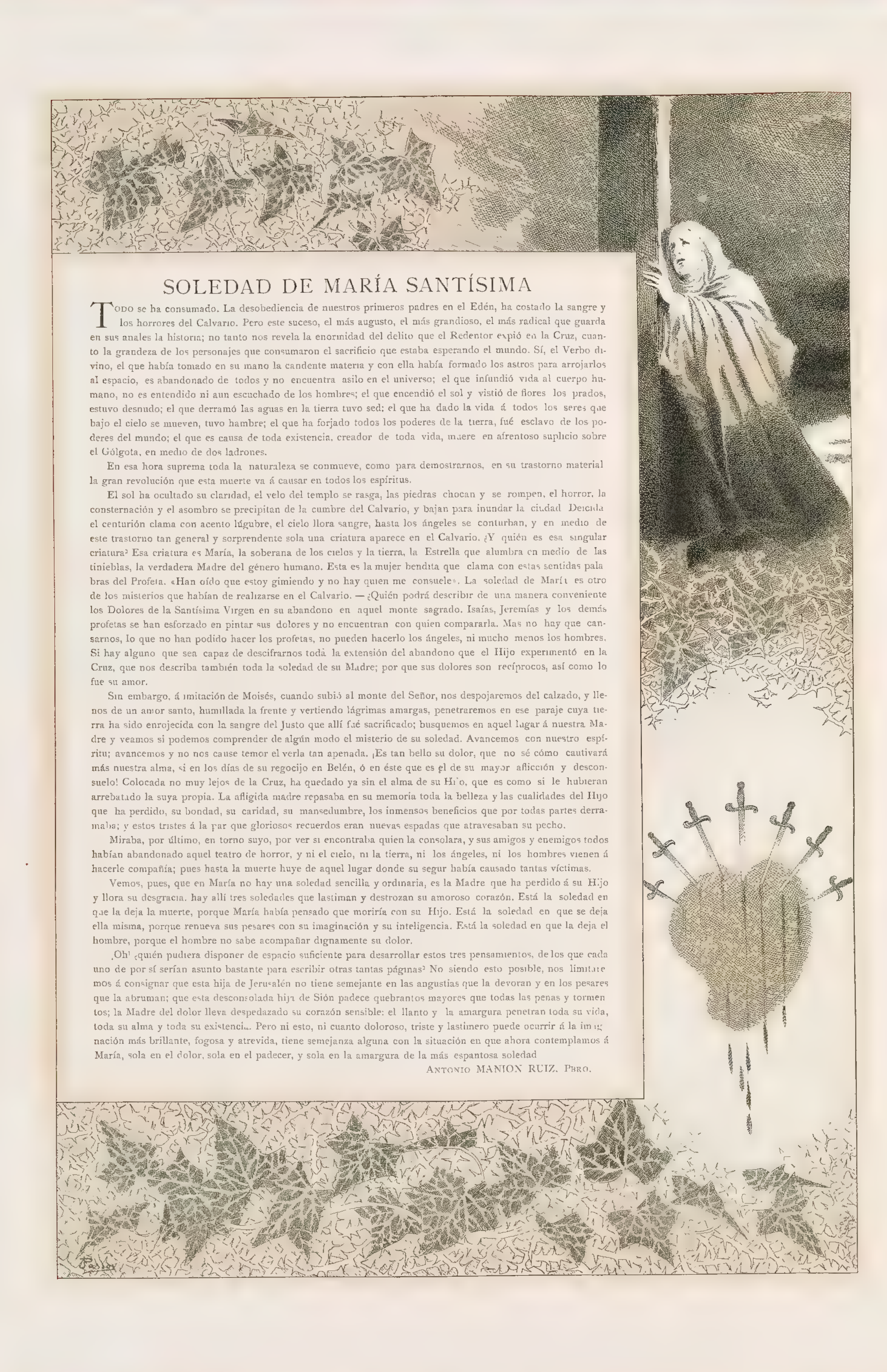
—No puedo, Pretor.

—Estás temblando. ¿Tanto te apenó lo que presenciaste?

—Escúchame, y juzga por la impresión que va á causarte mi ligero relato... Cuando salimos de aquí, para dirigirnos al Calvario, Jesús, con la Cruz sobre los hombros, amoratadas sus carnes, sangrienta su vestidura... ¡Oh! ¡Daba compasión mirarle, y tú se la hubieras tenido!... El camino quedó regado con su sudor y su sangre, sin que su labio pronunciara una queja, á pesar de que á menudo chocaba su frente con la dura roca... Su desdichada madre, desolada, dolorida, al ver el ensangrentado rostro de su Hijo, entre sollozos que partían el alma, pedía perdón para El... ¡Como si hubiera delinquido!; y... las burlas, los dicterios más soeces eran las respuestas que obtenía! ¡No hay frases para explicar su espantosa tortura...! Una mujer, apiadada de Jesús, se le acercó, y con la toca secóle el rostro, y su imagen en el lienzo quedó impresa... Una vez que estuvimos en la cumbre del Calvario, y al arrancar la túnica al Nazareno, trozos de carne la seguían... Por fin, entre salvajes aullidos, fué clavado en la Cruz, cuyos pies regaba con amargo llanto su desdichada madre... De pronto, una tétrica obscuridad envolvió todo el monte; y al exhalar Jesús el postrer aliento, zumbó el huracán, retumbó fragoroso el trueno, se estremeció la tierra... ¡Oh! ¡Qué momento! ¡Cuánto valor necesité para arrostrarlo! Créeme; en aquellos instantes el más duro hubiese llorado, y temblado el más sereno, cual tiemblo yo ahora mismo... El ciego Longinos empuñó la lanza... acercóse á la Cruz, hundió la acerada punta en el costado del Nazareno y con las manos tintas en sangre lavóse los ojos, que de ciegos volvieron á la luz... Lleno de asombro, postróse ante el Crucificado gritando; «¡Oh! ¡Este es el Mesías! ¡Perdóname Señor!»... Y yo, fascinado por tanta maravilla, postréme, sin darme cuenta de ello, ante Aquel cuya palabra, quebrantó las piedras, y cuya muerte ahuyentó el día, apagando la luz de los astros... ¡Pretor! Ese hombre... era inocente; se le ha asesinado; y tú y todos...

—¡Oh! ¡basta! —exclamó Pilatos, dejándose caer abatido sobre un sitial,—¡basta! que la tenaza del dolor me tiene estrujado el corazón... ¡Cobarde!... sí; cobarde!... Yo me acuso de haberlo sido, cuando firmé la sentencia de Jesús, que será mi eterno remordimiento...

R. B. GIRON



# SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

TODO se ha consumado. La desobediencia de nuestros primeros padres en el Edén, ha costado la sangre y los horrores del Calvario. Pero este suceso, el más augusto, el más grandioso, el más radical que guarda en sus anales la historia; no tanto nos revela la enormidad del delito que el Redentor expió en la Cruz, cuanto la grandeza de los personajes que consumaron el sacrificio que estaba esperando el mundo. Sí, el Verbo divino, el que había tomado en su mano la candente materia y con ella había formado los astros para arrojarlos al espacio, es abandonado de todos y no encuentra asilo en el universo; el que infundió vida al cuerpo humano, no es entendido ni aun escuchado de los hombres; el que encendió el sol y vistió de flores los prados, estuvo desnudo; el que derramó las aguas en la tierra tuvo sed; el que ha dado la vida á todos los seres que bajo el cielo se mueven, tuvo hambre; el que ha forjado todos los poderes de la tierra, fué esclavo de los poderes del mundo; el que es causa de toda existencia, creador de toda vida, muere en afrentoso suplicio sobre el Gólgota, en medio de dos ladrones.

En esa hora suprema toda la naturaleza se conmueve, como para demostrarnos, en su trastorno material la gran revolución que esta muerte va á causar en todos los espíritus.

El sol ha ocultado su claridad, el velo del templo se rasga, las piedras chocan y se rompen, el horror, la consternación y el asombro se precipitan de la cumbre del Calvario, y bajan para inundar la ciudad Deicida el centurión clama con acento lúgubre, el cielo llora sangre, hasta los ángeles se conturban, y en medio de este trastorno tan general y sorprendente sola una criatura aparece en el Calvario. ¿Y quién es esa singular criatura? Esa criatura es María, la soberana de los cielos y la tierra, la Estrella que alumbra en medio de las tinieblas, la verdadera Madre del género humano. Esta es la mujer bendita que clama con estas sentidas palabras del Profeta. «Han oído que estoy gimiendo y no hay quien me consuele». La soledad de María es otro de los misterios que habían de realizarse en el Calvario. — ¿Quién podrá describir de una manera conveniente los Dolores de la Santísima Virgen en su abandono en aquel monte sagrado. Isaías, Jeremías y los demás profetas se han esforzado en pintar sus dolores y no encuentran con quien compararla. Mas no hay que cansarnos, lo que no han podido hacer los profetas, no pueden hacerlo los ángeles, ni mucho menos los hombres. Si hay alguno que sea capaz de descifrarnos todá la extensión del abandono que el Hijo experimentó en la Cruz, que nos describa también toda la soledad de su Madre; por que sus dolores son recíprocos, así como lo fue su amor.

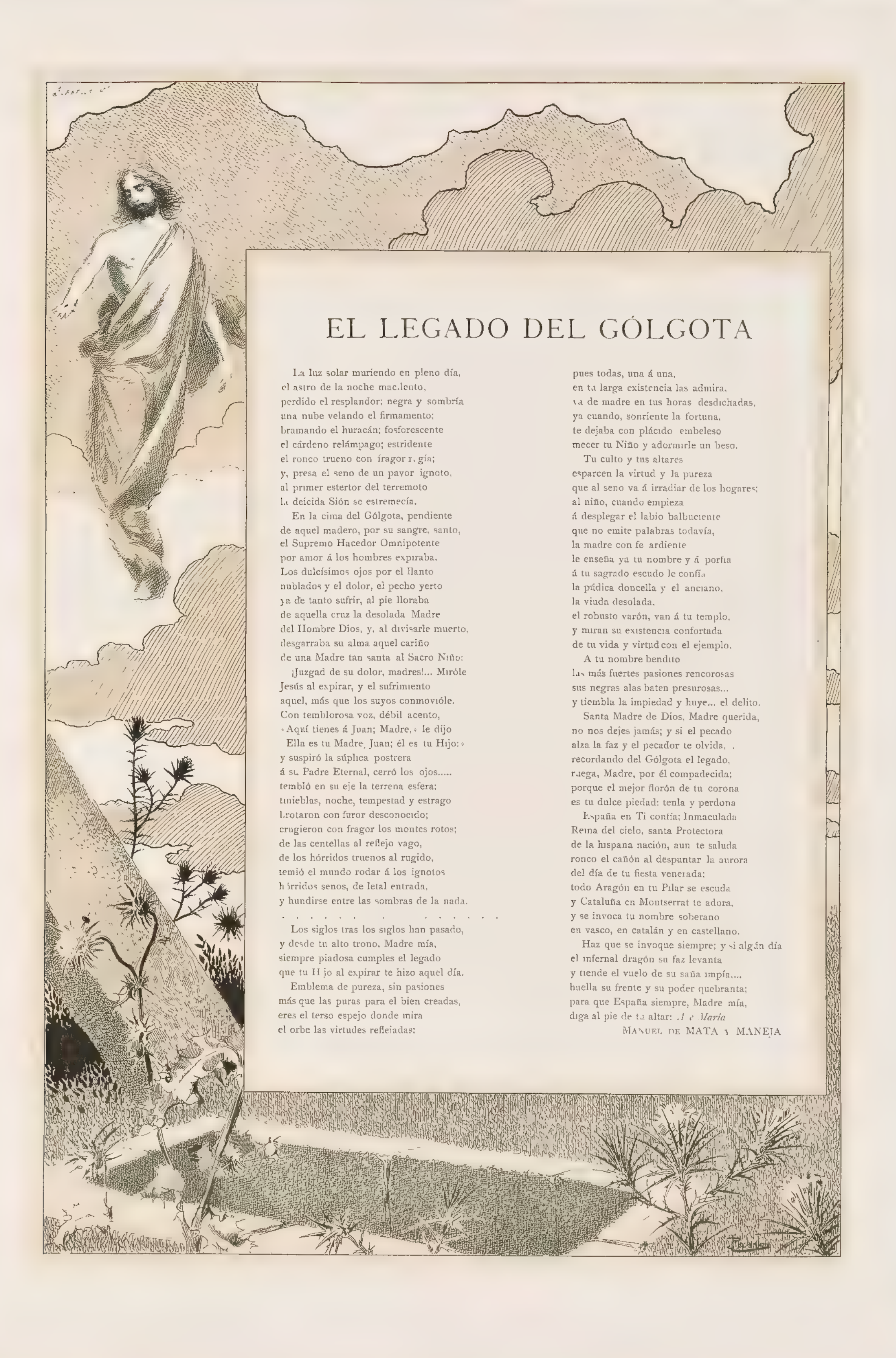
Sin embargo, á imitación de Moisés, cuando subió al monte del Señor, nos despojaremos del calzado, y llenos de un amor santo, humillada la frente y vertiendo lágrimas amargas, penetraremos en ese paraje cuya tierra ha sido enrojecida con la sangre del Justo que allí fué sacrificado; busquemos en aquel lugar á nuestra Madre y veamos si podemos comprender de algún modo el misterio de su soledad. Avancemos con nuestro espíritu; avancemos y no nos cause temor el verla tan apenada. ¡Es tan bello su dolor, que no sé cómo cautivará más nuestra alma, si en los días de su regocijo en Belén, ó en éste que es el de su mayor aflicción y desconsuelo! Colocada no muy lejos de la Cruz, ha quedado ya sin el alma de su Hijo, que es como si le hubieran arrebatado la suya propia. La afligida madre repasaba en su memoria toda la belleza y las cualidades del Hijo que ha perdido, su bondad, su caridad, su mansedumbre, los inmensos beneficios que por todas partes derramaba; y estos tristes á la par que gloriosos recuerdos eran nuevas espadas que atravesaban su pecho.

Miraba, por último, en torno suyo, por ver si encontraba quien la consolara, y sus amigos y enemigos todos habían abandonado aquel teatro de horror, y ni el cielo, ni la tierra, ni los ángeles, ni los hombres vienen á hacerle compañía; pues hasta la muerte huye de aquel lugar donde su segur había causado tantas víctimas.

Vemos, pues, que en María no hay una soledad sencilla y ordinaria, es la Madre que ha perdido á su Hijo y llora su desgracia. hay allí tres soledades que lastiman y destrozan su amoroso corazón. Está la soledad en que la deja la muerte, porque María había pensado que moriría con su Hijo. Está la soledad en que se deja ella misma, porque renueva sus pesares con su imaginación y su inteligencia. Está la soledad en que la deja el hombre, porque el hombre no sabe acompañar dignamente su dolor.

¡Oh! ¿quién pudiera disponer de espacio suficiente para desarrollar estos tres pensamientos, de los que cada uno de por sí serían asunto bastante para escribir otras tantas páginas? No siendo esto posible, nos limitaremos á consignar que esta hija de Jerusalén no tiene semejante en las angustias que la devoran y en los pesares que la abruman; que esta desconsolada hija de Sión padece quebrantos mayores que todas las penas y tormentos; la Madre del dolor lleva despedazado su corazón sensible: el llanto y la amargura penetran toda su vida, toda su alma y toda su existencia. Pero ni esto, ni cuanto doloroso, triste y lastimero puede ocurrir á la imaginación más brillante, fogosa y atrevida, tiene semejanza alguna con la situación en que ahora contemplamos á María, sola en el dolor, sola en el padecer, y sola en la amargura de la más espantosa soledad

ANTONIO MANION RUIZ, PBRO.



# EL LEGADO DEL GÓLGOTA

La luz solar muriendo en pleno día,
el astro de la noche macilento,
perdido el resplandor; negra y sombría
una nube velando el firmamento;
bramando el huracán; fosforescente
el cárdeno relámpago; estridente
el ronco trueno con fragor regía;
y, presa el seno de un pavor ignoto,
al primer estertor del terremoto
la deicida Sión se estremecía.

En la cima del Gólgota, pendiente
de aquel madero, por su sangre, santo,
el Supremo Hacedor Omnipotente
por amor á los hombres expiraba.
Los dulcísimos ojos por el llanto
nublados y el dolor, el pecho yerto
ya de tanto sufrir, al pie lloraba
de aquella cruz la desolada Madre
del Hombre Dios, y, al divisarle muerto,
desgarraba su alma aquel cariño
de una Madre tan santa al Sacro Niño:

¡Juzgad de su dolor, madres!... Miróle
Jesús al expirar, y el sufrimiento
aquel, más que los suyos conmovióle.
Con temblorosa voz, débil acento,
«Aquí tienes á Juan; Madre,» le dijo
Ella es tu Madre, Juan; él es tu Hijo:»
y suspiró la súplica postrera
á su Padre Eternal, cerró los ojos.....
tembló en su eje la terrena esfera;
tinieblas, noche, tempestad y estrago
brotaron con furor desconocido;
crugieron con fragor los montes rotos;
de las centellas al reflejo vago,
de los hórridos truenos al rugido,
temió el mundo rodar á los ignotos
hórridos senos, de letal entrada,
y hundirse entre las sombras de la nada.

. . . . . . . . . . . . .

Los siglos tras los siglos han pasado,
y desde tu alto trono, Madre mía,
siempre piadosa cumples el legado
que tu Hijo al expirar te hizo aquel día.

Emblema de pureza, sin pasiones
más que las puras para el bien creadas,
eres el terso espejo donde mira
el orbe las virtudes reflejadas;
pues todas, una á una,
en tu larga existencia las admira,
ya de madre en tus horas desdichadas,
ya cuando, sonriente la fortuna,
te dejaba con plácido embeleso
mecer tu Niño y adormirle un beso.

Tu culto y tus altares
esparcen la virtud y la pureza
que al seno va á irradiar de los hogares;
al niño, cuando empieza
á desplegar el labio balbuciente
que no emite palabras todavía,
la madre con fe ardiente
le enseña ya tu nombre y á porfía
á tu sagrado escudo le confía
la púdica doncella y el anciano,
la viuda desolada,
el robusto varón, van á tu templo,
y miran su existencia confortada
de tu vida y virtud con el ejemplo.

A tu nombre bendito
las más fuertes pasiones rencorosas
sus negras alas baten presurosas...
y tiembla la impiedad y huye... el delito.

Santa Madre de Dios, Madre querida,
no nos dejes jamás; y si el pecado
alza la faz y el pecador te olvida,
recordando del Gólgota el legado,
ruega, Madre, por él compadecida;
porque el mejor florón de tu corona
es tu dulce piedad: tenla y perdona

España en Ti confía; Inmaculada
Reina del cielo, santa Protectora
de la hispana nación, aun te saluda
ronco el cañón al despuntar la aurora
del día de tu fiesta venerada;
todo Aragón en tu Pilar se escuda
y Cataluña en Montserrat te adora,
y se invoca tu nombre soberano
en vasco, en catalán y en castellano.

Haz que se invoque siempre; y si algún día
el infernal dragón su faz levanta
y tiende el vuelo de su saña impía....
huella su frente y su poder quebranta;
para que España siempre, Madre mía,
diga al pie de tu altar: *Ave María*

MANUEL DE MATA Y MANEJA

# LA CENA

Entre los divinos Misterios que la Iglesia Católica, Apostólica, Romana conmemora en esta Semana Mayor, cuéntase el de la *Cena*, y como todos ellos, entraña santa enseñanza, y conmueve y edifica los espíritus.

Su propia sencillez, realza la magnitud del misterio, por el cual el Divino Redentor instituyó el Sacramento de la Eucaristía.

Era el primer día de los Azymos, en el cual, amasábase el pan sin levaduras y se sacrificaba el Cordero Pascual. Los discípulos de Jesús, interpelaban solícitos al Divino Maestro: «¿A dónde quieres que vayamos, á prepararte la cena de la Pascua?» y Él les responde, señalando á dos de ellos, á Pedro y á Juan, con placidez celestial: «Id á la ciudad (á Jerusalém), y encontraréis á un hombre que lleva un cántaro de agua, seguidle: y en donde quiera que entrase, decid al amo de la casa, el Maestro os envía á decir: ¿dónde está la sala en que he de celebrar la cena de la Pascua con mis discípulos? Y él os mostrará una pieza de comer grande, bien mueblada: preparadnos allí lo necesario.»

Así lo hicieron los amantes y diligentes discípulos, y en la parte meridional de los contornos de la ciudad Santa, encontraron la casa indicada, donde había de celebrarse la divina cena.

Al caer de la tarde, según costumbre, nos dicen los santos evangelistas, púsose á la mesa el Redentor del linaje humano. Juan de Juanes, el insigne pintor, nos lo representa en su admirable cuadro del Museo Nacional de Madrid, vistiendo túnica violada y manto encarnado. Rodéanle los doce apóstoles, llenos de religioso amor, revelando sus rostros la inefable dicha de compartir con el excelso Maestro, los manjares de la Pascua.

«Ardientemente he deseado comer, — exclamó el Verbo hecho hombre — este cordero Pascual, ó *celebrar* esta *Pascua* con vosotros, antes de mi pasión.

» Porque yo os digo, que ya no le comeré otra vez hasta que la Pascua tenga su cumplimiento en el Reino de Dios. Esta es la última Pascua que celebraré con vosotros. Me voy al Cielo á prepararos otra Pascua ó banquete, que será el entero cumplimiento de esta Pascua figurativa. Voy á ser la víctima para la nueva y eterna Pascua de un pueblo nuevo.»

Y tomando el cáliz en sus deíficas manos, dió gracias á Dios y dijo: «Tomad y distribuidle entre vosotros; porque de seguro que ya no beberé el zumo de la vid, hasta que llegue el reino de Dios.»

Acabada la cena, tomó el pan, dió de nuevo gracias, partióle y dióseles, diciendo: «Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mía.»

Del mismo modo, tomó el cáliz y exclamó: «Este cáliz es la nueva alianza *sellada* con mi sangre, que se derramará por vosotros.»

Escuchaban absortos los apóstoles las celestiales palabras de Jesús; maravillábanse de la profundidad de sus conceptos, y del divino Sacramento que instituía, cuando fueron sorprendidos por esta sublime predicción: *Amen dico vobis, quia unus vestrum, me traditurus est.* «En verdad os digo, que uno de vosotros me hará traición.»

La impresión que estas palabras produjera en los apóstoles, concebióla con inspiración profundamente mística, el inmemorable Leonardo de Vinci en su fresco del convento de Santa María de las Gracias, de las cercanías de Milán.

Pinta Leonardo de mano maestra, la agitación que en todos producen las palabras proferidas. Juan, sobrecogido por el espanto que le causan, aparece en actitud desfallecida y desmayada; Pedro, pide, lleno de santa ira, el nombre del traidor; éste, sorprendido en su felonía, en vano trata de ocultarla con aparentes demostraciones de extrañeza y en tanto, aprieta con mano convulsa, la bolsa conteniendo el precio de su deslealtad; Bartolomé, llegado á la ancianidad, queda absorto, y Santiago el Mayor, síguele en igual actitud; en la extremidad izquierda de la mesa, en pie y en ademán interrogativo, parece Felipe expresar su afán de penetrar el sentido de las divinas palabras, que tanta consternación han producido; á la siniestra mano del Redentor, muéstrase con los brazos abiertos Tomás, sorprendido y revelando su protesta de inocencia; Tadeo, santamente encolerizado, se yergue empuñando un cuchillo; Simón abate su cabeza ante Jesús, demostrando amor y aflicción, y en grupo animado, de expresión vigorosa, comentan y se sinceran de la terrible sospecha, Mateo, Andrés y Santiago el Menor.

Todos se sinceraban; todos, contristados, preguntaban á Jesús: «¿Seré yo acaso, Señor?» y Él respondió: «Es uno de los doce, uno que mete conmigo la mano ó *moja* en el plato.

»Verdad es que el Hijo del hombre se va ó *camina á su fin*, como está escrito; pero ¡ay de aquel hombre, por quien el Hijo del hombre será entregado á la muerte! ¡Mejor sería para el tal hombre, el no haber nacido!

Antes de partir, díjoles Jesús: «Todos os escandalizaréis por ocasión de mí esta noche, según está escrito: Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas.

» Pero en resucitando, me pondré á vuestra frente en Galilea, en donde os reuniré otra vez.»

El fervoroso Pedro, le dijo entonces: «Aun cuando fueres para todos los demás un objeto de escándolo, no lo serás para mí»; á lo que le replicó Jesús: «En verdad te digo, que tú, hoy mismo, en esta noche, antes de la segunda vez que cante el gallo, tres veces me has de negar.»

Nuevas muestras de seguimiento y lealtad, expresóle Pedro en estas palabras: «Aunque me es forzoso el morir contigo, yo no te negaré,» é iguales protestas hacían los demás discípulos.

Y dicho el himno de acción de gracias, salieron hacia el huerto de las olivas ó de Gethsemaní...

⁂

En el mismo santo lugar donde celebróse el eternal Misterio se apareció el Divino Redentor después de su Resurrección, á sus discípulos, y en él se mostró, también, el Espíritu Santo, el día de Pentecostés.

Allí instituyóse, asimismo, según opinión de venerables autores, el Sacramento de la Confirmación, y allí consagróse obispo de Jerusalém á Santiago el Menor y fueron elegidos los primeros diáconos, entre ellos, San Esteban, y se congregaron y se separaron los Apóstoles para predicar el Evangelio por toda la faz de la tierra.

Andando los tiempos, el sacratísimo lugar ha sufrido vicisitudes sin cuento. Trocóló Santa Elena en Iglesia, la cual fué derruida por los infieles hacia el año 640; restablecíeronla los cristianos en 1044; aun subsistía en tiempos de Godofredo de Bouillon, que estableció en ella la orden de Religiosos de San Agustín. Posteriormente, mandó edificar un convento para los hijos del Seráfico Patriarca, Roberto, Rey de Nápoles y de Jerusalém, y en el día... está convertida en mezquita, y en élla se alojaba sacrílegamente, el sectario de Mahoma, Ibrahim - Bajá...

RAFAEL CHICHON

**Salve, salve,**
**cruz gloriosa,**
**dulce imagen**
**religiosa,**
**clara estrella,**
**luz del bien.**
**Humilde á ti llego, postrado de hinojos,**
**henchido mi pecho de amor y de fe;**
**de lágrimas tristes, que vierten mis ojos,**
**mezquino tributo te vengo á ofrecer.**
**Tú que el trono**
**fuiste un dia**
**del excelso**
**Redentor,**
**sé mi norte,**
**sé mi guia;**
**fortalece**
**el alma mia;**
**presta alivio**
**á mi aflicción.**
**De la suerte**
**y sus rigores**
**todo el cáliz**
**apuré;**
**pues ansiando**
**sus favores,**
**mis placeres,**
**mis amores,**
**perecieron**
**al nacer.**
**Por eso á ti acudo, contrito y lloroso,**
**la voz desoyendo del mundo falaz;**
**y en ti me refugio, buscando el reposo**
**que nunca mi espíritu logró disfrutar.**
**Porque eres, leño sacro, — en la engañosa tierra,**
**el sólo bien eterno, — la única verdad,**
**y así como tu vista — al pecador aterra,**
**ofrece siempre al justo — consuelo celestial.**

---

## SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO


Cubierta en color, de Francisco Masriera.

*Un cuarto de vino.* Caricaturas; por Xaudaró.

*A Mit-Sú.* Poesía y alegoría japonesa, originales de Francisco Tomás y Estruch.

*Tipo africano;* acuarela de Tomás Moragas.

*Un cuento... chistoso;* cuadro de Alvarez Dumont.

*La hermana de la Caridad;* cuadro de Triadó, correspondiente á un artículo de Francisco Oltra Dalmau.

Páginas en negro: *El torno.* Artículo de Eusebio Blasco, ilustrado por Sánchez Covisa.

*Especialista.* Artículo de Rafael Ruíz López.

*Notas de arte - Palestrina y Victoria;* artículo de Felipe Pedrell.

*El gran Inquisidor;* cuadro de Enrique Serra.

*La Cruz de los Cuchilleros.* Tradición granadina; por Francisco Villa-Real, con ilustraciones de Alvarez Dumont.

*Mtro. Alberto Cotó.* (Retrato).

*Sección de Sport.*

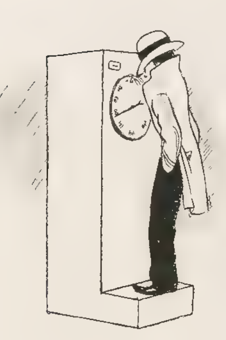
Mosaico.

Regalo. *La boda;* danza para piano, original del Mtro. Alberto Cotó.




Impreso por F. Giró — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Pujadas.

VARIACIONES DE PESO, por Xaudaró.



A los 3 meses pesará 30 kgs



Su mamá política se pone mala y pesa él 65 kgs.



Y cuando lleva luto de dicha señora, es probado ¡pesa 2.000 kgs!

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* § *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* § **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTÍCULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

| Año II | Barcelona, 16 de Abril de 1898 | Núm. 16 |
|---|---|---|

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*. — Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer. - Federico Balart.—Francisco Barado.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez —Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.— Narciso Díaz de Escovar.—Jose Echegaray —Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.— Francisco T. Estruch.— Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw. — Emilio Ferrari. — Carlos Frontaura —Enrique Gaspar —Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Ka abal)*. Jorge Isaachs.— Teodoro Llorente. Federico Madariaga.— Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida. - F. Miguel y Badía —Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce. — F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.— Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda. — Benito Pérez Galdós. — Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión. — Angel Rodríguez Chaves. — Joaquín Sánchez Toca. — Alejandro Saint-Aubín. — Antonio Sánchez Pérez. — P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.— Enrique Sepúlveda. — Luis Taboada. — Federico Urrecha.—Luis de Val.— Juan Valera.—Ricardo de la Vega. — Luis Vega-Rey. — Francisco Villa Real. —José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

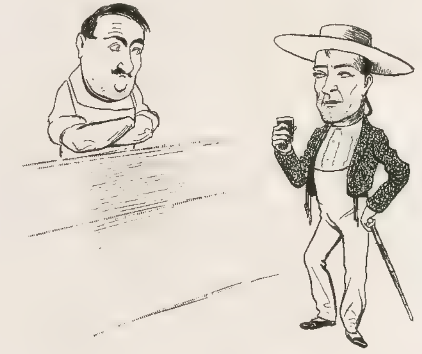
**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot. - Fernando Alberti.— Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija. - Dionisio Baixeras. - Mateo Balasch.— Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—MarianoBenlliure.— Juan Brull.— F. Brunet y Fita. — Cabrinety. — José Camins. — Ramón Casas.— Lino Casimiro Iborra. - José Cuchy.— José Cusachs.— Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez. - Juan Espina. Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre. - Francisco Galofre Oller.— Manuel García Ramos.— Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy —Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo. - José M. Marqués. Ricardo Martí. - Tomás Martín.— Arcadio Más y Fontdevila. - Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres. - Francisco Miralles. —José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa. José Parada y Santín. - José Passos.—Cecilio Plá. —Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.— Pinazo. — Manuel Ramírez.— Román Ribera.—Alejandro Riquer. - Santiago Rusiñol. - Alejandro Saint Aubín.— Sans Castaño.—Arturo Seriñá. - Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta. — Modesto Urgell.—Ricardo Urgell. — María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón. - Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí. Manuel Fernández Caballero. — Gerónimo Giménez.— Salvador Giner.— Manuel Giró. - Juan Goula.— Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.— Antonio Nicolau.— Felipe Pedrell. - Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

UN CUARTO DE VINO, por XAUDARÓ.



— *Jeche* V. un cuarto *é* vino!
— Qué tal corría maestro?
— *Mú* guena; *er* primer burel, berrendo en negro. ¡Venga *er* cuarto *é* vino!



— *Er* segundo, colorao, con unos pieses y una *intinción* que, vamos... que era un bicho *é cudiao'*




POESIA Y ALEGORIA JAPONESA, ORIGINAL DE F. TOMÁS Y ESTRUCH.

# EL TORNO

Tres inviernos seguidos pasé en San Sebastián, y vivía enfrente de la Inclusa, ó asilo de niños, ó como se llame...

Hace más de veinte años que escribí en un tomo de versos

El león con ser león
adora su propia sangre,
y el chacal con ser chacal
no vive sin sus chacales.
El tigre quiere á sus hijos,
la pantera es buena madre,
los buitres de las montañas
amorosos nidos hacen.
Y los hombres, con ser hombres,
han hecho una casa grande,
para almacenar los niños
arrojados á la calle!

Ganas me dieron durante el tiempo en que fuí vecino de los niños expósitos, de hacer grabar en una piedra estos pobres versos míos, y colocarla por sorpresa una noche á la puerta de la casa aquella, para que las monjitas que la administran la hubiesen encontrado á la mañana, encima del torno...

¡El torno! Allí estaba, enfrente de mis balcones. Allí está, solitario, con luz toda la noche, para que los padres desalmados sepan que no tienen más que depositar en él el envoltorio y quedar libres de cuidados!

En aquellas noches de espantosa galerna, en las que el viento apaga todas las luces, sólo quedaba en la desierta calle el portal aquel iluminado. Y desde mi cuarto, interrumpiendo el trabajo y apagando la lámpara, veía yo, detrás de las cortinas, llegar algo así como un fantasma negro, que miraba á todos lados con miedo, y después de convencerse de que nadie le veía, entraba, sacaba de debajo del mantón el envoltorio, lo colocaba en el torno, daba la vuelta y en seguida escapaba...

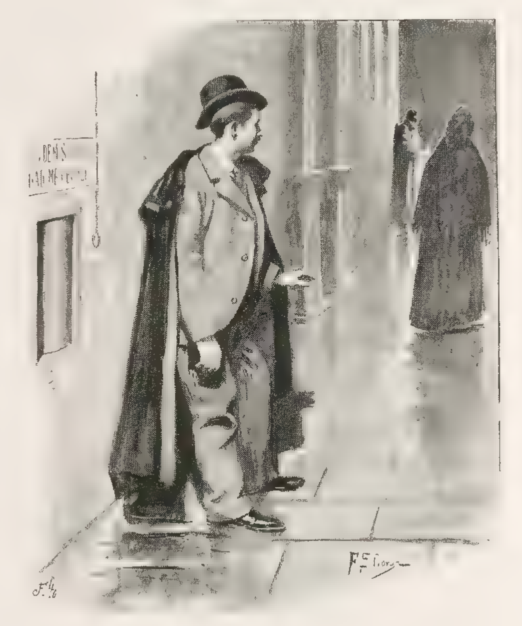
Siempre es una mujer la encargada del triste depósito.

¿Es la madre? ¿Es una amiga fiel de la madre que quiere ocultar el fruto de sus amores? ¡Quién sabe! Ello es que desde mi escondite nunca vi venir un hombre á traer niños recién nacidos al torno piadoso.



Eran, infaliblemente, mujeres con la cabeza oculta en un pañuelo negro, cubiertas con un mantón negro, andando deprisa, entrando deprisa, saliendo deprisa. Criminales de un instante, que van allí á abandonar para siempre al sér venido al mundo para no ser nadie.

Son las mismas que luego estarán á nuestro lado en la iglesia, en el paseo, en el teatro, tan tranquilas, creyendo haber hecho obra de caridad con dejar al niño en el torno. — ¡Por lo menos, vivirá! deben decir al depositarle allí. Algunas he visto, que, después de abandonar al ángel de Dios para siempre, aun tenían tiempo de persignarse y rezar algo que duraba dos ó tres minutos. Después... salían apresuradamente, y si por



casualidad se encontraban de manos á boca con el sereno, le huían, pasando á la otra acera.

Y el sereno no decía nada. Las veía desaparecer, y entraba en el portal y observaba si la vuelta al torno estaba bien dada y volvía á su paseo nocturno y el ruido de los pasos se perdía en la acera...

Noche hubo en que la aparición fantástica se repitió; era en un mes de Enero. No hacía media hora que había yo visto el primer depósito, cuando vi llegar al portal de la inclusa á otra mujer, recelosa como todas, trayendo debajo del brazo otro niño... El torno no había vuelto á abrirse, pero ella le volvió á poner en condiciones de recibir lo que traía... Aun no habían recogido desde adentro el niño anterior. ¿Había sitio para dos? Sin duda, supuesto que la segunda bruja colocó su lío, dió vuelta al torno y se marchó.

Allí quedaron las dos criaturas. ¡Dos amigos! Comenzaban la vida en idénticas condiciones. ¿De quién eran hijos? ¿Qué delito cometieron

*contra vosotros naciendo?*

para que las leyes, la sociedad, el mundo á cuyas puertas acababan de llamar, les condenara á vida de expósitos? ¿Eran hijos de padres ricos? ¿De obreras culpables? ¿De infelices mujeres seducidas? ¡Qué más da! Lo esencial es que allí quedaban juntos, en el hospitalario cajón de madera. Pocas horas después, les pondrán un nombre cualquiera; al cabo de quince ó veinte años serán obreros, menestrales, pasarán junto á sus padres en los paseos públicos, verán con odio á la sociedad que les dejó vivir para padecer. No tendrán más consuelo que el de ser cristianos. Las hermanas de la Caridad les educan con verdadero amor. A punta de día se les oía ya rezar á coro. La *salve*, cantada por las doscientas voces infantiles, resonaba en toda la calle. Los días de fiesta salen en filas á pasear por la orilla del mar, y el público les mira con cierta curiosidad especial, que no se parece á ninguna otra. Son los niños almacenados en una casa gran-

de, son hijos de muchos y de muchas de los que les contemplan al paso... ¡Ah! Si se pudiera en un momento fotografiar el pensamiento, grabar en una placa lo que piensan esos que pasean junto á los niños incluseros! En la placa saldrían cien veces grabadas estas cuatro palabras — ¡Cuál será el mío!

El vuestro, desalmados que engendráis hijos para arrojarlos al arroyo ó al torno, el vuestro formará parte de esa terrible legión de enemigos del mundo de mañana; porque los expósitos de hoy, al llegar á hombres, leerán y oirán lo que no oyeron ni leyeron los expósitos de ayer; porque el mundo va muy deprisa...

Pero, id á decir estas cosas á la obrera convertida en madre á traición, que considera como un pregón de su deshonra á aquel sér angelical cuya presencia en su hogar, tan bien reputado, le aterra... No, no; hay que sacarle de allí á toda prisa, antes que amanezca... Son las tres de la madrugada... no hay un alma en las calles... ahora es el momento! Y ahí viene otro fantasma negro, andando sin ruido, y buscando con espantados ojos el torno... Hela ahí, la confidente del trágico suceso de familia, acaso la madre misma... Detrás de mi cortina, la veo llegar como á las otras... esta tiene por lo visto menos prisa... saca su envoltorio... lo abre... antes de depositarlo en el torno lo colma de besos... ¡Llora! Pero se oyen pasos en la acera, algún jugador retrasado, algún marinero borracho... La desconsolada misteriosa deja su carga, da la vuelta al torno, sale precipitadamente... El borracho la ha visto... la ha visto correr. - Juraría... juraría que es la Teresa! y se tambalea y se apoya en la pared y quiere coordinar sus recuerdos; pero no puede, sólo recuerda el nombre... ¡Teresa! ¡Teresaa!

El fantasma se ha ido. En la calle, un silencio mortal; allá á lo lejos, ruido de truenos... ¡Oh, qué manera de nacer! ¡Que Dios te haga feliz, oh niño desconocido!

EUSEBIO BLASCO

# ¿LADRÓN?

RAIMUNDO, joven de 25 años, pertenecía á la aristocracia financiera. Era hijo único de un opulento banquero. Azares del *bacarrat* y *treinta* y *cuarenta*, cuadras de caballos de carreras, viajes en *yacht*, el entretenimiento simultáneo de cuatro ó cinco mujeres de *virtud dudosa*, y una vida desenfrenada, hacían decir á las gentes que la fortuna del padre de Raimundo vacilaba y que no tardaría en llegar la *suspensión de pagos*.

Creía todo el mundo que Raimundo era *capaz de todo;* pero en su historia de calavera no había un *hecho concreto* que la deshonrara.

Raimundo tenía, entre millones de vicios, una gran virtud.

El amor á su padre.

Más que amor, lo que sentía por él, era adoración, idolatría.

Además, estaba locamente enamorado, según pública voz y fama, de la modesta y bellísima hija de un obscuro tenedor de libros, con cuya hermosa joven pensaba contraer matrimonio, y retirarse en absoluto del mundo, en cuanto la sagrada unión se celebrara.

No ocultaba Raimundo esos amores; antes al contrario, se envanecía confesándolos, y aseguraba á todos cuantos querían oirle, que, viejo y cascado su padre y quebrantada su fortuna, iba á *recoger velas* en cuanto se casara, y á vivir cómoda y tranquilamente en el campo, con los residuos de la gran fortuna, tan pronto como Dios bendijera aquellos castísimos amores.

Como dicen los autores de novelas, corrían los primeros días del mes de Enero. En una de aquellas noches serenas que suelen seguir á la de Reyes, festejaba con una gran recepción, su cumpleaños, la condesa de ***, en su hotel suntuoso de la Castellana.

Raimundo, como de costumbre, por su juventud, su hermosura varonil, su desenfado, y lo agudo de su ingenio inagotable, era el rey de la fiesta. Estaba encargado de dirigir el cotillón, porque era maestro en estas cosas del gran mundo. A pesar de ello, las gentes le miraban aquella noche con cierta pena y un si es no es de verdadera y sentida compasión.

Todo el mundo se hacía eco, secretamente, de las malas voces que corrían. Asegurábase que reveses de la Bolsa habían dado el traste con los restos de la fortuna del padre de Raimundo, el cual iba á ser *embargado*, á la mañana siguiente, por la miserable cantidad de *sesenta mil pesetas*.

Claro es que entre aquella gente acaudalada y lisonjeada, la suma de *sesenta mil pesetas* era despreciable.

Iba á empezar el cotillón; se había cenado espléndidamente. El brigadier X — hoy general de brigada — no sintiéndose bien de sus dolores reumáticos, resolvió dejar el hotel, antes de que terminara la fiesta. Despidióse de la condesa, y cuando en la antesala se le ponía el gabán de pieles, notó con asombro que le faltaba una cartera en la cual había llevado *sesenta mil pesetas*, ganadas *delante de Raimundo*.

Hombre irascible, se le amontonó la sangre en la cabeza, y, después de increpar duramente á los criados, dió conocimiento de lo que ocurría á la condesa que, poco diplomática y tan falta de buen sentido como el *delator del crimen*, publicó el suceso; mandando cerrar las puertas del palacio y dando orden al *maître d'hôtel* de que se *registrara á todo el mundo*.

Todos los labios pronunciaron la siguiente frase: *Que me registren. A mí que me importa. Yo no he robado; conque...*

Todos dijeron lo mismo; todos menos Raimundo. Este lo que dijo fué, lleno de cólera: *Al que duda de mí, al que me ponga la mano encima... le pego un tiro. El que se deja registrar no tiene vergüenza.* ¿Para qué quiero yo SESENTA MIL PESETAS?

Para *salvar al padre*, dijeron todos, allá en sus adentros.

Contra Raimundo había un detalle aterrador. Un bulto grande que llevaba en el bolsillo del pecho del frac. *Es la cartera*, se decían unos á otros, aparte, por supuesto, como se hace en las comedias.

Cuando era mayor la estupefacción, se presentó en el salón el *maître d'hôtel*, diciendo que *la cartera con los 12,000 duros* HABÍA PARECIDO detrás de un mueble de la antesala. *Se conoce que el señor general* AL QUITARSE EL GABÁN...

Todos mostraron satisfacción inmensa. Sólo en Raimundo no produjo la nueva más que indiferencia y asco.

—¿Por qué han dudado de mí?

—Como llevas ese bulto en el bolsillo del frac...

—Pues mira. Es un papel de emparedados que he *suprimido* en el comedor para llevárselos á mi novia. ¡Le gustan mucho, y los hace tan exquisitos el repostero de la condesa!... También á mi padre le gustan mucho. La mitad es para él. *¡Così va il mondo!*

† RAFAEL M.ª LIERN



CABEZA DE ESTUDIO, POR SIMONET GUILLÉN.

TIPO AFRICANO. — Acuarela de Tomás Moragas.

# EL ESPECIALISTA

Larga y triste es la noche! Negro, con negrura de paños funerales el cielo, sin luz la tierra; nos acosan sombrías lobregueces; gime el espíritu, al ser vencido por las tinieblas; siente el pecho escalofríos espeluznantes; como impulsado por violenta fuerza, se agita el corazón; el cerebro... un caos, en donde bullen y bullen las ideas en revuelto montón; parece reina el más absoluto silencio y, sin embargo, percibe el oído angustiosos gritos de muerte, infernal algarabía que hiela la sangre y pone de punta el cabello; se espera con ansia el día y el reloj va marcando los segundos lentamente, con una lentitud irritante... ¡Oh, noche; triste y larga noche!

Y el doctor se pasea de un lado á otro de su despacho, agitado, nervioso, convulsivo, con las manos cruzadas á la espalda, y más que cruzadas, estrujándose una á otra con verdadera rabia, con rabia salvaje, como si fueran de distinto cuerpo, como se estrujarían frenéticos, sañudos enemigos; fruncida la frente, sin movimiento los ojos; mirando con estúpida fijeza un no sé qué; precipitada la respiración; cubierta la cara de densa palidez; la actitud de aquel hombre es la de un vencido en el colmo del abatimiento.

No, no es ese el estado habitual del doctor. Si le hubieráis conocido antes, cuando entraba en una casa con la sonrisa en los labios, llevando consigo la esperanza de las madres que tenían enfermita á la pequeña, al ser más querido de la familia; si hubierais visto con que dulzura trataba á los dolientes... ¡entónces sí que era simpático el doctor!

Pero ahora, hay algo que no le deja descansar tranquilo; la sonrisa ha huido de sus labios y su hermoso rostro de pensador rebosa amargura por todos lados.

—¿Qué ocurre?—pregunta á su señora que acaba de entrar en el despacho, andando pausadamente, con sigilo, como temerosa de hacer el más pequeño ruido.

—Las niñas siguen malitas, muy malitas, cada vez peor; la respiración se hace por momentos más dificultosa; se niegan á tomar los medicamentos, no pueden tragarlos; la difteria, la maldita difteria parece empeñada en ahogar á aquellos dos ángeles de melenitas rubias, carnes sonrosadas y ojos azules. ¡Qué iba á ser de ellos sin aquellas pequeñuelas, puras alegrías del matrimonio feliz!

La voz de la señora fué ahogándose poco á poco, hasta que acabó por no ser sino una continuación de entrecortados sollozos. A borbotones sale el llanto de los ojos de la afligida madre... ¡Cuántas lágrimas, Dios mío!

Quiere hablar el doctor, y sus esfuerzos resultan inútiles: no puede articular palabra. ¿Y para qué? ¿Acaso la expresión grosera é insuficiente de las necesidades de la materia puede servir de consuelo al espíritu martirizado por el más grande de los dolores? A más, si aquel hombre se hubiera atrevido á abrir la boca, ahogada la voz en la garganta, hubiera terminado indudablemente en un gemido, dolorosa manifestación del estado de su alma.

Pues ¡ahí era nada lo que ocurría en aquella casa!

Dos ángeles rubitos; dos niñitas que al verlas pudieran tomarse por el símbolo de la belleza delicada; dos creaciones perfectas... Pero, aunque no fueran tan bonitas ¿qué importaba? Eran las dos hijas de aquel feliz matrimonio; una de cinco años, la otra de tres... ¿Quieren los padres menos á los hijos porque éstos sean feos? Las niñas del doctor eran como queda dicho, bonitas, muy bonitas... y ¡se morían!

El reputado especialista en enfermedades de la garganta, había devuelto la vida á más de un pequeñuelo, ejecutando, con acierto verdaderamente asombroso, esa operación que los médicos llaman *traqueotomía*; muchas madres aseguraban, que nunca, ni aun besando la tierra que pisaba, hubieran pagado al sabio galeno lo mucho que le debían; por él, por su amor ferviente á la ciencia, por la agilidad de su certera mano, muchos padres podían acariciar á sus hijos y verles correr alegres de un lado para otro, entretenidos en inocentes juegos; y ahora...

Está seguro de que aquella es la última noche para las enfermitas de su alma; la pena le ahoga, como á sus hijas la maldita difteria; no se atreve á ejecutar la difícil operación... y por su frente pasan ideas de cortarse la mano derecha y arrojarla con desprecio á la calle, puesto que para nada le sirve en tan aflictivas circunstancias.

¿Otro médico?... No, no le hay en el pueblo... Los más cercanos no se atrevieron jamás á realizar tan difícil empresa. ¿Medicinas?.. las más eficaces no sirven más que de paliativo.

La *traqueotomía* se impone; sin élla los angelitos no llegarán á la madrugada.

La madre ha vuelto á la habitación donde sufren las pequeñas, y él... él no hace otra cosa que pasear impaciente, entrar y salir, y ver con horror los progresos de la enfermedad.

—¡Carlos! ¡Carlos! ¡Se ahogan, Dios mío!! Y tú... ¿No puedes hacer nada?

—¡Oh, calla, calla! ¡No me recuerdes que he salvado á hijos de otros, y que no puedo salvar á los míos! Con aquellos no me temblaba la mano, nada temía; mi espíritu estaba tranquilo, porque iba á conseguir un nuevo triunfo para la ciencia.. Pero ahora... Oye: un milímetro más de incisión, y la sangre entraría en los pulmones; una alteración en el pulso, por insignificante que fuera, me haría profundizar más de lo necesario... y atravesaría la tráquea, interesando el esófago... ¡Oh! Por todas partes la muerte fatal, inevitable! Mi mano tiembla... y no puedo evitar su temblor... y asesinaría á mis hijas por salvarlas... ¡Hágase la voluntad de Dios!

Esta frase final no era la esperanza ni la conformidad. ¿Cómo iba á ser eso? ¡Era el grito desgarrador de la impotencia!..

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Cuando la luz mensajera del nuevo día fué llenando la habitación, todo había terminado: dos ángeles habían subido al cielo; y Carlos, abrazado á su esposa, sollozaba amargamente... mientras pasaban por su cerebro ideas de cortarse la mano derecha y arrojarla á la calle con desprecio.

Rafael RUIZ LOPEZ

ALVAREZ DUMONT

UN CUENTO... CHISTOSO

# NOTAS DE ARTE

## PALESTRINA Y VICTORIA

La personalidad artística de Victoria, nuestro insigne maestro abulense, adquiere singular y encumbrada significación considerado como contemporáneo de Palestrina (en igual lapso de tiempo se hallan ambos colocados al frente de las dos capillas de música romanas más famosas) y comparado con el fundador de la escuela romana.

La gran figura de Victoria admite la comparación que resulta de esa contemporaneidad, y no sólo la admite sino que la reclaman de consuno la historia del arte, la crítica y el honor de la patria.

Realízase en aquella lejana época lo que me atreveré á llamar un *summum* histórico. Los que estamos al cabo de la cuestión, comprendemos perfectamente, que pudieran coexistir sin confundirse, lo mismo las escuelas romana y española en su campo de acción general que la neerlandesa y la española en su campo de acción parcial dentro del período de intervención de la neerlandesa en nuestra patria. Los que estamos al cabo de la cuestión, digo; porque es difícil hacer entrar la convicción en el ánimo de los que, ni por sentimiento, ni por análisis frío, no pueden comprender que los distintivos de raza han dejado algo en cada escuela de manera que unas y otras, y aquellas notoriamente, hayan podido afirmar su individualidad sin estorbarse ni empequeñecerse en su libre acción y espontánea tendencia.

Diríase que el mismo contrapunto de los neerlandeses dejara, al aspirar el perfume de las tierras de España, sus angulosidades de forma y sus severidades de fondo allá en las orillas del Escalda. Llegan los maestros de la Neerlandía, que trajo Felipe el Hermoso, y lo mismo éstos que los que permanecen aquí hasta muy andados los tiempos del reinado de Felipe II, moderan sus rigores de escuela al influjo del sol del Mediodía, y le sucede al contrapunto lo que á la ojiva, que al contacto de nuestro suelo se modifica, se afiligrana, se evapora, esculpe sus taraceados sobre nimbos de luz, y levanta en León y en Burgos aquellas ideales inmensas cristalizaciones de piedra, que se han llamado «la música del espacio». No sé quien ha dicho que hasta los mismos santos sonríen en nuestro suelo. El misticismo de las desolaciones bíblicas transfórmase bajo el cielo azul de España en el misticismo de las esperanzas: el terrible *Dies iræ* truécase en la *Llama de amor viva*: la *Imitación de Cristo* y el *De profundis* en el *Castillo interior* ó las *Moradas*. A la manera de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz, Victoria y nuestros grandes maestros son músicos poetas místicos en sus concentos, y saben hallar en la exaltación de su alma el acento de aquella música única que, habiendo hallado su expresión justa y su sublime belleza en la interpretación de la divina palabra, permanece inmutable como aquellas bellezas primitivas, inspiradoras de todas las bellezas posteriores

Victoria, han dicho propios y extraños, se aproxima más al estilo moderno; es más correcto y más fluido que Palestrina, porque evita con finezas de arte superior las falsas relaciones y choques armónicos que éste no creía necesario evitar. Palestrina, en medio de su misticismo, salvo en los *Improperios* y en otras inspiradísimas composiciones, escritas en el estilo de esta obra, no hace olvidar jamás al *madrigalista*, (los bien avisados ya saben lo que quiero decir con esto). Mas estas razones técnicas de puro régimen didáctico no tienen gran valor para el caso. Hay otras razones de diferencias características que importa consignar. Examinando con atención y sin preocupaciones nacionales de escuela las composiciones de Victoria, nada ofrecen al primer aspecto que no pueda confundirse con las obras creadas en igual época y nacidas de no importa que escuela. Es la misma música de Palestrina, sí; no cabe dudarlo. Las modulaciones, el fraseo, la armonización de los modos gregorianos, el empleo de las disonancias, algo más acentuadas en Victoria, las fórmulas finales, el dialogado y entrecruzamiento de las voces, todos esos elementos se emplean como en las obras de Palestrina. Hay en ellas, además, la misma dulzura, la misma amplitud y expansión armónica. Penetrando más íntimamente, sin embargo, en el sentido del pensamiento musical; entrando por entero en las ideas é intenciones del compositor, en los *atrevidos intentos* de su concepción, como Victoria mismo los llama en una de las Dedicatorias de sus obras; no dejándose dominar ni influir por la semejanza de formas y, especialmente, por las disposiciones vocales propias del estilo polifónico, se observa con alegría que hay aquí algo nuevo, algo que el arte no había podido producir todavía, una expresión más fuertemente acentuada, hija de no se adivina qué desasosiego interior, algo más dramático y más sentido, algo así como una aspiración á producir un efecto por la virtud expresiva del texto, algo, en fin que se revela precisamente en aquel punto y hora. Siéntese que no está lejos el drama lírico. No parece sino que los esfuerzos tentados por los *monodistas* de Florencia para resucitar la tragedia antigua aplicándola á la creación de una *musica nuova* han despertado en Victoria un sentimiento más profundo del arte. No parece sino que vibra una cuerda muda hasta entonces, que una mano tímida y poco ejercitada ha hecho resonar débilmente.

Palestrina no desea conmover como Victoria. La actitud de aquél, en la voz de la plegaria litúrgica, es sumisa y dolorosa: la de éste, sentida y llorada. Aquél, fuera de toda preocupación ajena á la misma plegaria, es más compungido y, si se quiere, más tranquilo (1). Este, presa su alma de suaves deliquios se exalta como Juan de la Cruz: oye «aquella música que se escucha en las noches puras» y se llama «la música de los cielos», porque «con callar en ellas los bullicios del día, y con la pausa que entonces todas las cosas hacen, se echa claramente de ver, y en una cierta manera se oye su concierto, que compone y sosiega el ánimo». Como Juan de la Cruz, poeta como él, Victoria veía en la parte expresiva de los textos aquellos «ojos de adentro y de afuera» y oyendo sonidos como de multitud de conciertos, que significaban muchos sonidos en uno, estremecíase escuchando «los batimientos de alas» de aquel sonido inefable y eterno «que era como sonido del altísimo que al caer embiste al alma en llama de amor .

Al extasiarnos contemplando aquellos artificios de luz de las composiciones del gran maestro español, el oído *ve* y percibe la sensación de las sombras y las tibias claridades que su alma de músico poeta-místico viera y percibiera: aparece compacto y solemne cuando quiere proyectar una sombra espesa, y amplificado, lleno de transparencias sonoras cuando estalla en aquellas grandilocuencias vocales en las que se cree ver penetrar un rayo de tamizadas luces que caen de las estrellas. En todas las composiciones de Victoria se halla lo que en lenguaje técnico se llama la nota justa. Sabe encontrarla siempre, y puede asegurarse con orgullo, porque ha experimentado la emoción religiosa del texto y la mezcla de ansias, terrores, deliquios y esperanzas que ha de comunicar al alma de sus oyentes. Por eso, las tendencias expresivas y dramáticas de su música crearían uno de los elementos de la tragedia lírica de los *monodistas* florentinos; (1) y por esto, era uno de los contados en su siglo que podía cantar y magnificar el drama de la Cruz (2): las responsiones del relato de los Evangelistas Mateo y Juan, los trenos de Jeremías, ese milagro de inspiración litúrgico-musical que se llama *Officium Hebdomadæ Sanctæ*, dan valor á mi afirmación.

El meritísimo apologista Monseñor Proske expuso con verdadero desapasionamiento opiniones muy dignas de tenerse en cuenta. Apelo á su juicio, porque sería sospechosa mi afirmación, aun poseyendo autoridad más alta que la del insigne colector de *Musica Divina*, por pocos superada, y á su autoridad me remito, porque en puntos de discusión como el presente, se razona por impulsos de sentimiento y no por sugestiones inspiradas en el análisis técnico, que son malas consejeras si, además, han sido preconcebidas. A esto venía á parar, precisamente, á consignar como Proske lo que siempre he afirmado y sustentado al tratarse de Victoria, hoy más que ayer, viendo con satisfacción crecer, extraordinariamente de día en día, su figura de coloso: «Que este maestro, además de la nobleza característica del *estilo español*, poseía por admirable manera el arte de la escuela romana: que entre todos los compositores de la escuela romana *á nadie se le reconoce tanta pureza de estilo:* que éste era natural y *más sólido que en Palestrina*, especialmente en *lo típico:* que poseía *originalidad y subjetivos medios de expresión propios:* que en el empleo de esos medios *conservó siempre su individualidad*, y tanto es así, que *de ningún modo puede confundírsele con sus contemporáneos, y aunque sus composiciones difieran unas de otras son reconocidas con facilidad.*

Mis afirmaciones y mi convencimiento acerca de lo que distingue á Victoria de Palestrina se apoyan precisamente en esto que el sabio Proske llama *lo típico, lo característico, los subjetivos medios de expresión propios*, en una palabra, en *la individualidad* prepotente y soberana de Victoria, inconfundible con ninguna otra, porque en ella se halla lo propio, la tradición constante, el carácter persistente y general de otras manifestaciones artísticas homogéneas; porque en ella las formas nativas, *lo típico, los subjetivos medios* son hijos del genio de la raza y de su temperamento; porque, para decirlo de una vez, «si en ella el molde es común, el fondo se ha modificado por el sello particular; si el sistema, la manera son idénticos, la inspiración es peculiar .

«Sin el menor defecto en la pureza de la melodía y la armonía» (son palabras de Proske), «hay en su música un sentimiento tan sublime de piedad que inspira devoción: no hay en élla el más ligero tinte profano y esto hace que parezca imposibilitado para producir otra clase de composiciones que las sagradas. *El gran sacerdote español»* — añade — *«se distingue por su ternura, fuerte concepto y vigoroso estilo, serena y majestuosa dignidad, que reflejan en él una verdadera estrella del pasado»*.

Baini, el biógrafo de Palestrina, aunque á su manera, hace buenas mis afirmaciones y da fuerza á mi profunda convicción. No aseguraré yo que fuesen conocidos y discutidos filosóficamente bajo el punto de vista del arte los distintivos de las nacionalidades musicales allá en el siglo XVI: precisamente asomaban en aquella época y, aunque discutidas en otro sentido, producían hondas discusiones entre los cantores de la capilla pontificia las excelencias y méritos de los compositores, según á la nación á que pertenecía cada grupo de cantores flamencos, franceses, italianos ó españoles. Y digo esto, porque, según escribe Baini con frase impropia de un historiador desapasionado, ciertas composiciones de Victoria eran criticadas lo mismo por los

---

1) El director del Conservatorio de Gante, Mr. Edolfo Samuel, escribía, no ha mucho, en una interesante carta dirigida al director de *Le Guide Musical*, lo siguiente: *Palestrina, par endroits si séraphiquement beau, je le trouve, l'avouerai je?... un peu impersonnel, exprimant le sentiment plutot du prêtre à l'autel, que celui de l'assistance*

1) Expuse hace años esta opinión en una conferencia dedicada á Palestrina y Victoria, considerándolos como precursores del drama lírico moderno, que pasando por la tragedia lírica de la *camerata*, ha venido á parar en los reencuentros del Wagner depurado del *Parsifal*. Los distinguidos musicógrafos Hipólito La Valleta y Julián Tiersot han robustecido posteriormente mi opinión, conculcada con soberbios toques por Romain Rolland en su *Histoire de l'Opéra en Europe* (Ernest. Thorin, París 1895, página 29).

2) Contenido naturalmente, lo mismo que Palestrina, dentro de ciertos estados del alma, el dolor, la tristeza, la ternura, las emociones temperadas, como escribe Rolland en la obra citada.

flamencos que por los italianos: decían aquéllos que eran *generate da sangue moro* y éstos las escarnecían como *bastardume* de español italianizado. Baini, que sólo veía por los ojos de Palestrina, se complace en sacar á relucir todos esos cuentos de madre y suele comentarlos á su manera. Véase la muestra. «Si tales ó cuales composiciones» — decía de aquellas de Victoria que criticaban los flamencos é italianos — si tales ó cuales composiciones no son de estilo flamenco, *son troppo di sti*

pecar por excesiva abundancia de artificios, inútil repetición de palabras, falta de variedad, una fatigosa monotonía», y así por el estilo. De todos modos es curiosísima la opinión de los contemporáneos militantes de Victoria y no menos curiosa la de Baini, á pesar de sus intemperancias. Las composiciones *generate da sangue moro*, y el *estilo demasiado español* ¿no revelan algo en abono de *lo típico* y de los *subjetivos medios de ...sión* de Victoria, según la frase del meritísimo Prosk...

En rápidas pinceladas y firmes toques podría trazarse la semblanza artística de Palestrina y Tomás Luis de Victoria, haciendo exacto é íntimo análisis de su genialidad respectiva en la música religiosa. En esta semblanza se vería claramente la distinta fuerza, el diverso calor, la diferente alma de uno y otro. Comprenderíase plenamente el empuje de altísima inspiración de Victoria, y el misticismo, ó mejor el extático deliquio lleno de arrobos inefables de Palestrina. Y se le alcanzaría perfectamente, á quien juzgase con la doble vista del sentimiento, que el primero hubiera sido un Wagner á haber venido en tiempos posteriores y encontrarse con el elemento pasional que á la música ha aportado el drama humano, al paso que Palestrina nada ó muy poco hubiera ganado con aparecer en nuestros días, salvo la diferente orientación que hubieran sufrido sus esfuerzos encaminados entonces á domeñar la rebelde tonalidad de la música antigua y que hubieran ahora sido aplicados á purificar y moderar ciertos desvaríos y excesos de la moderna.

Pero no apuntando tan alto, el concepto que sugiere la lectura y audición de las obras de ambos maestros, más bien que al fondo de la inspiración podría referirse á la forma de su estilo respectivo, á la contextura musical, á la factura. Aun así se figuraría uno que las composiciones de Victoria habían de tener más rapidez, más lejana intención, movimiento más agitado, armonías llenas y atrevidas y transiciones más geniales, más personales y espontáneas que las de Palestrina. En las de éste le parecería ver, sin perjuicio de su facundia y número, mayor dificultad, mayor laboriosidad y, si se quiere, hasta mayor esfuerzo penoso en el trabajo, menos atrevimiento y genialidad. En una palabra, las composiciones de Victoria tendrían mayor unidad de idea y, si puede decirse así, mayor lógica musical: al paso que las de Palestrina, más complejas, más supeditadas á las formas corrientes y de mayor número, estarían sostenidas más bien que por la fuerza de la idea por el calor del sentimiento místico, tímido aunque concentrado previamente. Palestrina semejaría un coro de ruiseñores, que entrebañados en la selva por los rayos del lejano sol naciente, cantan la alborada con entrecortadas pero inefables melodías; mientras que Victoria sería el águila caudal que cerniéndose en los elevados espacios, clavada en el sol de hito en hito su mirada, se precipita en raudo vuelo hacia su presa, esto es, al efecto dramático que se propone producir.

FELIPE PEDRELL

ENRIQUE SERRA



EL GRAN INQUISIDOR



# LA HERMANA DE LA CARIDAD

Entre todas las asociaciones de carácter filantrópico y humanitario existentes en nuestros días, ninguna goza de tanto prestigio como la que fundó en Francia, á mediados del siglo décimo séptimo, San Vicente de Paul; bien es verdad que otra ninguna tenía una misión tan santa ni la ha cumplido con igual religiosidad.

Inspirado en las sublimes máximas del Evangelio, con la elocuencia que presta una verdadera convicción, consiguió el santo fundador de la Orden, que la aprobara el cardenal Retz, á la sazón arzobispo de París, que la autorizara dos años después el gran rey Luis XIV y que más tarde en (1660) la confirmara el papa Clemente IX.

Las *siervas de los pobres,* pues con ese nombre eran conocidas en su origen las afiliadas en la religiosa institución á que nos referimos, aun cuando hoy se las da vulgarmente el que encabeza estas líneas, distínguense de las monjas reclusas en que sus votos son simples y por un tiempo limitado, pudiendo renovarlos al terminar éste ó renunciar á ellos, si lo estiman oportuno; caso de que, en honor de la verdad, se ven contados ejemplos.

Desde la remota fecha en que empezaron á ejercer la más hermosa de las virtudes, no han desmayado un solo instante en el cumplimiento de su angelical misión; consagrándose, con un celo sin límites, á la asistencia de enfermos, al amparo de niños abandonados y á la enseñanza de aquellos á quienes el destino sumió en mísera orfandad; inmolando todas ellas su juventud, su belleza algunas, y muchas otras, las dulzuras de una elevada posición social, por el único placer de endulzar las penas de sus semejantes... ó compartirlas al menos.

No tardaron en ser apreciados debidamente los benéficos resultados de aquella magnánima hermandad, sobre los cuales huelga nuestro encomio, porque aun se ven y tocan, en la época presente; nos basta consignar que extendióse con rapidez asombrosa, ensanchando su radio de acción hasta los hospitales, manicomios, inclusas, casas de maternidad y de asilo... donde sus individuos podían prestar al prójimo, sin distinción de edades ni clases, desinteresados auxilios ó eficaces consuelos.

No hay palabras con que enaltecer la sublime abnegación de las que siendo débiles, por el sexo, han venido dando, durante dos largos siglos, ejemplo de una fortaleza inconcebible, para sufrir las mayores penalidades, siempre que se ha tratado de aliviar las ajenas; mártires voluntarias que, contra las corrientes imperantes, creen que la caridad bien ordenada debe empezar por los demás.

¡Cómo no merecer el respeto y la admiración universal esas caritativas mujeres que voluntariamente se retiran á una vida pobre y obscura, y se dedican con maternal cariño á la educación de la infancia desvalida; inculcando en el alma de las inocentes criaturas los sanos principios de la virtud y la moral, para que sepan sobrellevar con valor ó resignación la pobreza que han heredado y sus consiguientes amarguras!

¡Quién que sienta en su corazón un solo hálito de humanitario sentimiento, no bendecirá instintivamente á esas celosas enfermeras, cuando, en vela una y otra noche, junto al lecho del que sufre, le sirven con mano cariñosa el medicamento prescrito por el médico, mientras rezan en voz baja, para que el cielo le devuelva la salud perdida!

Y sin embargo, esa Francia que blasona de marchar á la cabeza de los pueblos civilizados, patria de aquel ilustre apóstol de la caridad y cuna de tan cristiana institución, cayó, no ha mucho tiempo, en el error incomprensible de suplir con gente seglar y mercenaria á las bondadosas hijas de San Vicente de Paul.

¿Y qué sucedió? Lo que había de suceder: todos los servicios se resintieron, hasta el punto de infundir desconfianza ó temor á los pobres su estancia en los establecimientos benéficos, á donde antes acudían con halagüeña esperanza;... tanto que, aleccionados por una experiencia desconsoladora, los mismos sabios que abogaron en pro de la asistencia laica fueron los primeros en pedir que se reintegrara en sus buenas funciones á las hermanas de la Caridad.

Por fortuna, en nuestra España, las falsas ideas de un progreso mal comprendido, no han aconsejado nunca á los poderes públicos tamaña ingratitud.

La hermana de la Caridad es el lazo que une á la criatura con su Hacedor; el canto dulce y amoroso que suena en torno de una cuna abandonada; la fraternal plegaria que responde al estertor del que agoniza, el suspiro de un alma pura que acompaña hasta el dintel de la celeste morada el suspiro postrero del que ha dejado de existir.

Vedla en el hospital, afrontando serena los rigores de la contagiosa peste; vedla también en el campo de batalla desafiando impávida el homicida plomo. Todo es lúgubre allí; la tierra está sembrada de cadáveres, desgarradores gritos pueblan los aires. Ella marcha sin vacilar hacia su elevado fin, y exclama, buscando solícita un sér viviente entre tantos muertos: «héme aquí, que vengo á morir con vosotros; pero mientras Dios conserve mi existencia, á vuestro lado estaré, para curar de rodillas, con mis delicadas manos, vuestras crueles heridas.» Y luego, inclinada sobre un cuerpo casi inerte, despedazado por las balas enemigas, infiltra con dulcísimo acento y henchidos de lágrimas los ojos, en el alma del moribundo, un último rayo de esperanza: el de la gloria eterna.

¡Benditas seáis, mujeres privilegiadas, que en medio de las mezquinas pasiones que aprisionan á la humanidad, conserváis incólume la grandeza de la Orden creada por el más caritativo de los santos, y sostenéis á tanta altura el noble estandarte de vuestra sagrada misión en la tierra! ¡Bendito sea el tesoro de bondad y ternura que encierra vuestro hermoso corazón!

Con el mismo entusiasmo que nosotros en este momento, os bendicen cada día y á toda hora, las desconsoladas madres de los miles de héroes que en mortíferos climas luchan con denodado esfuerzo por la integridad de la Patria; os bendicen, porque saben que allí estáis vosotras, desviviéndoos por ellos .. como si fueran vuestros propios hijos.

F. O. D.

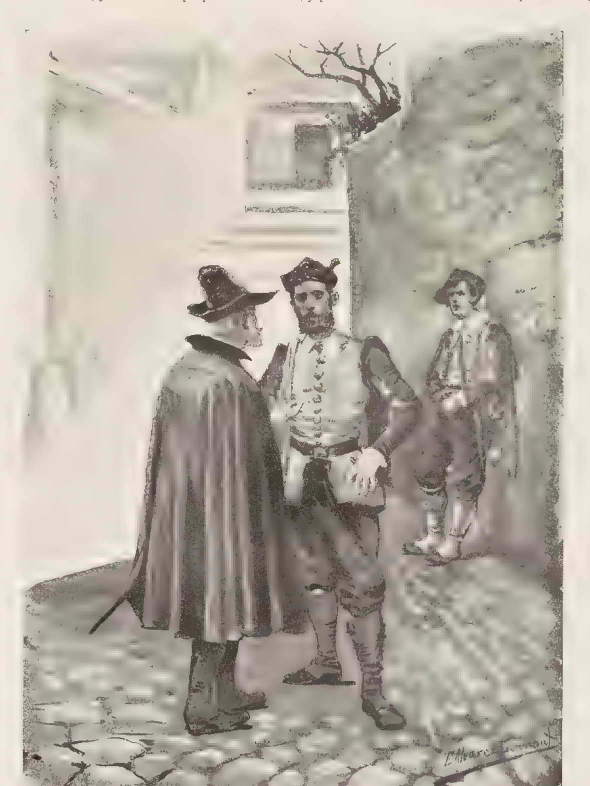
# LA CRUZ DE LOS CUCHILLEROS

TRADICION GRANADINA

DEDICADA AL EXCMO. SR. DON JOSÉ MORENO MAZÓN, ARZOBISPO DE GRANADA

Por espacio de tres siglos, ha podido verse en la plaza Nueva de Granada, por la parte que mira á lo que hoy es desembocadura de la calle de los Reyes Católicos, una hermosa cruz de mármol blanco, sin inscripción ni señal alguna, ni otro adorno que un corazón atravesado por un cuchillo, esculpido en el pedestal de la referida cruz.

Siempre llamó la atención este monumento y su signo característico; y de tiempos atrás fué conocido con el significativo nombre de *la Cruz de los Cuchilleros*, ya por aquel adorno que la distinguía, ya por estar colocada en frente de la cuestecilla que de antiguo daba acceso á la calle de Gomérez y á la Alhambra, titulada *de los Cuchilleros*, ya también porque en la mente de todos los granadinos vagaba y se repetía una tradición romántica, á la par que aterradora, sobre la colocación de dicha cruz, que, desde tres siglos ha, había despertado la admiración y la curiosidad de todos.



Repasando añejas historias, rebuscando en el inmenso arsenal de las leyendas granadinas, pude tropezar con el origen de aquélla, y, sin variar su esencia, la ofreceré á los lectores de ALBUM SALÓN, adornada con los ropajes de la fantasía y del detalle; pero, de modo que no menoscabe en lo más mínimo la verdad de su fondo tradicional histórico

***

Corría el año de 1569. El grito de rebeldía de los moriscos, iniciado primero en el Albaicín de Granada, repercutió más tarde en las agrestes Alpujarras; y un converso de la primera nobleza, el caballero Venticuatro de la ciudad de Granada, don Fernando de Válor, por cuyas venas corría sangre africana y sangre real de los monarcas nazaritas, fué aclamado en los campamentos de la Sierra y en la plaza de Puschena, rey de la morisma insubordinada al grito de ¡abajo los cristianos!; pretendiendo con el nombre de Aben Humeya, cual nuevo Pelayo de aquellas gentes, verificar la restauración del imperio muslímico en España, y comenzando por realizarla en la provincia de Granada, que había sido el último baluarte de aquella dominación, en nuestra patria.

El grito de rebelión cundió bien pronto entre los innumerables moriscos que, con su disfraz de ser fieles creyentes en la nueva doctrina, habían engañado durante mucho tiempo á las autoridades y al clero de Granada; y mucha parte de nobles conversos, lanzóse también al campo... costando gran trabajo, en los primeros tiempos, su vencimiento á nuestros heroicos soldados, pues que los rebeldes encastillados en lo agreste de la Sierra y amparados con el cariño de los Monfíes, que tanto les protegían, lo impedían fácilmente; durando la guerra aquella de emboscadas y de asechanzas, más tiempo del que legítimamente debía haber ocupado la atención de nuestro ejército; hasta que el genio incomparable del vencedor de Lepanto, destruyó todos los gérmenes de la insurrección é hizo renacer la perdida calma de esta hermosa provincia, preparando la total expulsión de aquellos enemigos de la fe y de las instituciones que, si por un lado mejoraban la agricultura, por otro minaban diariamente la conciencia de todos y traían revolucionada y revuelta la vida social.

Hacía poco más de un año que comenzara la rebelión de los moriscos, y el pueblo de Granada vino observando que en un sitio donde acostumbraban á colocarse de muy antiguo los ganapanes ó mozos de cordel, en el puentecillo que unía la calle de Elvira con la cuesta *de los Cuchilleros*, se situaban dos de esta clase, que por lo pulcro de su vestir, al parecer humilde, por las maneras impropias de su clase, y por su ausencia de las tabernas y sitios de perversión, llamaron la atención de todos, sujetándoseles á alguna vigilancia para conocer sus antecedentes; mas, como sus actos siempre eran correctos, y la autoridad no pudo cogerlos nunca contraviniendo las disposiciones legales ó administrativas, claro está que estos dos fornidos trabajadores pudieron continuar ejercitando sus fuerzas y sirviendo al público, sin excitar ya los recelos y los temores que habían despertado en un principio.

Sin embargo, la autoridad no se había equivocado en sus primeras determinaciones: Fernando Alvarez y Angel Rodríguez, no eran lo que parecían; vivían y alternaban con sus camaradas, sin despertar sospechas; pero más que la conducción de muebles y de bultos por las calles de la ciudad, como consecuencia de su pesado oficio de mozos de cordel, cumplían otra misión delicada y difícil, cual era la de espías dentro de la capital del antiguo reino granadino. Eran parientes algo cercanos de un jefe de la insurrección, entre los cuales se les conocía con los nombres árabes de Arraéz y Abdelah.—De cuando en cuando y sin faltar de su puesto, participaban á sus jefes cuanto habían averiguado, respecto á las determinaciones de los cristianos, sobre la rebeldía de las Alpujarras; prestando de este modo un señalado servicio á la insurrección.

La amistad de estos dos camaradas era estrechísima, por más que Angel reconociese en Fernando tal espíritu de superioridad y le respetase tanto, que sus palabras, sus indicaciones y hasta sus señas constituían un verdadero mandato que nunca osó desobedecer.

En aquellos tiempos de románticas aventuras y de exaltadas imaginaciones, en hombres y en mujeres, particularmente en estas últimas, eran muy frecuentes en Granada ciertas escenas de amores ocultos y de citas misteriosas que, sin traer consigo nada que perjudicase el limpio honor y la pureza sin mancilla de las damas, satisfaciesen sus caprichosos anhelos y las hiciesen aparecer como heroínas de fantásticas aventuras.

Por eso, no causará extrañeza el referir que cuando más exacerbada se encontraba la insurrección en las Alpujarras y más afanosos en su espionaje los ganapanes de la plaza Nueva, acertó á pasar junto á ellos una joven de apuesto continente, de distinguidas maneras y de elegante figura, acompañada de su dueña, y cubierta con velo espeso que no facilitaba ver su rostro, dirigiéndose á una iglesia próxima.

No se sabe si entonces esta dama conocía ó adivinaba los antecedentes de aquellos mozos de cordel, ó si acaso en las distintas ocasiones en que pasó junto á ellos, sólo por un movimiento impulsivo, se despertó en su alma una romántica pasión por el que llamamos Fernando ó Arraéz. Es lo cierto que, al cabo de algunos días, y cuando tranquilamente se encontraban los dos amigos departiendo sobre asuntos de su trabajo, —tal vez conferenciando en secreto acerca de la insurrección,—se acercó á ellos un desconocido, al parecer mayordomo de casa linajuda, y llamando aparte á Fernando Alvarez, entabló con él el siguiente diálogo:

—Tendréis valor,—le dijo,—para arriesgaros esta noche, después de las doce, á una empresa difícil y misteriosa, en la que nada perderéis, al cabo, si tenéis discreción y reserva?

—Nunca conocí el miedo,—le replicó Fernando; pero podría temer que fuera una asechanza y no una aventura, como me indicáis.

—Por mis canas, os juro,—contestóle el mayordomo,—que sólo de una aventura, y aventura de amor se trata, en la que la dama que os cita, para una oculta conferencia, es la más interesada en la reserva y en el recato. Trátase de una noble señora, y todo cuanto más pudiera añadiros sería ocioso, cuando ella conoce que no sois lo que parecéis, sino que vuestro pasado acusa educación y sentimientos impropios de vuestro traje y de vuestros oficios.

—Pues si es así,—díjole el morisco disfrazado;—si de una dama hermosa y linajuda se trata, yo os ofrezco que aunque arriesgue mi vida, he de correr la aventura; que no fuera de caballeros dejar de acudir á la cita misteriosa y oculta de una señora, tal como en su nombre me la proponéis; pero si de élla no he de dudar, de su emi-

sario podría temer algo. ¿Qué garantía me dais, —terminó diciendo el morisco,— para que crea que sois efectivamente el enviado de esa hermosa dama?

— Mi palabra, y sólo mi palabra. Aunque pobre, soy y procedo de honrada familia castellana. Si dudáis, diré á la señora que el miedo os impide entrar en esa aventura; y yo por mi parte creeré teméis ser vendido por quien conoce vuestro secreto, y ni ahora ni nunca le denunciará á la autoridad.

— Me basta, pues, con vuestra palabra,—repuso por último el que nombramos Fernando.—Estoy conforme en todo; esta noche, á las doce, aguardo vuestras indicaciones.

—Aquí estaré, —repitió el mayordomo, — con una litera; y sólo os pido, á más del recato y de la prudencia necesaria, la formal promesa de que no os resistiréis á la única exigencia que he de haceros, para correr la aventura que os propongo; ésta es, que os dejéis vendar los ojos y no pronunciéis una palabra hasta que se os quite la venda que yo os pondré, al encerraros en la litera.

—Conforme, y hasta luego.

— Hasta luego... y silencio.

Mucho extrañó al compañero del morisco la larga conversación sostenida por éste con el mayordomo de la oculta señora; pero, se dió Fernando tales trazas para engañarle, so pretexto de supuestas historias y de algo relacionado con la insurrección, que sus dudas se disipasen y cesaron también sus temores.

Por su parte, sabiendo como sabía Arraéz que, no viviendo juntos y no trabajando de noche, podía con facilidad entregarse á la aventura amorosa que el destino le preparaba, soñaba y parecíale mentira fuesen realidad aquellos misterios que turbaban su imaginación, desde que tuvo la conferencia con el mayordomo de la misteriosa dama.

Llegó la hora señalada. Acababan de dar las doce de la noche en el reloj principal de la ciudad, y ya estaba en el sitio convenido de la plaza Nueva, el morisco Arraéz, conocido con el nombre cristiano de Fernando Alvarez. Su traje pulcro, aunque no de exagerada elegancia, no denunciaba en manera alguna al mozo de cuerda ó de esquina que diariamente aparecía dispuesto á ganar su sustento en aquellos sitios.

No tardó mucho en oirse un ruido singular... Apareció la litera por la calle de Elvira y, parándose en el sitio convenido, vióse salir al mayordomo que entabló un corto diálogo con Fernando. Entraron ambos en el vehículo y marcharon, sin que el morisco supiera por dónde se le llevaba. Habíanle vendado los ojos, y recorrieron varias calles de la ciudad; hasta que, al cabo de más de media hora, paróse la litera. Se le invitó á apearse; y, del brazo de su compañero, subió una escalera, y pasó por corredores al parecer descubiertos. Una atmósfera más tibia y dulcemente perfumada, le hizo comprender que habían llegado al sitio donde se le aguardaba. Allí se le permitió arrancar la venda que cubría su rostro. Entonces pudo el joven morisco hacerse cargo de su situación y comprender que estaba corriendo una aventura verdaderamente amorosa; pero no exenta, ni con mucho, de arriesgados peligros.

Hallóse en un camarín, perfectamente alhajado, que denunciaba como dueña á una dama de gusto y de riqueza. El tisú y el oro adornaban las paredes de la habitación; una luz velada aparecía en el centro de la misma, y mil primorosos adornos de variado origen, revelaban que los moradores de aquella casa conocían en todos sus detalles la indumentaria de un rico palacio, y que para ellos no eran desconocidas las reglas estéticas, en cuanto á la distribución de los adornos del mismo.



De pronto, abrióse una puerta que comunicaba con la habitación inmediata, y apareció por ella una mujer de apuesta figura, de distinguido porte y de suelto ademán, con blonda cabellera y cutis blanquísimo como el nácar; pero á quién cubría media cara un finísimo antifaz de seda negro. Verla Fernando y echarse á sus pies, rendido ante aquella belleza que en parte veía y en parte adivinaba, todo fué obra del momento. Entonces la dama, revelando la altivez característica que la distinguía, dijo al morisco estas ó parecidas palabras:

Sé, joven, cuanto arriesgo en esta aventura; sé también que sería segura mi pérdida, si se publicara mi loco y atrevido proceder. Pero, os conozco desde hace algún tiempo; he podido averiguar vuestra historia y vuestros propósitos; no me son desconocidos vuestros trabajos secretos de espionaje; y el modo particular de vuestra vida, la manera especial de conduciros, disfrazando vuestro traje y vuestro origen, me han hecho concebir la idea de esta entrevista, para ver si logro disuadiros de vuestro intento y atraeros al camino de la lealtad hacia mis reyes y hacia el Dios de mis creencias. ¡Y quién sabe, si lo que hoy comienza en aventura, podrá concluir, el día de mañana, en algo que satisfaga legítimas aspiraciones de nuestro corazón! Mas os advierto, —añadió la joven señora,—que aunque aparentemente me veáis mujer y sola, nada temo, ni nada podéis en este recinto; una sola palabra vuestra, un solo ademán, os costará la vida, y lo mismo cualquiera indiscreción, cualquiera palabra ó cualquier signo que al exterior pudiera denunciar esta aventura extraña, en que os encontráis jugando papel importantísimo.

Fernando quedó admirado de la entereza, energía y discreción de la tapada doncella; y como reunía formas exquisitas, distinguidas maneras é ilustración nada común, á sus caracteres de insistencia en sus determinaciones y de culto ferviente á la fe jurada, contestó á la dama con estas ó semejantes frases: —Jamás podré olvidar, señora mía, que habéis dignado fijar los que sin duda serán vuestros hermosos ojos, en un pobre morisco; ya que no le consideráis como un miserable mozo de cordel. Agradezco con toda mi alma vuestras deferencias, y sólo puedo aseguraros que, á pesar de todos mis propósitos, el perfume embriagador que aquí respiro, la ilusión de estar á vuestro lado, el encanto de vuestra palabra, el puro ambiente de todo vuestro ser, tal vez más tarde me decidan á aceptar esas proposiciones que me hacéis, si es que á cambio de ellas puedo gozar de las delicias de vuestro cariño; y al perder una patria y una creencia, conquisto al menos un amor y una mujer que endulce las delicias de mi vida.

Por este orden, siguieron en animado coloquio Fernando y la encubierta doncella, (á quien no nombraremos todavía), hasta que las campanadas del alba les anunciaron que era hora precisa de separarse. Así lo efectuaron, no sin que antes hiciesen solemnes promesas de posible amor y de eterna correspondencia; exigiéndose también mutuo é inquebrantable juramento de guardar eternamente secreto cuanto había pasado en aquella noche; pues que una y otro arriesgaban el honor y la vida, pendiente de su discreción y de su silencio.

Volvió Fernando á la litera; y ya rayaban los primeros albores de la mañana, cuando, después de mil vueltas y revueltas, se le invitó á que se descubriese, muy lejos de la plaza Nueva, en las riberas del Genil.

Todo el día lo pasó meditando en la extraña aventura que le ocurriera la noche anterior, sin dejar de comprender los peligros á que se exponía, siguiendo por el camino emprendido; pero era tal la dulce impresión que le produjera la presencia de la recatada doncella, que no podía resistir á la tentación de continuar en tan extraña conferencia cada tres noches, según se había concertado. Fiel á su palabra, nada dijo á su compañero, quién al verle pensativo y receloso, quiso inquirir la causa de su estado, no pudiendo conseguir razón alguna que aclarase sus misterios; mientras de día en día fué

aumentándose en el corazón de Fernando y en el corazón de la joven desconocida, la idea de amor, siquiera fuese casto y puro, que había germinado en ellos desde el primer momento.

Ya el morisco iba vacilando en sus decisiones y accedía á las pretensiones de la doncella; pero sin hacer traición á sus parciales, y sólo separándose de la insurrección, á cambio de obtener la posesión pública y completa de su amor, y poder reconocer en la joven que con tanta frecuencia tenía á su lado, á una dama de discretas prendas y acrisolada virtud, cual adivinaba fuese la que con su antifaz, con sus misterios y con sus secretos, le traía hacía dos meses trastornada el alma y revuelto el pensamiento.

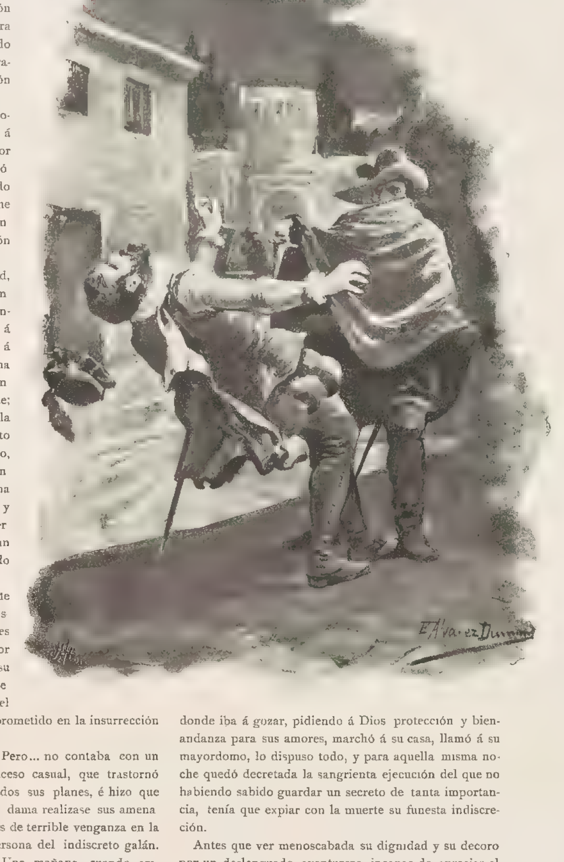
Y una noche, fué tal la vehemencia de Fernando, tal la lucha que se cernía en su alma y tal la violencia de sus deseos por satisfacer su natural curiosidad, que rendida la doncella, cautivada su alma, presa de un amor sin mezcla alguna de impureza, hijo de una ligereza sensible y de una atrevida aventura, rindióse á discreción... soltó el antifaz, se descubrió tal cual era, pudiendo convencerse el mancebo de que alguna vez podría ligar su nombre tan ilustre con el no menos ilustre de la dama: la hermosa y única hija del conde del Padúl, Laura Enríquez, que huérfana de padres hacía dos años, y sin tener más que un hermano, á la sazón en la guerra, vivía espléndidamente en un palacio suntuoso de la Cuesta de Gomérez, al cuidado de un aya discreta, pero ciega, cuando se trataba de satisfacer los caprichos de su ama, y sirviéndola un viejo mayordomo de la casa, que sólo gozaba en hacer dichosa á la doncella á quién había visto nacer.

Ilusorios fueron los proyectos de los enamorados. En aquella noche felicísima, casi todo quedó convenido para el porvenir; y hasta parecía que el muslín iba en breve plazo á separarse de la insurrección, una vez lograda la conformidad del hermano de Laura, que no se opondría seguramente, al saber se trataba de un joven de elevadas prendas y de origen morisco.

Al despedirse, todo fueron promesas é ilusiones; mas la doncella, que aunque ligera en sus determinaciones, tenía un corazón y una entereza verdaderamente varoniles, advirtió al mancebo nuevamente, que entonces más que nunca, cualquiera indiscreción, por pequeña que fuese, le costaría la vida; y que ella misma, ahogando los sentimientos de su alma, matando el purísimo amor que había sabido inspirarle, ordenaría su muerte, antes que nadie supiese que ella, la noble hija del conde del Padúl, había fijado su atención en un mozo de cordel, siquiera estuviese éste emparentado con familia nobilísima de Granada, durante la dominación muslímica.

Promesas solemnes del morisco, hicieron tranquilizar á la doncella que, arrullada por halagadores proyectos, retiró se á su camarín; aguardando con impaciencia otra noche en que pudieran quedar convenidas las bases de su unión con el joven Fernando.

Pero éste, loco de felicidad, obedeciendo á ese natural impulso que nos hace ser expansivos, buscando consuelo á nuestras penas y publicidad á nuestras alegrías... bajo forma velada, indicó algo á su compañero Angel al día siguiente; encargándole, so pena de la vida, silencio el más absoluto y sin nombrar, ni por asomo, á la doncella, sino envolviéndola en el misterio de ser una dama de acrisolada virtud y de superior nobleza, con hermosura y talento que corrían parejas y le habían cautivado el alma.




Seguro estaba Fernando de que esta expansión de su amistad no le sería funesta; pues que jamás, por nada ni por nadie, faltaría á su palabra su compañero Angel, tan interesado como él en guardar el secreto, y como él tan comprometido en la insurrección alpujarreña.




Pero... no contaba con un suceso casual, que trastornó todos sus planes, é hizo que la dama realizase sus amenazas de terrible venganza en la persona del indiscreto galán.

Una mañana, cuando ambos con los trajes del oficio, y para no inspirar sospechas, seguían ocupados en sus trabajos en la plaza Nueva, acertó á pasar por aquel lado la joven Laura, que á pie y acompañada de su doncella, iba á la cercana iglesia.

Verla, sobresaltarse Fernando, mudarse su color, é instintivamente dirigir una mirada de inteligencia á su compañero, fué todo obra de un brevísimo instante. Cualquiera persona ajena á los misterios de estos hechos, nada de particular hubiera encontrado en dichos ademanes; pero Laura, con ese instinto de mujer, con esa intuición propia de ellas, para todo lo que les interesa, comprendió que estaba perdida sin remedio; que la debilidad de Fernando se veía retratada en aquella mirada; que su compañero podía ser otro conspirador, y á la vez depositario de sus secretos;.. y en aquel momento, su venganza quedó determinada. Lejos de dirigirse al templo, donde iba á gozar, pidiendo á Dios protección y bienandanza para sus amores, marchó á su casa, llamó á su mayordomo, lo dispuso todo, y para aquella misma noche quedó decretada la sangrienta ejecución del que no habiendo sabido guardar un secreto de tanta importancia, tenía que expiar con la muerte su funesta indiscreción.

Antes que ver menoscabada su dignidad y su decoro por un deslenguado aventurero, incapaz de apreciar el sacrificio de una mujer enamorada, la altiva doncella resolvió inmolar su amor, en aras de los ilustres timbres de su familia.

¡Cuán lejos estaría de pensar el joven Fernando, cuando salió de su vivienda disfrazado para acudir á la cita de su amada, que aquella noche era la última de su vida. Al llegar á la plaza Nueva, todo lo encontró igual, y sin recelo alguno se acercó al que diariamente le conducía á la litera y le llevaba, no ya por caminos extraviados, sino directamente, al palacio antiguo de los condes del Padúl. Mas en el momento de acercársele el que siempre le acompañaba, otro hombre, para él desconocido, surgió de pronto, y con un cuchillo en la mano, se le puso delante, y le atravesó el corazón, diciéndole estas significativas palabras: «*Muere; ella queda vengada.*»

Caer desplomado su cuerpo y alejarse la litera, con los hombres que la conducían, fué todo instantáneo. Allí quedó el cadáver; ni una ronda dió con él; pero es lo cierto que á la mañana siguiente, apareció expuesto en riquísimo ataud en el atrio de la iglesia parroquial cercana; que en todos los templos de Granada, por órdenes misteriosas y con espléndido pago, doblaron las campanas por el alma de aquel difunto, durante veinticuatro horas; y que en todos ellos se celebraron solemnes funerales por el que había perdido su vida, víctima de una ligereza. Nadie pudo averiguar cual era la mano dadivosa que pagaba estos sufragios, y que no cesó en sus afanes hasta quedar sepultado el cadáver.

Después de estos hechos y á los pocos días, el palacio de los condes del Padúl, se vió cerrado, desapare-

ciendo de Granada su joven moradora, que tal vez encerraría en un claustro sus marchitas y puras ilusiones.

En cuanto al compañero del morisco, cuando tuvo conocimiento de la muerte de Fernando, marchó de Granada para ingresar en la insurrección, y murió recién llegado al campo, en una de las revueltas, cerca de Tíjola, llevando á la tumba aquel secreto que le confiara á medias quien fué su inseparable camarada.

A la mañana siguiente del sepelio del joven Arraéz, los que atravesaban por el último puentecillo de la plaza Nueva, pudieron observar que en el sitio que servía de descanso á los ganapanes ó mozos de carga, se alza ba una cruz alabastrina, colocada allí por mano misteriosa, la noche anterior, sin inscripción alguna, teniendo sólo esculpido en su pedestal un corazón atravesado con un cuchillo. La imaginación popular comenzó desde aquel momento á buscar el origen y la historia de esta cruz; surgiendo desde entonces en la mente de todos la tradición que hemos referido. No faltó quien, al colocarse más tarde en la torre de la Catedral que se construía, la llamada campana de San Bartolomé ó de los Cuchilleros, en la que también hay un cuchillo, como en la cruz, creyese ver exacta relación entre ambos sucesos, y asegurase que á una donación de la doncella Laura, en su testamento, se debía la erección de aquella campana.

Aun en el día, cuando después de la oración del Alba, en la torre de la Santa Iglesia Catedral de Granada los plañideros toques del llamado *Doble de los Cuchilleros*, que, comenzando fuertes, se extinguen lentamente hasta perderse en el espacio, como terrenales suspiros que vuelan á la eternidad, recuérdase, sin querer, el des graciado amor de Laura y de Fernando.

FRANCISCO VILLA-REAL

## MOSAICO

El hermoso cuadro, original del acreditado pintor don Francisco Masriera, que reproducimos en la cubierta de este número, es propiedad de don Trinidad Alemany, quién nos lo ha facilitado generosamente, á ese efecto; deferencia que agradecemos en lo mucho que vale, como la agradecerán sin duda nuestros suscriptores.

Hemos tenido el gusto de admirar la importante exposición de cuadros artísticos que en un espacioso local de la calle de Fernando, ha instalado hace pocos días el conocido y experto negociante Sr. Robira. Es una colección variada y hermosa; pues además de contener las indiscutibles firmas de nuestros artistas más apreciados, ha presidido en la colocación todo el gusto de que ya en otras ocasiones ha dado clara muestra el citado señor. Aconsejamos á los amantes de la buena pintura que se tomen la molestia de visitar el *Salón Robira*, donde pasarán, con toda seguridad, un rato muy agradable.

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

AMÉRICA.—*(Estudios históricos y filológicos)*. Obra interesantísima, referente á Puerto Rico, en que el autor, don Luis Llorens Torres, hace gala de un profundo estudio y de vasta erudición. Contiene datos muy curiosos y razonadas consideraciones sobre el descubrimiento de la pequeña antilla; siendo digno de mención el estilo elegante y preciso en que está escrita. Va precedida de una *carta prólogo* de don Antonio Cortón; nueve cuartillas,—según éste,—que constituyen, por sí solas, un tratado de filosofía y otro de retórica. El libro no necesita padrino; pero, si así fuese, deberíamos reconocer en el autor un mérito especial: el de la elección.

Véndese en las librerías de don Victoriano Suárez *(Preciados, 48, Madrid)* y don Antonio J. Bastinos *(Pelayo, 52, Barcelona)*.

LA LEY.—*Discurso leído por don Luis Redonet y López Dóriga, al recibir la investidura de Doctor en Derecho.* Trabajo muy extenso y erudito,—con abundantes notas,—en que el joven autor demuestra un conocimiento profundo de las asignaturas que comprende su carrera.

Lo ha publicado en Madrid la Imprenta de San Francisco de Sales *(Pasaje de la Alhambra, 1)*.

MINIATURAS.—*Colección de Poesías*,—en su mayor parte sonetos, - *originales de don José C. Mixo, de Guatemala*, en cuyo punto está impreso *(Tipografía Nacional)* con bastante esmero y elegancia

Agradecemos al autor el envío y la dedicatoria que acompaña al tomito.

MULTICOLORES.—*Poesías de don J. Samaniego L. de Cegama.* Conforme indica el título, comprende algunas rimas de variado género; recomendándose la mayoría, por su novedad y correcta estructura. Hay en ellas inspiración; madera de poeta, como vulgarmente se dice. Damos también gracias al autor, por su afectuosa dedicatoria y le aconsejamos que remonte más el vuelo, pues no le faltan alas para verificarlo. La edición procede del *Establecimiento Tipográfico de H. d. J. Pastor—Valladolid;* mereciendo elogios la parte con que éste ha contribuído á la belleza de la pequeña obra.

CANTS DEL COR.—*Poesías escritas en catalán por don J. Clusella Montané.* Figuran en este cuaderno veinte y cuatro composiciones; campeando en todas ellas la nota amorosa, tal como nace del alma en el estío de la vida.

En diferentes tonos y metros rinde culto el autor al sentimiento que mayor se presta á ser cantado, y lo hace, en verdad, con bastante delicadeza y ternura; cuidando de la forma, más de lo que suelen los que cultivan actualmente nuestra lengua patria; cualidad muy digna de tomarse en cuenta. Está impresa en la *Casa Provincial de Caridad*, con la pulcritud y buen gusto que la misma tiene acreditados.

Hemos recibido también dos piezas de música, de las que bajo la denominación general de CANÇONS CATALANES *originals d'Enric Morera*, publica la Imprenta y Librería *L'Avenç*. Son dos coros, á voces solas, compuestos por este distinguido músico y titulados respectivamente: LA NOSTRE NAU y MARINESCA, con letra el primero de *don E. Guanyabens* y de *don J. Pujol y Brull*, el segundo. El nombre del citado autor, que en pocos años ha conseguido labrarse una reputación sólida, habla más alto en favor de ambas composiciones musicales que pudiera hacerlo nuestro juicio y consiguiente elogio.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR: de Ricardo Martí.

*El lenguaje de las flores.* Caricaturas por Xaudaró.



MTRO. ALBERTO COTÓ

PÁGINAS EN COLOR: *Elena Teodorini*, eminente *prima donna* muy aplaudida en nuestro Gran Teatro. (Retrato

*Mariposa sin alas.* / *Una Hija de María.* } Cuadros originales de María de la Visitación Ubach.

*Interior de la Iglesia de Belén*, Acuarela de F. Brunet y Fita.

PÁGINAS EN NEGRO: *La madre de Juan Antonio.* Artículo de Antonio Contreras, ilustrado por Alvarez Dumont.

*¡Viva Sevilla!* canción; por Francisco Gras y Elías.

*La República Argentina estudiada á grandes rasgos.* Artículo de Antonio Astort.

*Malasaña y su hija*, (Episodio del Dos de Mayo). Cuadro de Alvarez Dumont.

*Jesús.* Soneto original de Francisco Tomás y Estruch.

*¡Malditas... no!* Rima, de J. de Alcántara Fuentes.

*¡Sueño ó realidad!* Rima, de Luis de Val.

*La Maya, fiesta callejera de la Santa Cruz, en Madrid.* Cuadro de Alvarez Dumont.

*Poesía y prosa.* Artículo de Eduardo Lustonó, con ilustraciones de Cuchy y Buil.

*Recién nacidos.* / *Marina.* } Dibujos al lápiz, de Ricardo Martí.

*Redención.* Artículo de V. Serrano Clavero.

*Mtro. José Ribera Miró.* (Retrato)

MOSAICO.

REGALO. *Ave María*, á solo de tiple ó tenor, con acompañamiento de piano ú órgano, compuesta expresamente por el Mtro. José Ribera Miró.



Impreso por F. Giró — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Pujadas.

UN CUARTO DE VINO, por XAUDARÓ.








— *Er* tercero jabonero... ¡mú blando en *er* primer tercio! A su salusilla... y hasta otro.

— ¡Eh! amigo ¡y el *cuarto*?
— Er cuarto... era negro, retinto y mogón; ¡no valía la pena!



# FRANCISCO FORTUNY

BARCELONA

**Fábrica de Jarabes Superfinos.**

**Especialidad en la Horchata triple de Almendras, y Jarabes frutales, tónico refrescantes.**

**Fábrica de Licores Superfinos**

**Elaboración especial de los licores CIDRÉLICA ANISETTE y CURAÇAO Superiores á sus similares.**




MARCA JARABES

**DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COLMADOS**

LICORES



# FABRICA DE PIANOS

DE

**COROMINAS Y RIERA**

Pianos verticales, oblicuos y cruzados reconocidos como superiores y que compiten ventajosamente con los extranjeros. — Cambios, alquileres, reparaciones y afinaciones. — Fundas para piano, zócalos metrónomos, cubre teclados, etc.

CATALOGOS GRATIS ❖ PRINCESA, 45, BARCELONA

# EL PRIMOR FEMENIL

Publicación consagrada á las bellas labores femeniles y especialmente al bordado, al encaje y á la educación estética de la mujer.

**12 cuadernos anuales de abecedarios.** — **DIRECTOR: DON ANTONIO RIUDOR** — **12 cuadernos anuales de labores varias.**

CUATRO GRANDES PLIEGOS ANUALES EXTRAORDINARIOS PARA LAS EDICIONES DE LUJO É ILUMINADA

| PRECIOS PARA ESPAÑA, GIBRALTAR: | | PRECIOS PARA AMÉRICA Y RESTO DE EUROPA: | |
|---|---|---|---|
| Edición económica, un año | 7 pesetas. | Edición económica, un año | 40 reales. |
| — de lujo, — — | 10 » | — de lujo, — — | 52 » |
| — iluminada, — | 25 » | — iluminada, — — | 120 » |

**REGALO** *de Patrones tamaño natural para la Confección de Modas y lencería.—Administracion: VIUDA DE PEDRO FONT, calle de Valencia, 307. Barcelona.*

# OBESIDAD

tratada con éxito desde hace 30 años con las

**PILDORAS de REDUCCIÓN DE MARIENBAD**

*Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.*

PARIS, 8. rue Vivienne. — En las principales Farmacias.

**DON QUIJOTE DE LA MANCHA por Miguel de Cervantes Saavedra.**

Se reparte por cuadernos de **16** páginas, al precio de **un real**. — Centro Editorial Artístico de **MIGUEL SEGUI**, Rambla de Cataluña, 151. — Barcelona.

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, número 315, principal.

**¡ ESTÓMAGO ARTIFICIAL !**

ó **POLVOS** del **DR. KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estomago e intestinos, por antiguas que sean. **Los vomitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estomago, cintura**, etc., etc., así que **diarreas ó estreñimientos**, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7'50**; media caja, **4** pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2. **Barcelona**, Rambla Flores, 1. Pídanse FOLLETOS

**JABON DE BABA DE TORO**

**¡Prodigioso y valioso descubrimiento!**

Destruye las manchas y barros. ❖ Hermosea y suaviza el cutis. ❖ Gran Vigorizador de los Organos. ❖ Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. ❖ Representante en España,

**D. EMILIO MARTINEZ**

CALLE DE ARAGON, NUMERO 345, BARCELONA

*De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.*

**¡¡PROBADLO!!**
**¡¡PROBADLO!!**
**¡¡PROBADLO!!**




**Depilatorio en polvo del Dr. Thomson**



Antes de usarlo

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.

*Aplicación sencilla.* ❖ *Resultados positivos*

**Precio: 3 PESETAS CAJA**

*Unico depósito: Perfumería LAFONT*

**Gall, 30 — BARCELONA**



Despues de usado.

# WERTHEIM

**MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS**

VENTA A PLAZOS y al CONTADO

**BICICLETAS GARANTIDAS**

TALLERES DE REPARACIONES

Niquelaje especial y esmaltes á fuego.

**AVIÑÓ, 9 ❖ BARCELONA**

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ❖ Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ❖ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTICULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO II | BARCELONA, 1.° DE MAYO DE 1898 | NÚM. 17

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira. -Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart. -Francisco Barado. Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux. -Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo. - Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*. Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay. Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce. F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. — Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Benito Perez Galdós.—Felipe Pérez y González. — Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión.— Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez. P. Sañudo Autrán. - Eugenio Sellés. -Enrique Sepúlveda —Luis Taboada. -Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera. -Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey. - Francisco Villa Real. — José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot. -Fernando Alberti. —Luis Alvarez.—T Andreu. José Arija.—Dionisio Baixeras. —Mateo Balasch.—Laureano Barrau. - Pablo Béjar. - Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety. José Camins. — Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs. —Manuel Cusí.—Vicente Cutanda. —Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan. - Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos. -Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner. -Angel Huertas. -Agustín Lhardy. —Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo -José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín. -Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa. —Félix Mestres. —Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero. Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.— Jaime Pahissa — José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla. -Pellicer Montseny.—Pinazo. Manuel Ramírez. -Román Ribera. - Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol. Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra. Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó. —Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell. Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró. —Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats. -Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera. -Antonio Nicolau. Felipe Pedrell. Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde. -Amadeo Vives.

EL LENGUAJE DE LAS FLORES, por XAUDARÓ.



LA ROSA. — Soy guapa, joven y estoy sin novio: ¡ánimo!



LA AZUCENA. — Soy modernista y todo lo veo gris y extraño.



LA LILA. — ¡Soy lila, soy lila, soy lila!



ELENA TEODORINI

Eminente *prima donna* muy aplaudida en la última temporada de invierno.

# LA MADRE DE JUAN ANTONIO

No voy á referir un cuento más ó menos interesante ni á inventar una fábula más ó menos ingeniosa; voy, sencillamente, á presentar ordenados algunos recuerdos que guardo relativos á hechos ocurridos hace mucho tiempo, y relacionados después con otros hechos recientes, merced á ese misterioso enlace que une á veces los sucesos más distintos, haciéndolos depender unos de otros y dejándonos vislumbrar una harmonía superior, no sujeta á un orden ó á una lógica asequibles á nuestra limitada esfera.

Los hechos á que mis recuerdos se refieren son absolutamente reales, y poco trabajo había de costarme encontrar testimonios de la certeza de su realidad, si mi palabra no bastase para responder de ella.

***

Era yo muy niño cuando ocurrieron algunos de los sucesos que voy á referir, y sin embargo, y quizá por esta misma razón, los recuerdo con esa fidelidad pasmosa con que recordamos toda la vida algunos de los sucesos de nuestra infancia.

Mi madre me condenaba todas las mañanas al para mí cruel suplicio de acompañarla á misa. ¡Que larga y que fastidiosa me parecía aquella hora, de quietud y compostura forzadas, que pasábamos en la iglesia! En vano mi imaginación infantil buscaba distracciones con que entretener mi aburrimiento. El vetusto templo, de una grandiosidad majestuosa—que yo entonces no podía apreciar—me era conocido hasta en sus menores detalles; había contado infinidad de veces el número de cirios que había en el retablo del altar mayor, y las inmóviles caras de los santos, que desde sus hornacinas me miraban ceñudos y severos, enfadados tal vez por mi mal disimulada irreverencia, me eran ya demasiado familiares para poder inspirarme, no digo curiosidad, sino ni siquiera respeto.

Después de oir misa, comenzaba mi madre la visita á sus santos predilectos, visita que duraba muy bien cerca de media hora y que concluía siempre en el altar de la Virgen de los Dolores. Allí la visita era más larga y mi impaciencia mayor, por lo mismo que desde allí nos íbamos directamente á la calle.

Arrodillada ante aquel altar, había siempre una pobre mujer, con las manos cruzadas sobre el pecho y la mirada fija en el dolorido rostro de la divina Madre del Salvador. Aun me parece que la estoy viendo: era una anciana pequeñita, enjuta de carnes, vestida de negro, con ropas más que humildes, miserables. Tal era su inmovilidad, que parecía una estatua. Jamás volvía la cabeza ni hacía movimiento alguno, aunque nosotros nos acercáramos. Por aquella inmovilidad comenzó á interesarme, con el interés relativo que puede sentir un chicuelo de diez ú once años; yo, que á duras penas podía estarme quieto de rodillas mientras alzaban en la misa —y eso por temor á las maternales reprimendas — no alcanzaba á comprender que hubiera quien por su voluntad estuviese arrodillado é inmóvil durante tanto tiempo; hasta llegué á tener lástima á aquella pobre mujer, pensando en lo que debían dolerle las rodillas.



No he podido recordar nunca cuál fué el día primero en que vi allí á la mujer aquella; creo que la vi siempre que fuí á la iglesia, desde que tuve razón suficiente para darme cuenta de lo que veía, siempre la vi en el mismo sitio, siempre en la misma actitud y siempre inmóvil.

Una mañana, tentado por la curiosidad, me acerqué á la pobre mujer más que de costumbre, yo creo que con la intención de tocarla para cerciorarme de que era una persona de carne y hueso y no un maniquí, puesto allí en aquella humilde actitud, para indicar á los niños irreverentes y revoltosos, como yo, la compostura con que se debe estar en el templo. No la llegué á tocar, pero me acerqué tanto á ella que, abandonando su inmovilidad, volvió la cabeza para mirarme. Fué la única vez que vi su cara frente á frente, y sin embargo, tan grabadas quedaron en mí sus facciones, que á pesar del tiempo transcurrido, si supiera pintar, creo que todavía hoy me atrevería á hacer su retrato. Vi una faz lívida, triste, tan triste como el rostro de la imagen de la Virgen de los Dolores que, encima del altar, destacábase sobre el fondo dorado del churrigueresco retablo, á la incierta luz de dos amarillentos cirios; pero lo que más me llamó la atención y hasta me impresionó, fué el ver que aquella mujer lloraba; para mirarme con amarga tristeza, como reconviniéndome por haberla molestado, su mirada tuvo que deslizarse por entre la niebla de lágrimas que velaba las pupilas de sus ojos, pequeños y hundidos...

Cuando salimos aquel día de la Iglesia, comuniqué á mi madre lo que había hecho y lo que había observado, y élla, después de reprenderme por mi atrevimiento, me dijo: — no te extrañe lo que has visto; esa pobre mujer llora siempre que reza delante de la Virgen.

— ¿Y por qué reza y llora tanto? — pregunté yo.

— Porque pide por su hijo.

— ¿Y quién es su hijo?

Mi madre vaciló en responderme.

— No le conoces, — me contestó, al fin, dando á su entender en el tono de su respuesta, que la contrariaban mis preguntas.

Yo lo comprendí así y me abstuve de seguir preguntando; pero desde aquel momento sentí curiosidad por saber quien era el hijo de la mujer aquella que tanto rezaba y tantas lágrimas vertía ante el altar de la Virgen de los Dolores.

***

No sé si antes ó después de los sucesos que quedan narrados, — me inclino á creer que antes · ocurrió otro que también produjo en mí una impresión profunda y que luego se enlazó á ellos con una de esas misteriosas relaciones que, según dije al principio, enlazan á veces los acontecimientos más diferentes.

Salía yo una tarde de la escuela, en compañía de algunos de mis camaradas, cuando acertó á pasar por delante de nosotros un hombre á caballo. El caballo, y no el hombre, llamó mi atención, pues, como en casi todos los chicuelos de mi edad, las aficiones *hípicas* estaban en mí muy desarrolladas; pero separé mi atención del uno para fijarla en el otro, al oir que mis amigos decían: — «¡Ese es Juan Antonio!

Para comprender todo el efecto que en mí produjo este nombre, precisa saber quien era el sujeto al cual pertenecía.

Juan Antonio era ni más ni menos que un bandido, así como suena, uno de aquellos famosos bandidos andaluces, convertidos en héroes por la imaginación meridional de mis paisanos, y en cuyas crueldades se empeñan en ver alardes de un valor extraordinario y hasta un si es no es caballeresco.

Hijo de mi pueblo, Juan Antonio buscaba en él refugio siempre que era perseguido, y á él se retiraba algunas temporadas, para descansar de sus peligrosas correrías. Seguro estaba de que sus paisanos no habían de rechazarle ni mucho menos venderle, sino antes bien recibirle con agasajo y hasta protegerle en cualquier apuro.

Esto parecerá extraordinario á muchos y, sin embargo, es rigurosamente cierto. En tiempos del bandolerismo, los bandoleros más famosos encontraban protección y apoyo hasta en las autoridades de la mayoría de las pequeñas poblaciones andaluzas. ¡Cuántas veces el alcalde de un pueblo avisó á algún ladrón que tenía orden de prenderle! Hasta hubo alcalde que escondió á los ladrones en su propia casa. Hecha esta advertencia, se comprenderá que Juan Antonio se paseara á caballo, en pleno día, por las calles de su pueblo, sin temor ni reparo alguno.

Yo no había visto nunca á mi famoso y temible paisano, pero había oído referir infinidad de veces sus hazañas... y hasta confieso que mi imaginación infantil había llegado á entusiasmarse con ellas. Cuando en las noches de invierno, mis padres me dejaban bajar un rato á la cocina de los criados, para que éstos me contaran cuentos, yo les pedía siempre que me refirieran *historias de ladrones*, y en las tales historias que ellos me referían con un lenguaje exageradamente pintoresco, Juan Antonio era el protagonista obligado, protagonista que aparecía á mis ojos casi con la grandiosidad de un héroe legendario. He aquí por qué, cuando oí decir á mis amigos que aquel hombre que pasaba á caballo, era el bandolero famoso, dejé de mirar al caballo para mirar al jinete, y aun que pasó muy aprisa pude verle bien

la cara. Recuerdo que era joven, guapo, de arrogante apostura, de rostro moreno, que parecía más moreno aun, por las negras y pobladas patillas que lo sombreaban...

No volví á ver á Juan Antonio en mucho tiempo, hasta que una mañana, al salir con mi madre de la Iglesia, pasó por delante de nosotros. Le reconocí en seguida, y mi madre al verle, se inclinó hacia mi y me dijo en voz baja: — ese es el hijo de la mujer que tanto reza y llora arrodillada ante el altar de la Virgen de los Dolores.

Yo no tenía aún razón suficiente para discernir en cierta clase de asuntos, y sin embargo, recuerdo que estas palabras de mi madre me parecieron una monstruosidad, un absurdo. ¡Pedir á la Virgen que protegiera á un ladrón! Porque lo que aquella pobre madre pediría á la Madre divina del Redentor, al pedirle por su hijo, sería que le protegiera, que le salvara de los peligros á que de continuo se veía expuesto; hasta me pareció que la Virgen no podía escuchar semejantes súplicas, porque de escucharlas equivalía, á dispensar su protección al crimen, al robo...

Pronto pude convencerme de que no todos pensaban como yo. Hablando del caso con algunas personas, alguien me dijo, muy en serio, que Juan Antonio había tenido hasta entonces mucha suerte para escapar á las persecuciones de la Guardia civil, gracias á las súplicas que su madre dirigía constantemente á la Virgen. A mí, sin embargo, siguió pareciéndome un contrasentido aquello de que la Virgen de los Dolores fuera la protectora de un bandolero.

* * *

Salí de mi pueblo, para emprender en serio mis estudios, y azares de la vida me retuvieron lejos de él, durante muchos años. Me hice hombre y el tiempo fué borrando poco á poco la mayor parte de los recuerdos de mi infancia, dejando sólo de ellos, en el clisé de mi memoria, sombras vagas y confusas, entre las que únicamente se destacaban con claridad, las imágenes de los sucesos que en mi niñez más me habían impresionado. De Juan Antonio y de su madre no me volví á acordar, y en el cementerio del olvido hubiera quedado para siempre su recuerdo, si de él no hubieran venido á sacarlo algunos hechos recientes.

Asuntos de familia me llevaron hace pocos meses á aquel rincón de España, donde vi la luz por vez primera; y queriendo renovar los recuerdos de mi niñez, una mañana, á la hora de misa, me encaminé á la Iglesia. Por primera vez iba á entrar espontáneamente en aquel templo, en el que había entrado tantas veces obligado por mi madre. Mi deseo hubiera sido ir solo; pero tuve que resignarme á soportar la compañía de algunos amigos y parientes, que no me abandonaban un instante, empeñados, con oficiosidad enfadosa, en servirme de *cicerones* en lugares para mi tan conocidos como para ellos.

Hasta aquel día no aprecié la majestuosa grandiosidad de aquella Iglesia, en la que se encerraban verdaderas preciosidades, dignas de admiración y de estudio. Pero, cosa rara: yo, que llevado por mis aficiones artísticas, hasta me siento capaz de hacer un largo viaje, con el exclusivo objeto de admirar una obra de arte, permanecí aquella mañana indiferente ante las bellezas que ofrecía á mis ojos la Iglesia de mi pueblo. Y era que yo no había entrado en ella buscando arte, sino recuerdos; y éstos los encontraba en donde quiera que ponía mis ojos, y la emoción que en mi producían, sobreponíase á la que pudieran causarme las bellezas artísticas del majestuoso templo.



Satisfice caprichos verdaderamente pueriles; me senté en el mismo banco donde tantas veces me había sentado con mi madre y me arrodillé en el mismo sitio donde ella se arrodillaba... A las santas las visité una por una, y hasta me pareció que ellas se sonreían bondadosamente, como diciéndome: — ¿has sentado ya la cabeza ó sigues siendo tan revoltoso como antes?

Fuí á parar, al fin, ante el altar de la Virgen de los Dolores. Todo estaba lo mismo: « sobre el fondo derecho del churrigueresco retablo, á la incierta luz de dos amarillentos cirios, destacábase », como siempre, « el dolorido rostro de la divina Madre del Salvador. .

Por primera vez, al cabo de mucho tiempo, acudió á mi memoria el recuerdo de la madre de Juan Antonio, de la pobre mujer aquella, que habían visto allí tantas veces arrodillada, rezando y llorando, al par que rezaba... Fué un desencanto para mí no verla en el sitio de costumbre; su presencia me era necesaria para reconstruir aquella parte de los recuerdos de mi infancia...

Me volví hacia mis acompañantes y les pregunté por ella. Me respondieron lo que yo esperaba, que había muerto; y me dieron algunos curiosos detalles de su muerte. Había muerto, casi en la misma Iglesia, á los pies de la Virgen: un día la encontraron tendida en el suelo, delante del altar; lleváronla á su casa... y murió por el camino.

— ¿Y Juan Antonio? — pregunté.

Me contestaron lo mismo; que también había muerto, pero en circunstancias especiales. Murió el mismo día que su madre, horas después. La Guardia civil, que hasta entonces le había perseguido inútilmente, le encontró; él quiso huir, dispararon para impedirlo y le mataron... Murió sin saber que su madre había muerto.

— La cosa era de esperar, — dijo, con tono de sincera convicción, el que estas noticias me daba. — Juan Antonio había escapado hasta entonces á todos los peligros, por las súplicas que su pobre madre dirigía constantemente á la Virgen de los Dolores. Todos en el pueblo lo dijimos al saber la muerte de la madre: «ahora cogerán al hijo ». Y así fué; no sólo le cogieron, sino que le mataron; y el mismo día en que murió su madre, casi á la misma hora ..

Me impresionaron y me hicieron pensar mucho estas palabras; los hechos parecían demostrar lo que á mí en mi niñez me pareció un absurdo, aquella protección dispensada por la Virgen de los Dolores á un bandido y conseguida por las súplicas y las lágrimas de una madre. ¿Se trataba de un milagro? ¿Se reducía todo á una casualidad? ¿Existía alguna relación entre la muerte de la madre y la del hijo? ¿Qué explicación dar á tantas y tan misteriosas coincidencias?

El caso me pareció interesante y curioso, y por eso lo consigno, absteniéndome de añadirle comentario alguno, por temor de caer en la impiedad ó en el fanatismo, dos extremos igualmente temibles y de los cuales procuro siempre apartarme con igual empeño.

A. CONTRERAS

---

# ¡VIVA SEVILLA!

CANCIÓN

Sevilla la bella,
paraíso, estrella,
pensil rico en flor;
quien de ti se aleja
el alma en ti deja
rendida de amor.

La Giralda hermosa,
tu vega olorosa,
bañada de luz
forman la alegría,
el gozo y poesía
del pueblo andaluz.

¡Qué hermosas mujeres!
más hermosos seres
nadie concibió;
la luz de sus ojos
que da al sol enojos,
el sol la creó.

Tus patios con flores
son nidos de amores,
donde el colorín,
con voz regalada,
suelta en la enramada
ternezas sin fin.

¿La Torre del Oro,
el alcázar moro,
tus danzas sin par,
tu lujo, tus fiestas,
tus toros y apuestas
quien podrá olvidar?

Quien haya soñado
edén encantado
do es grato el vivir,
do la dicha impera,
venga á la ribera
del Guadalquivir.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS



MARIPOSA SIN ALAS



UNA HIJA DE MARIA

# LA REPÚBLICA ARGENTINA

ESTUDIADA Á GRANDES RASGOS

Hace pocos años, en Octubre del 94, en un solo día y casi á la misma hora, salían del puerto de la Coruña tres vapores literalmente abarrotados de emigrantes, con destino á la América del Sur.

Aquel espectáculo entristeció el ánimo de los que le presenciaron, la impresión del momento dió paso luego al comentario amargo y el eco de aquel sentimiento y de la protesta aquella repercutió en las esferas elevadas del pensamiento que sabe indagar causas, deducir efectos y plantear soluciones de interés colectivo.

Intérprete del público parecer fué á la sazón el ya entonces ex ministro de la Guerra, general Sánchez Bregua, cuya pluma, digna, por lo valiente, de su espada, excitó al gobierno desde las columnas de «El Liberal» en el sentido de que se estudiasen y pusiesen en práctica los medios tendentes á refrenar la emigración á las playas americanas que á diario aumentaba en toda España, y muy singularmente en la región gallega.

No por estéril dejó de ser acreedora de todo encomio semejante propaganda, encaminada á filantrópicos resultados é inspirada en generosas intenciones.

Durante los no cortos años de su residencia en las repúblicas rioplatenses pudo observar el autor de estas líneas, la ineficacia de cuantos óbices y trabas se opongan á la corriente emigratoria europea; fenómeno, si lo es, que se explica perfectamente.

La nación argentina, con sus catorce provincias, la principal de las cuales, Buenos Aires, abarca una extensión territorial equivalente á la de Italia, las unas exhuberantes de riqueza pecuaria, y fértiles en agricultura las otras; dotada, en lo físico, de clima generalmente benigno y cielo siempre sereno; regida en lo político por amplísima carta fundamental, y en lo sociológico por novísimos principios dentro de los cuales se completan, combinan y asocian los usos más varios con las costumbres más heterogéneas, costumbres y usos que presto y fácilmente se asimila el europeo,... la argentina, así constituída y á favor de los elementos que le son connaturales, brinda á todos los hombres de buena voluntad un bienestar posible y abre á la esperanza anchos horizontes de un porvenir relativamente brillante, más ó menos difícil, pero frecuentemente seguro.

He aquí, de un lado, la causa eficiente de la atracción que ejerce el Nuevo Mundo en los que abandonan el suelo patrio, ora á impulsos de necesidades perentorias, abrumadoras, ora movidos por el acicate de aspiraciones moderadas ó ambiciones desmedidas. Existen móviles de otro orden y fuerza también imperiosa; mas, séanos permitido silenciarlos, en atención á lo muy resbaladiza que de suyo es la materia y á los propósitos *á priori* formados de no separarnos demasiado de nuestro verdadero objeto.

Véase, pues, cuántas y cuán enormes dificultades trae consigo aparejadas el empeño de paralizar ó siquiera moderar ese movimiento de emigración tan combatido y á la par tan lógico.

Ciertamente, lógico; porque podrá no haber, en el hecho de expatriarse temporal y voluntariamente, apego al terruño que simboliza el concepto abstracto y á la vez sagrado de la patria; acaso podrá ser engañador síntoma de indiferencia el renunciar, Dios sabe debido á qué, al calor de la familia y á los encantos del hogar, pero cosa imposible sería demostrar que carece de alto sentido el hombre que así procede para substraerse á insufribles privaciones ó para despejar la incógnita que presenta el problema del mañana.

Y para dar cima á estas reflexiones, si pertinentes, no bien expuestas, añadamos un dato elocuente, si los hay.

A pesar de las precauciones que se toman en los puertos españoles, redobladas por lo anormal de las presentes circunstancias, y á pesar de no ser los momentos actuales bastante propicios para medrar en la América latina, motivado á diferentes contratiempos que aquellos países vienen experimentando, quien esto escribe ha tenido ocasión, pocos meses ha, de ver en las calles y plazas *bonaerenses* á un número incalculable de esos jóvenes que, burlando vigilancias y desafiando las contingencias del caso, embárcanse, cruzan los mares y *caen*, por decirlo así, con sorpresa en los ojos y sin norte en la mente, en la capital de la república, no tanto por conquistar hipotéticas ventajas, como para eludir peligros ciertos, muy gloriosos, á no dudar, pero compañeros de una gloria harto anónima para ser solicitados.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¿Que por dónde andan, pregunta el lector, los tres paquetes á vapor que en Octubre de 1894 levaron anclas simultáneamente del puerto de la Coruña, materialmente cargados de emigrantes á la América del Sur? ..

A eso íbamos, á concretar explicaciones, volviendo al punto de partida, para decir que en uno de los referidos trasatlánticos realizó la travesía hasta el río de la Plata cierto sujeto de quien conservamos agradable recuerdo, por habernos deparado su presencia en Buenos Aires ocasión nunca por nosotros soñada ni deseada de constituirnos en lo que convencionalmente llaman *cicerone*, esto es, máquina semoviente puesta al servicio del extranjero cuyo criterio se ilustra mediantes resobadas explicaciones de las curiosidades locales más notables, con lo cual se da frecuentemente el caso inaudito de enseñar al prójimo lo que no sabe uno para sí.

Confesemos, sin embargo, que en el de marras, nuestro papel no se limitó al humilde y automático de acompañante, por cuanto desempeñamos también acerca del recién llegado las funciones propias de cualquier almanaque ó guía regularmente nutrido de datos estadísticos.

Que esto era lo que en primer término interesaba á *mi* recomendado y compatricio, con cuyo doble carácter recibí su visita, pocas horas después que hubo saltado á tierra.

Y á partir de aquí, hay que dejar el hinchado plural *nos*, para montar resueltamente, como en un caballete á horcajadas, sobre el singular *yo*, por requerirlo así la índole de lo que sigue.

Solicita usted de mí, dije, algunas informaciones de los recursos y modo de ser en general de este país. Carezco del don de la observación. y, por lo tanto, exigua es la suma de pormenores interesantes que tengo acumulados; mas, penetrado de la causa legítima de su empeño en conocerlos, me pongo incondicionalmente á su disposición.

En esto que con énfasis llamaré lecciones, seré breve y sintético, dentro de los límites razonables, y, por demás, pobre de adornos y artificios literarios; que en asuntos de este jaez huelgan retóricas, y si por distracción se emplean, debe ser las menos veces posible.

Aunque nada sufriría la integridad de aquéllas, las lecciones, se me antoja iniciarlas recordando lo que es fama constituía el rasgo más típico de cierto ministro plenipotenciario que representaba á la monarquía española en la republica de allende el Plata, el Uruguay, denominada también, Banda Oriental, el cual aludido diplomático tenía una costumbre ridícula y de consuno reveladora en él de no escasa filosofía, como á renglón seguido podrá usted apreciarlo.

Víctima de una miopia rayana en la ceguera, cuando recibía la visita de súbditos españoles á él recomendados y recién llegados á Montevideo, lo que menudeaba y se comprende á las claras por la influencia de su posición social, nuestro hombre, digo, el representante de la colonia hispánica en la margen izquierda del inmenso estuario, planteaba la cuestión formulando esta pregunta:

«¿Lleva usted levita y sombrero, ó es usted individuo de agallas para situarse en una esquina y tomar las cuerdas de *changador*?...» Lo de *changador* es simplemente una palabra criolla, que ya habrá usted adivinado equivale á mozo de cordel.

La ocurrencia es peregrina, y aun ridícula, puesta en labios de un diplomatico, ¿verdad?

Pues, ambos conceptos quedan desvanecidos, en sabiendo como resolvía el ministro la cuestión:

«¿Que sí, dice usted; que calza guantes, empuña bastón y se abrocha levita ó chaquet?... Sí, ¿eh?... En este caso, líe usted sus petates, si los había desliado ya, y, sin perder un día más, emprenda viaje de regreso a aquel nuestro país, que el de América no es para usted ni usted es para el de América.

Hoy día los tiempos han cambiado; no hay que tomar al pie de la letra la moraleja que se desprende de esto que no es fábula por la sencilla razón de ser rigurosamente histórico; el abogado y el médico, el periodista y el pedagogo, el hombre de negocios lo mismo que el hijo del trabajo mecánico, humilde y rudo, todos, en globo, tienen cabida en esta nación de sesenta y tantas mil leguas territoriales, dotada de las energías propias de su mucha vitalidad, y estimulada por los recursos que posee y la colocan á la cabeza de los demás países suramericanos, sin excluir el antiguo imperio brasileño, actualmente E. U. del Brasil, que tienen doble extensión y unos trece millones de habitantes, ó sea ocho millones más que la Argentina, aproximadamente.

De todos modos, no eche usted en olvido el proceder de nuestro representante en el Uruguay, ni deje de considerar que en el fondo se oculta una saludable advertencia autorizada por la experiencia de todos los días; y la experiencia dice que, innegablemente, en América cuaja y progresa más, mucho más, el hombre que sabe y quiere descender á ocupaciones esencialmente materiales, que no el artista, el literato, el científico, el hombre intelectual, en fin. Tampoco hay que tomar eso en absoluto. El tiempo le demostrará que el elemento extranjero contribuye en proporción no pequeña al progreso moral de estas sociedades. En una palabra; no insisto sobre este tópico, porque considero que usted sabrá precisar el alcance de las mías.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¿Que cuál es su pasado y su presente? ¿Cuál su porvenir y su riqueza? ¿Cuáles sus grados de ilustración?

Pláceme su curiosidad apremiante, nacida de un interés que ha de serle muy útil; y digo que me place, porque veo en ello que mis explicaciones reportarán algún provecho, lo cual no deja de ser una recompensa que estimo.

Ahora en el supuesto de que no le ocasiono la menor contrariedad, propongo suspender esta conversación, que reanudaremos á nuestra próxima entrevista... ¿Estamos?... Pues, objeto del siguiente palique será la contestación á sus preguntas, ó parte de ellas, en el orden que mi imaginación me vaya sugeriendo.

Antonio ASTORT

# RIMAS

## JESUS

La humanidad, falta de amor, perdida,
del egoísmo y de la duda esclava,
la carcajada del feliz mezclaba
con los ayes del paria de la vida.
Dejar queriendo mi misión cumplida,
sin miedo al odio y á su furia brava,
curé al enfermo, consolé al que oraba,
di apoyo al alma por el mal rendida
Dije á los hombres, un eterno oriente
dando á su impulso bienhechor y honrado:
donde suspira el triste ó indigente,
donde está el ignorante ó calumniado,
haced manar de *caridad* la fuente
y en ella lavaré vuestro pecado.»

F. TOMAS Y ESTRUCH

## ¡MALDITAS... NO!

Salí más que vencido del combate
y exánime y sin fuerzas;
lloré, como se llora cuando el alma
sin esperanza ante el dolor se entrega.
—¡Pero, si es imposible! — me decía.
que el corazón cobarde desfallezca
sin rebelarse, al menos,
contra el horrible mal que le atormenta. —
Y otra vez en mis nervios estallaban
sacudidas eléctricas,
y nuevamente, en abrasantes olas,
la sangre atropellábase en mis venas,
como hirviente despojo del cerebro
en la ruda batalla de la idea.
Casi loco, grité; sobre mi pecho
clavé las uñas, con furor de hiena,
tratando de arrancar de allí el secreto
de la horrible venganza que deleita:
mas, comparando su espantosa culpa
con la extensión de mi desdicha inmensa,
para dar un castigo á tal delito
que apagara mi fiebre y mi vergüenza,
me parecieron pocos y mezquinos
los más grandes martirios de la tierra.
—¡Malditas, sí, mil veces las mujeres!
¡maldita la primera!... —
dije, ahogándome en lágrimas; y al punto,
como si esta satánica blasfemia
despertase en mi sér algo imponente,
temblé desde los pies á la cabeza;
pensé en mi madre y añadí, contrito,
besando su retrato que hallé cerca:
¡Malditas no! ¡Perdón madre del alma!
tú eres mujer .. y tú, ¡bendita seas! —

J. DE ALCANTARA FUENTES

## ¿SUEÑO O REALIDAD?

Hay instantes, mi amor en que la duda
se alberga en mi cerebro,
y dudo si la historia que nos une
fué realidad ó sueño.

—

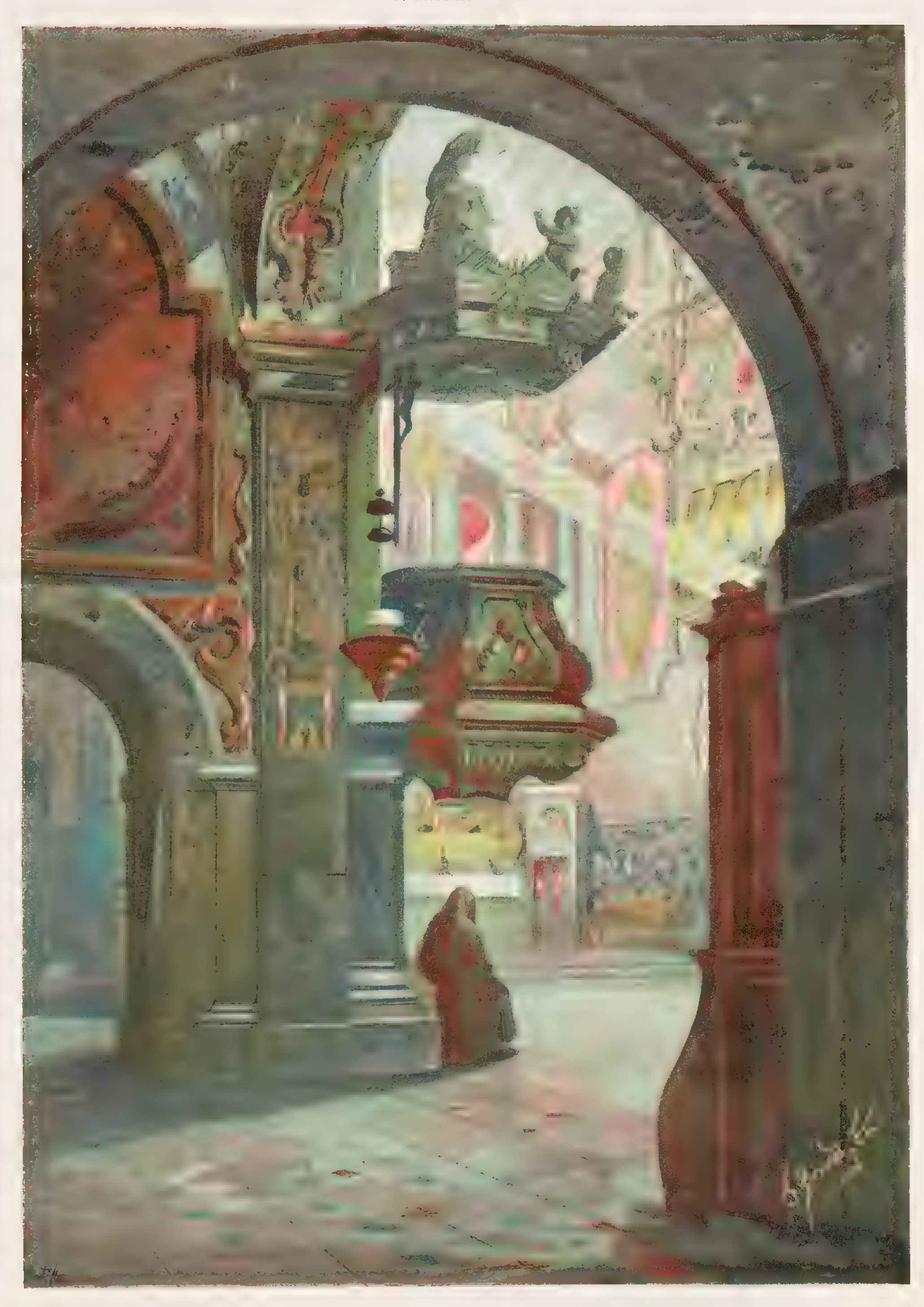
Pero, pronto la duda se disipa,
pronto la duda pasa...
no es posible que un sueño deje nunca
ilesa la materia y muerta el alma!

LUIS DE VAL



MALASAÑA Y SU HIJA (EPISODIO DEL 2 DE MAYO). — Cuadro de ALVAREZ DUMONT.

F. BRUNET Y FITA



INTERIOR DE LA IGLESIA DE BELEN, BARCELONA

# LA BOHEME

OPERA EN CUATRO ACTOS; LIBRETO DE GIACORA É HICA, INSPIRADO EN UNA OBRA DE MURGER: MÚSICA DEL MAESTRO PUCCINI.

Cuando una producción escénica alcanza un éxito tan franco y espontáneo como el alcanzado por *La Boheme*, en nuestro Gran Teatro, la crítica minuciosa debe soltar su escalpelo, para aplaudir libremente con toda la fuerza de sus dos manos.

*Puccini* es el compositor que más pruebas viene dando de conocer el público y de saberle sorprender con recursos que, si algunas veces implican falta de originalidad ó exageraciones de concepto, logra siempre hacerle sentir muy fuerte, sin obligarle á pensar muy hondo.

Esta sencillez-efectista, característica del ilustre autor de *La Boheme* y *Manon*, va en él avalorada por una deliciosa malicia, al servirse de los recursos orquestales. Merced á ellos, sus obras son, si no problemas que envuelven tesis musicales de mayor ó menor convencionalismo, conjuntos bellísimos de ondas simpáticas que impresionan y subyugan al auditorio, obligándole á seguir con interés creciente cuanto pasa tras las candilejas, sugiriéndole ya bulliciosas escenas de boulevard, ya gritos de amargura, carcajadas de desprecio ó ¡ayes. de una pasión humana y real.

Esto y mucho más logra la fresca y habilidosa música de *Puccini*.

Y precisa confesar, en razón de justicia, que la mitad, por lo menos, del éxito que obtiene en el Liceo, débese á lo harmonizado y completo de la interpretación.

En la cámara obscura del cerebro de cada espectador quedará impresionado para siempre el clisé de la vida bohemia, con las figuras acertadísimas de sus intérpretes en Barcelona.

Aplausos tan nutridos y entusiastas como los que han oído la señorita *Storchio* y el señor *Bonci*, pocas veces resuenan en la sala del Liceo de Isabel II.

La *Storchio* es una soprano dramática de voz extensa y hermoso timbre, emitida á la par que con un gusto exquisito, con un estudio esmeradísimo, intencionada modulación y gran facilidad. Posee excepcionales cualidades de cantante de escuela selecta; talento privilegiado de artista de cuerpo entero, y sabe hallar en todo su papel inspiración tan verdadera y de buena ley, que engarza sus quejas de víctima con la seductora ingenuidad de la niña enamorada. Su figura delicada, su rostro expresivo y sus ademanes distinguidísimos completan por tal modo el personaje, que no fuera dable imaginar una realidad más deliciosa y afortunada.

*Bonci* se ha presentado á nuestro público sin reclamos de ninguna clase; y á fe que no los necesita. ¡Hay que oir su voz melodiosa é igual en todos los registros, cuando sale de su privilegiada garganta como un torrente de harmonías, con la *fioritture* de un maestro en el *bel canto* y la seguridad de una escuela sin exageraciones, llena de finezas y espontaneidad! De tarde en tarde pisan las tablas del Liceo artistas de tanta valía como el festejado tenor italiano, cuya aparición en *La Boheme* ha sido un triunfo continuo.

La señora *Barone*, que ha sabido allanarse á las bruscas transiciones de su *particella* con gran arte y lucimiento; *Buti*, el barítono de voz voluminosa y agradable, lucida en toda su extensión con estudioso cuidado; *Navarrini*, obligado á repetir el famoso *addio* del último acto, cada vez que lo canta, y *Puiggener*, que, escudado en sus conocimientos técnicos, luce su potente voz, contribuyen al brillante y harmonioso conjunto de esta prciosa producción.



ROSINA STORCHIO Y ALESSANDRO BONCI,
EN EL DUO DEL PRIMER ACTO

Fotografía del Sr. Esplugas, hecha exprofeso para el ALBUM SALÓN.

El maestro *Ferrari* la ha concertado con mucho esmero, mereciendo mención aparte su inteligente batuta.

La orquesta muy bien, y los coros discretos.

El ALBUM SALÓN une su aplauso sincero á los aplausos del público y de la prensa.

Pocas veces tendrá ocasión de hacerlo con más justicia y entusiasmo.

* * *

# REDENCIÓN

Entrés.

Ricardo vaciló. En el fondo de su bolsillo quedaba el último puñado de dinero; veinte ó treinta pesetas que se revolvían rabiosamente bajo sus dedos enjutos y temblorosos. ¡Oh, qué noche! Primero un billete, luego tres, cinco, todos habían ido cayendo desde la cartera al tapete; siendo allí arrastrados por la implacable raqueta del banquero.

—Entrés,—repitió éste, paseando una mirada serena por aquel círculo de carne que le estrujaba.

Cien manos convulsas se extendieron hacia el tapete, abandonando el tributo de confianza que el seis contra el dos exigía. Y Ricardo, contagiado por la fiebre general, murmuró con voz ronca:

—¡Juego!

Cayeron sobre el descolorido paño las últimas monedas, á las que el joven comunicara el fuego de su calentura, y el banquero comenzó á *tirar*, calmoso é indiferente. Cada carta, arrastrada hacia abajo con suave movimiento, era para Ricardo algo así como el velo del porvenir, descorrido por la mano del diablo.

*Saltó* el entrés; y... como si algún genio maléfico tuviese empeño en prolongar la ansiedad de los jugadores, caían sobre el terso paño reyes, cincos, ases, caballos; todo, menos un seis en contra del doble dos.

Aquellos corazones, encadenados por el vicio y movidos por igual apetito, latían al mismo compás. Nadie hablaba, nadie tosía. Hubiérase advertido el roer de una carcoma.

El banquero, siempre estoico, suspendió su tarea, para quitarse de la boca un enorme puro, que dejó después con irritante lentitud sobre una moneda de plata. Los jugadores clavaron en aquel hombre una mirada indefinible, mezcla de odio y de angustia.



MARINA. — Dibujo de Ricardo Martí

Con los brazos cruzados sobre el pecho y clavándose despiadadamente las uñas en la carne, Ricardo, inmóvil como un sugestionado, esperaba la resolución del azar. La idea de la deshonra, del escándalo inevitable y próximo, hirió como un puñal su turbado pensamiento; por un efecto de aterradora reflexión, rápido como el relámpago que aturde y ciega, apareció á sus ojos la inmensidad de su desdicha; entre el torbellino de su cerebro surgió el recuerdo de la fábrica, de aquel vetusto edificio levantado por el ahorro y la constancia de unos padres virtuosos. Los talleres, regocijados antes con el estruendo del trabajo y esfumados por el humo de los hornillos, presentáronse á sus ojos, en medio de un silencio de tumba. Arriba, sobre las anchas naves, erguíase la ennegrecida chimenea, con cierta expresión amenazadora, como furiosa por no sentir ni el calor de las calderas, allá abajo, ni las rápidas caricias del humo, en su robusto remate. Las arañas habían colgado sus polvorientos pabellones en las junturas de las ventanas, y en las cerradas puertas campeaba el rojo sello del juzgado. Los obreros, faltos de trabajo, miraban aquellas paredes con algo de veneración; maldiciendo con rabia el nombre de Ricardo, del señorito calavera que privaba de pan á tantas familias.

—¡Juego!—repitió el banquero.

Cayó una carta... y un rugido feroz se escapó de todos los pechos, á los que entraba el aire envenenado con blasfemias. Ricardo, como un autómata, salió tambaleando, bajó unos escalones y, después de cruzar un vestíbulo escasamente alumbrado, llegó á la calle.

¡Arruinado!... El aire, que cortaba como un cuchillo, fué caricia dulce, consoladora, para aquel cuerpo abrasado por la fiebre del vicio. Ricardo sintió que algo muy grande se le derrumbaba allá dentro, en su corazón. La calle, desierta y silenciosa, parecía la de una necrópolis...

Ricardo andaba poco á poco, con esfuerzos de paralítico y vacilaciones de borracho. De pronto, se detuvo. ¿Dónde llevaba el revólver? ¡Ira de Dios! ¡Se había dejado el gabán en el casino! Y en el gabán, en un bolsillo interior, estaba el arma, la curandera de la locura, la solución suprema para el desesperado. ¡Al casino!

Una mano invisible agarró entonces los pantalones de Ricardo, y una vocecilla débil y angustiosa murmuró en las sombras:

—¡Señorito, una limosna para mi madre!

Clavó el mozo su febril mirada en la afligida criatura.

¡Pobrecillo! Estaba temblando. — ¿Qué? ¿Una limosna?

Ricardo la buscó en su cartera. ¡Nada! Todo había sido para el vicio, para el frenesí. La ola de la fatalidad había barrido su cerebro y sus bolsillos. ¡Ni calma para el infortunio ni dinero para la caridad!

—Mi madre está muy enferma. No tengo padre. ¡Señorito, por Dios!

Tuvo aquel acento algo indefinible, algo hermoso; aquella voz pareció bajar del cielo. Ricardo suspiró, como el hombre á quien quitan una mordaza, y cogiendo con su mano aristocrática la manecita fría del ángel abandonado, exclamó:

—Ven, querido.

Llegaron al casino, agitado el señorito y asombrado el pordiosero. Arriba, en el pasillo, pendiente de dorada escarpia, estaba el gabán. Ricardo sacó de sus bolsillos algo cuya vista espantó al muchacho, y dijo:

—Espérame.

El niño quedó solo. Sintió miedo; el señorito debía estar loco. Asustaba mirarle. ¿Esperar? ¿Para qué? ¿Para temblar otra vez ante aquel revólver brillante y pequeño?

Alzóse un portier y apareció el señorito. ¡Vaya un cambio! Salía sonriente, gozoso, con un puñado de dinero..

—Toma; para ti, querido. ¿Ves? Plata, todo plata. Para ti, para tu madre. Dadle caldo. ¡Toma, toma!...

Y cuando el pasmado niño desapareció en la curva de la escalera, Ricardo apoyó sobre el muro la abrasada frente y lloró de alegría, de alegría santa, inefable, que le refrescaba el alma, que lo redimía, y que no pudo turbar el ronco rugido de Lucifer, encerrado detrás de aquellos cortinajes verdes. .

V. SERRANO CLAVERO

# A LA PATRIA

Panal de mieles, vergel de flores,
nido de alondras y ruiseñores,
clásica cuna de la hidalguía...;
esta es la reina de mis amores,
esta es España, la Patria mía.
Esta es la tierra
donde se encierra
para mi alma mayor encanto;
la que ha inspirado mis sueños de oro,
la que he regado con triste llanto,
la que yo adoro,
¡la que yo canto!

¡Vaya si es rica! ¡vaya si es bella!:
Dios, que habitarla sin duda quiso,
derramó en ella
las galas todas del Paraíso.

Aquí, las brisas son más suaves,
con más ternura trinan las aves,
hasta en las breñas nacen jardines...;
y así en el llano como en la sierra,
todo en mi tierra
trasciende á nardos, huele á jazmines.

Tiene este suelo, fértil y noble,
prados que rinden cosecha doble,
vegas... perdidas
en lontananza,
nunca desnudas, siempre vestidas
de verde y oro, cual la esperanza;
frondosos bosques, ya seculares,
que desde el valle llevan al cerro
sus misteriosos, vagos cantares;
para encerrarse, montes de hierro,
para extenderse, tres anchos mares.

Sobre él la aurora vierte galana
líquidas perlas cada mañana,
el sol le envía, desde la altura,
su luz más pura;
es el emporio de los placeres,
y hay en los ojos de sus mujeres
tanta dulzura...,
que los amores, con vivo anhelo,
la dicha liban en su regazo:
de cielo tiene sólo un pedazo;
pero... ¡qué cielo!

De las virtudes busca el arrullo,
honra las artes con noble orgullo,
por el trabajo, prospera y vive,
sobre su escudo la fama escribe
«valor, nobleza»;
y para colmo de tal grandeza...,
en esta España, que siempre ha sido
de fe sagrario, de honor ejemplo,
tiene el cristiano su mejor templo.

Por eso rindo tributo santo
el pobre nido
donde he nacido.
Por eso, ¡oh Patria! te admiro tanto,
tanto te quiero..., ¡y así te canto!

***

De tus pasadas glorias do quier veo las huellas;
entre las densas sombras, despiden todas ellas,
inextinguibles focos de refulgente luz,
como en el firmamento fulguran las estrellas
cuando la noche extiende su lóbrego capuz.

Reflejos son de un tiempo en que iban tus pendones
dejando en pos el yugo de tu poder feudal;
y en que eran solamente los pueblos y naciones
botín de tus conquistas, de tu dosel florones,
brillantes engarzados en tu corona real.

De un tiempo en que tus hijos dejaban sus hogares,
henchidos de entusiasmo, de tu clarín al son,
y las hirvientes olas surcaban de los mares
para imponer tus leyes y levantar altares,
allí donde no había ni ley ni religión.



RECIEN NACIDOS. — DIBUJO DE RICARDO MARTÍ.

No hallaron tus legiones jamás diques ni vallas;
rendíanse á su paso fronteras y murallas,
convictas de que al cabo habrían de caer;
los triunfos, las victorias contaste por batallas;
para tus huestes bravas, luchar era vencer.

Ejemplo de constancia, con brío portentoso,
llevando por enseña la Cruz de redención,
lidiaste siete siglos, sin tregua ni reposo,
hasta cerrar las puertas al árabe orgulloso
que en un nefasto día abrióle la traición.

Dechado de heroísmo y de altivez modelo,
domaste de la Francia la altanería audaz;
cuando era de sus águilas más firme y raudo el vuelo,
las garras de tus leones llegaron hasta el cielo
para rasgar las alas de su ambición voraz.

A impulso del encono que contra ti alimenta,
el moro de Marruecos tu dignidad holló;
¡jamás á tanto osara! si grande fué la afrenta,
fué en cambio la venganza tan ruda, tan sangrienta
que conmovióse Europa y el Africa tembló.

Al fin, de tanta gloria cargada con el peso,
dejaste que la Historia la pregonara fiel;
y, de la paz ansiando el lánguido embeleso,
dichosa te entregaste en brazos del progreso
que eleva á las naciones y marca su nivel.

A donde ayer llegaron tus armas vencedoras,
hoy llegan los preciados productos que elaboras
y el fruto que á la tierra arranca tu sudor;
tu crédito y las múltiples riquezas que atesoras,
en las modernas lides, son el botín mejor.

Mas ¡ay, mi Patria amada!; la caprichosa suerte,
para probar sin duda tu fuerza ó tu virtud,
su protección constante en esquivez convierte,
y arroja en tu camino, feliz y rica al verte,
de la cubana antilla la negra ingratitud.

El pueblo en quien se encarna tu empresa más gloriosa,
el que tu augusto nombre debiera bendecir,
aquel á quien del caos sacaste... ó de la fosa,
reniega de la madre amante y bondadosa
que le acogió en su seno y le enseñó á vivir.

Soberbio en su impotencia, violento en su coraje,
á rechazar se atreve tu amparo bienhechor;
sin ver que redimiste su condición salvaje,
que alienta con tu sangre y que habla en tu lenguaje,
romper quiere el ingrato los lazos de tu amor.

La guerra está empeñada, feroz llena de horrores;
á un lado la hidalguía, al otro la doblez;
llevaste allí tus héroes y diste con traidores,
cobardes mercenarios ó viles salteadores:
con fieras, no con hombres, combates esta vez.

No importa; ante el peligro se crecen tus alientos:
no importa; entre las fieras el rey es el león:
ya el tuyo sus rugidos ¡oh, Patria! da á los vientos...,
y el antillano suelo vacila en sus cimientos,
y más en él se clava tu invicto pabellón.

Quizá, si bien lo miras, tus hijos sediciosos
son víctimas que al fuego arroja la ruindad;
quizá les expolean, con fines codiciosos,
mezquinos adversarios... ó amigos poderosos
que ocultan en la sombra su inicua deslealtad.

Tampoco importa; vengan, combatan cara á cara
y no con sangre ajena, con honra y no baldón;
que vengan, de la tuya jamás has sido avara·
si Dios no te abandona y la razón te ampara,
para luchar con todos te sobra corazón.

Y si venir no quieren á sostener su proeza,
los Cides que aun te quedan á escarnecerla irán
irán, para probarles tu orgullo y tu fiereza;
irán, para mostrarles, erguida la cabeza,
las aguas de Lepanto, los muros de Tetuán.

Irán, para decirles que ni una mancha sola
empaña tu decoro, tan limpio como el sol;
que todo en nuestra tierra ante el honor se inmola:
¡que, pese al mundo entero, será Cuba española
en tanto que en España aliente un español!

SALVADOR CARRERA

# LOS NUEVOS CRISTOS

Abril, el mes de las hermosas magnificencias, ha pasado, con sus brotes florecientes, su luz inmaculada, sus cantos impregnados de bulliciosa alegría; y al ser impelido al abismo por la varágine del tiempo, ha pasado con él, una vez más, la Semana Santa, con su solemnidad augusta, sus grandezas fúnebres, sus esplendores tristes.

Por las anchas y tendidas calles hemos visto deslizarse las procesiones, henchidas de majestad conmovedora; hemos sufrido la visión del drama del Calvario, ante el Cristo coronado de espinas; hemos sentido el pinchazo del dolor acerbo, ante la atribuladísima Soledad; hemos penetrado, con los ojos del alma, en aquella luctuosa tarde en que los divinos labios del Redentor pronunciaron el *consummatum est* y hemos, moralmente, paladeado el gusto acre del remordimiento, al ver el cuerpo del Hombre-Dios en el sepulcro.

Igual que otros años, para nosotros, ha sido el imponente espectáculo. Las mismas procesiones y las mismas imágenes han desfilado otros años delante de nosotros. El mismo Cristo ha paseado ante nuestros ojos su trágica figura, soberbia de humildad, dolor y tristeza. Pero este año, el Cristo que sufre con los dolores del hombre, ha debido sentir un dolor más al ver, entre la multitud prosternada á sus plantas, otros nuevos Cristos.

Sí; otros nuevos Cristos, Cristos humanos, mas Cristos al fin, que han padecido diferente martirio; pero que también han sido sacrificados bajo la cuchilla infame de los odios viles y de las traiciones arteras; Cristos que vinieron de muy lejos, de allá donde el pantano despide emanaciones mortales, donde el resplandor lunar es nocivo y donde el sol se desploma, como lluvia de metal hirviente; Cristos que abandonaron padres, hijos, esposas, la casa que les vió nacer, el pedazo de tierra que les sustentaba, todos los afectos más caros del corazón y todas las idolatrías más ardientes del espíritu, para defender el honor de la bandera de la patria, de su patria. . abofeteada, insultada y escarnecida; Cristos que, devorando sus lágrimas, pálidos hasta la lividez y sonrientes como niños contentos, besaron á los seres queridos y cruzaron el mar, locos de alegría, entonando canciones patrióticas; Cristos de almas templadas como el acero, que lucharon diez contra mil y realizaron proezas homéricas, dignas de ser cantadas por Tirteo y representadas en bronce por Fidias; Cristos que subieron la dura vertiente de su Calvario, sin cansancios inermes ni desfallecimientos torpes; Cristos que aguantaron su pasión cruenta con el valor estoico propio tan sólo de este pueblo de leones que destroza á los tigres; Cristos que tragaron sin hacer un gesto, durante años enteros, el vinagre y la hiel de las torturas más fieras y las privaciones más angustiosas; Cristos que al caer acribillados en el combate sufrían sus espantosas mutilaciones con un cigarrillo entre los dientes; Cristos que volvieron á la patria inútiles ó enfermos, anémicos ó tísicos, inservibles unos para el trabajo, incurables otros

¡Ah, sí! Yo he visto, mientras pasaba la grandiosa procesión del Viernes Santo, á tres de esos héroes anónimos confundidos entre la gente. . que les miraba compadecida y les socorría con largueza. Uno de ellos mostraba en vez de brazos dos muñones horribles; otro, con una pierna cortada por el mismo nacimiento del muslo y el rostro ferozmente desfigurado por una cuchillada; y el último, con una cara de muerto que causaba frío. Aquellos nuevos Cristos, hambrientos y harapósos, colocados en hilera, estaban en silencio y tenían la gorra en la mano extendida hacia adelante; la gorrilla de cuartel donde la patria, que se agolpaba junto á ellos, depositaba generosa monedas de cobre chicas y grandes, entre las que de cuando en cuando brillaba alguna de plata.



MTRO. JOSÉ RIBERA MIRÓ.

En este momento pasaba la imagen de Cristo en la cruz. Y me pareció que sus ojos vítrios se fijaban en el grupo desarrapado y glorioso que formaban los dos inválidos y el enfermo,... y creí ver deslizarse dos lágrimas por el demacrado rostro de Jesús, mientras sus brazos se alargaban extendiéndose piadosos sobre los nuevos Cristos,... y oí una voz celestial que, viniendo de lo alto, exclamaba: *Bienaventurados los que lloran*, á la vez que la muchedumbre, con la rodilla en tierra y la mirada en Dios, decía por lo bajo: *Padre nuestro que estás en los cielos...*

PEDRO BARRANTES




Como habrán observado nuestros lectores, las páginas en negro difieren algo del sumario anunciado en el número anterior, pues hemos tenido que suprimir un grabado y un artículo, para dar cabida á dos notas de actualidad: la revista de *La Boheme* y la poesía *A la Patria*.

Por causa de sus dimensiones, damos fraccionada la hermosa *Ave María* del Maestro Ribera. escrita exprofeso para que la publicáramos en este mes, consagrado á la Virgen; de suerte que concluirá en el próximo número, cuyo sumario es el siguiente:

CUBIERTA EN COLOR, de Román Ribera.
*Su Excelencia «El Caballo»*, caricaturas de Xaudaró
PÁGINAS EN COLOR: *Los marqueses de Marianao*. Retratos.
*En la pelouse* / *La hora del regreso* — Cuadros de Josefina Juliá Vilar.
*Una sportman*. Cuadro de J. Cusachs.
PÁGINAS EN NEGRO. *La letra de Regato*. Artículo de Federico Urrecha, ilustrado por Cuchy.
*La República Argentina estudiada á grandes rasgos*, II. Artículo de Antonio Astort.
*Don Joaquín Coll y Regás*. Retrato y artículo.
*Carreras de caballos*. Artículo, ilustrado por Passos.
*La obsesión*. Artículo de Marcos Jesús Bertrán
*La vela del diablo*. Artículo de F. Luis Obiols.
MOSAICO.
REGALO: Conclusión del *Ave María* del Mtro. Ribera, empezada en el presente número.



Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle

EL LENGUAJE DE LAS FLORES, por XAUDARÓ.



LA MARGARITA. — La melancolía me devora! Ahora ninguno me dice ¡por ahí te pudras!



LA FLOR DE AZAHAR. — Creo que la hemos hecho buena! ó bien ¿Me querrás mucho, mujercita? — ¡Hasta pasado mañana!



EL PENSAMIENTO. — Siempre pienso en ti! (Ti. es el casero.)



# FRANCISCO FORTUNY

BARCELONA

**Fábrica de Jarabes Superfinos.**

**Especialidad en la Horchata triple de Almendras y Jarabes frutales, tónico refrescantes.**

**Fábrica de Licores Superfinos.**

**Elaboración especial de los licores CIDRÉLICA ANISETTE y CURAÇAO Superiores á sus similares.**







**DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COLMADOS**

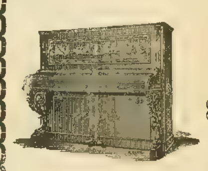
LICORES

---

# FABRICA DE PIANOS

DE

## COROMINAS Y RIERA



Pianos verticales, oblicuos y cruzados reconocidos como superiores y que compiten ventajosamente con los extranjeros. — Cambios, alquileres, reparaciones y afinaciones. — Fundas para piano, zócalos, metrónomos cubre teclados, etc.

CATALOGOS GRATIS ❖ PRINCESA, 45, BARCELONA

---

# EL PRIMOR FEMENIL

Publicación consagrada á las bellas labores femeniles y especialmente al bordado, al encaje y á la educación estética de la mujer.

**12 cuadernos anuales de abecedarios.** — **DIRECTOR: DON ANTONIO RIUDOR** — **12 cuadernos anuales de labores varias.**

CUATRO GRANDES PLIEGOS ANUALES EXTRAORDINARIOS PARA LAS EDICIONES DE LUJO É ILUMINADA

| PRECIOS PARA ESPAÑA, GIBRALTAR: | | PRECIOS PARA AMÉRICA Y RESTO DE EUROPA: | |
|---|---|---|---|
| Edición económica, un año | 7 pesetas. | Edición económica, un año | 40 reales. |
| — de lujo, | 10 » | — de lujo, | 52 » |
| — iluminada, | 25 » | — iluminada, | 120 » |

**REGALO** *de Patrones tamaño natural para la confeccion de Modas y lencería.—Administracion. VIUDA DE PEDRO FONT, calle de Valencia, 307, Barcelona.*

---

# APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el **flujo mensual**, corta los **retrasos** y **supresiones** así como los **dolores** y **cólicos** que suelen coincidir con las **épocas** y comprometen á menudo la

# SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Se reparte por cuadernos de **16 páginas**, siendo su precio el de un real. — Centro editorial artístico de **MIGUEL SEGUI**, Rambla de Cataluña, 151. — BARCELONA

## ¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del **DR KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del **estomago é intestinos**, por antiguas que sean. **Los vomitos, acecias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estomago, cintura**, etc., etc., así que **diarreas ó estreñimientos**, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7'50**; media caja, **4 pesetas**, en farmacias y Madrid, Arenal, 2; **Barcelona**, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

## JABON DE BABA DE TORO

**¡Prodigioso y valioso descubrimiento!**

Destruye las manchas y barros. ❖ Hermosea y suaviza el cutis. ❖ Gran Vigorizador de los Organos. ❖ Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. ❖ Representante en España,

D. EMILIO MARTINEZ

CALLE DE ARAGON, NUMERO 345, BARCELONA.

*De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.*

**¡¡PROBADLO!!**
**¡¡PROBADLO!!**
**¡¡PROBADLO!!**

---




## Depilatorio en polvo del Dr. Thomson



Antes de usarlo

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel

*Aplicacion sencilla.* ❖ *Resultados positivos.*

**Precio: 3 PESETAS CAJA**

*Unico depósito: Perfumería LAFONT*

**Call, 30 ⚭ BARCELONA**

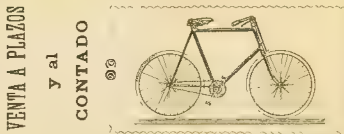


Después de usado.

# WERTHEIM

MAQUINAS PARA COSER PERFECCIONADAS

VENTA A PLAZOS y al CONTADO



VENTA A PLAZOS y al CONTADO

## BICICLETAS GARANTIDAS

TALLERES DE REPARACIONES

Niquelaje especial y esmaltes á fuego.

AVIÑÓ, 9 ❖ BARCELONA

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* • *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* • **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ∗ ACTUALIDADES ∗ ARTÍCULOS LITERARIOS ∗ POESIAS ∗ MODAS ∗ REVISTAS DE SALONES ∗ MUSICA ∗ SPORT

# Album Salón

## Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II | BARCELONA, 16 DE MAYO DE 1898 | NÚM. 18

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA



SU EXCELENCIA «EL CABALLO», por XAUDARÓ.

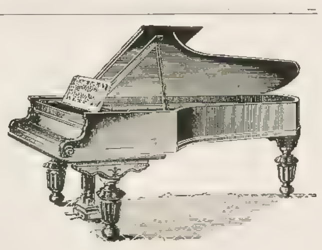


Por la mañana. Toilette



Por la tarde. — ¡ .... !







# LOS MARQUESES DE MARIANAO

Al dar en el presente número los retratos de estos sportmans ilustres, no hacemos más que unir nuestro humilde tributo de consideración y aprecio, al aprecio y consideración de que gozan en la Capital del Principado.

El marqués de Marianao, — don Salvador Samá, - presidente de la Junta de Fomento de la Cría Caballar de Cataluña, es un entusiasta del sport hípico, y fué uno de los iniciadores de las Carreras de Caballos en Barcelona.

Grande de España de primera clase, político influyente y acaudalado, dedica su actividad toda, y cuantiosa parte de su fortuna, al mejoramiento social del país, sin que ninguna manifestación del Progreso se vea por él desdeñada. Estudioso y activo, ha llevado sus opiniones á la prensa, afrontando con ánimo sereno, la discusión; y cualesquiera que éstas sean, merecen respeto, porque las expone con leal sinceridad.

Su joven esposa, — doña María de los Dolores de Sarriera y de Molins, – hija de los condes de Solterra, descuella en primera línea entre la aristocracia barcelonesa, que agasaja y admira á la noble dama, considerándola como modelo de distinción y porta-estandarte de la moda.

* * *

# LA LETRA DE REGATO

AQUELLA Revolución de 1868 que barrió, como una gigantesca escoba, las oficinas todas del Estado, respetó á Regato en el puesto que ocupaba desde los tiempos de la Unión Liberal. Verdad es que, los que empezamos á libar las dulces mieles del presupuesto, comprendimos que el Estado habría cometido un asesinato mandando á su casa á Regato, y así se lo hicimos entender á quien podía sostenerle delante de la mesa en que trabajaba hacía tantos años, para bien de la patria.



Dudo de que haya habido jamás en los viveros del Estado planta democrática que haya dado mejores frutos. Las minutas y oficios de Regato eran modelos de caligrafía, verdaderos soles oficinescos, sólo empañados por alguna que otra falta ortográfica. Le hacíamos nosotros incurrir á veces y de propósito en éllas, para divertirnos con sus zozobras, cuando, para hacérselas notar, le llamaba el jefe del negociado. Solía entonces volver al despacho muy colorado, y se encaraba con la gente joven:

-Señores, ¿en qué quedamos? — decía, afirmando nervioso las gafas sobre la nariz — ¿Se dice *he presupuesto* ó *he presupuestado?*

A lo que era frecuente que contestara uno de nosotros·

—Le diré á usted, don Ceferino... Antes de la Revolución se decía *presupuestado;* pero ahora, con tanto cambio y tantas economías, vaya usted á saber cómo se dirá.

Nos quedábamos muy serios; el bueno de don Ceferino Regato corregía la malaventurada minuta y la llevaba nuevamente al jefe, y cuando salía, nos reíamos con la mejor gana del mundo.

Supimos un día la extraordinaria nueva de que el bondadoso don Ceferino se había casado, y lo supimos por uno de los porteros que había sido testigo del inesperado trance; porque él, Regato, guardó sobre el asunto impenetrable reserva.., que todos respetamos. Pero, con ser el hecho de la boda cosa inaudita, lo era más todavía la circunstancia de que la novísima señora de Regato era joven y guapa; y entre los fenómenos inadmisibles para nosotros, estaba el de que se enamorase una mujer de aquel dignísimo oficial de la clase de cuartos.

Ahondando un poco en sus noticias, nos dió á entender el portero - portero al fin y malicioso como todos los de la clase — que la señora de Regato no había sido trigo limpio; pero ninguno de nosotros llegó entonces á creerlo.

Apenas si después del suceso notamos variación en Regato, fuera de su prisa por irse en cuanto daba la hora, y un profundo desprecio por la ortografía, que ya no le preocupaba ni poco ni mucho. Le seguimos una tarde discretamente y resueltos á conocer á aquella heroica joven que había cargado con él; le esperaba ella en la esquina de la calle de Sevilla, y siguieron juntos del brazo. Era una morenilla de ojos negros, expresivos y picarescos, nariz remangadilla y aire muy resuelto en toda su apetitosa persona. De común acuerdo, compadecimos al meritísimo Regato.

⁂

A los dos meses de la boda, inopinadamente, y como quien dice de golpe y porrazo, ascendió el bienaventurado Regato á oficial de la clase de terceros. Juró y perjuró don Ceferino que no había él buscado influencia alguna, entre otras razones porque no tenía valedores, y hubo que aceptar la hipótesis de que el gobierno de S. M.—como Regato se empeñaba en seguir llamándole—había querido premiar el océano de minutas y oficios con que él enriqueciera el Mamotreto nacional. Pero un nuevo ascenso, antes del año, acabó por despistarnos á todos y casi por volver loco al pacífico Regato. Coincidieron con el segundo ascenso ciertos ensimismamientos y distracciones en aquel espejo de funcionarios, y algo como tristeza contenida y honda. Decididamente, Regato no era absolutamente feliz, á pesar de las liberalidades ministeriales.

Cuando murió el pobre señor, víctima de su tristeza... Pero no, no anticipemos los sucesos que menudamente nos refirió aquel chismoso portero, testigo de la boda.

Digamos primero, que á partir de ésta, nuestro jefe se fué humanizando gradualmente con Regato. Para él eran todas las alabanzas, cuando salía despachado hacia el ministerio un espantable montón de expedientes, y para nosotros las censuras, cuando Regato incurría en un *lapsus* ortográfico. Llegó esto al punto de que, cierto día, entró el jefe en el despacho, con una minuta regatesca en la mano, y dijo ceñudo, dirigiéndose á nosotros:

—Arbitrio se escribe con *b*, señores.

Y salió triunfante, cambiando una mirada de burocrático afecto con Regato.

Pero, la grande y desconsoladora confidencia del portero fué aquella que nos puso en autos del cómo se entendían el jefe y la despierta señora de Regato. Era una verdadera diablura. Tenía el jefe una letra de todos los demonios, capaz de desesperar al propio Champollión, gran descifrador de jeroglíficos egipcios, y cada vez que tenía — el jefe — que avisar de algo á la apetitosa oficiala de la clase de segundas, dictaba á Regato sus expresiones amorosas, que luego llevaba el portero. Claro está que se guardaba el nombre de la preferida, pero ya era esta confianza lo bastante para que Regato, orgulloso de semejantes confidencias, nos diera de ver en cuando unas migajas de aquel favor, diciéndonos con aire reservado y temeroso:

—Señores... el jefe es un *Rigoletto.*

*Rigoletto* era para Regato, que confundía esta y otras especies, el colmo de lo donjuanesco y varonilmente avasallador, y pronunciaba *el-je-fe* con cierta religiosa veneración, que nos hacía mucha gracia. Nos fué enterando el bondadoso don Ceferino de los progresos de aquel *lío* del jefe, según los grados de temperatura de las cartitas que le hacía escribir, y cuya letra primorosa y resplandeciente suponía él que no tendría poca parte en el enamoramiento de la dama; hasta que una tarde, con exquisito misterio y pidiéndonos juramento de ser discretos, nos dijo:

— Hoy se la lleva, señores, porque acabo de copiar un billetito que, ó acaba en una cita definitiva ó yo no entiendo de estas cosas.

Juramos silencio, por el más sagrado legajo de cuantos allí había; y se fué Regato á su casa, sin sospechar que en ella se había ya cumplido la más trágica aventura que registran los anales de la administración pública. La mala hembra, de nariz remangada y ojos picarescos, no pareció aquella noche, ni al siguiente día. El desventurado Regato vino sombrío á la oficina, y ni aun tuvo el consuelo de las alabanzas del jefe, porque se había ido éste, con permiso del ministro, á un viaje *de inspección* — y no mentía.

Buscó entonces Regato rastros de la felonía en los muebles de la fugitiva, y ¡oh, misteriosos caminos de las cosas! dió en el bolsillo de una falda vieja con aquel billetito último. Era, sí, su letra gallardísima y envidiable; y al verla y con ella la verdad entera, le entraron al pobre Regato



en la cabeza unos formidables ruidos que dieron con él sobre las baldosas del piso.

Nos avisó el portero confidente de lo que ocurría, y fuimos todos sin excepción, á verle y cuidarle. Nos contó una grandísima mentira, para justificar su enfermedad, porque la verdad le espantaba y dolía, é hicimos que se creía como artículo de fe; había en el fondo de sus ojos tan honda pesadumbre cuando nos habló, que yo me separé del lecho, porque me entraron ganas de llorar, y tomé discretamente la puerta.

Murió á los ocho días, muy poco antes de presentarse la fugitiva, como si nada hubiese ocurrido. Tuvo ésta el increíble valor de hacer todos los preparativos del entierro; y allí la vimos los compañeros de Regato, sentada cejijunta y llorosa, en un ángulo del gabinete.

Cuando salió el cadáver, fueron desfilando los del cortejo por delante de la viuda. Pasé yo también, la di la mano, se la apreté con ira, y al inclinarme, salieron de mí, sin que yo quisiera, estas palabras que sólo ella debió oir:

—Señora... es usted una grandísima bribona.

Y bajé detrás del muerto, sintiéndome aliviado de un peso enorme.

FEDERICO URRECHA

# LA REPÚBLICA ARGENTINA

ESTUDIADA Á GRANDES RASGOS

II

Con que, ¿dice usted que desea reanudar nuestra interrumpida plática referente á este país?... Pues, continúo el para mí lisonjero trabajo de prestarle la utilidad de mis humildes explicaciones, á reserva de desquitarme oportunamente, solicitando de usted otras de distinto orden, que ignoro con ignorancia censurable. Y como, aunque incipientes nuestras relaciones, es deber nuestro, á fuer de buenos españoles, emplear ese proceder á la pata la llana que doquiera y singularmente en la expatriación nos caracteriza, me arranco, por lo mismo, declarando que nuestras conversaciones han de señalarse por la ausencia del método abrumador, más abrumador todavía aplicado al objeto que de antemano despojamos de toda hojarasca y artificio, sin que su índole, á todas luces importante, pierda esta cualidad é interés.

Resultaría á la postre descabal mi cometido, si dejara de robustecerlo con ciertas informaciones de carácter genuinamente histórico.

Debe usted tener muy en cuenta que nada con ello perderá, y sí, en cambio, puede serle inesperadamente de no poco provecho demostrar en un momento dado que á usted, extranjero en estos países, le son familiares siquiera los hechos más salientes de su historia.

En esto el hijo del país revela fielmente las heredadas condiciones, buenas ó malas, (no es de aquí el juzgarlas) de nuestra raza.

Menudearán para usted las ocasiones donde personalmante podrá estimar la verdad de lo que digo, bien lejos, por cierto, de atribuirme el mérito de ser yo sólo el que lo sabe.

Llámele usted virtud, llámele usted defecto, ó ambas cosas á una, al patriotismo llevado á la exageración, casi á la suspicacia, es ésta en el argentino, y suramericano en general, condición harto notoria para que nadie pueda reclamar para sí la exclusiva de la observación y el consiguiente descubrimiento. Son, al fin y al cabo, lo que nosotros: exaltados por temperamento, patriotas con un tantico de afectación, pero convencidos y pródigos en toda suerte de sacrificios cuando de su nación se trata; son, en fin, patriotas de abolengo, perfectamente caracterizados por la ley del atavismo, y con esto, huelgan otros comentarios...

No se sonría usted de estos atisbos y vislumbres de una elocución que de común acuerdo tenemos condenada al ostracismo.

Además, ni hay maestría en el esbozo precedente, ni éste va encuadrado en una fraseología de que no podría alardear, aun en el supuesto de quererlo, por la elemental razón de faltarme el don de la palabra, oratoriamente hablando.

Y ahora, encarando la cuestión de frente, ¿no es verdad que lo que mayormente despertó su curiosidad de usted en la travesía de Montevideo á Buenos Aires fué la contemplación del Plata?

—No era curiosidad lo dominante en mí, era admiración,—objetó mi interlocutor.

Ciertamente; no he aplicado el término preciso. A juzgar por mis propias impresiones, considero que el ánimo de todo hombre sensible á la imponente naturaleza ha de quedar suspendido ante la contemplación de este río que tiene 300 kilómetros de largo por unos 200 de anchura en su desembocadura sobre el Atlántico.

¡Eche usted trayecto! ¡Valiente salto de orilla á orilla!

Como ancho, es ancho; no hay en el globo otro que lo iguale, ni otro tan bravío, cuando azota su superficie el *pampero,* un viento que á veces nos envía la desierta y árida pampa.

¿Que qué es la *pampa*, pregunta usted?

La pampa, en Sudamérica, es lo que en la del Norte llaman pradera y en Rusia estepa: una llanura de mucha extensión, sin cultivo y poco ó nada habitada.

Este río, surcado hoy por las naves de todas las naciones y convertido por la actividad de la expirante centuria en emporio del comercio universal, fué descubierto en 1516 por el piloto asturiano Juan Díaz de Solís, de quién dice la crónica que era el más excelente hombre de aquel tiempo, en su oficio.

Pocos días después del *hallazgo,* por decirlo así, practicando un reconocimiento por las costas fluviales, cayó víctima de artera celada de los indios, que lo atrajeron con fingida amistad á sus tolderías y lo acribillaron á flechazos. La muerte del descubridor paralizó la acción del descubrimiento, pues los sobrevivientes regresaron á España para referir la desgracia que había puesto fin á la expedición.

Formado por los dos grandes ríos Paraná y Uruguay, el que Solís sacó del anónimo conociéronlo los primeros navegantes por *Mar Dulce,* nombre que conservó hasta que el veneciano Gabotto, al servicio de Carlos V, exploró detenida y triunfalmente estas latitudes.

Su denominación actual adquiriόla de la manera siguiente:

Botín de reñido combate librado en sus márgenes, entre españoles y guaraníes, fueron algunas piezas de plata que los conquistadores apresaron y enviaron al rey-emperador. Creyóse que las regiones descubiertas por Solís y reconocidas por Gabotto abundaban en tan rico metal; error que quedó consignado en el nombre que se dió y ha conservado el río.

¿Está usted? ¿Queda usted complacido de esta *cuasi* lección de geografía é historia colonial?

Ea, pues, de molde, sí como usted dice, y yo debo creer, le sientan bien tales informaciones. Serán, empero, tan simplificadas, que sin adver-

JOSEFINA JULIÁ VILAR

EN LA PELOUSE

JOSEFINA JULIÁ VILAR




LA HORA DEL REGRESO

tirlo tocaremos el final; y son tan convenientes á nuestra meta, que sin ellas no podríamos coronarla de un modo útil y cabal.

Por más que siento la comezón de referirlos, pasaré por alto muchos detalles, y de rondón me cuelo en el importantísimo que señala la fundación de Buenos Aires.

Compare usted lo que es hoy día esta ciudad con lo que fué; y no piense en lo que ha de ser andando el tiempo, si no quiere sentirse acometido del vértigo de las grandezas.

Verdaderamente, el espíritu más rebelde á la reflexión se echa á filosofar acerca de la obra del progreso cuya eterna misión consiste en demoler y reedificar, contemplando el espectáculo actual de Buenos Aires, y se imagina lo que estos lugares eran cuando, en 1535, habitados por la tribu india de los *querandíes*, don Pedro de Mendoza levantó en ellos las rústicas chozas destinadas á morada de los expedicionarios, á uno de los cuales se atribuyen estas palabras: «¡qué *buenos* son los *aires* de este suelo!», exclamación que dió origen al nombre de la primera ciudad del Sudamérica.

Pero la fundación positiva de la llamada Atenas del Plata, no tuvo lugar hasta 1580, por Juan de Garay, que es el verdadero fundador de Buenos Aires, y fué víctima de las tribus indígenas, cumpliéndose en él la suerte que corrían muchísimos de aquellos conquistadores, misioneros y aventureros que en el siglo XVI pusieron tan alto el prestigio castellano.

El perímetro de la nueva población no excedía mucho de 2.400 varas de frente por 1.350 de fondo, subdividido en solares que Garay repartió entre sus compañeros de empresa...

Crece, creciendo, el ámbito aquel ha venido á parar en lo que usted habrá ya podido ver. Lo representaré por medio gráfico.

Trace usted una línea recta que, partiendo del soberbio edificio del Poder Ejecutivo, conocido generalmente por *casa rosada*, vaya á morir en el extremo opuesto de la villa de Flores, y tendremos, de Este á Oeste, una distancia aproximada de diez kilómetros; tiremos otra recta, opuesta, desde la Recoleta, es decir, el Cementerio Norte, hasta el populoso barrio de la Boca, en el Sur, y obtendremos un frente equivalente al fondo, más ó menos. Total, unos cien millones de metros cuadrados, dentro de cuyo recinto se mueven, se agitan y chocan las pasiones y deseos de setecientos mil habitantes, y se levantan millares de elegantes casas, multitud de espléndidos palacios, monumentales edificios públicos, donde á la continua cruzan por sus plazas y calles tiradas á cordel, imprimiendo á la ciudad típico sello de bullicio y algarabía, innumerables vehículos, desde la pesada *chata* del tráfico urbano al ligero carretón del vendedor ambulante, y desde el lujoso *landau* del opulento *estanciero* al democrático tranvía.

*Tranvía*, he dicho, y quiero con tal motivo referirme de paso á este medio de locomoción, tan extendido aquí, que ha dado á Buenos Aires fama de ser en esto la primera ciudad del mundo, despues de Nueva York.

Para que se dé usted cuenta de ello, hablen las cifras.

Nueve empresas de tranvías hay en la capital de la nación, con un recorrido en junto, de 370 kilómetros de railes aproximadamente. Los coches puestos en movimiento transportan anualmente 70 millones de pasajeros, enorme circulación que arroja una entrada en las arcas de aquéllas de siete millones de pesos fiduciarios, equivalentes á unos 13 ó 14 millones de francos al cambio corriente.

Veo que me había desviado del esencial objeto de la conferencia de hoy, el cual prosigo á partir de este momento.

Con la fundación de Buenos Aires nuestros antepasados dieron por terminada la conquista de las provincias que en el día forman el territorio argentino, y con ella, la del Paraguay también, de cuyo virreinato eran éstas parte, al igual que todas las demás posesiones españolas de la América del Sur.

Para abreviar y no parar mientes en la historia de este país considerado como colonia, daremos un salto de un par y pico de centurias, y ¡zás! ya estamos en los primeros años de la nuestra.

Inglaterra, que de sobria no peca y cuya rapacidad corre parejas con su fenomenal poderío, intentó adueñarse de Buenos Aires allá por el 1804. La ciudad sufrió sitios y asaltos; pero de todo salieron triunfantes los defensores, formados por el elemento español y el criollo. Sin embargo, los movimientos aislados de la defensa, fueron los primeros ensayos de la revolución que poco después estalló al grito de independencia.

Prohombres de aquel movimiento que dió por resultado la irreparable pérdida de nuestro dominio en estos países, fueron Saavedra y Castelli, que en 1810 intimaron á Cisneros, penúltimo virrey, la renuncia del mando; fuéronlo también, y de más vuelo, entre otros, Belgrano, Rivadavia, Moreno, San Martín, considerado como el Pelayo argentino, Bolívar y el doctor Vicente López, autor del himno patrio que tendrá usted ocasión de oir, fuera de otros imprevistos, los días 25 de Mayo y 9 de Julio, que son los oficiales, por señalar respectivamente la proclamación del primer Cabildo popular (1810) y la de la independencia, en Tucumán, de las Provincias Unidas del Sur (1815).



FLORES Y REQUIEBROS, POR CUCHY.

Finalmente, constituída en nación autónoma é independiente, y reconocida como tal por las extranjeras, la república Argentina ha venido salvando el montón de obstáculos naturales á las primeras manifestaciones de una vida que empieza, mayores aun cuando esa vida rebosa plétora de vigor y exuberancia.

La nacionalidad argentina ha atravesado momentos de prueba: el fraude electoral, hijo de las ambiciones personales en contubernio con los odios de partido, ha provocado frecuentemente cruentas luchas intestinas; las circunstancias la han arrastrado á varias guerras internacionales, que han forzosamente contribuído á paralizar su desarrollo en las múltiples fases de su marcha.

Todo, sin embargo, parece háberse conjurado con la última reciente revolución de que fueron teatro las calles de la capital federal y que precipitó la caída del presidente Juárez Celmán.

En 1880, la República Argentina carecía de capital, y los poderes públicos tenían su asiento en una ciudad de provincia. El presidente Nicolás Avellaneda, obtuvo del Congreso una ley, por la cual se declaraba á Buenos Aires capital de la Federación y se completó la obra de la organización nacional.

También durante la Administración del nombrado Avellaneda, se inició la conquista del desierto, y la coronó ha muchos años el general Roca, quien desalojó á los indios de sus tolderías, confinándolos á las fronteras andinas; empresa que reportó á la nación 18.000 leguas de territorio, donde antes sólo imperaba la autoridad del cacique, y puso coto á las incursiones de las tribus.

Dicho lo cual y previo su beneplácito de usted, me tomo la libertad de hacer aquí punto suspensivo; punto que será final en nuestra próxima conferencia.

ANTONIO ASTORT

# FRAGMENTO DE UN DRAMA INEDITO

¡Cuánto escondido dolor
en dulces pechos se encierra,
desde que al hombre traidor
se ha convertido en la tierra
en mariposa de amor!
Tantos hay, en realidad,
que alimentan la creencia,
reñida con la verdad,
de que está en la variedad
la dicha de la existencia;
que el mundo ha venido á ser
un jardín donde el placer
dicta leyes caprichosas,...
y una flor cada mujer,
y los hombres mariposas.
Del sol á los resplandores,
vese á éstas girar, bullir,
posarse en todas las flores;
y las hay, en mi sentir,
de tres distintos colores.
La que, después de volar
del parterre á la enramada,
logra por fin encontrar
una flor que, enamorada,
le convida á descansar;
en cuyo cáliz reposa,
extasiado en su belleza,
y con ella se desposa,...
esa es *blanca* mariposa,
emblema de la pureza.
La sola que es de mi agrado
y con el bien se concilia;
la única que ha logrado
formar el lazo sagrado
del amor y la familia.
La que veleta, inconstante,
con instinto criminal,
de todas liba un instante,
y trueca el verjel amante
en espantoso erial.
La que á la gallarda flor
del tallo marchita arroja,
tras de burlar su candor,...
esa es mariposa *roja*
que simboliza el dolor.
Cuyo aliento, empaña, quita
la tersura del cristal,
el tesoro conyugal;
es... la serpiente maldita
del paraíso terrenal.
En fin: la que, indiferente,
nunca ha movido las alas
porque absorta solamente
en sí, desprecia las galas,
de la creación; que no siente,
y egoísta, desdeñosa,
ve llegar la ancianidad
sin hijos y sin esposa,...
es... la *negra* mariposa
que vive en la soledad.
Que en su celibato fiero,
en su profundo retiro,...
más pobre que el pordiosero,
en brazos de un enfermero
rinde el último suspiro.

X.

# DON JOAQUÍN COLL Y REGÁS

CREADOR DEL PATRONATO PARA OBREROS ENFERMOS Y OBRERAS EN CINTA, RECIENTEMENTE PREMIADO POR LA SOCIEDAD ECONÓMICA BARCELONESA DE AMIGOS DEL PAÍS.

Atento á los consejos dirigidos á patronos y obreros por S. S. León XIII, en una de sus memorables encíclicas, don Joaquín Coll y Regás, notable fabricante de generos de punto, de Mataró, fué el fundador, *exclusivamente á sus costas*, de un *Patronato para obreros enfermos y obreras en cinta*, adscritos á su Fábrica.

Esta piadosa institución, ha sido premiada con Medalla de Plata y Diploma de honor, extendido en pergamino, por la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, «como público testimonio (dice el referido documento), del aprecio que á esta Corporación merece el laudable proceder del señor Coll y Regás, y para que sirva de perpetuo recuerdo y noble emulación de cuantos pueden contribuir á mejorar moral y materialmente la suerte del obrero.»



Tienen derecho al *Patronato* del Sr. Coll, más de trescientos obreros, de ambos sexos, sumando ya importantísimas cantidades los auxilios prestados á aquéllos, á contar del año 1892, en que se fundó obra tan benéfica. Rige un breve Reglamento, las funciones de la misma; por él se ve que, todos los trabajadores, hombres ó mujeres, perciben diez pesetas semanales, al caer enfermos. Tienen igual opción, durante el último mes del embarazo y el mes posterior al parto, todas las mujeres, legítimamente casadas, que trabajen en el Establecimiento; debiendo forzosamente cesar en toda clase de labores, durante los dos indicados meses.

Hay que advertir que, sea cual fuere el número de obreras subvencionadas por este concepto, no altera el número de las que tienen opción á serlo por enfermedad.

Por estos y otros actos filantrópicos, el Sr. Coll y Regás ha sido con justicia llamado, por significadas personalidades, *modelo de patronos*, presentado al Nuncio de S. S., por el Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Vich, honrado con títulos honoríficos por respetables corporaciones, y celebrado como se merece por la prensa de Madrid y de las provincias de Barcelona y de Gerona. Nuestra Sociedad Económica, ha hecho un acto de verdadera justicia, y se ha cubierto de honor, proyectando el de su recompensa sobre un hombre ejemplar por sus virtudes cristianas, que señala el camino de la regeneración de nuestro estado social, por medio de la Caridad, decorosamente aplicada al obrero. Digno descendiente es el Sr. Coll, de aquel nunca bastante celebrado, don Antonio Regás Borrell y Berenguer, que, á últimos del siglo pasado y primeros del presente, tanto contribuyó con sus inventos, sus publicaciones y su patriotismo, al mejoramiento de nuestra Industria; al paso que impulsa su trabajo por la senda de un notable progreso, hace que sus trabajadores, y las clases necesitadas, en general, gocen con él de los bienes que la Providencia le concede. Por esto, en el expediente incoado para la adjudicación de aquel Premio, vemos que el Sr. Coll ha llegado al Patronato, pasando por otras largueces, que merecen ser conocidas: tales como la fundación de una Sala de aparatos hidroterápicos, en el Hospital de Mataró, premios en metálico á los mayores imponentes, obreros de la Fábrica del Sr. Coll, en la Caja de Ahorros, anticipos para la redención del servicio militar, etc.

¡Ojalá que, para el bien de España y de sus clases obreras, el bello ejemplo del bondadoso industrial de la ciudad de Mataró, tenga muchos imitadores! Por nuestra parte le enviamos un ardoroso saludo de respeto y de simpatía.

* * *

J. CUSACHS



UNA SPORTMAN

# AUSENTE

«— ¡Adiós' . ¡adiós! — te dije cierta tarde,
mis brazos de los tuyos desprendiendo.
«—¡Adiós, hijo del alma! — repetiste
con débil voz y dolorido acento.
¡Y por última vez me acariciaste,
besándome en los ojos... tus espejos'
«—¡No te olvides de mí!... ¡Que escribas pronto'
Si sufres, dímelo... ¡Que seas bueno'
La honradez, hijo mío, es la corona
que ha de darte valor... orgullo ¡aprecios'
Protege al desvalido cuanto puedas,
al malo compadece, y el sendero
enséñale del bien... si es que te atiende. .
¡con estas obras, ganarás el cielo.
Y secando tus lágrimas, seguiste·
«—¡Sólo te tengo á ti y sin ti me quedo'
¡Cuántas veces el llanto de mis ojos
ha de bañar tu solitario lecho!
¡Cuántas veces la almohada que tú dejas
he de buscar, cuando me rinda el sueño,
para soñar que estoy allí contigo,
y que te abrazo y que me das un beso!...
.. No te asustes... no es nada... Lloro tanto,
porque, al verte partir, triste, presiento
si no volveré á verte aquí, en la tierra,
si será este mi abrazo el postrimero!
Soy tan anciana ya, tan viejecita,
que á la muerte, mi amiga, pronto espero,
y ¡sentiría tanto no tenerte
á mi lado en mis últimos momentos,
para mirarte y, al cerrar los ojos,
llevarme tu carita dentro de ellos'
Mas, tengamos valor; dame otro abrazo.
Separarse es forzoso... Si yo muero ..
allá, donde tú sabes, escondido
estará para ti cuanto yo tengo.
¡No olvides, hijo mío, que tu madre
morirá satisfecha si eres bueno'
Y otra vez repetiste, cariñosa
y estrechando mis manos, tus consejos.

. . . . . . . . . . . .

Todos lloraban... menos yo, que, triste,
mudo como el dolor, cuando es inmenso,
te escuchaba, brillantes las pupilas
y el corazón saltándome del pecho.
Nos confundimos en amante abrazo...
—¡Sólo te tengo á ti y sin ti me quedo!» —
repetiste á la vez que en las pupilas
te formaban las lágrimas un velo.
Y un «¡ay!» desgarrador, un «¡ay bien mío!»
de tus labios brotando, hirió mi pecho...

. . . . . . . . . . . .

No... no te olvido madre... ¡no te olvido!
en los ojos estás que eran tu espejo;
y advierte si es verdad, madre del alma,
que si á la Virgen miro... ¡á ti te veo!

Luis de VAL

# CARRERAS DE CABALLOS

Compréndese, sin discutirlo, que entre todas las fiestas ó diversiones públicas, sea ésta una de las universalmente preferidas por las personas de buen tono: pues, si algunas las superan en atractivo, pocas las igualan en cultura. En la misma España, donde las corridas de toros, tienen carta de naturaleza y casi constituyen una necesidad de la vida, el sport hípico cuenta con un número ilimitado de entusiastas adeptos, particularmente en las clases elevadas, y sobre todo en el bello sexo; quien no halla placer completo en los espectáculos que excitan ó hieren su exquisita sensibilidad.

No faltará quien nos objete que en los de esta clase caben también percances desgraciados; pero esos no suelen ser tan frecuentes ni funestos, que el temor de que se realicen tenga al espectador pusilánime en continua zozobra, como sucede en otros, calificados con razón de poco humanitarios.

Lejos de nuestro ánimo hacer causa común con los extranjeros, condenando nuestra fiesta nacional; máxime cuando ellos rinden culto á diversiones... aun menos humanas. No somos tampoco de los que piden su abolición; pero formamos en la lista de los que disfrutan más en una carrera que en una corrida y respiran mejor ambiente en el hipódromo que en la plaza de toros.

¡Es tan hermoso el panorama que aquél presenta cuando, á la caída de una tarde de primavera ú otoño, los reflejos del sol poniente doran su vasto recinto, en donde pulula y se agita un público elegante y bullicioso, por encima del cual descuellan, de pie en los altos *breaks*, y engalanadas con trajes de brillantes colores, según la moda actual, multitud de aristocráticas señoritas que, en su balanceo continuo, parecen pintadas flores blandamente mecidas por la brisa! Allí, todas las mujeres son bellas: unas, porque lo son realmente; otras, porque el placer reflejado en su rostro y los alegres ojos de quien las mira, préstanles el encanto que les falta.

Y es de contar en esa clase de diversiones que, con ser tan animadas y



concurridas, raras veces se registra un lance desagradable que turbe el general alborozo.

Al menos, hemos tenido la suerte de no presenciar ninguno: por eso, sin duda, concurren á ellas las familias más ilustradas de la localidad en que se verifican, lo que contribuye no poco á su esplendor.

Luego, al terminar la *course*, como dicen nuestros vecinos de allende los Pirineos, *el desfile* constituye una segunda fiesta, más atractiva si cabe que la primera. El paseo ó avenida elegidos al efecto, resultan insuficientes para contener durante una hora los pelotones de apuestos jinetes y la interminable fila de carruajes, ocupados por los caballeros de más viso y las más distinguidas damas; quienes, conservando aún en los labios la sonrisa reveladora de su interna satisfacción, se ofrecen voluntariamente á la pública curiosidad, para proporcionar gratis á los millares de espectadores que con secreta envidia les contemplan, una parte del placer que ellos han comprado á peso de oro.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Las carreras de caballos son, económicamente hablando, una conveniencia, casi una necesidad. Los industriales y pequeños comerciantes las esperan con verdadera avidez, porque, en mayor ó menor escala, tocan sus beneficios.

Nos atrevemos á afirmar también que constituyen un poderoso elemento de civilización. La historia de los deportes, proclamó su bondad; pues en este mundo, donde todo pasa deprisa y muere pronto, el sport hípico ha resistido incólume la marcha de los siglos desde muchos antes de Jesucristo.

Grecia, en las primitivas edades, celebraba ya con carreras sus fiestas nacionales y algunas de carácter religioso; no tardó Roma en aceptar esa institución, perfeccionándola con detalles y accesorios que todavía subsisten; cundió el ejemplo gradualmente, y las naciones todas, en particular Inglaterra y Francia, fueron acogiéndola y entronizándola, hasta darla el prestigio de que goza en nuestros días.

Documentos irrecusables prueban que en la península ibérica este género de deporte adquirió gran desarrollo durante la dominación romana; es de creer que existiría también en tiempo de los árabes; pero, desconociendo las alternativas que pudo sufrir de entonces acá, sólo resta consignar que su constitución definitiva tuvo lugar en el año 1845, cuando se construyó en Madrid el primer hipódromo, hoy existente; al que siguió, poco después, el de Barcelona.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Las estaciones más á propósito para las carreras de caballos se comprende que sean la primavera y el otoño.

En esta capital suelen verificarse tres por temporada, que de año en año van conquistando mayor éxito.

Desdichadamente y gracias al villano exabrupto de gentes miserables, cuyo nombre mancharía nuestros labios, la culta Ciudad de los Condes no disfrutará en la primavera actual de tan agradable espectáculo. En el corazón de sus habitantes no cabe el placer, mientras los nobles hijos de España, entre los cuales se cuentan pedazos de su alma, exhalan gritos de coraje y de dolor.

Pero no porque, con justa causa, hayan dejado de anunciarse, se juzga dispensado el Album Salon de consagrarlas, en esta época oportuna, el número que tenía dispuesto. Conténtense nuestros lectores con verlas pintadas, ya que no reales, y rueguen al Todopoderoso, como fervorosamente lo hacemos nosotros, que, en el otoño próximo, humillada la soberbia de los desalmados enemigos de esta tierra infeliz, puedan verificarse con mayor esplendidez que nunca, en celebración de una fausta y completa victoria.

* * *

# LA OBSESIÓN

Pobre Cándido!

No podía pedirse más aparato: aquella vez sí que la comedia fué completa. Todos le acompañaron á enterrar el cuerpo de su esposa. Los amigos de verdad, los murmuradores de oficio; los desocupados de profesión: todo el mundo.

Cuantos habían cortejado á la mujer y, tras el despecho de la envidia, habían hincado el diente en la honra de la esposa; los que habían mentido solapadamente y habían inventado sutilezas descaradas de acusaciones á media voz; los que aguardan el plato del día de la mesa de los casinos donde se sirven honras ajenas á paladares tragones y cerebros enfermizos; cuantos habían gozado con el éxito de sus murmuraciones, estaban allí.

Los que habían procurado entorpecer la carrera del artista notable y laborioso, bien tendiéndole la zancadilla de una crítica de mala fe, armada con los más refinados detalles de sus malas artes, ó hiriendo al hombre para matar al artista: todos los enemigos del oficio, también fueron á acompañarle...

La muerte no viene sola, en cueros y con guadaña, como la pintan en los retablos góticos, sino con un cortejo de gente, vistiendo traje de sociedad, que acompañándola creen que la sobornan y la alejan...

Del convoy que va siguiendo á un cadáver, en los primeros coches se pena, se llora y se vuelven hacia atrás los ojos del alma que todavía quisieran ver palpitante de vida al sér que nos arrebató la muerte. En los otros se empieza por hablar de cosas indiferentes, la memoria del que se va á enterrar, pongo por caso, y se acaba abriendo la fosa de los vivos con la tierra que se echa en la del difunto.

El enterramiento, tal como los hombres lo han dispuesto, acaba como ha empezado; más ó menos aparatoso, de un valor convencional: como todo. Después el hombre de la fiera guadaña, da un beso en la frente del padre, del esposo ó del hijo, y se marcha dejando el germen de un nuevo tributo.

Yo fuí en el segundo coche, con la víctima viva. Por esto, cuento lo que pasó.

Cándido, con el dolor de una desesperación suprema, se complacía recordando la historia de sus amores. Aquellos juegos de cuando eran niños, los dos hermosos, los dos rubios. La gente los tomaba por hermanos; algunos decían: ¿son dos niñas, verdad? y ellos reían y sus padres reían también; todo era alegría. Después ya no preguntaba la gente, si eran hermanitos, limitábanse á decir: ¡qué pareja tan lucida!... y ellos se miraban sonrojándose, y una sonrisa brujuleaba por sus labios, y sus padres les miraban con orgullo; todo eran esperanzas. Más tarde se casaron, lloraron juntos la muerte de los pobres viejos y, dejándose arrebatar por una pasión que les completaba, vivieron felices y confiados.

Pero, ¿y el mundo?... La hermosura podrá ser precavida, el talento podrá ser respetuoso, el criterio se mantendrá como bueno; pero... y los raquíticos de corazón, y los impotentes, y los envidiosos ¿han de estar callados? La murmuración, ¿acaso ha descansado nunca? Si por arte de magia pudiera llegar á desterrarse del mundo la mentira, la murmuración diría que no la echa de menos, porque no la necesita.

Todo esto iba diciendo Cándido, como si hablara consigo mismo. Sus labios



apenas se abrían, sus ojos vagaban por todas partes, sin fijarse en ninguna, y sus manos trémulas se cerraban crispándose, cual si quisieran asirse á algo que se ha perdido para siempre.

Regresamos á su casa, y deshízose como pudo de las visitas que le aguardaban.

Pasó por entre aquella gente que le miraba con insultante compasión, como mira el más fuerte al que ha vencido, y va á consolarle, para rematar su obra perdonándole la vida; y parándose en mitad de la sala, clavó en mí los ojos que se le saltaban de la cara, y con todo el imperio de su voz me dijo:

—Ven.

Seguíle por aquella casa que parecía que habían invadido la curiosidad y la murmuración; subimos por unas escaleras, entró él en un cuarto, cogió no sé qué, volvimos á bajar, á bajar mucho, hasta pasar el nivel del piso de la calle, y ante una puertecita pintada de blanco sucio en la que unas letras negras decían—*taller*,—paróse poniendo el cuerpo entre la pared y el mío, como para impedir que yo adelantara, y con los ojos casi cerrados y la actitud de quien solicita, me dijo:

—Acompáñame, te lo suplico.

Y sin aguardar que yo contestara, abrió la puerta y me empujó dentro.

No había allí ningún adorno: en las paredes, colgados con alambres, algunos vaciados en yeso de cabezas griegas y romanas, dos trozos de bajo-relieves, y por el suelo fragmentos de estatuas á medio labrar, herramientas de pulidor, cinceles llenos de hollín y palillos de modelaje, cubiertos de barro seco. En el centro del taller había una tarima giratoria, y en ella un bulto cubierto con sábanas teñidas de color de tierra húmeda.

Cerró la puerta, adelantó hacia mí, cogióme con sus manos de hierro y, sacudiéndome con furia, me dijo.

—Era verdad, imbécil; era verdad.

Y sin darme tiempo de replicar, alcanzó las puntas de la sábana que cubrían el bulto erguido sobre la tarima, y con el respeto con que habría descubierto una cosa santa, fué deshaciendo los pliegues que la humedad había pegado, hasta dejar libre de toda envoltura un soberbio cuerpo de mujer. La estatua era una maravilla. Con el tronco inclinado hacia atrás y las manos en actitud de atraer; sin fuerza, pero con insistencia; parecía la diosa de la idea constante que aguantara las invisibles ligaduras de una eterna obsesión.

La cabeza, llevaba el pelo suelto y tendido por los hombros hasta la cintura; tenía los ojos entreabiertos, como velando una mirada que en un instante podía trocarse en apasionada, y sus labios gruesos y lujuriosos se curvaban con una sonrisa que parecía acentuarse hacia adentro, como si aquella mujer fuera todo promesas. Semejaba la encarnación de algo malo que no había llegado á ser... ó ocultara lo que había sido.

Cándido cogióme de la mano y, apartándose, dijo:

—¿La ves? No la mires mucho; te engañaría también. Ahora has de saberlo, para siempre. Cuanto ha dicho el mundo es verdad. Ha sido adúltera, madre de un hijo que no es mío. Un hijo que no tiene padre, porque ella lo ha matado.

Es parricida, y yo la he perdonado ante la gente que arriba está murmurando.

No creas que la hemos enterrado, porque aún alienta. ¿No ves como sonríe?

Y Cándido se acercaba á mí, tanto que casi me abrazaba: su cuerpo temblaba, como si sintiera frío intenso, muy intenso.

De pronto dió un grito.

—¡La infame! Cree que me ha engañado, que continuará engañándome, porque todavía tiene vida, porque todavía sonríe. ¡Maldita!

Dijo y, sacando un revólver, disparó un tiro apuntando á la estatua con tanto acierto que la bala fué á empotrarse en el turgente pecho de la escultural mujer que

se tambaleó un instante y después... continuó sonriendo como antes. Y sonreirá siempre, porque el esposo que creyó quitarle la vida, traspasándole el corazón, es el artista que no tiene el valor de borrar aquella sonrisa destruyendo el encanto de la cabeza.

La figura de la mujer sigue triunfante, con el pecho atravesado, sin que haya perdido el atractivo de su hermosura, que el ofendido es el primero en conservar.

MARCOS JESUS BERTRAN.

# LA VELA DEL DIABLO

SEIS años contaba escasamente Dieguillo, cuando le dejó huérfano su padre, muriéndose de enfermedad, si bien no he logrado averiguar que clase de enfermedad había sido.

A más de que, tampoco era de gran trascendencia el averiguarlo, ya que no es cosa que haga al caso, ni sea menester para nuestra historia.

Su madre, que era muy buena y muy piadosa, y que deseaba que su hijo fuese algo de provecho, á fin de que pudiese más adelante serle también á ella de alguna utilidad, fué á pedirle consejo al señor cura, quien ya en otras ocasiones se lo había dado con gran acierto, sobre la carrera ó el oficio que convenía darle al rapazuelo.

Conocíale ya á éste el buen sacerdote; como que él fué quien le roció con el agua santa del bautismo, quien le enseñó la doctrina y hasta las primeras letras.

—Mira, Pascasia,—díjole el cura á la madre de Dieguillo;—al chico te le traes para acá y le enseñaré de monaguillo, que es el primer peldaño de la escala que, si se sube con derechura y con buena voluntad, lleva hasta á ser lo que soy yo ahora, y hasta á puestos mucho más altos.

No se lo hizo repetir la Pascasia, entre otras razones, porque á esto iba ella á la rectoría; á que se encargase el cura del muchacho y le tomase bajo su tutela.

En lo cual no andaba descaminada la madre del chico, pues no hay árbol que mejor sombra dé que el árbol de la iglesia.

Al otro día, entró Dieguillo en el ejercicio de sus funciones, empezando por las tareas más sencillas.

Poco á poco le fué haciendo adelantar el señor cura, hasta llegar á ser tan ducho como sus compañeros, que eran solamente dos ó tres, porque no daba para más el pueblo, y aun de éstos sobraba cuando menos la mitad.

Porque aquellos feligreses estaban tan aferrados á la vida, que sólo muy de tarde en tarde se dejaba atrapar alguno por la escuálida espigadora de existencias.

Ni había más que muy contados casamientos, porque la mayoría de las mozas y de los mozos, abandonaban el pueblo cuando empezaban á entrar en razón, para ir á servir ellas en la ciudad, y ellos en el ejército.

Y por ende, y como legítima consecuencia, resultaban todavía más escasos los



bautizos, por la sencillísima razón de que si no se muele el trigo, no hay cuidado de que dé harina.

De todo lo cual resultaba que el oficio de Dieguillo era muy descansado, y le sobraba tiempo para hacer observaciones, y fijarse en detalles de que sus compañeros no hacían caso alguno.

Y fué uno de éstos, el de que en uno de los altares de la iglesia, venerábase un San Miguel muy arrogante, que le tenía puesto el pie encima al diablo, amenazando pincharle con una resplandeciente espada que en la mano llevaba.

Mucha era la devoción que á aquella imagen tenían los feligreses, y de ahí el que casi siempre ardiesen ante ella un par de velas.

Cuyas velas estaban colocadas de manera que únicamente al santo Arcángel iluminaban, dejando al pobre diablo casi completamente en la sombra.

Chocóle esto al monaguillo, y empezó á discurrir sobre aquella desigualdad que podía ser irritante, tratándose de dos ángeles, por más que fuese bueno el uno y el otro malo

En estas cavilaciones andaba el chico, grandemente preocupado desde hacía algún tiempo, cuando una mañana de cierto día de gran fiesta y de gran concurrencia al templo, pasando junto á la pila del agua bendita que adosada estaba á uno de los pilares de la entrada, apercibió sentado en una pequeña repisa que el pilar formaba, á un diablo exactamente igual al que tenía San Miguel bajo sus plantas.

Tenía éste en su mano izquierda una tira de una materia para él desconocida, pero que nosotros hemos de decir era pergamino, y en la diestra una cosa á manera de lapicero, con el cual no cesaba de trazar carácteres encima de aquella tira.

Chocóle esto al monaguillo, y como estaba familiarizado con todo lo que á aquel sagrado recinto se refería, y lo mismo le quitaba el polvo á los candeleros y á los crucifijos, que le arreglaba los pliegues de la falda á una virgen, ó le lavaba la cara á un santo cualquiera, en cuanto no la tenía suficientemente limpia; con la misma franqueza, se aproximó más á la pila, encaróse con el diablo y preguntóle:

—Oye tú, ¿qué estás haciendo ahí? ¿Por qué te has marchado de tu sitio?

El diablo, que por lo visto no se daba á menos de tener confianza con aquel inferior suyo, contestóle:

—Apunto en una lista á todos los feligreses que van entrando y no se santiguan con la perfección y piedad que exige el caso, para luego presentársela al Juez Supremo, á fin de que les mande aplicar el correspondiente correctivo.

Quedó como quien ve visiones Dieguillo ante semejante contestación.

Ocurriósele que quien de aquella manera miraba porque no se le perdiese el respeto á Dios, forzosamente tenía que ser amante de su gloria.

Si así era, como no le cabía lugar á duda después de lo que acababa de ver y oir, bien merecía que se le venerase tanto á él como al santo Arcángel que le tenía puesto el pie encima.

Y desde aquel día, aparecieron en el altar dedicado á San Miguel tres velas encendidas; dos en el sitio de costumbre, y otra colocada un poco más abajo, de manera que viniese á dar de lleno en la imagen del diablo.

***

Transcurrieron los años y fué creciendo Dieguillo, siempre dedicándose al cuidado de la iglesia, bajo la dirección del señor cura, que abrigaba la esperanza de que andando el tiempo debía ser su sucesor en el curato.

Pero nunca faltan quienes se complazcan en hacer lo posible para desviar del buen camino á aquellos que lo siguen, y no había de gozar Dieguillo del privilegio de verse libre de tales tentadores.

Fueron éstos unos muchachos del pueblo á quienes hubo de ocurrírseles jugarle

una mala pasada al alcalde, por haberles prohibido éste que cazasen los vecinos en los bosques de su propiedad, bajo pena de una multa muy crecida.

Teníale afición á la caza el mozo, que mozo era ya por entonces Dieguillo, y también á él se le antojó vejatoria la prohibición del alcalde.

Por cuyo motivo, y desoyendo por la vez primera las amonestaciones del señor cura, avínose en principio á los planes de sus atolondrados compañeros.

Una vez dado el primer paso y soltada la primera prenda, va uno deslizándose poco á poco por la pendiente, dejándose llevar como de la mano, aun cuando interiormente se llegue á comprender que el camino por donde se anda no es tan bueno como debiera ser.

No cejaba el señor cura en sus consejos de prudencia, ni le iba en zaga á éste la Pascasia; pero habíase ido comprometiendo Dieguillo, y su honrilla no le permitía ya retroceder.

Una noche de esas sin luna, que tanto les agradan á los que llevan intenciones malas, noche de día de fiesta, reuniéronse después del rosario, en un lugar apartado del pueblo, los descontentos; encaminándose juntos hacia el punto del monte donde radicaban los pinares del alcalde.

Tratábase nada menos que de pegarle fuego al bosque, pensamiento que no acababa de llenarle del todo al protegido del señor cura; por cuya razón, si bien no se atrevió el mozo á faltar á la cita, les fué acompañando con paso algo remolón, no sin que para sus adentros anduviese acusándose á sí propio de su maldita debilidad.

Hemos dicho ya que era una noche sin luna; de lo cual se desprende que estaba tan obscura y negra como la conciencia de quienes á tan mal paso le conducían.

De pronto, sintió que le cogían por un brazo, obligándole á detenerse, mientras una voz le decía con imperativo tono:

—Si das un paso más, estás perdido.

Helósele la sangre en las venas á Dieguillo, al oir aquella voz cuyo timbre parecióle recordar, y subió de punto su terror cuando, al volver la cabeza para enterarse de quien tan bruscamente le retenía, fijáronse sus ojos en él.

—¿Me reconoces?—preguntóle éste.

Dieguillo sólo pudo contestar, temblando como un azogado, con un movimiento afirmativo de cabeza.

Tenía delante al diablo; á aquel diablo que el santo Miguel de la iglesia sujetaba con su pie, á aquel diablo en cuyo honor seguía aún haciendo arder una vela más en el altar del glorioso Arcángel.

—Tú me has venido honrando hasta hoy, juzgándome amigo de Dios y digno de veneración. Nobleza obliga, y no ha de decirse de mí que soy ingrato para quien en tan buen concepto me ha tenido. Vuélvete corriendo al pueblo y vete á la rectoría, donde se te está esperando con ansia; porque el cura sabe que el alcalde ha descubierto el complot y os tiene preparado un lazo. En él caerán tus compañeros; en él caerías tú, á no mediar mi gratitud.

Tras de una pausa, durante la cual contemplaba al mozo con centelleante mirada de codicia, agregó, á los pocos segundos, con acento sombrío:

—Apaga mi vela y no sigas haciendo méritos, que no han de serte de provecho alguno. Yo soy enemigo declarado de tu Dios y de todos cuantos le servís. Hoy te salvo, obrando contra mis principios: el día en que vuelvas á caer en tentación, cuenta con que no te libras de mis garras.



Y, dándole un rudo empellón, que á poco estuvo como no le tiró de bruces, agregó:

—¡Vete á escape, antes que me arrepienta de mi estúpida buena acción.

Al otro día, la guardia civil sacaba de la cárcel del pueblo á los conspiradores de la víspera, atados codo con codo, para conducirles á la cabeza del partido y ponerles á disposición del Juzgado, á fin de que respondiesen ante él de la acusación de incendiarios que sobre ellos pesaba.

Habíaseles cogido infraganti, en el momento en que empezaban á consumar su delito.

Bien trataron ellos de complicar á Dieguillo en su mala suerte; mas nadie pudo darles crédito, porque éste, hallábase rezando con el señor cura las oraciones de la noche, cuando eran sorprendidos ellos en el bosque.

F. LUIS OBIOLS

## SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR, de Sans Castaño.

*Exámenes.* Caricaturas de Xaudaró.

PÁGINAS EN COLOR: *Excmo. señor Duque de Medinasidonia.* Jefe Superior del Real Palacio. (Retrato).

*Macero de la Catedral de Barcelona.* Acuarela de Tomás Moragas.

*Procesión del Corpus;* por Más y Fontdevila.

*El pan de cada día.* Cuadro de Tamburini.

PÁGINAS EN NEGRO: *El negro de Colón. Episodio del Descubrimiento.* Artículo de Julio Vega-Rey.

*Catedral de Barcelona.* { Testero del coro y púlpito. / Organo y puerta de salida á la calle de los Condes.

*El mejor tesoro.* Cuento de Miguel Medina.

*¡Calvario!* Cuento de Giraldos Albesa, ilustrado por Cuchy.

*El Obispo de Chilapa* (Méjico). Retrato, autógrafo y apuntes biográficos.

*Mañanita de invierno.* Artículo de Rafael Altamira.

*Exposición de Bellas Artes en Barcelona. Pintura y escultura.* Juicio crítico por Francisco Miquel y Badía. *Industrias artísticas.* Juicio crítico por Francisco Tomás y Estruch *Reproducciones fotográficas de algunas de las obras expuestas.*

*Federico Alfonso.* Retrato y apuntes biográficos.

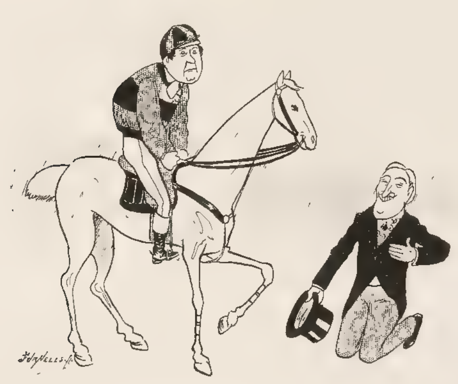
MOSAICO.

REGALO. *Melodía* escrita expresamente para el ALBUM SALÓN por el joven maestro-compositor Federico Alfonso.



Impreso por F. Giró — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle

SU EXCELENCIA «EL CABALLO», por XAUDARÓ.



En las carreras.... — ¡Corre, amor mío!



Por la noche. — ¡Descanso!

# FRANCISCO FORTUNY

BARCELONA



Fábrica de Jarabes Superfinos.

Especialidad en la Horchata triple de Almendras, y Jarabes frutales, tónico refrescantes.

Fábrica de Licores Superfinos

Elaboración especial de los licores CIDRÉLICA ANISETTE y CURAÇAO Superiores á sus similares.




MARCA JARABES — DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COLMADOS — LICORES

# COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

*Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.* —Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

*Línea de Filipinas.* Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Conchinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898.

*Línea de Buenos Aires.* Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

*Línea de Fernando Poo.* —Cuatro viajes al año para Fernando Póo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea

SERVICIO DE AFRICA. *Línea de Marruecos.* Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

*Servicio de Tánger.* —El vapor *Joaquín del Piélago*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

**AVISO IMPORTANTE** —La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen

*Para más informes*: En Barcelona la *Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y C.ª—Cádiz: la Delegacion de la *Compañía Trasatlántica* -Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*. Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E Guarda.—Vigo: E. Antonio López Neira.—Cartagena: Sres. Bosch hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Antonio Duarte.

Centro Editorial Artístico de

## MIGUEL SEGUÍ

**Novelas en publicación y publicadas á las que se admiten suscripciones.**

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS

**Memorias de un médico.**
**El collar de la reina y Angel Pitou.**

DE LUIS DE VAL

**Morir para amar ó la muerta enamorada.**
**La hija de la nieve ó los amores de una loca.**
**Sor Celeste ó las mártires del corazón.**
**La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.**
**La lucha por la existencia.**
**El hijo de la muerta ó más allá de la tumba.**
**El calvario de la vida.**
**¡Sola en el mundo! ó el manuscrito de una huérfana.**
**Las hijas abandonadas.**

DE F. LUIS OBIOLS

**El martirio de un ángel.**
**Nacer para sufrir.** (Historia de una herencia).
**Vivir muriendo.**

DE SALVADOR CARRERA

**La vengadora de su honra.**

DE ALVARO CARRILLO

**Amor y patria ó la virgen cubana.**

DE LORENZO CORIA

**Luna de miel.**

# OBESIDAD

tratada con éxito desde hace 30 años con las

PILDORAS de REDUCCIÓN DE MARIENBAD

*Son también muy eficaces para combatir el extreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.*

**PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.**

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, número 315, principal.

## ¡ ESTÓMAGO ARTIFICIAL !

ó **POLVOS** del **DR. KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del **estomago é intestinos**, por antiguas que sean. **Los vomitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estomago, cintura**, etc., etc., así que **diarreas ó estreñimientos**, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7'50**; media caja, **4** pesetas, en farmacias y **Madrid**, Arenal, 2, **Barcelona**, Rambla Flores, 4 Pídanse FOLLETOS

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA
**por Miguel de Cervantes Saavedra.**

Se reparte por cuadernos de **16 páginas**, al precio de **un real.** — Centro Editorial Artístico de **MIGUEL SEGUI**, Rambla de Cataluña, 151. — Barcelona.

CHASSAIGNE FRÈRES

# PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NORTE AMERICANO
SE REMITEN CATÁLOGOS

## Depilatorio en polvo del Dr. Thomson



Antes de usarlo

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel

*Aplicación sencilla.* ❖ *Resultados positivos.*

**Precio: 3 PESETAS CAJA**

*Unico depósito: Perfumería LA FONT*

**Call, 30. — BARCELONA**



Despues de usado.

# JABON DE BABA DE TORO

¡¡ Prodigioso y valioso descubrimiento !!

Destruye las manchas y barros. ❖ Hermosea y suaviza el cutis. Gran Vigorizador de los Organos. ❖ Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. ❖ Representante en España,

## D. EMILIO MARTÍNEZ

**Calle de Aragón, número 345, Barcelona.**

*De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.*

**¡¡PROBADLO!!**
**¡¡PROBADLO!!**
**¡¡PROBADLO!!**

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* § *Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* § **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTICULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II | BARCELONA, 1.° DE JUNIO DE 1898 | NÚM. 19

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

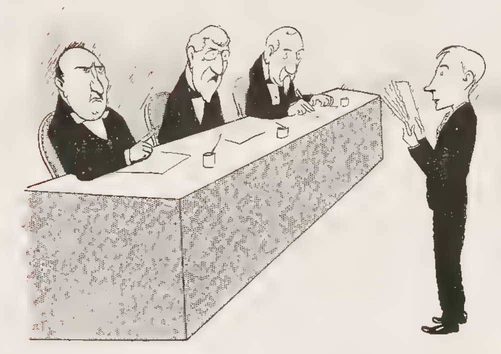
## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza. Víctor Balaguer.—Federico Balart. Francisco Barado. Pedro Barrantes. — Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco. -Vicente Blasco Ibañez Luis Bonafoux.—Ramon de Campoamor.—Rafael del Castillo. — Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*. Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*. —Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari. Carlos Frontaura. Enrique Gaspar.—Pedro Gay. Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*. -Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida. —F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés. Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. Emilia Pardo Bazán -José María de Pereda.—Benito Perez Galdós.—Felipe Pérez y González. — Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión. - Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint - Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán. – Eugenio Sellés.— Enrique Sepúlveda. -Luis Taboada. —Federico Urrecha. - Luis de Val.—Juan Valera. Ricardo de la Vega. Luis Vega - Rey. — Francisco Villa Real. — José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

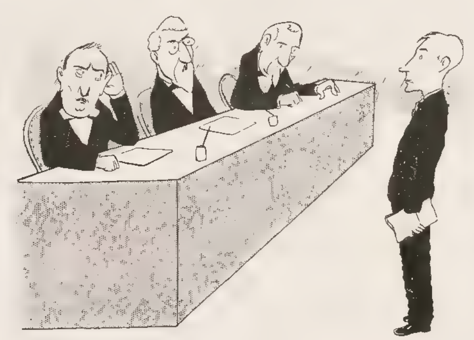
**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu. José Arija. Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar. Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita. Cabrinety.—José Camins. — Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—Jose Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda. Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan. Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller. —Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro. José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas. -Agustín Lhardy.—Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo.—José M. Marqués. Ricardo Martí. Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía. Méndez Bringa. Félix Mestres. -Francisco Miralles. —José Moragas Pomar —Tomás Moragas.—Moreno Carbonero. Morelli. Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa. — José Parada y Santín.—José Passos. -Cecilio Plá. —Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez Román Ribera. Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint - Aubín.—Sans Castaño. Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla. José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell. —Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach. Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz. -Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca. Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró. Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet. —Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell. -Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

EXÁMENES, por XAUDARÓ.



— ¿A ver si sabe V. decirme en cuantas partes se divide la geometría?



— En dos partes...

# EL NEGRO DE COLÓN

EPISODIO DEL DESCUBRIMIENTO

Sabido es que algunos años antes de que Cristobal Colón diera conocimiento de sus planes, los portugueses se le habían anticipado en la senda de los descubrimientos, si bien limitándose á costear los litorales de Africa, doblando varios cabos, entre ellos el Verde, el Bojador y el de Buena Esperanza, aportando y reconociendo varias islas del Golfo de Guinea.

A la vuelta de estos viajes de exploración, solían los navegantes traer á su patria, entre las muestras de ricos productos naturales de aquellos climas, algunos individuos de la raza que los poblaba, y entonces empezaron á verse en Lisboa los primeros ejemplares de la pura y legítima familia negra, que más tarde había de extenderse en las colonias con tan desgraciada suerte.

Aquellos negros se dedicaban en Lisboa al servicio doméstico, á mandaderos y otros oficios propios de su humilde carácter y mansa condición.

Colón, residente entonces en la capital portuguesa, donde se había casado y donde se ocupaba en los trabajos de que dependía su modesta subsistencia y la de su familia, conoció á uno de dichos negros, llamado Juan, al que ocupaba accidentalmente en varios quehaceres que él no podía desempeñar, puesto que su escasa fortuna no le permitía sostener un criado permanente. El negro sirvió á Colón con el mejor esmero y le cobró un grande afecto, á causa del buen trato que recibía.

Cuando el insigne navegante, venció el cúmulo de obstáculos y dificultades que se opusieron á su designio, merced al auxilio de la magnánima reina de Castilla, y cuando se estaba disponiendo en el puerto de Palos á emprender su viaje, se encontró con otra dificultad, y no pequeña por cierto. Esta era la falta de gente para completar las tripulaciones. Lo misterioso, arriesgado y dudoso de éxito de un viaje por mares no conocidos hasta entonces; la ignorancia del punto á donde arribaría; la repugnancia de las familias á dejar partir sus individuos; y la voz general de que los expedicionarios marchaban á un fin tan desastroso como seguro, todo esto arredraba á los más valientes y determinados; y sólo á fuerza de promesas y de su persuasiva elocuencia logró Colón reunir el exiguo número de hombres de distintos caracteres, genios y no muy excelente conducta que le siguió al Nuevo Mundo.

Como la atención pública estaba altamente ocupada en todo lo que se refería á la empresa de Colón, calificada de locura, y por todas partes corrían las nuevas de lo que respecto á ella ocurría, llegó á Lisboa la noticia de las contrariedades con que el navegante tropezaba para completar la dotación de sus naves.

Juan, lo supo, é inmediatamente acudió á Palos, para ofrecer sus servicios á Colón. Este se holgó en extremo de verle, y le admitió sin demora. El negro era una buena adquisición; pues además de su probada fidelidad y buenos deseos hacia su antiguo amo, había hecho varios viajes por los mares de Africa, era buen práctico en las maniobras, y no temía los peligros de la navegación.

Juan fué el inmediato servidor del futuro Almirante de Castilla formando parte del equipaje de la nao *Santa María:* fué testigo de todas las peripecias de aquel arriesgado viaje; de los temores y desalientos de los navegantes; de los motines, quejas é imprecaciones contra el jefe; de la serenidad y grandeza de alma de éste; y, por fin, del grandioso acto de pisar la tierra prometida y de tomar posesión en nombre de la reina Católica de la isla de *Guanahaní,* que Colón denominó *San Salvador,* como tributo de gratitud á la Divinidad que de tantos peligros le había libertado.

Cuando los pacíficos habitantes de aquella isla, repuestos de su primer y natural asombro, se convencieron de que los recién llegados no tenían intenciones hostiles y se acercaron á ellos, animados por las señas que les hacían y excitada la curiosidad ante los objetos desconocidos y preciosos, á su entender, que les presentaban; lo que más les impresionó fué la vista del negro Juan, quien llevaba en sus manos un hermoso gallo domesticado, que aquella gente desconocía por completo, y que miraba con embeleso, admirándoles la gallardía de su figura y la brillantez de sus plumas de vivísimos colores y dorados matices.

Cuando el gallo soltó su extridente canto, preguntaban que decía, figurándose que el canto era un lenguaje. Desde el gallo, pasó la admiración al negro. Comparando su atezada cara y sus manos con la blancura de sus compañeros, figurábanse que estaba manchado; trayendo una vasija con agua y lavándole cuidadosamente y frotándole con toscos paños de algodón, empeñábanse en volverle la blancura de que le creían privado. Juan los dejaba hacer sonriendo y mostrándoles sus blanquísimos dientes, y los circunstantes pasaron un rato de grato solaz, ante semejante espectáculo.

Pero, como antes dijimos; ¡á qué tristes reflexiones da lugar este sencillísimo episodio! ¡Qué juegos tan extraños presenta de la casualidad ó de la Providencia! ¿Quién había de decir á los sencillos isleños que aquel hombre, cuya presencia tanto les admiraba, era el representante de una raza pacífica, humilde y sufrida, que en época no muy lejana debía poblar los extensos campos del Nuevo Continente, para regarlos con su sudor y con su sangre, á fin de hacerlos más productivos de lo que eran, y para sacar de las entrañas de la tierra los preciosos metales, objeto preferente de la codicia de los europeos, y por cuya posesión se cometieron tantos crímenes y tan inicuas crueldades?

¿Y quién había de decirles á ellos mismos, centinelas avanzadas de los innumerables pueblos que habitaban aquellos climas, ocultos todavía bajo el velo del misterio, que los hombres blancos, que con tan buenas disposiciones, al parecer, se presentaban brindando paz y amistad, eran los precursores de los que en poco tiempo destruirían la raza indígena, sujetándola á duros trabajos y á mortíferas fatigas, llevando después para continuar la destructora obra, hombres de otra raza, considerada como inferior, porque no había tenido la fortuna de nacer entre los pueblos civilizados; raza á cuyos individuos cazaban en los espesos bosques, como si fuesen animales feroces, otros hombres que se llamaban cultos y que



Excmo. señor Duque de Medinasidonia.

Jefe Superior del Real Palacio.

hallaron muy fácil, cómoda y lucrativa la infame industria de la venta de carne humana?

España, la nación que abrió la desconocida América, fué allá en nombre del cristianismo, de la civilización y de la fraternidad. Pero la codicia, el orgullo y el ansia de dominio, que es el carácter distintivo de los hombres que se creen superiores, falseó aquellos grandes principios, convirtiéndolos en viles elementos de destrucción y barbarie. Todas las glorias que á España pudo reportar el descubrimiento, quedan empañadas con el negro borrón de la esclavitud.

Hemos dicho que la trata de carne humana es cómoda y lucrativa, y así lo comprendieron todas las naciones de Europa, á las cuales toca por partes iguales la criminal responsabilidad de aquel inicuo delito de lesa humanidad. Francia, Inglaterra, Portugal, Holanda, todas contribuyeron, de común acuerdo, á la infame explotación que el siglo XIX, con la difusión de la luz, con la salvadora marcha del progreso y la pretendida igual-

dad del género humano, no ha podido abolir por completo, á pesar de los esfuerzos de los filántropos, de los congresos antiesclavistas y de los tratados internacionales; pues donde la trata no podía ejecutarse á la vista, se llevaba á cabo subrepticiamente.

Pero, los grandes crímenes políticos y sociales que cometen los pueblos al fin llegan á pagarse. Inglaterra perdió sus colonias; Francia presenció los horrores de la sublevación negra de Santo Domingo; Portugal no posee ya más que un vano y ridículo título de propiedad en las ricas posesiones de la India; y todo el antiguo poder de España en América, redúcese á dos islas de fidelidad vacilante y que se sostienen aún, no de muy buen grado, unidas á la Metrópoli.

La arriesgada costumbre de la esclavitud fué muy difícil de estirpar, por los grandes beneficios materiales que reportaba y por el inmenso placer que proporciona la explotación del hombre por el hombre. La gran República de los Estados Unidos la conservó por mucho tiempo, á pesar de los esfuerzos del gran Lincoln; y fué necesaria la terrible guerra que estalló, para extinguirla. En España fué también precisa la falseada revolución de 1868 para dar un paso hacia la abolición.

Hoy parece que la infame costumbre se halla circunscripta á las ocultas regiones de Africa, donde se practica la esclavitud con todos sus horrores. Los gobiernos de la degradada y empobrecida Europa, ocupados en inútiles cuestiones y sin comprender que el porvenir está en Africa, nada hacen por coadyuvar á la realización del humanitario plan del apóstol de los negros, el gran cardenal Lavigerie, cuyos esfuerzos de abnegación, caridad y amor al hombre esclavo admiraron y aplaudieron todos, pero muy pocos secundaron. Europa, siquiera en desagravio de las arbitrariedades cometidas en cuatro siglos contra la raza esclava, debiera acudir al llamamiento del glorioso misionero-redentor; y ya que la caridad y el respeto á la dignidad humana no fuese el móvil, debía serlo el interés, puesto que aquellas ignotas regiones ocultan en sus bosques y arenales riquezas que los indígenas no conocen ni aprecian, y que la rapacidad de las naciones cultas busca y apetece; considerándolas como el *summum* acabado de la felicidad.

Luis VEGA-REY

# MAÑANITA DE INVIERNO

( Del DIARIO de una recién - casada. )

Entre sueños, noté que Félix se levantaba. Oí ruido de agua en el lavabo, el choque de los cepillos contra la loza, la especie de hervor que hace el jabón cuando se espuma mucho. Lentamente fuí despertando *por dentro*, sin abrir los ojos. Tan pronto me parecía que era muy tarde, las diez ó las once de la mañana, por lo menos, como que era muy temprano, de madrugada ó plena noche; y entonces me decía: «¿Qué tendrá que hacer á estas horas Félix?»

Sin saber lo que hacía, saqué un brazo del embozo de la cama; pero sentí una impresión tan grande de frío, que lo retiré en seguida:— «¡Decididamente es muy temprano; debe caer una helada por ahí fuera!» — Me arropé muy bien; pero volví á pensar en Félix:— «¡Se va á resfriar, de seguro!»

En aquel momento, tosió, ligeramente, como quien evita meter ruido. — «¡Ya está, ya! Resfriado seguro... ¿A qué no pidió agua caliente para lavarse?»

Pero como esto lo dije para mis adentros, sin hablar, Félix no se enteró, claro es. Seguía trajinando por la alcoba, acabando de vestirse, sin duda. Luego salió, de puntillas; y apenas hubo salido, cuando me desperté del todo, bruscamente, al empuje doloroso de una idea que hasta entonces había olvidado por completo.

— ¡Félix, Félix!... ¿Te vas?

Volvió sobre sus pasos y se acercó á la cama. Yo tenía abiertos ya los ojos, pero no le veía bien, á la escasa luz que reflejaba en el espejo del lavabo una bujía encendida en el gabinete.

—¿Pues no lo sabes?— dijo él inclinándose y besándome en la frente. -No he querido despertarte. Es muy temprano y hace mucho frío. Esta amaneciendo.

Debo confesar que soy muy friolera. En invierno no sé vivir más que al lado de la estufa, ó al sol, andando mucho, en los días despejados. El mayor sacrificio que de soltera hacía, era levantarme temprano para ir con mamá á la iglesia, en las mañanitas de Diciembre y Enero, con aquel airecito picante y sútil del Guadarrama, que abre las carnes; pero mamá es así, madrugadora, y no había más sino seguirla. Cuando alguna vez refunfuñaba yo más de la cuenta, ella me contestaba: «El día que te cases, harás lo que mejor te parezca. Ahora soy yo quien da el tono.» Excuso decir si tendría yo ganas de casarme; aunque, á la verdad, no era sólo por esto.

Pues bien; así que me hube dado cuenta exacta de que Félix se iba, y recordé que era para un viaje largo, á Toledo (cosa de intereses, ineludible), se me fueron de golpe toda la pereza y todo el miedo al frío. De un salto estuve fuera de la cama, como una valiente.

—¡Pero, muchacha! – dijo él, admirado.—¿A qué te levantas?.. No hace falta. Tengo arreglada la maleta. Sólo me queda tomar el café, y andando!

—¡Por supuesto! – contesté yo mientras me vestía en cuatro puñados. —Es la primera vez que te apartas de mí... Quiero que estemos juntos hasta el último momento.

¡Se echó á reir, tomándolo á broma; pero conocí que le satisfacía aquel rasgo de cariño, ¡vaya si le satisfacía! La verdad es que era para agradecérmelo mucho. En mi vida me he sentido más ágil, más entonada de cuerpo, menos sensible á la temperatura exterior. Lo que me preocupaba era él, su viaje, aquella separación de unos días .. Me puse una bata de piqué, de mucho abrigo, y, después de ceñírmela á la cintura, me cogí del brazo de Félix.

— Vamos á tomar café, — dije.

Me miró con unos ojos de agradecimiento tan grande, tan profundo, con un cariño tan dulce, tan intenso, que enrojecí toda de placer. Apretando mi cuerpo contra el suyo, fuímos al comedor.

Allí ya era otra cosa. Como el balcón da al jardín, veíase un gran trozo de cielo pálido, que no se sabía bien si estaba despejado ó cubierto de niebla. Ramona, mi doncella, había encendido la estufa; y la llama del cock daba luces extrañas, más intensas que las del crepúsculo, pero menos difusas.

Sentados el uno frente al otro, nos desayunamos mi marido y yo, febrilmente, sin saber lo que hacíamos. Por bajo de la mesa, habíame cogido él una mano, y me la apretaba fuertemente. Yo le miraba, le miraba sin cansarme, como si no lo hubiera de volver á ver.

El reloj de la antesala dió una hora, no sé cual.

— Tengo el tiempo justo, — dijo Félix, levantándose apresurado. — Adiós, hija mía, hasta la vuelta.

Le acompañé, siempre cogida de su brazo; pero cuando fué á abrir la puerta, me rechazó dulcemente.

— No, no salgas. El jardín está muy frío y húmedo.

Yo moví la cabeza negando, estrechándome más contra él. Salimos. La tierra estaba cubierta de escarcha; los árboles negros, sin una hoja; y más allá de la verja, por entre los hierros, distinguíase el horizonte violáceo de la sierra, en que brillaba la nieve, con la luz de no sé que sol, invisible para nosotros. La impresión de frío me hizo estremecer.

— ¿Ves, chiquilla? — exclamó Félix. — Tú no tienes costumbre de levantarte tan temprano; vas á ponerte mala...

— ¡Pero si no siento frío! — contesté. Y en seguida añadí muy bajo: — « Vuelve pronto.»

En la cancela, nos despedimos. Estaba allí presente el jardinero Miguel, que lle-



Catedral de Barcelona.
TESTERO DEL CORO Y PÚLPITO

vaba la maleta de Félix; pero yo, que soy tan vergonzosa, no tuve entonces reparo alguno. Abracé á mi marido, que me apretó contra su pecho largamente; y en aquel instante no hubo para mí, invierno, ni escarcha, sino primavera dulce, calor suavísimo y deleitable. ¡Allí hubiera querido estar siempre!

. . . . . . . . . . . .

Volví sola al hotel; y cuando desde lo alto de la terraza, con la mano en el pomo de la puerta, volví atrás la cara, contemplé el jardín desierto y vi como, del otro lado, por la Castellana, corría el coche en que se iba mi Félix,... ¡entonces sí que sentí el frío de aquella mañanita de invierno!

RAFAEL ALTAMIRA

# LA REPÚBLICA ARGENTINA

ESTUDIADA Á GRANDES RASGOS

*(Conclusión.)*

La cual tuvo lugar dos días después, á solicitud del propio mi interlocutor, quien demostraba no estar menos ansioso de bien informarse que yo de informarle.

Y comprendiendo que mi hombre era uno de esos dotados de lo que podríase llamar *sentido del número*, verle salvar el dintel de mi despacho y correr yo á desatar el balduque del legajo en que guardaba apuntes de pura aritmética descriptiva, fué cosa que hice en el acto y en la que empleé menos tiempo que ahora para contarlo.

Vamos de un tirón á dar cima á nuestra comenzada y, con ésta, dos veces reanudada tarea de estudiar á grandes pinceladas la República Argentina, dije: y para ello procederé sin orden ni concierto, de acuerdo á lo que usted tácitamente me tiene concedido; á condición de que proceda con el respeto escrupuloso que reclama la integridad de las noticias fidedignas.

Me interrogaba usted el otro día sobre las varias fuentes de riqueza de este país, sobre sus producciones, condición moral...

Como el monopolio abusivo y odioso no tome aquí carta de ciudadanía, cosa punto menos que imposible, no tema usted que llegue día en que pueda faltarle el indispensable *pan nuestro;* y si es usted paniego, no sofrene su afición, pues, por fortuna, no verá usted jamás vacía una tahona ni oirá nunca de graves alteraciones sobre el precio de tan precioso alimento: los trigales santafecinos permiten satisfacer las necesidades del consumo interno con todo desahogo; y después de llenadas éstas, puede el país mandar á los mercados extranjeros la enorme cantidad de un millón de toneladas, que es lo que de aquel cereal se exportó en el transcurso del año anterior.

Puesto que he hablado de un ramo determinado de la exportación, aprovecho esta conjetura para decir que, considerada en general, arroja aquélla un total anual de 500 millones de francos, cifra superior en 30 ó 40 millones á la importación.

Aunque son datos de innegable utilidad, desisto de referirme á los ingresos fiscales, por concepto de rentas, y á las salidas, por concepto de las listas civiles; á las deudas externa é interna de la nación; á la solvencia del Banco nacional y á la masa de moneda en papel emitida y lanzada á la circulación por dicho establecimiento de crédito.

Varias son las causas y concausas que de mucho atrás vienen determinando la desvalorización de la moneda argentina, á saber: en un orden, entre otras, las tarifas proteccionistas que imperan en la mayoría de las naciones comercialmente ligadas con esta República, el malestar monetario por la depreciación de la plata, el desequilibrio europeo entre la producción y el consumo; y en otro orden, la baja excepcional é inmotivada de los principales productos del suelo argentino, la regularización en los servicios de las deudas nacionales, las frecuentes rebeliones, las devastadoras sequías, etc., etc.

Pasemos á las fuerzas productoras del país.

Así como el salitre es la más importante fuente de la riqueza del vecino estado de Chile, que en un solo año ha producido 23 millones de quintales de dichas sales, así también la Argentina tiene en la ganadería el más poderoso recurso de su copiosa riqueza.

Hasta hace pocos años, podía decirse que era nación *exclusivamente* ganadera. Hoy, merced á vigorosos impulsos que ha recibido la agricultura, es también agrícola; pero conserva todavía, y posible es, mantendrá siempre, la condición de ser *esencialmente* pecuaria.

La provincia de Buenos Aires, más extensa y más rica que cualquiera de las trece restantes, es emporio de grandes riquezas basadas en la producción de sus estancias.



CATEDRAL DE BARCELONA.
ORGANO Y PUERTA DE SALIDA

Llaman aquí *estancia* al establecimiento rural destinado á la producción bovina, ovina y caballar. Esos singulares cortijos, tienen de notable su inmensa extensión que en algunos alcanza perímetros de 50 y 60 leguas cuadradas. En su recinto, comúnmente cercado, á manera de vallado, por triple ó cuádruple red de alambre, pacen millares de vacas, bueyes, ovejas y caballos. Podrá usted darse cuenta de lo que este capital reditúa en años de reproducción normal, libres de sequías y mortandad, sabiendo que sólo esta provincia contiene aproximativamente 80 millones de ovejas y 25 de vacas.

Las otras provincias, distan mucho de poder codearse con su hermana mayor. Sin embargo, las de San Juan, Mendoza, la Rioja y Sta. Fé, llevan trazas de ser, en porvenir no remoto, centros productores de colosal importancia; por sus cosechas vinícolas, las tres primeras, y la otra, por sus trigos y granos en general, que exporta en cantidades enormes.

Cuanto á la industria de este país, habrá usted ya podido apreciar su actual estado; algunas tentativas más ó menos afortunadas en tal ó cual ramo; en otros que, como el arte sutorio, por ejemplo, se imponen en una nación civilizada, su desarrollo es completo, y sus manifestaciones marchan, á par de las generales necesidades.

Dirijamos ahora la mirada á la vida intelectual de este pueblo.

Dicen los entendidos que en gramática, la construcción es la piedra de toque del buen hablista; lo que no dudo será cierto, como lo es que la escuela constituye, dentro de su modesta apariencia, el barómetro que marca los grados de cultura é inteligencia de una nación. Esto, precisamente, reza con la Argentina.

No es Buenos Aires foco de grandes literatos y académicos; no lo es tampoco de profundos estadistas y científicos; pero la instrucción está difundida á todas las capas sociales, como un patrimonio que á todos pertenece; y no es común ni mirado con apatía, el encontrar quien no sepa leer y escribir.

Hablen de nuevo las cifras; lenguaje árido, pero concluyente.

En esta provincia, hay actualmente, unas 1.100 escuelas públicas y

particulares, á donde concurren 85.000 niños de ambos sexos. Según datos que recojo de la última estadística, en el resto de la nación, existen 1.450 de aquéllas, donde reciben educación, unos 50.000 futuros aspirantes á la presidencia nacional. De manera que, sumando cantidades y procurando no omitir una que no he citado, pero que se sobrentiende, resulta que el número total de escuelas que el país alimenta en pró de la interesante infancia, se eleva á 2.550; y el de alumnos que en ellas reciben los beneficios de la instrucción, á 185.000.

Un dato más quiero añadir, estrechamente relacionado con lo que nos ocupa, mediante el cual podrá usted formarse mejor juicio de los adelantos morales de esta República.

Me refiero á las bibliotecas del Estado, que son tres, y en cuyos nutridos catálogos y amplios anaqueles puede saciar el visitante todos sus deseos de saber.

A ellas concurren mensualmente, siete ú ocho mil lectores de diarios y obras de derecho, ciencias, historia y literatura.

Recuerdo ahora que cierto gran filósofo alemán, dijo: «dadme una lengua perfecta, y os daré una civilización cabal». Se me antoja parafrasear al aludido profundo pensador, diciendo: «dénnos los gobiernos muchas escuelas y bastantes bibliotecas, y los pueblos darán á los gobiernos, los medios de hacer próspera y feliz á la patria.»

***

Al llegar aquí, permítame usted que ingénuamente confiese mi perplejidad.

Me hallo perplejo, en efecto, ante las dificultades que se me opondrían si quisiese proseguir ésta que llamaré conferencia.

De un lado, mis sinceras intenciones de facilitarle el mayor número posible de informaciones, si de ellas reportare usted ventaja; de otro, la materia en sí misma, cuya índole y magnitud requieren mucho tiempo, y por de pronto, un consultor más apto é idóneo de lo que soy. Podríase, ciertamente, abordar la empresa á gran vuelo; pero de mí, sé decir que no seré yo quien incurra en esa actitud pedantesca: como que carezco de méritos para adoptarla.

Por lo tanto, considero que al llegar á este punto, mi misión queda cumplida.

Esto diciendo, salimos ambos á la calle; y camino de la extensísima de Rivadavia, iba yo hablando de esta suerte:

—Hoy debo pernoctar fuera de casa, porque estoy *invitado* á un *velorio*. Si no tenía usted plan y desea conocer cierta costumbre del país, yo le invito á usted, á mi vez.

Con placer y agradecido acepto su proposición; mas no eche usted en olvido, que todavía sigo ignorando el significado de *eso* que ha llamado usted *velorio* si no he entendido mal.

*Ir al velorio* de fulano ó zutano, llaman aquí hacer acto de presencia en casa del deudo ó amigo difunto la noche de velarlo.

Lo singular del caso, es que, siempre dentro de un aspecto compungido ó simplemente reservado, en consonancia con las circunstancias, los concurrentes, cuyo número alcanza á veces proporciones extraordinarias, son obsequiados por los dueños del hogar recién enlutado, con abundante y sabrosa cerveza, vinos y pastas variados, cigarros, refrescos; con refrigerios, en fin, y piscolabis que según la posición pecuniaria de los anfitriones, equivale á confortante *lunch* ó nutrida cena.

No deja de ser peregrina la costumbre... Nada, nada; me atengo á mi promesa: cuente usted con mi compañía. Con todo, me asalta un escrúpulo: yo no soy amigo de la familia, ni siquiera saben de mi existencia. Por consiguiente...

¡Bah! si eso precisamente no es lo menos típico de la *fiesta:* á un velorio, el pariente lleva al amigo; éste lleva á los suyos, los cuales, á su turno, suelen llevar á sus conocidos.

El principio de una humana solidaridad puesto en ejercicio.

Ciertamente.

ANTONIO ASTORT



MACERO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA. — Acuarela de Tomás Moragas.

MAS Y FONTDEVILA

PROCESION DEL CORPUS

# CALVARIO



(CUENTO)



UANDO supe la desgracia que pesaba sobre mi pobre amigo Marcelo Conde, me apresuré á consolarle.

—No trates de distraerme, Pepe, es inútil. Háblame de mi pobre mujer muerta, de mi hijo, de nuestra felicidad pasada, que ya no volverá nunca. De eso, sólo de eso, porque es lo único que comprendo. ¡Me encuentro tan bien, pensando en Magdalena!

Ayer estuvo Gómez Ampuero, me estrechó la mano, bajó la cabeza y no pudo decir dos palabras. Ahí tienes un amigo de veras.

—Tienes razón. ¡Qué jugadas más negras tiene la vida! Parece imposible una muerte tan pronto.

—¿Jugadas? Más negras y más traidoras de lo que parece. ¿Y por qué ha de ser eso, por qué? ¿Qué he hecho yo, qué hizo mi Magdalena, y mi hijo, mi pobre Felipín? Vamos á ver, ¿por qué me ha de pasar lo que me pasa?

El infeliz Conde temblaba y apretaba los puños frenéticamente. Pasó el ataque, y dejándose caer perezosamente en el diván, se cubrió el rostro con las manos, para deshacerse en amargo llanto.

En aquel momento, apareció Felipín. ¡Pobre criatura! no tendría más de cinco años. Pálido, de ojos grandes y tristes, con el cabello muy largo y descuidado. Vestía una batita negra que le llegaba hasta los pies.

—¿Me llamabas, papá?

Marcelo, abrió desmesuradamente los ojos para fijarlos en el niño, y sollozando, le dijo:

—Ven aquí, Felipín, hijo mío, ven con tu padre, con tu desventurado padre. ¿Qué has hecho tú para que te quiten á mamá? Nada, la suerte perra que lo quiere, y nada más; eso.

El niño se puso á llorar también. Luego, ¡qué cuadro más triste apareció ante mi vista! Padre é hijo abrazados, los rostros juntos, llorando amargamente. ¡Qué entrañas tiene la muerte! Si viendo á aquellos dos seres tan infelices no hizo resucitar á Magdalena, bien puede decirse, que la muerte no se compadece de nadie.

Con los ojos arrasados en lágrimas dejé á mi pobre amigo. Seguí visitándole con alguna frecuencia. Varias veces le encontré fuera de casa, siempre acompañando á Felipín; para vernos no era necesario citar sitio,... en el camino del cementerio le encontraría seguramente. Desde lejos ya le conocía. Iba con la cabeza baja, pálido, demacrado, con la barba muy crecida, caminaba con mucha lentitud, vestía sencillamente, de americana. Al verle, parecía que sobre su traje de luto había caído la negrura de aquella alma inconsolable. Felipín andaba perezoso y distraidamente, siempre cerca de su padre. La pobre criatura ni jugaba ni reía ¡tanto le había afectado la falta de su madre!

—No sé lo que me pasa, ni donde estoy, ni lo que hago—me dijo Conde una tarde.—Todo lo veo confuso; percibo ruido y ni sé de donde proviene; parezco un imbécil. Aquí, abajo, me inspiran verdadera simpatía las personas que van de luto, las que llevan el signo de la desgracia. Al encontrarlas, me quedo mirándolas, hasta que desaparecen. Allá, arriba, entre celajes obscuros, distingo á mi mujer, unas veces muerta, con los brazos cruzados sobre el regazo, en la misma actitud que tenía en la caja; otras veces en forma de ángel, sonriendo y mirándome. ¡Qué mundo tan negro y qué traidor es!



Y temblando, apretaba los puños y se le veía palidecer hasta ponerse como un muerto.

Poco tiempo después de la anterior escena, pasó cerca del sitio donde estábamos una señora que representaba tener treinta años, vestida con traje de riguroso luto, lo mismo que dos niñas á quienes acompañaba. Conde fijó sus tristes ojos en la señora. Luego, dirigiéndose á Felipín, exclamó

—Hijo mió, dales un beso á esas niñas, anda. ¡Son muy desgraciadas también!

Entre Marcelo y aquella señora, no se cruzó ni una palabra, ni un saludo, se quedaron mirando al suelo. ¡Cuántos recuerdos pasarían por aquellas dos almas acongojadas!

Al ver á mi amigo en tal estado, le dije:

—Escucha, Marcelo, yo creía que el tiempo curaba cierta clase de dolencias; pero veo que no es así. Forzosamente, debes hablar con algún sacerdote ó médico ó quien te pueda decir que has de hacer para salir de ese estado en que te encuentras. De lo contrario, te vuelves loco. Piensa en que tienes un hijo, piensa en que si te mueres, Felipito queda desamparado. Reflexiona, hombre, reflexiona.

—Primero es que pueda. Quien puede únicamente salvarme, es la que está allá arriba,—dijo, mirando al cielo.

—¿Pero no ves que eso es imposible?

Marcelo no contestó. Seguimos andando. Al llegar á la población, encontramos á una pobre mujer que tenía un puesto de baratijas y juguetes. La vendedora sostenía un cordón, al cual había atados con hilos algunos globos de varios colores.

—Papá,—dijo Felipín,—¿quieres comprarme una bomba de esas?

¡Una bomba! El universo entero le hubiera comprado. ¿Qué más quería el infeliz Conde, si Felipín era lo único en el mundo que tenía parte del alma de Magdalena?

—¿Una, hijo mío, una? ¿Las quieres todas? Di; porque te las compro todas.

—No, una sola.

Al cabo de diez minutos, Felipín se quedó sin globo, se le había escapado.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! mi bomba, papá, la mía bomba; mira, mira, ¡ay! ¡ay!

Felipito gritaba y lloraba sin consuelo.

—Compraremos otra ahora mismo, no llores, hombre, no llores.

—¡Ay! ¡ay! mi bomba,—gritaba el niño, sin oir á su padre.

—Pero tú no sabes,—le dije yo,—que mamá desde el cielo la cogerá en seguida?

El niño, volvióse repentinamente, abrió mucho los ojos y, clavándolos en mi cara, dijo:

—¿Sí?

—Sí, hombre, sí.

Felipín se quedó un momento pensativo; después puso una manita en cada lado de la boca y, mirando al cielo, gritó con todas sus fuerzas:

—Para la mía mamáaaa...

Estas tiernas palabras del niño, le dieron á Marcelo una sacudida violenta. Se puso furioso, desesperado. ¿Contra quién? Contra alguien invisible que le aplastaba, que se ensañaba en martirizarle.

Les acompañé hasta su casa y me despedí de ellos, bien persuadido de que tenía yo amigo para poco tiempo. Le veía diariamente; y en cada visita le encontraba más triste, más pálido y más ojeroso.

Marcelo Conde llevaba en su semblante las señales inequívocas de la muerte. Andaba despacio, teniendo que descansar con frecuencia.

Cualquiera al ver á Conde, no podía menos de exclamar: ¡pobre!

Una tarde le esperé, como siempre, en el camino del cementerio; pero mi amigo no llegaba.

—Tal vez no haya ido,—pensé.

Sí, había ido; pero ya no volvió. Allí en la sepultura de Magdalena, el pobre Marcelo no pudo resistir más las sacudidas del dolor, y cayó sobre la losa que cubría restos tan queridos.

Poco rato después, decía Felipín, abrazando á su padre:

—¿Que no nos vamos? ¿Oyes, papá, vamos á casa?

El niño, esperando que su padre contestase, levantó los ojos y vió que el cementerio empezaba á obscurecerse; Felipín tuvo miedo y empezó á decir.

—¿Que no me oyes, papá?

Entonces, se echó á llorar.

—Papá mío, yo quiero á mi papá... papá... papá...

Felipín, temblaba de miedo y de angustia. ¿Qué lenguaje le hablarían las sombras lúgubres de los cipreses y de las sepulturas? ¿Qué misterio encerrarían para él las obscuridades de la noche? ¿Qué leería Felipín en los ojos apagados del infeliz Conde?

Un sudor frío bañaba el cuerpo del niño que, agotadas las fuerzas por tanto gritar, lloraba en silencio.

Sus últimas voces atrajeron al guardián del cementerio, quien no tardó en darse cuenta de la triste realidad.

Hondamente conmovido, tomóle de la mano, y le dijo:

—Ven, conmigo.

—¿Y mi papá? ¿Por qué no viene?

—¡Pobrecito! ¿Pues no ves que está muerto?

Felipín, no entendía el significado de aquella palabra. Quedóse parado y volvió la cabeza hacia atrás.

—Pues yo quiero que venga mi papá.

Y se puso á llorar nuevamente.

Sólo algunos años después, comprendió el desventurado niño el peso de su orfandad... y que un hombre pudiera morir de tristeza por una mujer.

GIRALDOS ALBESA



# EL OBISPO DE CHILAPA (MÉJICO)

Barcelona, ha tenido la honra de albergar durante una corta temporada, al Illmo. señor don Ramón Ibarra y González, uno de los varones más respetables y doctos de la Iglesia. Son muchas las personas á quienes ha cabido la fortuna de tratarle con alguna intimidad; y todas ellas se hacen lenguas, para pregonar su privilegiado talento y las cristianas virtudes que le adornan. Como entra de lleno en nuestra publicación, cuanto redunde en honor y prestigio del verdadero mérito, insertamos con singular placer los siguientes apuntes biográficos que acerca del bondadoso Prelado hemos podido adquirir.

Corría el año 1853 cuando el insigne mejicano vió la luz primera, en Olinala, pintoresco pueblo del Estado de Guerrero. A los diez escasos, fué enviado á la ciudad de Puebla de los Angeles, para que recibiera allí la instrucción primaria; pasando en 1868 al Seminario Palafoxiano de la misma, donde estudió con gran brillantez, Latinidad, Filosofía, Teología y Jurisprudencia.

En 1877, hecha ya la práctica para recibirse de abogado, se trasladó á Roma, ingresando en el Colegio Pío Latino Americano; en el cual permaneció hasta 1882. Durante este tiempo, bien aprovechado por cierto, se graduó de Doctor en las facultades de Filosofía, Teología, Derecho Canónico y Derecho Civil; estuvo en el Estudio de la Congregación del Concilio y conquistó el título de socio honorario de la Academia filosofico-médica de Santo Tomás de Aquino de Bolonia.

Al regresar á Méjico, su patria, obtuvo, merced á la fama que le había precedido, una cátedra de Derecho Canónico, y otra después, de Teología y Sagrada Escritura; nombrándosele sucesivamente, Promotor fiscal de la Curia, Provisor, Vicario Capitular y Canónigo Doctoral.

Contaba tan sólo treinta y nueve años, cuando se le preconizó para la diócesis de Chilapa; siendo consagrado á los pocos días en Roma (5 de Enero de 1890), por el Eminentísimo Cardenal Parrochi.

Durante su breve permanencia en la Capital del Principado, el Sr. Ibarra y González, supo granjearse innumerables simpatías, no sólo por la dulzura de su carácter y la amenidad de su plática..., sino también porque, á través de su modestia, reflejábanse en todos los actos y palabras del virtuoso sacerdote, los prestigiosos destellos de una superior ilustración.

¡No se conquista un puesto tan elevado sin grandes merecimientos! El conquistarlo implica, aparte de un raciocinio claro, largas noches en vela, consagradas al estudio.

El joven obispo, que á estas horas cruza los mares en dirección á su país natal, donde se le espera con viva ansiedad, nos dejó, en testimonio del alto concepto que le merecieron Barcelona y sus habitantes, el autógrafo que reproducimos á continuación, porque lo consideramos escrito en un lenguaje tan sincero, como lo es la expresión de nuestra gratitud.

«Jamás olvidaré las impresiones dulces y delicadas que sentí al arribar á las playas de Barcelona. El variado panorama que presentan sus montañas, sus templos, edificios y la muchedumbre de sus Institutos religiosos, es el de una tierra bendecida por Dios y que florece admirablemente bajo la sombra maternal de la Sma. Virgen. Todo en ella es hermoso: en todas partes se respira el suave aroma de Jesu Cristo; y el corazon de sus habitantes, sobre todo, conserva, cual precioso legado, los sentimientos nobles y generosos que forman la verdadera gloria de España.»

✝ Ramon, Obpo de Chilapa




EL PAN DE CADA DIA. — M. TAMBURINI.

## POESIA DE ABANICO

La llama de los amores
que en los corazones arde
se acrece del abanico
con el vientecillo suave.

II

Me dieron, con mano bella,
un abanicazo atroz.
¡Qué dolorcillo en la mano,
qué gusto en el corazón!

III

Si al través de las varillas
dulcemente me contemplas,
me creo tú prisionero
que miras tras de la reja.

IV

¡Cuánto, cuánto el abanico
se parece al corazón:
cerrado, de nada sirve,
abierto, es gloria de Dios!

V

El aire de tu abanico,
al contacto de tus labios,
se perfuma como brisa
á través de los naranjos.

## ASCENSION

Al subir á la montaña,
¡cuán azul era el color
del límpido firmamento,
lleno de rayos de sol!
Todo era luz y alegría,...
excepto mi corazón,
nublado por la tristeza,
sombrío con tu rigor.

Al bajar de la montaña,
entre obscura cerrazón,
se acercaba la tormenta,
el cielo daba temor.
Te llevaba de mi brazo;...
y dulces rayos de sol
regocijado sentía
bullir en mi corazón.

## LA FLOR DE LA PITA

Duradera y gentil hita
de los márgenes floridos,
con sus brazos retorcidos,
surge empolvada la pita.

¡Qué intenso y grave dolor
se revela en su semblante,
en el anhelado instante
de dar la primera flor!

Presiente su dura suerte:
aquella flor tan querida,
de sus entrañas nacida,
será causa de su muerte.

¡Ay! cuanto primer amor
flor de la pita parece;
corazón que lo florece
muere á su soplo traidor.

FEDERICO RAHOLA

# CUARTA EXPOSICIÓN GENERAL EN BARCELONA

## DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

### SECCION DE PINTURA

El Palacio de Bellas Artes construído según los planos y bajo la dirección del arquitecto don Augusto Font y Carreras, con motivo de la Exposición Universal de 1888, es un edificio apropiado al destino que desde el principio se le dió, conforme lo han demostrado los distintos concursos organizados en sus salas y salones. Produce excelente efecto en los forasteros, al entrar en el Palacio, la vista del grandioso salón central, poblado de estatuas y bajorelieves y adornado con gallardas plantas tropicales. Esta impresión se sostiene cuando el visitante subiendo por la escalera de honor, en el testero del propio salón, penetra en las crujías laterales del piso principal, llenas de cuadros al óleo, pertenecientes al arte nacional y extranjero. Un aire distinguido ofrece la actual Exposición, debido á la acertada colocación de las obras exhibidas y á que, en lo general, se mantienen todas á una altura que, sin llegar á la escala superior del arte, ni mucho menos, no descienden tampoco á las escalas ínfimas, donde se encuentran las extravagancias sin sentido, la impotencia tratando de remedar al genio, y la impericia dando cuadros y estatuas ni siquiera admisibles como trabajos de principiante. No los hay en la cuarta Exposición general barcelonesa de Bellas Artes; y esto, en parte, constituye su elogio.

Lástima que al lado de este nivel de discreta medianía no aparezca obra alguna que levante la cabeza por entre sus compañeras. Es excusado buscar en la Exposición un asunto; es decir, un asunto que le diga algo al expectador y que éste recuerde después con viveza. Por lo común, todo se encuentra á idéntica altura, y ni siquiera en la sección extranjera, más redondeada y más artística que la española, padece excepción lo que acabamos de afirmar en los anteriores párrafos. Habilidad en el pintar; conatos para distinguirse, sin lograrlo del todo; esto es lo que sobresale en las salas de pintura á las que actualmente nos referimos. Hay con todo en ellas, en ambas secciones, cuadros dignos de especial mención y que, por lo tanto, sobresalen entre los demás, en mayor ó menor grado.




CARTEL ANUNCIADOR, — DE MIRABENT
PREMIADO EN CONCURSO PREVIO

Tenemos por género importantísimo en el Arte pictórico, el del retrato, con el cual muchas veces puede formarse cabal idea del desarrollo que alcanza la pintura en un período y país determinados. Los retratos buenos escasean en el Palacio de Bellas Artes, más en la sección española que en la extranjera. En la primera ocupa, á nuestro entender, puesto muy conspicuo el de señora, original de Francisco Masriera; obra elegantemente pintada, bien estudiada y ejecutada con vigor y con verdad. A su lado han de colocarse los de Borrell, Montserrat, Casas, Villagómez, Luisa Vidal y algunos otros. En las salas extranjeras, dos retratos llaman poderosamente la atención, el de una señora anciana, obra de A. Wallander, y el de un general sueco, debido á Teresa Schwartze. Ambos han sido inspirados en el estudio de los pintores antiguos: en los dos hay verdad naturalista y, al propio tiempo, nobleza en el conjunto. El del general sueco se presenta acaso todavía más enérgico que el de la señora anciana vestida de negro.

No se halla en las salas españolas ningún cuadro que, en punto á ser copia de la realidad trazada por mano habilísima en la pintura, supere ni siquiera iguale á *La bouchée de pain* del belga P. J. Dietkx. Interesa la escena reproducida por este artista; se



JURADO DE PREMIOS. — Fotografía de Esplugas, hecha exprofeso para esta publicación.

mueven en ella todos aquellos infantiles personajes, y algunas cabezas y distintos trozos serían bastantes á formar otros tantos cuadros si se recortaran del lienzo en que nos ocupamos. El mencionado pintor milita sin duda entre los realistas é impresionistas; pero entre los que saben ver bien el natural y no gastan lentes ahumados, ni menos verdes, azules ó rojos. Por impresionismo de buena ley tenemos igualmente el de Ramón Casas en *La professó de Santa María*, porque en realidad sale copiado este acto religioso con exactitud que enamora, habiendo precisión en las manchas de color, vida en todo el cuadro y aire y luz en la plaza por donde la procesión atraviesa. En el retrato de una niña de blanco, con accesorios y fondo blanco, quiso el mismo Casas acometer uno de esos problemas de color á que tan aficionados se muestran modernistas é impresionistas; pero el resultado no correspondió á sus deseos, pues, aparte de la monotonía que hay en todo, carecen de calidad los muebles y diríamos casi la mayor parte de detalles. A pesar de lo cual, lo atrevido de la empresa revela los alientos del joven artista. Modernista é impresionista á su modo es Luis Masriera en *Aucell de golfa*, como V. Moerenhont en *Avant le festin*. Asuntos vulgares, insignificantes, cobran valor y llegan á despertar el interés, merced á una ejecución holgada y potente. Lo que vió Masriera en la realidad supo sacarlo en su cuadro, y no es decir poco. Otro tanto ocurre en *Avant le festin*, donde abundan los manchones que producen, sin embargo, desde la distancia conveniente, el efecto del natural mismo. Lo propio el pintor catalán que el artista belga reunen, además, el mérito de un colorido verdadero, como quisiéramos verlo siempre en los impresionistas. Entre los de talento que viven en nuestra tierra ha de ponerse J. Mir, no exento aún de los prejuicios y vicios de escuela; pero en camino de irlos abandonando. Su cuadro *La catedral dels pobres*, con un fondo bañado por la luz del sol y un expresivo grupo de mujer y niña, en primer término, nos saldría por fiador de lo que decimos. Realista potente es Torrents en *Un mártir* y dos cabezas, ejecutado todo con un vigor en el claro obscuro que recuerda las obras de Ribera.


GALERÍA DE PINTURA ESPAÑOLA


GALERÍA DE PINTURA EXTRANJERA

Sálense de los límites de la realidad terrena algunos, no muchos, cuadros expuestos en el Palacio de Bellas Artes. Por lo que toca á los de nuestra casa, es de justicia colocar en sitio privilegiado el *Cuento azul* de José M. Tamburini, delicado, expresivo, poético, con dos figuras de niñas que son encanto de la vista y alegría del corazón. Tras de la idealidad iba también Juan Brull al pintar sus *Ninfa del Ocaso*, donde el paisaje se adelanta á las figuras, algo vacilantes éstas y con menos atractivos, en el terreno del arte, de los que hemos visto en otras obras de Brull y en los que se ven en su busto *Ensueño;* lindísima pintura colocada muy cerca de su cuadro grande. Profundo sentimiento religioso respira el lienzo del belga, Julian de Vriendt: *Les derniers jours de la Verge á Jerusalém*. La imagen de la Santísima Virgen, reposada y noble, subyuga á quien le contempla por su expresión dolorida y por el hálito de fe y de esperanza que de ella parece desprenderse. Esta sentida imagen se encuadra bien con el fondo de paisaje, tranquilo también y majestuoso. El tríptico *Historia, Tempus, Légenda* de Van Hove, es modelo de seriedad en la factura y de buen gusto; yendo tras del estilo de Boticelli, Massaccio, etc.

Paisajes se cuentan en las dos secciones que merecen sincero aplauso, aun cuando esta vez se presente este género más demedrado que en la Exposición pasada. Se contemplan siempre con gusto los dos crepúsculos de Urgell (Modesto) en la sala primera, tratados con la grandiosidad y la poesía propias de su autor; los *Paisajes del Guadarrama* de Jaime Morera, estudiados con *amore*, pintados con fidelidad minuciosa, pero sin fatiga en la pincelada, recuerdo del modo de pintar de un maestro insigne en el paisaje, restaurador de este género en España, en los modernos tiempos. Vancells y Galwey, yendo tras de lo nuevo, no han acertado por completo; sus países tienen fragmentos notables; mas en conjunto pecan de monótonos y de poco exactos en los efectos luminosos. En la sección extranjera figuran diversos paisajes, con mayores ó menores excelencias, y lo mismo decimos de algunas marinas. Las de Franz Courtens en la sala de Bélgica se imponen al espectador por la


SALON DE LA REINA REGENTE EN QUE FIGURAN LAS OBRAS DE AUTORES FALLECIDOS

*Fotografías de Audouard.*

grandeza de los temas y por el sentimiento de la naturaleza, desplegados por el autor al realizarlos. Son dos cuadros llenos de poesía, que traen también á la memoria los autores antiguos. Atrevida, á trozos afortunada y en otros exagerada y quizas algo falsa es la imponente marina de Hans Bartels, y valiente *Le fleuve Kuban* de F. Ronbaud tan diestro en el paisaje como en la pintura de escenas militares, conforme lo probó elocuentemente en la Exposición de 1896. Paisaje, es igualmente el huerto con unas coles, prodigio de verdad, pintado por Elbert Pieters. Con los países se enlaza la pintura de animales, sobre todo, cuando copia una vaca en una pradera, con la portentosa exactitud en el dibujo y en las tintas que se admira en el cuadro de F. Nutten. Las rosas amarillas de F. Wortelmans, las azaleas de Franz Seghers y otros varios cuadros que podríamos ir escogiendo en la sección extranjera, como en la nuestra las *Uvas* de María Luisa de la Riva y las *Peonias* de Martínez Codolá, constituyen otras tautas notas que precisan la fisonomía de la actual Exposición de Bellas Artes, en la parte relativa á la pintura. En las acuarelas, pasteles y dibujos, se ven estudios y trabajos pertinentes al mismísimo intento; señalándose en esta sección, por su empuje y habilidad, las ilustraciones para el *Don Quijote*, de J. Jiménez Aranda.

F. MIQUEL Y BADIA



MESA DE HIERRO CINCELADO Y REPUJADO DEL INSIGNE ARTÍFICE, YA DIFUNTO, CONCORDIO GONZÁLEZ

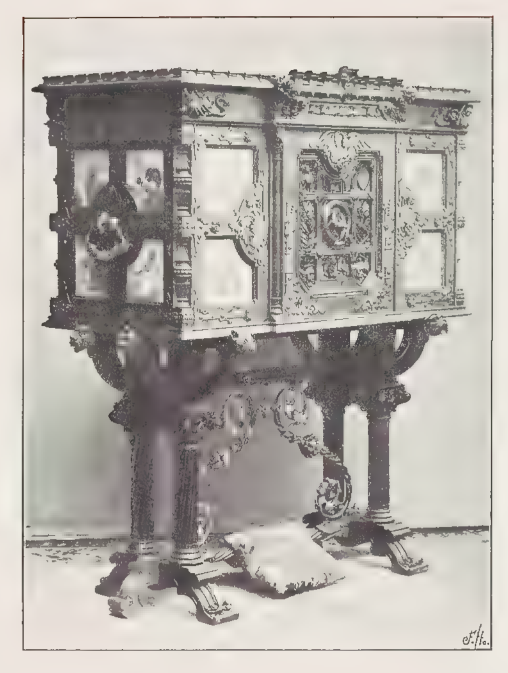


PLANCHA REPUJADA DE LA MESA ANTERIOR

## SECCIÓN DE INDUSTRIAS ARTÍSTICAS.

Sólo plácemes, y muy entusiastas, merece el Ayuntamiento de Barcelona, por haber iniciado en España estas Exposiciones del Arte aplicado á la Industria, ó del Arte Decorativo en general; cuádrale esta iniciativa á la más industriosa de todas las ciudades españolas, y á la que, de sus antiguos gremios y talleres, sacó artífices y obras que gozan imperecedera fama.

De Barcelona partió también la fundada súplica al Gobierno de la nación, para que en las Exposiciones oficiales de Madrid tuviese entrada y recompensa el Arte Decorativo: súplica, aquélla, que tuvo el honor de redactar el autor de estas líneas, y que acogió felizmente el entonces señor Ministro de Fomento, don Alberto Bosch y Fustegueras. Más tarde, su sucesor, señor Linares Rivas, accediendo también á peticiones que formulé por escrito, (y que bien conocidas son por la generalidad de los cultivadores de la especialidad del arte á que me refiero), incorporó una *Sección* de *Arte Decorativo* á la última Exposición Nacional.



ARQUILLA VARGUEÑA DE NOGAL TALLADO CON HERRAJES, DE JUAN BUSQUETS

Por lo que respecta á los Certámenes de Barcelona, ó á los que puedan organizar otras ciudades, me parece que mucho ayudaría á su progreso se declarasen tan *oficiales* como los que se celebran en la corte, (cosa que también tuve el honor de pedir al último citado señor Ministro), dando á sus recompensas la misma significación é importancia que á las que allí se adjudican. Y, allí, y aquí, y en todas partes, conviene asimismo hacer algo que he expuesto con mayor extensión en otros lugares, y que aquí voy á encerrar, en el limitado espacio de que dispongo.

⁂

Fácilmente se incurre en error ó en fraude, al tratar del Arte Decorativo ó del Arte Industrial, ó de las Industrias Artísticas, como quiera llamarse. En las obras, con frecuencia se ve que falta un *culto y emotivo principio espiritual*, y que, lo útil, *aplasta* á lo bello; ó bien resulta que, lo que se llama bello, no es más que un disfraz ornamental, ó un postizo hipócrita, mal asentado á la forma constructiva ó utilitaria, las más las veces equivocada también. En otros casos, la sola paciencia laboriosa, pasa por Arte, ¡como si artística fuese la más complicada y perfecta tela de araña! ¿Qué decir de la riqueza plutónica, que usurpa el puesto que debe ocupar la belleza olímpica? ¿Qué valen artísticamente, por sí solos, el lingote de plata, el pan de oro, y el puñado de diamantes?

*Casar* sin violencias ni quebrantos, ni profanaciones, ni anacronismos, lo bello y lo útil; hacer que la ornamentación afirme la construcción, y que, ambas, *hermosas de nacimiento*, lo sean más por su reunión y harmonía; ese, es problema reservado, hoy, á muy pocos, aunque de él triunfaron en la antigüedad, en la edad media y en el renacimiento, hombres que no tenían á su disposición, (como hace notar muy bien un ilustrado comprofesor mío), los adelantos científicos de que hoy abundamos.

No está generalizado, no, el *concepto* del Arte Decorativo. Alarmado por ello, fuí un día á pedir respetuosamente á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, (sesión del 7 de junio de 1897, se dignara fijarlo, para que á él se ajustara la legislación sobre la enseñanza, provisión de cátedras, organización de Exposiciones, etc. Mientras eso no venga, prosperarán por Industrias *artísticas*, según vimos ayer ó según vemos hoy, en Madrid, en Barcelona, en todas partes, *sommiers* y almadreñas; *escuadras* de buques, dentro de globitos ó cajas de cristal; muebles con adornos molestos ó deleznables, como sucede con la pintura hecha á mano en telas para sillones, que debieran ser estampadas, bordadas ó tejidas; blasones sin gallardía y con mutilaciones infamantes; adornos aplicados á pavimentos, que hacen crispar los pies; hojas de laurel que por su manera de ser cortadas y agrupadas resultan palmadas; dibujos litográficos muy limpios, muy finos, pero faltos de composición hermosa y de buena copia de las cosas naturales que quieren representarse... ¿Señalaré los pecados de la Tapicería? Se ha llegado á la última palabra. Personas que no han tenido ni una lección de mo-



DIBUJO PROYECTO INÉDITO, DE CONCORDIO GONZÁLEZ

*Fotografías de Esplugas.*

delado, se lanzan á hacer figuras en relieve, bordadas, que resultan luego llenas de edemas, ó bien hacen follajes *desprendidos* ó al *céfiro*, que recuerdan el hojaldre. Las mismas clasificaciones son, con frecuencia, caprichosas ó infelices. En el último Reglamento de Madrid, después de crear una *Sección de Arte Decorativo*, seguían, las *vidrieras de colores*, entre las Bellas Artes puras ó libres. Así, después, quien quiso expuso, indistintamente, y fué premiado, en la Sección que le gustó más. En Barcelona se ven admitidos dibujos de maquinaria, (por cierto muy notables), como cosa *artística*, y aparecen las Secciones de Arte Decorativo y de Arte puro ó Bellas Artes, con transferencias á todas luces arbitrarias; y, lo que aun llama más la atención, ni siquiera sostenidas para todos los trabajos de la misma especie. ¿No podría esto, tolerado, llegar á favorecer el *arte*, el arte *pardo*, de hacer fracasar á determinados expositores; ó, viceversa, de llevarles á donde pudieren ser juzgados con más benevolencia? Sepamos de una vez á qué criterio debe ajustarse la clasificación de las artes, y acabemos con estas desalentadoras informalidades. ¿Qué informalidad más grande, qué error más risible, que el de clasificar los Crucifijos y las Vírgenes de talla, en el grupo de... la Carpintería y la Ebanistería?

Sepamos también de una vez, hasta dónde le es tolerable *descender* á la Industria que quiere entrar en estos certámenes; y de esta manera evitaremos intrusismos mercantiles, é ineptitudes engreídas, fáciles á asociaciones logreras ó vengativas, que pueden esterilizar lo que con tanto desprendimiento quieren fecundar el Estado, las Diputaciones, los Municipios, etc.

***

Tampoco se da, á la originalidad, la importancia que ella requiere. En los Certámenes hasta ahora celebrados, se suele partir de un materialismo de ejecución industrial, que casi lo es todo, dejando la invención del proyecto, poco menos que olvidado; como si dijéramos: el arquitecto detrás del albañil. Salvo muy contadas excepciones, todas las obras, para ser admitidas, debieran venir acompañadas del correspondiente proyecto, firmado por su *inventor*. Y, cuando el autor del proyecto es una persona, y otra el ejecutante, debe ser así declarado, para poder asignar á cada cual la recompensa que le corresponde. Industrias hay, en las que el llamado fabricante tiene poquísima intervención, correspondiendo el mayor esfuerzo, y por lo mismo la mayor gloria, al inventor del proyecto. Hay también *obreros-colaboradores*, que fueron atendidos en la Exposición Universal de 1888, ¡y no lo son en las de Industrias Artísticas ó Arte Decorativo! No á facilitar la adquisición de medallas para rótulos ó facturas de acaudalados comerciantes ó tenderos, ni á hacer más pingües los balances de determinados grandes patronos, se dirigen estos certámenes, sino á educar manos é inteligencias de artesanos, para lo futuro.



BELONA — PROYECTO PARA CLAVE EN TIERRA ESMALTADA, POR FRANCISCO ASÍS LÓPEZ

¡A cuántos industriales, que tienen grandes talleres, podríase acusarles de ser demasiado afectos á la forma y al ornato extranjeros, impropios de nuestra sensibilidad, gusto é historia! ¿Qué quiere esto decir? Que se *inventa* poco en España, ó, mejor, que no se gasta lo debido en encargar la invención de lo nuevo y español. ¡Y luego hablamos de la protección á la producción nacional! Y no cesamos de trabajar con dibujos de allende el Pirineo, ó de inspirarnos en ellos. Hacíame notar muy oportunamente, un ilustrado dibujante decorador, que mientras hay quien se desvive por recargar las tarifas de importación de géneros extranjeros, los dibujos de allende el Pirineo, *alma* de bastantes géneros de la Península, pasan con poco ó ningún gravámen...

Como la originalidad es poco estimada ó atendida, viene esa ornamentación que, salvo raras excepciones, es ilógica, incoherente, bastardeada ó anacrónica. La contribución del color, pintado ó yustapuesto, es desaforada y desentona el conjunto; la flora carece de gracia; la fauna está falta de vida. El cincelador, el dorador, el repujador, el bordador, piensan que ya cumplen su misión haciendo lo terso, lo brillante, lo abultado, lo meticuloso. Señalan, como se ha dicho muy bien, el minuto y no la hora!

Finalmente, no bastan tan pocos jurados á clasificar y calificar las obras de una Exposición de Arte Decorativo. Es inevitable que el Jurado sea numeroso: ¡como que no puede quedar sin representación en él ninguna especialidad del trabajo concurrente á la lid! Y, para cada especialidad, acaso debieran asignarse dos elementos de juicio, por lo regular siempre en pugna: el artista y el industrial, el que inventa el proyecto y el que lo ejecuta. Así, se depuraría más el gusto de la obra definitiva, y se aquilataría más la verdad de la aplicación industrial de los proyectos. Claro está que sería mejor encontrar en una sola persona, estas dos condiciones; pero, ¿las hallaríamos sobresalientes en muchos? —Con los dedos de la mano de un manco, acaso podrían contarse.

F. TOMÁS Y ESTRUCH

*(Se continuará).*



FEDERICO ALFONSO

Este joven y notable maestro compositor y distinguido concertista de piano, autor de la melodía que, escrita exprofeso para el ALBUM SALÓN, acompaña al presente número, hizo sus estudios en el Conservatorio del Liceo Barcelonés de Su Majestad la Reina, Doña Isabel II, obteniendo los primeros premios y menciones honoríficas en todos los cursos, y los *títulos* de Profesor de Música y de Piano, con la calificación de sobresaliente.

Fueron sus maestros de Técnica Musical, el director, don Francisco de P. Sánchez Gavagnach; de Piano, el profesor de la clase superior, don Antonio Buyé; de Contrapunto y Fuga, don Eusebio Daniel, y de Harmonía y Composición, don Antonio Nicolau, director de la Escuela Municipal de Música.

La rica semilla que esos inteligentes maestros sembraron, en un terreno de sí fértil, ha producido la espléndida cosecha de que damos una débil muestra á nuestros favorecedores.

## SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO


CUBIERTA EN COLOR, de Graner.
*A la verbena.* Caricaturas de Xaudaró.
PÁGINAS EN COLOR: *María Alvarez Tubau.* (Retrato).
*Verbenas madrileñas.* Cuadro de Alvarez Dumont. (Doble página).
*Dándole el tono.* Cuadro de Cristóbal Alandi.
PÁGINAS EN NEGRO: *El ciego.* Cuento de Pedro Barrantes, ilustrado por Tusell.
*El final de la pendiente.* Cuento del natural: por Rafael Ruiz López, con ilustraciones de Cuchy.
*Notas musicales;* por G. de Morphi.
*Exámenes del querer.* Poesía de Luis de Val.
*Exposición de Bellas Artes en Barcelona.— Sección de escultura.* Juicio crítico; por Francisco Miquel y Badía. — *Industrias Artísticas.* Juicio crítico (conclusión), por Francisco Tomás y Estruch. — *Reproducciones fotográficas de algunas de las obras expuestas.*
*Las dos Marías.* Crónica teatral.
*Mtro. V. Costa Nogueras.* (Retrato).
MOSAICO.
REGALO: *Su ideal.* Mazurka caprichosa, original del Mtro. V. Costa Nogueras.


Nuestro querido amigo y colaborador, el distinguido profesor de piano, don Agustín L. Salvans, ha venido á instancias de sus numerosas relaciones, á fijar su residencia en esta ciudad, en donde ha instalado un Curso Superior de Piano.

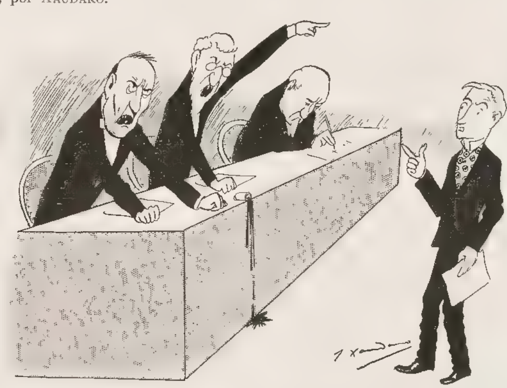


Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.

EXÁMENES, por Xaudaró.



— ¿Veamos cuáles?
— La primera...



— ...¡Y la segunda!
— ¡¡¡ A la calle!!!

# FRANCISCO FORTUNY

BARCELONA



MARCA JARABES

**Fábrica de Jarabes Superfinos.**

**Especialidad en la Horchata triple de Almendras y Jarabes frutales, tónico refrescantes.**

**Fábrica de Licores Superfinos.**

**Elaboración especial de los licores CIDRÉLICA ANISETTE y CURAÇAO Superiores á sus similares.**




LICORES

**DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COLMADOS**

# COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

*Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.*—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

*Línea de Filipinas.*—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898

*Línea de Buenos Aires.* Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

*Línea de Fernando Póo.*—Cuatro viajes al año para Fernando Póo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIO DE AFRICA. *Línea de Marruecos.* – Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

*Servicio de Tanger.*—El vapor *Joaquín del Piélago*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

**AVISO IMPORTANTE.**—La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

*Para más informes*: En Barcelona la *Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y C.ª—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica.* Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica.*- Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E. Guarda. Vigo: D. Antonio López Neira. Cartagena: Sres. Bosch hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Antonio Duarte.

Centro Editorial Artístico de

# MIGUEL SEGUÍ

**Novelas en publicación y publicadas á las que se admiten suscripciones.**

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS

**Memorias de un médico.**
**El collar de la reina y Angel Pitou.**

DE LUIS DE VAL

**Morir para amar ó La muerta enamorada.**
**La hija de la nieve ó Los amores de una loca.**
**Sor Celeste ó Las mártires del corazón.**
**La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.**
**La lucha por la existencia.**
**El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.**
**El calvario de la vida.**
**¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.**
**Las hijas abandonadas.**

DE F. LUIS OBIOLS

**El martirio de un ángel.**
**Nacer para sufrir.** (Historia de una herencia).
**Vivir muriendo.**

DE SALVADOR CARRERA

**La vengadora de su honra.**

DE ALVARO CARRILLO

**Amor y patria ó La virgen cubana.**

DE LORENZO CORIA

**Luna de miel.**

# APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el **flujo mensual**, corta los **retrasos** y **supresiones** así como los **dolores** y **cólicos** que suelen coincidir con las **épocas** y comprometen á menudo la

# SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

## ¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del **DR KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estomago é intestinos, por antiguas que sean. **Los vómitos, aceoias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estomago, cintura**, etc., etc., así que **diarreas ó estreñimientos**, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7 50**; media caja, **4 pesetas**, en farmacias y Madrid, Arenal, 2; **Barcelona**, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Se reparte por cuadernos de **16 páginas**, siendo su precio el **de un real.** — Centro editorial artístico de **MIGUEL SEGUÍ**, Rambla de Cataluña, 151. — BARCELONA




## Depilatorio en polvo del Dr. Thomson



Antes de usarlo

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel

*Aplicacion sencilla.* ❖ *Resultados positivos,*

**Precio: 3 PESETAS CAJA**

*Unico depósito: Perfumería LAFONT*

**Call, 30. — BARCELONA**

Despuès de usado

# JABON DE BABA DE TORO

¡¡ Prodigioso y valioso descubrimiento !!

Destruye las manchas y barros. ❖ Hermosea y suaviza el cutis. Gran Vigorizador de los Organos. ❖ Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. ❖ Representante en España,

## D. EMILIO MARTÍNEZ

**Calle de Aragón, número 345, Barcelona.**

*De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.*

¡¡PROBADLO!!

¡¡PROBADLO!!

¡¡PROBADLO!!


Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.



# ALBUM SALÓN

*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ◆ Rambla de Cataluña, 149-151, Barcelona* ◆ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTÍCULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II | BARCELONA, 16 DE JUNIO DE 1898 | NÚM. 20

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES



¡A LA VERBENA!, por XAUDARÓ.



*Pá* bailar con esta...



*Pá* refrescar con *eso!*



*Pá* atrapar aquello.



MARIA ALVAREZ TUBAU

*Fotografías de Esplugas*

# EL CIEGO



Todos los días, invariablemente, hacía siete años, veíasele en la misma esquina. En ella se situaba á las nueve de la mañana, para no abandonar el puesto hasta la seis de la tarde.

Sentado en su banqueta, teniendo junto á sí á su perro, con los claros ojos, privados eternamente de luz por la gota serena, fijos en el frontero edificio, sin hablar nunca, la mano extendida hacia las oleadas humanas que pasaban indiferentes por su lado, aquel pobre ciego parecía la imagen de la resignación muda y triste, en eterna espera del óbolo de los compasivos.

Su aspecto era dulce y simpático. Joven prematuramente envejecido por la desgracia, había en él algo atrayente que conmovía.

Su historia representaba una tragedia. Quedó huérfano á los doce años. Su padre, que trabajaba de peón de albañil, cayó á la calle desde un piso tercero y falleció á las dos semanas. Su madre se volvió loca y murió en un manicomio. El niño luchó heroicamente con la miseria, durmió durante meses enteros en los bancos de las plazas y pasó muchos días sin desayunarse. Por fin, después de innumerables fatigas y humillaciones, consiguió colocarse de mozo en una tienda de ultramarinos. Por su docilidad y buena conducta, cobróle afecto el dueño, honrado menestral que había logrado enriquecerse, usando pesas falsas y fabricando, en la cueva de su establecimiento, *legítimos* salchichones de Vich y *verdaderos* chorizos de Candelario, con carnes de reses sacrificadas en los mataderos clandestinos. Pero, se presentó la gota serena, la enfermedad incurable de los ojos, y á pesar del gran aprecio (según su propia frase) del tendero hacia el muchacho, éste fué trasladado al hospital, de donde salió para la calle; es decir, para pedir limosna.

Entonces pensó en un camarada, en un amigo que le acompañara en su eterna noche y le precediese á través de las sombras, y se hizo con un perro, un cachorro de lanas, negro, muy bonito, de ancha cabeza y cuello carnoso.

El cachorro creció, llegando á ser un soberbio ejemplar de su raza; y el hombre acostumbróse al perro y el perro al hombre, y era el perro el verdadero y único amor del alma del pobre ciego, exenta del cariño y las afecciones humanas.

Amigos inseparables, juntos se les veía salir del tugurio que les servía de albergue, llegar á la esquina, al *puesto*, permanecer allí nueve horas, sufriendo ya los rigores del sol ya las inclemencias del frío, el perro sentado junto al amo, con la quietud de la esfinge, contemplando con su mirada pensativa la bulliciosa muchedumbre, y el hombre acariciando de tiempo en tiempo la cabeza del animal, con la mano izquierda, mientras la derecha se alargaba horizontalmente hacia la piedad desconocida.

***

Una mañana, oyó el ciego á su lado voces frescas y ruidos alegres.

—¡Qué perro tan bonito! ¡Lástima que esté tan flaco! ¡Comerá mal el pobre! Si fuera nuestro, pronto engordaría:—exclamaba un acento infantil, con melodías de gorjeo.

—Claro que engordaría—gritaba otra vocecita risueña y armoniosa.—Le daríamos carne de la que sobra en casa y se pondría lustroso. Mira Juanito; ¡si se le conocen los huesos!—

—Y además le lavaríamos todos los días y le rizaríamos las lanas para que estuviera guapo. ¡Si fuera nuestro!—

El ciego, sonriendo, escuchaba el diálogo de los niños.

Formaban éstos una parejita encantadora. Iban lujosamente vestidos, y por su aspecto y el criado de magnífica librea que les acompañaba, se comprendía eran hijos de familia aristocrática y opulenta.

De pronto, uno de los niños cogió la mano del mendigo, preguntándole al mismo tiempo:—¿Quieres vendernos el perro?—

El ciego, sin dejar de sonreir, contestó: No, señorito, no puedo venderle. El es mi única compañía; me sirve de lazarillo, le tengo hace siete años y le quiero mucho. No puedo venderle.

—¡Qué lástima!—murmuraron á la vez los dos niños; y con los ojos bajos y la frente mustia permanecieron unos instantes, llenos de abatimiento, ante aquella contrariedad.

De repente, Juanito exclamó:—Y si se viniera con nosotros ¿le dejarías?—

—No se irá dijo el ciego moviendo con aire incrédulo la cabeza.—No me dejaría por nadie. El perro no abandona nunca á su amo.—

—Voy á darle un terrón de azúcar—dijo Juanito, iluminado repentinamente por una idea—¡Toma, tuto;—y le arrojó un terrón que el perro, meneando la cola, devoró con ansia.

—Toma otro, ¡otro! ¡otro!... y el niño continuó arrojando terrones al perro que, abandonando su actitud expectante, agradecía saltando alegremente al rededor de Juanito y lamiéndole las manos.

—¡Mira si le gustan! ¡Se los traga casi enteros! -y registrándose los bolsillos ya no me quedan más. Anda, Pepito, dale azúcar si tienes, á ver si nos sigue.—Y Pepito, riendo con su risa cristalina de arroyo, comenzó á lanzar terrones á la boca del perro, y los dos niños echaron á andar,... y el perro, ladrando de placer, les seguía.

Los niños, alejándose, gritaban: ¡Que se viene con nosotros! ¡Que nos le llevamos!

El ciego, alarmado, se había puesto en pie.—¡Aquí, Abel! ¡Abel, aquí! —repetía, con acento vibrante, al oir cada vez más vagas las voces de los niños y los ladridos del animal.



A las llamadas de su amo, el perro volvía la cabeza, sintiendo como un impulso de atracción; pero, vencido por la golosina, seguía alejándose en pos de los niños,... hasta que niños, perro y criado, perdiéndose en el extremo de la calle entre las inquietas corrientes de la muchedumbre, desaparecieron.

El ciego, con el terror pintado en el semblante, sin querer convencerse de aquella ingratitud monstruosa, continuaba llamando al perro. Y cuando los ladridos de éste y las voces infantiles se extinguieron por la distancia, la gente que pasaba presenció conmovida la desesperación del desgraciado, por cuyas enjutas mejillas corrían torrentes de lágrimas. Era el sentimiento que se desbordaba de sus ojos sin luz.

***

Transcurrieron algunos meses.

El ciego se sintió enfermo. Había sufrido algunos vómitos de un líquido de sabor acre, cuyo color adivinaba. Sentía una debilidad extrema y un dolor pertinaz y agudo en el pecho; pero continuaba valientemente abonado á su esquina.

De cuando en cuando, obedeciendo á antigua costumbre, alargaba suavemente la mano izquierda como para acariciar algo, bajándola poco á poco hasta tocar el suelo. Entonces la retiraba, como si hubiera sentido la mordedura de un reptil, y mientras por su demacrado rostro se exten-



día una melancolía indefinible, murmuraba entre dientes: —¡Ah! No me acordaba. ¡Se fué!

***

Una tarde de invierno en que el Norte soplaba y la nieve caía, el ciego, andando trabajosamente, se encaminaba á su miserable vivienda.

La calle por donde marchaba, larga y espaciosa, se componía de hoteles y palacios.

De pronto, sintió en la cara un vaho caliente y escuchó un relincho. Era un coche que esperaba á sus dueños.

Casi al mismo tiempo dejóse oir un rumor de voces infantiles.

El ciego se detuvo, aguzando el oído.

Las puertas del hotel, frente al cual estaba parado el ciego, se abrieron, dejando paso á una dama y dos niños envueltos en abrigos de pieles. Detrás, un criado, llevaba en brazos á un perro.

El lacayo abrió la portezuela del coche.

Vibró un redoble de ladridos, y mientras el ciego percibía abrazado estrechamente á sus piernas un cuerpo recio y lanudo, sintió llenársele la boca, y el terrible vómito de sangre esmaltó de rojo la blancura de la nieve.

El criado separó á la fuerza al perro del mendigo.

—¿Qué es eso?—preguntó la dama asomando la cabeza por la ventanilla.

—Nada, señora;—contestó el criado, metiendo en el coche al perro que seguía ladrando. Morito que ha tratado de morder á ese pobre... que está borracho.

Crujió la fusta. El coche se alejó sin ruido, desflorando la virginidad de los copos.

El ciego, sintiendo flaquear sus piernas, desvanecerse su cerebro y taladrar su pecho algo así como una aguja invisible, permaneció inmóvil un momento. Después, cambiando bruscamente de dirección, buscó entre las sombras el camino del hospital, mientras la nieve aumentaba su espesor, cual si se complaciera en dificultar aun más la penosa marcha del infeliz.

***

Desde aquel día no se le volvió á ver en público; los vecinos del barrio, acostumbrados á hablarle como uno de tantos, advirtieron con pesar su ausencia, achacándola á una causa natural y lógica. El pordiosero no acudía ya á su puesto de parada, porque seguramente no le hacía falta ninguna la caridad de los hombres.

La esquina de referencia sólo estuvo vacante una semana: á la siguiente, se posesionó de ella, otro desheredado de la fortuna, otro ciego, deseoso de utilizar en provecho propio el crédito de su malogrado antecesor.

PEDRO BARRANTES

# NOTAS MUSICALES

CONSERVO en cartera algunos detalles muy curiosos sobre la primera representación de Parsifal, en el teatro de Bayreuth, á la cual tuve el gusto de asistir en 1882; y los saco á luz, por si en algo pueden interesar á los ilustrados lectores del ALBUM SALÓN.

El primer recuerdo que conservo de mi peregrinación á la Meca del wagnerismo, es el de la lentitud y dificultades para llegar hasta allí en ferrocarril, desde Nuremberg. El tren iba á paso de carreta, y no olvidaré nunca la estación de Weiden, donde debiéramos haber comido; y digo debiéramos, porque sólo lo consiguieron los que, viendo el gran número de viajeros y conociendo los pocos recursos de la fonda, se fueron á buscar la comida á la cocina por sus propias manos; ejemplo que imité, conquistando á punta de lanza un plato de poca carne y muy dura, con mucha patata.

Tanto el billete como la habitación del hotel, habían sido pedidos con gran anticipación, y una vez llegado é instalado, vinieron á avisarme, para pasar al comedor. Seguí al criado, y después de pasar varios pasillos, subiendo y bajando escaleras, llegamos á una gran puerta, detrás de la cual se oía un ruido tan grande y tan extraño, que trajo á mi imaginación los versos de Dante en el Infierno:

Diverse lingüe, orribile favelle,
Parole di dolor, accenti d'ira,
Voci alta é fioche é suon di man con elle

Abierta la puerta, quedé mudo de estupor, ante el cuadro que se presentaba á mi vista. Como unas 70 á 80 personas de todas las edades, naciones y aspectos diversos, comían sentados ante largas mesas, hablando, gritando, con entusiasmo febril. Aquello parecía una jaula de locos, y no creo que haya imaginación capaz de inventar la diversidad de figuras, cabezas, trajes, actitudes y tipos de aquella reunión cosmopolita. Venerables ancianos, con largas y blancas cabelleras y barbas; altas, viejas y disecadas inglesas, con peinados y trajes anticuados ó extravagantes; jóvenes escuálidos de ambos sexos, pálidos y como consumidos por un fuego interior; figuras histéricas y robustos bebedores de cerveza, alternaban con los músicos, críticos y literatos más conocidos de Europa. Después supe que algunos de los más entusiastas admiradores del maestro alemán, se imponían una especie de ayuno, no comiendo más que huevos pasados por agua y té, mientras otros se privaban de todo alimento, tomando además un baño caliente de pies, como preparación conveniente y para conseguir que su inteligencia estuviese bien dispuesta á comprender las bellezas de la música.

Al día siguiente, tuvo lugar la representación; costándome no poco trabajo y dinero encontrar un coche para subir á la *colina santa*. No hablaré del teatro, porque ha sido descrito muchas veces; pero debo consignar que, habiendo sido construído bajo la dirección é idea del gran compositor, al verlo, me pareció que éste se había guiado no sólo por su admiración al Teatro Griego, sino por dos planos, uno de sala de conciertos y otro de teatro, presentados en una de las exposiciones universales de París, por el celebre constructor de instrumentos de música Adolfo Sax.

Sabido es, que la idea de la orquesta invisible, pertenece á Gretry, y en los proyectos de Sax, la orquesta está colocada más baja que el público, teniendo detrás de sí un paramento ó tabique de madera que sirve de caja armónica, cuyo efecto viene á aumentar la traza del techo que forma una elipse desde la embocadura al fondo de la sala, siguiendo las leyes de la acústica y teniendo en cuenta la formación de las ondas sonoras.

Wagner no adoptó la segunda disposición, tal vez por las dificultades y carestía de la construcción; pero, para realizar la idea de la orquesta invisible, la colocó en un foso bastante profundo, para que no se vea ni la cabeza del director; con lo cual, las condiciones acústicas resultan tan malas, que los instrumentos, sobre todo los de cuerda, pierden el nervio y vigor del ataque, la pureza de la sonoridad y la claridad de la ejecución. Momentos hay en que parece oirse el ruido del mar á lo lejos ó el del viento en un bosque de pinos. La impresión es poética y agradable al principio, pero á la larga y especialmente en los pasajes vigorosos ó dramáticos, produce cierta monotonía que hace echar de menos la vibrante y expresiva sonoridad de los violines, en la disposición ordinaria de la orquesta. Disminuyóse la luz de la sala, y descorrido el telón, ó por mejor decir, cortina á derecha é izquierda, empezó la representación, oída con religioso silencio, y habiendo obligado á todas las señoras á quitarse los sombreros.

El hablar de la obra me llevaría demasiado lejos, y no lo permiten los límites de un artículo. En el libreto de Parsifal que conservo, fuí apuntando mis impresiones al margen, con lápiz. Allí leo sucesivamente bueno, magnífico, sublime, largo, demasiado largo, eterno, dramático, ridículo, etc., etc., ya refiriéndome á la música, ya á los detalles de escena y representación, tales como la marcha acompasada de los caballeros del Graal, al son de una música que no se presta á la unidad de los movimientos, produciendo un efecto ridículo que contrasta con la solemnidad del momento. Lo mismo sucede con la inmovilidad de Parsifal, que, durante toda la ceremonia religiosa, permanece inmóvil y mudo tres cuartos de hora, para que venga Gurnemauz á echarle á la calle, diciéndole que es un imbécil, que deje á los cisnes en paz y que vaya á buscar los gansos sus semejantes.

Hay trozos instrumentales cuya belleza excede á toda ponderación y otros, como el duo de Kundry y Parsifal, en el segundo acto, cuyas desmesuradas proporciones producen una fatiga intolerable, que es la impresión final; á pesar del descanso que se da para comer, anunciado por las famosas trompetas. No quiero abusar alargando mi artículo y concluyo con el incidente original de aquel día y que no creo muy conocido.

Al acabar el primer acto y en el momento en que todos aplaudíamos, apareció Wagner en uno de los palcos del fondo, destinados á personas reales, príncipes y personajes, y dirigiéndose al público, dijo: «no aplaudan ustedes hasta el fin, puesto que no saben si les gustará.» Excusado es decir la sorpresa de todos; pero lo más original es que al concluir el espectáculo, sea por el cansancio, porque era muy tarde, ó por las palabras del maestro, nadie aplaudió, y entonces volvió á aparecer Wagner en el mismo sitio y nos dijo: «yo no sé lo que ustedes pensarán de mi música, pero yo aplaudo á los artistas, porque lo han hecho muy bien»; palabras que fueron seguidas de atronadores aplausos. ¿Qué le sucedería en España á un compositor español que hiciera esto mismo?

G. MORPHY



VERBENAS M

DUMONT



IADRILEÑAS

# NI TANTO NI TAN CALVO

CUENTO FESTIVO

La naturaleza se mostró espléndida con el rostro de Serafín, y éste era el encanto de los salones (sala y gabinete) de doña Torcuata, en los cuales se bailaba todos los viernes del año, á excepción de los de cuaresma.

Más de media docena de muchachas impresionables suspiraban al verle, ponían los ojos en blanco y hasta lanzaban al suelo el abanico, como inadvertidamente, para que él lo cogiese con galantería y decirle cuando se lo entregaba:

—Miles de gracias. Es usted asáz amable

Bueno es hacer constar que Serafín no era alto ni bajo, grueso ni delgado, rubio ni moreno. Pero, poseía un rostro terso y agraciado, barba y bigote lustrosos, nariz completamente aguileña y unos ojos muy gruesos y juguetones.

Con que ya comprenderéis, lectoras, que Serafín no era un chico despreciable, máxime si convenís conmigo en que nunca resultó cierto el adagio *El hombre y el oso*... etc.

Además, Serafín tocaba el acordeón de un modo que embelesaba.

De todas las jóvenes que aspiraban á la blanca mano del doncel, la más constante era Tecla, una niña angelical, alabastrina y llena de pasión; la que, al ver que sus deseos no eran correspondidos, habíase jurado perder á Serafín; es decir: casarse con él.

Porque estaba enamorada de él; sí, enamorada completamente de aquel sér, para ella ideal; de aquel hombre propietario de un rostro seductor.

Tecla era apasionada por la estética. A ella le importaba un comino que en la cabeza de Serafín se albergase mucho talento ó se albergase mucho serrín; no estaba más que por su físico, mayormente, sin temer que aquellas gracias pudiesen desaparecer un día, como dicen que ocurrirá con la forma poética.

Y tantas gazmoñerías hizo en mil ocasiones y tanto dió á comprender que le amaba, que el chico pidió á un amigo cursi de suyo y hasta escritor de afición, que le compusiera una declaración amorosa, para espetársela á Tecla, cosa que consiguió; y sin precaver á aquélla de antemano, ¡cruel! así la habló una noche, á eso de las diez, confuso, aturdido, ruboroso y falto de memoria, en casa de doña Torcuata, durante el intermedio de un valz á una mazurka:



NOTAS ARTÍSTICAS. Dibujo á la pluma por M. Feliu

—Tecla, querube oloroso, la del aliento alado, la de labios azules como el firmamento, la de ojos rojos cual el fuego, la de dientes sonrosados, la de mejillas de ébano, la de perlas por cabello, ¡ah! yo te amo.

Y se sintió desfallecer.

(Muchas jóvenes se mordieron los labios. Algunas mamás pidieron agua).

—¡Serafín!—dijo ella, medio trastornada por la alegría.

—Servidor de usted.

—Siga usted; siga.

—No puedo, Tecla; se me ha olvidado lo demás. Pero ejecutaré en el acordeón un schotis que la dedico, compuesto por mí...

—¿Por usted?

—No, por mi tío el de Aduanas. Se intitula. *Mariposilla fugaz raptada del Parnaso*, ó *Dos almas que forman una compacta*, ó...

—¡Oh, basta! Esas frases me subyugan.

Serafín tocó lo dicho, en el acordeón, y un mes después era completamente dueño de Tecla; vulgo su esposo.

¡Infeliz! ¡Qué vida pasaba! Su mujer era celosísima. No podía lanzarse jamás sin ella á la vía pública, y aun así y todo, con el rostro envuelto en una bufanda, para ocultar sus hechizos. En cuanto miraba á alguien, un pellizco de los retorcidos le hacía comprender que sus miradas eran sólo de Tecla. Por viejas que fuesen las domésticas, no paraban en su casa, y últimamente eran servidos por un guardia civil varioloso, retirado del servicio... por exceso de hoyos en la faz.

Las peloteras se sucedían sin interrupción.

—Has hecho una seña á la portera.

—Pero, mujer, si es vieja, y sorda y bizca del derecho. Escucha, ven..

—¡No me toques!

—No, Tecla; estás muy desafinada.

Una noche la celosa consorte le dijo á Serafín, presentándole una botella:

—Mira, cariño mío, si es cierto que me amas tanto como dices, exijo de ti un sacrificio. ¿Ves este frasco? Pues con él has de dar fin...

—¡A mi existencia! ¡Cielo santo!...

—No, mi bien; á tu cabellera, y á tu barba y bigote.

—Pero Teclita...

—¡Dios mío. ¡No me quieres! Si ya sé que lo que deseas es matarme de celos... ¡Ay de mí, qué desgraciada soy! Todos los días me repiten las hijas de Terroncillo y las de Lechuguete que tu cabello es crespo y ondulado y que tu barba es rizosa y sedoso tu bigote... ¡Ay! ¡ay! yo me siento morir.

Y rompió en copiosísimo llanto y hasta dió tres cabezadas contra la pared, infiriéndose otros tantos chichones, de regular tamaño.

Serafín accedió al cabo á los ruegos de su amantísima consorte; frotóse con el líquido del frasco repetidas veces, y al cabo de una semana, estaba calvo como un chino y con la cara hecha una herejía.

¡Se había vuelto feo por completo!

Todas las amigas de Tecla la hicieron saber que su marido era un monstruo del que les daba tentaciones de huir, cuando le veían

Y Tecla respiró satisfecha y reemplazó al guardia civil por una moza fresca de Torrelodones y quitó á su marido la bufanda y le decía á todas horas:

—¡Serafín de mi corazón! Ya soy completamente feliz; ya no tengo celos. Te adoro y estoy tranquila.

Pero, un mes después, exclamaba:

—Serafín, siento mucho que hayas quedado tan horrible. Yo no hubiera deseado tanto.

Y al cabo de tres meses:

—Mira, Serafín, la gente me hace burla, cuando vamos juntos. ¿Quieres que nos separemos y que yo vaya á vivir con mis padres?

Por fin, una noche, Tecla quiso volver á casa de doña Torcuata, con su marido. Hacía mucho tiempo que no iban.

Casi nadie conoció á Serafín.

—¿Te acompaña un máscara?—la preguntó una amiga.

—¡Qué criado tan raro traes!—dijo otra

—¿Es una persona auténtica?—otra.

—Anda, Serafín,—dijo ella, volviéndose hacia el joven,—bromea un poco con quien quieras; te lo permito.

—Me parece algo tarde—murmuró él.

Tecla fué á engrosar el grupo de sus antiguas amigas. ¡Cuántas preguntas le hicieron! ¿Eres feliz? ¿Te quitas años? ¿Te prueba el matrimonio? ¿Te gusta el lomo con judías? ¿Haces todavía gala de los nervios? ¿Sigues tan celosa? Mira que eras terrible... Creías que nos íbamos á tragar á tu Serafín.

—Soy otra por completo,—contestó Tecla;—he variado mucho, pero mucho. En fin, ya veréis.

Y llamando á Serafín.

—Mira, hijo mío,—le dijo;—ven, no te avergüences. ¿Te gustan tus amigas de antaño?

Vamos, queridas, ahí le tenéis. A la que quiera se lo regalo. Así como así pienso divorciarme de él, á escape... ¡Yo no quiero vivir con un marido tan horrible!

FLORIDOR

# EL FINAL DE LA PENDIENTE

APUNTE DEL NATURAL

Era Ricardo Cambronero, buen muchacho, simpático, de cara agradable, de frente estrecha, cejas arqueadas, ojos azules, nariz recta y boca risueña, de labios gruesos. Cuidaba su rubia barba con femenil esmero y vestía con elegante sencillez.

Muy joven, perdió á sus padres, quedando dueño de una bonita fortuna; y, mal aconsejado por algunos amigotes, él, que nada tenía de Salomón, tardó poco en emprender una vida de elegante calavera y fué derrochando lindamente su capital, en licenciosas francachelas



con mozas y mozos que nada tenían que perder.

No gustaba de la taberna, por parecerle cosa demasiado baja para hombres de su calaña, y tenía ínsulas de conquistador, aunque no pasó nunca de ser la más grotesca caricatura del Don Juan.

Primero fué amante de una Estrella, linda muchacha que vendía sus caricias al mejor postor; luego fué Josefina la que se encargó de irle aligerando el bolsillo; más tarde Otilia; después Pura; en seguida... no sé quién; y entre unas y otras le hicieron perder los residuos de su dignidad, la vergüenza, el tiempo y el dinero.

De creer á Ricardo, para él no había resistencia posible; con una mirada, conquista hecha; y en el juego no había otro de mejor fortuna.

Verdad es, que si lo primero era dudoso, para los empedernidos incrédulos, llenos de malicia, lo segundo tenía mucho de verdad. Había jugado con fortuna loca más de una vez; y esto le hizo mantener sus bellas ilusiones.

Porque Cambronero tenía ilusiones; creía que, andando el tiempo, lograría reunir inmenso fortunón, y entonces no daría paso sin que la prensa, esa pregonera de la fama, dejase de dar á conocer sus más íntimos pensamientos.

Desgraciadamente, las cosas no salen nunca como se sueñan. La suerte se cansó de favorecer á Ricardo, y... aquí tropiezo y allá caigo, fué quedándose sin blanca.

El mundo *elegante* tardó poco en oler lo que le pasaba; los amigotes fueron abandonándole, á la par que el dinero; y antes de necesitar del crédito, lo había perdido por completo.

Notó entonces Cambronero, con amargura inmensa, que los pocos que le rodeaban, aguardando sin duda la conclusión de la última peseta, le miraban con cierta lástima. Arrepintióse entonces de su conducta; pero, como generalmente ocurre, aquel movimiento de su conciencia llegó demasiado tarde.

Había hecho el *primo* de una manera escandalosa, como él decía, y al conocerlo así, lloraba con lágrimas de frenética rabia. ¡Si hubiera sido más discreto!... No debió nunca tirar de aquel modo su fortuna, é indudablemente hubiera sido feliz, sin necesidad de ser *elegante*, calavera, Tenorio y otros excesos. Y... parodiando al emperador romano, sin él saberlo, gritaba el desgraciado joven, con desconsuelo:—¿Qué necesidad tenía yo de flautas tan largas?

Por primera vez en su vida pensó que la existencia tiene hondas amarguras, hasta para los que, como él, han perdido todo sentimiento; y por vez primera, en su vida, pensó en el suicidio,... en ese último acto de las almas pequeñas y empequeñecidas. Pero tuvo la debilidad de asustarse de la «idea salvadora».

—Aun era joven, quedábanle fuerzas para conseguir una vida tranquila, por medio del honrado trabajo... Y aquí repasaba detenidamente su memoria. ¿Que haría? Trabajar. Esta era la única solución. Pero... ¿en qué? ¿cómo? ¿Qué podría hacer tras de haber perdido el tiempo tan lastimosamente?—

Tropezaba con dificultades inmensas, insuperables. No podía pensar en escribir pliegos para alguna oficina. Su letra era detestable. Ser escribiente, le había parecido siempre cosa demasiado baja para hombre de sus condiciones...

Entonces pensó con desconsuelo en qué era un ente inútil, que para nada servía en absoluto. ¡El, que ignorante y descreído, se había reído siempre de los que se ganaban la vida á fuerza de honrado trabajo, llamándoles acémilas de la sociedad, burros de carga y otras lindezas,... era de peor condición!

¡Pero, suceden tan raras cosas en el corazón humano! Cambronero, no renunciaba á sus ilusiones: tarde ó temprano, la prensa debía ocuparse de él, sino como capitalista como hombre de talento, como artista de corazón y de bríos.

Llegó un día en que la patrona se cansó de tenerle, y con la mayor frescura del mundo, le puso de patitas en la calle, sin hacer caso de las promesas que hacía de pagar con creces. Pero, si es verdad, que «dádivas quebrantan peñas,» también es cierto que las más bellas promesas, no conmueven á la patrona más sentimental, y Ricardo tuvo que salir de la casa con poca ropa, no mucho dinero y escasas ilusiones, á vista de tan triste realidad.

La primera vez que entró en una taberna, para comer un guisote innominado, sintió cierta instintiva repugnancia; repugnancia que fué venciendo poco á poco hasta acostumbrarse á aquella atmósfera masticable, como si no hubiera respirado otra mejor.

Y se pasaba la noche en esas zahurdas infames, donde se amontona la carnaza imbécil que pide á gritos el desgarrante navajazo. Y bebía hasta la embriaguez.

Allí conoció á Lolilla, que, á pesar del diminutivo, era una mujer de edad indefinible, de voz ronca y áspera, cara pintarrajeada asquerosamente y cuello lleno de sospechosos costurones.

Ella se enamoró de él, con ese amor bestia de la viciada carne de lupanar, y él, depravado hasta el grado máximo, cargó con ella, porque veía en perspectiva una comida diaria.

El *elegante* y *seductor* Tenorio de ayer, se vió pronto en el más lastimoso estado, bajo el absoluto dominio de aquel experpento que le tenía prometida la más hermosa puñalada si se cansaba de sus caricias.

Transcurrieron algunos meses. Cierta noche en que se habían menudeado los tragos de aguardiente, un borracho, con lengua torpe, insultó á Lolilla, llamándola mil cosas por las que nunca pensó en ponerse encarnada; pero al verse cerca de Ricardo se le ocurrió escandalizarse.

El, tambaleándose, se levantó á defender á *su dama*, y los dos salieron de la taberna, pegándose torpemente, formando un grupo repugnante de carne borracha que ignora lo que hace.

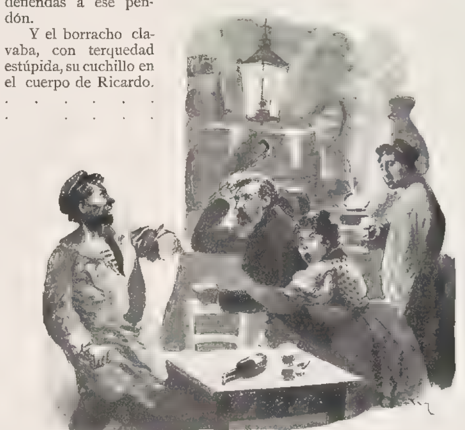
Lolilla, vió que el contrario de Ricardo forzajeaba por sacar del bolsillo un arma, y entonces se acordó con verdadero espanto de que su hombre no llevaba «ni un alfiler», y corrió, dando desaforadas voces, en demanda de socorro.

Cuando llegaron los guardias, en el suelo se removía un grupo informe, y una voz aguardentosa decía:

— Toma, *pa* que defiendas á ese pendón.

Y el borracho clavaba, con terquedad estúpida, su cuchillo en el cuerpo de Ricardo.

. . . . . . .



Al día siguiente, la prensa daba cuenta del suceso en la forma de costumbre.

Cambronero había conseguido algo de lo que deseaba: ¡su nombre fué impreso en los diarios de mayor circulación!

Rafael RUIZ LOPEZ

# EXÁMENES DEL QUERER

— Deme el tono y menos pico,
deme el tono y menos labia,
que si usted sigue moliendo
más que en fiesta una tarasca,
vamos á saber la copla
cuando echen pelo las ranas.
—¿Y qué más dicha, Currilla,
si eso que dices pasara?
—¿Por qué, señor estudiante?
—Porque así tal vez, tu alma
lograse templar, al tono
de mi amor y de mis ansias.
—¿Y está muy alto?
— Muy alto;
por eso temo, salada,
que no llegue tu cariño
hasta donde el mío alcanza.
—Pues será un amor en do.
—En do y de pecho.
—¡Qué guasa!
Vamos, señor estudiante,
no busque usted calabazas;
pues ya le deben bastar
las que recoge en las aulas,
sobresaliente... en suspensos,
estudiantón con escamas.
—No fuese yo suspendido
como tú me examinaras;
porque, para hacer memoria,
si la lección olvidaba,
me bastaría mirar
ese cuerpo y esa cara,
que son los textos que estudio
desde que te vi en Triana,
Currilla la desdeñosa,
único afán de mi alma.
—¡Vamos, que está usted galante!
Es mi cuerpo y es mi cara
los textos que el hombre estudia,
¡y estudia veterinaria!
—No seas tan maliciosa.
—No tenga usted poca *lacha*.
—Esos textos que me ofreces. .
—Alto, yo no ofrezco nada.
—Bueno, pues, esos que estudio
con aplicación tan vasta,
son... para la otra carrera
que estudiando estoy con ansia.
—¿Qué carrera?
—La de amarte.
—¿Mucho, mucho?
—Mucho, ingrata.
—Vamos, eso ya es distinto.
—Y si supieras qué ganas
tengo, de que el tribunal
me admita á examen...
—Pues vaya,
ya está admitido.
—¿De veras?
—Mas, ojo con lo que habla,
que el tribunal es severo
y es listo y no se le engaña.
—Interrogue el presidente.
—La asignatura es muy larga;
exponga usted lo que sabe,
y si lo que sabe basta,
se le dará buena nota
ó, en caso contrario, mala.
—¡Voy á salir doctorado!
—Lo veremos.
—Oye y falla:
Quererte, es siempre llevarte
metidita aquí en el alma;
ver tu faz estando ausente;
oirte estando callada,
beber la vida en tu aliento
y escuchar en tus palabras
una celeste harmonía



DANDOLE EL TONO, por Cristóbal Alandi

que desde los cielos baja
y adormece los sentidos
y despierta dulces ansias.
Quererte, es oir tus pasos
en el rumor de las auras;
quererte, es soñar contigo..
y despertarse con rabia;
quererte, es llorar si lloras;
quererte, es cantar si cantas;
quererte, es morir si mueres;
y, si á los infiernos bajas,
á los infiernos bajar
tras del alma de mi alma
y allí, morirse de frío;
pues del infierno las llamas
no pueden, gran Dios, quemar
más que el fuego que me abrasa.
—Jesús, si así usted me amase.
¡Curra, Curra que me matas
—¡Qué pasión tan vehemente!
—¡Pues amor con él se paga!
—Tiene usted un pico de oro.
—Y tú la gloria por cara.
—¿Y es usted muy buen cristiano?
—Con ver cuál te miro, basta.
—Pues prosiga en oración,
y si San Pedro se calla...
— Si lo dices por tu padre,
con él hablaré mañana.
—¡Convenido!
—¡Gloria mía!
—Vamos, ganó la batalla.
—¿Con qué nota?
—Con la nota
de sobresaliente.
—¡Hosana!
¿Y el título de doctor?
—Ese... ¡el cura se lo guarda!

Y, sonriendo contentos,
coge Curra la guitarra
y una carcelera entona
con la voz apasionada
del que en redes de Cupido
prisionera tiene el alma.

Luis de VAL

# CUARTA EXPOSICIÓN GENERAL EN BARCELONA
## DE BELLAS ARTES É INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

### SECCION DE ESCULTURA

Vacila el arte escultórico contemporáneo en los derroteros que ha de seguir. Por un lado, se inclina á veces hacia el arte clásico, acometiendo asuntos en que entra como principal elemento el desnudo, y buscando la belleza y hasta la pureza en las líneas de las esculturas. Por otro lado, se va tras de lo pintoresco, y, en su afán de originalidad, juzgan varios escultores, no desprovistos de ingenio, antes teniéndolo muy envidiable, que todos los asuntos son apropiados para el arte escultórico y que cuanto puede realizar la pintura, cabe igualmente dentro de los dominios de la escultura. Los que tal piensan y tal hacen, no atienden á la belleza de la forma; procuran sólo la exactitud del bulto escultórico con el original que les ha servido para modelarlo; prescinden de toda suerte de composición que califican de artificiosa, y.. en medio de algunos aciertos y hasta de aciertos superiores, caen en la vulgaridad, en la ordinariez, en lo extraño y estrambótico. En apoyo de cuanto decimos, existen grupos y estatuas en el Salon Central del Palacio de Bellas Artes, donde este año la escultura no traspasa el nivel de la medianía que domina, conforme lo hemos ya anticipado, en todas las secciones de la Exposición.

No hay allí ningún trozo escultórico de mano maestra. Abundan, sí, los estudios y las testas en las que se descubren destreza y buen gusto. No faltan tampoco obras que caen de lleno dentro de la agrupación que hemos descrito en los anteriores párrafos. Son estudios del modelo vivo, ejecutados á conciencia, rivalizando el escultor con el vaciador cuando saca en yeso ó en otra materia la reproducción fidelísima de un modelo determinado. El ideal artístico no existe en estas obras ó por lo menos anda muy escondido. Así ocurre con *Desolació* de L. Roselló, figura de mujer, esculpida en mármol con insigne habilidad; pero en una actitud que echa á perder todas las bellezas de modelado. A fragmentos se aplaude calurosamente esta escultura; examinada en conjunto no hay medio de hallar en ella las líneas bellas escultóricas. Aquella mujer, convertida en un revoltijo, puede servir para que un escultor haga alarde de su pericia en el arte que profesa, como Roselló lo hace; mas no es ni será nunca una estatua hermosa, que levante el ánimo, que embelese la vista y de la que conserve el espectador grata memoria. Todavía ocurre esto más en *Le globe endormi* de M. Charpentier, donde ni siquiera existe el atractivo de la morbidez en las carnaciones, como en la antecedente estatua, y donde la idea necesita de comento, para que el visitante la comprenda, si por acaso después de él llega á comprenderla.



SALÓN CENTRAL, HABILITADO PARA LAS OBRAS ESCULTÓRICAS *Fot. Audouard.*

Mayor carácter escultórico ofrece *Ilvar* de F. J. Escudero, concebida y desarrollada al modo naturalista; pero con toques que imprimen al grupo idealidad y sentimiento. No es la originalidad su primer mérito, ya que recuerda estatuas y grupos de asunto parecido; pero lo que en este punto pueda faltarle, lo compensan las demás excelencias contenidas en las dos figuras. La actitud es en ellas natural, el modelado merecedor de elogio, la expresión y el sentimiento ajustados al concepto é impregnados de una distinción que da carácter elevado al grupo en su conjunto. Estatuas que reunen nobleza á la par que méritos de ejecución son *El encantador de serpientes* de Jules Anthone y *L'enigma* de Albert des Enfants, la última con una cabeza que da pie á la fantasía y que se armoniza bien con el asunto. *La fontaine* de Alfonso van Beurden y la *Fuente de Diana* de Venancio Vallmitjana proceden del arte clásico, pasando por los escultores del siglo XVIII. En ambas se advierte exquisita elegancia, pudiendo ser excelente adorno de paseos y jardines. Encomio merecen los dos citados artistas por irse tras de las huellas de los insignes maestros que enriquecieron con esculturas valientes sobre toda ponderación, animadas y expresivas, los palacios de Aranjuez y de San Ildefonso, los de Versalles, Saint Cloud y Postdam. El francés Carpeaux, que tanto llamó la atención con sus atrevimientos y que hizo dar un paso de gigante á la moderna escuela realista ó naturalista, buscó enseñanza y la encontró en los preciosos grupos de los Adam que decoran los jardines de Postdam. Beurden y Vallmitjana han recordado estos ejemplos en sus lindas esculturas.

Al arte monumental pertenece el grupo *Barcelona* de José Campeny, algo anticuado en el modo de concebir y tratar las figuras; pero que reune fragmentos notables



SAN FRANCISCO DE ASIS. — Estatua de madera colorida, de MANUEL FUXÁ



FUENTE DE DIANA. — Escultura en yeso, de VENANCIO VALLMITJANA



BES DE MARE. — (*Beso de madre*). Grupo en mármol, de EUSEBIO ARNAU

*Fotografías de Esplugas*

y ejecutados con pericia; mereciendo aplauso el intento que en él ha guiado al autor, quien por muchos conceptos ocupa lisonjero sitio entre nuestros escultores.

Grupos, testas y bustos muy sentidos se encuentran en el Salón Central del Palacio de Bellas Artes. *Bes de mare*, de Eusebio Arnau, es uno de ellos, fino y distinguido como todo cuanto ejecuta este artista. En la *Madonna* de Beyrer transpira el sentimiento cristiano que se ve aun más en el *Tarcisius* de F. Devesa; cabeza de hermoso aire religioso, tratada con una sencillez que encanta y verdadera á la vez en sus rasgos terrenales. Los *Estudios* de Duratti, Domenech, Oslé Saez, Clarassó, Pradell y otros varios, servirán siempre para adornar una sala ó camarín en donde impere el gusto por el arte. Este es el mayor elogio que podemos hacer de ellos. *La flor de lliri* de Damián Pradell va por idéntico camino, con más alteza en el concepto y mayor aliento en el desempeño. Es obra de fragante aroma en el jardín del arte. En *El pudor* de Borrás, *Luna nueva* de Rebarter y Gasulla, *Ultimos toques* de José Soler, *Musclaire* de Vancells, *Ismael* de Guillermo Masriera, verán los inteligentes cualidades nada comunes y, por lo tanto, no pasarán con indiferencia por su lado al examinar la sección de escultura en la actual Exposición. El bajo-relieve *Imperium romanum* de A. Alsina Amills, tiene la grandeza del tema, acaso con alguna sequedad en el modelado. Las figuras del Emperador y de la esclava, están tratadas con holgura y revelan en su autor potente sentimiento.

Apenas asoma en la Exposición la escultura religiosa, y en las pocas obras de esta clase más se nota el *savoir faire* que la inspiración nacida de arraigadas creencias. Han pensado más los autores en halagar la vista que en tocar los corazones. Un buen ejemplo encontramos, sin embargo, en esta especialidad. Es el que ha dado Manuel Fuxá al ejecutar en madera de dos entonaciones su *San Francisco de Asis*, obra concebida y realizada al color de la fe y recordando las imágenes de Alonso Cano y Pedro de Mena.



BARCELONA. — Grupo en yeso, de JOSÉ CAMPENY

Bien hizo Fuxá al tallar la mencionada imagen, y ojalá que su ejemplo incline más á nuestros artistas hacia la escultura colorida, que han inmortalizado en España los Martínez Montañéz, Salcillo y Amadeu; siendo esto origen de que figurasen en las Exposiciones las imágenes directamente destinadas á ser veneradas por los fieles en los altares.

Después de citar algunos buenos retratos como el de Mariano Aguiló, esculpido por Eusebio Arnau, en el que revive el egregio maestro en Gay Saber; el de Navarro Reverter concienzudamente ejecutado por el insigne Mariano Benlliure, y los que exhiben Coll y Pi, Pagés, Korschann, Arqué y algunos otros escultores, podríamos casi dar por terminada esta revista. No lo haremos, con todo, sin poner antes algo acerca de las pequeñas esculturas, de lo que se llama vulgarmente escultura de salón y que se ve repetidamente en los escaparates y anaqueles de las quinquillerías y de los establecimientos dedicados á la venta de objetos de arte. Más que ningún otro género admite éste el empleo de los elementos pintorescos, y en él caben desembarazadamente estudios naturalistas, temas simbolistas, tipos populares, etc. etc., en cuya ejecución puedan dar muestra evidente de su ingenio los escultores que los acometan. Algunas obritas de esta clase figuran en la Exposición, ninguna empero que se adelante á lo que el público suele ver en los establecimientos antes indicados. En el extranjero se señalan algunos artistas por la facilidad y elegancia en las estatuitas y grupos, á veces con asuntos y con tipos vivientes, exactísimos; pero que no hablan en elogio de las costumbres contemporáneas, sobre todo en las grandes ciudades. Algunos de los nombres de artistas á que aludimos, se nos vienen á los puntos de la pluma, no siendo preciso que los escribamos porque los adivinarán al instante los lectores algo enterados del movimiento artístico. En el grupo de las esculturas de salón debe colocarse *la Diane chasseresse* de Josué Dupon, que por su carácter y por su factura frisa con el arte de mayor empuje. Las dimensiones pequeñas de esta estatua no son óbice á su grandiosidad. La silueta es bella, quizas sobrada acentuada en algunos puntos; el modelado descubre á un escultor peritísimo; la combinación del



MADONNA. — Busto en barro cocido, de EDUARDO BEYRER. *(Munich)*.



EN LA ARENA. — Estatuita en bronce de ALOIS STEHLE *(Munich)*.



TARCISIUS.—Busto en yeso, de CELESTINO DEVESA.

*Fotografías de Audouard.*

marfil y de los metales contribuye á darle riqueza; resultando así en el total una obra de arte que se sale de la esfera común en las de su clase. En las demás, de idéntico género, expuestas en el Palacio de Bellas Artes, la manera priva sobre el estilo, la convención sobre la espontaneidad, la industria sobre el arte, siendo otros tantos factores que coadyuvan á imprimir á la Exposición, en su sección de escultura, la monotonía á que antes nos hemos referido. Un mismo nivel existe en todas partes, nivel que no alcanza en ningún caso las alturas en donde brillan las creaciones inspiradas, las que traspasan su época y son celebradas y admiradas en todos tiempos y por todas las naciones.

F. MIQUEL Y BADIA



Biombo pirograbado y pintado con aplicaciones de bronce; de Víctor Masriera

## SECCIÓN DE INDUSTRIAS ARTÍSTICAS

*(Conclusión).*

Concretemos nuestro juicio sobre esta Exposición. Nos parece muy celebrable, volvemos á repetirlo, por el fin que el Ayuntamiento se propuso al llamar las Industrias Artísticas y el Arte Decorativo en general; pero el Certamen de hoy resulta poco abonado (menos que el anterior) por obras notables. Sobra *industria* y falta *arte*. Hay cosas de bazar, de comercio fenicio, que si bien no faltaron otras veces, estaban en menor número. Esto es más lamentable si se tienen en cuenta ilustres deserciones, muy significativas. Figuran además algunos trabajos ya muy conocidos por el público. Hay poca inventiva, poca forma constructiva y poca ornamentación *originales*. A juzgar por el fallo, la originalidad ha sido vista, en determinados trabajos, con poco aprecio, pues se les ha antepuesto la copia, el calco ó el remedo barbarizado.



Imitación de mármol y metal; por Víctor Brosa y Sangermán

Empero, no abundar lo bueno, no quiere decir carecer de ello. Citaré lo que más sobresale, sintiendo no poder disponer de mayor espacio en estas columnas para hacer una enumeración detallada.

*Muebles.*— Arquilla-vargueña de Busquets, ejemplar que constituye la mayor honra de la Exposición, y que no han podido postergar mezquinas pasiones. Este autor es de los que exponen el *proyecto* al lado de la obra; conste, para estímulo de otros, y oprobio de los plagiarios ó rapaces. — Biombo, de estilo muy bien sostenido, expuesto por Juan Raufaste, y una obra análoga, pirograbada y pintada, con aplicaciones de metal, de Víctor Masriera. — Varios muebles para dormitorio, tocador y sala, de Pujol hermanos; en el conjunto, resulta atendido el efecto de la entonación, ó del color general de las maderas y tapices, cosa que olvidan no pocos industriales.

*Metalistería, platería, esmaltes, cerrajería, etc.* — Pongo por delante de todo lo expuesto: lo que no ha tenido igual en España, y está fotografiado y dibujado en la *Sala de artistas fallecidos*, bajo el nombre de Concordio González. ¡Concordio González! Al pronunciar este nombre, ya sinónimo de Ghiberti, de Cellini, de Blay, de Suñol y de Leoni, sentimos un gran consuelo, en medio de las pequeñeces infatuadas que, usufructuando la gran mayoría de las artes industriales, pueblan Exposiciones y aparadores con sus *productos*. Aquel hombre era el artífice completo, el artista que sabía componer y ejecutar, mover el lápiz y el cincel, inventar sin perjuicio ajeno y realizar la obra definitiva con asombro y encanto de todos. Por eso sin duda fué más de una vez colocado detrás de los ganapanes ligeros de piernas, flexibles de vértebra. Pero, ¡qué importa! Sus creaciones serán la honra de la metalistería española de este siglo; hechas para utilidad particular, ¡cuántas acabarán en los Museos! Sus hijos é hijas, que insiguen su camino, presentan algunas obras excelentes, en sus instalaciones respectivas.

Nos parece digno de la mayor loa el proyecto para una verja de hierro forjado, de Francisco Trestos y Vidal; la parte constructiva no ha sido obstáculo al desarrollo de una ornamentación del mejor gusto y bastante ajustada á la *verdad conveniente*.—Verja de hierro de Flinch hermanos, y arquillas de Comas y Suris: muy recomendables también.

Trabajo que merece mayor atención por su acierto, es el repujado en cobre, representando un *aplech* ó romería, de A. Urpí.

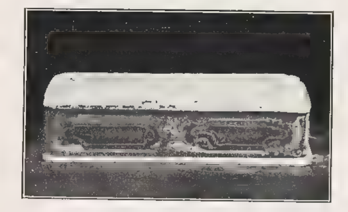
No hemos sabido encontrar las obras de platería, anunciadas en el *Catálogo*, de Teodoro Heiden, de Munich; pero nos basta haber visto el maravilloso *Centro para mesa*, que presentó en la Exposición anterior, para no dudar de que sus trabajos de ahora llevan el sello del armonioso consorcio de la utilidad y de la belleza, de la Ciencia y del Arte. Heiden tiene fantasía de poeta, talento compositor y habilidad técnica como pocos, muy pocos, en Europa.

Acusan gusto y ejecución esmerada, las medallas religiosas de la Viuda é hijos de Vallmitjana. Vallmitjana Abarca, con sus limpísimos esmaltes fotográficos, viene á decirnos lo que, *no destruyendo*, avalorando la figura, puede hacerse en este punto.



La Pintura. — Vidriera pintada y esmaltada; de José Pujol y C.ª

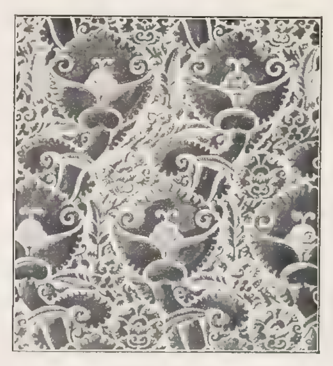
Vense dos muy bellos grabados sobre sardónica, de Félix Gaulard.



Arqueta, imitación de metal con incrustaciones; por Víctor Brosa y Sangermán

Trabajos de fundición, algunos atrevidos, todos perfectos, de Masriera y Campins.

*Cerámica* y *Vidriería*.—*Faïence Rozemburg*, holandesa, con tipos de vasos, jarrones, platos, etc., de una ornamentación originalísima é interesante. Camilo Novelli, de Roma, se atiene más á la reproducción de lo antiguo.



Dibujo, aplicable á los tejidos estampados; por Eduardo Lange

*Fotografías de Esplugas.*



Fot. Esplugas.

BORDADO EN SEDAS DE COLORES; por
CRISTINA RIBERA

En esta Exposición, tan escasa de buenos proyectos, tan sobrada de meras ejecuciones, reivindica el fuero del inventor la simbólica cabeza de Belona, diosa de la guerra, que con destino á una clave en tierra cocida, presenta el profesor de la Escuela de Artes y oficios de Logroño, don Francisco Asís López. Bien reconozco aquí al autor del *Programa de Composición Decorativa*, (editado en 1894), asignatura que no pocos expositores de este y de otros Certámenes, nunca han conocido, y así lo llora el Arte.

Merecen también atención las instalaciones de Butzems y Fradera, y Fontanillas, Comas y Borja.

Al lado del trabajo original y bien compuesto, como el que más, de Asís López, debe colocarse la acabada composición, modelo de estilo y de elegancia, para vidriera de colores, de Carlos Bouche, de Munich. ¡ese Munich, donde en tanta estima se tiene la parte espiritual de la Industria Artística, aquí tan menospreciada por el materialismo fenicio, sin ideal ni cultura!

Por su ejecución, sobresalen los vidrios en colores de Pujol y Cía., y de Rigalt y Cía.

*Tapicería, bordados*, etc. El tapiz bordado (que se reproduce) de Cristina Ribera, hermana del pintor Román; es de las muy contadas veces en que el bordado en colores triunfa de la figura, empeño de tantos, y de *tantas*, mal aconsejados. Otro tapiz de la misma autora, tiene también una *japonesa* muy bien ejecutada, pero no así—¡cosa extraña!—las flores. - Está bien compuesto el dibujo plástico, de dos letras entrelazadas, de Brugarolas.

Véase la reproducción de una adaptación á estampado, obra del señor Lange, y se comprenderá su mérito. realmente es factible el tal dibujo, copia de una tela brochada de la Colección de don Francisco Miquel y Badía

*Dibujos, pinturas* y *esculturas decorativas*. Estas especialidades complementarias de la Industria en general, que debieran tener tanta importancia, son las que menos han concurrido. No me extraña; es consecuencia de la poquísima estima con que se las llama á las Exposiciones españolas. Si los trabajos van á Bellas Artes, mírarlos con menosprecio los artistas *puros;* si concurren entre las Industrias, los industriales no gustan de que los artistas decoradores, á quienes no pocas veces tienen á sueldo, se les hombreen. En el Reglamento que tengo á la vista, de este Certamen, no se dice nada, *especialmente*, en las Industrias Artísticas, del dibujo, la pintura y la escultura *decorativas ú ornamentales*. En Bellas Artes tampoco se aclara el concepto de las artes expresivas y el de las artes decorativas. ¿Quiénes han de estimar los trabajos del dibujante, del pintor ó del escultor, *decoradores*? ¿Los artistas *puros*? Salvo muy contadas excepciones, *no lo entienden*. ¿Los apreciarán los industriales, la generalidad de los cuales no son capaces de *componer*, de discernir un estilo, de señalar una ley de belleza ó de burlar un escollo de fealdad? He ahí la explicación de ese alejamiento de los artistas decoradores; cada día concurrirán menos. Aun en el grupo de los industriales, los que tienen personalidad é ilustración, los que saben inventar, *no copiar*, un proyecto, se irán alejando de donde en tan poco aprecio se tiene *el alma* de las cosas; donde, como dije, se pone al arquitecto detrás del albañil.

Celebremos, pues, con doble motivo, el *Cartel* anunciador de la Exposición, que apareció en el número anterior de ALBUM SALÓN, y que fué premiado en concurso previo. Es una obra compuesta y ejecutada con maestría: se debe á Mirabent. Aún no se explican los *figuristas*, cómo se pudo premiar aquel cartel donde para nada asoman las formas animadas: ¡tal es la falta de concepto del Arte Decorativo, que se tiene, en general, en España!

Palmas también merece un tapiz decorado por Buenaventura Casas, que se combina con unos gallardos hierros de los Hijos de González.—Un *país* de abanico, con dos figuras muy bien pintadas: tan bien, como descuidada está la parte ornamental de ambos lados; es obra de Alicia M.

En escultura, por su ejecución, un *Capitel*, en piedra, de la Escuela de Artes y Oficios de Torrelavega, y un *Tarjetón* de José Piquet y Catolí. Esto es casi todo lo presentado en escultura decorativa, ¡aquí, donde tan buenos ornamentistas y tallistas tenemos! ¡aquí, donde presenciamos, debido á iniciativa particular, (del Centro de Escultores Tallistas), un Certamen especial concurridísimo! Es que los tallistas no ven garantizados sus derechos; es que no puede tranquilizarles que los crucifijos y las Vírgenes de talla, sean clasificados en el grupo de Carpintería y Ebanistería; es que menos les tranquiliza ver como los industriales, en cuyas obras colaboran, á cuyas obras dan á veces el mayor contingente de belleza, beneficien exclusivamente un premio del que debieran, en rigor, ser copartícipes.

En el grabado litográfico es un gran consuelo ver las pruebas que presenta Ernesto Ferrer; por ellas se admiran composiciones estudiadas, letras de caracteres



Fot. Esplugas

ENLACE DE LETRAS PARA BORDAR; por
JAIME BRUGAROLAS

*consecuentes* y bien cortadas, figuras tratadas con conocimiento del natural, y otras cualidades *artísticas*, á las que, por desgracia, pocos, pero muy pocos, de su oficio, se muestran fieles. La pulcritud y la finura del trazo ó de la línea, aquí tan notables, no son sin embargo las únicas condiciones del trabajo litográfico, (lo que por lo regular acontece en los de su género): hay el gusto, la ciencia de la composición, el ajuste á la verdad, cuando conviene.

Un aplauso á los grabados en acero de Rieusset.

*Grabados.*—Modelos de láminas en colores, ejecutadas para ALBUM SALÓN, por M. Pujadas; notabilísimas todas. Utrillo y Rialp, presentan una colección de carteles, etiquetas é ilustraciones serias, que completan nuestra satisfacción, viendo que la litografía en Barcelona busca nuevo campo, y alía más estrechamente el Arte con la Industria.

Finalmente, en las reproducciones é imitaciones, brillan algunos trabajos extranjeros, y los del español Brossa Sangermán que ha imitado el mármol, el bronce, y el acero con incrustaciones, (modelos que aquí se reproducen), con una habilidad que supera á todo lo hecho hasta ahora en Barcelona. También ha realizado el señor Brossa la imitación de una adaptación cerámica (ideada por él, del notable *cartel* de Mirabent.

F. TOMÁS Y ESTRUCH

# EL PRÓXIMO NÚMERO

Está dedicado á nuestra gloriosa Marina que, en las actuales circunstancias, llama poderosamente la atención del mundo civilizado, y contiene hermosísimas páginas en color y en negro. Entre las primeras, se cuenta una cubierta representando un episodio del combate de Trafalgar y una alegoría de la hecatombe de Cavite, originales de Alvarez Dumont, el ALMIRANTE OQUENDO y el EMPERADOR CARLOS V, de gran tamaño; el facsimile del famoso Cristo de Lepanto y algunas orlas artísticamente formadas con los principales buques de la Armada; debidos ambos trabajos á Passos.

La pieza de música de regalo, es original del conocido Mtro. compositor, Sánchez Cavagnach.



MTRO. V. COSTA NOGUERAS

Impreso por Fidel Giró — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.

¡A LA VERBENA!, por Xaudaró.



*Pá* tocar los *otros lotes*



*Pá* tener mucho de *esto.*



¡Y *pá* olerlo todo... *ná* más que olerlo!

# FRANCISCO FORTUNY

BARCELONA



MARCA JARABES

Fábrica de Jarabes Superfinos.

Especialidad en la Horchata triple de Almendras, y Jarabes frutales, tónico refrescantes.

Fábrica de Licores Superfinos

Elaboración especial de los licores **CIDRÉLICA ANISETTE y CURAÇAO** Superiores á sus similares.




LICORES

**DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COLMADOS**

## COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

*Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.* -Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

*Línea de Filipinas.* Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Conchinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898.

*Línea de Buenos Aires.*—Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

*Línea de Fernando Póo.*—Cuatro viajes al año para Fernando Póo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea

SERVICIO DE AFRICA. *Línea de Marruecos.* - Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

*Servicio de Tánger.*—El vapor *Joaquín del Piélago*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

**AVISO IMPORTANTE.**—La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen

*Para más informes*: En Barcelona la *Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y C.ª—Cádiz: la Delegacion de la *Compañía Trasatlántica* —Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica.* Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E Guarda.—Vigo: E. Antonio López Neira.—Cartagena: Sres. Bosch hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Antonio Duarte.

Centro Editorial Artístico de

## MIGUEL SEGUÍ

Novelas en publicación y publicadas á las que se admiten suscripciones.

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS

**Memorias de un médico.**
**El collar de la reina y Angel Pitou.**

DE LUIS DE VAL

**Morir para amar ó la muerta enamorada.**
**La hija de la nieve ó los amores de una loca.**
**Sor Celeste ó las mártires del corazón.**
**La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.**
**La lucha por la existencia.**
**El hijo de la muerta ó más allá de la tumba.**
**El calvario de la vida.**
**¡Sola en el mundo! ó el manuscrito de una huérfana.**
**Las hijas abandonadas.**

DE F. LUIS OBIOLS

**El martirio de un ángel.**
**Nacer para sufrir.** (Historia de una herencia).
**Vivir muriendo.**

DE SALVADOR CARRERA

**La vengadora de su honra.**

DE ALVARO CARRILLO

**Amor y patria ó la virgen cubana.**

DE LORENZO CORIA

**Luna de miel.**

## OBESIDAD

tratada con exito desde hace 30 años con las

PILDORAS de REDUCCIÓN DE MARIENBAD

*Son también muy eficaces para combatir el extreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.*

PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.

**DON QUIJOTE DE LA MANCHA por Miguel de Cervantes Saavedra.**

Se reparte por cuadernos de **16 páginas**, al precio de **un real.** — Centro Editorial Artístico de **MIGUEL SEGUI**, Rambla de Cataluña, 151. — Barcelona.

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, número 315, principal.

## ¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del **DR. KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del **estomago é intestinos**, por antiguas que sean. **Los vomitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estomago, cintura**, etc., etc., así que **diarreas ó estreñimientos**, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7'50**; media caja, **4** pesetas, en farmacias y **Madrid**, Arenal, 2, **Barcelona**, Rambla Flores, 4 Pídanse FOLLETOS




**Depilatorio en polvo del Dr. Thomson**



Antes de usarlo.

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.

*Aplicación sencilla.* ❖ *Resultados positivos.*

**Precio: 3 PESETAS CAJA**

*Unico depósito: Perfumería LAFONT*

**Call, 30. — BARCELONA**



Después de usado.

## JABON DE BABA DE TORO

¡¡ Prodigioso y valioso descubrimiento !!

Destruye las manchas y barros. ❖ Hermosea y suaviza el cutis. Gran Vigorizador de los Organos. ❖ Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. ❖ Representante en España,

**D. EMILIO MARTÍNEZ**

**Calle de Aragón, número 345, Barcelona.**

*De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.*

**¡¡PROBADLO!!**
**¡¡PROBADLO!!**
**¡¡PROBADLO!!**

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró calle de Valencia, 311, Barcelona.

# ALBUM SALON



*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* § *Rambla de Cataluña. 149-151, Barcelona* § **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTICULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO II | BARCELONA, 1.° DE JULIO DE 1898 | NÚM. 21

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira. -Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.- Pedro Barrantes. — Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor. Rafael del Castillo. — Mariano de Cavia.—Martín L. Coria Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray. Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*. —Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari. Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.- Francisco Gras y Elías —José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs. Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols. Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. — Emilia Pardo Bazán. — Jose María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González. —Jacinto Octavio Picón. Miguel Ramos Carrión.— Angel Rodríguez Chaves. -Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez. -P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada. —Federico Urrecha. Luis de Val.—Juan Valera. -Ricardo de la Vega. Luis Vega-Rey. — Francisco Villa Real. —José Villegas *(Zeda)*. Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez. -T. Andreu.— José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch. -Laureano Barrau.- Pablo Béjar.- Mariano Benlliure. Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—José Camins. Ramón Casas. -Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs. Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.- Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller. —Manuel García Ramos. Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner. -Angel Huertas.—Agustín Lhardy. Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín. -Arcadio Más y Fontdevila. Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres. -Francisco Miralles. —José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.- Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.— Jaime Pahissa. — José Parada y Santín.—José Passos. -Cecilio Plá. -Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez. -Román Ribera. — Alejandro Riquer. -Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín. Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini. José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell. -María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió. -Alberto Cotó.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca. -Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Geronimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert. -Luis Millet.—Enrique Morera. Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

MARINA DE TIERRA, por XAUDARÓ.



Un acorazado de 1.ª

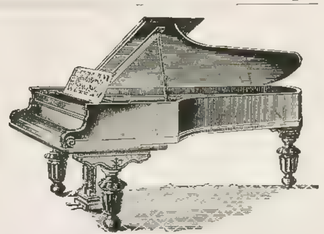


Un guarda-costas.



Un escampavía







EL CRISTO DE LEPANTO

que figuró en el memorable combate del mismo nombre, y se conserva en nuestra Sta. Iglesia Catedral.

# ESPAÑA SIEMPRE GRANDE

El fin de siglo no ha podido ser más infausto para esta desdichada nación, cuya mayor gloria presente consiste en sobrellevar sus amargos infortunios con la virilidad y firmeza de que ha hecho gala en todos los tiempos; á pesar de que en el corazón de sus hijos empieza á germinar la desconsoladora creencia de que sus inauditos esfuerzos, serán tal vez infructuosos.

El pueblo guerrero por naturaleza, que, con sus innumerables hazañas, rayanas en la temeridad muchas de ellas, asombró al mundo y le impuso vasallaje, hoy se halla empeñado en una lucha de resultados muy dudosos; no porque le falte el proverbial aliento para sostenerla, sino porque, mal de su grado, tiene de comprender que el valor personal y el entusiasmo cívico, base de sus heroicidades, son factores muy secundarios en las modernas contiendas internacionales.

Mientras el arrojo de los combatientes decidió el éxito de las jornadas, los españoles no conocieron una derrota; ha sido preciso que llegase un día en que los cañones se cargaran con oro, para que, lamentando su relativa pobreza, abriguen recelos sobre el éxito de una guerra en que la desigualdad de fuerzas... metálicas hace para ellos poco menos que imposible la victoria.

¿Por qué la aceptaron pues?; esa es la pregunta inmediata.

Porque fueron indignamente provocados, con premeditación y alevosía; porque si han perdido una parte de su antigua riqueza y poderío, conservan incólume el tesoro de su honor, nunca empañado; porque aún estando en contra suya todas las probabilidades del triunfo, quieren verlo para convencerse... ó, por lo menos, hacerlo pagar caro, todo lo caro posible, á sus poderosos cuanto miserables enemigos.



La inicua coacción que los codiciosos yankees, guiados por su espíritu de rapiña, faltando á todas las leyes y cometiendo por ende la mayor de las iniquidades, pretende ejercer sobre la caballerosa España, traerá, á no dudar, una conflagración general, de consecuencias difíciles de apreciar; y esas mismas naciones que, encerradas en una pasividad incomprensible, contemplan con indiferencia nuestras tribulaciones ó se limitan hipócritamente á lamentarlas, sentirán muy pronto los efectos de su egoísmo, y más de una vez se arrepentirán de no haber cortado las alas de esos audaces aventureros que para deshonra de la civilización, abortó el infierno — cuando se les presentaba ocasión tan justa y propicia.

Los historiadores encargados de escribir en el gran libro universal los rasgos característicos del feroz atropello de que somos víctima, al lado de las sangrientas páginas consagradas á sus villanos autores, dejarán otra negra, padrón de ignominia para las potencias europeas, por haber tolerado que en un siglo en que, por encima de todos los poderes, impera el de la razón y la justicia, tan sin justicia ni razón, un pueblo advenedizo y ruín, escudado en el sólo derecho de la fuerza, ganoso de explotan á cualquier precio ricos filones, robe á la noble, digna y legendaria España lo que legítimamente le pertenece; la parte de mundo que el arrojo temerario de sus hijos sacó del caos en que yacía envuelto, la tierra que halló salvaje y trocó en ilustrada y rica, la que fertilizó y colonizó con su sangre, dándole su palabra, sus costumbres, su Dios.

No cabe en juicio humano que tan arbitrariamente se falte al derecho de gentes, y menos todavía que no haya resonado en los aires una protesta universal para condenar é impedir tan vandálico hecho.

Dicen esos solapados bandidos de Norte América, «que se inmiscuyen en nuestros asuntos y quieran entrar á mano armada en nuestra casa *en nombre de la humanidad*» ¡como si en su breve y tenebrosa historia se hubiese registrado un solo sentimiento humanitario! ¡Díganlo los *Pieles rojas*... si ha quedado alguno con vida para contar las hazañas de sus inhumanos asesinos!

El recurso de que se han valido Mac Kinley y comparsa para sacarnos al cabo de nuestra prudente reserva, merece la triple calificación de absurdo, rídiculo, quijotesco. Exigir, porque así se les antoja, se dé la independencia á Cuba, contra la voluntad de los cubanos,—que no quieren ser independientes,—es un contrasentido con ribetes de hipocresía y mala fe. Pidieran la cesión de la isla en su favor, y, al menos, esa exigencia peregrina tendría el mérito de la franqueza, aunque fuese á la par el colmo del descaro.

Pero los astutos calculistas piensan seguramente que por ambos caminos se va á Roma y han emprendido el menos espinoso, acariciando la esperanza de que temprano ó tarde llegarán á la meta de sus ambiciosos proyectos.

¡La independencia de Cuba, impuesta por los yankees con carácter de ultimatum! ¿Cabe una acción diplomática más soberanamente estúpida ni amargamente risible? Y sin embargo, la dignidad nacional nos obligó á tomarla en serio; por esa irrisoria estupidez hemos de sacrificar indispensablemente, en alas del patrio decoro, el resto de nuestro esquilmado erario, y de exponer á los azares de una lucha desastrosa la existencia de nuestros bravos soldados y marinos.

¡Maldición eterna sobre los infames forjadores de esta angustiosa situación! Durante largos años, procuraron engañarnos con refinada astucia y el menguado fin de pillarnos desprevenidos; consiguiéndolo, gracias á la inconcebible candidez de nuestros gobernantes, que no supieron ver al través de su falsa careta de buena amistad y hombría de bien, la asquerosa hediondez de maquiavélicos planes. Esa candidez y sus naturales consecuencias, nos han puesto poco menos que maniatados ante nuestros feroces enemigos, y dado origen al doloroso descalabro

que nuestra Armada experimentó en Cavite. Los astutos yankees adivinaron que aquel era nuestro flaco, y allí volaron, con la ilusión no desmentida, de realizar con éxito y sin peligros, su primera expedición.

En Cavite pudieron, no obstante, convencerse, para que les sirva de aviso, que los españoles tienen á gala, cuando la suerte les vuelve las espaldas, hundirse con sus barcos en las profundidades del mar, antes que arriar su invicto pabellón.

De entonces acá, ¿qué proezas han realizado esos petulantes merodeadores, con todo el poder de que blasonan? Positivas, ninguna; ilusorias, en número infinito y á cada paso; proezas trasmitidas telegráficamente con bombo y platillos, cuyos efectos no hemos llegado á conocer, y que más les han humillado que enaltecido.

Algunos bombardeos en tonto, realizados siempre á honesta distancia de nuestros cañones; intentos de desembarcos, vergonzosamente frustrados; grandes trabajos de bufete y ninguno de campo; expediciones colosales que nunca acaban de salir; créditos y créditos, que sabe Dios donde irán á parar. A este paso, conquistarán exclusivamente el título de bocones, y se cubrirán de... gloria negativa.

La única *heroicidad* que no cabe negarles, constará en los anales de esta guerra, como el rasgo más insigne de cobardía, como la mayor ignominia en que puede incurrir un pueblo soez y degenerado. Aludimos al hecho, sin precedente, de hacer causa común en las Antillas y Filipinas con los insurrectos mambises y tagalos, facilitándoles armas, municiones y dinero... para que les ayuden á posesionarse del territorio codiciado; cuyo acceso, por lo visto, les parece ahora menos llano de lo que presumían.

¿No constituye esto una alianza monstruosa? Sólo se explica por aquello de que los extremos se tocan; y da lugar á creer que la cacareada ilustración yankee, se halla en íntimo contacto con el salvajismo.

¡Ah! ¡si España hubiese estado dispuesta para la lucha! ¡cuán pronto



esos ilusos mentecatos, hubieran amainado velas, reconociéndose impotentes, para domar nuestro legítimo orgullo!

Pero, lo hemos dicho y con dolor lo repetimos; en las actuales circunstancias, el presente es dudoso é incierto el porvenir. Por sorpresa, nos han lanzado á una lid traicionera y desigual, donde el valor y la razón se estrellarán, si á mano viene, contra la valla inexpugnable de la astucia y la fuerza.

No hay que desmayar, sin embargo; si á la postre hemos de llorar nuestras desdichas, pongamos decidido empeño en que nuestros ruines adversarios, no se rían de ellas impunemente.

En la contienda empeñada, á cada cual le llegará su turno; en compensación á la jornada de Cavite, donde nos tocó la peor parte, abriguemos la esperanza de que más de una vez, los marinos españoles lanzarán al espacio desde las jarcias de sus vencedores buques, los vivas de ordenanza, pregoneros de la victoria.

¿Por qué no ha de suceder? ¡No estamos afortunadamente tan dejados de la mano de Dios que hayamos de renunciar al consuelo de las represalias!

Si hasta ahora la escuadra de Cervera, con la prudencia propia del verdadero valor, se ha visto obligada á guardar una actitud expectante y defensiva, burlando la vigilancia aviesa y pertinaz de los comodoros norteamericanos y sus irrisorios bloqueos, para rehuir un combate más desiquilibrado aún que el de la bahía de Manila; ¿significa esto que no piense abandonar esa actitud prudente cuando se igualen un tanto las probabilidades de un feliz éxito? Claro que no. La escuadra de Cámara que ha días zarpó de Cádiz, con rumbo desconocido, acaso no llegará á tiempo para proporcionarnos una revancha en Filipinas, pero le sobra para acudir oportunamente á otros lugares donde su presencia no es menos necesaria.

Con que la mitad de ésta se junte con la anterior, variarán tanto las cosas... que no tardaremos en tener noticias de una batalla naval en forma; de esas que dejan imperecedero recuerdo, como las de Lepanto y Trafalgar.

Por tierra, no tememos á los yankees; convencidos de que nuestros valientes soldados les harán morder el polvo, do quiera se presenten, aún que les tripliquen en número, lo que no es creíble; el día, no lejano, en que por mar nivelemos nuestras fuerzas, tan siquiera en la misma proporción, podremos prometernos, sino un triunfo completo, una resistencia suficientemente formidable, para que, á la corta ó á la larga, reconozcan la conveniencia de pactar con nosotros una paz ni humillante ni onerosa.

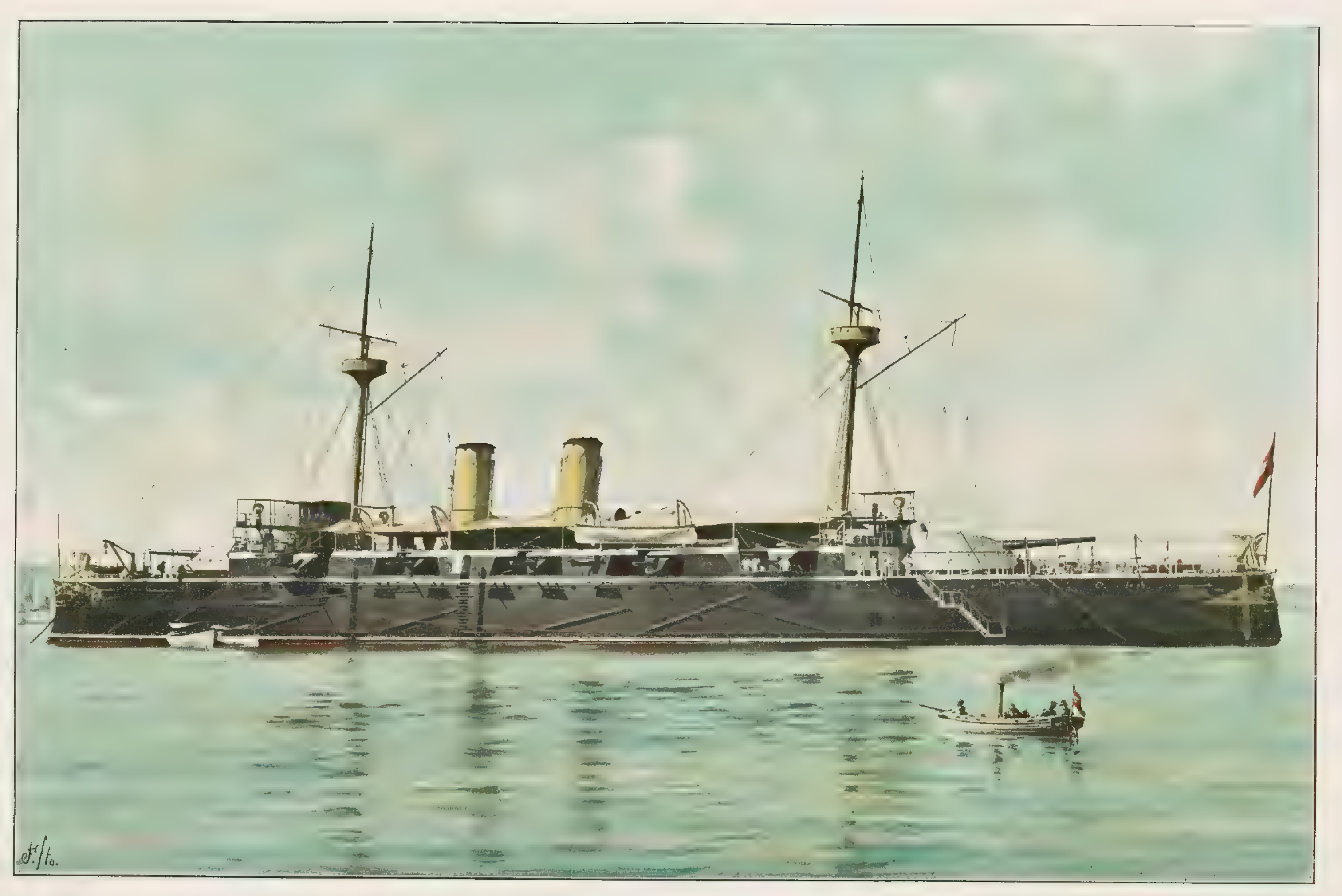
Por esto, nos inclinamos á creer que no ha llegado todavía la hora del desaliento. Hay que hablar mucho, antes de pronunciar la última palabra acerca de este asunto, tan trascendental para la nación española como para el resto de Europa.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

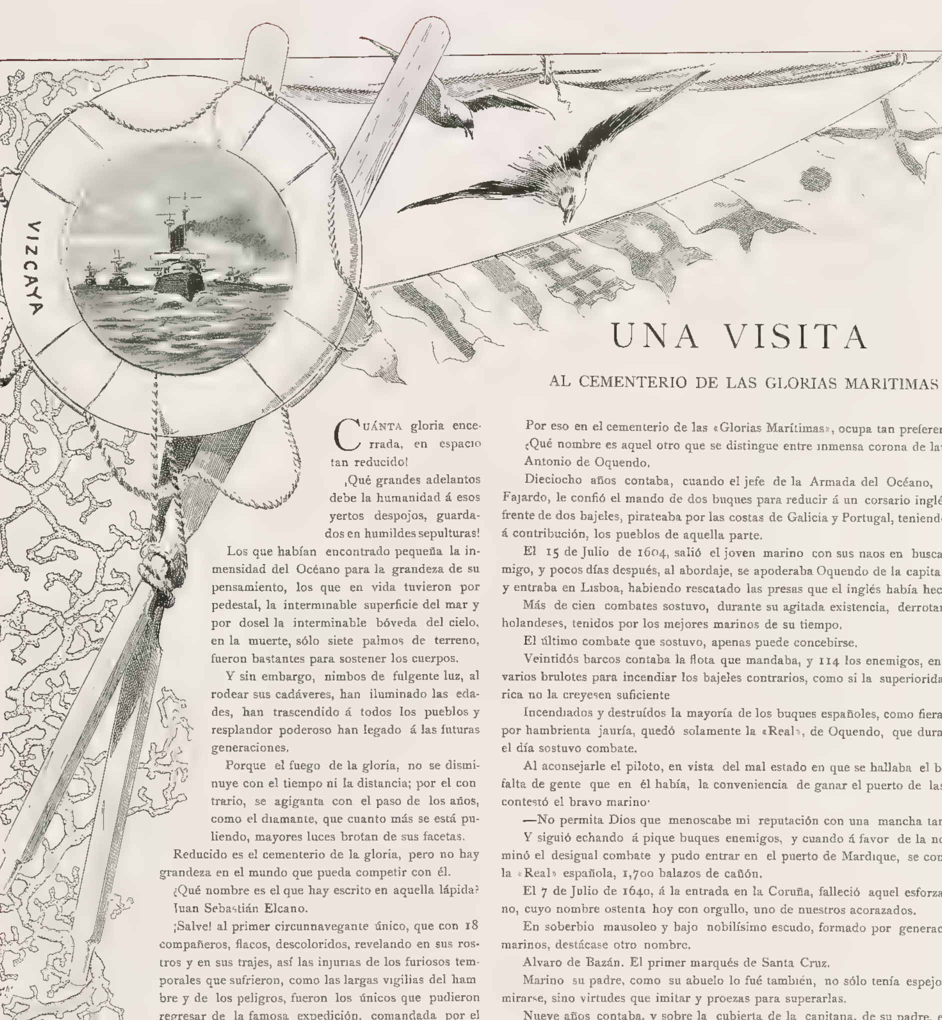
Difícil es predecir, según la antelación conque las páginas en color nos obligan á compaginar el número, lo que habrá ocurrido cuando estas líneas lleguen al público; pero, suceda lo que suceda de aquí á entonces, sonríanos la suerte ó la ruindad logre imponerse á la hidalguía; quede sentado que España, aun después de vencida y saqueada por la voracidad ajena; íntegra ó en pedazos; será siempre grande por su gloriosa historia y jamás desmentida nobleza; mientras que los Estados Unidos, aun consiguiendo su desmedido prurito de dominar el mundo, serán eternamente pequeños,... pues nunca lograrán estirpar el inmundo borrón de su presente vileza.

SALVADOR CARRERA

EMPERADOR CARLOS V. — Acorazado de primera clase, de 9,235 toneladas de desplazamiento, construído por la casa Vega Murguía de Cádiz.



ALMIRANTE OQUENDO. — Acorazado de segunda clase, de 7,000 toneladas, construído en los astilleros del Nervión de Bilbao.




# UNA VISITA

## AL CEMENTERIO DE LAS GLORIAS MARITIMAS

CUÁNTA gloria encerrada, en espacio tan reducido!

¡Qué grandes adelantos debe la humanidad á esos yertos despojos, guardados en humildes sepulturas!

Los que habían encontrado pequeña la inmensidad del Océano para la grandeza de su pensamiento, los que en vida tuvieron por pedestal, la interminable superficie del mar y por dosel la interminable bóveda del cielo, en la muerte, sólo siete palmos de terreno, fueron bastantes para sostener los cuerpos.

Y sin embargo, nimbos de fulgente luz, al rodear sus cadáveres, han iluminado las edades, han trascendido á todos los pueblos y resplandor poderoso han legado á las futuras generaciones.

Porque el fuego de la gloria, no se disminuye con el tiempo ni la distancia; por el contrario, se agiganta con el paso de los años, como el diamante, que cuanto más se está puliendo, mayores luces brotan de sus facetas.

Reducido es el cementerio de la gloria, pero no hay grandeza en el mundo que pueda competir con él.

¿Qué nombre es el que hay escrito en aquella lápida? Juan Sebastián Elcano.

¡Salve! al primer circunnavegante único, que con 18 compañeros, flacos, descoloridos, revelando en sus rostros y en sus trajes, así las injurias de los furiosos temporales que sufrieron, como las largas vigilias del hambre y de los peligros, fueron los únicos que pudieron regresar de la famosa expedición, comandada por el portugués, Fernando de Magallanes.

El 27 de Septiembre, de 1519, hacíase á la mar, desde Sanlúcar, la flota que debía encontrar el famoso paso para el mar del Sur, ó Pacífico, y apenas encontrado, el insigne portugués que dejó su nombre al estrecho que acababa de recorrer, encuentra en la isla de Cebú, traidora muerte.

De traición en traición, de emboscada en emboscada, cual si no fueran suficientes las peligrosas luchas de los mares, fueron sucumbiendo hombres y barcos, hasta que únicamente la «Victoria», mandada por Juan Sebastián Elcano, elevado á semejante cargo por sus mismos compañeros, llegó á Tidou, y al navegante español, cúpole la gloria de celebrar el primer tratado con el monarca del país de las especias.

En vano el rey de Portugal, envidioso de los resultados de la expedición magallánica, envió barcos para inutilizar á los sobrevivientes de aquella homérica empresa. En vano los peligros del terrible cabo de las Tormentas, amenazaron á los diez mados tripulantes de la «Victoria». Allí estaba Juan Sebastián dirigiendo la nao, infundiendo aliento á la famélica y fatigada tripulación, y el día 6 de Septiembre de 1522, á los tres años de haber pasado la barra de Sanlúcar, aparecían en ella los únicos que quedaran de aquel portentoso viaje.

Cuatro años más tarde, en 4 de Agosto de 1526, en aquel mismo mar Pacífico, surcado por Elcano con tantos peligros, cuatro días después de haber sucedido al Comendador don García de Lodisa en el mando de la flota, destinada á las Molucas, Juan Sebastián, herido de muerte por las penalidades y las fatigas, iba á reposar para siempre en el fondo del mar.

El primer circunnavegante, quedaba sepultado en aquel mismo mar, cuyo paso fué, con Magallanes, el primero en descubrir.

Por eso en el cementerio de las «Glorias Marítimas», ocupa tan preferente lugar.

¿Qué nombre es aquel otro que se distingue entre inmensa corona de laurel?

Antonio de Oquendo.

Dieciocho años contaba, cuando el jefe de la Armada del Océano, don Luis Fajardo, le confió el mando de dos buques para reducir á un corsario inglés, que al frente de dos bajeles, pirateaba por las costas de Galicia y Portugal, teniendo puestos á contribución, los pueblos de aquella parte.

El 15 de Julio de 1604, salió el joven marino con sus naos en busca del enemigo, y pocos días después, al abordaje, se apoderaba Oquendo de la capitana pirata y entraba en Lisboa, habiendo rescatado las presas que el inglés había hecho.

Más de cien combates sostuvo, durante su agitada existencia, derrotando á los holandeses, tenidos por los mejores marinos de su tiempo.

El último combate que sostuvo, apenas puede concebirse.

Veintidós barcos contaba la flota que mandaba, y 114 los enemigos, entre ellos, varios brulotes para incendiar los bajeles contrarios, como si la superioridad numérica no la creyesen suficiente

Incendiados y destruídos la mayoría de los buques españoles, como fiera acosada por hambrienta jauría, quedó solamente la «Real», de Oquendo, que durante todo el día sostuvo combate.

Al aconsejarle el piloto, en vista del mal estado en que se hallaba el barco y la falta de gente que en él había, la conveniencia de ganar el puerto de las Dunas, contestó el bravo marino:

—No permita Dios que menoscabe mi reputación con una mancha tan grande.

Y siguió echando á pique buques enemigos, y cuando á favor de la noche, terminó el desigual combate y pudo entrar en el puerto de Mardique, se contaron en la «Real» española, 1,700 balazos de cañón.

El 7 de Julio de 1640, á la entrada en la Coruña, falleció aquel esforzado marino, cuyo nombre ostenta hoy con orgullo, uno de nuestros acorazados.

En soberbio mausoleo y bajo nobilísimo escudo, formado por generaciones de marinos, destácase otro nombre.

Alvaro de Bazán. El primer marqués de Santa Cruz.

Marino su padre, como su abuelo lo fué también, no sólo tenía espejos en que mirarse, sino virtudes que imitar y proezas para superarlas.

Nueve años contaba, y sobre la cubierta de la capitana, de su padre, ejercitaba su aprendizaje marinero.

A los dieciséis, ya vestía el hábito de la Orden de Santiago y entró en función de guerra, en 25 de Julio de 1542, embistiendo en la nao de su padre á la capitana francesa, echándola á pique y rindiendo después otra nao; alcanzando, como resultado de aquel combate, en la costa de Galicia, entre 30 barcos franceses y 25 españoles, el apresamiento de la mayoría de los buques enemigos, á los que hicieron las balas españolas, sobre 3.000 muertos.

Desde entonces, según el resumen hecho por uno de los biógrafos del ilustre don Alvaro de Bazán, el *Mozo*, como le llamaban—para distinguirle de su padre, que llevaba el mismo nombre, — en los cuarenta y seis años que alcanzó de vida, rindió ocho islas, dos ciudades, 25 villas y 36 castillos fuertes; venció ocho capitanes generales, dos maestres de campo generales y 60 señores y caballeros principales. Prendió 4,753 soldados y marineros franceses; 780 ingleses; 6,450 portugueses; 6,243 turcos y moros. Apresó 44 galeras reales, 21 galeotas, 27 bergantines, 99 galeones y naos de alto bordo, 7 caramuzales, tres cárabos y una galeaza, formando un total de cañones de 1814 y dió libertad á 1,654 españoles.

El famoso manco de Lepanto, el Príncipe de los ingenios y regocijo de las Musas, dijo de su ilustre jefe que: era «rayo de la guerra, padre de los soldados, venturoso y jamás vencido capitán».

En Lepanto mandaba la escuadra llamada del Socorro, y valioso y oportuno estuvo prestándole durante el empeñado y glorioso combate

En 1582 alcanzó en las Islas Terceras soberbia victoria y disponiéndose estaba para otra colosal campaña contra Inglaterra cuando en 1588 le sorprendió la muerte en Lisboa.

Soberbio contraste forma la blasonada lápida de don Alvaro de Bazán con la humilde y sencilla que tiene á su lado.

«Antonio Barceló» dice en ella, y basta.

¡Loor y gloria al esforzado marino Mallorquín! que desde el más humilde origen

correteando entre las barcas de cabotaje consiguió por su propio mérito alcanzar la Comandancia General de las fuerzas navales del Mediterráneo, habiendo llegado á ser el terror de los piratas argelinos y berberiscos que hacía mucho tiempo infestaban nuestros mares.

Nombre no menos célebre en los fastos marítimos, es el que se distingve en el lado opuesto. Bajo aquella losa descansa don Juan José Navarro, primer marqués de la Victoria, título concedido por Felipe V, á consecuencia del famoso combate de Tolón en que nuestra escuadra unida á la francesa, luchó con los ingleses que superiores á nosotros en buques, pero no en valor, á pesar de haber quedado los barcos españoles abandonados por los franceses, consiguió su ilustre jefe que autoridades tan competentes é imparciales como el rey de Suecia, Federico II, de Prusia y el historiador italiano Muratori, reconocieran la inteligencia y el valor demostrados por el esforzado marino autor del *Diccionario Demostrativo con la configuración y anatomía de toda la arquitectura naval moderna*

Más allá, se lee otro nombre no menos famoso.

Jorge Juan, nombre al cual va unido el acontecimiento científico, tan importante como la medición del meridiano, verificada en la mitad del pasado siglo, por los académicos franceses. M M. Godin, Banquer y La Condamine y los jóvenes marinos españoles, don Jorge Juan y don Antonio Ulloa.

Un poco más lejos, en esculpida losa, destácase también el nombre de Blas de Lezo, el valiente defensor de Cartagena de Indias.

Mazarredo, apellido famoso en los anales marítimos, tanto por acreditar al que lo llevaba, de valiente, demostrado en gran número de combates, como por su clara inteligencia y sus diferentes obras sobre asuntos marítimos, también ocupa lugar preheminente en ese basto cementerio, tesoro de tantas glorias que, aun cuando rápidamente vamos relatando.

De más reciente origen, grupo de sepulturas se distinguen en otra galería.

¿Qué nombres son los que allí se destacan, coronados por coronas de laurel?

Churruca, Gravina, Alcedo, Alcalá Galiano. Los héroes de Trafalgar.

¡Oh! Páginas hermosísimas guarda en su historia la Marina Española.

Los triunfos alcanzados, siempre lo fueron á costa de heroicos esfuerzos, de sangrientos sacrificios.

Jamás, ninguno de los marinos economizó su sangre ni pretendió salvar su vida para llegar á la victoria.

Si ésta se ganaba, si enhiesto ondeaba el pabellón español sobre el alcázar de popa, aun cuando acribillado á balazos ¿qué importaba que hubieran perdido su vida los que morían defendiéndole?

La página de Trafalgar, aun cuando encierra un desastre, es sin embargo, un desastre tan glorioso, que honra á los que en él tomaron parte.

La mayoría de los marinos españoles, sabían al salir de Cádiz que iban á morir.

Y á pesar de esto, ninguno abandonó su puesto.

Villeneuve buscaba un hecho ruidoso que le rehabilitase y se lanzaba al combate ciegamente, desoyendo cuanto la razón y la justicia le decían por los labios de los marinos españoles.

Las vacilaciones y las torpezas de que diera antes tan patentes muestras, tornaron á verificarse en Trafalgar.

El repentino cambio del orden de combate, facilitó en gran manera el ataque de la escuadra inglesa.

Los marinos españoles, adquirieron en aquel instante supremo, la certeza de lo que hasta entonces no pasó de ser presentimiento.

El más poderoso de los navíos españoles, el «Santísima Trinidad» se vió rodeado desde los primeros momentos, por triples y cuadruples fuerzas enemigas, sin que, por la disposición en que había quedado por el cambio de la línea de combate, pudiera ser socorrido oportunamente.

Ya lo intentó alguno de los barcos aliados, pero era presa muy codiciada por los ingleses y no la querían dejar escapar.

Rotos los palos, destrozado el timón, sin poder funcionar, con la mitad de la tripulación muerta y el resto herida, el comandante Uriarte y Cisneros gravemente heridos también, no había salvación posible.

Los ingleses entraron en él, cuando ya no había un brazo que pudiera cargar un cañón.

Lo mismo sucedió en el «San Juan Nepomuceno».

Allí estaba Churruca.

Necesario fué que seis navíos enemigos le cercaran, destrozándole con sus disparos, para que aquel débil cuerpo sostenido por un alma de gigante, se rindiera.

Y ¡cuán grande no debió ser la defensa sostenida por Churruca, cuando únicamente su muerte pudo facilitar la entrada de sus adversarios en el «Nepomuceno»!

Los seis comandantes ingleses se disputaban la honra de que á cada uno se hubiera rendido el buque, hasta que puso término á su discusión, el comandante accidental del navío, diciendo, que se había rendido á todos, porque á uno sólo ya más lo hubiera hecho el San Juan.

¡Pero á qué citar más nombres, si todos los que tomaron parte en aquella formidable función de guerra, lo mismo los muertos que los sobrevivientes, adquirieron tanta gloria!

En el cementerio que visitamos, los héroes de Trafalgar ocupan el lugar más distinguido.

¡Honor y gloria para los que, aun vencidos, obtienen el respeto y los elogios del vencedor!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

En otro sitio y más reciente todavía, lápida sepulcral con caracteres de oro tiene trazado otro nombre; el de Méndez Núñez, el héroe del Callao, el que con barcos de madera, exceptuando la Numancia, apagó los fuegos de los blindados fuertes del enemigo.

La victoria coronó el arrojado acto del valiente marino,

La muerte se le prestaba bajo su más terrible aspecto.

Pero también le estaban contemplando los marinos de otras naciones, y los españoles no podían renegar de su glorioso abolengo.

Mas vale honra sin barcos, que barcos sin honra», dijo Méndez Núñez, y fué á perder la vida, por sostener la honra de su patria y del cuerpo á que pertenecía.

Asombro de la marina extranjera fué, aquella prueba de arrojo y audacia, con mayor motivo, cuando la victoria ornó con su laurel la frente del valiente marino español.

Por derecho propio, adquirió lugar distinguido en el cementerio de las glorias marítimas.

Todavía nos queda otro funebre monumento que registrar en este nuestro paseo por el santuario de la muerte, donde sin embargo, viven en la memoria de su patria los que allí yacen en polvo convertidos.

Verdes todavía los laureles que rodean la más moderna sepultura, hay en ella un nombre digno del mayor respeto y de la veneración más grande, porque en él va sintetizada, la dignidad y el valor del hombre, el pundonor del marino, el patriotismo del español.

Cadarso, el mártir de Cavite, el heroico soldado que prevé la muerte que le aguarda, que en aquel trance supremo se acuerda de sus hijos, de su patria querida, de sus afectos, de todo cuanto hace agradable la vida, y á todo renuncia, lo olvida todo, para no acordarse sino que es marino español, y se deja hundir con su barco hasta el fondo del mar, sin arriar la bandera, llevándosela consigo y haciendo de ella imperecedero sudario, antes que dejarla en poder del enemigo.

Otros muchos nombres se guardan en ese cementerio, si de dimensión reducido, inmensamente grande y rico por el tesoro de gloria encerrado en él.

¡Cuántos irán todavía á enriquecerle, si las circunstancias actuales, tan importante papel han adjudicado á la marina española!

Grandes ejemplos tienen que imitar nuestros marinos, y seguramente que los recuerdos de ayer han de producir nuevos laureles mañana.

Rafael del Castillo






¡ HECATOMBE GLORIOSA !

# EL ANTEPASADO

DURANTE la temporada de los baños de mar — dijo Carmona, nuestro proveedor de historias espeluznantes, — hice migas con un muchacho que ostenta un apellido precioso, mitad español y mitad italiano, evocador de nuestras glorias pasadas: Ramírez de Oviedo Esforcia. Familiarmente, los que le conocimos en la linda playa de V... le llamábamos Fadriquito, y abreviando, *Fadrí*. Existía curioso contraste, entre los sonoros y heroicos apellidos de Fadrí y su persona. Era una criatura endeble, anémica, clorótica, de afeminado semblante, de ojos claros y transparentes como el agua, de dulce carácter y exquisita finura; y los facultativos, al enviarle á V..., le habían encargado que viviese en la playa, que se saturase de aire salobre, que se impregnase de sales marinas; en broma decíamos que para remedio de su sosería, y en realidad, para prestar algún vigor á su empobrecida complexión y á su organismo débil y exangüe. «Qué quieren ustedes... — repetía Fadrí, — «soy huérfano, no tengo quien me cuide... y he de cuidarme solo.»

El joven aristócrata se me aficionó, y juntos nos bañábamos, almorzábamos, salíamos á paseo y concurríamos al Casino. Había yo notado en Fadrí una singularidad, que despertó mi instinto de observador: al desnudarse para entrar en las olas, se cuidaba de no descubrir la garganta ni un momento, manteniéndola envuelta en un pañuelo blanco muy ancho, que substituía por otro, después de arroparse en la sábana con el mayor recato. Los cuellos almidonados de sus camisas subían casi hasta las orejas, y esto, que algunos creyeron afectación de elegancia, lo relacioné con el detalle del pañuelo, sospechando que podría tener por objeto encubrir los estigmas de la escrófula, que llamamos lamparones. Sin embargo, no sé qué me delataba distinta causa en tan excesiva precaución; y un día, á pretexto de echarle la sábana, me arreglé de suerte que el pañuelo quedó en mis manos, y patente la garganta de mi amigo,...

El, exhaló un gemido, como si le hubiesen arrancado el vendaje de una llaga; y yo reprimí un grito, —tan extraño me pareció lo que veía.— Superaba á mis presentimientos... Destacándose sobre la blancura de los hombros y las espaldas, señalaba el arranque del cuello, ancha marca circular, entre sangrienta y lívida, de irregular contorno, semejante á la huella que deja el cuchillo, al separar del tronco la cabeza. Diríase que, después de cortada, habían vuelto á colocarla allí, y que al menor movimiento rodaría al suelo. No me quedaría, si sucediese, más helado de lo que me quedé, notando la horrible señal. Fadrí se cubría ya, con trémulas manos, y yo permanecía inmóvil; el asombro me paralizaba la lengua. Por fin, recobrando el uso de la palabra, me deshice en tan sinceras y sentidas excusas, que el pobre muchacho, sólo contestó á ellas con un abrazo largo y expresivo, como una amistosa confidencia...

Y la confidencia tenía que seguir al abrazo, por ley natural de las cosas. Acaso Fadrí la deseaba, pues el corazón no resiste fácilmente la pesadumbre de ciertos secretos... Por la tarde, nos sentamos sobre una peña de la costa, en lugar solitario y salvaje, y al pavoroso ruido de la resaca, se mezcló la voz de Fadrí, relatándome lo que tanto deseaba saber: la historia de la señal.

— Después de cinco años de matrimonio estéril, — empezó, — mis padres iban perdiendo la esperanza de tener hijos. Los médicos lo atribuían á la complexión de mi madre, que era enfermiza, nerviosa y de una exaltada sensibilidad; y para que se robusteciese, la aconsejaron una larga residencia en el campo, y una vida enteramente rústica, de levantarse temprano, acostarse con las gallinas, comer, pasear á pie y evitar todo género de emociones. ¡Sobre todo, las emociones la eran funestas! Para dejarla más tranquila y atender á varios asuntos pendientes, mi padre resolvió no acompañarla á la finca de Castilbermejo, que era el lugar escogido por su amenidad y salubridad, y también porque la familia del mayordomo, gente honrada y adicta, cuidaría y atendería á la señora.

— Me agrada Castilbermejo — advirtió mi padre, — porque, si bien en los siglos XV y XVI fué una fortaleza donde se batió el cobre, al reconstruirla se convirtió en una casa grande, cómoda y apacible. Ya no queda allí ni rastro de los tiempos crueles... sino la historia de la cabeza, que supongo es una patraña.

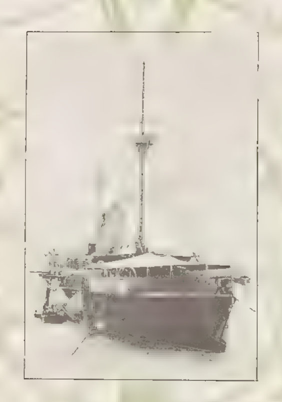
— ¿De la cabeza? — preguntó mi madre con interés. — ¿Qué cabeza es esa?

— ¡Nada, mentiras! — se apresuró á exclamar él, ya arrepentido. — Como no estuve en Castilbermejo desde chiquillo, apenas recuerdo...

Ella insistió, y, mi padre dió algunos detalles, de mala gana.

— Pues aseguran que existe en la casa, dentro de un cofre de terciopelo granate, la cabeza de un antepasado, un Esforcia, que degollaron en Italia en el siglo XVI... Parece que fué hijo ó sobrino de aquel famoso Galeazzo, el que envenenó á su propia madre, Blanca Visconti... ¡Tonterías,









consejas! Ya te estás poniendo pálida, criatura... No debí hablarte de semejante embuste.

Calló ella; olvidóse el incidente, y mi madre salió al fin para Castilbermejo, sentándola divinamente los primeros días de rusticación. Según confesó después la pobrecilla, el campo la produjo efectos tan bienhechores, que no pensó en la cabeza del antepasado, aunque la relación de mi padre se había quedado fija en su imaginación vehemente, como un clavo en la pared. El aire puro, el sol, la paz y sosiego de la comarca, la leche fresca, la fruta, el sueño tranquilo, los cuidados y sencilla amabilidad de la familia del mayordomo, influyeron tan provechosamente en la señora, que su rostro recobró el color, su estómago el apetito y su carácter la alegría de los pocos años. No obstante, ¿se ha fijado usted en este fenómeno? el campo, si tranquiliza los nervios, también, á la larga, por efecto de la soledad y de la misma carencia de cuidados, ocupaciones y distracciones, acaba por exaltar la fantasía. Esto le sucedió á mi madre. Al mes ó poco más de residir en Castilbermejo, la idea de la cabeza cortada empezó á preocuparla día y noche, — de noche especialmente. La veía en sueños, destilando sangre, y se despertaba estremecida, á las altas horas, como si un fantasma acabase de tocarla con mano glacial... Comprendiendo, — porque era una señora de claro talento, - lo quimérico de estas figuraciones, no quería decir palabra de ellas á los que la rodeaban, ni preguntar por el cofre de terciopelo, recelosa de que se trasluciese su delirio en la pregunta... Había momentos en que sospechaba que tal vez, positivamente, fuese todo una conseja ridícula; y así, entre incrédula y fascinada, decidió registrar la casa, hasta ver confirmados ó deshechos sus temores. No sabía ella misma si deseaba ó recelaba encontrar la cabeza. Quizá consideraba una desilusión el no descubrir el cofre.

A pretexto de arreglos muy propios de una dama hacendosa, revolvió la casa de arriba abajo, escudriñando los desvanes, los sótanos, y hasta las bodegas; pero el cofre no parecía. Cuando ya iba cansándose de pesquisas infructuosas, recibió una carta de mi padre, avisando que llegaba á pasar una semana de campo. Alegre, olvidada momentáneamente de sus quimeras, púsose á arreglar y disponer el vasto aposento que servía de dormitorio, limpiándolo y adornándolo cuanto pudo, trayendo flores del huerto y despejando, para guardaropa, las hondas alacenas que formaban uno de los lados de la habitación. En el estante más alto, hacinábanse objetos llenos de moho y de humedad, frascos de caza, monturas antiguas, papeles amarillentos; y la hija del mayordomo, que encaramada en una escalera iba sacando estos trastos, chilló de pronto:

—Aquí hay también uno á modo de cajón... ¿Lo bajo?

—Bájalo -ordenó mi madre, que extendió las manos y recogió cuidadosamente una caja no muy grande, desvencijada, sombría, con herrajes comidos de orín, y cuya tapa, desprendida casi de los goznes, se ladeó y descubrió en el interior un objeto trágico y terrible: una cabeza cortada, momificada, que aún conservaba parte del pelo y la intacta dentadura.

Fadrí se interrumpió, suspiró y clavó los ojos en los míos.

—¡El cofre! exclamé sugestionado.

—¡El cofre...! ¡usted suponga la sacudida nerviosa que sufrió mi madre! Lo que buscaba por toda la casa, el enigma, lo tenía allí, en su cuarto, á dos pasos de su cabecera, en el único sitio que no se le había ocurrido examinar! Cuando llegó mi padre, la encontró con unas convulsiones muy violentas. A fuerza de cuidados y cariño, logró que se repusiese un poco, y la sacó en seguida de Castilbermejo. ¡De allí á diez meses no cabales nací yo... con esta señal que usted ha visto!

Volvió á guardar silencio Fadrí, y pregunté lleno de compasión:

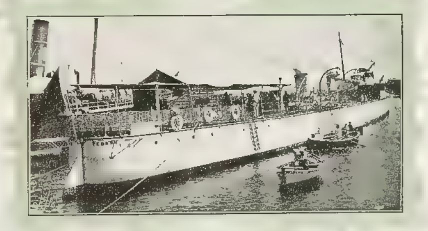
—¿Y... su madre de usted...?

—No pudieron ocultárselo... ¡Fué su perdición, fué lo que acabó de trastornar su cerebro! Murió en la casa de salud del doctor Moyuela,... que prometió con su sistema, devolverle la razón... ¿Mal antecedente, verdad? Yo necesito doble método y grandes precauciones... ¡Esas cosas se heredan!...

Emilia PARDO BAZAN







# INSTANTÁNEA

## LOS NARDOS ROJOS

### I

La despedida que el pueblo hizo á los quintos llamados por la suerte á servir en el Ejército de Cuba, fué dolorosísima en extremo.

El señor cura, desde el presbiterio, les dirigió una especie de sermón, en que les recomendaba no olvidasen la Iglesia del pueblo que les vió nacer, y que dirigiesen siempre sus oraciones al Santo Patrón del mismo, en todos los trances apurados.



El alcalde, por su parte, enjaretóles también su alocución, en la que, á vueltas de palabras rebuscadas y patrióticas, les recordaba los deberes que todo ciudadano tiene de morir defendiendo la Patria.

Luis se detuvo á la salida del lugar, para dar el último adiós á su adorada Rosa, que vivía en una de las casitas lindantes con el campo.

En la mano llevaba una rama de blanquísimos y aromosos nardos.

— Toma, amada mía, y adiós, adiós quizá para siempre; — dijo el pobre recluta, limpiándose con el dorso de la mano una rebelde lágrima que pugnaba por saltar á sus morenas mejillas.

— Adiós, Luis de mi alma; — exclamó la doncella, cogiendo las fragantes flores y colocándolas sobre su pecho. — Cuando vuelvas, te devolveré tus nardos, secos ya, pero testigos de mi fe y de mi amor.



II

Han pasado algunas horas, de la partida de los quintos.

La luna se eleva majestuosamente en un cielo sin nubes, y derrama sus plateados rayos sobre el dormido lugar.

Un hombre apoya sus manos en el alféizar de baja ventana, y conversa con Rosa, la prometida de Luis.

El astro de la noche, alumbra misteriosamente la cara de ésta, blanca como los nardos que aun permanecen sobre su pecho, tan puro y casto, cual su sencillo nombre y las flores que lo adornan.

— Te prometí bajar, Juan, á la ventana, y aquí me tienes, sólo para repetirte una vez más que me olvides; que no pienses más en mí.

— ¿Pero es posible que aun permanezcas tan obstinada? — repuso el mancebo; — ya sabes que soy rico, muy rico, y que en cuanto se muera mi anciano padre, seré casi el dueño del pueblo; ámame pues, y olvida á Luis, que quizá á estas horas esté pensando enamorar á otra mujer.

— Te he dicho que eso es imposible, Juan; — repuso la joven, con acento firme, á la par que triste. — Yo no tengo más que un corazón, y ese, ya sabes que es de Luis hace tiempo.

— ¿Con que es decir que me desprecias, por ese miserable soldado? — balbuceó Juan, fuera de sí, lleno de ira y desesperación.

— No te desprecio, no; es que no puedo amarte, — dijo Rosa, disponiéndose á cerrar la ventana.

— Espera,... espera un momento... Rosa, — exclamó Juan, con ronco acento. — ¿Es esa tu última palabra?

— Sí, mil veces, — exclamó la doncella.

— Pues muere, cruel, que así has destrozado mi alma.

Un relámpago de acero brilló un solo momento, y la infeliz Rosa, herida de una terrible puñalada en el corazón, cayó sin exhalar el más leve gemido y cual pesado fardo, para no levantarse más.

Entonces Juan, el feroz asesino, saltó por la ventana dentro de la habitación, inclinóse sobre su víctima, y quitándole del pecho la rama de nardos impregnados de la sangre que abundantemente mojaba el pavimento, huyó de aquel sitio, lanzando histérica y siniestra carcajada.





III

Larga é interminable fila de camillas, ingresaba en el Hospital de sangre de Matanzas.

Acababa de librarse una gloriosa acción, en la cual, como siempre, nuestras invictas tropas, luchando en la proporción de uno contra veinte, habían derrotado á los enemigos de España, y hecho morder el polvo á los traidores separatistas.

Una de las camas fué ocupada por Luis, herido gravemente de dos machetazos en la cabeza.

El médico de guardia, acercóse á nuestro héroe, y después de reconocerle, movió tristemente la cabeza, y llamando á una hermana de la Caridad, encargóle que no se separase del heroico soldado, que muy en breve entregaría su alma á Dios.

El correo que acababa de llegar de la Península, es distribuído entre los heridos de la Sala.

Luis, abre los ya vidriosos ojos al oir pronunciar su nombre, y ruega á la hermana que vela su lecho, lea la carta, ya que él no puede hacerlo.

Al romper el sobre, caen sobre la cama del soldado herido algunas flores, secas y manchadas de sangre.

Luis se incorpora, míralas afanosamente, las lleva á sus secos labios y cae sobre la almohada, estrechando contra su corazón, entre las convulsiones de la agonía, aquellas queridas flores, un día esperanza de amor y ventura, hoy nuncio de muerte.

¡Eran los nardos rojos!

Miguel ALDERETE GONZALEZ



# EL MEJOR TESORO

CUENTO

Vivía hace muchos años en no recuerdo qué pueblo de España un gran señor de horca y cuchillo, propietario de grandes extensiones de terreno cultivado, preciosas fincas de labor, vetustos castillos y no sé cuántas cosas más, de aquéllas que en los antiguos tiempos constituían el patrimonio de los seres mimados por la fortuna

Su poderío era inmenso. Multitud de caballeros rendíanle pleito homenaje, y un sin número de labradores y propietarios acudían todos los años, con grandes cargas de frutos unos, y otros con respetables sumas de dinero, á pagar al dueño y señor de aquellos dominios lo que á cada cual correspondía en concepto de contribución.

Don Nuño—así se llamaba el caballero—tenía el aspecto de esos señorones de la Edad Media que nos pintan en las novelas y dramas de capa y espada. Era alto, delgado, de rostro seco y pronunciados rasgos, ojos de mirada penetrante y avasalladora; todo su ser revelaba el orgullo de que se hallaba poseído. Y en verdad que tal orgullo tenía fundamento. Era riquísimo. Las arcas de sus tesoros eran pequeñas para contener el oro y las alhajas que poseía. Su dominación se extendía muchísimas leguas en contorno. Su salud era inquebrantable. Era feliz; es decir, era casi feliz, porque en la tierra ¿quién puede asegurar que lo es completamente?

A don Nuño le pasaba lo mismo que á los demás mortales: se veía feliz, pero no sentía la felicidad. Examinaba su conciencia, y no encontraba nada que desear. No le faltaba nada; pero deseaba algo.

Una de sus pocas buenas condiciones consistía en haberse rodeado de hombres sabios con quienes se entretenía los ratos que le dejaban libres sus cacerías, el despacho de sus múltiples asuntos y sus correrías por la comarca. El no era sabio; pero le gustaba oir, hablar y discutir al consejo de ancianos que, á su costa, tenía establecido en su morada

Entre los sabios, había uno llamado don García, con el cual sostenía algunas veces, conversaciones íntimas, y le exponía sus ambiciones y su extrañeza de no poderse explicar la ambición que ansiaba. Era un caso extraordinario. Deseaba poder desear algo y no lo encontraba.

Otras veces hablaba de sus tesoros, y entonces, una oleada de orgullo subía hasta su rostro; tenía la convicción de que en el mundo no había hombre alguno más rico que él.

Don García escuchaba atentamente sus frases, y cuando llegaba á las de alabanza á sus riquezas, sabía decirle:

—No os entusiasméis, don Nuño. ¡Si vierais que poco valen todos esos cofres y esas arcas llenas de metales preciosos! Hay en la vida algo que vale mucho más muchísimo. Y este tesoro á que aludo tiene la particularidad de no ser apreciado, mientras se posee, y cuando se pierde, daríase por recuperarlo, no digo yo todos esos miles que guardáis, sino muchos más que se poseyeran. Es eterna fuente de alegría y buen humor. Estando en posesión de ese incomparable tesoro, las desgracias, las fatigas, todas las calamidades se llevan con paciencia y á penas hacen mella en nuestro espíritu...

Reíase don Nuño al escuchar las frases del sabio, no creyendo que hubiera algo en el mundo que no tuviera él; y no hacía caso de la aserción de don García. Sin embargo, algunas veces meditaba sobre este asunto y le llamaba para preguntarle.

—Decidme, amigo mío ¿qué tesoro es ese que vale mucho más que los míos

A lo cual respondía el anciano·

—Permitidme, señor, que os lo oculte por ahora. Algún día lo sabréis

Y el gran señor cavilaba y volvía á cavilar, sin poder dar con la clave del enigma

Pasaron muchos años, y un día don Nuño, el caballero, cayó enfermo de gravedad. Sus médicos no podían curarle. Los auxilios que se le prestaban eran inútiles. Don Nuño se moría irremisiblemente. No tenía salvación.

Hallándose en semejante estado, entró el sabio á verle en su alcoba, y la primera pregunta que le hizo don Nuño fué la de siempre, su pesadilla eterna.

—Decidme, amigo mío, ¿qué tesoro es ese que vale mucho más que los míos? Pero antes he de advertiros que los aborrezco, viendo que son inútiles para curarme.

—Creí que ya habríais descubierto el secreto, respondió el anciano; ya lo estais viendo. Ni vuestros ricos tesoros ni vuestro inmenso poderío pueden conquistar ahora lo que tanta falta os hace. Ese tesoro inapreciable, ese talismán divino que no se compra en ninguna parte ni en ninguna parte se vende, se llama...

—¿Cómo? interrumpió don Nuño con impaciencia

—Se llama la *salud*

Miguel MEDINA





## SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO


Cubierta en color; de Agrassot.
*Viajes de veraneo.* Caricaturas de Xaudaró.
Páginas en color. María Guerrero, y Díaz de Mendoza. (Retratos
*Cabeza de estudio.* Cuadro de Graner; propiedad de don Trinidad de Alemany.
*Ocupación agradable.* Cuadro de José Tr ado.
*Monasterio de Poblet Bodega.* Acuarela de Brunet y Fita
Páginas en negro.—*Mariano y Petra.* Narración popular; por Francisco Gras y Elías, ilustrado por Seriñá.
*Notas de arte – El Estilo Imperio.* Artículo de José Ramón Mélida
*Dibujo al lápi* . por G. Camps
*Apunte;* por Modesto Urgell.
*Intima.* Poesía de M. Escalante Gómez.
*¡Pobres mujeres!* Artículo de F. de P. Valladar.
*Díaz de Mendoza.* Artículo de Luis de Val.
*Un drama en la ópera.* Cuento triste; por P. Sañudo Autrán.
*Maestro J. García Robles* (Retrato
Mosaico.
Regalo.—*Serenata para piano,* original del maestro J. García Robles, compuesta exprofeso para esta publicación




Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle

MARINA DE TIERRA, por XAUDARÓ.



Un torpe-dero.



Un caza-torpe deros.



Un aviso.



# FRANCISCO FORTUNY

BARCELONA

**Fábrica de Jarabes Superfinos.**

**Especialidad en la Horchata triple de Almendras y Jarabes frutales, tónico refrescantes.**

**Fábrica de Licores Superfinos.**

**Elaboración especial do los licores CIDRÉLICA ANISETTE y CURAÇAO Superiores á sus similares.**




MARCA JARABES — **DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COLMADOS** — LICORES

# COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

*Linea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.*—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

*Linea de Filipinas.*—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898

*Linea de Buenos Aires.* Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

*Linea de Fernando Póo.*—Cuatro viajes al año para Fernando Póo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIO DE AFRICA. *Linea de Marruecos.*—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

*Servicio de Tánger.*—El vapor *Joaquín del Piélago*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

**AVISO IMPORTANTE.**—La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

*Para más informes*: En Barcelona la *Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y C.ª—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica.* Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica.*—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E. Guarda.—Vigo: D. Antonio López Neira. Cartagena: Sres. Bosch hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Antonio Duarte.

# APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el **flujo mensual**, corta los **retrasos** y **supresiones** así como los **dolores** y **cólicos** que suelen coincidir con las **épocas** y comprometen á menudo la

# SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

## ¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS del DR KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del **estómago é intestinos**, por antiguas que sean. **Los vómitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura**, etc., etc., así que **diarreas ó estreñimientos**, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7'50**; media caja, **4 pesetas**, en farmacias y **Madrid**, Arenal, 2; **Barcelona**, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Se reparte por cuadernos de **16 páginas**, siendo su precio el **de un real.** — Centro editorial artístico de **MIGUEL SEGUI**, Rambla de Cataluña, 151. — BARCELONA

Centro Editorial Artístico de

## MIGUEL SEGUÍ

**Novelas en publicación y publicadas á las que se admiten suscripciones.**

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS

**Memorias de un médico.**

**El collar de la reina y Angel Pitou.**

DE LUIS DE VAL

**Morir para amar ó La muerta enamorada.**

**La hija de la nieve ó Los amores de una loca.**

**Sor Celeste ó Las mártires del corazón.**

**La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.**

**La lucha por la existencia.**

**El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.**

**El calvario de la vida.**

**¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.**

**Las hijas abandonadas.**

DE F. LUIS OBIOLS

**El martirio de un ángel.**

**Nacer para sufrir.** (Historia de una herencia).

**Vivir muriendo.**

DE SALVADOR CARRERA

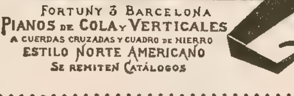
**La vengadora de su honra.**

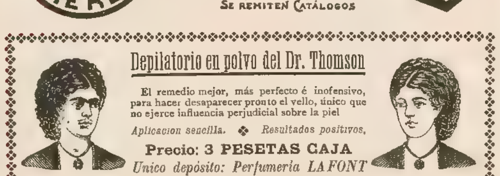
DE ALVARO CARRILLO

**Amor y patria ó La virgen cubana.**

DE LORENZO CORIA

**Luna de miel.**




## Depilatorio en polvo del Dr. Thomson



Antes de usarlo

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel

*Aplicacion sencilla.* ❖ *Resultados positivos.*

**Precio: 3 PESETAS CAJA**

*Unico depósito: Perfumeria LAFONT*

**Call, 30. — BARCELONA**

Después de usado.

# JABON DE BABA DE TORO

¡¡ Prodigioso y valioso descubrimiento !!

Destruye las manchas y barros. ❖ Hermosea y suaviza el cutis. Gran Vigorizador de los Organos. ❖ Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. ❖ Representante en España,

## D. EMILIO MARTÍNEZ

**Calle de Aragón, número 345, Barcelona.**

*De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.*

**¡¡PROBADLO!!**

**¡¡PROBADLO!!**

**¡¡PROBADLO!!**

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ⬩ Rambla de Cataluña, 151, Barcelona* ⬩ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTICULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II | BARCELONA, 16 DE JULIO DE 1898 | NÚM. 22

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

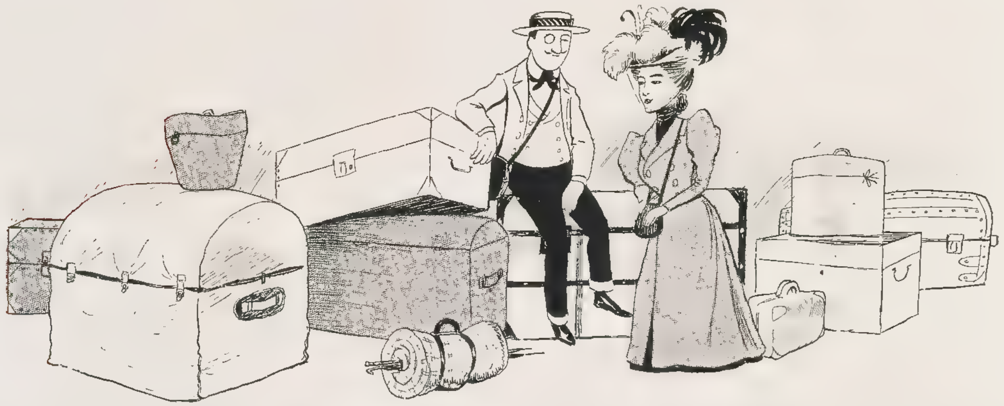
## COLABORADORES

Literatos: Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes. — Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo. — Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*. —Carlos Fernández Shaw. -Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*. Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols. Armando Palacio Valdés. Manuel del Palacio. Melchor de Palau. Emilia Pardo Bazán. —José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González. —Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión.— Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez. P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.— Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada. —Federico Urrecha. -Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey. — Francisco Villa Real. — José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.— José Arija. -Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch. Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure. Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—José Camins. — Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra. José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant. Baldomero Galofre. -Francisco Galofre Oller. —Manuel García Ramos. -Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo.—José M. Marqués. -Ricardo Martí.—Tomás Martín. -Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa. Félix Mestres.—Francisco Miralles. —José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli. -Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa. — José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá. —Francisco Pradilla. -Pellicer Montseny. -Pinazo.—Manuel Ramírez. -Román Ribera. — Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá. -Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó. -Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell. -Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Fermín M. Alvarez.—Tomás Bretón. -Ruperto Chapí. Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero. -Gerónimo Giménez.—Salvador Giner. -Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados. -Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet. Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde. -Amadeo Vives.

VIAJES DE VERANEO, por XAUDARÓ.



A Chamounie...





Fot. García (Valencia).

MARIA GUERRERO Y FERNANDO DIAZ DE MENDOZA

En la comedia de LOPE DE VEGA, «BUEN MAESTRO ES AMOR Ó LA NIÑA BOBA

# MARIANO Y PETRA

I

La naturaleza humana, resulta siempre la misma en todos los tiempos y en todas las fases de la historia. El corazón late de igual manera bajo la ligera túnica griega, que bajo el alquicel árabe. El hombre de ayer es el de hoy, como las flores y frutos de los árboles conservan la misma forma y sabor que los que admiraron y probaron nuestros primeros padres en el Paraíso. Removed el polvo de los sepulcros, y aquellos cráneos vacíos y amarillentos huesos, en nada se diferencian de los que constituyen el esqueleto humano de las generaciones pasadas y presentes. Los trajes, los usos, costumbres y formas de gobierno, están sujetos á los caprichos de la moda y de los pueblos; pero el alma, el corazón, el sentimiento y esa fuente de vida llamada amor, son eternos, inmutables, imperecederos como su Creador. El amor aletea en el aire, es hijo de todos los tiempos y de todas las edades. Unas veces toma posada en el corazón de la sencilla Salomita; otras en el de la apasionada Saffo, revolotea en derredor del rosal del Paracleto y se deshace en llanto, bajo las naves de la iglesia de San Pedro, en Teruel. Como Dios, llena el mundo, y como á Dios, le rinde culto la humanidad.

Los amores de Hero y Leandro, han sido cantados por el elegante Ovidio, por el dulcísimo Virgilio, por todos los poetas antiguos y modernos; pintados por renombrados pintores, y puestos en música por el maestro Mancinelli; y nadie, ni la musa popular, ha consagrado un canto á los amores de dos jóvenes, nacidos en las orillas del Ebro: amor loco, apasionado y temerario, como el que hizo célebre á los dos amantes de la antigua y renombrada tragedia de Abuseo.

Permitidme, pues, que les consagre un recuerdo; que su olvidada historia sea desde hoy un capítulo más en la larga y voluminosa obra, conocida por el libro del amor.



II

Hay en Aragón dos poblaciones rivales, que desde muy antiguo se miran frente á frente. La una se llama Gelsa, y está situada á la izquierda del Ebro, en un país fértil, rico, llano y abundante en árboles frutales, que fué colonia romana en otros días. La otra es Quinto, y está reclinada en la falda de una colina, en la derecha del mencionado río; población por la que aun suspiran los árabes, y perteneció á la muy antigua casa de Tores, una de las más respetadas en el reino de Aragón.

Estábamos en el caluroso y saludable mes de Julio, y las campanas de Quinto, repicaban desde la hora del alba, festejando á su patrona, á la viejecita Santa Ana, que tantos dones derrama sobre aquella localidad.

Alegre y variado era el programa de la fiesta. Por la mañana, procesión, por la tarde, toretes, y por la noche, saraos. Mariano, el guapo mozo de Gelsa, hizo verdaderas maravillas en la plaza. Parecía un diestro de profesión. Capeó y clavó banderillas á los toretes y cogió por las astas al más bravo, obligándole á ponerse en cuclillas, en medio de la admiración, bravos y palmadas de centenares de espectadores.

Sus paisanos, y otros que no lo eran, lo pasearon en triunfo por la plaza, que en sus ventanas y balcones ostentaba vistosas colgaduras, dejando sólo en descubierto, el busto de las mujeres más guapas, frescas y salerosas de Aragón.

Aquel héroe popular, aquel hijo del campo, alto, fornido, tostado por el sol, á quien nadie le aventajaba en jugar á los bolos, á la barra, á la pelota; pero que nunca se había tratado con toros, pues en Gelsa se labra la tierra con mulos por ser país llano; fué con otros amigos, al dar el toque de ánimas, á un baile de candil. Este tenía lugar, en el grandioso zaguán de la casa de un hacendado. Sus arañas, eran candiles y velones; las sillas, toscos bancos; la orquesta, rondeñas; los instrumentos, guitarras, bandurrias y triángulos; el refresco, agua con azucarillos; los coros, mozos del pueblo, que improvisaban coplas á su manera; y el programa, se reducía á una sola danza... la jota, gloria y orgullo del pueblo aragonés.

Al sentar el pie Mariano, en aquel improvisado salón, todas las miradas se fijaron en él, y las muchachas adoptaron una posición elegante. Querían parecer hermosas ante aquel bravo que desafiaba las iras del toro y lo manejaba á su capricho.

El dueño de la casa, le dió la bienvenida, le ofreció un jarro de tinto de Cariñena, que era un arrope, y le rogó que tomase parte en la danza.

Mariano aceptó la invitación. Paseó la mirada en derredor del zaguán, y sus ojos se fijaron en una muchacha morena, de ojazos negros y rasgados, de abundante y sedosas trenzas con moño de picaporte, adornada con un lazo, vestida con sencillez, sentada en el sitio menos visible de la sala, y la sacó á bailar.

— ¡La sacristana ha sido la preferida!... — exclamaban con mal disimulada envidia las muchachas.

—¿Qué habrá visto en ella de particular? - se preguntaban por lo bajo las comadres.

— Fiaos de las santeras, — decían otras.

— Mirad como mata la araña la mosquita muerta, — decían las demás.

Y Petra, la sacristana, la santera, la mosquita muerta, la hija del ermitaño de Nuestra Señora de Montamala, bailó la jota, y después otra, y otra, con el valeroso Mariano, que al terminar el baile con la noche, la acompañó hasta la ermita, conversando breves instantes delante del antiguo caserón. Después, se despidieron; ella subió á su casa, él bajó al río, ayudó al barquero á desatar la barca, que tirada por la sirga se puso en movimiento, en ella atravesó el Ebro, saltó á tierra... y envió una mirada ardiente, apasionada, á la solitaria ermita, que rodeada de ruínas de castillejos árabes y de tomillos y palmitos, recibía el primer beso del sol.

III

Desde aquella fiesta, Mariano y Petra, se vieron todas las noches al pie de la ermita. El barquero, al ponerse el sol, retiraba la barca y se encerraba en su choza. Era imposible atravesar el río. Para el hombre enamorado, para el verdadero amor, y sobre todo para un corazón aragonés, ardiente y apasionado, no existen obstáculos. Cuando la noche había cerrado y la luna aun no había salido, Mariano, abandonaba el pueblo, subía las gradas del pilón en que está sujeta la sirga, y loco, temerario, desafiando el peligro, la muerte, se cogía de la flotante maroma y, sirviéndole de apoyo el vientre y ambas manos, recorría anheloso aquel largo precipicio que corría bajo sus pies. Al llegar á la orilla opuesta, saltaba á tierra, y sin cuidarse del cansancio, subía una tortuosa senda, atravesaba la carretera, miraba ansioso si brillaba la lámpara en la rejilla de la puerta de la ermita, — misteriosa señal que indicaba que el padre se había acostado, — y volaba en brazos de su amor.



Los dos amantes, solos, sin testigos, sentados en el portón de la casiella, conversaban hasta la hora del alba, en que la alondra, esa ave que vuela cantando, les anunciaba que había llegado la hora de separarse, que la luz podía hacerles traición,— como algunos siglos antes lo había anunciado á Romeo y Julieta en el jardín de Verona,—y tenía lugar la despedida. Petra se retiraba sollozando, y Mariano no menos triste que su bella, bajaba al Ebro, subía á la sirga, despreciaba de nuevo la muerte... y rendido y fatigado, llegaba á su pueblo natal.

Una alborada del mes de Marzo, fresca y serena, la alondra dejó oir de nuevo su canto y sopló una ráfaga de viento. Petra, se estremeció y echó los brazos al cuello de su amante.

— ¿Por qué me encadenas? — preguntó el mozo.

— ¡No te vayas! ese viento...

— Fué una ráfaga, ya pasó.

Y dándole un beso, apartó sus brazos, bajó al Ebro, cogióse de la sirga, emprendió su arriesgado y temerario ejercicio, sopló de nuevo el viento sacudiendo con ira la maroma, y Mariano fué lanzado al aire, dió con su cuerpo en el Ebro, se escuchó un fuerte choque en el agua, un gemido en la orilla, después reinó la calma, las campanas de Gelsa y Quinto tocaron á misa primera, despertaron las aves, con ellas el barquero, la luz disipó la sombra... y vió con sorpresa el ermitaño á su hija desmayada al pie de una roca, y los pueblos ribereños, á un cadáver que arrastrado por el Ebro, buscaba como él, su tumba en los abismos del mar.

Francisco
GRAS Y ELIAS

# TORRECILLA DEL LEAL

Muerto por la peste el rey Don Alfonso XI, en el sitio de Algeciras, subió al Trono, por razón natural del derecho hereditario, su hijo Don Pedro I, apellidado por unos *el cruel,* y por otros *el justiciero.* Sus actos, desde el momento en que ciñó la corona en Sevilla, fueron objeto de infinidad de comentarios.

Sus hermanos bastardos, Don Enrique de Trastamara, Don Fadrique y Don Tello, á pesar de las distinciones con que les honraba el Monarca, ocupándoles en los primeros puestos del Estado, ambiciosos del Trono, decidieron moverle cruda guerra; y al efecto, levantaron contra él bandera fratricida, alentados por la protección del clero y los judíos, que en Don Pedro I encontraban una rémora justa y pertinaz á sus intentos.

No perdonaban medio alguno para contrariar al rey, cuyo carácter irascible se enardecía más, cuanto mayores eran las contrariedades que se oponían á su paso. Para él, cada día era un combate, cada més una batalla, cada año, un paso más en aquella vertiginosa carrera de justicias.

Uno de los episodios de su vida, ha dado origen al nombre de una de las calles más conocidas en la antigua historia de la villa de Madrid: *La Torrecilla del Leal.*

Perteneciente á Don Pedro dicha población, eligióla Don Enrique de Trastamara como punto estratégico, en la lucha que contra su hermano sostenía, y desde luego pensó en conquistarla. Pocas eran las gentes de armas con que Madrid contaba para contrarrestar el ímpetu de las que al bastardo secundaban; así es, que poco á poco el pretendiente usurpador, ya por la mayor fuerza, ya por el halago del dinero, iba ganando terreno en la contienda. Madrid, pues, podía decirse que había caído en sus manos; pero restaba vencer la formidable entereza del alcaide Hernán Pérez de Vargas, que, con un puñado de hombres valerosos, se resistía á los ataques de Don Enrique, con incomparable heroísmo, desde las almenas de una torrecilla situada en lo más alto de la ciudad, precisamente en lo que hoy es el centro de la calle de los *Tres peces.*

Vanas fueron las tentativas de Don Enrique para vencer el ánimo esforzado de Hernán Pérez de Vargas. Amenazas, ruegos, promesas pomposas, todo se estrellaba contra los débiles muros de aquella pequeña fortaleza, que era inmensamente fuerte, por la inquebrantable lealtad de sus defensores.

Pero no podía menos de suceder, dada la desigualdad de las fuerzas combatientes, y para no desmentir la verdad que encierra aquella antigua copla:

« Vinieron los sarracenos
» y nos molieron á palos;
» que pueden más que los buenos,
» cuando son muchos, los malos. »

Resultó que Hernán Pérez y sus gentes, reducidos, mermados, sucumbieron al número; y como el vencedor nunca perdona estas heroicas resistencias, entróse á sangre y fuego en la fortaleza, y Hernán y secuaces, fueron colgados de las almenas.

En esta situación las cosas, avanzaba Don Pedro hacia su villa madrileña, tan traidoramente conquistada, y muy pocos días después llegó á sus puertas, seguido de numerosa y lucida falange; cogiendo tan de improviso á los malhadados vencedores, que cuanto había sido regocijo del vencimiento, no tardó en tornarse espanto y terror.

El empuje fué tremendo; tanto, que el bastardo huyó despavorido, con su gente en desbandada, sin aguardar á ver el rostro de su hermano.

Lamentó Don Pedro con toda su alma no poder dar alcance al ingrato Don Enrique; mas ya que no había remedio, y antes de entregarse al reposo de que tanto necesitaba, mandó á los que á sus órdenes tenía, que se enterasen de cuanto pudo haber sucedido en la conquistada villa.

Entonces fué cuando supo y llegó á apreciar el valor y la lealtad de Hernán Pérez de Vargas; y ya que en vida no podía premiar tal servicio á su corona, quiso que en muerte se le tributasen todos los honores merecidos por el héroe madrileño. Se le hicieron regios funerales y se mandó esculpir en las esquinas de las pocas casas que rodeaban la fortaleza destruída, este rótulo:

CALLE DE LA TORRECILLA DEL LEAL.

Nombre que aun conserva á través de los tiempos, y que testifica la honradez y lealtad de un pueblo, que jamás ha faltado á la caballerosidad é hidalguía, y cuyos nobles y altos hechos han ocupado, ocupan y ocuparán, un sitio esclarecido en las páginas de la historia.

Luis VEGA - REY

LUIS GRANER



CABEZA DE ESTUDIO

Cuadro al óleo; propiedad de don Trinidad de Alemany.

# ÍNTIMA

Si tu eres rosa
que en argentada
fuente su imagen
copiada ve,
yo seré brisa
que, enamorada,
con mis suspiros
te mecere.

—

Si tu eres perla,
y en el santuario
tranquila duermes
del ancho mar,
yo seré buzo
que, temerario,
bajo las olas
te iré á buscar.

—

Si tu eres ave
de esbeltas alas,
donde el zafiro
se une al rubí,
yo seré arbusto
de verdes galas,
para que cuelgues
tu nido en mi

Si tu eres nube
que allá en la altura
al viento sueltas
el frágil tul,
yo seré astro
cuya luz pura
bordará de oro
tu veste azul.

—

Si tu eres muro
de tosca piedra,
sin más adorno
que mustia flor,
yo seré espeso
manto de hiedra,
para estrecharte
con loco amor.

—

Doquiera vayas,
doquiera alientes,
siempre á tu paso
me has de encontrar;
pues tú y yo somos
como dos fuentes
que juntas corren
al mismo mar.

MANUEL ESCALANTE GOMEZ



OCUPACION AGRADABLE

# NOTAS DE ARTE

## EL « ESTILO IMPERIO »

En el vocabulario del gran mundo y del mundo del arte, la frase «estilo Imperio» ó «Imperio» á secas, como las no menos usuales «Luis XIV», «Luis XV», tienen su valor convencional y, por consiguiente, comprensible para todas las personas cultas. Exigencias del lujo y de la moda han vulgarizado tales calificativos entre los modernos constructores y almacenistas de muebles, á quienes, sin el menor recelo de no ser comprendidos, les piden constantemente las damas de buen gusto, *un tocador Luis XV*, *un armario Luis XIV*, *un espejo Luis XVI* ó *un bureau del Imperio*, es decir, que todos estos estilos viven aún en las industrias artísticas, y si éstas gustan de lo retrospectivo, es porque en lo retrospectivo quieren inspirarse todas las personas que poseen el secreto de adornar artísticamente su casa; ese secreto que nadie en España ha sabido revelarlo mejor que Miquel y Badía, en una obra que debieran leer todas las mujeres.

Por lo mismo que la moda influye poderosamente en la resurrección de esos estilos de antaño, hace unos veinte años hubo furor por el estilo « Luis XV »; después ha estado en boga el « Luis XVI»; hoy lo está el «Imperio». En los mejores almacenes de muebles, hallaréis ahora mesitas, *secrétaires*, armarios pequeños, etc., de caoba con incrustaciones de metal dorado, adornos calados del estilo neo-griego que se desarrolló en Francia en tiempo de Napoleón, ó sea, bajo el primer Imperio.

No sólo se buscan de ese estilo los muebles modernos, sino también los objetos antiguos que sirven de adorno en las casas bien alhajadas. Aquellos relojes de chimenea, con figuras mitológicas y trofeos heroicos de bronce dorado que nuestros padres arrinconaron por anticuados, la nueva generación los ha vuelto á tan preeminentes lugares; los jarrones de porcelana y figuritas de *biscuit* de Sèvres ó del Retiro que parecen imitaciones de mármoles antiguos, hoy se ven cuidadosamente sacudidos del polvo de sesenta años de olvido; los camafeos, que durante todo este tiempo se despreciaron, cuando no pasaban por antiguos á los ojos de aficionados incompetentes, ahora merecen aprecio, por sí mismo, como producciones de aquella época cuyas invenciones artísticas tornan á estar en boga.

Hace poco, la eminente actriz María Tubau y su compañía, puso en escena, en Madrid, la comedia de Sardou, titulada: *La Corte de Napoleón*, y como si la tal época napoleónica no se hubiese presentado nunca en las tablas, se formó gran empeño en la propiedad histórica, se hizo un estudio de reconstrucción suntuaria é indumentaria, que casi no puede llamarse arqueológica, porque se trata como quien dice, de ayer. Cuando la obra se estrenó en París, ya se hizo dicho estudio con empeño, y acaso este hecho, como tantos otros, al parecer sin importancia, ha sido el origen de esta vuelta al gusto artístico de entonces. En Madrid se llevó el puntillo de la propiedad teatral hasta donde no había llegado nunca; hasta amueblar los salones de Napoleón con muebles auténticos, unos comprados por la empresa á los anticuarios, y otros prestados por el Duque de Tamames.

Esta boga que inesperadamente ha adquirido *el estilo del Imperio*, nos mueve á decir algo de su fugaz historia y variedad de manifestaciones; pues la mayoría de las personas que muestran predilección por él, ignoran tan útiles antecedentes.

Lo primero que hay que decir (probablemente lo menos sabido) es que el neo-clasicismo trae un origen anterior al Imperio, y un origen no francés, pues nació de las corrientes de simpatía por lo antiguo, que inició en el siglo XVIII en Alemania y en Italia el famoso anticuario y primer historiador del arte clásico, Winkelmann, sustentando la teoría platoniana de que por cima de las formas individuales existe una forma ideal que responde á la idea de la belleza absoluta y no relativa; forma típica á la que más que ningún pueblo se acercaron los griegos, por lo que sus obras debían ser estudiadas y tomadas por modelos. Entre los secuaces de esta doctrina, que necesariamente tenía que contar muchos, descuella el caballero Antonio Rafael Mengs, que fué el primero en tratar de llevarla á la práctica, lo que no consiguió por cierto, pues su pintura *amanerada* no pudo nunca desprenderse de las placideces y elegancias cortesanas en que había venido á parar el arte barroco, que se trataba de desterrar por completo. Mengs fué un teórico, y por consiguiente, no consiguió, como pretendía, ser un innovador; pero no puede negársele el mérito de haber sido justamente en España, el iniciador de las nuevas doctrinas estéticas, punto de partida de lo que propiamente se denomina en la historia del arte. segunda restauración clásica; y se llama segunda con relación al *Renacimiento*, que fué la primera.

No era en la pintura, sino en la escultura, donde lógicamente debía ofrecerse primero la imitación moderna de la estatuaria antigua, que es en suma donde hay que buscar el arte clásico. Por eso, los artistas que primeramente dieron forma á las teorías de Winkelmann fueron dos escultores de Italia, Antonio Canova, cuyas obras se admiran en Roma, y Torwaldsen, á quien, aunque nacido en Dinamarca, hay que colocarle entre los artistas italianos; pues de ellos aprendió y con ellos trabajó. Su serie de bajo-relieves que representan la *Entrada de Alejandro en Babilonia*, le fué encargada justamente por Napoleón.



DIBUJO AL LAPIZ; por G. CAMPS

*Restaurada* por tales artistas la escultura, faltaba traducir las nuevas teorías al arte moderno por excelencia: la pintura. Este paso debía darlo un insigne artista francés. el pintor Luis David, el cual trasladó efectivamente á sus lienzos los tipos de belleza que le ofrecían la estatuaria y la epopeya antiguas. Llegaron los días de la Revolución francesa, y sus auras de libertad hicieron á la nueva sociedad que surgía, volver los ojos á las repúblicas de Grecia y Roma. Tales aficiones retrospectivas pedían manifestaciones tangibles en el arte; y por eso, David, logró tanta fuerza y tanta influencia. Al calor de los entusiasmos de la innovación, se llegó hasta el abuso y hasta el delirio: no bastó que el arte serio desarrollara composiciones heroicas, como el *combate de Minerva y Marte*, de David, sino que, por iniciativas de este popular artista, se trató de que los trajes, los muebles y hasta las costumbres se ajustaran á los modelos que ofrece la antigüedad. Aquella sociedad, enamorada de lo antiguo, pretendió que sus tribunos vistieran toga y sus damas vistieran túnicas transparentes, ó por lo menos tan ligeras que acusaran las formas del desnudo

Estas modas femeniles desarrolláronse bajo el *Consulado* y el *Directorio*, en cuyo tiempo, la elegancia suprema era vestirse á la Flora, á la Psiquis, á la Diana ó á la vestal. Extremóse la tal moda, llamada *greco-manía*, hasta el punto de presentase algunas damas con el escote demasiado bajo y la falda, ó séase la túnica, recogida so-

bre la rodilla, para descubrir la pierna; y no con media, sino desnuda, calzado el pie con sandalia que descubría los dedos, en los que lucían ricos anillos.

El *Imperio*, sin caer en tales excesos, conservó los vestidos á la griega, con el talle alto y la falda suelta; de modo que acusara las formas.

El mueblaje, llamado «ateniense» fué el preferido por Napoleón, cuando quiso alhajar sus palacios de un modo que no le recordase el antiguo régimen. Para aquel emperador, construía la casa Jacob, cuyo representante más ilustre fué «Jacob-Desmalter», consolas de caoba sostenidas por cariátides y esfinges de bronce dorado ó con patina verde; armarios cual el de la emperatriz María Luisa, y otros muebles, cuyos proyectos dibujaban artistas como el arquitecto Percier y el pintor Prudhón.

En España, émulos de David fueron don José Madrazo y don Juan Ribera; de Canova lo fué don José Alvarez; en el teatro de Talma y la Rachel (los grandes intérpretes de la tragedia clásica) lo fueron Isidoro Maíquez y la Rita-Luna. En el mueblaje, las obras que Desmalter hizo para nuestro país fueron imitadas bajo el reinado de Fernando VII; y en esta misma época nuestras damas vestían según la moda «del Imperio».

¡Algo ganaría la moda actual, si la resurrección de la de antaño fuera completa; pero ya es algo, la vuelta al mueblaje de entonces!

José Ramón MELIDA




APUNTE; por Modesto Urgell

# DÍAZ DE MENDOZA

Es primer actor ó no lo es Díaz de Mendoza?

Esta pregunta se hicieron el público y la crítica, al presentarse por primera vez dicho artista en las tablas del teatro Español, y ésta es la hora en que aun no se ha puesto de acuerdo, ninguna de ambas partes; verdad que sería la primera ocasión en que el público entre sí y los críticos entre sí también, se pusieran de acuerdo en algo... Y á fe mía, que esa eterna cuestión es tan fácil de resolver, que sólo puede achacarse á perjudiciales apasionamientos de ambos *senados*, el que no esté resuelta ya.

La mayor parte de los que discuten, podrían llegar á entenderse, si antes de lanzarse á la discusión, sentaran las debidas premisas... Así, por ejemplo, en el presente asunto, debieran manifestar los que discuten á Díaz de Mendoza, qué es lo que entienden por primer actor. Este es el *quid* de la disparidad de opiniones.

Si por primer actor se entiende á un arrogante buen mozo con resistentes pulmones para poder decir veinte versos ó cuatro líneas de prosa, sin respirar y subiendo y bajando el tono como quien ejecuta un canto extraño; si por primer actor se entiende al que, á la vez que *declama* del modo antedicho, mueve los brazos incesantemente como aspas de molino ó como echando bendiciones; si por primer actor se ha de tomar al que lo mismo interpreta un viejo que un joven y lo mismo un señor de horca y cuchillo que un caballero de bastón y chistera, entonces Díaz de Mendoza, no solamente no es un primer actor, sino que resulta un comiquillo pésimo.

Pero, ó yo estoy orate ó no hace maldita la falta para ser un buen primer actor, ninguna de las cualidades antedichas, que fueron la base de la gloria y la popularidad de más de un comicastro eminente, que dejó como estela de su paso por los escenarios, una legión de imitadores insufribles; perjuicio al que se debe añadir, el que causó al arte, encadenándolo á sus atractivas falsedades en vez de impelirlo hacia la realidad, que debe ser el ideal del artista y el medio de que se valga para llegar á la belleza absoluta, finalidad del arte.

En toda época, los autores han cometido la disculpable torpeza de escribir las obras con sujeción al temperamento artístico y á la escuela creada por las eminencias del día, en vez de ser éstas las que pusieran su talento al servicio de aquéllas. A esto, sin duda, se debe la lentitud con que avanza la literatura dramática hacia su artístico y trascendental fin... El primer actor (y empresario á la vez, desde que llega á eminencia), es el que acepta ó desecha las obras, y como el actor-empresa encuentre algo atrevido ó fuera de... taquilla, no hay cuidado de que llegue al público, quien por este camino, nunca entrará en el terreno del verdadero arte que entraña algo más que la manifestación externa de un drama basado en hechos, nunca en ideas.

El que los autores hayan escrito para sus artistas predilectos, ha creado algunos primeros actores y no pocas primeras actrices; pero entre los creados de ese modo, no figura Díaz de Mendoza, quien ha tenido el talento de interpretar maravillosamente, obras estrenadas por otros artistas; y las ha interpretado sin imitarles, creando por su cuenta y riesgo y sin el prurito de formar escuela, que es el pecado capital de las eminencias.

Díaz de Mendoza no *hace cosas*, ha desterrado el *latiguillo*, el *desplante* y demás insultos al arte. No *busca* que le aplaudan, trabaja con fe, dice con el tono justo que la frase y la situación requieren, se mueve sin alardes ni arrogancias ridículas, subraya la frase con la expresión del rostro, y sin preocuparse con la opinión de los que le oyen y ven, trabaja con fe, con esa fe divina del artista que teniendo por objetivo el arte absoluto, no espera el aplauso que, al fin, le despierta de su embriaguez artística y le arranca imprudentemente del medio que se creara creando. El aplauso le recuerda que es el actor, cuando más debiera olvidarlo, y

F. BRUNET Y FITA



MONASTERIO DE POBLET — BODEGA

eso es un crimen imperdonable. Sólo debiera aplaudirse al final de las jornadas.

Y dígaseme ahora, si el que reune las cualidades que señalo en Díaz de Mendoza, es un primer actor ó no lo es. Esas cualidades, son las imprescindibles para ser considerado como tal, y esas cualidades nadie puede negárselas con sólo haberle oído decir los hermosos versos de *El desdén con el desdén*, en los que abundan discreteos de difícil dicción, especialmente en la segunda jornada. En la escena décima del acto tercero de *Mancha que limpia*, hay una frase con la que *Fernando* pretende expresar á *Matilde* todo un mundo de ideas, que saltan, como chispas, al choque del amor, la duda y la autoridad materna, y aquella frase «—*¡Es ella! ¡es mi madre!*» no puede decirse de manera más hermosa, más sincera y más expresiva, que como la dice el señor Mendoza. Y en cuanto á *hacer*, yo no comprendo que se pueda hacer más de lo que hace dicho artista en la escena octava del segundo acto de *Mariana*. Si á Julián Romea se le aplaudía por su naturalidad en coger en escena una silla y sentarse, también revela naturalidad y estudio, el hablar con temor y revelarlo, no ya en la voz, sino en la actitud y en el modo de coger y dejar sobre una mesa, á tiempo que se habla, el periódico que hay sobre ella. Y á fe que ese y otros muchos detalles que revelan la observación del artista, no están en las acotaciones de la obra, sino al contrario, algunas hay en la misma escena, que el señor Mendoza, con exquisito buen gusto, pasa por alto, de fijo para no caer en la exageración.

No es preciso para ser primer actor, tener buena voz como si se tratara de cantar los dramas, ni excepcional figura para *llenar* la escena, ni condiciones para hacer viejos que corresponden al actor de carácter ó al barba... Todas esas razones de cualidades físicas y de indumentaria que aducen los que no ven en el señor Mendoza un primer actor, corresponden á los cánones del arte escénico de mediados de siglo... ¿Que Díaz de Mendoza hace muy mal *Don Alvaro* y que haría peor un *Cid* ó un *Guzmán el Bueno?* Bien ¿y qué? ¿Acaso el primer actor de hoy debe estar vaciado en el molde de sus antecesores? No, afortunadamente. Esos dramones históricos, son hoy buenos para leídos; pero insufribles representados... Sólo de vez en cuando, y sin abusar, como ya casi se abusa, gustan los discreteos clásicos.

Hoy el primer actor ha de responder con su temperamento artístico á la escuela moderna; ya no se canta ni se grita: se dice; ya no se manotea, ya no se piden *condiciones* de actor, sino talento de artista, y á estas nuevas leyes del buen gusto y del adelanto en el arte, responde perfectamente el primer actor Díaz de Mendoza.

¿Son todo buenas cualidades en este artista? No á fe: defectos tiene cuyo origen está algunas veces en las obras que interpreta; pero tales defectos, merecen estudio aparte... Sólo me concretaré, á fin de que no se me tilde de parcial y se vea al menos mi buena fe, si no mi acierto, á señalar uno que veo nacer en el artista y que puede hacerle degenerar en *cómico*.

Al pasar Díaz de Mendoza de los salones de la aristocracia á la escena del Español, llevaba á ésta, dos buenas condiciones adquiridas en aquellos: la elegancia y la pulcritud en el modo de moverse y en el de accionar. Al verle en escena, todos decían, como si se tratase de un almacenista de maderas: « — *Le faltan tablas* » — y yo pensaba: « — Ojalá le falten siempre! »... Hoy se mueve con más desembarazo, obra en escena con menos sencillez, con más estrategia escenil; pero ese es el desembarazo del *cómico*, la afectación del *cómico*... Es casi lógico que aquel que constantemente respira un ambiente determinado, se contagie á la postre; pero eso tiene sus inconvenientes, y hay que evitar, á toda costa, el que se le conozca á uno lo que es, por ese algo externo é inexplicable... Se corre el peligro de que venza el *cómico* al *artista*.

Pero aun no lo ha vencido, afortunadamente, ni creo que llegue á vencerlo. El que siente el arte, jamás puede descender á lo vulgar y á lo falso, aunque le empujen hacia esos abismos, una mayoría de público viciado y unos pocos autores que, teniendo mucho talento, se empeñan en morir sustentando en los umbrales del templo de Talía, el pabellón del drama pasional que, sobre estar gastado, nada enseña ni á nada conduce.

Respétese á esos autores; pero ya que, por lo visto, no han de dar otros frutos ni han de conducir al arte por derroteros más elevados, inscríbanse sus gloriosos nombres en la historia del *Corral de la Pacheca* y que se abran de par en par las puertas de éste, á los que en vano pretenden llevar á él nuevas ideas y nuevos sentimientos, que nos hagan pensar y sentir más humanamente que hasta hoy.

Esta gran obra puede realizarla Díaz de Mendoza, y desde el momento en que puede, la debe realizar... ó no ser artista.

LUIS DE VAL



DESCANSO EN EL VENTORRO. — Cuadro al óleo de CÉSAR ALVAREZ DUMONT

# COLEGIO DE NTRA. SRA. DE LA BONANOVA

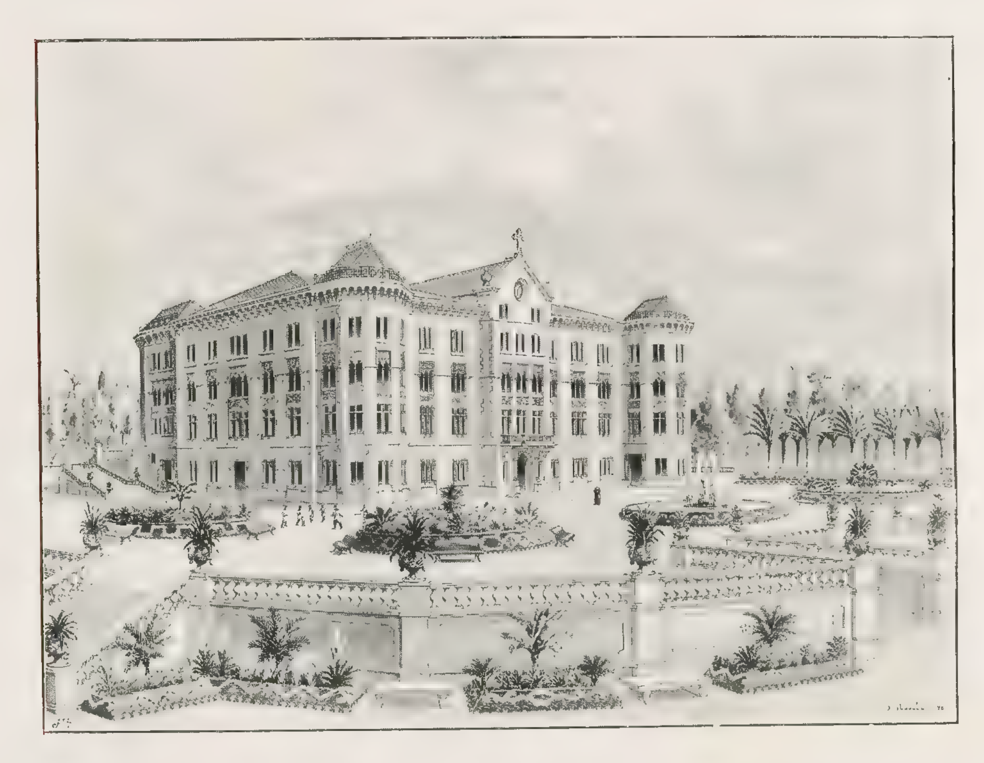
(BARCELONA)



L COLEGIO COMERCIAL DE NUESTRA SEÑORA DE LA BONANOVA cuya vista ofrecemos á nuestros lectores, es una espléndida y grandiosa construcción de piedra labrada que ocupa una superficie de 2.772 metros edificados, en que se compendiaron todas las bellezas del gótico catalán, inspirándose en la renombrada é histórica abadía de Poblet.

Dirigido por los Hermanos de las Escuelas Cristianas que, esparcidos por el mundo católico, se dedican *exclusivamente á la instrucción y educación de la juventud*, este colegio sigue en sus ramos de estudios el Programa del *Peritage mercantil* y constituye, por el conjunto de sus asignaturas, una como segunda enseñanza técnica: también atiende de un modo especial y práctico al manejo de los idiomas extranjeros, sobre todo el francés, el inglés y el italiano, de que difícilmente pueden prescindir, en la época actual, los jóvenes que elijan las carreras comerciales, industriales ó agrícolas.

El Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, á cuyo cargo corre el referido establecimiento, fué fundado en 1680 por el Beato Juan Bautista de La Salle, doctor y canónigo de la iglesia metropolitana de Reims (Francia), y es una Congregación religiosa que se rige por sus constituciones particulares y profesa la Regla que se dignó aprobar el



Santo Padre Benedicto XIII por su Bula *In Apostolicæ dignitates solio*, dada en 23 de Enero del año 1724.

Muchos son los gobiernos que han concedido á dicho Instituto favores especiales, por los servicios importantísimos que sus individuos prestan á la sociedad, dirigiendo: Escuelas gratuitas de primera Enseñanza elemental y superior, Escuelas de Adultos y de Agricultura, Casas de Huérfanos, Colegios de Enseñanza técnica ó práctica profesional, Escuelas de Comercio é Industria y Escuelas Normales para la formación de Maestros.

El Hermano Superior General tiene un Consejo de doce Asistentes y cuarenta Visitadores encargados cada uno de un distrito ó provincia. El número de establecimientos de la Congregación es de 1.475, instalados en las principales ciudades de Europa, América, Africa y Asia; los Hermanos pasan de 14.000; contando comúnmente con unos 400.000 alumnos, repartidos en 1.891 Colegios y 7.865 aulas ó clases.

Estos datos bastan para demostrar la importancia de esa institución y los beneficios que presta á la enseñanza.

La benignidad y salubridad del clima de San Gervasio, sitio predilecto de veraneo para los barceloneses, y su pintoresca situación topográfica, corroboran el acierto que presidió al pensamiento de levantar este colegio al pie del Tibidabo, al lado mismo del renombrado santuario de Nuestra Señora de la Bonanova y en el apeadero del tranvía de vapor que, cada quince minutos, sale de la Plaza de Cataluña.

Rodean el edificio 721.315 palmos de terreno, destinados á paseos, patios de recreo, jardines, huerta, etc..., haciendo de la propiedad toda un alegre, sano y elegante parque, con frondosísimo arbolado.

Si con razón, el bienestar material de los Colegiales, y todo cuanto se refiera á la alimentación é higiene preocupa á la Dirección, por lo menos tanto como lo que concierne á su instrucción académica, debemos reconocer que todo, en este centro docente, concurre á fomentar, en las jóvenes inteligencias, el amor á la ciencia, al arte, á la virtud y á la religión.

Además de los cuadros murales de historia natural, botánica, geología, etc... que adornan los espaciosos corredores del colegio, se debe señalar de un modo especialísimo, en el elegante y artístico vestíbulo, un planisferio comercial de 42 metros superficiales, obra de mérito y muy útil que trazaron y pintaron al óleo en el verano de 1896 los mismos Hermanos Profesores.

Por fin, debemos consignar que el COLEGIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA BONANOVA, según opinión de cuantos lo visitan y la nuestra propia, puede competir, no sólo con los más notables de la Península, sino también con los mejores del extranjero.

***



# ASUNCIÓN

## EPISODIO DE LA INSURRECCION CUBANA

Es positivo que las mujeres de América sienten de una manera extraordinaria; hasta la locura, hasta el heroísmo, hasta el sacrificio. El amor se arraiga en sus almas y estalla en sus corazones, abrasando sus ojos, cuyas miradas son los poemas más sublimes de las pasiones meridionales.

Asunción era una cubana de sangre ardiente, de espíritu superior, de un temple á toda prueba. Había sido su cuna humilde y había puesto su amor mucho más alto que su nacimiento y que su familia. Ella era mulata, mulata clara, hija de unos *guajiros*, criada en aquellas inmensas *sabanas* del Camagüey, arrullada por el gorjeo de las aves que se posaban en los árboles próximos al *bohío* en que vió por vez primera la luz del día. La mujer de color tiene indudablemente sus hermosuras, sus atractivos, su gracia, su encanto, su fisonomía expresiva y simpática.

Procura hacerse agradable, pensando que para muchos puede ser repulsiva, sino despreciable.

La mulata y la negra son recelosas, desconfiadas, temen siempre que no las aprecien, que no las quieran, que no lleguen á amarlas; pero, sin poder contenerse, dan rienda suelta á su corazón vehemente, y se apasionan con bastante facilidad.

Por esta y otras muchas cualidades, resultan tan dignas de consideración y de afecto.

Unase á esto que sienten en su pecho el heroísmo, y que á sus labios se asoman frases de acendrado cariño hacia la tierra en que nacieron.

Son patriotas y apasionadas; dulces en la palabra, como la caña de sus campos; extremosas en sus caricias, con los brazos abiertos al amor del hombre á quien aman; pródigas siempre en la ternura y el entusiasmo del sentimiento que las embarga.



La mulata Asunción constituía un tipo acabado y perfecto en su clase; una *morena* de pura raza.

Se enamoró desde niña de un hombre á quien veía y hablaba todos los días, el cual hubiera dado por ella cien existencias que tuviese; como ella mil.

Era la enamorada, de unos ojos muy negros, que irradiaban toda la luz de un cielo sin nubes sobre su tez abrillantada y obscura; tenía por labios dos rosas, por dientes dos hileras de nácar, y por sonrisa un reflejo de la alegría de los ángeles.

El joven, andando los tiempos, fué oficial del ejército que combatiera más adelante contra la gente de Asunción. El padre, un hermano de ésta, todos los hombres de su familia se pusieron á las órdenes del cabecilla insurrecto Quintín Banderas, el famoso negro que con tanto encarnizamiento peleó en Cuba por la independencia de la isla.

Asunción, requerida de amores por una buena porción de insurrectos, obligada á seguirles y á alternar con ellos, se sostenía y luchaba entre la simpatía que sintiera por la causa que defendían los rebeldes y el sentimiento, superior á sus fuerzas, que por completo la dominaba; entre los suyos y el oficial Martínez García, á quien adoraba entrañablemente, como pudiera hacerlo un pagano al ídolo de su preferencia.

El bravo capitán, con escasa fuerza á su mando, operaba por aquellos alrededores. Quintín Banderas decidió aniquilarle, aprovechando al efecto una concentración de fuerzas que para entonces se había dispuesto.

Se marcó día, hora y sitio, para verificar un movimiento envolvente que iba á dejar sin vida ó sin libertad á los soldados valerosos mandados, con pericia y arrojo, por el ser á quien tanto quería la mulata Asunción.

Todo estaba ya preparado; se guardaba el mayor sigilo: el caudillo español, no podía preveer el golpe que le amagaba, ni librarse, por lo tanto, de una sangrienta derrota, á menos de que el cielo hiciera un milagro en su favor.

El milagro se realizó: avisado á tiempo por su amada, Martínez García, no sólo esquivó el desastre, sino que, merced á un plan atrevido, fué él, por el contrario, quien dió un golpe certero á los insurrectos, batiéndolos por completo, cercándolos en sus posiciones, sorprendiéndolos precisamente en el sitio donde pensaron ellos sorprenderle y dejar deshecha su fuerza.

Pero la pobre hija de Cuba no pudo perdonarse la falta que para con los suyos había cometido, cegada por el amor que profesaba á quien no tenía para ella más nacionalidad, más bandera, más ideales que ser el objeto querido, el amor soñado, el todo de su existencia.

En la refriega á que dió lugar la denuncia de la mulata, perecieron su padre y su hermano; en cambio, había salvado la vida de su amante, al que el jefe insurrecto tenía intención de hacer prisionero en la emboscada, para machetearlo inmediatamente, si no conseguían darle muerte en la lucha.

Asunción, después del combate, se presentó en el campo insurrecto, diciendo que iba dispuesta á vengar la muerte de sus infortunados compañeros, víctimas de una infame espía que comunicara el secreto de todos los suyos, por salvar la vida del oficial español á quien adoraba.

—¡Canalla, traidora, alevosa!—exclamaron á un tiempo todos.

—¡Maldita sea la hora en que nació esa mujer en Cuba!—dijo el cabecilla insurrecto: —¡Maldita la que de una manera tan villana deshonra a nuestras sublimes mujeres, llenas de abnegación y de acendrado cariño á esta tierra!

—Os equivocáis compañeros. Si es culpable, no es tan indigna como parece. Si faltó por amor, se apresura á enmendar su yerro prestando un gran servicio á nuestra causa; lavando con otra delación de más importancia la suya: esa mujer soy yo.

—¡Miserable!—exclamó el cabecilla insurrecto.

—Las fuerzas de ese terrible comandante Rodríguez, defensor del fuerte que impide nuestra salida de estos

lugares, han sido mermadas y no tienen recursos. Yo conozco además el santo y seña de los refuerzos que están esperando. La noche es muy obscura. Podéis fácil mente llegar hasta ellos y engañar á los centinelas. Y ahora muero tranquila: matadme cuando queráis.

—El servicio que vas á prestarnos te salva.

—Pero no escapas del furor de mis celos,—dijo un negrazo, que atravesó de parte á parte con su cuchillo el hermoso pecho de la bellísima y desgraciada mulata Asunción; quien cayó al suelo exánime, bañada en su sangre, sin pronunciar una sola palabra, con la mirada fija hacia el campamento del oficial Martínez García.

P. SAÑUDO AUTRAN



# EL REQUIEM DE BERLIOZ

Dios mío! ¡qué horror! ¡qué música! ¡qué ruido! — decía un *dilettanti* al salir del Palacio de Bellas Artes, después de haber oído la *estruendosa* ejecución de esa admirable partitura.

Dieciséis timbalas, dos grandes bombos, tres pares de cimbalas ó sea *tamtams chinois*, cuatro baterías, digo, orquestas de cobre, cuyos instrumentos al ser colocados boca arriba parecían más bien un baluarte de obuses Hontoria, y cuyo conjunto (500 ejecutantes) en un marcado *crescendo* y en un grandioso *fortissimo* hubiera tal vez con sus *disparos* (?) hecho retroceder á los yankees de Santiago. Esto no es música, decían algunos; esto es un combate naval, con sus cañonazos y todo.

Hay que advertir, empero, que todos estos disparos y *bombazos* (?) no produjeron más daño en el auditorio que los cañones de nuestra ex escuadra en los acorazados cascos de la norteamericana.

El *Requiem* de Berlioz, ha sonado y repercutido en todos los ámbitos de los salones y centros donde se rinde culto al arte de las semicorcheas, y ha sido el tema principal de las controversias de los *amateurs*.

Antes de entrar en la crítica, aunque ligera, de la *Misa de Requiem* del gran maestro francés, creemos oportuno hacer notar á nuestros lectores las grandes genialidades del autor.

La ancha y despejada frente, sus facciones marcadas patentizan la extremada viveza y perspicacia de su genio. Berlioz no se dedicó sólo á la música, sino que antes de estudiar el arte que tanta fama le ha dado, había ya cursado medicina en la Universidad de París, por voluntad de su padre; pero no amoldándose esta carrera al temperamento del joven, dejó de ir á la Universidad, para inscribirse en el Conservatorio de Música. Esto sucedía en el año de 1820. Tampoco pudo avenirse el ilustre maestro con la rutinaria enseñanza de los cursos académicos del Conservatorio oficial, y siendo por el contrario su ideal la escuela contemporánea ó modernista, abandonó sus metódicos estudios, empezando á labrar desde aquel entonces los cimientos de su celebridad.

Berlioz creyóse llamado á implantar la reforma musical en la orquestación, considerando á ésta como factor principalísimo para expresar pensamientos concisos, ideales elevados, caracteres históricos y poéticos rasgos de la Naturaleza. Todo en su instrumentación está trazado con sorprendente maestría y propiedad.

Sus obras poseen, además de lo que llamaríamos *l'esprit* francés, mucho de la concienzuda y meditada escuela alemana. *La condenación de Fausto*, bastante conocida de nuestro público, revela á la par ambas cualidades, así como sus poemas *Romeo y Julieta*, *La vuelta á la vida*, el oratorio *La huída de Egipto* y tantas muchísimas obras más que han hecho de él una personalidad artística de primera línea.

Berlioz, en su *Grand traité d'Instrumentation et d'Orchestation modernes* y en *L'art du chef d'orchestre*, probó cuanto valía su talento, pues estas obras son las mejores que se conocen en su género. También en las cuartillas, ó mejor dicho, en la crítica musical, fué Berlioz una primera espada; poseyendo un estilo correcto, algo satírico, y concienzudo hasta lo sumo. Tal fué Hector Berlioz: un genio

De su *Requiem* diremos que con sólo oir el *Tuba Mirum*, siéntese uno transportado á las más lúgubres cavernas y terroríficas escenas; la partitura es de lo más lleno que hemos visto, pues está basada en el instrumental que á continuación expresamos, porque merece la pena de ser conocido y da cabal idea de su grandiosidad:

4 Flautas; 2 Oboes y 4 Clarinetes en *Do; Tacet* los *Corns inglés;* 8 Fagotes; 4 Trompas en *Mi b.*, 4 en *Fa*, y 4 en *Sol;* 4 Cornetines en *Si b.;* 4 Trombones tenores; 2 Bombardinos; 2 primeras Trompetas en *Fa;* 2 segundas Trompetas en *Mi b.;* 4 Trombones tenores; 4 Trompetas en *Mi b.;* 4 Trombones tenores: 4 Trompetas en *Si b.;* 4 Trombones tenores; 2 Oficleides en *Do;* 2 Oficleides en *Si b.* 16 pares Timbales en diferentes tonos, 2 Bombos grandes y 3 pares de Tam tam.

Primeros Violines, 100; segundos Violines, 75; Violas, 50; Violoncellos, 30; Contrabajos, 18; coros de Sopranos (niños y mujeres), Tenores y Bajos.

Tal es la instrumentación que requiere el conjunto del *Tuba Mirum*. De modo que á los que crean que esta masa orquestal producirá inmenso ruido, debemos contestarles que no es ruido lo que resulta, sino una sonoridad profundísima, eminentemente harmónica, semejante, si se quiere, á la de una tempestad ó terremoto; pero siempre basada en acordes perfecta y gradualmente combinados.

*Quid sum miser:* composición para voces solas que produce excelente efecto, luciéndose el coro de señoritas y el *Orfeó Catalá*.

El *Ofertorio* es de una factura especial; casi en la misma tesitura siempre las voces, con el eterno y sentimental *la si b., la* en *re menor;* parecen estas notitas expresar perfectamente los tristes lamentos *de las almas del purgatorio*, interpretando con fidelidad sus palabras.

*Lacrymosa*, el último número de los que se ejecutan en la citada *Misa de Requiem*, es precioso, produciendo, en conjunto, el mismo excelente efecto que *Tuba Mirum*.

—Otra vez el ruido — exclamó uno de nuestros convecinos, que presumía de aficionado é inteligente.

—No es ruido; no, señor. Son harmonías; objetamos nosotros, recordando aquellos hermosos versos del inmortal Zorrilla, que vienen muy al caso:

« Un confuso murmullo de ruidos vagos
comienza ya á sentirse bajo la tierra;
mas no del terremoto son los amagos,
no es un son que amenaza ruinas y estragos,
es un son que sorprende, pero no aterra. »

Tal es la sonoridad harmónica del grande conjunto de Berlioz. Sorprendente.

Varios números tuvieron que repetirse, á instancias de la numerosa concurrencia.

El ajuste total de la obra, perfecto.

Mucho nos place poder reseñar festivales de tanta importancia, pues además de darnos á conocer estas obras que,—por su grandiosidad de ejecución, suelen ser difíciles, cuando no imposibles, tratándose de empresas particulares, y por consiguiente rarísimas entre nosotros, — aleccionan á nuestros artistas y despiertan en el público la afición á la música sinfónica, honra de los pueblos que con ventaja la cultivan y aplauden.

Antes de dejar la pluma, cúmplenos felicitar entusiastamente al Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad y al insigne Mtro. Nicolau; al primero, por su protección decidida, y al segundo, por su maestría en la dirección.

SALVANS



Mtro. J. García Robles

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Cubierta en color; de Cecilio Plá.
*Viajes de veraneo.* Caricaturas de Xaudaró.
Páginas en color. — *Taller ambulante.* Cuadro de Román Ribera.
*En la playa.* Cuadro de Mensa.
*Baños de oleaje.* Cuadro de Francisco Miralles.
*Cabeza de estudio.* Cuadro de José M.ª Marqués.
Páginas en negro. — *Veraneo.* Artículo de Emilia Pardo Bazan.
*¡Pobres mujeres!* Artículo de Francisco de P. Valladar.
*Plaza sitiada.* / *Plaza tomada.* Cuadros de César Alvarez Dumont.
*Cervantes, médico.* Artículo de Luis Vega-Rey.
*El pintor Cecilio Plá, en su taller de Madrid.*
*Embarque de tropas.* Dibujo de A. Más y Fontdevila.
*Poesía y prosa.* Cuento de Eduardo Lustonó; ilustrado por Seriñá y Buil
*Una visita al Hospital de Niños pobres de Barcelona, fundado y dirigido por el Dr. Vidal Solares.* Artículo y fotografías.
*Crónica;* por Montecristo.
*Mtro. Celestino Sadurní.* Retrato.
Mosaico.
Regalo. — *Ultima ofrenda.* Romanza para barítono, compuesta expresamente para esta publicación, por el Mtro. Celestino Sadurní.



Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle

VIAJES DE VERANEO, por XAUDURÓ.




A San Cugat...

# FRANCISCO FORTUNY

BARCELONA



**Fábrica de Jarabes Superfinos.**

**Especialidad en la Horchata triple de Almendras, y Jarabes frutales, tónico refrescantes.**

**Fábrica de Licores Superfinos**

**Elaboración especial de los licores CIDRÉLICA ANISETTE y CURAÇAO Superiores á sus similares.**




MARCA JARABES — **DE VENTA EN LOS PRINCIPALES COLMADOS** — LICORES

# COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

*Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.* —Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

*Línea de Filipinas.*- Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Conchinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898.

*Línea de Buenos Aires.* -Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

*Línea de Fernando Póo.*—Cuatro viajes al año para Fernando Póo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

SERVICIO DE AFRICA. *Línea de Marruecos.* Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

*Servicio de Tánger.* El vapor *Joaquín del Piélago,* sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

**AVISO IMPORTANTE.**—La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen

*Para más informes:* En Barcelona la *Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y C.ª —Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica* —Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica.*- Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E Guarda.—Vigo: E. Antonio López Neira.—Cartagena: Sres. Bosch hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Antonio Duarte.




# LA MARAVILLA

**IMPIDE LA CAIDA DEL CABELLO**

*Agua sin rival, preparada por J. Martra; es inofensiva, refrescante; cura la caspa y hace restablecer á los cabellos blancos su primitivo color, sean castaño oscuro ó negro. Basta aplicarlo con un cepillo unos 10 dias consecutivos antes de peinarse.*

*No tiene Nitrato de plata y puede rizarse enseguida.*

***Nota:** El agua sobrante no devolverla á la botella.*

**PRECIO 4 PESETAS**

*De venta en todas las principales perfumerías y peluquerías*

Encargos: Bailén, 117, 1.° Salón para peinar señoras.

# OBESIDAD

tratada con exito desde hace 30 años con las

**PILDORAS** de **REDUCCIÓN DE MARIENBAD**

*Son también muy eficaces para combatir el extreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.*

**PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.**

**DON QUIJOTE DE LA MANCHA**
**por Miguel de Cervantes Saavedra.**

Se reparte por cuadernos de **16 páginas,** al precio de **un real.** — Centro Editorial Artístico de **MIGUEL SEGUI,** Rambla de Cataluña, 151. — Barcelona.

Las personas que deseen anunciar en este periódico, deben dirigirse á don Manuel Solá, Mallorca, número 315, principal.

**¡ ESTÓMAGO ARTIFICIAL !**

ó **POLVOS** del **DR. KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del **estomago e intestinos,** por antiguas que sean. **Los vomitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estomago, cintura,** etc., etc., así que **diarreas ó estreñimientos,** desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7'50;** media caja, **4 pesetas,** en farmacias y **Madrid,** Arenal, 2. **Barcelona,** Rambla Flores, 1. Pídanse F[illegible]LLETOS

# ANTONIO PADRONES FELIU

**Cirujano Dentista Licenciado en la facultad de Medicina de Madrid.**

Especialista en Dentaduras
DE TODAS CLASES Y SISTEMAS
y en las enfermedades y
OPERACIONES DE LA BOCA

*CONSULTAS: de 9 á 1 y de 3 á 7*

**GRATIS A LOS POBRES**
DE 8 A 9 MAÑANA

Rambla de las Flores, 26, principal. ❖ BARCELONA




# Depilatorio en polvo del Dr. Thomson



Antes de usarlo.

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel.

*Aplicación sencilla.* ❖ *Resultados positivos.*

**Precio: 3'50 PESETAS CAJA**

*Unico depósito: Perfumería LA FONT*

**Call, 30 — BARCELONA**



Después de usado.

# JABON DE BABA DE TORO

¡¡ Prodigioso y valioso descubrimiento !!

Destruye las manchas y barros. ❖ Hermosea y suaviza el cutis. Gran Vigorizador de los Organos. ❖ Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. ❖ Representante en España,

**D. EMILIO MARTÍNEZ**

**Calle de Aragón, número 345, Barcelona.**

*De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.*

**¡¡PROBADLO!!**

**¡¡PROBADLO!!**

**¡¡PROBADLO!!**

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* § *Rambla de Cataluña, 151. Barcelona* § **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTÍCULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES —

| Año II | Barcelona, 1.º de Agosto de 1898 | Núm. 23 |
|---|---|---|

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA



BAÑOS, por XAUDARÓ.



A las 11 ya se sabe... á la playa la moda lo manda.



A las 5 de la tarde un paseito por mar, porque también lo manda la moda.

# VERANEO

Hemos de reconocer que la ocasión es poco propicia para escribir en una publicación periódica que, como el Album Salón, reviste carácter especial de amenidad y belleza, y en la cual parece que no puede echar raíces la trágica gravedad de las actuales circunstancias.

Sin embargo; en medio de sustos, tropezones, penas y amarguras, la vida prosigue su curso, — la vida, cuyo variado y continuo espectáculo forma el tejido brillante y caprichoso cuya urdimbre utiliza en todo tiempo el articulista. Si suponemos que un habitante de otro planeta se cae ahora en el nuestro, y en tierra española, y en capital de provincia algo populosa, ó en sus inmediaciones, no podrá adivinar que estamos bajo el peso de tamañas calamidades. La gente ni se abate ni se achica; los quehaceres y las diversiones no se interrumpen ni decaen. Si no se trabaja más, es que nunca hemos tenido aquí el mal vicio de reventarnos trabajando, ni la sencillez de creer que el trabajo es honra, cuando bien claro nos dice el Génesis que es castigo; y si las diversiones prosiguen, es que somos muy caritativos y humanos, y no queremos de ningún modo dejar sin pan á las familias de toreros, monos sabios, coristas, modistas, músicos, acróbatas, etcétera.

La corriente del veraneo, no se dirige este año á Francia; pero en la península se veranea más este año que otros. De las ciudades amenazadas de bombardeo se escapa la gente; asegurando que lo hace por culpa del terrible calor. En cambio, de Madrid, que sin duda estará muy fresco, no se marcha nadie, ni á tres tirones. Los que se quedan, atienden á razones secretas y altamente poderosas y decisivas: economía, tranquilidad, y anticipación de noticias... siempre que el Gobierno les dé el pase. Y como ya es sabido, que las malas llegan pronto, y las que vengan, á no hacer Santiago Apóstol otro milagro de Clavijo, malas serán, y malas de remate; los que se quedan en Madrid, por más que el Gobierno repita su clásico estribillo zarzuelero de chitón... chitón! algo se adelantarán á los del resto de la Península en enterarse de que le han sacudido otro zurriagazo al pobre Cristo español, atado á la columna...

Dice un gran pensador inglés que todo hombre, á su hora, sufre Pasión. A las naciones se puede aplicar la teoría; todas tienen su domingo de Ramos y su Calvario. Para nosotros ha sonado la hora de nona...

Repito que nadie lo diría al ver el aspecto alegre y animado que revisten las poblaciones y las mismas aldeas. Si en la Corte produce Lagartijo, con una *larga*, explosiones de entusiasmo que acaso no produciría el valiente general Linares con su brazo gloriosamente herido,... en las cercanías de mi pueblo natal, no se ven más que romerías y bailoteos en la carretera. ¡Qué bailoteos, Dios santo! La moral anda por las nubes y la estética por los suelos. Antes *repinicaban* unas *muiñeiras* y unos zapateados pintorescos y graciosos; ahora se agarran mozos y mozas según les parece, y pegados como el papel y la oblea, de noche y á oscuras, sin más iluminación que la poética claridad de la luna ó la fulgurante estela de algún cohete que rasga los aires, se zarandean hasta las diez ó las once, hora en que desfila cada mochuelo á su olivo. Los mozos, al salir de estas fiestas, suelen ir animados por el espíritu parral, y desplegan, para injuriar á los transeuntes, y á veces, agredirles, unos bríos que serían muy convenientes en Santiago de Cuba ó en Manila. Alabo la invención de cierto cura de aldea, conocido mío, el cual, para regenerar á sus feligreses, en vez de agobiarlos á sermones, discurrió pagarles la gaita todos los días festivos, sin más condición que la de acabarse la danza al ponerse el sol. Con observar tal prescripción, cesaron los escándalos y las borracheras.

Los balnearios se resienten no poco de la crisis. Son las aguas minero-medicinales, remedio para gente desocupada y acomodada; y esta última, hoy por hoy, está que no le llega la camisa al cuerpo. Recargos, contribuciones nuevas, aumento en las cédulas, en los comestibles, en los géneros y en infinitos artículos que ya no recordábamos que venían de Francia y se pagaban en francos... todo eso vuelve retraído y temblón al semi-rico; (en España



TALLER AMBULANTE. — Cuadro de Román Ribera

ya se sabe que es fenómeno inaudito reunir los mil y pico de millones, óigase bien, de millones, que, según noticias de la prensa, poseía el Marqués del Pazo de la Merced, fallecido estos días...)

¡Mil y pico de millones! Todos teníamos por muy millonario á don José Elduayen, y sin embargo no le suponíamos *millardario*, como se dice en Francia... ¿No habrá exageración en la cifra? ¿No jugará en el asunto un cero engañador? Es verdad que los millones son *de reales;* pero, contando por otra moneda más respetable, salen arriba de *cincuenta millones de duros*,... ¡Qué atrocidad! Si no existe error, que existirá, en la cuenta, ¡hermosos acorazados podrían construirse con la fortuna del Marqués!

Todo lo traducimos en acorazados ahora. Nos parecemos á aquel conmovedor niño griego, asunto de una *Oriental* de Víctor Hugo. Al encontrar al niño — entre las ruinas de la choza incendiada, bañado en la sangre de sus padres y de sus hermanos que yacen asesinados por los turcos, — el poeta le dirige frases de cariño, le consuela, le brinda amparo, le pregunta qué desea. « Hermano — responde el niño griego, el niño de azules ojos, — quiero pólvora y balas.» Nosotros, si ellos preguntasen, responderíamos: «queremos barcos, y barcos que hagan proezas; barcos que nos permitan alzar la frente y respirar, aunque sólo sea un instante, el ambiente de la victoria!»

A pesar de que la gente no se muestra dispuesta á dejarse abatir por la adversidad, y en apariencia todo está lo mismo, á veces resuena una nota de dolor, un lamento profundo y casi involuntario. — Verbigracia: á la orilla del camino, hay una casita y un huerto, donde antaño crecían y florecían algunos rosales y las bonitas hortensias, tan comunes en el país gallego. Hoy, al pasar, se ven secas las flores y los rosales, ahogados por ortigas y zarzas. Una chiquilla rubia, á la puerta, juega con un perro famélico, revolcándose entre el barro. Al que pasa y le pregunta por qué se han secado los rosales, contesta la niña en su dialecto:

— Los cuidaba mi hermano,... y como ahora no está...

— ¿Dónde se ha ido?

A la guerra...

Y el rumor del viento en los árboles, parece entonces un quejido.

EMILIA PARDO BAZÁN

# ¡POBRES MUJERES!...

Era digna de estudio aquella simpática mujer de edad indefinible, con rasgos marchitos de una hermosura arrebatadora, que observados desde lejos desaparecían por completo, para hundirse en las líneas duras y horrorosas de su calavera.

Yo la había conocido en el esplendor de la belleza, mimada, adorada de toda la juventud de aquel tiempo, jugando picaresca y coquetamente con los corazones de muchos desdichados que ignoraban que, á pesar de ser buena, virtuosa, caritativa, incapaz de ninguna mala acción, gozaba en atraer á los hombres y en acariciarlos con sus hermosos ojos negros, de brillo singular, para despreciarlos después, con altiva y sarcástica sonrisa.

Parecía que en aquella sangrienta empresa de maltratar afecciones, no solamente gozaba, sino que cumplía misterioso mandato; que vengaba ofensa grave ó desengaño horrible, recibido de persona querida, que tal vez no supo adivinar el amor ciego que había inspirado. Lo cierto es, que nunca le conocimos novio formal; que despreció hombres de talento y de brillante carrera, personajes de la nobleza y de la banca, artistas y literatos; lo más notable de su tiempo, en una palabra.

Jamás la vimos, cuando alguno de sus pretendientes desairados buscaba ocasión de demostrarle que había encontrado otra tan hermosa, tan rica y tan ilustre como ella, devorar á lo menos su despecho. Inmutable, tranquila, sonriente y hermosa siempre, miraba con aspecto compasivo á aquel desdichado que, pretendiendo mortificar á la bellísima y cruel destructora de pasiones amorosas, había contraído ante los altares, compromisos eternos con una mujer á quien no amaba.

Nunca, en aquellos tiempos de esplendores de la singular coqueta, pensé en averiguar el misterioso secreto de proceder tan extraño; de aquella frialdad calculada, que hacía morir las ilusiones más brillantes, los más ardorosos sentimientos de amor.

Quizá, en alguna ocasión, estuve á punto de caer en las redes de aquella mujer; pero circunstancias de índole privada me apartaron á tiempo; mi posición social no podía equipararse con la suya,... y yo era muy orgulloso para pretender lo que habrían de negarme.

Debió adivinar lo que pasaba en mi corazón, y acaso por vanidad, pues no supuse nunca en ella otro sentimiento hacia mí, esforzábase por parecer discreta, delicada en sus gustos, formal y seria, en las muy pocas ocasiones en que hablábamos.

Yo tomé esto como un ardid, para hacerme rendir mi albedrío, y nunca pronuncié palabra que pudiera interpretarse como galantería de consecuencias.

Después, pasaron muchos años: yo estuve ausente y retirado de la sociedad; y cuando volví á frecuentar mis amistades, me encontré con ella, como la he descrito al comienzo de estas líneas.

Vestía siempre de negro, con mucha sencillez y elegancia; y vista de cerca, apenas echábanse de menos los esplendores de la juventud: tan hermosa había sido; tan puros eran los rasgos de su belleza.

Por un inexplicable efecto de óptica, á cierta distancia, desaparecía aquella belleza, hundíanse ojos y boca, y dibujábase con gran precisión la



PLAZA SITIADA. — Cuadro de César Alvarez Dumont

calavera. Los ojos, aquellos ojos que tantos poemas de amor habían hecho soñar, adquirían un brillo fosforescente y siniestro, y una movilidad sobrehumana. Hacían daño al que los contemplaba un momento.

Ella debía saber ese extraño cambio que en su fisonomía se operaba, porque en los templos, únicos lugares de concurrencia á que acudía, buscaba siempre el lugar más oculto.

Soltera y sola, invertía sus rentas en obras de caridad, y lentamente iba enagenando sus bienes, en beneficio de los pobres.

Un día, nos encontramos en la habitación de un agonizante; un pobre joven huérfano de padre, y cuya madre, después de luchar largo tiempo con la miseria callada y sufrida,... en el colmo del desaliento, al ver morir anémico á aquel hijo en quien cifraba su ventura, había recurrido á la inagotable caridad de aquella singular mujer.

El pobre joven, aunque tarde, estaba rodeado de todas las comodidades y atenciones que puede necesitar un enfermo.

Ella, demostrábale afecto tan delicado y profundo, que en otra ocasión, hubiera sido causa de celos para su pobre madre.

Me interesaron tanto aquel joven, casi niño, á quien quedaban pocos momentos de vida, y aquellas dos mujeres, transidas por el dolor, que, silencioso y dominado por extraña emoción, aguardé el fatal desenlace de aquel drama humano.

Pocos momentos después, el joven exhalaba el último aliento, y las dos mujeres, llorosas, pero enérgicas y sublimes, compartían el postrero y débil suspiro del pobre niño.

Casi de un modo inconsciente, sin que nada me pidieran, ni á nada me ofreciera yo, dominado por algo extraño, hice cuanto es necesario en esos tristes casos; y cuando el muerto descansó en su tumba y la madre ingresó, por su voluntad, en un convento en clase de pensionista, costeado todo por la caritativa dama, que apenas me dejó satisfacer algunos gastos insignificantes, díjome ella:

— Estoy muy emocionada y no me atrevo á recorrer sola la distancia que hay de aquí á mi casa. ¿Quiere usted acompañarme?

La ofrecí el brazo, y silenciosos, dominados por las pasadas impresiones, atravesamos varias callejas estrechas y sucias, saliendo al fin á un descuidado paseo.

Era Otoño, y los árboles, amarillentos y faltos de savia, despojábanse de sus hojas. El sol había perdido la potente luz y el calor del verano.

Al llegar al paseo, díjome:

- ¿Quiere usted que descansemos en ese banco?

Transcurrieron algunos minutos de penoso silencio; después mirándome fijamente, exclamó:

— Voy á decir á usted, quién era ese niño, y de paso sabrá el misterio de mi juventud, que usted no quiso conocer... cuando yo lo pretendí.

La miré, y vi que sus ojos habían tomado aquel brillo singular de los años primaverables.

— Ese niño es hijo de Pablo, el joven pintor amigo de usted. Pablo, jamás reparó en mí y mi alma fué y será siempre suya. Buscaba la amistad, la simpatía de usted, y usted me la negó en todas ocasiones, creyendo, inoportunamente; que yo me había fijado en usted y que por vanidad quería esclavizarlo.

Desesperada, loca, sin saber cómo atraer al ingrato, pasé los años de mi juventud. Pablo se casó al fin y murió al poco tiempo, dejando á su viuda y á su hijo la triste herencia de los genios: la miseria y los laureles... He buscado á esa mujer, que ignora mi secreto, y á su hijo, para derramar sobre ellos las ternuras, el amor que profeso á la memoria de Pablo; y el destino cruel me ha puesto junto á ellos, cuando la muerte había hecho presa en el hijo...

¡Triste condición la nuestra! Sentimos el amor y hemos de ahogarlo; admiramos al sér amado y no hemos de declararle ¡yo te quiero!;» vemos que otra nos lo quita, y no podemos decirle: « esa no te ama; quien siente por ti hasta la locura, soy yo. »

Pablo, jamás pensó en que yo, rica, noble y solicitada, despreciadora de títulos y riquezas, me había enamorado de él, pobre artista sin ventura. Si usted me hubiera entendido, quizá Pablo viviría y sería yo la mujer más dichosa de la tierra...

La muerte ha tocado con sus negras alas mi triste belleza, inútil para los hombres y para mí; y vengando quizá los desdenes que he prodigado, me ha hecho repulsiva, vista desde lejos; dejando la huella de sus fúnebres caricias en este rostro que cantaron los poetas é idealizaron los pintores...

Calló la singular criatura, ahogando los sollozos que le destrozaban el alma.

— He aquí el desequilibrio humano,— me dije; — ¿por qué no podrá la mujer, demostrar claramente su cariño al hombre á quien ame?

— Por que no habría amor entonces, — murmuró en mis oídos una voz misteriosa; — el hombre necesita, para querer, conquistar... y no que le conquisten.

Miré en derredor, y sólo vi á aquella mujer llorando, los pálidos reflejos del sol poniente y las amarillentas hojas de los árboles que caían sin cesar sobre la tierra, produciendo al caer un vago rumor de tristeza y de muerte.

¡Pobres mujeres!; cuántas al compartir el hogar con el esposo que las rindió, se acordarán del hombre verdaderamente amado; y en continuo Otoño, verán caer día por día los despojos de sus ilusiones!...

Francisco de Paula VALLADAR



PLAZA TOMADA. — Cuadro de César Alvarez Dumont

## EN SU ABANICO

Escribir en el aire es loco empeño;
pero, aun siéndolo, en él voy a escribir
la admiración profunda y el cariño
que siento yo por tí.
Y pienso que el hacerlo en mí es cordura;
pues, hasta sin querer,
al agitarlo tú, el aire en que escribo
á cada instante besará tu tez
En uno de esos besos atrevidos
á tus labios de grana irá á parar;
con tu aliento dulcísimo mezclado
alli se quedará;
y en el momento en que un suspiro exhales
de gozo ó de dolor,
por la entreabierta boca, á lo más hondo
bajará de tu ingrato corazón.
¿Podré temer que entre tus propias manos,
como ha de suceder,
muera el original, cuando en el alma
tengas la copia fiel?

C

N. MENSA



EN LA PLAYA

FRANCISCO MIRALLES



BAÑOS DE OLEAJE



El pintor Cecilio Plá, en su taller de Madrid

# CERVANTES, MÉDICO

Como médico y entusiasta admirador de la colosal figura literaria del hombre que honró las patrias letras, y cuyo nombre glorioso sirve de epígrafe á estas líneas, no sorprenderá á nadie que me ocupe, bajo el punto de vista médico, del esclarecido español, que mereció el honroso título de Príncipe de los ingenios, en justo tributo á su maravilloso talento, que le hizo acreedor á la inmortalidad de que goza, sin que tres siglos la hayan disminuído en un ápice; hecho, el de estudiarle bajo aquel concepto, que no parecerá atrevimiento mío, en atención á haberlo ejecutado distinguidos escritores médicos, con cuya autoridad y ejemplo me amparo.

Dichos autores, y entre ellos el señor Morejón, en su *Historia de la medicina española*, consideran á Cervantes como médico y profundo observador alienista, por la original descripción del extraño caso de locura que presenta en el principal personaje de su inmortal libro, que puede considerarse, con muy ligeras variantes, como la historia perpetua de la Humanidad en el pasado, el presente y el porvenir.

Aunque Cervantes, por su natural talento, su notable perspicacia, su maravillosa retentiva, y sobre todo, por la excesiva afición que él mismo confiesa tener á la lectura, pudo ver muchos libros y adquirir nociones de varias ciencias, que supo traer á cuento y aplicar con mucha oportunidad en varios pasajes de su imperecedera novela; no creo que pretendiera hacer, de propio intento, un estudio y exposición del caso de enajenación mental de que supone poseído á su héroe.

Varias son las opiniones que desde la aparición del libro hasta nuestros días se han emitido acerca del objeto que Cervantes se propuso, al escribir su *Don Quijote*, y hoy es el momento en que aun no han llegado á ponerse de completo acuerdo los críticos y los comentadores, no obstante convenir todos en que no fué su único fin desterrar la extravagante y hasta perniciosa lectura de los disparatados *Libros de Caballerías*. No era preciso emplear tanto tesoro de talento y tanto caudal de erudición como el libro revela, para ridiculizar y desterrar un uso que hubieran destruído al fin la reflexión y el buen gusto.

Con efecto; hoy ya no se estilan libros de Caballerías, ni apenas se conocen, y si aun existiese algún raro ejemplar, dudo haya quien se atreviera á leerlo; y sin embargo, el libro, escrito al parecer contra aquellos, goza el privilegio de no envejecer; se lee con gusto, y cada vez que se hojea, parece leerse una obra nueva, encontrando en ella lances, peripecias y consideraciones que están en consonancia con las costumbres, usos y ridiculeces de la época moderna.

Por eso, en mi humilde parecer, considero el *Don Quijote* como una historia burlesca de la Humanidad; y en la esencia, variando sólo en la forma y en los accidentes: de aquí el perpetuo entusiasmo que inspira, y la aplicación que del libro puede hacerse á todos los tiempos y circunstancias.

Considerada con detenido y filosófico examen la referida y admirable concepción, parece imposible que, á pesar del sorprendente ingenio de su autor, sea obra de un hombre y obedezca á un plan concebido y meditado de antemano. Parece más bien un libro inspirado por una revelación superior, por una intuición maravillosa, como algunas, aunque muy contadas, brillantes y siempre jóvenes producciones que han brotado de la imaginación de sus autores, sin que éstos hayan podido comprender y explicar la razón de haberlas escrito.

Los que han considerado á Cervantes como observador y expositor, por ciencia adquirida ó infusa, de los diferentes casos y caracteres de la enajenación mental, hacen notar á los alienistas modernos que á los géneros de locura pacífica y normal, llamémosla así, ya conocidos y estudiados, hay que agregar uno nuevo, que pudiera denominarse *locura contagiosa*, tan perfectamente descrita en la que al ingenioso hidalgo dominaba.

La influencia de la monomanía que aqueja al héroe protagonista del libro, se extiende y domina á las personas que se hallan relacionadas con él, ó que accidentalmente le tratan; y hasta muchos de los personajes que figuran entre los varios episodios intercalados en la narración, se hallan dominados, en mayor ó menor grado, de su especie de locura. Citaré algunos ejemplos; porque consignarlos todos sería empresa larga, sino molesta, y digna de un libro bastante extenso. El socarrón y ambicioso Sancho, aunque dotado de natural criterio y excelente *gramática parda*, llega á tomar por verdades los razonados delirios de su amo; espera confiado el cumplimiento de las promesas que le han de llevar á la prosperidad y á la buena y descansada vida, — ideal perpetuo de la Humanidad, en que todos sueñan y tan pocos realizan, — y hasta se persuade de ser cierto el encanto de Dulcinea, inventado por él mismo; y luego, por un momento, se figura ser gobernador cierto y efectivo de la ínsula, y administra justicia y dicta órdenes como si realmente lo fuera, hasta que las fatigas, las privaciones y el ningún producto del gobierno le despiertan de su sueño. Sancho es el tipo perfecto de la monomanía de grandezas, que tantos estragos causa á los individuos en particular, y colectivamente á las sociedades. El pastor Crisóstomo, muerto de amor á causa de los desdenes de la hermosa Marcela, es un ejemplar de la manía erótica, que llega á su período álgido y extravía su razón, impidiéndole reflexionar que corre tras el ideal imposible de someter la voluntad de otra monomaníaca, que renunciando hasta los impulsos de la Naturaleza y desconociendo la misión sublime de la mujer, deja las comodidades de su casa y se divierte en correr por los campos, apacentando sus ovejas.

Anselmo, el *curioso impertinente*, es un loco pacífico, atacado de la peligrosa manía de querer sujetar á indiscreta prueba la honradez y fidelidad de su esposa.

Cardenio, loco, con intervalos lúcidos, padece una manía persecutoria, producida por la idea fija de la traición del que creía su amigo y por la defección de su amada; y Dorotea, abandonada y burlada por el libertino Fernando, también experimenta una alteración en sus facultades mentales que la obliga á huir de casa de su padre, en disfraz poco conveniente, sin saber por qué lo hace, sin objeto fijo, y exponiéndose á correr todo género de peligros, de insultos y privaciones. El cura y el barbero y el bachiller Sansón Carrasco, aunque guiados por la buena intención de atraer á Don Quijote al camino de la cordura, caen también en la especie de manía pacífica de abandonar su casa, sus ocupaciones y sus intereses, por correr en pos de extrañas aventuras, de muy inciertos resultados.

Pero, donde más se deja sentir la influencia de la enajenación mental del hidalgo manchego, es en los jóvenes y opulentos duques, que invierten considerables sumas en preparar las farsas é invenciones con que intentan persuadir á su huésped de que es tal caballero andante como se figura, á fin de divertirse á costa suya. Y aun en las personas menos importantes de la fábula se refleja algo de la influencia mencionada; como sucede á la respetable Doña Rodríguez, que juzgando á Don Quijote desfacedor de agravios y amparador de doncellas ultrajadas, le pide castigue al seductor de su hija, retándole á singular combate en que decida el juicio de Dios.

¿Y qué diremos del lacayo Tosílos, que está dispuesto á entrar en la liza, por orden de sus señores, en substitución del verdadero retado? El mentecato, tocado también de su tanto de locura ambiciosa, creyendo que la causa del combate es su negativa á casarse con la joven, que asiste al palenque, y que no le parece mal, aunque nunca había pensado en ella, ofrece darle su mano para terminar el ruidoso y desagradable incidente; el cual concluye con poco gusto de los duques, que hubieran deseado llevar á cabo la broma, para su mayor recreo.

Cito estos cuantos ejemplos que me han venido á la imaginación y que creo bastante para muestra; pues si fuéramos á hacer detenido examen de los diversos tipos que resaltan en la obra, tal vez se escribiría otro libro tan voluminoso como el examinado.

Y ahora, añadiendo mi humilde opinión á la de personas de reconocida competencia, que juzgan á Cervantes, médico alienista, siquiera sea inconsciente, diré que el inmortal novelista abrió, quizá sin pensarlo ni quererlo, un nuevo medio de cultivar el extenso campo de las perturbaciones mentales.

No comprendo por qué los sabios filósofos y los profundos pensadores, en especial los alemanes, que tanto se han ocupado en los estudios metafísicos é idóneos sobre el origen ignoto, la naturaleza, extensión, alcance y manifestaciones del espiritualismo humano, no han concebido en la lectura — que en tanto aprecio tienen — de la historia burlesca de la Humanidad, presentada por Cervantes, la idea de ocuparse en un trabajo serio, metódico y razonado, que pudiera ser de muy trascendentales consecuencias.

No faltan datos y ejemplos claros y convincentes en la Historia de los tiempos antiguos, medios, modernos y contemporáneos, para formar un detenido estudio psicológico - patológico, que bien pudiera titularse *La demencia en la Humanidad*

Del profundo y detenido examen de los sucesos ocurridos en el Mundo; de la formación de las sociedades y de los Imperios; de la desaparición de unos pueblos; de la fusión y absorción de otros; de los trastornos políticos y revoluciones que han producido y producen notables cambios en las formas de Gobierno, de la erección de los partidos y banderías que siempre han existido con diversos nombres y variados aspectos, aunque con idénticos fines y objetos; del continuo cambio de usos y costumbres públicas y aun privadas y domésticas; podría llegarse á deducir que esas formas de Gobierno; esa multitud de leyes, hoy en uso, mañana derogadas, olvidadas y substituídas; esos sistemas filosóficos, científicos y religiosos; esa variación de opiniones contrarias y jamás conformes, de todos géneros y materias; esas sangrientas guerras y revoluciones; esas turbas fanatizadas, á las que entusiasma la voz de un delirante tribuno; y hasta los mismos juegos y diversiones creados para distracción del ánimo: todo es producto de imaginaciones exaltadas, de pasiones violentas y deseos formulados en cerebros que no se hallan en completo estado fisiológico, y que logran y han logrado siempre, con sus apariencias de lucidez, seducir á las masas ignorantes é inconscientes, que en todo tiempo y lugar han constituído la casi totalidad del género humano, y que aceptan con júbilo y toman por verdades lo que halaga sus instintos, su vanidad y su fanatismo.

Es mi opinión, aunque tal vez parezca aventurada, que así como en el organismo físico se encuentra el germen de todas las enfermedades, las cuales aparecen y se desarrollan en casos y por causas determinadas, existe también en todo cerebro humano el germen de la locura, que no deja de hacer más ó menos notablemente alguna manifestación de vez en cuando, aun por parte de individuos que parecen estar en completo dominio de sus facultades intelectuales y de esa admirable potencia que se llama *razón*, y que es también una propiedad del alma, por más que los teólogos moralistas no hagan moción expresa de ella. Pero, esas manifestaciones de los cerebros enfermos, aunque muchas veces causen perjuicios por la influencia contagiosa que suelen ejercer, ínterin aparecen tranquilas y pacíficas no reciben el calificativo de locura; y solamente se las considera como tal, cuando la exacerbación de pasiones violentas y comprimidas, de deseos concebidos y no satisfechos, y de planes bien pensados y mal cumplidos, llevan al individuo á caer en la hipocresía ó la estupidez, ó le conducen á la manía, á la extravagancia y al frenesí.

Mucho pudiera extenderme tratando de esta importante materia, si lo consintiesen los límites de este ya largo artículo; pero, juzgo que lo dicho es suficiente para rendir un pequeño tributo de admiración al grande escritor, orgullo de España, y para indicar á mis ilustrados compañeros de profesión y á las personas competentes en el estudio de los delirios y aberraciones de la Humanidad, el partido que puede sacarse, para bien de la misma, de los ejemplos que presenta un libro considerado por muchos como de mero entretenimiento.

LUIS VEGA - REY



EMBARQUE DE TROPAS. — Dibujo de A. MÁS Y FONDEVILA

# LA PARÁBOLA
# DE LA ZIZAÑA

*1.* En aquel tiempo, saliendo Jesús de la casa, fué á sentarse junto á tres jóvenes, que con sus pies estaban hollando las mieses tiernas de un campo recién sembrado.

*2.* Los tres jóvenes, que no habían abandonado su trabajo y que no sabían otro trabajo que el de hollar las mieses tiernas del campo del labrador honrado, no conocieron al Cristo y fueron sembrando zizaña en aquel campo.

*3.* Uno de ellos dijo: — Yo he seducido la hija de un amigo — Y era mentira, y se alababa de su mentira.

*4.* Otro dijo: — Yo he engañado la hermana de un amigo. — Y era mentira, y también se alababa de su engaño.

*5.* El último dijo: — Yo he robado la esposa de un amigo. — Y los tres se alababan de sus mentiras.

*6.* El Cristo sabiendo que lo que decían era mentira, les dijo: — ¿Por qué sembráis zizaña en el campo del vecino, ahora que vuestro vecino duerme?

*7.* Y los jóvenes comprendieron que Aquél Hombre desconocido amaba la verdad, y se marcharon.

*8.* Y llegaron los siervos del Padre de familias y le dijeron: — Señor, ¿por ventura no hemos sembrado buena simiente en nuestro campo? ¿pues de dónde tiene zizaña?

*9.* Y les dijo: — Hombre enemigo ha hecho esto.—Y le dijeron los siervos: — ¿Quieres que vayamos y la cojamos?

*10.* No, les respondió: no sea que cogiendo la zizaña, arranquéis también con ella el trigo.

*11.* Dejad crecer lo uno y lo otro, hasta la siega, y en el tiempo de la siega decid á los segadores Coged primeramente la zizaña y atadla en manojos para quemarla; más el trigo recogedlo en mi granero.

*12.* Y el Cristo se marchó de allí, mientras los otros decían; ¿de dónde á éste ese saber y maravillas? ¿Por ventura no es este el Hijo del artesano? ¿No se llama su madre María, y sus parientes no están todos entre nosotros? Pues, ¿de dónde á éste todas estas cosas?

*13.* Y se escandalizaban en él.

*14.* Y se marcharon todos. Y sucedió que por la noche volvieron los tres chismosos á perturbar á muchos que tenían paz, con el hablar de sus lenguas malditas.

*15.* Y fué con ellos un labrador honrado que aquella noche dejó su casa y les dijo: ¿Sabéis en que campo ha nacido zizaña? — Y ellos dijeron: — Hoy hemos visto zizaña en el campo de uno que tu conoces.

*16.* Y el labrador honrado pensó que sería en el de su más buen amigo, y se marchó.

*17.* Luego llegó otro y les preguntó lo mismo y se marchó pensando que su mejor amigo había sido más desgraciado que él.

JOSÉ M. MARQUÉS



CABEZA DE ESTUDIO

*18.* Y cuando las lenguas de los tres maldicientes habían conmovido á todos, y habían echado fuera á todas las mujeres, privándolas de sus trabajos, los tres maldicientes se fueron á otras tierras más lejanas, que no más sensatas.

*19.* Y como iban mejor vestidos que los pobres que trabajaban, las gentes les seguían, para compadecer á su vecino. Y aunque no tenían fuerza ninguna en los músculos de su cuerpo, eran los amos de todo. Porque el golpe del azote hace cardenales; mas el golpe de la mala lengua levanta ampollas y desmenuza los huesos.

*20.* Y el Cristo iba predicando que no creyeran lo que decían los tres chismosos, porque su yugo es yugo de hierro y sus coyundas, coyundas de bronce.

*21.* Pero nadie escuchaba al Cristo.

*22.* Y el Cristo les decía:—Cerca tus orejas con espinas; no des oídos á la mala lengua. Funde tu oro y tu plata, y haz á tus palabras balanza, y frenos rectos á tu boca.

*23.* Y nadie escuchaba al Cristo, porque creían que sus vecinos estaban en desgracia; y hallaban gusto en compadecerse los unos á los otros, sin decirse por qué se compadecían

*24* Y sucedió que la zizaña creció tanto que ahogó la buena simiente, y los campos no dieron trigo: sino dos cosechas de zizaña. Y los labradores abandonaron sus campos.

*25.* Y volvieron los tres chismosos, y como no tenían paladar para gustar del trigo bueno, se alimentaron de la cosecha de zizaña, y fueron los dueños de los campos.

*26.* Y los labradores, ateridos de frío, sin campos y sin viviendas, fueron á poblar unas rocas peladas que no producían nada.

*27.* Y decían.—Si ahora tuviéramos un campo para sembrar de nuevo buena semilla, chafaríamos con los pies la simiente de la zizaña y no crecería más que trigo.

*28.* Y como la hora del arrepentimiento llega en la hora justa de la muerte, se morían de frío y sus dientes crujían de frío, y sus ojos lloraban de desesperación.

*29.* Y así han pasado los tiempos, muriendo de frío los débiles y viviendo los chismosos en la abundancia.

*30.* Y así será, hasta que se sequen los pantanos podridos y perezcan las florecillas que asoman sus cálices en las aguas sucias y verdosas.

*31.* Entonces aparecerán en cueros vivos los tres chismosos que tendrán la cabeza cubierta de raíces y la boca llena de zizañas secas que olerán á podrido y darán asco.

MARCOS JESÚS BERTRÁN

# † EL MAESTRO FERMIN MARIA ALVAREZ

Embargados nuestros sentidos por inmenso dolor ¿qué vamos á decir del maestro Alvarez?... ¿Qué podemos escribir que no sea triste, en este instante en que el corazón se halla acongojado por tan sensible pérdida?... El maestro inspirado, correctísimo y elegante, el aristócrata caballero y querido amigo del alma, ha bajado al sepulcro...

El arte músico español está de luto, por la muerte del esclarecido autor de innumerables *melodías*, todas bonitas, todas inspiradas

Conocimos al maestro Alvarez, hace ya más de diez años; cuando fundamos *La Ilustración Musical*, de cuya publicación era entusiasta colaborador. De entonces data nuestra amistad, tiempo muy suficiente para conocer á fondo los dotes artísticos y personales que le adornaban. Hoy que la muerte nos le arrebata, faltaríamos á la gratitud y al compañerismo, si no le tributásemos, desde estas columnas, el postrer recuerdo de cariño y respeto.

No hay más que contemplar su retrato para formar cabal idea de la afabilidad de su carácter. Su frente, despejada, ancha y serena, patentiza además de un temperamento apacible y bondadoso, una inteligencia clara y reflexiva: si la fotografía hubiese podido retratarnos su corazón, como lo ha hecho con su efigie, podríamos apreciar también la grandeza de su alma.




El maestro *componía* con el corazón; y por eso sus composiciones, además de acusar profundos conocimientos técnico-musicales, se distinguían, unas, por la expresión de sentimientos ideales, puros y sencillos, y otras, por su apasionamiento y fogosidad.

En una palabra; el maestro Fermín M.ª Alvarez, poseía lo que llamamos personalidad propia. Era un *tempérement*.

Amaba á Cataluña con delirio, á pesar de haber nacido en Zaragoza (año 1833). Algunas de sus numerosas canciones están compuestas sobre versos de poetas catalanes. Se comprende; porque Alvarez residió y pasó toda su infancia en el Ampurdán (Gerona): allí empezó á sentir sus primeras afecciones, allí cursó en la niñez los primeros estudios... que tanta gloria le proporcionaron.

Andando el tiempo, las *soirées* de los señores de Alvarez no tenían rival en Madrid. A aquellas espléndidas fiestas musicales solía acudir todo lo más granado de la Corte, incluso las Infantas y los artistas más reputados del orbe. Alvarez, hecho artista de verdad, después de haber abandonado su carrera de Administración de la Armada, y de varios viajes á Ultramar que con tal carácter había realizado, casó con una respetabilísima dama de la aristocracia madrileña, doña Eulalia Goigorrotea, modelo de esposas y reina de los salones, por su belleza, ilustración y donaire.

Los de los señores de Alvarez, en la calle de Fuencarral, fueron durante muchos años el punto de reunión de la aristocracia de la sangre y del talento; siendo su teatrito particular el más notable de Madrid, después del de Palacio.

Alvarez, en aquel entonces, componía y dirigía sus obras en su misma casa, con los artistas más renombrados y la orquesta del Teatro Real. En ella recibían también el bautismo del arte los concertistas más aplaudidos en la coronada villa.

El duelo selló las puertas de aquel hermoso templo, y Alvarez, sobrecogido por la inmensa pérdida de su amantísima esposa, cogió la pluma para desahogar su apenado corazón, componiendo las inspiradas melodías que tanta celebridad le han dado.

Prolijo fuera reseñar el mérito que cada una de ellas encierra de por sí, y los límites de esta necrología nos lo impiden. El adjunto original, de puño y letra de Alvarez, es muestra de lo que llevamos consignado.

La canción que más popularidad dió al maestro Alvarez, fué la titulada: *Los ojos negros;* letra de Eusebio Blasco.

Nuestro deseo era publicar en esta página un fragmento de tan notable composición; pero no nos ha sido posible encontrarle entre los originales manuscritos de Alvarez, publicando en su lugar el autógrafo *¡Has muerto para mí!* canción que, con letra del inspirado poeta Antonio Grilo, compuso hace pocos años, para dedicarla al reputado profesor madrileño de canto, marqués de Alta Villa.

El maestro Alvarez era tan conocido, musicalmente hablando, en España como en el extranjero, cuyos editores se disputaban la publicación de sus preciosas melodías.

Conocía París como los parisienses mismos, y allí en aquel inmenso centro artístico, contaba con relaciones importantes. La amistad íntima que le unía al célebre Rosini, le proporcionó que frecuentase las famosas *soirées* del autor del *Guillermo Tell*, en las cuales dióse á conocer; conquistando con su indiscutible mérito, aplausos rayanos en triunfos.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Interminable tarea sería la nuestra si tuviéramos que mencionar todos los conceptos que enaltecieron la personalidad y el nombre de Fermín M.ª Alvarez; cuya pérdida acabamos de experimentar.

¡Dios haya acogido en su santa gloria, el alma del que fué en vida, modelo de honradez y bondad, excelente y leal amigo, patricio ilustre, hijo mimado del Genio y constante protector de artistas desgraciados.

* * *

# HOSPITAL DE NIÑOS POBRES DE BARCELONA

Fué establecido con carácter de modesto Dispensario, hacia el año 1890, por el doctor Vidal Solares. Su desenvolvimiento ha sido amplio y rápido, pues hoy cuenta con una organización excelente, dirigida por el propio fundador del Instituto. La Junta Directiva, presidida por el Iltre. y Rdo. Arcipreste don Eduardo M.ª Vilarrasa; la Junta Auxiliar de Damas, á cuyo frente está la Excma. señora doña Teresa Poch, viuda de Martorell; y el Cuerpo facultativo, compuesto de los doctores Roca, Recasens, Altabás, Salvador, Pujol, Callís, Majó y otros señores internos, constituyen en la actualidad las principales palancas del mecanismo de la obra.



Hospital de niños pobres de Barcelona.
Extracción de sangre del caballo, para preparar el suero fisiológico.

La labor que allí se hace es magna y continua: es fuente inagotable de caridad para los niños pobres, semillero de modernas investigaciones para la ciencia médica, y punto de valiosa experiencia para el ejercicio de la pediatría. Los ramos especiales de la medicina son cultivados de verdad, sin excluir el hoy naciente de la sueroterapia, de cuyos progresos alguna parte corresponde á este Hospital. Los grabados adjuntos representan los actos principales, ó sea de recolección, extravasación é inyección del tratamiento por el suero fisiológico de caballo, verificados por el doctor Vidal Solares.

Todo el porvenir de la terapéutica parece depender de las propiedades químicas y vitales de los elementos sanguíneos, especialmente considerados en relación con las enfermedades infecciosas. Desde la fagocitosis y el estado bactericida del suero, hasta los más recientes estudios de Stokes y Wegefarth, acerca del polvo de la sangre *(blood-dust* ó *hæmokonien)*, existen un gran número de importantes descubrimientos de fisiología y patología sanguínea, que dan la clave para la curación de un buen número de procesos ó estados morbosos refractarios á los agentes farmacológicos. Y los hechos clínicos evidencian el progreso que supone en principio esa nueva tendencia, ya que aun el suero normal de caballo, á pesar de encontrarnos al principio del conocimiento de sus efectos aprovechables, está dando resultados sorprendentes en el tratamiento de todos los estados de debilidad orgánico - funcional, principiando por el grupo de las anemias y la endeblez congénita, y acabando en las incorregibles manifestaciones de la corea y en los hondos disturbios de la atrepsia é inflamaciones crónicas de la mucosa intestinal. Las historias clínicas, ilustradas algunas de ellas con las fotografías de los enfermos, que ha publicado el doctor Vidal Solares en los números de Febrero, Abril, Mayo y Junio últimos de *La higiene para todos,* demuestran por completo la realidad de los éxitos apuntados.

Antes de que en el Hospital de Niños emplease el doctor Vidal Solares el suero normal de caballo, se había hecho aplicación del mismo en el extranjero, aunque con distinto fin y sin resultados halagüeños (1); por lo cual resulta, que la prioridad de las indagaciones referentes al efecto fisiológico del suero y sus correlativas aplicaciones clínicas, corresponde plenamente al Director del Hospital de niños pobres de Barcelona, siquiera en la *comunicación* al citado Congreso no se decidiera, por natural modestia, á recabarla de una manera explícita.

De todos esos frutos puede colegirse la importancia de la fundación del doctor Vidal Solares; pero en nuestro país, y de un modo señalado en esta capital catalana, ha sido tan brusca la transición sufrida en el orden social después de algunos años de adelanto material, que hasta las instituciones mejor encaminadas, como las que se encargan de socorrer á los enfermos pobres, han de menester de justificación, y casi, casi, de reivindicación. Por fortuna, no es el

(1) *Aplicaciones del suero fisiológico equino en el tratamiento de algunas enfermedades de la infancia.* Tesis presentada por el doctor don Francisco Vidal Solares al Congreso celebrado en Moscou el año 1897. Barcelona, 1897.



Hospital de niños pobres de Barcelona.
Extravasación del suero fisiológico.

Hospital de niños pobres una de las más necesitadas de esta suerte de defensa, pues en lo que se puede llamar *Album de Honor* del Instituto, suscriben los conceptos más alabanciosos que pueden emitirse, notabilidades tan salientes como los doctores Martínez Vargas, Robert, Suñé, Giné, Morales, Batllés, Comenge, Rodríguez Méndez... y muchas, muchísimas otras, cuyos nombres podríamos copiar, siguiendo el hojeo. Mas, así y todo, si bien es suficiente poner la atención en la mayoría de nuestras más variadas obras de beneficencia, para echar de ver que á la postre son obras de caridad y por ende muy estimables; también es bastante abrir los oídos á lo que á media voz se propala, para notar que sólo por rara excepción se eximen de la crítica malévola y de la detracción sistemática. Y si bien se reflexiona, es curioso que los más fundados reparos, apenas suelen fundarse en pequeños detalles administrativos, cuyo peso no es posible que haga declinar el mérito intrínsico del instituto benéfico á que se refieran. Si de otro modo se aprecian las cosas, ha de achacarse á defecto de reflexión, como defecto de reflexión bien acentuado es v. gr. el que el establecimiento de una cocina económica provoque tumultos callejeros, como se ha visto hace poco.

Repetimos que el Hospital de niños pobres ya está juzgado, y cierto que con grande elevación de sentimientos; mas todavía el criterio no parece correr parejas con éstos, como debiera. Visita alguien el Hospital; se entera de la fecha de su fundación, que apenas data de ocho años, y de la índole primitiva que tuvo de mero Dispensario; y como es natural, queda sorprendido ante el simpático edificio y sus cuidadas salas y sus ordenados servicios facultativos. Y realmente, lo objetivo y en consecuencia lo de mayor poder mágico, es la transformación de la obra y la magnitud material que ahora presenta. A nuestro modo de ver, sin embargo, no es eso lo que más mérito pone en la fundación del doctor Vidal Solares, sino el espíritu que anima aquellas paredes y aquellas clínicas; el cual en último término no es otra cosa que el grave, gravísimo compromiso contraído y cumplido por el fundador, desde el instante de abrir las puertas del Dispensario, de medicinar, curar y aun alimentar, además de la visita médica escueta, á todos los enfermitos que, como pobres, acudiesen al benéfico consultorio. Esto es lo esencial y lo costoso: lo de menos es que el plan de la empresa se desarrolle en una estancia humilde ó en un soberbio edificio. He ahí, pues, lo que se debe al doctor Vidal Solares: no son muchos los capaces de concentrar medios para mantener una idea encarnada en la realidad, ó sea, constituída en hecho y sujeta, por tanto, á todas las dificultades naturales: porque, por acepta que sea la obra á Dios, jamás dejan de encontrarse los obstáculos de frialdad é indiferencia de los hombres; lo cual supone lucha y victoria completa en el caso de subsistir la obra con lozanía. El doctor Vidal Solares debe, pues, haber luchado, y con brío inusitado, dada la importancia de los servicios prestados en el Hospital durante los ocho años de su existencia; y si al fin ha ido adelante victorioso, justo es que se le aplauda con entusiasmo, al tiempo de rendir un tributo de admiración á su obra.

Dr. F. CARBONELL Y SOLÉS



Hospital de niños pobres de Barcelona.
Inyección del suero fisiológico á una criatura raquítica de tres años de edad.

# MADRID ELEGANTE

Aunque las actuales calamitosas circunstancias no son ciertamente las más á propósito para inaugurar estas crónicas, ni sería en todo caso la Corte centro adecuado para buscar á la sociedad aristocrática, que ya, en otros tiempos, veraneaba por estas fechas en playas y balnearios, cumplo gustoso el encargo del Director de esta Revista, y paso á dar cuenta á los lectores de cuanto notable ocurre en el *mundo elegante*, que digno de contarse sea.

***

Pasó ya la fiesta del Carmen, á la vez popular y aristocrática, y si bien en la clásica Verbena no faltó la animación de costumbre, en cambio permanecieron cerrados para toda fiesta, salones y jardines aristocráticos que otros años fueron teatro de espléndidas *matinées*.

Se recordaban con la triste melancolía de las pasadas dichas, las deliciosas reuniones con que se festejaba siempre el santo de la Condesa de Montarco, en el suntuoso parque del hotel de aquel respetable hombre público, cuya muerte aún lloran cuantos le conocieron.

Otros años, también el patio andaluz del palacio de los ilustres Marqueses de Viana abría su dorada cancela para recibir á la linajuda concurrencia que acudía á felicitar á la noble Marquesa.

Este año, solamente en la intimidad se han abierto algunos salones, mereciendo entre éstos particular mención, los de la Marquesa de Pernat, distinguida dama, cuya cuantiosa fortuna, la ha permitido atesorar multitud de objetos artísticos en su magnífica residencia de la calle del Prado.

Los que no frecuentan mucho aquella morada, recorrían extasiados los salones, deteniéndose en el de los tapices, que representa, en grandes figuras alegóricas, *cuatro partes del mundo*. Estos soberbios tapices, pertenecieron á una antigua y linajuda casa española, y adquiridos recientemente por la noble dama, en la importante suma de «treinta mil duros», han sido cuidadosamente restaurados y colocados en un salón decorado *ad hoc*, al estilo Renacimiento; haciendo digno *pendant* con las riquezas arqueológicas allí atesoradas.

***

Varias bodas concertadas durante el mes actual, no se verificarán sin duda hasta el otoño. Es una de ellas la de la encantadora hija de la Marquesa de Onteiro, doña María Casanova y San Miguel, con el distinguido *sportman* señor Gordón, hijo de la Condesa de Mirasol.

También el primogénito de los señores de Rubianes, Marqueses de Aranda, don Gonzalo de Ozores, parece contraerá matrimonio con su prima hermana doña Beatriz Saavedra, hermana del Conde de Urbasa.

Y por último, se habla del concertado enlace del joven Director de un popular periódico de la mañana, con la hija de un opulento título de Castilla.

***

Aunque no en tan grande escala como en años anteriores, la emigración veraniega comenzó en la primera quincena del mes actual.

Sin embargo, este año se dice que permanecerán entre nosotros, una gran parte del verano, muchas familias que acostumbraban abandonar la Corte apenas se iniciaban los primeros calores. Cítanse entre éstas, las de los Duques de Alba y de Granada, de los Condes de Aguilar de Inestrillas, Marqueses de Valdefuentes y otras.

Los Marqueses de la Laguna han demorado también su viaje á San Sebastián, hasta los primeros días de Agosto, por aguardar el bautizo de su nieta, la niña que acaba de dar á luz la Condesa de Urbasa.

La Duquesa de Nájera pensaba reunirse en Cádiz con su esposo, el ilustre jefe militar de aquella plaza, que tan importantes obras de defensa está realizando, de su fortuna particular; obras que bien merecían la atención y el aplauso que la prensa dedica á asuntos de mucha menor importancia.

***

Disperso el *Madrid elegante*, para la fecha de mi próxima crónica, constituirá ésta el resultado de una escursión por playas y balnearios; quizás y sin quizás, los que abandonan la Corte en esta época, carecerán de las distracciones que aquí se ofrecen, abiertos como se hallan dos circos, tres teatros y los jardines del Buen Retiro. Estos se llenan diariamente, y aun queda gente que acude todas las noches á aplaudir á *Pepe Gallardo* en *Apolo*, para reir con las excentricidades del *clown* Wedelmen en *Parihs*, y para recrearse con la hermosura y la gracia de tiples como Amelia Méndez, en *Eldorado*.

MONTE CRISTO

# A RIENDA SUELTA

Allá va el rudo cosaco
sobre fogoso alazán,
dejando atrás las aldeas,
el valle dejando atrás,
y corriendo con tal furia
que parece un huracán.
Su bandera, hecha jirones,
se estremece sin cesar,
retorciéndose unas veces,
desplegándose las más,
y cobijando al soldado
que ¡quién sabe dónde irá!
Por escarpadas pendientes,
galopa sin desmayar,
después atraviesa el llano,
grita de un modo infernal,
y confiado en la espuela
que la sangre tiñe ya,
con fiereza vuelve á hundirla
del caballo en el hijar.

No cede ante riesgo alguno
su decisión pertinaz,
si hay un barranco, lo salta,
escala el monte, si lo hay;
aquello no es ya carrera,
ya no es correr, es volar.
El hierro del noble bruto,
con firmeza sin igual,
al herir el duro suelo,
hace á su paso saltar
trozos de hielo, brillantes
como prismas de cristal.
Largo el cosaco camina
lejano el término está;
pero él no ceja, no ceja,
antes redobla su afán;
y al fin... revienta el caballo.
No había de reventar!

JOAQUÍN ARQUES



MTRO. CELESTINO SADURNÍ.




Durante la última quincena, se han recibido en nuestra redacción, las canciones catalanas harmonizadas por don Enrique Morera, *La mala nova* y *Montanyes del Canigó*. Ambas composiciones están arregladas para voces de hombres y niños, revelando en su autor, señor Morera, los vastos conocimientos que posee en el género de música coral.

El insigne maestro Bretón, autor de la tan famosa ópera española *La Dolores*, se encuentra actualmente en Segovia, terminando una ópera que intitula *Raquel*, la cual, según tenemos entendido, será representada en la próxima temporada teatral en uno de los principales coliseos de España.

Por el editor de esta ciudad, don Juan Ayné, se está terminando la edición del melodrama lírico en tres actos, original del maestro don Manuel Giró, *Nuestra Señora de París*, quien lo ha transformado en ópera; habiendo al efecto compuesto diferentes trozos de música para los recitados de dicho melodrama. En el número dos de este ALBUM, tuvimos el gusto de regalar á nuestros suscriptores la romanza para bajo, *Quasimodo*, de la citada ópera del maestro Giró.

Nos ha cabido la satisfacción de saludar al eminente pianista español que desde tantos años reside en París, don J. Malats. Dicho señor se propone pasar una temporada en esta ciudad; debiendo por consiguiente esperar que tan apreciable concertista de piano, nos proporcione alguna audición de las obras de su vasto repertorio.

En breve partirá para Francia la Banda Municipal de esta ciudad, que tan hábilmente dirige el maestro don Celestino Sadurní, autor de la Romanza que damos de regalo en el presente número; al objeto de tomar parte, autorizada convenientemente por nuestro Alcalde, en el estreno de la nueva partitura de Saint-Saëns, próximo á verificarse en Beziers

SUMARIO DEL SIGUIENTE NUMERO


*Cubierta en color;* de María de la Visitación Ubach.
*¡No más calor!* Caricaturas de Xaudaró.
PÁGINAS EN COLOR: *El testamento*. Artículo de Fernando Serrat y Weyler; ilustrado por Passos.
*En la concha de San Sebastián*. Dibujo de Mariano Pedrero, iluminado por A. S.
*Una chula*. Cuadro de Ramón Casas.
*Del natural*. Acuarela de Pozo.
PÁGINAS EN NEGRO: *El coronel Revilla*. Artículo de F. Correa.
*El camafeo*. Artículo de Emilia Pardo Bazán; con ilustraciones de Tusell.
*La seria*. Cuento de Eusebio Blasco; ilustrado por Sánchez Covisa.
*La Cumbre Santa*. Poema, original de Francisco Tomás Estruch; con dibujos de Jaime Pahissa.
*La risa*. Artículo de Antonio S. Briceño.
*Estudios fisonómicos*. Dibujo de L. Graner.
*Poesía y prosa*. Artículo de Eduardo Lustonó, con ilustraciones de Seriñá y Buil.
MOSAICO.
REGALO: *La Patatús*. Baile típico, para piano, por Emilio Sabaté Parellada.




Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle

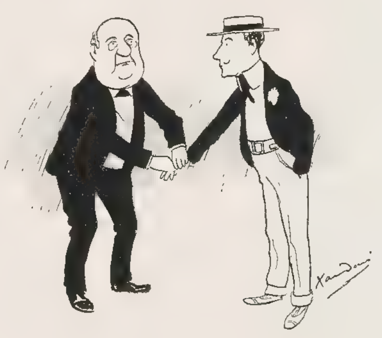



BAÑOS, por XAUDARÓ.





La santa moda obliga á bailar por la noche...




Pero llega una consulta médica:
— Usted necesita bañarse.
— ¿Bañarme? ¡No tengo tiempo!

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí • Rambla de Cataluña, 151, Barcelona • **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTÍCULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO II | BARCELONA, 16 DE AGOSTO DE 1898 | NÚM. 24

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA



¡NO MAS CALOR!, por XAUDARÓ.



—¿Usted tiene calor? ¡Nada más sencillo!
—Claro, tomar un baño..
—Quiá, nada de eso... Escuche usted...



Búsquese usted una novia así...



Que tenga una mamá como esa y una hermana como la muestra. Cásese usted...

# EL TESTAMENTO

CUENTO REPRESENTABLE

*(Lujoso cuarto dormitorio. — El* CONDE, *incorporado en la cama, descansando la cabeza sobre un montón de almohadas. — Junto á la cama, y sentado frente á un velador, el* NOTARIO, *tomando notas.)*

NOTARIO. — ...... Cien mil pesetas para establecimientos de Beneficencia; cuarenta mil para Ramón, el mayordomo...

CONDE. — ¡Pobre Ramón! Tal vez le parecerá poco; pero hay que tener en cuenta que desde que entró á mi servicio no he cesado de darle dinero y además he protegido á toda su familia. En fin; ponga usted cincuenta en lugar de cuarenta.

NOTARIO. — Muy bien. Veinte mil para la servidumbre, honras fúnebres, etc., etc., y por último, heredero universal su sobrino don Rafael de Acuña y Peñablanca. ¿No es eso?

CONDE. — Sí, señor; le nombro mi heredero porque, desde que le amparé, cuando quedó huérfano, antes de cumplir los ocho años, siempre ha vivido conmigo. ¡Pobrecillo! Le quiero más que si fuese hijo mío. Yo le he dado carrera, honores, distinciones. Yo le he hecho un hombre digno y honrado. Cuando él lo dispuso, contrajo matrimonio; después, el cielo le concedió descendencia, y yo, que desgraciadamente no he tenido hijos, he sido para los suyos más que un tío vulgar, un modelo de abuelos cariñosos; pero, la verdad, no me arrepiento porque sé que me quiere más que á sus hijos y que á su misma esposa.

NOTARIO. — Siendo así, apruebo ese nombramiento, porque según se desprende, su sobrino no peca de desagradecido, y la gratitud es una moneda falsificada tantas veces y de tan diversos modos, que ya no se admite en ninguna parte.

CONDE. — Verdaderamente; pero, á Dios gracias, eso no reza con Rafael.

NOTARIO. — Tanto mejor. ¿Tiene usted que hacerme alguna nueva observación?

CONDE. — Ninguna.

NOTARIO. — Entonces, con su permiso me retiro. Hoy mismo quedará redactado el testamento, y mañana vendré con los testigos para firmarlo.

CONDE. — Muchas gracias. *(Toca un timbre y entra* RAMÓN*).* Acompaña á don Cosme, y vuelve en seguida.

RAMÓN. — ¿Qué desea el señor? *(Despues de haber acompañado al* NOTARIO*).*

CONDE. — ¿Han vuelto mis sobrinos?

RAMÓN. — Todavía no. Por lo visto los funerales de la señora duquesa son interminables.

CONDE. — ¿Y los niños dónde están?

RAMÓN. — Allá, en el cuarto de las muñecas, representando comedias. La niña se ha puesto una falda de su mamá y el niño se ha escondido dentro de un gabán de su papá. Si los oyese usted, se moría de risa

CONDE. — Diles que vengan.

RAMÓN. — Le van á usted á marear...

CONDE. — No; aunque estoy débil, tengo la cabeza firme.

RAMÓN. — ¡Pero!...

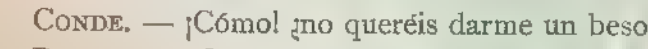
CONDE. — ¡Anda, dame ese gusto!...

*(Vase* RAMÓN, *volviendo en seguida con* ROSITA, *niña de nueve años, y* PEPITO, *de siete).*

RAMÓN. — Aquí los tiene usted. Vamos, niños, dad los días al tito, que os quiere mucho.

ROSITA. — ¡No es verdad!...

PEPITO. — ¡Mentira!...



CONDE. — ¡Cómo! ¿no queréis darme un beso?

ROSITA. — No; porque desde que estás enfermo no nos has comprado nada.

RAMÓN. — Pues si le dais muchos besos y representáis aquí la comedia, yo sé que os regalará muchas cosas.

*Los dos.* — ¿De veras?

CONDE. — Sí; os compraré todo lo que pidáis.

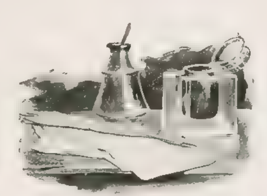
PEPITO. — ¿Todo? Pues yo quiero un tambor, un teatro y una bicicleta.

ROSITA. — Yo una casa de muñecas, y muchos, muchísimos *bebés*...

CONDE. — Pues esta misma tarde saldréis con Ramón y os comprará todo lo que habéis pedido.

PEPITO. — (¡Si yo lo sé, pido más!) *(Aparte á* ROSITA).
ROSITA. — (Anda, pide; no seas tonto...)
PEPITO. — (Deja que antes nos compren lo que nos han ofrecido...)
RAMÓN. — Pero ya sabéis lo que os cuesta: primero, muchos besos y después la comedia.
ROSITA. — Ahora mismo. *(Se acercan los dos á la cama y besan con efusión al* CONDE).
RAMÓN. — Ea; basta de besos y á representar en seguida.
ROSITA. — Pero tú también tienes que representar con nosotros.
RAMÓN. — Yo no tengo papel en vuestras comedias...
ROSITA. — ¿Que no? Ya lo verás. Vamos, pues; empecemos. ¿Quieres, Pepito?
PEPITO. — Sí, sí: pero con mucha formalidad ¿sabes?
ROSITA. — Bueno. Pues siéntate aquí. Esta butaca y este velador serían el despacho de papá. Tú estabas leyendo papelotes. Yo venía de la calle muy sofocada y me dejaba caer en esta silla, diciendo: ¡Vengo avergonzada, horrorizada, escandalizada!... — Ahora tú, Pepito, levantabas asustado la cabeza y decías...
PEPITO. — Sí, ya lo sé: cállate. *(Representando).* — ¿Qué te pasa, mujer?
ROSITA. — Está visto: yo no puedo, no debo, no quiero visitar á nadie; porque al volver á esta casucha me dan ganas de suicidarme.
PEPITO. ¡Qué horror!
ROSITA. — ¡Si vieras qué casa tienen las de Paloseco!... ¡Y las de Ronquillo!... ¡Pues no hablemos de las de Cabezón!... ¡Qué salones!... ¡Qué gabinetes!... ¡Qué comedor!... ¡Qué elegancia!... ¡Qué suntuosidad!... Al lado de tanto gusto y de riqueza tanta, nuestra casa resulta una pocilga, una choza.
PEPITO. — No tanto, mujer. Claro que nuestra casa no es el Palacio Real, pero aun no hace cuatro años se renovó todo gastándonos sólo en muebles más de treinta mil pesetas.
ROSITA. — ¿Pero me negarás que ya están pasados de moda? Además, aquí no se hacen obras. Nuestros salones y nuestro comedor son pequeños, bajos de techo; nuestra escalera apenas tendrá tres metros de ancho; nuestra portería parece una gruta... En fin, aquí todo es malo, viejo y raquítico.
PEPITO. — Pues, hija mía, no hay más remedio que aguantarse. Mientras viva el *ogro,* no quiero hablarle de renovaciones ni hacerle gastar más dinero, porque bastante explotamos su cariño. Cuando él se muera, entonces viviremos á lo príncipe.
ROSITA. — ¡Dichoso *ogro,* bien podía morirse pronto! mañana mismo.
PEPITO. — Mujer, no digas barbaridades: déjale que viva.
ROSITA. — Claro, tú siempre le defiendes; aunque no puedas tragarle, pero ten entendido que el mejor día me voy de esta casa para no volver jamás á pisarla.
PEPITO. — Bien; dejemos esa cuestión.
ROSITA. — Justo: no sabes decir otra cosa. Naturalmente, como no me quieres, no te importa que sufra y me desespere. Dios mío, ¡qué desgraciada soy! La rabia me ahoga... ¡Agua, agua!...
PEPITO. — ¡Ramón!... ¡Ramón!... *(Levantándose y llamando).*
RAMÓN. — ¿Ahora entro yo?
ROSITA. — Sí, ahora entras tú, y al verme desmayada, dices: ¿Qué ocurre? — Y Pepito contesta....
PEPITO. — No me apuntes, ya lo sé... *(Representando).* Nada, lo de todos los días. Hablábamos del *ogro,* y ya lo sabes, siempre que hablamos de él, le da la pataleta.
ROSITA. — (A RAMÓN). Ahora tú dices: — Tenga usted calma, señorita, porque afortunadamente el *ogro* está enfermo y es fácil que esta vez se las líe. — Yo vuelvo en mí y exclamo: ¡Cuándo llegará ese día!... — Y tú contestas: — Pronto. Yo también, Dios me perdone, deseo que se vaya cuanto antes, porque cuando él se muera, con el dinero que me deje, compraré la mitad de mi pueblo y me convertiré en una especie de rey...
RAMÓN. — ¡Pero yo no he dicho nunca eso! *(Incomodado).*
ROSITA. — ¿Cómo que no? Ayer mismo lo dijiste, cuando papá y mamá regañaban.
RAMÓN. — ¿Yo?
PEPITO. — Sí, sí. Lo sostengo delante de cualquiera... ¡Rabia, rabia!...
RAMÓN. — Bueno, bueno: ¡basta ya de comedias!
CONDE. — Muy bien, niños, muy bien. ¡Bravo, bravo! *(Aplaudiendo).*
ROSITA. — *(Dejando de representar y acercándose á la cama).* ¿Qué tal, tiíto; te ha gustado?
CONDE. — Muchísimo. Pero oye: ¿quién es ese *ogro* que tanto nombráis?
ROSITA. — No lo sé. ¿Le conoces tú?
CONDE. — No; pero aseguraría que se parece muchísimo á un íntimo amigo mío.
PEPITO. — ¡Maldito *ogro!*... Estoy deseando que se muera...
ROSITA. — Yo también, porque entonces daremos *soirées, thés*...
PEPITO. — Y tendremos muchos coches, muchos caballos...
ROSITA. — Calla, no chilles; porque ya sabes que papá dijo ayer que si el *ogro* llegaba á enterarse de nuestros proyectos, sería capaz de hacer lo mismo que ha hecho ese inglés que viene en *La Ilustración.*
CONDE. — ¿Pues qué ha hecho ese inglés?
ROSITA. — Una cosa muy graciosa. Pepito y yo lo hemos leído esta mañana. ¿Quieres que te lo cuente?
CONDE. — Bien, cuéntamelo.
PEPITO. ¡Verás qué bonito es!...
ROSITA. — Pues, señor, éste era un Mister que hizo testamento, legando toda su fortuna á unos sobrinos, únicos parientes que le quedaban; pero un día, yo no sé cómo, descubrió que sus sobrinos pedían constantemente á Dios que el tío se muriese pronto, para recoger cuanto antes la herencia. Después el inglés estuvo muy enfermo, y los sobrinos lejos de cuidarle, le dejaban morir como un perro. Por fin se puso bueno; y entonces, en venganza, desheredó á sus sobrinos y desengañado del mundo se fué á vivir á unas islas lejos, muy lejos, y allí fundó una población ¿de qué dirías? ¡De perros y gatos! Para el servicio de esos animalitos ha contratado cincuenta criados, y además tiene varios agentes que se encargan de recoger todos los perros y gatos que andan perdidos por las calles de las principales ciudades del mundo, y los mandan á esa isla... ¿Verdad que es gracioso? Ah, se me olvidaba: también dice que muchas personas ricas mandan de todas partes dinero á ese inglés para que prospere la isla Chatchien... ¿Te ha hecho gracia, tiíto?
CONDE. — Muchísima.
ROSITA. ¿Quieres leerlo y así verás el retrato de ese Mister, que se llama Jorge Betún? Voy á traerte *La Ilustración.* (ROSITA *sale un momento y vuelve á entrar trayendo un periódico ilustrado).* Aquí está.
CONDE. — Bueno, ahora lo leeré.
RAMÓN. — Vamos, niños; no mareemos más al tiíto. Id á vestiros y saldremos en seguida á comprar los juguetes.
PEPITO. — ¡A vestirnos, á vestirnos!
ROSITA. — ¡Qué alegría!... Tener una casa de muñecas y muchos *bebés*... *(Vase corriendo, lo mismo que Pepito).*
RAMÓN. — (AL CONDE). ¿Desea algo más el señor?
CONDE. — Sí, quiero que vayas inmediatamente á casa de don Cosme, y dile que necesito hablar con él sin pérdida de tiempo.
RAMÓN. Está muy bien. *(Vase* RAMÓN. *El* CONDE *queda un momento pensativo y luego lee con avidez el periódico que trajo* ROSITA. *Transcurrida media hora, llega el* NOTARIO, *quien al ver abismado al* CONDE, *pregunta):*
NOTARIO. — ¿Se ha puesto usted peor?
CONDE. — No: le llamo con tanta urgencia porque deseo hacer algunas modificaciones en mi testamento... Suprima usted el legado de Ramón; borre usted el nombre de mi sobrino como heredero universal, y substitúyalo usted por el de Mister Jorge Betún, fundador de la isla Chatchien.
NOTARIO. — ¿Eh? *(Lleno de asombro).*
CONDE. — *(Entregándole La Ilustración).* En este periódico encontrará usted cuantos detalles puedan convenirle acerca de la vida y residencia de mi nuevo heredero.
NOTARIO. — Pero, señor Conde, ¿está usted soñando?...
CONDE. — No, don Cosme. Hace dos horas, cuando dicté el testamento, estaba dormido profundamente; pero después la inocencia se ha encargado de abrirme los ojos, y ahora estoy despierto, completamente despierto.
NOTARIO. — ¿Tal vez algún desengaño?
CONDE. — En efecto: he descubierto una nueva falsificación de la gratitud!...

FERNANDO SERRAT Y WEYLER



# EL CAMAFEO

Mientras corrió su primera juventud, Antón Carranza se creyó nacido y predestinado para el arte. El arte le atraía como el acero al imán, y le fascinaba como el espejuelo á la alondra. Donde sus ojos encontraban una línea elegante, una forma bella, un tono de color intenso y original, allí se quedaban cautivos, en éxtasis de admiración, mientras luchaban en su alma noble, pena de no haber sido el creador de aquella



hermosura, y una ilusión arrogante de llegar á producirla mayor, más original y poderosa, por medio del estudio y el trabajo.

Años y desengaños necesitó para adquirir el triste convencimiento de que carecía de inspiración, de genio artístico. Sus tentativas fueron reiteradas, insistentes, infructuosas. Crispáronse en vano sus dedos alrededor del pincel, de la gubia, del palillo, del buril, del barro húmedo. Si no podía ser pintor ni escultor, á lo menos quería descollar como adornista, como grabador, como tallista; por último, desesperanzado ya, intentó resucitar los primores de orfebrería de Benvenuto Cellini; y si bien por cuenta propia no hizo nada digno de eterno loor, con la joyería, su vocación artística desalentada, se convirtió en provechosa especulación industrial: se asoció á un joyero de fama, montó el taller á gran altura y se dedicó á negociar, escondiendo la incurable herida de su ardiente aspiración y de sus mil fracasos.

El joyero que recibió de socio á Antón Carranza tenía una hija, cuyo enlace con el artista fué base de la nueva razón social. Luisa, la esposa de Carranza, no era bonita, ni aun agraciada: la desfiguraban, su tez amarillenta, sus facciones angulosas y una cojera muy visible. Carranza, con todo, aceptó el trato sin repugnancia alguna; su futura le inspiraba, á falta de sentimientos más vehementes, simpatía y cariño. Como suele suceder á los hombres excesivamente poseídos de la fiebre artística, desconocía Carranza otras pasiones; la mujer era para él una necesidad momentánea, y el matrimonio, una prudente garantía de paz y de afecto. Casóse, pues, satisfecho y tranquilo, y se condujo como un marido bueno y leal.

Rico y en situación de satisfacer sus caprichos, Carranza rebuscó y adquirió preciosidades; ya que no acertaba á modelar estatuas, las hizo desenterrar en Nápoles y Grecia, y pudo colocar en su despacho-taller un lindo *Fauno*, una curiosa *Belona* policromada, encanto de los arqueólogos, y varios fragmentos de mérito é interés.

Conocida su afición, presentáronle los vendedores, medallas de relevado cuño y piedras grabadas, y entre varios ejemplares que no rebasaban del límite de lo usual y corriente, la lúcida ojeada del artista malogrado, descubrió un camafeo griego que desde luego reconoció y disputó por pieza única tal vez en el mundo. Ni el famoso contemporáneo de Alejandro, que representa á Psíquis y el Amor; ni la Venus marina, de Glicón; ni la célebre sardónica de la galería Farnesio, podían eclipsar á aquel sencillo camafeo, que sólo ostentaba una cabeza de mujer, ó mejor dicho, de diosa. La ignorancia relativa del traficante cedió la divinidad á Carranza por un precio irrisorio, atendida la importancia del camafeo, y Antón Carranza, dueño del inestimable tesoro, lo guardó con transporte en una caja de malaquita y pedrería, de donde lo sacaba mañana, tarde y noche, para contemplarlo á su sabor.

¡Qué sobriedad y pureza de líneas, qué misteriosa vida respiraba aquella cabeza! Cuatro rasgos, unos planos que apenas se indican, unas superpuestas capas de ágata que se matizan insensiblemente y una obra maestra, digna de conservar un nombre al través de los siglos, una obra que fija y encarna la idea de una beldad sublime, ¿Por qué no había acertado jamás él, Antón Carranza, á concebir nada que se asemejase á aquel camafeo prodigioso? Una obra así bastaría para hacerle feliz toda la vida, colmando su anhelo y realizando su destino...; y nunca, nunca de sus dedos torpes y su estéril fantasía había de brotar algo que se pareciese al camafeo!

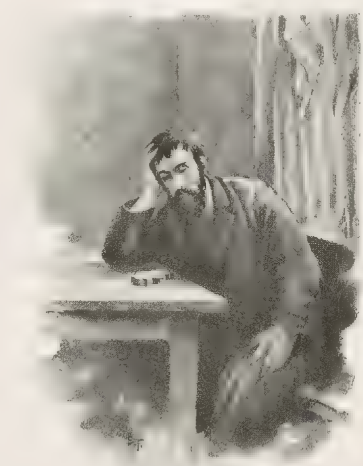
Su entusiasmo por la piedra adquirió carácter extraño y enfermizo. Con fijeza más propia de la perturbación mental que de la cordura, pasábase Carranza horas enteras, mirando el portento y tratando de explicarse qué secreta fuerza, qué rayo luminoso llevaba en sí el desconocido que hacía tantos siglos produjo aquel encanto. Quizás ni él mismo sospechó el valor de la huella genial que imprimió en la dura ágata su diestra paciente y firme. Quizás, alguna joven de Mitilene ó de Samos, lució en el anular ó colgó á su garganta el camafeo, sin conocer que poseía una riqueza ideal. Ni los que lo habían desenterrado y vendido ahora, en el siglo XIX, comprendieron lo que tenían entre manos. El primer verdadero poseedor de la joya, era Antón Carranza... Y en arrebato nervioso de desordenada pasión, Carranza pegaba los labios al camafeo, lo estrechaba contra su pecho, queriendo incrustarlo en él, adherirlo á su carne...

Notó por fin Luisa, y notaron todos los de la casa, dependientes y amigos, clientes y corresponsales, alarmantes síntomas en Antonio; y los que le veían de cerca se asustaron de su afición á la soledad, su hábito ya adquirido de encerrarse á deshora, su silencio en la mesa, y le tuvieron por maniático, opinando que los intereses comerciales de la sociedad peligraban en su poder. Era para Luisa doblemente triste que se hubiese anublado la razón de su esposo, ahora que, cumplidos sus más dulces deseos, se sentía en cinta y soñaba en el momento inefable de estrechar á la criatura que esperaba... Consultado el médico acerca del estado de Carranza, y habiéndole observado despacio, con persistencia y disimulo, su fallo fué terrible: tratábase de un caso de monomanía tenaz, acompañada de graves desórdenes en las funciones del hígado y del corazón; y para salvar la razón y acaso la vida del enfermo, era preciso encerrarle sin tardanza en una casa de salud, sujetándole á un método riguroso.

No hubo más remedio que acceder, y Carranza, una mañanita, fué conducido al triste asilo donde, separado de los que le amaban, iba á verse abandonado del mundo... Con peregrina indiferencia se dejó llevar el maniático; tenía consigo el camafeo, y nada más necesitaba para ser dichoso en las regiones de sus delirios. Luisa iba á verle con frecuencia; pero se interrumpieron sus visitas cuando llegó el esperado trance; el nacimiento de una niña puso su existencia en peligro, dejándola semi paralítica y sujeta á ataques dolorosos, que transcurrió largo tiempo sin que pudiese ver al pobre recluso. Decía el médico que Carranza mejoraba y pronto saldría de su encierro; pero corrían meses y años y no llegaba el momento feliz.

Luisa, que amaba á su marido tiernamente, no tenía otro consuelo sino ver desarrollarse á su hija, y envanecerse de su sorprendente hermosura. La niña, en efecto, era una perla. No se parecía á su madre ni á su padre: ni el más mínimo rasgo de sus facciones recordaba á los que la habían dado el sér. Las líneas de su rostro, puras y correctísimas, desesperarían á un escultor, por su incopiable elegancia y delicadeza; y los rizos que se agrupaban sobre su frente y caían sobre su cuello torneado, tenían una colocación graciosa y noble, como sólo la obtiene el arte.

Un día, Luisa, sintiéndose algo aliviada, se metió en un coche con su hija y se apeó á la puerta del asilo. Al penetrar en la habitación que ocupaba su esposo, al mirarle, exhaló un grito de terror y pena: pálido, demacrado, con la mirada fija, Carranza contemplaba un objeto, y de esta contemplación nada podía distraerle: era el camafeo,... y siempre el camafeo. Luisa comprendió con espanto que el enfermo no la reconocía, y herida en el alma, guiada por su instinto de madre presentó, elevó en alto á la niña. Carranza dejó caer sobre ella una mirada indiferente; de súbito, sus ojos se animaron, brillaron, recobraron la luz de la inteligencia y del



amor; sus brazos se abrieron, sus dedos soltaron el camafeo mágico y fatal, sus lágrimas brotaron, y, como el que se despierta, corrió hacia su mujer y su hija... Acababa de advertir que la faz de la niña era la misma faz de la diosa grabada en la piedra dura... y comprendía que, sin saberlo, había prestado sér y realidad, carne y hueso, á una belleza soberana!

Emilia PARDO BAZÁN

# LA CONCHA DE SAN SEBASTIAN

No se trata de una mujer, nada de esto; aunque lleve nombre de tal. Hago la salvedad, por si alguno que la desconoce creyera hallar en ella cierta analogía con... la Dolores de Calatayud, verbigracia. A bien que difícilmente ocurrirá ese caso; si popular y renombrada es la una, no le va en zaga la otra. Antes de que el malogrado Feliu y Codina, con su galana pluma, y Bretón, con su inspirada música, idealizaran á la maritornes aragonesa, la moda había pregonado las excelencias de la famosa playa vascongada.

Conste, pues, que la Concha á que me refiero, no tiene de mujer sino el nombre; nombre muy bonito, por cierto, y al que en mis buenos tiempos profesé gran veneración; cosa que importará poco á mis lectores, por lo cual callo el motivo.

Para todo se necesita suerte en este pícaro mundo; con ser tan extensa la playa que limita nuestra península, un pedazo exiguo de ella logró avasallar á la restante, que contempla envidiosa la preferencia de que hacen objeto á su diminuta rival los españoles de cierta categoría, precisamente aquellos que dan el tono en cuestión tan importante. Y está visto, que la fortuna ha querido favorecer á la pequeña playa, en perjuicio de las demás; hoy, ninguna persona de arraigo... y posibles se acuerda de que exista otro mar que el de la Concha, ni otro punto veraniego que San Sebastián. Hablando francamente y sin pasión, les alabo el gusto, con permiso de las perjudicadas: como yo pudiera, léase si lo permitiera mi bolsillo, — seguiría esa emigración hacia el Norte, para recrearme en *dolce far niente* durante un par de meses, y compartir con sus habituales parroquianos las delicias de aquel anticipado paraíso. Porque, no admito discusión, se está allí á las mil maravillas; sobre todo, desde que así se dispuso de R. O.: quiero significar desde que la Corona se fincó en aquella amena orilla y el niño Rey se entrega á las diversiones propias de la edad, en sus salutíferas arenas. La temporada es corta; pero de provecho. ¡Como que sin moverse de la playa, disfruta uno del espectáculo más variado y pintoresco que cabe imaginar! Yo sé decir de mí, que me pasaba las horas muertas, embobado en la muda contemplación de tanta hermosura como pululaba en torno mío. Aludo á la de las mujeres, por supuesto. ¡Qué bonitas todas! Al menos, todas me lo parecían, por la elegancia del traje y la distinción de sus maneras, factores extraordinariamente principales en ese hermoso producto de la naturaleza á que los hombres, incluso mi humilde persona, tenemos loca afición. La mayor parte eran madrileñas, y aristócratas de pura sangre, por añadidura. Claro; San Sebastián, en Agosto y Septiembre, es una pequeña Corte; la Concha, á determinadas horas del día, hace veces de Prado ó Castellana, y al entrar en el Gran Casino, se respira atmósfera de grandeza, cual en los más espléndidos salones de Madrid.



Abrigo la seguridad de que no volveré á disfrutar otro verano, como el de marras, por varias razones: la primera, y bastará con ella para que me entiendan ustedes, porque un viejecillo de tal naturaleza viene á ser alimento muy pesado para estómagos débiles. Me costó todo un invierno de digestión, ó si se quiere abstinencia. Tras el derroche, la economía forzosa.

Vale la pena de efectuarlo en primera y con alojamiento apalabrado; pero cuesta un ojo de la cara. Viaje de infinito placer á la ida; pero del que muchos vuelven con dolor de costado... y en tercera, á falta de otro medio más económico.

No hablo solamente por mí, que al fin hice el viaje solo... y volví ídem; aludo á indeterminadas familias que sacrifican á la satisfacción de algunas semanas el bienestar del siguiente invierno. La moda, bajo cuyo imperio viven, les lleva, sin poder, á donde van los que pueden, y... naturalmente, el término de la jornada suele estar henchido de amarguras, en forma tangible de acreedores.

Lo cual significa que en San Sebastián, durante la época de fiebre cortesana, no es todo oro lo que reluce... Se me ofreció ocasión de tratar á un alto empleado que se gastó en un mes el sueldo del año; el que figuraba en nómina, se entiende. Tenía una esposa y unas hijas capaces .. de comer patatas los otros once, á trueque de codearse por espacio de treinta días con lo mejorcito de la nación. Y á este tenor, se hallarían docenas de docenas. La vanidad razona poco y mal;... de aquí que los vanidosos se dejen arrastrar por ella, á costa de cualquier sacrificio... veraneando á lo príncipe, á pesar de que en su bolsillo no hay cinco céntimos sobrantes, si por casualidad se les ocurre socorrer á un mendigo. ¡Y á fe que los donostiarras no saben explotar á los forasteros! A ellos me refería antes, cuando, á propósito del viaje, dije que costaba un ojo de la cara. En los momentos de efervescencia, las habitaciones alcanzan precios fabulosos, más altos, si á mano viene, que el valor de la finca. ¡Pues digo, en tocando á ciertos artículos!... No lo repruebo, al contrario; considero natural que hagan su Agosto... y buena parte de Septiembre, fundados en la misma razón que asistía al posadero del cuento, para cobrar á no sé que rey una cantidad fabulosa, por un par de huevos. — ¿Tanto escasean? — le preguntó el monarca. — No, señor; — respondióle el rústico: — los que escasean son los reyes.

Desgraciadamente para los que, próximos á ver agotados los beneficios de la temporada anterior, esperaban cubrirse el riñón en la actual, cabe profetizar que se les aguará la fiesta. Pensando con cordura y según las noticias que nos participa la prensa bien informada, SS. MM. y AA. no se bañarán este año en la Concha; caso de que haya jornada, irán no más á la Granja. ¡Vaya una contrariedad de tomo y lomo para los que ya echaban cuentas sobre ganancias casi seguras! ¡Cómo renegarán de los yankees y de su cacareada visita á nuestros mares! Porque, no yendo allá la Real familia, gran parte de la nobleza brillará por su ausencia, y la población flotante... de oro y de dublé, disminuirá no poco; resultando la cosecha en espectativa, escasa y de dudosa calidad.

Véase por donde, la Perla del Cantábrico, sin ser plaza fuerte, ni figurar en el programa de los belicosos alardes norteamericanos, experimenta los crueles efectos de un bombardeo moral. ¡Y en qué ocasión! cuando el cielo enviándonos un calor ecuatorial se empeñaba en favorecerla.

¡Verdad es que no necesitamos bañarnos... para estar frescos!

C.

RAMON CASAS



UNA CHULA

# POESÍA Y PROSA



No hace muchos años que una noche me hallaba sentado en el paraíso del teatro Real, oyendo ese amoroso idilio musical, que desde 1831 viene dando la vuelta al mundo, y que se llama *La Sonámbula*.

Acabado que fué el primer acto de la ópera, me recosté en la grada que tenía encima de mí, apoyada la cabeza en la palma de la mano y conmovido aún con el recuerdo de la música que acababa de oir; cuando he aquí que al lado mío, vi asomar por debajo de una falda de seda, un pie de mujer, calzado con una bota de tafilete negro.

Era un pié liliputiense, que golpeaba graciosamente la tabla sobre que se apoyaba, y tan pequeño, tan pequeño, que hubiera podido calzarse el zapatito de la Puerca Cenicienta.

Comprendo la afición hacia esos hermosos cabellos que embellecen á algunas mujeres, más que pudiera hacerlo una magnífica corona, porque ellos demuestran la fuerza de la organización y quizá la del sentimiento. Hallo muy natural que un hombre ame los ojos, espejos del alma; ó la frente, reflejo del pensamiento; ó la boca, que atesora tan dulces prendas de amor, y hasta las manos, que pueden dar tan tiernos apretones; pero delirar por los pies, cómo á mí me sucede, es manía que aun no he acertado á explicarme.

Porque, á la verdad, ¿qué puede decir un pie, que aunque oculto entre seda ó raso, al cabo está oculto? ¡Y sin embargo, á mí me dice tanto! Y como á mí, también debe decir á otros muchos; porque si no, ¿de qué proviene esa coquetería con que las mujeres se calzan; esa predilección con que cuidan sus pies? No creo que lo hagan solamente por agradarme á mí, aunque esto me halagaría sobremanera.

Pigmaleón no pudo animar á su estatua: las mujeres consiguen dar vida á sus pies; bien es verdad, que las mujeres son muy grandes artistas.

Ved sino esas tentaciones que se deslizan sobre el suelo, ocultas en una bota de raso ó en un zapato de tafilete ó de charol, asomando de vez en cuando, por entre los pliegues de un vestido, al atravesar una calle regada, ó al subir al estribo de un carruaje, y comprenderéis toda la verdad de mis palabras.

***

El pie á que me refiero, era una obra maestra. En la parte superior tenía una curvatura modelada con una suavidad admirable; mientras que en la inferior, formaba una especie de arco que, comenzando en un talón fino y descarnado, debía acabar sin duda en unos dedos blancos y de color de rosa. Benvenuto Cellini le presintió, tal vez, al grabar su *Leda*, porque sólo en esta maravillosa medalla he encontrado una cosa parecida.

Pasado el primer momento de admiración, desde el pie alcé los ojos al rostro de su dueña. Era pálido, pero con la palidez de la azucena, y esta cualidad, unida á la del pie incomparable, bastó para que yo quedase enamorado.

Ella debió comprenderlo así, al ver la emoción que expresaba mi semblante, y me lo agradeció del modo más halagüeño, porque su pie tomó todas las posturas imaginables: irguió su punta como un ave que levanta el pico al cielo, pronta á volar hacia él; la bajó hasta tocar la tabla de mi asiento, como una golondrina que suspendida en el aire se inclina para beber en un arroyo: se recostó graciosamente á uno y otro lado, como desafiándome á que hallasen mis ojos en sus costados la más ligera imperfección; finalmente, hizo tan provocativas muecas, que hasta parecióme que le oía decir: ¡bésame!

Entónces comenzó el segundo acto de la ópera.

***

Si desde el tumulto y fragor de una gran batalla, pasase de repente un hombre sibarita, á un oasis delicioso lleno de frescas enramadas, de aguas cristalinas y de canoras aves, experimentaría ciertamente una impresión voluptuosa y placentera, parecida á la que sentía yo, escuchando la música de *La Sonámbula*. Atronados aún mis oídos con el estrépito de ciertas modernas partituras, saboreaba con delicia aquellas armonías tan suaves, tan puras, tan delicadas. Al oir una ópera de Bellini, siempre me ha sucedido lo propio que al leer *Pablo y Virginia*, ese poema candoroso y sencillo que no tiene igual: me he hallado de súbito rodeado de sombra, de aromas, de árboles y de flores.

En la noche á que me refiero, esta sensación agradable y poética, fué mayor todavía, y se aumentó con yo no sé que elucubraciones, producidas quizás por la proximidad de aquella mujer.

Aquella noche me sentí poeta: recobré toda la fuerza de mi imaginación, gastada ó perdida hacía mucho tiempo, y como en los insomnios de mi juventud, caí en un éxtasis indefinible, en un vértigo delirante, en el que todo se confundía en mi derredor.

Sin perder una nota de la divina música que oía; contemplando al mismo tiempo el pálido y agraciado rostro de aquella mujer, á quien puedo decir que entonces amaba con toda la plenitud de mi alma; absorbiendo, digámoslo así, las miradas que de vez en cuando dejaba caer sobre mi corazón, acompañadas de una sonrisa; deliré un porvenir de



amor y felicidad: me mecí en esos sueños de que, pasada la edad de la adolescencia, sólo nos queda un recuerdo.

***

Embellecido en estos encantadores pensamientos, de los que en más de una ocasión me hizo prescindir cierta expresión burlona que creí notar en una señora de cierta edad, acompañante de mi ídolo, transcurrió el resto de la representación — que yo hubiera querido que durase tanto como los dramas de la India, y fué necesario abandonar aquellas gradas, para mí, verdadero paraíso.

Seguí la huella de aquel pie, que me pareció que dejaba una estela luminosa, *como la nave en el sereno mar*, y marché en pos de mis desconocidas, á cierta distancia, por yo no sé que calles; tan absorto estaba en mis amorosos deliquios.

La más joven de las dos, andaba con ese paso gracioso y juvenil, parecido al de una hada que apenas toca la tierra, y más de una vez su mano piadosa, levantando la falda del vestido, me permitió ver de nuevo su hechicero pie y el comienzo de una pierna fina y torneada.

Si ella me amase, pensaba yo, su amor templaría el fuego de mi imaginación que, á falta de pasto intelectual, se devora á sí misma, y apagando el ardor de mi sangre que me consume, encontraría el estímulo que necesito para conquistar el porvenir.

Al cabo de un rato, se detuvieron á la puerta de una casa; y cuando me adelanté para mendigar por vez postrera una mirada de mi ídolo, vi con gran asombro que la señora que la acompañaba, se dirigió hacia mí y me dijo...

¡Adiós, sueños de amor, esperanza de felicidad, pasión casta que por un momento reanimó mi corazón! ¡Huid, huid para siempre! Bellini os evocó con sus celestes melodías, y una mujer os desvaneció con estas prosaicas palabras:

—Ya sabe usted donde me he mudado. ¿Cuándo viene usted por casa á pagarme aquellos cuarenta duros que me debe?

¡Oh, prosa vil! Aquella mujer era una antigua patrona de huéspedes, olvidada en el caos de mis recuerdos.

E. DE LUSTONÓ



NOTAS DE ARTE. — ESTUDIOS FISONÓMICOS, por LUIS GRANER

# MI TIA RAMONA

¡Buen carácter tenía pera eso mi tía Ramona!

Sí; que le fueran á ella con sensiblerías de chiquillos y ¡estaba divertido el narrador!

A cada paso lo repetía, viniera ó no á cuento. — ¿Chiquillos yo? — decía; — antes me tirara por la ventana que soportar esa impertinencia con babas que otros creen don del cielo. Cuando Dios no me los ha dado, ya sabe lo que se ha hecho. El me perdone; pero... creo que los hubiera aborrecido horriblemente. Siempre se lo dije á mi Ginés (q. e. p. d.). « Es inútil que chilles ni te desesperes. No me convencerás nunca de la necesidad de un hijo. ¡Valiente felicidad tendríamos ahora, si estuvieran atronando la casa con sus gritos, tres ó cuatro arrapiezos que nos lo destrozaran todo y para los que nuestra fortuna sería un ochavo. No, pues lo que es á mí no me marcas. Si en esta casa llegara á ocurrir esa *desgracia*, yo te dejaba solo con el crío, y *tú que lo quieres llévalo á cuestas*.

El bueno de su esposo, mi pobre tío, murió sin haber logrado lo que tanto ambicionaba, y sin haber podido convencer á su cónyuge de que un matrimonio sin hijos es tan insípido como una comida sin sal. ¡Sí, sí! ¡Cualquiera convence á una mujer, si ésta se empeña en cerrar los oídos á toda reflexión!

Mi tía Ramona llegó pues á los cincuenta años sin haber sentido el más grande y avasallador de los afectos de la tierra; y lo que es más atroz aún, sin que nadie hubiera podido persuadirla de la horrible profanación que entrañaba su anómala repugnancia.

***

¡Vaya usted á ver, por qué serie de circunstancias se entró aquella mocosuela por las puertas de la casa de mi tía.

En el pueblo, todo el mundo sabía la historia, bastante sencilla por cierto, y yo la escuché cien veces, para satisfacer la admiración que me embargaba. En dos años que falté de aquel lugar ¡qué radical transformación en la casa de mi austera y egoistona tía!

He aquí la historia.

En una noche crudísima de invierno, á la hora en que todos dormían á pierna suelta, se oyeron golpes en la puerta principal, y una voz que, con acento desfallecido, pedía hospitalidad por Dios.

Mi tía que siempre tuvo un sueño ligerísimo, se despertó, prestando atención á aquella angustiada súplica; llamó á los criados, é inmediatamente que se abrió la puerta, una infeliz mujer, con el andrajoso ropaje hecho una sopa y cadavérico el semblante, se dejó caer en el umbral, sin conocimiento.

¡Noche de prueba aquella para mi tía! Tan regalona y amiga de no ser molestada como era, vióse precisada á correr por toda la casa, completamente aturdida, sin saber como socorrer á aquella desgraciada, cuyo estado delicadísimo requería rápido y pronto auxilio.

Ignorante en absoluto de cuanto en estos trances comunes, al par que terribles, se necesita, resolvió de plano, y mandó llamar al médico del pueblo, quien á las pocas horas certificó de la muerte de la infeliz mendiga, depositando en manos de mi escandalizada tía, una huerfanita de algunos minutos de edad.

Nadie pudo observarlo; pero yo me figuro la cara que pondría la hermana de mi padre, cuando se viera precisada á mecer y estrechar entre sus brazos, una de aquellas impertinencias con babas á las que tanto horror profesó siempre.

Pero aquí entra lo asombroso. Cuentan algunos criados, testigos de aquella terrible escena, que mientras mi tía se inclinaba curiosamente para ver, á la luz de una bujía, la cara de la recién nacida, ésta se volvió, en un movimiento de espasmo, cogió el errante dedo de la viuda, y por un instante lo retuvo con fuerza.

Mi tía puso una cara de asombro imposible de describir, y algo parecido al rubor asomó á sus enjutas y amarillentas mejillas. Permaneció en silencio, durante unos momentos, sin atreverse á respirar ni á variar de postura; y luego, ya fuese por el contacto de aquel algo vivo á quien alentó en su hora postrera aquel algo muerto, ó bien por una revolución de los sentimientos que hasta entonces desconociera, comenzó á estremecerla cierta idea. Recordó días de enfermedad y desconfianza; días de mortificante temor y frialdad espeluznante, en la vejez solitaria. Pensó en un sér que pudiera haber existido... ¡También ella pudo tener un hijo! y quizá Dios castigaría su aversión á ser madre!... Sintió escalofríos. Los brazos que se extendían indiferentes en torno de la diminuta huérfana, comenzaron á temblar y á estrecharse;. . y por último, con un impulso profundo, potente, de verdadera maternidad, prorrumpió en sollozos, atrajo hacia su seno á la niña una y otra vez, la colmó de besos (los primeros en su vida) y el hielo de aquel alma indiferente y egoísta, se deshizo en un torrente de lágrimas, las primeras también que vertía por aquellas *impertinencias con babas* á las que tenía declarada guerra sin cuartel.

***

Y ahí tienen ustedes á mi tía Ramona, jadeante detrás de la chiquilla, que ya corretea por la huerta, hecha un diablillo de bucles rubios y ojos de color de cielo, mientras ella repite á cada paso:

— ¡Ay, si mi Ginés (q. e. p. d.) viviera, cuán felices seríamos!

J. DE ALCÁNTARA FUENTES



DEL NATURAL. — ACUARELA DE JULIÁN POZO.

# EL CORONEL REVILLA

De caballería y lo que se llama todo un caballero de otros tiempos. Severo y ordenancista, eso sí; pero cumplidor de la ley, jamás tirano. El soldado, para él, era hombre, no máquina; lo sabía por propia experiencia.

Los generales del imperio salieron de la tropa, y Napoleón no hubiera sido nada sin ellos. — decía él. Y estaba en lo cierto; los héroes suelen ser los soldados, y luego, la gloria... como todas las cosas.

Ya tenía su lado ridículo y alguna cualidad no muy aceptable; pero las buenas eran tantas... Más que nada era hombre de corazón.

Se quedó huérfano á los pocos años. Huérfano y pobre ¿qué había de ser? Trató de ganarse la vida con el trabajo honrado, y claro, como de costumbre, le explotaron. Quiso ser algo útil; quiso aprender un oficio; no le enseñaron nada y... lo dejó. Un aprendiz no es un criado. En España, esto no se ha sabido distinguir jamás. Falto de recursos... salió de Herodes y entró en Pilatos. Fué dependiente de un comercio; barrió la tienda y trató con criadas. Al fin se hartó, y un día, el más feliz de su vida, sentó plaza. Acertó.

Pronto fué cabo, y como no tenía familia, se encariñó con el ejército. Esto sería allá en 1855. En la campaña de Africa, donde se portó heroicamente, sacó dos galones y dos balazos.

Al revés que muchos, no se contentó con la rutina; se dedicó á estudiar á ratos perdidos — á ratos ganados — y adquirió la mayor parte de los conocimientos que se exigen á los oficiales de colegio. No parecía de cuchara. Naturalmente, había sido criado en una casa donde, á falta de grandes recursos, porque el padre era un modesto empleado — un empleado de aquellos á la antigua, — había en cambio honradez y vergüenza, y su padre supo inculcarle las ideas de pundonor que durante la vida le sirvieron de norma.

O'Donnell le protegió dándole una comisión de honra y provecho. Cosa extraña; fué á consecuencia de una cuestión personal en que se encontró mezclado un ayudante del general, según se dijo entonces; una cuestión que tuvo cierto eco: había faldas de por medio. El flaco de Revilla eran las mujeres; pero á su modo, con rarezas.

Pudo haberse hecho político, progresista, conforme se llamaba en aquella época; pero el coronel, como buen militar, siempre fué enemigo de políticos. Cuando *la gloriosa* se batió con Novaliches, porque aunque liberal en el fondo, nunca quiso pronunciarse. Y fué uno de tantos sacrificios que se impuso, pues, como tantos otros, creyó que aquella revolución sería algo; mas el deber era lo primero. Vean ustedes, lo que son los escrúpulos.

Yo le conocí en Madrid unos cuantos años después de la Restauración, hacia 1880. Entonces ya era coronel, había hecho la campaña del Norte y servido al mando de Concha.

Siempre recuerdo el primer día que nos conocimos. Fuí á comer en casa de los de Santi-Petri — una antigua relación de familia; — este buen señor hizo una de sus visitas periódicas. Visita de confianza. Había sido compañero de armas del esposo, entonces brigadier, y su carácter franco abreviaba cumplidos ridículos.

Simpatizamos desde el primer momento; ¡qué sé yo! corrientes misteriosas que enlazan dos caracteres en el punto y hora que se tratan.

Luego era hombre que agradaba al primer golpe. Fuerte como un roble, alto de cuerpo, ancho de hombros y esbelto de cintura.

En un momento, hizo la apología del soltero, con una voz varonil, con una de esas voces que saben imponerse en los regimientos. Y su voz le realzaba, que no hay nada más risible que un jefe con voz chillona ó atiplada.

Hablaba de Concha con ardor bélico y entusiasmo juvenil. Concha no era *él*, sino *ella*, una medio novia con quien pudo haberse casado siendo capitán; pero como el hombre puso los ojos altos, lo dejaron de infantería en cuanto quiso tocar al santo. Esta fué una herida que nunca llegó á cicatrizar. Por entonces tuvo el célebre desafío con su rival.

—¿Comprende usted, me comprende usted bien, Cipriano? — decía á la de Santi-Petri — la culpa no fué de élla sino de su madre, ¡perra!... que lo que es ella á mí sólo quería; ¡cuerno! que yo bien entiendo de mujeres.

Esas exclamaciones eran en él familiares y las soltaba en todas partes.

Durante algún tiempo, soñó al parecer en casarse con la viuda de Moya, una amiga de Cipriano; pero lo pensó y lo repensó... y al fin se calló. Ya se sabe, pensando el matrimonio es imposible que ningún ser racional se case.

Gustábale la de Moya, sí; pero pasada ya la edad de las pasiones acabó por no sentir por ella más que un afecto sincero y á la buena de Dios. Esto sin contar con que el coronel era tímido para el trato social de mujeres de posición.

Y por qué ocultarlo; aquel héroe que al frente de su escuadrón habría sabido vencer el frío del alma que se experimenta ante el horrible espectáculo de esos metrallazos descomunales dados de pleno y por vanguardia; en que vuelan por los aires miembros humanos y vienen á tierra en espantosa confusión jinetes y caballos; aquel hombre todo corazón, enamorado de verdad una sola vez en su vida—por ridículo, por increíble que parezca, — no supo conquistar ni en sus mejores tiempos más que zafias maritornes.

Y, sin embargo, nunca pudo resistir que nadie supiera más que él en el trato femenino. ¿Por qué fatalidad los hombres que tienen algo grande — sea lo que sea,—pero que no les cabe en el cuerpo, el valor heroico, el genio creador, la abnegación sublime, el amor vehemente, suelen estar desprovistos de las aptitudes mujeriegas?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Pobre Revilla! ¡Qué muerte tuvo! Aquel valiente, que muriendo en campaña, habría muerto con gloria, vino á morir de un balazo, obscuramente, y en un mal callejón.

Durante un invierno en que se encontraba delicado, pidió licencia para una de nuestras ciudades del mediodía. — ¿Qué ocurrió á poco?

Contábase lo siguiente: entró un campesino en casa de un armero que vivía en una calle estrecha, á que le arreglasen una escopeta.

—¿Está descargada? —preguntó el armero viendo que no tenía el pistón.

—Sí, señor;—respondió el campesino.

Puso aquél la escopeta en el banco y comenzó á destornillar la chimenea. En esto salió el tiro... y un transeunte, que tuvo la suerte de pasar en aquel momento, recibió la bala en el corazón quedando muerto en el acto. ¡¡Era Revilla!!!

F. CORREA

# LA CUMBRE SANTA

POEMA

I

Soberbio mirador de Cataluña
Es la montaña al Pirineo próxima:
Tiene franjas de pinos y castaños,
Hondos fruncidos de tajantes rocas,
Y, en la *Cumbre*, vecina de los rayos,
Donde el águila audaz á veces posa,
Una pequeña casa de labranza
Con techo agudo y con paredes rojas.

El pedrisco, los rayos y las nieves,
Del edificio hicieron una choza
Donde viven dos seres, dos ancianos
Débiles, mustios cual caídas hojas
Que en vano resistir quieren al viento
Del infortunio, cuando airado sopla.

Su Heredero, murió; cabe la ermita
Del valle aquél, amortajado en sombras,
Está su cruz, oblicua, como mástil
Resistente, surgiendo de las olas.

Él fué el sostén de los enfermos padres;
Su brazo firme y voluntad indómita
Cubrieron de mesetas las vertientes,
La tierra estéril convirtiendo en pródiga;
Purgaron de reptiles y alimañas
Del pie del monte las tupidas frondas,
Y, por aves y brutos reemplazándoles,
Siempre amigos del hombre y su custodia,
Centuplicados rapidez y fuerza,
Instinto y vigilancia, tuvo su obra.

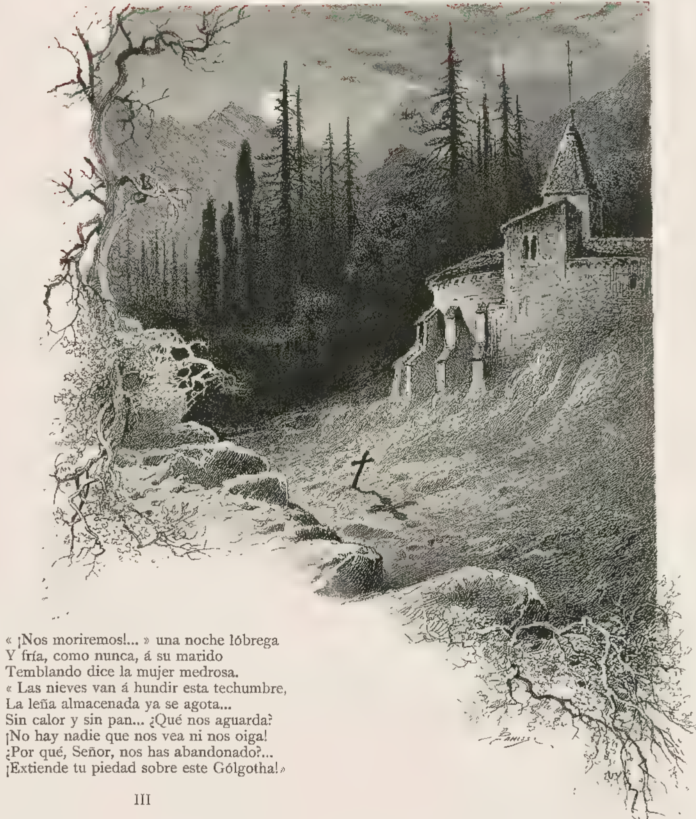
La fama del honrado y laborioso
Salvó distancias, ocupó memorias;
La *pubilla* (1) más rica y más garrida
Que á diez leguas existe á la redonda,
Sintió inflamarse el corazón de amores
Por el *heréu* cuya energía asombra,
Parco en hablar, en el trabajo pródigo,
De alma prudente, astuta, previsora,
Ante la cual estréllase el peligro
Y muestran los obstáculos su incógnita.

Casar debieron al llegar la Pascua;
Sególe al joven la Guadaña corva
Poco antes de que al tálamo subiera...
Siete meses el hoyo en que reposa
Está cubierto por la nieve helada...
— ¡En menos tiempo le olvidó su novia!

II

Minados por la negra pesadumbre,
Los Viejos, cuyas fuerzas ya eran pocas,
Inválidos parecen vacilantes:
¡Tienen por perspectiva la limosna!
Las azadas, las palas y los picos,
Casi resbalan en sus manos flojas;
Falto de riego languidece el huerto;
La vid y el trigo púdrense por sobra
De humedad. La nevada ó las escarchas
El útil pasto á los ganados roban;
Y, en el surco de ayer, no renovado,
Cardos y hortigas, larvas y babosas,
El imperio perdido recuperan
Creciendo en número ó salvaje pompa.
Disputa al hombre la hortaliza enferma
La gruesa hormiga, la voraz langosta;
Hambre tienen los perros y se mueren;
En las noches de invierno, y á altas horas,
Fosforecen los ojos de los lobos
Tras las rendijas de la puerta rota...
¿Qué le queda al almiar? Un palo escueto,
En cuya punta, agujereada una olla,
Ya no tendrá más pájaros cantores...
Para anunciar el alba no hay alondras,
Ni gallos, ni el alegre caramillo
Del pastor-niño, al conducir su tropa
En busca de alimento que se esconde
Bajo matas de helecho con aljófar!
Aquí hay llanto no más, mortal tristeza...

(1) En Cataluña equivale á *heredera*, la hija que, en ausencia de hermano varón *(heréu)*, todo lo hereda.



« ¡Nos moriremos!... » una noche lóbrega
Y fría, como nunca, á su marido
Temblando dice la mujer medrosa.
« Las nieves van á hundir esta techumbre,
La leña almacenada ya se agota...
Sin calor y sin pan... ¿Qué nos aguarda?
¡No hay nadie que nos vea ni nos oiga!
¿Por qué, Señor, nos has abandonado?...
¡Extiende tu piedad sobre este Gólgotha! »

III

Suena el clarín; es el clarín de guerra,
De la guerra civil, feroz y loca:
La barbarie que vuelve con sus crímenes,
Su sangre, sus incendios y sus cóleras,
Sus violaciones lúbricas y olientes,
Sus despojos vandálicos ó hipócritas.
Es que la Patria, dividida en bandos,
Que altos principios de justicia invocan,
Por sus hijos se ve despedazada...
¿Qué más hicieran extranjeras hordas?
Al sitio donde se hallan los Ancianos
No llega ni un rumor de la discordia...
¡Tan alto está y tan lejos de los hombres!

Empero, mientras una noche öran
Al Hacedor, su protección pidiéndole,
Entre gritos de mando y de congoja
Vibra la puerta herida por la aldaba.
Abren: ven, á la luz de las antorchas,
Acémilas y carros, y, sobre ellos,
Mal envueltos con manta ó tapabocas,
Número tal de heridos que consterna.
Quebrada la color, pardas las órbitas,
Afónica la voz, lacios los músculos,
Por manchas que á las vendas acartonan
Denotado el encono de la herida...
Respiraciones galopantes, roncas
Las más; la plegaria y la blasfemia;
La confesión pedida sin demora;
El grito de venganza para un día;
El llanto que á torrentes se desborda;
Un mundo de dolor, otro de miedo...
¡Los Viejos ese cuadro ven y tocan!
— ¿Qué queréis? — dice el hombre.
— Vuestra casa, —
Contesta un cabecilla de áurea borla,
· Será desde hoy nuestro *Hospital de sangre;*
Ningún daño con esto se os irroga;
Veréis, por el contrario, cómo crece
Este edificio y solidez recobra.
Decid si os place abandonar el puesto
O continuar en él, buenas personas;
Si lo primero, al punto os indemnizo,
Mas, si tenéis, cual yo, misericordia
De los pobres heridos, secundadnos:
Junto á la cama del que gime ó llora
Es, todo anciano, sacerdote ó médico...
¡Mi rey paga con oro, Dios con gloria! —

IV

¡Sublime Caridad, hija del Cielo!
De los furores de la lucha hórrida
Merced á ti esta cima se ha librado;
En tu casa las fieras se transforman:
¡Cada labio de herida que se cierra
Abre, para el amor, los de la boca!
¡Facciosos y soldados son hermanos
Cuando el jergón comparten ó la pócima!
Dos *ángeles* les velan y les cuidan:
¡Son los Ancianos!... El Señor redobla,
En provecho del prójimo, sus fuerzas.
Doquiera están con prontitud pasmosa,
Y, su cuidado y curativo acierto,
Arrancan de los pechos una nota,
Un grito, una palabra agradecida:
La voz de *¡padres!* cada vez que asoman
Por las dolientes salas, llena el ámbito...
— ¡Paréceles, que su hijo, allí, les nombra!

Les sirve de consuelo el que prodigan;
Sus bellos actos Cataluña elogia,
Y son, las tristes gentes de otros días,
Rodeadas hoy de celestial aureola,
Dos santos para todos los partidos
Que en su casa-hospital besan y adoran.

V

Hace la guerra su bestial estrago:
Taladra pechos, músculos destroza,
Huesos quebranta, vela las retinas,
Llena la piel de máculas y escrófulas:

Sus ríos de miseria al monte suben
Atropellados por la incierta trocha,
Buscando curación... — Dios la concede
A los más, otros bajan á la fosa.

Pasa el tiempo, sucédense los años:
Todo tiene su término y se borra:
¡Hasta del hombre criminal la furia
Cuando impone con sables y con pólvora
La política idea que le obceca!
De tarde en tarde las partidas chocan;
Hay treguas, deserciones, componendas:
El profanado olivo que retoña
Tiene aurífero abono centelleante...
¡Nunca es cara la paz que vidas ahorra!

VI

Quedan pocos heridos en las salas
No hace mucho incapaces y pletóricas.
No sube nadie... Lentamente bajan
Los últimos al llano con el rosa
De la salud pintada en la mejilla...
. . . . . . . . . . .
El sacerdote su *Te-Deum* entona;
Reanuda su labor el campesino;
El carro cruje, al peso que le agobia;
Los derribados postes del telégrafo,
A la voz del trabajo vigorosa
Se levantan del suelo como Lázaros,
Y por sus hilos hablan y razonan.
La chimenea se empenacha de humo;
Avanza la veloz locomotora;
No le cierran el paso los fanáticos:
El pueblo quítase en su honor la gorra.
¡Empieza el reino de la paz... — ¡Que sea
La página mejor de nuestra Historia!

VII

Queda en la casa un hombre misterioso;
Los bordados de plata que se enroscan
En la raída y sucia bocamanga,
Indican el empleo de que goza.
Es joven, pero lleva surcos hondos
En la pálida faz; ahora recobra
El perdido vigor su cuerpo enfermo.
Divaga su mirada sin aurora
En la noche terrible de la duda...
Leal á la causa que otros abandonan
Lanzóse á combatir, todo dejándolo,
Fortuna, porvenir, hijos, esposa:
A manos del incendio y del ultraje
Riquezas acabaron, vida y honra.
¡Está solo en el mundo! Ni siquiera
Guarda la fe de ayer... porque no ödia.
La realidad y el frío desengaño
Tienen para él una elocuencia sorda;
La soledad le invita y el trabajo
Arduo, pesado, que á los viejos postra:
¡Inútil para sí, le necesitan
Dos desdichados cuyas manos toscas
Curaron las heridas de su pecho!...
. . . . . . . . . . .
. . . . . . . . . . .
Con decisión ascética se arroja
Una tarde á sus plantas; les abraza,
Les besa; el llanto de sus ojos brota:
No queda en el sagrario de su alma
Secreto que los Viejos no conozcan.
Confiesa sus errores y pecados,
Sus inmensas desdichas y zozobras,
Con lealtad y fervor de penitente
En el lecho de muerte; porque toda
Su voluntad en perecer estriba
Para el mundo y su gente bulliciosa.
¡Del alma en el naufragio, deja el traje,
Y hasta el nombre y la luz de la memoria!
Será el *payés* (1) de barretina cárdena,
De burdo pantalón que espinas rozan;
Mojará su camisa remendada
Entre la nieve y la pesada atmósfera
Con sudor mitad sangre, mitad agua...
¡Lo merecen los padres que él adopta,
Las ovejas de Cristo amenazadas
por el hambre, la sed, el frío, solas!

VIII

No subáis á la *Cumbre* sin respeto;
El ermitaño de talares ropas,
De escuálida figura y luenga barba
Que jadeante en el bastón se apoya;
Ese que os da su pan, su agua, su lecho,
Llevó á morir, de su salud á costa,
Entre palmas y flores dos ancianos:
Las espinas tomó, dejó las rosas.
Es un alma gigante, que sacude
con la oración la carne pecadora,
para ganar el Cielo...
— Solo un paso
hay de la *Cumbre* á la celeste bóveda.

F. TOMAS Y ESTRUCH

(1) *Pagés*, en catalán: el labrador ó agricultor.



# ANGEL CAIDO

Habíamos estado hablando en Fornos hasta la una de la madrugada, ocupándonos de una enferma que teníamos en la clínica de San Carlos, y que presentaba, á cada momento, fenómenos tan raros, que hasta nuestros mismos profesores estaban asombrados



A la hora ante dicha, se levantó la sesión, y cada uno de nosotros emprendió el camino de su casa.

La mía estaba en la calle del Pez.

Nunca me había retirado tan tarde, y apreté el paso; porque mi pobre madre no se habría acostado todavía: esperando, como de costumbre, mi regreso.

La noche era horriblemente fría.

Apenas si se veía por la calle más que alguno que otro trasnochador, como yo; y éstos, tapándose perfectamente y andando muy deprisa.

De pronto, y cuando iba á doblar la calle de la Puebla, para entrar en la del Pez, me pareció ver algo que se removía en el quicio de la puerta de San Antonio de los Portugueses.

Detuve el paso, me aproximé, y como el farol de la esquina arrojaba toda su luz sobre la puerta, pude ver que aquello que llamó mi atención era una criatura.

Criatura harapienta, mal envuelta en un retazo de pañuelo; que tenía apoyada la cabeza en la puerta de la iglesia, y tiritaba sobre la dura piedra

No sé por qué, me olvidé del frío que yo sentía, pensando en el de aquella pequeñuela, cuyo rostro de ángel parecía dirigirse al cielo, formulando lastimera queja, por la inmensa soledad en que se encontraba en la tierra

Y la chiquilla era preciosa.

Su revuelta y enmarañada cabellera, parecía formar nimbo angelical, en derredor de su cabeza.

Quizás al dormirse, llorando de frío y de hambre, una lágrima había quedado entre sus rubias pestañas; lágrima diáfana y transparente que, herida por la luz del farol de la esquina, se asemejaba á una perla, sostenida por dos hilos de oro.

— ¡Pobre criaturita! — me dije al verla. — ¡Quién sabe si mañana, tendrá que ser conducida, desde la puerta de esta iglesia, á la sala del hospital!

Y pasando á otro orden de ideas, añadí:

— ¡Es posible que haya padres que de tal modo abandonen á sus hijos!

Casi maquinalmente, toqué en el hombro á la mendiga, que se despertó sobresaltada, y que creyéndome, sin duda, un agente de policía, exclamó con su voz de ángel:

— Ya me marchaba al Asilo; pero estaba tan cansada... que me senté aquí y me quedé dormida.

— No, hija mía, — la dije, — no soy de la policía. Te he despertado, porque el frío puede hacerte daño.

— ¡Ca! no, señor. ¡Tantas noches duermo así!

— ¿Tienes padres?

— La tía Tomasa; quien me dice que la llame madre cuando vamos las dos á pedir limosna.

— ¿Y por qué no te has ido á tu casa, con esa mujer?

— Porque me pega y no me da de comer cuando no le llevo dos pesetas. Hoy he tenido mal día; no he recogido más que cinco perros grandes y seis chicos.

— ¿Quieres venirte conmigo? — la dije, profundamente conmovido.

— ¿Dónde, caballero? — preguntó la niña, sobresaltada y poniéndose en pie.

— A mi casa, hija mía; donde mi madre, que es una señora muy buena y muy cariñosa, te dará de cenar, y tendrás una camita blanda y caliente. La de mi pobre hermanita, muerta hace dos años, y que tendría tu edad poco más ó menos.

— Pero, y mañana, ¿podré ir á pedir limosna, para reunir las dos pesetas de la tía Tomasa?

— Sí, mujer, — repuse sonriendo; yo te daré lo que te falte

— Pues vamos donde usted quiera.

Y la pequeña se arrebujó en su pedazo de pañuelo, echando á andar á mi lado, con esa confianza ciega de la niñez.

Mi madre acogió á la pobrecita con aquella bondad que era su nota característica.

El mismo cuartito que había ocupado mi pobre hermana, sirvió para albergar á la infantil mendiga.

La muerte había dejado vacía la jaula donde acababa de cobijarse la vida.

Merced á la piedad de mi madre, los harapos de la pobre muchacha se trocaron en vestidos humildes, pero limpios.

La hizo que se lavase perfectamente, y la transformación de la niña fué completa.

La angelical belleza de Consuelo, que así dijo llamarse la mendiga, se ostentaba entonces en toda su dulcísima esplendidez.

¿Quién era Consuelo?

Ella misma no lo sabía

Lirio entre zarzas, cuando por primera vez entreabrió los labios, para sonreir, sintió la primera punzada del dolor.

Y la risa se trocó en llanto.

Fué creciendo, como crecen los hongos, con la humedad de la tierra. Ella creció con la humedad de las lágrimas.

Su historia, era la millonésima edición de esa historia universal, en que el hombre usurpa su papel á la serpiente del Paraíso, para perder á la mujer.

La madre de Consuelo fué una pobre menestrala, bella y sola.

La serpiente con levita y sombrero de copa, se cruzó en su camino.

Despertó su corazón dormido; creyó palabras falaces y promesas seductoras de placeres desconocidos, cayendo en el peor de los sueños; en el de la credulidad.

Cuando despertó, se volvió á ver sola y bella; pero la blanca azucena de la pureza se había transformado en la marchita rosa del deshonor.

Por eso, hemos dicho que nació Consuelo entre lágrimas, se nutrió con ellas, y como extraño contraste de la suerte, pudo sonreir cuando tantos suelen llorar.

Cuando murió su madre y la llevaron al hospicio, al verse entre tantas otras niñas tan desdichadas como ella, sonrió con sus juegos, y á su vez, jugó también; ella que al lado de su madre, no había visto más que llanto y amargura.

Dos años pasó en el hospicio. Al cabo de ellos, la sacó una pobre mujer, la Tomasa; necesitaba tener una criatura que le ayudase á explotar los buenos sentimientos de la multitud.

Del santo Asilo fué transportada Consuelo al arroyo.

La perla se hundió en el lodo; pero aun nutriéndose con él, fué aumentando su belleza.

También de barro se forman esas preciosas figuras que tanto admiramos en los grandes salones.

Como la materia es quebradiza, un criado imprudente ó una camarera curiosa, deja caer la preciosa figura .. y la hace mil pedazos.

Del mismo modo, Consuelo, perla formada en el lodazal, estaba destinada, sin duda, á que la curiosidad ó la infamia empañasen la nitidez de su pureza.

Mi madre quiso que la niña viniese una vez á la semana á vernos, y al efecto, habló con Tomasa, á quien hizo algunas limosnas.

Por espacio de dos años, Consuelo, apenas dejó pasar los siete días, sin presentarse en casa.

Después, cesaron de repente sus visitas.

Trató de averiguar la causa mi madre, y supo que Tomasa y la niña se habían marchado de Madrid.

¿Dónde? Nadie supo decírselo.

¡Pregúntese al viento dónde lleva las hojas que recoge en su torbellino!

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Había yo terminado mi carrera, y tenía bastante clientela.

Estuve acertado en algunas enfermedades, y mi nombre se citaba con elogios que más demostraban la bondad de mis enfermos que mis propios merecimientos.

Mi madre había muerto hacía dos años, y en mi hogar existía un vacío difícil de llenar.

Cierta noche, me llamaron con urgencia, para visitar á una enferma.

Cumpliendo con mi deber, aun cuando la estación era muy fría y no me sentía del todo bien, fuí á la casa que se me indicaba.

Lindo hotel en el barrio de Arguelles; servidumbre reducida, pero discreta; landó y berlina en la cochera; tronco de tiro y caballo de silla en la cuadra; alfombra en la escalera y en los salones; esculturas, cristales preciosos y bibelots en los muebles; y sobre blando lecho, en habitación suavemente caldeada, una mujer joven, hermosa.

Tal fué lo que pude apreciar en el sitio á donde se me llamaba.

La tenue claridad de la lámpara que alumbraba la estancia, no me permitió ver al primer momento el semblante de la enferma.

Pedí luz, la aproximé al rostro de la paciente... y no pude por menos que lanzar una exclamación de asombro.

Aquel bosque de cabellos rubios, aquellos ojos azules de largas pestañas, aquella boca diminuta, me eran muy conocidos; los había visto años antes.

— ¡Consuelo! — exclamé, sin poderme contener

La enferma se incorporó ligeramente; fijó en mí su mirada. . y después se dejó caer sobre la almohada, escondido el rostro entre los encajes de la sábana, y murmurando·

— ¡Dios mío! ¡Usted!

La camarera que me había introducido en el aposento, se retiró discretamente.

No sé por qué, á pesar de la tibia atmósfera que reinaba allí, y del lujo que me rodeaba, sentí un frío extraordinario.

El mismo que me causó la vista de la pequeñuela, acurrucada en el quicio de la puerta de San Antonio de los Portugueses.

La Tomasa había adivinado en la crisálida, el partido que podía sacar de la mariposa.

Se la llevó de Madrid, para evitar que mi madre contrariase sus propósitos.

Se fué á Valencia, y allí pasaron algún tiempo.

Pero, sino pudo realizar la iniquidad proyectada, dejó sembrada la semilla que debía fructificar más tarde.

Murió, cuando Consuelo acababa de cumplir los quince años.

La pobre criatura que hasta entonces, aun en medio del barro, vivió sin mancharse, trató de continuar lo mismo.

Buscó trabajo, se puso á servir... mas, carecía de hábitos para ello; la existencia vagamunda que llevara, había echado raíces en su pecho; el lodo atrae al lodo, y con mayor razón, cuando existe un espejo que reproduce la belleza y unos labios aduladores que se encargan de ratificarla.

Consuelo necesitaba quien la hubiera sostenido; pero no encontró sino quien la empujara hacia el abismo.

Vió las rosas que se la ofrecían, y no se apercibió de las espinas, hasta que dejó enganchados en ellas los jirones del blanco cendal de su pureza.

La condujeron al lodazal, y no tuvo más remedio que revolcarse en el cieno.

¡Siempre la misma historia, desconsoladora, eterna!

El hombre tendiendo á la mujer la mano, para ayudarla á caer.

La serpiente del Paraíso, de lengua suave, que envenena y produce la muerte.

Consuelo tuvo un amante, y luego otro... y, en breve espacio, hizo gran carrera.

Cuando yo la asistí, era la íntima amiga de un banquero, el cual se la había quitado á un marqués... que ya no podía pagar los gastos que le ocasionaba.

— ¡Pobre Consuelo! — exclamé, al conocer su caída.

— ¿Y qué hago ahora? — me preguntó, con angustiado acento, cuando hubo terminado. — No sé nada, no puedo trabajar, no podría vivir; no me admitirían en ninguna casa honrada. ¿Dónde dirigirme?

No supe qué contestarla.

Conocía muchas manchas sociales como la suya; y precisamente las personas que las llevaban encima eran las primeras en escandalizarse de las ajenas.

Porque no hay nada más intransigente, para con el vicio forzoso, que el vicio voluntario, oculto bajo el manto de la hipocresía.

La indisposición de Consuelo, carecía de importancia, y desapareció pronto.

Ya no volví á verla.

Supe que había marchado á París, poco después, con un agregado á la embajada inglesa.

. . . . . . . . . .

Pasaron otros cinco ó seis años.

Alguna vez pensé en la pobre pequeñuela, tan cariñosamente acogida por mi madre; pero no pude averiguar su paradero.

Nunca dice el viento á dónde se lleva los átomos que recoge en sus caprichosos giros.

El hogar vacío por la muerte de mi madre, le llené con una mujer tan buena esposa como ella lo había sido, y tan cariñosa madre como ella lo fué para mí.

Tres años hacía ya que era yo médico del Hospital General.

Tenía á mi cargo la sala de tuberculosos.

Al girar un día la visita de la mañana, me dijo el practicante que la noche anterior habían llevado una pobre mujer, en el último grado de tisis.

Me acerqué á la cama que, por una extraña coincidencia, estaba frente á una de las ventanas de la sala.

El sol entraba por los cristales, y bañaba con sus rayos todo aquel espacio.

La enferma dormitaba

Al verla, no pude reprimir una exclamación de profundo dolor.

— ¡Consuelo!—dije, como años antes, al encontrarla en el apogeo de su gloria.

Sin duda, como cuando la vi por vez primera en los albores de su vida, algún doloroso recuerdo debía amargar su pensamiento, al dormirse, porque entre sus pestañas oscilaba también una lágrima.

Y el rayo del sol, al quebrarse en ella, tan turbia la encontró, que apenas si la hizo brillar.

Despertando bruscamente, Consuelo me reconoció á su vez.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! — exclamó con un acento que expresaba todo lo inmenso de su dolor. — ¡También usted, ahora!

— ¡Pobre Consuelo! — dije.

Y traté de cumplir con mi deber.

Desgraciadamente, la ciencia nada podía hacer por ella.

Era una muerta que hablaba; pero nada más.

El barro iba á convertirse en ceniza.



Del lujoso landó que la paseara en la Fuente Castellana, iba á parar al pobre coche fúnebre de los muertos en el hospital.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . .

— ¡Pobre Consuelo!

Tropecé con ella en las tres épocas solemnes de su vida.

En la aurora, en el cénit y en el ocaso.

Angel, la conocí; la vi, mujer, sobre el pedestal del vicio; y cadáver yerto, la acompañé al cementerio.

Rafael del CASTILLO




No porque en realidad acuse pretensión alguna por parte de su autor, sino como nota típica y atendiendo á lo mucho que se ha generalizado en los balnearios y demás centros veraniegos, regalamos hoy á nuestros suscriptores la música para piano del popular baile *La Patatús;* compuesta por Emilio Sabaté Parellada, ilustrada por el distinguido pintor Félix Mestres y dedicada á doña Agustina Jaumandreu, esposa de nuestro buen amigo y compañero, el conocido fabricante don Antonio Rosich, concejal en la actualidad del municipio barcelonés.

Libros presentados á esta redacción por autores ó editores.

En paz y en guerra. — *Poesías de Francisco Gras y Elías.* — La circunstancia de contarse el autor entre nuestros particulares amigos y colaboradores, hace que omitamos todo juicio sobre su última colección de versos, limitándonos á acusar recibo de un ejemplar. El público juzgará de su mérito; como también de la pulcritud y gusto conque se trabaja en la tipografía de don Fidel Giró, de lo que ya han podido convencerse los lectores de Album Salón.

Higiene razonada de la boca. *Consejos útiles para su conservación; por el médico-cirujano-especialista José Boniquet.* — Es una obra de suma utilidad, y que revela la mucha inteligencia y práctica de dicho señor.

Forma un manuable y bonito tomo, con profusión de grabados y esmeradamente impreso en la tipografía de Tobella, Costa y Piñol, « La Publicidad ». Véndese en las principales librerías y en el domicilio del autor, Pelayo, 54, pral.

El joven compositor don P. Astort, ha tenido la galantería de remitirnos tres composiciones para canto y piano, con palabras italianas. *Abbandono* se titula la primera de dichas melodías, siendo las restantes *Cançóne ignota* y *Tu sei lontana.*

Las tres obras poseen elegancia, inspiración y estilo, cualidades que recomiendan mucho á su autor; y están editadas por don Rafael Guardia, de esta ciudad.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Cubierta en color; de Román Ribera.

*¡En ridículo!* Caricaturas de Xaudaró.

Páginas en color: *Mercedes Rigalt.* Retrato, y artículo de Agustín Salvans.

*Noticias frescas.* Cuadro de M. Villegas.

*¡Sálvese el que pueda!* Cuadro de A. Más y Fontdevila.

*¡Extasis!* Cuadro de Clapés.

Páginas en negro: *Recuerdos de la Manigua.* Artículo de Alejandro Saint-Aubin, ilustrado por su autor.

*La procesión del lugar.* Cuento, por Luis Vega - Rey.

*La Risa.* Artículo de Antonio S. Briceño.

*Notas artísticas.* Dibujo de Ricardo Urgell.

*Las turcas.* Impresiones de viaje; por José Ramón Mélida.

*Don Eusebio Güell y Bacigalupi.* Retrato, vistas fotográficas de su casa palacio en Barcelona, y apuntes para su biografía, por Salvador Carrera.

*El linaje.* Cuento de Emilia Pardo Bazán, con ilustraciones de A. Coll.

*Madrid elegante.* Crónica; por Montecristo.

*Retrato del Mtro. Salvador Giner.* (Valencia).

Mosaico.

Regalo. Romanza de la ópera *Sagunto,* del Mtro. Salvador Giner; letra de Luis Cebrián.



**Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.**




¡NO MAS CALOR!, por XAUDARÓ.



Tenga usted luego una prole *comme çá*...



Su poquito de reuma gotoso.




¡Y ya está usted fresco para toda la vida!

# JABON DE BABA DE TORO ¡¡PRODIGIOSO Y VALIOSO DESCUBRIMIENTO!!

**Destruye las manchas y barros. — Hermosea y suaviza el cutis. — Gran Vigorizador de los órganos. — Probadlo y leed el prospecto que acompaña á cada pastilla. — Representante en España,**

## D. EMILIO MARTINEZ

CALLE DE ARAGON, NÚMERO 345 — BARCELONA

*De venta en las principales Perfumerías, Peluquerías y Droguerías.*

**¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!! ¡¡PROBADLO!!**

## COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

*Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.* —Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico. Tres salidas mensuales; el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

*Línea de Filipinas.* - Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa oriental de Africa, India, China, Conchinchina, Japón y Australia. Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados á partir del 2 de Enero de 1898, y de Manila cada cuatro jueves á partir del 21 de Enero de 1898.

*Línea de Buenos Aires.* —Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

*Línea de Fernando Póo.* —Cuatro viajes al año para Fernando Póo, con escalas en las Palmas, puertos de la costa occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Servicio de Africa. *Línea de Marruecos.* - Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

*Servicio de Tánger.* -El vapor *Joaquín del Piélago*, sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten cargas con las condiciones más favorables y pasajeros á quienes la compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta.

**AVISO IMPORTANTE** —La compañía previene á los comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

*Para más informes:* En Barcelona la *Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y C.ª — Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica* —Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica.* - Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E Guarda.—Vigo: E. Antonio López Neira.—Cartagena: Sres. Bosch hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Antonio Duarte.




## LA MARAVILLA

**IMPIDE LA CAIDA DEL CABELLO**

*Agua sin rival, preparada por J. Martra; es inofensiva, refrescante; cura la caspa y hace restablecer á los cabellos blancos su primitivo color, sean castaño oscuro ó negro. Basta aplicarlo con un cepillo unos 10 días consecutivos antes de peinarse.*

*No tiene Nitrato de plata y puede rizarse enseguida.*

*Nota: El agua sobrante no devolverla á la botella.*

**PRECIO 4 PESETAS**

*De venta en todas las principales perfumerías y peluquerías*

Encargos: Bailén, 117, 1.° Salón para peinar señoras.

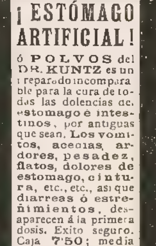
## OBESIDAD

tratada con exito desde hace 30 años con las

PILDORAS de REDUCCIÓN DE MARIENBAD

*Son también muy eficaces para combatir el extreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.*

**PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.**



## ¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del **DR. KUNTZ** es un reparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estomago é intestinos, por antiguas que sean. **Los vomitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estomago, cintura**, etc., etc., así que **diarreas ó estreñimientos**, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7'50**; media caja, **4 pesetas**, en farmacias y **Madrid**, Arenal, 2. **Barcelona**, Rambla Flores, 4

Pídanse FOLLETOS

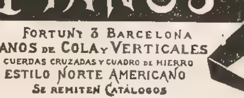
Historia del general

## DON JUAN PRIM

por **FRANCISCO JOSÉ ORELLANA**

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **Un real**, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromo.




FORTUNY 3 BARCELONA

PIANOS DE COLA Y VERTICALES

A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO

ESTILO NORTE AMERICANO

SE REMITEN CATÁLOGOS

## Depilatorio en polvo del Dr. Thomson



Antes de usarlo.

El remedio mejor, más perfecto é inofensivo, para hacer desaparecer pronto el vello, único que no ejerce influencia perjudicial sobre la piel

*Aplicación sencilla.* ✤ *Resultados positivos.*

**Precio: 3'50 PESETAS CAJA**

*Unico depósito: Perfumeria LAFONT*

**Call, 30 — BARCELONA**



Despues de usado.

CENTRO EDITORIAL ARTISTICO DE

## MIGUEL SEGUÍ

Novelas en publicación y publicadas á las que se admiten suscripciones.

UN REAL CUADERNO

de Alejandro Dumas

**Memorias de un médico.**
**El collar de la reina y Angel Pitou.**

de Luis de Val

**Morir para amar ó La muerta enamorada.**
**La hija de la nieve ó Los amores de una loca.**
**Sor Celeste ó Las mártires del corazón.**
**La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.**
**La lucha por la existencia.**
**El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.**
**El calvario de la vida.**
**¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.**
**Las hijas abandonadas.**

de F. Luis Obiols

**El martirio de un ángel.**
**Nacer para sufrir.** (Historia de una herencia).
**Vivir muriendo.**

de Salvador Carrera

**La vengadora de su honra.**

de Alvaro Carrillo

**Amor y patria ó La virgen cubana.**

de Lorenzo Coria

**Luna de miel.**

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí § Rambla de Cataluña, 151. Barcelona § **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTICULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

| | | |
|---|---|---|
| AÑO II | BARCELONA, 1.° DE SEPTIEMBRE DE 1898 | NÚM. 25 |

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes. — Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo. — Mariano de Cavia.—Martín L. Coria. -Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*. —Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs. Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. — Emilia Pardo Bazán. —José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González. —Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión.— Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey. — Francisco Villa Real. —José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—José Camins. — Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí. —Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller. —Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy. -Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo. -José M. Marqués.—Ricardo Martí. —Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles. —José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli. —Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa. — José Parada y Santín. —José Passos.—Cecilio Plá. —Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez. -Román Ribera. — Alejandro Riquer. —Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá. —Enrique Serra.—Joaquín Sorolla. -José M. Tamburini.—José Triadó. -Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta. -Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner. —Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

¡EN RIDICULO!, por XAUDARÓ.



—¡Hermosa mujer!



—¿Señora?

# MERCEDES DE RIGALT

Aparte del encanto y prestigio que lleva en sí toda mujer joven, distinguida y bella, la que motiva estas líneas y honra con su retrato esta página, posee otro atractivo superior al de la generalidad; un privilegio que á la naturaleza plugo concederle, para que fuera un conjunto de humanas perfecciones: el privilegio del talento.

Merced á ese dón natural que ella supo aprovechar, consagrándose desde la niñez y con singular constancia, al estudio del solfeo y el piano, figura hoy, cuando apenas ha entrado en la primavera de la vida, entre las personalidades más salientes del mundo artístico.

Nacida en esta ciudad, aquí dió los primeros pasos en la senda de flores que actualmente recorre; pero, su verdadera educación musical recibióla en París. Preparada convenientemente por la entendida profesora Mme. Donne, obtuvo en el primer concurso á que se presentó, la única plaza concedida á los extranjeros en aquel Conservatorio, á pesar de ser extraordinario el número de concurrentes. De tan señalado triunfo data la larga serie de los que han hecho célebre su nombre.

El notable profesor, Mr. Fissot, fué el encargado de pulir, en el citado Conservatorio, las relevantes cualidades de la precoz pianista, quien de tal suerte aprovechó las lecciones del maestro, que no tardó en conquistar el *Gran Premio de Honor;* lauro justamente debido á su aplicación y mérito.

Desde entonces, la señorita de Rigalt, ha tomado parte en los principales conciertos verificados en la capital de Francia, donde la quieren *cual si fuese suya,* disputándosela en las más aristocráticas *soirées,* y siendo solicitada su cooperación para todo acto benéfico, sin negarse nunca; pues así como en su corazón rebosa el sentimiento, al ejecutar la triste melodía de Chopín, por ejemplo, así también su alma de artista es compasiva y generosa, cuando se trata de remediar un infortunio.

Por cierto, que pudo ser víctima de su filantropía, en la terrible catástrofe del *Bazar de la Caridad,* que, con espanto y dolor recordamos todavía. Allí estaba Mercedes, entre las más distinguidas damas parisienses, con su *corbeille* de flores, vendiéndolas á precios elevadísimos, para contribuir con su producto al socorro de los desgraciados y menesterosos. ¡Dios no quiso que el Arte perdiese tan valiosa joya, y sacóla incólume de aquella devoradora hoguera!

Para reconocer la alta consideración y estima en que la tienen nuestros vecinos, basta consignar que el gobierno francés, acaba de conferirla *las Palmas académicas,* nombrándola *Officier d'académie;* distinción que no suele prodigar; pues la concede sólo á méritos muy sobresalientes.



Aunque nadie es profeta en su patria, Mercedes de Rigalt, cuenta en esta ciudad con entusiastas admiradores. Cuantos tuvieron la fortuna de oirla en los conciertos del *Teatro Lírico,* saben lo mucho que vale y lo pregonan sin reticencias. Porque únicamente oyéndola puede hacérsele justicia.

Su juego en el piano es perfecto; ora delicado y suave, ora enérgico y brillante, conforme requieren los diversos pasajes de las composiciones que ejecuta. En el género afiligranado *(perlé),* está sublime; venciendo con una maestría é inteligencia prodigiosos, las mayores dificultades, y recordándonos á cada momento el gracioso mecanismo de Ritter. Desde el fogoso Liszt, hasta el melancólico Chopín, lo propio que los autores clásicos, interprétalos á todos, con profundo conocimiento y apropiado carácter, en su respectiva escuela.

También el público madrileño tuvo ocasión de tributarle extraordinarias ovaciones, en los conciertos del Príncipe Alfonso, donde dejó afianzada su reputación ya indiscutible de concertista de primera fuerza.

Y decimos indiscutible, no por nuestro único y modesto criterio, sino sumando los diversos juicios, todos altamente laudatorios, conque lo ha robustecido la prensa de las antes citadas capitales; cuya unanimidad constituye el mejor diploma que puede apetecer quien consagra al Arte sus alientos, y en él cifra las esperanzas de un próspero y dichoso porvenir.

Aquellos de nuestros apreciables lectores que hayan presenciado alguno de los ruidosos triunfos de nuestra insigne compatriota, ó saboreado, con sentido embeleso, los torrentes de harmonía que sus delicadas manos arrancan al blanco teclado, verán en estos ligeros apuntes un justísimo tributo, ajeno á toda pasión, y unirán sus aplausos á los nuestros, espontáneos y leales.

Barcelona puede enorgullecerse de contar entre sus predilectos hijos, á una Mercedes de Rigalt, que tanto la adorna como mujer y enaltece como artista.

A. SALVANS

# RECUERDOS DE LA MANIGUA

LAS JORNADAS

Podrá discutirse, al recordar la tristísima campaña de Cuba, si era ésta ó aquella la política más apropiada para vencer la rebelión; si de continuar en el mando aquel ó el otro general, habrían conseguido nuestras armas exterminar la insurrección.

No faltará quien censure, con más ó menos acierto y justicia, la campaña llevada á cabo por algunos jefes; y también habrá quien defienda con éxito ó sin fortuna la administración militar.

Como en todas las cosas, nunca está la censura lejos del elogio, y donde muchos lloran no falta quien ría.



Para todos los gustos encontrarán argumento los futuros polemistas que escojan, como tema de sus discusiones, la historia tristísima de la actual rebelión cubana. Toda pasión podrá quedar satisfecha, la del crítico acerbo y uraño, como la del patriota incondicionalmente entusiasta.

Sólo una excepción aparece, que nadie discutirá; el humilde soldado.

Libre de toda censura, muy por encima de todo elogio, vuelve indiscutible de tan penosa guerra.

Cuanto se ha escrito y dicho para ensalzar las virtudes que le ennoblecen, no llega á dar remota idea de su heroísmo, docilidad y prodigiosa resistencia.

No creemos existan palabras que puedan hacer fielmente su elogio, ni describir las penalidades, privaciones y rudísimos trabajos que ha soportado durante tan dilatada lucha.

Constantemente amenazado por un enemigo que rara vez pelea frente á frente, es víctima á cada instante de traidoras emboscadas y cobardes macheteos; y tiene en contra, además del adversario que le combate con balas explosivas y pozos ocultos por el espeso ramaje de los maniguales, aprovechando toda clase de asechanzas y malas artes de la guerra, el vómito, que los mambises han bautizado con el pomposo nombre de *gran patriota cubano*, el paludismo, el tifus, la viruela, la disentería y el pasmo, amén de otras enfermedades que, á los pocos días de operaciones, dejan en cuadro un batallón; viéndose en muchos casos que de un núcleo de mil hombres quedan tan sólo setenta combatientes útiles, sin que pueda atribuirse una sola de las bajas, al hierro de los manigüeros.

No son aquellas marchas, bajo un sol de plomo, las jornadas que en la península y en Africa llevaban á los soldados al lugar del combate, entre alegres canciones y bulliciosa algazara.

Un desfile silencioso y triste, que más parece de espectros que de soldados en condiciones de luchar: arrastrándose penosamente bajo el peso del equipo, el armamento y las raciones; mirando recelosos á cada lado del trillo seguido, en espera de la traidora descarga, que, al amparo del espeso manigual vecino, ha de hacer, á mansalva, dolorosas bajas en la menguada columna.

Los pies devorados por las niguas; el rostro y las manos por mosquitos, de cuyo aguijoneo y voracidad sólo puede darse cuenta el que ha servido de blanco á su acerado y venenoso aguijón. Acompañados por el vuelo de las *auras tiñosas*, que tienden sus negras alas y sanguínea cabeza, preparando en el insaciable buche, la tumba viva para el infeliz herido que los combatientes no pueden recoger, ó el cadáver que, por los rigores de una lucha implacable, que ni las sombras de la noche hacen cesar, queda abandonado; sin encontrar el reposo eterno en una fosa de aquella tierra, donde, de haber puesto losas y cruces para perpetuar el recuerdo de los hijos de España allí perecidos, no habría lugar para los campos de caña ni las vegas de tabaco.

No regulan los movimientos de la columna en marcha, los vibrantes sonidos de las cornetas; con un silbato se transmiten las órdenes, para que la poca intensidad del sonido no ponga sobre aviso al enemigo.

Las sinuosidades del terreno y la espesura de la maleza obligan con frecuencia á marchar en fila de uno; haciendo imposibles los tranquilizadores flanqueos: en esos instantes, corre toda columna gravísimo peligro, y aumenta la preocupación, oyéndose sólo la voz de los jefes que gritan: *no perder el contacto;* mandato obedecido ciegamente, pues el separarse de la fuerza equivale á despedirse de la compañía de los vivos.

*Gente armada á vanguardia, corra la voz;* suelen ser las únicas palabras que levantan el espíritu y hacen desaparecer la fatiga, tomándose como momento de descanso, el de luchar con el enemigo.

El valiente general Segura ha recurrido alguna vez á una ingeniosa estratagema para conseguir que sus heroicos batallones de Mérida, Zamora, y el famoso escuadrón de Camajuaní, sacasen fuerzas de flaqueza. Sus ayudantes ,Terrer é Ibáñez Marín, volvían de inspeccionar la marcha de la columna.

—No llegamos general, nos faltan cinco kilómetros y esta gente está rendida. — Un kilómetro representa con frecuencia la jornada de un día.

—¿Qué hacemos?...

—No queda otro remedio que llegar, — contestó el jefe.

Después de reflexionar un momento, les dijo:—que tiren unos tiros á vanguardia; los muchachos creerán que ya tenemos en frente á esos morenos... y veréis el resultado.

La orden fué ejecutada; oyéronse varias descargas y las voces de combate *¡adelante chicos! ¡arriba Camajuaní! ¡barijo!* Una hora después, estaba la fuerza en el sitio designado, *chapeando* el monte en un delicioso campamento, y celebrando los que estaban en el secreto, el magnífico resultado del originalísimo recurso ideado por Segura.

Cuando la obscuridad de la noche sorprende, tras el brevísimo crepúsculo tropical, á una columna en marcha, las dificultades aumentan de tal modo, que el avanzar unos centenares de pasos representa labor de titanes.

Agobiados bajo el peso del *macuto* y de las armas, ruedan en peligrosas caídas.

—¿Qué ocurre? — preguntaba el general Bernal, viendo que un grupo de soldados detenía la marcha de la columna en el tortuoso sendero que conduce á la *Cuchilla del Caimito*.

—Un jinete que ha caído en este pozo, — le contestaron.

—No dejarme aquí, por Dios;—se oía gritar, en el fondo de aquel siniestro agujero.

—Traer cuerdas y encender un fósforo... ocultando el reflejo cuanto sea posible; no sirva de blanco la luz á los *vecinos*, y nos cueste diez bajas el salvar á este infeliz.

Poco después, continuaba la interrumpida marcha, con un herido más en la impedimenta y un caballo menos en los escuadrones, desfilando todos tristes y penosamente, en el lúgubre silencio de la noche, sólo interrumpido por las alarmantes llamadas del misterioso pajarillo *Xiju*.

Cuando, en los desfiles nocturnos, la proximidad del enemigo no exige rigurosísima precaución, y cuando no se hacen recomendaciones tan terminantes y precisas como las de *¡pegar un tiro al que encienda un cigarro!*, suele oirse algún comentario, pero rara vez un chiste, y nunca una canción.

Envueltos en la transparente manta, para defenderse del copioso rocío que cala hasta los huesos, caminan, pensando quizá en los seres queridos de quienes les separan los abismos del mar, y recordando los peligros de ayer, los del presente, y los que esperan un poco más allá. Entonces, se fuma, y la obscuridad



permite que el soldado diga al jefe: *¡tú, dame lumbre, puño!* En esta forma, se dirigió al general Bernal un guerrillero. Toma, — contestó éste bondadosamente, y alargándole el riquísimo tabaco *de fumá*.

El contacto del veguero le hizo fijarse, y al descubrir que hablaba con tal familiaridad al jefe de la expedición, picó espuelas, diciendo con espanto — ¡el general! — Devuélveme el puro, gritaba éste riéndose. — Vuelvo, — decía el soldado, mientras se alejaba con la velocidad que le permitían su caballo y las sombras de la noche.

En las marchas, después de un combate, el transporte de heridos resulta enorme complicación.

Muy distantes, generalmente, del lugar de la lucha los poblados donde pueden dejarse con seguridad los infelices á quienes alcanzó el hierro ó el plomo enemigos, se tropieza, al transportar el convoy, con dificultades y obstáculos casi insuperables; debilitándose la fuerza de la columna de modo desproporcionado. Doscientos soldados que en un encuentro tienen diez heridos graves, pierden ochenta combatientes, con los hombres, y el relevo necesarios, destinados, en terreno quebrado, al servicio de las camillas.

Todos los oficiales, para jornadas largas, llevan caballos; pero se puede asegurar que no son quienes más los utilizan: nunca falta en la compañía un soldado enfermo, al que ceden generosamente la cabalgadura,... y caminan jefes y oficiales á pie, abriéndose paso entre la áspera maleza ó la yerba *guinea;* cuya altura excede de la de un hombre á caballo, cubriendo tupidamente las sabanas, de tal modo, que muchas veces es peligroso atravesarlas, pues suele costar la vida á hombres, reses y caballos, que perecen asfixiados.

Espectáculo corriente es ver que un soldado carga con el equipo del compañero fatigado ó víctima de la fiebre; sosteniéndole cariñosamente. Sólo por llevar uno las mochilas y los fusiles de los dos, puede generalmente averiguarse cual es el enfermo; el aspecto en todos es igual: ninguno deja de inspirar compasión.

Un guajiro montado en su *yegüito*, conduce centenares de reses; que le siguen sugestionadas por su voz, de originalísimo canto, sin que una sola huya y se extravíe.

Para llevar los nuestros un pequeño convoy de ganado, forman el cuadro, encerrando las reses en el centro; suena un disparo, y los animales espantados, rompen el cerco, llegando á su destino, casi siempre, la mitad del número que había en el momento de la partida, y después de haber aumentado, con su loca dispersión, el número de bajas entre los soldados.

Todos sufren: para ninguno dejan de ser tremendas las fatigas, y hostil cuanto le rodea; pero en quien parecen redoblarse las torturas y acumularse las penalidades, es en el infeliz acemilero, cuando las operaciones se desarrollan entre las asperezas de las lomas y la sierra.

Luchando con el propio cansancio y el de la miserable bestia confiada á su dirección y custodia, aliviando con el esfuerzo de sus hombros el peso que la hace rodar, despeñarse ó tropezar á cada momento, descomponiendo su abrumadora carga, cada paso es un problema y un juramento.

La caída de un mulo detiene con frecuencia la marcha de la columna.

Detenerse, en no pocas ocasiones, es servir de blanco, pasivamente, á incesantes disparos, como ocurre con frecuencia en los pasos difíciles y... precisamente en estos caen las acémilas, haciendo desaparecer en el agua ó rodar por los *dientes de perro* que pavimentan el piso, las municiones, los víveres y el material sanitario. En estos casos, ya es sabido, la culpa... al acemilero; como también suele aplicarsele si el mulo muere de sed ó fatiga, ó si un balazo en una pata no le permite andar, bajo la pirámide de sacos, cajas, paquetes y fusiles, que las necesidades de la expedición obligan á cargar sobre su dolorido y ensangrentado lomo.

No es que con el acemilero sean injustos los superiores,... sino consecuencia natural de aquella guerra, del mal humor constante en todos, y de la excitación nerviosa producida por aquel sol que abrasa y pesa como plomo derretido; por la sed, por el hambre, la fiebre y los sufrimientos que no cesan ni dejan punto de reposo á nuestros jefes, oficiales y soldados.

Pueden formar idea nuestros lectores de los *encantos* que tiene el cargo, cuando, en las gargantas del *Cuzco*, uno de los acemileros exclamaba desesperadamente, teniendo que renunciar á que el mulo se levantara, después de caer, para aliviarse del peso de la carga y de la vida, entregado por las horribles fatigas de la jornada, y desangrado por un furioso machetazo: . . . . . .

*Aixina naixcas atra volta y sigas acemiler.*

***

Engolfado en el relato, traspasaría, sin querer, los límites del espacio que se me había concedido, incurriendo quizá en la nota de molesto. Cabe decir tanto sobre el particular,... que he de reservarlo para otra ocasión; sintiendo mucho que el *modernismo* en literatura no autorice aún á llamar, en narraciones de esta índole, cada cosa por su nombre.

Tal atraso, me priva de hacer la relación de algunas cosas interesantes, por el vigoroso color del asunto y el poco aprecio que tienen los soldados á *las formas parlamentarias.*

Seguramente, llevaría con frecuencia (al contar algunos episodios) sonidos ásperos y nada dulces, al oído del lector atildado.

¡Si pudiera escribirse *sólo para hombres!*

Pero en fin... si, en otros articulejos, mis recuerdos van por ese camino, veremos si puedo deslizar alguno, y contar lo que buenamente permitan flamantes prohibiciones é inmaculados oídos.

SAINT AUBIN

ILUSTRADO POR SU MISMO AUTOR

# A BARCELONA

SONETO

Tenaz, robusta, heroica, independiente,
en la terrible Edad de las peleas,
¡oh insigne Barcelona!, te paseas,
llena de gloria, desde Ocaso á Oriente.
Formas tu escudo con la sangre hirviente
de los Monarcas que en tu bien empleas,
y sabias leyes y franquicias creas,
cuando la augusta Paz besa tu frente.
Muerta la Edad de Hierro, no hay hazaña
que engrandezca á la tierra estremecida,
si en roja sangre sus laureles baña.
Por eso tú, con mano encallecida,
muestras, que en el trabajo, puede España
borrar sus culpas y ensanchar su vida.

JOSÉ M.ª DE ORTEGA MOREJÓN

Cádiz, 23 de Julio de 1898.

M. VILLEGAS



*Propiedad de don Juan Bonfill.*

NOTICIAS FRESCAS

# La procesión del lugar

Pasando yo cierto día
por la aldea del *Horcajo*,
una procesión devota
vino á interrumpirme el paso,
y á contemplarla detúveme
como bueno y fiel cristiano,
el orden y compostura
conque marchaba admirando.
Sobre unas antiguas andas.
cuatro vecinos honrados
llevaban un crucifijo
de muy regular tamaño.
A los discordantes ecos
de un tamboril destemplado
y de una chillona gaita,
iban delante bailando
unos seres, muy difícil
para mí clasificarlos,
aunque, al parecer, tenían
algo de seres humanos.
Por las borrascosas barbas,
diríase que eran machos,
y hembras, por el aparejo
ridículo, estrafalario;
porque llevaban jubones
de estameña, colorados
pañuelos en las cabezas,
y enaguas de percal blanco.
La procesión presidía
el buen alcalde pedáneo;
y aunque era un día de Agosto
con calor de á treinta grados,
la autoridad iba envuelta
en capa de burdo paño,
capaz de hacer que sudasen
los hielos del Polo Artico;
porque esa prenda, en los pueblos
y en todo solemne acto,
es el traje de etiqueta.
como el frac en los palacios.
La comitiva avanzaba
sin estorbo y sin obstáculo,
cuando quiso de repente
la pata meter el diablo
Por una estrecha calleja
venía de arar del campo
un moceton, con su yunta,
en una mula montado.
Este tal, era el gallito
del lugar. mozo mimado
por sus relevantes prendas
y por sus talentos varios;
pues lo mismo manejaba
el azadón que el arado,
y en la iglesia los domingos
actuaba de monago.
y ayudaba al sacristán
dándole fuelle al *orgáno*,
y entonaba las antífonas,
los kiries, el credo y salmos,
y tocaba la vihuela
en las bodas y saraos,
y cantaba seguidillas
y jotas, como un canario,
y tenía de poeta
sus barruntos y resabios.
y de su testuz sacaba
cantares como *cantáros*
Al verle el alcalde, dijo:
— Ahí viene Cristo, Santiago;
revuelve bien tu chirúmen,
y á ver si le dices algo.
Descubrióse la cabeza
con devoción el muchacho,
y dirigiéndose al Cristo
soltó el siguiente disparo·
— Soberano Gran Señor,
en los cielos el más alto,
que nacistes junto á un *buey*
y te llevan entre cuatro...
No dijo más el poeta,
pues seguir no le dejaron
los que en sus hombros llevaban
al Señor Crucificado;
quienes, dejando en el suelo
el divino simulacro,
sobre el pobre repentista
como tigres se lanzaron,
y con las fuertes horquillas
que tenían en las manos
para sostener las andas,
le arrimaron tantos palos,
que si no aguija las mulas
y sale de allí trotando,
de seguro no le queda
en el cuerpo un hueso sano.
Este suceso demuestra
los riesgos y los estragos
á que puede dar lugar
mal entendido un vocablo.

LUIS VEGA - REY

A. MAS Y FONTDEVILA



¡SALVESE EL QUE PUEDA!

# LA RISA

Si las emociones del alma, á las cuales sirve el rostro como de espejo, han de ser clasificadas conforme á su jerarquía, no me explico por qué algunos conceden al llanto el primer puesto, y el segundo ó el último á la risa.

Todos los paquidermos, y muchos de los otros mamíferos, lloran. Observad al asno: casi siempre lleva lágrimas en los ojos. Hasta el cerdo, hasta el mismísimo sectario asqueroso é inconsciente de la doctrina epicúrea, se digna derramar *líquidas perlas*, cuando se le acerca el momento *propicio* de pasar á *mejor vida*. Supongo que lo de «lágrimas de cocodrilo» no será una figura retórica únicamente.

Para muestra bastan esos tres botones; quedando así demostrado que el llanto es una vulgaridad.

No sucede así con la risa;... ni recuerdo en este instante más que tres animales, en los que, rebuscando mucho el símil, puede vislumbrarse algo parecido á risa: el mono, el perro y el loro. Las muecas del mono no corresponden á ningún eco interno: es una mímica rudimentaria que nada refleja, sentimentalmente hablando. Si alambicando mucho, se califica de risa al movimiento de cola y lengua del perro, convengamos en que la tal es una parodia demasiado canallesca. El loro ríe, como habla el fonógrafo, sin conciencia de lo que hace.

El único animal que *pone alma* en la risa, es el hombre. De modo, que la risa viene á ser una gran línea divisoria entre el hombre y el resto de los animales. Y si se observa que el hombre salvaje no ríe, y que casi todos los idiotas son serios, habremos de convenir en que la risa, en cierto sentido, indica una supremacía étnica. «La risa es el privilegio de las razas superiores», dijo un escritor hidalgo, de cuyo nombre no puedo acordarme.

Los franceses ríen á carcajadas ó picarescamente. La carcajada estrepitosa de Margarita de Valois se hizo célebre en su tiempo. El buen humor galo se exhibe con toda su sal y pimienta en las sátiras y cuentos verdes de Rabelais. La risa volteriana se ha hecho clásica. En lo moderno, Grosclaude caracteriza bien el tipo del parisién festivo y refinado, con su guasa exenta de bufonadas y sus *calembours* de ingenioso corte.

Los italianos ríen burlescamente: llevan en las venas la sangre liviana de Bocaccio.

Los alemanes sonríen. En ellos la hilaridad no salva los lindes de la penumbra-sonrisa, como si sus almas fluctuaran entre el excepticismo irónico de Heine y la desenfadada serenidad pasional del alma de Gœthe.

Los españoles ríen con risa franca y jovial. Franqueza cándida, á veces, como en los baturros; jovialidad saturada de malicia, como en los andaluces. Sin remontarnos mucho en el tiempo, ponen en evidencia lo risueño y festivo del carácter español: antaño, la risa sarcástica de Cervantes; y ogaño, la risa aristocrática de don Juan Valera. Entre ambos se extiende una brillante cadena de regocijados ingenios, que exhiben primores de aticismo y de donaire, como si una singular emulación los indujese de continuo á dar realce al humorismo de buen gusto y de buen tono.

Los ingleses ríen... por dentro. El *spleen* anglosajón, que podría tomarse como el polo negativo de la risa, es algo parecido al calor latente de ciertos cuerpos, en determinadas condiciones: en los atacados de *spleen*, la risa duerme. Y tanto es así, que basta que en el cielo del arte cómico aparezca la aurora de un Garrick para que la musa taciturna del *spleen* se alce, convertida en retozona musa de la risa.

«La gracia es el alma desparramada al exterior», dijo Pelletán. La risa es la alegría del alma estereotipada en la fisonomía. Y no hay rostro gracioso, sin el concurso del fugitivo albor de la sonrisa. La sonrisa de una mujer bella es lo más exquisito que darse puede en la estética del movimiento. Cuando un rostro lindo sonríe, al conjuro del amor, parece que se entreabren las flores del jardín del alma. De una virgen que sonríe dulcemente, graciosamente, se dice, y bien dicho está, que tiene sonrisa angelical. Para las intuiciones de la fe, los ángeles no sólo deben sonreir de fascinadora manera, sino que deben vivir sonriendo. Con un ideal de eterna dicha se aviene mal la seriedad y la tristeza. Eso de las «lágrimas de un ángel» es figura criticada por los puristas de la lengua divina: no hay memoria de que la haya usado en sus escritos ningún académico celestial.

Una sonrisa oportuna puede ganar un corazón; porque la mímica, empleada con finura, ejerce más influencia de lo que parece en las humanas acciones. Una sonrisa de Cleopatra hizo caer de hinojos á un César. Una sonrisa de Emma Lionna (lady Hamilton) exclavizó la enérgica voluntad de Nelson. Las hetairas atenienses, hacían cantar la palinodia á los más adustos filósofos, porque eran un primor en el sonreir. Friné, carecía de la mágica sonrisa que iluminaba el rostro de la diosa coqueta del Olimpo; Praxiteles, dotó con aquella el rostro de la estatua de la Venus de Gnido, para cuya obra, Friné había servido de modelo. La hetaira se llenó de celos y abandonó para siempre á su amante artista. Sacrilegio ante el amor, ofrenda ante la gloria: una sonrisa cambió por completo el destino de Praxiteles.

Un escritor definió así la diplomacia: «un conjunto de graves bagatelas». El amor es también una especie de diplomacia de los sexos, y podría definirse: «una bagatela de consecuencias serias». Los hombres, en la juventud, toman el amor por un juego, y las mujeres, por una coquetería; y, sin embargo, la reproducción de la especie, que es el instinto que guía al amor, á pesar de todas sus travesuras, es una de las cosas más serias y graves del mundo. Casi todas las jovencitas ríen por cualquier cosa. Ven la existencia al través del prisma de la esperanza. Son las futuras protagonistas del drama de la renovación incesante de las generaciones; y ríen, sin comprender que la época de la vida que se toma más en broma es la que toma más en cuenta *el genio de la especie*.

***

Casi todos los déspotas y asesinos, y todos los caníbales de los países bárbaros y misántropos de los países cultos, son taciturnos ó de escaso buen humor. Esa seriedad, en tal caso, es como un reto á la humanidad; como un mentís dado al sentimiento de solidaridad humana que la risa ó la sonrisa expresan en muchas ocasiones.

La carcajada atribuída á Luzbel, después de la caída de Eva, la risa del Mefistófeles de Gœthe, la de Otelo y la de Hamlet de Shakespeare, la risa de los réprobos, la de los duros de corazón ante el infortunio, son fraudes hechos á la estética del movimiento, sacrilegios cometidos en el templo de los regocijos santos, por los excomulgados del amor, de la compasión y de la alegría de la vida. Esos son más bien relámpagos de la tormenta pasional: el sol del regocijo no irradia en los abismos de las almas negras, ni vierte lampos sobre corazones en ruina.

La sonrisa mentirosa ó hipócrita de los cortesanos y de los pícaros, nada prueba en contra de la dignidad de la sonrisa. Prueba, al contrario, que es tanta la falta que nos hace, que cuando la buena fe no la hace brotar espontáneamente, nos damos el goce necio de contentarnos con su disfraz.

***

La discreción, que es virtud social tan encomiada, no consiste, si bien se mira, en otra cosa que en saber reirse ó ponerse serio á tiempo. El buen tono requiere la oportunidad en la exteriorización de las emociones; porque «de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso»... y éste lo dan muy fácilmente los imbéciles y los mentecatos.

Cuando se dice: «Juan tiene cara de pascuas», dase á entender que está contento, que es expansivo, ó, si se quiere, altruista; puesto que el buen humor prescinde fácilmente del *yo* y busca siempre la sociedad para poder vibrar en toda su plenitud. Cuando se dice: «Pedro tiene cara de pocos amigos», se da á entender que está descontento, que es irascible, ó, si se quiere, egoísta; puesto que el mal humor es refractario al trato social, y busca, en la soledad de sí mismo, un alivio para sus excesos. Ninguna persona de esas que se dice: «tiene ángel», se os presentará con cara de pocos amigos; será, á buen seguro, naturalmente expansiva, de trato simpático, de carácter risueño.

***

Si se acepta que los condenados, en el infierno, viven sumergidos en la tiniebla de un llanto eterno, y que los elegidos, en el cielo, viven sonriendo ante la luz de una eterna dicha, ¿no acusa un exceso de necedad el imitar á los primeros, y no á los últimos? Dejo al buen gusto de ustedes el hacer la elección.

Y si la hacen como yo presumo, afirmen conmigo, siquiera en gracia de mis buenos propósitos, que, en el lenguaje del rostro humano, la risa es lo aristocrático y el llanto lo plebeyo.

Con aceptar eso, no se pierde mucho. Con hacerlo efectivo en la práctica puede ganarse bastante.

Juzgo que en la vida se saca más partido con el optimismo que con el pesimismo. Entre Schopenhauer y Lubbock, es preferible el último.

¡Quiera Dios que siempre sea una mentira *Los dolores del mundo*, y una verdad consoladora *La dicha de vivir...!*

Antonio S. Briceño

# LAS TURCAS

IMPRESIONES DE VIAJE

Aunque el objeto del viaje que en abril último he hecho á Oriente, era puramente científico, se comprenderá sin esfuerzo, que llevara yo un regular bagaje de curiosidades, y que entre ellas no fuera la menor aquella que nos despierta, siempre que se trata del país musulmán, la guardada y recatada mujer, y cuanto con ella y su vida *sui géneris* se relaciona. En esta curiosidad, seguramente, pone más parte que nuestros pecados, esa misma reclusión en que el natural celoso de los amos de casa (no diré maridos) en Turquía, mantiene á las mujeres. Y excuso añadir que en mí, puesto que vivo y lo cuento, esa curiosidad era perfectamente honesta, y... para decirlo de una vez, completamente artística. No en balde, al pasar por el mar Tirreno, evocamos preventivamente el ejemplo del bueno de Ulises, que se ató al palo mayor de su nave y tapó con cera los oídos de sus marineros, para salir triunfante y sacarlos incólumes de las seducciones de las sirenas.—Además, en un viaje dedicado á la contemplación de los monumentos antiguos, lo moderno exótico nos parece arqueológico; y algo tiene de ello, puesto que nos ofrece á lo vivo un recuerdo de lo pasado.

La primera impresión que en Turquía recibí respecto de la mujer, fué negativa. En un país donde la ley consiente la poligamia, es mucho más

que una protesta la prohibición absoluta de que ninguna hembra, racional ó irracional, pise el monte Athos, entre cuyas fragosidades imperan los frailes de la Iglesia griega, bajo el protectorado de Rusia. Condenados por ellos á castidad perpetua, viven en Dafne, el gobernador, subalternos y servidores suyos, que son los únicos turcos residentes en tan extraña comarca, donde sin comerlo ni beberlo sufren los rigores de la regla monástica.

Fuimos á Brusa, antigua capital de Turquía, situada en Asia Menor, no lejos de la costa del mar de Mármara; y allí, no bien entramos en la ciudad, por una empinada calle, vimos de pronto lo que no esperábamos y por el momento bastaba para satisfacer nuestra curiosidad: vimos una niña que, atraída por el ruido del rodar de los coches en que íbamos los expedicionarios, se asomó á la puerta de su casa: una niña, es decir, un capullo de mujer, pues aun le faltaba media docena de años para la edad del pudor; una niña con el traje interior de la mujer, el que ésta usa por dentro de casa, ó sea, en el harén. Llevaba pañuelo de seda de color, atado á la cabeza, jubón azul, pantalones ó, para ser más propio, bragas color de rosa, medias blancas y zapatos rojos. Nos miró con sonrisa placentera, gozosa de lo que veía, como quien vive sin alicientes para la imaginación; en su mirada no se advertía ni rastro de esa viveza que el asombro saca á la cara de las españolas, y en general de las europeas.



Poco después, empezamos á ver mujeres por las calles. Llevaban vestidos casi siempre claros, harto holgados para acusar ni someramente las formas que encubrían, y lo bastante cortos para descubrir las piernas, desde las canillas; con lo que demostraban que en Oriente el pudor no va por los bajos. Llevaban medias blancas y unos zapatones muy escotados, muy redondos y anchos, que desfiguran y afean por la base la figura femenil; llevaban, en fin, un manto, á modo de enagua ó falda vuelta para arriba, como el manteo de las españolas de tierra de Avila, con lo que se rebozan el cuerpo de modo tal, que es imposible apreciar el talle de las musulmanas, como á toda hora apreciamos el de las europeas; y... para colmo de inusitado recato, una toca blanca les cubría la cabeza y á veces el rostro, sin dejarles visible más que los ojos.

Al ver aquellas calles silenciosas, en que las ventanas de las casas estaban cerradas por celosías, como si fueran conventos, y las transeuntes vestidas con tales tocas y mantos, hubo momentos en que creí descubrir algún rincón de la España de la Edad Media, y no de la España mahometana; pues las mujeres ofrecían una figura que me recordaba las de nuestras monjas y lugareñas: en una palabra, creía reconocer en los vestidos de las turcas, rasgos originarios de las tapadas españolas de siglos atrás.

Yo encontraba muy bien todas esas arqueologías; pero deseaba mucho ver la cara á aquellas mujeres. ¡Qué decepción! Las más de las transeuntes eran viejas; acaso, tristemente convencidas de lo marchito de sus encantos, no tenían inconveniente en salir á la calle enseñando el rostro. Otras eran jamonas, prematuramente ajadas y sin rastro ya de belleza sus facciones; algunas en un estado de obesidad que más parece abotorgamiento, delator de la vida sedentaria y enervante de estas flores de estufa, de cuya lozanía y fragancia efímeras, sólo disfruta su señor.

Algo nos desilusionó y confundió, el saber que la mayor parte de las mujeres que iban con el rostro descubierto y nos miraban sin recato y con absoluta indiferencia, no eran musulmanas, sino armenias. Instruídos con tal advertencia y en fuerza de buscar nuestra aguijoneada curiosidad, conseguimos ver los bultos recatadísimos de algunas turcas legítimas; pero, ¡oh dolor! con el rostro cubierto por tupido velo negro. Vimos muy pocas, porque sin duda no salen mucho de casa, y las vimos muy mal: alguna iba sola, en coche de alquiler, que pasaba rápidamente; algunas, á lo lejos, en grupos, se dirigían á la casa del baño; lugar de esparcimiento para ellas, donde se ven las amigas y parlotean á su gusto.

Sin más impresiones que éstas, escasas para nuestra curiosidad, salimos de Brusa y nos dirigimos á Constantinopla.

Allí, entre el enjambre abigarrado que pulula por las calles de aquel París de Oriente, donde lo europeo y lo asiático mantienen el más pintoresco antagonismo del mundo, vimos destacarse de la masa gris y monótona de los trajes occidentales, de los feces rojos y los vistosos uniformes, las mujeres del país, vestidas como las de Brusa. La mayoría, el montón, gente pobre, mal trajeada y peor perjeñada, componíase, como en todas partes, de viejas y jóvenes que, por su falta de belleza, no parecen haberlo sido nunca. Recibida aquella primera impresión... y consiguiente desengaño, mirábamos todas estas mujeres como unos de tantos accidentes del conjunto de la extraña población, sin especial interés. Pero así que se fueron habituando los ojos á distinguir en la copiosa masa de transeuntes, fuimos diferenciando las turcas ricas de las pobres. ¡Pícara humanidad, que, lo mismo entre turcos que entre cristianos, no sabe realzar la belleza más que con el dinero!

Nos habían recomendado mucho que mostráramos la mayor indiferencia, al ver las mujeres; que no las mirásemos con insistencia ni dejáramos vislumbrar respecto de ellas el menor asomo de impertinente curiosidad. En Turquía, se ejerce la vigilancia de la mujer de un modo singular: el marido no sale con ella á la calle; por excepción vimos algún matrimonio humilde, caminando la mujer delante y el marido detrás, con el niño en brazos; generalmente la mujer va sola, y si es rica, joven y bella, es decir, digna de ser guardada y recatada,... con una esclava, dueña, ó lo que sea la acompañante. En Occidente, la mujer guapa que sale engalanada á la calle, atrae las miradas de la mayoría de los hombres que halla por el camino; en España, no vuelve á su casa sin llevar en seguimiento algún tenorio, y sin haber oído graciosos y hasta fogosos chicoleos. Pero en Turquía, el galán que tal hiciera, tendría que habérselas con las autoridades, á quienes delataría el caso la misma *agraciada* ó cualquiera transeunte compatriota, aunque no la conozca. La mujer entra allí en la categoría de *lo ajeno*, que no debe tomarse sin la voluntad de su dueño. Por acá, si veis robar un reloj, aunque no seáis los robados, os creéis con derecho á detener al ladrón: pues ese mismo derecho cree tener el turco sobre la mujer de su prójimo. Respetada de todo el mundo, como los perros, que son en Constantinopla una institución, la mujer turca circula libremente y se codea con todo el mundo, sin el menor recelo de que le dirijan la palabra siquiera. Y es de ver, en los flamantes tranvías que cruzan las calles de la robusta Stambul, la separación establecida para las mujeres, en la parte anterior del coche, por medio de un tabiquillo de lona y madera, con su puerta, cuya cortina sólo levanta el cobrador, para ejercer en silencio su grave oficio, cuando llega el caso. Aquel cuartito del tranvía, separado del departamento de los hombres por la cortinita, y que sólo se comunica con el exterior por la plataforma delantera, es... á modo de reducido harén, donde las mujeres van solas.

En las mezquitas, apartadas á un rincón, se las ve haciendo sus oraciones.

Observábamos todo esto, descubríamos de cuando en cuando alguna mujer vestida de vistosa seda, alguna con zapatitos europeos y elegantes, que daban á sus irrecatadas piernas un aspecto completamente occidental; pero lo que no descubríamos por ninguna parte, era ese tipo escogido de la mujer turca, como la mujer de toda capital, la mujer fina, distinguida, adornada, que vale por todas, porque es como piedra preciosa tallada y bien montada.

Esta mujer no la vimos ni el primero ni el segundo día en Constantinopla. Y, ¿qué digo la vimos? No se ven, se presienten entre las sedas labradas que envuelven su elegantísimo cuerpo, no desfigurado por el nefando corsé ni por ridículos ceñidores; se adivinan á través del velo que les cubre el rostro,... velo negro, lo bastante espeso, para hacer la desesperación de un español. Es necesario cazar al vuelo uno de esos momentos en que la situación de la tapada, respecto de la luz, os permite apreciar con entera precisión el perfil menudo, gracioso, oriental, para sorprender, en complicidad con un rayo de sol, aquellas facciones tan guardadas.

Sólo así pude apreciar como es la belleza oriental. Eran las tales tapadas, por lo general, muy jóvenes, pequeñas, menudas, de elegante porte; el rostro suave, delicado, ó lo parecía por ir tan guardado como joya; de color un tanto quebrado, que me recordaba el de algunas valencianas. El rayo más vivo de su belleza parecía estar en sus ojos, ojos negros, graves; ojos granadinos, por decirlo de una vez.

Tal es la belleza del harén.

De éste hablaré otro día.

José RAMÓN MÉLIDA



A. CLAPÉS



*Propiedad de don Eusebio Güell y Bacigalupi*

EXTASIS

# EUSEBIO GÜELL Y BACIGALUPI



CON íntimo placer, cumplo el difícil cometido de consagrar uno de mis humildes artículos al ilustre barcelonés cuyo nombre lo encabeza, para que sirva de marco á su retrato que hoy honra las columnas del ALBUM SALÓN; y repito que con placer íntimo, porque rara vez tendré oportunidad de rendir un homenaje más justo, ni que refleje mejor mis sentimientos. Perdóneme mi distinguido y respetable amigo si, al nombrarle, prescindo de tratamientos monótonos y antiestéticos; lo hago así, por respeto á la notoria modestia de quien, siendo acreedor á tantos títulos, se ha contentado siempre con los de consideración y aprecio que sinceramente le otorgan sus conciudadanos.

Hay apellidos que llevan en sí la mayor de las distinciones, y el apellido Güell es uno de ellos. Dígalo sino el monumento que la pública y espontánea iniciativa levantó en la plazoleta que forman la calle de Cortes y la Rambla de Cataluña. Esas cuatro letras, esculpidas sobre blanca losa, recuerdan á los propios y revelan á los extraños, la existencia, en mal hora truncada, de un honrado hijo del trabajo que, á mediados del presente siglo, con actividad pasmosa y superior inteligencia, sacó á la industria nacional de la postración en que la tenían sumida el descuido de los gobernantes y las continuas discordias civiles; y creó la primera fábrica de paños y veludillos; industria cuya implantación presentaba serias dificultades, por su complejidad, y por ser completamente desconocida en España.

Allí vive, en mármol, aquel héroe de la fabricación; como vive, pintado, en la Galería de celebridades catalanas de nuestro Municipio.

Sucesor digno de tan preclaro varón es Eusebio Güell; y nunca, con más fundamento ha podido decirse: « de tal palo tal astilla », pues el hijo heredó todas las nobles cualidades del padre, realzadas por una culta educación y una instrucción vastísima. Basta conversar con él un cuarto de hora, para convencerse de que la naturaleza le dotó á su vez de un talento privilegiado; de una imaginación en que caben por igual las arideces de la ciencia y los sublimes destellos del arte. Créolo firmemente, y así lo afirmo: como él se lo hubiese propuesto, lo mismo fuera en la actualidad un ingeniero distinguido, que un médico notable, ó un pintor afamado, ó un músico excelente.

Pero... trazado estaba el derrotero que había de seguir, tanto por satisfacer las naturales aspiraciones del autor de sus días, cuanto por acrecentar su ya pingüe patrimonio, en provecho de sus descendientes, si el cielo se los otorgaba. La fábrica de paños y veludillos fundada por aquél, reclamaba sus constantes cuidados, y á ella consagró todas sus energías, con resultado siempre creciente y prósperos beneficios, que hicieron de Güell y Bacigalupi uno de los capitalistas más caracterizados de Barcelona.

El limitado espacio de que dispongo, no me permite ocuparme de ese establecimiento fabril, cuya importancia es conocida en todo el mundo comercial; me limitaré á consignar que en su recinto ganan por término medio el cuotidiano pan setecientos obreros, de los cuales su bondadoso patrono labró el bienestar, fundando una colonia donde aquellos viven con relativa comodidad, atentos á su trabajo, bien retribuído, y separados por completo de los focos de perversión que tantos daños causan á las clases jornaleras. Dicha colonia viene á ser una pequeña aldea de ciento cincuenta casitas, claras, ventiladas, limpias y pintorescas, en las que no entran la miseria ni el vicio, se gasta menos y se aprovecha más. Nada falta allí para el sustento y la indumentaria de sus habitantes,



ni para su esparcimiento y solaz: iglesia, escuelas, tiendas de comestibles, comercios, fonda para los solteros, teatro, salón de conciertos, peluquería; en una palabra, tienen reunido cuanto necesitan para vivir tranquilos y felices, con todas las ventajas morales y económicas. Orgulloso puede estar Eusebio Güell de su obra, que le vale repetidas alabanzas y no escasas bendiciones.

¡Orgulloso! de fijo no sabe lo que significa esta palabra, y... si lo sabe, la condena abiertamente. Remítome á las pruebas. En el caso de que concediera importancia á las riquezas con que la fortuna le favoreció, hubiera sido lógico que, como han hecho otros con menor motivo, trasladara su residencia á la Corte, en donde representaría un papel brillantísimo, disfrutando, al melodioso arrullo de la lisonja, de todos los placeres con que la aristocrática sociedad madrileña entretiene sus ocios y convierte este valle de lágrimas en un anticipado paraíso. ¿Tanto hubiera tardado un hombre de sus méritos, en conquistar un alto puesto político ó un pergamino nobiliario, si se dejara llevar en sus aspiraciones por la corriente de la vanidad humana?

Pues, todo lo contrario; muy lejos de apetecer las distinciones á que es acreedor, rehusólas con decidido empeño, siempre que se le ofrecieron. Intachable en su vida privada, no ha querido figurar en la vida pública; comprendiendo, con excelente criterio, que, para navegar en ese revuelto oleaje, requiérese cierta elasticidad de conciencia á que no se presta la suya, recta y pundonorosa.

Aquí mismo, donde nació y reside; aquí, donde medran todas las osadías y se encumbran fácilmente las nulidades; una persona de su posición y valer debía, por derecho propio, ocupar los puestos más prominentes;... y los ocuparía, á no dudar, si entre los dispensadores de cargos y gracias no fuera proverbial su retraimiento. Sólo en dos distintas ocasiones logróse vencer su resistencia: y aceptó una concejalía en el Ayuntamiento y un acta de diputado provincial. Tratábase de servir á la ciudad y á la provincia; Güell, que adora en ellas, y anhela verlas prósperas y felices, quebrantó accidentalmente sus propósitos é hizo el sacrificio de su tranquilidad, por cumplir el sagrado deber de ciudadanía. El sabrá si durante esos períodos de exhibición forzosa, se arrepintió alguna vez de haber cedido ó tuvo motivo de afirmarse en sus convic-

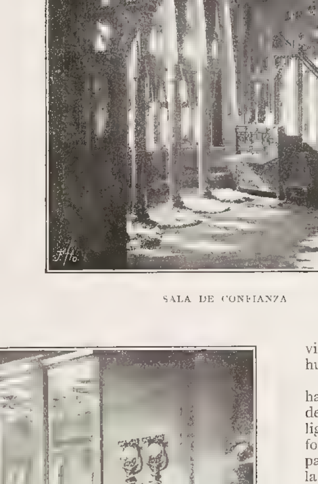


CASA GUELL. — PUERTA PRINCIPAL

ciones: yo sé únicamente... que no ha vuelto á reincidir. Pudo sentarse también en los bancos del Congreso;... pero hasta ahí no llegaba su abnegación.

Tenémosle, pues, modestamente retirado á la sombra, sin apetecer otros goces que los del hogar, consagrado en cuerpo y alma al amor de la familia, á la educación de sus hijos, á la administración de sus bienes... y al estudio, que ha sido el afán constante de su vida. De esto, doy fe; no á fuer de notario, sino de testigo presencial. Cúpome la satisfacción de ser su compañero en las aulas universitarias, donde Güell era citado por los catedráticos como modelo de buen juicio y de aplicación; meritoria cualidad de que hace algunos años dió gallarda muestra, escribiendo un libro interesantísimo: *L'immunité par les leucomaïnes*, que se editó en París y obtuvo un gran éxito, ocupándose de él con elogio toda la prensa de Europa y América.

Véanse algunos de los párrafos que en un extenso artículo le dedicó el autorizado doctor Robert: «Es fenomenal en nuestro país, que haya una persona de las condiciones sociales del señor Güell, que dedique largas vigilias al estudio de asuntos enteramente desligados de sus tareas habituales. Para hacer lo que él ha hecho, escribiendo la monografía que constituye el epígrafe de estas líneas, no sólo es menester una extraordinaria afición científica, sino una laboriosidad de que aquí no sabemos hacer gala. Pero, hay más: sin una inteligencia vasta y muy flexible, para poderla adaptar con fruto á la investigación de uno de los problemas biológicos más trascendentales de nuestra época, no podría comprenderse ni siquiera el intento de tratar una cuestión tan abstrusa y erizada de dificultades. Nos era ya conocida la erudita ilustración del autor; pero nos ha de asombrar el hecho de que una persona que, hasta ahora, no había demostrado aficiones biológicas y médicas, haya emprendido una labor importantísima que muchísimos hijos de Escolapio no se atreverían á empezar.»



SALA DE CONFIANZA

Refiriéndose al mismo libro, otra eminencia médica se expresó así: «Aparte del acontecimiento científico que la aparición del libro del señor Guell significa en sí mismo, hay otro de tanta importancia, cual es demostrar una vez más que las especialidades pueden salir de fuera de las aulas; y así como Edisson sin ser electricista ni siquiera ingeniero ha asombrado al mundo con sus inventos, Pasteur, siendo sólo un químico, ha prestado inmensos servicios á la medicina, y Peral, no siendo más que un oficial de marina, se ha revelado electricista de primer orden; el señor Güell, sin poseer el título de médico ni haber cursado esa carrera en ningún establecimiento oficial, ha prestado con sus profundos estudios particulares y detenidas observaciones, un inmenso servicio á la ciencia y á la humanidad.»



ESTRADO

La casa palacio en que habita la familia Güell, y de la cual puede formarse ligera idea, por las vistas fotográficas que se acompañan, fué construída bajo la inspiración de su propietario; y en verdad que el edificio guarda perfecta analogía con éste: revela su carácter. Un exterior severo, frío, y un tanto melancólico, encubre de igual manera el alma viril, grande, generosa del uno y las maravillas artísticas de la otra. La distinción afiligranada del dueño refléjase en cada detalle de la suntuosa mansión. No ha faltado quien advirtiera cierta excentricidad en la fachada; ¿pero no habrá quien califique también de excéntrico el voluntario retraimiento de Güell?

He de anotar, empero, que, á pesar de vivir entre doradas rejas ó encerrado,—permítame la frase,— en su señorial castillo, el que le necesita le encuentra: las puertas de su casa, como las de su corazón, están siempre abiertas para el industrial ó el artista que solicitan su protección valiosa; figura de los primeros en todo acto filantrópico; presta personal concurso á cuanto contribuye al fomento de la producción nacional, sobre todo á la catalana; y practica, sin aparato ni ostentación, la más hermosa de las virtudes: la caridad.

Fino en el trato, dotado de una sencillez y delicadeza exquisitas, con gran sentido práctico de las conveniencias sociales, sabe colocarse siempre á la altura de las personas que le rodean, descendiendo hasta los humildes y no humillándose ante los magnates.

La Providencia ha recompensado su hombría de bien y su amor al país, concediéndole, en su distinguida compañera, hermana del marqués de Comillas, el mejor de los tesoros; y una prole numerosa, en la cual sus saludables ejemplos vincularán indudablemente las leyes sagradas del deber y del honor.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

No he dicho nada nuevo á mis lectores: la personalidad Güell y Bacigalupi es de sobra conocida y estimada en su justo valor; nadie ignora que sus relaciones son infinitas, y que cuenta con amigos... hasta en las gradas del trono: pues la familia real le distingue con su aprecio; especialmente las infantas Doña Isabel y Doña Paz, que varias veces le han conferido su representación en ceremonias oficiales.

No quiero poner fin á este desaliñado artículo sin consignar el hecho que más le enaltece á mis ojos: el patricio ilustre á quien hijas de reyes dispensan su amistad, no tiene en menos la de un mísero escritor.

Eusebio Güell es una excepción de la regla general: no ha olvidado, en medio de su opulencia, que fuimos condiscípulos.

SALA DE PASO

SALVADOR CARRERA

# VERANEO

¿Os gustan las alegres romerías? Pues á pesar de la desolación de la guerra y la tristeza mortal que debieran originar los acontecimientos, sépase que las tales romerías no se han interrumpido ni un punto, en mi país. El buen tiempo las favorece, y la animación no las abandona. Es difícil explicar tal persistencia del buen humor; baste comprobarla.

Una romería en Galicia se compone de los siguientes elementos: Una iglesia, ermita ó santuario milagroso. Un vasto campo, plantado de añosos árboles, ó al menos una ancha carretera, á cuyas orillas se van acomodando la música, los puestos de rosquillas y *rosolio*, los tenderetes y los coches vacíos. Y una muchedumbre en que se codea llanamente la gente aldeana con el *señorío*, los mendigos zarrapastrosos con las damiselas emperifolladas, y donde relincha el rocín montés, á la vista de la fina yegua extranjera que arrastra elegante *charrette*. Gaitas, tamboriles, murgas, plañir del « pobre tullido » y risa bestial del beodo, cohetes, farolillos de colores, olor á incienso y á juncia que sale del templo, vaho á aguardiente que despiden las tabernas, todo se combina y confunde y amalgama en el rebullicio de la romería, formando un conjunto pintoresco, atrayente para la pluma y el pincel.

Nadie, al ver las romerías, creería que los campos están á pique de quedarse yermos por falta de brazos, y que el fisco ha embargado tantas tierras, porque sus míseros dueños no alcanzan á pagar la contribución. — Feliz condición la del espíritu humano, que permite olvidar las calamidades, así que se presenta ocasión de distraerse y echar al aire las canas del pensamiento. — Sin embargo, las tristezas siempre se conocen en algo; — siempre, observando bien, se notan síntomas. Otros años la gente, agrupada sobre el parapeto del puente de Betanzos, aclamaba el paso de la falúa del Pazo de Mariñán, la bonita falúa de Láncara, en la cual descendíamos hacia *los Caneiros*. Son los Caneiros una de las fiestas más poéticas y originales que pueden verse. Miles de personas solazándose entre los viñedos y por los pintorescos rincones de las márgenes del río Mandeo; meriendas al aire libre y sobre la hierba mullida, y el río surcado por cientos de embarcaciones adornadas, empavesadas, iluminadas, que al regreso producían efecto fantástico, deslizándose sobre el agua tranquila. El premio de honor era siempre para la falúa del Pazo, que avanzaba como gigante ramillete, literalmente cubierta de flores, de azules hortensias, de blancas rosas, — flores las velas, flores los remos, flores el timón, flores la proa toda salpicada de espuma... y flores también las mujeres, vestidas de claro, con grandes pamelas de paja, con sombrillas de seda. - Este año la falúa del Pazo no se revestirá de flores... Aunque la paz se firme, ¡será tan cruel, tan amarga la paz!

Estas romerías de Galicia, si parecen á primera vista semejantes, son muy diversas entre sí. Se diferencian no sólo por el aspecto exterior, sino por el carácter tradicional de algunas. Las hay, como la del santuario de la Barca y la de San Andrés de Teixido, que confunden sus orígenes con las densas nieblas de los orígenes mismos de esta región. Las hay, como la del santuario de Pastoriza, que tienen indudable procedencia histórica. Las hay, como la de Santa Rosalía en Sanjenjo y Portonovo, que son, más que romerías, mercados de fruta. Las hay de reciente institución, como la Saleta del Carballino, que hacen mover la cabeza á la gente vieja, aferrada á sus devociones de costumbre. Y las hay, como algunas de las Mariñas, dedicadas y consagradas á santos ya arcáicos, de poco renombre y á quienes sólo en el reducido círculo de dos ó tres parroquias se demuestra devoción: tales son las de Santa Marta y San Mamed, por ejemplo. La antojadiza devoción popular y la superstición toman no poca parte en el incremento ó decadencia de tal ó cual romería. A Teixido va el aldeano, porque desciende de aquellos celtas que creían en la transmigración de las almas, y entiende y afirma en su expresivo lenguaje, que si no ha ido de vivo, tendrá que ir de muerto, metido en el cuerpo de algún sapo, de algún lagarto ó de algún lobo. A la Lanzada va, porque supone que se curarán los *males extraños* de las mujeres, aguantando á pie firme y vueltas de espalda el choque y embate de las olas en las más bravas mareas. En Nuestra Señora del Corpiño creen los aldeanos, sencillos y maliciosos á la vez, que *se sacan los demonios* con exorcismos y agua bendita; y veríais á los poseídos retorcerse y blasfemar y gemir, y querer enloquecer cuando se alza la hostia... En cambio, en Pastoriza, donde la Estrella de los mares se yergue sobre el pedestal de abruptas rocas, presenciaríais un espectáculo conmovedor: un hombre, curtido por la intemperie, descalzos los obscuros pies, descubierta la cabeza de aborrascado cabello, asciende por la cuesta, cargado con un palo enorme, remo de su lancha ó mástil de su queche; al llegar ante el santuario, se arrodilla, se postra, besa el polvo, prorrumpe en sollozos... Es la gratitud, es la fe más pura la que se desborda de su pecho; recuerda el instante en que el abismo se entreabría, y la ola verde, inmensa, caía sobre la débil embarcación, y en que, dándose ya por muerto, había dicho entre sí: « Madre mía de Pastoriza, si salvamos, he de ir descalzo á tu santuario con el remo á cuestas!

Este año ¡cuántos ofrecimientos de madres y de novias, cuántos votos habrá escuchado la hermosa Virgen! (Y no la llamo hermosa por llamárselo, sino porque lo es.) ¡Los mares y los lejanos continentes guardaban tanto español! Van á devolvérnoslos; y como está escrito que sólo vivamos, en este fúnebre año, de terrores y de calamidades,... al acercarse á las costas el pobre ejército vencido sin lucha y repatriado sin desquite, los moradores de la costa empiezan á temer que esas naves que se acercan sean como aquella nave fatídica de *La peste de Otranto*, negra y horrible, que traía al puerto el contagio y la muerte. El calor excepcional de este verano, la prolongada sequía, todo contribuye á aumentar el recelo que inspiran esas naves dirigidas á nuestros lazaretos desde los malsanos climas de las Antillas y de Asia. Y sin embargo, el veraneo prosigue alegre, las romerías no decaen, las playas se ven atestadas de gente, en los balnearios se juega al *tennis* y se baila á toda hora, y... no puedo menos de recordar á Francia, á la cual, un año después del desastre, encontré todavía de riguroso luto.

EMILIA PARDO BAZÁN

# MADRID ELEGANTE

No hay más remedio: si mis lectores quieren que les hable de la sociedad aristocrática, de la que figura en primera línea, de la que da la nota de la distinción y de la elegancia, fuerza será que me acompañen mentalmente á dos ó tres de los puntos más favorecidos por el *mundo elegante*, durante la estación veraniega.

No se asusten los lectores; yo les prometo que el viaje no será largo; acortaremos las distancias, salvaremos en breves minutos la que media entre Madrid y la Granja, sin detenernos apenas en el Real Sitio de San Lorenzo, donde se agrupan, en torno al histórico Monasterio, multitud de familias de la clase media; un día en los espléndidos jardines del Versalles de nuestros Reyes nos bastará para ponernos al corriente de la gente que allí veranea, y de la clase de vida que allí se hace; y después de visitar brevemente en Segovia á las linajudas familias que aun habitan sus históricos caserones blasonados, tomaremos el *expreso* que nos conducirá á la capital de Guipúzcoa, este año llena de una concurrencia más *cremosa* y menos *botijera* que otros, según la frase de una ingeniosa dama que me dirige periódicas correspondencias; y sin alargarnos hasta Biarritz, donde este verano, á consecuencia de los cambios, apenas se encuentran españoles, nos meteremos en ese ferrocarril de juguete que conduce á Zarauz, centro y emporio, como siempre, de la sociedad aristocrática.

***

Descubrámonos con admiración y respeto ante la grande obra de los siglos, ante el imponente Acueducto de Segovia, subamos la empinada cuesta que conduce al centro de la capital, hagamos una breve visita á su linda Catedral gótica y al majestuoso y restaurado Alcázar; y ya que de históricos monumentos se trata, tengamos un rato de amena charla con el venerable Presidente de la Academia, el ilustre general conde de Cheste, que veranea, como cada año, en su magnífico palacio, frontero al de otro prócer linajudo: al del marqués de Quintanar.

Con saludar después á la noble y simpática familia de la condesa de los Villares, habremos cumplido nuestros sociales de-




NOTAS ARTÍSTICAS
DIBUJO DE RICARDO URGELL

beres, y montando en ligera bicicleta (todos los medios de locomoción son utilizables en estos viajes mentales que puso de moda, ha largo tiempo, el ingenioso Cavier de Maistre), media hora de mover suavemente los pedales nos bastará para llegar á la Puerta de hierro que da acceso á la Plaza del Palacio del Real Sitio de San Ildefonso.

Ni descansar ni refrescar nos hará falta: pues, momentos antes de llegar á la histórica puerta, habremos sido detenidos con amables frases de bienvenida, á la entrada de un lindo hôtel de juguete, cuya arquitectura desaparece por completo bajo un espeso tapiz de verdura; un matrimonio no ya joven, pero ágil, amable y obsequioso, nos abre la verja del jardín, nos hace sentar *junto á una mesa de pintado pino*, en elegantes sillas rústicas, y nos pone al corriente de cuanto en la Granja acontece.

Después, entramos en aquella linda casita, graciosa y coquetona como un nido de amores, tan artística, tan llena de preciosidades, de regios recuerdos y de pinturas notables, que no podemos menos de felicitar al autor de éstas, el señor Pérez de Castro, mayordomo de semana de su majestad. Esta casa fué varias veces visitada por el difunto rey Don Alfonso XII y por sus augustas hermanas las infantas Doña Isabel y Doña Eulalia.

Agradecidos á la amable hospitalidad de los señores de Pérez de Castro, abandonamos con pena su morada y penetramos en la Granja.

⁂

La colonia es numerosa y aristocrática; el aire fresco y puro; el tiempo hermoso; hay muchos carruajes particulares que cruzan á la continua los senderos; muchos jinetes, y no pocos ciclistas; en el teatro, el antiguo *trono* de doña Paquita, funciona una compañía de verso muy aceptable, bajo la dirección del matrimonio Rodríguez-Rubio; y, no obstante todo esto, los que hemos veraneado otras veces en aquel sitio, notamos un vacío inmenso, imposible de llenar: la presencia de su alteza, la popular y querida infanta Doña Isabel.

Recordamos como se *la* veía por las mañanas en el *corro*, saludando afablemente á las personas de la colonia; la veíamos por la tarde guiando con intrépida maestría seis briosas jacas, siempre acompañada en su jardinera por ilustres damas y bellas señoritas; y de noche, ya presidiendo la función, desde su palco proscenio, ya sorprendiendo á los contertulios de la ilustre duquesa de Ahumada, inconsolable hoy por la ausencia de su querida infanta.

Luego, aquellas deliciosas excursiones á la Boca del Asno, á Riofrío, al Paular, á Peñalara; aquellas fiestas infantiles en los jardines de Palacio; todo lo que constituía el encanto principal de la colonia veraniega.

⁂

En los momentos que hemos permanecido en el Real Sitio, la gente está aún impresionada con la reciente muerte del ilustre marqués de Monte-Virgen y de San Carlos, uno de los nobles más caballerescos de nuestra sociedad; el anciano prócer fué grandemente aficionado á las letras y á las bellas artes.

Intimo amigo del inmortal Zorrilla, conservaba como preciadas reliquias, los manuscritos originales de algunas de las obras del insigne vate.

Coleccionador infatigable de obras de arte retrospectivo, reunió en su morada de la calle de San Bernardo, un verdadero museo arqueológico, de excepcional importancia.

Estaba casado con una dama que ha sabido rodearse de todos los respetos que inspiran la bondad y el talento.

Descanse en paz el noble marqués de San Carlos.

⁂

Con esta triste impresión, con esa vaga melancolía que deja siempre la pérdida de un amigo afectuoso y de una personalidad notable, emprenderemos el viaje de regreso, no sin detenernos en *Quita-pesares*, que, para justificar más su nombre, alberga en su recinto suntuoso á una familia muy agradable, la del conde de Malladas.

Siéntese también en esa mansión faustuosa, residencia un tiempo de la reina Doña Cristina de Borbón, la nostalgia de otras épocas más felices, y acuden en tropel á la imaginación del visitante memorias de magníficas fiestas allí celebradas.

Fuerza será, sin embargo, dejar á un lado poéticas remembranzas, si hemos de llegar á tiempo á Segovia para tomar el tren que nos lleve á la capital de Guipúzcoa.

⁂

San Sebastián está de gala; llegamos en la *gran semana;* Arana, el infatigable empresario, ha organizado magníficas fiestas con las indispensables corridas de toros; varios *sportmen* emprendedores, como los señores marqués de Tovar y conde de Caudilla, han introducido allí el *Polo*, el *Foot-ball*, el *tiro de pichón* y otros ejercicios de moda; las damas, convocadas por la ilustre señora del general Marín, preparan funciones, para allegar fondos con destino al socorro de los soldados repatriados; la marquesa de Squilache, en uno de esos rasgos, en ella tan frecuentes como espontáneos, ha ofrecido 2,000 duros... San Sebastián, pues, está de fiesta. La marquesa de la Laguna, tiene, como siempre, su corro de políticos; en el parque del hôtel de los condes de Caudilla se reune á veces la sociedad aristocrática; en la terraza de la generala Marín, que mira á la Concha, se reunen también algunas amigas de la gentil Purita; en el Hôtel Continental, donde se hospedan la marquesa de Aguiar y los marqueses de Riscal, hay animadas tertulias; el Casino concurridísimo; el teatro lleno.

Tertulias en pequeño no faltan; al tresillo juegan muchas noches con la encantadora condesa de Requena y su madre, el marqués de San Saturnino, don José del Rivero, las condesas de Armir y de Madrón, las señoritas de Ruiz y otros.

Llegan numerosos extranjeros y españoles, con objeto de asistir á las corridas de toros; la animación es grande; solamente la frente se nubla y el ánimo se contrista al contemplar solitario y sombrío, avanzando sobre las olas, el Palacio de Miramar...

⁂

El *juguete* nos espera: ¡A Zarauz!

La playa de las elegancias, el emporio de la crema está *au grand complet*.

Pero ¿qué vida se hace? Paseos en coche, excursiones á San Sebastián, á Cestona, á Loyola, y sobre todo tresillo, mucho tresillo, y *poker*.

El ilustre general Martínez Campos juega al tresillo con las marquesas de Squilache y de Villadarias; en casa de los marqueses de Monteagudo hay animadas partidas de *poker*, de las cuales forman parte casi todos los que constituían su habitual tertulia en su palacio de Madrid: el duque de la Unión de Cuba, el marqués de Somosancho, el de Villadarias, Pepe Vera, etc., etc.

⁂

Fuerza será emprender el regreso, si esta crónica ha de llegar á tiempo á nuestros lectores.

Pisamos el suelo de la Corte en el momento en que un suntuoso cortejo fúnebre atraviesa la calle de Alcalá. Descubrámonos con respeto. Es el entierro de un Grande de España que ha sabido hacer honor á sus timbres: la carroza, cubierta de coronas, conduce el cadáver del egregio conde de Xiquena. R. I. P.

MONTE-CRISTO



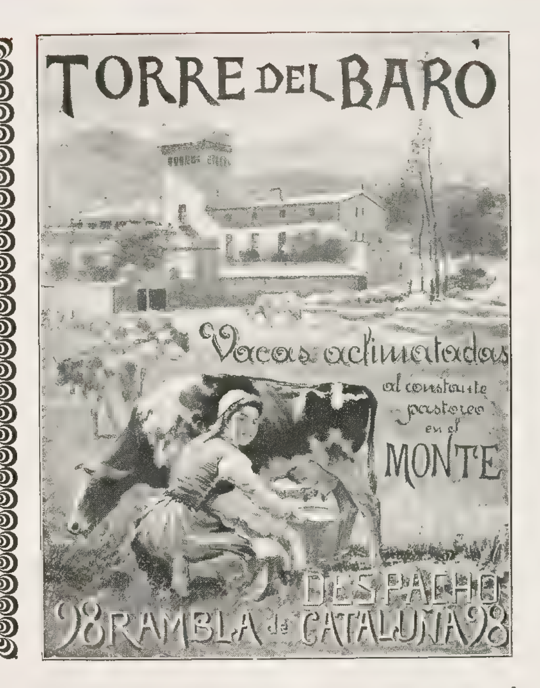
MTRO. SALVADOR GINER (Valencia).

## SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de A. Coll.
*Predicción gitana*. Caricaturas de Miguel Navarrete.
PÁGINAS EN COLOR: *Decorativa*. de Fernando Xumetra.
*Te acuerdas?* Poesía de Víctor Balaguer. } Autógrafos.
*Lejos del mar*. Poesía de Manuel del Palacio. } Autógrafos.
*A misa de alba*. Cuadro de Sans Castaño.
*Flores silvestres*. Cuadro de Francisco Miralles.
*Marina*. Cuadro de Enrique Serra.
PÁGINAS EN NEGRO: *La viuda pobre. Ficción poética*. Artículo original de Francisco Tomás y Estruch; con orlas de Passos.
*Dos primas*. Artículo de Miguel Guilloto Dumonche, ilustrado por Cuchy.
*Personalidades andaluzas. Excmo. Sr. D. Guillermo Láa y D. Eugenio Agacino*. — Retratos, y artículo biográfico, de M. E. G.
*Recuerdos de un viaje á Andalucía*. Notas artísticas de Alvarez Dumont.
*La Serie*. — Cuento de Eusebio Blasco, ilustrado por Fernando Sánchez Covisa.
*Mtro. Cándido Orense* (Retrato).
MOSAICO.
REGALO. — *Zoraida*. Serenata para piano, original del Mtro. Cándido Orense (Granada).



Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.




¡EN RIDICULO!, por Xaudaró.



— Caballero, creo que se ha equivocado usted.
- Señora, usted perdone.



- . ..... ! —

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ◆ *Rambla de Cataluña, 151, Barcelona* ◆ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTICULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

| Año II | Barcelona, 16 de Septiembre de 1898 | Núm. 26 |
| --- | --- | --- |

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán—José María de Pereda.—Benito Perez Galdós.—Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—José Camins.—Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

PREDICCION GITANA, por M. NAVARRETE.



— Yo le compraría á usted esa borrica, pero, *mayormente*, no me agrada. Es negra y la querría blanca.



— *Mizte*, compare, la *custión* de colores no la tenga *usté* en cuenta pa *ná*. Yo le aseguro que esa borrica será blanca antes de una hora.



— ¡Diablo con el hombre! ¿Y cómo lo sabe *usté*?
— Mirando á las nubes.


¿Te acuerdas?
¿Te acuerdas de aquella tarde,
te acuerdas, mi dulce dueño,
á la vera del arroyo
y bajo el álamo negro?
Hay momentos en la vida
en que la tierra es un cielo,
y son incienso los aires,
y las palabras son besos.
¿Te acuerdas de aquella tarde,
te acuerdas, mi dulce dueño,
á la vera del arroyo
y bajo el álamo negro?
Víct Balaguer
Lejos del mar
En el rincón más bello de Galicia,
oculto entre follaje,
yo tengo un nido, á cuyos pies quebranta
del mar el oleaje.
Todos los años al calor huyendo
busco allí espacio y aire,
y gozo de apacibles alboradas,
y de serenas tardes.
Hoy ya no iré; debajo de las olas
fueron, Patria, tus naves,
y bañándome en ellas, pareciera
que me bañaba en sangre!
Manuel del Palacio
Agosto. 1898.
F. Xumetra.



# LA VIUDA POBRE

(FICCIÓN POÉTICA)

ERA el día de las limosnas en Jerusalém. Todos daban: muchos por vanidad, pocos por generoso impulso de misericordia.

Al Templo afluían desde muy temprano los magnates, los funcionarios, los industriales, los mercaderes, los mismos jornaleros del campo. En un arca depositaban sus ofrendas.

Jesús, llevó sus discípulos á la casa del Señor, y, en la penumbra de ella, ocultos en el más excusado rincón, presenciaban aquel espectáculo.

Anochecía; los últimos hipócritas echaban con ímpetu las monedas, para que con el ruido pregonaran su largueza.

* * *

Erase una mujer desgraciada; perdido había á su esposo y á sus hijos, cuando constituían para ella un apoyo y un consuelo; rodó de la alegre y dichosa esfera de otros tiempos, á un estado de postración y de indigencia indescriptibles. La que tuvo servidores y nadó en la abundancia, vino á ser la criada de un mercader obscuro. Comía de las sobras de la mesa. Los perros eran más afortunados que ella: cuando menos, se les agradecía los ladridos; en cambio, de la pobre viuda escarnecíanse toda palabra ó acción delicadas.

Amaneció hermosísimo aquel día, el día de las limosnas, en Jerusalém. Las gentes todas abandonaban sus hogares é iban á cumplir la tradicional costumbre.

La desgraciada viuda estaba sola en casa de sus amos; veía aquellos ríos de gente dirigirse al Templo .. ¡Se acordó *de ayer*, de hacía muchos años, de cuando rica y dichosa, al lado de su compañero y de sus vástagos, también formaba parte de la piadosa muchedumbre!

Tenía dos *blancas* en la mano: eran el ahorro de algunas semanas de labor. Estaba hambrienta, enferma, casi desnuda.

Anochecía.

Los últimos mortecinos rayos de luz, precursores de los tonos del crepúsculo, hablaban con honda melancolía al espíritu atribulado.

La mujer iba á realizar un sacrificio; en lugar de proveer, con el valor de aquellas monedas, al inexcusable alimento de su aniquilado cuerpo, las estrechó nerviosamente entre sus dedos... y dirigióse á ofrecerlas al Señor.

Iba recelosa por las calles; temía ser descubierta y burlada por los hartos.

Penetró en el Templo: estaba, al parecer, desierto.

La viuda era poco menos que una sombra, avanzando por entre las de aquella Casa santa. Las luces de las lámparas eran menos pálidas que su faz, y temblaban menos. Al verla llegar el guardián del arca, pensó que la mujer se dirigía allí con instintos aviesos... y vigiló su mano. La mano de la anciana se abrió con modestia, y cayeron dos monedas de entre sus dedos.

Jesús, que desde lejos todo lo presenciaba con sus discípulos, díjoles á todos regocijado: «Hé aquí la verdadera caridad. Esa mujer da lo que para sí necesita; los otros, que la han precedido, dieron lo supérfluo. Esa, en silencio ofrece y sin orgullo se retira. Imitadla, que á tanto obliga la doctrina que os predico. Al hacer el bien en la tierra, no mandéis tocar trompetas, ni encender luces para que os vean.»

Y todos salieron tras de la pobre enferma que pensó no la había visto nadie.

* * *

A las puertas del Cielo está el Purgatorio.

Las almas formaban un inmenso mar cuyo oleaje incesante iba á estrellarse en unas gradas de diamante, que dan acceso á la puerta celestial. Esa puerta es estrecha, tanto, que su abertura la taparía sobradamente el más fino cabello; acaso es á la que Jesús se refería cuando dijo al cínico viandante: *Muchos empujan y pocos entran.*

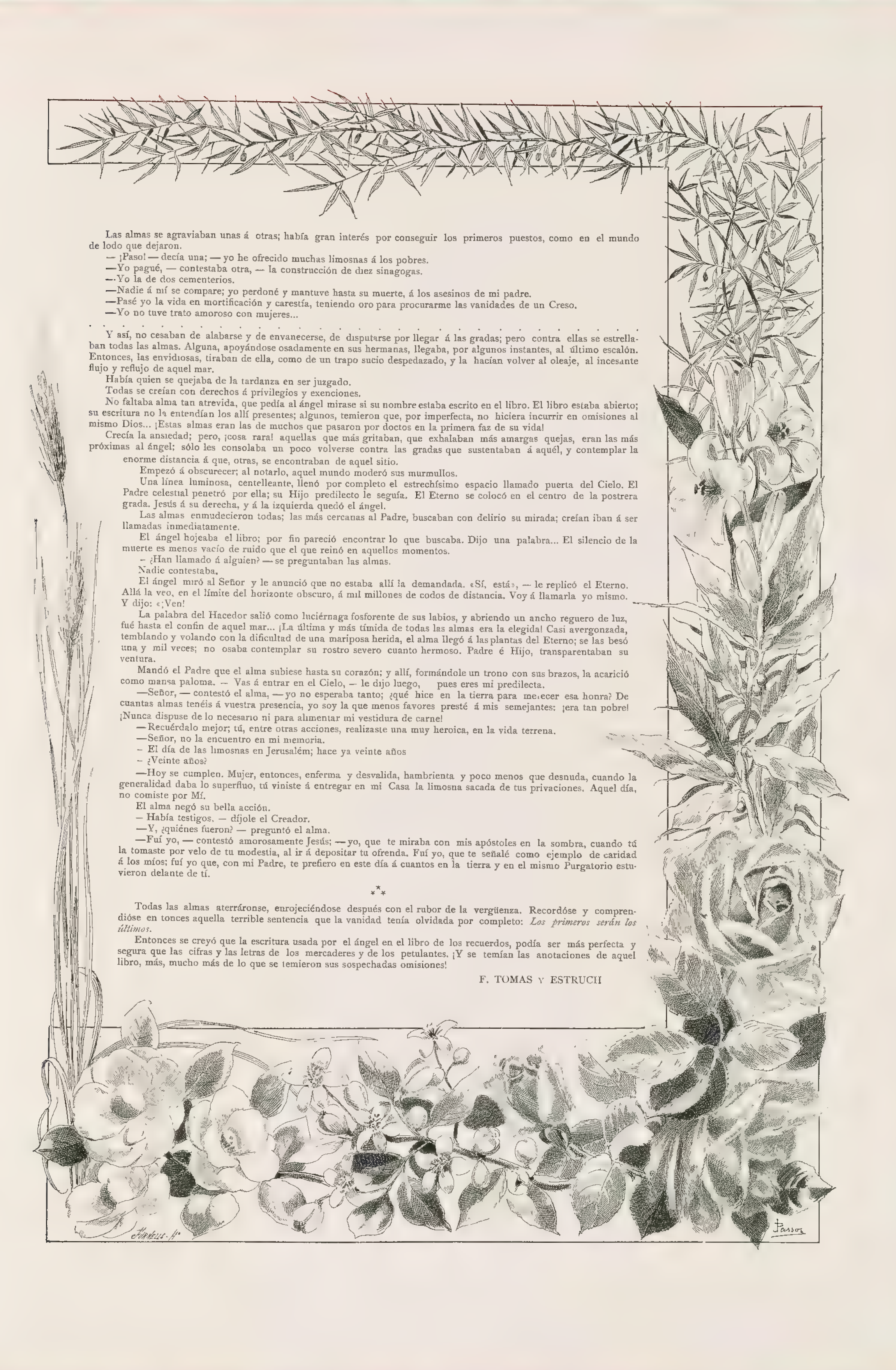
Sobre la grada superior, al lado izquierdo, veíase un ángel; en sus manos descansaba un libro en cuyas páginas estaban anotadas las acciones de los hombres. Con arreglo á esas anotaciones, las almas que esperaban el momento de la solemne liberación, debían enseguida, ó más tarde, ingresar en las regiones de la eterna luz.

El ángel estaba triste, contemplando aquel oceano de almas en pena, que no cesaban de moverse, disputándose unas á otras el sitio más cercano á las puertas del Cielo.

La vista humana no alcanzaba á ver todos los millares de leguas ocupadas por tantos espíritus.

Se percibía un ruido sordo, que á intervalos cesaba en el vacío, para renovarse con pavoroso ronquido: ese ruido á veces expresaba ecos, voces de rencor por parte de los que, creyéndose con más derecho á ocupar un puesto preferente, solicitaban la proximidad á las gradas, sobre las cuales se elevaba el ángel; parecíales que, así, tendrían más probabilidades de *despachar* pronto y entrar en la Gloria.

Allí, en primer lugar, se habían colocado los que más dinero gastaron en el mundo, los que mejores ofrendas materiales creyeron hacer á Dios. Los ricos de la tierra querían también gozar de su influencia en aquellas esferas.



Las almas se agraviaban unas á otras; había gran interés por conseguir los primeros puestos, como en el mundo de lodo que dejaron.

— ¡Paso! — decía una; — yo he ofrecido muchas limosnas á los pobres.

—Yo pagué, — contestaba otra, — la construcción de diez sinagogas.

—Yo la de dos cementerios.

—Nadie á mí se compare; yo perdoné y mantuve hasta su muerte, á los asesinos de mi padre.

—Pasé yo la vida en mortificación y carestía, teniendo oro para procurarme las vanidades de un Creso.

—Yo no tuve trato amoroso con mujeres...

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

Y así, no cesaban de alabarse y de envanecerse, de disputarse por llegar á las gradas; pero contra ellas se estrellaban todas las almas. Alguna, apoyándose osadamente en sus hermanas, llegaba, por algunos instantes, al último escalón. Entonces, las envidiosas, tiraban de ella, como de un trapo sucio despedazado, y la hacían volver al oleaje, al incesante flujo y reflujo de aquel mar.

Había quien se quejaba de la tardanza en ser juzgado.

Todas se creían con derechos á privilegios y exenciones.

No faltaba alma tan atrevida, que pedía al ángel mirase si su nombre estaba escrito en el libro. El libro estaba abierto; su escritura no la entendían los allí presentes; algunos, temieron que, por imperfecta, no hiciera incurrir en omisiones al mismo Dios... ¡Estas almas eran las de muchos que pasaron por doctos en la primera faz de su vida!

Crecía la ansiedad; pero, ¡cosa rara! aquellas que más gritaban, que exhalaban más amargas quejas, eran las más próximas al ángel; sólo les consolaba un poco volverse contra las gradas que sustentaban á aquél, y contemplar la enorme distancia á que, otras, se encontraban de aquel sitio.

Empezó á obscurecer; al notarlo, aquel mundo moderó sus murmullos.

Una línea luminosa, centelleante, llenó por completo el estrechísimo espacio llamado puerta del Cielo. El Padre celestial penetró por ella; su Hijo predilecto le seguía. El Eterno se colocó en el centro de la postrera grada. Jesús á su derecha, y á la izquierda quedó el ángel.

Las almas enmudecieron todas; las más cercanas al Padre, buscaban con delirio su mirada; creían iban á ser llamadas inmediatamente.

El ángel hojeaba el libro; por fin pareció encontrar lo que buscaba. Dijo una palabra... El silencio de la muerte es menos vacío de ruido que el que reinó en aquellos momentos.

— ¿Han llamado á alguien? — se preguntaban las almas.

Nadie contestaba.

El ángel miró al Señor y le anunció que no estaba allí la demandada. «Sí, está», — le replicó el Eterno. Allá la veo, en el límite del horizonte obscuro, á mil millones de codos de distancia. Voy á llamarla yo mismo. Y dijo: «¡Ven!

La palabra del Hacedor salió como luciérnaga fosforente de sus labios, y abriendo un ancho reguero de luz, fué hasta el confín de aquel mar... ¡La última y más tímida de todas las almas era la elegida! Casi avergonzada, temblando y volando con la dificultad de una mariposa herida, el alma llegó á las plantas del Eterno; se las besó una y mil veces; no osaba contemplar su rostro severo cuanto hermoso. Padre é Hijo, transparentaban su ventura.

Mandó el Padre que el alma subiese hasta su corazón; y allí, formándole un trono con sus brazos, la acarició como mansa paloma. — Vas á entrar en el Cielo, — le dijo luego, pues eres mi predilecta.

—Señor, — contestó el alma, — yo no esperaba tanto; ¿qué hice en la tierra para merecer esa honra? De cuantas almas tenéis á vuestra presencia, yo soy la que menos favores presté á mis semejantes: ¡era tan pobre! ¡Nunca dispuse de lo necesario ni para alimentar mi vestidura de carne!

—Recuérdalo mejor; tú, entre otras acciones, realizaste una muy heroica, en la vida terrena.

—Señor, no la encuentro en mi memoria.

— El día de las limosnas en Jerusalém; hace ya veinte años

— ¿Veinte años?

—Hoy se cumplen. Mujer, entonces, enferma y desvalida, hambrienta y poco menos que desnuda, cuando la generalidad daba lo superfluo, tú viniste á entregar en mi Casa la limosna sacada de tus privaciones. Aquel día, no comiste por Mí.

El alma negó su bella acción.

— Había testigos, — díjole el Creador.

—Y, ¿quiénes fueron? — preguntó el alma.

—Fuí yo, — contestó amorosamente Jesús; — yo, que te miraba con mis apóstoles en la sombra, cuando tú la tomaste por velo de tu modestia, al ir á depositar tu ofrenda. Fuí yo, que te señalé como ejemplo de caridad á los míos; fuí yo que, con mi Padre, te prefiero en este día á cuantos en la tierra y en el mismo Purgatorio estuvieron delante de tí.

⁂

Todas las almas aterráronse, enrojeciéndose después con el rubor de la vergüenza. Recordóse y comprendióse en tonces aquella terrible sentencia que la vanidad tenía olvidada por completo: *Los primeros serán los últimos.*

Entonces se creyó que la escritura usada por el ángel en el libro de los recuerdos, podía ser más perfecta y segura que las cifras y las letras de los mercaderes y de los petulantes. ¡Y se temían las anotaciones de aquel libro, más, mucho más de lo que se temieron sus sospechadas omisiones!

F. TOMAS Y ESTRUCH



A MISA DE ALBA

FRANCISCO MIRALLES

FLORES SILVESTRES

# PERSONAJES ANDALUCES

El primero, dentro de la esfera política liberal, es conocidísimo; el segundo, en el mundo científico se encuentra al mismo nivel, por lo que respecta á celebridad.

Nada puede reflejar más perfectamente las condiciones de un sér, su valía, su carácter, su caballerosidad, en fin, que la opinión de las clases populares; éstas, ni quieren ni saben aparentar lo que no existe, hoy que por suerte gozamos todos la libertad de creer, pensar y divulgar lo que á cada cual mejor parezca.

En la política existen elementos diferentísimos; unos analizables y otros no. Entre los primeros está indiscutiblemente el señor Láa, liberal decidido, entusiasta, y que ejerce de apóstol de su idea, difundiéndola y ensalzándola con sus actos, y con su palabra galana, fácil y briosa. Sus hechos son los mejores heraldos de sus aptitudes; ellos hablan, — porque subsisten; porque palpitan en los corazones de todos los andaluces;—mejor que yo que únicamente puedo por mi cuenta y riesgo sintetizar en estas desaliñadas líneas la admiración que me causa como hombre, como político y como autoridad.

Agacino, al tiempo que se honra perteneciendo á nuestra armada, honra señaladamente á la misma. Las mejores pruebas de su talento están en en esas condecoraciones que en su pecho ostenta, y que dicen claramente lo que vale, más que los elogios que yo pueda tributarle.

¡El pueblo gaditano, bien supo lo que se hacía al otorgarle sus votos! ¡Si todo el Congreso lo compusieran hombres como Agacino, otra vida más próspera y feliz gozaríamos!

Como hombre de ciencia, es una de las figuras más eminentes de España; y para probarlo, apelo á sus múltiples obras que no me dejarán mentir.

El marqués de Comillas, al depositar en él la dirección de sus astilleros, supo lo que se hacía también, pues en Agacino han encontrado los cientos de obreros que allí se agitan, más que un jefe recto, un preceptor bondadoso, que les va inculcando, con paternal cariño, sus profundos conocimientos.

Al ver favorecidas hoy las columnas del ALBUM SALÓN con la fotografía de tan ilustres hombres, siento un verdadero placer; porque nada resulta más halagador, que tener el convencimiento de haber hecho justicia al genio.

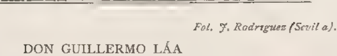
M. E. G.



*Fot Nal, Chicano y L. Hernández. (Cádiz)*

DON EUGENIO AGACINO

TENIENTE DE NAVÍO Y DIPUTADO Á CORTES POR CÁDIZ



*Fot. J. Rodríguez (Sevilla).*

DON GUILLERMO LÁA

GOBERNADOR CIVIL DE SEVILLA

# DOS PRIMAS

I

No es verdad que Lastorres es un hombre que reune cuantas dotes es posible reunir para ser interesante? — decía con vehemente entusiasmo Valentina Falcón á su prima Sofía, hablando de un joven oficial que les había sido presentado aquella misma noche, en el baile de Vallereal.

— No he tenido ocasión de notarle esas cualidades.

— Si hubieras bailado con él, y hubieses visto que conversación tan interesante... y que frases tan enamoradas...

— Chica, chica, mucho te han impresionado las galanterías que todo caballero se cree obligado á dirigir á su compañera de baile.

— Niñas, — dijo doña Juana Montanella, madre de Sofía, desde su habitación, — son las tres de la madrugada y ya es hora de acostarse.

Las dos primas se dieron un beso y las buenas noches, y se fueron á dormir.

II

Pronto pudiera haberse convencido Valentina de que su imaginación se había apresurado á levantar castillos en el aire.

Enrique visitó del modo más correcto á la señora de Montanella, sin decir á su sobrina otra cosa que galanterías más ó menos intencionadas.

Algunas insinuaciones, sin embargo, bastante íntimas, justificaban que ésta estuviese enamorada de él; aun cuando cuidaba de no dejar conocer este sentimiento, confiando sólo á su prima,—á quien hablaba cada vez más y con más entusiasmo de su pasión, — los sueños y deliquios de su alma.

III

Su inexperiencia de niña no le permitía temer que esa pintura constante de las cualidades excepcionales de Lastorres, y las frecuentes confidencias del amor que por él experimentaba, podrían llegar á impresionar á una mujer del carácter de Sofía.

Vehemente, caprichosa, insubstancial, mal criada por la madre, que, mirándola como un ídolo, no había sabido contradecirla nunca, y acostumbrada á ser la preferida en todo; sin confesarse á sí misma que envidiaba las atenciones de Lastorres, sentía algo que la mortificaba, en las confianzas de Valentina.

Y no obstante, solicitó desde entonces, con pérfido interés, esas con-



¡Pobre niña! aun ignoraba hasta qué punto debía ser profunda la pena que esa revelación llevaba consigo.

La despiadada casualidad le hizo recorrer la calle de la Amargura.

IV

Era una noche de agosto: Valentina, fatigada por el calor y perseguida por sus tristes pensamientos, quiso asomarse á un balcón que daba al jardín. Para hacerlo, tenía que atravesar un corredor, sobre el que abría la puerta del cuarto de su prima. El resplandor que iluminaba el suelo, bajo esa puerta, le hizo comprender que aquélla velaba; presa de indecible agitación, miró por el ojo de la cerradura, y acertó á ver á su rival escribiendo.

— ¡Dios mío! — exclamó, — ¿á quién puede escribir á esta hora y con este secreto?

Y casi sin acertar á dar un paso, ganó su habitación, procurando no ser oída.

Desde aquella aciaga noche, buscar la certeza de tal desventura fué su pensamiento dominante. Su naturaleza, decaída por los sufrimientos, experimentados, cobró sobrehumano vigor; aquellas mejillas pálidas se tiñeron de enfermizo carmín, y aquel mirar apagado brilló con la energía de una voluntad irresistible.

— Aquí, aquí deben estar; — dijo, acercándose á un mueble que había en el cuarto de su prima, una tarde en que ésta había salido de paseo.

Convulsa y torpe, hizo saltar la cerradurita del pequeño *secrétaire* donde guardaba Sofía sus joyas y correspondencia íntima; y apoderándose de un paquetito de cartas, cuya letra le era conocida, corrió á encerrarse en su habitación.

Poco después, golpes bruscamente dados en la puerta le hicieron exclamar, con una alegría que causaba miedo: — ¡Ahí está ya! La esperaba.

No se había equivocado.

Sofía, roja de ira, la boca entreabierta, los ojos desencajados y con el arrebato de la demencia, le agarró por un brazo, diciéndole:

—¡Vil, infame, hipócrita!; dame las cartas de que te has apoderado; ni ellas ni el hombre que las ha escrito te pertenecen; es mío, mío, ¡sólo mío!

— Sí, — dijo Valentina, con voz de agonía,—porque me lo has robado á mí, ¡miserable ladrona de corazones!

fidencias. El amor en su grado álgido es contagioso;... y acaso contagiada, se dijo á sí misma:

— ¿Por qué no? Lastorres y ella no están en relaciones; — y con la astucia de la serpiente y la candidez de la paloma, empleó un talento muy superior al de sus pocos años, para hacerse querer de aquel hombre.

Sus grandes ojos negros claváronse una vez, como penetrante acero, en Lastorres, y le dijeron: — «¡Te adoro!»

¡Pobre Valentina! aquella mirada había destruído para siempre la felicidad de su vida.

Como no se ocultaba á Sofía la infamia de su proceder; aunque desde aquel instante funesto el corazón de Lastorres fué suyo,... tuvo vergüenza de publicarlo, y quiso que sus relaciones fueran un secreto absoluto para todo el mundo.

Así pudo ser, porque Lastorres tuvo que marchar á su destino de agregado militar á nuestra embajada en Rusia.

Su ausencia dejó un vacío en el saloncito de la familia Montanella, y sin embargo, sólo la madre hablaba alguna que otra vez de él.

No sucedía así en las conversaciones íntimas de las dos primas; Valentina, cada vez más apasionada, comunicaba á Sofía todas las vibraciones de su alma, le leía sus cartas, y buscaba explicaciones, más ó menos forzadas, al tono de pura amistad que imperaba en ellas.

Sofía, disimulaba; pero cada palabra de su prima, era un puñal que atravesaba su alma, enardeciendo más y más su profundísima pasión.

Este estado de cosas no podía prolongarse mucho; y llegó un momento en que una palabra imprudente de Sofía hizo traición á su disimulo: esa palabra fué una revelación para Valentina.

Celos de muerte se apoderaron de ella, cuando comprendió que Sofía amaba á Lastorres; y desde aquel instante ocultó cuidadosamente el cruel torcedor que angustiaba su alma.



— Mientes; Enrique no ha sido nunca tuyo.

Y tú, que no pensabas en él, y sabías que era mi amor, mi sueño, mi existencia, ¿tú me lo arrebatas?

— El es también mi sueño, mi existencia, toda mi vida. No me acuses; tú y nadie más que tú, me ha inspirado la pasión que siento por ese hombre; tus palabras han prendido el fuego que arde en mi corazón, y es tan grande, tan inmenso, que prefiero morir á renunciar á su cariño.

Al oir estas palabras, dichas con la suprema energía de la pasión más frenética, quiso Valentina responder; pero su lengua pudo apenas balbucear el principio de una frase, y cayó al suelo, sin sentido.

Sofía, rápida como el pensamiento, le arrancó las cartas, que apretaba con fuerza la encrispada mano, y corrió á su habitación.

V

El accidente de Valentina había sido gravísimo; quince días, presa de un delirio febril, estuvo entre la vida y la muerte. Cuando lo permitió el estado de su salud, acompañada de una sirvienta antigua de la señora de Montanella, fué, por prescripción facultativa, á un pintoresco pueblecillo de las cercanías de Ronda, donde convaleció de su enfermedad.

VI

Pocos años después, la mano inexorable de la Providencia escribió el epílogo de este drama.

Enrique Lastorres presentaba demanda de divorcio contra su mujer, doña Sofía Montanella,... el mismo día en que Valentina daba á luz un hermoso niño, hijo de un honrado labrador de Ronda, en cuyo hogar ardió eterno, como el día de la boda, el fuego de un santo himeneo.

El que hubiera examinado atentamente el rostro de Valentina, habría advertido que la felicidad presente no había logrado borrar por completo el sello de tristeza que imprimió en él el desencanto de su primer amor.

Miguel GUILLOTO DEMOUCHE

ENRIQUE SERRA



MARINA

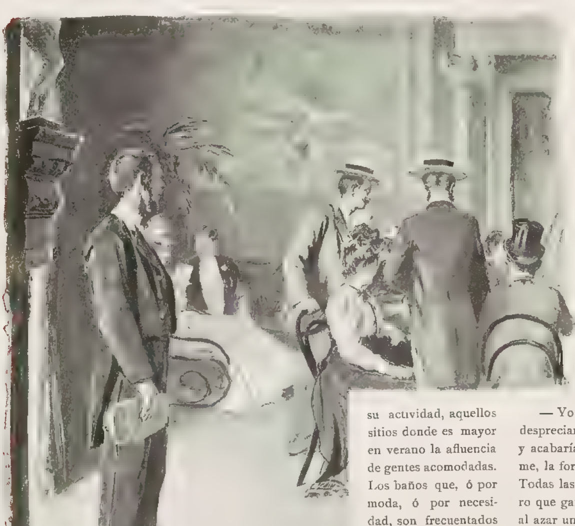


NOTAS ARTISTICAS. — Recuerdos de un viaje á Andalucía.

# LA SERIE

I

No sé si alguno de mis lectores conocerá el inmoralísimo juego de la *ruleta*. Quiero suponer que sí, porque desgraciadamente está permitido en la mayor parte de las poblaciones de Europa, ó está, por mejor decir, tolerado. Apenas hay casino ni sociedad de recreo donde cuatro ó seis aficionados no hayan conseguido implantar ese juego, seductor como ninguno para los jugadores, y fascinador como pocos para los incautos. La ruleta ha dado la vuelta al mundo. Dicen que un fraile francés fué el inventor de tan útil descubrimiento. Siempre fueron temibles los frailes en sus invenciones, y de ello es buena prueba la de la pólvora, atribuída generalmente á otro fraile, alemán de nación, según los eruditos aseguran. La ruleta ha arruinado casi á tantas personas como se han acercado al tapete verde que á ambos lados de la rueda giratoria contiene el cuadro de los números que han de salir premiados. Pero como no se ha dado caso de jugador arrepentido ni de escarmiento verificado, á cada nueva ruina sucede una nueva afición, y la perspectiva de una riqueza rápidamente adquirida, es gran fomento del vicio y no menor ganancia de los que á diario lo explotan. De algunos años á esta parte, los especuladores de este género de saqueo disimulado, han elegido, como grandes centros de su actividad, aquellos sitios donde es mayor en verano la afluencia de gentes acomodadas. Los baños que, ó por moda, ó por necesidad, son frecuentados en el estío por aristocráticos viajeros, suelen tener todo género de alicientes para esparcimiento del ánimo y mengua del bolsillo. Por eso en Baden, en Hombourg, en Mónaco, en Spá y hasta en nuestro risueño puerto de San Sebastián, por si acaso no eran bastante diversión del enfermo ó del rumboso viajero á la moda, los bailes, las regatas, las carreras de caballos y las músicas de noche, los esplotadores del vicio han llevado estos últimos años la ruleta.



¿Quién no ha jugado algunos francos á tal ó cual número, con la esperanza de ver aumentada su fortuna en tan gran proporción como todo el mundo sabe? Un franco, producirá treinta y cinco; y si estos treinta y cinco francos se ponen á otro número y este otro número también es premiado, entonces... multiplíquese treinta y cinco por sí mismo. Tal es la ruleta. Tal es la esperanza del jugador; acertar un rato, y... el cuento de la lechera y los pensamientos aquellos del centinela del soneto son pequeñeces ante lo que el ruletista decidido se promete.

¡Lástima grande que todavía no nos haya contado la fama el nombre de ningún feliz mortal enriquecido por la caprichosa bola! Lo único que sabemos de cierto es que los jugadores suelen suicidarse ó acabar por pedir limosna, mientras que los caballeros particulares que dan vuelta á la rueda é impulso á la bola, ó los capitalistas que allí les colocaron á sueldo, suelen ganar diez ó doce mil duros mensuales en España, donde el número de jugadores es más corto ó menos rico; ciento ó dos cientos mil francos en Francia, ó en Italia, ó en Alemania, donde las jugadas son más importantes, y los jugadores más tenaces.

A pesar de esto, la afición crece de día en día, si hemos de juzgar por el aumento que ha sufrido la especulación en estos últimos años. Es que la sed del oro y la necesidad humana se pasean del brazo por Europa, contándose una á otra que cada día son mayores las necesidades de los que no viven de su trabajo. Y sobre todo:

*Quid non mortalia pectora cogis*
*aura sacri fames!*

II

Fué en Hombourg, bien me acuerdo. Allí era donde solía yo encontrar, en uno de los casinos, siempre henchidos de gente que había ido á gastar en verano las rentas de invierno, á los duques de **; un matrimonio ruso, de conversación agradabilísima y excelente trato. Me había presentado á ellos un diplomático español. Simpatizamos pronto, y todos los días tomábamos cerveza juntos.

También allí había ruleta. La concurrencia á la sala de juego era muy numerosa; enormes las cantidades que se atravesaban. El duque solía jugar, de cuando en cuando, no por vicio, sino por distracción. Más de una vez me admiró su imperturbabilidad en la ganancia y su sonrisa de desdén ante la pérdida.

Solía poner dos ó tres luises á *negro* ó *colorado*, buscando siempre una serie. Entonces pude observar que las series se dan con frecuencia en la ruleta.

La mitad de los números de la rueda son negros, la otra mitad son colorados. El jugador que prefiere jugar los colores á jugar los números, no obtiene más ganancia que la cantidad jugada; pero, en cambio, suele suceder que se den cinco ó seis negros ó encarnados, y en tal caso, la ganancia es casi mayor que la que se puede obtener ganando treinta y cinco por uno.

Una tarde que la duquesa tuvo la humorada de arrojar cinco luises al negro y la paciencia de esperar á ver si los negros se repetían, vió colmados sus deseos.

Seis números negros ocupó la bola seguidamente. Cinco luises que hacen diez, diez que hacen veinte, veinte que hacen cuarenta, cuarenta que hacen ochenta, ochenta que hacen ciento sesenta, y ciento sesenta que hacen trescientos veinte.

Trescientos veinte luises. Seis mil cuatrocientos francos obtenidos con cuatro napoleones.

—¡Brillante jugada! le dije á mi amiga.

— En cambio, yo he jugado al encarnado, — me dijo un polaco que estaba delante de mí, — y he perdido doce mil francos, en menos de tres minutos. Tal es la ley eterna de las cosas de la vida. Unos han de perder para que otros ganen. Es lo que los diplomáticos suelen llamar, en política, el equilibrio europeo; como si les creyéramos por eso.

La duquesa recogió su montón de oro, y nos retiramos del salón. Discurrimos acerca de la inmoralidad del juego (por lo mismo que se acababa de ganar), y mis dos amigos me refirieron una porción de anécdotas curiosas, referentes todas á jugadas y jugadores. En todas ellas había horribles detalles, sucesos dolorosos.

— Yo juego muy pocas veces, — me dijo el duque, — y esas, por el gusto de despreciar la fortuna. Tengo la evidencia de que si jugara diariamente, me arruinaría, y acabaría por hacer del juego una necesidad, un oficio, un *modus vivendi:* y, creedme, la fortuna no se busca, se encuentra. Jugar para hacer negocio es una simpleza. Todas las grandes jugadas se han hecho por hombres que, ó no necesitaban el dinero que ganaron, ó se encontraron millonarios, cuando menos lo esperaban, echando al azar unos cuantos francos.

Hay además una fatalidad inevitable que pesa sobre todos los jugadores del mundo. Dado que los jugadores puedan ser gente honrada, estad seguro de que siempre gana quien menos lo merece, y por otra parte, yo he observado...

En tal punto, interrumpió nuestra conferencia un joven holandés, que tomaba cerveza en una mesa próxima á la nuestra. Le conocíamos de vista.

— Perdonadme señores, — nos dijo, — si me ingiero en vuestra conversación; pero un ejemplo que quisiera poneros, probará la verdad de cuanto está diciendo ese caballero; (y señaló al duque). Es un hecho histórico que todavía recuerda con horror Mr. Blanc, el director de estos juegos. ¿Queréis oir la gran jugada de mi hermano?

Le invitamos á ocupar un asiento á nuestro lado, y comenzó de esta manera.

III

Rodolfo ocasionó la ruina de nuestra casa. A la muerte de nuestro padre, que era acaso el comerciante más rico del Haya, nos repartimos la herencia, como buenos hermanos, y cada uno se propuso aumentar lo heredado de la mejor manera posible.

Eramos tres: Rodolfo, que había seguido la carrera mercantil; Esteban, que ejercía de abogado, y yo, que soy médico.

Rodolfo era el mayor; le queríamos como á un padre. La pérdida del nuestro, que tanto sentimos, estaba compensada por el cariño y el respeto que Rodolfo nos merecía. Era tan bueno, tan generoso, tan digno, que no había posibilidad de hallar en él defectos.

Pero Rodolfo había nacido para ser infeliz en todo.

¿Me podéis explicar en qué consiste eso que en unos pueblos se llama la fatalidad, en otros el sino, en otros la *sombra*, en otros Dios, en otros la jettatura, en otros la desgracia, en otros la mala estrella?

Rodolfo emprendió negocios en grande escala, negocios de esos que llaman los comerciantes, claros, indudables, de ganancia segura. Perdió siempre su dinero. Tres años bastaron para que desapareciera su capital por completo.

Se había hecho armador en el tercer año; y tres grandes barcos de su propie-

dad que salieron de nuestro puerto con rumbo á las costas de Africa, donde se proponía introducir mercancías de gran resultado, fueron presa de los elementos en alta mar, y perdióse con ellos el resto de aquella que fué gran riqueza cuando mi buen padre abandonó la vida. Iba de pasajero en uno de los barcos nuestro pobre hermano Esteban, que con morir, por seguir los consejos de Rodolfo, yendo á las costas de Guinea en calidad de gerente de nuestra casa, nos dejó á más de desolados, pobres; supuesto que en aquella gran empresa iba comprometida también parte de su herencia. Quedaba sólo lo que yo heredé como ellos. Conmovidísimo ante la terrible desgracia de mis hermanos, y viendo á Rodolfo, sino desconsolado, porque su carácter era fuerte y sufrido, por lo menos sin esperanza alguna de mejor suerte, le dije un día:

— Rodolfo, se ve claramente que no eres afortunado; pero, en mis viajes por España, he aprendido un proverbio que dice: « Dios mejora sus horas ». Tú y yo somos una misma persona. Yo soy médico y no entiendo de negocios; mas conservo intacta mi herencia. ¿La quieres?

—¿Para perderla y arruinarte? — murmuró mi hermano, con una sonrisa de amargura.

— Para lo que Dios quiera, — le respondí.

Y á los pocos días la casa *Rembrani hermanos*, pues así se llamaba la nuestra, entró en un nuevo período de prosperidad que sorprendió á los comerciantes del Haya.

He dicho que Rodolfo tenía el carácter fuerte. Debo rectificar. Era una naturaleza especial la suya, un temperamento raro. Tenía una especie de resistencia pasiva que aun hoy me admira; le sucedía una desgracia horrible y su rostro no se alteraba. Podían decirle en un momento y cuando menos lo esperase: « estás arruinado, » y no pestañeaba. Dijéranle: « tu hermano ha muerto », cuando le creyera en plena salud, y apenas se inmutaría.

Y no era que careciese de sentimiento ni de sensibilidad. Era que desde niño estaba acostumbrado á sufrir contrariedades. Tenía valor y tesón, y quería luchar, y luchaba; la desgracia no le intimidaba nunca.

En cambio, yo le he oído sollozar mil veces en la soledad de la noche, cuando, encerrado en su cuarto y dando vueltas en el revuelto lecho, pensaba en su porvenir, en su hermano muerto, y en su hermano vivo; porque me quería entrañablemente y temblaba á la idea de exponer mi caudal, que no quería considerar como suyo.

Comenzó un negocio de licores, y perdió más de la tercera parte del dinero que yo le había confiado. Un convecino suyo, pícaro redomado, halló ocasión de cederle, á bajo precio y como buenas, un crecido número de pipas de curaçao, que tuvo que malvender precipitadamente. Cuando me contó este fracaso, me dijo:

— Mira, creo que no acertaré en nada de lo que me propongo, porque estoy enamorado.

Y me contó sus amores.

La poseedora de su corazón era una niña angelical, que gozaba gran fama de virtuosa en el pueblo. Una huérfana. Estaba al cuidado de unos parientes lejanos. Muy pobre: pero, ¿qué importaba eso? ¿No era mi hermano rico todavía con las dos terceras partes que de mi regalada herencia le quedaban? Al mes de haberme hecho aquella revelación de su amor, conseguí verle casado con su amada. ¡Gozaba yo tanto con su dicha!

Los negocios prosperaban. Había admitido un gerente muy experto, un hombre lleno de actividad, á quien su joven esposa le recomendara, por ser algo pariente suyo. Rodolfo dió á este hombre plenos poderes para que le representase en una gran subasta. ¿Queréis creer que el gerente y la esposa virtuosísima huyeron del Haya un día, al amanecer, y fueron á derrochar nuestro dinero á New - York? Creedlo; porque es tan cierto como espantoso.

Una sonrisa, sólo una sonrisa brotó de los labios de mi pobre hermano. Quiso tener valor, y lo tuvo; pero aquella horrorosa desgracia fué para él, y aun para mí, la mayor que hasta entonces pesó sobre nosotros.

Rodolfo necesitaba distraer su dolor.

— Cierra el almacén, — le dije, — vende lo que en él queda, redúcelo todo á dinero. Te restan unos cien mil francos de toda nuestra herencia. Es preciso que viajes, porque estás enfermo.

Yo soy médico, y estas palabras le sorprendieron un poco.

— ¿Estoy enfermo?

— Sí.

— ¿De gravedad?

— No.

Y al decirle esto, le engañé. Hacía tiempo que yo adivinaba en él todos los síntomas del aneurisma. Podía morir dentro de un mes, dentro de veinte años; pero la enfermedad no tenía remedio. Se resistió á emprender un viaje, por no tener el desconsuelo de dejar de verme. Mas yo le prometí acompañarle. Dejé mis enfermos, mi casa, mis afecciones todas, y salimos á recorrer la Europa.

Después de un año de viaje por España é Italia, Francia y Rusia, volvimos á Alemania, y nos detuvimos aquí donde ahora os refiero esta historia. Aquí, en Hombourg, pasamos una larga temporada. Aquí jugó mi hermano diferentes veces, y perdió siempre. ¿No había de perder, si en su vida tuvo la satisfacción de acertar en nada? Era, sin embargo, notable por su imperturbabilidad. Perdía miles de francos, con una serenidad envidiable. Es muy general que á todo jugador se le enrojecen gradualmente las orejas. ¿lo habéis reparado? Es un detalle cómico de la desesperación que se apodera de quien juega, y que suelen observar todos los que hacen en estas casas el papel de espectadores. Mi hermano no varió nunca de color. Su palidez habitual no le abandonaba un instante.

Como yo le conocía bien, nunca se me ocurrió detenerle si ganaba, ni retirarle si perdía. Aunque le hubiese visto ganar diez millones, no le hubiera dicho retírate. Esto le hubiera indignado. Su carácter no admitía consejos ni reprensiones. Era desgraciado; pero no por culpa suya. Nadie podía ni debía hacerle cargos.

Una tarde, sentado á una de estas mesas, me dijo: « ¿Qué piensas que hagamos? De toda nuestra herencia, apenas nos quedan veinte mil francos...

— Volveremos al Haya, — le respondí, — y mientras haya mala salud, yo ganaré lo suficiente para vivir. — Y Rodolfo exclamó:

— ¡Eramos tan ricos!

Pensó un instante en todas las desgracias de su vida, y una lágrima muda, pero elocuente, se deslizó por sus mejillas.

Le dejé solo.

Por la noche volvió al hotel, extremadamente serio.

Adiviné lo que pasaba.

— ¿Has jugado? — le pregunté temblando, porque yo detesto el juego.

— Sí, — me respondió

— ¿Cuánto?

— Todo.

— ¿Todo?

— Todo.

— Es decir que estamos ya completamente pobres.

— Mira.

Y al decir esto, Rodolfo sacó de su bolsillo un luis, añadiendo:

— Esto es todo lo que nos queda en el mundo.



IV

La historia que nos refería el joven holandés, nos interesaba en extremo á los duques y á mí. Descansó él un momento, tomó un sorbo de cerveza, y continuó.

Pasamos la noche en vela. Rodolfo creyó sin duda que yo dormía, y se desahogó llorando. Yo le oía llorar, y procuraba fingir un sueño de que no disfrutaba. Sabía que mi hermano se levantaría á la mañana siguiente con rostro sereno, y procuraría disimular la pena que destrozaba su alma.

Efectivamente; vistióse temprano por la mañana, y me llamó, creyendo que yo dormía.

Hícele creer que me despertaba.

— Mira, — me dijo: — es preciso ver como buscamos un poco de dinero para pagar el gasto del hotel y el viaje hasta el Haya, porque con un luis es imposible disponer nada.

¡Y sonreía el pobre, al decirme estas palabras!

— Eso es muy fácil, — contesté. — Aquí hay paisanos nuestros que no pueden sospechar que hemos llegado á tal pobreza: diremos que hemos tenido el capricho de jugar y que hemos perdido. Pediremos prestados quinientos francos... ¿Eh?

— Bueno. Tú harás lo que mejor te parezca.

Y salió.

Hice lo que pensé. Pedí á un comisionista amigo mío los quinientos francos, y volví á reunirme con mi hermano.

Le busqué por el salón de lectura, y no estaba. Di con él en la sala de juego.

Estaba sentado en un extremo de la mesa, con los codos apoyados en ella y la cara oculta entre las manos. Tenía inclinado el sombrero hacia las cejas. No se le veía el rostro.

— Rodolfo, — le dije, tocándole en la espalda.

— Duerme, — me indicó un jugador. — No juega, y hace mucho rato que está así. Sin duda le gusta oir cantar los números, sin mirar á nadie: por eso tal vez se ha ocultado la cara entre las manos... ¿Es amigo de usted?

— Es mi hermano, — le respondí.

— ¡Ah! ya; lo digo porque si no juega, podía dejar el puesto á otro.

En aquel momento, Rodolfo apartó una de sus manos del rostro, sacó del bolsillo el luis que me enseñó la noche anterior, el único luis, *el último*, y lo puso al negro. En seguida volvió á colocarse como estaba: con el rostro entre las manos, los codos en la mesa y el sombrero sobre los ojos.

— ¡El 6 negro! — gritó el banquero que hacía rodar la bola.

Ya tenía dos luises mi pobre Rodolfo. Siguió en la misma postura. Yo me fuí al otro extremo de la mesa, para contemplarle.

— El 10 negro, — gritó el banquero en seguida.

— ¡Cuatro luises! — pensé yo.

Y mi hermano ni levantó la cabeza. ¡Era esto tan propio de su carácter!

— El 24 negro, — se oyó entonces.

Y á los pocos instantes rodó la bola y gritaron:

— ¡El 35 negro!

Los jugadores comenzaron á reparar en aquel hombre que de tan grande calma daba pruebas. Yo pedía á Dios que los negros continuaran.

— ¡El 15 negro! — oí al momento.

Y antes de que pudiera alegrarme:

— ¡El 17 negro!

¡Qué admirable tesón el de Rodolfo! Ni levantó los ojos; y sin embargo, ya traía algunas miradas aquel montoncillo de oro que en la casilla del negro había.

— ¡El 2 negro! — gritó el banquero.

Y pagó en seguida, mirando alarmado hacia donde Rodolfo estaba.

A los dos segundos, la bola rodaba; la impaciencia mía era grande.

— ¡El 22 negro! — oí gritar, y respiré. Eran cerca de seis mil francos los que el mísero luis producía; pero ¿y si ahora, (como era lo más probable), la bola caía en una casilla encarnada?

— ¡El 33 negro! — resonó en la sala.

Y se dobló el montón.

Tuve un movimiento nervioso. Quise ir al lado de Rodolfo, y decirle: «¡vámonos!» Pero tuve miedo de contrariarle.

Casi todos los jugadores le miraban, y él, ¡oh admirable entereza! sin levantar los ojos.

— ¡El 31 negro! — gritó esta vez el banquero con rabia.

Hubo una exclamación de sorpresa.

La bola corría con una rapidez pasmosa. El banquero estaba febril.

— ¡El 26 negro! — dijo al momento, y se puso encendido; pero pagó religiosamente.

Yo llegué ya á creer que era imposible que viniera un encarnado. Tenían mis ojos algo de magnetismo.

La bola estaba á mis órdenes. ¡Qué felicidad! Todas las desgracias de mi pobre Rodolfo iban á ser compensadas si seguía jugando y ganando... Me asusté. Un inglés jugó ocho mil francos al colorado... y creí que tenía razón, porque era muy probable...

— ¡El 6 negro! — gritaron.

Nueva exclamación de sorpresa. Ya no había dinero con que pagar. El banquero se retiró. Algunos jugadores se levantaron. Nuevos banqueros, con nuevo capital, se se sentaron, llenos de esperanza, en que si Rodolfo seguía jugando, un encarnado vendría muy pronto... ¡Locura! tiraron los nuevos banqueros: rodó la bola: cayó en el 4.

— ¡El 4 negro! — gritó el banquero recién llegado, y se oyó un grito en la sala: y mi hermano no levantaba la cabeza; y yo era feliz, porque todas las desgracias de su vida desaparecían ante aquella inmensa riqueza; porque el banquero volvió á tirar... y pronunció el ¡20 negro! .. y ya no hubo dinero tampoco... y el asombro creció, y la gente rodeó á mi hermano que ya era dueño de seiscientos cincuenta y cinco mil trescientos sesenta francos; pues yo llevaba la cuenta con un lápiz. Entonces, de pronto, como si me hubiera herido un rayo, me hirió una sospecha.

Corrí como un loco hacia mi hermano.

— ¡Rodolfo! — le grité.

Y no me respondió. Le empujé violentamente, le alcé la cabeza... la concurrencia dió un grito horrible...

¡Rodolfo estaba muerto!

EUSEBIO BLASCO

---

# MOSAICO

A mediados del próximo Octubre, saldrá para América el redactor corresponsal del ALBUM SALÓN en Andalucía, don Manuel Escalante Gómez, llevando la representación del mismo y el encargo especial de remitir periódicamente una amplia información literaria y gráfica de los sucesos principales que se desarrollen en aquellos lejanos países, donde todavía alienta sangre española y se habla nuestra lengua nacional.

Dada la competencia y actividad de dicho señor, abrigamos el convencimiento de que nuestros favorecedores podrán apreciar en breve el nuevo y costoso sacrificio que en su obsequio hacemos, para que esta publicación, de sí tan importante, satisfaga todas las aspiraciones.

Nos prometemos también, inaugurar, en cuanto entre el otoño y regresen á la capital la multitud de familias que se hallan de veraneo, una *Crónica barcelonesa*, *o de la buena sociedad;* alternándola con las que desde la Corte nos envía el acreditado revistero de salones, Monte Cristo, y publicamos con el título de *Madrid elegante*.

Estas crónicas son de sumo interés y amenidad, en particular para las clases á que directamente afecta el ALBUM SALÓN, y en las cuales ha encontrado un éxito superior á toda esperanza. No faltará materia; pues nos consta que varias aristocráticas familias, piensan, como uno de los medios beneficiosos al comercio de la capital, salir este año del retraimiento que en el anterior les impusieron las circunstancias.



MTRO. CÁNDIDO ORENSE (Granada).

LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

LA MILICIA COMO ELEMENTO POLÍTICO CONTEMPORÁNEO. *Ensayo de un estudio, por el Teniente Coronel de Estado Mayor del Ejército, don Leopoldo Barrios y Carrión, con un Post - Scriptum del ilustre académico de la Historia, Excmo. señor don Luis Vidart.*

Digno de toda recomendación es el trabajo que nos ocupa; pues revela en su autor un gran caudal de conocimientos y un detenido estudio de las ciencias militares. En las circunstancias actuales, sobre todo, adquiere importancia suma, mereciendo que dediquen algunas horas á su lectura, los llamados á resolver los graves problemas que están sobre el tapete. La carta abierta con que termina el libro, escrita por el antes citado académico, enaltece el mérito de aquél y afianza el de éste, si por sí solo no lo pregonara su nombre tan conocido y respetado.

Esta obra, lo propio que otras varias del mismo autor, tratando análogos asuntos, se vende, esmeradamente editada, en la librería de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid, donde deben dirigirse los que deseen adquirirlas.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR: de E. Alvarez Dumont.

*De sorpresa en sorpresa.* Caricaturas de Miguel Navarrete.

PÁGINAS EN COLOR: *Nobleza y hermosura.* Retratos de las señoras Duquesa de Nájera y Marquesa de Villapanés, con un artículo alusivo á las mismas, de Manuel Escalante Gomez.

*Venecia.* (Doble página). Cuadro de A. Más y Fontdevila.

*¿Por qué lloras?* Cuadro de P. M. Bertrán.

PÁGINAS EN NEGRO. *La mora.* Artículo de J. Alvarez Pérez.

*Modernistas americanos. Carlos Reyles.* Artículo de T. Orts Ramos.

*La de Betanzos.* Artículo de P. Sañudo Autrán, con ilustraciones de Gastón Pujol.

*Por Andalucía. Visita á la casa vinícola de los señores González Byass, en Jerez de la Frontera.* Artículo, retratos y vistas fotográficas.

*Veraneo.* Artículo de Emilia Pardo Bazán.

*Gitanilla*, por José Llovera.

*Madrid elegante.* Crónica; por Montecristo.

*Maestro P. Astort.* Retrato.

MOSAICO.

REGALO. *Canción española.* Letra de Ramón de Campoamor; música del Maestro P. Astort.



Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labiel e

PREDICCION GITANA, por M. Navarrete.







El señor Juan paga á regañadientes y se lleva la burra, con la condición de devolverla si no cambia de color.

Y satisfecho con la promesa se mete en la primera venta que halla en el camino, á tiempo que las nubes descargan un tremendo aguacero.

— ¡Qué veo! ¡Dios mío! Ya se ha cumplido la predicción del gitano. ¡Se ha vuelto blanca la burra! Esta no es la mía!

— ¡Qué ha de ser de *usté!* Si es la que me robaron á mí la semana pasada, que venía teñida y se le ha ido el color

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* § *Rambla de Cataluña, 151. Barcelona* § **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTÍCULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO II | BARCELONA, 1.° DE OCTUBRE DE 1898 | NÚM. 27

Director - Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor - jefe: SALVADOR CARRERA

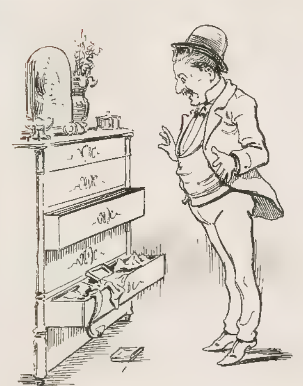
## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo —Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado —Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray. — Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Florez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw. — Emilio Ferrari. — Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Ka abal)*.—Jorge Isaachs. — Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda. — Benito Pérez Galdós.— Felipe Pérez y González.—Jacinto Octavio Picón.— Miguel Ramos Carrión. — Angel Rodríguez Chaves. - Joaquín Sánchez Toca. — Alejandro Saint - Aubín. — Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés. — Enrique Sepúlveda. — Luis Taboada. — Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega. — Luis Vega - Rey. — Francisco Villa Real. —José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

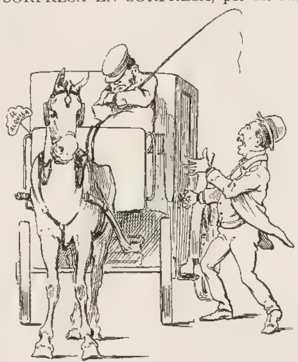
**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.— Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija.— Dionisio Baixeras.— Mateo Balasch.— Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—MarianoBenlliure.—Juan Brull.— F. Brunet y Fita. — Cabrinety. — José Camins. — Ramón Casas.— Lino Casimiro Iborra. — José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.— Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués. -Ricardo Martí. - Tomás Martín.— Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles. —José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa. - José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá. —Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo. — Manuel Ramírez.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint - Aubín.— Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta. —Modesto Urgell.—Ricardo Urgell. — María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí. - Manuel Fernández Caballero. —Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

DE SORPRESA EN SORPRESA, por M. NAVARRETE.



—¿Qué es esto? Todo en desorden... aquí faltan las pulseras de mi esposa, su aderezo y... ¡Cielos! ¡Me han robado!



Y sin más esperar, toma un coche, decidido á poner al Gobernador en conocimiento del inaudito robo de que ha sido víctima.



El celoso jefe de la provincia, despacha á sus no menos celosos sabuesos, con una lista exacta de las alhajas perdidas.

# NOBLEZA Y HERMOSURA



DUQUESA DE NÁJERA

CUALIDADES son esas que prestan á la mujer poderoso encanto; aun cuando en realidad poco valen, si no las acompaña elevación de sentimientos y belleza de alma. Las que se contentan con ser nobles y hermosas, no salen del rango de mujeres: las que se hacen dignas de su alcurnia y de las prendas físicas con que dotóles la naturaleza, dando pruebas constantes de bondad y ejemplos de virtud, entran en la categoría de ángeles terrenales.

A esta clase, numerosa afortunadamente en nuestra España, pertenecen la Duquesa de Nájera y la Marquesa de Villapanés; ambas merecen ser citadas como modelo de damas nobles en todos conceptos.

La una en Cádiz, la bella *tacita de plata*, y la otra en la famosa Hispalis, la metrópoli andaluza, gozan de un prestigio inmenso, por su trato afable, su modestia suma y su inagotable caridad.

Hermosas son las dos: hermosas como el sueño de un artista, como la ilusión de un poeta; y esta hermosura física y moral que atrae y subyuga, les ha granjeado, dentro de los respetos y consideraciones que á una dama se deben, una pléyade numerosísima de admiradores; mejor dicho, las simpatías de dos pueblos, que al unísono rinden culto fanático á su distinción, talento y generosidad.

La literatura y las artes hallaron siempre ilimitada protección en la Duquesa de Nájera. Cuando Fernández Grilo publicó sus *Ideales*, el primer tomo lo adquirió ella; abonando por él mil pesetas al delicado autor de *Las Ermitas*. Su palacio es un verdadero museo, donde se admiran las firmas de nuestros artistas, desde las más reputadas á las más modestas. Dotada de una sensibilidad exquisita, no puede presenciar una desgracia sin que procure remediarla, por cuantos medios tiene á mano.



MARQUESA DE VILLAPANÉS

La Marquesa de Villapanés, gentilísima reina de los juegos florales celebrados en Sevilla en el año 1896, es, con ligeras varientes, una copia fiel de la Duquesa: parece que Dios infundió en ambas un mismo espíritu, guiándolas por la misma senda.

La una ama con entusiasmo las letras patrias, y las protege espléndidamente; á la otra se la erige en reina de un torneo literario, para sintetizar su clara inteligencia y su afición á las bellas letras.

Honrando con los retratos de estas dos ilustres andaluzas la galería del ALBUM SALÓN, cumplimos un deber y nos proporcionamos una satisfacción gratísima; porque nada resulta más grato que rendir homenaje al mérito.

MANUEL ESCALANTE GOMEZ

# LA MORA

¡Qué impresión produce, verla envuelta en largos y flotantes cendales, deslizándose silenciosa por las tortuosas y sombrías callejuelas de Tánger!

Aquello no es una mujer, sino un enigma que es preciso descifrar, si se quiere dormir con sosiego; un desafío constante á la curiosidad, una máscara perpetua; y sabido es que no hay nada más agradable que levantar un antifaz para ver lo que oculta.

Embosquémonos, pues, lector querido, en la más revuelta calle, y arranquemos el jaique á la primera que pase; sin contemplaciones de ningún género, ni miedo al Corán ni á los moros.

Respetemos, sin embargo, á las viejas, que, como ya no son más que vivientes ruinas, no se tapan; y si tropezamos con alguna recalcitrante presumida que oculta el rostro para hacer creer que aun vale algo, nuestra experiencia nos evitará caer en el garlito, por que no haremos más que mirarle los pies, (felizmente aquí no se usan medias), y su forma y mayor ó menor tersura de la piel, nos dirá con quien tenemos que habérnoslas.

También dejaremos pasar en paz á las pobres; pues, aun cuando por casualidad escondan la cara, los sucios andrajos que visten, están tan rotos y deshilados, que dejan ver más de lo que uno quisiera, y lo que descubren quita al más curioso las ganas de ver lo que tapan.

Vamos, pues, á ocuparnos de algo que valga la pena de ser visto.

Allí viene una, envuelta en amplio jaique deslumbrante por la blancura del fino tejido y notable por la graciosa majestad de los pliegues, que la hacen semejar á una estatua de mármol.

Su andar firme y airoso, el fino contorno de su pierna, algo más que morena la tersura del cutis, la forma del pie, calzado con diminutas babuchas de tafilete bordadas en oro, el fulgor de unos ojos que brillan entre los pliegues del jaique como estrellas en un obscuro cielo de invierno, nos indican que es joven y quizás bonita.

Descubrámosla.

Pero, no. Es preciso tener prudencia. Con ella viene un moro joven y bien vestido; se trata de una señora principal, y armar un escándalo en mitad de la calle sería el medio más eficaz para que nos quedáramos sin satisfacer nuestra curiosidad, recibiendo de paso alguna paliza.

Lo mejor será seguirla cautelosamente; y, valiéndonos del talismán que nos hace invisibles, penetrar en su casa, donde más á nuestro sabor podremos verla y sorprender su modo de vivir.

Ya hemos llegado á la casa; el moro se adelanta, saca una llave de la cartera que lleva al costado, abre la puerta y entra, precediendo á la mujer.

Hemos hecho bien en ser prudentes: indudablemente este moro es el marido, porque cierra la puerta y guárdase la llave, mientras ella se quita el jaique y penetra en otra habitación, donde también entramos.

Es una estancia estrecha y larga, las paredes encaladas están cubiertas, hasta la altura de apoyo, por paños de varios colores, sobre los que hay arcos árabes, dibujados por medio de galones. Varios espejos y relojes adornan la habitación, cuyo suelo cubren mullidas alfombras de brillantes colores y multitud de cojines de terciopelo y tafilete, bordados de oro.

Hay en la habitación tres mujeres más, y algunas negras, evidentemente esclavas; de suerte que nuestra prudencia ha sido recompensada, pues en vez de una mujer son cuatro las que vamos á ver. Lo único que nos molesta, es que el moro bien vestido, el de la llave, suelta las babuchas en el umbral de la estancia y se sienta en medio de ella, escogiendo los más blandos cojines y dejándose con indiferencia, besar las manos por aquellas que, sin duda, son las cuatro mujeres que la ley le consiente.

Mientras que los recién llegados cambian algunas palabras con las demás, las negras ponen delante del moro una mesita redonda, como de un pie de altura, llena de arabescos, pintados con brillantes colores; y según todos los indicios, se disponen á servir una comida.

Durante estos preparativos, examinemos á las mujeres, empezando, como es natural, por sus trajes, consistentes en un pantalón bombacho que se ajusta poco más abajo de las rodillas, dos camisas blancas muy finas, puestas encima; y cubriéndolo todo una especie de bata, de tela generalmente hilada, bordada de oro, sujeta á la cintura por una gran faja también de seda y oro. Un pañuelo de seda de vivos colores, graciosamente colocado en la cabeza, muchas sortijas, enormes pendientes, largos collares, macizas pulseras, puestas en los desnudos brazos y tobillos, completan el adorno, formando un conjunto vistoso y agradable.

Las cuatro son jóvenes y pueden pasar por bonitas, si se prescinde del color demasiado obscuro de unas y de la exagerada obesidad de otras; pero, dado el gusto dominante en el país, estos no son defectos sino bellezas, y no está bien que extranjeros é intrusos, como somos, nos mostremos más exigentes que los moros. Es preciso también tener en cuenta que las cuatro quintas partes de la población marroquí tiene sangre negra en sus venas, y que, como los moros miden por kilos la hermosura, suelen cebarlas hasta convertirlas en bolas de carne.

Pero ya vienen las negras, con la comida del amo, y las cuatro jóvenes se levantan presurosas, para servirla.

Cuando el marido acaba de comer, se tiende sobre el tapiz á dormir la siesta, y ellas se retiran en silencio, para comer á su vez lo que el amo les ha dejado.

Según la religión mahometana, las mujeres sólo pueden descubrirse delante de sus padres, de sus hijos, de sus sobrinos y de sus esclavos: esto recomendó Dios por boca de Mahoma á las esposas: pero luego se le ocurrió que era demasiada libertad, y encarga á las mujeres que dejen caer su velo hasta los pies, para evitar la calumnia; porque en este país y con esta religión todo son celos, suspicacia y temor.

El moro, abusando de su fuerza, degrada á la mujer, haciendo de ella un objeto de lujo; la relega á la ignorancia, y... para que no tenga ocasión de instruirse, la encierra en la dorada cárcel de un harém.

No consulta el corazón de sus esposas, las toma porque le conviene, dispone de ellas á su antojo; pero la conciencia le advierte que la mujer tiene como él pasiones, y entonces se apresura á poner entre ellas y el mundo una barrera de hierros y celosías. No le importa el cariño de la esposa; sólo aspira al amor material del bruto.

Este es el origen y causa permanente de la decadencia de los pueblos musulmanes; porque nadie impunemente puede violar las santas leyes de la familia, que es la piedra angular sobre que descansa la sociedad.

El hombre tiraniza á sus mujeres, y á su vez, es tiranizado por sus semejantes.

La madre acostumbrada al servilismo, á obedecer ciegamente á su amo, pierde la dignidad y la independencia que distingue al ser racional; y, al criar á sus hijos, les inspira las mismas ideas: de suerte que los musulmanes son para sus gobernantes lo que las mujeres para sus maridos.

Lamen la mano que les fustiga, y jamás se les ocurre que todos los hombres son iguales, y que los poderes que la sociedad confiere á algunos, sólo son válidos, mientras los que los ejercen cumplen con los deberes que la sociedad les impuso al conferírselos.

Dadas las costumbres del pueblo árabe y el precepto religioso que prohibe á las mujeres presentarse con el rostro descubierto, delante de cualquier hombre, el matrimonio suele contraerse á ciegas.

Entre nosotros que podemos ver á nuestras novias, lo mismo á la luz del gas que á la del sol, y que las tratamos muchos meses antes de darles nuestro nombre, el casamiento es un compromiso sagrado, libremente contraído, y de cuyo resultado somos los únicos responsables, por más de que no seamos culpables; porque la verdad es que un hombre y una mujer no se conocen bien hasta después de las bendiciones. Por eso la señorita de Lespinarre, que tenía mucho talento, dijo: que el casamiento es una lotería, en la cual son muy raros los números premiados, y Sofía Arnould, que tampoco era tonta, asegura que el que se casa mete la mano en un saco donde no hay nada más que una anguila entre cien culebras.

Si esto sucede entre nosotros, figúrense nuestros lectores á lo que están expuestos los moros, que toman á sus mujeres aun más á ciegas que los cristianos. Felizmente, para ellos, en el exceso mismo del mal encuentran el preservativo.

No cuentan ni la historia ni la tradición, si el gran profeta cursó en las aulas de Esculapio; pero no cabe duda, que conoció, ó presintió por lo menos el *similia similibus curantur*.

Hanneman se empeñó en curar administrando las medicinas en dosis casi inapreciables, y Mahoma, para librar á sus sectarios de los inconvenientes del matrimonio, les recetó considerables dosis de mujer; con lo cual, la cuestión quedó resuelta.

Cuando un moro piensa casarse, no tiene que molestarse en averiguar las condiciones físicas y morales de su mujer, porque si la elegida no le conviene toma otra, y luego otras dos, hasta que encuentra una á su gusto; como además goza de grandes facilidades para repudiarlas, puede prolongar la experiencia por un tiempo ilimitado.

A pesar de todo, preciso es confesar que hay seres desgraciados. En Máscara, lugar de Argel, se hizo memorable un marroquí llamado Sidi Mahomed Ben-Abdalá, que se desgració... á los noventa años, por un disgusto que le proporcionó la última de sus esposas. No había tenido más que noventa y cuatro mujeres, que le hicieron padre de cincuenta hijos.

Este ejemplo prueba que, cuando la desgracia ha de caer sobre un hombre, no hay precaución que valga; y por eso los moros toman las que pueden... y hacen bien.

Jamás falta una vieja que les dé noticias de las chicas disponibles; y aun éstas, que si tienen la cara tapada conservan los ojos descubiertos, se valen de las mismas mensajeras, para que los hombres, que son de su agrado, las elijan por esposa.

Cuando esto sucede, empiezan los preliminares, yendo el padre ó un amigo del novio á pedir, en debida forma, la mano de la elegida, ajustando el precio que por ella se ha de satisfacer; y si hay acuerdo, paga inmediatamente la mitad de la cantidad pactada, recita con el futuro suegro el primer capítulo del Corán, y al siguiente día se fija el de la boda.

El primer día de ésta, el novio y sus parientes van procesionalmente á casa del Cadí, llevando en hombros, muy adornado de lazos, un carnero blanco, que luego se comen en compañía del magistrado.

El segundo día se dedica al tocado de la novia y á pintarle los pies y las manos con el jugo de la *algeña*, que da á la piel un color anaranjado, sucio y tenaz. Mientras dura esta ceremonia, de la cual están proscritos los hombres, una de las convidadas recorre con una bandeja el círculo que forman los convidados; cada uno de los cuales deposita su ofrenda, que es el regalo que se hace á la novia.

El tercero y último día, las fiestas dan principio á las nueve de la mañana, preparando el traje de la novia y exhibiendo al público todas las ropas y alhajas que aporta al matrimonio. Por la tarde, sus amigas empiezan á vestirla;... y no es ésta la opreación menos curiosa.

En primer lugar, empiezan por peinarla, dejándole el pelo suelto, ten-

dido por la espalda y sujeto al centro de la cabeza por un cintillo de pedrería; píntanle de negro las cejas, de rojo las mejillas, y las pestañas, y párpados, con una substancia negra llamada *cohol* que hace aparecer más grandes y rasgados los ojos.

La boca no puede tampoco aparecer con su color ordinario y la tiñen de un encarnado obscuro que obtienen de una infusión de corteza de nogal; y con unos delicados arabescos, dibujados con tinta azul en la frente y la barba, queda completamente arreglada la novia, quién, después de vestida, pasa á una sala donde, en honor suyo, se celebra un festín amenizado con gaita y tamboril.

Terminada la comida, se organiza la procesión que ha de conducir á la desposada á casa de su marido.

Rompe la marcha una banda de músicos, sigue después la madre ó, en su defecto, la más próxima parienta de la novia, llevando del diestro un camello, sobre cuyos lomos se alza una especie de jaula muy adornada con ricas fajas de seda y oro, vistosos trajes de terciopelo, cuajados de piedras preciosas, mantas, pañuelos; en fin, con cuantas ropas lleva al matrimonio. Dentro de esta emblemática prisión va la novia lujosamente vestida, con el rostro cubierto y llevando en las manos un plato lleno de harina y pasas, y un manojo de llaves.

El plato indica que la mujer debe cuidar de la comida de su esposo, y las llaves que tiene el cargo de la casa y debe guardar fielmente cuanto en ella se encierre.

Rodeando el camello, van los invitados, danzando un baile guerrero y disparando sin cesar sus espingardas -porque para los moros no hay fiesta sin tiros,—y detrás marchan las personas graves y la turba multa de curiosos.

En la puerta de la casa nupcial espera el novio; y cuando su suegro baja á su hija del camello, la ofrece un puñado de monedas, diciendo:

En el nombre del Dios misericordioso, el benévolo, el justo, el grande; bendita sea la noche en que pisas el umbral de mi casa.

A lo que la novia responde:

— Así sea, Dios te bendiga.

Entonces el novio coge á su esposa por la mano, entra en su casa, cierra la puerta, la comitiva se dispersa, y todo queda terminado.

J. ALVAREZ PEREZ

*Tánger, 16 de julio de 1898.*



NOTAS ARTÍSTICAS. — APUNTE; POR MODESTO URGELL.

# MODERNISTAS AMERICANOS

## CARLOS REYLES

Un joven y muy distinguido literato, mi queridísimo amigo Enrique Gómez Carrillo, aseguraba hace unos meses, que actualmente en América es donde la literatura castellana se manifiesta más potente y vigorosa; y paréceme indiscutible tal aserto, sin que para ello influya en mí, ni en poco ni en mucho, mi americanismo.

Al esfuerzo que la juventud del mundo nuevo está haciendo en estos momentos, no podemos oponer los exmetropolitanos nada que se le parezca; ni entre los nuevos se podría hallar nombres, que por sus obras pudiesen colocarse frente á los de esa generación que, en Hispano-América, trabaja seria, concienzuda y entusiásticamente, guiada por el sólo afán de producir un arte en consonancia con las ideas y los sentimientos de su época.

Dios lo sabe. En tal acepción viene usándose el vocablo modernismo entre nosotros, que yo que me creería ofendido por el que no me considerase como un hombre de mi tiempo, escribo con repugnancia palabra que ha acabado por ser, en este rincón del mundo, sinónimo de extravagancia: de tal manera los *soi disant* modernistas se han presentado ante los filisteos, que esta vez, con justicia, les han negado el *regium exequatur* condenándoles á la depresiva é irónica tolerancia.

El modernismo en España, hasta ahora en manos de los *snobs*, excepción hecha de alguno que otro artista de veras, no podría producir otros frutos que los irrisorios que ha conseguido, pero para bien de todos y del arte muy principalmente, la fórmula en que la tendencia se cimienta, va recobrando sus verdaderos límites, que no son en pintura cuatro líneas convenidas, ni en literatura la expresión de un exclusivo y único estado de alma.

El sér complejísimo, en que ha degenerado el hombre moderno, proclama la necesidad de un arte nuevo, capaz de manifestarle en sus mismas complejidades, recurriendo para ello á una expresión nueva también, á una expresión en que la palabra á veces sacada de quicio, simbolice el propio desquiciamiento del alma actual.

Así lo han entendido los americanos, que únicamente al atravesar el estrecho tamiz de nuestra crítica, aferrada á un tradicionalismo intransigente, han podido encontrar la hostilidad de que se ha hecho gala en estos últimos años.

Por que la cosa lo merece, y por que la conveniencia es manifiesta, hállome decidido á hacer desfilar por estas columnas á la legión de artistas que, allende los mares, colaboran con los españoles, en la obra de enaltecer la literatura castellana.

De Carlos Reyles, lo tengo dicho casi todo.

Joven, muy joven y rico, un millonario, yo no sé si tuvo la suerte ó la desgracia de sentirse artista; y en un país donde todo lo absorbe el negocio, y en el que todo lo puede el dinero, Reyles supo substraerse á semejantes influencias, para ser única y exclusivamente aquello por que sentía vocación.

En su patria, en Montevideo, fuímos amigos, de la manera más imprevista.

A. MAS Y 



VEN


FONTDEVILA

NECIA

Un día fuí á su casa, en busca del hombre de negocios, por que yo me suponía otro tal, y salí de aquel soberbio alojamiento, sin que entre nosotros se cruzase una sola palabra que no fuese de arte.

Quizá perdí un protector, pero gané en cambio un amigo.

En Reyles, me sorprendieron desde el principio, dos cosas: la seguridad que manifestaba de su triunfo y el enamoramiento de su arte.

Con respecto á lo primero, supe á que atenerme, tan pronto hube leído sus primeras obras, y tampoco lo dudé; en cuanto á lo segundo, la explicación halléla más tarde cuando se me presentó ocasión de conocer en otras partes de América á los literatos y escritores de aquellos países.

Un escritor en el nuevo mundo, si no es un hombre de posición, es cuando menos un hombre que tiene concieneia exacta de que rehusa la riqueza, y sólo con sincera vocación puede hacerse semejante sacrificio.

Las letras, no constituyen nunca en América como en España, un recurso para los prófugos del despacho ó de la oficina; y con existir, como en todas partes, las falsas vocaciones y abundar el número de los hueros, representación de lo que por aquí conocemos con el genérico de *sinsontes*, los realmente llamados, haciendo de su profesión un culto, no corren el peligro de convertirla en medio de subsistencia, sin otra finalidad.

A Reyles, su cuantiosa fortuna le pone á cubierto de semejante riesgo, y ofreciéndole esa tranquilidad de espíritu que reclama Tolstoy para el artista, le coloca en condiciones que él aprovecha en beneficio de su cultura.

No obstante esto, no sé por qué, nunca me pareció feliz, y lo que es peor, jamás considerándole un hombre *diferente* á la manera de los que así clasifica Sthendal, se me ocurrió recordar, observándole, que el Eclesiastes ha dicho que *quien añade ciencia añade dolor*, y que Schopenhauer, ampliando la idea, ha escrito que «el dolor es el patrimonio del intelectual

No sé qué dramas, no sé qué cosas me imaginaba yo en «aquel sér pequeño, misterioso como todo un mundo

Cuando conocí su *Beba* me ratifiqué en mi creencia. Beba y Rivero, son dos hijos del alma de Reyles, y como tales, dos desgraciados; últimamente, El Extraño, otro atormentado, otro adolorido, me ha hecho recordar, confirmando mis sospechas.

Un día, de esos en que la soledad espanta, en que como derrumbes caen sobre la memoria todos los recuerdos, despertando las mil nostalgias que afligen y angustian las horas, acudía yo á comunicar mis penas á Carlos Reyles, para encontrarlas alivio.

— «Trabaje usted, — me dijo, — escriba, nunca se está en mejores condiciones... no hay nada que haga olvidar tan pronto los sufrimientos».

Y yo, recordando que como decían los griegos, el arte es libertad, me olvidé de mi mismo para pensar en él.

La primera obra seria de Reyles fué *Beba*, una novela preciosa que hizo popular el nombre de su autor; á ella han seguido las Academias *Primitivo* y *El Extraño*, que tal polvoreda levantaron en España hace unos meses, y sobre los cuales no sería oportuno ahora volver. Baste decir, que dichos ensayos de modernismo, han merecido la sanción de doña Emilia Pardo Bazán, J. O. Picón y bastantes más, que en las columnas de *El Liberal* se pusieron abiertamente del lado del novelista americano.

Al despedirme yo, después de algunos meses de vida íntima en aquella hermosa tierra uruguaya, de Carlos Reyles, para el otro extremo del continente; en nuestra última conversación hablábamos de la imperiosa necesidad de buscar un lenguaje para expresar todas esas medias tintas, todos esos matices, á la par que la diversidad de sensaciones, la mezcla de perversidades y bondades, el conjunto heterogéneo de cualidades, la monstruosa complicación de sentimientos, de anhelos, de tormentos, de angustias, que constituyen el aflictivo estado del alma moderna; y cuando yo, desesperanzado por la inmensidad de la tarea, bajaba la cabeza, resignándome ante mi impotencia, irguióla él para decirme: ¡Si todo eso se siente, cómo no poderlo expresar!

Y su confianza me hizo tenerla en su talento, y hoy, como entonces, después de leídos sus últimos libros, veo en Reyles al artista que ha de acabar por enseñorearse de su arte.

T. ORTS RAMOS

---

# LA DE BETANZOS

I

Había una joven en Betanzos, morena y hermosa, atrayente y buena, como lo son en general las hijas de Galicia, tan seductoras por su belleza cuanto por la sencillez de su trato.

Se llamaba María, la llamaban Maruja; tenía apenas dieciocho años.

Era una Patti en las muñeiras: una celebridad, no sólo en su pueblo, sino en toda aquella comarca.

Maruja quería mucho á Francisco; el mejor mozo sin duda de Betanzos y sus cercanías.

Se dedicaban los dos amantes á la labor de un pequeño campo, y al pastoreo; y en el reparto entre terruño y ganado de aquel amor puro y sincero, se llevaba siempre Cupido la mejor parte.

Maruja y Francisco formaban un alma en dos cuerpos.

Ella, con la alegría dibujada en sus labios de rosa, como la de los fértiles campos que cultivaba, concurría, acompañándola él, á todas las fiestas de los lugares vecinos, siempre solicitada para cantar sus muñeiras, que se habían hecho populares en más de veinte leguas á la redonda.

Un día, la enamorada pareja deletreaba con angustia una carta, y aun se la dieron al cura de su parroquia, para que la leyese, y le suplicaron después que volviera á hacerlo, porque les parecía imposible que encerrasen aquellas líneas un decreto de destierro y separación.

Francisco tenía un tío en América, único pariente que le quedaba en el mundo.

Le llamaba con toda urgencia, incluyéndole dinero para el viaje, y tenía que partir. ¡Cómo desoir el ruego del anciano!

El autor de la carta vivía en Buenos Aires. A fuerza de trabajo y constancia, había reunido un capital, y á la sazón era dueño de un almacén de primer orden en la calle de la Florida; de esos que se conocen en la capital argentina con el nombre característico de Registros.

El tío de Francisco había ido allí, como muchos, á hacer fortuna, y pudo conseguirlo. Llegó de jornalero y pasó con el tiempo á ser amo; patrón, como les llaman en Buenos Aires.

La pobre Maruja lloró con lágrimas de sangre la inesperada marcha de su novio, quien salió para el rico y hermoso país de Belgrano y Alsina, en el primer vapor que con dirección á la floreciente República pasó por la Coruña.

El día aquel, á pesar de la hermosa luz que irradiaba el sol, fué para ellos, cual el de todos los enamorados que se separan; obscuro, sombrío, preñado de nubes y lleno de amargas tristezas.

El buque zarpó. Francisco en la borda, y Maruja, de pie en la lancha que la había conducido al vapor, se dieron ese saludo último, el más visible y más continuo que agita el aire á la distancia.

Aquellos dos pañuelos, blancos como los copos de la nieve, aparecieron como negros crespones á la vista de los amantes.

II

Maruja se quedó sola con su tristeza; cuanto le rodeaba, objetos y personas que se moviesen en torno suyo, le parecían las sombras del feliz pasado que embelleciera su existencia.

Con ansiedad indescriptible esperó la llegada de los correos... y estuvo á punto de caer exánime, al encontrarse conque no llegaba ninguna carta dirigida á su nombre, aunque supo que el buque había llegado felizmente, y sin novedad á bordo.

Dudó y esperó todavía nuevamente.

Algo grave ocurría.

Esto pensaba la pobre joven; y así era en efecto. El tío de Francisco se estaba muriendo; lo que al cabo supo por conducto de su novio, quien al finalizar su viaje, se ocupó sólo en correr á la cabecera del enfermo y no separóse de allí para nada.

El mal tuvo bastantes intermitencias, y la vida del anciano se fué prolongando, aunque penosamente, por supuesto.

Maruja, sin otro cuerpo del cariño de Francisco que sus cartas, las estrechaba contra su pecho, se las sabía de memoria, las perfumaba con los suspiros de su alma y las empapaba en las lágrimas abundantes que humedecían, como las gotas del rocío á las plantas, las rosas coloreadas y frescas de sus mejillas

Se excusaba de ir á las fiestas de los pueblos cercanos, y cuando no podía evadir su presencia, salían de su garganta notas de una terrible melancolía.

Sus muñeiras eran ayes de un alma destrozada por el dolor.

Las hijas encantadoras de Galicia, la bella Suiza de España, quieren con el delirio de la vehemencia, con el vértigo indefinible de las grandes pasiones.

Juzguen nuestros lectores, por consiguiente, del estado en que se hallaría Maruja al empezar á no recibir cartas de Francisco.

Investigó; pero todo fué inútil.

Al cabo de mucho tiempo de averiguaciones constantes supo que ya no se hallaba Francisco en América, sino en España; ¿pero en dónde?

No tuvo calma para más, y quiso ella misma salirle al encuentro. Preparó su modesto equipaje, compuesto de algunas mudas de ropa, de su inseparable gaita, recuerdo de su novio... que tan bien la tocaba, y con sus ahorros y lo que le produjo la venta de la poca tierra que poseía, se fué de puerto en puerto, como una loca, inquiriendo por todas partes.

Los recursos se le acabaron: empeñó cuanta ropa llevaba, se quedó con la puesta; y... reducida por último á la miseria, se fué de pueblo en pueblo, cantando muñeiras: procurándose el sustento y lo más preciso para seguir la peregrinación que había empezado, con la moneda que le alargaban los transeuntes, movidos por la expresión de profunda tristeza de sus bellísimos ojos, y la de aquellas sentidas notas que brotaban de sus labios.

Llegó hasta Madrid.

Era uno de esos inviernos en que los pobres sienten como nadie el rigor del frío.

Maruja, confundida entre ese pueblo bohemio que se agita en las grandes ciudades, luchando con el hambre y con la intemperie, recorría sin cesar las calles; más herida en su corazón por lo acerbo de los pesares, que destrozada en la piel por la acción de la nieve.

En una noche del mes de Enero, en que el hielo llenaba las calles de la villa del oso, Maruja, envuelta en un raído pañolón, que apretaba contra sus miembros ateridos, y colocada bajo uno de los faroles que alumbran la hermosa fachada del teatro de Apolo, cantaba muñeiras, implorando de esa manera una limosna.

Entre los concurrentes al favorecido y clásico coliseo de la gente alegre de última hora, salió un apuesto caballero, envuelto en un rico gabán de pieles. Llevaba del brazo una de esas que parecen señoras, por lo elegantemente vestidas y lo bien alhajadas que van, á quien soltó de pronto, yéndose en seguida, como atraído por un imán, hacia el sitio en que se hallaba Maruja.

Aquellas muñeiras sólo podía cantarlas ella. Era su voz, era su estilo, eran sus sollozos, era su corazón que vibraba, su alma, su sér; era toda ella, en aquellas canciones de la tierra gallega, que tan dulcemente suenan y repercuten, como cantos de un poema sin fin, en sus agrestes y eslabonadas montañas.

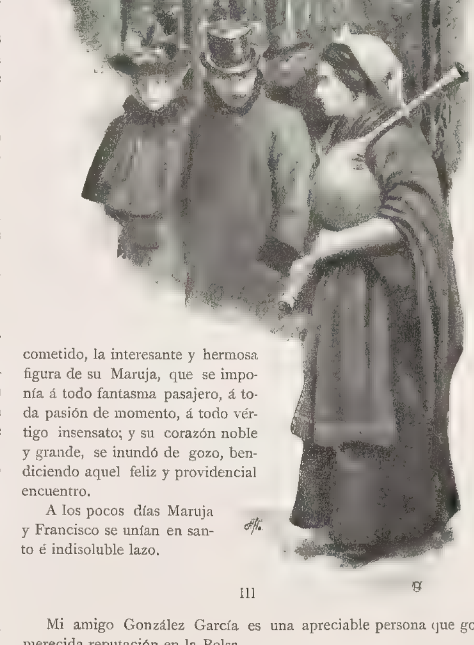
A la luz del farol que daba de lleno en el rostro de la infeliz, á pesar de las huellas del sufrimiento impresas en él, reconoció á Maruja.

La mendiga y el caballero lanzaron un grito, se arrasaron sus ojos en lágrimas y se abrazaron con efusión.

Aquel señor tan distinguido era Francisco. Muerto su tío, legándole una fortuna, que realizó en seguida, volvióse á Europa, con una bailarina italiana, que había empezado ya á gastarle parte de sus cuantiosos bienes.



La muñeira fué el verdadero grito de su conciencia adormecida por el filtro que durante un año bebiera en los labios de la impúdica *traviata*. La muñeira le trajo á la memoria los felices recuerdos de su vida en la aldea, sus antiguos y puros amores, las infidelidades que había cometido, la interesante y hermosa figura de su Maruja, que se imponía á todo fantasma pasajero, á toda pasión de momento, á todo vértigo insensato; y su corazón noble y grande, se inundó de gozo, bendiciendo aquel feliz y providencial encuentro.



A los pocos días Maruja y Francisco se unían en santo é indisoluble lazo.

III

Mi amigo González García es una apreciable persona que goza de merecida reputación en la Bolsa.

Su firma es dinero. Respetables capitalistas de provincias y de Madrid tienen depositada en él su confianza.

El señor González García habita un precioso *chalet* en Madrid, en la Castellana; y antes de mi partida para América quiso que fuera á su casa y comiese con él; presentándome á su esposa, á quien no tenía yo el gusto de conocer.

Una persona bellísima que hace feliz á mi amigo; el cual estima, que nada valen los tesoros de sus arcas comparados con el de su virtuosa compañera.

Después de haber hecho los honores correspondientes á la suculenta comida y excelentes vinos que fueron presentados en la mesa, se sirvió el café.

Hablé de los viajes y excursiones que como periodista había hecho, y después de haberse dedicado un gran párrafo á Buenos Aires, — de cuya ciudad, así como de toda la República Argentina, hicimos la mención encomiástica que en honor de la verdad se merece, — le tocó el turno á Galicia, y especialmente á la Coruña y á Betanzos; puntos que recorrí, representando el diario *El Progreso*, con motivo de la inauguración del ferrocarril directo entre la capital de España y la de Galicia.

Los señores González García escuchaban con gusto la relación entusiasta que les hacía de la Coruña y de los pueblos cercanos.

Hablé también de las gaitas y las muñeiras; diciendo de éstas, que no las tengo, como algunos, por cantos monótonos, sin ninguna expresión, sino que muy por el contrario, estoy convencido de que hablan al alma.

La señora de mi amigo, no menos conmovida que su esposo, asintió á mis palabras; añadiendo á renglón seguido que, en prueba de mi aserto, iba á contarme la historia de unas muñeiras cantadas por ella en otro tiempo: y me refirió lo que acaban de leer ustedes.

La señora de González García era la de Betanzos de mi cuento; y su marido, aquel Francisco que se fué á Buenos Aires y heredó la fortuna del rico comerciante de la calle de la Florida.

P. SAÑUDO AUTRAN

P. M. BERTRAN




¿POR QUE LLORAS?

## CANTARES (1)

Para componer cantares,
dos cosas se necesitan:
tener corazón de cera,
y saber qué son penitas.

No muevas el abanico
cuando á tu lado me encuentro,
que no es prudente dar aire
estando tan cerca el fuego.

¡Horrible necesidad
es padecer hambre y sed...
yo que de tu amor los tengo,
calcula si sufriré!...

Tus mejillas son cual ramo
de azucenas y amapolas,
perenne engaño inocente
de abejas y mariposas.

Puesto ya entre cuatro cirios,
encima de duras tablas,
te he de decir todavía
que te amé con cuerpo y alma.

De que tenga el mar sirenas
dudo, por más que lo cuentan;
pero que en la tierra existen
lo dirán cuantos te vean.

¡Miren que es negra fortuna
prendarse de una mujer
que pone la vista en otro
y no os quiere mal ni bien!

Te enseñé á deletrear
y después á escribir cartas;
ahora las mandas á otro...
fuiste ingrata, muy ingrata.

¿Qué es la dicha? ¡Para un niño,
las caricias y los juegos;
para un joven, el amor;
para un viejo, puro sueño!

¡Recogí su último aliento
y aun doquier la miro viva;
la muerte robóme el cuerpo,
mas nó su sombra querida!

Pronto de nuevo abrirás
su fosa, sepulturero;
pues al enterrarla á ella
me dejaste vivo-muerto.

El recuerdo de su amor
me conforta y me atormenta;
como la cruz y el puñal
se halla todo en una pieza.

Dicen que las penas matan,
y mienten los que tal dicen;
que yo soy la pena andando
y no consigo morirme.

Mis cantares tristes son
como el canto de la alondra,
tan cierto es que existen séres
que hasta cuando cantan, lloran.

† Enrique C. Girbal

(1) Forman parte de la colección titulada «Pasionarias» que dejó inédita el autor.

Vista diagonal de la bodega "La Concha" y faenas vinateras.

Lavadero de vasijas

"La Concha". Botas preparadas para el embarque.

# POR ANDALUCÍA

VISITA Á LA CASA VINÍCOLA DE LOS SRES. GONZÁLEZ BYASS, EN JEREZ DE LA FRONTERA.

Para apreciar y admirar lo que la famosa población jerezana vale, precisa vivir en ella, no unos días, sino meses. Sólo así, puede estudiarse detenidamente el comercio que palpita en toda su comarca, y el papel importantísimo que, en el mundo industrial, desempeña la notable ciudad de la vid.

Hay que convenir en que España es un país de sorpresas; un país de riqueza incalculable, mucha de la cual desconocen gran parte de sus naturales, por no querer ó no saber apreciarla cumplidamente. Refiriéndonos, en particular, á Andalucía, hemos de condenar la injusticia de los extranjeros que, al emitir juicio acerca de ella, sólo se les ha ocurrido hablar de *guitarras, palillos, panderetas, ventanas enrejadas* y andaluzas hermosas, deslumbradoras, con una flor entre los cabellos y *la navaja en la liga*. Cierto que, á primera vista, esta fértil región, aparece superficial é indolente; pero los que la critican, poniendo de relieve su afición al canto y al baile, como nota característica, olvidan que en ella se hace un comercio muy considerable de vinos finos, que las bodegas andaluzas son maravillas, y que sus grandes exportadores, un poco cosmopolitas, por efecto de sus relaciones diarias con Inglaterra, Francia y América, — el mundo entero — poseen establecimientos de primer orden: de los cuales vamos á dar una idea á los lectores, describiendo ligeramente la bodega modelo de los señores González Byass y C.ª; en mi opinión, la más importante entre las numerosas similares establecidas en Jerez de la Frontera.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

La casa de González Byass tiene la particularidad de ser propietaria de viñedos magníficos, por estar situados en los pagos de *Ducha, Marchanudo* y *Balbaína*, sin disputa los mejores que existen; resultando, en consecuencia, cosechera de los vinos que exporta. Hace ya muchos años que el padre de los propietarios actuales, el inolvidable don Manuel María González (q. e. p. d.), se dedicó á este género de comercio, el cual tomó gran incremento bajo su dirección. Hoy sus hijos don Manuel, don Pedro y don Ricardo, lo explotan con un entusiasmo grandioso; pudiéndose decir en la actualidad que su casa es la que posee más y mejores caldos, teniendo también la ventaja de exportar mayor número de botas anualmente.

Desde que la uva se corta de la cepa, hasta que su zumo, hecho vino y con los preparativos necesarios, se pone á la venta, hay que someterlo á trabajos difíciles y costosos, cuya explicación es poco menos que imposible, porque haría falta mucho espacio; tanto que no serían suficientes las páginas todas del ALBUM SALÓN. Sin embargo, diremos sucintamente algo que sirva á los lectores de origen, para que adivinen el resto.

Tiene la citada casa un inmenso lagar de piedra, en el que se pueden pisar diariamente de 150 á 200 botas de vino, con gran comodidad y sin precipitaciones de ninguna índole. Para encerrar estos mostos, existe una tonelería perfectísima, donde se construyen toda clase de vasijas destinadas á la conservación pura de los líquidos y con las seguridades consiguientes para la exportación.

El departamento en que se hallan instalados los alambiques y máquinas de vapor está hecho, como en los demás edificios, exprofeso; por lo que no es extraño reuna los requisitos indispensables, sin que jamás haya entorpecimientos ni sobrevengan imperfecciones en los productos que con tanta pulcritud se elaboran.

En un espacio de seis hectáreas se hallan establecidas las bodegas y demás elementos accesorios; ocupándose diariamente en las labores un contingente de cerca de 900 personas, todas ellas peritísimas en las distintas faenas vinícolas que desempeñan.

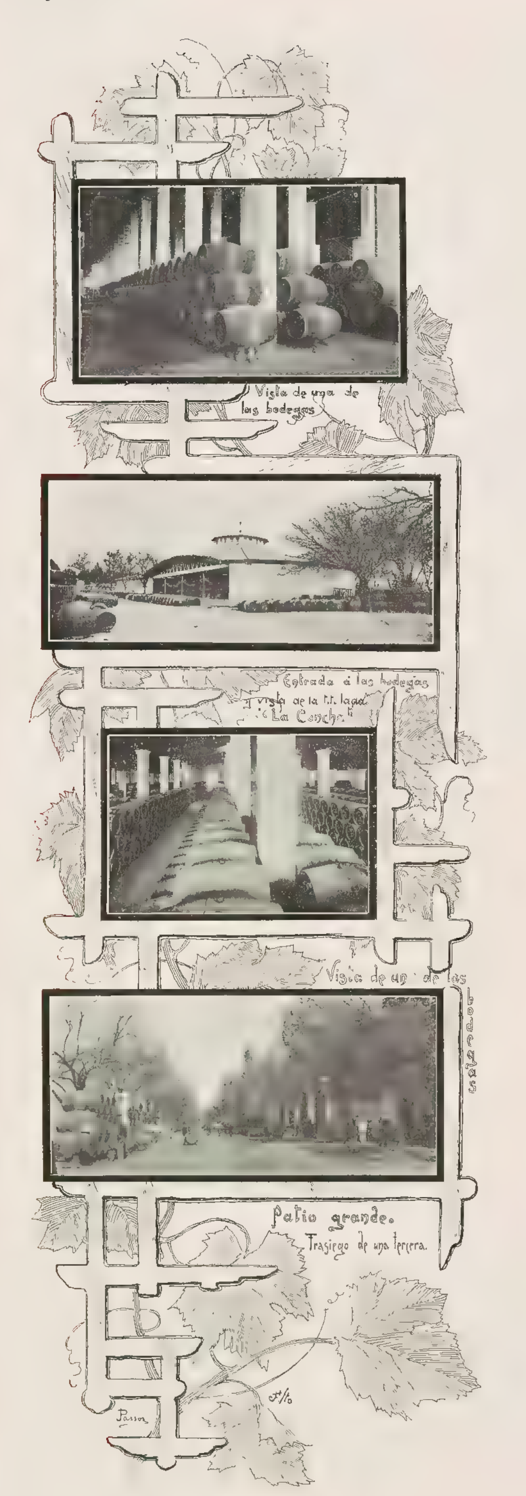
Las bodegas *Rotonda* y *Concha* son, en nuestro humildísimo juicio, las que descuellan; la primera por su gran cabida, y la segunda por su aspecto elegantón, dentro de la severidad de la arquitectura que en estas construcciones debe emplearse, atendiendo al carácter del asunto y á la solidez y ventilación necesarias.

El número de botas que la casa posee asciende á 20,000 aproximadamente, repartidas en los infinitos almacenes con que al efecto cuenta.

Las colecciones de toneles tituladas *Los Apóstoles* y *Los gigantes* encierran dos de las mejores cosechas, siendo éstos los padres — permítaseme la frase — de marcas tan celebradas y populares como *Matusalén, Romano, Tío Pepe, Napoleón, Noé, Néctar, A. B.* y otras muchas que pregona la excelencia de los vinos de los señores González Byass, reputados como los más genuinos de la *tierra de María Santísima*.



LA VENDIMIA. — Cuadro de Viniegra.




Muchas personalidades han honrado la casa; mereciendo especial mención la visita de los reyes de España y la de los individuos del Congreso Médico Internacional celebrado en Sevilla, allá por el año 1882. Para dar una idea aproximada de la satisfacción que experimentaron los visitantes, copiamos los siguientes párrafos de una publicación jerezana, dedicados á tan memorables actos·

El año 1882 fué visitada esta notable casa por los reyes de España, Don Alfonso y Doña Cristina, acompañados de la princesa Doña Eulalia; el duque de Montpensier, con su hijo don Antonio; el ministro de Estado, señor marqués de la Vega de Armijo; el de Marina, señor Pavía; y otros personajes de la Corte. Una vez que la regia comitiva hubo recorrido todos los departamentos de la casa, almorzó en la bodega llamada de la *Concha*, que estaba preparada para dicho objeto con mucho gusto. Al mes siguiente, visitaron y almorzaron en el establecimiento las infantas Doña Isabel y Doña Paz, con la marquesa de Superunda, marqueses de Nájera, condesa de Llorente y otras á cual más distinguidas personas.

Por aquel tiempo empezaron en Sevilla las sesiones del Congreso Médico Internacional, y en él surgió la idea de hacer una visita á estas bodegas, no teniendo inconveniente el Municipio jerezano en costear un tren expreso que trajo á Jerez los individuos que componían aquél.

Uno de los principales objetos que el Congreso Médico tenía, al visitar la famosa población, era admirar los establecimientos vinateros y analizar los caldos, para declarar después, como lo hizo, que en sus gotas de oro se encierran el contento, la luz, la alegría, y en una palabra, el bálsamo consolador de la vida.

La casa elegida, por ser opinión general que era la mejor, fué la de los señores González Byass, quienes atendieron y obsequiaron, con la esplendidez en ellos notoria, á las notabilidades que formaron aquel ilustre Congreso.

Innumerables é importantes personas pudiéramos citar también como visitantes de la casa que nos ocupa, entre ellas los duques de Mecklenbourg, Shœrin y otros; pero creemos que con lo manifestado basta para dar una idea de la consideración y crédito que en todo el mundo goza la casa González Byass y C.ª

En el mes de Junio del año 1894 fueron visitadas estas bodegas por una nutrida representación de los marinos franceses de la escuadra de dicha nación, surta en Cádiz; á quienes acompañaron los excelentísimos señores gobernadores civil y militar de dicha plaza, una comisión del Ayuntamiento de la expresada capital y el capitán de su puerto.

Gratamente impresionados quedaron los marinos ante la hermosura del establecimiento y la bondad de los jefes del mismo, que se multiplicaron para atender dignamente á los extranjeros.

. . . . . . . . . . . . . . .

Por las anteriores líneas, quedarán plenamente convencidos los lectores de que son pálidos todos los elogios que se han hecho y que se hacen de los vinos jerezanos y de la casa que nos ocupa; la cual, en nuestra pobre opinión, no sólo honra á la región donde está establecida, sino á la España entera.

Todo es allí sorprendente, lujoso; desde la entrada amplia á cuya derecha se encuentran los escritorios y á la izquierda los gabinetes de espera, hasta las escuelas que, para la educación intelectual de los hijos de los obreros, estableció la caridad y magnificencia del fundador don Manuel María González.

La entrada no se prohibe á nadie, por modesta que sea su posición, y un pequeño *groom*, destinado exclusivamente á servir á los curiosos, se apresura galantemente á conducir á éstos á uno de los saloncillos de espera, hasta que los jefes de la casa disponen que un dependiente especial se dedique á guiar por aquella población industrial al forastero que saborea todas las clases de néctares, desde la más inferior á la más superior.

Cuantos allí entran, firman en unos *albums sui generis*, de los que ya hay guardados algunos tomos; siendo verdaderamente interesante el laberinto de rúbricas que en ellos se ven estampadas, en todos los idiomas del universo, desde el árabe al inglés, desde el francés al ruso; todo formando una mezcla rara que recuerda los *albums* ó tratados de dibujos egipcios.

Escasas, por no decir ninguna seguramente, serán las exposiciones y certámenes que no hayan concedido á esta casa una distinción digna de su valía; recordando entre otras los primeros premios que obtuvo en Madrid, Cádiz, Londres, Matanzas, París, Burdeos, Boston, Viena, Valencia, Niza, Filadelfia, Amsterdam, Barcelona, etc. Posee, además, 17 medallas, no menos valiosas que las anteriores distinciones.

Las fotografías que acompañan este desaliñado artículo, tomadas al azar, suplirán la deficiencia de su autor, quien no dispone del espacio que requiere la importancia de materia tan hermosa.

No fuera justo terminarlo, sin dedicar un recuerdo al señor don Manuel María González Peña (q. e. p. d.), el cual se hizo admirar, no sólo en Jerez, sino en toda la Andalucía, por sus bellísimas cualidades, su amor al trabajo y la protección desmedida que prestó á las letras y á las artes; las cuales alcanzaron por entonces, en la celebrada ciudad, una de sus épocas más prósperas y felices.

La razón social continúa girando bajo el mismo nombre, siguiendo los hijos del ilustre jerezano las huellas de su malogrado padre; por lo que son queridos y respetados. Tenemos el placer de consignarlo así; *pues rendir culto á la verdad es una de las cualidades que debe poseer el hombre*, según dijo muy cuerdamente el gran filósofo Balmes.

¡Loor, pues, al vino de Jerez! y digamos con el poeta·

¡Que cieguen los destellos fulgurantes
Del néctar que en las copas espumea;
Que el corazón palpite, arda la mente
Y broten las ideas!

M. P. G.

# PAZ LETAL

Si quisiésemos encontrar un símbolo de la paz que hemos pactado, no acertaríamos con otro más propio que estos *repatriados*, cuyo nombre ha venido á ser sinónimo de *mártires*.

Recuerdo confuso y vago de la niñez, conservo el de la vuelta de las tropas de Africa. Un día, de espléndido sol y de templadísimo ambiente; el firmamento, de ese color divino que ha inspirado la copla popular:

El cielo de la Coruña
está cubierto de azul...

Asomadas, colgadas de las galerías, las señoras, con las manos hundidas ya en la bandeja llena de pétalos de rosa ó asiendo la corona de laurel natural y de cintas amarillas y grana, con que se disponían á alfombrar el camino del soldado que volvía victorioso; y, cuando asomó por la entrada de la calle el torrente de la muchedumbre que envolvía en sus olas al ejército, en marcha; cuando se oyeron los primeros acordes de la animosa estridente charanga, que parecía repetir con vibración de orgullo «Hemos vencido, hemos vencido»;... un escalofrío de gozo y de entusiasmo corrió por las venas, un clamor de formidable alegría ascendió del suelo, un diluvio de flores y de verdes ramas jugó en el aire, como aleteo de aves bien agoreras, como mariposas de un verano radiante y feliz... ¡Impresión inolvidable, doblemente fuerte en el alma del niño!

Hoy, el cuadro tiene el mismo fondo. El cielo sigue bañándose en ondas de záfiro; la bahía centellea bajo la luz solar; los vidrios de las galerías rebrillan; la coquetona Coruña, envuelta en jardines, sonríe como siempre, al que en ella desembarca. ¡Pero mirad á los desembarcados! No traen en el rostro la patria bronceada del sol marroquí: en sus caras puso su garra la fiebre de las Antillas, que consume el calor natural y disuelve la sangre. No vienen por su pie, ágiles, polvorientos, andadores, hiriendo el pavimento candenciosamente, al paso militar: pasan en camillas, yertos, contraídos, esqueletados, casi invisibles... de puro pequeños que los dejó el sufrir... ¡Cosa extraña y simbólica! ¡El soldado español diríase que acrece su mediana estatura al vencer, y que, al llegar vencido, se reduce y encoge! Todos los que han visto estos días á los repatriados están de acuerdo en que apenas se les distinguía; en que semejaban, al pronto, niños enfermos...

Análogos al despojo que arroja el mar á la playa, después del naufragio, así cruzan del muelle al lazareto ó al hospital, y en el corto trayecto se mueren á docenas; no es hipérbole, á docenas, aunque el horror haga inverosímil la cifra. Silenciosos, sin fenómenos de agonía, luz que se apaga por falta de combustible, van exhalando el último aliento en la primer bocanada de aire de la tierra patria. Ni un gemido revela la herida del alma, libre al fin. No hay estertor, no hay agitación, no hay fuerza para cosa alguna. La cabeza inerte se hunde un poco más en el almohadón, la boca queda abierta, como sedienta de respirar; échanles el embozo de la sábana por la cara, y todo ha concluído...

¿Conocéis la anemia?; este padecimiento sin dolor, esta disolución de lo más íntimo del organismo, de la sangre; ¿no es cierto que parece enteramente incompatible con el valor que el soldado necesita? El anémico no puede moverse; el anémico se fatiga sólo con alzar los brazos; el anémico no se concibe que resista el peso de un Maüser.—Y estas expediciones de repatriados nos dicen á las claras que la anemia fué el verdadero enemigo del ejército español en las Antillas. La anemia destruye la voluntad y la resolución, porque roba al cuerpo todo el vigor, al atacar la fuente de la vida en las venas. La patria pide al soldado su sangre. Perfectamente; la patria está en su derecho: pero ¿y si el soldado no tiene sangre que dar? ¿si la ha quemado y calcinado el clima? ¿si de los dos colores de la bandera sólo tiene uno, el amarillo,... el tono de la calentura y de la muerte? Entonces, el soldado, reducido al estado de semicadáver, sólo una forma de heroísmo puede cultivar: la aceptación resignada de este morir sordo, manso y sin estrépito de gloria. Y la acepta. Sucumbe, quedándose «como un pajarito»; la frase expresiva de las pobres mujercicas que en el muelle de la Coruña corrían á ofrecer á los soldados todo lo que inspira la franca compasión popular...

¡Oh, las mujercicas del muelle! ¡Y qué maestras para los soplados y egoistones políticos, y para los que no saben, en estos momentos, sino correr á los toros ó bailar donde se pueda, aunque sea en un buque! (¡tremenda ironía!) Había que verlas precipitarse, con los ojos húmedos y el pecho blando de maternal ternura, al paso de aquellas camillas, de las cuales inútilmente las querían alejar los policías y los guardias.—Un moribundo pide, en voz imperceptible, un trago de leche, y la mujercica corre á buscarlo: no sabe dónde habrá leche; pero ella la encontrará, así sea debajo de las piedras de la calle. Y á los diez minutos vuelve jadeante, desgreñada, ronca, alzando con triunfo una jarra, un vaso, que acerca á los labios del expirante soldadito. Es en balde atajarla: se abre camino con ímpetu, con bríos de leona; el repatriado no morirá sin haber gustado leche fresca...

No les digáis á las sublimes mujercicas que en esas camillas puede esconderse el contagio de males crueles que nos envía á veces el trópico. No intentéis alarmarlas ni desviarlas con prudentes consejos. No entenderán. Al contrario: lo que las atrae, lo que las llama, es el sufrimiento, el dolor, el peligro, la injusticia, el martirio. Ven una cruz y la adoran. Lo que remueve sus entrañas es lo mismo que impulsó á la sencilla y humilde pastora de Domrémy, á dejar sus ovejas y vestir la armadura: *la piedad*, el atributo femenino por excelencia...

Y ahí está la imagen de la paz, la tristísima paz que sería preferible y menos hipócrita haber hecho á discreción del vencedor. Si han de aceptarse al fin todas sus condiciones, sean las que fueren; si no nos queda medio alguno de hacer valer nuestro derecho; si ya el derecho tampoco es más que una palabra hueca, una moneda antigua y curiosa, conservada en los museos de los tratadistas, pero sin curso en las relaciones internacionales, ¿á qué, vive Dios, enviar comisiones á París? El que ve á nuestros repatriados, no necesita preguntar por qué no ha entrado en acción seria el ejército de tierra, ni por qué se han eternizado los insurrectos en la manigua. El poeta alemán describió la pavorosa revista nocturna que pasa el Emperador á los muertos: si aquí hay un poeta capaz de expresar el horror, que escriba una balada con la guerra de los agonizantes.

EMILIA PARDO BAZAN



GITANILLA; por JOSÉ LLOVERA

# A LOS BUENOS CATALANES

El ALBUM SALÓN ha acogido tan benévolamente los articulejos que le he mandado, que hoy me atrevo á invocar su protección y su publicidad para dirigir una excitación á los buenos catalanes. Siempre fuí entusiasta admirador de ese pueblo trabajador, activo, varonil, en que siempre encuentran eco y apoyo las ideas grandes y elevadas; y por eso creo que solamente en Cataluña, y principalmente en Barcelona, podrá tener acogida la mía; que es la siguiente: Acaba de tener lugar en Béziers la representación de *Dejanire*, tragedia en 4 actos de Luis Gallet, con música del ilustre compositor Saint Saëns, Jefe de la Escuela Francesa. En esta solemnidad, la música de la Guardia municipal de Barcelona se ha cubierto de gloria, pues en carta que he recibido del ilustre maestro, me dice que la dicha banda ha sido *la piedra fundamental del edificio*, sin la cual no hubiera sido posible edificar, y que el auxiliar más poderoso que ha tenido, para el éxito musical, ha sido el maestro Sadur-

ní. La representación de esta obra tiene gran importancia, no sólo por su mérito y por su éxito, sino porque abre un nuevo horizonte á las representaciones teatrales, permitiendo realizar el proyecto del teatro popular barato y al aire libre. Ofrece, además, ocasión para levantar el espíritu del pueblo, para enseñarle la historia, con cuadros pintorescos de las glorias ó de las tradiciones nacionales, alejándolo de los toros y del género chico, incompatibles con la verdadera cultura artística, y que hacen mucho más daño al progreso nacional de lo que se figuran los que creen que el mejor medio de curarse la sarna es rascarse la llaga. Si el ejemplo tiene imitadores, dados los medios de que disponen la Ciencia y la Industria modernas, ¿quién es capaz de adivinar lo que puede llegar á ser un espectáculo de este género, ni la influencia que puede ejercer sobre la cultura moral y material de un pueblo? Un público de ocho á diez mil espectadores permite atrevimientos que en ningún teatro cerrado se pueden intentar. Puesto que la banda del municipio barcelonés es un lazo de unión, organícese para el próximo año la representación de *Dejanire*, en Barcelona, invitando á Saint-Saëns á que vaya á dirigirla; y entre tantos poetas y compositores catalanes, preparad para el año siguiente un episodio pintoresco, dramático, de la historia ó de la leyenda catalana; algo, donde á la luz del sol, al fulgor de las espadas y de las corazas, al sonido de atabales y trompetas, al ondear de las banderas desplegadas al viento, podemos gritar todos, catalanes y castellanos, ¡Viva España!; uniéndonos ahora más que nunca, en la hora de la desgracia, para confortar nuestro espíritu con las memorias de grandezas pasadas; vigorizando la voluntad y la energía, para trabajar en nuestra regeneración futura, con más trabajo y menos discursos; y convenciéndonos de que todos los males de España dependen de que la suma del trabajo nacional no produce para que vivan todos los españoles, y de que todos los que trabajan viviendo del presupuesto no aumentan la riqueza pública y vienen á substituir á los antiguos frailes. Para que haya país, es preciso que la Agricultura, la Industria, el Comercio, las Artes y todas las demás manifestaciones de la actividad productiva, sean las que constituyan la riqueza. Cuando esto falta, las operaciones financieras, el papel del Estado y los destinos del presupuesto, son papeles mojados, humo de pajas é ilusiones engañosas que, más temprano ó más tarde, vienen á parar en la vergüenza y en la bancarrota. Si contra mi voluntad me he salido del asunto, ha sido para que vean los *buenos catalanes*, á quienes me dirijo, que en mí tienen un buen amigo que piensa como ellos.

Mi idea está lanzada; Dios le dé suerte, para que yo logre verla realizada en Barcelona.

G. MORPHY

# MADRID ELEGANTE

Cuando aparezca esta crónica en el Album Salón, la vida madrileña habrá ya recobrado su habitual aspecto; excepto el Real y el Español, todos los demás teatros se hallarán abiertos; en la Castellana y el Retiro, exhibirán las modas otoñales, las reinas de la elegancia y el buen tono; se anunciarán las próximas Carreras de Caballos y se celebrarán las últimas corridas de toros de la temporada: éstas, en medio de creciente y bulliciosa animación; aquéllas, en eterna é invencible soledad.

***

La fiesta de las Mercedes se ha celebrado este año con menos animación aún que en los anteriores: bajo los muros del regio Alcázar, ha largo tiempo que no resuenan ecos de fiesta; y la gentil Princesa de Asturias ha recibido solamente las felicitaciones de la augusta familia, y de la alta servidumbre palatina; pero la nación que contempla con interés respetuoso á la Reina Regente y á sus hijos, ha hecho votos porque se disipen las nubes de tristeza que hoy envuelven al histórico palacio de Oriente.

Otras damas aristocráticas llevan también el nombre de la Virgen con la dulce y poética advocación de Mercedes; por eso se ha visto muy felicitada la noble marquesa de Arenales, hermana política del duque de Sesto, y una de las bellezas que más han figurado en la Corte; su nieta la señora de Hurtado de Amézaga, hija mayor de los marqueses de Navamorcuende; la bella señora de Avial, hija de los señores de Llorens; la encantadora Mercedes Valmediana; la marquesa de la Coquilla; las señoras de Tapia y Viuda de Santiago; las señoritas de Sánchez de Toca, de Pidal y de Montalvo, entre otras.

***

Hoy se abre el abono en el regio coliseo, y como sucede todos los años, son infinitas las combinaciones que se vienen haciendo entre las familias aristocráticas que conservan la costumbre de frecuentar la espléndida sala del Teatro de la Opera. De algunos años á esta parte ha cambiado totalmente de aspecto, y cuantos recuerdan los tiempos gloriosos en que la Patti y Tamberlich hacían las delicias de nuestro público, ó los más recientes en que el insigne Gayarre nos electrizaba en *La Favorita*, no pueden menos de repetir melancólicamente, con Jorge Manrique:

«Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.»

Pasando revista por los palcos bajos y plateas del gran coliseo, apenas quedan algunos de aquellos nombres ilustres que figuraban en el antiguo abono; solamente los palcos de Fernán-Núñez y de Medinaceli (hoy duquesa de Denia), sostienen el ilustre abolengo; pero, en la platea de proscenio donde brilló la espléndida hermosura de María Bushental, que hizo de su palco, centro de eminencias literarias y políticas, están hoy los socios del *Veloz*; en aquella otra platea en que figuró otra hermosura célebre, la duquesa de la Torre, no ha vuelto á aparecer quien la reemplace; han desaparecido también los dorados sillones, que, cual nota chillona, se destacaban en el palco bajo de los duques de Santoña; herida por crueles desdichas ha también largo tiempo que la hoy duquesa de Cánovas, no aparece, con su busto arrogante, en la platea de su madre, la marquesa de la Puente; una *estrella* de los salones, la condesa de Guaqui, duquesa de Villahermosa, ha desertado también de aquel trono de sus encantos; y así van desapareciendo todas las que fueron el principal ornato de aquella suntuosa y elegante sala que tan agradable impresión producía en los diplomáticos extranjeros

Esperemos tiempos mejores; confiemos en que el nuevo empresario, don Luis París, evocará con la lista de su compañía, gloriosas remembranzas, y que acudirán al conjuro de esa varita mágica que se llama *lista de la compañía*, todos los rezagados, todos los que prefieren abismarse en gloriosos recuerdos, á contemplar realidades funestas..

***

Entre tanto que estas esperanzas se realizan, dos teatros del género chico, se llevan la palma, y comparten los favores del público: Apolo y la Zarzuela. Ambos se ven llenos todas las noches: su público es el mismo; en los palcos la flor y nata del *demi-monde*.

Mujeres hermosas, vistosamente ataviadas, luciendo algunas joyas suntuosas, bordan la balaustrada de los palcos, sobre cuyo rojo terciopelo se destacan la nítida blancura de los nardos, ó los suaves matices de las rosas; tributo ofrecido por sus adoradores á aquellas diosas del amor. El espectáculo es lo de menos; allí no se va á ver la escena, allí lo interesante está en los palcos y plateas; la música de Giménez y Chapí, con sus notas genuinamente españolas, sólo sirve para apagar el rumor de las voces con que se saludan y se galantean los jóvenes *sportmen* y las elegantes *demi-mondaines*, mientras el auditorio de la galería y de las butacas se entusiasma y aplaude, con lo que sucede en la escena

***

Sigue el público interesándose por los repatriados que vuelven enfermos y tristes, de Cuba y puerto Rico, y se organizan para socorrerlos, algunos beneficios; particularmente en los puntos en donde aun permanece veraneando una parte de la sociedad elegante.

Entre estos beneficios; digno es de fijar la atención, el organizado en Londres, por una ilustre dama, la condesa de Casa-Valencia, que no contenta con haber enviado á S. M. más de *sesenta mil pesetas*, producto de la suscripción por ella iniciada en la Corte de la reina Victoria, ha organizado un *Bazar de la Caridad*, que se inaugurará en breve, y para el que cuenta ya con el concurso de muchos insignes artistas españoles.

De este modo, al par que se aumentan los recursos para el benéfico objeto, se contribuye á propagar en el extranjero suelo el conocimiento de las artes y de la industria nacionales. Merece, pues, bien de la patria, la noble condesa de Casa-Valencia.

MONTE-CRISTO



Mtro. P. Astort.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Cubierta en color; de A. Utrillo.
*Caer en el garlito.* Caricaturas de Miguel Navarrete.
Páginas en color. — *La pandereta.* Soneto de Salvador Rueda. Autógrafo, con ilustración decorativa, de F. Xumetra.
*¡Melancolía!* Cuadro de P. M. Bertrán.
*Una emboscada en la Manigua.* Cuadro de Alejandro Saint-Aubin.
*Sangre torera.* Cuadro de † Juan Guzmán.
Páginas en negro. — *La Cruz de záfiros.* Episodio, contado por el marqués de Premioreal.
*La venganza de la Lola.* Cuadro de César Alvarez Dumont.
*Mi retrato.* Carta abierta, de Rafael de la Viesca.
*La Virgen de los Claveles.* Artículo de Francisco Gras y Elías; ilustrado por Cuchy.
*¡Frases!* Artículo de F. Correa.
*Enredo peligroso.* Composición y dibujo de Díaz Molina.
*El anónimo.* Artículo de Joaquín Arques.
*La herencia del tío.* Artículo de Pedro Barrantes; ilustrado por A. Coll.
Teatros.
*José Rodríguez y Fernández.* (Retrato).
Mosaico.
Regalo: *Quadrille para piano*; original de José Rodríguez y Fernández (Cádiz).



Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.




DE SORPRESA EN SORPRESA, por M. NAVARRETE.



Lo cual da lugar á minuciosos registros.



— ¡Canastos! Veamos la nota... ¡Justo! Esa señora lleva exactamente las prendas que buscamos... ¡A ella! Prenderla!



— Aquí está la delincuente...
— ¡Mi esposa!

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ◆ Rambla de Cataluña, 151, Barcelona ◆ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTÍCULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

## Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II | BARCELONA, 16 DE OCTUBRE DE 1898 | NÚM. 28

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes. Marcos Jesús Bertrán. Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray. — Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.— Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*.—Carlos Fernández Shaw. — Emilio Ferrari. — Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Ka abal)*.—Jorge Isaachs. — Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.— F. Miguel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce. F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda. — Benito Pérez Galdós.— Felipe Pérez y González. - Jacinto Octavio Picon. — Miguel Ramos Carrión. — Angel Rodríguez Chaves. – Joaquín Sánchez Toca. — Alejandro Saint-Aubín. — Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés. — Enrique Sepúlveda. — Luis Taboada. — Federico Urrecha.—Luis de Val.— Juan Valera.—Ricardo de la Vega. — Luis Vega-Rey. — Francisco Villa Real. —José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.– Fernando Alberti. Luis Alvarez.—T. Andreu.—José Arija. – Dionisio Baixeras. - Mateo Balasch. · Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—MarianoBenlliure. · Juan Brull.— F. Brunet y Fita. — Cabrinety. — José Camins. — Ramón Casas.— Lino Casimiro Iborra. — José Cuchy.—José Cusachs.— Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.– Juan Espina.– Enrique Estevan.—Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos. Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí. Tomás Martín.— Arcadio Más y Fontdevila.— Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres. — Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa. — José Parada y Santín. - José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny. – Pinazo. — Manuel Ramírez.— Román Ribera.—Alejandro Riquer. - Santiago Rusiñol. — Alejandro Saint-Aubín. Sans Castaño. – Arturo Seriñá. Enrique Serra.– Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta. — Modesto Urgell.—Ricardo Urgell. — María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí. Manuel Fernández Caballero. Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró. –Juan Goula.– Enrique Granados. –Joaquín Malats. –Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera. - Antonio Nicolau. – Felipe Pedrell. – Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde.—Amadeo Vives.

CAER EN EL GARLITO, por M. NAVARRETE.



¡Me ha parecido oir ruido en la habitación!



Y la verdad es, que tengo una cosa así, como si fuese miedo y quiero convencerme..



Efectivamente estoy solo.


MANZANILLA
La Pandereta
Hizo Dios un magnífico pandero
que sirviese de caja á la alegría,
doró su cerco con la luz del día
y lo dejó entre lazos prisionero.
Hechas con placas de metal lijero,
le intercaló sonajas á porfía,
y dió estrépito loco y armonía
al ronco parche de tirante cuero.
Lo echó á rodar en torno del planeta,
y cruzó la sonante pandereta
por todas las naciones que el sol baña.
Fué perdiendo vigor cada segundo,
y al acabar de recorrer el mundo,
besó la tierra y se paró en España.
—Salvador Rueda

# LA CRUZ DE ZAFIROS

EPISODIO

A LOS MARQUESES DE SANTILLANA,
Condes de Corres y de Santiago.

Allá por el año 7, cuando las modas francesas nos habían invadido, precediendo á su ejército, y nuestro trono, ocupado por Carlos IV, se bamboleaba en manos del Emperador; reuníase en Madrid y en casa solariega, sita en la calle del Barquillo, distinguida tertulia que empleaba su tiempo en discutir la política francesa, que como buenos españoles odiaban, y en seguir todos los movimientos del Príncipe Fernando, cuya proclamación deseaban vivamente.

Pertenecía en propiedad á don Juan de Haro, segundón de los Condes de Castel-Bravo, y la habitaba, con sus dos hijas, doña Isabel y doña Carmen, á quienes llamaremos las dos joyas de la casa; pues en verdad lo eran por su belleza física y moral, heredadas ambas de su madre doña Blanca, excelente señora que murió dejando en conventos y hospitales igual olor de santidad, que fama de hermosura en los salones de la Corte.

Tenían las dos hermanas, tipos opuestos y caracteres distintos: Carmen, blanca y rubia, con trenzas que parecían tejidas con rayos de sol, y pupilas verdes como esmeraldas; con un cutis mezcla de ámbar, nácar y rosa, que recordaba los pebeteros de oriente, la nieve de las sierras y el coral de los mares; alta y robusta, pero esbelta y erguida, como palmera majestuosa, era, por su conjunto harmónico, trasunto de las estatuas que, en el apogeo del arte griego, esculpieran los discípulos de Fidias: y no es este un símil más, que relación guardaba con estas líneas marmóreas, su carácter frío é indiferente. Doña Isabel, por el contrario, era dulce y apasionada, con la vehemencia de la primera edad, y con los idealismos del candor; delgada y pequeña,—que no baja,—poseía los encantos de las figuritas de Sajonia, con ojos azules como los sueños de imaginaciones locas, castaño el pelo, de ese tinte en que se confunden el oro y el azabache, la boca fresca y rica en perfume, poblada de dientecitos blancos, cual si fuera nido de diminutos pájaros, y el talle delgado como el de una camelia; el cutis mate, más semejante á la suave gamuza que al crujiente raso.

Rayaba don Juan en los cincuenta; pero se conservaba muy fuerte y ágil. La nevada peluca cubría los claros de la calvicie, y la recamada chupa los efectos de la demacración. Vestía siempre con suma pulcritud, y respiraba toda su persona distinción y bondad.

Como ni él ni su hermano el Conde, habían tenido hijo varón, claro está que las dos niñas eran mimadas á porfía por el padre y los tíos, á quienes habían de heredar; y que los galanes de la Villa y Corte, viendo aquellas piedras preciosas, engarzadas en tan fino oro, se disputaban sus favores, llegando su celebridad hasta merecer el dictado de las niñas de *Castel-Oro*, con que todos las conocían.

Componíase la tertulia, además de don Juan y sus dos hijas, del padre Francisco, religioso dominico, ex confesor de doña Blanca, y en la actualidad, con ejercicio sobre las conciencias del padre y las niñas; de don Cosme, amigo íntimo y compañero de don Juan, en el Seminario del Sacro-Monte, donde ambos ahorcaron los hábitos, el uno para casarse con su bella prima y el otro para vestir imágenes de *santas milagrosas;* del Conde, hermano de don Juan, y de la Condesa, su mujer, dama de honor de la Reina, é inmediata á Dios por el lema de su escudo *Después de Dios la casa de Quirós*. También concurrían con frecuencia don Carlos de Peñaranda, célebre petimetre en los cortesanos salones, y don Jaime de Ureta, señor de la villa de este nombre y guardia de Corps del Rey; además de otros jóvenes de ambos sexos, pretendientes y amigos de las mencionadas señoritas.

Era conocida la tal reunión con el nombre de «la tertulia de los Castel-Bravo», y de todos tan celebrada, que no había forastero de campanillas que á la Corte viniese, que no tuviera por muy señalada honra la de ser presentado en la casa de la calle del Barquillo, cuyas puertas sólo se cerraban á los que *olían* á afrancesados; única exigencia en que don Juan persistía.

Duraba la tertulia, en invierno hasta las ocho, y hasta las diez en verano, diseminándose tan luego como se rezaban las ánimas; excepto los días en que se bailaba *minué;* baile importado de Francia, y al que, mal que le pesara, hubo de dar entrada en su casa el segundón de Castel-Bravo; pero no sin objetar siempre que lo bailaban, las excelencias de las danzas españolas: todas las cuales superaban, en su concepto, á la ceremoniosa danza de los gabachos.

Pero la descripción de estas fiestas merece capítulo aparte; capítulo que servirá de fondo á la presente sencilla narración.

***

Corría el 19 de Octubre de 1807, y por consecuencia, el día de doña Isabel Castel-Bravo, quien celebraba, á la vez que su santo, el de su cumpleaños; pues hacía en él veinticuatro Octubres, poéticos como Abriles, que naciera la hija de don Juan y doña Blanca. Dos años mayor que su hermana doña Carmen, había adelantado á sus padres todos los placeres de la paternidad, y fué siempre el ojito derecho de su madre, pasando á serlo de don Juan, luego que murió doña Blanca.

Habíase festejado el día en, la casa, con platos extraordinarios, y los regalos para doña Isabelita llenaban la consola de la sala y las alhacenas del comedor; pues, desde el plato de dulces de las religiosas Claras, hasta el ramillete del adorador y el regalo de los parientes, todo había concurrido á felicitarla; pero la modestísima doña Isabel, lejos de mostrarse orgullosa de tantos agasajos, los recibiera agradecida y los enseñaba avergonzada.

Aquella tarde, después de anochecido, empezaron á llegar los contertulios, aunque en mayor número que á diario, pues era noche de *minué*.

Las amigas, todas acicaladas con lujosas basquiñas de raso, ya liso, formando aguas, por los efectos de luz, ya rayadas de mil colores, como arco-iris, ó sembradas de flores, como el campo en el mes de Mayo, parecían ellas las festejadas. Fueron entrando por grupos. En el primero, don Jaime, luciendo su marcial uniforme, y don Carlos, con más complicado atavío: el calzón y la chupa de raso blanco bordado «de flores» en sedas de colores, finas gorgueras de Flandes, sujetas con esmalte de Francia; dos relojes, también de esmaltes con leopoldinas cargadas de dijes preciosos; zapatos de raso con hebillas de piedras finas y alto bastón con empuñadura de oro. Les seguían otros tres petimetres, no menos acabados en sus vestidos, y que eran de rigor en estos casos, por su destreza en el baile y acierto para organizar danzas; don Precisos de salón, de todos los tiempos y todas las ciudades.

La sala, una habitación cuadrilonga con tres balcones á la calle, tenía, por todo adorno, una sillería de caoba, forrada de damasco rojo, cuyas doce empinrigotadas sillas se formaban en fila junto á la pared, dejando espacio á dos mesas-consolas, de altos y estrechos espejos, sobre los cuales danzaban, en dorados relieves, figuras campestres; dos relojes de sobremesa traídos de Francia y dos lámparas de bronce, servíanle de guarnición; cubrían las paredes, además de algunas cornucopias, el retrato del difunto Conde, padre de don Juan, con el vistoso uniforme de maestrante de Ronda, y el de la Condesa, su mujer.

Ocupaban el sofá y las butacas las personas de respeto; y como no era costumbre retirar las sillas de sus puestos, colocábanse los jóvenes en ellas, escalonados de suerte que alternasen los sexos, tomando la conversación, un tono circunspecto y severo, no la animada charla propia de la juventud y que el moderno *sans façon* ha venido á autorizar en animados grupos.

Sonaron en esto los toques de oraciones, y después de haberse levantado todos, para contestar al Conde que, como persona de mayor respeto, las dijo, quedaron otra vez sentados en igual disposición que antes. A poco, entraron dos criados, con platos, servilletas y cucharillas, y una vez repartidos, trajeron, en grandes bandejas, tacillas de almíbares y jaleas —entre las que no faltaba la carne de membrillo,—que los tertulianos tomaron, sin moverse para nada de sus sitios; luego sirvieron á los caballeros copitas de rosoli, y repitieron almíbares las señoras; pasando por último agua con azucarillos, y retirándose los criados, después de haber apartado á un extremo de la sala la mesa-velador, y abierto el clavicordio.

La Condesa, levantándose del sofá, preludió un *minué*, y entonces todos los presentes formados en parejas, salieron á bailarlo; empezando esa serie de saludos y reverencias, tan ceremoniosos como afectados, que constituía el baile favorito de nuestros abuelos, progenitor á su vez del elegante rigodón.

En este baile que acompasadamente ejecutaban las figuras, como muñecos movidos por resortes en estantes de juguetería, tocóle á doña Isabel, don Jaime de Ureta, por pareja; y la formaban tan completa y acabada, que se destacaban de las demás, por su apostura y gallardía él, ella por su modestia y sus encantos.

Difícil y enojoso sería enterar de pe á pa al lector, de lo que entre doña Isabel y don Jaime pasó, que siempre en este caso sucede lo mismo, y son iguales aunque diferentes las frases que se cambian; lo que no debe ignorar el que viese bailar este *minué*, es que al volver á sus asientos, doña Isabel no llevaba al cuello la cruz de zafiros que antes ostentase, y don Jaime, escondía algo en el bolsillo más cercano al corazón.

Llegó con el año 8 la gran epopeya de la Independencia Española; la Nación, oprimida bajo el opresor yugo, le sacudió violenta, haciéndose otra vez señora de sí misma, y midiendo la pujanza de sus maltratados leones, con el águila victoriosa del Imperio. Zaragoza, Cádiz, Gerona, escribieron sus nombres, con caracteres de oro, en los anales de la Historia, y Madrid heroico, hizo el 2 de Mayo.

En la calle del Prado, junto al palacio de Medinaceli, que habían tomado por baluarte, cayó envuelto en rojo sudario un capitán de guardias de Corps.

La lucha fué denodada y sangrienta; la escena que siguió horrenda. Desangrando, hasta empapar el lucido uniforme, don Jaime de Ureta, yacía en el suelo; á su alrededor, varios soldados le prestaban los primeros socorros, y el teniente Hurtado le sostenía en sus brazos. Parecía el herido exánime, que tal era la fuerza de la hemorragia, cuando de pronto, haciendo un supremo esfuerzo, se arrancó una cruz que llevaba al cuello, y después de besarla, la empapó en sangre de sus heridas, diciendo: «á doña Isabel de Castel-Bravo, y que no olvide nunca á quien se la devuelve á las puertas de la muerte».

La cruz de zafiros, de azul límpido, que era, se convirtió en rojo amoratado; pareciéndose en esto á las aguas del mar que toman la luz del cielo, ó á esos tulipanes que mudan de color con los cambios atmosféricos.

Levantado don Jaime en gravísimo estado, fué conducido en una camilla al hospital inmediato; mientras el teniente, viéndole casi en la agonía, marchó á cumplir su delicada misión.

Los cuarenta días que duró la enfermedad de don Jaime, veló á su cabecera una hermana de la Caridad, en el hospital desconocida, y que la Superiora decía haber pedido, para que la ayudase en tan apurado trance. Sobre la blanca pureza, lucía una crucecita de piedras raras que nadie co-

nocía; eran los zafiros manchados con la sangre de Ureta. Esta hermana se llamaba doña Isabel de Castel-Bravo. También asistía al capitán, don Juan, su amigo que sin cesar exclamaba: «¡Es un héroe; ¡bravo por los Ureta, y que vengan los gabachos!

Larga fué la convalecencia; pero, cuando se proclamó la Constitución, ya habían tenido lugar en la capilla de los Castel-Bravo las bodas de doña Isabel y don Jaime, bodas celebradas como en tiempos pasados, con uno de aquellos *minués* tan célebres en la Corte, y que ahora sólo se bailan en son carnavalesco, cuando los cascabeles del dios del escándalo, hacen pensar á las damas en alguna novedad ó antigüedad de indumentaria.

Cuando el hijo de don Jaime de Ureta y doña Isabel Castel-Bravo, Conde de este título, pasaba luego en carretela por el Monumento del 2 de Mayo, no podía menos de recordar que, por un milagro de la Providencia, no se había enterrado bajo aquellas simbólicas losas, con el cuerpo de su padre, su vida mortal.

El Marqués de PREMIOREAL

CESAR ALVAREZ DUMONT



LA VENGANZA DE LA LOLA

# MI RETRATO

Carta abierta á D. Manuel Escalante y Gómez.

Me pide usted, con amabilidad suma, que á mí me honra, mi fotografía, para la acreditada revista Album Salón, que con tanto éxito como unánime beneplácito, se publica en Barcelona.

De momento no puedo complacer su galante demanda, porque no tengo ninguna cartulina, buena ó mala, que recuerde mi escuálida figura; y como á usted le apremia el encargo que me hace, yo, que siempre procuro complacerle, no quiero por más tiempo dejar de satisfacer su bondadoso ruego.

¿Le sirve á usted un retrato hecho con cuartillas, pluma y tinta, por el mismo interesado?

Está hoy tan de moda y tan en auge la fotografía, que ya podemos decir que casi cayeron en desuso esos magníficos retratos que en otro tiempo daban crédito á este negocio.

Hoy, cualquier mortal es fotógrafo; compre su máquina y sólo con la condición de que haga buen día y que los rayos del sol coadyuven á la instantánea, no sólo quedan conservadas personas, sino edificios, detalles y hasta meros incidentes.

Por lo cual, puedo también incurrir en este modernismo y hacerme á mí propio un retrato; suplicándole tan sólo, pues conoce al original, retoque las líneas defectuosas que, por incorrección en la forma, puedan afear el conjunto.

La delgadez, los nervios y los huesos son los componentes de la figura; la nariz afilada, el descuido de la barba y el tinte pálido del rostro, denotan apocamiento y cansancio físico.

Las batallas de la vida y la lucha con un ideal que nunca se alcanza, dejan en torno del espíritu cierta atmósfera de tristeza que no borra ni el incesante y rudo cambio de los distintos asuntos que un día y otro día se alternan.

Audiencia hoy, la política mañana, el periodismo siempre, la recomendación continua, con el intervalo de la carta, la visita, el folleto ó el libro, hacen bueno el castizo refrán de: *El que mucho abarca poco aprieta*.

Para mí ha habido siempre tres cosas en la vida que me han costado muchísimo trabajo: sacarme una muela, cortarme el pelo y hacerme un retrato. Y no se crea que esto significa falta de valentía ó falta de higiene ó alarde pueril de demostrar hipócritamente que me da rubor que se perpetúe mi imagen: no, es el efecto nervioso, la tensión que se apodera del ánimo cuando sentado en el sillón del dentista, se espera el terrible momento en que el gatillo haga desaparecer el hueso enfermo; es la charla inoportuna del barbero que desmenuza unos y otros asuntos, retardando el afeitado de la barba ó el corte del pelo; es el tiempo que se pierde en casa del fotógrafo, buscando buena posición, enfocando la cámara obscura, combinando los detalles de sonrisa del semblante y de *posición académica* del retratado.

Por eso, ahí va ese *cliché:* si lo encuentra pasable, envíelo á Barcelona; sino, rásguelo é inutilícelo, que esto segundo, más que lo primero, le agradecerá su affmo. S. S.

q. b. s. m.

Rafael de la VIESCA

P. M. BERTRÁN




MELANCOLIA!



UNA EMBOSCADA EN LA MANIGUA

# LA VIRGEN DE LOS CLAVELES

I

Después de haber pasado veinte días en casa, prisionero del reuma, leyendo *La Alpujarra,* del malogrado Alarcón, y la hermosa novela *Peñas arriba,* de José María de Pereda, á fin de hacer más alegres y llevaderas las horas de mi esclavitud; fuí en busca de sol, de embalsamadoras brisas y de bellos y dilatados horizontes, á una de las poblaciones más importantes de la deliciosa costa de levante.

Su cielo azul; *el mar de la calma,* como le llamaron los romanos, adormeciéndose en sus playas; sus llanuras convertidas en bosques de azahares; sus colinas alfombradas de viñedos, que extienden sus dorados pompones entre las ruinas de torres y castillejos; sus casas blancas como la nieve, limpias como una tacita de plata, higiénicas y bellas, con rejas y su correspondiente jardín; la amable solicitud de sus moradores; imprimieron pronto, muy pronto, nueva vida en mi organismo; y fuerte, ágil, animoso, corría por la playa, subía á las vecinas montañas, despreciaba los rayos del sol y no temía el fresco de la noche.

De aquella deliciosa excursión conservo un *artístico* recuerdo, si se me permite la frase.

Estábamos en plena fiesta mayor, y aquella rica y pacífica villa parecía haberse convertido en otra. Mil luces de gas, formando caprichosos dibujos, iluminaban la concurrida Rambla, y la electricidad, su delicioso paseo; todas las calles rivalizaban en elegantes adornos; en ellas se habían improvisado capillas, y los balcones ostentaban colgaduras; los portales de las sociedades de recreo se habían transformado en jardines; por doquier se oían coros y orquestas; los cafés se tomaban por asalto; un gentío inmenso recorría las principales vías; y bellas mujeres de perfil griego, como todas las hijas de la costa de levante, esbeltas, engalanadas hasta la perfección, se dirigían á los saraos, cuyos salones presentaban un bello y deslumbrador aspecto.

Al salir de uno de esos bailes, dirigí mis pasos á la parte alta de la población.

Caminando á la ventura, dí con una plazuela desierta, y con casas de humilde apariencia. Aquella plaza terminaba con una reja de hierro, entre dos altas tapias, asomando tras de éstas negros cipreses con la punta vuelta al cielo; pardos muros con dobles rejas; desiguales tejados de salientes aleros; una capilla en el último término, y sobre su portal un nicho colocado entre espesas celosías; una torre negra, pesada, falta de gracia y esbeltez, que se perdía en la sombra, que infundía miedo y parecía un negro fantasma custodiando el lúgubre recinto.

De pronto, aquel campanario pareció animarse, adquirir nueva forma, trocar su aspecto lúgubre en risueño, dirigir la voz á todo cuanto le rodeaba, hablar, llamar con alegres y vibrantes acentos á los vecinos, como agradeciendo el primer beso de luz que le mandaba la mañana.

El gigante había soltado la lengua, digo la campana, y llamaba á los fieles á misa primera.

El sacristán abrió la verja, después la puerta del templo, y entré en él.

Había principiado la misa. Un sacerdote oficiaba en el altar mayor, y las monjas, pues aquella casa era un convento de madres carmelitas, rezaban con voz gangosa, arrodilladas en el coro.

Aquella humilde iglesia, escasa de luz, con altares churriguerescos, compuesta de una sola nave, con humildes adornos, con altas y espesas celosías, con ancha reja á un lado del presbiterio, reunía, en aquella hora indecisa del crepúsculo matutino, cierto encanto, cierta belleza, cierta poesía que cautivaban el espíritu.

La iglesia iba llenándose de fieles, y tomé asiento en una de las capillas. Fijé maquinalmente la vista en un cuadro que había en ella, y le contemplé con el amor de un artista.

Era una pintura preciosa. Una obra que recordaba la bella, risueña é incomparable escuela sevillana. Una virgen, bañada en luz celestial, de actitud tan tierna como modesta, rodeada de ángeles, colocada sobre un trono de nubes y pintada con tal cariño, con tal perfección, con tal riqueza de colorido, que Murillo no la hubiera desdeñado, y Juan de Juanes se hubiera hincado de rodillas ante ella.

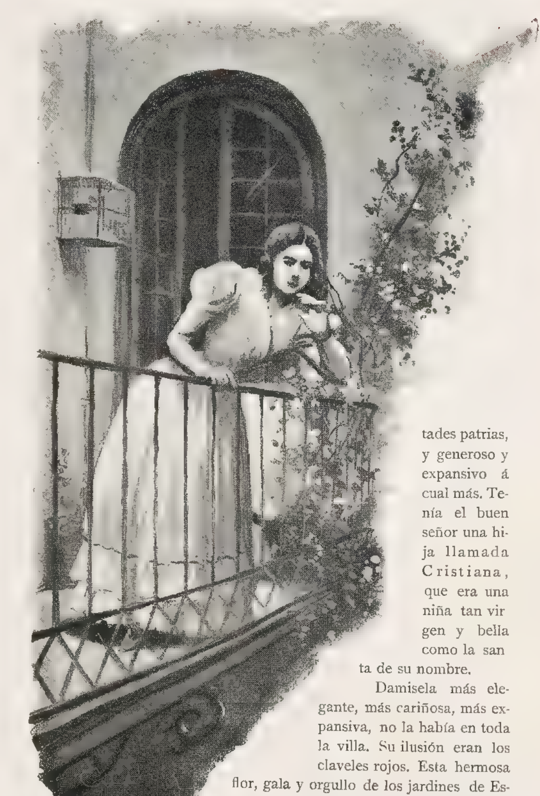
Terminada la misa, pregunté al santero de las monjas:

—¿Qué virgen, representa este lienzo?

—La de los claveles, -me contestó.—Este es el nombre que le dan en la vecindad.—Y añadió, bajando la voz,—he aquí su historia:

II

En la calle del Mar se levanta el antiguo caserón del Barón de Rocablanca, señor de buen pelaje, persona influyente, amantísimo de las libertades patrias, y generoso y expansivo á cual más. Tenía el buen señor una hija llamada Cristiana, que era una niña tan virgen y bella como la santa de su nombre.



Damisela más elegante, más cariñosa, más expansiva, no la había en toda la villa. Su ilusión eran los claveles rojos. Esta hermosa flor, gala y orgullo de los jardines de España, crecía á centenares en su huerto, y con ella se adornaba.

La niña tenía novio. Un mozo hidalgo, muy rico, muy dado á los libros y gran amador del rey y de su patria, como todos los hidalgos españoles, en aquella época.

Estaba ya concertada la boda entre Cristiana y Pablo, así se llamaba el mozo, cuando Napoleón quiso apoderarse de España; primero, por medio de la traición; después, por las armas.

El grito de guerra lanzado contra el invasor, impidió que los dos amantes llamasen á las puertas de la vicaría.

—Hay que esperar, — decía el Barón; — esa jarana pronto terminará.

Así lo creían todos los españoles.

Mas ¡ay! un día, á primeras horas de la mañana, llegaron los franceses á esta villa, en son de guerra. Las campanas dieron el toque de somatén; aquel toque, conocido desde tiempo inmemorial en nuestra tierra; toque repentino, grito de guerra, voz de alarma que enardece la sangre, que pone el arma al brazo, que impulsa á vencer ó morir y llena de terror y espanto al enemigo.

Todo el mundo se echó á la calle. Hombres, mujeres, niños, religiosos de todas las órdenes, empuñaron el arma, cortando el paso al invasor, impidiendo que se hiciera dueño de la villa, que saqueara sus moradas, que violase á sus bellas hijas, que robase las alhajas guardadas en sus templos, que destruyera sus talleres, que quemase sus archivos y profanase las tumbas de sus padres.

Uno de los primeros que corrió á la lucha fué Pablo, seguido de un puñado de valientes.

Al llegar á la calle del Mar, vió á Cristiana, asomada al balcón de su casa, mirando de un lado á otro, con febril impaciencia.

Al distinguir á su novio, gritó ésta, con sobresalto:

—¡Pablo! ¡Pablo mío!... ¿A dónde vas?

—A defender nuestros hogares... ¡Retírate, amor mío, del balcón!...
—¡Guarda tu vida, que es la mía!...
—Reza por mí y por la patria, y será nuestra la victoria. Adiós ¡Retírate por piedad!...
—Ad...

Cristiana no pudo terminar la frase; una bala, venida del campo enemigo, penetró en su sien, dejándola cadáver.

Pablo, quedó como alocado. Entró precipitadamente en la casa, llamó á la familia, á los criados, llenó de besos el ensangrentado rostro de su novia, cogió de nuevo el arma y peleó con febril arrojo hasta caer acribillado de heridas.

Algunos meses después, el desgraciado mozo, pareciendo un cadáver que hubiese abandonado el ataúd, vino, del brazo de su padre á oir misa en esta iglesia. Se arrodilló con mucha fatiga, y al incorporarse, lanzó un grito de sorpresa y admiración.

En el rostro de esa virgen, vió el rostro de su prometida, y rezó ante ella y se sintió feliz.

Desde aquella mañana, la visitó diariamente, adornando con claveles rojos este modesto altar.

Toda su vida se concentró en esta imagen. Primero hubiera faltado pan á su boca que flores á esta celestial beldad.

No se ha conocido culto igual. Aquel joven franco, animoso, no tenía otra ilusión ni otro afán que esta capilla. ¡Qué le importaban los males de la patria!... Todo el mundo se había reducido para él á esta divina obra de arte, y apenas se apartaba de ella.

Le creó una capellanía, le compró esta lámpara de plata, dejó una renta para que nunca faltasen flores á la Señora, y pidió que le enterraran en este sitio.



Su deseo fué cumplido. Y aquí, bajo esta losa, duerme su último sueño aquel generoso pecho que tanto amó, y continúa tal vez amando, á aquella noble mártir de nuestra independencia.

El santero calló; yo estaba satisfecho. Había contemplado una inspirada obra, y recogido una página de amor.

III

Salí del templo. El sol inundaba de luz y de alegría el cielo, el campo, el mar y la ciudad; el aire de la mañana acariciaba los tiestos de los balcones y jugaba con sus blancas cortinas; se habían abierto los portales de las casas; y los graves gigantones y cabezudos, las danzas del país y las músicas, recorriendo las calles, pregonaban que seguía en todo su apogeo la típica, solemne y bulliciosa fiesta mayor.

FRANCISCO GRAS Y ELIAS

# RIMA

De pie, meditabundo,
en la arenosa playa,
y recorriendo con mirada inquieta
del mar la superficie solitaria,
fijábame en las olas
que el viento hincha y levanta,
y que, al llegar corriendo hasta la orilla,
con sonoro chasquido al fin estallan.

Dos hay que ansiosas luchan,
que una sobre otra avanzan;...
y cuando ya la vista las confunde,
recio un golpe de viento las separa.
Por mucho que se esfuercen y porfíen,
no se unirán entrambas,
hasta que, ya deshechas,
se junten sus espumas en la playa.

En esa lucha estéril
la nuestra se retrata,
porque es para nosotros, vida mía,
punto de unión el fin de la jornada.

AURELIANO J. PEREIRA

# ¡FRASES!

Quién las dice? ¿Los sabios ó el pueblo? Esta es la cuestión.

Yo no indago causas. No es el momento oportuno; pero conste que, en general, el pueblo es quien las dice. Los demás sufren los efectos de una educación intelectual defectuosa; de una tortura sin resultado. Más que hombres, parecen máquinas.

Y no es la ciencia. La ciencia no es más que el sentido común. Analícese como se quiera, siempre resulta lo mismo. Es lo hinchado, lo campanudo; eso, eso es lo que hace estéril el trabajo; lo que mata la espontaneidad, si es que no ahoga el entendimiento.

A mi me encanta el lenguaje del pueblo; tiene la áspera rudeza de la verdad.

Un sabio—que me perdonen todos—es una enfermedad contagiosa. Está malo él y pone malo á los demás. Razón tenía Cervantes; con ellos la tranquilidad es ilusoria.

Los grandes pensamientos, aunque parezca imposible, esos han nacido de los indoctos; más aún, quizás de las últimas capas sociales. Dios ha querido confundir así la soberbia humana.

Vaya usted á ver:

Sólo sé, que no sé.

Pues esto son los barrios bajos de Grecia. Pero ni más ni menos. Breve, sencillo, profundo y sobre todo verdad. Así habla la gente del pueblo, lo mismo la de Atenas que la de Madrid; lo mismo la de hoy que la de hace dos mil años.

Los únicos que nunca se les puede entender son los sabios y filósofos de todos los tiempos y países.

Otro día, pongo por caso, y esto ya es científico, se reunen unos cuantos, y pregunta uno de ellos:

¿Qué es la punta de una aguja?

Nada; silencio.

Pero después sale otro y dice, por todo lo alto:

El punto, no tiene extensión.

Claro; que ha de tener, si hijo y madre todo es uno y ninguno.

Luego, en otra ocasión, el hijo de un carpintero, siente, como todos, que le hablan por dentro, ve, se admira de los demás y exclama:

¡Tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen!

Los doctos protestan, y el mártir va á la cruz.

Ahora recuerdo, formas sabias; esto ya no es el pueblo.

Conócete... *á ti mismo.*

Hombre; al decir «Conócete» ¿A quién será?

Del mismo modo que

Sólo sé, que no sé... *nada.*

*A ti mismo* y *nada*, son excesos universitarios.

† JUAN DE GUZMÁN




SANGRE TORERA

Otra:

Pienso, luego existo.

¿Es posible esto? ¿Vale todo eso junto más que decir simplemente «Soy» como dice cualquiera? ¿Se puede comparar con el último refrán?

Las tres cuartas partes del humano saber no valen lo que dice el pueblo en lenguaje liso y llano. Como suena.

Pues y de los escritores y aun de los grandes escritores ¿Cuántas cosas no pudieran decirse?

Asusta ver, en algunos, como se desvía el buen sentido, so pretexto de dar forma bella.

¡Y qué formal

Transposiciones que rompen la hilación y comparaciones ajenas al que habla. Todo rebuscado.

Pero, eso sí; en cuanto hay un pensamiento hermoso, su origen, el pueblo.

Pongo por caso, ó mejor, pinto el caso.

Un día, está un hombre en una esquina, requiebra á una mujer, ésta se crece y dice el chulo, burda pero gráficamente:

Yo soy como Dió; tó ó ná.

Pero da la casualidad que al mismo tiempo pasa un hombre superior, de los de verdad, y se le pega aquello.

Luego, hablando un normando, Haroldo, le dice á otra mujer, con referencia al Ser Supremo:

Porque es uno ya me agrada,
pues que sin duda pensó
lo mismo que pienso yo:
ó ser todo ó no ser nada.

Está claro; muy hermoso, muy genial, sí, señor; pero no más espontáneo que el otro. Ni más breve tampoco.

Ahora recuerdo un pensamiento bonito, puesto en boca de Lord Byron:

¡El genio! ¡La locura! ¿Quién decide
tan difícil cuestión? ¿Quién fija y nombra
la línea imperceptible en que coincide
la clara luz con la nocturna sombra.

Una vez, oí esto:

De sabi á loco hay mu repoco.

Creo que viene á ser lo mismo, sin crepúsculo ni geometría.

Hablando en verso, no se rompe esa naturalidad, cuando el arte es verdadero. El mismo Góngora lo demostró en uno de sus romances:

. . . pues no me respondes,
sin duda alguna que es muerta,
aunque no lo debe ser.
. . . . . . . . .
Pues he vivido diez años
sin libertad y sin *ella*,
siempre al remo condenado,
á nadie matarán penas.

Esto es un hombre de carne y hueso, oliendo á mar. Un galeote.

Todo; pero la frase

A nadie matarán penas,

eso es Andalucía legítima. Las playas de Marbella.

Lo que no es del pueblo ó su manera, se conoce á la legua; es forzado, como estos versos de Garcilaso:

. . . No trocara mi figura
con ese que de mí se está riendo;
trocara mi ventura:
salid mi duelo, lágrimas corriendo.

Que parecen parientes muy próximos de

. me río, ¡cuál me río!
saldrán, á pesar mío;
lágrimas, salid pues, salid corriendo.

de uno de nuestros célebres dramas.

Y tan naturales los unos como los otros, con cerca de tres siglos y medio de diferencia.

O bien pensamientos *clarísimos*, como este de Balbuena:

Y el ciego aliento que sus patios corre
La más templada boca multiplica.

No hablemos ya del Quijote. Su principal encanto, para mí, al menos, es Sancho; el pueblo.

Si fuera posible levantar á los tres grandes dramáticos, inglés, español y francés, de fijo confesarían que todas sus frases fueron cogidas en White-Chappel y en Madrid ó en el Marais.

¡Sabios y clásicos de mi alma! ¡Que Dios sea con vosotros!

F. CORREA



UN ENREDO PELIGROSO

# EL ANÓNIMO

Con tinta roja iba escrita la carta; pero más color de sangre tenía su contenido.

Luis la leyó dos ó tres veces, apoyó los codos sobre la mesa y, sosteniendo la cabeza entre sus manos, quedóse pensativo.

Así solemos pensar todos, cuando no nos da por meternos las manos en los bolsillos, midiendo la habitación á grandes pasos, ó por mirar al techo, silbando algún aire del *género chico.*

Existen muchos modos de pensar.

De aquí, que unos piensen bien, otros, medianamente, y los más de un modo desastroso.

Luis pensaba bien.

Lo que tenía ante sus ojos, lo que tanto le atormentaba, era una de esas infamias que no *tienen nombre.*

Un anónimo.

¡Pobre Luis! Allí se le amenazaba de un modo cruel, allí se le decía que le acechaba un enemigo, quizá un rival, envidioso de su suerte; porque debo advertir á ustedes que Luis había conseguido enamorar á la más linda joven de la comarca; y si á la belleza de ésta se añade un crecido capital, hallaremos justificados los temores de su amante.

«Vive prevenido, porque han jurado asesinarte en una de tus visitas nocturnas á *Villa Rosa.*»

Este era uno de los párrafos del anónimo, y *Villa-Rosa* la magnífica torre donde Luis tenía el ídolo de sus amores.

En aquella linda casita, casi oculta por la fronda de corpulentos árboles, donde el aire que se respira va impregnado de las más puras esencias de flores, donde todo es dicha y apacible calma, donde nadie murmura, como no sea la cristalina corriente del manso arroyuelo, donde las aves cantan, dando rienda suelta á su alegría, sin temer el acecho de insensible cazador; en aquel paraíso, preparado sin duda como nido de purísimos amores, había de desarrollarse una escena sangrienta.

Así lo decía el anónimo y así lo temía Luis.

Diferentes veces había mostrado serios temores su anciana madre,... y una madre difícilmente se equivoca.

La distancia de la población á *Villa-Rosa* era larga, y atravesarla de madrugada ó muy adelantada la noche, resultaba arriesgado; más aún, para hacerlo de continuo y casi á la misma hora, aunque fuera á caballo, como lo hacía Luis.

Claro. ¿Quién está libre de un peligroso encuentro?

No era cobarde Luis; pero pensaba bien, y á su imaginación acudían ideas fatales.

Se veía envuelto por unos miserables y asesinado al fin traidoramente... Veía á Rosa, á su Rosa, pálida y desencajada, semejando la imagen de la desesperación y del dolor... veía Luis á su madre, presa de horrible angustia, pidiéndole cuenta estrecha de su proceder.

En sus oídos sonaban las siguientes palabras de la santa mujer que le llevó en su seno:

—Ya te lo dije y no me hiciste caso; sin reparar en mis lágrimas, salías una y otra noche, dejándome sola con mis tristes pensamientos... ¿Qué será de mí ahora, en la vejez, faltándome el apoyo de aquel hijo á quien tanto amaba; mi solo bien, mi única esperanza?

Esto y más oía Luis de labios de su madre; mezclándose con ideas extrañas y siniestras que asaltaban su imaginación.

De repente, se irguió, como el que al fin se decide á una cosa:

—¡Sí, Rosa de mi alma; sí, madre mía!—dijo con firme acento.—Esta será la última noche que abandone mi hogar; y si hoy lo hago, es para probar á esos cobardes que no me intimidan sus necias amenazas.

***

Eran las nueve de la noche.

Luis había terminado de vestirse y daba órdenes á su criado para que le ensillara el caballo.

—¿Vas á salir hijo mío?—le preguntó su madre, tristemente.

—Sí, madre mía, es preciso;... pero será la última noche, te lo juro.

—¡De veras!—exclamó la anciana, con alegría.

Mañana hablarás á los padres de Rosa, y pedirás su mano para tu hijo... Terminaron de una vez las calaveradas.

Y abrazando á su madre con más efusión que nunca, imprimiendo en su frente un beso fuerte y prolongado, como el beso del que se despide para siempre, abandonó Luis aquella estancia.

Sin duda pensaba en la fatalidad de un encuentro infortunado, de un suceso que echara por tierra, en un momento, los bellos planes que se había forjado para el porvenir.

***

Nada de esto ocurrió.

Luis encontró á su amada radiante de hermosura como siempre y como siempre amante y cariñosa.

La más completa tranquilidad reinó en aquellos poéticos alrededores,... y Luis tornó á su casa satisfecho cual nunca, y decidido de una vez á terminar tan violenta situación.

***

Las madres lo arreglan todo pronto y bien, cuando se trata de la felicidad de un hijo; así, no hay que extrañar que la de Luis lo hiciera tan á pedir de boca, que, á los pocos días de ocurrir estas escenas, ya era Rosa la amante compañera de Luis.

La felicidad se cernía sobre sus cabezas; sin embargo, de vez en cuando, se nublaba la frente del esposo, turbando su dicha una idea siniestra.

No había olvidado al enemigo oculto que pudiera privarle en un instante de aquella felicidad.

Su madre, con esa doble vista que solo ellas poseen, comprendió el pesar que afligía á Luis; y dirigiéndose á él, con benévola sonrisa, exclamó: —Conozco el pesar que te aflije; he conseguido asegurar tu dicha, y puedes ya saberlo todo... ¡El autor del anónimo... fuí yo!

Joaquín ARQUES



El pintor y literato Saint-Aubín, en su taller de Madrid.

# LA HERENCIA DEL TIO

Todo es tuyo, — decía Enrique á Magdalena, mientras recorrían las magníficas habitaciones del palacio, soberbiamente decoradas. — Todo es tuyo. Ha llegado el momento en que puedo decirte: Ahí tienes la encarnación de tu ideal; una morada regia, lujosos trenes, briosos caballos, espléndidos parques, llenos de flores, derroches de la opulencia y refinamiento del gusto. ¡Ah! Mi pobre tío Alberto era hombre que lo entendía. ¡Pobre tío Alberto! Pero en fin, bienvenida sea su fortuna, que pasa á mis manos y me permite ofrecerte los goces con que tanto soñabas. — Y Enrique cogió la mano de Magdalena, que se estremecía, con temblor nervioso.

—¿Qué tienes, vida mía?—preguntó alarmado Enrique. -Tu mano tiembla y tu rostro está densamente pálido. ¿Qué tienes?

-Nada, Enrique;—contestó la joven, con voz melodiosa. -Es que á veces la felicidad oprime el corazón y hace vibrar los nervios.—Y levantando la cabeza, miró fijamente á Enrique, cuya mano estrechó febril entre las suyas.

Luego, arrastrándole, con mimosa suavidad, hacia el mirador, desde el cual se abarcaba el inmenso horizonte, coronado de luz:—¿Verdad que nos amaremos mucho?—le preguntó por lo bajo.

— ¡Oh sí! ¡Mucho!—respondió Enrique, palpitante de entusiasmo, bajo la influencia de los ojos de Magdalena.

¿Y que satisfarás sin vacilar todos mis caprichos?—insistió la joven.

— Sí, todos;—repuso Enrique, con acento de convicción profunda.

—¿Y que visitaremos las capitales y los pueblos más notables de Europa?—siguió interrogando Magdalena.

—Sí, alma de mi alma;—contestó Enrique, con la obediencia del sonámbulo ante el hipnotizador.—Haré cuanto quieras. Mi voluntad es tuya. Tú eres el ama. Ordena.

Magdalena volvió á sonreir, con arrobadora dulzura, y mientras su amante la contemplaba, ebrio de placer, ella quedó abstraída, perdidos los ojos en el verde obscuro de los bosques lejanos.

* * *

La escena que voy á reproducir tiene lugar seis años después, entre los mismos personajes y en la misma habitación de Enrique.

ENRIQUE. ¿Con que decididamente me abandonas para irte con el Conde?

MAGDALENA. Sí.

ENRIQUE. ¿Has meditado bien tu resolución?

MAGDALENA. Sí.

ENRIQUE. ¿Sabes que si tú me faltas, yo desprecio la vida?

MAGDALENA. Eso dices ahora. Ya te acostumbrarás á mi ausencia y pensarás de otro modo.

ENRIQUE. Te consta que eso no puede ser.

MAGDALENA. El tiempo, para las enfermedades de amor, es un médico que siempre cura.

ENRIQUE. No te burles y contéstame á esta pregunta: ¿Recuerdas dónde te conocí?

MAGDALENA. *(haciendo un gesto de disgusto)* ¿Para que quieres que lo recuerde?

ENRIQUE. Fué un encuentro terrible... ¡Maldito encuentro! Te conocí en la calle... una noche funesta... Aquella noche Satanás debía guiar mis pasos y te arrojó en mi camino. Al mirarte, sentí en las entrañas y en la mente dos cosas distintas. En las entrañas frío, en la mente fuego. El presentimiento de tu desgracia y la impresión de tu juventud y tu hermosura, me hirieron en el corazón, como la punta de un florete. Estabas pervertida, Soñé con tu redención, y para conseguir mi objeto me impuse toda clase de sacrificios.

MAGDALENA. ¡Enrique!

ENRIQUE. Te saqué del abismo; te dignifiqué. Por vivir á tu lado, hasta cometí la vileza de separarme de mi madre, que me adoraba, y no tenía más hijo que yo. Mermando su pequeño capital y explotándola villanamente, te sostuve con lujo, durante cuatro años; satisfaciendo tus innumerables caprichos y tus infinitas extravagancias. ¡Desdichado de mí! Comprendía que tu redención era imposible; pero te amaba locamente, y la pasión me convertía en idiota. Sobrevino la muerte de mi tío Alberto, y heredé su inmensa fortuna. Ya sabes lo que ha sido de ella. Seis años han bastado para pulverizarla. Gastos superiores á la renta del capital, viajes incesantes por Europa y América, apuestas enormes en las carreras de caballos, cantidades pedidas á réditos usurarios, sin mi consentimiento; todo un delirio de derroche, al que yo, por debilidad y por amor, no me atreví nunca á poner freno, me han conducido á este estado. ¡Ya no tengo nada mío! Las fincas están hipotecadas. Dentro de poco, los acreedores se arrojarán sobre ellas, como los tigres sobre su presa. Y después de consumada la hecatombe, tú, miserable, única causa de mi ruina; tú, á quien he sacado de la infamia, por quien he desamparado á mi madre, ¿te atreves á decirme que me abandonas por irte con otro?

*(Enrique, furioso, se dirige á Magdalena con ademán amenazador. Ella, aterrada, da un grito y cae de rodillas. Enrique se detiene.)*

ENRIQUE. *(señalando á la puerta.)* Sal, Magdalena, porque siento dentro de mí revolverse la bestia humana... y ¡no quiero! ¡no quiero matarte!

*(Magdalena se levanta y sale, sin atreverse á mirar á Enrique. Este se desploma sobre una butaca, cubriéndose el rostro con las manos.)*

* * *

Han transcurrido quince días.

Es una hermosa tarde.

Magdalena pasea por los jardines del Retiro, cogida del brazo de un caballero, con el que sostiene animada conversación.

A distancia les sigue un lacayo de lujosa librea.

De pronto la pareja se detiene asustada.

Muy inmediato á ellos, y detrás de las frondas que se extienden á su derecha, ha sonado una detonación.

La gente corre hacia el sitio de donde ha partido el disparo.

Magdalena y su acompañante son de los primeros que llegan.

Sobre la hierba yace inmóvil un joven elegantemente vestido. Su rostro está ensangrentado, y su diestra oprime todavía la pistola con que acaba de darse muerte.

Es Enrique.

Magdalena le contempla sin inmutarse, y exclama, con acento compasivo:—¡Un suicida! ¡Pobre muchacho!



—¡Tragedias de la vida!—dice el caballero que acompaña á Magdalena—¿Qué misterio, para nosotros indescifrable, encerrará la muerte de ese hombre?

—¡Quién sabe! -responde Magdalena, con frialdad estoica.

Después de una pausa, exclama el caballero:—Vamos de aquí, querida, que este espectáculo conmueve tus delicados sentimientos y excita tu sistema nervioso.

Y... volviendo á engolfarse en su interrumpido diálogo, desaparecen ambos por la extensa calle de árboles.

PEDRO BARRANTES

# TEATROS

DESDE mediados de Julio, en que cesaron, después de una honrosa y productiva temporada, las compañías—que hemos dado en llamar de verso, aunque para el teatro ya casi todo se escribe en prosa,—de las dos Marías, Tubau y Guerrero, eminencias relativas de la dramática española, no ha habido espectáculo digno de especial mención, en esta tierra de los espectáculos públicos; á no ser algunas audiciones de ópera italiana, con cantantes de nuestra cosecha, los más de ellos, que se hallaban, como cada año, veraneando descansadamente en sus patrios lares, bien ajenos, acaso, de pensar que ni aquí les dejarían tranquilos. Y conste que mi alusión a su nacionalidad no tiende á rebajarlos; muy por el contrario, me envanezco de contar entre mis paisanos, artistas de tan sólida y universal reputación.

Los aficionados al divino arte han estado de enhorabuena; en Novedades han oído óperas de empeño, cantadas admirablemente por Avelina Carrera, Josefina Huguet, Matilde de Lerma, Blanchart, (él y ella) Engel, Aragó, Puiggener, Rossato, Riera, etc., y concertados por el insigne Goula; en el Lírico, se les ha revelado una estrella deslumbradora, una *diva* de quince años que les ha vuelto locos, permítaseme la hipérbole. Me refiero á la Barrientos, novel artista que promete eclipsar á las más renombradas... si se lo deja cumplir el prematuro derroche que hace de sus preciosas facultades. Dicho esto, vengamos al presente y veamos, por partes, qué atractivo nos ofrecen las empresas teatrales, para el próximo invierno.

TEATRO PRINCIPAL. — Decano de los coliseos barceloneses, razón que nos obliga á darle la preferencia. — «Un tiempo fué que en cítara sonora»... cabe exclamar, con el poeta, al reconocer el descenso progresivo del que un día era santuario del arte, penúltimo escalón (1) de la gloria, para los comediantes de antaño. ¿Qué le resta de su antiguo esplendor? Poco, por desgracia; pues si sus condiciones de elegancia, sonoridad y belleza material continúan las mismas ó han mejorado quizá, desapareció de él la belleza del genio. Aquellos dobles cuadros de actores sobresalientes que en mi juventud embargábanme los sentidos, aquellas compañías de zarzuela *grande*, en que los ejecutantes tenían voz y cantaban bien, no se encuentran reunidos ya, ni para un remedio. De la decadencia visible y rápida de nuestro teatro, el Principal de Barcelona, sufre los tristes resultados,—pues los escasos cómicos de valía que quedan los *necesita* Madrid;—y gracias si un empresario de inteligencia logra, con medianías de buena voluntad para el trabajo, sostener su decoro ya que no devolverle su prestigio.

El de este año, autor en ambas lenguas—castellana y catalana—muy aplaudido por más señas, blasona de experto en la materia y asegura, á voz en grito, que hará una brillante campaña. Mucho lo celebraré. Es un genial; y si la inspiración le sopla del lado bueno... Por lo pronto, ha tenido una idea original é ingeniosa: la de doblar los precios en las dos funciones de moda semanales. Se la aplaudo; en la creencia de que sus cálculos sobre la vanidad humana no saldrán fallidos; pero temo que en otras genialidades... En fin; poco ha de vivir quien no lo vea. Desde luego, ha sabido escoger entre lo mejorcito de cada cosa, formando una compañía de declamación bastante regular; con los populares Carmen Parreño y Bonaplata por base y el refuerzo del joven Salvat, que, en la última temporada, supo ganarse bravamente el dictado de primer actor.

GRAN TEATRO DEL LICEO. — Al escribir estas líneas, ignoro la fecha inaugural de la de este suntuoso coliseo, y sólo sé que el maestro Vehils, á cuyo cargo corre la empresa, se propone presentar artistas de nombradía, dignos de la aristocrática concurrencia que, en general, engalana su recinto, y en harmonía con las apariciones de los *dilettanti* barceloneses que son muchos y exigentes... hasta la exageración; debida ésta á su entusiasmo por el arte lírico. En los círculos filarmónicos asegúrase que se estrenarán algunas óperas, con el esmero y la esplendidez de costumbre. Así debe ser, veremos como se luce el nuevo empresario, siquiera para corresponder á la campaña realizada en su favor por los que tuvieron empeño en que se le adjudicara el teatro y á lo que de su pericia espera el público de esta capital.

TEATRO ROMEA. — Después de una transitoria ausencia, han vuelto al redil las ovejas descarriadas; equivalente á decir que figuran otra vez en las listas del *Teatro Catalán*, los populares Soler, Goula, Fuentes y Capdevila, que, con el inolvidable Joaquín Parreño y el malogrado León Fontova, lo elevaron á una altura de la cual desgraciadamente empezaba á decaer; en particular desde la pérdida de su fundador, el célebre *Pitarra*. Ahora recobrará, á no dudar, su antigua lozanía, pues en la unión de todos los elementos estriba la fuerza del conjunto. Y este es excelente... para las obras catalanas, ya que, además de los citados, forman el cuadro principal Carlota Mena, – adquisición por la cual felicitamos á la empresa – Concha Palá, Ana Monner, Adela Clemente, Enrique Borrás, Santolaria, Jiménez y Virgili; actrices y actores en quienes el público y la prensa han hallado siempre méritos que aplaudir.

El primer estreno de la temporada fué *Mossén Janot*, de Guimerá; obra conocida en la Corte antes que aquí; (?) al menos su traducción, hecha por don José Echegaray. Esta, pese al talento del gran dramaturgo, no añadió un solo quilate á la justa fama del autor catalán; y lo propio le sucede al original, aun que en la noche del estreno el auditorio le acogiera con agrado, aplaudiendo sus bellezas y pasando un velo sobre los defectos.

ELDORADO. — ¡Lo que es la suerte! Rafael Ribas, hombre no lego en negocios teatrales, alzó á sus expensas este local, y lanzóse á su explotación, considerándola en extremo lucrativa; pero, los barceloneses se empeñaron en demostrarle lo contrario, y rara vez se vió en él una concurrencia regular. Aquella malhadada empresa le costó el dinero, la salud... y, pensando lógicamente, la vida. Si levantara hoy la cabeza, se convencería de que la fortuna no es para quien la busca, sino para el que la encuentra; donde el desgraciado se arruinó, otros hacen su Agosto... en todos los meses del año. ¡Verdad que en tiempo de mi pobre amigo no se había inventado todavía el género *chico!*

Gracias á ese espectáculo modernista, que por una aberración del gusto, va echando hondas raíces en nuestra desquiciada nación, el teatro de la Plaza de Cataluña se ha convertido en un filón inagotable, pues las representaciones se cuentan por llenos; al revés precisamente de lo que sucedía cuando en su escenario se representaban producciones de peso y calidad, y lo pisaban artistas de veras. Con escasas y honrosas excepciones, cuanto allí se oye y ve, está cortado por idéntico patrón; el del flamenquismo, que sólo tiene razón de ser en los cafés cantantes y ante auditorios *sui géneris*. Pero eso gusta al público, á cierta clase hetereogénea y harto numerosa de público, que todo lo toma á risa, y... asistiendo cada noche al bullanguero *Eldorado*, pasa la vida riendo.

Debo confesar que los prosélitos de Momo disfrutan allí á *tutti plen*; porque el afortunado empresario, curtido ya en el oficio, cuida matemáticamente de que no falte variedad y atractivo en el personal, no se da punto de reposo en estrenar las obras, – apenas obtienen la sanción de los madrileños, – y las presenta bien ensayaditas, y con el ajuste necesario para que parezcan buenas, aunque no lo sean; ayudándole en esa sofisticación la inteligente batuta del maestro Cotó y la esmerada dirección escénica de Manolo Rodríguez.

NOVEDADES. — Cepillo en puerta. Este veterano actor que, aparte de lo que ha valido sobre las tablas, está dotado de una imaginación fecundísima para el reclamo, hasta el punto de hacer que Barcelona en peso rindiera culto, por espacio de tres meses, á *dos pilletes* de raquítica naturaleza y mediana condición; se trae de París, á lo que parece, un *maestro de armas* cuya estocada es infalible. Digámoslo claro trátase de otro melodrama transpirenaico, muy gordo, mucho, más que el de marras; con decorado nuevo é intérpretes *ad hoc*. El atractivo principal de la obra consistirá, según noticias fidedignas, en un *asalto por toda la compañía*, que desde hace algún tiempo viene ejercitándose, sin distinción de sexos, en dar tajos y mandobles; deseosa de presentar con la propiedad debida, esa *novedad* del futuro empresario de NOVEDADES. ¡Vaya si el asunto presta, para anunciarlo con bombo y campanas. ¡Y que no sabe hacerlo el amigo Cepillo! En fin; tanto mejor para él si la nueva producción alcanza el éxito de su antecesora: lo que no será difícil, á poco que valga; porque aquélla, francamente, es malilla de cuerpo entero; salvándola entonces de un fracaso la irreprochable pulcritud con que el veterano actor la puso en escena.

GRAN - VÍA, NUEVO RETIRO, CIRCO BARCELONÉS. — Mucho siento que la falta de espacio me impida hablar de ellos, como era mi deseo; pero día llegará en que cumpla ese deber de cortesía. Perdónenme los respectivos directores, Riquelme y Ruíz de Arana, Vega y Labastida, si, por esta vez, he de contentarme con citar sus nombres; omitiendo el ventajoso juicio que me merecen su laboriosidad y talento.

Quédese esto para mi próxima revista.

A. B. JORRO

(1) El último, el Teatro Español, de Madrid.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de A. M. Tamburini.
*Mira con quien andas... y sabrás quien es.* Caricaturas de Miguel Navarrete.
PÁGINAS EN COLOR. — *¡Dichosos ellos!* Poesía de Salvador Carrera; ilustrada por Passos.
*Primer aniversario.* Cuadro de José Triadó.
*La vida y la muerte.* Cuadro de Modesto Urgell.
*El momento más cruel.* Cuadro de A. Coll.
PÁGINAS EN NEGRO. — *¡Yazgan en paz!* Artículo de Francisco Gras y Elías.
*Notas artísticas.* Apunte; de J. Masriera.
*El ciprés.* Artículo de Luis Vega Rey.
*Notas artísticas.* Boceto de M. Urgell.
*El día de difuntos. Antaño y ogaño:* artículo de Rafael del Castillo.
*El linaje.* Cuento de Emilia Pardo Bazán, con ilustraciones de Coll.
*La redención.* Artículo de A. Riera.
*Regeneración artística.* Artículo de E. Rodríguez Solis.
*Nuevo peligro.* Cuadro de José Fernández Alvarado.
*Madrid elegante,* por Montecristo.
*El ideal.* Novela corta, original de Julián Pérez Carrasco; con ilustraciones de A. Seriñá.
MOSAICO
REGALO. — *Intima.* Canción catalana; letra de José Garcés y Codinach, música de Juan Romaní y Guerra



Impreso por F. Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle.



JOSÉ RODRÍGUEZ Y FERNÁNDEZ (Cádiz).
Autor de la *Quadrille* que acompaña á este número.




CAER EN EL GARLITO, por M. NAVARRETE.



¡Pues no me había asustado! ¡¡Valiente pamplina!!



Cerremos el armario y á dormir. ¿He?...




¡¡Horror!! ¡¡¡Ladrones en casa!!

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.

# Album Salón




CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí § Rambla de Cataluña, 151. Barcelona § **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTICULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

—— PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES ——

AÑO II | BARCELONA, 1.º DE NOVIEMBRE DE 1898 | NÚM. 29

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA



MIRA CON QUIEN ANDAS... Y SABRAS QUIEN ES, por M. NAVARRETE.



No podrá decir mi padre, que no cumplo sus consejos; sobretodo aquello de «¡Cuidado con las malas compañías!»



¡Qué mujer más hermosa! ¡Si yo me atreviera...! Al fin y al cabo, su compañía no me ha de ser desagradable.



*Ella.* — Si quieres que crea todo lo que me has dicho, llévame al restaurant y...
*El.* — Ya lo creo! ¿y qué más quieres?
*Ella.* — Ya te lo diré.



# ¡DICHOSOS ELLOS!

Nada turba el reposo de los muertos;
porque á su sepultura
no llega de los vivos la amargura.
Aunque el espacio atruenen
los roncos ayes de un dolor profundo
ó del furor los rudos desconciertos,...
todo se pierde en su poblado mundo,
como la voz humana en los desiertos.
Dichosos son á fe los que allí moran
en perdurable calma,
y desdichas no ven ni afrentas lloran;
mientras aquí vivimos, si esto es vida,
caida la cerviz y muerta el alma.
Dichosos, sí; ¿qué vale una existencia
anémica, impotente, escarnecida?...
¡cuando la Patria, sin luchar vencida,
retorciéndose en bruscas convulsiones,
del infortunio al peso se derrumba,
la paz es preferible de la tumba!

Salvador CARRERA

# ¡YAZGAN EN PAZ!

Algunos días antes de éste en que la Iglesia conmemora á los fieles difuntos, visité como de costumbre el cementerio antiguo de Barcelona, mi segunda patria, pues desde muy joven resido en ella; prometiéndome rendir igual homenaje, en el año próximo, á los que descansan en el nuevo, si Dios me concede hasta entonces vida y salud.

La tarde era triste, fría y nebulosa, como precursora del invierno. Habían emigrado las golondrinas y regresado los tordos, heraldos del frío; el campo se había despojado de sus galas; los árboles, ya sin hojas, frutos y nidos, parecían esqueletos; la niebla se extendía por el valle; y el mar, tomando un color de plomo, rugía fiero y amenazador en la desierta playa. La naturaleza parecía vestir de luto, y éste era el traje de cuantos nos dirigíamos al sitio de la calma y el reposo.

Aquella grandiosa necrópolis, triste, tétrica, monótona, con largas calles de nichos tirados á cordel, con sus altas tapias que azotan por un lado las olas del mar, en los borrascosos días de invierno, y por otro los fríos vientos del norte; rico cementerio con artísticas capillas, elegantes panteones y millares de nichos, pero sin flores, sin arboledas, sin sauces ni cipreses; cementerio en fin, todo hierro, cal y piedra, en el que es imposible la soledad, la concentración y el recogimiento; estaba aquella tarde convertido en feria. Parecía que la ciudad de los vivos se hubiese trasladado á la de los muertos.

Apenas me fijaba en las personas conocidas que encontraba al paso. Iba á consagrar un recuerdo á mi pobre madre, á queridos deudos, á cariñosos amigos, y á hermosas mujeres que se fueron para no volver más; y su memoria embargaba por completo mis sentidos.

Además, aquel cementerio es para mí un gran libro abierto; pues en sus páginas se halla escrita la historia de esta populosa ciudad en el presente siglo XIX. Cada nicho es un folio, cada capilla un volumen, cada panteón una crónica; y la fosa común, en la que ya no se entierra, revuelta biblioteca, tirada y deshojada, encierra grandes tesoros que sólo el Señor puede apreciar.

A aquella ciudad muda y tranquila, fueron á parar las víctimas que en el año 1821 arrebató la fiebre amarilla, y los de otros epidémicos que en épocas más cercanas han fallecido en esta rica capital; los veteranos de la guerra de la Independencia; los que sucumbieron en defensa de la Constitución; los infelices llevados á la horca por el feroz Carlos de España; los frailes que perecieron en la terrible noche del 35; las almas nobles que murieron, vertiendo máximas de paz y fraternidad; los que hallaron la muerte en las grandes revueltas políticas; las víctimas del trabajo, los grandes capitalistas, los mercaderes de la Bolsa; los amantes de las letras, los hombres de ciencia, los entusiastas artistas, los laboriosos industriales, los obscuros obreros, los venerables sacerdotes, linajudos títulos y pundonorosos militares; cariñosos niños, encantadoras jóvenes, elegantes pecadoras, y amorosas madres de familia.

Preguntadme por cada uno de sus sepulcros, y os daré razón de ellos.

Allí yace Antonio de Capmany, que dejó oir su elocuente y autorizada voz, en las memorables Cortes de Cádiz, y consagró su vida al estudio y en pro de la libertad; Aribau, el cantor de la Patria, á quien tanto deben las letras españolas; Piferrer que nos relató, como él sólo sabía, las bellezas de Cataluña; Jaime Tió, el romántico dramaturgo, víctima de la tisis, cual Vicente Cuyás, que tuvo como él por teatro de sus triunfos el de Santa Cruz, y como él duerme en miserable nicho de la isla primera.

No es posible dar un paso, sin hallarse con epitafios de personas ilustres, que acabaron su misión en este mundo. Mirad en derredor: allí reposan Próspero de Bofarull, el que vindicó á los Condes de Barcelona y ordenó y salvó de su ruina el Real Archivo de la Corona de Aragón; su hijo don Manuel, que le reemplazó en tan noble tarea; Pí y Arimón, que nos relató las glorias de Barcelona, y José Coroleu, que tanto enalteció á los nobles caudillos catalanes.

También la poesía llora, al pie de los sepulcros. Allí yacen también los restos del malogrado Pagés, que falto de fe y dudando de todo, buscó consuelo en la muerte; de Antonio de Bofarull, que llamó á su alrededor á los nuevos trovadores catalanes, para cantar juntos la patria, la fe y el amor; de Adolfo Blanch, que dejó oir su voz ante los muros de los castillos feudales; de Salvador Estrada, que nos legó centenares de sonetos; de Pelayo Briz, que ensalzó las proezas de Bach de Roda; del venerable Aguiló, que llamó á las puertas de las cabañas, en busca de las trovas populares; de Dámaso Calvet, que entonó con épico acento las legendarias proezas de Jaime el Conquistador, y que descansa al lado de su esposa, pues los poetas necesitan de amante compañía en el mundo y en la eternidad; de Bartrina, el poeta escéptico y original, y de Federico Soler, el gran dramaturgo, gloria y orgullo del teatro catalán.

También con ellos yacen, en miserables nichos, Fernando Patxot, que fué en busca de inspiración entre las ruinas de los conventos; Angelón, que nos narró las glorias del pendón de Santa Eulalia; Orellana, que lloró las desventuras de la Reina loca de amor; Altadill, que describió los misterios de Barcelona, y los periodistas García de los Santos, que empleó su pluma en defensa de la tradición, y Antonio Llabería, que consagró su talento al bien del progreso y de la libertad.

Unos pájaros que pasaban volando, pararon su vuelo en los panteones del maestro Vilanova y de Clavé, y entonaron un canto ante la sepultura de Obiols y de los primeros maestros de la zarzuela catalana: el respetable Sariols y el infatigable Manent.

El sol bajaba el ocaso y acariciaba con un rayo de luz los sepulcros de los esclarecidos artistas, Juan Ballester, de inolvidable memoria, Gómez, el siempre correcto y elegante; Luis Rigal, el gran amador del arte clásico; Martí y Alsina, amante de la luz del paisaje, y Tomás Padró, el hábil dibujante, que imprimió á todas sus obras un sello de originalidad.



NOTAS ARTÍSTICAS. — Apunte; de J. Masriera.

Caía la tarde, el aire era frío y húmedo, las sombras descendían poco á poco, las calles quedaban desiertas, había terminado el rosario en la capilla, y las campanas anunciaban que el conserje iba á cerrar el cementerio. Avivé el paso, envié un recuerdo al gran escultor Campeny, saludé los nichos del inventor Vich y Macabeo, del no menos activo Jaime Llansó, del inteligente Narciso Ramírez, del primer Marqués de Casa Brusi, y del simpático actor García Parreño; me incliné respetuosamente ante la mezquina sepultura de Joaquín Carrera, el primer constructor de ferrocarriles en España, que murió sin el consuelo de ver realizado su hermoso proyecto de cremallera á Montserrat,... y abandoné la ciudad de los muertos y me dirigí á la de los vivos, exclamando: «dormid en paz sombras queridas;» y añadiendo con Chateaubriand: «dichosos los que tienen el sepulcro en su patria, con el sol puesto, con los llantos de los amigos y con los encantos de la religión.

Francisco GRAS Y ELIAS

# EL DIA DE DIFUNTOS

ANTAÑO Y OGAÑO

Allá, por el siglo X, si no recordamos mal, instituyó la iglesia la conmemoración de los difuntos, dedicando para esta festividad el día 2 de Noviembre.

Y por cierto, que si nuestra memoria no nos es infiel, en este mismo día también la celebraban los druídas; el pueblo más antiguo, según parece, que dedicó un recuerdo á los que habían dejado de ser, durante el año.

Los galos, inspiráronse para la institución de su fiesta, en sus antiguas creencias respecto á la muerte, y en la periódica renovación del mundo.

Sam Kan, el juez de los muertos, instalábase durante la noche del 1.º al 2 de Noviembre, en su tribunal, para juzgar á los que habían fallecido durante aquel año.

La iglesia católica, entre los terrores de aquel famoso año 1000, temerosa de la fragilidad de la especie humana, inspirándose tal vez en los recuerdos de otras muertas religiones, pretendió restablecer la cadena que une la vida con la muerte, el recuerdo de hoy con el de ayer, el fuego del vivo con la ceniza del muerto,... y estableció la fiesta de los difuntos.

Como piadosa costumbre, quedó fijada aquella periódica visita al lugar del reposo, y si objeto de meditación en la vida, para el terrible tránsito de la muerte, fué en su principio,... las tornadizas muchedumbres, al ir renovándose por el largo camino de los siglos, en vez de acudir á las necrópolis para meditar, van de romería; en vez de pensar, critican; en vez de sentir, censuran; en vez de llorar, ríen.

El cementerio, es un espectáculo más, entre los muchos que se exhiben en el mundo; y los panteones, las coronas, los farolillos ó lámparas de los hipogeos,... las decoraciones, el aparato, las luces de aquel vasto teatro de la muerte, donde los actores son los esqueletos que reposan en las tumbas ó los huesos desunidos, confundidos ó destrozados en la fosa común.

¡Cuán distinto aspecto tiene en el siglo XIX la festividad de los muertos, de lo que era en el siglo X!

Entonces se visitaban las tumbas por devoción; hoy se las visita por curiosidad.

El respeto, el cariño, la grandeza del muerto estaban sintetizadas en el túmulo que antaño se le erigía.

El lujo, la fastuosidad, la moda, es la nota dominante ogaño.

El sentimiento, el cariño, la ternura, no prestan calor alguno al mármol de las artísticas sepulturas, pagadas á peso de oro.

***

Francisco, — dice la señora al criado, mientras se abrocha el guante para salir á paseo.—Acuérdese usted que ha de ir á limpiar el panteón y á llevar la corona. Ya es lo único que puedo hacer por mi difunto esposo. Sobre todo, que la corona sea mejor que la del año pasado. Acuérdese usted que la de Flores, que tiene el panteón cerca del mío, hizo llevar una que llamó la atención.

— Está bien, señora. Mañana cuando vayan ustedes al cementerio...

— No, no iré. Me pondría nerviosa y el médico me tiene ordenado que evite las impresiones fuertes. Por eso doy á usted el encargo.

***

— Quiero la mejor corona que haya en la casa y que vayan ustedes mismos á ponerla; siempre tendrán más gusto que los criados para su colocación.

Ya la verá usted puesta y estoy seguro que le agradará.

- No acostumbro ir en semejante día al cementerio; va tanta chusma...

— Tiene usted razón, señora; cualquier día entre semana...

— ¡Oh! Yo estoy tan ocupada siempre, que no me queda tiempo. Entre las Conferencias, las visitas, los compromisos que siempre me rodean, no puedo, aun cuando quisiera... Conque no olvidará usted lo que le digo; que sea la mejor, no quiero que me critiquen. ¿Eh? Sobre todo las cintas para el lazo, de primera.

— ¿Qué se ha de poner en ellas?

- ¡Oh! Eso ya lo sabe usted; lo de rigor: « A mi querida madre ». « Recuerdo de su inconsolable hija». En fin, usted pondrá lo más sentido, y... mándeme la cuenta cuando guste.

***

Libro « Diario ». — 1.º de Noviembre. — Por una corona de primera clase, cintas moaré, letras relieve, « A mi inolvidable esposa », 240 ptas.

— Cuándo se acabará esta dichosa moda. 240 pesetas para que los tontos vayan diciendo por ahí que no me olvido de mi mujer. ¿Qué es esto? ¡Otra factura! ¡Ah! sí, la de la pulsera que regalé á Fanny el día de su santo: ¡Cómo me quiere esa muchacha!

***

— ¡Pobre hijo de mi alma! Todavía no he podido comprarte la lápida para tu sepultura. Pero como que tu verdadero sepulcro está en mi corazón, allí no necesito lápidas para esculpir tu nombre. Grabado está con las lágrimas que por ti he derramado, y por mi dolor, que será eterno. No tengo corona que traerte. No tengo más que mi llanto,... la única riqueza de los pobres.

***

NOTA FINAL.

— Estoy reventado, vengo del cementerio.

— ¡Ah! Sí. Como hace dos años que murió tu padre...

— Mi padre está en el cementerio viejo, y yo he estado en el nuevo. ¡Qué de chicas había allí! Si no hubiese ido con mi novia, de fijo que hago alguna nueva conquista.

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

¡Qué edificante espectáculo ofrece ogaño la festividad de la muerte!

RAFAEL DEL CASTILLO



NOTAS ARTISTICAS. — Boceto; de M. Urgell.

JOSÉ TRIADÓ



PRIMER ANIVERSARIO



LA VIDA Y LA MUERTE

# LA FIESTA DE LOS MUERTOS

CUMPLEN ahora nueve siglos que fué instituída la fiesta que la iglesia celebra en conmemoración de los muertos de la comunión católica. En el año 998 la instituyó Odilón, Abad de Cluny, y después se hizo general en toda la cristiandad.

Sabio teólogo, poeta y hagiógrafo, San Odilón murió en 1048 á los 86 años de edad, muy honrado de los monarcas de su tiempo.

La fiesta religiosa por él instituída, es venerada por la gran familia cristiana, y vivirá cuanto viva en la conciencia humana el germen del evangélico precepto que dice: *ama á tu prójimo como á ti mismo.*

La sociedad cristiana, traduciendo en infinitas combinaciones empíricas este mandato, ha señalado un día ¡solemne día! en que la idea de la vida finita se confunde con la idea de la muerte misteriosa.

Nada tan imponente como el espectáculo de la vida postrada ante la muerte; nada tan grande como el recuerdo del sér perdido, ni posible es concebir pensamientos tan regeneradores como los dirigidos á las vagas regiones de la abstracta eternidad.

Un día 2 de Noviembre salía yo del cementerio de un pueblo edificado en las frondosas orillas del río Paraguay. El crepúsculo vespertino acentuaba los tonos de melancolía dibujados á la sazón en aquella majestuosa naturaleza, y muy singularmente en el recinto de la necrópolis que, como día de difuntos, aparecía engalanada con infinidad de flores silvestres y de luces mortecinas, las cuales ardían y lentamente se apagaban enfrente de las losas. Así también se quema y se apaga la existencia, me dije, llevando, no se por qué, mis impresiones de tal momento á una teoría de física sentada por Lavoisier. Y esto pensando, fijeme en una pobre mujer, uno de los pocos rezagados que allí quedábamos, que, inclinada delante de tosca cruz de madera, lloraba en silencio.

Dirigí mis pasos hacia ella.

—¡Ah, señor!—me dijo con entrecortado acento y mirándome con mirada acongojada:—éste que cubre la tierra que riego con mis lágrimas, era mi hijo; mi hijo que en edad florida murió de artera é implacable enfermedad. Cuando niño, retozaba por estos bosques, cogía hojas de pino y abeto, y, contento de su obra, me decía alborozado: «todas son para padre». Luego me pedía que le acompañase á este mismo camposanto, á lo cual yo solía acceder; y ambos veníamos á saludar el lugar donde reposan los huesos de mi marido. Hoy, que no puede entregarse á sus costumbres predilectas, suplo con amor su ausencia, depositando sobre la tumba del padre y la del hijo las frescas flores de la llanura y las cálidas lágrimas de mis ojos.

Esto dicho, la mujer continuó su llanto y sus rezos.

Y yo, impresionado por relato tan conmovedor como sencillo, me alejé de aquel sitio de dolor, pensando en el Abad de Cluny y en la iglesia, en los que fueron,... y en lo que somos.

ANTONIO ASTORT

# LA REDENCIÓN

I

PRIVADO desde niño de toda comodidad, de todo medio de estudio, á pesar de sentirse fuerte é inteligente, conoció muy temprano la ciencia de la vida y fué hombre en la edad en que otros no han salido aún de la infancia. En el aprendizaje de la existencia perdió su corazón, la bondad nativa y las ilusiones que son patrimonio de la juventud. Aprendió á calcular su cerebro y á ver todas las cosas por el lado práctico. Supo que la fortuna y el saber daban únicamente la libertad de que estaba sediento. Para alcanzar esa libertad, estudió sin descanso en la edad viril; y llegó á reunir condiciones de saber é inteligencia, para sobresalir del común rasero. Pero entonces, cuando se sintió armado de todas armas; cuando estuvo en disposición de emprender la lucha, topó con una dificultad tremenda: la suerte le había vuelto la espalda, y cuantos negocios emprendía le resultaban mal; todos sus planes salían fallidos. Tenía el dinero al alcance de su mano, su brillo cegábale los ojos, sentía que un solo esfuerzo le pondría en posesión de la riqueza anhelada, veía como otros hombres más afortunados se enriquecían; pero cuando, á su vez, tentaba el esfuerzo supremo, cuando alargaba el brazo, huía el oro como visión de espejismo; y, nuevo Tántalo, comprendía que jamás sus labios podrían tocar la cristalina corriente que debía calmar su devoradora sed.

Durante años y años combatió denodadamente, gastando lo mejor de sus fuerzas en la empeñada batalla; y siempre quedó vencido desde el principio de la lucha. Su instrucción y su inteligencia servíanle de torcedor implacable, y á poder arrancarlas, aniquilarlas, lo hubiese hecho con gusto. Comprendía que eran ellas las que le quitaban la bienaventurada paz de que gozan los ignorantes y los pobres de espíritu. Mas comprendía también que, por el camino recto, á la luz del sol, jamás podría vencer la implacable fatalidad que sobre él pesaba.

Un día, sintió el odio y la envidia que precipitaron á Luzbel al abismo, y... sin vacilar, creyendo que el remordimiento y la conciencia sólo habían en las naturalezas débiles; libre de todo temor, fuerte y osado, siguió el camino del mal. Conocía las leyes, y las supo eludir con destreza; conocía á los hombres, y les engañó á su gusto. Por torcidas veredas, allí donde sientan su pie los réprobos, entre el silencio y la obscuridad, prosiguió su camino, y avanzó, avanzó sin tregua ni descanso; subió, subió sin cansancio; y de repente, se encontró en la altura.

Sereno, audaz, á prueba de vértigos, se irguió orgulloso. Estaba realizado su sueño. Más alto que él no había nadie. Brillaba con soberano esplendor su inteligencia; aclamábale la multitud de los que á rastras subían á donde él llegara. La voluntad omnipotente había vencido á la enemiga pertinaz de la contraria suerte. Era poderoso y se creyó feliz.

Pero del hondo valle subía un clamor doloroso, un *miserere* espeluznante. Entre el fragor de la lucha implacable, continua, sangrienta, se escuchaban los ayes del vencido que caía para no levantarse más. El hombre miró hacia abajo y se sintió horrorizado. Por entre las quebradas del monte serpenteaba una senda abierta entre la selva obscura. Aquel camino es el que había seguido para llegar á la cúspide; y en él quedaban, como huellas malditas de su paso, hombres que agonizaban, luchando desesperadamente contra el hambre que mata, contra la miseria que embrutece, contra la deshonra que atosiga. Y todos aquellos seres, heridos por su mano, estaban condenados á definitiva perdición. Para abrirse camino, para escalar la altura, él les había herido de muerte, les había precipitado al abismo, que no devuelve la presa, él les había hundido para siempre. Y todos ellos, volviendo hacia el triunfador sus rostros lívidos ó sangrientos, contraían su boca, murmurando una maldición suprema. Para colmo de horror, estaba solo, no tenía quien le consolara. El aire de aquel espacio era mortal para pulmones menos robustos que los suyos, y la grandeza y la soledad le rodeaban, le oprimían, le desesperaban.

El sueño huyó de sus ojos; la paz, de su conciencia; la lucidez de visión, de su mente. Y de día y de noche, sin tregua ni descanso, veía los doloridos rostros de sus víctimas que le increpaban y le maldecían.

II

Como un alud formidable se precipitó al valle. Quiso de nuevo ser hombre. Pero la calma no volvió á su espíritu.

Reinaba gran miseria en una comarca. A ella voló, y á manos llenas repartió su fortuna, conociendo otra vez los tormentos de la pobreza; mas no podía alcanzar el perdón de su culpa.

Una epidemia espantosa arrebataba millares de vidas en el desconocido Oriente. Allí acudió el hombre é hizo prodigios de caridad, salvando cientos de existencias, sin pensar siquiera que exponía la suya. Pero el mal no le había perdonado.

Un pueblo infeliz gemía bajo la tiranía de un déspota. Enérgico, fuerte, inteligente, infundió en las venas de los oprimidos el calor generoso que ardía en las suyas; fué caudillo de la empeñada lid y el tirano,... mordió el polvo y el hombre recibió las bendiciones de cuantos le debían su libertad y su bienestar. Pero la redención no llegaba, y el mal le oprimía sin descanso.

Una noche, solo y á pie, atravesaba un pinar. La nieve caía sin interrupción, y un viento fuerte y glacial la helaba sobre el suelo. Sonaba á lo lejos un coro de ahullidos. Eran los lobos que hacían un ojeo. De repente, una rabosa despavorida llegó como una flecha hasta donde estaba el hombre. Venía herida y los lobos la perseguían. El hombre la amparó con su cuerpo. Vigoroso, ágil y bien armado puso en huída á sus enemigos; pero éstos le habían mordido cruelmente y la sangre se escapaba por las heridas. El hombre cayó de rodillas; la rabosa lamía sus sangrientas heridas. Comprendió el peligro que corría; quiso levantarse... y no pudo. El carnicero por él librado de una muerte cierta, seguía bebiendo su sangre... y si ésta no manaba en abundancia, con sus agudos dientes desgarraba la piel.

Cuando llegó la muerte, el hombre sintió que la redención llegaba con ella; y en el fondo del valle y del bosque recobró la paz que perdiera en la altura.

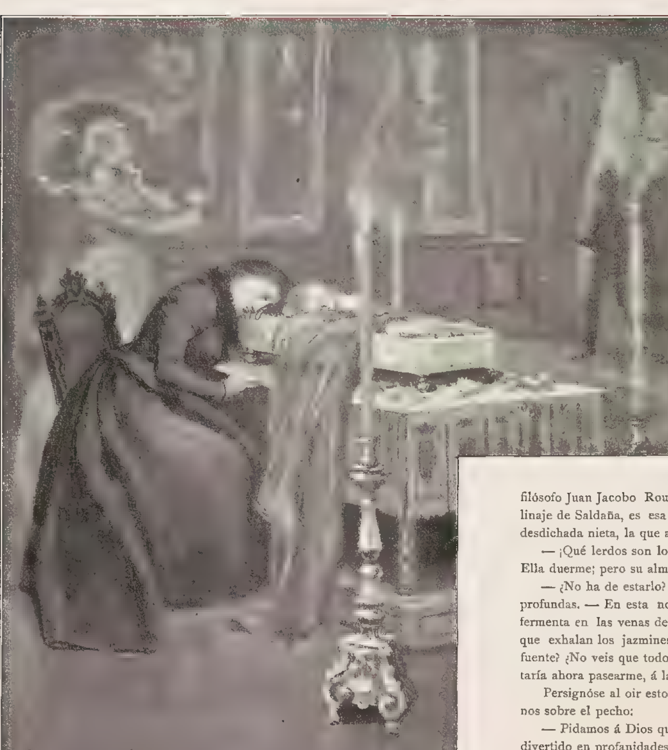
A. RIERA

# EL LINAJE

LA noche había caído, envolviendo en sombras el arrogante castillo señorial, confundiendo los términos de sus jardines y parques, y prestando nueva y plañidera música al surtir y gotear de sus fuentes de mármol. Dijérase que lloraban, en aquella plácida y serena noche de Junio; y era que las lágrimas de la madre, velando en el inmenso salón el cuerpo del hijo que acababa de morir, iban sin duda, llevadas por la suave brisa, á confundirse con hilitos de agua, tan rientes á la luz, tan quejumbrosos ahora...

Velaba la madre — ella sola, pues no había querido consentir que la acompañase nadie, al rendir el postrer tributo de amor y de dolor al único fruto de sus entrañas. — Altos blandones, en candeleros de plata antigua, alumbraban apenas la parte del salón en que, dentro del blanco ataúd y sobre extendido paño heráldico, bordado de históricos blasones, yacía el niño, del mismo color de la cera que se consumía en los hacheros. La madre, arrodillada, sollozaba, sin fuerzas para orar; faltábale en aquel instante resignación, y no podía contener su desesperado llanto. Era la criatura que acababa de expirar, á la vez su consuelo y su esperanza: con el niño al lado, sentía menos la soledad y el abandono en que la dejaba un esposo inconstante, ingrato y libertino; por el niño se prometía reconquistar al padre, convertirle otra vez al hogar y al afecto. Al perderle, lo había perdido todo, hasta la sonrisa misteriosa y prometedora que el porvenir tiene para los más desventurados...

Poco á poco, la fatiga y el exceso de la pena trajeron una reacción inevitable: los nervios agotados y el cuerpo rendido por larga y trabajosa asistencia dijeron que más no podían: la materia sonrió irónicamente de su triunfo, y la madre, recostando la frente al borde del almohadón en que descansaba la cabeza inerte de su hijo, se quedó dormida, con sueño de plomo, con letargo mortal...



En medio del alto silencio que en el salón reinaba, un gran reloj de caja de laca y ricos adornos de bronce, trepidó y dió pausadamente, con infinita majestad, doce campanadas. Al punto, una claridad fantástica, tal vez la de la luna que desgarraba su velo de nubes, iluminó vagamente las paredes del salón, cubiertas de retratos antiguos, imágenes de los antepasados. Ninguno de ellos vestía la armadura medioeval: eran personajes de época más reciente; á lo sumo del siglo décimo séptimo: habíalos de escarolada polilla y aristocrática venera, de casacón y bordada chupa, y de frac azul, alto corbatín y peinado puntiagudo, el tupé de la época romántica. En consonancia estaban los retratos de mujer, ya severos en el período del *Hechizado*, ya coquetones y rientes bajo la fina nube del empolvado erizón. Sin embargo, al momento en que los bañó la claridad incierta, al acabar de disiparse la vibración de la duodécima campanada, todas las caras aparecieron expresando grave cuidado y honda tristeza. Las damas del siglo XVIII hacían ademán de secarse con el pañolito de encaje los ojos... Las del místico monjil los alzaban al cielo: las de los luengos tirabuzones, las jorgesandianas, suspiraban...

Un caballero de Santiago, fué el primero que habló, en acento opaco y sepulcral, para decir fatídicamente:

— ¡Se ha extinguido nuestro linaje!

Un murmullo corrió por los ámbitos de la estancia... Los antepasados repetían la frase: « Nuestro linaje se ha extinguido!... » De pronto, se destacó la voz aguda de un viejecillo de coleta y chorrera de encaje; el cual, después de aspirar una pulsarada de tabaco, exclamaba:

— ¿Y por qué se ha de extinguir? ¡Esa dama que duerme ahí es joven!

— ¡Y joven también y muy real mozo su marido; mi tataranieto! — aprobó una abuelita de manteleta tornasol y parches de tocamaca en las sienes.

Algunas risitas mal sofocadas salieron del grupo de los erizones. Y otra ascendiente más remota, de toca y grueso rosario, pronunció, escandalizada y afligida:

— No es caso de risa, á fe... ¡Extinguirse el linaje y estado de Saldaña! ¡Recemos, recemos para que Nuestro Señor no permita semejante desventura...! Porque ese linaje no decayese de su esplendor, para dejárselo todo á mi hermano el mayorazgo, entré yo en las Comendadoras, á los quince de mi edad...

— Y por las mismas razones — declaró una damita de vestido azul, con tocado de plumas — me desposé yo á los diecinueve con mi caduco tío, el duque de Oterona...

— Y yo — exclamó un militar de tricornio, casaca blanca y solapas rojas — fuí muerto de un balazo al tratar de recobrar gloriosamente de los ingleses el castillo de San Felipe, en Puertomahón!

— Y yo murmuró un lívido figurón de golilla, chupado como una lechuza — por acrecentar la hacienda y bienes de Saldaña, me impuse una economía tan sórdida, y viví con tal estrechez, que dieron los villanos en repetir la conseja de que perecí de hambre... A mi cabecera se encontró un arcón repleto de oro... y en mi archivo, las obligaciones de hartas propiedades de acreedores míos, propiedades que pasaron á la casa de Saldaña lindamente, y la levantaron en peso...

— Mala manera de dar lustre á un linaje — rezongó ceñudo el héroe de San Felipe.

— Buenas son todas, seor sobrino, que nunca hubiera opulentos si faltaren avarientos — refunfuñó el personaje sombrío y lívido.

— Señores míos — intervino el viejecillo de la coleta, volviendo á destapar su cajita de oro y á rellenarse las narices de cucarachero — todo eso me parece óptimo; el sacrificio de las mujeres, el heroísmo de los militares, la sobriedad y modestia de los propietarios, y, aunque me esté mal jactarme, la habilidad y buen gobierno de los sucesores que, como yo, beneficiaron el caudal con innovaciones y empresas sabias... Pero hay una cosa superior al esfuerzo humano, y es la sacra naturaleza, como decía mi predilecto filósofo Juan Jacobo Rousseau...! Y lo único que puede hoy evitar la extinción del linaje de Saldaña, es esa diosa universal, agitando dulcemente el alma de nuestra desdichada nieta, la que ahí veis aletargada, cerca del cadáver del niño...

— ¡Qué lerdos son los hombres! — murmuró picarescamente la del traje azul. — Ella duerme; pero su alma... ya sé yo que despierta está, y despiertísima.

— ¿No ha de estarlo? — gritó con fuego, la romántica de los bucles y las ojeras profundas. — En esta noche admirable, poética y divina, el mosto de la juventud fermenta en las venas de Dios, como cantó el gran poeta. ¿No sentís la fragancia que exhalan los jazmines de los cenadores? ¿No percibís el blando gemido de la fuente? ¿No veis que todo, en derredor, se estremece y palpita? ¡Ah! ¡Cómo me gustaría ahora pasearme, á la melancólica luz de la luna!

Persignóse al oir esto la de la toca y el rosario, y murmuró, cruzando ambas manos sobre el pecho:

— Pidamos á Dios que toque en el corazón al esposo de nuestra nieta, que anda divertido en profanidades y en livianos amoríos.

— Ahí está el intríngulis, — chilló tosiendo la abuelita de los parches de tacamaca. — Mientras marido y mujer vayan cada cual por su lado, así brille la luna y los jazmines se deshagan en aromas...

Tomó en esto la palabra, una dama, hasta entonces silenciosa; una beldad de desnudos brazos y busto espléndido, de blanca túnica y faja roja, bordada de oro, ciñendo el corto talle, de cabeza que adornaba una profusión de negros rizos; y aspirando lánguidamente la rosa nunca marchita que desde hacía tantos años llevaba en la mano, mórbida y salpicada de hoyuelos, entornando sus ojos flechadores, emitió opinión como sigue:

— Si es cierto que los descendientes llevan siempre en la sangre á sus antecesores, pido que ahora me cedan todos su puesto y me permitan á mí sola gobernar á esa pobrecilla... Su marido es un tronera y un descastado; pero ella, por su parte, es una inocente; no conoce el filtro; ignora los ritos y los conjuros por cuyo medio se enciende la inextinguible tea... Déjenme á mí... El va á llegar, desconsolado por la muerte del hijo... Yo haré que no se extinga el linaje de Saldaña!



Convinieron todos, hasta la mística monja de la toca y el gordo rosario; y la hermosa abuela, desprendiéndose del marco, atravesó el salón, y, sonriendo, depositó la rosa sobre el seno de la madre dormida. Velóse la claridad de la luna; ardieron más amarillos los blandones; la sombra envolvió á los retratos; abrióse la puerta del salón, y un gallardo caballero, con paso rápido, se dirigió hacia el ataúd.

Despertó la esposa sobresaltada, y reconoció á su esposo, al ingrato, al inconstante. Una palabra de amor entreabrió sus labios secos de calentura; una chispa de gozo brilló en sus ojos quemados de llorar. Marido y mujer, con impulso irreflexivo, se echaron en brazos el uno del otro, mientras los viejos retratos se hacían, en la obscuridad, señas disimuladas.

EMILIA PARDO BAZÁN



EL MOMENTO MAS CRUEL. — CUADRO DE A. COLL.

# EL CIPRÉS

En estos días en que todos los pueblos cristianos consagran á los muertos públicas expresiones de sentimiento, y cuantos recuerdan la existencia de algún ser querido que desapareció de entre los vivos, muestran honda pena, consagrando á su memoria, no siempre plegarias y rezos silenciosos, pero sí, en general, manifestaciones de vanidosa ostentación y muchas veces de ridícula soberbia; en estos días, parece oportuno señalar algunas generalidades del árbol emblema del dolor, de aquel cuya existencia delata lugar bendito en donde moran los restos de los que fueron nuestros hermanos ó de cuantos con vida orgánica y material viven, en el olvido del mundo, la vida de la contemplación religiosa y ascética.

Es el ciprés, al que no llamaremos como el poeta árbol funerario, un gallardo ejemplar de la dilatada familia de las coníferas. Las flores, masculinas y femeninas, nacen en su mismo pie. El fruto, que se produce tres veces al año, en Enero, en Mayo y en Septiembre, es una piña casi redonda, compuesta de pequeñas porciones, redondas también y casi angulosas; las cuales se separan cuando maduran, y entre las que se encuentran las semillas, más pequeñas, angulosas y agudas.

Sus hojas son una especie de campanillas verdosas, puntiagudas, colocadas, á manera de tejas, á lo largo de las ramillas, y de forma cuadrada.

El árbol es grande en los países cálidos, y forma con sus ramas, sumamente unidas entre sí é inclinadas hacia arriba, una hermosa pirámide. Su tronco es recto, de odorífica madera, incorruptible, muy usada en la antigüedad para construcciones que habían de permanecer al aire libre; y por los griegos y romanos, para la confección de urnas funerarias, donde se conservaban las cenizas de cuerpos que fueron quemados y cuya *pyra* la formaron ramas de ciprés. Las puertas de San Pedro de Roma duraron dos siglos sin sufrir deterioro alguno; estaban construídas con madera de ciprés.

Las flores y los frutos de este árbol se encuentran esparcidos por él, y las hojas opuestas conservan todo el año su hermoso color verde. En los países fríos toma un tinte negruzco, durante el invierno; pero en los meridionales, es siempre este tinte más claro y más azulado.

Originario de Oriente, el ciprés se cría en todas nuestras provincias, y en Italia, Francia, etc., etc.

En cuanto á sus propiedades, sólo podremos decir que el olor de la madera es muy vivo y áspero su gusto, y que su fruto, llamado *agallas*, lo utilizó la medicina, en la antigüedad, como astringente y antiséptico; pero, en la actualidad, se concede muy poca importancia á sus virtudes medicinales.

Desde los remotos tiempos, en los cuales se conoció la existencia del ciprés, pudo apreciarse los magníficos resultados que produce el aire que rodea á este árbol; y por esto sabemos cómo los sacerdotes griegos mandaban á cuantos padecían enfermedades del aparato respiratorio á la isla de Creta, donde, según un célebre escritor español, «nacían muchos y *muy viciosos* cipreses», y en cuya residencia se aliviaban ó se curaban los enfermos.

El perfecto conocimiento que de las propiedades benéficas del ciprés, modificando y purificando el ambiente que le circuye, tenían los sacerdotes paganos, hizo á los monjes de todos los tiempos cultivar buen número de estos higiénicos árboles en las inmediaciones de sus monasterios y de las iglesias, y sobre todo en los calvarios, donde durante las tempestades se reunía el pueblo, al aire libre, para resguardarse de las descargas eléctricas; pues tan beneficiosa cualidad, no perfectamente comprobada, se atribuye al ciprés, árbol cuya vista lejana indica siempre la existencia silenciosa de un convento ó de un cementerio.

Las especies principales del ciprés, son: Ciprés, llamado impropiamente macho. Ciprés de hojas agudas, dispuestas en escamas y en ramas horizontales. Ciprés de Oriente. Ciprés de hojas dispuestas en escamas y con ramas caídas ó pendientes. Ciprés de Portugal. Ciprés de hojas opuestas. Ciprés de hojas de *thuya*. Ciprés de la América del Norte. Ciprés de hojas angostas, desprendidas y dispuestas en cruz y con agallas negras, y Ciprés del Cabo de Buena Esperanza

La idea equivocada de ser el ciprés el árbol simbólico de la muerte, ha impedido que su plantación se haya propagado, en jardines y parques, tanto como su beneficiosa influencia para la salud exige. Tal preocupación debiera desaparecer, y los particulares que tienen la suerte de poder recrear su vista en la contemplación de arbustos y de corpulentos ejemplares de salutíferos árboles, harían bien en desechar aquélla y llenar las calles de sus parques y jardines con tanta y tan hermosa variedad como presenta este árbol: y si esto debieran hacer los particulares, con mayor razón deberían practicarlolas Corporaciones populares,—las cuales tanto malgastan en cosas inútiles,—y en el cultivo de plantaciones de dudosa existencia y de negativo resultado higiénico.

En esta época del año, en la cual, más que en otra alguna, la vista se detiene en la contemplación del árbol de que nos ocupamos, con motivo de la visita que en todas las poblaciones se hace á los camposantos donde guárdanse las cenizas de los seres á quienes debemos la existencia ó nos la debieron, ó fueron compañeros la suya y la nuestra; en esa anual visita, que tan poco tiene de religiosa como sobrado de ostentosa, podemos fijarnos en la utilidad de las plantaciones de cipreses, y convencidos de ella, pedir al ministro de Fomento y á las Diputaciones y Ayuntamientos, extensos cultivos de tan hermoso árbol, testimonio de la harmonía que siempre ha existido entre la religión y la higiene.

LUIS VEGA-REY

# REGENERACIÓN ARTÍSTICA

Será verdad?

¿Ha llegado el momento de la regeneración del arte lírico dramático?

¿Habrá sonado en el reloj del Olimpo, esa hora tan deseada por todos los amantes y entusiastas del divino arte?

El *género chico,* que se consideraba mortalmente herido y próximo á expirar, sa alzó de su lecho de muerte, más insolente y brioso. Llevaba en su mano y hacía sonar con estrépito un cetro de ruidosos cascabeles.

No era al picaresco Tirso á quien venía á representar, sino al insolente Rabelais.

¡Hasta se apoderó del insigne don Ramón de la Cruz, y puso en música uno de sus mejores sainetes!

La tentativa para regenerar el *arte chico,* del inspirado autor Sinesio Delgado, un poeta y literato que vale mucho, fracasó. Con todo, Sinesio Delgado no se dió por vencido, y á su zarzuela «*La Abadesa,*» obra de tendencias morales y elevado argumento, ha seguido «*El beso de la Duquesa,*» que acaba de estrenar. Poco importa que el éxito no haya sido tan completo como sus buenos amigos deseábamos: el paso está dado, y como dice un antiguo adagio, *principio quieren las cosas.*

El género hoy en boga, no es pernicioso por ser *chico,* sino por ser *malo.* Pequeños son los sainetes de Ramón de la Cruz, los juguetes de Bretón de los Herreros, los pasillos de Narciso Serra; y quedarán siempre como modelos de observación, de verdad y de gracia.

Pero el *género chico,* que hoy domina sobre la escena, salvo contadas y honrosas excepciones, no tiene término medio, ó es chocarrero ó es insulso. Sus retruécanos son de brocha gorda; sus chistes, de un verde tan subido, que harían enrojecer á la misma estatua del Comendador.

Lo hemos dicho y lo repetimos.

Por todas partes se habla tan sólo de la necesaria regeneración del arte lírico-dramático.

Los programas que algunas empresas han dado al público, son dignos del mayor aplauso.

La del teatro Español, anuncia para los *Lunes clásicos,* obras de los mejores poetas del *Siglo del oro.*

Calderón, con sus grandezas y sus filosofías; Lope de Vega, con su lirismo y su ternura; Tirso de Molina, con sus desenfados y sus travesuras; Moreto, con sus bellezas y su gracia cómica; Rojas, con su alteza de pensamientos; Alarcón, con su moral y sus personajes llenos de carácter y originalidad; y Montalbán, con su encantador gongorismo, cautivarán, de seguro, la atención del público.

Para los *Viernes de estreno,* cuenta con tres obras de José Echegaray, dos de Angel Guimerá, y otras varias de Eusebio Blasco, Parellada, Francos Rodríguez y Llana, Leopoldo Alas (Clarín), Ramos Carrión, Vital Aza, Mario (hijo) y López Ballesteros.

Para los *Miércoles de moda,* las mejores comedias de Moratín y Bretón.

Y entre las obras extranjeras, de reconocido mérito, que se propone darnos á conocer, figuran *Cyrano de Bergerac,* del célebre francés Rostand, y *Excmo. Señor,* de Mr. Bisson.

Programa seductor.

La empresa del Teatro Nuevo (antes Cómico) dice:

Reducido hoy, por desgracia, el teatro á fútil pasatiempo, con que durante una hora se recrean los ojos y los oídos, empresa gloriosísima sería atraer á la multitud hacia la contemplación y deleite de las obras maestras con que los grandes ingenios han enriquecido la literatura de todas las naciones civilizadas.

Pero ya que no nos sea posible cumplir del todo estos propósitos, y no contando con las armas necesarias para destruir en el campo del arte lo que envilece el ánimo, lo que corrompe las costumbres, lo que extravía el concepto mismo de la naturaleza humana, al pintarla constantemente en su aspecto más despreciable, como si las virtudes eminentes, los hechos heroicos y las delicadezas del sentimiento, fueran cosa de otro mundo que pasó para no volver; nosotros pretendemos merecer el apoyo de aquella gran parte del público que todavía se complace en las hondas emociones estéticas, y gusta de que, con las apariencias de lo real y con los vivos artificios de la escena, se la transporte á la región donde el alma respira el ambiente de los más puros ideales.»

¡Muy bien sentido, y muy bien expresado!

La de Parish, escribe:

La empresa de este teatro, que acometió hace un año la realización de los propósitos que la animan, y que siempre han de animarla en pro del arte lírico nacional, emprende ahora nueva campaña.

Ha procurado para esto, presentar una compañía de Zarzuela y Opera española, tan numerosa y escogida, como jamás conoció Madrid en este género de espectáculos.

Y ha solicitado y obtenido á la vez, el concurso de distinguidos literatos y eminentes maestros compositores.

Con tales elementos da principio esta empresa á su segunda campaña, ganosa de contribuir al progreso más rápido y brillante del arte lírico español.» ¡Noble propósito!

Por su parte la dirección artística del Teatro Real, parece ha adoptado la hermosa resolución de dar á conocer varias óperas nuevas, de autores españoles, y hacer traducir al castellano los libretos de algunas de las italianas más notables, á fin de que el público pueda mejor conocerlas y estimarlas.

Cuatro teatros, Apolo, Zarzuela, Eslava y Romea, van á continuar sosteniendo el *género chico:* y otros cuatro, el Español, la Comedia, el Teatro Nuevo y Parish, van á combatir con el sublime arte. ¿Quién vencerá?

¡Harto sabemos que no siempre la victoria se pone del lado de aquellos que defienden las causas más justas!

La costumbre, que llega á ser una segunda naturaleza, arrastra á los teatros del *género chico,* como muy oportunamente dice el señor Sánchez de León, á los que sólo buscan el fútil pasatiempo que durante una hora les recrea la vista y el oído; pero existen otros, los legítimos amantes del arte, que van al teatro á entusiasmarse con los héroes, á celebrar las virtudes, á condenar los vicios, á rechazar las impurezas, á recrearse con las grandes concepciones del poeta y del músico.

De todos modos, la tentativa de esos teatros y los propósitos que animan á sus empresas son dignos del mayor encomio. Si esta vez caen también, no tardarán en levantarse; porque el verdadero arte es inmortal y, á imitación del ave Fénix, renace siempre de sus propias cenizas.

E. RODRIGUEZ SOLIS



NUEVO PELIGRO. — Cuadro de José Fernández Alvarado. — Medalla de plata en la Exposición Nacional de 1897.

# MADRID ELEGANTE

Más pronto que en años anteriores ha comenzado en el actual, el regreso á la Corte, de los veraneantes, pues salvo contadísimas familias, en quienes las actuales circunstancias no influyen para que abandonen la antigua costumbre de visitar, durante el otoño, la capital de la vecina república, y aquellas otras, que como la duquesa de Fernán-Núñez y sus hijos, permanecen en sus históricos castillos hasta bien entrado el invierno; apenas se nota ya en la Castellana y el Retiro, la falta de los que habitualmente forman, en aquellos aristocráticos paseos, el núcleo de la gente que se divierte.

La inauguración de casi todos los teatros, ha llevado á las relucientes salas, ese público brillante de los estrenos, cuyos fallos dictatoriales, consagran la fama de un autor ó condenan sus obras con inapelables derrotas.

Después de Apolo y de la Zarzuela, de cuyo aspecto dábamos una vaga idea á nuestros lectores en nuestra última crónica; abrió sus puertas la diminuta y dorada *bombonière* de Lara, teatro que tiene su público, no el público que califica un periódico despiadadamente, en la siguiente frase:

Dejad que las cursis se acerquen á mí.

Sino una sociedad muy escogida, que en los días de moda, es, casi sin diferencia, la que forma el abono del Real y asiste á los lunes del Español.

Otro coliseo que merece este año la predilección del público, es el *Nuevo Teatro*, donde la compañía que dirige el inteligente actor Sánchez de León, representa á conciencia, obras muy notables del moderno repertorio. En aquel verdadero estuche, en que cada palco semeja una vitrina de cristal y bronce, lucen mucho las elegancias madrileñas, cuyas gentiles figuritas se destacan del fondo rojo como porcelanas de Sajonia.

***

El capítulo de bodas es inagotable; por eso, no ha de faltar nunca en una crónica mundana.

Se ha realizado ya la del ilustre joven y bizarro oficial de artillería, don Gonzalo de Ozores, primogénito de los señores de Rubianes, marqueses de Aranda y de Guimarey, con su prima hermana, doña Beatriz Saavedra y Salamanca, gentilísima señorita, hermana del actual conde de Urbasa. Las poéticas arboledas de la Alhambra, prestan ya sombra á los amor es de esta interesante pareja, digna por sus méritos, de todas las felicidades.

Y el director de *El Imparcial*, cuya boda anuncié veladamente en una de mis primeras crónicas de este Album, se encuentra ya en Galicia, pasando la luna de miel con su señora, hija de los marqueses de San Miguel de Aguayo.

De bodas próximas á realizarse, citaré la de la señorita de Casanova, hija de la marquesa de Onteiro, con don Rafael Gordón, hijo de la condesa de Mirasol, tenienta - aya de S. S. A. A.; la del joven marqués de Jura - Real, con doña Josefa Caballero y Echagüe, hija de la marquesa, viuda de Somosancho; la de don Fernando Maldonado, primogénito de los marqueses de Castellanos, con la joven marquesa de Trives; y en fin, la hija menor de la marquesa de Alonso Martínez, contraerá matrimonio con el señor Jové, sobrino del vizconde de Campo - Grande.

***

La vida está llena de contrastes, y si estas crónicas han de ser fiel reflejo de lo que ocurre en la vida aristocrática de la Corte, fuerza será pasar, sin transición, desde las tintas rosadas de esos enlaces en lontananza, á los negros crespones del duelo en que se envuelven ilustres familias, con motivo de recientes desgracias. Una de éstas, de las que dejan honda impresión en el ánimo del más indiferente, ha sido la muerte del joven, don Juan Manuel Agrela y Herreros de Tejada, á la edad de 24 años, cuando hacía apenas quince meses que había contraído matrimonio con una encantadora señorita, doña Josefa Pardo y Manuel de Villena, que hoy prepara con mano trémula y con los ojos llenos de lágrimas, la canastilla de su primer hijo.

Triste, desconsolador espectáculo fué el entierro de aquel joven lleno de buenas cualidades, querido de cuantos le trataron, adorado de su familia, cuyo féretro, al salir para siempre de aquella linda casita de la calle del General Castaños, nido y tumba de sus breves amores, era llevado en hombros por su hermano Mariano, y por sus íntimos amigos: mientras en el portal y en la calle, se descubrían con respetuosa pena, todos los que fueron sus compañeros de colegio en Deusto: los Santa - Cruz, los Granadas, los Perijaas, los Vía Manuel, los Orgaz, los Gil Delgado, los Vista - Hermosa, y tantos otros.

Descanse en paz el ilustre joven.

A la hora en que trazamos estas líneas, acaba de expirar un respetable hombre público, el senador del Reino, conde de Canga- Argüelles.

Quede para otras plumas el relatar las peripecias de la larga vida política de este hombre integérrimo; nosotros, recordaremos solamente, como uno de sus mayores títulos de gloria, sus campañas en pro de la moralidad, que en estos últimos años, llegaron á constituir en él una verdadera obsesión.

El conde de Canga-Argüelles, deja cuatro hijos: don José, heredero del título, viudo de doña María del Busto y García del Rivero, de ilustre familia asturiana; doña María del Rosario, casada con don Carlos Bernaldo de Quirós, hermano del marqués de Campo-Sagrado; doña Ana, casada con don Fernando Muñoz, primogénito de los duques de Riánsares y de Tarancón; y don Francisco, que permanece soltero.

También ha sido muy sentida, la muerte de la ilustre marquesa de la Romana; por la que aun visten de luto, muchas linajudas familias.

***

Para no cerrar esta crónica bajo tan tristes impresiones, hablaré de los salones que parece estarán más animados en el próximo invierno. Será uno de estos, el de los marqueses de Monteagudo, donde, al decir de sus íntimos, va á levantarse un teatro, en que podremos admirar el talento cómico de muchos aristocráticos jóvenes que se han hecho aplaudir, durante el verano, en el que poseen en Zarauz, los duques de la Unión de Cuba.

Volverá, pues, á verse reunida la sociedad aristocrática, en aquel antiguo palacio, morada, un tiempo, de los condes de Oropesa, duques de Frías, perteneciente más tarde á don Enrique Salamanca, y convertido hoy, por sus actuales propietarios, en rico y copioso museo de preciosidades arqueológicas.

El salón de la marquesa de Squilache, á quien se espera muy en breve, será como siempre, centro diario de la sociedad elegante, y en el suntuoso palacio de los duques de Denia, se congregarán, cual de costumbre, literatos, políticos y artistas.

El marques de Larios, hace grandes obras para su instalación en el palacio de Anglada, y la marquesa de Coquilla, prepara también su traslado al de Villahermosa.

Por último, se espera que volverá á su antiguo hotel de la Castellana, una familia muy querida en Madrid, y que pasa grandes temporadas en Barcelona, la de los marqueses de Vistabella.

MONTE - CRISTO

LA BOTILLERIA. — Reproducción de un aguafuerte de José Llovera.

# EL IDEAL

NOVELA

I

El maldito vicio que tenemos todos de meternos donde no nos importa, fué la causa del primer disgusto de Federico con sus padres.

Imaginad, un matrimonio como Dios manda, que vive haciéndose las más halagueñas ilusiones respecto al porvenir de su hijo, á quien tiene estudiando en la capital de provincia, y podréis suponer el efecto que producirían las palabras de un amigo, que volvió al pueblo haciéndose cruces por la mala conducta del muchacho.



Fué el primer día, después de veinticinco años, que no se comió con sosiego en casa de don Manuel Ozcariz. Juzgada la cuestión desde el punto de vista que la presentaba el entrometido amigo, revestía caracteres de gravedad. Federico no estudiaba, habíase dado á los vicios; frecuentaba las malas compañías, y su conducta servía de escándalo para todos sus compañeros. Y aun más. El muchacho, había entrado en ganas de hacerse hombre célebre, y pasaba el tiempo escribiendo en periódicos soeces y asquerosos; de esos que vociferan sin ton ni son y nada encuentran bien. Y aquí, el susodicho amigo, añadió larga serie de consideraciones y comentarios de su propia cosecha, para demostrar que Federico estaba deshonrando el buen nombre de don Manuel Ozcariz y de doña Carmen López; acabando por decir que cuando Federico regresara al pueblo, todas las personas decentes le negarían su saludo.

¡Lo qué lloró doña Carmen! El inmenso cariño que hacia su hijo sentía, sirvió para que viese aquellos peligros abultados, suponiéndolos más graves de lo que eran en realidad. ¡Su hijo hecho un perdis, un demagogo, un libertino!... ¡Dios de Dios! ¡Qué decepción más tremenda sufrió la pobre madre! Hasta entonces, habíase mostrado orgullosa de su hijo: hablaba de él, con veneración, ufanándose de que el joven que ganaba los primeros premios en la Universidad fuese su Federico; y dejando volar su imaginación en alas de la fantasía, figurábase que á la vuelta de no muchos años, el que entonces llamaba *mi chico*, sería hombre hecho y derecho, respetado por todos, y digno de ocupar uno de los primeros puestos en la magistratura. ¡Miren cómo la revelación del amigo, destruyó todos aquellos hermosos castillos, y acongojó horriblemente el alma de doña Carmen!

En don Manuel, fué el efecto distinto, aunque no por esto dejó de ser desagradable. Por primera providencia, se rascó la barba, costumbre que tenía mi hombre cuando trataba de resolver algún problema de difícil solución, y luego, hizo repetir al amigo la letanía de dicterios contra el muchacho, exigiendo pruebas de los cargos que se imputaban al estudiante.

¿Pruebas has dicho? Las hubo y bien contundentes. Federico, había dejado de pagar el mes á su respetable patrona; la primera.

— ¿Qué ha hecho ese tunante del dinero? — interrumpió la madre.

— Lo ignoro, señora. Lo habrá perdido en el juego. Segunda prueba: Federico faltaba á clase dos meses seguidos. Tercera: hallándose la estación muy avanzada, iba el joven sin abrigo, con un mal trajecillo de verano; signo evidente de que la capa y el gabán estaban cuidadosamente guardados en alguna caja de préstamos. Cuarta: según revelación de la misma patrona, Federico se retiraba á horas escandalosas, las tres ó las cuatro de la madrugada, y muchos días no iba á dormir. Quinta prueba: unos periódicos en los que se leía el nombre de Federico Ozcariz y López, (con los dos apellidos para que no hubiese lugar á dudas) firmando párrafos contra el gobierno, hablando mal de la monarquía y de nuestra santa religión. Sexta...

— ¡Basta! ¡basta! — dijo don Manuel, ardiendo en coraje — no necesito más. Es suficiente con lo que sé... Mañana mismo iré á la capital, á ver á ese caballerito.

— Y yo te acompañaré — objetó doña Carmen.

No querida esposa, no es preciso. Me basto y me sobro yo, para imponer á nuestro hijo el correctivo que merezca.

Se originó una disputa; la única que tuvieron Carmen y Manuel durante los veinticinco años que llevaban de matrimonio. Suplicó ella, lloró á lágrima viva, invocó sus derechos de madre; pero todo fué inútil. Manuel mantúvose firme y terco en su resolución.

— Iré solo, solo. De nadie necesito.

Y si la comida fué mala, la cena fué peor todavía; porque los padres de Federico no volvieron á hablar palabra ni probaron bocado.

Decid ahora que no puede hacer buenos oficios un amigo que se inmiscuye en el sagrado de una familia pacífica.

II

Halló don Manuel á Federico, con las manos en la masa, como suele decirse. Estaba el joven en su cuarto de estudiante, en compañía de tres muchachos imberbes, que se ocupaban en la importante tarea de corregir unas pruebas de imprenta. La inesperada presencia de su padre, produjo en Federico ligera turbación; mas, reponiéndose en seguida, le abrazó, dióle la bienvenida, y presentóle después á los muchachos que con él se hallaban.

Tentado estuvo don Manuel de emprenderla á cachetes con todos aquellos mocosos; no obstante, se abstuvo, y como persona de buenos principios, saludóles afablemente y hasta les puso buena cara, mientras hacía rápido examen de la habitación, convertida por el desorden, en cuchitril de trapero ó cueva de mendigos. La cama sin levantar, el piso sucio y lleno de papeles, la mesa parecía un baratillo, las sillas atestadas de libros, las perchas caídas y sin ropa; sobre la cómoda restos de una cena ó de un almuerzo en que tomaron parte cuatro ó cinco individuos, á juzgar por los platos, las copas y las botellas; el aire del cuarto enrarecido y pestilente, por el continuo fumar de aquellos jovenzuelos; detalles éstos, que irritaron en gran manera á don Manuel, quien abrió la boca para lanzar réspice furibundo á su hijo; mas, á tiempo de hacerlo, hubo de cambiar de parecer, porque se contentó con decir:

— Vais á ahogaros... No sé por qué no está abierto el balcón.

Los compañeros de Federico, continuaron impasibles conforme les sorprendiera el recién llegado. Eran jóvenes de gran frescura que por nada ni por nadie se contrariaban. Despacharon con calma sus quehaceres, hablaron de sus cosas, y luego, cuando todo estuvo terminado, despidiéronse de don Manuel con aire de protectores, ofreciendo su amistad y sus personas, cual si fuesen personajes de alto poder.

Maravillado estaba el padre de Federico, viendo las ínfulas que me gastaban aquellos nenes; y más todavía, observando el aplomo, la seriedad con que trataban las cuestiones políticas, y sobre todo, la firmeza de sus palabras

Como hombre prudente y de recto criterio, sufrió aquello, que él tenía por displicencias y tonterías de la edad; pero, en cuanto se vió solo con su hijo, cambió de actitud y de gesto, y en tono de reprimenda, empezó diciendo:

— Ajustemos cuentas, amiguito. Puedes suponer que no vengo del pueblo sin motivo justificado. Siéntate y hablemos

Federico miró con extrañeza al autor de sus días, augurando un temporal borrascoso. Obedeció sin réplica; y don Manuel antes de entrar de lleno en el asunto, como buscase manera de decir lo que quería sin que perdiera una línea su prestigio de padre, anduvo por las ramas un buen rato, haciendo relación del estado en que se encuentra la juventud actual, y de paso, recordó los buenos y benditos tiempos en que él polleaba. Fué tan largo su discurso, que Federico hubo de interrumpirle.

— ¿Ha venido usted expresamente para decirme eso?

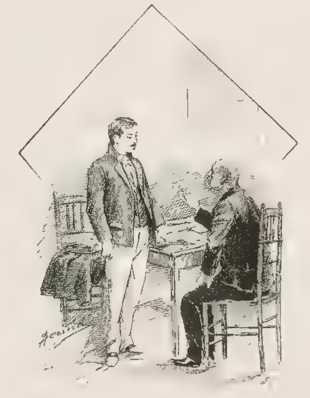
Irritóse don Manuel. Puso cara de pocos amigos y tartamudeó al contestar.

— A lo que he venido, granuja, es á cortarte las alas, á poner freno á tus vicios, á pedirte cuenta de tu conducta.

— ¿De mi conducta? No sé que haya dado motivo para tal reprensión.

— ¡Con que no! ¿eh?...

Por fin, don Manuel lo desembuchó todo, sin dejar nada. Dijo que en el pueblo todo el mundo estaba escandalizado; que se hablaban horrores de él, que se conocía *ce* por *be* su vida, y que su deber de padre



obligábale á tomar ciertas medidas, para evitar que se malograse.

— ¿Y qué me importa lo que el mundo pueda pensar de mí? — dijo Federico, con la mayor sangre fría.

— Pero me importa á mí ¿lo entiendes? me importa á mí, que tengo el derecho de saber lo que haces, y el destino que das al dinero que te envío.

Hubo pausa prolongada, tras de la cual, don Manuel formuló contra su hijo los cargos que traía apuntados en cartera.

— A ver que dices de todo esto. Demuéstrame que

no es cierto cuanto digo .. Veamos como agazas el ingenio para inventar excusas.

—No, padre, — dijo el joven sosegadamente — no voy á inventar excusas. Voy á justificarme nada más.

— ¿Confiesas que es verdad todo?

¡A qué negarlo!... Tiene usted razón; le han informado muy bien.

—¡Y lo dices así, con esa frescura, con ese cinismo! Pues te advierto que no conoces todavía el genio de tu padre, y que andas muy equivocado si crees que voy á dejarme engañar con pamplinas y mimos.

— Deje usted que me defienda al menos; y luego, si me juzga delincuente, sométame al castigo que crea del caso.

Don Manuel, asombrado, hizo un gesto como queriendo decir: «¡aun se atreverá á defenderse este muchacho!» y Federico, dió comienzo á su defensa, sin alterarse, con voz pausada, como letrado que quiere lucir sus galas oratorias ante público selecto. No negó nada. Era cierto que no iba á clase, que tenía la ropa empeñada, que no había pagado á la patrona, que se retiraba muy tarde por las noches;... pero eso no quería decir que malgastase el tiempo y el dinero, ni que anduviera por un camino de perdición. Dejaba de ir á clase porque se matriculó en enseñanza libre, y no era obligatoria la asistencia diaria á la Universidad; no pagó á la patrona porque invirtió el dinero en una empresa que, si no le daba grandes beneficios pecuniarios, proporcionaríale al menos honra y provecho.

— Hablemos clarito — interrumpió don Manuel — quiero saberlo todo — ¿qué empresa es esa?

— He fundado un periódico, en compañía de esos jóvenes que han salido hace poco.

— ¿De esos títeres?

— Trátelos con más respeto: son muchachos de talento.

— Botarates si que serán.

Federico movió la cabeza en señal de disgusto.

— No aventure usted prejuicios, tratándose de personas á quienes no conoce.

— Bien, bien; que esos jóvenes sean lo que les dé la gana, me tiene sin cuidado. Tú eres quien me importa. Sigue tus descargos, que, á fe mía, si te dejan hablar no han de condenarte. ¿ Y tu capa? ¿y tu gabán? ¿por qué vas en este tiempo con ese traje?

— El invierno es poco riguroso, y aunque lo fuera, soportaría con placer el frío, por hacer una obra de caridad. He empeñado cuanto tenía, para socorrer á un correligionario que está preso.

— Pero ¿estás en tu juicio, Federico?

Sonrió el joven. Bien se echaba de ver que su padre era de otra generación y de otras ideas!

— Hijo mío — repuso don Manuel con acento reposado — demasiado pronto has querido meterte en el intrincado laberinto de la política. Ten presente que sólo te proporcionará disgustos y sinsabores; y además, que no me parece noble ni justa la causa que defiendes. Ha llegado á mis manos uno de esos escritos que has tenido la osadía y la desvergüenza de dar á la estampa con tu nombre ..

— ¿Acaso está mal?

— No es eso. Quiero decir que no me agrada poco ni mucho que un hijo mío se convierta en vocinglero descamisado. Estaría bien, si fueses un pobre que no tuviera sobre que caerse muerto; pero, á Dios gracias, no es así. Tu porvenir no está en la política sino en tu casa. Termina la carrera con lucidez y vente luego al pueblo á vivir tranquilamente. Deja al mundo y á la sociedad tales como están; que los arregle el que quiera.

— Esas ideas, padre querido, son buenas para ustedes, para los viejos. Nosotros, los hombres de hoy, los que sentimos arder en nuestro pecho la llama de la juventud, debemos sacrificarnos en aras de nuestros ideales. Esta empresa, dirá usted, requiere arduo trabajo ¿qué importa? El mundo está muy mal organizado, y es preciso que los hombres lo arreglen. La inmoralidad cunde, la tiranía se ensoberbece; nos hallamos como en los peores tiempos de Roma. Existe gran desigualdad entre las clases sociales; y es preciso que esas diferencias se borren, que el oprimido recobre sus derechos, que cese el despotismo, que el sol de la justicia brille esplendoroso para todos, que el trabajo sea el lazo que una á los hombres, que no haya señores y siervos, grandes y chicos, que caigan destruídos, hechos polvo, los cimientos de esta sociedad caduca, que los hombres gastados pasen á la historia y sean substituídos por jóvenes de vigorosa energía, inspirados en los preceptos de una moral sana y pura... En fin, padre, no es este el momento más oportuno para que le exponga las teorías de nuestro programa, que es el de todos los hombres honrados, amantes del progreso... Mañana tenemos reunión en uno de los teatros. Vendrá usted y podrá apreciar quien soy, lo que pienso y si merezco los reproches que antes me dirigió.

Dejó Federico á su padre, aturdido y confuso por todo aquello que acababa de decirle; mas, repuesto don Manuel y haciéndose cargo de la situación, quiso oponerse resueltamente á que su hijo continuase por aquel derrotero.

— Esta noche te vienes al pueblo conmigo, y se acabó todo.

El joven protestó. No iba al pueblo. Tenía compromiso contraído con sus amigos. Pidió como favor especialísimo á su padre que no le obligara á cometer una atrocidad.

— Antes de faltar á mi palabra,.. me pego un tiro. Mañana he de hablar en el *meeting*, y vendrá usted á oirme.

— ¡Quién! ¿yo? ¡Ni por estas!

Hizo la cruz y la besó, añadiendo luego:

— ¿Sabes lo que te digo? Que puesto que te me subes á las barbas y los consejos son letra muerta para ti, desde hoy te abandono. Haz lo que quieras. Alguna vez te acordarás de tu padre, arrepintiéndote de no haber hecho caso de mis razones...

Y abandonó la casa donde se hospedaba Federico, y fuese en busca de alojamiento; dispuesto á volver al pueblo y dejar al joven abandonado á su suerte.

III

Pero hete aquí, que lo primero que llamó la atención de don Manuel, fué un grupo numeroso de gente, que estaba leyendo un cartelón de papel rojo, pegado en la esquina de la calle. Acercóse, por curiosear, y pudo leer en letras grandes la palabra *¡Ciudadanos!* que encabezaba la citación al *meeting* de que le hablara Federico.

Uno de los curiosos leyó en voz alta; era un llamamiento á todas las clases sociales, y lo mejor del caso es, que firmaban el cartel los políticos más significados de la capital, entre los cuales figuraba el nombre de su hijo. Decir que á don Manuel, á pesar del disgusto que acababa de recibir, le desagradó aquello, sería faltar á la verdad. Por lo contrario, experimentó gratísima satisfacción al pensar que Federico podía codearse con los personajes más notables de la provincia. ¡Lo que es la vanidad!

Detalle tan insignificante, al parecer, cambió por completo las ideas de don Manuel, quien una vez en el cuarto de una fonda de segundo orden, donde fué á hospedarse, calculó que se había mostrado muy cruel para con su hijo, y que en rigor, no era merecedor de aquel abandono con que le amenazara.



Decidió, por tanto, no volver al pueblo y esperar al día siguiente para juzgar en que paraba todo aquello. Largo sería, decir lo que pensó don Manuel durante las horas que faltaban para la celebración del *meeting*. Diré nada más, que se arrepintió de haber dado motivo de disgusto á su hijo, y resolvióse á transigir después del acto político que tenía que verificarse

Don Manuel, fué de los primeros en asistir al teatro.

JULIÁN PÉREZ CARRASCO

*(Continuará).*




LIBROS PRESENTADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

OCIOS CRUELES. - *Colección de poesías. — Autor, Rosendo Villalobos. - Bolivia.*

No son versos vulgares ni mucho menos. Campea en todos verdadero estro, imágenes bellísimas y bastante pulcritud en la forma; especialmente en los asuntos originales, donde el poeta vuela con entera libertad. Los versos traducidos ó imitados han de resultar incorrectos por fuerza; siendo de lamentar la predilección que á ese género muestra el señor Villalobos. Quien siente y discurre como él, no necesita buscar inspiración ni moldes en los demás. Nuestra cordial enhorabuena, y las gracias más expresivas por el envío de ejemplares á esta Redacción.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

CUBIERTA EN COLOR; de Sans Castaño.

*¡Terrible venganza!* — Caricaturas de Fradera.

PÁGINAS EN COLOR — *Julio A. Roca, Presidente de la República Argentina* Retrato y artículo biográfico de Antonio Astort.

*¡Malagueñas!* Cuadro de Gil de Palacio, y cantares de Narciso Díaz Escovar.

*En paz y jugando.* Cuadro de Román Ribera.

*Paisaje del natural* (Italia) Cuadro de Enrique Serra.

PÁGINAS EN NEGRO. — *El harén turco.* Artículo de José Ramón Mélida; con ilustración fotográfica.

*¡Dos madres!* Artículo de Fernando Girbal Jaume; ilustrado por Gastón Pujol.

*Los hastiados.* Artículo de Antonio S. Briceño.

*La Alhambra* (Fantasía). Artículo del Marqués de Premioreal; con varias vistas fotográficas.

*Por esos mundos.* Artículo de Emilia Pardo Bazán.

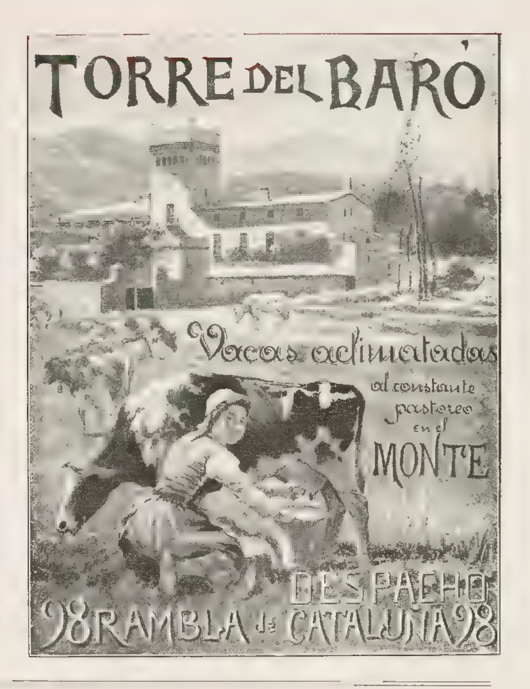
*El ideal.* Continuación de la novela de Julián Pérez Carrasco; ilustrada por A. Seriñá.

MOSAICO

REGALO. — *Gavota infantil*, para piano; original de Arturo Alarcón



Impreso por F Giró. — Papel de Sucesores de Torras Hermanos. — Litografía Labielle




MIRA CON QUIEN ANDAS... Y SABRAS QUIEN ES, por M. NAVARRETE.



Si tienes a mano cien pesetas, déjamelas que luego...



— Ahora, vamos á ver un aderezo que...
— Pero si ya no..
— Pues adiós chico, no quiero ir con un tipo tan roñoso como tú.



¡Mi padre me dijo que evitara las malas compañías y yo creo que las buenas son peores! Ni un céntimo me ha dejado en el bolsillo

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.

# Album Salón



*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ◆ *Rambla de Cataluña, 151, Barcelona* ◆ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS ✶ ACTUALIDADES ✶ ARTICULOS LITERARIOS ✶ POESIAS ✶ MODAS ✶ REVISTAS DE SALONES ✶ MUSICA ✶ SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

— PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES —

AÑO II | BARCELONA, 16 DE NOVIEMBRE DE 1898 | NÚM. 30

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer. Federico Balart.—Francisco Barado. - Pedro Barrantes. — Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo. — Mariano de Cavia. Martín L. Coria. Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*. —Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.— Pedro Gay.— Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*.—Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo. José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. — Emilia Pardo Bazán. —José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós.—Felipe Pérez y González. — Jacinto Octavio Picón. - Miguel Ramos Carrión. - Angel Rodríguez Chaves.—Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint - Aubín.—Antonio Sánchez Pérez.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.— Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada. —Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega - Rey. — Francisco Villa Real. — José Villegas *(Zeda)*.—Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot. Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.— José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau. - Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull. –F. Brunet y Fita.—Cabrinety. José Camins. — Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí. –Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan. – Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller. —Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy. -Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Tomás Martín.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía. Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles. —José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli. –Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa. — José Parada y Santín.—José Passos. -Cecilio Plá. —Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera. — Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint - Aubín. –Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini. José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell. María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.— Gerónimo Giménez.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados. -Joaquín Malats.—Claudio Martínez Imbert. -Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell. -Agustín L. Salvans.—Joaquín Valverde. Amadeo Vives.

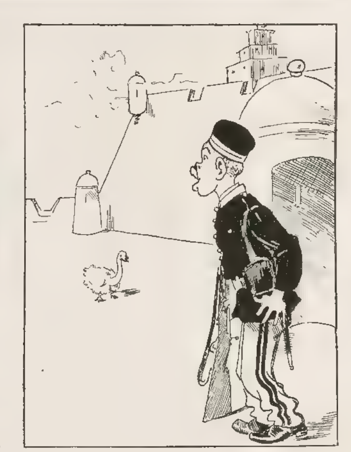
¡¡TERRIBLE VENGANZA!!, por FRADERA.



— Oye Lendrera: ¿á que no *t'has enterao* que mañana estamos *castigaos* ó entrar de guardia? — ¿Y *polque home?* — Por habernos *metío antier* á comer higos en el huerto del *Gobernaor*... — ¿Y quién ha *sío* el soplón? — *Pos*... el *ganso* del mayor de plaza. — Pos... lo que es á mí me la paga!



— ¡Rediez con el ganso del mayor! ¡Cuando *igo* yo que me la ha de pagar!



— ¡Córcholis! *¡Po* allí asoma!... *¡Alto!... ¿Quién vive?*... ¡Alto!... ¿Quién vive?..



# JULIO A. ROCA

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Nacido en la provincia de Tucumán en 1842, el bravo general con cuyo retrato se engalanan hoy las columnas del Album Salón, ha sido, desde la edad de 29 años, uno de los hombres más notables de su país, y el que más ha influído, durante los tres últimos lustros, en la accidentada política de la República Argentina.

Sobrio de palabras, sus hechos le han granjeado justo renombre de hombre de acción y reflexivo.

En el ilustre personaje de que hablamos se cumple una regla que, no por poco estudiada y hasta el presente no demostrada, deja de fundarse nada menos que en cierta teoría puramente psicológica

El orador, el retórico, no es por lo regular, buen gobernante. Testimonio: la Historia.

¿Por qué?

El arte-ciencia (que de ambas naturalezas participa) de gobernar, requiere que en el hombre de gobierno domine, sobre todas las demás, la facultad de la reflexión.

Si en el actual estado de la técnica, fuera posible excrutar las localizaciones del cerebro, hallaríase que las células productoras de la verbosidad crecen contiguas á las células productoras de la reflexión, y que el desarrollo de aquéllas se opera en perjuicio de éstas y vice-versa.

No es el gobernante argentino paladín de oficio, ni de afición; no es locuaz, ni tuvo jamás atrevimientos literarios; pero, en cambio, revélanse en él altas condiciones de mesura, de serenidad, y muy singularmente de hombre de gobierno. Profundo conocedor del complicado mecanismo político-social, puede decirse del General Roca que nació para mandar y ser obedecido.

Cuéntase de él una anécdota que, militarmente considerado, le presenta de cuerpo entero.

Momentos antes de empezar la batalla de Naembé (1871), dijo: «Esta vez me hago matar, ó me hago coronel.

Por aquellos años, el Paraguay estaba empeñado en desigual y, para su causa, desastrosa lucha contra tres naciones coaligadas: la República Argentina, la del Uruguay y el imperio del Brasil.

De la mentada acción de guerra, salió con vida, y además con los entorchados de coronel, el que siete años más tarde iba á ser Ministro de la Guerra, y poco después, llamado por antonomasia *héroe del desierto*.

Vamos á hacer á renglón seguido algo de historia, para que el curioso lector conozca el origen de este sobrenombre.

Es la *pampa*, una dilatada extensión de terreno inculto, desierto, rodeado de una naturaleza salvaje y, por decirlo así, abrumadora. Limítanla las gigantescas montañas andinas, algunos ríos caudalosos, que surcan el territorio argentino, y determinadas provincias de la Confederación, en cuyo interior, la mano civilizadora del europeo ha hecho ya sentir su acción benéfica.

La *pampa* fué, en todo tiempo, refugio de las tribus aborígenes, de aquellas regiones americanas; del *indio* que, obediente sólo á la voz imperiosa del cacique, vivió siglos y siglos como único habitante del *desierto pámpano*, del cual era dueño absoluto.

Esas hordas nómadas, vivían del azar y la rapiña.

Sus incursiones sembraban estrago y desolación, donde quiera las efectuaban. Los pueblos y las estancias fronterizas de la *pampa*, eran á menudo entrados á saco por los indios que, en sus impetuosas y audaces correrías, acreditaban, por medio de barbaridades de todo bulto y jaez, su condición de bárbaros.

El tirano don Juan Manuel de Rosas había intentado, en 1833, poner coto á semejantes desmanes, mediante la conquista del desierto; pero, sea por desacierto, sea porque solicitaban mayormente su actividad una serie de acontecimientos interiores, de los que iba á surgir su odiosa dictadura; el caso fué, que aquel conato de represión no dió el menor resultado. Y las tribus, continuaron enseñoreándose de la *pampa*, sin freno ni medida; hasta que, durante la presidencia del Doctor don Nicolás Avellaneda, se inició formalmente la obra de conquistar el desierto, y acabar una vez por todas con sus primitivos moradores.

Para ello, el ministro de la Guerra don Adolfo Alsina, puso en práctica un plan, que consistía en ocupar la *pampa* por fajas ó zonas de territorio, á medida que éstas se fuesen poblando.

Este sistema era lento; y la opinión, soliviantada por los peligros que tal lentitud amagaba, reclamó procedimientos más rápidos y eficaces.

Entonces, en 1878, se hizo cargo de aquella cartera ministerial el general don Julio A. Roca; quien, emprendiendo con grandes bríos la obra ya comenzada, y por él reanudada y coronada, de *civilizar* la *pampa*, arrasó tolderías, aniquiló tribus enteras y, después de haber llevado las líneas fronterizas al mismo pie de los Andes, y á las orillas del río Negro, pudo con gloria decir, al cabo de un año: «Recoja mi patria, la nación Argentina, 18 mil leguas de territorio, que antes eran guarida de salvajes, y desde hoy quedan entregadas á la vida del progreso.»

He aquí, el origen del sobrenombre que lleva de *héroe del desierto*.

Terminada en 1880 la administración de Avellaneda, el voto popular eligió presidente de la República á nuestro biografiado; el cual, en la forma prescrita por la Constitución, entró á desempeñar la primera magistratura de su país, en 12 de octubre del propio año.

Este período presidencial se señala por el decidido impulso que la Argentina dió á su fomento. Los que en lo político habían sido contrarios del general Roca, pronto fueron reducidos, por la fuerza de los acontecimientos, que marcaron un jalón en la vida nacional. Y, naturalmente, argentinos, al fin y al cabo, acabaron por agruparse, cual por cariño, cual por patriotismo, y todos con respeto, en derredor del gobernante.

Un año antes, poco más ó menos, de expirar su administración, fué agredido, en la plaza de Mayo, por un fanático que dijo abrigaba la intención de mandar al otro mundo al general. No sería muy sólida la resolución del agresor, cuando por toda *arma* se valió de una piedra, con la cual asestó un golpe al Presidente.

Desde aquel hecho, los periódicos caricaturistas representan á Roca, con una venda en la cabeza; y por su innato maquiavelismo, cualidad *sine qua non* de todo político de verdad, le llaman... ¿cómo lo diremos?... nada; habrá que decirlo tal como suena: le llaman *el Zorro;* tropo que, es bien sabido, sirve para designar la astucia

Al general Roca sucedió en el mando el Doctor Juárez Celmán, y á éste, el venerable Saenz Peña; quien, al poco tiempo de empuñar el bastón presidencial, declinó el cargo en el Vice-presidente, Doctor Uriburu.

Cumplido el plazo de este último, ha sido reelegido Roca; prueba elocuente é inequívoca de que el país ha menester un hombre que á las relevantes condiciones del actual gobernante, añada los bien cimentados prestigios que le acompañan.

Efectivamente; pocos de sus compatricios, acaso ninguno, puede actualmente decir como *el héroe del desierto:* «yo me comprometo á encauzar al país por la senda del progreso, que tan vigorosamente tiene emprendido; yo le encauzaré por ella, salvándole del gravísimo peligro que le amenaza».

Este peligro, es la eterna cuestión que la Argentina viene sosteniendo con su vecino, el militarizado Chile, por una bicoca; por unas cuantas leguas de tierra, allá en la frontera de los Andes.

Y así resulta en efecto: apenas subido por segunda vez á la presidencia (12 de octubre del corriente año), el oro ha bajado, los valores bursátiles han subido, la confianza renace y los peligros de complicaciones internacionales, se dan casi por completamente conjurados.

Tal es el hombre á quien, sin ser doctor ni literato, el pueblo argentino mira como garantía de paz y promesa de regeneración.

Su programa de gobierno es claro, conciso y merecedor de la aprobación general.

¿Será fielmente cumplido en lo porvenir?

El porvenir no depende de la voluntad de los hombres, y, por lo tanto, no puede ser vaticinado.

Pero, dentro de lo humano y á juzgar por los antecedentes que abonan las promesas del nuevo gobernante, cabe pensar que el programa del general Roca, llevado á la práctica, será fecundo manantial de bienandanzas, de paz y de prosperidad para la nación cuyos destinos rige, con el aplauso de todos los hombres de buena voluntad.

ANTONIO ASTORT

# EL HARÉN TURCO

En Turquía, no solamente me sentí curioso por admirar las mujeres, sino por visitar un *harén*. Deseábalo inocentemente, y doble era por cierto mi inocencia, pues tan lejos de mi pensamiento estaba la idea de hacer el don Juan, como de mis instrucciones previas el exacto conocimiento de lo que es un harén. La mayoría de las gentes (que para el caso son todas las que no han estado en Turquía), al oir pronunciar la palabra harén, relacionándola inconscientemente con la pluralidad de esposas que á cada musulmán consiente su religión, tómanla por sinónima de lugar destinado á la vida voluptuosa.

No sé si era este el concepto que yo me había forjado de un harén, ó si por haber suspendido todo juicio hasta verlo, sólo tenía una idea vaga. Ello es que así que llegamos á Constantinopla, el guía ó dragomán nos llevó (hablo en plural porque íbamos cinco viajeros, los cinco españoles) á ver una mezquita, que nos advirtió ser de las más notables en magnificencia arquitectónica, por haberla construído, en la primera mitad del siglo XVII, la sultana Valida.

Contra lo que esperábamos, la puerta á que llamó el dragomán, y que se nos franqueó para visitar el edificio, era una puerta enorme, como de cochera, que fué cerrada luego tras nuestras espaldas, mientras abanzábamos por un portalón profundo, cuyo piso enarenado se ofrecía en rampa ascendente hasta un zaguán revestido de azulejos. Preguntamos qué fin tenía la rampa, y se nos dijo, que la de poderse apear de su caballo el Sultán y de sus coches las reales esposas, cuando visitaban el edificio, en el piso que les correspondía y que nosotros hubiéramos llamado *principal;* es decir, que la rampa evitaba una escalera. En dicho piso, desde el zaguán pasamos á una ancha galería, y desde ella, á una serie de habitaciones que recorrimos encantados, pues aquélla y éstas, ofrecían sus muros totalmente revestidos (del techo al suelo) de azulejos sobre cuyo fondo

blanco destacaba, en lo alto, un friso de simulada arquería, debajo recuadros, con cipreses ó arbustos, y por fin un ligero zócalo; todo ello de color azul y algunos toques verdes, trazados con la soltura y la fantasía propias de los decoradores persas. En algún salón había una chimenea, cuyo hogar, en figura de alto nicho, con volada campana poligonal, estaba revestido de azulejos. Visitamos hasta algún aposento de índole reservada. En ninguno había muebles. Aquel pequeño palacio inhabitado, también dejaba adivinar la vida privada de los sultanes. Y cuál sería nuestro asombro, al oir que aquello era un *harén*. Todavía no nos habíamos dado cuenta de como podía ser aquello un *harén*, cuando, no sé si en la galería ó en una de las estancias, nos fué de pronto franqueado el paso á la tribuna ó galería alta de la Mezquita, que recorrimos examinando los creyentes que abajo se entregaban á sus plegarias, ó se instruían con las explicaciones de algunos profesores. Al salir de allí, dedujimos que el palacio que habíamos visitado no era nido del amor, cosa profana en un santuario, sino un lugar austero de retiro; era en suma la antesala imperial del templo.

Después, al cabo de visitar otras mezquitas, supimos que en todas ellas se denomina *harén* el patio cuadrado contiguo al santuario, rodeado de pórticos y en cuyo centro se halla la fuente para las abluciones; por donde



nos fué fácil comprender que la palabra *harén*, en su acepción más amplia, significa recinto interior, lugar apartado de las miradas profanas. Pero no era el aspecto lexicográfico lo que nos importaba, sino el social; no era el nombre, sino la cosa lo que deseábamos conocer á fondo.

Considerábamos ya un tanto chasqueada nuestra curiosidad, cuando nos sorprendió la grata nueva de que el Sultán había dado permiso para que todos los expedicionarios visitáramos su tesoro y algunos de sus palacios. Para ello, comenzaron por llevarnos al antiguo serrallo (palabra que también interpretamos torcidamente los occidentales, haciéndola sinónima de *harén*, y que en rigor significa palacio), que está al extremo oriental de Stambul, sobre el Bósforo. Nada diré del tesoro, del que salimos deslumbrados, pensando que al revés de los potentados de occidente, que colman de joyas á sus mujeres y ellos apenas si las lucen en su persona, el Sultán posee infinitamente más pedrería y más oro que sus invisibles mujeres, por muchas que tenga y por mucho que guste de adornarlas; contraste raro, que solamente puede explicarse por el distinto papel que las costumbres imponen á la mujer en cada pueblo; pues mientras nosotros exhibimos á nuestras mujeres, los turcos, que se escandalizan de ello, las recatan y guardan, pensando que el mejor adorno de la hembra es la fidelidad á su varón. Aquel tesoro que en Oriente enriquece fabulosamente á un hombre, y en Occidente embriagaría á las mujeres de ambición más desenfrenada, acabó de desilusionarnos de ver el *harén*, esto es las mujeres que en Turquía pertenecen á la vida privada. Al contrario que por acá, allá se enseñan más fácilmente las riquezas y las viviendas que las mujeres. Resignados á tan extraña costumbre, y esperando sorprender ya que no las mujeres, sus huellas, pasamos al palacio propiamente dicho, conjunto de habitaciones, galerías y kioscos abiertos sobre el Bósforo. También allí estaban los aposentos deshabitados, los muros revestidos de brillantes azulejos, y además había muebles, divanes, los decantados divanes turcos que convidan al muelle reposo, *desideratum* de la vida oriental; y había también, sillas y otros muebles á la europea, desfigurando por completo el aspecto típico, que hubiéramos querido sorprender en tales estancias. En cambio, los kioscos, la terraza, desde la cual, mientras apurábamos tacitas de café hecho á la turca, contemplábamos el espléndido panorama del Bósforo, con los jardines del *Serrallo* á nuestros pies, el mar lleno de embarcaciones (los vaporcillos y barcos, que van y vienen despaciosamente), á la derecha el Cuerno de oro y Gálata, al fondo la costa asiática con Scutari; los varios detalles de la peregrina situación de la ciudad, una parte de ella en cada continente; todo esto excitó nuestra imaginación con la idea del *harén*, dorada cárcel de beldades efímeras, que vieron allí deslizarse sus días, sin dejar recuerdo en la historia, ni recoger en su espíritu más que la impresión plácida de aquel panorama, dilatado, pintoresco, luminoso, con todos los cambiantes del azul del mar y del ópalo de las nubes, con todos los reflejos del ardor del sol y de los varios colores de las innúmeras cúpulas y afilados minaretes. ¡Qué vista incomparable! ¡Qué delicia! Era el panorama del Oriente lo que nos deleitaba, y yo no sé si él ó las extrañas estancias del palacio, eran las que nos inspiraban aquella ilusión. Para conservarla, tratamos de alejar de nuestra mente el recuerdo de los crímenes y violencias horribles que registra la historia, cometidos entre aquellos muros, y dejamos éstos para embarcarnos, á fin de visitar otro palacio en Scutari.

Ni en este otro palacio, ni en otros dos que visitamos después, hallamos tampoco otros vivientes que sus guardianes, ni nada de turco en el estilo arquitectónico y en la decoración, que era *barroca;* de modo que en vano podíamos pedir al arte el oportuno auxilio para evocar las ausentes hijas de Mahoma, cuyo constante recuerdo aguijoneaba nuestra curiosidad. En el tercer palacio, un estanque de caprichosa forma, rodeado de balustradas con escaleras, para que el agua forme cascadas al caer, con surtidores, para que los chorros formen juegos caprichosos, y demasiado extensos para estar bajo techado, al través de patios cubiertos y galerías, dejaba adivinar fútiles pasatiempos de la vida interior.

Pero todavía no nos dábamos por satisfechos.

El último palacio que visitamos, era el más pequeño de todos. Repetíanse en él los salones alhajados á la europea, y los gabinetes, que cualquiera de ellos, podía tomarse por *boudoir* de una parisién; lo que dejaba sospechar una profunda modificación en los hábitos y costumbres orientales.

Aquello ya daba tedio. Era inútil cansarse. El *harén* no estaba en tales palacios. Acaso hubiera estado la víspera en alguno de ellos, pues ni las mujeres ni su señor tienen residencia fija, con tener tantos y tan magníficos palacios; mas las invisibles beldades, no habían dejado huellas; consigo debieron llevarse los vasos perfumatorios, los cigarrillos olorosos, cuyo aroma se había extinguido, los tableros de ajedrez, las joyas, hasta las alfombrillas para sentarse ó tenderse en el suelo; todo, en suma, cuanto contribuye á endulzarles sus indolentes ocios.

De pronto, nos encontramos en un pasillo estrecho que nos condujo á unas habitaciones, cuatro ó cinco, todas ellas reducidas, como camarines, revestidas por completo, techo, suelo y muros de transparente alabastro, sin más luz que la escasa que suavemente tamizaba, al través de unos vidrios de colores, la celosía que tenían por techumbre. Aquellos aposentos que exhalaban grata frescura y dulce misterio, fueron los únicos que alborotaron nuestra imaginación, hablándonos del amor oriental. En uno de los cuartos había un lecho, un anchísimo diván; en el cuarto contiguo una gran pila de baño y una lujosa fuentecilla, y en el muro divisorio un hueco, una especie de alhacena con portezuelas de cristal, una en cada habitación, y en aquel hueco sólo se guardaba un jabón. Por el momento no comprendimos lo que veíamos. Luego lo comprendimos todo: aquello era un baño turco, con sus varios aposentos, para mantenerlos á distintas temperaturas.

¿Dónde estaban las decantadas odaliscas, con sus collares y sus prolijos adornos; con sus calzones, las bragas persas, que desde los días de Cambises, no han dejado de usarse en oriente, y que alguna vez sorprendimos entre las transeuntes de Constantinopla, cuando se recogían la falda? ¿Dónde estaba el *harén*? — ¡Ah! para ver esto, no basta ir á Turquía. ¡Hay que hacerse Sultán!

José RAMON MELIDA

# MALAGUEÑAS

Un lunar me tiene preso,
sin querer la libertad;
y así beso mis cadenas
cuando beso tu lunar.

Por sorprenderte asomada
á los hierros de tu reja...
hasta el lucero del alba
se pasa la noche en vela.

Al escuchar aquel beso,
envidia tuvo la luna;
se ocultó tras una nube
y nos quedamos á obscuras.

Ya ves tú si era bonita,
que hasta el mismo enterrador,
al mirar aquella cara,
tiró la azada y lloró.

Firmamos una escritura
de no olvidarnos jamás,
yo, por gusto de cumplirla,
tú, por gusto de faltar.

Mira tú que es cosa triste
tener que escuchar mis males
poniendo la cara alegre
porque no se burle nadie

Con las perlas de tus ojos
quisiera hacer un rosario
para ponérmelo al cuello
y á todas horas besarlo.

Cuando el amor agoniza,
dale una toma de celos;
y como no se levante
avisa al sepulturero

Empezó un sabio á querer,
y dejó un tonto de amar,
y empezó el tonto á aprender
y empezó el sabio á olvidar.

No quiero, cuando me muera,
riquezas, cantos ni honores,
sino dos labios que recen
y dos ojos que me lloren.

Cuando supe tu traición,
juré no quererte más;
¡qué ganillas voy sintiendo
de poderte perdonar!

Por cárcel tiene el querer
casa con muchas ventanas;
y cuando le abren alguna
levanta el vuelo y se escapa.



*Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9)*

Enséñeme usté á robar,
bandolero de la sierra,
por ver si robo á una niña
el corazón que me niega.

Cielo y mar me dan consuelo,
desde que tanto te adoro,
¡que iguales reflejos tienen
el mar, el cielo y tus ojos!

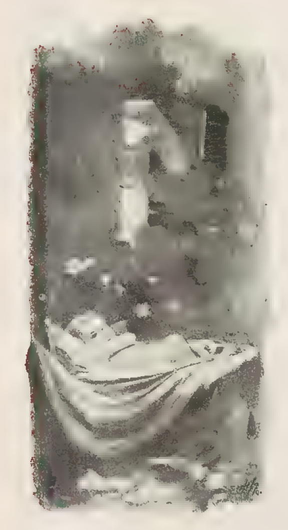
NARCISO DIAZ DE ESCOVAR



Sañu Robira (Fernando VII, 59).

EN PAZ Y JUGANDO

# DOS MADRES




o ha muchos días presencié el lance que voy á referir, desde mi asiento en el tranvía de vapor que conduce á la inmediata ciudad de Badalona.

Me había instalado en él, diez minutos antes de la salida.

Hallábase á mi lado una señora, acompañada de la nodriza, quien llevaba en brazos un niño paliducho, envuelto en ropajes blancos, de mucho abrigo, con un gorro colosal, desproporcionado, conforme á la moda de la estación, que disminuía aun más aquel rostro descolorido, inmóvil, de ojos sin vida y labios sin sonrisas.

La madre vestía de negro, era de estatura regular, algo delgada, de una delgadez esbelta, y tenía ojos negros, pensativos; de esos ojos grandes y hermosos, cuando se muestran muy abiertos, que aumentan su belleza y su misterio, al entornarse con cierto recogimiento, mirando al suelo; ojos resguardados por el velo de una castidad perenne, imborrable.

Tomó al niño de los brazos de la nodriza.

— ¡Rey mío! — dijo, besándolo con toda la efusión de una madre, cuando teme perder á su hijo, ó sea con la mayor de las efusiones: — tú te pondrás bueno, ¿verdad? ¡Rey mío, tesoro mío!...

Y repetía sus besos con ansiedad, con avidez, como si en cada uno de ellos pudiera devolverle una parte de la salud perdida.

Tenía mucho de impropio y de triste, el llamar rey y tesoro á aquella criatura enfermiza, sin vida, sin hermosura, de carita lánguida, enjuta;... pero esas mismas palabras, dichas por aquella madre, con toda la vehemencia de la ternura, con todo el frenesí del deseo ardiente; ¡tenían también tanto de sublime, de grandioso y adorable!...

Por las ventanillas y por la puerta-vidriera del coche, se presentó á mis ojos, un cuadro en extremo triste y curioso. Allí enfrente, muy cerca, á la puerta de los cuarteles nuevos, repartían el rancho sobrante á los mendigos: lastimoso espectáculo, propio de las grandes ciudades, que ocurre todos los días, en medio de la indiferencia general, y se reduce á breves momentos de animación, durante los cuales, la multitud harapienta rebulle, se agita y empuja, ansiosa de obtener el miserable mendrugo; anhelante por alcanzar la mezquina bazofia, devorada luego con apetito que de envidiable calificaría, si no tuviera por causa el hambre.

Mi compañera de viaje, pronunció algunas palabras que no entendí del todo; pero por ellas deduje que venían de ver al médico, y que éste no la había tranquilizado, ni mucho menos, respecto á la salud del pequeñín. La nodriza lo tomó de nuevo en brazos, y él se quedó mirando á la inquieta muchedumbre, al través de los cristales, lo propio que su madre.



Como sucede siempre, por miedo á quedarse sin ración, todos aquellos seres, llenos de sangre, desarrapados, miserables, cediendo á la violencia de la egoísta necesidad, se estrujaban, dándose codazos, casi derribándose unos á otros, sin miramiento, mostrándose en toda la rudeza del instinto animal, en toda la brutal violencia del hambriento.

El que llega tarde; el que, por ser viejo ó débil, no puede ponerse entre los primeros, se queda sin comer, las más de las veces.

Y eso fué lo que ocurrió entonces á una pobre mujer que, con un niño en brazos, cuantas veces intentó penetrar entre la compacta pared humana, fué rechazada sin compasión por los que, poseídos de la misma necesidad que ella, contaban con más fuerza para defender su puesto ó disputarlo al vecino. Se acabó el rancho... antes que los demandantes, y la pobre mujer, descorazonada, echó á andar con paso lento, sin dirección fija.

Como viera el tranvía y ausente al conductor, subió á la plataforma, y alargó la mano, con el ademán rutinario del pordiosero de oficio, pidiendo para dar de comer á su hijo, que se quedó mirando al niño que sostenía la nodriza.

Los ojitos sin brillo del pequeñín enfermo se animaron repentinamente, con expresión de júbilo, como si hallaran en el hijo de la mendiga un conocido, un camarada antiguo; y sus labios descoloridos dibujaron una contracción que no llegó á sonrisa, y sus manecitas se agitaron, cual si quisieran abrazar.

Su madre había abierto el monedero, para entregar una limosna á la infeliz mendicante; pero al ver los movimientos del niño, detuvo el suyo, obedeciendo á una repentina idea.

El enfermo silabeó precipitadamente:

— ¡Oh!... ¡Ne-ne!... ¡Ne-ne!...

Y se agitó, como si quisiera llegar hasta el desconocido que tanto le llamaba la atención; el cual le contemplaba á su vez fijamente, aunque con manifiesta indiferencia.

La pobre señora debió discurrir de este modo: ¡si esa criatura pudiera comunicar un poco de su robustez á mi hijo!... ¡Si yo pudiera comprársela con dinero!

—¿Quieres dar un beso á ese niño? ¿Sí, quieres?... Dale un beso, dáselo...

La mendiga, por su parte, quiso que su hijo hiciera lo propio; pero éste no comprendió, ni se movió. No sabía dar besos.

— ¡Tonto!... — le dijo contrariada, por no poder complacer á la señora. Tomó luego un billete muy dobladito que ésta le daba, y deshaciéndose en palabras de agradecimiento, y obedeciendo al conductor, que la advertía que íbamos á marchar, bajó del coche; el cual echó á andar medio minuto después.

La buena señora estaba bajo muy otra impresión, que cuando se despidiera del médico. Con cara alegre y risueña viveza, exclamaba, acariciando al chiquitín:

— ¿Has visto un nene? ¿Sí?... ¿Y tú te has alegrado mucho de verle?... ¿Sí? ¡Sí!... ¡Ríe!... ¡Ríete, hermoso!... ¡Ríete!...

Y el niño se rió esta vez, de verdad, con alborozo, con júbilo, casi ruidosamente.

Y yo advertí en aquella mujer un estremecimiento de gozo, una emoción ternísima que la rebosaba por los labios, ocupados en besar con efusión al chiquitín. Y al punto me expliqué la causa. Ella creyó entrever en la sonrisa de su hijo una promesa, una recompensa de Dios; consideróla como un presagio feliz. Su hijo reía; luego... se ahuyentaba el mal,



principiaba la curación; y sus ojos, su rostro, su voz, su cuerpo todo se estremeció, desde lo más íntimo, desde el corazón mismo; y murmuró entre sonoros y ardientes besos:

—¡Oh!... ¡Rey mío!... ¡Amor mío, amor mío!...

Dios no quiso, seguramente, que el presentimiento de aquella madre resultara fallido; que su optimista intuición se convirtiera en desengaño. Si la otra madre había hallado con qué atender al sustento de su hijo, ¿porqué ésta no había de obtener la salud del suyo? Su ternura era tan grande, su deseo tan ardiente! ¿Cómo serían, por tanto, sus oraciones?

Y, sin darme cuenta, también yo me puse contento pensando que en el cielo no podrían desecharlas.



Fernando GIRBAL JAUME

# LOS HASTIADOS

Si el hastío es sólo un estado transitorio del alma, siquiera implique, cuando menos, que la dicha no es el objetivo de la vida, no acierto á descubrir el motivo que tengan algunos pseudo-filósofos para elevar aquella anormalidad á sistema, con el nombre de pesimismo.

Y como juzgo además que de haber quien hiciese entre los humanos el papel de equitativo destribuidor de dichas é infortunios, habría de tomar en cuenta los méritos de cada uno, deduzco que los necios (los cuales no tienen derecho á la dicha) hacen muy mal papel lamentándose del hastío.

Concibo el hastío ó el *spleen* de Byron, en quien, por desgracia, se unimismaron un gran talento, una fantasía rica y pasiones relajadas. El lord vate debía forzosamente ser víctima de la desesperación, que en su alma se tradujo en oleadas de lirismo, y en tétrico delirio; porque en su sér libraban ruda batalla el pensamiento que hacíale vislumbrar áureas cumbres, y las pasiones, que á menudo le lanzaban al abismo.

Pero, que nos venga *Don Nadie* con que «esta vida es un infierno», con que no se le comprende, ó con que sus nobilísimos ideales tienen sólo por desenlace las más patéticas decepciones; paréceme cosa tan ridícula, que no puede uno menos de exclamar con indignación: «¡Cierre el pico, señor del lloriqueo, que usted no entiende de esas cosas, ni merece entenderlas!»

Muchos hay que en estrofas mal zurcidas, pero pretensiosas, tratan de hacer creer que son víctimas de la universal injusticia de *este lugar de expiación*, y procuran imitar á Espronceda en su delirio; con malísima suerte, por supuesto.

En estos casos, no falta una dama que pague los vidrios rotos; es decir, que haga las veces de victimaria obligada con el falsificado Jeremías. Si la vecinita de enfrente cerró el balcón (porque hacía frío); si la niña *tal*, que pasaba por la calle junto á él, no le saludó (porque iba distraída pensando *en una falda de percal planchá*); y si la señorita *cual*, no correspondió á sus miradas con una sonrisita (porque tenía dolor de muelas en ese instante), se tienen ya las poderosas razones que han influido en el poeta, para que se declare, á la faz del mundo, el más infortunado de los mortales, y lo haga saber, quieras que no, en versos pedestres, al pobre público, á quien maldita la gracia que le hace el saber que todos los versificadores, más ó menos malos, son más ó menos desgraciados en amores. Y lo peor del caso es que el asendereado discípulo de Byron, no se contenta con eso solamente. Coronado ya, con tales primores, el alcázar lúgubre de su hastío, amenaza á sus paisanos, sino le compadecen, con hacerse schopenhaueriano ó cosa por el estilo...

Estos son los hastiados en verso, que abundan como la langosta, en los campos donde florece la bella literatura. Hay otros, los que se lamentan de la prosa de la vida, en prosa pésima: éstos son más ridículos y fastidiosos, si cabe; porque se exhiben con más pretensiones y no tienen, como sus colegas rimadores, la ventaja de poder decir que sus estrafalarias lamentaciones son licencias poéticas.

Eso de vivir hastiado, ó, por lo menos manifestarlo sin ton ni son, es necedad supina que implica una de estas tres cosas: que el llorón es un holgazán; un estúpido, que no puede distraerse con el trabajo de su propio pensamiento; ó un necio de solemnidad, que todo lo encuentra en manifiesto desequilibrio con sus aspiraciones descabelladas.

Es perdonable el hastío en ciertos hombres de talento superior, siquiera como un fenómeno psíquico, pero de ningún modo excusable en las nulidades que por ahí pululan, con ínfulas de víctimas de la sociedad; sociedad que nada puede hacer por ellos, si ha de ejercer caridad, á no ser mostrándoles las puertas del manicomio.

No deja de ser conveniente, y hasta edificante, el exhibir las injusticias, las miserias y los vicios humanos, como medio de facilitar análisis sociológicos que, aleccionando á las clases directoras, las induzcan á buscar remedios para los males de la humanidad. Pero esto no será con el prurito de hacer gala de las desgracias propias, que no son á menudo otra cosa que tropiezos del momento: y prueba de ello es, que el que así peca contra el sosiego público, en el propio pecado lleva la penitencia; porque diariamente vemos, que quien á cada instante se exhibe lloriqueando como un *bebé*, sólo desprecio é indiferencia obtiene del público.

Al cabo y al fin, nos sobra con los obstáculos que tenemos que vencer en la lucha por la vida, sin que á cualquier descontentadizo se le ocurra ennegrecer el horizonte de nuestros ideales, con sus gemidos ó sus imprecaciones, para que sepamos que la vida no es un paraíso, ni mucho menos; pero que tampoco es un infierno,... sino un teatro de luchas, en donde, los que tienen más energía y fuerza de voluntad, la pasan más ó menos bien; jamás de suerte que hayan de llorar á cada momento y en cualquier ocasión.

Ese malhadado propósito de entristecer á los otros sin motivo fundado, á más de ser atentatorio contra la tranquilidad pública, y por ende punible, implica un exceso de egoísmo malsano, que sólo para producir inútiles desazones se manifiesta. Está bien, ó por lo menos es excusable, que unas cuantas veces se traduzca en sentimentales estrofas, la melancolía de ciertos estados del alma; con lo cual se consigue hacer vibrar simpáticamente los nervios de otros seres que están en análogas condiciones; pero esto con sobriedad y no como ridícula monomanía. Hacer del *yo*, y de un *yo* siempre enfurruñado y tétrico, el objetivo único de las lucubraciones, y tratar de herir á trochemoche en el alma las fibras del dolor, es una cursilería literaria, por no decir una falta de consideración á los demás miembros de la sociedad, con quienes, en todo caso, estamos obligados á ser corteses; y la cortesía, sino se expresa con donaires y buen humor, por lo menos se reviste de cierta circunspección, que ninguna relación tiene con el perpetuo lamento de los llorones en prosa ó en verso.

De modo, pues, que es menester *llorar por la prensa* lo menos posible; porque la pobre humanidad bastante tiene con sus propios apuros y contrariedades, para ir á remacharle el clavo con el aditamento de más desventuras, ciertas ó supuestas.

Conque, dejad el hastío ó el sombrío tedio para los grandes decepcionados, para los Musset, los Leopardi, los Espronceda, los Heine;..... ¡no profanéis el dolor sublime con vuestras insulseces, parodias de Byron, fantoches de la misantropía!...

Antonio S. BRICEÑO

ENRIQUE SERRA



PAISAJE DEL NATURAL (ITALIA).

## CUENTO

Cuentan que, en Grecia, un orador famoso,
con su elocuencia y portentoso ingenio,
á todos asombraba y conmovía,
maravillando al pueblo.
Oyóle cierto día un ciudadano
desarrollar sus planes de gobierno
con viril entereza y desenfado,
y dijo desde luego:
— Eso no sabe hacerlo quien lo dice,
aunque lo dice bien y con talento.
En cambio yo, sin genio y sin palabra,
yo... no lo sé decir, pero sé hacerlo.

VÍCTOR BALAGUER

## LOS INÚTILES

Es hermoso, es hermoso nuestro empeño,
nuestra empresa es gigante·
hasta ver realizado nuestro sueño,
marchemos, compañeros, adelante.

Los que tenemos fe, los que pensamos
que el trabajo es fecundo,
los que la savia nueva atesoramos
que ha de dar nueva juventud al mundo;

Marchemos todos á escalar la cumbre
en donde brillar veo
el fuego santo de creadora lumbre
que arrebató á los dioses Prometeo.

Marchemos, entre el vulgo indiferente
que se mueve al acaso,
que se deja llevar por la corriente,
que ni nos sigue ni nos abre paso.

Ese vulgo, juguete del destino,
que el progreso deshecha,
que quisiera beber el nuevo vino
de sus abuelos en la copa estrecha;

Nuestro enemigo eterno: la gran masa
que, con deseos fútiles,
sin odio y sin amor la vida pasa;
el largo batallón de los inútiles.

Ese montón de obesos ciudadanos;
esa tranquila gente
que nos dice, frotándose las manos,
que todo marcha inmejorablemente.

Nuestro eterno enemigo: el que ahora vemos
flotando sin destino;
el que tal vez mañana arrollaremos,
al encontrarlo en medio del camino.

Trabajemos nosotros: no en la calma
el progreso se trunque;...
¡fermenten las ideas en el alma,
caiga el martillo sobre el rojo yunque!

¡Renovemos el mundo decadente,
y nuestra santa huella
bendecirá la venidera gente,
cuando podamos revivir en ella!

Mientras que los inútiles, los hombres
que estériles han sido,
verán hundirse sus obscuros nombres
en el mar sin orillas del olvido.

Las triunfadoras armas no empuñaron
el día de la guerra;
con el sudor la tierra no ablandaron...,
y han de dormir muy mal bajo la tierra.

LUIS DE ZULUETA

# LA ALHAMBRA

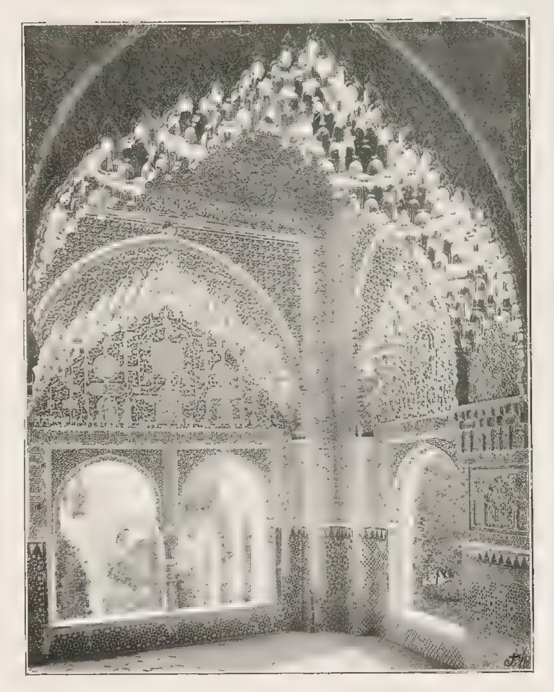
FANTASIA (1)

Al gran artista de la palabra, Emilio Castelar.

Allá en el cielo de las huríes que prometiera el Profeta, como galardón de su fanatismo, á la raza musulmana, surge en placida noche estival, repercutiendo como el fiébil eco del dolorido viento, de rama en rama y de flor en flor, una voz plañidera que modula triste quejido, y que, al modularlo, perfuma el ambiente de ambrosía

Es la voz de Lindaraxa.

Perezosamente recostada en el *alhamí* que tachonan estrellas y luceros, está la hermosa mora que, desde su mirador de la Alhambra, rigiera luengos siglos atrás los destinos de Granada. Envuelve las arrogantes líneas de su cuerpo, á que la orgía de la curva presta exuberancia, modelando la rosada carne, en blanquísimo túnico transparente; en sus negros cabellos se entretejen cientos de perlas, cual leves copos de nieve que cayeran sobre paño funerario; sus ojos, en que la luz es incandescente, aquellos ojos, espejo del sultán Mohamed V, que acostumbraban á pasear sus ocios, tras la opaca celosía de cedro, sobre aquel panorama del que dicen las inscripciones: «No soy sola, pues desde aquí se contempla un jardín admirable; no se ha visto jamás otro semejante» aparecen ahora velados por gotas de amargo lloro que, rodando por los surcos violáceos de perennes ojeras, más los ocultan.



Mirador de Lindaraxa.

¿Por qué llora la reina del harén?

Es que mirando en el azogado cristal de la luna que tiene á sus plantas, el palacio de sus amores, por cuyas fuentes corren aguas cristalinas, en cuyos jardines crecen arrayanes y rosas de Alejandría, bajo cuyas techumbres escúchanse aún sonidos de guzlas, ecos de zambras, chasquidos de besos, como notas que aletean en el espacio; contemplando, digo, la visión que es su eterno goce, vislumbró inmensa nube de denso humo, más pesada que la que le sirve de escabel, que cubriendo la torre de Comareh envolvía flamígera bandera, que poco después ondeaba señora de ella.

El plañidero lamento de Lindaraxa repercutió en los ámbitos del eden, llegando hasta el trono del poderoso Alah.

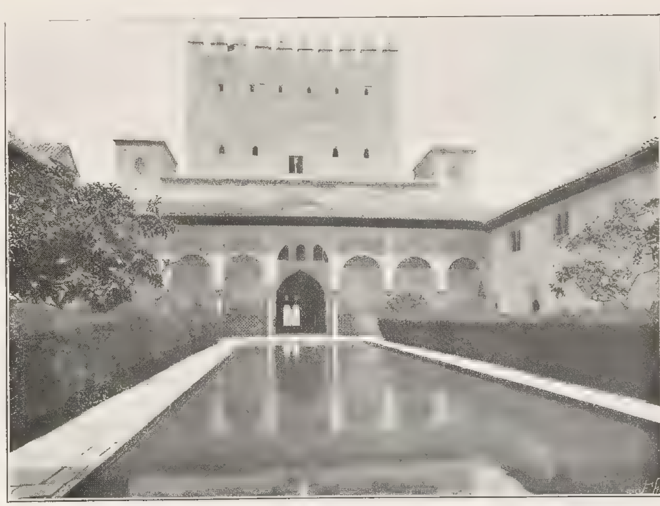
Al punto, enjaézanse los árabes corceles; préndense al hombro los ondulantes jaiques, descuélganse espingardas y gumías, cíñense los simbólicos tarbantes, y las guerreras huestes moriscas se aprestan á larga jornada. En el harén se agitan las huríes, unas saliendo presurosas del baño, como aves que sacuden sus plumas mojadas, se envuelven en finos lienzos y se perfuman con pebeteros del Oriente; otras, abandonando el muelle lecho, lanzan lejos de sí el abanico de plumas, cuya brisa las acariciara, y arrojan el metálico espejo, consejero de su belleza; eunucos y esclavas, árabes y etíopes ó circasianas las ayudan en la tarea de acicalarse, cual si fuera llegado el día de fantástica *leila*

. . . . . . . . .

La luna rielaba con rayos luminosos y fosforescentes sobre las aguas del Darro y del Genil, y como foco eléctrico suspendido á colosal altura, alumbraba el patio de los Leones, se filtraba por los calados de cornisas y archivoltas y destellaba en las fuentes. El palacio reposaba en el silencio de las tumbas — que no es otra cosa sino alicatada tumba de la raza vencida. — La campana de la Vela había sonado la queda. Las torres de la Cautiva, de los Picos, de las Infantas, simulaban vigías descollando sobre los cerros. De pronto, las campanas de Santa María tocan á fuego: los penachos de humo coronan el alcázar y rojizas llamaradas flamean ondulantes.

La ciudad que yace postrada á los pies de la Alhambra, como rindiéndole homenaje, corre en tropel por las cuestas, despertando en sus nidos á los pájaros dormidos en el bosque, que se deslumbran con el resplandor del fuego.

¡El palacio de la Alhambra está ardiendo! Con él se quemarán la página más bella del arte islamita y la más hermosa de la tradición hispano-arábiga. Con cada columna que se parta, cada arco que se doble, cada ajimez que se destruya, cada techumbre que se hunda, cada almocábar que se desprenda y cada alicatado que se borre; se hunden, barren, rompen, pierden, doblan, destruyen y desaparecen en tropel confuso y en hacinamiento triste, leyendas y tradiciones, recuerdos, esperanzas, guerreras proezas, traidoras emboscadas, bandas de torneo, guantes de combate, cuitas amorosas, cántingas de trovadores y suspiros de la derrota que desde Alhamar hasta Boabdil forman la historia brillante del antes suntuoso alcázar granadino, hoy trofeo glorioso del vencedor y panteón solitario del vencido.



Patio de los Arrayanes.

(1) Inspiró al autor esta fantasía el incendio ocurrido en la Albambra en Septiembre del 90.

Pero no se destruirá la Alhambra, que si «*Sólo Alah es grande, sólo Alah es vencedor*

Por eso, dibujándose apenas en la gasa del celaje por líneas y contornos, adivínase larga procesión que, partiendo del Cerro llamado *Suspiro del Moro*, parece dirigirse, pisando triunfal carrera de estrellas, á las alturas de la Alhambra. A la luz de la luna vénse los jaiques ondular al viento que levantan los voladores corceles; á la grupa, conducidas por los moros, van las huríes, y el Profeta, en triunfal carro humano de creyentes y de esclavos, cierra el grandioso cortejo, seguido á pie por Lindaraxa, que oculta por completo su espléndida belleza.

Al tiempo que se acercan á la Alhambra se disipa el humo y amortigua el fuego: combatidos y aislados por aquel ejército celeste venido á salvar de la destruccion la real morada de la dinastía nazarita

La luna apaga sus fulgores, y en la obscuridad nocturna se desvanece la visión, volviendo el palacio á su anterior reposo; pero, desde esa noche, hay en la Alhambra un habitante más, — el espíritu de Lindaraxa [illegible] de continuo bajo sus arcos, [illegible] sa en sus *[illegible]* y se asoma á sus ajimeces, velando por su adorada Alhambra, y contemplando desde ella á la oriental Granada, la que se cubre con el manto de terciopelo verde que la teje su vega; se ciñe las guirnaldas de sus flores [illegible]; se baña en las aguas transparentes del Darro, se envuelve con velo de nubes; se viste con copos de nieve; y obstenta turbante de oro y plateada diadema.

El marqués de PREMIOREAL

*Fotografías de Garzon (Granada).*



Sala de los Abencerrajes.

# POR ESOS MUNDOS

Ojos que no ven, corazón que no quiebra, dice el pueblo. Por perder de vista algunos días el negro cuadro de la repatriación, y por no oir leer las lástimas y alegrías que la gente repite y la prensa recoge, muy atenuadas, me dirigí á Portugal, que tiene ahora la ventaja y la fortuna de no ser España, aunque la cuestión colonial también le escuece, y las negradas de Mozambique, están avisando con graznidos de cuervo, que ha sonado la hora de la liquidación colonial, para las naciones latinas...

Encontré á Lisboa hirviendo en fiestas. Desde este punto de vista, aun podía creerme en Madrid ó en San Sebastián. La única diferencia consiste, en que Lisboa alega pretexto para sus regocijos, mientras los españoles, más radicales, ni necesitamos pretextos, ni hacemos caso de impedimentos dirimentes. Tratábase en las fiestas de Lisboa, de obsequiar y agasajar á los miembros del quinto Congreso Internacional de la prensa, reunido allí este año y que se reunirá en Roma el próximo. Y estaban los portugueses con su Congreso, como niño con zapatos nuevos, porque, dicho sea en su elogio y sin pizca de ironía, los portugueses creen en el progreso á puño cerrado, y no sienten por la cultura y la vida moderna, el desvío casi árabe, fatalista, que demostramos nosotros

Clara señal de éste desvío á que aludo, es la lista de los adheridos al Congreso. Mientras las demás naciones envían nutrido contingente, España figura con un solo periodista, como el Transvaal. Verdad que también es España la única nación donde las Compañías ferroviarias se negaron á conceder las ventajas y facilidades al Congreso, otorgadas en otros países.

Literariamente considerado, el Congreso no tuvo importancia. Escritores eminentes extranjeros había allí pocos, y con honrosas excepciones, en el mismo Portugal, noté que los grandes nombres no figuraban en la lista. Pero este reparo, no dice nada en contra de la utilidad de los Congresos. Aunque sólo fuesen un medio fácil y cómodo de que viaje alguna gente ilustrada, siempre reportarían ventajas incalculables. Son más, mucho más; en ellos se debaten cuestiones que afectan á la prensa, y se forman relaciones y se estrechan lazos que ponen en contacto á las diversas nacionalidades. Traen una ráfaga de aire exterior... y ese aire regenera.

No por eso he de ocultar que el lápiz del caricaturista, y la pluma del satírico, encontrarían donde explayarse con algunos tipos de congresistas, particularmente los procedentes del Norte. La indumentaria era caprichosa, y el pelo y barbas no habían conocido la previa censura barberil. Una señorita congresista, haciéndose superior á la frivolidad de su sexo, concurrió á la recepción de Palacio, llevando de tocado una boina de lana. Habrá quien aplauda esta negligente sencillez, y yo la aplaudiría, por lo mucho que simplifica la cuestión de maletas y equipajes, si el descuido en la ropa no engendrase fatalmente cierta tendencia á la familiaridad en las naciones. Ya que hoy se estila decirle á España las verdades, no veo porque se la hemos de callar á la raza sajona: los ingleses y los alemanes del Congreso no sabían aceptar un obsequio sin excesivo alborozo, y todo lo arreglaban voceando y á fuerza de *hurras*. No sé si serán en su tierra gente de buen tono, pero allí parecían demasiado expresivos.

Noté esto en la fiesta de Cascaes, viéndoles honrar más el *buffet* que el espectáculo realmente indescriptible de la iluminación. Convidaba la noche, tibia y serena como noche tropical; convidaba la luna, argentando la extensión de la bahía; convidaban aquellas islas de fuego, aquellas montañas de luz, á solazarse en tan encantadora perspectiva, que acaso ya nunca volveríamos á gozar muchos de los que allí estábamos; y yo veía con asombro á los sajones congresistas, vueltos de espalda á la iluminación, tragando y bebiendo y refocilándose, y soltando á chorros los vítores; y esto por espacio de dos horas...

Cascaes forma una ensenada, una concha en extremo pintoresca. Es el Aranjuez, el Biarritz de Portugal. La salpican elegantes palacetes, residencias aristocráticas; la real familia veranea allí. Ahora bien, palacios, quintas, hoteles, casas, todo resplandecía, todo aparecía diseñado con líneas y trazos de lumbre. Había edificios en que la iluminación era roja ó verde, y se destacaban como inmensos fanales de vidrio, sobre un fondo de oro. La montañuela de Estoril remedaba un hormiguero de luminarias, una nebulosa: las preciosidades de la orilla del Tajo, un cordón ígneo; en la bahía, innumerables botecillos y falúas giraban como luciolas, descubriendo, á su paso, el radioso esmalte verde de las aguas; y el crucero de guerra *Adamastor*, señalaba sobre el azul sombrío de la bóveda del cielo, la aparición de un navío refulgente, — de luz el casco, de luz los palos, de luz las chimeneas y el cordaje. — Y sin interrupción, los cohetes, los árboles de mil colores, se lanzaban del seno apacible de las ondas: un instante, surgía de la relativa obscuridad el paisaje, la vasta extensión del río, la escena mágica de aquella noche resplandeciente, que recordaba no sé en qué, tal vez en vagas reminiscencias, las decoraciones de *la africana* y los deslumbramientos de la India... Entre tanto, los austriacos y los ingleses y los holandeses brindaban, sin dignarse mirar; — ¡bah! ¡cohetes, lucecicas!

Es preciso reconocerlo: los latinos son todavía algo más sensibles á lo que lisonjea la imaginación, á lo que halaga espiritualmente los sentidos. Los franceses é italianos extasiábanse; de los españoles nada digo... ¡si casi no los había!

Lo que vimos al día siguiente de la iluminación de Cascaes, tendría que contar, porque fué una *tourada* ó corrida de toros... y claro es, que convino que faltasen españoles, necesariamente doctos en tauromaquia. Estamos, sin embargo, tan recelosos de nosotros mismos, que yo dudo ya si debe aplaudirse el estilo portugués, aun en los toros, — por el mérito de ser distinto del español, y desde luego más dulce y humanitario. La lucha á brazo partido de los pegadores con el cornúpeto, y la graciosa suerte de las *farpas*, no carecen de interés. Gusta ver cómo, á fuerza de agilidad, de maestría en revolver, de viveza, de arte, salva el *farpeador* su hermosa y dócil jaca, sin que el toro llegue ni á rozar la piel del caballo, con la extremidad de sus embolados pitones. Burlar y sujetar al toro, y ni matarlo, ni dejarse matar por él, — he aquí la fórmula del toreo lusitano.

Emilia PARDO BAZAN

# EL IDEAL

*(Continuación).*

Tomó posesión de uno de los palcos del proscenio, desde donde podía ver sin ser visto, cuanto sucediera. Empezó la reunión una hora más tarde de la anunciada en los carteles, porque los ciudadanos suelen tomar con bastante calma las cosas que afectan al bien público. Poco á poco, fueron llegando los iniciadores de la reunión y el público que, con ser numerosísimo, componíanlo personas de buen pelaje y honrados obreros. Federico tomó asiento en el estrado, con los de la comisión organizadora, entre dos señores de barba blanca y aspecto venerable, que constituían la seguridad de que aquel acto iba á ser serio y formal. Omitiré los detalles de la reunión. Todos sabréis, seguramente, en lo que consiste un *meeting* político. Algunos oradores hicieron uso de la palabra, y pronunciaron discursos fogosos, entusiastas, enérgicos, con ribetes de elocuencia; discursos que merecieron la aprobación unánime del público. Al llegar el turno á Federico, don Manuel experimentó sensaciones que nunca había experimentado: algo así entre temor y alegría. Estaba nervioso y pálido, y miraba al público con extraordinaria fijeza, cual si quisiera decir: «Es mi hijo; es un niño; tratadle con benevolencia»

Sus temores se disiparon en cuanto el joven comenzó á hablar. ¡Qué discurso, Dios santo! Los párrafos, bien acabados, breves, contundentes: los conceptos claros, razonables, lógicos; el timbre de la voz, sonoro y agradable, de modulación suave á la par que firme. ¡Qué sorpresa más completa para don Manuel! ¡Cuándo hubiera imaginado que *su chico* poseyera caudal tan grande de conocimientos!...

Y cuidado que la peroración de Federico fué una protesta fulminante contra todo lo existente. Nada respetó, nadie se escapó sin su censura correspondiente. Señalaba el mal en su origen, en su causa, y lanzaba anatemas furibundos contra los autores de tanto daño. La iglesia, los poderes públicos, las tradiciones, todo quedó triturado ante su palabra potente... ¿Y la mímica del novel orador? Don Manuel, en un arranque de erudición, le comparó con Cicerón en el senado romano, cuando apostrofaba á Catilina; única cita que acudió á las mientes del anciano, quien tenía la historia relegada al olvido, desde que se ocupaba en administrar sus bienes.



El joven obtuvo ovación delirante: le aclamaba el público, vitoreándole con sincero frenesí, mientras el pobre padre lloraba de gozo, ocultándose tras los cortinajes del palco, para que nadie advirtiera su estado de ánimo. Cuando la reunión se dió por terminada, Federico recibió toda suerte de felicitaciones. Don Manuel, no pudiendo resistir más tiempo, bajó al escenario y delante de aquella gente abrazó á su hijo. La reconciliación quedaba hecha de manera honrosa para el joven. Su padre declaró que estaba satisfecho, orgulloso de él, y quiso que comieran juntos.

No diré cuanto gozó don Manuel, teniendo á Federico á su lado

— Confieso que te juzgué mal, hijo. Sigue por ese camino; tienes talento, y los hombres como tú, se deben á la patria.

Sonrió engreído el joven. Ningún elogio fué más grato á sus oídos que el de su padre.

Viendo la excelente disposición del anciano, quiso Federico aprovechar aquella coyuntura, para hablarle de algo más importante, que hasta entonces había callado.

Después de la comida, mientras saboreaban sendas tazas de aromático café, Federico, fuese derecho al bulto.

— Padre, — dijo adoptando el tono de seriedad que exigían las circunstancias, — quiero hablarle de un asunto que puede influir en mi dicha.

— Dí lo que quieras, hijo; si de mí depende, por mucho que sea lo que pidas, lo tienes concedido de antemano

— Gracias, padre; no esperaba menos de la bondad de usted

— Veamos que es ello.

— Quiero casarme.

Don Manuel saltó de su asiento, como si de improviso le hubiesen sometido á la acción de una corriente eléctrica de gran potencia. Fingiendo haber entendido mal, preguntó.

— ¿Qué dices?

— Que quiero casarme.

Tartamudeó el anciano

— Pero, bien... explícate... Para casarse... se necesita...

— Tener novia, ¿no es esto?

— Como que es lo principal.

— Pues la tengo... Una muchacha guapa, de buena familia; me quiere con toda su alma, y yo le correspondo del mismo modo.

Don Manuel miró perplejo á su hijo, y se rascó la barba con tanta fuerza, que en poco más se araña.

— ¡Casarte! ¿Quieres casarte? — repitió por decir algo, mientras buscaba palabras para aconsejar cuerdamente.

— Hace ya algún tiempo, que tenía intención de hablar á usted, acerca del particular. Aprovecho esta circunstancia para hacerlo, puesto que nos podemos entender de buena manera... Lo he pensado con mucho detenimiento. Esa joven me conviene...

—¡Te conviene! ¿Sabes tú que te conviene?

— Me conviene porque la quiero, porque ella es mi vida, mi ilusión, mi encanto...

— ¡Ay, hijo mío! — exclamó el padre, juntando las manos en ademán suplicante. — ¡Qué mal te veo!...

— ¿Por qué?... Dentro de algunos meses, acabaré la carrera. Saldré de la Universidad, hecho un señor letrado. Me parece, que bien puedo pensar en casarme.

— Pero, ¿y la política? ¿y tus ideales?

— Es perfectamente compatible una cosa con la otra

Largo rato duró la conversación entre padre é hijo. Don Manuel quiso oponer algunos inconvenientes á la resolución del joven; pero supo Federico manejarse con tal habilidad, que el anciano plegó velas, y se declaró vencido.

— Bueno, di ¿qué deseas?

— Que pida usted la mano de Enriqueta

— ¿Tan de prisa va eso?

— Es que no quiero hacer el tonto, como colegial en la primera volada. Puesto que son honradas mis intenciones, no veo inconveniente en que hable usted con el padre de Enriqueta, y se concierte nuestro matrimonio, para cuando obtenga el título de licenciado.

Agotados todos los argumentos de don Manuel, para ganar tiempo, vióse obligado á decir:

— El caso es... que he venido sin más ropa que la puesta, y para una visita de esa índole, se necesita otra.

— No es inconveniente. Escribiremos á casa, y pasado mañana tendrá usted aquí su traje de levita. Yo mismo escribiré...



IV

Dos días tardó en llegar del pueblo la ropa de don Manuel Durante este tiempo, Federico refirió á su padre la historia de sus amores con Enriqueta, y dió cuantos pormenores fueron necesarios, respecto á la familia de su amada. Aquella historia, nada tenía de extraordinario. Encontráronse Enriqueta y Federico, en una tertulia. El quedó encantado de la hermosura, de la discreción, del talento de la joven; ella, admiró la apostura y la gentileza de Federico, que entonces, podía pasar por elegante, porque aún no estaba enfrascado de lleno en la política, y conservaba la ropa en buen estado. Hablaron los dos. La primera conversación tuvo poco interés; se redujo solamente á una porción de galanterías, que Federico supo decir con exquisita delicadeza; y á algunas frases de Enriqueta, dando gracias por aquellas lisonjas. Después volvieron á verse en la misma tertulia, en el paseo, en los teatros. Ella iba siempre acompañada de su mamá, mujer presumida, aunque bastante ajada, con pujos aristocráticos, y que á pesar de sus esfuerzos por disimular el origen plebeyo de su cuna, revelaba á las primeras de cambio la procedencia. Su marido, el padre de Enriqueta, don Martín de la Cruz, había sido, en sus buenos tiempos, comerciante de ropas. Empezó siendo mancebo, ascendió á los ocho años á dependiente, y á los quince, aprovechando la bancarrota de la casa de sus principales, se estableció por su cuenta, edificando el nuevo edificio comercial, sobre los escombros del arruinado. El viento de la fortuna, hinchó las velas de su nave. Casó con Margarita Sánchez, guapa joven, hija de los dueños de una camisería, y logró la felicidad que deseaba.

A la vuelta de algunos años, Martín, se retiró de los negocios; y como durante su vida comercial contrajo buenas relaciones, sus amigos se empeñaron en llevarle al municipio, representando á uno de los distritos de la

capital. Aceptó el sacrificio el ex tendero, y lució la faja de edil. Fué concejal cuatro años, y dejó el puesto sin que nadie pudiera achacarle la más pequeña irregularidad, ni probarle ningún desfalco; caso estupendo, poco frecuente en la historia de los padrastros municipales, de los ayuntamientos de España.

Más tarde, y en justa recompensa á su integridad, escaló puesto más alto, sentándose en los escaños de la diputación provincial; el cual cargo, continuaba desempeñando cuando Enriqueta y Federico se tomaron los dichos.

¿Qué si amaba Enriqueta á su novio? Sí; y mucho: tanto como era amada por Federico. En cuanto el joven abrió los labios, para expresar con frases inspiradas el estado de su corazón, Enriqueta, sintió no sé qué de agradable. No obstante, hízose la interesante y ocultó durante algunos días su inclinación, coquetería dispensable en toda mujer hermosa. Federico volvió á la carga con más ímpetu, y al cabo se entendieron.

Sólo una cosa inquietaba á Enriqueta. Presumía que con los humos que su padre iba tomando, tratase de buscarle marido en esferas más altas. Por tal causa, mantuviéronse las relaciones secretas, y don Martín no sospechó los amores de su hija, ni Margarita fué más lista, á pesar de su perspicacia fina y sutil.

Hablaban durante las últimas horas de la noche, y primeras de la madrugada, lo cual explica satisfactoriamente la conducta de Federico, en lo concerniente á la hora de retirarse á su casa. La familia de don Martín, habitaba un magnífico hotel situado en el ensanche de la capital. Bajaba Enriqueta á las rejas del piso bajo, burlando la vigilancia de su madre, de aquel Argos apergaminado y charlatán, que aspiraba á que su familia se entroncase con la de algún noble aristócrata. Federico fué puntual á sus citas: ni una sola noche faltó, aun cuando las inclemencias del tiempo convidasen á meterse en la cama.

Las pláticas de los dos amantes, fueron un continuo idilio. ¡Cuán veloces transcurrían las horas! No se hartaban de estar juntos, de decirse mil veces que se amaban, que se amarían eternamente; y era de ver como Federico, que nada tenía de romántico, remontábase á las regiones de lo infinito, y hablaba en términos elocuentes y poéticos, destilando ternura, haciendo donosas comparaciones, y asegurando que todo lo perdonaría, siempre que no le faltase el amor de Enriqueta. No empleó subterfugios ni ocultaciones. Desde el primer día, expuso sus ideas materialistas, habló de su descreímiento y de sus aspiraciones, y Enriqueta, aunque no comprendía en su justo valor tales teorías, dábale la razón, acabando siempre con ésta frase: «Conque me quieras mucho tengo bastante.»

No por esto dejó de pensar la joven en la diferencia enorme que había entre las ideas de su padre y las de Federico. Don Martín, también era un poco exagerado; pero de distinta manera que el otro. Sin ser hipócrita pecaba de beato, y mantenía buena amistad con frailes



y curas, tanto por sentir inclinación leal hacia la iglesia, cuanto por convenir así á la posición que había logrado obtener. Sin embargo, Enriqueta, no vió en ello obstáculo insuperable para que se efectuara su casamiento con Federico: «Papá es bueno, — pensaba, — me quiere mucho y transigirá un poco; y con otro poco que ceda Federico, asunto concluído.

Así pasaron algunos meses, cuando el joven, que por lo mismo que era serio y formal, tenía mucho de Quijote, declaró que no se avenía con su carácter aquel estado de cosas. Cierto, que pasaba horas agradables, noches deliciosas; pero creyó que no encajaba muy bien en un hombre que empieza el camino de la popularidad y es idolatrado por las masas, aquel procedimiento empleado para hablar con la que debía ser su esposa.

— Es preciso Enriqueta, que tus padres se enteren de nuestras relaciones, para que pueda entrar en tu casa.

Ella no contestó: aquella exigencia, con ser tan legítima, parecióle de mal agüero. Presintió que iban á terminar las plácidas noches de idilio y de arrobamiento.

— ¿Qué me dices? — importunó Federico.

Después de un buen rato, contestó Enriqueta:

— Esperemos.

— ¡Esperar! ¿A qué? Cuanto antes se allane esta dificultad, mejor... Digo, á menos que tú pienses lo contrario.

— ¡Qué cosas dices ...

Expuso Enriqueta las razones que le asistían para hablar de aquel modo. Le parecía lo más prudente esperar á que Federico acabase la carrera. El se opuso, diciendo que no quería hacer el oso por más tiempo. Y hablando, hablando, después de haber estado á distancia muy corta de la ruptura, por aquella pequeñez, creyeron encontrar una fórmula salvadora.

— Para asegurarnos del éxito, - dijo Enriqueta - lo mejor es que tu padre pida mi mano; ¿qué te parece?

Claro que Federico, no tuvo nada que objetar á tan lógicas razones. Quedó convenido que el joven escribiría á don Manuel, dando cuenta de su deseo, ó marcharía al pueblo para entenderse verbalmente con su padre, y dejar franco y expedito el camino que debía conducirles á la felicidad.

Antes de que Federico se decidiera á escribir á su padre, don Manuel se presentó, como acaba de decirse, en casa de su hijo.

V

Puesto de veinticinco alfileres, luciendo historiada le vita, que sólo veía el sol en las épocas solemnes del año, enguantadas las manos, y cubriendo su cabeza con sombrero de copa, del tiempo del Empecinado, se apersonó el padre de Federico en el hotel de don Martín de la Cruz. Hallábase éste en su despacho, revolviendo papeles interesantes, cuando el criado pasó la tarjeta de don Manuel.

Leyó la cartulina el señor de la Cruz, dió orden de que entrara el visitante, por cuyo aspecto, juzgó que sería un caciquillo de pueblo, que venía para la concesión de una carretera, ó con alguna exigencia

Julián Pérez Carrasco

*(Continuará).*

# MOSAICO

Libros presentados á esta redacción por autores ó editores.

Cartas finlandesas, *por Angel Ganivet*, cónsul de España en Helsingfors, precedidas de un estudio crítico de Nicolás M.ª López y la lista de admiradores del autor que han costeado la edición, revelando con ello que aun hay, en este decadente fin de siglo, seres que sienten, que piensan y que saben poner sus medios á disposición del arte... Y á fe que los distinguidos señores que tal prueba han dado de cultura, pueden estar doblemente orgullosos; pues el libro del señor Ganivet, merece por muchos conceptos los elogios que toda la prensa le ha dispensado... Su gracejo en la descripción, su fina sátira, propia de su cerebro meridional, la verdad con que trasladó á las páginas del libro, cuadros de costumbres finlandesas y rasgos de tipos difíciles de observar en sus detalles nimios, toda la labor en fin del señor Ganivet merece la admiración y el aplauso sinceros de quienes saben apreciar y distinguir el arte verdad, del garrulismo ó el extravío.

También el prologista, revela reunir excelentes dotes literarias... Su prólogo, en el que estudia los caracteres que distinguen á Granada y *lo granadino*, del resto de Andalucía, lo debieran leer los que alardean de regionalistas; pues aprenderían á reformar su criterio, en lo que al arte se refiere.

Reciban nuestro aplauso autor, prologuista y cuantos á la publicación de la obra han contribuído; y mucho celebraremos que el público responda á sus esfuerzos del modo que merecen.

Cartas finlandesas, se vende al precio de 2'50 pesetas, en las principales librerías de España y del extranjero.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO

Cubierta en color; de A. Coll.

*Justo castigo. — Un accidente verosímil* — Caricaturas de Fradera

Páginas en color. — *El general Duque de Nájera.* Retrato y artículo biográfico de M. Escalante Gómez.

*Nieve de otoño (París).* — Cuadro de Francisco Miralles.

*Imitando á la hormiga.* — Cuadro de José Casanovas Clerk.

*Los otros.* — Ilustración de A. Seriñá

Páginas en negro. — *La medicina en el pasado.* — Artículo de Luis Vega-Rey.

*Rimas inéditas*; de Manuel del Palacio, José M.ª de Ortega Morejón y José de Velilla.

*El espantajo.* — Composición y dibujo de José Cuchy.

*Letras catalanas. — Angel Guimerá.* — Artículo de J. F. Luján.

*El juramento de Luisa.* — Cuento de Miguel Medina, ilustrado por Gastón Pujol.

*Los otros.* — Artículo de Luis de Val. - Ilustración de Eugenio Alvarez Dumont.

*Notas artísticas. — La Castañera;* por Ricardo Urgell

*Madrid elegante;* por Montecristo.

*El ideal.* — Continuación de la novela de Julián Pérez Carrasco, ilustrada por Seriñá.

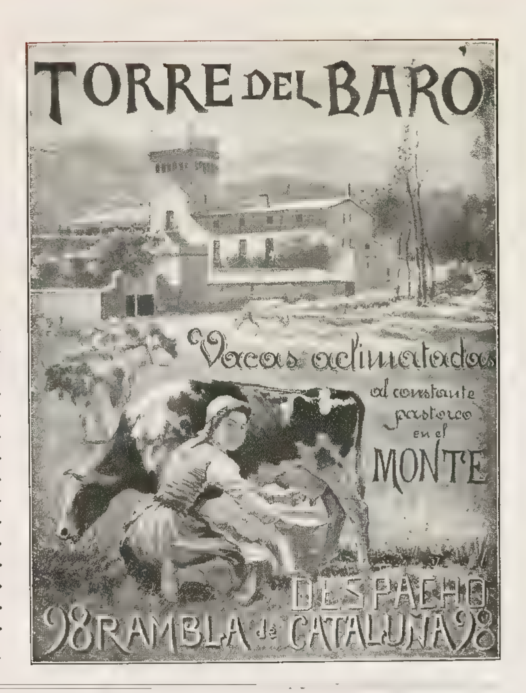
*Maestro Borrás de Palau* (Retrato).

Mosáico.

Regalo. — *Ingrata.* Melodía para mezzo-soprano, con acompañamiento de piano. Letra de José M. Tous y Maroto; música del maestro Juan Borrás de Palau.



Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores — Litografía Labielle.




¡¡TERRIBLE VENGANZA!!, por FRADERA.



— ¡Anda! ¡Y no contesta! ¡Alto! ¿Quién vive? *¡Má* que á la tercera...



— ¡¡Toma!! Anda otra vez llevando el soplo de un *lao pa* otro!!!



— ¿Y por qué has disparado, cacho de atún? — Mi *teniente*, como *le hi dao* el *quién vive* tres veces y no ha contestao... — ¿Y cómo quieres que te conteste un ganso? animal! Por lo *mesmo* que ha ido á contar que yo y Pocaropa comíamos higos del huerto del *señor Gobernaor*, podía haber *respondío* al *¡quién* vive!

Tip. «La Ilustración» á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ⬩ *Rambla de Cataluña, 151, Barcelona* ⬩ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTICULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO II — BARCELONA, 1.º DE DICIEMBRE DE 1898 — NÚM. 31

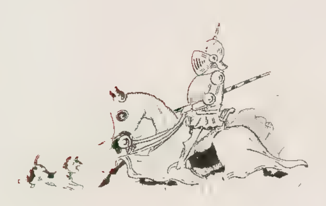
Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

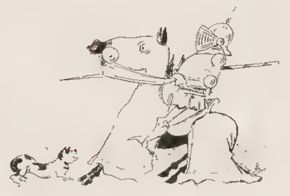


JUSTO CASTIGO; por FRADERA.

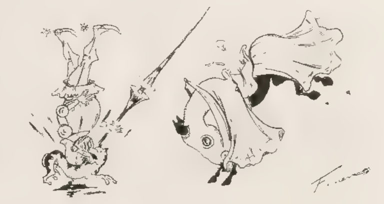
(MONÓLOGO DE UN CABALLO)



— ¿Te atreves á interponerte en mi camino?



— ¿No te apartas y todavía escandalizas?



— Pues... ¡¡toma!!

# EL GENERAL DUQUE DE NÁJERA

(Marqués de Sierra Bullones).

Militar pundonoroso, el que motiva estas líneas, es de los que más prestigio gozan en la milicia, por su historia sin tacha, por su caballerosidad netamente española, por su nombre ilustre entre los ilustres, y, en una palabra, por el conjunto de perfecciones que le adornan, tanto en la vida oficial como en la particular.

Dotado de un carácter enérgico y amante de su nobilísimo apellido, sostiene con una dignidad sin límites, los timbres gloriosos que le legó el autor de sus días, el insigne general Zabala, uno de los héroes de aquella memorable campaña de Africa, donde el por tantos conceptos admirado ejército español, conquistó laureles que, al riego de la sangre profusamente derramada, reverdecen en estos aflictivos momentos, para recordar á nuestros procaces enemigos, legítimas glorias de que ellos no podrán nunca envanecerse.

Sus actos recientes que, pregonados por la prensa, han hecho latir



con entusiasmo el corazón de todo buen patriota, son los mejores heraldos de su hidalguía y esplendidez; conquistándole la gratitud de los propios y la admiración de los extranjeros.

Acertado anduvo el gobierno de S. M. cuando le envió de embajador extraordinario á Rusia, para asistir á la coronación del Czar; pues dejó en aquel imperio gratísimos recuerdos de su estancia, y á la altura de su preclara historia, el nombre de España.

Sin temor á equivocarnos, podemos asegurar que fué de los primeramente indicados para formar parte de la comisión que en París ha negociado la paz con los Estados Unidos; dato más que suficiente para demostrar de una manera positiva la consideración que, en las altas esferas merecen su talento claro y su acrisolado amor al país; así como al relieve de su figura, entre los principales personajes de la nación.

Ignoramos que esté afiliado á ningún partido; -cónstanos, sí, su opinión de convencido monárquico, acérrimo defensor de las instituciones:—y aplaudimos de veras que no lo esté; porque, ciertas valiosas entidades deben ser exclusivamente partidarias, como él, del engrandecimiento de la Patria, procurando á ésta todos los beneficios posibles, y eludiendo los continuos compromisos y rozamientos políticos de que siempre sale perjudicado el pueblo, por quien el actual Zabala siente verdadera idolatría.

Fundados en ese criterio, que á poderse comprobar fuera seguramente el de la generalidad, entendemos que el joven é ilustrado militar, cuyo retrato honra esta página, es uno de los contemporáneos más eminentes y dignos de respeto: uno de esos seres, en fin, que jamás mueren moralmente; pues la fama de sus meritorias cualidades se transmite de generación en generación; siendo, en todas las épocas y para todas las clases, de palpitante actualidad.

¡Personalidades como la del duque de Nájera, enaltecen y llenan de legítimo orgullo al país en que han nacido!

Manuel ESCALANTE GOMEZ

# LA MEDICINA EN EL PASADO [1]

El origen de la medicina, en general, se halla oculto entre las demás nieblas de los tiempos remotos, y no es posible precisarle más que suponiéndole por muy simples conjeturas. Hay que suponer, por lo tanto, que el origen de la ciencia de curar fué debido á la observación de algunos hombres reflexivos, á quienes, como pretenden ciertos autores antiguos, enseñaron los animales, dotados por el Autor de la Naturaleza de un superior instinto, el uso de muchas plantas salutíferas, convenientes para mitigar las incomodidades y dolencias propias de la mísera Humanidad, que no eran sin embargo, tan frecuentes ni perniciosas como lo han ido siendo en el transcurso de los siglos, el desarrollo de los vicios y malos hábitos,—tanto más numerosos cuanto más adelanta la civilización de los pueblos, la intemperancia, la molicie y la relajación de costumbres.

Sábese, no obstante, que la Medicina era conocida y practicada en el viejo Egipto, el pueblo antiguo más adelantado en la senda de la civilización, y cuna de todas las ciencias conocidas en el Mundo primitivo; civilización que hoy admira á los sabios modernos, al estudiarla y conocerla, merced al maravilloso descubrimiento de descifrar los jeroglíficos de las piedras y los palimpsestos que han podido resistir á la destructora acción del tiempo, que todo lo borra y aniquila.

Pero la Medicina en el Egipto, era patrimonio exclusivo de los sacerdotes, depositarios absolutos de todos los conocimientos científicos; quienes transmitíanlos solamente á un corto número de individuos iniciados en los misterios del sacerdocio. La Medicina, pues, era un secreto para la generalidad de los profanos, que podían disfrutar los beneficios de sus efectos, pero no comprender sus causas.

El inmediato contacto que con los demás pueblos conocidos tuvo el Imperio de los Faraones, ya por las guerras y conquistas, ya por las relaciones comerciales, fué difundiendo poco á poco las luces de la sabiduría por la populosa Asia y por las poblaciones del Oriente de Europa.

La Medicina, ya bastante perfeccionada en Egipto, no podía quedar relegada al olvido, atendida su importancia y su necesiddad.

En Grecia, donde ejercieron y monopolizaron la ciencia de curar los sacerdotes, especialmente del Templo de Apolo, en Delfos, los cuales sin duda conocieron los misterios del sonambulismo y del magnetismo animal, que tan modernos aparecen hoy, y que explotaban en la persona de las Pitonisas; en Grecia, parece que no se dió gran importancia á la Medicina, dado el escaso número de obras de este ramo del saber humano que han llegado hasta nosotros.

En efecto; causa extrañeza que aquel pueblo tan culto y adelantado en las ciencias y en las artes, que llegó á considerarse como el emporio de la civilización y de la sabiduría; aquel pueblo que sirvió de modelo á los demás, y fué maestro de la soberbia Roma, más tarde dominadora del mundo; aquel pueblo que tantos monumentos nos ha legado de sus artistas, de sus poetas líricos, heroicos y dramáticos, de sus historiadores y filósofos, de sus biógrafos y oradores; causa extrañeza, repetimos, que tan pocas obras nos haya transmitido de sus médicos y naturalistas.

Y Grecia, atendida la extensión de su territorio, debió contar con gran número de profesores en la ciencia de curar. Mas éstos, ó se limitaron á la práctica, ó, si escribieron sobre ella, sus obras quedáronse en el fondo de las bibliotecas, por ejemplo, — aunque otra cosa sostengan modernos publicistas, que no apoyan en base sólida sus refutaciones á la tradicional y generalizada creencia; — en la famosa de Alejandría, incendiada por los soldados del fanático Omar I, cuando invadieron aquella gran ciudad los árabes; terrible cataclismo en el cual quedaron perdidos para la posteridad tantos dignos productos del saber humano.

Han llegado únicamente hasta nosotros, el nombre y los escritos de aquellos varones tan distinguidos por su ciencia y los inmensos beneficios prestados á la humanidad, cuyo nombre se han visto obligados á respetar la ingratitud y el olvido. Tales son: Esculapio, elevado á la categoría de dios de la Medicina por la entusiasta y pintoresca imaginación griega, divinizadora de todo lo grande y lo sublime; y que seguramente fué sólo un gran médico. Hipócrates, el anciano divino de Cos, cuyos profundos conocimientos en la materia causan hoy la admiración de los modernos; cuyas obras y en particular sus *Aforismos,* considerados como el Evangelio de la ciencia, son aun tomadas por modelo, obteniendo la honra de pasar, en magnífica colección, al siglo actual de las luces y de los adelantos científicos (1). Aristóteles, filósofo y naturalista, célebre por la universalidad de sus conocimientos, y que en su obra *De Natura rerum,* describe las propiedades de muchas substancias del reino vegetal y mineral, útiles en la medicina. Dioscórides, autor del *Tratado de plantas y venenos y materia medical,* que traducido y magníficamente anotado é ilustrado por el sabio doctor español Andrés Laguna, médico del Sumo Pontífice Julio III, y publicado en Roma, á principios del siglo XVI, es considerado como el fundamento de la Terapéutica moderna. Y poseemos, en fin, el nombre de Chirón, descubridor de la planta medicinal llamada *centaura,* que recibió éste título por suponer que el citado herborista era uno de los fabulosos engendros imaginarios llamados *centauros,* á causa de ir recorriendo frecuentamente á caballo los campos y los montes, en busca de plantas medicinales.

También hallamos por incidencia, aunque en gérmen, el tipo del médico militar, entre los griegos. Herido en una batalla el célebre conquistador Alejandro Magno, á quien sus aduladores daban el título de dios, es curado en su tienda, sobre el campo de combate. La operación debió ser penosa, porque el joven guerrero exclamó: « Dicen que soy dios; pero el dolor de esta cura me hace conocer que soy hombre. »

Este detalle, prueba la presencia de uno ó más médicos en el séquito militar del hijo de Filipo de Macedonia.

Menos ejemplos nos presenta la historia de médicos célebres, entre los romanos. Verdad es que éstos los apreciaban poco, prefiriendo á los barberos que, además de rasurar, practicaban algunas operaciones de cirugía menor.

Y no porque faltasen en la capital del Lacio profesores de la ciencia de curar; pero gozaban de escasa reputación y aprecio, como lo prueba el caso de haber sido arrojados de Roma, por considerarlos perjudiciales á la república, y el hecho extraño del Emperador Marco Aurelio, que estando desahuciado de los facultativos, mandó grabar en su sepulcro la siguiente inscripción:

*Turba medicorum interfecit regem.*

Frase tan absurda como ingrata é injuriosa, y que parece demostrar existe razón para exigir responsabilidad á los que no detienen los progresos de una enfermedad mortífera, ni prolongan la vida más allá de los límites marcados por la Naturaleza.

Apenas hallamos, pues, entre los romanos, nombres de médicos célebres, fuera de Plinio, botánico y naturalista, y del famoso Galeno, nombre que como el de Hipócrates, ha pasado á la posteridad y hasta el vulgo conoce; pues aunque en son de ironía, se llama *galenos* á los médicos.

Galeno se distinguió, y aun se adelantó á su tiempo, como profundo anatómico. Prohibiendo las leyes romanas la disección de los cadáveres humanos, tenía precisión de estudiar sobre cuerpos de monos; y al advertir la identidad del organismo de éste con la del ser racional, no se atrevía á decidir si el mono era una degeneración del hombre, ó si el hombre era un cuadrumano perfeccionado; atrevido pensamiento que demuestra no ser moderna la teoría de Darwin.

El ejército romano, que se cita como un modelo de organización táctica y disciplina; que contaba, como los ejércitos modernos, con las tres armas de infantería, caballería é ingenieros encargados de la construcción y manejo de las máquinas y artificios de guerra para batir las plazas, equivalentes á la actual artillería, no contaba con médicos para la asistencia y curación de los soldados enfermos, en la ciudad y en los campamentos. De igual falta adolecía el ejército de sus eternos rivales, los cartagineses, según se desprende de la siguiente noticia, hallada al azar en la historia de las guerras púnicas.

« Cuando Aníbal cruzó los Alpes, para invadir la Italia, al bajar de los fríos páramos y desfiladeros á las calurosas campiñas latinas, y al respirar las envenenadas miasmas de las lagunas *Pontinas,* contrajo una fluxión de ojos que le privó de uno de ellos; accidente que no hubiera ocurrido, á tener cerca de sí persona idónea que le proporcionara los remedios necesarios para combatir aquella dolencia, tan fácil de curar cuando se acude á tiempo.»

LUIS VEGA-REY

1) Fragmento de una Memoria presentada á informe, de la Real Academia de Medicina de Madrid y no publicada aún.

1) Obras de Hipócrates, coleccionadas y publicadas por Mr. Littré, y traducidas del francés por el Dr. D. Tomás Santero.

JOSE CUCHY



EL ESPANTAJO

# LETRAS CATALANAS

ANGEL GUIMERÁ

Crudel ab mí vas ser, la vida mía,
mes lo secret al cor me l'he guardat:
si jo'l contés tothom te culparía
y'm plau que'm diga'l mon, per tú, María,
ara pasa un malvat.

HAS sido cruel, pero el corazón no revelará ese secreto: como lo contase, á ti te culparían, y prefiero que creyéndote desgraciada, me grite el mundo: ahí va un malvado.» Pocas criaturas pasan voluntariamente por los azotes de la ingratitud, y menos aún los poetas, que hacen resonar el acento de sus estrofas á modo de apóstrofe de Dios irritado: sublime, pero iracundo. Amorosos, imaginan pura á la mujer, alma blanca; desengañados, le escupen hiel, ironía. No les acuso; no niego interés humano á las quejas del orgullo dolorido con que hablan de su desventura: se perdona á una mujer que nos ha hecho daño, pero se la mata también. A mí me ha conmovido hondamente aquella desesperación centelleante de Musset, esperando toda una noche de algarada carnavalesca á su querida desleal. Pero digo que Espronceda, Musset y otros, desengañados, sólo atienden á parecer grandes en su pena, sin que les importe maltratar lo que ensalzaron y quisieron:

¿que es estúpida?... ¡Bah! mientras, callando,
guarde obscuro el enigma... (1)

quitan á la mujer amada el manto de púrpura y se lo echan ellos á los hombros; prefieren pasar por la grandeza de su egoísmo; insultan su propio amor; dan en escépticos y todo es pesadumbre de negrura, miseria, lacería, visto por el lente de su desilusión abrumadora.

Guimerá no siente así: se encarama un momento al pedestal cuando grita:

Yo la conech ton ánima traidora,
vil é ingrata com ets no ho fou ningú... (2

pero no sigue en ese tono que es discordante en el concierto dulce de su tristeza resignada, y que en los románticos abre el acorde airado de la imprecación. Por lo contrario, se nos muestra creyente, ufano del sacrificio; y en la derrota cruel, no saca del amor odio, pero recoge el perfume que aquellos queman sin piedad. ¿De qué labios de hombre ha oído mujer traidora alguna:

No't culpo nó, de que l'amor me neguis;
per confondres ab tú mon cor que té? 3

Por lo menos, los poetas no nos han acostumbrado á verles conservar el alma amorosa, pasado el desastre de sus ilusiones: sin duda porque, como explica Becquer, «sienten *adentro* algo divino» que les aparta de los mortales.

* * *

Este Guimerá de que yo hablo, es un poeta desconocido de la multitud, y cuasi cuasi, de los doctos: saben muchos que es poeta catalán y no pasan de ahí: ignoran que es grande y príncipe, como los excelsos poetas de la lírica castellana. Se ve en seguida, leyéndole con atención, que no acusan sus versos una mano cualquiera que los escribe, y no un alma que los siente: versos que convienen á muchos, hueros, aunque sonoros, buenos para ofrecidos á una dama como se ofrece un ramo de flores; nó: los versos de Guimerá, lo mismo que los de Gœthe, si bien en cierto modo al revés de los de Gœthe, hablan del hombre, porque está el hombre, con su temperamento y su sér, copiado en aquellas poesías de *idea propia*, saturadas de sentimiento deliciosamente íntimo, fuerte y penetrante. Pero si se profundiza en la lectura, aun se ve algo más que este personalismo encantador: se ve como recorre habilmente el teclado de la armonía poética, creciendo y decreciendo en los ritmos, acomodando las notas á las sensaciones del *color*, ora en la sencillez idílica, ya en la grandiosidad trágica, siempre penetrado del *sentimiento de lo real*, cosa no muy común en poesía, á lo que presumo.

La índole del lenguaje le ayuda, pero también tiene á causa del lenguaje su mérito, si se atiende á que el catalán no se presta demasiado á circunloquios y perífrasis, ni permite que se abuse de las imágenes, y es á veces algo seco y duro, premioso, de entonación breve, aguda y viril. Hay que decir las cosas con cierta concisión, clara eso sí, pero concisión que desespera, sin tropos, ó por lo menos sin prodigalidad en tropos. Pues pobre como es en dicciones largas, Guimerá combina músicamente las sílabas, y en ocasiones - ya lo veremos en otro apunte de este estudio — adapta el vocablo á la idea del objeto con verdad pasmosa. En «María de Magdala (y no le cito en lo trágico, que allí el acento fuerte del *idioma* le acorre), hay diferencia ostensiblemente marcada en la expresión de los sentimientos, sensuales y voluptuosos cuando habla la pecadora; profundos, sublimes, cuando habla Jesús. Los que conocen el catalán saben qué milagro de la dialéctica se obra aquí. En «Captant» se lee, por ejemplo:

Es petita, petita:
*tot just ha fet sis anys*
*y flochs de neu la envoltan*
*y's tancan los portals.*

1) Becquer.

2) «Conozco tu alma traidora: no hubo otra vil é ingrata como tú »

(3) No te culpo porque no me ames, ¿qué tiene mi corazón para confundirse contigo?

Parece que bailan en el oído las sílabas que señalo; hay gradación rumorosa en los monosílabos: *tot just ha fet sis anys* (años): largas, tòt, jùst, fèt, sìs. Semitono agudo, há; tono agudo, ánys.

Me he detenido en estos pormenores por parecerme que no todos saben apreciar las causas que impiden á los literatos catalanes exponer sus *ideas* en el dulce idioma de la patria, reputándolo superior, naturalmente, por la flexibilidad, armonía y riqueza de sus voces. Hay que comprenderlo bien: el lenguaje es forma hablada de la expresión, de la fisonomía moral de un pueblo; concuerda con sus impulsos, con su modo de ser, con la psicología de sus costumbres, opuestamente al espíritu castellano.

Por imperioso yugo, pues, se escribe en catalán; escríbese como se siente, como se piensa, como se cree: y los catalanes (los más, si no todos) traducen sus sentimientos y sus ideas cuando se proponen escribir en castellano, aunque lo escriban bien, ni más ni menos que si se tratara del idioma de otra nación. Quizás se ofrezca coyuntura de aducir otras razones no menos curiosas y valederas, conforme adelantemos en estos estudios: que así como los catalanes no se parecen á los castellanos, tampoco tienen parecido unos y otros escritores. Pero lo que más conviene ahora, ya está dicho, para fijar la idea de que la literatura catalana es original y fuerte, propia en resolución, como propia es la de los pueblos que nunca hemos osado discutir. Es, además, gloriosa y no inferior (si no en número, en calidad de hombres) á distintas literaturas.

Por respetos á la calidad, pregona Clarín, que nuestros literatos son dignos de estudio. Tenemos novelistas ilustres, egregios poetas, críticos estudiosos... y tiempo es de que lo de casa, lo que nos enaltece á los ojos de otras naciones, despierte curiosidad en nuestro ánimo, como despierta curiosidad lo ajeno, lo extraño, siquiera en arte valga decir *daca* y *toma* más que «lo mío y lo tuyo.»

Lamento que Clarín no pueda, según declara, tomar sobre su autoridad de crítico este encargo honroso. La competencia de su palabra sugestiva, el saber, el buen gusto, la riqueza psicológica que posee, asegurarían el éxito de estos trabajos, á que yo me decido sin más títulos que una buena voluntad recomendable. Leopoldo Alas, diciendo las cosas muy bien y en su punto, destruiría prejuicios que impiden el conocimiento y la vulgarización del arte catalán; y yo sólo daré idea, por ejemplo, de que tenemos poetas como Verdaguer y Guimerá, por catalanes poco distinguidos del vulgo, pero dignos de la popularidad inmensa que gozan los mejores poetas castellanos.

J. F. LUJÁN

*(Continuará).*

FRANCISCO MIRALLES



NIEVE DE OTOÑO (París).

# RIMAS INÉDITAS

## ¿LES GUSTA CÁDIZ?

Si es Cádiz, perla del mar,
Y sus mujeres son diosas;
¡Qué gana de preguntar!
¿A quién no le han de gustar,
Las perlas y las hermosas?

José de VELILLA

Que si no hay en su seno
Bosques de flores, donde liben mieles
Idílicos amores, ..
Es porque quiso Dios negarle flores
Para dar más espacio á sus laureles.

José M.ª de ORTEGA MOREJÓN

## DE UN ALBUM

Cazador que á caza vas
de mujer ó de león;
¡ay de ti si no le das
en mitad del corazón.

M. del PALACIO

A. CASANOVAS CLERCH



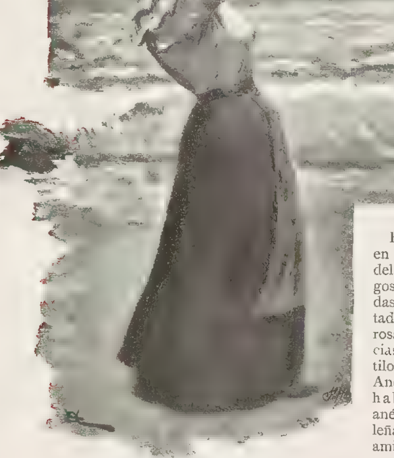
IMITANDO A LA HORMIGA

# EL JURAMENTO DE LUISA

I

A USTED le toca hablar, mi capitán!

Cada uno de nosotros había contado su historia; una historia, que debía ser auténtica y escogida entre nuestros antiguos recuerdos. Habíamos decidido esto, para entretener el tiempo, mientras pasaba la tormenta, que nos impedía continuar nuestra partida de caza.



Estábamos reunidos en la casita del guarda del monte, cinco amigos y antiguos camaradas. Pepe, había relatado una historia amorosa, llena de peripecias, con el plástico estilo de los nacidos en Andalucía; Enrique, había narrado una anécdota muy madrileña, cuyo héroe era un amigo nuestro; mi hermano Andrés, había contado un recuerdo de viaje á las Antillas, muy poético. Solamente quedaba por oir la historia del capitán de marina Fernández, el cual, llegado su turno, sacudió la pipa con el dedo y habló de esta manera:

— Voy á contar la historia de uno de mis marineros, que pereció en el combate de S***; quien, poco antes de ser muerto por una bala traidora, me la refirió, estando de guardia una noche, en el portalón de nuestro crucero.

— ¿Eres casado? — Le pregunté yo, por emprender conversación.

— Ya no lo soy, — me respondió, — ó mejor dicho, sí; estoy casado, pero no á mi gusto.

Me dijo esto con tanta gravedad, con una expresión de dolor que me interesó, y le rogué me hiciese confidente de sus penas.

II

Había en el pueblecito de R***, allá en las costas del norte, y en una playa habitada por muchos pescadores, una joven llamada Luisa, de quien estaba yo locamente enamorado. Era preciosa. La mujer más hermosa que pueda usted figurarse, mi capitán. La conocía desde la infancia. La adoraba, y ella me correspondía de todo corazón.

Era yo entonces pescador á bordo de la *Blanca*, y ganaba lo bastante para vivir. Habíamos convenido en casarnos, cuando yo fuera el segundo del buque; cosa que no debía de tardar.

Nuestra vida se deslizaba tranquila, con esa felicidad que disfrutan las personas que se aman, sin desear ni ambicionar nada más.

Siempre que salía yo á pescar, me decía Luisa, con dulzura:

— ¡Parte tranquilo, que yo rezaré por tí!

Un día, hace mucho tiempo, la *Blanca* regresaba de una expedición lejana, tras ocho días de fructuosa pesca; y se aparejaba para tomar puerto, cuando, de pronto, el viento se levantó, las olas se alzaron y la *Blanca* danzó como una simple cáscara de nuez, en la cresta de las olas. ¡Esta lucha duró cinco horas espantosas, á la vista del puerto! Yo no tenía miedo por mí; pero pensaba en Luisa, que sería testigo de todo; y pensaba en las angustias que sentiría, al ver las velas de la *Blanca* sepultarse á cada instante.

Al fin, después de cinco horas de tormenta, una ola enorme vino á estrellarse contra el buque y lo echó á pique. De seis marineros que éramos, yo fuí el único que me salvé, agarrado á una tabla, de donde fuí recogido al cabo de una hora, por una barca que vino valerosamente á socorrerme. ¡Sin duda, la oración de Luisa me había salvado!

Cuando llegué á tierra, la encontré muerta de inquietud, cambiada completamente y como envejecida por el grandísimo terror que había experimentado. Había estado esperándome en lo alto de una colina, desde donde se abarcaba gran extensión de mar, y asistido por consiguiente, a toda la agonía de mi barco.

La consolé cuanto pude; pero noté en ella un cambio extraordinario: era otra completamente. Tres semanas tardó en recobrar su vida habitual. ¡Cual no sería mi sorpresa al ver que, durante este tiempo, el amor de Luisa hacia mí no era el mismo. Comprendía que no me amaba tanto. ¿Por qué? ¡En vano quise explicármelo! Luisa se mostraba desdeñosa conmigo, y cuando le hablaba de nuestros proyectos para el porvenir, sólo me respondía con un movimiento de cabeza y un gesto de duda.

Hablé con sus padres, y tampoco pudieron explicármelo.

En fin, un día llegó en que la muerte de un pariente mío me hizo heredar una pequeña suma, que me permitía establecerme. Por última vez fuí á ver á Luisa, con gran ansiedad, pues hacía tiempo que no nos veíamos. Cuando la dije el asunto que me llevaba,... lenta, fríamente, pronunció estas palabras, que siempre tengo presentes en la memoria.

— ¡Ya no te amo!

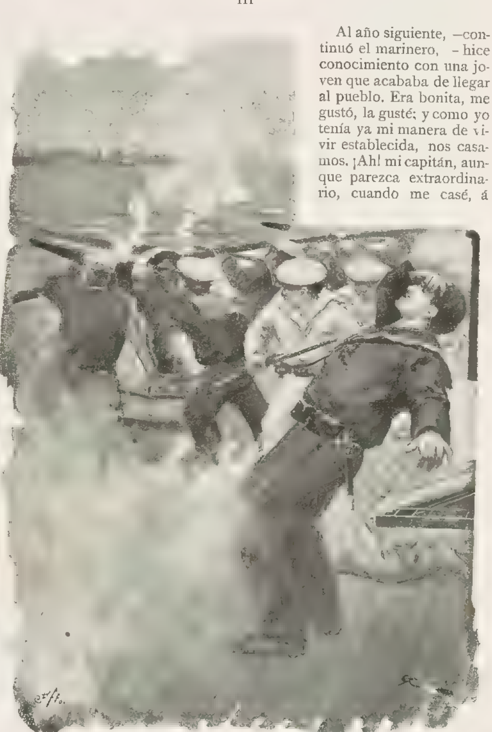
¡Creí volverme loco, mi capitán! Partí sin saber hacia donde dirigirme, huyendo de aquella casa maldita, jurando no volver á mirar á aquella mujer que me había hechizado, para engañarme después. Mi amor desapareció de pronto para siempre, al parecer; pero á veces tenía que hacer grandes esfuerzos para no acordarme de ella.

La curación de mis heridas amorosas, vino poco á poco. Luisa se fué á vivir á otro punto cercano, donde jamás hubiera yo puesto los pies, por todo el oro del mundo. Al principio, sufría horriblemente, cuando veía su antigua casita, y todos los rincones del pueblo que habíamos recorrido juntos. Después, no pensé más en ella. El viento del mar sopló sobre mis recuerdos, y barrió lo que quedaba de mi amor, de tal manera que, cuando mi anciana madre murió, apenado por tantos disgustos, pude decirla:

— ¡Muere tranquila; tu hijo no sufre ya!...

III

Al año siguiente, —continuó el marinero, — hice conocimiento con una joven que acababa de llegar al pueblo. Era bonita, me gustó, la gusté; y como yo tenía ya mi manera de vivir establecida, nos casamos. ¡Ah! mi capitán, aunque parezca extraordinario, cuando me casé, á



pesar del buen humor de mi mujer, no era feliz. Me faltaba algo. Sentía un vacío inmenso,... y llegué á comprender que volvía acordarme de la otra; de Luisa. No sabía nada de ella,... y sin embargo, siempre la tenía presente. ¡Aquella situación era espantosa! Mi vida convirtióse en un infierno; y mi mujer, que llegó á apercibirse de mi turbación, me abandonó.

Una noche, — ¡parece que lo estoy viendo, mi capitán! — en el camino que conducía á la costa, se me acercó una anciana. No pude reprimir un movimiento de terror y de alegría al mismo tiempo, cuando reconocí en aquella mujer á la madre de Luisa ¡Cuán vieja estaba! ¿Qué querría de mí?

— Vengo á deciros que Luisa ha muerto, y á hablaros de ella.

¡Muerta!... Esta palabra me hizo estremecer, despertando mis sufrimientos adormecidos... ¡Muerta!... ¡La que tanto había amado, mi novia de tantos años!... Muerta, sin haberla vuelto á ver!

— Calmaos, — dijo la anciana.— Dios, al quitarle la vida, ha realizado su más ferviente anhelo. La pobre niña no era feliz en la tierra.

Alcé la cabeza, al oir esto, deseoso de comprender el misterio que encerraban aquellas palabras.

— ¿Os acordáis, — prosiguió la vieja, — de la tarde en que la *Blanca* estuvo cinco horas luchando con las olas? Todos los marinos perecieron, menos vos, que también habríais perecido... sino hubiera sido por Luisa... Aterrada por el espectáculo de la agonía del buque, oró con todo el fervor de su corazón, sin lograr nada... Al cabo de cuatro horas, viendo, con angustia indecible, que el cielo no escuchaba sus plegarias... se le ocurrió hacer un juramento, un voto como le hacen muchas veces las mujeres de los marinos. ¡Ofreció toda su parte de felicidad en la tierra, por salvaros!

— ¡Pobre Luisa!

— ¡Sí, pobre Luisa!.. Pero escuchad el final... La *Blanca* se iba á pique; el mar quería un sacrificio más grande todavía; y entonces Luisa hizo el juramento solemne de inmolarse á sí misma: sacrificó su amor á vuestra salvación. ¡Un cuarto de hora después, estabais sano y salvo en la orilla!

— ¿Y entonces?

— ¡Entonces,... sostuvo su palabra! Nuestros juramentos son siempre sagrados; Luisa ha cumplido el suyo, á despecho de todo!

— ¿Y logró olvidarme?

— No, pero os dió á entender que no os amaba... Ahora, ha muerto... ¡Rogad por su alma á Dios!

Eché á andar como un loco; no me atrevía á volver á mi casa; me odiaba á mí mismo. Quise volver á hablar con la madre de Luisa, y no la encontré. Fuí al cementerio á ver la sepultura de mi amada, y no pude hallarla. De mi mujer no sé que fué, pero no me importa, porque no la quería. Senté plaza en la marina de guerra, y también hice un juramento: ¡Hacerme matar!

IV

El marinero guardó silencio, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. Luego me preguntó:

— ¿Tengo razón de hacer esto, mi capitán?

— ¡Mañana tendremos que batirnos! — le respondí.

Al día siguiente, trabamos un combate terrible con el enemigo, que nos causó muchas bajas. Cuendo pasé revista á mi gente, busqué al marinero aquel... y no le encontré. ¡Había cumplido su palabra!

V

El capitán cesó de hablar, y nosotros que habíamos seguido con vivísimo interés su relato, sentimos afligirse nuestro corazón, al recordar los desgraciados amores de Luisa con el marinero muerto en el combate de S***.

Miguel MEDINA



NOTAS ARTISTICAS. - La Castañera, por Ricardo Urgell

# LO MÁS BLANCO

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
de gótico altar?

Gutiérrez Nájera

Qué cosa es más blanca preguntas, bien mío,
con voz que parece murmurio del río,
rumor de caricias, alada canción.
¿Qué cosa es más blanca?... No acierto á explicarte...
Enigma es lo blanco, que vive en el arte
de la Creación.

Contempla los montes cubiertos de nieve:
la blanca paloma temblando se atreve
del alto penacho la cima á cruzar:
replega sus sombras la noche que pasa,
y cuelgan del cielo jirones de gasa
que bajan al mar.

Contempla, mi vida, la cuna del niño:
la ocupa el querube; parece de armiño...
De leves arrullos se escucha el rumor...
Son blandas caricias, blancuras del cielo,
son besos de amor.

De nieve se viste la flor que cimbrea:
de nieve á lo lejos parece la aldea
envuelta en los pliegues de blanco cendal.
Con blancas espumas se adornan los mares,
y blanco es el velo que usó en sus altares
la casta vestal.

Así es la del cisne finísima pluma.
Tu lecho de virgen también es de espuma,
de espuma tu frente que tiñe el rubor;
es blanca la dicha que el alma te anega
y tienen intensa blancura que ciega
tus sueños de amor.

Qué cosa es más blanca preguntas, bien mío,
con voz que parece murmurio del río.
Qué cosa es más blanca, pretendes saber...
¿Más blanca? Pues oye y escucha con calma.
Mirando á los cielos, lo blanco es el alma
y el alma... es tu sér.

J. de ALCÁNTARA

# LOS OTROS



I

Rafael, llegó de la calle cargado con grueso rollo de papelotes... ¡Le gustaba tanto á su Elenita, *Lenita,* como él la llamaba, mirar los monigotes de las revistas y las reproducciones de cuadros más ó menos célebres y más ó menos malos de las ilustraciones!... Publicación que salía, publicación que compraba Rafael; eso sí, había de ser *ilustrada*... con monigotes, para que él se la llevase á su mujercita... La otra ilustración, la de los autores que escribían en la revista ó semanario, era lo de menos... Monigotes ¡muchos monigotes! He aquí la verdadera ilustración para Rafael y su adorada mujercita, seres criados como dos santitos en el seno de sus familias honradas y trabajadoras, que, en fuerza de economías y estrecheces, lograron realizar la más ardiente de sus aspiraciones: criar sus hijos con arreglo á los cánones de la perfección moral de sus abuelos, casar á los chicos, que se amaban desde niños casi, y morir en paz y en gracia de Dios, dejando á cada uno una fortunita de dos mil duros, amén de la administración de los bienes de un marqués, á quien ya servía de administrador el padre del feliz joven ¿Para qué más ventura? Una esposa que no sería una belleza ni una mujer á la moda con distinguido y ameno trato, pero que en punto á zurcir calcetines, hacerse un traje de lanilla sin más ayuda que el espejo para probárselo, fregotear en la cocina y echar un angelito al mundo todos los años para enloquecer de contento á su esposo, difícilmente se podría encontrar otra... Y á nuestro hombre, esto era lo que le gustaba.. Nada de cultura intelectual, nada de música ni de artes; un cocido bien hecho, una casa bien limpia y sin criados (con la recadera ó asistenta de dos horas al día, sobraba), una economía inverosímil y media docenita de angelitos que se disputaran sus besos. Este era el colmo de la dicha... ¿Caprichos? ¿gastos extraordinarios? Lo extraordinario habría sido que los hubiese... Pero me equivoco... Si que los había; Rafael gastaba, con el consentimiento de su *Lenita,* una peseta y quince céntimos semanales, en periódicos y revistas, ilustrados... con monigotes.

Pero tornando al comienzo de mi relato: Rafael entró risueño y alegre en la habitación conyugal, en el nido de sus felicidades pasadas y presentes... Calzóse las zapatillas y, deshaciendo el rollo de papelotes, los presentó á *Lenita:*

—*Blanco y Negro, La Revista Moderna,* el *Portfolio*... Hoy *viene bueno.* Chica ¡qué ciudades, qué ríos, qué lagos!... Es toda una vuelta al mundo sin moverse de casa...

—A ver... á ver...

—Espera... Hay más... Mira:

—¿Otro semanario?

—Una ilustración en pequeño, muy elegante, muy mona... Cubierta tirada á diez colores... ¡Qué cuadro!... *El Hogar*... quince céntimos... ¿Qué te parece?

—Muy lindo... ¡mucho!

—Y muy barato... Ese cuadro es cosa buena, eh?

—¡Jesús, qué cabecita tan mona tiene este niñito! Parece nuestro Rafaelín. ¿Verdad tú, Rafael? Míralo, míralo... Da gana de comérselo á besos.

—¡Como al nuestro!

A *Lenita,* le brillaban las pupilas con ese brillo acuoso de la emoción tierna y profunda. Eso sí, el rapazuelo pintado en la cubierta de la revista, con un color de carne tan vivo que la pobre criatura parecía desollada, semejábase al hijo menor de los dichosos cónyuges, como al cura de mi pueblo; pero como el rapaz pintado era de lindas facciones y la madre quería mucho á su hijo... por fuerza habían de parecerse.

—¡Y qué *conjunto* tan bonito *ha hecho* aquí el pintor! —continuó Elena con entusiasmo.—La cunita, con el nene, en el centro de la sala ¿Será nene ó será nena?

—Mujer ¡qué sé yo! No lleva pendientes...

—La madre, sentadita junto á la cabecera, dando de firme á la labor y con el pie á la cuna, para que se balancee suavemente... El perro á sus pies... El padre inclinado sobre su pequeñuelo, como si fuera á darle un beso... *¡El Hogar!* Bien *colocado* el título ¿verdad, Rafael mío?... ¡Esto es el hogar... nuestro hogar!... Este periódico debes comprarlo siempre ¿sabes?

—Sí, sí... ¡Quince céntimos!

—No importa... Esto parece que es una copia de nosotros... Ven... verás... ¡Igual igual!

Y cogiendo de la mano á su esposo, Elena descorrió las blancas cortinas de la alcoba, en el fondo de la cual y en sencilla cuna de hierro, dormía Rafaelín, su ángel, su querube, su gloria, su... vamos, su corazón entero convertido en otro ser y animado por su alma toda.

Se acercaron de puntitas, pisando quedo; se colocaron instintivamente como los personajes del cuadro, y cogidos de la mano, mirándose con ternura, se sonrieron, besaron suavemente al rapaz y, luego, rodeando él á ella el cuello con su brazo derecho, y ella á él la cintura con el izquierdo, tornaron á la salita con lentitud, sonriendo de felicidad; pero silenciosos... como pensativos.

—¿En qué piensas Rafael?

—En muchas cosas.

—¿En que somos muy felices?

—Sí, en eso y en nuestro pasado no menos venturoso... ¡Bien podemos dar gracias á Dios... y á nuestros padres! *¿Te acuerdas?* Ellos nos enseñaron á fabricar este nido delicioso, casi podemos decir que nos enseñaron á amarnos teniéndonos siempre juntos y diciéndonos:—«Debéis casaros —y ellos, los que durante nuestros diez años de relaciones, nos fueron inculcando la idea de esta felicidad, para que, al fin, amásemos la vida apacible del hogar tranquilo y venturoso... ¡Cómo acuden á mi mente los recuerdos en estos instantes!... Y al calor de los recuerdos ¡cómo se deshace en lágrimas, esto que no sé lo que es y que me aprieta... me aprieta el corazón y me da ganas de romper en sollozos!... Tú, ¿no te acuerdas de nada?... ¡La boda!... Mira, hasta recuerdo todo lo que dijeron nuestros amigos, cuando tú, la víspera de casarnos, les enseñaste con la mayor candidez tus galas de novia, desde la corona de azahar, hasta los zapatos y el corsé.

También me acuerdo yo... ¡Qué cosas dijeron! Sobre todo por el corsé, que era muy bonito.

Y al decir esto, Lenita, apretaba entre las suyas las manos de Rafael, mirándole al rostro, sin rubor por los picarescos recuerdos; y con la serenidad de un alma tranquila, reía... reía á carcajadas con los ojos bañados aún por el llanto...

II

Se abrió de un empujón la puerta del revuelto estudio, y el pintor Ernesto Donderis, entró con las manos metidas en los bolsillos del gabán y con el sombrero puesto...

Donderis era alto, corpulento, de arrogante figura, de rostro baronilmente bello, de mirar tan pronto vivo y exaltado, como vago, soñoliento, dulce... En aquellos ojos, veíase palpitar el alma del artista con todas sus luchas, todos sus afanes, todos sus anhelos, sus nostalgias todas y sus inmensos dolores secretos, esos dolores íntimos del soñador, que no pueden revelarse porque sería profanarlos, por que tal vez causaran risa solamente.

¿Quién era Ernesto Donderis? Un bohemio del arte; pero no un bohemio *hecho*, si no un bohemio *nacido*, inconsciente, de buen tono, con un talento y una paleta que hubieran podido enriquecerle, si la pícara pereza no se hubiese empeñado en *arruinarle*... ¿Pintar?... Bueno, sí, después...



¿La hamaca? ¡qué dulce, qué constante amiga!... ¡Qué bien se piensa tumbado en ella, con la pipa cargada de aromática hebra y mecido como rapazuelo en su cuna!... ¡Pensar! ¿Por qué ha de llamárseles perezosos á los que piensan? Quien á sus pensamientos se entrega, poco se mueve. La inactividad del cuerpo, se origina en este caso de la febril actividad de la mente... ¡Cuántos cuadros colosales había pintado Ernesto, en el lienzo de sus anhelos!... ¡y qué hermosos, qué dignos de todos los primeros premios de todas las exposiciones del mundo!... Pero estos cuadros en proyecto no eran vendibles, y de aquí su eterna crisis monetaria, su bohemia lógica.. Sólo las necesidades brutales de la vida, sólo el no querer rodar al abismo de la miseria, galvanizaba sus nervios y haciale pintar... cualquiera cosa: un cartón, una tabla, algo que él mismo despreciaba, diciendo: «Esto es para comer, para la materia... El alma quiere gloria, y para alcanzar gloria, necesito darles forma y color á mis sueños... Yo asombraré al mundo... cuando pinte lo que tengo aquí.» Y se golpeaba la frente... y volvía á tumbarse en la hamaca, donde, con los ojos entornados y la pipa en la boca, trabajaba con la imaginación incesantemente, hasta la fatiga... ¡hasta el sueño!

Ernesto entró en el estudio y miró á todos lados como quien busca algo ó alguien... Fijóse en la hamaca, y una sonrisa de satisfacción se extendió por su semblante, á la vez que, acercándose cautelosamente, posaba sus labios en una manita encantadora de afilados dedos, blanca como la gardenia y suave y brillante como la pluma del cisne, mano divina que asomaba con abandono sobre el borde de la espesa malla.

Sonó un grito débil, más de niña que de mujer, y Ernesto apresuróse á decir:

—Soy yo, *Nive*.

Nieves, se incorporó en la hamaca y saltó al suelo para correr á los brazos de Ernesto, que, levantándola en vilo, la llevó á una butaca, la acomodó en ella, le cubrió las rodillas y los pies con una piel, y arrodillándose delante, la preguntó:

¿Cómo estás pobrecilla? ¿Por qué no te acostaste en la cama?

*Nive* se encogió de hombros... ¡Qué hermosa era!... Una hermosura triste... una flor delicada que la fiebre consumía como á las otras flores el sol... chiquitina, «*una muñeca enferma*»—como Ernesto decía—con sus mismos ojazos grandes, casi redondos, de mirar sereno, de extáticas y grandes pupilas azules, bañadas de una luz húmeda y tierna... Sus cabellos eran del color amarillento de las espigas que el sol dora y las brisas mecen en los campos, y en su rostro virginal, cubierto de clorótica palidez, la fiebre esfumaba dos pálidas rosas... Una batita blanca, con gran cuello negro y puños negros también, orlados de blondas por entre las que asomaban sus deditos siempre fríos, cubría como flotante túnica, su cuerpecito débil, abrasado por la fiebre.—«¿Qué tiene mi muñeca?» —preguntó Ernesto, cogiéndole las manos y caldeándoselas con el aliento. —¿Frío?... ¡Siempre frío!... ¡Bah! ¡Ten ánimos, Nive! Ya sabes que el médico ha prometido curarte... y que nuestro médico es hombre de palabra. ¿Te sonríes? Buena señal... En efecto, una sonrisa semejante á una aurora que muere entre sombras, vagó por los finos y rojos labios de Nieves, que contemplaba á Ernesto con ternura, complaciéndose en sepultar sus deditos entre los largos cabellos del joven.

He vendido el cuadro en treinta duros ¿sabes?... Y me han encargado otro del mismo género... Le gustó mucho al director del semanario *El Hogar*... Dijo que esas cosas debo pintar, y no gorrinerías como aquel boceto de un desnudo, que cierto día le llevé... ¡Habrá zote! Figúrate que el boceto era el que hice para una figura del cuadro que he de pintar para ser ó no ser... ese cuadro que veo, que casi toco en mis sueños de gloria... ¡El desnudo! Claro que la generalidad lo repudia... Sus groseros instintos y su ignorancia, sólo les dejan ver en su augusta majestad, las morbideces de la carne. El arte no lo ven allí, sino en los encajes, en las sedas y las plumas, que hacen del cuerpo un maniquí, cosa secundaria. Pasa en esto de los cuadros, Nive mía, lo que con los seres: al que dice la verdad, se le rechaza, tal vez porque la verdad es otro sublime desnudo que deja al descubierto la hipocresía de los humanos. ¡Oh, qué sociedad y qué gentes! Bien hacemos nosotros en vivir apartados de ellas... ¡La soledad! ¡solos los dos con nuestros pensamientos, con nuestros anhelos, con nuestros recuerdos, con nuestro amor, libre como el de los pájaros!... ¿Verdad, muñeca mía?

Su muñeca, sonrió amargamente y tuvo una frase no menos amarga que su sonrisa: «Si las aves fueran seres como nosotros y cometieran la torpeza de vivir en nuestra sociedad, su amor eterno y sublime, sería vituperado como el nuestro.»

Ernesto, se puso en pie... ¡Siempre iban á parar en lo mismo sus conversaciones...! La preocupación mataría á su muñeca, aquella pobrecita muñeca que un día se presentara en el estudio con la torpeza de quien nunca anduvo solo, y con la timidez de la pobre huérfana, que buscando un pedazo de pan, no sabe á donde va ni el precio á que ha de pagarlo... Pero no fué cosa del hambre lo sucedido, no; fuego del corazón, vibraciones del sentimiento, afinidades de sus almas... esto fué y sólo esto.

El artista mencionó todo lo pasado, entre amorosas caricias, volviendo á arrodillarse ante su Nive, y dando

calor con sus manazas á las diminutas de ella... «Moría la tarde... La tarea finaba; unos toques más y cuadro listo... La muñeca, su modelo entonces, estaba inmóvil, con una mano sobre el corazón y la mirada fija en el cielo, que se descubría, teñido de ópalo y grana, por el abierto ventanal del estudio... Luego:—«Se acabó... Puedes irte»... Nive, no se movió... ¿Qué le sucedía?—«Ah! sí... dinero... Pues hija no tengo... Mañana cobraré este cuadro... Pero ¿no has comido hoy? ¿Tienes fiebre? Basta... Ven conmigo»... Salieron á la calle... Un amigo les dió dos pesetas. No tenía más... Bueno, cenarían unos fiambres, solitos en el estudio... Volvieron allí... y entonces confesó ella que en dos días que estaba sirviendo de modelo, había comido cuatro panecillos.—«¡Pobre huérfana! ¿Y no tienes á nadie? ¡Lo mismo que yo!...» De pronto, Nive rompió á llorar. ¡El histerismo... el hambre!... Ernesto, lloró con ella...—«¡Tengo frío!» Ernesto la abrigó en sus brazos, la meció en sus rodillas como á un niño.—«¡No llores, mi muñeca!» Lo dijo entonces por primera vez, conmovido.—«No quiero que llores ¿sabes?» ¡Al fin, la pobrecilla se durmió con la sonrisa en los labios, como un rapaz en su cuna, arrullada por las ternezas del artista, que con sus robustos brazos, prestaba calor á su cuerpecito débil.

Al llegar á este punto de los recuerdos, Ernesto miró á Nieves, preguntándole:—«¿*Te acuerdas?*»—y Nieves, sintiendo su rostro invadido por el rubor, inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¿Qué es eso?... ¡Verguenza!... ¡Bah! Nuestro amor es como el de las flores y el de las aves; nuestros lazos son más firmes que los creados por los hombres; nuestros lazos son la voluntad y el amor... ¿Que nos censuran? ¿que nos rechazan? Bien, pues por eso debemos unirnos más y más... Deja á los otros... sí, *los otros*, así debemos llamarles, puesto que no viven en nuestro mundo ni luchan como nosotros luchamos; déjalos con sus hipocresías y sus leyes, escarnecidas por ellos mismos... *¡Los otros*, no saben lo que es esto! Aquellas mujeres no han tenido que sacrificar nada por su amor; tú lo sacrificaste todo por el tuyo... Espera, pues, á que alguien que sabe más que todos nosotros, te diga si eso es falta de vergüenza ó sobra de corazón... Y, entre tanto, mírame, ríe... llora... lo que quieras ¡pero mírame, muñeca mía!

Nieves no contestó... Nieves, escondiendo el rostro entre los brazos de Ernesto, vertió un raudal de lágrimas, tan ardientes, que parecían gotas de fuego... No... ella no le miraba... no podía mirarle como se miran *los otros*, al entregarse á sus recuerdos; pero quererle, eso sí, le quería más, ¡mucho más! hasta lo infinito... hasta la gloria eterna ó la eterna maldición de Dios.

—«¡Espera, espera!—decía Ernesto con temblorosa voz.—Hay un más allá, donde no se juzga á los seres con arreglo á las leyes obra de ellos mismos y distintas en cada raza... ¡Hay un más allá, donde con ley sublime y única, se nos juzga á todos por la conciencia, que en todos es igual!... ¡Espera, Nive, espera!...

Luis de VAL

# MADRID ELEGANTE

La apertura del regio coliseo, las carreras de otoño, los *five o'clock*, la fiesta de Santa Isabel, los beneficios teatrales, son otros tantos asuntos que han servido de tema, para la crónica mundana, durante el mes de Noviembre.

Abrió sus puertas el Teatro Real y, no obstante los tristes presagios que corrieron por los círculos aristocráticos, días antes de la esperada inauguración, verificóse ésta con el esplendor de otros años, bien que sin el ornato de la real familia, retraída aún de las fiestas, por las desdichas de la patria; pero, en los palcos y butacas, los abonados de siempre, las elegancias femeninas que nunca niegan el brillo de su presencia á todo espectáculo mundano, y en las *alturas* los eternos aficionados á la música, los *clásicos* y los *wagneristas*, los apasionados de Rosini y de Bellini, y los que se entusiasman con *Los Maestros Cantores* y demás creaciones del solitario de Bayrehut.

La moda se ha declarado este año por el turno 2.° impar, y en las noches que corresponden á ese turno, puede verse reunido en la suntuosa sala lo más granado de la sociedad madrileña.

***

Es opinión unánime, que las *carreras* del otoño debieran suprimirse; las de la primavera se prestan á la exhibición de *toilettes*, al lujo de los trenes, á los placeres de un día de campo, ya que no á los *encantos* del *sport*, que aquí entre nosotros, fuerza es confesarlo, es lo de menos; pero las del otoño, deslucidas por la lluvia, sin aficionados en número suficiente para desafiar los rigores de la estación, sin grandes premios que despierten el interés de los ganaderos, quedan reducidas á una sencilla fiesta de familia, á la que no concurren ni dos docenas de personas.

***

La amable Baronesa del Castillo de Chirel inauguró este año los *five o'clock*, y al elegante hotel de la calle de Ayala acudieron numerosos amigos, el día de *San Carlos*, á felicitar al senador silvelista, y el 13 de Noviembre á su distinguida consorte. Por primera vez, después de largo tiempo, se bailaba en aquellos salones, y las lindas señoritas de la casa, recién puestas de largo las dos mayores, hacían gentilmente los honores de la fiesta á un grupo de señoritas que, al deslizarse sobre el lustroso *parquet* del salón de baile, á los acordes del piano, semejaban hermosas flores desprendidas de las espléndidas *corbeilles* con que obsequiaron sus amigos á la Baronesa del Castillo.

***

La fiesta de Santa Isabel se ha celebrado también con la animación de costumbre: S. A. la Infanta tan querida del pueblo madrileño, ha recibido, durante los días anteriores al de su santo, manifestaciones reiteradas de respeto y cariño, y por sus habitaciones del Regio Alcázar, han desfilado los representantes de todas las clases sociales.

La Condesa de Superunda, que, desde la muerte de su caballeroso é ilustre consorte, no ha vuelto á abrir sus salones, recibió también numerosas felicitaciones y un valioso presente, que S. A. envió, como todos los años, á su Camarera Mayor.

Y el palacio recién restaurado del Marqués de Valdeterrazo, se engalanó para recibir á los numerosos amigos del ilustre hombre público, que acudieron á felicitar á su bella y elegante esposa

Otras muchas *Isabeles* pudiera registrar la crónica, por haber figurado en primera línea en la sociedad aristocrática, retiradas hoy unas y ausentes otras de Madrid. La Reina doña Isabel II, para quien siempre guarda nuestro pueblo constantes simpatías; la Condesa viuda de París; la Duquesa de Castro Enríquez, generosa donante de cuantiosas sumas para la reciente suscripción nacional; la Duquesa de Ahumada, que ha sido gala y ornato de los tiempos de esplendor de nuestra Corte; la Duquesa de Prim, portadora de aquel título insigne; la de Veragua, que recibió en Wáshington, los homenajes de los que más tarde nos habían de despojar de nuestro imperio colonial; la de Granada, delicada hermosura de gardenia, retirada ha mucho tiempo de la sociedad por su salud quebrantada; y entre las hermosuras cuyo recuerdo no se borrará nunca de los que han vivido ó viven entre la sociedad contemporánea: la Condesa de Atarés, á una de cuyos antepasados en el noble título, retrató Goya en la cúpula de la ermita de San Antonio de la Florida; la gentil Marquesa de Santilba, que ceñirá á sus sienes la corona ducal del Infantado; la Marquesa de Hoyos, cuyas fiestas han sido de las más brillantes que ha presenciado la quincena actual; y la encantadora señorita de Almodóvar, una de las *estrellas* que más lucen en la sociedad aristocrática.

***

El beneficio celebrado en el Teatro Lara, para los pobres de la parroquia de Santa Bárbara, estuvo al igual que todos los organizados por la Condesa de Aguilar de Inestrillas, brillante como función de gala.

Los viernes de la Comedia, puestos de moda por la señora de Arcos y la Marquesa de Ivanrey, han venido á ser como los *lunes clásicos* del Español: el mismo público distinguido y elegante.

Hemos entrado, pues, en ese período de animación que caracterizó siempre á la sociedad madrileña: se ha cerrado el doloroso paréntesis de la guerra, y... hecha ya la paz, aunque con el ánimo conturbado y triste por los terribles contratiempos sufridos, el espíritu se levanta; y el comercio y la industria renacen y salen de su largo marasmo, protegidos por las altas clases sociales.

MONTECRISTO

# EL IDEAL

*(Continuación).*

Penetró don Manuel ceremoniosamente, saludó con frases entrecortadas, y tomó posesión de la butaca más próxima á la mesa. Don Martín examinó con detenimiento el recién llegado.

— Estoy á sus órdenes, caballero.

Don Manuel sudó, con sudor frío, como se debe sudar en la hora próxima á la muerte. ¡En menudo berenguenal le había metido Federico! Tosió, á modo de predicador que quiere recordar el tema del sermón olvidado, y recurrió al procedimiento que le inspiraba: rascarse la barba.

— Pues . yo soy, Manuel Ozcariz...

— Sí, ya lo he visto por la tarjeta, y espero saber en que puedo serle útil.

No sé cuántas torpezas cometió el atribulado don Manuel, sin saber de que manera abordar la cuestión que motivaba su visita. Pero, al cabo, después de algunas frases inútiles que sirvieron de insubstancial preambulo, recobró la calma, y como Dios le dió á entender, habló de su hijo, y de los amores de Enriqueta con Federico; hasta que al fin, haciendo uso de la fórmula más vulgar, pidió la mano de la muchacha.

Don Martín se sublevó. Empezó por decir que ignoraba los amores de su hija, y acabó por poner en duda las palabras de su interlocutor.

— Debe bastarle á usted que yo lo asegure, — dijo, con firmeza, Ozcariz.

— Bien, sí, me basta; lo doy por cierto; pero ¿quién es su hijo de usted?

Aquí se sintió menospreciado el orgullo de don Manuel. ¿Quién era aquel diputadillo que no conocía el nombre de Federico Ozcariz, tan popular en aquella región?..

— ¡Federico Ozcariz! — exclamó don Martín, saltando de su asiento, como movido por un resorte. — ¿Ha dicho usted, Federico Ozcariz?

— Sí, señor; mi hijo.

— El tribuno de tabernas y garitos, el revolucionario implacable, el hombre sin creencias, sin Dios y sin religión... ¿Y tiene usted el atrevimiento de pedir la mano de mi Enriqueta que es un ángel, para ese.. demagogo? Antes la vea muerta que casada con él!

¡La que se armó en el despacho del diputado! Levantóse don Manuel, pálido, temblando de indignación, defendiendo con brío impetuoso á Federico. Su hijo era honrado, tenía la conciencia limpia; cosa que no podían decir muchos que ocupaban los altos puestos de la política.

— Eso... no lo dirá usted por mí.

— Por usted... y por todos los que son como usted.

Ahora fué el señor de la Cruz quién se indignó, apostrofando á Ozcariz.

Tomaba la disputa caracteres de gravedad, y habría terminado en reyerta de mal género, sin la oportuna intervención de la esposa de don Martín. Parecióle á Ozcariz que Margarita era una marisabidilla completa, y celebró de todas veras que Federico se librase de tener suegra tan peligrosa.

La presencia de la señora, calmó la excitación de los caballeros. Don Manuel hizo una salida melodramática, diciendo, como resumen:

— Mi hijo, señor mío, está muy por encima de estas mezquindades. Guarden ustedes á la niña en conserva. A mi Federico no han de faltarle mujeres para casarse.

Federico, que esperaba impaciente la vuelta de su papre, quedó consternado al saber, punto por punto, lo sucedido entre don Manuel y el señor de la Cruz.

— Sales ganando hijo mío. Querías tener un suegro hipócrita y beato, y una suegra peor que un basilisco... Esto te contrariará; pero ya encontrarás otra mujer que te convenga.

— No, padre; no. Enriqueta será mi esposa; lo he prometido y así ha de ser.

— Pero, si los padres no quieren...

— No he de casarme con ellos, sino con la hija.

Hubo larga discusión entre don Manuel y Federico. El primero, trató de disuadirle de su propósito; pero el joven, terco que terco, declaró francamente que don Martín de la Cruz se acordaría de él.

La estancia de don Manuel en la capital se prolongó algunos días. Al marcharse, dejó al joven abundante provisión de consejos.

— No te digo nada, Federico. Piensa en tu porvenir, y en que las mujeres... son mujeres al fin. ¡Ya me entiendes!

VI

¿Quién diréis, que pagó las contrariedades de Federico? La sociedad, los ciudadanos pacíficos, las instituciones, la iglesia, la magistratura, la banca, los capitalistas. Apenas quedó títere con cabeza. Necesitaba desahogarse, y se desahogó de lo lindo. ¡Qué diatribas brotaban de su pluma! ¡Qué apóstrofes salían de sus labios, en la sala de redacción, y en la tribuna del club!...

Habríase dicho que el deseo de Federico de que diese comienzo cuanto antes el ajuste de cuentas, se trocó en necesidad rabiosa. A todas horas estaba violento, excitado, dispuesto á renegar de todo lo existente. Iba por la calle y tropezaba con un mendigo, y acto seguido hacía reflexiones: ¡Cuándo será el día que no haya necesidad de dar limosnas!» Que un coche atropellaba á un niño. «¡Ah! Ya vendrá tiempo en que las cosas cambien.» Que los periódicos daban cuenta de las arbitrariedades cometidas por los funcionarios del estado: «Es preciso que desaparezca esa taifa de zánganos,... verdaderas sanguijuelas de la nación.» Y la misma violencia experimentaba, porque la patrona no tuviese la comida á punto, ó porque se le estropeara la corbata: «Es preciso un cambio radical, es absolutamente preciso; se impone.

Claro que su mal humor y la tenaz manía de protestar contra todo, obedecían al disgusto que le produjo la conducta de don Martín de la Cruz ¡Pobre Federico!

Había pasado ratos muy malos; le pareció que nadie era tan desgraciado como él. ¡Y qué no causan penan las contrariedades amorosas! Quien diga lo contrario es que no ha amado nunca.

Tradújose el dolor de Federico, en insomnio mortificante. ¡Qué noches pasaba, Dios bendito! El pensamiento, fijo siempre en la misma idea, le atormentaba como gusanillo roedor, haciéndole ver que debía olvidar para siempre á Enriqueta; que no había avenencia posible entre él y el místico diputado. Y lo peor era, que no se decidía á olvidar á su amada. Paseaba muy amenudo por la calle donde vivía. El hotel de don Martín, cerrado siempre, parecíale inexpugnable castillo feudal. ¿Cómo asaltarlo? ¿De qué manera arrancar de la esclavitud á la cándida paloma, dueña de su corazón? Echóse á discurrir planes y medios. Imaginó cuanto puede pensar el cerebro más desequilibrado; pero no pasaba de ahí.

Además, le atormentaba horriblemente no haber visto á Enriqueta desde el día en que don Manuel se presentó en casa del diputado. ¿Qué había sucedido á la pobre muchacha? Tales desvaneos, condujéronle á un estado de excitación violenta, que amenazaba concluir con su salud. Raciocinó con cordura. Aunque no pudiera olvidar, comprendió la necesidad de tomar la cosa con calma: era preciso dar tiempo al tiempo. Y en tanto, para distraerse, no halló otro medio que dedicarse á beber más de lo justo. Es mucha verdad que la embriaguez alivia las penas, ó al menos las adormece.

Hizo á sus amigos más íntimos, compañeros de sus orgías pacíficas. Juntábanse tres ó cuatro, comían en grande y empinaban el codo, como borrachos empedernidos. Lo más chocante es que las *jumeras* dábanles por despotricar á cerca de la política palpitante, y allá se iban á cierto club que parecía antro infernal, y hablaban elocuentemente y preparaban asonadas y recontaban las fuerzas del partido, para el día en que tuvieran que *echarse á la calle*.

Podían tolerarse tales excesos, porque nunca rebasaron el límite de la prudencia. Solamente una noche, noche memorable por cierto, Federico, llegó á perder por completo el juicio. Aquella noche sintióse orador sublime y hombre grande; y en el club, creyóse en plena revolución y habló de cosas estupendas, cuales son la reforma del calendario, cambiando los nombres de los meses y de los días, como hizo en Francia Fabre d'Englantine, y pidió la cabeza de Luis XVI, y lanzó improperios fulminantes contra todos los soberanos de Europa ¿Para qué dar más pormenores de aquella borrachera?

Era sábado la noche en que tal sucedió, y con tanto entusiasmo peroraba el joven, que estuvo diciendo sandeces y disparates hasta hora muy avanzada del día siguiente. Salió del club, después de haber pasado largo rato en inquieta modorra. Empezaba á alborear. Libre su cabeza de los vapores del alcohol, tomó el camino de su casa, avergonzándose de su debilidad, y maldiciendo á don Martín de la Cruz, causa de aquellos forzados extravíos.

Atravesaba una calleja estrecha del casco antiguo de la ciudad, cuando fué á dar de manos á boca con dos mujeres que, indudablemente iban á misa primera á la iglesia próxima; puesto que llevaban mantilla, camándula, devocionario y silla de tijera, para oir el oficio divino con la mayor comodidad.

Marchaba el joven tan absorto en sus reflexiones, que hubiera pasado sin fijarse en las mujeres, si no escuchara que le llamaban, pronunciando su nombre: ¡Federico! ¡Federico!

Un grito de alegría, de satisfacción inmensa, se escapó del pecho del revolucionario. Reconoció á la que le llamaba. era Enriqueta, su Enriqueta querida. La que le acompañaba, su doncella.

En breves palabras justificó la hija de don Martín su presencia en la calle, á tales horas... Iba á oir misa primera, porque su mamá no podía salir, por estar enferma. Federico celebró de todas veras la indisposición de Margarita é hizo votos para que durase eternamente

— Y tú, Federico ¿de dónde vienes?

Turbose el joven; no supo qué responder de buenas á primeras. El recuerdo de cuanto había pasado la noche anterior le hizo sonrojarse. Al fin, halló disculpa.

— Vengo de velar á un enfermo ¿sabes? un amigo... ¡Nos ha dado muy mala noche!

— Bien se conoce que has dormido poco

— Nada, dirás mejor.

— Entonces te dejo. Vete á descansar.

— ¡Marcharte así! ¡Después de tantos días sin vernos!...

Hubo pausa larga. Federico fué el primero en romper el silencio.

— ¡Ah! Tú no sabes... no puedes imaginarte los días que paso. Estoy muy triste... Parece que me falta algo... Siento ganas de llorar...

— Lo mismo me sucede á mí. He tenido muchos disgustos, muchos. Mis padres se empeñan en que te olvide, en que no te quiera..

— ¿Y tú qué dices? ¿qué piensas?

— ¡Y lo preguntas!... Sufro con gusto, porque es por ti... Sólo me acongoja el pensar que puedas olvidarme.

— ¡Olvidarte! ¿Sabes lo que dices?

— Papá tiene un genio muy particular. Nunca transigirá contigo.

— ¡Qué me importa á mí tu papá!...

Federico se aproximó más á su amada y habló con la vehemencia de un enamorado. Todo lo declaró, todo; sin callar nada. Dijo, que por matar su pena, se



daba á la vida alegre. Confesó que la noche anterior se había emborrachado.

— No quiero engañarte, Enriqueta; todo cuanto te acabo de decir es mentira. No hay tal amigo enfermo. Vengo del club, donde he dicho no sé cuantos desatinos. Necesito algún desahogo,... algo he de hacer... ¿Sabes lo que quisiera? Morirme, para acabar de una vez, para no sufrir tanto; porque siento que me vuelvo loco, cuando pienso que tu padre puede obligarte á que seas la esposa de otro.

— ¡Oh, no! Antes me moriría. ¿Dudas de mi amor?

— ¿Hablas formalmente, Enriqueta?

— Imposible parece que me digas tales cosas...

— ¿Me quieres? ¿Me quieres de veras?

JULIÁN PÉREZ CARRASCO

*(Concluirá).*

# TEATROS

DESCARTANDO la fantástica producción del inmortal poeta vallisoletano, que en este año, como en todos los que nuestra memoria recuerda, constituyó la solemnidad teatral del mes, se han registrado en esta culta capital tres acontecimientos dignos de especial mención los conciertos, en el Lírico, del eminente maestro Vicente d'Indy; el estreno de una partitura nueva, en el Gran Liceo, y la reaparición transitoria de María Guerrero, que, cual ave de paso, ha venido á saludarnos, antes de encerrarse en su nido de invierno. Sin alardes de crítico, no desempeñando otro papel que el de mero cronista, voy á reflejar, á vuela pluma, las impresiones recogidas del público en estos distintos espectáculos.

Respecto al primero, sabíase desde el punto y hora en que aparecieron los carteles anunciadores, que congregaría en el suntuoso *Salón* de la calle de Mallorca á todos los prosélitos del divino arte, quienes conservaban aún latente el entusiasmo que en época no lejana despertara en ellos el célebre músico; y que no dejarían de acudir también cuantos, siendo profanos, creen comprar por el precio de la entrada una patente de inteligencia y buen gusto. En la opinión de aquéllos, pues estos últimos no la tienen, aun cuando se permitan emitirla, el eminente maestro estuvo en la organización y dirección de tales conciertos á la altura de su fama; demostrándolo el frenesí con que en las cuatro audiciones fueron aplaudidos los diferentes números anunciados. Los verdaderos *dilettanti* no olvidarán nunca los ratos deliciosísimos que les hicieron pasar d'Indy y sus compañeros, sintiendo que no se les proporcione ocasiones de disfrutarlos con más frecuencia.

*Andrea Chenier* se titula la nueva ópera á que nos referimos anteriormente, original del reputado compositor Giordano. Aunque su música entra de lleno en la escuela moderna, que cada día va sumando mayor cantidad de adeptos, débese confesar que la obra no correspondió del todo á las esperanzas del selecto auditorio que llenaba el Gran Teatro, en la noche del estreno. Se comprende fuese así, pues adolece de un defecto capital: el libreto. Este es más propio, por su corte de melodrama francés, para fascinar á un público dominguero del Circo, que para inspirar brillantes páginas musicales. Ha sabido, sin embargo, sortear hábilmente los escollos, y hasta convertirlos en piedra de toque de su talento; pudiendo citarse, como ejemplo, el de las carcajadas del coro, al presentarse los reos ante el tribunal.

En cuanto á la ejecución, merece calificarse de excelente. De-Marchi, ha ganado en voz, transportándola con más seguridad y dulzura que cuando le oímos en otras temporadas. Desempeñó la parte de protagonista de un modo admirable, especialmente en la canción del primer acto al amor y á la patria, y en el dúo final. Giraldoni, en el papel de Gerard, demostró ser un artista consumado, un barítono de voz bien timbrada y extensa, un digno descendiente, en fin, de aquel célebre Giraldoni, cuyo mérito citan todavía nuestros padres con hiperbólico encomio, para honra y gloria de la ya canosa ó calva generación. La Corsi se mantuvo en buen terreno, particularmente en el tercer acto; empero abrigamos el convencimiento de que en otras producciones se elevará á mayor altura. Muy acertados los demás. La masa coral ha mejorado mucho, fuerza es reconocerlo, con la jubilación de algunos venerables individuos, de ambos sexos, á quienes sólo recomendaba .. la antigüedad.

En honor de la verdad y haciéndome eco del criterio imperante, el empresario señor Vehils ha cumplido como bueno, pues todos los artistas que figuran en el cartel, entre los cuales descuella el tan aplaudido Bonci, gozan de bien cimentada reputación, como lo irán demostrando seguramente en el curso de la temporada: y esto deben tenerlo en cuenta las familias llamadas á sostener el esplendor de nuestro Gran Teatro, para corresponder á los sacrificios de dicho señor y á sus leales propósitos.



MTRO. BORRÁS DE PALAU.

*Fot. Napoleón*

De vuelta del extranjero, en donde, según informes fidedignos, no ha sido atendida cual merece, y de tránsito á la Corte, María Guerrero, con su cuadro de compañía, ha dado seis representaciones en el decano de los coliseos barceloneses; indemnizándose, en parte, de su excursión negativa, (bajo el punto de vista material), pues mucho antes de su llegada á ésta, « quedaron ya abonados todos los palcos y butacas », según rezaban los carteles pregoneros de su venida. Mucho me congratulé de aquel preventivo anuncio, á pesar de escocerme no poco, hablando francamente, que una actriz española, á quien tanto miman en su tierra, hubiera tenido la desdichada ocurrencia de llevar las galas de su talento á países extraños donde acaso no sabrían ó querrían apreciarlas en su valor intrínseco. Recordábame oportunamente, que nuestras indiscutibles eminencias escénicas, — el gran Romea, sin ir más lejos, — ni aun invitadas por los mismos extranjeros, accedieron á *recitar* fuera de su patria; y eso que la patria de Romea no había sufrido de los extranjeros... las desatenciones y desengaños que la patria de María Guerrero.

Las seis representaciones se han contado por llenos; no escaseando tampoco los aplausos. El ser ya conocidas las obras y su ejecución, por las partes principales, me evita toda consideración acerca de ellas; consignando sólo que, tanto la simpática actriz como Díaz de Mendoza, cuyos adelantos son más visibles cada día, han puesto de relieve sus envidiables facultades para el arte que cultivan, lo mismo que la simpática Nieves Suárez, el genial Manolo Díaz y el veterano Carsi.

El cuadro de compañía, será si se quiere, algo deficiente; falta imputable en la actualidad á todas las de declamación; pero la *mise* en escena es tan propia, tan suntuosa cuando la producción lo requiere; los personajes se presentan y visten con tal elegancia y riqueza; se cuida, se afiligrana tanto el conjunto;... que el espectador se rinde á discreción, y, admirando la belleza general, hace caso omiso de los defectos particulares.

Perdóneme María Guerrero, si mis anteriores apreciaciones la han molestado: cónstele que la admiro como actriz y que la deseo incesantes prosperidades como empresaria.

A. B. JORRO

## AVISO IMPORTANTE A NUESTROS SUSCRIPTORES

De conformidad con lo ofrecido en las condiciones de suscripción, en el próximo número recibirán de regalo **una hermosa portada en oro y colores**, debida al inteligente artista Francisco Tomás y Estruch, y el **Indice de las materias contenidas en los números publicados hasta fin del corriente año;** los cuales constituirán el primer tomo de la publicación.

Al propio tiempo, recibirán también de regalo el **Prospecto para el año 1899,** hermosísimo facsímil del **ALBUM SALON,** ó sea un ejemplar en miniatura del mismo, con igual número de páginas, cuadros en color, pieza de música, etc., etc., que les rogamos lean detenidamente, para comprobar la exactitud con que hemos cumplido hasta el día nuestros compromisos, y conocer nuestros propósitos para lo sucesivo.

Les suplicamos encarecidamente que exijan ambos regalos á los repartidores, cuando les lleven el número próximo (16 de Diciembre), si por olvido ú otra causa no se los entregaran.

SUMARIO DEL NUMERO PROXIMO


CUBIERTA EN COLOR; por Luis Graner

*A gran velocidad.* Caricaturas de Miguel Navarrete.

PÁGINAS EN COLOR: *Carmen Bonaplata - Bau* Retrato.

*La noche buena de los alojados.* Cuadro de J. Cusachs.

*Engordar para morir.* Cuadro de Tomás Muñoz Lucena.

*Héroes del género chico.* Cuadro de Antonio Gil de Palacio.

PÁGINAS EN NEGRO: *Cristo.* Artículo de Antonio Astort

*El Nacimiento.* Artículo de Anselmo Gascón de Gotor.

*Letras catalanas. — Angel Guimerá.* Conclusión del artículo de J. F. Luján.

*Las dos rejas.* — Artículo de Rafael Chichón; ilustrado por Cuchy.

*Adolfo Castro y Serrano.* Retrato, y artículo necrológico de M. Escalante Gómez.

*El ciego. — Cuento de Navidad;* por Emilia Pardo Bazán, ilustrado por Passos.

*Niza y Rota.* Artículo crítico de E. Rodríguez - Solís.

*Nota artística de actualidad;* por Modesto Urgell.

*El ideal.* Conclusión de la novela de Julián Pérez Carrasco, ilustrada por Seriñá.

*Maestro Roberto Goberna* (Retrato).

MOSAICO

REGALO. — *Mar [illegible]*. Estudio n.º 2, en mí natural mayor, op: 43, para piano, compuesto expresamente para esta publicación por el maestro Roberto Goberna.




Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.




ACCIDENTE VEROSIMIL; por FRADERA.



A la una.



A las dos.



A las tres!..

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.




(Exposición Robira, Escudillers, 5, 7 9)

*CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí* ❖ *Rambla de Cataluña. 151, Barcelona* ❖ **Precio: 4 reales.**

CRONICAS * ACTUALIDADES * ARTICULOS LITERARIOS * POESIAS * MODAS * REVISTAS DE SALONES * MUSICA * SPORT

# Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACION ESPAÑOLA EN COLORES

| Año II | Barcelona, 15 de Diciembre de 1898 | Núm. 32 |
|---|---|---|

Director-Propietario: Miguel Seguí

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

## COLABORADORES

**Literatos:** Leopoldo Alas *(Clarín)*. -Rafael Altamira.—Vital Aza.—Víctor Balaguer.—Federico Balart.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes. — Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Vicente Blasco Ibáñez.—Luis Bonafoux.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo. — Mariano de Cavia. Martín L. Coria.—Sinesio Delgado.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar *(Marqués de Valdeiglesias)*.—Francisco T. Estruch. — Isidoro Fernández Flórez *(Fernanflor)*. —Carlos Fernández Shaw. Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—Enrique Gaspar.— Pedro Gay.— Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal *(Kasabal)*. -Jorge Isaachs.—Teodoro Llorente.—Federico Madariaga.—Marcelino Menéndez y Pelayo.—José R. Mélida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio. — Melchor de Palau. — Emilia Pardo Bazán. —José María de Pereda.—Benito Pérez Galdós. Felipe Pérez y González. — Jacinto Octavio Picón. — Miguel Ramos Carrión.— Angel Rodríguez Chaves. -Joaquín Sánchez Toca.—Alejandro Saint-Aubín.—Antonio Sánchez Pérez. P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés. Enrique Sepúlveda. Luis Taboada. —Federico Urrecha.— Luis de Val.—Juan Valera. -Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey. — Francisco Villa Real. — José Villegas *(Zeda)*. -Baronesa de Wilson.

**Pintores y dibujantes:** Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Luis Alvarez.—T. Andreu.— José Arija.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau. - Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—Cabrinety.—José Camins. — Ramón Casas.—Lino Casimiro Iborra.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Manuel Domínguez.—Juan Espina.—Enrique Estevan. — Alejandro Ferrant.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller. —Manuel García Ramos. Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—Angel Huertas. Agustín Lhardy. Angel Lizcano. — Ricardo Madrazo.—José M. Marqués.—Ricardo Martí. —Tomás Martín. Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa. -Félix Mestres.—Francisco Miralles. —José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Moreno Carbonero.—Morelli.—Tomás Muñoz Lucena.—Jaime Pahissa. — José Parada y Santín.—José Passos. Cecilio Plá. —Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny. Pinazo.—Manuel Ramírez.—Román Ribera. — Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol. -Alejandro Saint-Aubín.—Sans Castaño.—Arturo Seriñá.—Enrique Serra. Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—María de la Visitación Ubach.—Joaquín Xaudaró.

**Músicos:** Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Alberto Cotó.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Federico Chueca.—Espí.—Manuel Fernández Caballero.—Gerónimo Giménez. Salvador Giner. Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados. Joaquín Malats. -Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet. —Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Felipe Pedrell.—Joaquín Valverde. Amadeo Vives.

A GRAN VELOCIDAD; por Miguel Navarrete.



El buen Alí-Majá, al ir á emprender su largo viaje, ensalza una ferviente oración para que éste sea feliz y en buena hora



Y confiando en que Mahoma nunca desatendió sus ruegos...



Se lanza al través de las doradas arenas del desierto.



# CARMEN BONAPLATA - BAU

Para alcanzar en el mundo musical una reputación sólida, requiérese, además del natural talento, largo tiempo de aprovechado estudio; de suerte que, por regla general, los artistas líricos han traspasado ya los límites de la juventud, cuando entran en el terreno de la celebridad. Esta justa observación, lleva consigo el mejor elogio que de nuestra admirable compatriota pudiéramos hacer; pues á los veinte años, alcanzó un éxito tan espontaneo y ruidoso, cantando la *Aida* en el Dal Verme de Milán, que, con gran beneplácito del maestro Verdi, presente á su *debut*, pasó en seguida de aquel escenario al de la Scala; y no por una temporada, sino por cinco consecutivas; lo cual significa que su primer éxito fué un triunfo sólido y reiteradamente ratificado en el dificilísimo é inabordable teatro italiano, meta de toda carrera lírica.

Ocho años han pasado, desde que recibió las aguas del Jordán artístico; ocho años no más, — en la actualidad cuenta veinte y ocho, — durante los cuales, ha recorrido los principales coliseos de Italia, España, Portugal, Rusia y América del Norte y del Sud; siendo objeto en todos ellos, de entusiastas ovaciones, que los críticos más eminentes de los citados países, convertidos en trompeteros de la fama, han sancionado y difundido en letras de molde. Para estimarla en lo que vale, — dicen á coro, — hay que ver como comprende é interpreta todos los estilos; hay que notar como se pliega á todas las variedades, aquella voz flexible, vibrante en los agudos, dulce y pastosa en los centros y graves; hay que advertir como se amolda á todas las formas de expresión, según canta la *Casta Diva*, el aria Pace de *La Forsa del Destino*, la de las joyas del *Fausto*, ó la plegaria de Isabel de *Tannahauser*. En esta última, ó mejor dicho, en todo el tercer acto de tan delicada ópera, hay que admirar sin límites su correctísima escuela, espiritual sentimiento y apropiada mímica, á que presta fascinador encanto su escultural belleza.

Su repertorio es vastísimo, pues comprende la mayor parte de las mejores obras antiguas y modernas; habiendo merecido que se la aclamara intérprete de las de Wagner, y cabídole la satisfacción de ser la primera en cantar la *Walkiria*, vertida al italiano.

Conforme hemos indicado, esa joya de inapreciable valor vió la luz en Barcelona; razón por la cual nos hacemos con mayor gusto eco de sus glorias; ¡cómo que participamos de ellas! Reciba la renombrada cantante, nuestro cordial parabién, por su brillante y rápida carrera; lo mismo que su esposo, el distinguido profesor y pianista Lorenzo Bau, y su padre Teodoro Bonaplata, el excelente actor con cuya amistad nos honramos; ya que bajo la égida del uno, comenzó Carmen su educación musical, y heredó del otro, la sangre de artista que circula por sus venas.

***

# CRISTO

Todo el cristianismo es un conjunto de misterios; pero cada misterio es un reguero de luz.

BALMES.

El mundo cristiano conmemora en estos días el nacimiento del que á los 33 años de edad exhalaba el último suspiro en la cruz regeneradora de la humanidad.

Tuvo el cristianismo sus etapas, sus evoluciones, sus períodos de gestación.

Bajo Juliano, tras diez sangrientas persecuciones, la causa de la moral cristiana vióse un momento comprometida; motivado á que los ataques le eran sutilmente dirigidos al mismo centro de su vitalidad. Las crueldades de Nerón, Domiciano y Diocleciano, exterminaban á los cristianos; pero no mataban el cristianismo. El sistema de Juliano, habría resultado completamente eficaz, si la idea cristiana hubiese podido perecer. Los heresiarcas, los sofistas y los escépticos, fueron también tres especies de enemigos que le atacaron, sugeridos por ese monstruo de todos los tiempos: el error. Los filósofos, los pensadores, han sostenido continuas y enconadas controversias, en el terreno de la investigación de su origen. Nadie, sin embargo, ha negado á la religión fundada por el humilde nazareno su influencia civilizadora. Y así como el apóstata sucesor de Constancio, en la agonía de muerte producida por persa jabalina, pronunciaba aquellas palabras, llenas de intención y amargura, « Venciste, Galileo »; así también el idólatra Tiberio, de quién por sus crímenes dice Suetonio: *ut de monstro narranda sunt*, había propuesto mucho antes, á raíz del drama del Calvario, colocar al procesado de Judea en el número de los dioses.

Se admite unánimemente la necesidad de la religión en un estado, porque, estando fundadas sus disposiciones sobre la moral que de ella emana, los principios de aquélla derivados, tienen el mismo fin que la ley civil; toda vez que éstos imponen al hombre la obligación de reprimir sus pasiones, no perjudicar á otro y favorecerlo. Pero esa uniformidad de creencias, con respecto á la necesidad de una religión, es inagotable manantial de eternas discrepancias, que se acentúan cuando se pretende averiguar la verdadera naturaleza del fundador de nuestro dogma; cuestiones insolubles en razón directa de la impotencia humana, y querellas lógicas, porque, como dice Pascal, la índole virtual de nuestra religión está en su misterio. De manera, que el origen del cristianismo es tanto más inconcebible por ese misterio, cuanto este misterio es inconcebible al hombre.

Prescindamos de examinar la autenticidad de la tradición difundida desde la más remota antigüedad entre los pueblos de Oriente, que presentían el nacimiento de un hombre salvador de las generaciones; tradición de que hablan Tácito y Suetonio. Prescindamos de la profecía, que al decir de Josefo, era el espíritu que animaba á la Judea contra Roma; profecía que les anunciaba confusamente, la aparición por aquella época, de un judío extraordinario; y no hablemos tampoco de aquella ingenua certidumbre de la multitud israelita, que corría alborozada hacia San Juan Bautista, para preguntarle si era él el Mesías esperado.

Todo esto, si envuelve realidad, ya es de por sí indestructible; si ficción, es siempre bella poesía, porque, según afirma Plutarco, ¿cuándo la encantadora ficción deja de producir poesía encantadora?

Desviémonos, pues, de cuanto no se concrete á los propósitos que nos han movido á tomar la pluma, y reconozcamos que la religión predicada por Cristo, es el agente de crecientes y nunca interrumpidos adelantos en el orden civilizador. Y fúndase ello, en que la religión dada á los hombres por el hijo de un carpintero encerraba los gérmenes de libertad que hoy rige los destinos de las naciones, y el principio de una moral cuya asombrosa propagación consistió en que vino á destruir la abominable mentira del politeísmo.

¡Y cómo y por qué serie de sacrificios, y tras qué lucha titánica de ideas se propagó esa religión, que en su primer siglo solamente contaba en su seno unos cuantos millares de esclavos; en el segundo, dos millones de adeptos; quince, cuando la caída del imperio de Occidente; treinta, al verificarse la irrupción de los muslimes... ¡más de trescientos en nuestros días!... Propagación que pintan con fiel exactitud las siguientes palabras proferidas en plena cátedra romana: « esos cristianos se propagan como escorpiones; de cada nido salen veinte; su número iguala al de las ranas, y el viento los trae como langostas; nadie está seguro ». Y estotras, del elocuente Tertuliano, en tiempo de la persecución decretada por Severo: « Somos hijos de ayer, y ya lo llenamos todo: vuestras viviendas, vuestras ciudades, vuestras aulas. Sólo os dejamos los templos, — *sola relinquimus templa* ».

Porque la religión cristiana, difundida por medio de la parábola ó el apólogo, esas dos brevísimas formas del discurso que inculcan más fácilmente en la imaginación un precepto, colocaba al hombre en los campos de la esperanza, le daba moral, creencias y libertad, le enseñaba que sus leyes se han de buscar necesariamente dentro de nosotros mismos, en la conciencia, y grababa en su espíritu la convicción de que la doctrina evangélica es generadora del bien, de la utilidad, de la simpatía, de los vínculos sagrados de la familia, de la amistad y fraternidad, base en que se funda el amor al prójimo, que es el amor á la humanidad, y el amor á la democracia, que es el amor á Dios.

Hoy, después de 19 siglos de aquel triste episodio que tuvo por escenario la cumbre de una pequeña montaña de Jerusalén, el mismo año en que la primera Agripina iba á reunirse en la tumba con su esposo Germánico; hoy, al través de 19 centurias, testigos de las hondas evoluciones que han conmovido al mundo en sus leyes sociales, religiosas y políticas, la semilla cristiana fructifica más lozana y esquilmeña que nunca.

Las costumbres han totalmente cambiado, una nueva fe pública y nuevos derechos de gentes han profundamente transformado las leyes de las antiguas sociedades; el criterio se apoya en firmes razonamientos, y la razón no es juguete de un silogismo. Las naciones han depuesto sus hereditarios odios; la caridad extiende sus beneficios por doquier; el individuo se confunde en la especie, y ésta salva las fronteras para acercar gradualmente unos pueblos á otros, persiguiendo el ideal de convertir á la familia humana en una colosal confraternidad que piense con un solo cerebro y sienta con un solo corazón.

Tales cambios son debidos á nuestra religión, á esa religión que según Chateaubriand dice, con mágico lenguaje, es sublime por la antigüedad de sus recuerdos, inefable en sus misterios, adorable en sus sacramentos, interesante en su historia, celeste en su moral, rica y arrobadora en sus pompas.

Concluyamos repitiendo con un ilustre autor, la altura á que ha sido colocada la doctrina de Jesucristo, por efecto de la sublimidad de sus máximas y la convicción de sus palabras.

La tribuna, los diarios, las escuelas, las conversaciones y los hábitos se hallan impregnados de las celestes emaciones de la religión, y puede asegurarse que se están obrando por ella transformaciones tan grandes, como cuando desde las ignoradas catacumbas de Roma subió á sentarse debajo del dosel imperial. La ley la reconoce, la ciencia la justifica, la historia la proclama, la literatura va á beber en ella sus inspiraciones, las artes se honran con servirla, y después de haber examinado, juzgado y apurado todos los sistemas de esa filosofía que seca el corazón, entra por fin en su regazo y quiere eternamente vivir á la benéfica sombra de su edificio inmortal.

No cabe mayor encanto en la palabra, ni es posible hablar con más admiración hacia Aquél cuyo nacimiento recuerda ahora el mundo cristiano, y cuya vida fué un continuado ejemplo de humildad y perdón, redentores de la humanidad, y de inocencia y candor, purificadores del alma, manifestados en su amor á la niñez: *sinite parvulos venire ad me* — dejad que los pequeñuelos vengan á mí.

ANTONIO ASTORT

# EL NACIMIENTO

En las primeras revelaciones artísticas del cristianismo, aparecen con frecuencia los Magos en la escena del Nuevo Testamento, en el Nacimiento del Niño Dios, que, según algunos Padres de la Iglesia, se verificó al abrigo de la escavación natural de una roca aun subsistente, en la que Santa Elena mandó construir un templo, según San Eusebio; á pesar de cuya aseveración, los artistas prefirieron y prefieren siempre el *tugurium*, choza ó establo.

Este misterio, hasta pasados los primeros siglos, sólo fué tratado por los neófitos artistas, en los sarcófagos, en pastas de cristal, grabado en la piedra; como en una curiosísima del siglo VII, donde la Virgen, cubierta con un velo, está sentada sobre un lecho, y en frente San José sobre un asiento, en medio de los cuales se ve el niño en el pesebre, que recuerda por su forma á los caballetes de ruedas de los pintores, destacando de entre las paralelas ó largueros del pesebre, las testas de los tradicionales animales; dibujada la estrella próxima á la Madre, la luna en el de San José, de cuyas imágenes circunda las sienes el nimbo, siendo crucífero el de Jesús.

La pintura, no trató en los tiempos apostólicos este asunto, ó al menos, en los numerosos descubrimientos que se suceden con frecuencia no se ha encontrado siquiera vestigio alguno que lo dé á suponer.

Según la tradición de la Iglesia latina, tres fueron los Magos que adoraron al Mesías en su Natividad; circunstancia que destruye la opinión de los que adjudican esta tradición á San León, que vivió en época posterior.

Los artistas, siempre liberales en la concepción, aunque fervientes catecúmenos defensores de la divinidad del Hijo y de la maternidad de la Virgen, estuvieron, como es consiguiente, en contraposición de los combatientes del dogma: en sus composiciones intervinieron siempre los Magos, pero el escrúpulo ó el rigorismo no llegó hasta pensar el número de ellos; por lo que unas veces se encuentran dos Magos, otras cuatro, aunque en estos casos se percibe que el respeto á la divinidad y el deseo de tributarle honores, llevó á los artífices á alterar los hechos, por solo conceder el centro á la Madre en la escena de la Adoración, como se ve en algunos ejemplares publicados por el eminente cuanto malogrado D'Rossi.

Según algunos escritores de nota, cada uno de los Magos llevó tres pre-

sentes al Señor; aunque en todos los monumentos encontramos al primero, que le ofrece una copa y una corona de oro; al segundo, con una vasija, especie de *patera*, que contiene mirra; y al tercero con otra copa incensaria, en forma de paloma, cogida ó presentada entre parte de la tela de su vestidura. En el cementerio de San Calixto, en un fresco, la presentación de ofrendas la hacen en arquillas; en el cementerio de Santa Inés, el primer Mago agita el *flabellium* sobre la cabeza de Jesús, con la mano derecha, llevando el presente en la izquierda.

Generalmente, visten túnica corta, ostentando sobre los hombros la *clámide* ó el *ságun*, estando cubiertas sus cabezas con el *pileus*, frigio, de origen persa; las piernas, unas veces las llevan desnudas, cubiertas otras con el *anaxirides* de los bárbaros (calzón ajustado), ó bien calzando botas y espuelas.

La adoración la hacen de pie ante Jesús que, en unos casos, está sobre las rodillas de María, la cual se halla sentada en un sillón, parecido á las cátedras episcopales, de trama de mimbres el asiento, según Bottari; en otros, Jesús está sobre cuna de mimbres, envuelto en los pañales; y en Roma, tiene la cabeza fuera de la cuna, unas veces descubierta y cubierta otras. Según la descripción evangélica, la Virgen está sentada en una roca, entre dos palmeras que dan sombra á su cabeza; y Bottari cita un Nacimiento en el que sólo está el Niño en la cuna, sobre su cabeza la estrella y á ambos lados el buey y el asno, cuya presencia no se halla hasta el siglo IV; fundándose unos en que su origen lo deben á la profecía de Isaías, mientras Tillemont dice que son alegóricas, y Baronio asegura que es defendida su presencia, por algunos Santos Padres.

En un mosáico del siglo V, que cita Ciampini, Jesús niño está sobre esplendente trono, rodeado de ángeles.

San José nunca estuvo solo; ocupó siempre lugar secundario, y algunas veces fué suprimida su imagen, como sucede en el cementerio de San Calixto. Figuraba de pie, generalmente, y en un ejemplar publicado por M. Perret, que es una piedra sepulcral, el Santo Patriarca tiene extendido el brazo derecho sobre las cabezas de la Madre y del Hijo, como queriendo protegerlos.

En los primeros siglos, encontramos á San José imberbe; más tarde, de edad madura, calvo, ó con espesa barba. Su indumentaria consiste en la túnica y el *pallium*, ó, si viste traje de labor, la túnica de una manga. En el bajo relieve de un sarcófago, San José lleva algo que parece precursor de la caña de lirio que la iconografía le ha puesto posteriormente.

La estrella radiante, la pusieron en general los artistas sobre la cabeza de María, y algunas veces el primer Mago está indicándola con la mano ó con el vaso: en el cementerio de Siriaco, substituye á la estrella el anagrama de Jesús; Le Blant, cita algunos sarcófagos de Arlés, en los que está la estrella dentro de un círculo.

También se grabó este misterio, en los primitivos tiempos, en medallas y medallones de cobre: en 1792, cerca de Aquilea, se descubrieron tres cucharas, en una de las cuales está esgrafiado el Nacimiento, con oro y esmalte.

No sólo aparecen los Magos en el Nacimiento. Del siglo IV, hay un sarcófago en el que están ante Herodes, quien dirige la palabra á algunos personajes que le rodean; y en otro, del cementerio de Santa Inés, están los Magos, y Herodes, llevándose la mano al corazón, como protestando de su ninguna aversión por el Rey de los judíos.

ANSELMO GASCON DE GOTOR

# LETRAS CATALANAS

## ANGEL GUIMERÁ

*(Conclusión).*

Dirán no pocos: ¿es posible que en Cataluña y revelándose en habla que nos parece áspera y desabrida poseamos ese gran poeta? ¿Se pueden decir en catalán cosas grandes, dulces, tiernas, saturadas de unción y de poesía? Se pueden decir sin lirismo empalagoso y en todos los tonos humanos, desde el más suave al más fuerte; si no con tanta ternura, en ocasiones con más viveza y mayor brío, reflejando, en fin, el temperamento, la índole de poeta que sabe ser tan delicadamente íntimo como Guimerá.

¿Qué més vols del esclau, dona inclement?
t'ha vist al peu del ara
á un altre home lligada eternament
y no ha dit res sa cara;
t'ha vist entrellassada al teu marit
com un eura á la soca,
y uns besos y altres besos ha sentit
y ha somrigut sa boca.
¿Qué més vols del esclau...? fer de son cós
en estas nits calladas,
lo coixí de la esposa y del espós...
y us dormirá á cantadas.

Es pecado de herejía traducir á Guimerá en verso y luchando por conservar la imagen; se pierde toda la expresión, que es en él desesperadamente gráfica; se escapa el aroma: Guimerá dice «y us dormirá á cantadas», y eso no se pone en castellano de un modo tan breve, tan profundo y poético á la par: hay que diluir la frase, que como otras muchas, da la emoción exacta del objeto aplicado al ente. Créanme bajo palabra los que no entiendan el catalán: no es lo mismo decir «y os dormirá cantándoos» que «y us dormirá á cantadas». Pero no se trata aquí de un estudio de voces, sino en la medida con que juegan para sensibilizar cualidades afectivas del sentimiento, á veces ajustadas, en el lenguaje, á las emociones que produce en un espíritu delicado, exquisito y culto la visión de lo real. Los versos de Guimerá, libres de las ampulosidades de la rima, forjan brevemente la imagen, sin perder en el acorde. Así llegan con la prontitud y el brillo del rayo luminoso á nuestra alma. No deslumbran las metáforas, pero conmueven las ideas penetradas de sentimiento apacible y candoroso. Se ve al hombre dolorido, pero resignado: parece que canta para engañar su dolor y como si no supiese que el mundo le oye; se adivina, por la candidez con que nos cuenta sus amarguras, la indiscreción en que cae el numen del poeta:

no t'ofengui el saber que'ts ma estimada,
llevat de Deu no ho pot saber ningú. (1)

Otros dicen en voz alta y con aires de tempestad y de anatema su desencanto:

Mas ¡ay, que es la mujer ángel caído,
y mujer nada más, y lodo inmundo,...

y no les importa mirar por la reputación de esa mujer ni que les oigamos compararla á un «estanque de aguas corrompidas entre fétido fango...»

¡Ah! no: lucen su pena y su descreimiento y gozan en la burla de su propio dolor:

— Truéquese en risa mi dolor profundo...,
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
mi propia pena con mi risa insulto.

En la borrasca de las desilusiones, pierden el corazón: Guimerá lo conserva entero, fuerte, sano.

Qué bó ha de ser á qui l'amor entreguis,
á qui tú estimis fins jo l'estimaré.

«Amaré á quien tú ames.» ¿Sabe él, por ventura, si merece el cariño de la que adora? «¡Qué bueno ha de ser el hombre á quien te entregues!» El poeta no sólo ennoblece y llena de luz la figura de la mujer, pero la del rival afortunado.

La ha perdido para siempre; se ha abierto un abismo entre los dos y aun tiene fe su alma en lo porvenir. La sigue á la iglesia, y cuando ve que sale con su marido, balbuce: «Dios te haga bien casada», pero su corazón ha llorado en silencio. Después halla todavía alientos en su sér para correr con su cruz de dolor hasta el fin del calvario y quedar de pie en la calle, frente á la ventana de la alcoba nupcial: la luz que sale por las rendijas ¡qué cosas no le cuenta de los esposos! Todo se lo ha dicho: «que ya ha pronunciado la solemne promesa de amor»;

que'ls ulls demá tens d'acotar vermella,
que una santa ja has d'ésser pera mí:

que mañana el rubor cerrará sus ojos... y también que ha de mirarla él como una santa.

Mes ¡ah! qu'encara't vull y donaría
fins l'eternal repós,
sols per saber cuan aqueix llum moría
si tú l'has apagat ó'l teu espós.

La imagen es penetrante y viva: despierta sensaciones y pensamientos múltiples. No renuncia el amante aun á la ilusión, que le presta energías para resistir la torcedura cruel de los celos. Del bagaje de esperanzas que trajo al mundo sólo le queda la fe en el reposo eternal (aquella paz en que ya no creía Espronceda), y ésa la sacrifica, la pierde gustoso por un flaco consuelo: «la luz se ha apagado, pero á lo menos que no seas tú la impaciente, la sedienta de caricias.» Quiere que su amada vaya al amor como se va al sacrificio, y se ve que Guimerá, no es sólo humano en su abnegación, pero en las concesiones que hace á la carne. Ni en lo más agudo de la crisis, en lo más imperativo del momento psicológico, que disculpara las aberraciones de la imprecación llegando al grito salvaje de la cólera, se pierde el concepto de lo real: se bebe en los versos la amargura de las cosas de la vida: de la casa surgen ruidos de fiesta, de goce, de embriaguez; se escapa la luz, pero el poeta está en la sombra, y en la sombra atisba, escucha, *sabe*, siente los pormenores sucesivos de la escena. Sorpréndenos el ver que no salen á la superficie los instintos malos del hombre, sino los sentimientos amorosos del poeta. Becquer, sin llegar á un extremo tal de pasmo, dijo:

y entonces comprendí por qué se llora,
y entonces comprendí por qué se mata.

(1) No te ofenda saber que eres mi adorada; fuera de Dios no puede saberlo nadie.

La disparidad en los temperamentos de ambos poetas y en la psicología de los caracteres está bien marcada. Después del desengaño uno llama á su ídolo estúpido, el otro grita: «Una santa has de ser para mí mañana.» Guimerá llega á lo trágico por el motivo y no pierde la dulzura, la sencillez idílica aquella entonación ligeramente triste. Ni blasfemias, ni crispación de puños; todo manso, todo suave, pero ingenuamente doloroso.

Y no se trata aquí de un caso excepcional de altruísmo, de grandeza humana: de un sér dispuesto á sacrificarse por la ventura de los otros; el caso es más simple: Guimerá renuncia á la mujer, pero no al amor; renuncia á la posesión de la carne, pero no al señorío ideal de la mujer á quien ama; que fuera de ella no hay amor, no puede haber vida de amor para el amante. En efecto: la mujer y el amor son carne y espíritu indivisibles mientras la mujer siga atada á la tierra y renueve la vida del espíritu con visiones corpóreas. «Con mis besos se ha formado mi alma, has crecido á mi lado,

Si saps d'amor t'ho he ensenyat
¡y ets meva! ¡ets meva!

Te he enseñado á amar, pues eres mía.» Las convenciones sociales lo han dispuesto de otro modo, y cede

Avuy tens altre marit,

pero el alma no entiende de eso:

mes l'ánima se'm subleva,
que jo no he pas consentit
lo que está escrit, está escrit,
¡y ets meva! ¡ets meva!

Es el único lado por donde Guimerá da en el grito gutural y bronco, y ¡con qué viveza y con qué energía!

Y entiéndase que Guimerá no viste maniquíes con los hilos de oro de la fantasía, ni se mete jamás en los laberintos de lo abstruso. Deseándola bien casada, no la deja cuando todo ha concluído, es decir: no deja su

JOSE CUSACHS



LA NOCHEBUENA DE LOS ALOJADOS

pasión, que es pasión de hombre con ideales de poeta, pero sin idealismos de loco. Aun sigue acechándola en la sombra desde la claridad lumínica de su enamoramiento. «Ha pasado un día más y se acuerda de mí.» Quizás ella también siente la pesadumbre de la ilusión perdida, y por perdida poética, imposible. No recuerdo quién ha dicho: «aborréceme, que eso ya es recordarme»; todo, hasta el odio, antes que el olvido y la indiferencia, porque el olvido es la muerte moral de un sér en otro sér. «Te he visto y sé que me quieres: he sentido batir el corazón apresurado y loco de alegría,

ja no m'espanta la dolor María:
que Deu te pagui el bé que m has causat.

En parecido estado de ánimo exclamó Becquer: «La he visto, y me ha mirado; ¡hoy creo en Dios!» Sin duda, es cosa magnífica que una mirada de mujer convierta al descreído, pero es más sorprendente que esa misma mirada dé fuerzas al hombre contra la pena de amar. Guimerá dice sencillamente: «Dios te pague el bien que me has hecho.»

No se me ocurre, es claro, establecer comparaciones para proclamar excelencias en unos y descontarlas en otros. El desamor que inspira á los poetas sus versos, puede hacerles sentir diversamente; no hay dos hombres iguales, ni dos poetas tampoco: verdad de Pero Grullo, empero queda dicha. También la mujer está en caso distinto para influir en lo moral, y en estas cosas tan... éticas no hay punto de partida posible. No, no es ese mi objeto: mi propósito es fijar diferencias que me ayuden al dibujo de la *visión* moral del poeta; y en esto no he podido proceder por analogía, porque Guimerá no la tiene... Ni ascendencia. Es nuevo, es *otro*. Pertenece á ese Arte amplísimo, sano, vigoroso, profundo, que sin condenar el ensueño, que es de hombres, nos da un concepto claro, *visible* de las cosas, humano en los sentimientos, real en las sensaciones, simple y universal como la propia Naturaleza. Es un ejemplo contra quienes levantan falsos testimonios al realismo, acusándole de haber muerto la poesía. Los románticos nos apartan del amor que hace creyente á Becquer cuando dicen: «huid, si no queréis salir con el corazón hecho pedazos», y este poeta nos convida á amar, infundiéndonos ánimos para llevar con fe la cruz del vivir triste por los caminos de la existencia.

De Guimerá trató mi malogrado amigo Yxart en otro sentido, estudiándole en su carácter trágico, en más altos vuelos de inspiración; y á mí me ha parecido oportuno presentar al poeta íntimo, de quien, como dije antes, no se han apreciado suficientemente los méritos. Creo necesario conocerle tanto cuanto pone él de su alma en las composiciones; penetrarse del sentimiento profundo íntimo de su estética para comprenderle bien cuando se remonta, pues su espíritu noble, ingenuo, se descubre hasta en las energías viriles, en lo más recio de la entonación, por su tendencia al idilio, que es la característica de su sér y sus inclinaciones á dominar la *bestia* empleando el influjo sugestivo de las dulzuras amorosas. Por no haberle estudiado como yo le estudio le censuran torpemente inteligencias superficiales al juzgar sus dramas y sus tragedias.

Otro día seguiré hablando de los demás varones ilustres que siendo honra de Cataluña llevan, arrebatados por la fama, á diversas gentes y extrañas naciones, el recuerdo glorioso de España.

J. F. LUJÁN

MUÑOZ LUCENA



ENGORDAR PARA MORIR

# LAS DOS REJAS

## I

### LA REJA DEL AMOR

Muy de mañana, apenas aparecido en el horizonte el *rubiales*, como llaman al sol muchas gentes *caliosas* de Andalucía, abríanse las puertas interiores de la reja, al impulso brioso de rozagante moza de cántaro. Limpiábala ésta de arriba abajo, de derecha á izquierda, por de dentro y por de fuera, canturreando, sí alegre, prudente, aires del país, para no despertar á la señorita, la cual abandonara dicha reja dos horas antes. Esmerábase la moza en la limpieza y aseo, como si se tratara del camarín de la imagen más venerada, porque, aparte el acendrado cariño que profesaba á su joven ama, la reja baja, en los pueblos andaluces, es ante todo y sobre todo, santuario del amor y su confesonario más típico y legendario.

Sacudía primero la sirviente y frotaba después con húmeda bayeta, los filigranados barrotes de hierro; fregaba los baldosines de la solería, hasta bruñirlos; arreglaba primorosamente la amplia y adornada cortina y la cautelosa celosía de madera; no dejaba átomo de polvo en rincón alguno; regaba las macetas, con la prudente tasa que larga experiencia la enseñara; purgaba las flores en ellas plantadas, de secas hojas; podábalas, inteligente, y pasábalas cariñosa revista, á veces murmurando monólogos tan sentidos y delicados, que conmovieran al espíritu más amante de los jardines, al propio Alfonso Kärr, y á veces cortando fresca clavellina ú oloroso nardo, para prenderlas en su negro y apretado moño, con más arte y gracia que pudiera hacerlo el peluquero más pulcro, *fashionable* y aristocrático. — Cinteaba, primorosamente armada de aljofila, mojada en blanca cal, los zócalos interiores y exteriores de la reja; aseaba la jaula del gentil y canoro pajarillo, proveía á éste del suculento alpiste, jugosa verdura, azucarado terrón y cristalina linfa, y después de acabado meloso diálogo, mantenido entre ambos durante tantas y tan graves tareas, colgada la frágil cárcel en el acostumbrado lugar y... corrida la cortina, entornadas celosías y puertas, combinando las corrientes de aire y graduando los torrentes de la vivísima luz de la mañana andaluza, desaparecía la moza, satisfecha de su obra, para continuar sus mecánicas faenas en el interior de la casa, poniendo en todas ellas sus cinco sentidos y su voluntad toda entera.

Durante la mañana, tan sólo señoreábase de la reja el parlero canario, ya aplicando su agudo pico, á modo de ariete, al cristalino terrón, ya seleccionando en el comedero el más razonado grano; ora refrigerando su liviana gargantilla con el fresco tallo; ora libando, sibarita, el transparente vaso; y siempre, en continua actividad, saltando de una á otra cañuela, gorjeando á más y mejor, y entonando trinos y sentidas cantinelas, no sabemos si nostálgicas, por su ausiada libertad, ó enderezadas en prez y loor de la gallarda y peregrina belleza de su carcelera dueña.

Mediada la tarde, aparecía ésta en la reja, radiante de juventud y hermosura, vestida sencillamente, pero con pulcritud y gracia; brillante como patena; limpia y fresca, como los chorros del agua, nacidos entre el follaje de la montaña.

Sin estudiada languidez, con garbo natural y de su propio cabo, tomaba la real hembra posesión de su trípode de sacerdotiza del dios Amor. Repasaba de una ojeada el que era su trono; descorría y arreglaba cortina y celosía, combinándola para mejor atisbar, sin ser vista, y exhibir honestamente los hechizos y encantos de su codiciada hermosura. Con mimosa frase y penetrando, al paso, con soslayadas miradas hasta el fondo de la calle, por ambos lados, reconociendo las rejas inmediatas y fronteras, saludaba á ésta y á la otra vecina, con dengues de doncella enamorada y requerida, y dirigía al pajarillo tiernos reproches ó acarameladas frases; siendo correspondida por aquél,—revoltoso y atolondrado ante la presencia de su ama, —con los trinos más delicados, los *paseos* más sentidos y los saltos más ágiles y donairosos.

Pasada la revista, sí rápida, prolijísima, sentábase negligentemente, y tomaba de frágil y emperejilada cestilla, habitual labor femenina: una punta de *crochet*, avíos para formar pintorescas guirnaldas de flores artificiales, un bastidor para bordar pañuelos de mano... ó cosa por el estilo.

Tan arduas tareas, ejecutadas con exquisito primor, como por mano de ángel, eran tan sólo interrumpidas, para fisgar el tocado de la amiga vecina, ó de la que acertaba á pasar por la calle; para platicar fruslerías con la amiguita que, *de vuelta de tiendas* ó al encaminarse á visita prescripta por los cánones sociales, deteníase breves momentos ante la reja; para corresponder ceremoniosa ó íntimamente al saludo de persona grave, conocido, ó deudo; para abandonar rápidamente el amoroso locutorio, huyendo de él é internándose en la casa con la agilidad del corso ó de alimaña montaraz, sorprendida en salvaje expansión, al oir ardiente y tenaz piropo, disparado á quemaropa por entusiastas de su belleza ó rivales de su dueño; ó al caer la tarde, cuando la vecina noche comenzaba á envolver la tierra en las sombras, cuando habían cesado las golondrinas en su revoloteo vertiginoso y en sus píos más alborotadores, dejando plaza á los torpes y rastreros murciélagos, y las campanas de la histórica y pretenciosa villa anunciaban la hora de la salutación angélica *Avemaría*.

Corrida la cortina, descolgada la jaula y cerradas las puertas, la reja quedaba solitaria, destacándose cual faro sin luz, pero segura guía de mozo afortunado, en el fondo nítidamente blanco, característico de la andaluza pared.

Así permanece durante las primeras horas nocturnas, singularmente en la estación invernal. Ni la real hembra que la ocupó en la tarde, ni el doncel que impera en el corazón de su amada, solicitan la reja... hasta bien entrada la noche. — Y no porque ambos, contando con el consentimiento paterno, hayan menester fortuitamente de la reja para laborar amores. Los mozos enamorados y correspondidos por su dama y aceptados ó tolerados por los deudos de la prometida, visitan el nido de sus amoríos á la continua; no dejan la ida por la venida: *caen*, en la mansión rondada sempiternamente, á toda hora, arbitrando é industriando los motivos y pretextos más fútiles y especiosos. Pero con este empalagoso visiteo, la codicia de amor no queda satisfecha; no bastan la mirada insinuante, el expresivo gesto, la señal convenida, la palabra vertida *sotto voce*, ni menos lo hablado ante gentes,... que para los enamorados, todas son extrañas. En visita, la presencia de los futuros suegros, de los *amigos de la casa*, de los niños, de los viejos, de todo el mundo, es siempre impertinente y embaraza la expansión amorosa, que, cual ninguna otra de las humanas, exige el aislamiento y la libertad más absoluta. Anhelan los tributarios de Cupido las sugestivas horas de la madrugada, durante las cuales, sólo percibénse en la villa vagos rumores, ya provinientes del establo ó de la cuadra, ya de la próxima *maquila* aceitera que trabaja en tarea impuesta



con premura, ó del harinero del molino cercano; ora de cánticos y rasgueos de vihuelas de mozos rondadores, ora de monótono pregón *serenil*. Cuando el vecindario, en su mayoría labrador, y madrugador por tanto, reposa de la ruda faena agrícola diurna; una vez apagado el mortecino farol, á regañadientes encendido por el rematante de este servicio municipal, y en vísperas del primer brioso canto del vigilante gallo, apercíbese la enamorada pareja á gozar de la inefable dicha de *pelar la pava*,... como vulgarmente se denomina al nocturno coloquio amoroso en Andalucía.

Si la noble pasión es combatida por la familia de la amada, ¡qué de congojas y de sobresaltos atenacean el ardoroso corazón de ésta! ¡Cuántas precauciones ha de tomar, cuantos riesgos y peligros ha de sufrir antes de ganar la ansiada reja!

Esperar, en vigilia, fingiendo profundo sueño, la hora convenida; vestirse discreta y sigilosamente, envuelta en densas tinieblas; pasar con felina cautela por las lindes de la estancia paterna; abrir con sutilezas de bandido las puertas interiores del amoroso locutorio; hablar quedo, muy quedo, para no despertar á los que duermen, y lograr la extensa conferencia anhelada...

Oído el tenue silbo, percibida la concertada señal y salvadas las trincheras, los fosos y reductos, merced al denuedo y hábil táctica del experto Dios vendado, entréganse los amantes á los más enloquecedores transportes amorosos.

Con voz entrecortada, interrumpida por frecuentes pausas y recelosas miradas al interior de la casa, para cerciorarse de que todos reposan,... narra la hechicera Hero andaluza sus desventuras y angustias, y las injustas persecuciones de que es objeto; las avinagradas reprensiones paternales, y las amonestaciones de deudos y amigos respetables.

Agotado este interesante capítulo — sin perjuicio de ampliarlo á la siguiente noche con notas, glosas, ilustraciones y corcordancias de evidente novedad y transcendencia, éntrase en otro, por todo extremo dulce y tierno, que trata de íntimos reproches por supuestas infidelidades, de que á menudo apercíbese ó la instruyen personas *bien informadas*, é incapaces de mentir, y de la presentida ingratitud con que habrá de ser pagada pasión tan vehemente y que tantos y tan cruentos sacrificios exige.

Síguele, el de lamentos que quebraran peñas, exhalados por el atolondrado mozo, y el de amenazas y vigorosas resoluciones, para conjurar todo peligro, vengar agravios, hacer gigote á los enemigos y alcanzar la redención de tan amada é infeliz cautiva.

Para los impostores que flagelaron el corazón de la enamorada, poniendo tacha á la acrisolada lealtad y constancia de su prometido, no habría cuartel, ni piedad; y cercano, muy cercano estaba el día, la hora, en que cesarán tantas aflicciones.

Juntos, muy juntos, confundidos los alientos de ambos amantes; las manos de ella entre las de él; los ojos irradiando torrentes de vivísima llama de amores, y á veces, sumidos en dulce y mudo embeleso; permanecen hora tras hora,... hasta que el velo de la noche, alzándose lentamente, sorprende á la enamorada pareja, si desfallecida por los estragos de tantas y tan hondas emociones, ávida de tornar á sentirlas en la noche venidera...

## II

### LA REJA DE LA CÁRCEL

En el extremo orientado al norte de la histórica villa, y en la estribación más alta del anfiteatro en que se asienta; emplazada en solar que fué un tiempo plaza de armas de señorial castillo, frontera atalaya de campo moro; formando parte de sus muros más fuertes, vetustos cubos de arábiga fábrica, resellada por alarifes en cinco centurias; limítrofe del pedregoso camino que conduce á villorios de la jurisdicción comarcana, de senderos trashumados por arrieros, por guardias civiles y rurales, y por émulos de San Eustaquio, anhelosos de cazar la montaraz perdiz, desde puesto traidor; allí, donde, aun subiendo mucho, no llegan jamás los rumores del villano vecindario, y sólo percíbense, con sempiterna monotonía, la canturria del campesino que regresa al hogar á la hora de Angelus, ó el gruñido estridente del puerco que no ahito en la montanera, despéñase por las quebradas de la vereda, á impulsos de su connatural glotonería, codicioso del pienso que le aguarda en la zahurda; asiéntase la cárcel de partido, edificio de abigarrado color y de lúbrica construcción, libro abierto y de veraz y copiosa enseñanza para el arquitecto, Meca de historiógrafos y arqueólogos, lugar siniestro para los villanos cuyas cercanías recorren *à fortiori*, por ser obligada vía de acceso á sus heredades, y bochornoso y deprimente y sucio albergue de infelices hombres que delinquieron.

El Estado, que, en ciertos llamados *servicios* reservados, y en secciones y capítulos del presupuesto de gastos, que no hay que nombrar porque son de todos conocidos, dispendia el tesoro acumulado anualmente por el tributario, regatea al preso, lo que liberalmente da el hombre al buey en el establo, al mulo en la cuadra y al cerdo en la pocilga.

No basta, no, á la vindicta pública, ni satisface á la ley ultrajada, separar el miembro gangrenado de los sanos, para evitar contagio, ni privar al delincuente del más preciado goce de la vida: la libertad. Si el legislador dictó la ley para castigar, redimir y ejemplarizar, la administración imprevisora leda, torpe, cuando no inmoral, agrava las rigideces de la sentencia, y abruma los cuerpos ya extenuados por perpetuo apóstrofe de la conciencia, aherrojándolos y sumiéndolos en obscuro, húmedo y hediondo muladar.

No otra denominación merecen los tugurios en que yacen, ya aislados, ya en pelotón numeroso, verdadera piara humana, los seres que purgan su delito en el vetusto caserón, *antigua frontera atayala de campomoro*.

Aquella ventana, postrera de las abiertas en el muro de occidente, en lugar el más solitario y sombrío del fatídico edificio; de pesado marco berroqueño, en el cual apenas quedan vestigios de gallarda traza plateresca; adornada con la eflorescencia que en las anchas y profundas grietas germinó, merced al polen á ellas llevado por el viento, — atavío en que colaboran la incuria y los siglos, — y cerrada por doble reja de gruesos barrotes de hierro,... aquella horrible ventana, es el oprobioso nimbo que circuye la entenebrecida faz del recluso que, en mal hora, se reveló con tra la sociedad, infligiéndola desacato.

Por lecho, una tarima de vieja y nauseabunda madera; por ánfora en la cual apagar la sed, — tanto más avivada, cuanto más lucubra á solas la imaginación, — un pestilente cántaro con agua de algibe ó de insalubre pozo; por ornamento de la estancia, los sillares de piedra, ennegrecidos por el tiempo y el abandono, y en ellos pintarrajeadas mil blasfemias que engendró la desesperación, infinitos toscos dibujos, trasunto del típico tatuaje del presidario, leyendas tristes y fechas que recuerdan pesares; por todo escudo contra la lluvia, el frío ó el calor, los férreos barrotes enhiestos, escuetos, que, si no defienden al prisionero de la inclemente escarcha, ni del sol canicular, ni de la ventisca,... arrúllanle, cuando Aquilón desátase en iras, con siniestro silbo, que aterroriza en los comienzos el espíritu, y á la postre lo encalla y endurece,... cual si fuera mala bestia condenada á aspirar continuamente la fetidez de todas sus propias emanaciones.

Aquella maldecida reja, — mil veces maldecida por día, — símbolo y real representación de cautiverio, es, no obstante, ansiada mira desde la cual el cautivo ahita su retina en la tenue luz matinal y en la vívida del meridiano, dirije anhelante y avisor la mirada hacia el vecino sendero, esperando acongojado en perpetua zozobra, percibir la silueta de los séres queridos por su corazón, que le traigan consuelos para el alma afligida, sustento para su decaido cuerpo y lenitivo á su misérrima existencia.

Apostados en la reja, en guardia perenne, guardia de lucha sin tregua ni cuartel, atisba al transeunte, está atento al menor rumor, para buscar con su presencia fugaz, esparcimiento á su ánimo atribulado; y torna al fondo del tugurio, contristado y lloroso, al ver que aquél aparta con horror la vista del vetusto edificio, y que éste es eco de un anatema, de un acento de repulsión.

Abrazado á los barrotes de la carcelera reja, sonda con mirar de lobo el espacio, en espera del primer rayo de luz de la alborada; porque á las tinieblas de su alma, únense las que en larga noche padece, ya que no le es permitido reemplazarla artificialmente, porque lo veda la ley.

Acogido á la reja como á áncora salvadora, sorpréndele no bien cae la tarde, el siniestro rumor que producen los alcaides y sus esbirros, al contrastar, en requisa inquisitorial, el cerramiento de calabozos y la seguridad de cadenas y grilletes; y los brutales martillazos de los verdugos, y el rechinamiento de ajustados cerrojos, repercuten siniestramente en todo su ser, crispándolo y saturándolo de tristeza.



Asomado á esa reja, en delirante insomnio, canturrea á la sordina y entre lúgubres alertas del vigilante centinela, sentimentales contrastes, en que el alma se desborda mal comprimida; acabando la copla muchas veces en sollozo, con cortejo de lágrimas que escaldan sus mejillas.

Con extasiado mirar, mudo el labio, latiendo el corazón en el pecho con latido de león herido é impotente para la represalia, aferrado á la inquebrantable reja, se abisma su fantasía, recordando el bien perdido, suspirando por recobrarlo, meditando venganza á su agravio, forjando propósitos de enmienda, que le reinvindique la estimación y la honra perdidas.

Como el pajarillo cautivo en frágil jaula, busca tenaz el lucero que le devuelva su elemento, para en él batir sus alas y saturar sus pulmones, hendiendo el éter, el prisionero en el caserón de *la histórica villa* no abandona la reja, frontera inquebrantable que lo separa de la sociedad que lo repudió; y, nuevo Tántalo, sufre el terrible suplicio de ver la libertad de los demás, á través de los barrotes que la retienen en esclavitud infamante...

Rafael CHICHON

ANTONIO GIL DE PALACIO



HEROES DEL GENERO CHICO

# † ADOLFO DE CASTRO

## INSIGNE LITERATO, FALLECIDO RECIENTEMENTE EN CÁDIZ

Su fin era el lógico, el previsto, el que señaló la naturaleza á muchos de los dotados como él de generoso espíritu y privilegiada inteligencia.

Tras una vida consagrada continuamente al estudio y al trabajo, se hundió en la fría eternidad, á los setenta y cinco años, dejando por toda herencia sus obras; valiosísimas joyas literarias, cuya importancia no ha apreciado debidamente la España contemporánea, á causa del indeferentísmo que caracteriza á sus hijos, en este bienaventurado siglo de las luces.

Verdad es, que Castro llevaba consigo, luchando con sus muchas virtudes, un pecado imperdonable; el de la modestia. Mientras otros con menos méritos y más petulancia, se encumbraban y enriquecían, él, ni siquiera supo tasar el propio valer, para labrarse una posición desahogada; pudiendo asegurarse que en su imaginación de prodigiosa fecundidad, no germinó nunca un solo pensamiento material. Joven, muy joven, pues contaba veinte años, dió á la estampa su precioso libro: «*Historia de Jerez de la Frontera*», y poco después, la de *Cadiz*; con tan feliz éxito, que aun en la actualidad andan á caza los bibliófilos de sus dispersos ejemplares.



A esas obras, consideradas como ensayos por el novel escritor, siguieron otras de mayor aliento, sobre materias tan diversas y bien tratadas, que los críticos de más nota hubieron de reconocer y pregonar los excepcionales conocimientos del autor, y su profunda erudición; de suerte que el nombre de Adolfo de Castro, alcanzó pronto una popularidad europea; siendo traducidas á distintos idiomas varias de sus hermosas concepciones.

La más celebrada, á no dudar, fué *El Buscapié*, que produjo honda emoción en el público; atribuyéndola, la mayoría de los inteligentes, nada menos que al insigne Cervantes Saavedra; lo que dió margen á ingeniosísimas polémicas; mereciendo especial mención la sostenida por su mismo autor, contra el castizo literato extremeño, apellidado Gallardo.

Entre las producciones más notables que trazó su pluma, figuran las tituladas: *Los protestantes españoles y su persecución por Felipe II*, *Extracto de un manuscrito*, *Historia de los judíos en España*, *Cartas desde el otro mundo*, *Proceso del iracundo piratabiblio Don Bartolomico Gallardete*, *Cadiz en la guerra de la Independencia*, y otras muchas, que si aisladamente bastan para crear una reputación,... juntas, sirven de cimiento á una gloria.

En la literatura dramática obtuvo también éxitos muy ruidosos; lo cual ratifica cuanto llevamos expuesto acerca de su infatigable laboriosidad y complexo talento.

Amó á Cadiz, su tierra natal, con todos los entusiasmos de una imaginación fogosa y de un corazón noble; probándole la inmensidad de su cariño, siempre que se le deparaba ocasión de dispensar beneficios colectivos ó individuales. Entre sus iniciativas de mayor empuje y dignas de encomio, que llevó á feliz práctica, merecen citarse: el monumento erigido á la memoria del gran naturalista Columela, y la estatua de Cornelio Balbo.

Desempeñó la Alcaldía de Cádiz y el Gobierno Civil de Huelva, patentizando en ambos cargos su honradez intachable, su proverbial bondad y su ilustrado criterio.

Veterano de la prensa española, contaba con el aprecio de todos sus compañeros; siendo *La Palma de Cádiz* el último periódico que dirigió; el cual, gracias á sus esfuerzos y pericia, llegó al nivel de los mejores de la Península.

Pertenecía á la Real Academia de la Historia; era Caballero de las órdenes de Isabel la Católica, de María Cristina y del Espíritu Santo de Servia; ostentaba en el pecho la Cruz de Beneficencia; gozaba la categoría de Jefe Superior de Administración Civil y de Hacienda; y había presidido el Ateneo de Cádiz.

Ultimamente publicó, editado por la casa Lázaro, de Madrid, un libro sobre los *Galicismos*, que puso dignísimo remate á su carrera literaria; pues trataba en él, esa ardua materia, con el donaire, discerminiento y puridad de lenguaje que siempre le fueron peculiares.

¡Lástima grande que la implacable muerte no establezca una excepción en favor de seres superiores como éste á quien nuestra humilde pluma consagra un cariñoso recuerdo á la par que justísimo tributo; respetando una existencia tan bien empleada, más que en beneficio propio, en honra y provecho de la madre patria!

MANUEL ESCALANTE GÓMEZ



# EL CIEGO

CUENTO DE NAVIDAD

La tarde del 24 de Diciembre le sorprendió en despoblado, á caballo, y con anuncios de tormenta. Era la hora en que, en invierno, de repente se apaga la claridad del día, como si fuese de lámpara y alguien diese vuelta á la llave para acortar la luz: sin transición, las tinieblas descendieron borrando los términos del paisaje, acaso apacible á mediodía, pero en aquel momento tétrico y desolado.

Hallábase en la hoz de uno de esos ríos que corren profundos, encajonados entre dos escarpes; á la derecha el camino, á la izquierda una montaña pedregosa, casi vertical, escueta y plomiza de tono. Allá abajo, no se divisaba más que una cinta negruzca, donde moría un reflejo rojo del poniente; arriba, densas masas erguidas, formas extrañas, fantasmagóricas; todo solemne y amenazador. No pecaba Mauricio de cobarde, y, con todo eso le impresionó el aspecto de la montaña; sintió deseos de llegar cuanto antes al Pazo, del cual le separaban aún tres largas leguas, y animó con la voz á su montura, que empinaba las orejas recelosa.

Arreció el viento y le obligó á atar el sombrero con un pañuelo bajo la barba; el trueno, lejano aún, retumbó misteriosamente; ráfagas de lluvia azotaron la cara del jinete, y de súbito el caballo se encabritó y pegó un bote de costado: de entre la maleza había salido un bulto. Echaba ya Mauricio mano al revólver, cuando oyó estas palabras en dialecto

— ¡Una limosnita! ¡Por amor de Dios que va á nacer... una limosnita, señor!

Mauricio, tranquilizándose, miró enojado al que en tal sitio y ocasión pedía limosna. Era un hombrachón alto, descalzo de pie y pierna, que llevaba al hombro unas alforjas, y se apoyaba en recio garrote. La obscuridad no permitía saber como tenía el rostro; la ancianidad se adivinaba en lo cascado de la voz y en el vago reflejo plateado de las greñas blancas.

— Apártese — murmuró impaciente el señorito. — ¿No ve que el caballo se asusta? Si me descuido, al río de cabeza... ¡Vaya unas horas de pedir!

— ¿Dónde está el río? — gritó con hondo terror el pordiosero. — ¿No es aquí el camino de la iglesia de Cimáis? Señor, por el alma de quien lo ha parido... Señor, no me desampare... ¡Soy un ciego! ¡Nuestra señora le conserve la vista!

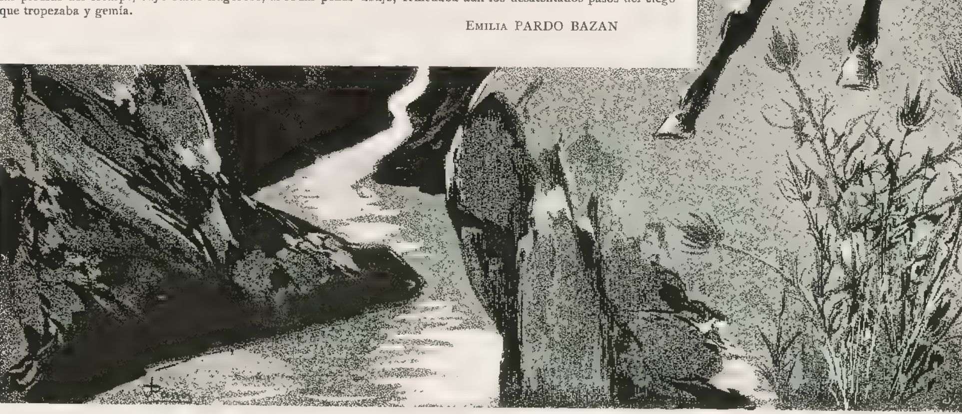
Mauricio comprendió. El viejo sin ojos se había perdido, y para no despeñarse necesitaba un guía. Sí, convenido; necesitaba un guía... ¿Y quién iba á ser? ¿Él, Mauricio Acuña, que desde Orense regresaba á su casa, en noche de Navidad, á cenar, á pasar alegremente la velada, jugando al julepe ó al golfo con sus hermanos y primos, fumando y riendo? Si sujetaba el paso de su caballo al andar de un ciego; si torcía su rumbo cara á la iglesia de Cimáis, distante buen trecho de allá, ¿á qué santas horas pondría los pies en la sala del Pazo de Portomellor? Un instante titubeó: era cuestión de sacrificar algunos minutos á colocar al ciego en la dirección de Cimáis, y dejarle ya orientado. Sólo que era internarse en la *carballeda*, exponerse á tropezar en los cepos y en los pedruscos, y sobre todo era condescender á los ruegos del mendigo, que no soltaría á dos por tres á su lazarillo improvisado. «Más vale escurrirse» decidió; y sacando del bolsillo un duro, lo dejó en la mano suplicante que el viejo extendía, metió espuelas al caballo, y escapó como un criminal.

Sí, como un criminal — así definió su conducta, en el punto de refrenar á *Maceo*, su negro andaluz cruzado, y darse cuenta de que había caído enteramente la noche. Celada por sombríos nubarrones, la luna se entreparecía lívida, semejante á la faz de un cadáver amortajado con hábito monacal. La carretera se desarrollaba suspendida sobre el río que, á pavorosa profundidad dormitaba, mudo y siniestro. El viento combatía los troncos robustos de los árboles; y un relámpago alumbró la superficie del agua, un trueno resonó ya bastante cercano, Mauricio se extremeció. ¿Se habrá caído el viejo al agua? Encogióse de hombros, después; pero creía escuchar el paso de un hombre que tentaba el suelo con un palo, como hacen los ciegos. Absurdo evidente, pues con la galopada que *Maceo* había pegado, quedaría el mendigo atrás un cuarto de legua. Lo cierto es que Mauricio juraría que le seguía *alguien*: alguien que respiraba trabajosamente, que tropezaba, que gemía, que imploraba compasión. Invencible desasosiego le impulsó á apurar nuevamente á su montura, para alcanzar pronto el cruce en que la carretera se desvía del río, cuya vista le sugería el temor de una desgracia. ¿Se habría caído...? — Lo que á Mauricio le acongojaba más, era la idea de haber abandonado á un ciego, en tal noche. «Hoy no debí dejar sólo á un infeliz»... cavilaba, hincando la espuela en los hijares de *Maceo*. Y lo más sucio, lo más vil de mi acción fué darle dinero. ¡Dinero! Si á estas horas flota en el sil... Estoy por volverme. ¿Y si me vuelvo y veo el cuerpo en el río? ¿No viene nadie detrás? . »

*Maceo* volaba: un sudor de angustia humedecía las sienes del jinete. El zumbido de sus oídos y el remolino del viento no le impedían oir cada vez más próximas las pisadas del que le seguía, y de percibir la misma respiración entrecortada, el mismo doliente gemido; y no se atrevía á volverse: menos volverse, todo,... porque, si se volviese, quizá vería la figura del ciego mendigo, alto, descalzo de pie y pierna, con el zurrón al hombro, el cayado en la mano, y reluciente en la obscuridad la plata de sus blancas greñas...

— ¿Estaré loco? — discurrió Mauricio, en un espeluzno de pavor. — Ea, ánimo... Debo volverme... — Y no se volvía: su garganta apretada, su corazón palpitante le hacían traición: tenía miedo. Apretó las espuelas, y el caballo, excitado, aceleró el tendido galope, haciendo volar los guijarros del camino. La tempestad estaba ya encima: el relámpago brilló, un trueno formidable rimbombó sobre la misma cabeza de Mauricio. Alborotóse *Maceo*; giró bruscamente sobre sus patas traseras, y se arrojó hacia el talud que dominaba el río. Vió Mauricio el tremendo peligro, cuando otro relámpago le mostró la superficie del agua y el abismo: cerró los ojos, aceptando el castigo... y el caballo, en su vértigo mortal, arrastró al jinete al fondo del despeñadero, tronchando en su caída los pinos y empujando las piedras del escarpe, cuyo ruído fragoroso, al rodar peñas abajo, remedaba aún los desatentados pasos del ciego que tropezaba y gemía.

EMILIA PARDO BAZAN



# NIZA Y ROTA

Verdades entre cañas de vino y ramilletes de violetas. Un tomo en 8.º francés, de 353 páginas. Garnier Hermanos, Libreros-Editores. París, 1898.

El eminente escritor don José Navarrete ha tenido la cariñosa atención de enviarme uno de los primeros ejemplares de su nuevo libro: *Niza y Rota*.

*Niza y Rota*, su mismo autor nos lo dice, es una colección de artículos escogidos por él, de manera que haya unidad en la variedad; que los lectores, bajo un firmamento sin nubes y un sol esplendoroso, descubran y vean, entre matas de claveles y vinos andaluces y palmeras, violetas y maravillas de la costa de los Alpes Marítimos; algo de sus *ideales científicos y su concepto del arte;* y como deducción *matemática* de los unos y del otro, varias reformas, las cuales cree que son necesarias, en todos los aspectos y desde todos los puntos de vista, para la felicidad de nuestra querida España.

Leído el libro, con la atención que merece prólogo tan seductor, hállanse en él ternuras infinitas para la patria; chasquido de copas del mismo cristal; aromas de rica manzanilla; perfumes de azahar, de violetas y claveles; gritos del alma; gorgeo de pájaros; siluetas de mujeres hermosas; notas valiosísimas de crítica; panoramas encantadores; juicios notables de historia; descripciones incomparables; opiniones científicas de verdadera importancia; cantares y músicas, que llegan al alma; pensamientos de alta filosofía, delicadas observaciones sobre las bellas artes; recuerdos de tristezas y alegrías: un conjunto encantador que atrae y conmueve.

Treinta y cinco artículos componen el libro, á cual más bellos é interesantes. Hacer una reseña de todos sería muy de mi gusto; pero no lo consiente el espacio de que puedo disponer, y he de contentarme con hablar de algunos, no los mejores quizá, pero sí los que mayor impresión han producido en mi ánimo.

*Rota y Nizà.* Este capítulo forma, en mi opinión, la base del libro.

La descripción del *Paseo de los Ingleses, y la Avenida de la Estación*, de Niza, llenos de flores, son un portento de hermosura, y apenas leídas dan ganas de arreglar la maleta, coger el tren *express* y no parar hasta la capital de los Alpes Marítimos; pero al recordar los azahares del Picacho de Sanlúcar, las olas y las peñas de la playa de la Costilla de Rota, el paseo de las Canteras de Puerto-Real, los campamentos de sal de San Antonio de Cádiz, el mismo autor del libro nos obliga, no á deshacer la maleta, y sí á arreglarla más pronto, á fin de tomar el tren que con mayor rapidez pueda conducirnos á esa tacita de plata que llaman Cádiz.

*Almuerzo con Flammarion.* — En este artículo, Navarrete elogia, como se merecen, los méritos del sabio astrónomo que ostenta en su pecho la cruz de Carlos III, y que tantos admiradores y amigos cuenta en España, de la que es acérrimo partidario.

Veamos como le retrata:

«De mediana estatura, ni flaco ni grueso; bien proporcionado; de cabello entre cano y algo enmarañado, como la barba; de facciones regulares, con un conjunto simpático, atrayente. Joven, sólo el brillo y la expresión escudriñadora de sus ojos revela el poderío de la inteligencia y del espíritu.

*El Trípili.* — Este artículo, publicado en *El Liberal* hace algunos meses, produjo el mayor contento entre los lectores del ilustrado diario.

Con efecto, alegría y grande debía causar en los españoles ver que en el programa de concierto del aristocrático Casino de Niza figuraba junto á la *Marche turque*, de Mozart, y la overture *Giralde*, de Adam, nuestra popular jota,

La Virgen del Pilar dice...»

y nuestro clásico *Trípili*, antigua y graciosa tonadilla, con sus conocidos versos;

«Con el trípili, trípili, trápala,
esta tonadilla se canta y se baila.
¡Olé morena
Viva tu gracia!
Que me has robado el alma.»

Con aquella brillantísima orquesta, nuestros aires nacionales produjeron un delirio en el auditorio. El público aplaudió estrepitosamente; de todas partes salían *bravos*, y Navarrete nos cuenta que lloró, como nosotros hubiéramos llorado recordando la patria ausente, tanto más querida cuanto más desgraciada.

*Concepto del ejército.* — Aparte de sus ideas y proyectos que yo, profano en esta ciencia, no me atrevo á discutir, el autor del libro que nos ocupa, militar hasta el fondo del alma y liberal hasta la médula de los huesos, considera el ejército como una máquina potentísima de civilización, afirmando que el soldado que garantiza la libertad en el interior y defiende á la nación en el exterior es una institución de bienestar y de progreso.

*Odisea en Monte Carlo.* — Para comprender todo el valor de este artículo, necesitaríamos conocer perfectamente aquel hermoso rincón de tierra, dedicado exclusivamente al juego; aquel famoso casino que mantiene todos los gastos del Principado desde el sueldo del Príncipe, hasta el más modesto servicio municipal».

La heroína de Monte-Carlo, la hermosa mujer de las perlas negras, que juega y pierde, que abandona la ruleta para empeñar sus alhajas, que antes de volver á ella entra en la iglesia á implorar la protección divina, que torna al salón á jugar y perder, acabando por pedir á un su amigo y protector un luis para comer, y luego doce francos para *les asperges*... es un tipo que sólo allí puede encontrarse.

La protagonista de este artículo nos ha traído á la memoria aquella griseta de París tan gráficamente pintada por Alfredo de Musset, la joven *Mimi Ponson* que dispuesta á suicidarse, por falta de recursos y de alimento,... al recibir el socorro que le envía uno de sus antiguos galanes, lo primero que hace es desempeñar un lindo chal que tiene en el Monte de piedad, y marcharse con otra amiga á saborear un rico helado en el elegante café Tortoni.

*Derechos y deberes*, (dos artículos), *La Revolución* y *Los revolucionarios* y *La paz universal*, son artículos de alto vuelo, llenos de excelentes ideas, y cuajados de hermosos pensamientos.

*Noticias del cielo.* — ¡Qué bellísimo es este artículo! Un su amigo pide al señor Navarrete noticias de tan consoladora región, y él le invita á ir á Niza el próximo invierno á consultar á esa gloria de la humanidad que se llama Flammarion «el cual conoce, como ningún otro ciudadano terrestre, las muchas, las infinitas moradas que, como dice Jesús en el Evangelio, *hay en la casa de su padre*.»

*Los charlatanes.* — De Mario cantando el *Barbero*, Gayarre la *Favorita* y Tamberlick el *Guillermo Tell*, quedaba el anhelo vivísimo de oirlos otra vez, cuanto antes mejor.

De los oradores de discursos largos y hueros, queda tan sólo la consideración de lo imposible que fuera tornar á escucharlos.

Así se expresa y con razón el señor Navarrete; y con justa saña crítica á esos que nuestro ingenioso fabulista Iriarte apellidó *charlatanes;* oradores que, en su afán de hablar, peroran las horas enteras,... sin llegar á decir nada.

*Niza y Rota.* — Veamos como el autor del libro nos pinta estas dos poblaciones.

«¡No hay más que Niza!, exclaman los viajeros que la visitan después de admirar sus celebrados panoramas, sus grandiosas construcciones, la excelencia de su clima, el desarrollo de las ciencias, las artes y las industrias, el encanto de sus fiestas y la bondad de sus moradores

¡No hay más que Niza y Rota, digo yo; representando la una los Alpes Marítimos, y la otra Andalucía, con sus hermosísimas ciudades de Jerez, Sanlúcar, el Puerto, Cádiz, San Fernando, y las deliciosas villas de Chipiona, Puerto-Real, Rota y Chiclana.»

Al describir su tierra, exclama poseído del más grande entusiasmo:

«¡Tierra del sol en eterno azul, de las flores, del saber, del arte, del júbilo, de la gracia, de la hermosura, del amor;.. tierra donde nací bendita seas.

Vamos á terminar.

El libro, por cuya publicación felicitamos al señor Navarrete y cuyo envío y dedicatoria estimamos en lo mucho que vale, es digno, por todos conceptos, de leerse y de estudiarse.

Con una prosa gallarda, un estilo poético y gran altura de pensamiento, plantea y resuelve problemas de verdadera importancia.

Podrá ser tachado de apasionado en ciertos y determinados juicios; pero muchas de las reformas que propone son dignas de la mayor estimación; porque van encaminadas á la defensa, al engrandecimiento y á la felicidad de esta España, para él y para todos los buenos españoles, tan entrañablemente querida.

E. RODRIGUEZ SOLIS



NOTA ARTISTICA DE ACTUALIDAD; por Modesto Urgell.

# EL IDEAL

*(Conclusión).*

— De veras, de veras.

Alejáronse algunos pasos de donde estaba la doncella y continuaron hablando en voz baja. Federico accionaba briosamente, como si intentara convencer á Enriqueta de algo que le proponía. Ella, apenas desplegaba los labios Escuchaba, mirando al suelo, y respondía con monosílabos. Duró largo rato la conferencia. La doncella nada escuchó. Unicamente, cuando terminó la plática, oyó la voz del joven que decía.

— ¿Te decides? Piénsalo bien. Si es verdad que me quieres, ninguna ocasión como esta para demostrármelo.

— ¿Y mis padres? — respondió la joven con voz entrecortada.

— Al fin, te perdonarán. ¿Vienes?

La respuesta de su señorita no la oyó la doncella. Acto seguido, se le acercó Federico.

— Vaya usted á la iglesia y espérenos allí. Iremos enseguida... Vamos á dar un paseo... Tenemos mucho que hablar...

Obedeció la doncella. El joven, cogióse después del brazo de Enriqueta y la arrastró consigo.

— ¡Vamos, vamos! Un minuto que nos retardemos puede ser nuestra perdición.

Ella se dejó conducir, sin darse cuenta de lo que hacía. Hallábase en momentos de crisis nerviosa. Tenía fiebre...

VII

Se da com seguro, que en la pacífica y tranquila capital, — que era una de las de segundo orden,—nunca se armó marimorena más grande que la promovida por el diputado don Martín de la Cruz, en cuanto supo la fuga de su hija. Lo primero que hizo fué llenar de improperios á la doncella, llamándola estúpida, mema, imbécil; después se echó á la calle, loco, furioso, desesperado. Fué al gobierno civil y habló con el gobernador, pidiéndole cuantas fuerzas de policía tuviera, para capturar á los prófugos.

Funcionó el telégrafo, llevando la noticia á todos los rincones de España, y los periódicos publicaron gacetillas maliciosas, dando cuenta del suceso; pero sin decir, por decoro al diputado, el nombre de la niña. Hiciéronse mil comentarios, la chismografía tuvo tela cortada, para dar rienda suelta á las conjeturas más estrafalarias, y el atribulado don Martín fué objeto de burlas sangrientas.

La autoridad se apersonó en casa de Federico, revolvió sus papeles, y sólo encontró varios cuadernos de apuntes de derecho internacional.

Doña Margarita pasó el día hecha una Magdalena: todo se le fué en llorar y en maldecir al bribón de Federico. Hay quien asegura que, en un rapto de furor, dió un pie de paliza más que regular á la doncella, por haber sido cómplice de la fuga de Enriqueta. Otros, quizás mejor informados, desmienten esta versión, afirmando que la educación de Margarita le impedía descender al nivel de las verduleras; que lloró mucho... y juró por todos los santos del cielo no perdonar á Enriqueta.

Don Martín pasó todo el día yendo, viniendo, contando á cuantos conocía el triste suceso, y reclamando auxilios. Anduvo de ceca en meca, indagó, inquirió; pero con tan poca fortuna que sus pesquisas no tuvieron éxito.

¿Dónde diablos se hallarían los tórtolos? De provincias iban recibiéndose telegramas desconsoladores; en ninguna parte vieron á la enamorada pareja.

¿Estarían ocultos sin haber salido de la capital? El diputado vislumbró alguna esperanza. No quedó fonda, posada ni hospedería por visitar; pero tampoco dió resultado esta requisa.

Y hasta tres días después de la fuga no cayó doña Margarita en cuál pudiera ser el refugio de Enriqueta y Federico.

— De seguro están en casa de don Manuel Ozcariz.

— ¡Es verdad! — respondió su esposo, golpeándose furiosamente la cabeza. — ¡Torpe de mí! ¡No haberlo pensado antes!...

En cuanto hubo ocasión, se trasladó al pueblo de Federico, presentándose en el domicilio de Ozcariz, con ínfulas de rey absoluto.

Por de pronto, don Manuel, que tenía muy presente la escena que en otro lugar se ha contado, supo parar los pies al diputadillo, diciéndole que en casa ajena se entraba con buenos modos, y nó dando resoplidos, como becerro aguijoneado.

— ¡Vayan al diablo las fórmulas y las consideraciones! — rugió don Martín; — lo que me importa es saber donde está mi hija.

— ¿Enriqueta? .. pues, aquí.

— ¡A¡uí! ¡Bien lo temía!

Y subió la indignación de don Martín á tal punto, que echó por su boca las más foribundas recriminaciones.

— Cálmese, señor mío; con todo eso no podrá evitar lo sucedido.

— Su hijo de usted es un miserable, un perdido, á quien ahogaré entre mis manos, en cuanto se me ponga por delante.

— Lo cual no borrará la mancha que su hija de usted ha echado en su buen nombre.

Ese argumento hizo reflexionar al señor de la Cruz, y le apaciguó bastante.

— ¿Y qué hacemos?

— Buscar la manera de arreglar este asunto... buenamente. Sepa y entienda, señor don Martín, que yo soy el primero en lamentar la calaverada de los muchachos, y le aseguro que Federico ha oído de mí serias reprensiones; pero como lo hecho tiene más fuerza que las razones,... esto tiene que concluir en casorio.

— ¡Mi hija casarse con ese...!

No sé que iba á decir don Martín. Tuvo en cuenta que hablaba con el padre de Federico, y corrigió la frase, antes de terminarla.

— ¡Enriqueta casarse con el hijo de usted!

— Vea si hay otro remedio...

— ¡Es verdad! — suspiró tristemente el diputado.

— Así es que lo más acertado será dar al olvido esta aventura, y que se casen los muchachos, y quedémonos en paz y buena armonía.

Extendióse Manuel en largas consideraciones, para demostrar á don Martín que Federico no era tan mal partido para Enriqueta, puesto que heredaría la fortuna de su padre, y estaba á punto de acabar la carrera de abogado; pero su interlocutor, que no estaba para escuchar historias, y tenía fervientes deseos de ver á su hija, le atajó diciendo:

— Bien; todo eso me tiene sin cuidado, porque estoy dispuesto á transigir. Que venga Enriqueta, y arréglese el asunto cuanto antes.

Presentáronse los tórtolos. Ella, avergonzada y humilde; él, altivo y un tanto soberbio.

Don Martín, quiso mostrarse severo, pero en cuanto su hija le abrazó llorando y pidiéndole perdón, sintióse conmovido y lo olvidó todo.

— Puesto que el cielo lo ha dispuesto así, casaos y sed felices. ¿Serás dichosa, siendo esposa de Federico?

— Sí, papá. .

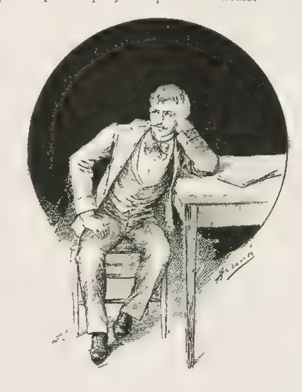
— ¿Y tú amarás siempre á tu mujer?

— Siempre.

— ¡Dios os haga unos benditos!

Todo parecía haber terminado, de modo satisfactorio, cuando hete aquí que Federico sale con un desplante.

— Entandámonos, don Martín; dispuesto estoy á casarme con Enriqueta. No he querido jamás á otra mujer; pero es preciso que yo no quede en ridículo.



— ¿Qué quieres decir? Explícate — dijo Ozcariz, que tampoco entendía palabra.

— Ya saben ustedes mi significación en la política y el porvenir que me espera.

Don Martín frunció el entrecejo.

— No puedo claudicar de mis ideas, ni obrar contra mi conciencia; por tanto, me casaré con Enriqueta,... siempre que no necesitemos curas ni bendiciones. Es preciso romper los antiguos moldes, comprender que la iglesia no tiene poder alguno sobre los ciudadanos, y que se puede ser buen padre y buen esposo, sin necesidad de haber escuchado la epístola de San Pablo.

Vaya, ¡otro nuevo jollín! Alborotóse el señor de la Cruz; llamó hereje y judío á Federico; predijo que el joven acabaría en presidio; y declaró que su hija, como buena cristiana, no se casaría sino cumpliendo todas las fórmulas que exige nuestra santa iglesia. Luego, volviéndose hacia don Manuel:

— ¿Ve usted adonde conduce la mala educación? A mí que no me digan que un hombre sin creencias puede ser honrado. El descreimiento es la causa de todos los crímenes y de los vicios que corroen á la sociedad actual.

Después, dirigiéndose á Enriqueta:

— ¿Lo oyes, inocentona? Bien claro lo ha dicho. Ni te quiere, ni te ha querido, ni te querrá. *Ese*, no es más que un vividor vulgarote, que, como todos los que no aprovechan para nada, pretende ser redentor del pueblo, embaucando incautos y haciendo promesas que nunca ha de cumplir. *(Levantándose para marcharse).* Está visto, no trato con hombres de honor, y no es posible ponernos de acuerdo. Vámonos á casa, hija mía, y lamentaremos toda nuestra vida el mal paso que acabas de dar.

Enriqueta y su padre salieron de la casa, y á las pocas horas, del pueblo.

El joven, cejijunto y callado, se fué á su habitación.

Vamos á cuentas — dijose Federico, puestos los codos sobre la mesa de escribir y entornando los párpados, para reflexionar más a sus anchas—vamos á cuentas, que el caso es grave y merece ser examinado con detenimiento... Soy hombre sin seso, ni pizca de juicio, aunque diga lo contrario en ocasiones... ¿Quién me manda á mí meterme en cuestiones sociales y tomar con tanta fuerza la política? Nadie; fué por inclinación tonta... Ciertamente es muy noble y hasta santo, si se quie-

re, ser mártir de un ideal: pero ¿qué se saca del martirio? ¿Gloria? Algunas veces, no siempre; y en cambio los disgustos superan á las satisfacciones.

Se detuvo un momento, suspiró y reanudó luego su soliloquio:

»Por mi puritanismo ridículo he perdido á Enriqueta, después de haber sido causante de su desdicha. ¿Quién va á casarse con ella después de lo sucedido? No encontrará quien la pretenda... Soy un infame, que sacrifico á la mujer que me adora, por hacer caso de meticulosidades. Si transijo, el descrédito será completo; me llamarán traidor y apóstata; creerán que me he vendido por el dinero del diputado; arrastraré en mi caida el prestigio de ese bendito ideal que con tanto entusiasmo he defendido.




»¡Ah!—dijo, golpeando nervioso el tablero de la mesa — las ideas son buenas, pero los hombres somos muy malos. Sí, sí. no quiero hacer excepción de mí, yo soy el primer canalla que pasea, con cara de persona decente. Mi decoro exije que repare la falta que he cometido, para que ni la más pequeña mancha empañe el buen nombre de Enriqueta. Debo casarme, transijir con todo lo que quieran, á trueque de mi deshonra política... ¿Qué dirán mis amigos? Digan lo que quieran. Antes que nada es mi felicidad, mi dicha; y solo puedo lograrlas casándome con Enriqueta... Pierdo un porvenir brillante, se malogra mi talento, antes de haber dado fruto, lo sé; pero así lo ha dispuesto la fatalidad, haciendo que Enriqueta sea hija de don Martín, y que éste ande metido entre gentes de sotana... Nada, nada, me caso...

Nuevamente se detuvo: encendió un cigarro, y volvió á sus reflexiones:

»¡Qué triunfo para la reacción! ¡Cómo van á ponerme mis contrarios! ¡Con qué placer echarán las campanas al vuelo los periódicos místicos, para celebrar su victoria! Y yo, yo, enemigo declarado de todas esas mojigangas; yo, amante de la verdad; yo, filósofo que no admito sino aquello que lógicamente me explico ¿he de consentir que mis enemigos alardeen de un triunfo que no es tal triunfo? No, no puedo consentirlo. La verdad antes que nada; triunfe el ideal sacrosanto y sucumba yo, y sufra yo horrible desesperación, y sea yo infeliz, con tal que no pueda decirse que el campeón más entusiasta ha dado su brazo á torcer. Resplandezca la justicia, brille el sol de la verdad, aunque cause la muerte de Enriqueta... ¡Eh! ¡Alto, alto, que te atolondras, Federico! Más calma, más calma, hombre. Aunque sea cierto cuanto acabas de decir, ¿qué culpa tiene Enriqueta? ¿Qué tiene que ver la muchacha con todo eso? Haberlo pensado antes; haber tenido en cuenta el estado de la sociedad...

Se levantó, cruzóse de brazos, y paseando por la habitación, continuó:

»Lo dicho: soy un mentecato. Por mi inexperiencia he venido á colocarme en situación difícil. No puedo casarme, ni dejar de casarme; no puedo dejar engañada á Enriqueta, ni cumplir mi palabra; no puedo romper los compromisos que tengo con el partido, con mis amigos,... ni puedo cumplirlos, sin graves responsabilidades para mi conciencia... ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Abrió la ventana; una ráfaga de aire purificó la atmósfera del cuarto. Soploba cierzo helado que calmó la excitación de Federico.

Poco después se acostó, diciendo:

»Estoy decidido: no me caso. Antes que nada el ideal... suceda lo que quiera...»

VIII

¿Habéis visto los propósitos de Federico?

Pues bien: se casó. Ignórase cuanto tiempo duraron sus devaneos y cuantas veces se contradijo y volvió sobre su acuerdo. Ello fué, que algunas semanas más tarde, presentóse á don Martín de la Cruz, admitió las condiciones que impuso el diputado, y casó con Enriqueta, á pesar del inmenso clamoreo que motivó su resolución.

¿Fué un bien ó un mal? No es cuestión para que aquí se juzgue.

Hoy Federico es padre de dos niños robustos y sanotes, con los que juega á todas horas.

Vive en el pueblo, no lee periódicos, y le importa un bledo la regeneración de la sociedad. Más diré; no falta á misa ningún domingo, oye con deleite los sermones y pláticas de los predicadores, y ha dado algunas limosnas, para restaurar la iglesia y hacer varias imágenes que faltaban en el altar mayor.

Es gran amigo del cura del pueblo, con quien pasea con mucha frecuencia, y... en más de una ocasión, le ha sentado á su mesa.

Falta apuntar que no está exento de disgustillos, por su borrascoso pasado. Pero, cuando sus antiguos compañeros le recriminan, hablándole del ideal con tanto tesón defendido por él, Federico, señala á sus hijos y á su esposa, y contesta, despreciando las censuras:

— ¡Este, este es mi verdadero ideal!

JULIÁN PÉREZ CARRASCO



*Fot. Esplugas*

MTRO. ROBERTO GOBERNA.

# INTERESANTÍSIMO

**Cábenos la inmensa satisfacción de anunciar á nuestros constantes favorecedores que, para demostrarles, con motivo de la entrada en el nuevo año, nuestro agradecimiento por la entusiasta acogida que nos dispensan, EL PROXIMO NÚMERO, CORRESPONDIENTE AL 1.° DE ENERO DE 1899, SERÁ EXTRAORDINARIO, con aumento de páginas, conteniendo doble cantidad de ellas en color, y firmas de eminentes literatos y pintores; á pesar de lo cual, y del enorme exceso de gasto que implica su publicación, NO TENDRÁ AUMENTO DE PRECIO, PARA QUE RESULTE UN VERDADERO OBSEQUIO.**

**He aquí el SUMARIO DE DICHO NÚMERO:**


CUBIERTA EN COLOR; de Román Ribera.
*Una tarde aprovechada.* Caricaturas, por Fradera.
PÁGINAS EN COLOR: *Preparando el cebo.* Cuadro de Dionisio Baixeras.
*El cuento azul.* Cuadro de J. M. Tamburini.
*Más firme que una roca.* Cuadro de Joaquín Agrasot.
*Ocios crueles.* Cuadro de Francisco Masriera.
*Aires libres.* Cuadro de Francisco Miralles.
*El fin de una rondalla.* Cuadro de César Alvarez Dumont.
*Orlas;* de José Passos. / de Fernando Xumetra.
*Drama egipcio.* Caricaturas, de Ricardo Fradera.
PÁGINAS EN NEGRO: *El año 1898 en España.* Artículo de Francisco Pi y Margall.
*A la fuerza.* Artículo de la Vizcondesa de Barrantes.
*Nota artística,* de Elíseo Maifren.
*Los humildes.* Artículo de A. Riera.
*Un acorde difícil.* Composición y dibujo de G. Camps.
*Crisantelmos.* Artículo de Emilia Pardo Bazán.
*Las dos fuerzas.* Artículo de José Echegaray.
*Todo y nada.* Poesía de Ramón de Campoamor.
*A ti.* Poesía de Francisco Tomás y Estruch.
*Caridad.* Artículo de Luis de Val, ilustrado por Eugenio Alvarez Dumont.
*Drama egipcio.* Cuento festivo, de Joaquín Arques
MOSAICO.
REGALO. — Una pieza de música, original del maestro Antonio Nicolau.




Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores. — Litografía Labielle.

# INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

ARTICULOS LITERARIOS, CIENTIFICOS, BIOGRAFICOS Y FESTIVOS, POESIAS, CUENTOS, NOVELAS, &, &.


*Alcántara Fuentes, J.*

¡Malditas... nó! (Poesía) . . . 199
Mi tía Ramona . . . 283
Lo más blanco. (Poesía) . . . 367

*Alderete González, Miguel*

Instantáneas . . . 250

*Altamira, Rafael*

La literatura del reposo . . . 50
Días de campo. (Ilustrado por Passos) . . . 98
Mañanita de invierno . . . 218

*Alvarez Pérez, J.*

La mora . . . 314

*Arlequín*

Escenas de Carnaval. (Ilustrado por Cuchy) . . . 142

*Arques, Joaquín*

A rienda suelta (Poesía) . . . 276
El anónimo . . . 334

*Astort, Antonio*

La República Argentina . . . 198, 207, 219
La fiesta de los muertos . . . 342
Julio A. Roca . . . 349
Cristo . . . 374

*Balaguer, Víctor*

¿Te acuerdas? (Poesía ilustrada por Xumetra) . . . 301
Cuento. (Poesía) . . . 356

*Barado, Francisco*

La infantería española en América. (Ilustrado por Cabrinety) . . . 47

*Barrantes, Pedro*

Los nuevos Cristos . . . 204
El ciego. (Ilustrado por Tusell) . . . 230
La herencia del tío. (Ilustrado por Coll) . . . 335

*Bertrán, Marcos Jesús*

La obsesión . . . 214
La parábola de la zizaña . . . 272

*Blasco, Eusebio*

El milagro . . . 69
El torno. (Ilustrado por Sánchez Cobisa) . . . 182
La serie . . . 310

*Briceño, Antonio S.*

La risa . . . 294
Los hastiados . . . 355

*C.*

En su abanico. (Poesía) . . . 267
La Concha de San Sebastián. (Ilustrado por Pedrero) . . . 280

*Caamaño, Angel*

Siempre nuevo . . . 82

*Carbonell Soler, Dr. F.*

Hospital de niños pobres de Barcelona . . . 274

*Carrera, Salvador*

¡Demasiado tarde! (Novela ilustrada por Seriñá) . . . 11, 23, 59, 71
Flores primaverales . . . 13
La patrona de los artilleros . . . 25
S. M. el Rey Don Alfonso XIII . . . 37
A la memoria del ilustre general Don Juan Prim. (Poesía ilustrada por Seriñá) . . . 45
Noche triste. (Ilustrado por Diéguez) . . . 66
S. A. R. la Infanta Doña Isabel . . . 85
El patriotismo en la mujer. (Poesía ilustrada por Passos) . . . 106
Pintores españoles. — Tomás Moragas . . . 121
Un asalto á la familia X. (Ilustrado por Cuchy) . . . 141
Pintores españoles. — José Llovera . . . 157
A la Patria. (Poesía) . . . 203
España siempre grande. (Ilustrado por E. Alvarez Dumont) . . . 242
Eusebio Güell y Bacigalupi . . . 297
¡Dichosos ellos! (Poesía ilustrada por Passos) . . . 337

*Castillo, Rafael del*

La fiesta de los ramos. (Orlado por Passos) . . . 170
Una visita al comenterio de glorias marítimas . . . 246
Angel caído. (Ilustrado por Vázquez) . . . 286
El día de los difuntos . . . 339

*Catarineu, Ricardo*

Adiós á la poesía. (Poesía) . . . 103

*Contreras, A.*

La madre de Juan Antonio. (Ilustrado por E. Alvarez Dumont) . . . 194

*Correa, F.*

El coronel Revilla . . . 284
¡Frases! . . . 331

*Chichón, Rafael*

El sablazo . . . 119
Chinitas . . . 132
Bailes de antaño . . . 136
La cena . . . 180
Las dos rejas . . . 378

*Díaz de Escovar, Narciso*

Malagueñas. (Poesía) . . . 352

*Escalante Gómez, Manuel*

Personajes andaluces . . . 306
Nobleza y hermosura . . . 313
Por Andalucía. — Visita á la casa vinícola de los hermanos González Byass . . . 321
Intima. (Poesía) . . . 256
El general Duque de Nájera . . . 361
Adolfo de Castro . . . 380

*Fernández Duro, Gabriel*

Dos artilleros ilustres . . . 35

*Fernández Moratín, Nicolás*

La fiesta de toros en Madrid. (Poesía ilustrada por Passos) . . . 83

*Ferrari, Emilio*

Sonetos. (Poesía) . . . 8

*Floridor*

Ni tanto ni tan calvo . . . 234

*García del Real, Luciano*

El salto del paje. (Leyenda ilustrada por Pellicer Montseny) . . . 94

*Giraldos Albesa*

Calvario. (Ilustrado por Cuchy) . . . 222

*Girbal, Enrique E.*

Cantares. (Poesía) . . . 320

*Girbal Jaume, Fernando*

Dos madres. (Ilustrado por Gastón Pujol) . . . 354

*Girón, R B.*

Después de la crucifixión. (Orlado por Passos) . . . 177

*Gras y Elías, Francisco*

Las Chispas. (Poesía) . . . 100
El velón. (Ilustrado por Cuchy) . . . 118
El carnaval . . . 134
El paso del santo entierro . . . 176
Viva Sevilla. (Poesía) . . . 195
Mariano y Petra. (Ilustrado por Seriñá) . . . 254
La virgen de los Claveles. (Ilustrado por Cuchy) . . . 330
Yazcan en paz . . . 338

*Guillotto Demouche, Miguel*

Dos primas. (Ilustrado por Cuchy) . . . 306

*Jorro, A. B.*

Teatros . . . 336, 372

*Kassabal*

La última azafata . . . 3

*Lapoulide, Juan*

El cuadro. (Ilustrado por Béjar) . . . 38

*Leceta, Policarpo*

Consumatum est. (Orlado por Passos) . . . 175

*Liern, Rafael M.*

El Clavel . . . 55
Debilidad . . . 87
El ángel del hogar. (Poesía) . . . 156
¿Ladrón? . . . 183

*Luján, J. F.*

Letras catalanas . . . 363, 375

*Lustonó, E. de*

Poesía y prosa. (Ilustrado por Seriñá) . . . 282

*Manjón Ruiz, Antonio*

Soledad de María Santísima. (Orlado por Passos) . . . 178

*Martín Arrue, Francisco*

Infantería contra caballería . . . 42

*Mascarilla*

Los siete domingos de San José . . . 131

*Mata y Maneja, Manuel*

El legado del Gólgota. (Poesía orlada por Passos) . . . 179

*Medina, Miguel*

El mejor tesoro . . . 252
El juramento de Luisa. (Ilustrado por G. Pujol) . . . 366

*Mélida, José Ramón*

El desnudo en el arte español . . . 18
El Quijote en dibujos . . . 117
El estilo Imperio . . . 258
Las turcas . . . 294
El harén turco . . . 350

*Miquel y Badía, Francisco*

El arte y el cristianismo en España. (Orlado por Passos) . . . 171
Exposición de Bellas Artes de Barcelona en 1898 . . . 225, 237

*Monte-Cristo*

Madrid elegante . . . 275, 299, 324, 346, 370

*Moreno de la Tejera, Vicente*

Dramas conyugales . . . 162

*Morphy, Conde de*

Curiosidades musicales . . . 103
Antonio Rubinstein . . . 146
Notas musicales . . . 231
A los buenos catalanes . . . 328

*Obiols, F. Luis*

La vela del diablo . . . 215

*Oliver Copons, Eduardo de*

Nuestros veteranos . . . 28

*Oltra Dalmau, F.*

El botijo . . . 108
La hermana de la Caridad . . . 188

*Ortega Morejón, José M. de*

A Barcelona. (Poesía) . . . 291
¿Les gusta Cádiz? (Poesía) . . . 364

*Orts Ramos, T.*

Modernistas americanos. — Carlos Reyles . . . 315

*Palacio, Manuel del*

Lejos del mar. (Poesía ilustrada por Xumetra) . . . 301
De un album. (Poesía) . . . 364

*Pardo Bazán, Emilia*

El cuarto. (Ilustrado por Simont Guillén) . . . 2

El panorama de la princesa. (Ilustrado por Seriñá). . . . . 49
El antepasado. . . . . 249
Veraneo. . . . . 265, 299
El camafeo. (Ilustrado por Tusell). . . . . 279
Paz letal. . . . . 323
El linaje. (Ilustrado por Coll). . . . . 342
Por esos mundos. . . . . 358
Cuento de Navidad. (Orlado por Passos). . . 381

*Pedrell, Felipe*
Palestrina y Victoria. . . . . 186

*Pereira, Aureliano J.*
Rima. (Poesía). . . . . 331

*Pérez Carrasco, Julián*
El ideal. (Novela ilust. por Seriñá). 347, 359, 370, 383

*Premio Real, Marqués de*
La cruz de zafiros. . . . . 326
La Alhambra. . . . . 357

*Rahola, Federico*
Poesía de abanico / Ascensión / La flor de la pita (Poesías). . . . . 224

*Redacción*
La artillería española. . . . . 26
Alcázar de Segovia. . . . . 27
Excmo. Sr. Cardenal Cascajares. . . . . 31
Invocación. (Poesía). . . . . 43
Conchita Bordalba. . . . . 57
La Natividad del Señor. (Poesía). . . . . 61
Caballeros en plaza. (Ilustrado por Passos. . . 81
Los reyes magos. . . . . 92
¡Edad feliz! (Poesía ilustrada por Pahissa). . . 93
Excmo. Sr. Conde de Caspe. . . . . 97
La fiesta de San Antón. (Ilustrado por Passos). 105
Actualidad. . . . . 144
Estreno del Nerón en Barcelona. . . . . 147
Cuatro palabras sobre el pasado carnaval. . 154
Boria avall. . . . . 156
Ligero juicio crítico de las obras de Llovera. 159
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Jaime Catalá y Albosa. 169
La Boheme. . . . . 201
Los marqueses de Marianao. . . . . 205
D. Joaquín Coll y Regás. . . . . 211
Carreras de caballos. . . . . 213
El obispo de Chilapa (Méjico). . . . . 223
Colegio de Ntra. Sra. de la Bonavova. . . . 262
El maestro D. Fermín María Alvarez. (Ilustrado por Passos). . . . . 273

*Riera, A.*
La redención. . . . . 342

*Rodríguez - Solís, Enrique*
Regeneración artística. . . . . 245
Niza y Rota. . . . . 382

*Rueda, Salvador*
La pandereta. (Poesía ilustrada por Xumetra). . 325

*Ruiz López, Rafael*
El último aguinaldo. . . . . 90
Remembranzas. (Poesía). . . . . 164
El especialista. . . . . 184
El final de la pendiente. (Ilustrado por Cuchy). 235

*Saint - Aubin, Alejandro*
Recuerdos de la Manigua. (Ilustrado por el mismo). . . . . 290

*Salváns, Agustín L.*
Notas musicales. . . . . 147
El Requiem de Berlioz. . . . . 264
Mercedes de Rigalt. . . . . 289

*Sánchez de Neira, J.*
Esbozo histórico de las corridas de toros. (Ilustrado por Passos). . . . . 74

*Sánchez Pérez, A.*
El secreto de Nicome. . . . . 91
En boca cerrada. . . . . 116

*Sañudo Autrán, P.*
Amores criollos. (Ilustrado por Cuchy). . . . 110
Asunción. (Ilustrado por Vázquez). . . . . 263
La de Betanzos. (Ilustrado por G. Pujol). . . 318

*Segovia, Pablo de*
Crónicas ligeras. . . . . 10 y 21
Santa. Ilustrado por Passos). . . . . 114
Dos infelices. . . . . 129

*Serrano Clavero, V.*
A la pluma. (Poesía). . . . . 115
Redención. . . . . 202

*Serrat y Weyler, Fernando*
Conversión de Fanny. . . . . 138
El testamento. (Ilustrado por Passos). . . . 277

*Suárez Casañ, Vicente*
El matrimonio y el calzado. . . . . 7
La nona. . . . . 46
Las hojas secas. . . . . 58
Nochebuena. (Ilustrado por Pahissa). . . . 62

*Tomás y Estruch, Francisco*
Concepción. (Poesía. . . . . 48
Un velorio en América. (Ilustrado por Béjar). . 54
El vegetal en la historia (Orlado por Passos). . 150
Poesía japonesa. (Ilustrada por el mismo). . . 181

Jesús. (Poesía). . . . . 199
Exposición de Bellas Artes de Barcelona en 1898. — Industrias artísticas. . . . 227, 239
La cumbre santa. (Poesía ilustrada por Pahissa). 285
La viuda pobre. (Orlado por Passos). . . . 302

*Urrecha, Federico*
Cuentos del vivac. . . . . 33
La letra de Regato. (Ilustrado por Cuchy). . . 206

*Val, Luis de*
El segundo beso (Ilustrado por Cuchy). . . . 14
Sensiblerías de la muerte. . . . . 67
Asunto gastado. Ilustrado por Seriñá) . . . 102
Sin careta (Ilustrado por Seriñá). . . . . 140
Cosas. (Poesía. . . . . 164
¿Sueño ó realidad? (Poesía). . . . . 199
Ausente. (Poesía). . . . . 212
Exámenes del querer. (Poesía). . . . . 236
Díaz de Mendoza. . . . . 259
Los otros. (Ilustrado por Seriñá y E. Alvarez Dumont). . . . . 368

*Valladar, Francisco de P.*
¡Pobres mujeres! . . . . . 266

*Vega - Rey, Luis*
El fratricida. . . . . 167
El negro de Colón. . . . . 217
Torrecilla del Leal. . . . . 255
Cervantes médico. . . . . 270
La procesión del lugar. (Poesía). . . 292
El ciprés. . . . . 344
La medicina en el pasado. . . . . 362

*Velilla, José de*
¿Les gusta Cádiz? (Poesía). . . . . 364

*Viesca, Rafael de la*
Mi retrato. . . . . 327

*Villa - Real. Francisco*
La cruz de los Cuchilleros. (Ilustrado por E. Alvarez Dumont. . . . . 189

*Wilson, Baronesa de*
Los españoles en América. . . . . 126
Cosas de antaño. . . . . 165

*X*
Fragmento de un drama inédito. (Poesía). . . 211

*Zeda*
Los teatros de Madrid. . . . . 9
Ciencia y vida. (Ilustrado por Cuchy). . . . 86

*Zulueta, Luis de*
Los inútiles. (Poesía). . . . . 356

## REPRODUCCIONES, EN COLOR O EN NEGRO, DE CUADROS AL OLEO, ACUARELAS, ESCULTURAS, OBJETOS ARTISTICOS, DIBUJOS AL PINCEL, AL CARBON Y A LA PLUMA, CARICATURAS, &, &.

*Agrasot, Joaquín*
Cubierta del n.º 22.
En la feria de Murcia. . . . . 16

*Alandi, Cristóbal*
Dándole el tono. . . . . 236

*Alvarez Dumont, César*
Descanso en el ventorro . . . . 261
Plaza sitiada . . . . 266
Plaza tomada. . . . . 267
La venganza de la Lola . . . . 327

*Alvarez Dumont, Eugenio*
Cubiertas de los núms. 21 y 27.
Un cuento chistoso. . . . . 185
Malasaña y su hija. . . . . 199
Verbenas madrileñas . . . . 232, 233
Hecatombe gloriosa. . . . . 248
Recuerdos de un viaje á Andalucía. . 309

*Andreu, T.*
Cubierta del n.º 13.

*Arnau, Eusebio*
Bes de mare. (Escultura). . . . . 237

*Atché, Rafael*
Sarah Bernhardt en la Gismonda. (Escultura). . 58

*Bertrán, P. M.*
¿Por qué lloras? . . . . 320
Melancolía. . . . . 328

*Beyrer, Eduardo*
Madonna. Escultura. . . . . 238

*Brosa y Sangermán, Víctor*
Imitación de mármol y metal. . . . . 239
Arqueta imitación de metal con incrustaciones. »

*Brugarolas, Jaime*
Enlace de letras para bordar. . . . . 240

*Brull, Juan*
Cubierta del n.º 9.
Un elegante del tiempo del Directorio. . . . 52

*Brunet y Fita, Francisco*
Coro de la Catedral de Burgos. . . . 20
Interior de San Pedro de Tarrasa. . . . 56
Catedral de Avila. . . . . 104
Decoraciones de la ópera «Nerón». . . . 152
Interior de la iglesia de Belén. . . . 200
Monasterio de Poblet. — Bodega. . . . 260

*Busquets, Juan*
Arquilla vargueña de nogal tallado, con herrajes. 227

*Campeny, José*
Final del cuadro trágico «Erostrat». (Escultura). 18
Barcelona. . . . . 238

*Camps, G*
Dibujo al lápiz. . . . . 258

*Casanovas Clerch, A.*
Imitando á las hormigas. . . . . 365

*Casas, Ramón*
Una chula. . . . . 281

*Clapés, A.*
Extasis . . . . . 296

*Coll, A.*
Cubierta de los núms. 26 y 31.
El momento más cruel. . . . . 344

*Cuchy, José*
Antiguo voluntario de Puerto Rico. . . . . 42
Flores y requiebros. . . . . 210
El espantajo. . . . . 363

*Cusachs, José*
Cubierta del n.º 3.
Húsares de Pavía. . . . . 16
De viejo cuño. . . . . 28
Un quinto. . . . . 34

Cantina. . . . . . . . . . . . 36
La fiesta en el lugar. . . . . . . . . . 40
Una misa de campaña. . . . . . . . . 43
Los reyes magos. . . . . . . . 92
Una sportman. . . . . . . . . . . . 212

*Cust, Manuel*
En el camerino. . . . . . . . . . 53

*Cutanda, Vicente*
Los últimos auxilios. . . . . . . 5

*Devesa, Celestino*
Tarcisius. (Escultura). . . . . . . . . 238

*Díaz Molina*
Un enredo peligroso.. . . . . . . . . 333

*Estevan, Enrique*
En su lugar descanso. . . . . . . . . 41
La nochebuena del soldado. . . . . 68
Una bronca.. . . . . . . . . . . . 77

*Feliu, M.*
Dibujo á la pluma. . . . . . . . . . 234

*Fernández-Alvarado, José*
Nuevo peligro. . . . . . . . . . . . 345

*Fradera, Ricardo*
¡!Terrible venganza!! — Interior de la cubierta del n.º 30.
¡Justo castigo! — Interior de la cubierta del n.º 31.
Accidente verosímil. — Interior de la cubierta del mismo número.

*Fuxá, Manuel*
San Francisco de Asís. (Escultura). . . . . 237

*Galofre Oller, Francisco*
Boria avall. (Pena de azotes). . . . . 148 y 149

*Garnelo Alda, José*
De juerga. . . . . . . . . . . . . 69

*Gil, A.*
El consejo de la modelo. . . . . . . . 89

*Gil de Palacio, Antonio*
Malagueña. . . . . . . . . . 352
Héroes del género chico. . . . . . . . 380

*González, Concordio*
Mesa de hierro cincelado y repujado. . . . 227
Dibujo proyecto inédito.. . . . . . . »
Plancha repujada de la mesa anterior. . . »

*Graner, Luis*
Cubiertas de los núms 8, 20 y 32.
Un discípulo de Baco. . . . . . . 8
Cabeza de estudio. . . . . . . 256
Estudios fisonómicos.. . . . . . . . 283

*Guzmán, Juan de*
Sangre torera. . . . . . . . . . 332

*Juliá Vilar, Josefina*
En la pelouse. . . . . . . . . . . . 208
La hora del regreso. . . . . . . . 209

*Lange, Eduardo*
Dibujo aplicable á tejidos estampados. . . . 239

*Lizcano, Angel*
Plaza Mayor de Madrid en Nochebuena. . . 64
Pepe - Hillo y su cuadrilla, entrando en la capilla de la antigua plaza de Madrid. . . . . 80

*López, Francisco de Asís*
Belona. — Proyecto para clave, en tierra esmaltada. . . . . . . . . . . 228

*Llovera, José*
Cubierta del n.º 14.
De la tierra de María Santísima. . . . . 82
¿Virtuoso? . . . . . . . . . . 157
La comedia Maravillas. . . . . . . 159
Baile flamenco.. . . . . . . . . . 159
La brisca . . . . . . . . . . 160
Baile en un patio.. . . . . . . . 161
El Prado de Madrid en el día del Juicio Final. 162
¡A Filis. . . . . . . . . . . . . 163
En el balcón. . . . . . . . . . 164
Alegoría de Goya.. . . . . . . 165
Chula.. . . . . . . . . . 166
Aristócrata . . . . . . . . . 167
Los dos modelos. . . . . . . . . 168
Gitanilla . . . . . . . . . . . 323
La botillería. . . . . . . . . . 346

*Marqués, José M.*
Cabeza de estudio.. . . . . . . . . . . . . 272

*Martí, Ricardo*
Cubierta del núm. 17.
Marina. . . . . . . . . . . . . . 202
Recién nacidos. . . . . . . . . . . . 203

*Más y Fontdevila, Arcadio*
Cubierta del núm. 1.
Domingo de Ramos. . . . . . . . . . . . 172
Un monumento. . . . . . . . . . . . 173
Procesión de Corpus.. . . . . . . . . . 221
Embarque de tropas. . . . . . . . . . . 271
Sálvese el que pueda.. . . . . . . . . 293
Venecia. . . . . . . . . . . . . . 316, 317

*Masriera, Francisco*
Cubierta del núm. 16.

*Masriera, José*
Apunte. . . . . . . . . . . . . . 338

*Masriera, Víctor*
Biombo pirograbado y pintado. . . . . . 239

*Mensa, N.*
En la playa.. . . . . . . . . . . . 268

*Mestres, Félix*
Cubierta del núm. 5.
Mercado de pavos en Barcelona. . . . . . 65
En el palco.. . . . . . . . . . . . 73
En la carrera del Corpus. . . . . . . 117

*Miralles, Francisco*
Baños de oleaje. . . . . . . . . . . 269
Flores silvestres. . . . . . . . . . . 305
Nieve de otoño. . . . . . . . . . . 364

*Moragas, Tomás*
Cubierta del núm. 11.
Tipo gitano.. . . . . . . . . . . . . 121
Tipo alicantino. . . . . . . . . . . 121
Tribunal árabe.. . . . . . . . . . . 123
Un lance de honor. . . . . . . . 124, 125
Una calle de Tánger. . . . . . . . . . 126
Armas y letras.. . . . . . . . . . . 126
Abrevadero árabe.. . . . . . . . . . 127
Bocetos. . . . . . . . . . . . . . . 128
La nobleza romana felicitando el año nuevo á los cardenales. . . . . . . . . . . . 129
Café árabe. . . . . . . . . . . . . 130
La pescatería de Roma en Cuaresma. . . . 131
Tipo africano . . . . . . . . . . 184
Macero de la Catedral de Barcelona.. . . . 220

*Morelli, Víctor*
Acción empeñada.. . . . . . . . . . . 44

*Muñoz Lucena*
Engordar para morir. . . . . . . . 377

*Navarrete, Miguel de*
Predicción gitana. — Interior de la cubierta del n.º 26.
De sorpresa en sorpresa. — Interior de la cubierta del n.º 27.
Caer en el garlito. — Interior de la cubierta del número 28.
Mira con quien andas y sabrás quien es. — Interior de la cubierta del n.º 29.
A gran velocidad. — Interior de la cubierta del número 32.

*Obiols Delgado, M.*
En la feria de Sevilla. . . . . . . . . 116

*Pahissa, Jaime*
La adoración de los Reyes.. . . . . . . 90

*Passos, J.*
Artillería de montaña. . . . . . . . . 33
Caballeros en plaza. . . . . . . . . 81
Carreras de caballos.. . . . 213, 214, 215, 216
El Santo Cristo de Lepanto. . . . . . . 241

*Pla, Cecilio*
Cubiertas de los núms. 2, 6, 7, 12, 15 y 23

*Pozo, Julián*
Del natural.. . . . . . . . . . . . 284

*Pujol y Compañía, José*
Vidriera pintada y esmaltada. . . . . . . 239

*Ribera, C. L.*
Santa Bárbara.. . . . . . . . . . . . 25

*Ribera, Cristina*
Bordado en sedas de colores. . . . . . . . 240

*Ribera, Román*
Cubiertas de los núms. 18 y 25.
A la salud de ustedes. . . . . . . . . 4
Salida del baile. . . . . . . . . . . 100
Cinco minutos en el tocador. . . . . . . 137
Taller ambulante. . . . . . . . . . 265
En paz y jugando.. . . . . . . . . . 353

*Saint - Aubin, Alejandro*
Una emboscada en la Manigua. . . . . . 329

*Sans Castaño, F.*
Cubiertas de los núms. 19 y 30.
Regalo de Reyes. . . . . . . . . . . 88
A misa de alba. . . . . . . . . . . 304

*Segura, A.*
En capilla. . . . . . . . . . . . . 67

*Seriñá, Arturo*
A los héroes del 2 de Mayo. . . . . . . 32
El portal de Belén. . . . . . . . . . 61
¡Cu, cu! . . . . . . . . . . . . . 136
Una mesa petitoria. . . . . . . . . . 176

*Serra, Enrique*
Psiquis y el Amor.. . . . . . . . . . 7
Lagunas pontinas.. . . . . . . . . . . 91
El gran inquisidor. . . . . . . . . . 189
Marina. . . . . . . . . . . . . . 308
Paisaje del natural (Italia). . . . . . . . 356

*Stehle, Alois*
En la arena. (Escultura).. . . . . . . . . 238

*Tamburini, J. M.*
Cubiertas de los núms. 10 y 29.
Mignon. . . . . . . . . . . . . 101
El pan de cada día. . . . . . . . . . 124

*Triadó, José*
La hermana de la Caridad. . . . . . . . 188
Ocupación agradable.. . . . . . . . . 257
Primer aniversario. . . . . . . . . . 340

*Tusquets, Ramón*
Del tiempo de Goya.. . . . . . . . . . 113

*Ubach, Visitación*
Cubierta del núm. 24.
En el parque. . . . . . . . . . . . 17
Mariposa sin alas. . . . . . . . . . . 196
Una hija de María. . . . . . . . . . 197

*Unceta, Marcelino*
Cubierta del núm. 4.
Coronel de artillería en día de gala. . . . . 29
Recargando.. . . . . . . . . . . . 76

*Urgell, Modesto*
Una calle. . . . . . . . . . . . . . 112
Apuntes. . . . . . . . . . . . . 259, 315
Dibujo. . . . . . . . . . . . . . 299
Bocetos. . . . . . . . . . . . . 339
La vida y la muerte. . . . . . . . . . 341

*Urgell, Ricardo*
La castañera. . . . . . . . . . . . 367

*Utrillo, A.*
Cubierta del núm. 28.

*Vallmitjana, Venancio*
Fuente de Diana. (Escultura). . . . 237

*Villegas, M.*
Noticias frescas. . . . 292

*Viniegra, Salvador*
La Vendimia . . . . . . . 321

*Xaudaró, Joaquín*
La oportunidad. — Interior de la cubierta del n.º 2.
La dignidad. — Interior de la cubierta del n.º 3.
El do de pecho. — Interior de la cubierta del n.º 4.
Como piden ellas. — Interior de la cubierta del número 5.
Nochebuena. — Interior de la cubierta del n.º 6.
¡Chipén! — Interior de la cubierta del n.º 7.
¿Agua? — Interior de la cubierta del n.º 8.
¡Baile de máscaras! — Interior de la cubierta del n.º 10.

El amor y el sport. — Interior de la cubierta del n.º 11.
Una gracia de Cupido. — Interior de la cubierta del n.º 12.
¿Por qué las siguen? — Interior de la cubierta del n.º 13.
Regla general. — Interior de la cubierta del n.º 14.
Variaciones de peso. — Interior de la cubierta del n.º 15.
Un cuarto de vino. — Interior de la cubierta del número 16
El lenguaje de las flores. — Interior de la cubierta del n.º 17.
S. E. el caballo. — Interior de la cubierta del número 18.
Exámenes. — Interior de la cubierta del n.º 19.
A la verbena. — Interior de la cubierta del n.º 20.
Marina de tierra. — Interior de la cubierta del número 21.
Viajes de veraneo. — Interior de la cubierta del número 22.
Baños. — Interior de la cubierta del n.º 23.
¡No más calor! — Interior de la cubierta del n.º 24.
¡En ridículo! — Interior de la cubierta del n.º 25.

## RETRATOS

S. M. la Reina Regente . . . . . . . . . . 1
José Collaso y Gil. — Alcalde de Barcelona . . 9
S. A. R. { María de las Mercedes / María Teresa } . . . . 13
Ramón Larroca, Gobernador de Barcelona; y su familia . . . . . . . . . . . . 21
Maestro Manuel Giró . . . . . . . . . 22
Enrique Serra, en su taller de Roma . . . . »
Cardenal Cascajares . . . . . . . . . 31
S. M. el Rey Alfonso XIII . . . . . . . . 37
Maestro Agustín L. Salvans . . . . . . . 46
Conchita Bordalba . . . . . . . . . . 57
Maestro Luis Millet é individuos del «Orfeó Catalá» . . . . . . . . . . . . 70
S. A. R. la Infanta Isabel . . . . . . . . 85
Conde de Caspe, Capitán general de Cataluña . 97
Maestro Claudio Martínez Imbert . . . . . 108
Mme. Ariclée Darclée . . . . . . . . . 109
Tomás Moragas . . . . . . . . . . . 122
Avelina Carrera / Erina Borlinetto / Anita Barone / Ettore Marchi / Francisco Puiggener { en la ópera «Nerón» . 145
Antonio Rubinstein . . . . . . . . . . 146
Rodolfo Ferrari. — Maestro concertador de la ópera «Nerón» . . . . . . . . . . . 147
Alberto Bernis. — Empresario del Gran Teatro del Liceo . . . . . . . . . . . . . »
Varios niños premiados en el baile infantil de trajes . . . . . . . . . . . . . 153
Estudiantina valenciana . . . . . . . . . 154
José Llovera, en su taller . . . . . . . . 158
Jaime Catalá y Albosa; Obispo de Barcelona . . 169
Maestro Alberto Cotó . . . . . . . . . 192
Elena Teodorini . . . . . . . . . . . 193
Rosina Storchio y Alessandro Bonci; en «La Boheme» . . . . . . . . . . . . . 201
Maestro José Ribera y Miró . . . . . . . 204
Los marqueses de Marianao . . . . . . . 205
Joaquín Coll y Regás . . . . . . . . . 211
Duque de Medina Sidonia . . . . . . . . 217
El Obispo de Chilapa (Méjico) . . . . . . 223
Jurado de premios de la Exposición de Bellas Artes . . . . . . . . . . . . . . 225
Federico Alonso . . . . . . . . . . . 228
María Alvarez Tubau . . . . . . . . . 229
Maestro V. Costa y Nogueras . . . . . . . 240
María Guerrero . . . . . . . . . . . 253
Fernando Díaz de Mendoza . . . . . . . »
Maestro J. García Robles . . . . . . . . 264
Cecilio Pla, en su taller . . . . . . . . 270
Maestro Fermín M.ª Alvarez . . . . . . . 273
Maestro Celestino Sadurní . . . . . . . 276
Mercedes de Rigalt . . . . . . . . . . 289
Eusebio Güell Bacigalupi . . . . . . . . 297
Maestro Salvador Giner . . . . . . . . 300
Guillermo Laa, Gobernador Civil de Sevilla . . 306
Eugenio Agacino, Diputado á Cortes . . . . »
Maestro Cándido Orense . . . . . . . . 312
Duquesa de Nájera . . . . . . . . . . 313
Marquesa de Villapanés . . . . . . . . »
Manuel González de Soto . . . . . . . . 321
Pedro N. González de Soto . . . . . . . »
Maestro P. Astort . . . . . . . . . . 324
Alejandro Saint-Aubín, en su taller . . . . 334
José Rodríguez y Fernández . . . . . . . 336
Julio A. Roca, Presidente de la República Argentina . . . . . . . . . . . . . . 349
El general Duque de Nájera . . . . . . . 361
Maestro Borrás de Palau . . . . . . . . 372
Carmen Bonaplata Bau . . . . . . . . . 373
Adolfo de Castro . . . . . . . . . . . 380
Maestro Roberto Goberna . . . . . . . . 384

## VISTAS GENERALES

Teatro Solís (Montevideo) . . . . . . . . 6
Salón de conferencias en el Ayuntamiento de Barcelona . . . . . . . . . . . . . 10
Pieza de sitio . . . . . . . . . . . . 26
Artillería montada . . . . . . . . . . »
Alcázar de Segovia . . . . . . . . . . 27
Fábrica de cartuchos en Toledo. / » » pólvora sin humo en Granada. } . 30
Regimiento montado acampado . . . . . . 34
Artillería de montaña aparcada . . . . . . 35
Taller del pintor Tomás Moragas . . . . . 122
Carteles premiados en el concurso del presente carnaval . . . . . . 133, 134, 135, 138 y 139
Recuerdos de la fiesta ciclista . . . . . . 155
Catedral de Barcelona. — Testero del coro y púlpito . . . . . . . . . . . . . . 218
Catedral de Barcelona. — Organo y puerta de salida . . . . . . . . . . . . . . 219
Cartel anunciador de la Exposición de Bellas Artes, premiado en público concurso y original de Mirabent . . . . . . . . . . . 225
Galería de pintura española . . . . . . . 226
» » » extranjera . . . . . . . »
Salón de la Reina Regente. Obras de autores fallecidos . . . . . . . . . . . . . »
Salón Central, habilitado para las obras escultóricas . . . . . . . . . . . . . . 237
Emperador Carlos V. Acorazado de 1.ª clase . . 244
Almirante Oquendo. » » 2.ª » . 246
Pelayo, María Teresa, Giralda, Colón . . . . 249
Vizcaya, Terror, Furor, Alfonso XIII . . . . 250
Navarra, Destructor, General Valdés, Blanca . . 251
Alfonso XII, Condor . . . . . . . . . . 252
Colegio de Nuestra Señora de la Bonanova . . 262
Varias del Hospital de Niños pobres de Barcelona . . . . . . . . . . . . . 274 y 275
Varias de la Casa-Palacio Güell en Barcelona . . . . . . . . . . . . . 297 y 298
Varias de la Casa vinícola de los señores González Byass, en Jerez de la Frontera . . 321 y 322
Varias de la Alhambra de Granada . . . 347 y 358

## MUSICA

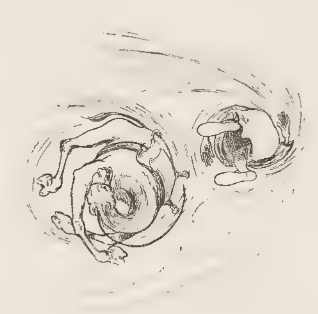
*Alarcón, Arturo:* «Gavota infantil», para piano.
*Alfonso, Federico:* «E nato amore». — Melodía para canto y piano; letra de A. Bignoti.
*Alvarez Fermín M.:* «Berceuse». — Canción infantil; letra de Carmen G. de Neda.
*Astort, P.:* «Cantares». — Letra de R. Campoamor.
*Borrás de Palau, Juan:* «¡Ingrata!» — Melodía para mezzo soprano; letra de José M. Tous y Maroto
*Costa y Nogueras, V.:* «Su ideal». — Mazurca caprichosa para piano.
*Cotó, Alberto.* «Torbellino». — Valz-jota, para piano. «La boda». Danza, para piano.
*Frígola, Buenaventura:* «Pie Jesu». Impromtu-Reducción de orquesta de C. M. I.
*García Robles, J.:* «Serenata», para piano.
*Giner, Salvador:* «Sagunto». — Romanza, letra de Luis Cebrián.
*Giró, Manuel.* «Nuestra Señora de París». — Aria de Cuasimodo; letra de Calixto Navarro.
*Goberna, Roberto.* «Mariposas». —
*Granados, Enrique* «Canción», con acompañamiento de piano; letra de Fernán Caballero.
*Laporta, Francisco de P.:* «Minuetto», para piano.
*Martínez Imbert, Claudio:* «Scherzetto», para piano.
*Orense, Cándido:* «Zoraida». — Serenata para piano.
*Ribera, José:* «Ave María». — Solo de tiple ó tenor con acompañamiento de piano ú órgano.
*Rodríguez y Fernández, J.:* «En avant le Carnaval». — *Quadrille* para piano.
*Romaní, Juan:* «Intima». — Canción catalana; letra de J. Garcés Codinach.
*Rubinstein, Antonio:* «Nerón». Epitalanio. — Romanza para barítono.
*Sabaté Parellada, Emilio:* «La Patatús». Baile típico, para piano.
*Sadurní, Celestino:* «Ultima ofrenda». — Romanza para barítono; letra de Antonio Arnao.
*Sánchez, Gavagnac:* «Minuetto», para piano.
*Salváns, Agustín L.:* «Minuetto», para piano.
«A los toros». - Paso doble, para piano.



A GRAN VELOCIDAD; por Miguel Navarrete.



Mas de pronto, es sorprendido por el terrible simoun



y arrebatado por el torbellino.




Yendo á parar á corta distancia de la ciudad á donde iba.
( Luego dirán que Mahoma, no tiene fino el oído ).

JUAN FRANQUESA

ALMACÉN DE MUEBLES

# VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

SAN PABLO, 28 — *Esquina Arco de San Agustín* — BARCELONA



# SANTA CECILIA

**FOTOGRAFIA INALTERABLE, DE GRAN TAMAÑO**

*(90 centímetros de alto por 66 de ancho).*

Esta magnífica obra de arte, es debida al pincel del notable pintor Sr. Pahissa y es la más adecuada para decorar el estudio de los amantes de la música.

Los grandes maestros de la pintura han consagrado su inspiración á la patrona del Divino Arte, legando así, á la posteridad, obras de mérito extraordinario. Sin embargo, como nuestra Santa es manantial inagotable de poesía y de inspiración, el artista Sr. Pahissa, ha interpretado con tal arte y sentimiento la figura espiritual de Santa Cecilia, que su obra merece ser colocada entre las mejores que se le han dedicado.

La reproducción fidelísima cuya adquisición recomendamos á los suscriptores del Album Salón, aparte su mérito, es un trabajo notable que honra al taller de los señores J. Thomas y C.ª por la hermosura y delicadeza de su ejecución; reuniendo, además, la circunstancia de que sus tintas son inalterables en absoluto, debido esto al nuevo procedimiento fototípico.

## Precio: 5 PESETAS

Franco de portes por correo certificado.

Importe en sellos de correo, libranza del Giro Mutuo, ó letra de fácil cobro que, para más seguridad, deberán mandarse bajo sobre certificado.

DIRIJANSE PEDIDOS Y VALORES A

MIGUEL SEGUÍ · Centro Editorial Artístico

**RAMBLA DE CATALUÑA, 151, BARCELONA**

ó bien pídanse á los repartidores ó corresponsales de la casa.

## APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el **flujo mensual**, corta los **retrasos** y **supresiones** así como los **dolores** y **cólicos** que suelen coincidir con las **épocas** y comprometen á menudo la

## SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Historia del general DON JUAN PRIM

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale **UN REAL**, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un magnífico cromo.

## ¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del **DR KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del **estomago é intestinos**, por antiguas que sean. **Los vomitos, acedias, ardores, pesadez, flatos, dolores de estomago, cintura**, etc., etc., así que **diarreas ó estreñimientos**, desaparecen á la primera dosis. Exito seguro. Caja **7'50**; media caja, **4 pesetas**, en farmacias y Madrid, Arenal, 2; **Barcelona**, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS.

Centro Editorial Artístico de

## MIGUEL SEGUI

Novelas en publicación y publicadas las que se admiten suscripciones.

UN REAL CUADERNO

DE ALEJANDRO DUMAS

**Memorias de un médico.**
**El collar de la reina y Angel Pitou.**

DE LUIS DE VAL

**Morir para amar ó La muerta enamorada.**
**La hija de la nieve ó Los amores de una loca.**
**Sor Celeste ó Las mártires del corazón.**
**La ciega de Barcelona ó la mártir de su inocencia.**
**La lucha por la existencia.**
**El hijo de la muerta ó Más allá de la tumba.**
**El calvario de la vida.**
**¡Sola en el mundo! ó El manuscrito de una huérfana.**
**Las hijas abandonadas.**

DE F. LUIS OBIOLS

**El martirio de un ángel.**
**Nacer para sufrir.** (Historia de una herencia.)
**Vivir muriendo.**

DE SALVADOR CARRERA

**La vengadora de su honra.**

DE ALVARO CARRILLO

**Amor y patria ó La virgen cubana.**

DE LORENZO CORIA

**Luna de miel.**







*No más Canas*

## AGUA SALLÊS

Esta **Agua sin rival** progresiva ó instantánea, devuelve a los **Cabellos blancos** y á la **Barba** su **COLOR PRIMITIVO**:

***Rubio, Castaño, Moreno ó Negro.***

Bastan una ó dos aplicaciones sin lavado ni preparacion.

PRODUCTO INOFENSIVO
RESULTADO GARANTIZADO

**SALLÊS**, Fils, 73, Rue Turbigo, **PARIS.**

DE VENTA: **Perfumeria LAFONT, Call, 30, BARCELONA.**

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.

